TIERRA

SANTA

9892

LA

TIERRA SANTA

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL
BARCELONA.

R/ 46115 FONDO ANTIGUO

LA
TIERRA SANTA

SU HISTORIA,
SUS MONUMENTOS, SUS TRADICIONES, SUS RECUERDOS,
SU ESTADO ACTUAL

RELATO DE LOS MÁS ALTOS Y MARAVILLOSOS HECHOS
EN ELLA ACAECIDOS DESDE QUE LA CONQUISTARON LOS HIJOS DE ISRAEL HASTA EL TIEMPO
EN QUE CAYÓ BAJO EL YUGO MAHOMETANO

OBRA QUE EN VISTA DE LAS PRINCIPALES, ASÍ ANTIGUAS COMO MODERNAS,
SOBRE LA MATERIA PUBLICADAS, COMO SON LAS DE CASTILLO, DESHAYES, CHATEAUBRIAND,
GERAMB, LIEVIN, DAMAS, CASSINI, BOURASSÉ, MISLIN, SAULCY,
GUERIN, ETC., ETC.,

HA ESCRITO

D. Victor Gebhardt

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS, LÁMINAS EN ACERO Y MAPAS ILUMINADOS

MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA PUBLICA
LEON

TOMO II

BARCELONA
ESPASA Y COMPAÑÍA, EDITORES
221, CALLE DE LAS CORTES, 223

Esta obra es propiedad de *Espasa y Compañía*, Editores. Queda hecho el depósito que previene la ley, y se reservan todos los derechos que la misma concede.

LA

TIERRA SANTA

GALILEA ALTA

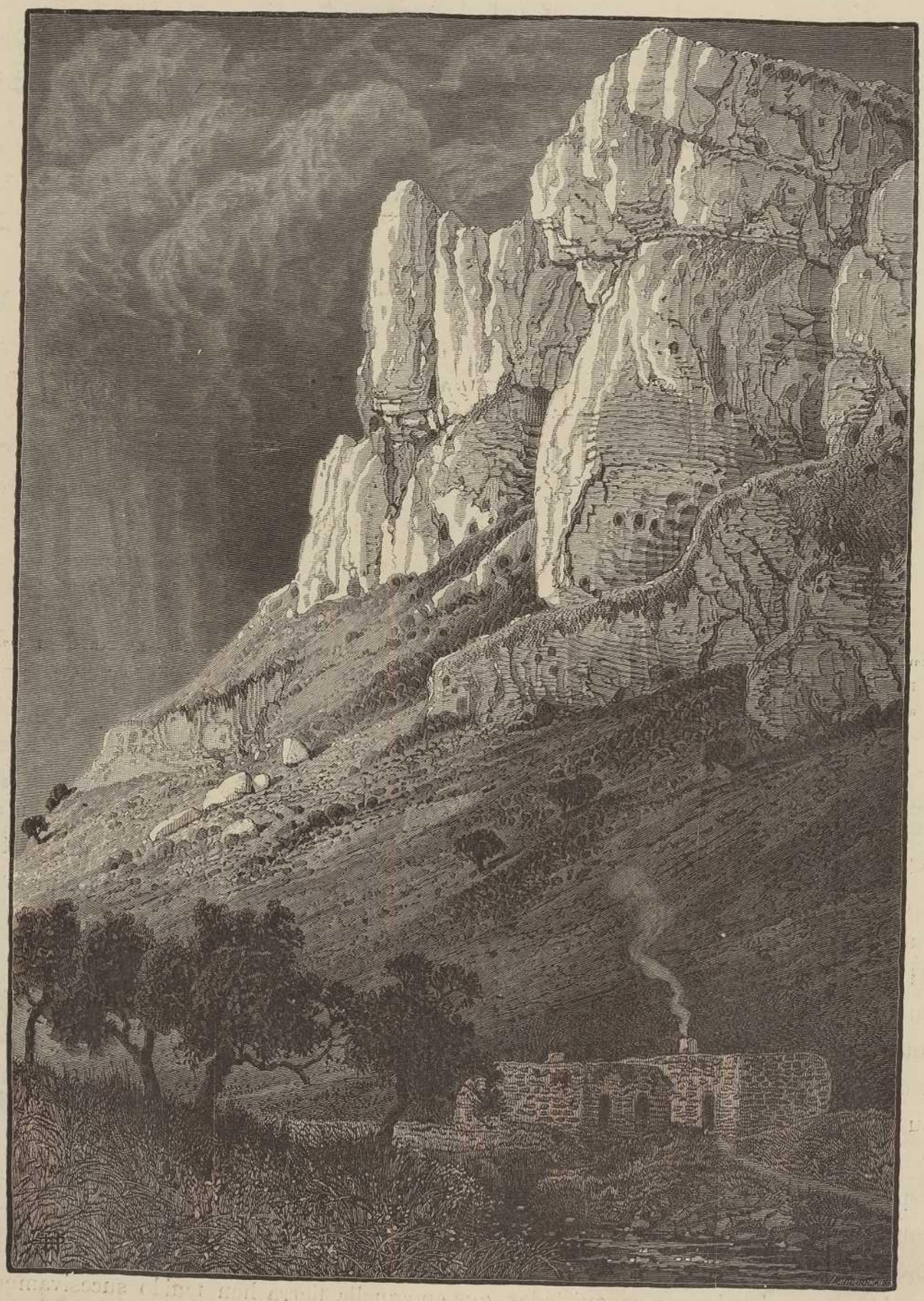
I

Kharbet-Akbara. — Safed. — Su población. — Su castillo. — Su mercado. — Su historia. — Recuerdo de las Cruzadas. — Ain-Zeitun. — Meirun. — Ruinas. — El Djich. — Yarun. — Kefr-Beram. — Los Metualis. — Tibnin. — Episodio de las Cruzadas. — Kedech de Neftalí. — Sus ruinas. — La antigua Hazor. — El lago Huleh. — El papiro. — El castillo de Hunin.

El valle que lleva hoy el nombre de Medjdel-Kerum forma en la dirección de este á oeste como natural frontera entre las dos Galileas, baja y alta; de doscientos y cincuenta metros en su altura media sobre el nivel del Mediterráneo; la de los montes que por el norte lo dominan es superior á la que tienen los de la parte del mediodía. Al otro lado de aquéllos comienza la Galilea alta. Menos explorados por los viajeros que las montañas de la Galilea baja, son merecedores, sin embargo, de especial interés, y aun cuando es muy penosa su subida y haya no pocas veces de ser desbrozado el camino de maleza y piedras, vencidos que son estos obstáculos, alcanzada la suspirada cumbre, á la que se llega con trabajo y sin aliento, compensan la fatiga los residuos de muros, de torres y edificios que en gran número asoman entre la espesura. Pertenecientes aquellas ruinas á todas las épocas y á las civilizaciones todas; mudos, pero elocuentes testigos para quien sabe interrogarlas y comprenderlas, yacen medio ocultas por el follaje, como otras tantas capas superpuestas de los distintos pueblos, conquistadores y conquistados, que en aquella tierra han tenido sucesivamente morada.

Si el viaje por Judea, Samaria y la baja Galilea no se realiza sin fatiga, escribe el presbítero Bourassé, agréganse á ella, luego que se deja atrás la comarca de

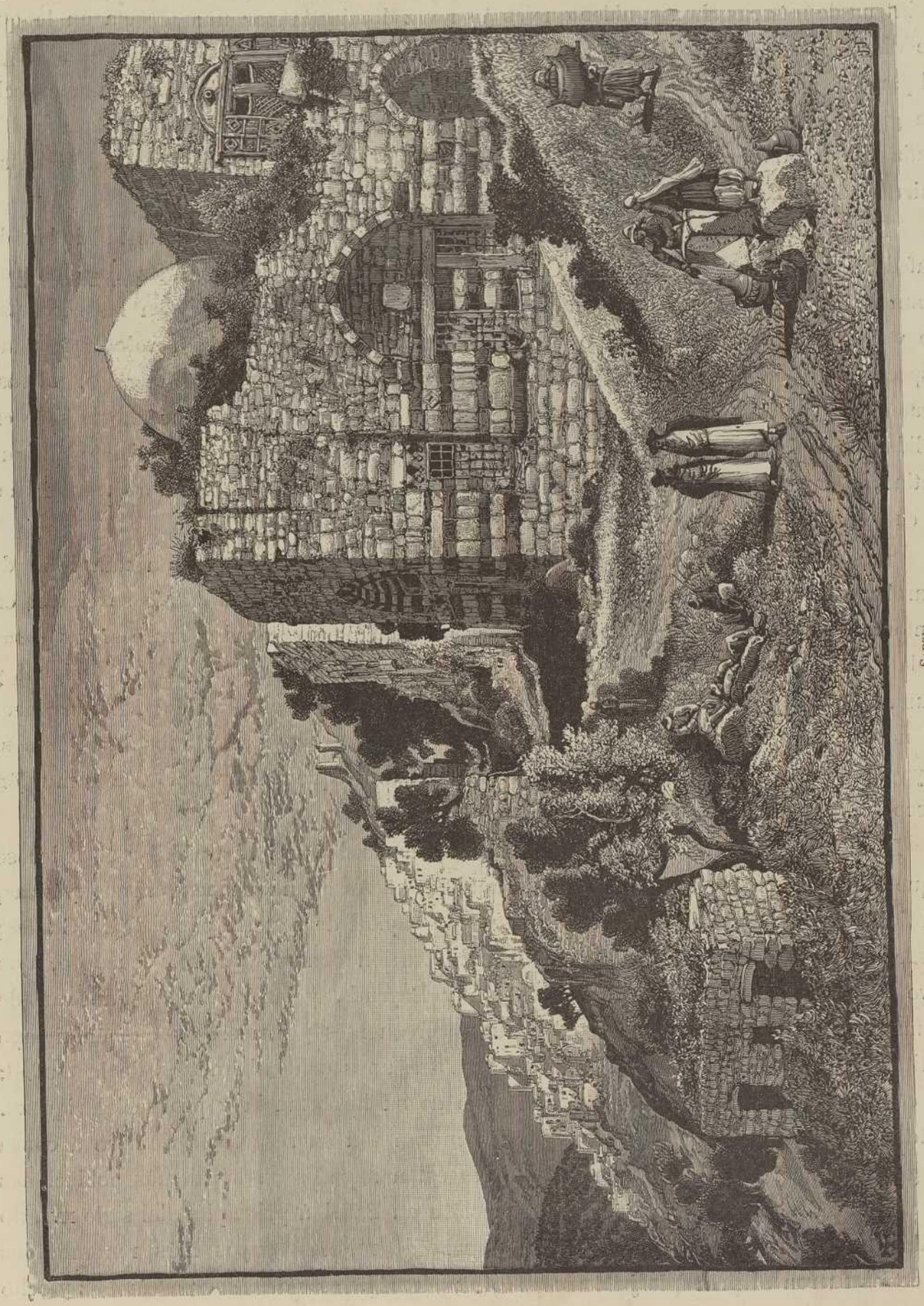
Tiberíades, infinitos peligros. En aquellas regiones, raras veces visitadas por los



Rocas de Ued Akbara

europeos, el fanatismo musulmán se enciende con gran facilidad, y por otro lado los beduinos manifiestan más audacia á proporción que es mayor para la débil justicia

turca la dificultad de reprimirlos. ¡Infeliz del que en las caravanas se rezaga! el árabe rapaz no respeta ni á los peregrinos de la Meca.



A unos once kilómetros al noroeste de Kharbet-Kerazeh, la antigua Corozain, vense esparcidas por las laderas de una colina, cuyas tierras eran contenidas por

medio de muros, las ruinas de Achabara, en el día Kharbet-Akbara. Al este, dominando el Ued-Akbara, existe la aldea de igual nombre, compuesta de una veintena de míseras chozas, aldea que es á su vez dominada por una meseta en la que se distinguen vestigios de un recinto rectangular, construído con hermosos sillares; al parecer, perteneció á una antigua iglesia. Hacia mediodía limita el *ued* una especie de gigantesco muro formado por rocas cortadas á pico; restos son de la plaza apellidada por Josefo la *Peña de Achabara* y por él fortificada en la época del levantamiento contra Roma.

Desde que se sale de Tiberíades divísase en la cima de un monte la ciudad de Safed: á los ribazos del mar de Galilea van sucediendo amenos valles regados por abundantes manantiales; la vegetación muéstrase en ellos lozana, y en las cercanías de varias fuentes termales, cuyo vapor sulfuroso descubre su origen volcánico, toma aspecto aún más espléndido. Entre frondosas arboledas crecen nogales, olivos, granados y naranjos; corona la vid las colinas, y el vino que produce no le cede en calidad á los famosos del Líbano. Lástima que aquellos labradores, siguiendo antigua rutina, lo envasan en vasijas de tierra á las que dan un baño interior de trementina, lo cual le comunica sabor y olor nada agradables para el europeo.

Saliendo de Akbara y tomando la dirección del norte llégase en una hora de marcha, después de escalar varias colinas, á las suaves cuestas donde se elevan en pintoresco desorden y formando varios barrios ó grupos separados entre sí las casas de la ciudad, que ocupan también la meseta superior, de terreno quebrado y desigual y á una altura de ochocientos cuarenta y cinco metros sobre el nivel del Mediterráneo. Al norte habitan los judíos en número de siete mil; al sur y al este los musulmanes, cuyo número no pasa de seis mil; el de los cristianos, que pertenecen á la comunión greco-unida, llega apenas á ciento y cincuenta.

La población de Safed ha disminuído mucho desde que, al trasdalar el poderoso jeque Dahir en el siglo XVIII la sede de su autoridad á Acre, en las riberas mediterráneas, perdió la ciudad el título y las prerrogativas de capital de aquella parte de la Galilea; desde entonces dejó Safed de estar en comunicación con el comercio europeo, que tuvo sus estaciones en san Juan de Acre y Beyruth, y las caravanas que van de Damasco á Egipto y del Cairo á Bagdad, menos frecuentes y numerosas que en tiempo antiguo, se detienen en el khan Yusuf, situado á unos ocho kilómetros de la ciudad: de este modo ha ido decayendo poco á poco de su importancia y proverbial riqueza. Esto no obstante, aun los judíos que en ella moran son en respetable número á causa de gozar en su recinto de privilegios que les están negados en las demás poblaciones de Siria. La actual colonia hebrea estableciόse en Safed á principios del siglo XVI, no tardando en formarse en ella famosa escuela de rabinos, cuyos más renombrados maestros fueron al principio judíos españoles; además de las escuelas poseía diez y ocho sinagogas y una imprenta, y eran sus individuos decididos cultivadores de la cábala. En el día son en su mayoría oriundos de Polonia, y están bajo el protectorado de Austria.

Consideran á Jerusalén, Tiberíades y Safed como tres ciudades igualmente santas, y creen que al aparecer el Mesías comenzará por reinar cuatro años en Safed antes de trasladar su imperio á Jerusalén. Es Safed residencia habitual del gran rabino, y á esta ciudad van á establecerse en los últimos años de la vida muchos judíos de Europa y Asia, deseosos de hallar sepultura en el cementerio de sus mayores. El barrio que les sirve de morada padeció gran estrago al ocurrir el horrible terremoto de 1.° de enero de 1837, y llegaron á cuatro mil los cadáveres que horriblemente mutilados se extrajeron de entre las ruinas. Las sinagogas hoy existentes no pasan de cinco ó seis, y ofrecen todas ellas muy pobre aspecto; esteras de Egipto, bancos de madera, algunas lámparas de bronce y el armario en que se guarda la Biblia, constituyen todo su mueblaje.

En el barrio musulmán, subdividido á su vez en tres distintos grupos de casas, álzanse cuatro mezquitas que se hallan hoy en ruinoso estado. También se sintió en él la espantosa catástrofe del año 1837, aunque no con todo el horror é intensidad que en el barrio judaico; mil fueron las víctimas musulmanas.

En la parte alta de la ciudad, ó sea en la cumbre del monte, vense las ruinas de imponente fortaleza elíptica, á la cual rodea un foso abierto en la roca y hoy en muchos puntos cegado; flanqueaban el muro diez torres que, al igual que aquél, han perdido su revestimiento de piedra conservando sólo el terraplén, y en el opuesto lado de otro foso interior elevábase el castillo propiamente dicho, en el día mole informe de tierras y escombros, flanqueado por torres en los ángulos y provisto de vastas y profundas cisternas. Su ruina va siendo mayor de cada día, pues lo mismo que el murado recinto es tenido por cantera, de la cual aquellos habitantes extraen sin cesar materiales para las obras de sus casas. Una fuerte torre aislada y de forma circular domina el castillo, así como domina éste todo el perímetro de la ciudad.

Otras dos fortalezas menos importantes y de época más reciente la defendían en sus cercanías al nordeste y al sudeste; ambas están cayendo en ruinas.

Para formarse aproximada idea de Safed figúrese el lector cinco lugares ó pueblos de regular importancia construídos en anfiteatro en medio de arbolado y de ruinas, muy separados unos de otros y todos al amparo de la misma fortaleza. Son las casas por lo común pequeñas y de forma cuadrada rematando en azotea; muy pocas son las que tienen señoril apariencia, y aun es ésta recuerdo del tiempo pasado más bien que indicio de actual riqueza. No tenía la ciudad murallas, pero protegíanla su posición y la fortaleza de su castillo, hasta que, maltrecho éste por el terremoto de 1837, quedó en el abandono en que hoy le vemos. Disfrútase desde sus ruinas de delicioso panorama, y puede extenderse la vista por ilimitados horizontes excepto por la parte del norte en que la suspenden el Hermón y la cordillera del Ante-Líbano. Montañas y colinas en ondulantes líneas que arrancan del lejano Carmelo ofrécense á poniente y en la tierra baja como las inmensas olas de alborotado mar, brillantes de luz ú opacas según las hieren ó no los rayos del sol; á mediodía vese centellar el lago de Tiberíades y

desaparecer luego la brillante cinta que forma el Jordán en medio de profundo valle entre cañas y zarzales.

Ruinas del castillo de Safed

Las principales industrias de Safed consisten en tintes de añil, arte hereditario en algunas familias israelitas, y en hilar y tejer el lino y algodón, á cuyas telas saben dar aquellos operarios la blancura de la nieve. En otro tiempo fabricábanse ricos tejidos de seda con mezcla de oro y plata, y en esta ciudad, á ser cierto lo que sus habitantes aseguran, fueron inventadas y elaboradas las labradas telas que dieron después á Damasco fama y opulencia. En el día los telares de seda han desaparecido casi de Safed, y únicamente el Líbano, en sus recónditos valles, lejos de las invasiones y turbulencias políticas, ha conservado la fabricación de sederías. Los géneros de algodón no han podido luchar con los de

Europa, con los ingleses en especial, los que inundaron la comarca favorecidos por su bajo precio.

El extranjero que concurra al gran bazar ó mercado que cada viernes se celebra en Safed, á semejanza del que se verifica los lunes al pié del monte Thabor, todavía, aunque no es más que sombra de lo que antes fué, podrá concebir idea de la importancia comercial que tuvo la ciudad. Es aquello singular reunión de tipos y trajes los más diversos en sus formas y colores, interesante en alto punto para el viajero europeo; á Safed acuden en gran número los metualis de los llanos de Sur, los beduinos del Ghor y hasta los drusos del Ante-Líbano; junto al jinete árabe vese al grave israelita; el turco, magníficamente ataviado, se codea con el harapiento beduino; un *múcaro* nazareno fuma su pipa al lado de un Okal druso, y el rico mercader de Acre contrata con el mísero *fellah*. Las telas, los comestibles, las tiendas, los caballos y camellos, las lanzas y toda clase de armas, los vendedores y compradores, sus diferentes voces y pronunciaciones, la diversidad de las razas, las nubes de polvo que levanta la multitud animada y movediza envuelta por los rayos de un sol espléndido, forma todo original cuadro y sorprendente espectáculo. Es campo de la feria la ladera occidental del monte, y desde un frondoso olivar llega hasta el foso de la fortaleza ocupando la extensión de un kilómetro.

A pesar de la excelente posición que ocupa y que al parecer hubo de hacer de la ciudad una plaza fuerte en todos tiempos, Safed sólo una vez es mencionada en el Antiguo Testamento con el nombre de Sephet.

Entre las ciudades por él fortificadas en la Galilea alta expresa Josefo la de Seph, y estas dos citas son las únicas que de Safed se hacen en la antigüedad. Mas si para ésta pasó la ciudad casi desapercibida, tocóle representar más importante papel en la época de las Cruzadas. Por el cronista Santiago de Vitry sabemos que los latinos, para proteger su fronteras contra los musulmanes, levantaron formidables fortalezas en Monreal y en Kerak al sudeste, así como en Safed y Belver al nordeste. La construcción de la de Safed hízose probablemente entre los años de 1138 y 1140, ciñendo Fulco de Anjou la corona de Jerusalén.

En el de 1157 Balduino III, al frente de sus caballeros, salió á guerrear contra las tribus árabes que pastoreaban por la vega del Jordán; la victoria acompañó sus armas hasta que en las márgenes del lago Huleh cayó sobre él el sultán Nureddin con superiores fuerzas. Sorprendidos los latinos experimentaron sangrienta derrota: Balduino, que quedara casi solo en el campo de matanza, refugióse, al través de mil peligrosos azares, al castillo de Safed. «Al llegar la noticia de la triste jornada á las ciudades latinas, escribe M. Michaud copiando á las antiguas crónicas, los fieles, vestidos de luto, corrieron al pié de los altares repitiendo aquellas palabras del salmista: *Domine, salvum fac regem;* no fué sordo el cielo á la ardiente plegaria de un pueblo afligido, y Balduino reapareció en breve entre sus súbditos que le creían muerto.»

Años después, en el de 1188, aprovechando Saladino el terror que entre los

cristianos difundiera la catástrofe de Tiberíades, marchó en persona contra la fuerte plaza de Safed. Sus defensores no la rindieron á los victoriosos pendones otomanos sino después de cinco semanas de combates é impetuoso asedio, obteniendo por capitulación la facultad de retirarse con armas á la ciudad de Tiro.

El sultán de Damasco, por temor de que el castillo de Safed cayese otra vez en poder de los Cruzados, dispuso que fuese desmantelado en el año 1220; en sus ruinas, en efecto, ondeó de nuevo la bandera de la cruz, y los caballeros del Temple, dueños de la ciudad, reconstruyeron la fortaleza.

Por capitulación la hizo suya el sultán de Egipto Bibars en el año de 1266, después de repetidos asaltos; reducidos al último extremo sus esforzados defensores en número de seiscientos se rindieron con solemne pacto de conservar salva la vida con facultad de retirarse á Tolemaida; pero en menoscabo de la fe jurada, arrancóles el sultán las armas y dióles á escoger entre la apostasía y la muerte. Ni uno solo vaciló; todos prefirieron morir antes que renegar de Jesucristo, y en aquel campo de feria que poco há hemos recorrido, en aquella ladera que hoy llena la animada multitud una vez á la semana, por las quebradas del monte corrieron arroyos de sangre cristiana: allí fueron pasados á cuchillo los inermes prisioneros.

Bibars dejó en la plaza numerosa guarnición y estableció en ella una colonia procedente de Damasco. Con propósito de hacer de Safed el baluarte y antemural de Siria restauró y completó sus fortificaciones, y al mismo se debió la obra de dos espaciosas mezquitas.

En los primeros años del siglo XVIII el jeque Dahir-el-Amer se apoderó de Safed, siendo éste el principio y la base de su gran poderío.

En el año de 1759 fué la ciudad devastada por horrible terremoto, en el cual, lo mismo que en el más reciente de 1837, pereció entre las ruinas la mitad de su población.

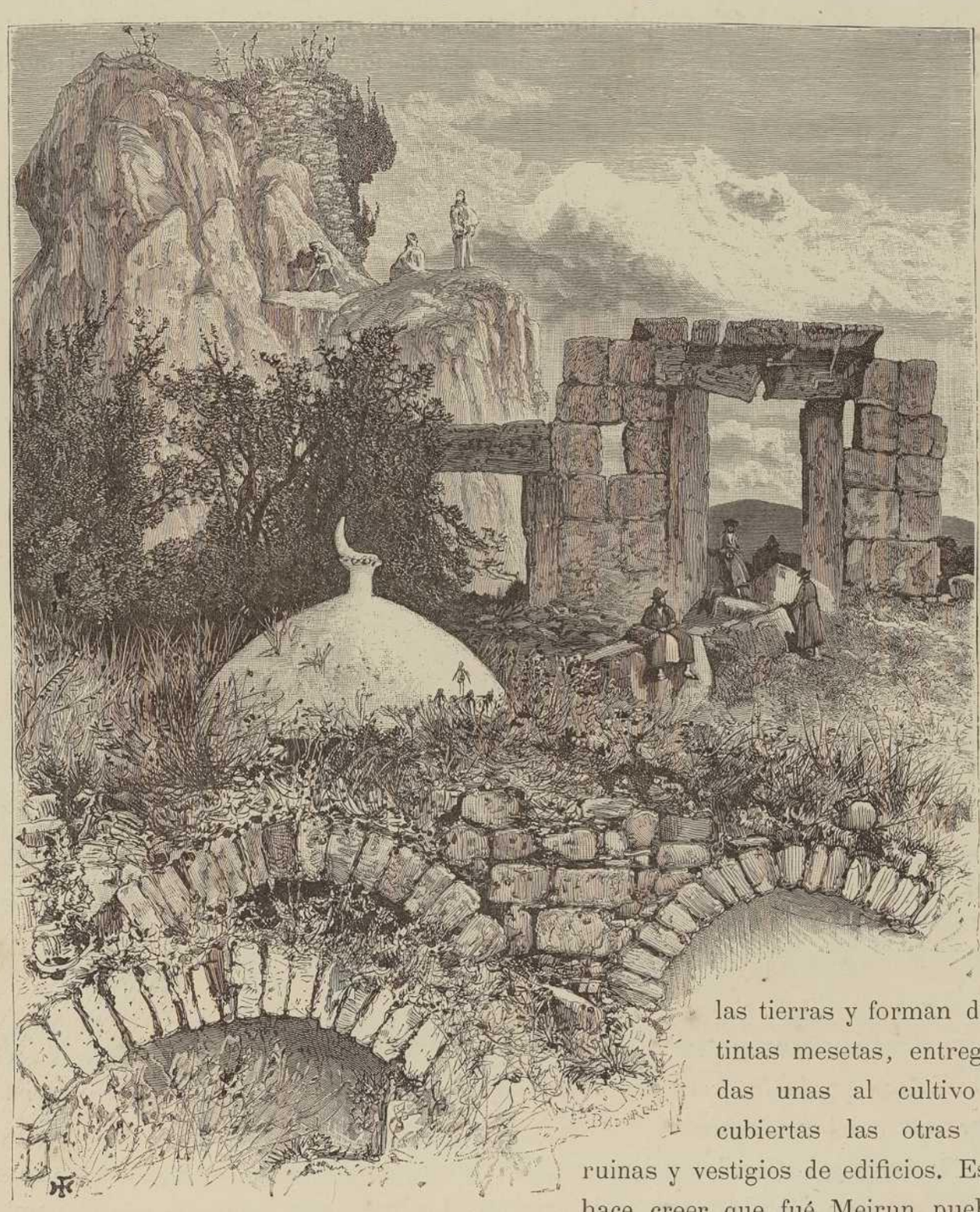
Las tropas de Bonaparte la ocuparon en el año de 1799 y por espacio de poco tiempo mantuvieron guarnición en la fortaleza; luego de haberla evacuado los barrios judíos fueron entrados á saco por los enfurecidos musulmanes.

Es de tradición en la comarca que Jesucristo mostró con la mano esta ciudad cuando después de las Bienaventuranzas dijo á sus discípulos: «Vosotros sois la luz del mundo; la ciudad que está puesta sobre un monte no se puede esconder.»

Autores hubo en los siglos medios y aun después que quisieron identificar Safed con Bethulia, patria de Judith; pero opinión es esta tenida generalmente por errónea y en completa oposición con los datos que la Biblia proporciona.

Al pié del monte de Safed, hacia el nordeste, vese en inmediata colina la aldea de Ain-Zeitun, en la cual brotan dos fuentes caudalosas: mana la una por un canalizo que tiene apariencia de gran antigüedad, junto á una mezquita en parte construída con sillares procedentes de un edificio anterior; nace la otra á poca distancia, y riegan sus aguas dilatada huerta. El lugar de Ain-Zeitun fué mencionado por varios rabinos de la Edad Media con el nombre hebreo de En-Zetun (fuente del Olivo).

Cinco kilómetros de un camino abierto en varios trechos en forma de escalera, separan á Ain-Zeitun de la aldea de Meirun, famoso y venerado lugar de peregrinación para los judíos de Safed. En la ladera oriental del collado en que se levanta son de ver los recios muros construídos con grandes sillares que sirven de sostenimiento á

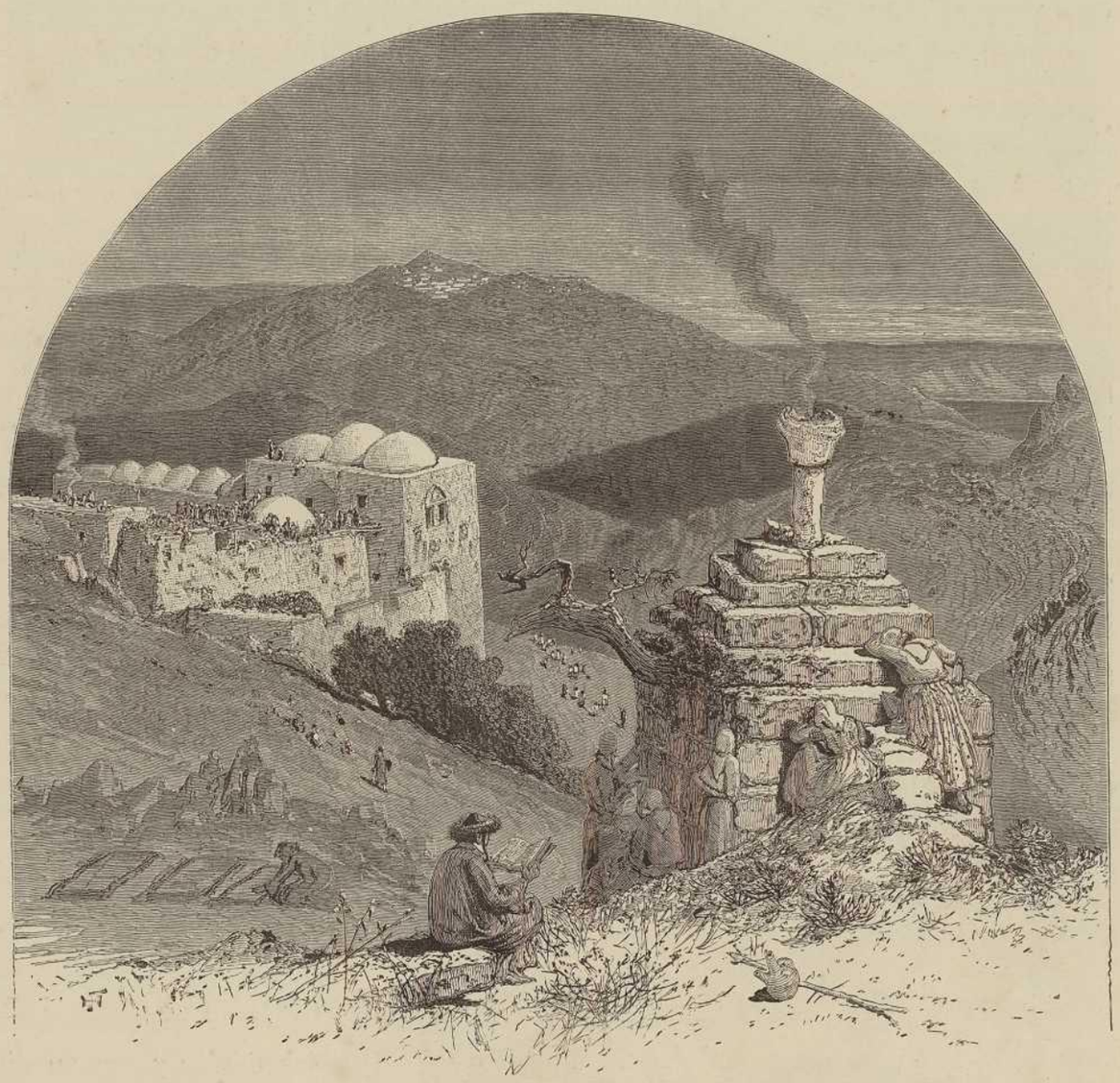


Ruinas de una antigua sinagoga en Meirun

las tierras y forman distintas mesetas, entregadas unas al cultivo y cubiertas las otras de ruinas y vestigios de edificios. Esto hace creer que fué Meirun pueblo de importancia; en el día queda reducido á pobre aldea de escasa población exclusivamente musulmana.

Atraen con preferencia la atención las ruinas de antigua sinagoga que, construída en peñascosa área explanada por mano del hombre, se extiende de septentrión á mediodía y mide treinta y dos pasos á lo largo por diez y seis á lo ancho. La fachada

meridional ó portada tiene tres huecos; el central está formado por inmensa piedra horizontal que constituye el dintel y descansa en jambas igualmente monolíticas, altas de unos tres metros y adornadas con esculturas. Las dos puertas á ésta laterales eran más estrechas y bajas y tenían también esculturas; la de la derecha ha desaparecido. En lo interior se alzan colunas monolíticas, cuyos mutilados fustes se encuentran diseminados por el pueblo; la pared occidental está formada por las peñas del monte,



Santuario hebreo en Meirun, punto de peregrinación para los judíos de Safed

que en este punto fué cortado perpendicularmente; las paredes de norte y oriente están por completo arruinadas.

Numerosas excavaciones sepulcrales practicadas en las peñascosas laderas de la colina, merecen fijar la atención del viajero. La más vasta, conocida con el nombre del rabino Hillel y también de Merharet-el-Arbain (gruta de los Cuarenta), en cuanto podía contener otros tantos cadáveres, compónese de dos estancias abovedadas; en sus urnas funerarias están ó estuvieron sepultados aquel rabino y sus treinta y seis discípulos.

A poca distancia, en dilatado recinto rematado en varias cúpulas, hállanse los

sepulcros de Rabbi Jochanan Sandelar, de Simeón Ben-Yokhas, tenido por autor del Zohar, y de su hijo Eleazar. Allí acuden en peregrinación los judíos de Safed, y suelen quemarse perfumes en el hueco de la coluna que precede al monumento, colocada en grandioso pedestal.

Vivieron aquellos rabinos en el siglo I de nuestra era y han gozado siempre de gran fama, siendo sus sentencias, escritas todas en el Talmud, miradas con universal respeto.

Meirun, nombrado en el Talmud Meiron y Meron, es, á lo que se cree, la antigua ciudad á que Josefo llama Meroht y que fué por él fortificada en la Galilea alta, además de las peñas de Achabara, de Seph y Iamnith.

Si al salir de Meirun se toma la dirección del norte hállanse á poco las ruinas del Kaiumeh, antes Kiumia; queda á la izquierda el lugarejo de Safsaf y á la derecha un gran estanque elíptico llamado *Birket-el-Djich*, cuyas márgenes de diez metros de altura fueron formadas por corrientes de lava y enormes rocas basálticas. Según todas las apariencias ocupa el estanque el cráter de un volcán.

Una hora después lleva el camino á rápida cuesta por la que se baja á una hondonada donde crecen higueras y granados entre frondosas vides; por ella corre cristalino arroyo que lleva el nombre de *Ain-el-Djich*, lo mismo que el monte que por el lado de occidente la domina. En su falda y junto al riachuelo extiéndese un terraplén artificial en parte, como lo atestiguan los cimientos que aun existen del muro que lo contenía, y en el ribazo existen las ruinas de antigua sinagoga. Orientado el edificio de sur á norte medía veintidós pasos á lo largo por trece á lo ancho; todavía se ven hundidas en tierra, en el propio lugar que ocuparon, tres bases de otras tantas colunas; varios fustes destrozados yacen esparcidos por el suelo lo mismo que el dintel y las jambas de labrada puerta. El monte El-Djich sirve de asiento, en su ladera meridional, al pueblo de igual nombre, dividido en dos barrios: el mulsumán, á occidente, albergando á unos trescientos habitantes, y el de los cristianos al este con doscientos griegos unidos y sesenta maronitas.

Si continuamos la subida distinguiremos, al llegar á la meseta superior, los vestigios de un muro de cerca construído con grandes sillares. De él quedaban aún considerables restos en el año de 1863; pero en el día está casi del todo demolido y empleados sus materiales en otras construcciones. Las ruinas pertenecieron á la muralla que rodeó el acrópolis de la antigua Gischala, cuyo nombre se ha conservado, aunque alterado, en el de El-Djich; aquella meseta, situada á ochocientos y nueve metros sobre el nivel del mar, está en el día plantada de viña y dánle sombra higueras y olivos. No hace mucho que aun se veían en ella las ruinas de otra sinagoga, que en el día han desaparecido.

En la falda de la colina ábrense varias grutas funerarias. Los cadáveres eran allí depositados en nichos, en urnas sepulcrales labradas vaciando la peña, y también en sarcófagos, de los que se ven por el suelo algunos restos.

Es El-Djich, sin duda ninguna, dice M. Guerin, la ciudad de Gischala mencionada varias veces por Josefo. Refiere el escritor que Gischala, incendiada y desvastada por los moradores de los pueblos inmediatos, fué reconstruída por Juan, hijo de Leví, y defendida con muros á fin de librarla de nuevas acometidas. El propio Juan quiso tiempo después sublevar á sus compatriotas contra los romanos, y sin pérdida de momento dispuso Vespasiano que su hijo Tito, á la cabeza de mil jinetes, marchara á tomar posesión de la ciudad. Juan se fugó de su recinto durante la noche para dirigirse á Jerusalén donde representó gran papel, y los habitantes, á fin de conjurar la catástrofe que temían, se apresuraron á abrir sus puertas á los soldados de Roma.

Dice san Jerónimo en una de sus obras, aunque sin dar completo asenso á la tradición que esto refiere, que los padres de san Pablo fueron naturales de Gischala, donde vivieron hasta que por los romanos se les obligó á trasladar su domicilio á Tarsis, en Cilicia.

El-Djich ó Gischala es la misma población llamada *Guch-Halab* por los rabinos en el Talmud, y famosa, según ellos, por la abundancia de su cosecha de aceite.

Al ocurrir el terremoto de 1837 la aldea quedó destruída, los cristianos, reunidos en la iglesia, perecieron casi todos en número de ciento treinta y cinco.

Desde El-Djich se toma por la cañada que corre al este alrededor de la colina, y bájase á un valle regado por varias fuentes y tan ameno y frondoso como áridos y desolados son los pedregosos montes que lo limitan. En una de aquellas vertientes está situado el lugarejo de Yarum, y al nordeste en aislado oteruelo hállanse unas ruinas á las que se da el nombre de *Ed-Deir*, el convento. Una cruz griega esculpida en uno de aquellos capiteles atestigua que en efecto existiría allí un convento, si bien parece indudable que antes fué el edificio una sinagoga. Delante de la portada principal que se alza á mediodía hubo un pórtico; á poniente se abrían tres puertas, cuyas jambas de dos metros y medio de altura permanecen allí medio enterradas. El recinto interior se dividía en tres naves por medio de doble hilera de colunas. Fué este lugar, á lo que se cree, la población designada en el libro de Josué con el nombre de Jereón.

Del pueblo de El-Djid al de Kefr-Beram media la distancia de cuatro kilómetros por el lado del nordeste, y es el último habitado por quinientos maronitas, por lo general reducidos á suma pobreza. La iglesia, reconstruída en el año de 1850, está servida por tres sacerdotes que, como sus parroquianos, ganan su sustento labrando la tierra. Junto á ella existe en ruinoso estado una antigua sinagoga, precedida de embaldosado vestíbulo con dóricas colunas; en la fachada principal que mira al sur, se abren tres puertas, las laterales son rectangulares y la central, mayor que las otras dos, tiene magnífico dintel en el que se ven esculpidos con rara elegancia pámpanos y racimos de uva. En la cornisa descansa el arco, el cual conserva aún sus esculturas.

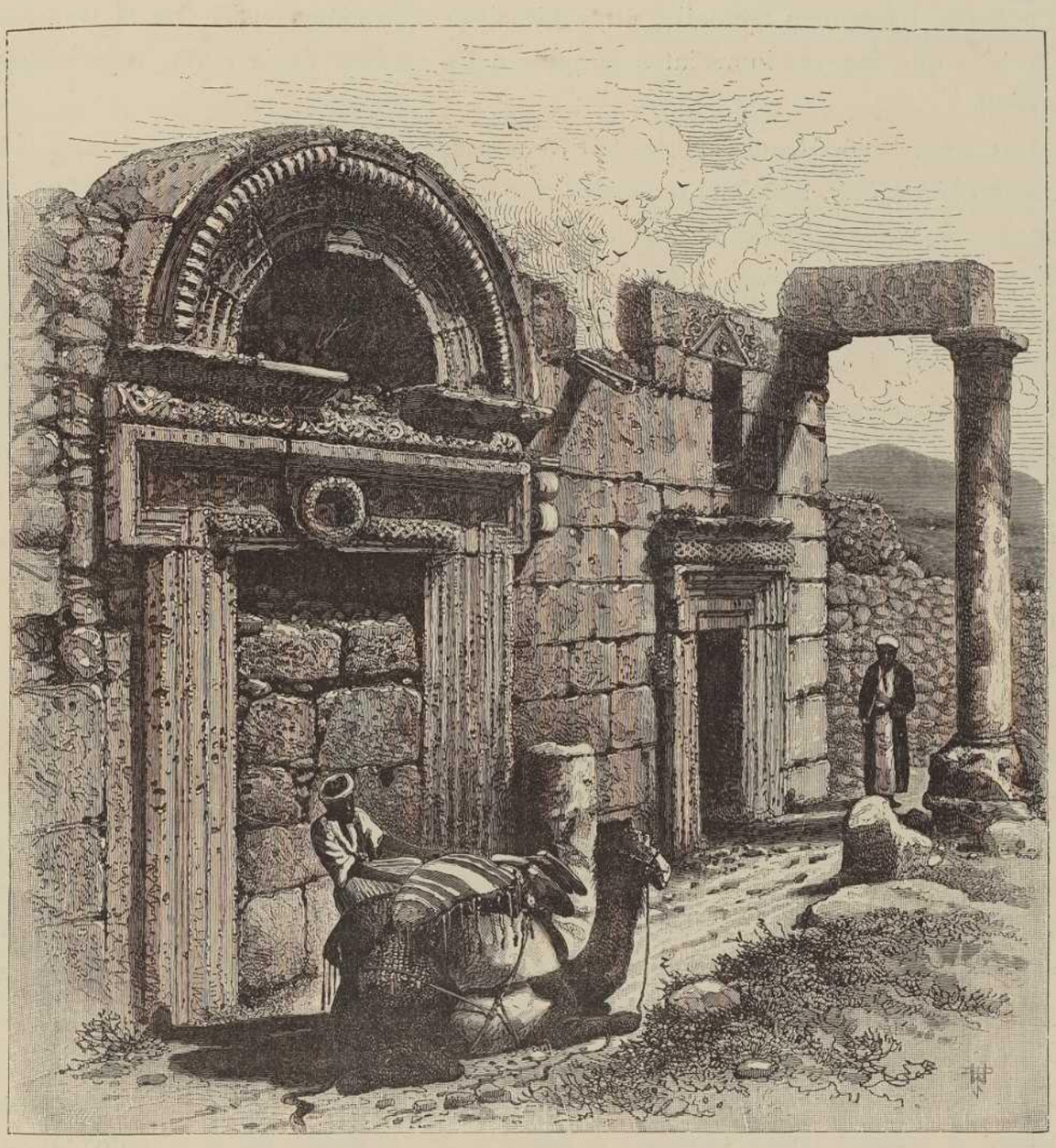
Forman las paredes pulidos sillares, algunos de ellos de tamaño colosal; su recinto, donde tienen morada algunas familias, sirve también para lugar de mercado.

Fuera de la aldea, hacia el norte, vense en medio de los campos las ruinas de

otra sinagoga, que sería semejante á la anterior; casi del todo demolida, de ella sólo queda hoy la puerta, adornada con primorosas esculturas y esta inscripción hebrea:

«Sea la paz en este lugar y en todos los de Israel. José, levita, hijo de Leví, ha labrado este dintel. Bendita sea su labor.»

A juzgar por el conjunto de la obra datan estas sinagogas del primero ó segundo



Ruinas de antigua sinagoga en Kefr-Beram

siglo de nuestra era, esto es, de la época en que fué la comarca de Galilea el centro principal del agonizante judaismo.

En las cercanías de Kefr-Beram, el Kefar-Baram de los antiguos itinerarios hebreos, hállanse varias sepulturas abiertas en la peña, objeto en otro tiempo de piadosas peregrinaciones por parte de cuantos israelitas visitaban la tierra de Palestina; entre ellas se veneraban las del juez Barach y del profeta Obadiah; en el día están vacías y no tienen nombre ni visitas. La primera contiene tres abovedadas estancias, en cada

una de las cuales podían depositarse dos cadáveres; la segunda ha sido convertida en cisterna.

En los confines de ondulada llanura, cultivada en parte y en parte cubierta de abrojos y maleza, está situado y se ve en lontananza el lugar de *Bint-Djebeil*, cerrando el horizonte montañas en cuyas cumbres permanece la nieve muchos meses del año. Son aquellos moradores metualis, cuya principal ocupación consiste en el transporte de la leña que dan los inmediatos bosques á los pueblos de la costa, especialmente á Beyruth.

Los metualis ó *Metauilé* pertenecen á una secta de la religión musulmana, á los llamados *chiites (chía,* secta) en contraposición á los *sunnitas,* ó sean los que profesan los dogmas de la *sunna* ó tradición. Los chiites colocan á Alí, yerno de Mahoma, en puesto igual y aun superior á éste, pues le consideran como encarnación de la divinidad, venerando á sus descendientes como jefes espirituales. Según ellos, el último de estos descendientes ó *imams* no ha muerto y se mantiene oculto para perecer el día del postrer juicio *(el-mehdí)*. Persia es el principal foco de esta secta y sus seguidores en la Tierra Santa, exceptuando los persas que viven bajo el amparo de sus consulados, limítanse á familias dispersas entre los naturales sunnitas, si bien en esta parte de Galilea y en las cercanías del Líbano son bastante numerosos para constituir exclusivamente la población de varios lugares, como sucede en Bint-Djebeil. Los metualis se hallan poseídos de ardiente fanatismo; les está vedado comer con personas de distinta creencia, y tienen fama, aún más que los beduinos, de rapaces y sanguinarios.

Más lejos aún, en la cumbre de escarpado monte, divísase la fortaleza de Tibnin; ásperos caminos conducen á ella y antes se encuentra en inmediata eminencia el pueblo de igual nombre, habitado por metualis y algunas familias cristianas.

Varios y antiguos sillares y numerosas cisternas son testimonio de que, con anterioridad á los siglos medios, estuvo aquel punto fortificado. En el año de 1107, Hugo de San Omer, señor de Tiberíades, con objeto de tener fuerte base de operaciones en sus correrías contra el territorio de Tiro, levantó allí nueva é imponente fortaleza, la que llevó el nombre de Thoron; pero rendida años después, acaecida la catástrofe de Hattin, de ella salían los musulmanes para sus excursiones contra los cristianos de Tiro. Para librarse de sus depredaciones, los latinos, al tomar de nuevo vigorosa ofensiva, la sitiaron con los refuerzos llegados de Occidente en el año de 1197, y Michaud, en su *Historia de las Cruzadas,* refiere así tomándolo de las crónicas contemporáneas, los principales sucesos de la campaña:

«Toda la costa marítima desde Antioquía hasta Ascalón estaba en poder de los cristianos, sin que en las inmediaciones conservaran los musulmanes otra plaza que el castillo de Thoron. Desde él sus defensores se lanzaban á audaces excursiones por las indefensas aldeas é interceptaban el paso á convoyes y destacamentos, y por esto resolvieron los Cruzados reducirlo antes de emprender la marcha contra Jerusalén. Aquella fortaleza, erigida por Hugo de San Omer en tiempo de Balduino II, estaba

situada á corta distancia de Tiro, en la cima de un monte, entre la cordillera del Líbano y del mar, y sólo podía llegarse á ella por entre escarpadas peñas y por angosto sendero en medio de horribles precipicios. Carecía la hueste cristiana de ingenios correspondientes á la altura de los muros; las flechas y piedras, disparadas desde la falda del monte, poco daño causaban á los sitiados, al paso que las rocas, los enormes troncos que éstos precipitaban desde lo alto de las murallas causaban gran estrago en los sitiadores. En las primeras acometidas burlábanse los sarracenos de los inútiles esfuerzos de sus enemigos, y miraban, casi sin asomo de peligro, cómo se estrellaban en sus muros así los prodigios del más heroico valor como los más singulares inventos del arte de la guerra; pero estas dificultades que al parecer habían de desalentar á los Cruzados, encendían más su entusiasmo y denuedo. Cada día renovaban sus ataques, siendo secundada su obstinada resolución por nuevas máquinas de guerra: con inauditos trabajos abrieron subterráneos caminos y perforaron peñas, y por ellos unos soldados sajones que habían trabajado en las minas argentíferas de Rammesberg fueron guiando á sus compañeros hasta debajo de la fortaleza; las murallas, atacadas en sus cimientos, se desplomaron en varios puntos sin haberles batido el ariete, y su caída, que en los primeros momentos fué juzgada como milagrosa, sembró el espanto entre los musulmanes.

»Toda esperanza de vencer les abandonó en breve, y se decidieron por capitular; pero el ejército cruzado obedecía á distintos jefes, y ninguno de ellos quiso asumir la responsabilidad de oir la proposición de los infieles. Enrique, palatino del Rhin, los duques de Sajonia y de Brabante que gozaban de gran consideración entre los alemanes, no eran obedecidos sino por sus propios soldados. El obispo Conrado, canciller del emperador Enrique VI y su representante en la Cruzada, habría podido quizás dominar con la suya la voluntad de todos; pero, extenuado por la enfermedad, poco experto en lances de guerra, permanecía constantemente en su tienda y no asistía sino rara vez al consejo de los príncipes y barones. Sucedió, pues, que los sitiados pasaron muchos días sin saber á qué caudillo exponer sus intenciones, hasta que al fin sus embajadores hubieron de manifestarlas á una asamblea general, en la que, según el cronista, las rivalidades, el imprevisor ardimiento y el ciego entusiasmo habían de ejercer mayor imperio que la razón y la prudencia.

»Por medio de sus embajadores prometieron los sitiados abandonar la fortaleza conservando únicamente vida y libertad.—No nos creáis hombres sin religión, dijeron; descendientes somos de Abraham y nos llaman sarracenos por el nombre de su esposa Sara.—El mayor número de capitanes se inclinó por compasión y por el propio interés á responder favorablemente al suplicante mensaje otorgando la capitulación implorada; pero no faltaron algunos que, más ardorosos ó menos avisados, mostrasen su indignación de que se quisiese obtener por medio de un tratado lo que en breve había de alcanzarse por la fuerza de las armas, y procurasen romper la entablada negociación. A los embajadores sarracenos les decían:—Defendeos hasta el último trance, pues de

rendiros seréis condenados á perecer entre tormentos.—Y á los soldados cristianos les anunciaban con dolor é ira que se trataba vergonzosa paz con los enemigos de Jesucristo. Resultado de todo fué gran desorden y confusión en los campamentos, que, según expresión del cronista, ofrecían á la vez el aspecto de la paz y la imagen de la guerra: al tiempo que unos jefes opinaban ser inútil y hasta peligroso buscar en nuevos combates aquello mismo con que la Providencia les brindaba, y permanecían, por lo tanto, en la inacción y el reposo, hallábanse otros que, deseosos de deberlo todo al acero, se excitaban entre sí á la pelea y preparaban sus armas. En tan gran diversidad de sentimientos, en medio del singular espectáculo que daba el ejército, fácil era prever que antes de transcurrir mucho tiempo no había de ser posible á los Cruzados negociar con el enemigo ni tampoco combatirle.

»En esto fué ratificada la capitulación por los principales jefes y por el canciller del imperio, y esperábanse en el campamento los rehenes que prometieran enviar los sarracenos. A cada instante creían los Cruzados ver abrirse las puertas del castillo; no sabían que la desesperación había de pronto mudado por completo la resolución de los sarracenos. Así que los embajadores, de regreso del campamento cristiano, hubieron referido á sus compañeros de armas lo que habían visto y oído; luego que hablaron de las amenazas que se les dirigieran y de la discordia nacida entre los enemigos, olvidaron los sitiados que sus muros caían desplomados, que carecían de víveres y armas, que tenían delante un ejército victorioso, y juraron todos morir antes que capitular con los Cruzados. En vez de enviar rehenes se presentaron armados en el adarve y retaron á los sitiadores á nuevos combates. Otra vez, en efecto, emprendieron los cristianos los trabajos del asedio y renovaron sus asaltos; pero sucedió que el ánimo fué faltándoles á cada día que pasaba, al paso que rayaba en desesperación el denuedo de los musulmanes. Trabajaban éstos sin descanso en reponer sus ingenios y en reparar las brechas de sus murallas; á los subterráneos caminos por los Cruzados abiertos, oponían contraminas que sepultaban entre escombros á centenares de enemigos, y cuando á algunos cogían con vida los mataban sin piedad y exponían en el muro sus destrozados cuerpos. Los latinos, por el contrario, caídos en miserable abatimiento, apenas peleaban, y los más permanecían espectadores indiferentes de los peligros y de la muerte de sus compañeros. A esto se agregaban grandes escándalos producidos por vergonzosa perversión de costumbres, hasta el punto que el cronista Arnoldo de Lubeck que los refiere creyóse obligado á advertir á sus lectores que de tan odiosos hechos no hace memoria para confundir la soberbia humana, sino para que sirvan de lección á los pecadores y lleguen á tocar el corazón de sus hermanos en Cristo.

»Así estaban las cosas en Thoron cuando publicó la fama que los reinos de Alepo y Damasco se habían levantado en armas, que en Egipto se reunía poderosa hueste, y que Malek-el-Adel, capitaneando gran ejército, se avanzaba á marchas forzadas, impaciente por vengar la derrota que sufriera en Sidón. Al saberse estas noticias, resolvieron los capitanes levantar el sitio, y para mejor ocultar su retirada al enemigo

hicieron publicar por los heraldos que á la siguiente aurora se daría general asalto. Era el día de la Purificación de la Virgen del año 1198, y después de una noche pasada en preparativos para el próximo combate difundióse, al asomar el alba, la noticia de que Conrado y los principales caudillos habían abandonado el campamento para tomar el camino de Tiro. Gran multitud se reune alrededor de sus tiendas para averiguar la verdad del caso; negros presentimientos se apoderan del ánimo de todos, y como si hubiesen sido vencidos en sangrienta jornada, no piensan los Cruzados sino en emprender la fuga. Por no haberse tomado disposición ni comunicado orden ninguna para la retirada la confusión llegó á su colmo. Los enfermos y heridos se arrastran con trabajo en pos de sus compañeros y muchos quedaron abandonados en las tiendas; sin saber el camino fueron en gran número los que se extraviaron por aquellas breñas; sólo se oían gemidos y angustiadas voces, y como si el cielo hubiese querido mostrar su enojo por tan gran desorden desencadenáronse los elementos en violenta tempestad. En la tumultuosa retirada no hubo quien se atreviese á volver los ojos hacia la fortaleza que pocos días antes estuvo á punto de rendirse á sus armas, y el terror que á todos dominaba no se aquietó hasta tener á la vista las murallas de Tiro.»

Aquella misma noche y por opuesto camino los sarracenos evacuaban el combatido castillo.

Reunido de nuevo en el castillo de aquella ciudad el ejército cruzado, no cesaron la desunión y la discordia, antes bien, robustecidas con las acusaciones que unos á otros se dirigían por el mal suceso de la expedición, produjeron la separación de la hueste alemana que se retiró á Jaffa, y la de los cristianos de Siria, que regresó á Tolemaida. A poco la noticia de la muerte del emperador Enrique dió nuevo motivo á los príncipes alemanes para apresurar su regreso á Occidente, sin que bastaran á detenerlos los ruegos del Papa y sus exhortaciones para que no abandonaran la causa de Jesucristo. Entre todos la reina de Hungría fué la única que, fiel á sus votos, permaneció con sus caballeros en Palestina; los demás se embarcaron para Europa, limitándose á dejar guarnición en Jaffa, y así acabó la cuarta Cruzada, llamada de los alemanes, en la que las numerosas fuerzas de Occidente vinieron á estrellarse contra la fortaleza que tenemos á la vista.

Años después sus muros fueron arrasados por el sultán El-Muazzam, y en nuestra época ha completado su desmantelamiento Djezzar-bajá por temor á los jeques de la comarca, uno de los cuales, perteneciente á poderosa familia metuali, ha establecido su morada en aquellas ruinas.

Quince kilómetros en la dirección del nordeste separan Kefr-Beram de la antigua Kedech de Neftalí, por abruptas sendas que trepan á altas cumbres y descienden á profundas cañadas. La actual aldea de Kades que á aquella ciudad ha sucedido, cuenta escasamente cuatrocientos moradores, metualis todos ellos, y ocupa apenas la tercera parte de amena colina que un tiempo cubrió el caserío y que estuvo rodeada de muros; de éstos subsisten todavía visibles vestigios, y casi no hay casa en el pueblo que no

tenga alguno que otro fragmento de los arruinados edificios. Es notable en una de ellas un antiquísimo sillar en que se ve esculpida la imagen del sol con corona radiante. Son de ver igualmente los residuos de un templo que estuvo sostenido por colunas monolitas, y por todos lados puede hallar el erudito objeto para sus investigaciones entre los nopales, los plantíos de tabaco y los zarzales que, en medio de numerosas sepulturas musulmanas, han invadido lo que fuera habitado recinto. La colina de Kades declina suavemente hacia el sudeste, y de allí, quedando en medio un barranco,

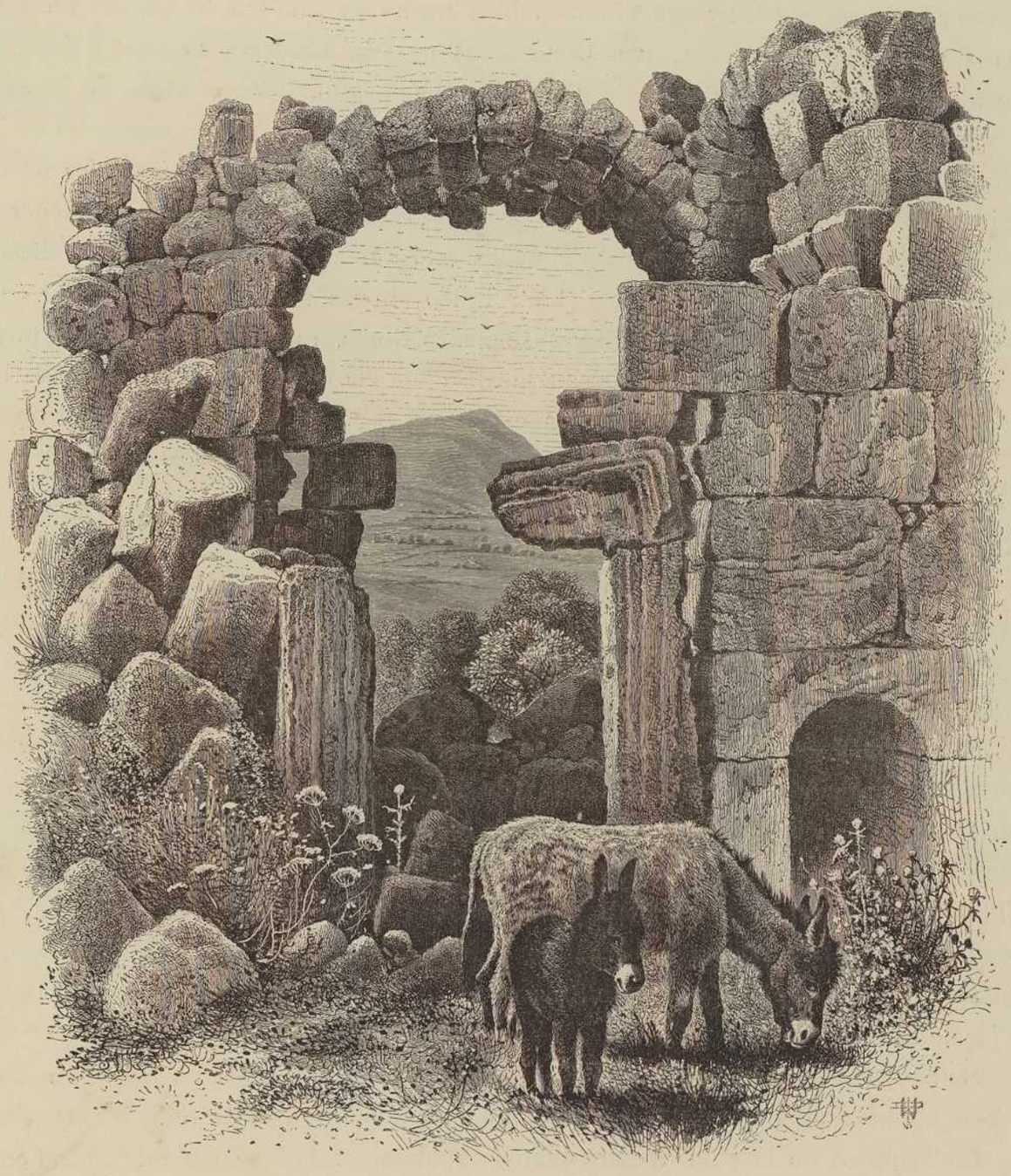
Ruinas de Kedech de Neftalí

se eleva y se prolonga hacia el sur otra eminencia de menor altura en la cual tienen sus eras los habitantes del pueblo. En el extremo septentrional de esta segunda colina quedan escasas ruinas de un edificio y dos magníficas urnas ó sarcófagos cuyas enormes tapas yacen junto á ellos.

Estos montecillos, uno á otro contiguos, que por el lado del este ofrecen una forma semicircular, sirvieron en la antigua edad de asiento á una ciudad de importancia agradablemente situada en las laderas orientales regularizadas por la mano del hombre y en las cumbres de ambas alturas.

En la tierra llana, en el punto de su unión brota abundante y regalada fuente, y siguiendo hacia levante hállanse tres sarcófagos medio enterrados, vestigios de un

edificio del que no queda piedra sobre piedra, y más allá los de otro de figura cuadrada que medía diez metros por lado. De él sólo subsiste la parte inferior, y por ella se viene en conocimiento de que fué construído con magníficos sillares calizos sobrepuestos sin argamasa de ninguna clase; penétrase en su recinto por la parte del mediodía



Ruinas de un templo de Kedech de Neftalí

por una puerta con bellas esculturas que se abre en el centro de la fachada, y una vez dentro vense, debajo de cuatro arcos que aun se mantienen, once grandes nichos rectangulares que hubieron de contener cada uno un sarcófago. Es probable por lo mismo que fuese el monumento antiguo panteón de opulenta familia, en el día del todo olvidada, pues ni una sola inscripción ha conservado su nombre.

Como á unos ochenta pasos hacia oriente existen los restos de otro mausoleo muy

digno igualmente de fijar la atención de los viajeros, y un poco más lejos los de un templo gentílico. Precedía á éste un pórtico sostenido por colunas corintias, cuyos fustes y capiteles destrozados yacen por el suelo; tres puertas rectangulares, abiertas en la fachada oriental, daban ingreso al interior de la *cella*, que mide diez y nueve metros á lo largo por diez y seis á lo ancho; en medio de ella han arraigado y crecido varios árboles. Esta fachada, una parte de la cual se conserva todavía á pesar de que algunos de sus sillares vense dislocados como si hubiesen recibido la sacudida de violento terremoto, ofrece á la vista hermoso tinte dorado, por efecto, dicen los autores, de recibir cada día desde hace siglos y siglos los rayos horizontales del sol naciente. Forman la puerta central dos grandes jambas monolitas que sostienen el dintel, igualmente monolito; una de aquéllas está aún en pié y lo adornan delicadas esculturas; la otra ha desaparecido, y el arquitrabe en que remataban yace en el suelo destrozado. En una de sus caras hay esculpidas flores, racimos de uva y en medio una corza, cuya cabeza está mutilada; tiene la otra por adorno frutos y una ave con las alas desplegadas, que parece ser un águila.

Las dos puertas laterales, más bajas que la anterior, hállanse casi intactas; entre sus esculturas vese en una un águila con las alas extendidas. Las paredes laterales del templo están en gran parte destruídas, lo mismo que la fachada occidental.

Fué la aldea de Kades, según queda dicho, la antigua Kedech, en latín Cedes, era conocida con la denominación de Kedech de Galilea, en hebreo *Kedech-ba-Galil*, para distinguirla de otras poblaciones de igual nombre situadas en diferentes comarcas. En la Biblia es designada con el calificativo de *Kedech-Nephtalí*.

El libro de Josué la menciona entre las plazas fuertes de esta tribu, y su rey fué uno de los príncipes cananeos vencidos por aquel caudillo. Conquistada la tierra de Canaán por los hebreos fué Kedech erigida en ciudad libre y de asilo; de ella era natural Barac, el vencedor de Jabín, rey de Hazor, y en su recinto reunió á los diez mil hombres de las tribus de Neftalí y Zabulón con los que marchó al monte Thabor acompañado de la profetisa Débora. En el valle inmediato á Kedech se elevaba la tienda en que se refugió el derrotado Sísara y donde halló la muerte á manos de Jahel, mujer de Haber.

Reinando Phaceo en Israel cayó Kedech, lo mismo que otras ciudades, en poder de Theglatphalasar, y éste deportó á sus moradores á su reino de Asiria.

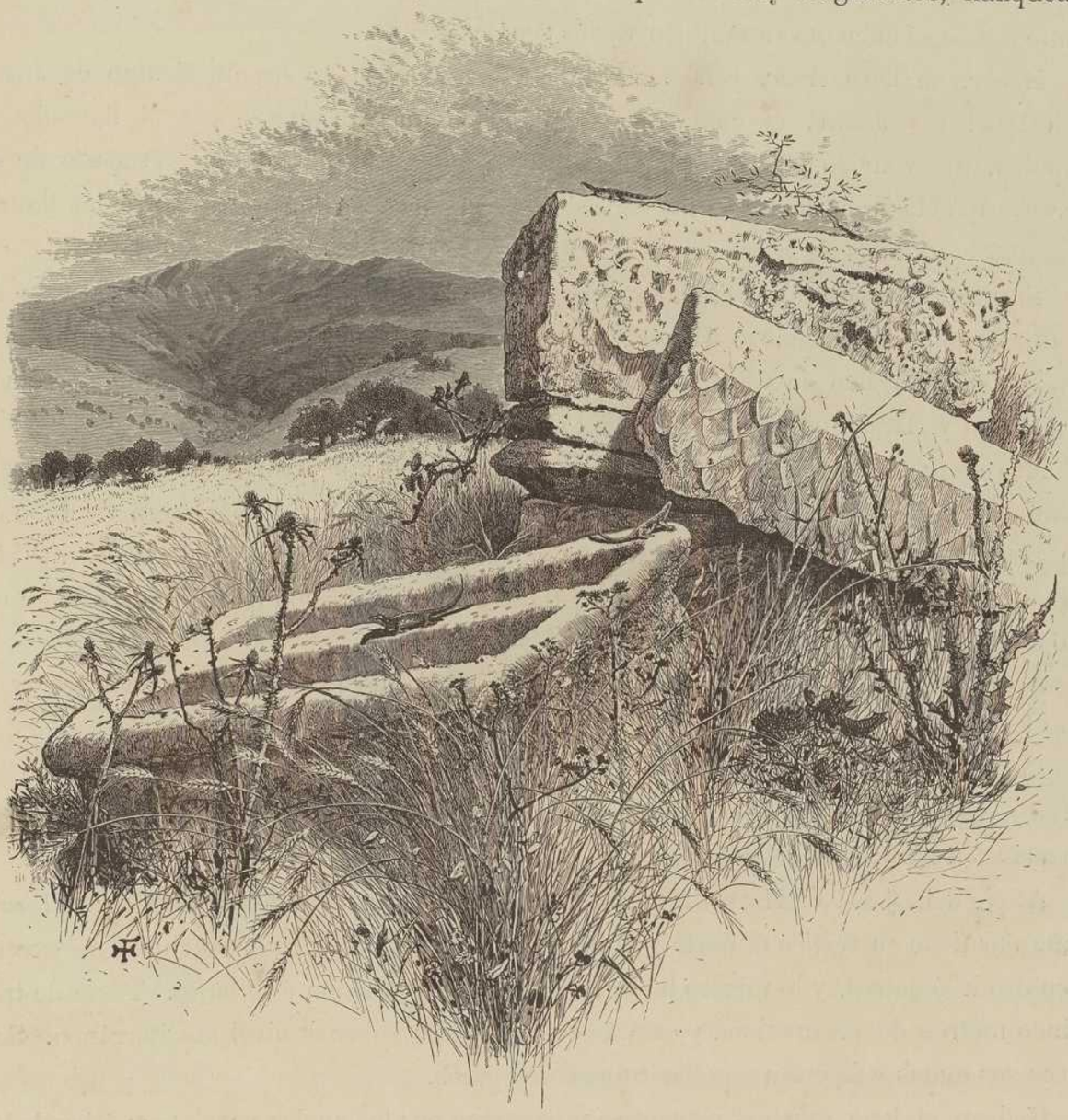
En la época de la guerra entre judíos y romanos trata Josefo de esta ciudad como de población de importancia; dice de ella que dependía de Tiro y que estaba fortificada.

Eusebio y san Jerónimo la mencionan igualmente y el monje Burchard, en el año de 1283, habla de las notables ruinas y magníficas sepulturas que existían en su tiempo en Cedes, ruinas y sepulturas de cuyos vestigios hoy subsistentes acabamos de dar cuenta.

En el año de 1333 escribió Rabbi Ishak Chelo que entre aquellos sepulcros se hallaban los de Barac, hijo de Abinohain, y de Débora; en el día la tradición relativa

á los fúnebres monumentos se ha perdido en Kades, y para sus moradores no tienen recuerdo ni valor alguno.

A cinco kilómetros de Kades hacia el sudeste álzase, dominando las aguas del lago Huleh, un monte que lleva el nombre de Djebel-el-Harraui, terminando en desigual y ovalada meseta de unos ciento y doce pasos á lo largo por una anchura media de cuarenta. Rodeábala fuerte muro, del cual sólo quedan hoy fragmentos, flanqueado



Antiguos sarcófagos en Kedech de Neftalí

por varias torres cuadradas, construídas, lo propio que la muralla, con gruesas piedras sobrepuestas sin cemento de unión. Dentro, principalmente en la parte del medio día, distínguense los fundamentos de algunos edificios importantes, hechos con piedras poligonales; las varias cisternas labradas en la peña, en especial debajo de las torres, están unas medio cegadas por tierras y escombros y otras se conservan todavía intactas. La ciudad, cuyo acrópolis era este fortificado recinto, se extendía por la ladera del este; por completo arruinada, crecen zarzas, gigantescos cardos, algarrobos, terebintos

y carrascas en el lugar que ocuparon el caserío y los edificios públicos, y únicamente altera de vez en cuando el profundo silencio que allí reina un pastor que lleva su rebaño á pacer por entre las solitarias ruinas. A lo que parece hubo la ciudad de ser destruída en remota época en cuanto nada descubre modernas reedificaciones.

Son estas ruinas, según M. Guerin, las de la antigua Hazor; M. Robinson cree, por el contrario, que esta ciudad estuvo situada en el inmediato Kharbet-el-Khureibeh, monte donde se encuentran también varios sepulcros.

Hazor, en latín *Asor*, pertenecía á la tribu de Neftalí; era en tiempo de Josué capital del rey Jabin, el cual, junto con los demás príncipes por él llamados y reunidos, fué vencido en las inmediaciones de las Aguas de Merom. Después de su derrota cayó Hazor en poder de los vencedores, y por ellos fué entregada á las llamas en el año 1450 antes de la era cristiana.

Transcurridos ciento y cincuenta años otro rey, llamado también Jabin y dueño de una capital por nombre Hazor, idéntica sin duda á la anterior, oprimió á los israelitas por espacio de veinte años; su ejército, conforme queda dicho, fué derrotado por Débora y Barach en las márgenes del Cisón.

Al referir este suceso expresa el historiador Josefo que Asor, capital de aquel rey, dominaba el lago Semechonitis, lo cual, dice M. Guerin, no deja sombra de duda de que Hazor, capital así del primer Jobin vencido por Josué como del que lo fué por Barach, ha de buscarse en una altura contigua al lago, posición que corresponde en un todo á la de las ruinas de El-Harraui.

Años después Salomón reconstruyó una ciudad que la Vulgata llama Heser y el texto hebreo Hazor.

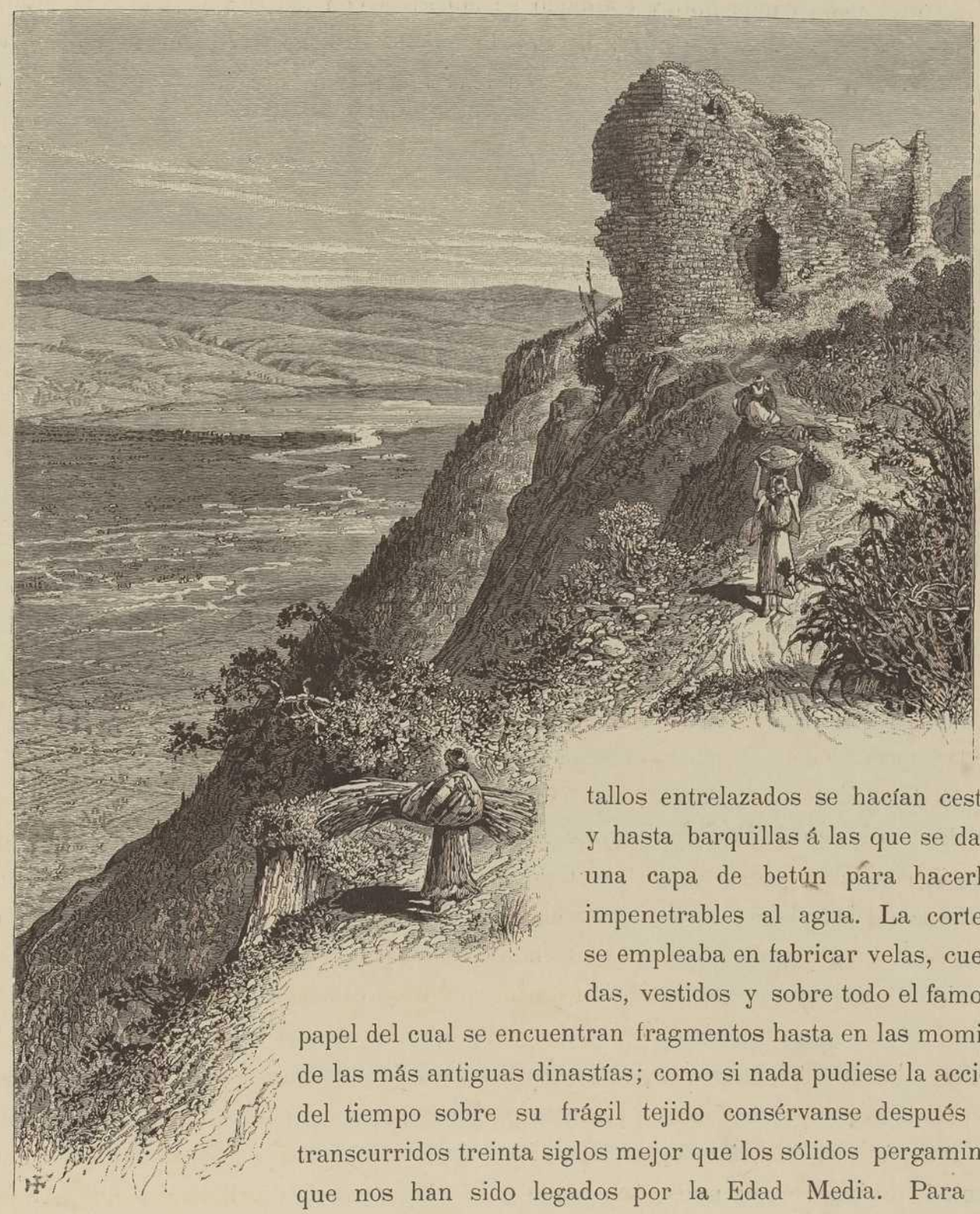
Posteriormente es mencionada Hazor como una de las ciudades de la tribu de Neftalí expugnadas por Theglathphalasar, rey de Asiria, y sus moradores fueron deportados á las tierras del conquistador.

Al pie del Djebel-el-Harraui, por el lado del sur, extiéndese el lago Huleh; de forma triangular tiene su vértice al norte y la base al mediodía. Su mayor anchura no excede de cuatro kilómetros, y lo mismo ha de decirse de su extensión á lo largo. Tiene de tres á cinco metros de profundidad y está á ochenta y tres sobre el nivel mediterráneo. Son dulces sus aguas y se crían en ellas numerosos peces.

Rodean el lago muchos estanques y pantanos por los cuales revolotean á bandadas las aves acuáticas, como ánades y pelícanos, y esto hace casi inaccesibles sus márgenes, defendidas además, especialmente por el lado del norte, por impenetrable espesura de juncos, cañas y papiros. Esta hermosa planta, que fué muy común en Egipto, donde desde hace siglos se ha hecho rara, adquiere en esta parte de Galilea extraordinaria lozanía. Los treinta ó más tallos triangulares que nacen de sus raíces, son lisos, rectos y sin hojas: tienen de tres á cuatro pies de alto y terminan en dorados y floridos ramilletes, con los que tejían los antiguos coronas para los dioses.

Plinio y Teofrasto han escrito extensamente acerca del papiro explicando las

grandes utilidades que prestaba á los moradores de Egipto. Las raíces gruesas, después de secas, se empleaban como leña, ó eran labradas en forma de copos ú otros utensilios. El corazón y los retoños tiernos, tostados al fuego, servían como manjar y con los



Lago Huleh ó Aguas de Merom visto desde Hunin

tallos entrelazados se hacían cestos y hasta barquillas á las que se daba una capa de betún para hacerlas impenetrables al agua. La corteza se empleaba en fabricar velas, cuerdas, vestidos y sobre todo el famoso papel del cual se encuentran fragmentos hasta en las momias de las más antiguas dinastías; como si nada pudiese la acción del tiempo sobre su frágil tejido consérvanse después de transcurridos treinta siglos mejor que los sólidos pergaminos que nos han sido legados por la Edad Media. Para la preparación del papiro desenvolvíanse las membranas circulares ó película interior del tallo; extendidas en una tabla y ligeramente humedecidas con agua del Njlo á fin de que se unieran una á otra, formábase con aquellas cintas una hoja que medía á lo más dos pies de anchura; su longitud era indeterminada. Sobre esta primera hoja leñosa se colocaba una segunda, cuidando de que las fibras estuviesen en dirección opuesta formando

ángulo recto, y después de prensadas y puestas á secar al sol, era alisada y pulida su superficie con un instrumento especial. Cuando se quería que se conservaran siglos se las frotaba con aceite de cedro, con lo que adquirían la incorruptibilidad de este árbol, y el papiro más fino y estimado se fabricaba con las membranas más íntimas que eran las más blancas y sutiles. Por mucho tiempo tuvo Egipto el privilegio de abastecer con su papiro á todos los pueblos civilizados; en él, con preferencia al pergamino, se escribían los documentos públicos en Iberia, en las Galias y en Italia lo mismo que en todas las naciones de Oriente, hasta que la conquista musulmana acaecida en el siglo VII fué causa del decaimiento de la famosa industria, que acabó por desaparecer del todo. Aunque dos siglos después el papel de algodón, inventado también en Oriente, comenzó á introducirse en Europa, fué muy limitado su uso; para los principales hubo de acudirse al pergamino, y entonces, por la escasez relativa de esta materia, se introdujo la deplorable costumbre de borrar lo escrito antes en ella con objeto de hacerla servir para nuevos documentos. Así se perdieron muchas obras preciosas que algunas veces ha logrado resucitar la química moderna haciendo reaparecer los primitivos caracteres.

Las lozanas plantas de papiro que en las márgenes del lago Huleh forman frondosa espesura, únicamente para las aves que allí anidan y para las alimañas que en ella se refugian abren sus hermosas flores y extienden sus tallos antes tan estimados. La industria del hombre las ha abandonado por completo.

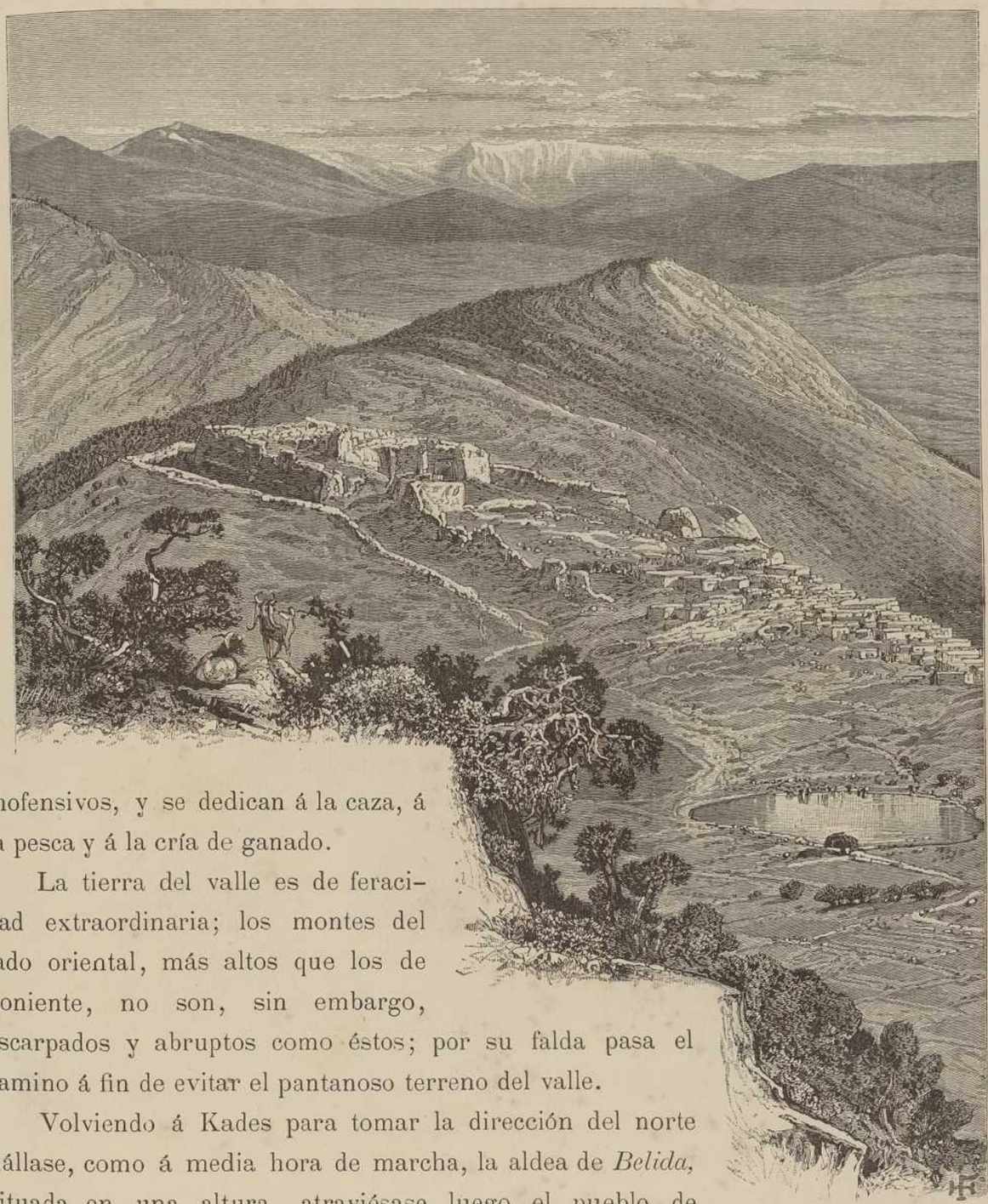
Hasta los modernos tiempos no ha sido este lago explorado en todo su ámbito; una expedición inglesa lo recorrió en 1870. Numerosos nenúfares extienden sus hojas por la superficie de las aguas y la esmaltan con sus blancas flores.

El lago Huleh es generalmente identificado con las *Aguas de Merom,* en hebreo *Me-Merom* y en la Vulgata *Aquæ Merom;* en sus inmediaciones alcanzó Josué victoria contra la hueste de Jabin, rey de Hazor. Tal es la única mención que hace la Biblia de este lago; pero tiempo después Josefo lo cita en varios pasajes con el nombre de *Semechonitis*, y le señala treinta estadíos por lo ancho y sesenta por lo largo. Conviene observar que su extensión varía según las estaciones, y que la indicada más arriba es la que ordinariamente tiene antes que las copiosas lluvias de invierno la doblen y hasta la tripliquen, uniendo con él, para formar una sola y extensa laguna, los pantanos que por septentrión le están contiguos.

Atribúyense dos etimologías al nombre de Semechonitis ó Samachonitis con que Josefo lo designa: creen unos que procede del arábigo *samak* (pez), por lo que abunda en el lago la pesca, y opinan otros autores que dió origen á aquel nombre el verbo árabe *samaka* (alzarse, elevarse); en este caso sería mera traducción del hebreo *Me-Merom* (aguas superiores), por estar situado el lago El-Huleh á mucho más alto nivel que el de Tiberíades: la diferencia entre uno y otro se calcula en doscientos sesenta y cinco metros.

Al norte del lago extiéndese una llanura formando despejado valle de unas dos

leguas de extensión con muchos pantanos y lagunas; en ellas se revuelcan numerosos búfalos propiedad de los beduinos que acampan constantemente por las inmediaciones. Pertenecientes á las tribus llamadas Ghoarine, se muestran por lo común pacíficos é



Hunin, antiguamente Ianuah

inofensivos, y se dedican á la caza, á la pesca y á la cría de ganado.

La tierra del valle es de feracidad extraordinaria; los montes del lado oriental, más altos que los de poniente, no son, sin embargo, escarpados y abruptos como éstos; por su falda pasa el camino á fin de evitar el pantanoso terreno del valle.

Volviendo á Kades para tomar la dirección del norte hállase, como á media hora de marcha, la aldea de *Belida,* situada en una altura, atraviésase luego el pueblo de *El-Meis,* dividido en dos grandes barrios, y por un camino que ofrece vestigios de calzada romana se llega á las ruinas de una fortaleza por nombre *El-Menara.* Desde la meseta en que ahora estamos gózase de grandioso panorama: extiéndese la vista por el valle del Jordán y el lago El-Huleh; la sierra del Hermón levanta en lontananza sus empinadas cumbres; al oeste está el castillo de Tibnin, que mirado desde lejos ofrece aún imponente aspecto, y al norte se encuentra

el lugarejo de Hunin, adonde nos dirigimos, que dista de Kades unos doce kilómetros.

Poco antes de llegar á él llamará nuestra atención un cuadrado recinto que mide noventa pasos por lado y está flanqueado por torres semicirculares en cada uno de los cuatro ángulos; por norte, oeste y mediodía rodéanlo un foso de seis metros de anchura por otros tantos de profundidad, abierto en la roca; la que forma así, cortada verticalmente, los muros de escarpa y contraescarpa; en los puntos donde la roca falta sostiene las tierras un muro construído con piedras de todas dimensiones, y algunas colunas, empotradas horizontalmente entre ellas, manifiestan haberse hecho la obra con posterioridad á la época bizantina. En cuanto á los fosos labrados en la peña es probable que daten de antigüedad más remota, y de ellos se sacarían las enormes piedras que sirvieron para la construcción de la fortaleza primitiva. Consérvanse aún en el edificio vastas salas de bóveda ojival que en la actualidad sirven de establos; algunos de los materiales en ellos empleados hubieron de pertenecer á las ruinas de la fortaleza anterior. El terremoto de 1.° de enero de 1837 causó en todo el edificio considerable deterioro.

Al sur de este recinto y al opuesto lado de un foso hállase otro que mide ciento y cuarenta pasos á lo largo por noventa y uno á lo ancho; construído con piedras de menores dimensiones, está igualmente flanqueado por torres semicirculares. En su interior magnífico muro, del cual queda en pié algún lienzo, procede al parecer de gran antigüedad; los edificios que allí se alzaban están en su mayor parte arruinados. De ellos forma parte reducida, pero elegante mezquita también en ruinoso estado; su octagonal alminar arranca de una linterna con ocho ventanas.

A poca distancia se encuentra el pueblo que lleva, como el castillo, el nombre de Hunin; sus habitantes son todos metualis.

En opinión de M. Guerin, en este lugar estuvo situada la antigua ciudad de Ianuah, Janoe en la Vulgata, mencionada en la Biblia entre las plazas conquistadas por Theglathphalasar en la región septentrional de Palestina.

II

Nahr-el-Hasbany. — *Tell-el-Kadhy*, ó la antigua ciudad de Dan. — Nahr-Leddan. — *Tell-Defna*. — Banias. — Ruinas de Paneas ó Cesárea de Filipo. — Gruta del Dios Pan. — Historia de la ciudad. — Recuerdos de las Cruzadas. — *Kalat-Banias*. — Ain-Hazur. — *Birket-er-Ram* ó lago Phiala. — Ain-Kenia. — El Gran Hermón. — Magnífico panorama. — Ruinas. — Racheyat-el Fokhar. — Hebbarieh. — Ain-Djerfa. — Hasbeya. — Horrible matanza de cristianos. — Su población actual. — Ued-et-Teim. — Los Drusos. — Kalat-ech-Chekif. — Ain-Hercha. — Racheya. — *Birket-Aiha*—Rakhleh. — Deir-el Achair.

Desde la altura de Hunin en que estamos pueden abarcarse á simple vista todas las sinuosidades del brazo superior del Jordán ó sea el Nahr-el-Hasbany, el cual, al reunirse con el Nahr-Leddan y el Nahr-Banias, forma el sagrado y famoso río.

Si por áspero sendero se desciende al valle, encuéntrase ante todo á la izquierda la aldea de Abel-Kameh, morada de cristianos, que es la antigua ciudad fronteriza de *Abel-Beth-Maakha*, mencionada en el libro de los Reyes como una de las poblaciones de la tribu de Neftalí expugnadas por los generales de Ben-Hadad, rey de Siria, y después por el monarca asirio Theglathphalasar. Más lejos divísase el lugar de Mutellé, que es el primero habitado por drusos. En aquel llano se reunen los tres brazos del Jordán para arrojarse en el lago de Huleh ó en las grandes lagunas á él inmediatas; reducido en la antigüedad á esmerado cultivo era renombrado por su feracidad; en el día es todo él inmenso y verde prado donde apacientan sus ganados los beduinos nómadas. En él tiene el Jordán catorce metros de anchura y corre por un lecho que mide veintisiete y está cinco ó seis más bajo que el nivel de la llanura.

Diez kilómetros median entre Hunin y el puente de Djisr-el-Rhadjar por el cual se atraviesa el Nahr-el-Hasbany; el camino, cuya dirección es al nordeste, sigue por entre magníficos pastos, tachonados con grandes piedras basálticas. Consta el puente de tres arcos, los dos laterales apuntados, y está construído con piedras calcáreas y basálticas. Plátanos y adelfas sombrean las márgenes del río, cuyas aguas, remolinantes y espumosas, rompen con estrépito en las pilas del puente.

Nace el Nahr-el-Hasbany veinticinco kilómetros más lejos hacia el norte; su altura alcanza á quinientos sesenta y tres metros sobre el nivel del mar, y es por lo mismo, sino la más abundante, la primera y más elevada de las tres fuentes ó brazos que forman el Jordán; las otras dos que nacen respectivamente en Tell-el-Kadhy y en Banias, no descienden de aquella altura, conforme habremos de ver luego. La del Nahr-el-Hasbany brota al pié de un peñón que se alza como vertical muro; convertida en bullidor riachuelo no tarda en ser detenida en su rápida corriente por poderoso dique que la divide en dos brazos; es el uno el Nahr propiamente dicho que sigue

corriendo veloz por el lecho que le trazara la naturaleza; el otro, por angosto canalizo

NAHR-EL-HASBANY.—PUENTE LLAMADO DJISR-EL-RHADJAR

en dirección paralela, pero conservando mayor altura, va á regar vastos plantíos de moreras y otros árboles.

A tres kilómetros al oriente del Djisr-el-Rhadjar elévase el montecillo que lleva el nombre de *Tell-el-Kadhy;* su circuito tendrá unos mil y trescientos metros y su altura no excede de veinte sobre la llanura. Su cumbre estuvo rodeada de un muro cuyos vestigios aun son visibles en distintos puntos, lo mismo que los restos de una aldea musulmana, hoy por completo destruída, compuesta por un grupo de casitas que fueron construídas con pequeñas piedras basálticas. De forma elíptica, la colina ofrece, por medio de sucesivos altos naturales y artificiales á la vez, una gran depresión

en su parte central donde existe un gran espacio que podría ser comparado á la plaza de inmenso anfiteatro y que es al parecer el cráter de antiguo volcán. En sus ribazos crecen corpulentos robles, y hacia el lado de occidente brota caudalosa fuente de temperatura glacial, que, formando á poco impetuosa avenida, precipita sus aguas por entre gigantescas cañas, zarzas, arbustos y maleza hasta romper por la ladera del monte y abrirse con violencia el camino que la conduce al llano. En el punto en que comienza extienden sus robustas ramas un soberbio terebinto cuyo tronco mide

Tell-el-Kadhy.—Encina que da sombra á una de las fuentes del Jordán y al sepulcho de un santón

siete metros de circunferencia, y una añosa encina que presta sombra al sepulcro de un jeque venerado con el nombre de *Cheikh-Azreik*

En la base occidental del tell nace otro manantial tan considerable como el anterior y casi á la misma altura, esto es, á unos ciento ochenta y cinco metros sobre el nivel del Mediterráneo. Sus aguas, muy frías y claras, forman al principio un gran estanque, y el arroyo que de él sale se reune con el mencionado antes para correr juntos por un mismo lecho con el nombre de *Nahr-Leddan*. Josefo le da el de pequeño Jordán, y el pueblo así lo considera teniéndolo por el río propiamente dicho á causa de su mayor caudal, que es en efecto doble del de Banias y triple del que lleva el Hasbany.

En este tell estuvo situada la antigua ciudad de Dan, cuyo nombre hebreo equivalente á *juez* reproduce fielmente el actual arábigo de colina del kadhy; formaba la frontera septentrional del reino de Israel, y de ahí la expresión usada en la Biblia para indicar toda la extensión del país de norte á mediodía, desde Dan hasta Bersabe.

NAHR-LEDDAN, UNO DE LOS BRAZOS DEL JORDÁN

Según vemos en el libro de Josué, llamóse esta ciudad *Lesem*, en hebreo *Lechem*, antes que la expugnasen y destruyesen seiscientos guerreros de la tribu de Dan, los cuales, al reconstruirla, le dieron el nombre del progenitor de su tribu. En el libro de los jueces es llamada *Laís*, en hebreo *Laich*.

En el año 974 antes de J. C., aclamado rey Jeroboam, por las tribus de Israel segregadas del reino de Roboam, quiso disuadir á sus súbditos de que fuesen á Jerusalén á adorar á Dios, y al efecto hizo construir dos becerros de oro, colocándolos el uno en Bethel, confín meridional de sus Estados, y el otro en Dan, frontera septentrional. Tal fué el principio de la pública idolatría de Israel, en la que continuó obstinado hasta su cautiverio y dispersión.

Transcurridos treinta y cuatro años los generales del rey de Siria Ben-Hadad, devastaron la ciudad de Dan y otras de la tribu de Neftalí.

El mismo nombre de Dan parece haber entrado en la formación del que lleva

aquel principal brazo del Jordán. También el de este río, según san Jerónimo, reconoce en él su etimología, pues *Jordanis* no tiene otro significado que *río de Dan;* pero de esta opinión se han apartado muchos y autorizados orientalistas; para los que, conforme queda dicho, el nombre de aquel río, en hebreo *Yarden,* procede de la raíz *iarad, descender,* á causa de bajar constantemente sus aguas en rápida pendiente desde su nacimiento hasta el mar Muerto, donde muere.

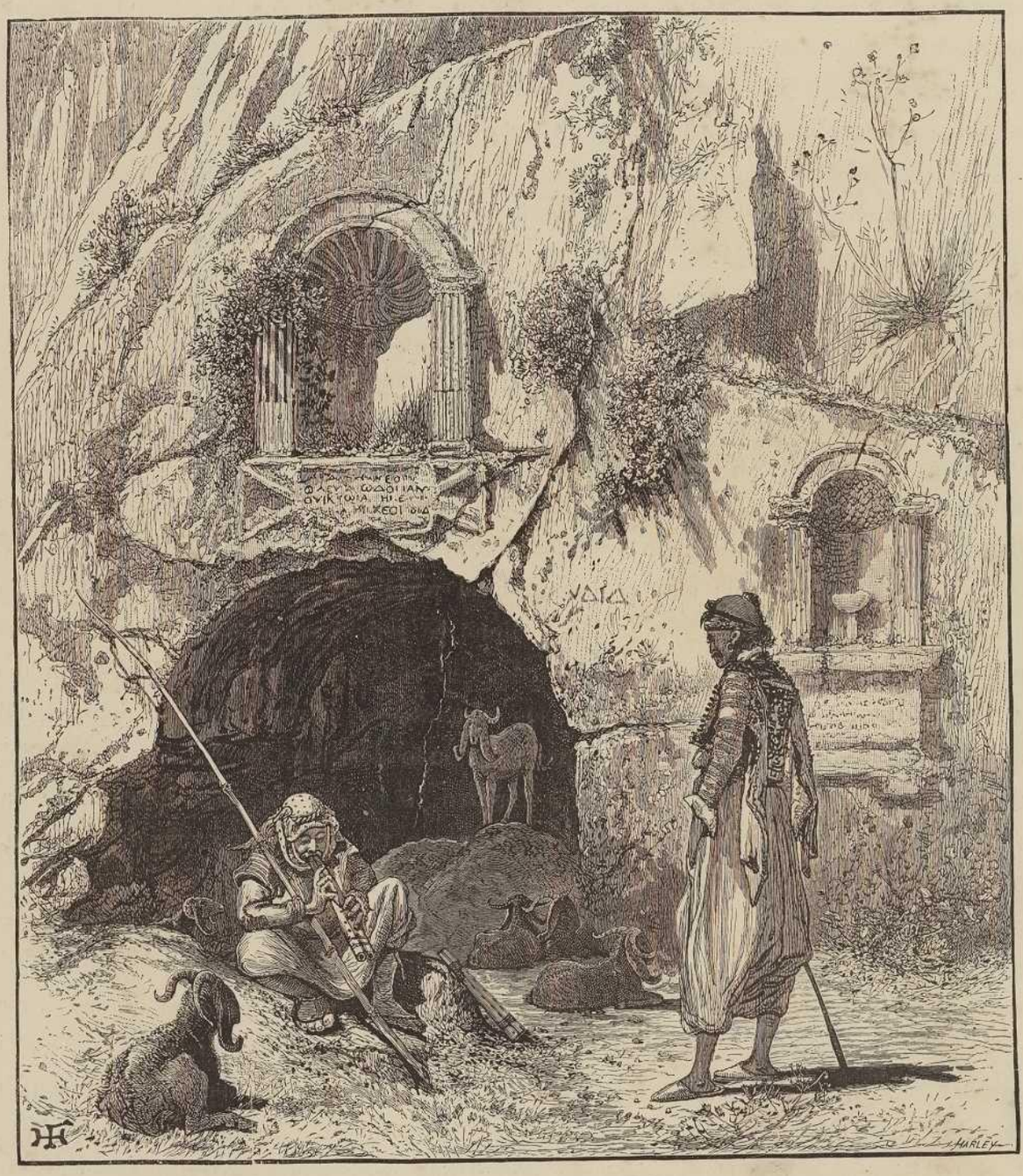
Al mediodía de Tell-el-Kadhy y á la distancia de dos kilómetros y medio álzanse otras dos colinas ó tells de menos importancia, conocidas ambas con el nombre de *Tell-Defna.* Llégase á ellas atravesando campos y prados regados por numerosos arroyuelos derivados del Nahr-Leddan, los cuales comunican á esta parte del llano amenidad incomparable. Los fellahs que lo cultivan son de color cobrizo y viven en chozas fabricadas con juncos y cañas entrelazadas; por lo general recogen dos cosechas al año.

Uno de estos *tells,* el más septentrional, lleva, además del nombre de Tell-Defna, el de *Tell-Cheikh-Dhurí,* á causa de tener allí su sepultura, en medio de un grupo de encinas, un santón así llamado.

El historiador Josefo, al hablar del lago Semechonitis, dice que los pantanos al mismo inmediatos se extienden hasta Dafne, «delicioso sitio abundante en fuentes que con el tributo de sus aguas alimentan el pequeño Jordán, á poca distancia del templo del Becerro de oro.» A aquellas colinas se refirió sin duda el escritor hebreo, pues situadas á unos cuarenta minutos de Tell-el-Kadhy, donde alzó el templo del Becerro de oro, y fertilizadas por caudalosos manantiales, llevan todavía la denominación que antes tuvieron. Griega ésta, al parecer, pudo derivarse de los laureles y adelfas que se crían en las márgenes del Nahr-Leddan, ó quizás del culto que allí se daría á Apolo y á la ninfa Dafne. Autores hay que creen tal nombre de origen hebraico, y también cananeo.

Si desde Tell-el-Kadhy se avanza hacia el este por espacio de cinco kilómetros, llégase á Banias, donde brota la tercera fuente del Jordán. La aldea con aquel nombre conocida cuenta apenas seiscientos moradores, habiendo sucedido á una ciudad importante que estuvo dividida en dos partes: la ciudad propiamente dicha y la fortaleza. Formaba ésta un cuadrilátero irregular rodeado de una muralla flanqueada por torres cuadradas, estando además protegido por fosos artificiales y por las naturales quebradas del Nahr-Banias y del Uady-es-Saar; construída probablemente en la época greco-romana, formando enorme cuerpo de edificios, habrá experimentado de parte de musulmanes y latinos diferentes restauraciones, y en el día está cayéndose por todos lados en ruina; varias son las torres destruídas casi por completo, no quedando de ellas sino informes montones de piedras y cascajo. En la parte meridional se ve antigua portada, restaurada, según inscripción que en ella se lee, por un sultán mameluco, y de allí arranca un puente sobre el Nahr-es-Saar, que es en gran parte de fábrica musulmana; en este punto defendía la entrada de la ciudadela fuerte torre cuyos muros

inferiores aún existen. El actual lugar de Banias, situado á trescientos y cincuenta metros sobre el nivel del mar y á ciento y cincuenta sobre el del Tell-el-Kadhy, está todo él comprendido en el perímetro de la fortaleza, del cual sólo una parte ocupa, y los habitantes viven en miserables casas toscamente construídas con materiales



Gruta consagrada al dios Pan en las inmediaciones de una de las fuentes del Jordán

antiguos. Casi todos sostienen en la azotea una choza de cañas y hojarasca en donde pasan los habitantes las calurosas noches de estío.

El área de la ciudad está casi toda entregada al cultivo é invadida por plantíos de higueras y morales, entre los que crecen robles y terebintos. Sus murallas han desaparecido del todo excepto en el lado del sudeste, donde se conservan de ellas visibles vestigios. Lo propio puede decirse de los monumentos y templos que la

adornaban y del caserío que llenaba su vasto recinto; algunos esculpidos sillares, restos de un acueducto, varias colunas derribadas unas y las otras medio enterradas, es lo único que queda de la antigua ciudad atestiguando su pasada magnificencia. Atravesábanla los dos brazos de un río llamado *Nhar-Banias,* cuyas márgenes sombrean álamos, plátanos, nopales, adelfas, sauces y gigantescas cañas, y que se reunen á poco en el lecho de profundo barranco por el cual corren sus aguas límpidas é impetuosas, imprimiendo movimiento á algunos molinos y formando vistosas cascadas.

Si remontamos el Nhar-Banias no tardaremos en llegar al manantial que le da origen, el cual brota del suelo por varios puntos á la vez á una altura de trescientos ochenta y seis metros sobre el nivel del Mediterráneo. Vese salir el agua á borbotones, agitarse entre las rocas y á los pocos pasos emprender su precipitado curso al través de florida espesura. En las inmediaciones del manantial ábrese una cueva que, en otros tiempos mucho más hónda y elevada, ha visto caer en ruinas toda su parte anterior á impulso sin duda de violento terremoto; es la antigua Panium ó cueva del dios Pan. A su derecha ha sido labrado en la roca un reducido y abovedado *sacellum* ú oratorio, y en el peñascoso muro ábrense dos hornacinas rematadas en forma de concha que contendrían estatuas. Al pié de una de ellas léese una inscripción griega, que traducida dice así:

«Este lugar ha sido consagrado á Pan, hijo de Júpiter y amante de Eco, por el sacerdote Víctor, hijo de Lysimaco.»

Otros nichos votivos tiene el muro, los que, al igual de los anteriores, han perdido hace tiempo las estatuas ó símbolos en ellos colocados; las inscripciones griegas allí escritas han experimentado graves mutilaciones, pero por sus escasos fragmentos conócese que son también referentes á la propia divinidad. No cabe duda, por lo mismo, en que es esta gruta la que con el nombre griego de *Panion,* en latín *Panium,* menciona el historiador Josefo.

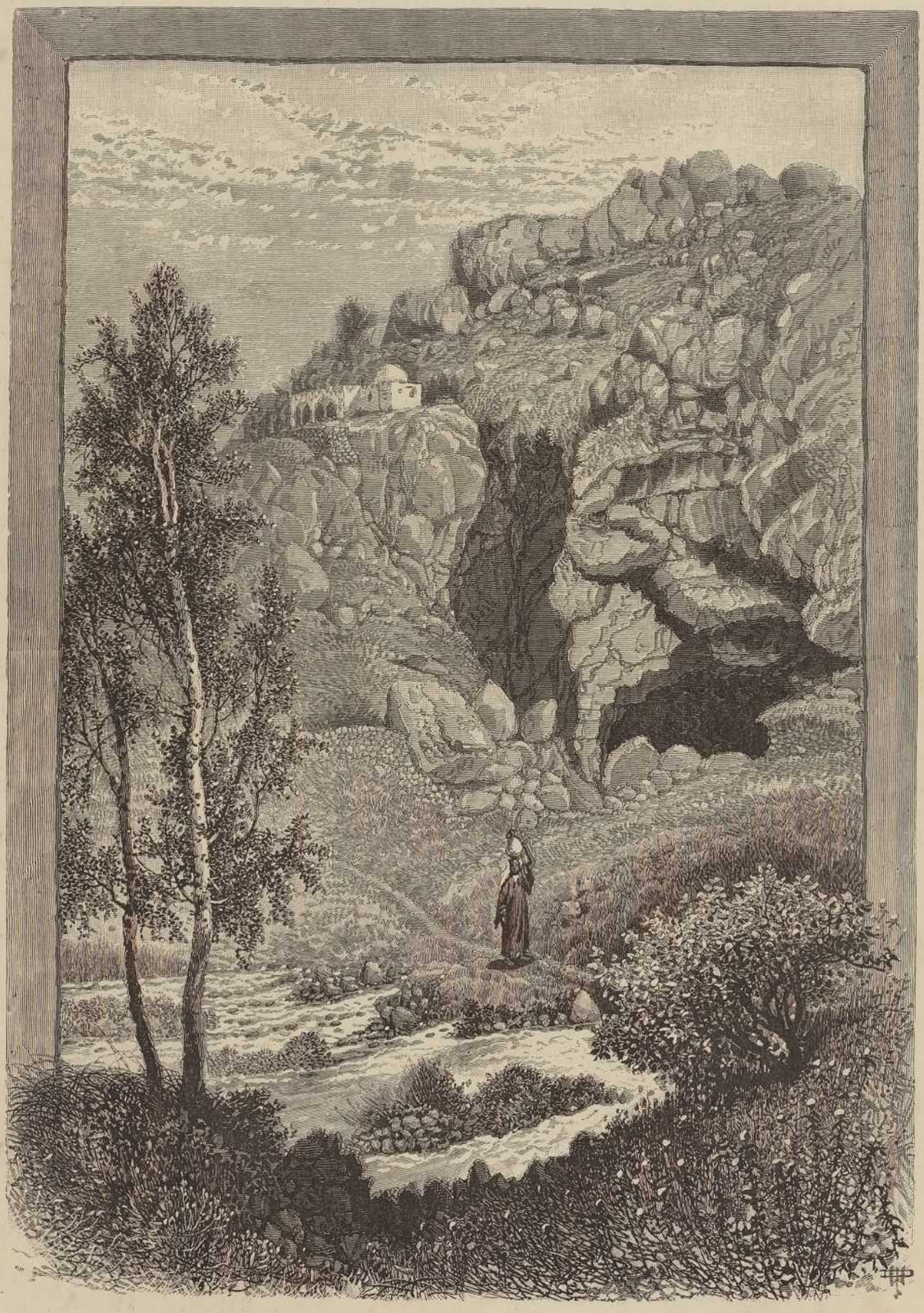
«Es el Panión, dice, magnífica cueva en la ladera de un monte; debajo de ella ábrese la tierra hasta una profundidad indecible, estando aquel abismo lleno de agua; encima se alza la montaña á gran altura. Brotan en la cueva las fuentes del Jordán.»

Y en otro lugar escribe:

«El Panión es, á lo que se cree, el origen del Jordán; el agua que lo forma llega á este punto por conductos subterráneos é invisible desde un lago llamado Phiala... La natural belleza del Panión ha sido aumentada por la regia munificencia. En esta cueva da comienzo el Jordán á su aparente curso para atravesar luego las lagunas y pantanosos terrenos inmediatos al lago Semechonitis.»

El mismo autor explica que Herodes levantó allí marmóreo templo dedicado á Augusto al ser por éste investido con la tetraquía, y de estos distintos pasajes se deduce claramente que el Panión, situado al pié de un monte, es decir, del Hermón, contenía en tiempo de Josefo, una profunda sima llena de agua, y que allí tomaba origen el Jordán. Pues bien, la disposición del lugar, escribe sobre esto M. Guerin, ha variado

mucho desde entonces acá, ya que la cueva en la que he penetrado y que he recorrido



Ualy-el-Khader ó santuario de San Jorge.—Una de las fuentes del Jordán en Banias

en toda su extensión no encierra ahora agua, ni abismo insondable y está sirviendo de establo. ¿Ocupaba el abismo únicamente la parte anterior de la caverna, hoy

obstruída por enormes peñas desprendidas de la arruinada bóveda? Se ignora, pero es lo cierto que en el día los diferentes manantiales que forman el Nahr-Banias brotan por todos lados delante de la cueva y que no existe rastro de la sima indicada por Josefo. Un terremoto, dice aquel autor, habrá modificado por completo el aspecto del lugar, ó bien ha de decirse que el escritor hebreo trazó del mismo fantástica descripción, tomándola quizás de tradiciones locales desprovistas de fundamento.

A la izquierda de la cueva de Pan, junto á áspera senda abierta en la peñascosa ladera, existe antigua capilla conocida por los musulmanes con el nombre de Ualy-el-Khader y por los cristianos con el de Mar-Djiris (san Jorge). Precede al oratorio reducido patio, y desde él abraza la vista toda el área de la renombrada Paneas, las fuentes, los dos riachuelos formados por sus aguas cristalinas, los plantíos que han sucedido á las casas y edificios, las ruinas de la ciudadela, el actual lugarejo, los barrancos que en varios puntos servían de fosos naturales á la murada población, y las llanuras y montañas que la rodeaban. Para una ciudad no puede apetecerse situación mejor ni más agradable.

Por primera vez la de Paneas ó Panias, nombre que con ligera alteración se ha conservado en el de Banias, figura en la historia reinando Herodes, el Grande; el Antiguo Testamento no la menciona una vez siquiera, por lo menos con semejante denominación. Por Josefo sabemos que Herodes, después de acompañar hasta el puerto á Augusto que abandonaba la tierra de Siria, erigió en su honor magnífico templo de mármol blanco en el lugar llamado Panión, por estar consagrado al dios Pan, y que antes de morir legó la ciudad allí existente á su hijo Filipo, quien la reedificó casi por completo, recibiendo entonces, en honor de César, el nombre de Cesarea. A él se añadió después el de su último fundador para distinguirla de la Cesarea de Palestina ó marítima.

Con ambos, con la denominación de Cesarea de Filipo es citada en el Nuevo Testamento al ser visitada por el Salvador, creyéndose de ella que fué el punto más septentrional á que llegó Jesucristo. La tradición cristiana dice que allí tenía su casa la mujer que, padeciendo inveterado flujo de sangre, tocó la orla de su vestido y fué sana, habiendo levantado en su recinto un monumento en memoria del milagro.

Pero el primitivo nombre de la ciudad no desapareció jamás enteramente; con él la designa Ptolomeo, lo mismo que algunas medallas, y acaecida la invasión árabe renació en el de Banias, cuando años antes, al ser engrandecida por el rey Agrippa el Joven, había recibido en honor del emperedor Nerón el de Neronias, que llevó muy poco tiempo.

Invitado por Agrippa, Vespasiano, que había establecido su campamento en Cesarea de Palestina, pasó á la de Filipo, y en ella dispuso que tomaran las legiones veinte días de descanso. Expugnada Jerusalén, recorrió Tito el mismo camino desde la Cesarea marítima á la antigua Paneas; en su recinto hizo prolongada estancia, y en los bárbaros juegos con que allí celebró su victoria perdieron la vida gran número de prisioneros, devorados unos por las fieras y obligados otros á sostener entre sí mortíferos combates.

En el siglo IV de la era cristiana fué Cesarea de Filipo sede episcopal, sufragánea del patriarcado de Antioquía; subyugada por la conquista musulmana los Cruzados la rindieron en el año de 1130, lo mismo que el castillo de *Es-Subeibeh*, situado en inmediato monte. El caballero Reniero Brous, que recibió en feudo la ciudad y la fortaleza, sólo pudo conservarlos dos años, pasados los cuales volvieron á poder de los musulmanes acaudillados por Ismael, sultán de Damasco. En el año de 1143 las recobraron los latinos después de vigoroso sitio que fué la última acción de guerra en el reinado de Fúlco de Anjou. El rey de Jerusalén, al que se reunieron los príncipes de Antioquía y Trípoli, acampó en los llanos de occidente; los asaltos, dice el cronista Guillermo de Tiro, se repitieron por espacio de varias semanas; y desde lo alto de sus torres movedizas sembraban los sitiadores el terror y la muerte entre los enemigos. Panias, á la que la crónica de Guillermo de Tiro llama Belinas, no pudo resistir á sus esfuerzos, y el emir gobernador la rindió por capitulación. Al emprender victorioso el regreso, Fulco, que se lanzó á perseguir una liebre levantada por el paso de la hueste, cayó del caballo y murió de las resultas.

Ruinas de un acueducto romano en Banias

La sede episcopal entonces restablecida fué sufragánea del arzobispado de Tiro. Por su posición, que la hacía llave de la frontera, era Panias objeto de continuas acometidas: Nureddin se apoderó de ella en el año de 1157; pero no habiendo logrado rendir la ciudadela, tuvo que evacuarla al presentarse en su auxilio el rey Balduino III. Diez años después el mismo sultán de Damasco la hizo suya, sin que

H. FENN. PINXT

C. BERTRAND. SCULPT

VISTA DE LA CIUDAD DE CESAREA DE FILIPO.

ESPASA Y COMPA EDITORES, BARCELONA.

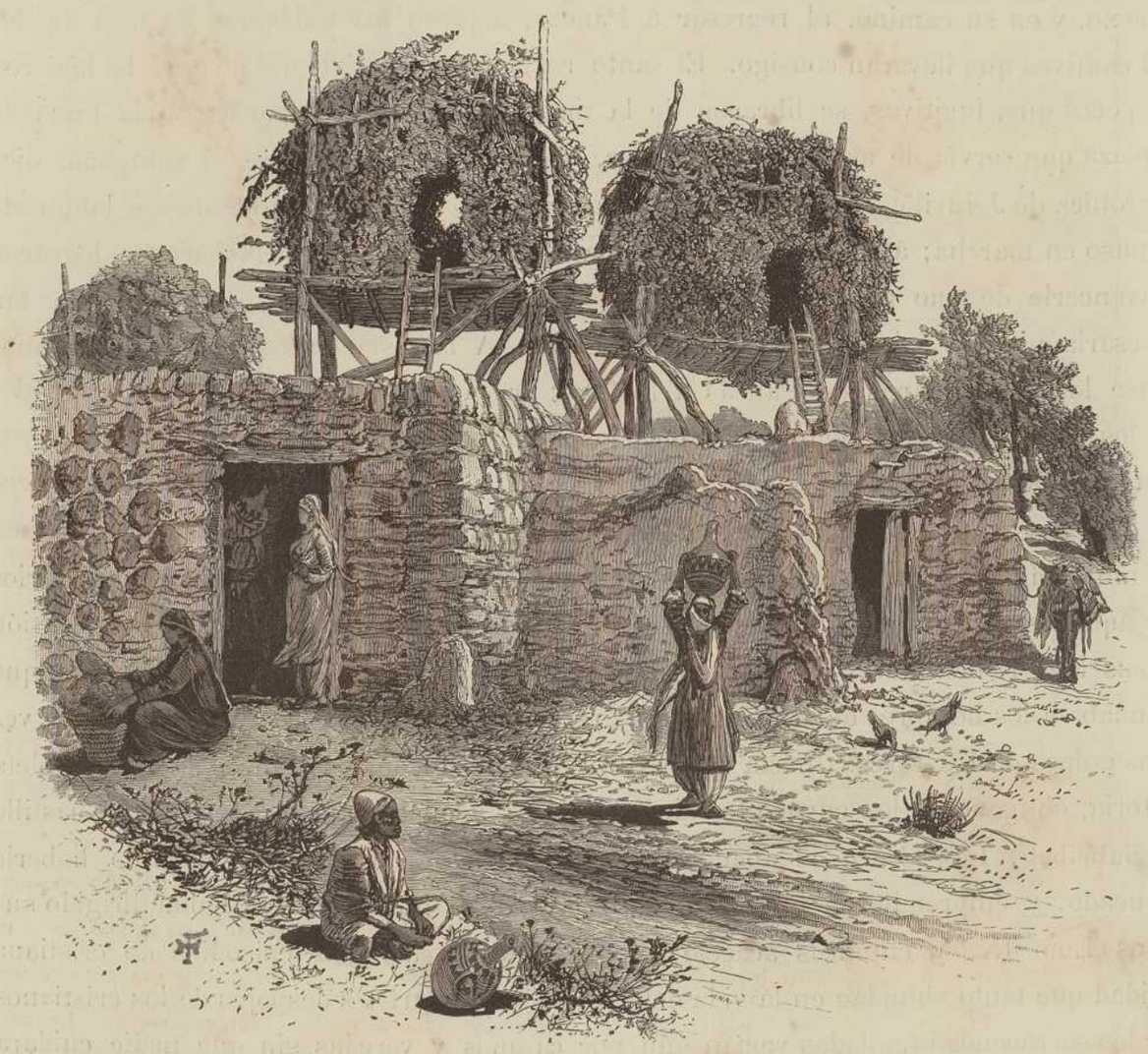
volviera la plaza á poder de los latinos sino por breves horas después de transcurridos muchos años.

Corría el de 1253; san Luís, al frente de numerosa hueste llegada de Occidente, se hallaba en la ciudad de Tiro cuando supo que los sarracenos de Paneas, saliendo, á bélica excursión por los territorios inmediatos, habían entrado por sorpresa en Sidón, mal fortificada y con escaso número de defensores. Cuantos cristianos en la ciudad moraban fueron pasados á cuchillo; la ferocidad musulmana no respetó edad ni sexo, y en su camino, al regresar á Paneas, dejaron los cadáveres de más de dos mil cautivos que llevaran consigo. El santo rey, al oir el triste relato que le hicieron los pocos que, fugitivos, se libraron de la matanza, resolvió vengarla con la toma de la plaza que servía de asilo á sus autores, y dada la orden de salir á campaña, dice la crónica de Joinville, revistieron los guerreros sus brillantes armaduras y la hueste se puso en marcha; á su frente quiso ponerse el monarca, pero sus barones lograron convencerle de que no debía en expedición de tal naturaleza exponer su vida tan necesaria para la salvación de la Tierra Santa. A la vista de los pendones cristianos danse los musulmanes de Paneas á la fuga; la plaza y la ciudadela caen en poder de los Cruzados, y al tiempo que de ellas toman posesión, dirígense los caballeros teutónicos al ataque del castillo de Subeibeh, donde se habían reunidos en gran número los dispersos y fugitivos. Rehechos del pasado terror al amparo de su fortaleza oponen los musulmanes vigorosa resistencia, y rechazando á los caballeros salen á combatirlos por aquellas breñas y despeñaderos. Los cristianos retroceden á su vez, y la confusión de sus filas se comunica á la hueste que ocupaba el llano. El señor de Joinville, que mandaba á los hombres de armas del rey, estuvo á punto de perecer más de una vez á los golpes de los turcos, hasta que al fin el denuedo de los francos logró completa victoria, obligando á los envalentonados enemigos á encerrarse otra vez en el castillo de Subeibeh. Los Cruzados abandonaron la ciudad de Paneas después de haberla saqueado, y emprendieron el camino de Sidón; á la misma ciudad había dirigido sus pasos Luis IX, y entonces acaeció uno de aquellos heroicos episodios de cristiana caridad que tanto abundan en la vida del santo rey. Los tristes despojos de los cristianos por los sarracenos inmolados yacían aún por campos y veredas sin que nadie cuidara de darles sepultura. A tan doloroso espectáculo el buen Luis, transido de dolor, se detiene, y después que á su ruego el legado pontificio hubo bendecido un cementerio, dió orden de enterrar los muertos. En vez de obedecer, sus barones y servidores apartan los ojos con repugnancia y horror de aquellos cuerpos desfigurados y putrefactos; entonces el rey descabalga; toma en sus brazos un cadáver del que se exhala pestilente hedor, y con sereno acento: dice:—«Amigos, demos tierra á estos mártires de Jesucristo.» El ejemplo del monarca, escribe el señor de Joinville, reanimó la resolución y caridad de cuantos le rodeaban; todos se apresuraron á imitarle, y las víctimas cristianas alcanzaron de esta manera los honores de sepultura.

También Joinville designa á la ciudad con el nombre de Belinas, nombre que es

corrupción de Banias, como éste lo es del de Paneas ó Panias. El sultán El-Muazzam mandó arrasar sus fortificaciones, y en el día, dice el presbítero Bourassé, no es más que un lugarejo escondido en la falda de la sierra por el mundo entero ignorado; á él sólo de cuando en cuando llega el cobrador de tributos, y de su prosperidad extinguida únicamente conserva sus fuentes y florestas.

A tres kilómetros al nordeste de Banias álzase el monte en cuya cima existen las ruinas del castillo de Subeibeh, más conocidas hoy con el nombre de *Kalat-Banias;*



Casas de la aldea de Banias

angosta escalera abierta en la roca conduce á la entrada de la fortaleza, la cual se extiende por peñascosa y desigual meseta que está sobre el nivel del mar á unos setecientos y cincuenta metros y mide ciento veinte en su mayor anchura. Profundos barrancos la rodean por norte y levante, sirviéndole de gigantescos fosos; las murallas, de gran espesor y defendidas por gran número de torres, están construídas interiormente con tierra y cascajo y revestidas con sillería. Algunas piedras, en especial las de la cortina de poniente, son de dimensiones enormes.

Consérvanse en el ángulo occidental del recinto imponentes vestigios de tres torres cuadradas, que hubieron de ser de extraordinaria fortaleza; en uno de sus magníficos

sillares que yace derribado al suelo, léese una inscripción arábiga en caracteres cúficos, lo cual induce á pensar que son aquellas ruinas las de una obra musulmana llevada á cabo con materiales de mucha mayor antigüedad. En una de las torres se contiene vasto subterráneo, en parte abierto en la peña y en parte obra de fábrica, al cual se bajaba por una escalera que conserva únicamente treinta peldaños; los derrumbamientos la han hecho inaccesible.

La parte oriental del murado recinto formaba en el punto culminante del monte y á mayor altura que la fortaleza propiamente dicha, de la cual la separaba un foso abierto en la roca, una segunda ciudadela superior más inexpugnable aún que la primera. Flanqueada también ésta por elevadas y macizas torres, domina por norte y levante los espantosos despeñaderos del Uady-Khachabeh, por los que se han derrumbado las piedras de las murallas. Desde allí se disfruta de inmenso panorama.

LECHO DEL JORDÁN EN BANIAS, SOMBREADO POR FRONDOSAS ARBOLEDAS

Es este castillo uno de los más grandiosos y mejor conservados de Siria, y en él, como sucede en la fortaleza de Hunin, pueden observarse los estilos de diferentes siglos. ¿Qué fecha, pregunta M. Guerin, ha de señalarse á una obra que hubo de

costar enormes sumas y trabajos considerables? Las inscripciones arábigas que en

Castillo de Subeibeh

varios puntos existen, en algunas de las que se lee el año de la hégira 625 correspondiente al 1227 de nuestra era, indican al parecer una obra exclusivamente musulmana; además sus bóvedas casi ojivales atestiguan su posterioridad á la época bizantina. Esto por un lado; mas por otro ¿cómo suponer que los antiguos, en la época del mayor esplendor de estas comarcas, pudieran dejar sin defensa punto militar tan importante como es el que domina el camino de Tiro á Damasco? ¿Cómo atribuir á fábrica musulmana los inmensos sillares de distintos puntos de la fortaleza y en especial de las tres torres occidentales? Lo más racional, en vista de todo, en opinión del citado autor, es suponer conforme

hemos indicado antes, que al apoderarse los sarracenos de esta plaza de guerra aprovecharían para levantar sus nuevas obras, ó reparar las ya existentes, los materiales

Ciudadela del castillo de Subfibeh

que las formaban. Las inscripciones arábigas, añade M. Guerin, inducen con frecuencia á error, según de ello he podido convencerme en Palestina repetidas veces, atribuyendo obras á quien no hizo más que restaurarlas.

El majestuoso castillo cae hoy por todos lados en ruinas, y el lodo y las hierbas ciegan sus vastas cisternas; en su recinto tienen morada algunas familias de labradores drusos, los que encierran sus rebaños entre los desmantelados muros. A creerlo, subterráneo camino puso antiguamente en comunicación una de las torres con la ciudadela de Banias, pero esto no es verosímil dada la distancia de cuatro kilómetros que media entre el castillo y la ciudad. Los árabes,

escribe M. Guerin, se complacen en afirmar la existencia de inmensos y misteriosos subterráneos que por lo común no tienen más realidad que aquella que les presta su poética imaginación.

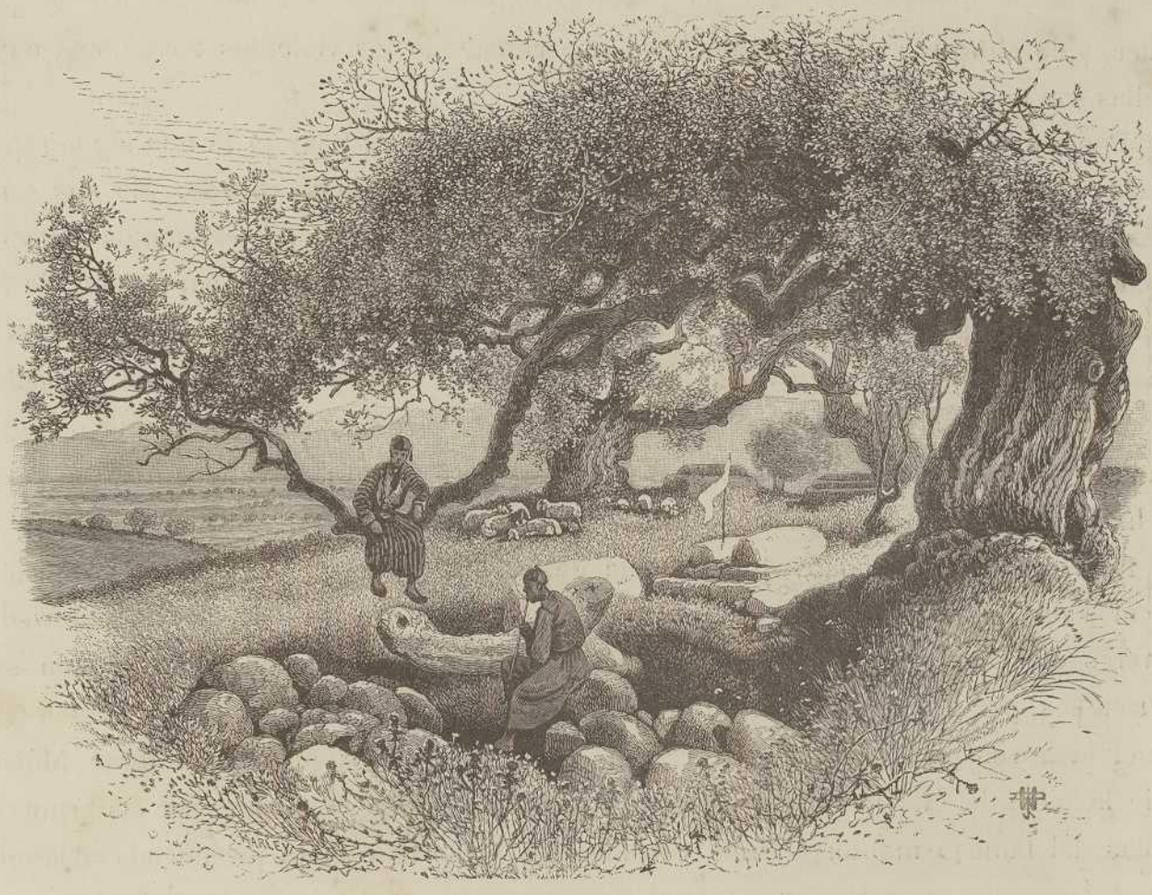
Las ruinas conocidas con el nombre de *Kharbet-Ain-Hazur* distan dos kilómetros y medio por el lado del este de Kalat-Banias ó Subeibeh; en el día ofrecen escaso interés, y se limitan á confusos montones de piedras y vestigios de alguna casa en dos oteruelos separados por un barranco. El uno está entregado al cultivo hace muchos años; crece en el otro un encinar, y entre los árboles se alza un *ualy* dedicado

LABRADORES DRUSOS EN EL CASTILLO DE SUBEIBEH

al jeque Othman Hazur y rodeado de tumbas musulmanas. En las inmediaciones brota una fuente llamada *Ain-Hazur*.

Tiénese por probable que este lugar llevó en la antigüedad el propio nombre que hoy conserva, y para algunos autores en él estuvo situada la capital del rey Jabin. No es ésta, sin embargo, como queda dicho, la opinión común, según la cual han de buscarse los restos de aquella ciudad en la cercanías del lago Merom ó Semechonitis, en las ruinas del Tell-el-Harraui. No falta quien ve en la Ain-Hazur las de En-Hazor, en latín *Enhasor*, ciudad mencionada en la Biblia como distinta de Hazor, aunque también perteneciente á la tribu de Neftalí; mas para ello sería preciso que esta tribu se hubiese extendido por el lado del nordeste más allá del Nahr-el-Hasbany, y sobre esto carecemos por completo de datos positivos.

A cuatro kilómetros hacia el sudeste hállase un pequeño lago que lleva el nombre de *Birket-er-Ram* ó *Rau;* de figura elíptica está cerrado por altas é inclinadas márgenes que alcanzan sesenta metros sobre el nivel de las aguas; vense en ellas esparcidas numerosas piedras volcánicas, y aquella circunferencia de unos dos kilómetros tiene todo el aspecto de apagado cráter. En la orilla crecen frondosas plantas acuáticas que llegan á cubrir gran parte de la vasta laguna indicando su escasa profundidad, á no ser en el centro, donde no nacen hierbas y se muestra el agua límpida y azul. En ella se crían muchas ranas y sanguijuelas.



Tumbas musulmanas en el encinar de Tell-Hazur

Es opinión común que á este lago se refiere el siguiente pasaje de Joseío:

«El Panión, tenido por origen ó fuente del Jordán, deriva del lago llamado Phiala por medio de subterráneo conducto; hállase este lago situado á ciento y veinte estadíos de Cesarea, á la derecha del camino que guía de la referida ciudad á Trachonítides, y á causa de su figura circular, que imita la de una rueda, es conocido con el nombre de Phiala. Constantemente llega el agua hasta el borde de sus márgenes, pero jamás las traspasa. Ignorábase antes que éste fuese el origen del Jordán, y de ello se vino en conocimiento cuando la paja que mandó echar Filipo, tetrarca de la Trachonítides, en el lago Phiala, apareció á poco transportada á la fuente del Panión.

No convienen exactamente al Birket-er-Ram las noticias del historiador hebreo sobre el lago Phiala; la distancia que media entre él y Cesarea de Filipo no excede

de sesenta estadíos; pero aun así, como hasta ahora no se ha descubierto otra laguna que mejor se avenga con el citado pasaje, es sentir común entre los críticos que únicamente á éste puede referirse.

En cuanto á la comunicación subterránea entre el Birket-er-Ram y el manantial de Panias, tradición es ésta que se ha extinguido del todo entre los moradores de la comarca, en caso de haber en algún tiempo existido.

Si se emprende por oeste el camino de regreso á Banias hállase á poco otra laguna circular, menos extensa y casi siempre seca, á no ser en la época de las grandes lluvias invernales. Sembrada toda ella de rocas basálticas parece ser también un apagado cráter, y de ahí que aquella región haya experimentado los violentos terremotos cuyas huellas son en muchos pueblos visibles.

Penosa subida por el ribazo septentrional del Uady-el-Saar, á la que sigue rápida bajada, lleva al lugarejo de Ain-Kenia, situado en la falda de un collado. En sus casas bajas, pequeñas y toscamente construídas vive una población de trescientos drusos y doscientos maronitas. Copiosa es la fuente que le da nombre, y por medio de un canalizo era llevado antiguamente su caudal al acrópolis de Panias. En las laderas de la colina en que tienen origen vense plantíos de tabaco, viñas y muchos olivos y nopales.

Dista este pueblo del de Banias unos cuatro kilómetros, y el sendero que nos guía á la antigua Cesarea de Filipo serpentea por entre terrenos desiguales, ora hacia el oeste, ora hacia el noroeste, subiendo montecillos y atravesando cañadas.

De regreso á la ciudad, que fué una de las fronterizas de la Tierra de promisión, por el lado del nordeste, veremos alzarse ante nosotros las empinadas y nevadas cumbres del Gran Hermón, que de continuo se ofrecen y atraen al viajero en sus excursiones por Palestina cual mirador gigantesco desde el cual podrá contemplar extendida á sus piés toda aquella región que sólo de lejos pudo columbrar Moisés desde la cima del Nebo. Emprendamos, pues, la subida hacia el norte por las primeras cuestas del famoso monte, el más considerable y elevado en la prolongada sierra del Ante-Líbano. El Gran Hermón formaba por este lado el límite de la Palestina, y á sus piés, donde nacen las tres principales fuentes del Jordán, florecieron en otros tiempos populosas ciudades; varias aldeas, algunas de ellas con numerosos habitantes, existen aún diseminadas por sus laderas. *Djebel-ech-Cheikh*, porque es como el rey y soberano de los inmediatos montes, le llaman los árabes, y también *Djebel-et-Teldj*, por estar cubierto de nieve gran parte del año; en sus cimas no se despoja casi nunca de su nívea corona, que desde muy lejos se ve brillar á los rayos del sol, y de ahí que en la antigüedad los Sidonios lo llamasen *Sirion* ó *Chirion*, en la Vulgata *Sarion*, nombre derivado de la voz *charah*, que significa *brillar*. Los amorreos, según el Deuteronomio, le daban el de *Sanir* ó *Senir*, equivalente á *acorazado*, á causa sin duda del brillo deslumbrador de sus cumbres cuando heridas por el sol se asemejan á pulida coraza; el de Hermón, que le aplicaron comunmente los hebreos, proviene de la raíz *harem* (inaccesible) y corresponde á su gran altura é imponente mole.

H A HARPER. PINXT

S. BRADSHAW. SCULPT

EL MONTE HERMON.

ESPASA Y COMPA EDITORES, BARCELONA

Una de sus cumbres estuvo consagrada á Baal, y todo el monte era por los gentiles tenido por santo; así como había la deidad Carmelo, identificada por la veneración popular con la montaña de este nombre, del mismo modo existía el dios Hermón ó Baal-Hermón, cuyo culto se extendía á toda la sierra y principalmente al pico ó cono truncado en que remata una de sus montañas. Con todos estos nombres es mencionada en varios pasajes de la Biblia la célebre montaña, y hasta en alguno parece como que se hace distinción entre uno y otro; pero esto se explica diciendo que, designada con un solo nombre que es indistintamente Sirión, Sanir, Senir, Hermón ó Baal-Hermón, lo fué también con dos ó más á la vez por efecto de sus diferentes cumbres.

Es el Hermón señalado en varios puntos del Antiguo Testamento como frontera de la Palestina y hasta de Siria; en él concluía el territorio de Israel. Según el libro apócrifo de Enoch, en sus laderas se verificó la alianza de los hijos de Dios con las hijas de los hombres de que habla el capítulo VI del Génesis.

La sierra de Hermón, que corre de sudoeste á nordeste en una extensión de siete leguas, y es la prolongación meridional de la gran cordillera del Ante-Líbano, tiene tres cumbres ó picos principales; los de norte y mediodía se elevan á una altura casi igual, que se calcula en dos mil seiscientos cincuenta y tres metros sobre el nivel del mar; el occidental, unos treinta metros más abajo, queda separado por reducido valle de los dos primeros, de los que dista setecientos pasos. Abunda en aquellas espesuras la caza, lo mismo que los osos, panteras, lobos, zorras y otras alimañas. Cultívase allí la vid hasta una altura de mil y quinientos metros, y en regiones aún más elevadas crecen entre sus peñas árboles frutales silvestres, como almendros, ciruelos, cornejos y perales.

Dos senderos principales, desde Hasbeya el uno y el otro desde Racheya, lugares de que hablaremos en breve, guían al pico ó cumbre meridional, hacia el que, como el punto más sagrado y venerando, estaban orientados los numerosos templos que se alzaron en las laderas de la sierra. Tomando el primero se pasa sucesivamente por las aldeas de Ain-Kenia y Chueia, habitada ésta como aquélla por drusos y maronitas, y atraviésase en dirección al este ancho y dilatado valle que lleva el nombre de Ued-Djenem y está situado á mil quinientos metros sobre el nivel del Mediterráneo. Hermosas encinas, caídas hoy en su mayor parte á los golpes de los leñadores, le daban hace algunos años muy agradable aspecto, á lo que contribuía la copiosa fuente cuyas aguas límpidas y glaciales serpentean por el fondo en murmurantes arroyuelos. Encuéntranse á poco unas ruinas llamadas *Kharbet-ech-Chueia*, consistentes en piedras enormes puestas unas sobre otras con una escalera labrada en la peña, y á los quince minutos y á la izquierda del camino se abren antiguas cuevas sepulcrales conocidas con el nombre de *Magharet-Chueia*. Desde este punto la subida se hace de cada vez más difícil; á los árboles que hasta entonces se veían diseminados por cuestas y hondonadas, suceden matas, cardos y agreste maleza; preciso es trepar con lentitud y gran esfuerzo por pedregal en que apenas puede sentarse la planta, hasta que, en fin,

por entre ventisqueros donde la nieve es eterna, después de siete horas de penosa marcha, desde Hasbeya se alcanza la pelada cima.

Interesantes ruinas han de llamar en ella la atención del viajero, pero antes de examinarlas gózase en admirar uno de los panoramas más grandiosos y magníficos que es dado al hombre contemplar en la tierra. Abraza la vista desde aquella inmensa altura casi toda la Palestina, á uno y otro lado del Jordán; los valles de Siria, las majestuosas cordilleras del Líbano y Ante-Líbano, la inmensa llanura de Damasco y el verde círculo de bellos jardines que rodea la vasta ciudad, todas estas comarcas y otras muchas más extiéndense á nuestros ojos maravillados como incomparable plano de relieve tan extenso como variado, formando sus límites el desierto á levante y á poniente el Mediterraneo.

¿Y qué diremos de los recuerdos é ideas que acuden á la mente en presencia de tal espectáculo? «Por lo que á mí toca, que á contar desde el año 1852 he recorrido la Palestina en todas direcciones, escribe M. Guerin, he sentido el indecible placer de reunir y agrupar en un instante y con una ojeada sola las prolongadas y fatigosas exploraciones que me habían costado años y años; cuantas montañas había escalado, cuantos valles había recorrido, todos los famosos lugares por mí visitados veíalos delante de mis ojos, y de tal modo la perspectiva los acercaba unos á otros y suprimía los espacios intermedios, que parecían comparecer y presentarse todos á la vez delante de mí para permitirme apreciarlos en conjunto después de haberlos explorado y estudiado sucesivamente y uno á uno.»

Vastas ruinas coronan la cumbre meridional en que ahora estamos, y consisten en extenso recinto circular del cual sólo son visibles las líneas en el suelo. Construído con pulidos sillares era como la cerca de enorme peña en forma de cono truncado, cuyos lados fueron un tiempo explotados como cantera y en cuyo centro habíase labrado una especie de sala ó cámara á cielo descubierto que fué probablemente un santuario pagano de remota época. Allí sería adorado el ídolo Baal ó quizás el mismo monte divinizado y confundido con la divinidad, conforme antes hemos dicho. Junto al peñascoso cono yacen derribados los restos de un templo, construído igualmente con sillares, y de él se cree ser el mencionado por san Jerónimo como existente aún en su tiempo. Uno de los sillares tenía esculpida una inscripción griega, pero unos viajeros se lo llevaron en el año de 1869. La peña, el templo y el recinto circular que los contiene hubieron de quedar antiguamente, lo mismo que hoy, sepultados por la nieve á lo menos tres cuartas partes del año; es este, en efecto, uno de los puntos culminantes del Djebel-ech-Cheikh, y sería el lugar más elevado y de más difícil acceso que frecuentarían los antiguos cananeos.

Kasr-Antar (castillo de Antar) llaman á estas ruinas los drusos de las cercanías; pero la nieve que cubre la cima durante nueve ó diez meses del año, no desapareciendo del todo hasta fines del verano, y la misma disposición de las ruinas, todo parece indicar que no pudieron ser fortaleza, sino más bien edificio religioso al cual subirían

en peregrinación los moradores de aquellas comarcas así que la estación lo consentía. En efecto, aun prescindiendo del explícito texto de san Jerónimo que dice existir allí un templo famoso venerado por los gentiles de Paneas y del Líbano, los vestigios que hasta nosotros han llegado manifiestan, por su analogía con otros más conocidos, su primitivo destino: los peregrinos, después de escalar con trabajo las laderas del monte y al llegar á la cumbre, darían en procesión la vuelta al recinto circular, penetrarían luego en el santuario abierto en la peña, y acabarían por presentar su

Una alfarería en Racheyat-el-Fokhar

ofrenda en el templo inmediato. Algunas pequeñas hornacinas labradas en la roca vense aún en buen estado de conservación.

«A las tres de la tarde, escribe M. Guerin, abandoné las ruinas del Kasr-Antar, y contemplando por última vez el dilatado y magnífico horizonte que se extendía á mi vista, comencé á bajar hacia el sudoeste y luego hacia el oeste por el propio sendero que seguí á la subida. Hermoso espectáculo me proporcionó la puesta del sol al teñir el astro con sus moribundos rayos las laderas de la sierra y al dorar la nieve de aquellos ventisqueros. Largo era el camino que aún me faltaba recorrer por entre breñas y quebradas, por las cuales es peligroso andar de noche; por suerte no tardó

en aparecer la luna y en bañar con su serena claridad rocas y barrancos. A las ocho de la noche entraba al fin de regreso en Hasbeya, habiendo empleado siete horas en la subida al pico de Kasr-Antar y únicamente cinco en la bajada.»

En las vertientes occidentales del Djebel-ech-Cheikh existen diseminados á distinta altura varios lugares de mayor ó menor importancia, entre los que conviene citar los principales.

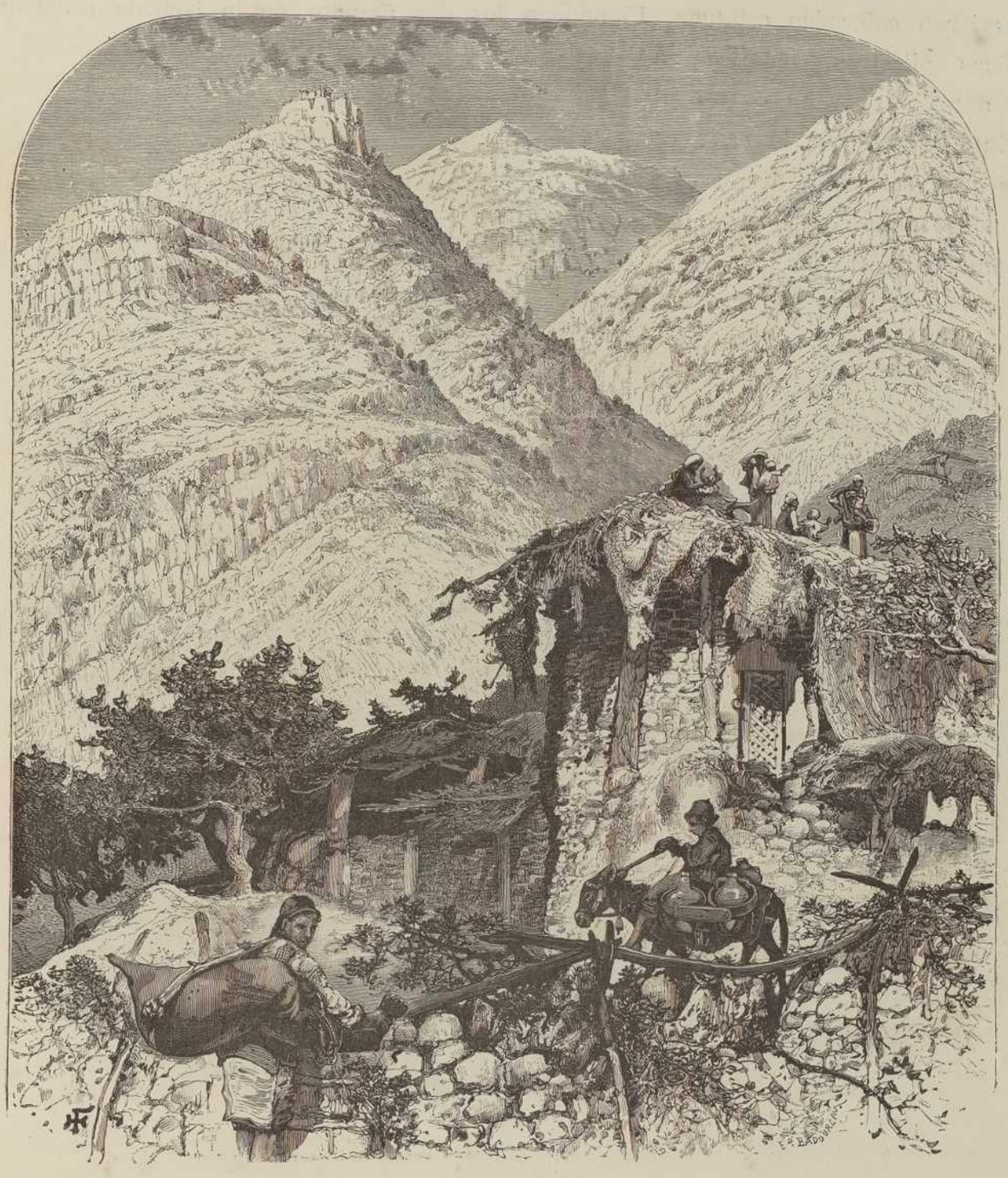
Racheyat-el-Fokhar, compuesto de sete-

cientos habitantes, griegos cismáticos casi todos, se ofrece en anfiteatro en pendientes plantadas de viñas y sombreadas por olivos y nopales; el nombre que lleva *(El Fokhar,* barro), débelo á la industria de sus moradores, muy diestros en fabricar vasijas de todas formas y dimensiones con la tierra arcillosa de las cercanías. A la entrada del pueblo brota copiosa fuente.

Ruinas de un templo en Hebbarieh

Escabrosa senda, abierta á trechos en la roca, conduce, atravesando el Ued-Hebbarieh, al pueblo de este mismo nombre.

Situado en peñascosa cuesta consta de seiscientos y cincuenta habitantes, musulmanes todos; sus casas están formadas por lo general con materiales antiguos, y se escalonan, dominando las unas á las otras, hasta gran altura. La mezquita, llamada



UED-CHEBA, VISTO DESDE HEBBARIEH; Á LO LEJOS LA ALDEA DE CHEBA

Djama, fué igualmente construída con piedras pertenecientes á remota antigüedad, algunas de ellas almohadilladas y labradas.

En la parte inferior del pueblo es de ver un monumento mucho más notable, ó sea un antiguo templo que mide unos diez y ocho metros á lo largo por nueve y medio á lo ancho. Construído con magníficos sillares álzase sobre elegante basamento formado con piedras mayores todavía, como que alguna cuenta tres metros de longitud por altura y espesor proporcional; precédelo al este un pórtico ó *pronaos,* sostenido por

dos colunas y otras tantas pilastras jónicas, y en el fondo de este vestíbulo, á ambos lados de la puerta, que es de figura rectangular, vese una hornacina rematada en concha, y encima otro nicho rectangular, cuatro huecos en que probablemente estuvieron colocadas estatuas. Flanquean los dos ángulos de la fachada occidental jónicas pilastras, idénticas á las anteriores, y en cuanto al recinto interior de la *ceila* es hoy casi inaccesible á causa de grandes montones de tierra y escombros, entre los que yacen

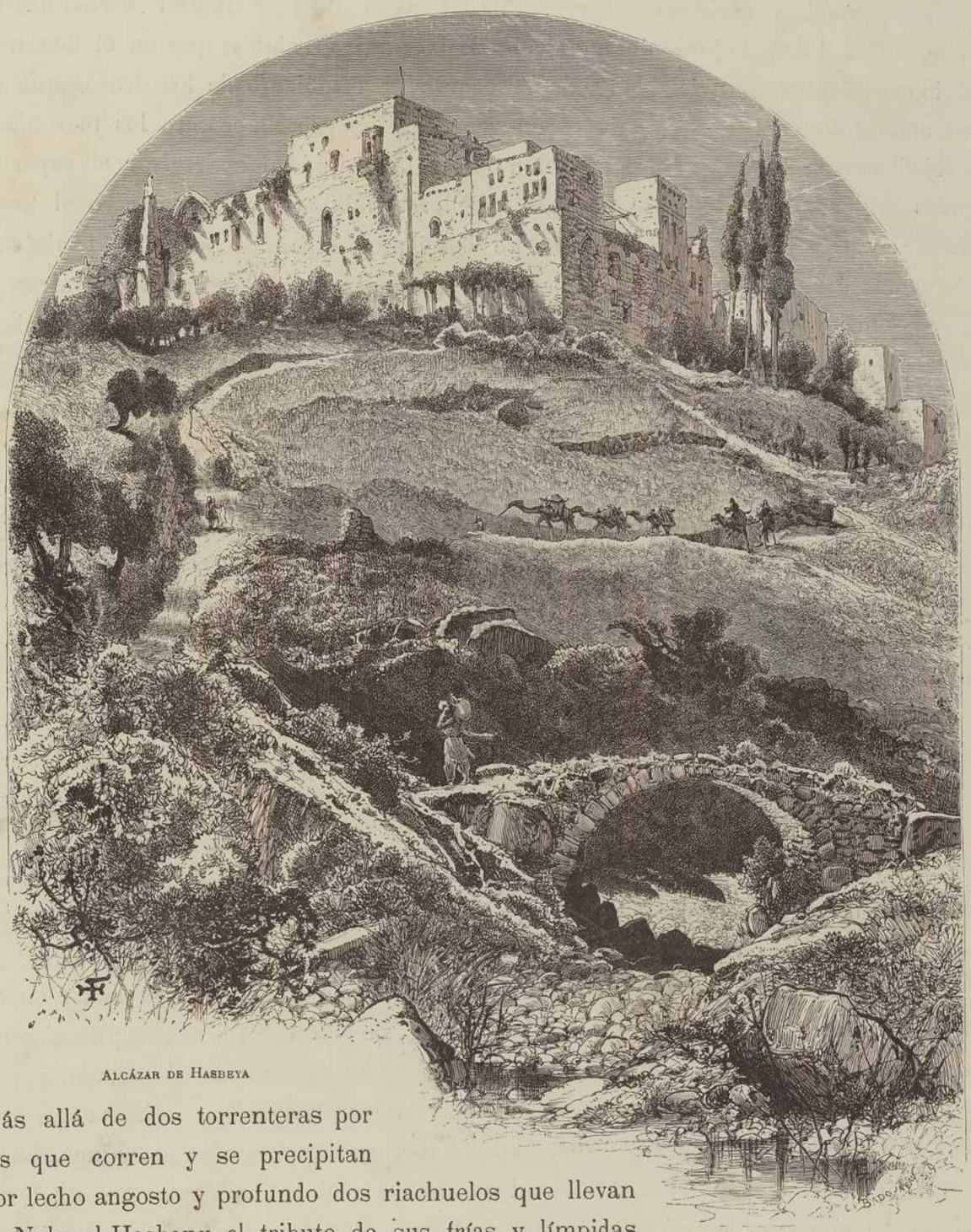
Puerta de Hasbeya

enterradas las colunas que lo adornaron. Angosta escalera abierta en el espesor de la pared llevaba á la azotea con que el monumento remataba.

No hay dato ni indicio que nos descubra el fundador del templo y el ídolo en él adorado; lo único que por su arquitectura puede colegirse es que fué obra greco-romana. Es digno de tenerse en cuenta que las estatuas colocadas en los cuatro huecos del vestíbulo tenían todas vuelto el rostro al Gran Hermón, venerado como una montaña santa y hasta como verdadera deidad por los antiguos moradores de aquella tierra.

Desde el pueblo de Hebbarieh domínanse los precipicios del Ued-Cheba, y se divisa ó lo lejos el lugarejo de este nombre, situado en la segunda cumbre ó pico del Hermón, siendo de toda la sierra el punto habitado de mayor altura.

El lugar de Ain-Ejerfa se encuentra á tres kilómetros al nordeste de Hebbarieh,



Alcázar de Hasbeya

más allá de dos torrenteras por las que corren y se precipitan por lecho angosto y profundo dos riachuelos que llevan al Nahr-el-Hasbany el tributo de sus frías y límpidas aguas. Ain-Djerfa, habitado por doscientos drusos, ocupa el sitio de otro pueblo anterior, conforme lo atestiguan varias antiguas cisternas y los materiales que han servido para la construcción de la fuente pública y de casi todas las casas.

Otros tres kilómetros de marcha hacia el norte y llegaremos á la villa de Hasbeya,

construída en anfiteatro en medio de lozanos plantíos de vides, higueras y olivos, junto al antiguo alzázar de sus emires, vasto edificio en ruinoso estado, en el que tienen aún morada varios individuos de la familia de Chehab, muy principal entre los drusos. Data su construcción de los primeros años del siglo XVII, y en ella se emplearon muchos antiguos sillares. En su patio interior fueron bárbaramente asesinados en el mes de junio del año de 1860 unos mil cristianos que en él buscaron refugio considerándolo inviolable asilo. Al ocurrir el alzamiento de los drusos que en aquel año estalló contra los cristianos en general y en especial contra los maronitas, los cristianos de Hasbeya, que se veían en la imposibilidad de resistir al superior número de enemigos que los atacaban, imploraron la protección del coronel turco Osman-Bey, que con una guarnición de doscientos hombres ocupaba el alcázar. Franqueóles éste las puertas á condición de que entregasen las armas al entrar, y aseguróles de que nada habían de temer una vez dentro, ya que contra las sólidas paredes del palacio poco había de poder el furor de los enemigos y que sus soldados saldrían á su defensa en caso de formal ataque. Confiados en estas promesas, apresuráronse los cristianos á hacer entrega de sus armas y á penetrar en el vasto y fuerte edificio; Osman-Bey comenzó por confinarles en el patio y allí dejó que durante algunos días consumiesen las escasas provisiones que traían consigo; cuando los vió abatidos por la falta de agua y alimento, mandó abrir las puertas y los entregó, inermes y desfallecidos, á la ira de sus bárbaros contrarios. Los soldados, en vez de defenderlos, los empujaron hacia los asesinos, y los drusos, en el patio en que ahora estamos, pudieron saciarse de sangre cristiana.

Junto al alcázar ó palacio hállase una plaza de armas y en uno de sus ángulos se alza una mezquita con su correspondiente alminar; en sus inmediaciones nace una fuente á la que da sombra un gigantesco nogal, y el abundante riachuelo que forma desagua en el Nahr-el-Hasbany.

De la villa actual se cree haber sucedido á la antigua ciudad de Baal-Gad (casa de Baal), situada al pié del Hermón y expugnada por los israelitas, según refiere el libro de Josué; ocupa posición más elevada que el alcázar, y se extiende por ambas márgenes de un uady que la atraviesa de oriente á poniente para ir á morir en el Nahr-el-Hasbany. Tiene unos cuatro mil habitantes, de ellos dos mil drusos y doscientos musulmanes; son los demás cristianos, y su número se descompone de esta manera: mil y quinientos griegos cismáticos, ciento y veinte maronitas, ochenta griegos unidos, y cuarenta protestantes. El barrio cristiano, que fué en gran parte incendiado y demolido en el año de 1860, es en el día nuevo casi todo él y tiene muy bella apariencia; son varias las casas rodeadas de huerta ó jardín. Los griegos cismáticos poseen una iglesia de buena y reciente construcción. Hay en la villa estación telegráfica.

Tres fuentes proporcionan á los moradores el agua necesaria, además, subterráneo acueducto lleva al alcázar la de otro manantial poco distante.

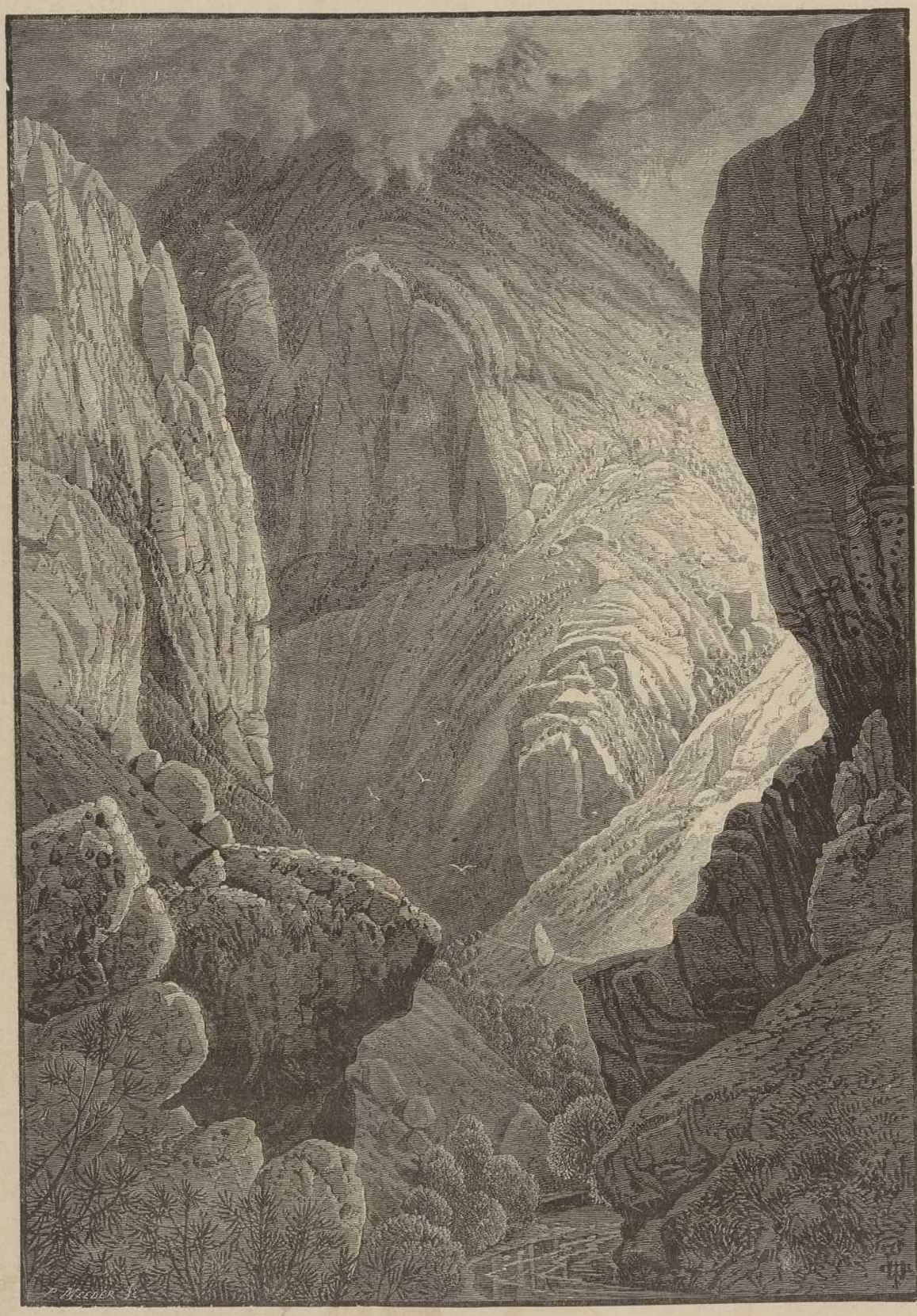
Si desde Hasbeya se baja hacia poniente por el ued del propio nombre llégase, á los cuarenta y cinco minutos, al punto en que desagua en el Nahr-el-Hasbany.

Las márgenes occidentales de este río, que conforme hemos dicho, constituye el Jordán superior, están formadas por una serie de colinas peñascosas y de color blanquecino; subiendo por ellas encuéntranse á poco antiguos pozos de betún, explotados desde hace largos años. Los principales son en número de veinticinco; abiertos verticalmente en la tierra varía su profundidad entre quince y veinte metros, y están en comunicación entre sí por medio de galerías horizontales. El betún que de ellos se extrae es de calidad excelente, según puede verse por las numerosas muestras amontonadas en las bocas de los pozos.

El-Kaueh, fuente natural en el Litany

A cuatro kilómetros de distancia, siempre hacia poniente, serpentea y muge entre escarpadas orillas el Nahr-Litany, cuyas aguas ruidosas y espumantes se precipitan por lecho muy profundo y sembrado de enormes peñascos; en gran parte de su curso enciérranlo dos inmensos muros de roca altos de centenares de metros. Es el Leontes de la antigüedad, cuyas fuentes están en la Bekaa ó Cœlesiria y que, después de correr por dilatada comarca en dirección al sudeste, tuerce de pronto hacia poniente al pie del castillo llamado Kalat-ech-Chekif, y entra en el mar entre Tiro y Sidón llevando el nombre de *Nahr-el-Kasmieh* ó *río de la sepa-*

ración, porque separa, en efecto, el territorio de ambas ciudades. Antes de describir esta curva tiene el de Nahr-Litany; por Abulfeda se le da el de Litheh y por Edresi



Despeñaderos del Litany

el de Lauteh. La opinión de aquellos geógrafos que vieron en él el Eleutheros mencionado por Strabón, y Plinio y Ptolomeo, está en el día enteramente abandonada.

Frondosa maleza cubre en muchos puntos las abruptas márgenes del Litany, y en sus inaccesibles abismos anidan águilas y tienen su cubil otras fieras. Es notable el puente natural que allí han formado las peñas desplomadas, cubriendo con una bóveda el río, el cual corre á la profundidad de treinta y tres metros; arbustos y zarzales cubren las desgajadas rocas y su aspecto y el del paisaje que las rodea es sobre toda ponderación imponente por lo agreste y grandioso.

Si tomando hacia el este se remontan las orillas del Nahr-el-Hasbany, encuéntrase un pequeño canal que sigue las sinuosidades de este río, el cual se conserva en largo trecho paralelo al Litany, del que en este punto lo separa la distancia de seis kilómetros. Por agradable camino, sombreado por plátanos, nogales y olivos, se llega á poco á la fuente del Nahr-el-Hasbany, la primera y más elevada de las tres que dan nacimiento al Jordán, y desde este punto pierde su nombre el valle en que aquél corre para tomar el de Ued-et Teim.

Avancemos hacia el nordeste por la profunda hondonada que lo forma, limitada por márgenes de roca; otras torrenteras las cortan, y en la época de las grandes lluvias y en la del deshielo de las nieves del Djebel-ech-Cheikh llevan al ued gran caudal de agua, que engruesa la corriente del Nahr-el-Hasbany.

A poco encuéntrase uno de los principales santuarios de la secta de los drusos, que lleva por nombre *Khaluet-el-Biyad,* edificio considerable; conservábanse en él antiguos y venerados libros religiosos que en el año de 1838 fueron en gran parte destruídos cuando hasta allí llegaron las tropas egipcias en guerra con Turquía. Desde las azoteas del santuario abraza la vista todo el Ued-et-Teim y el curso del Jordán hasta las inmediaciones del lago Huleh; al oeste se alza el castillo de Ech-Chekif, al otro lado del cual extiéndese el llano hasta el mar.

El Ued-et-Teim es mirado por los drusos con gran veneración, por haber tenido allí morada el fundador de su secta Ismael-ed-Darazi. Como los metualis, tienen los drusos á Alí, yerno de Mahoma, por representación de la divinidad; para ellos su encarnación postrera fué el califa Hakem-Biamrillah, que reinó en Egipto en los primeros años del siglo x, y esta doctrina, con mezcla de metempsícosis, fué la que predicó Ismael-ed-Darazi y la que otro sectario, por nombre Hamza, intentó convertir en sistema religioso. Hakem ha de volver un día á la tierra para ser fundador de un gran imperio y convertir el universo á su creencia. En los moradores de la región meridional del Líbano y del Ante-Líbano hallaron aquellos sectarios numerosos parciales, y allí se ha perpetuado la secta hasta nuestros días.

Así, pues, no son los drusos un pueblo extranjero, pero sí segregado hace siglos de la población siria y arábiga; danse á sí propios el nombre de unitarios, y existen entre ellos diferentes grados de iniciación: aquellos que por todos han pasado son apellidados *akkat* (inteligentes) y han de abstenerse de fumar tabaco. *Khaluet* se llaman los aislados santuarios en que celebran su culto, en el cual se guardan dejos del paganismo antiguo. Fanáticos y famosos por su ferocidad hemos de hallarlos

varias veces en nuestro camino, sobre todo al dar comienzo á nuestras excursiones por la sierra del Líbano, donde tienen principalmente sus viviendas.

De Kalat-ech-Chekif, que situado en escarpado peñón domina la profunda quebrada del Litany, hácese mención por primera vez en el siglo XII como de una fortaleza cristiana, si bien es casi seguro que por su posición estratégica hubo de estar este punto fortificado desde los tiempos más remotos. Daban los Cruzados á este castillo el nombre de Belfort, y en su fuerte recinto hallaron acogida en las diferentes empresas que intentaron contra la plaza de Panias. Para rendir á sus animosos defensores, á los que acaudillaba Renato de Sidón, Saladino hubo de pasar todo un año (1189-1190) asediándolo y combatiéndolo; los caballeros del Temple lo recobraron algunos años después en el de 1240, hasta que fué expugnado por el sultán Bibars en el de 1270. Los musulmanes rehicieron y aumentaron sus fortificaciones.

El vasto castillo, cuya altura sobre el nivel del mar es de seiscientos y setenta metros, está defendido por un foso de quince á treinta y seis de profundidad abierto en la peña; la elevación de las murallas es de diez y ocho á veinticuatro, y únicamente por el lado del mediodía un puente levadizo sobre un abismo de cuatrocientos y sesenta metros daba acceso á la fortaleza.

Inexpugnable había de ser antes del uso de la artillería, y sólo el hambre podía reducir á los que con resolución la defendiesen; de quien poseyese esta plaza, junto con las de Hunin, Tibnin y Panias, cabía asegurar que era dueño de todo el país. En el día hállase abandonada y en ruinoso estado; la mayor parte de las obras existentes pertenecen á la Edad Media sarracena, y algunos vestigios más antiguos datan quizás de la época romana. De la dominación latina quedan señales en los restos de una capilla que estuvo situada en la parte del este. Es magnífica la vista que desde la muralla se descubre.

Bajando otra vez al valle y torciendo un poco al sur puede visitarse el pueblo de Ain-Hercha para admirar en sus cercanías uno de los templos mejor conservados del Hermón. Orientado al este, es de reducidas dimensiones, pues no mide más allá de doce metros á lo largo por ocho á lo ancho con seis de altura desde el suelo á la cornisa. El techo ha caído en ruinas; pilastras de bases áticas y capiteles jónicos adornan las paredes. Está todo él sostenido por macizo pedestal de dos metros y medio de altura, y son de ver todavía las esculturas de la portada, representando dos cabezas de león, una de tigre y un busto en bajo-relieve de mujer cornígera, como la Venus cipria.

Volvamos luego á la antigua dirección, esto es, al noroeste, y por empinadas cuestas, que no gozan de buena fama en punto á la seguridad del viajero, llégase á la huerta de Racheya, agradable por su buen cultivo á pesar de las peñas en abundancia diseminadas por su suelo.

Es Racheya una villa de tres mil y quinientos habitantes, de ellos mil drusos, mil y ochocientos griegos cismáticos, setecientos entre griegos y sirios unidos, y además unos pocos protestantes. Está el pueblo dividido en varios barrios; entre ellos

extiéndense huertos y jardines, y también viñas, que ostentan gran lozanía á una altura de mil y doscientos metros sobre el nivel del Mediterráneo. El *seraia*, ó residencia de los antiguos emires de Racheya, se alza en peñascosa meseta situada de norte á mediodía; era á la vez palacio y fortaleza, y contenía vastas habitaciones, una

RACHÉYA, EN EL FONDO EL MONTE HERMÓN

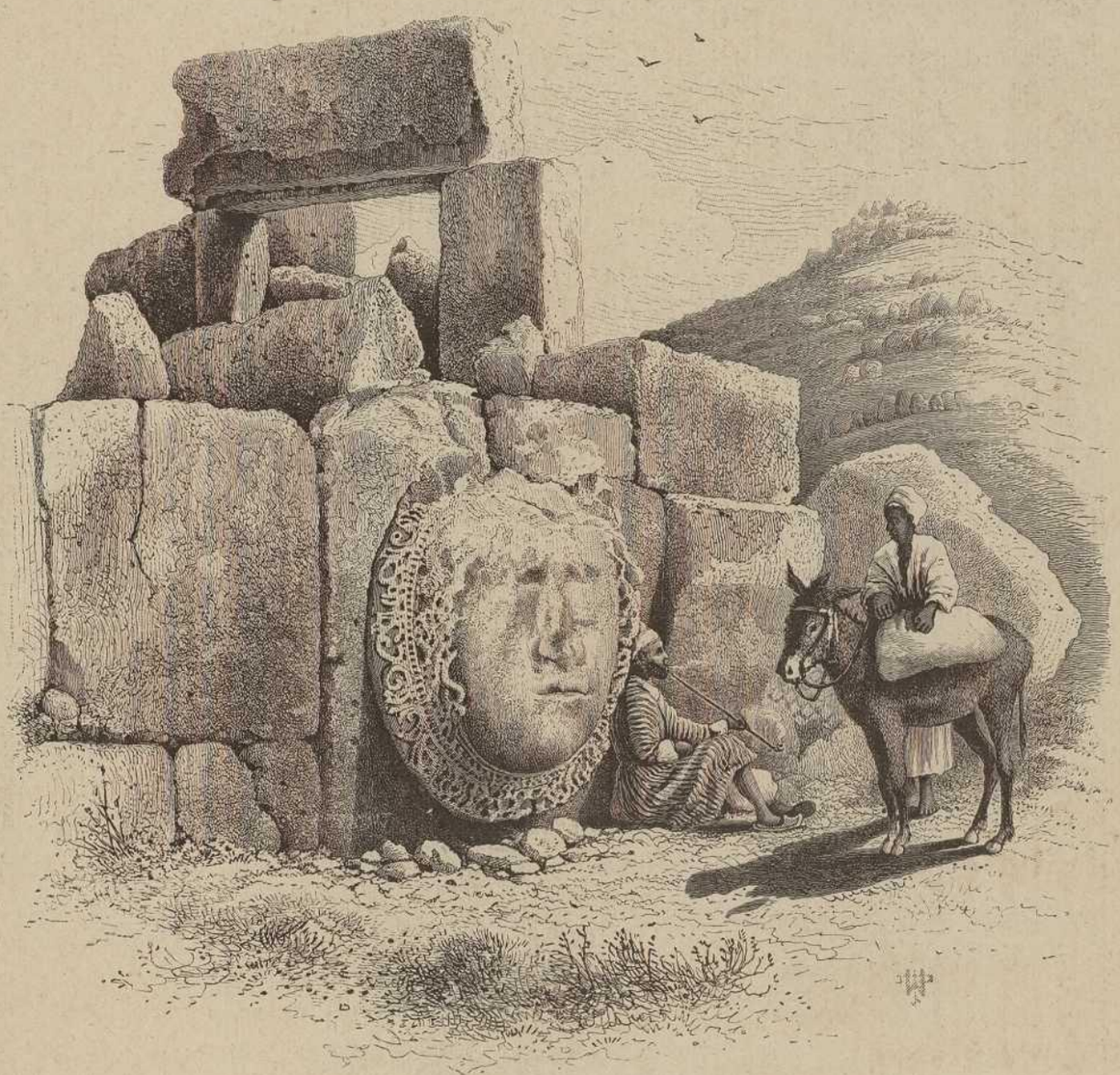
mezquita, caballerizas, un cuartel, una plaza de armas; una cárcel, estancias subterráneas y grandes cisternas. Construído en el siglo XVII está cayendo en ruinas, y únicamente una pequeña parte es hoy ocupada por el gobernador con escaso número de soldados. Como el alcázar de Hasbeya, fué este *seraia* testigo en el año de 1860 de horrible escena de matanza; ochocientos cristianos de la población buscaron asilo en su recinto fiados en las promesas del jefe turco, y allí mismo fueron pasados á cuchillo, habiéndose unido los soldados turcos á la bárbara turba de los drusos.

No ha llegado hasta nosotros el nombre que en la antigüedad llevó Racheya; pero es evidente que el pueblo actual ha debido suceder á otro anterior, como lo prueban los hermosos sillares con señales de esculturas que fueron empleados en las obras del seraia y también en las de varias casas de particulares. Además, una piscina labrada en la roca, en las inmediaciones del palacio, y más abajo un pilón circular al que es dirigido abundante manantial y que provee de agua á toda la población, datan, al parecer de época remota.

Castillo de Racheya; fuente pública

A tres kilómetros al nordeste de Racheya encuéntrase, rodeado de colinas, un lago que lleva el nombre de Birket-Aiha, por estar dominado al mediodía por la aldea asimismo apellidada; también le dan el de Birk-Kefr-Kuk, por ser el del pueblo que por el norte le

está inmediato. Situado á mil metros sobre el nivel del mar es alimentado por varios manantiales, entre los que el llamado Ain-Tannur es el más considerable. A creer á los habitantes del país ha de verse en este lago la primera y superior fuente del Jordán, en vez de la anteriormente expresada, que sólo está á la altura de quinientos sesenta y tres metros; dicen que existe entre aquél y éste subterránea y secreta comunicación, y refieren, para confirmarlo, que un saco de paja arrojado al Birket-Aiha



Ruinas de un templo en Rakleh

fué hallado á poco en el Nahr-el-Hasbany, fábula exactamente igual á la que nos ha sido transmitida por Josefo acerca de una comunicación subterránea entre el lago Phiala y la cueva de Pan en Panias.

En la aldea de Kefr-Kuk, situada en una altura, se conservan algunos restos antiguos.

En dos horas, andando hacia el este, se llega á Rakleh por un camino que, ora subiendo, ora bajando, va siguiendo las laderas septentrionales del Djebel-ech-Cheikh y las sinuosidades de un uady ó angosta quebrada, en cuyas vertientes, entre ásperos peñascos, crecen abrojos y algunos robles, resíduo de antiguos bosques que la segur

del leñador ha cortado para carboneo. Antes quedan á la derecha unas ruinas llamadas Atabet-Rakleh y consistentes en un recinto construído con enormes piedras, que fué, al parecer, antiguo templo orientado de este á oeste. En aquel lado es de ver un

Ruinas de un templo en Deir-el-Achair

gigantesco dintel de cuatro metros y medio de largo por uno de ancho, junto al cual yacen por el suelo varias cañas monolitas de colunas dóricas.

Dejando á la espalda el derruído monumento y siguiendo hacia el nordeste atraviésanse antiguas canteras para llegar á agreste valle erizado de peladas rocas; en su entrada meridional vense varias sepulturas abiertas en la peña y los restos de una torre de defensa construída con grandes sillares. A poco cubren el suelo las ruinas

de magnífico templo orientado de poniente á levante y midiendo treinta y un metros á lo largo por diez y siete á lo ancho. Paredes y colunas han desaparecido en gran parte; pero por lo que queda conócese que fué edificado con hermosos sillares; la fachada de occidente tenía tres puertas; una más grande en el centro y dos laterales de menores dimensiones.

El arquitrabe de la primera, hoy hecho pedazos, estuvo adornado con una águila con las alas abiertas, y pilastras rematadas en jónicos capiteles de esmerado trabajo flanqueaban en ambos ángulos esta misma fachada. Colunas de igual estilo sostenían la bóveda del santuario, el cual terminaba por el lado de oriente en una especie de ábside semicircular semejante al de las basílicas griegas ó romanas. Detrás del ábside subsisten aún varias ornacinas esculpidas con rara elegancia.

En la pared meridional, hacia el extremo sudeste, atrae particularmente las miradas del viajero inmenso medallón labrado en uno de los sillares, representando una cabeza humana colosal en relieve, rodeada de dos círculos concéntricos adornados con florones. Rota la parte superior de la cabeza, los cabellos y rayos que de ella nacerían han desaparecido por completo, y por lo mismo es imposible colegir si es la imagen del Sol ó de Baal. Sea lo que fuere, sus ojos se fijan, al parecer, en una de las tres cumbres principales del Djebel-ech-Cheikh y en el templo que allí se alzaba, punto sagrado hacia el cual se volvían los gentiles en sus adoraciones en aquel ídolo.

A unos quinientos pasos de distancia, en peñascoso montecillo, distínguense los residuos de otro templo, enteramente derruído, al cual se llegaba subiendo algunas gradas. De reducidas proporciones precedíalo por oeste un vestíbulo adornado con colunas, y como la del anterior, era su obra de hermosa sillería. Un nicho que hubo de contener una estatua, abríase en la pared oriental de la base peñascosa que el edificio sostenía.

Finalmente otro templo se alzaba al sudeste y sus ruinas, ya escasas, están diseminadas por el suelo, ocupando hoy su antiguo recinto algunas casas del pueblo. El dintel de la puerta principal mide tres metros y medio, y conserva vestigios de esculturas; junto á él yacen medio enterrados sillares y fustes monolitos de coluna.

Rakleh, situado en medio de este vasto campo de ruinas, á mil cuatrocientos cincuenta y ocho metros sobre el nivel del mar, hubo de ser en otro tiempo una ciudad de importancia, á juzgar por lo que queda de aquellos notables edificios; el nombre primitivo que llevaría en la historia no ha llegado hasta nuestros días, y es hoy miserable aldea habitada por unos sesenta drusos, dados casi todos al pastoreo y á la cría de ganados. Entre sus casas extienden su inmensa copa algunos nogales de remota edad; ellos y un gran pozo antiguo que aún hoy provee de agua á aquellos moradores son quizás los únicos testigos que en el día quedan de un esplendor hace siglos extinguido.

Andando otras dos horas hacia el norte llégase á Deir-el-Achair, pueblecillo situado

en reducido llano encerrado entre montañas. También allí reclaman la atención del viajero las ruinas de antiguo templo; descansa el monumento en ancha base construída con grandes sillares y larga de treinta y ocho metros por veintiuno de anchura, elevándose varios palmos sobre el terreno inmediato. El edificio mide á lo largo veintisiete metros por diez á lo ancho, y tiene su fachada principal á oriente. Sus cuatro ángulos rectos están adornados con pilastras jónicas.

Otros residuos de edificios se ven amontonados ó esparcidos por aquellos campos, y en medio de tanta ruina han buscado domicilio un corto número de familias drusas y greco-cismáticas, formando gran contraste el tosco aspecto de sus míseras viviendas con los admirables sillares y elegantes fustes de coluna de que está sembrado el suelo. Nada dice la historia acerca de este pueblo, que sin duda, á juzgar por su templo, hubo de tener alguna celebridad en época remota.

BEAVIS. PINXt

C. COUSEN. SCULPt

LA TRILLA DEL TRIGO.

ESPASA Y COMPA EDITORES, BARCELONA

III

Otra vez el río Cisón.—Kaifa.—Su aspecto en 1848.—Un padre carmelita.—Población.—Historia.—El monte Carmelo.—El convento.—Gruta de Elías.—La montaña.—Recuerdos bíblicos.—El Mharka.—*Tell el-Kasis*.—Primeros anacoretas.—Fundación de la orden carmelitana.—Devastación del convento é iglesia del Carmelo.—Fray Juan Bautista de Frascati.—Quinta de Abdallah.—Cueva de San Simón Stock.—Cueva de la Escuela de los Profetas.—Ruinas.—Convento de San Brocardo.—Tradiciones.

Al llegar aquí tócanos retroceder y emprender una excursión al famoso monte Carmelo, el cual, aunque situado en la llanura de San Juan de Acre é inmediato al mar, es generalmente incluído en la región de Galilea. Siete ú ocho horas dista de Nazareth por el lado del oeste, y en nuestra anterior marcha al septentrión casi siempre hemos podido divisar sus elevadas cimas dominando el paisaje.

A proporción que disminuye la distancia que de él nos separa aumenta la diferencia que su aspecto ofrece con las montañas de Galilea que quedan á la izquierda; son éstas peladas y de color blanquecino; la sierra del Carmelo, por el contrario, muéstrase entre oscuras sombras y cubierta de vegetación frondosa. En nuestro camino se interpone un torrente, el mismo cuyo seco lecho hemos atravesado antes en la nava de Esdrelón; es el célebre Cisón, en hebreo Kichon, conocido hoy con el nombre de Nahr-el-Mukattha. Llegada la estación de invierno crece con gran parte de las aguas de Samaria y Galilea y se convierte en considerable río; en verano hállase en varios puntos seco, y por esto le llamaron los Setenta *el río de invierno*.

Formó su lecho frontera entre las tribus de Aser y Zabulón; de varios de los grandes sucesos ocurridos en sus márgenes hemos dado cuenta, entre ellos, de la gran victoria de Débora; la Sagrada Escritura lo designa alguna vez con el nombre de torrente de Jeptael, y los beduinos nómadas que suelen acampar en sus orillas le dan en esta parte de su curso el de Nahr-Heifar.

Estamos en el gran valle que se extiende al pié de la prolongada sierra del Carmelo, y continuando la marcha hacia el oeste por entre amenos campos sombreados por olivos, granados y algunas palmeras, no tardaremos en llegar á Heifa, vulgarmente llamada Kaifa por los naturales de Occidente.

«La triste población de Kaifa, dice el abad Mislin que la visitó en 1848, está situada al pié del Carmelo; todo en ella respira abandono y miseria, y más que un pueblo puede decirse que es un desierto donde se han alzado chozas y que han cercado de muros. Camellos es lo único que se ve en la plaza pública; algunas banderas ondean en las casas de los cónsules; cinco barcos árabes parecen como perdidos en la dilatada bahía; palmeras á un lado, olivos por otro, tal es la ciudad que fué dada á Tancredo por Godofredo de Bouillon, que devastó Saladino llevando

cautivos á sus moradores, que fué sede episcopal en la época latina y que en el día sólo lo es de un humilde religioso de la orden carmelitana.»

Poco antes escribía M. de Prokesch en su *Viaje á Tierra Santa* que dos hombres, entre cuantos vió en Kaifa, quedaron grabados en su memoria: el gobernador de la ciudad y un fraile. «Aquél, natural de Argel, añade, me recibió en una torre, rodeado de soldados y

El río Cisón.—Campamento de beduinos

entre nubes de humo; pobre como un mendigo, era altivo como un rey ó como un héroe. El otro, inteligente y humilde, púsose solícito á mi disposición y me prestó inestimables servicios, así en pequeñas como en grandes cosas. Había nacido en Malta y habitaba veinticinco años hacía una casita en Kaifa, casita que toda ella, incluso el huerto, no era mayor que una sala de nuestras viviendas. Sacerdote, médico y artesano á la vez, tenía á su alrededor una biblia,

un misal, muchas redomas y un tratado de simples, un azadón y un crucifijo, palmas y dos ó tres sables turcos, todo revuelto y en pacífico desorden que era, si puedo decirlo así, la imagen de su alma.»

Aquel buen religioso ya no existe; más de cuarenta años vivió en su casita, cultivando su huerto y su reducida parroquia, rezando, dando hospitalidad á los viajeros, cuidando á los enfermos, llevando medicinas y consuelos á los judíos y á los árabes, querido por los cristianos, venerado por los musulmanes. No sube ya al Carmelo, donde le encontró M. de Lamartine; ha subido más alto, legando sus redomas y su crucifijo á su sucesor, por el cual es continuada su obra, porque en Asia, lo mismo que en Europa, según expresión del abad Mislin, los religiosos no mueren nunca.

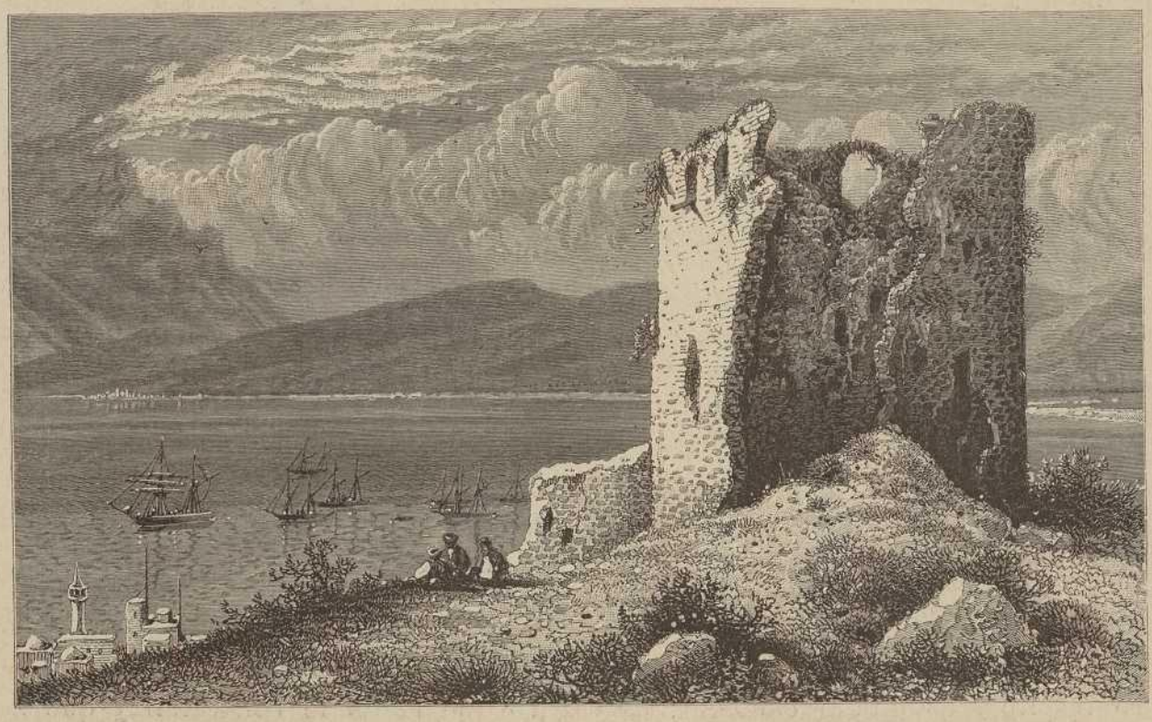
Acerca del interesante carmelita conocido por cuantos europeos han visitado á Kaifa en la primera mitad de este siglo, dijo M. de Lamartine:—«En el camino encontramos á uno de los Padres del Carmelo que hace cuarenta años tiene por morada una casita que sirve de hospicio para los pobres de Kaifa y que dos veces al día sube y baja la montaña para ir á rezar con sus hermanos. La suave y grata expresión que en toda su fisonomía brillaba descubriendo la serenidad de su alma y el contento de su corazón, causó en mí impresión profunda, y con el trato del buen carmelita me convencí más y más de que únicamente entre los hombres de sencilla y trabajosa existencia y de resoluciones generosas es posible hallar estos ejemplares de sosegada é inalterable dicha. La felicidad se gradúa por una escala descendente; en las posiciones humildes de la vida es mayor que en los estados más altos, y Dios otorga á los unos en gozo interior lo que concede á los otros en esplendor, en fama y en riqueza. Verdad es esta que rara vez he visto desmentida; penetrad sinó en una sala y de entre los concurrentes preguntad el nombre de aquel cuyo rostro respire más íntimo contento; de seguro que pocos le conocerán y que será pobre y desdeñado del mundo. La mano de la Providencia en todas partes se siente.»

El aspecto de Kaifa, aunque no mucho, ha mejorado desde el año de 1848; la ciudad ha adquirido mayor importancia debida en parte á hacer escala en su rada una vez á la semana los vapores del *Lloyd* austriaco, y también á la colonia de alemanes allí establecida en 1869 por una de las infinitas sectas religiosas nacidas del protestantismo: titúlase ésta Comunión libre del Templo alemán.

Forma Kaifa al sur de la bahía de San Juan de Acre un paralelógramo de unos quinientos pasos á lo largo por cuatrocientos á lo ancho; la muralla que lo cerca está flanqueada por torres y baluartes, y tiene dos puertas, al sudeste la una y al noroeste la otra. Su población se calcula en unos cuatro mil habitantes, número que se descompone del modo siguiente: ciento y ochenta latinos, seiscientos griegos unidos, trescientos griegos cismáticos, ochocientos protestantes, novecientos judíos y mil y doscientos musulmanes. Administran la parroquia católica dos Padres carmelitas,

los que, junto con un lego, ocupan un conventillo inmediato á la iglesia que es de fundación reciente.

En los nuevos barrios levantados hace pocos años al noroeste desbordándose del antiguo recinto, atraen primeramente la atención el convento y colegio de las Damas de Nazareth, fundados en 1860. En éste las religiosas educan gratuitamente á doscientas niñas, y al convento está unida una botica donde, de la mañana á la noche, acuden en busca de medicinas enfermos pertenecientes á todas las religiones. Aquellas buenas religiosas son representación visible de la Providencia para los moradores de Kaifa, los que abrigan por ellas gran cariño y veneración; seis, entre ellas, casi todas en la flor de la edad, han pagado ya con la vida la fatigosa existencia á que se consagraran



Antigua torre arruinada de Kaifa. — En lontananza San Juan de Acre

por amor á Dios y al prójimo; sus cuerpos reposan en el huerto del convento, y á sus tumbas, á las que dan benéfica sombra añosos tamarindos, van á arrodillarse y á orar sus compañeras, dispuestas á morir si es preciso en aras de idéntico amor y con igual sacrificio.

En la colina alemana de que antes se ha hablado, las enfermedades causaron en un principio numerosas víctimas; pero en el día la mortalidad entre las personas que la componen es casi la misma que entre los indígenas; fórmanla ochocientos wurtemburgueses, y el barrio en que habitan, situado á extramuros, con sus casitas blancas, elegantes y rodeadas de amenos jardines, ofrece muy agradable aspecto. A esta misma colonia se deben las obras de una carretera entre Kaifa y Nazareth, y las de un puente en el Nahr el-Mukattha.

Al sur de la ciudad, en peñascoso otero que domina el caserío y la rada, vense los restos de un castillo donde en otro tiempo residió el gobernador de la plaza; el

bombardeo con que en el año de 1840 hostilizaron á la población las escuadras aliadas de Austria, Inglaterra y Turquía causó en él gran deterioro, y es en el día pintoresca ruina, desde la cual puede contemplarse el admirable panorama que presenta la inmensa bahía cuyos opuestos extremos ocupan Kaifa y San Juan de Acre.

Diez minutos antes de llegar al Ras-Carmel distínguense en el suelo, en parte yermo y en parte labrado, sillares esparcidos y cimientos de derruídos edificios, vestigios que van desapareciendo más de cada día á proporción que se extiende la edificación de la colonia alemana. Residuos son de una ciudad destruída, á los que se da el nombre de Heifa el-Atika (Heifa la antigua); allí, en efecto, se elevó en otro

Pozo y noria en un huerto de Kaifa

tiempo la ciudad de Hefa, nombre que se ha conservado en el de Heifa vulgarmente Kaifa; la cual en época no muy distante de la nuestra ha sido construída con los restos de la ciudad antigua á poca distancia hacia el sudeste.

Dice Eusebio que la ciudad de Hefa fue llamada también Sycaminos, y san Jerónimo adopta y confirma la misma opinión. Ambos nombres se leen en el Talmud, pero en la época de Strabón, esta ciudad de Sycaminos, que probablemente debería el suyo á los sicomoros que cubrían su territorio, había ya pasado á la categoría de recuerdo.

En Sycaminos abordó en el año 104 antes de J. C. Ptolomeo Lathyro, cuando este príncipe, arrojado de Egipto por su madre Cleopatra y en aquel entonces soberano de Chipre, fué llamado en auxilio de los moradores de Tolemaida, asediados por Alejandro Janneo. Arrepentidos luego aquellos ciudadanos de haber implorado su socorro, negáronse á recibirle, y en Sycaminos hubo Ptolomeo de desembarcar sus tropas.

En la época de la primera cruzada, Godofredo de Bouillon, conforme antes hemos dicho, concedió en feudo á Tancredo la ciudad de Tiberíades con todo el principado de Galilea hasta la ciudad marítima de Kaifa, á la que la crónica de Guillermo de Tiro da además el nombre de Porphyria. La plaza, que contaba con numerosos defensores, se rindió después de un asedio de quince días, vencida por los esfuerzos de los Cruzados á los que secundó por mar una escuadra veneciana.

Esta Porphyria, dice M. Guerin, es distinta de la Mutatio Porphyrion indicada por el Peregrino de Burdeos á ocho millas al norte de Sidon; y no es de admirar, añade, que se encuentren en la misma costa dos ciudades con igual denominación en cuanto las conchas de que se extraía la púrpura eran allí muy comunes y es muy posible que dieran nombre á los dos puntos en que principalmente se recogían.

Después de la batalla de Hattin, cayó Kaifa en poder de Saladino, y en el famoso sitio que Felipe Augusto de Francia y Ricardo Corazón de León pusieron á San Juan de Acre, de su puerto expidió varios socorros á la plaza sitiada. Expugnada ésta en julio del año de 1191 retiróse el sultán después de devastar y desmantelar por completo á Kaifa, dejando así á los vencedores cristianos miserables ruinas.

Reedificada la ciudad por los latinos recobró parte de su pasada importancia, hasta que de nuevo volvió á poder de los musulmanes al reconquistar éstos, transcurrido un siglo, la fuerte plaza de San Juan de Acre. Hasta el año de 1761 extendíase la población hacia el promontorio del Carmelo; en la fecha citada el famoso jeque Dhaher-el-Amer, bajá de Acre, construyó la ciudad actual con las ruinas de la antigua, cuya posición más occidental quedó entonces abandonada. De aquel tiempo datan las actuales murallas y fortificaciones. Varias cuevas sepulcrales inmediatas al cementerio judío es lo más antiguo é interesante que ha de visitarse en la pequeña ciudad.

Dos largas calles y dos plazas, en la una de las cuales se alza la mezquita y en la otra el khan, puede decirse que la componen casi toda. Para el peregrino Kaifa no ofrece otro atractivo que el de ser punto de parada antes de emprender la ascensión al Carmelo. La montaña de Elías y de los Profetas, elevando su cima sobre el cabo al que bañan las olas del Mediterráneo, remata en el convento y santuario de Nuestra Señora del Carmelo; el navegante la ve desde muy lejos como faro de esperanza, y

casi no hay buque cristiano que deje de saludarla á su paso y de izar el pabellón como homenaje á la Virgen que es patrona de la gente de mar.

Convento del monte Carmelo

Una llanura plantada de seculares olivos separa á Kaifa del monte Carmelo; saliendo por la puerta de occidente queda á nuestra derecha una huerta regada con el agua de un pozo cuya noria pone un asno en movimiento, y al cabo de media hora de marcha en dirección al noroeste comienza la subida; parte de la cuesta puede recorrerse en buena carretera, mas luego el camino se hace más angosto y quebrado; desde allí un sendero que tiene en varios puntos forma de escalera y que es obra de los frailes del convento, lleva á la altura de ciento y ochenta metros. Contiénelo por la derecha una pared baja á manera de pretil, y una vez llegado el viajero á la meseta superior deja á un lado

la que fué quinta de Abdallah-Bajá y está hoy destinada al hospedaje de los peregrinos orientales, para encontrarse á poco, pasando por espacioso patio debajo del cual se abren varias cisternas, delante del majestuoso edificio del convento.

Forma éste vasto paralelógramo, y su fachada principal, que mira al mar, cuenta diez y seis ventanas en cada uno de sus dos pisos. Sobre el segundo se extienden inmensas azoteas, y la vista que desde ellas se descubre es realmente embelesadora: por poniente muestra el Mediterráneo el brillante y azulado espejo de sus aguas hasta la línea del horizonte; por el norte créese poder tocar con la mano la ciudad de San Juan de Acre, tanto es lo que desaparece la distancia que de Kaifa la separa; al mediodía ostenta el cabo de Atlith sus gigantescas ruinas, y por este y nordeste alzan los montes de Galilea sus variadas y pintorescas cumbres, apareciendo diseminadas en lontananza varias ciudades y aldeas. Difícil es, ante el grandioso espectáculo, cerrar el alma á la admiración y á los elevados pensamientos, tanto más en cuanto los fomentan las famosas memorias que guarda la montaña y en particular el convento, en el cual hállase contenida la misteriosa gruta que, según tradición, sirvió de asilo al profeta Elías.

En el centro del edificio está situada la iglesia que tiene forma de cruz al propio tiempo que es de planta circular, y debajo del altar mayor, al que se llega por dos escaleras que se corresponden á derecha é izquierda, existe una reducida cripta labrada en la peña, á la cual se baja mediante cinco escalones. Aquella es la gruta llamada de Elías, objeto de devoción para turcos y drusos lo mismo que para griegos y católicos; en ella se venera la imagen del profeta y en aquel altar mayor la de la Santísima Virgen, patrona de la iglesia y del convento, famosa en toda la cristiandad bajo la invocación del Carmelo. Es cobijada la rotonda por una cúpula pintada de azul y tachonada de doradas estrellas, la que remata en una linterna con circulares aberturas, y dos altares laterales dan á la iglesia, junto con el vestíbulo y el coro, su planta cruciforme. Las paredes exteriores del convento se asemejan por lo sólidas á las de una fortaleza, á fin de resistir en caso necesario á las agresiones de los árabes. Está el primer piso destinado á los extranjeros, quienes reciben en él cordial y solícita hospitalidad; en el segundo tienen su morada los frailes, y además de sus celdas contiene la biblioteca, el oratorio y la sala capitular.

Es el edificio en su conjunto de sencillo y severo estilo, y su obra costó sumas enormes, así por la grandiosidad de la fábrica, como por las dificultades sin número que hubo de vencer fray Juan Bautista de Frascati para hacerlo renacer de sus ruinas; es sin disputa el más bello y acabado que se encuentra en Palestina, y de él tendremos ocasión de hablar nuevamente luego que hayamos dicho algunas palabras acerea de la sagrada montaña.

El Carmelo, *Ha-Carmel* en hebreo (verjel, jardín), *Carmel* en latín y en lengua arábiga *Djebel Mar-Elías* (monte de San Elías), es una cordillera que corre de noroeste á sudeste en un espacio de veinticinco kilómetros, variando su anchura entre seis y ocho; lo que tiene en su formación mayor parte es una roca caliza

J. D. WOODWARD, PINTÓ.

E. BRANDARD, GRABÓ.

MONTE CARMELO.

ESPASA Y COMP.ª EDITORES, BARCELONA.

blanda y blanquecina, veteada de pedernal; por el lado de occidente hállase el mármol terciario formado con fragmentos calizos y silíceos, y por nordeste salen á la superficie muchas peñas plutónicas. En varios puntos del monte han creído hallar los viajeros frutos petrificados, á los que, según su tamaño y forma, llaman melones, manzanas, aceitunas, etc.; son, dice M. Guerin, piedras huecas en cuya cavidad existe una capa de cuarzo ó calcedonia y que tienen por fuera y por dentro el aspecto de frutos. La tradición refiere que, pasando Elías junto á un huerto, pidió al hortelano para apagar la sed que le abrasaba permiso para coger uno de los frutos pendientes de los árboles; nególe el favor el despiadado propietario, y al momento á la voz del profeta quedó convertida en piedra cuanta fruta allí mostraba poco antes su regalado aspecto. Los naturales dan el nombre de *Huerto de Elías* á un punto del monte en que se supone acaecido el milagroso suceso y donde, en efecto, se presentan en gran número aquellas petrificaciones ó piedras.

La sierra del Carmelo se desprende de los montes de Samaria y corre por noroeste hasta el mar y por él se adelanta en forma de escarpado cabo; en éste se halla situado el convento. Por oriente declina hasta morir en la nava de Esdrelón. Su altura en la parte de occidente no pasa de doscientos metros; pero en la región central y sobre todo en la oriental es mayor y llega á quinientos y setenta en su punto culminante. Abundan en la montaña las fuentes y esto mantiene en ella espléndida vegetación, siendo el único lugar de Palestina en que conservan su verdor árboles y plantas aún en medio del verano; crecen allí y alcanzan gran frondosidad diferentes especies de encinas; pinos, algarrobos y lentiscos en enmarañada espesura son manida de chacales, hienas y panteras. Críanse también entre la maleza víboras y culebras, y contra el veneno de su mordedura componen los frailes del convento con las odoríficas hierbas de la montaña muy renombrados antídotos.

El Carmelo, vestido hoy con una vegetación natural y espontánea que nada debe al trabajo humano, estuvo un tiempo muy bien cultivado y cubierto de olivares, viñas y otras plantas. Morada en el día únicamente de algunos drusos diseminados por las hondonadas en pobres aldeas y de escaso número de beduinos, fuélo de numerosa población en florecientes ciudades. «En desiertos ví convertidos los hermosos y fértiles campos del Carmelo, dijo Jeremías, y todas sus ciudades destruídas á la presencia del Señor.»

Confinaba esta cordillera con los territorios de cuatro tribus: con el de la de Aser por nordeste; por oriente con las tierras de Zabulón é Issachar y al sur con la media tribu de Manassé. La Sagrada Escritura ha inmortalizado su nombre en distintos pasajes: «Tu cabeza es como el Carmelo,» dice el Esposo á la Esposa en el Cantar de los Cantares. «La gloria del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Sarón le serán dadas,» escribió Isaías del futuro Redentor, y siempre los profetas hablan del sagrado monte como lugar sobre toda ponderación ameno y deleitoso.

Elías no sólo se dirigió á él en solemnes circunstancias, sino que lo tuvo por

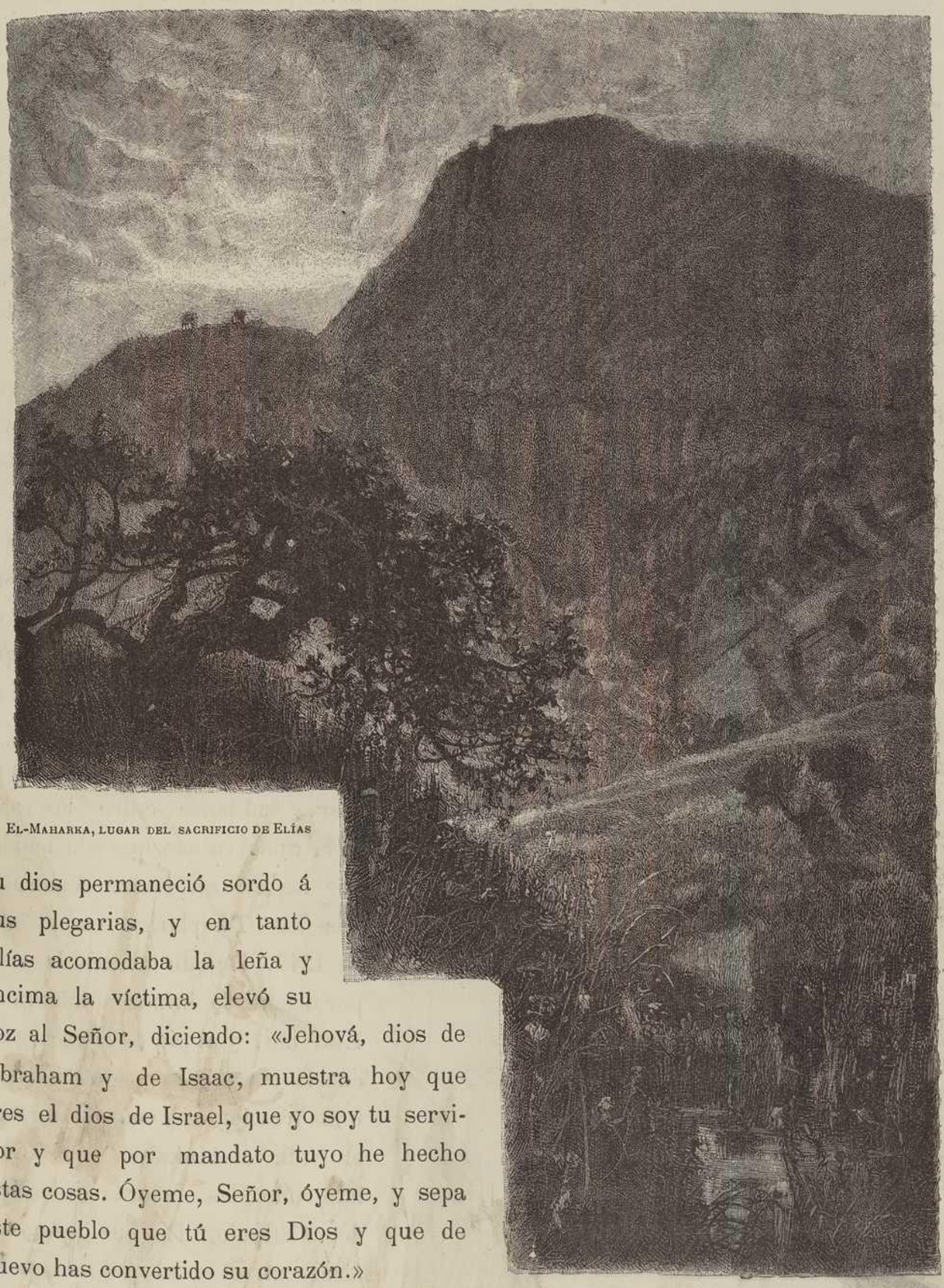
morada de predilección. En el Carmelo y por su ministerio confundió el Señor á los sacedotes de Baal, y allí fueron éstos inmolados por el pueblo reconciliado con Dios.

PUNTA SEPTENTRIONAL DEL MONTE CARMELO.—EL FARO

El profeta Elías, después de resucitar al hijo de la viuda de Sarepta, recibió del Señor orden de presentarse al rey Achab; era aquél el año tercero de la sequía que asolaba la tierra, y entraba en los divinos designios que cesara. Achab, al ver al profeta, le dijo:—«¡Cómo! ¿Eres tú el que trae alborotado á Israel?—No yo, sino vos sois el turbador de Israel, respondióle el profeta, por haber dejado los mandamientos de Dios para seguir á Baal.»

Aceptando el reto de Elías congrega Achab en el monte Carmelo á los hijos de Israel y con ellos á los sacerdotes de Baal, que eran en número de cuatrocientos y cincuenta.—«¿Hasta cuándo, dijo Elías al pueblo, permaneceréis vacilantes é indecisos entre una y otra doctrina? Si Jehová es Dios, adoradle; y si Baal, seguidle.»

Elías hizo que le trajeran dos bueyes y que se preparasen dos altares; los sacerdotes de Baal eligieron uno, é invocaron á su dios para que declarase por medio del fuego que le era acepto el sacrificio. En vano pasaron muchas horas en gritos y danzas;

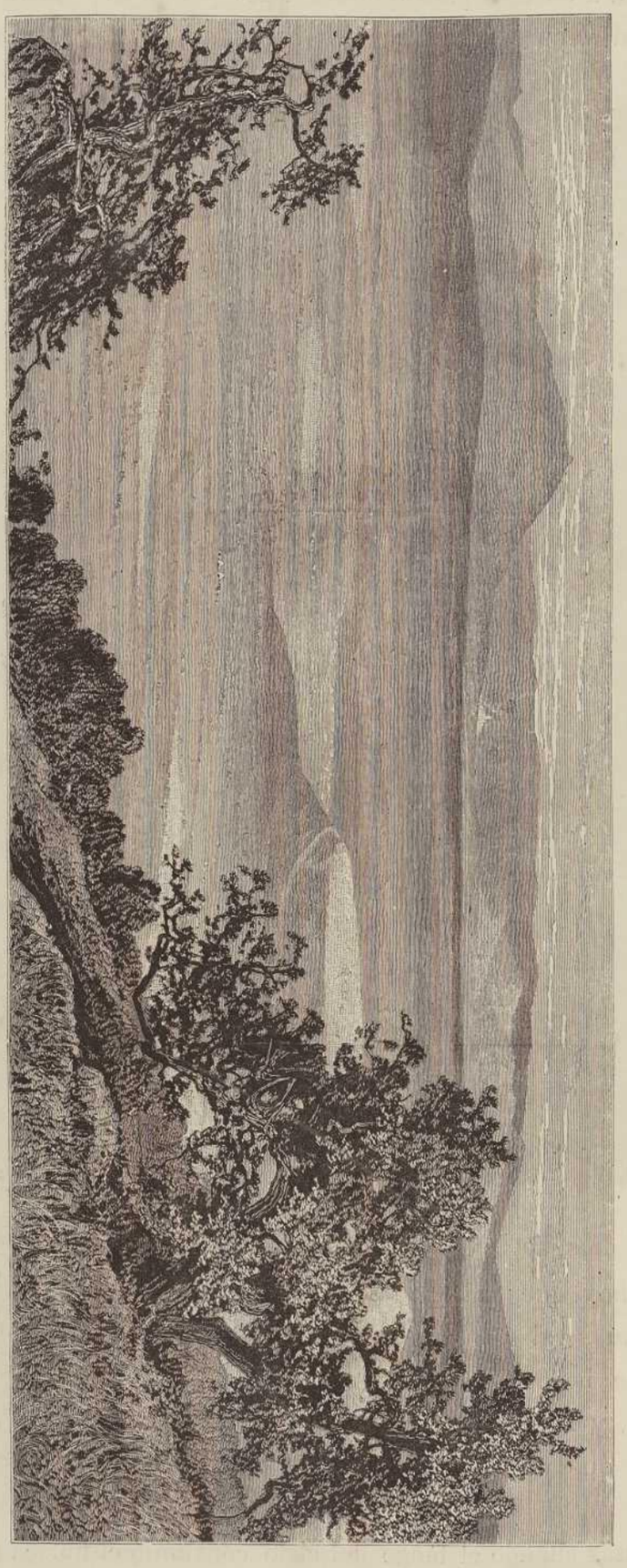


El-Maharka, lugar del sacrificio de Elías

su dios permaneció sordo á sus plegarias, y en tanto Elías acomodaba la leña y encima la víctima, elevó su voz al Señor, diciendo: «Jehová, dios de Abraham y de Isaac, muestra hoy que eres el dios de Israel, que yo soy tu servidor y que por mandato tuyo he hecho estas cosas. Óyeme, Señor, óyeme, y sepa este pueblo que tú eres Dios y que de nuevo has convertido su corazón.»

Apenas hubo dicho estas palabras cuando el fuego del cielo consumió el holocausto y la leña que lo sostenía, y aterrado el pueblo, de hinojos y con el rostro en tierra, gritó: «¡Jehová es Dios!» A la voz de Elías rodean y prenden los judíos á los

sacerdotes de Baal, los cuales, llevados á las inmediaciones del río Cisón, fueron todos pasados á cuchillo, como ellos dieran antes muerte á los verdaderos profetas.



La llanura de Esdrelón vista desde las alturas de El-Maharka

En esto subió del mar una nubecilla no más grande que la huella del pie de un hombre; á poco se oscureció el cielo y cayó la suspirada y beneficiosa lluvia.

El lugar consagrado por el portentoso suceso es aún designado con el nombre de El-Maharka, equivalente á Sacrificio ú Holocausto, en memoria del que ofreció el profeta, y una capillita, recientemente erigida por los religiosos del Carmelo, indica el punto por la tradición designado como teatro del milagro. En sus cercanías existen vestigios de habitaciones, y en la cumbre que lo domina desde una elevación de noventa metros y que está á la de quinientos y quince sobre el mar, ocúltanse entre la espesura unas ruinas que son tenidas por las de un fuerte construído por los Templarios en el año de 1217. De allí abarca la vista por oriente la inmensa llanura de Esdrelón, y al pie de la escarpada cuesta corre á la profundidad de unos trescientos y cuarenta metros el Nahr el-Mukattah ó el Cisón lamiendo las laderas inferiores del Carmelo. En sus márgenes álzase un otero al que llaman los árabes *Tell-el-Kasis* (colina de los Sacerdotes) y también *Tell-el-Katl* (de la Matanza), en memoria de los sacerdotes de Baal en aquel lugar ajusticiados.

Arrebatado Elías al cielo en ígneo carro á poca distancia del Jordán, su discípulo Elíseo fué á morar al monte Carmelo; allí estaba cuando la desolada Sulamita se arrojó á sus piés para que devolviera la vida al hijo que acababa de perder, víctima de perniciosa calentura.

Y no sólo los hebreos, sino también los gentiles y los aborígenes consideraron el Carmelo como una montaña santa; desde los tiempos más remotos lo llamaron *monte de Dios*, y en la *Vida de Pitágoras* por Jámblico se lee que aquel filósofo, después de tomar tierra primero en Sidón y después al pie del Carmelo, á su regreso de Egipto, visitó el santuario allí erigido, santuario que, á juzgar por un pasaje de Tácito que á él hace referencia, consistiría en una especie de *temenos* ó recinto sagrado sin techumbre. «Entre Judea y Siria, dice el nombrado historiador, se alza el Carmelo, nombre con que se designa á la vez una montaña y una deidad. No tiene ésta templo ni estatua, pues así lo han establecido los fundadores de su culto, y todo queda reducido á un altar y á las adoraciones de los suplicantes. Vespasiano sacrificó en aquel lugar cuando por su mente cruzaban misteriosas esperanzas, y el sacerdote Basílides, después de interrogar repetidas veces las entrañas de las víctimas, le dijo: —Por alto que sea el proyecto que meditas ha de llegar á buen término.»

Suetonio habla igualmente del oráculo del Carmelo, y por Plinio se mencionan el cabo y una ciudad de igual nombre situada en la montaña.

A ejemplo de los profetas que se dirigían con frecuencia á aquellas soledades para robustecer su alma con los pensamientos de lo alto, numerosos anacoretas, á contar desde los primeros siglos de la Iglesia, acudieron al sagrado monte y poblaron las cuevas que en sus laderas se abren, habitaciones naturales que se dice ser en número de más de dos mil y que convidan á la oración y al recogimiento. «Cristalinas fuentes manan de entre las peñas, escribe el abad Mislin, odoríferas plantas crecen por todos lados; un puro ambiente, el mar, la vista del cielo... ¿qué más se necesita para ser dichoso?» En algunas de esas grutas hállanse aún inscripciones griegas que datan seguramente de aquel tiempo.

Léese en el oficio de la orden carmelitana que ya en el siglo I algunos varones piadosos, proponiéndose imitar la vida de los profetas Elías y Elíseo y la de San Juan Bautista, se retiraron al monte Carmelo, y que animados de ferviente devoción hacia la Santísima Virgen, á la cual habían tenido la dicha de ver y oir, construyeron bajo su invocación, junto á la gruta de Elías, una capilla ú oratorio, en el que se reunían varias veces al día para rogar á Dios. Autores hay que aseguran que en el Carmelo, como en otros muchos lugares, levantó Santa Helena una iglesia.

Pero de la importancia que pudiesen tener las construcciones allí erigidas por los primitivos anacoretas nada positivo se sabe; la primera y cierta noticia que hasta nosotros ha llegado data del siglo XII, y procede de Juan Phocas que visitó los Santos Lugares en el año de 1185. «En la parte del monte que mira al mar, dice, hallábase la cueva de Elías, en la que el admirable profeta pasó angélica existencia. Alzóse

antiguamente en este lugar un gran monasterio, conforme lo atestiguan las ruinas que aún existen; pero la acción del tiempo, al cual nada resiste, y las frecuentes incursiones de los enemigos, lo destruyeron. Pocos años hace que un religioso, revestido con el carácter sacerdotal y en edad ya avanzada, llegó de Calabria y se estableció en este sitio á consecuencia de una revelación del Profeta. Con los restos del antiguo monasterio construyó una pared de cerca, una pequeña vivienda y una capilla y reuniendo á otros religiosos en número de diez, habita actualmente este santo lugar.» Bertoldo era el nombre del religioso calabrés, y por él fueron reunidos en comunidad los ermitaños que se habían conservado en el monte. En el año de 1209 era su superior San Brocardo, y éste pidió á San Alberto, patriarca de Jerusalén, que consintiese en formular las prescripciones que habían de servir de regla á su naciente orden. San Alberto accedió á la petición; frecuente rezo en la iglesia y en la celda, ayuno diario con excepción de los domingos, abstinencia de carne desde la Exaltación de la Santa Cruz hasta Pascua, trabajo manual, silencio durante muchas horas del día, tal fué lo principal de la regla por él dada á los religiosos de la Santísima Virgen del monte Carmelo, regla que, excepto aquellas modificaciones introducidas por la Santa Sede, es aún hoy la que observa la orden carmelitana.

Constituída ésta con aprobación del papa Honorio III difundióse en breve por todos los reinos de Europa, y en España, Italia, Francia é Inglaterra fundáronse numerosos conventos bajo la invocación y la regla del Carmelo. San Simón Stock, natural de Kent, general de la Orden, instituyó en el año de 1245 la cofradía del Escapulario, y á ella pertenecieron Eduardo I de Inglaterra y San Luís de Francia. Santa Teresa de Jesús, gloria de España, lo es también de la famosa Orden.

Entre los célebres peregrinos que en aquel tiempo visitaron el convento del Carmelo, renacido en breve de la pasada ruina, ha de citarse á San Luís, quien arrojado á la costa por deshecha tempestad, subió á pie la montaña en el año 1252 como testimonio de su amor á la Madre del Redentor.

Aquellos religiosos pasaron á poco por grandes tribulaciones y la obra del convento experimentó diferentes vicisitudes; en el año 1291 sus moradores fueron en gran número pasados á cuchillo por los musulmanes triunfantes; igual catástrofe sucedió algunos siglos después, en el año de 1635, y la iglesia fué transformada en mezquita. Recobrados por los frailes, convento é iglesia sufrieron horrible devastación en 1775, y en 1799, cuando Bonaparte puso sitio á San Juan de Acre, ocupó las salas del convento para hospital de sus heridos y apestados. Una vez los visitó el general, y allí quedaron confiados al cuidado de algunos religiosos, al ser levantado el cerco y al emprender el ejército francés la retirada. Unos y otros no tardaron en ser bárbaramente asesinados; sus huesos quedaron insepultos por el monte, y años después, al ser restablecidos los fugitivos Padres en la posesión de su convento, los recogieron piadosos y les dieron tierra cristiana; una pequeña pirámide señala en el jardín el punto de su sepultura.

Nueva devastación padecieron entonces iglesia y convento; Djezzar-Bajá arrancó varias de las colunas y tablas de mármol que adornaban aquélla para trasladarlas á San Juan de Arce con destino á la mezquita que allí levantaba, hasta que, por último, en el año de 1821, Abdallah-Bajá, tomando por pretexto que los edificios del Carmelo, aunque abandonados y maltrechos, podrían ser ocupados y fortificados por los griegos con quienes estaba en guerra la Sublime Puerta, mandó destruirlos por completo, pero dando orden de que sus materiales se empleasen en construir una quinta ó palacio para su solaz en la estación de verano á corta distancia hacia el norte.

Quiso la Providencia que un hombre de temple extraordinario, fray Juan Bautista, natural de Frascati, enviado desde Roma con el encargo de restaurar el desmantelado convento, llegase al Carmelo en el preciso instante en que los barrenos hacían saltar los últimos paredones. Con intenso dolor contempló aquel campo de informes ruinas; junto á la cueva de Elías, único asilo que quedaba en el venerado monte á los religiosos y peregrinos, prosternóse, como el profeta, con el rostro contra el suelo, y lloró.

Había llegado á ser proverbio, escribe el abad Mislin, que para ver la obra del Louvre concluída habría que confiarla á los capuchinos; pero ello es que los carmelitas tomaron á su cargo empresa de mucho mayor aliento: nada menos que la de levantar el Louvre en el monte Carmelo, y para llevarla á cabo sólo les han faltado los planos de Claudio Perrault.

Recobrado el ánimo, fray Juan Bautista volvió á Europa, pero no renunció al encargo que le llevara á Oriente. Para salir con él adelante «era preciso, continúa diciendo aquel autor, alcanzar del Sultán la reprobación de lo obrado por un bajá poderoso, obtener de la Puerta un acto de justicia, reunir en nuestra Europa, destructora de sus propios conventos, sumas enormes para reconstruir uno en Asia, hallar un arquitecto, operarios y materiales, y esto en una montaña donde se carece de todo. Pues bien, en el Carmelo se ha realizado este nuevo milagro.

»Por mediación de Francia restableció el Sultán á los Padres del Carmen en sus antiguos derechos, y hasta mandó que Abdallah reedificase el convento á sus costas; pero era esto exigir demasiado de un bajá, y además á fray Juan Bautista no le faltaban recursos. Proponíase recorrer toda Europa, y en efecto fué á París, á Londres, á Viena, á Berlín; recibido en todas las cortes, agasajáronle grandes y pequeños, colmáronle todos de regalos, y sin él sospecharlo hallóse convertido en el hombre de moda de la época.

»Para él hacían versos los poetas y cuadros los más renombrados pintores; de los músicos alcanzaba composiciones inéditas, de los periodistas reclamos; las más encopetadas damas bordaban para él delicadas labores, y organizaban loterías y conciertos. En su lista de suscrición se codeaban el emperador de Austria y Luis Felipe, la reina de Inglaterra y el rey de Prusia, el banquero Rothschild y el primado de Hungría, un cardenal y un cura de aldea, el arzobispo de París y Rechid-Bajá,

todos los pueblos, todas las clases, todas las religiones estaban allí representados. El rey de Prusia llegó hasta disponer que se concediera á fray Juan Bautista pasaje gratuito en las diligencias y caminos de hierro, á fin de que pudiese verificar su cuestación en toda la extensión de sus Estados.»

Al ver que Dios bendecía su obra en Occidente fray Juan Bautista llamó á un colaborador, á fray Carlos, y mientras éste la continuaba, él con los primeros veinte mil francos recogidos marchó al Carmelo á establecer los fundamentos del grandioso edificio cuyo proyecto tenía en la mente. En el año 1826 habíase alcanzado del sultán Mahmud el firmán de reposición, y siete años después sentábase la primera piedra del nuevo convento. Fray Juan Bautista sólo interrumpía su trabajo de arquitecto y de maestro de sus operarios para volver á sus peregrinaciones y recoger las abundantes limosnas de la cristiandad; merced á ellas las obras no experimentaron interrupción, y el infatigable religioso pudo verlas del todo concluídas.

Con suma de esfuerzos é inteligencia y no escaso favor de la Providencia, dice un peregrino de nuestros días, han debido necesitarse para llevar á buen remate una fábrica tan sorprendente y colosal como son los actuales edificios del Carmelo, en los que se ven una iglesia, un convento, una hospedería, una fortaleza y un lazareto; que poseen una biblioteca, una farmacia y un órgano. Los viajeros, añade, son allí atendidos como en Europa, y encuentran en la hospitalidad carmelitana hasta aquellas pequeñas comodidades en las que no se repara sino cuando faltan.

El convento del monte Carmelo tal como hoy existe, escribe el abad Mislin, no puede en verdad compararse al Louvre; pero es, á no dudar, el edificio más grandioso y bello de toda Siria y Palestina. «Es vastísimo, dijo de él el mariscal Marmont, y está perfectamente construído y muy bien dispuesto para la defensa. Dentro de sus muros podría sostenerse un sitio, y por poca que fuese la disposición para la resistencia sería inexpugnable para quien lo atacase sin artillería. Están sus puertas forradas de hierro y defendidas por flanqueos y fuegos enfilados; en todas direcciones se abren troneras y aspilleras, y no se ha omitido defender la azotea contra las alturas que la dominan.»

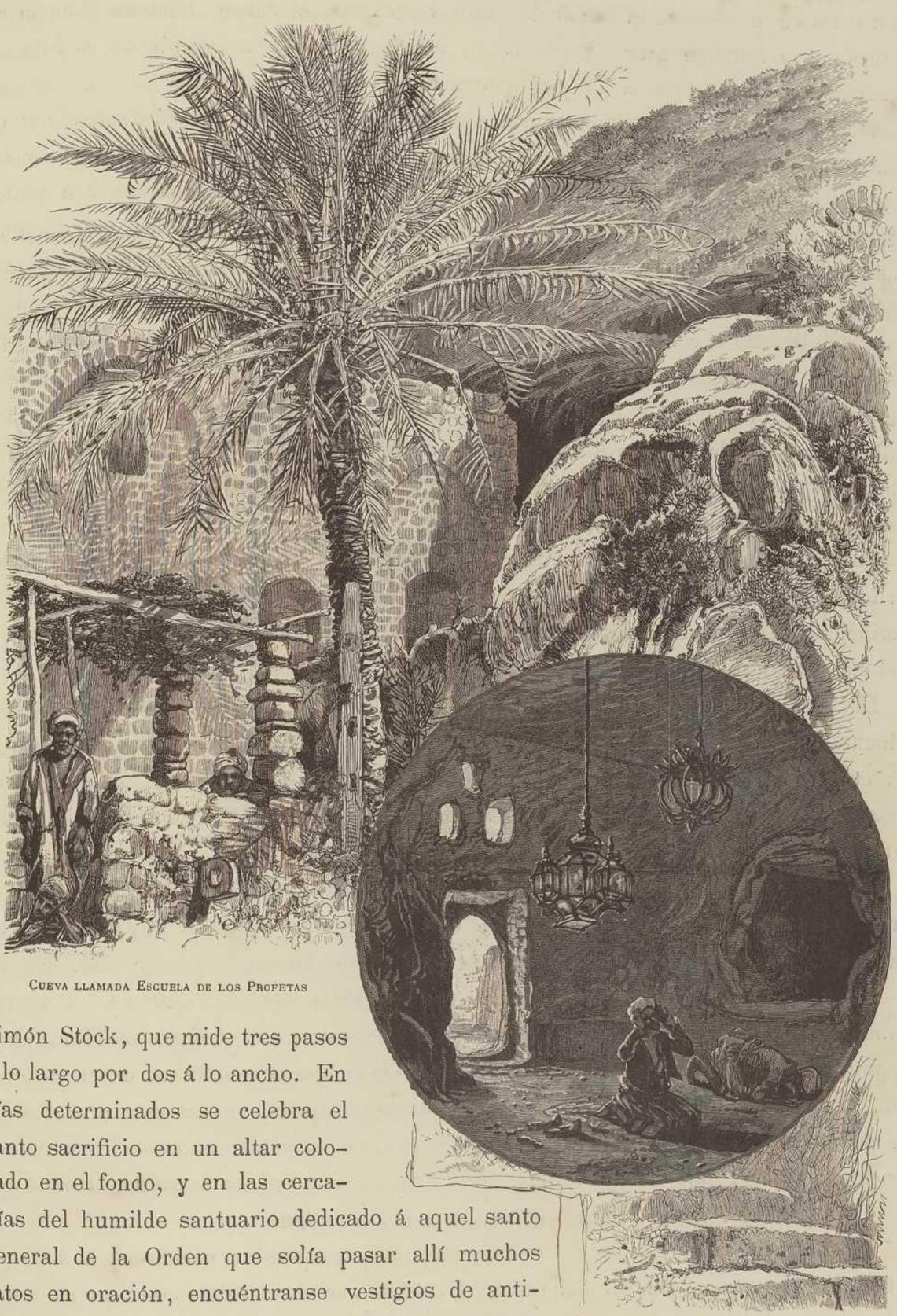
El convento encierra y rodea la iglesia por todos lados, de modo que de ésta no alcanza á verse desde fuera sino la media naranja que la remata. En el coro, construído sobre la cueva de Elías, hay un buen cuadro representando la muerte de san Luís.

En número de unos veinte son los Padres carmelitas que hoy lo ocupan; entre ellos suelen siempre encontrarse españoles.

¿Qué ha sido de la famosa quinta ó palacio de Abdallah que se alzaba amenazador en la punta septentrional del Carmelo, á un centenar de pasos del convento? pregunta el abad Mislin. Su suerte, dice, fué la que tienen todas las obras de iniquidad: desierto y abandonado, iba cayendo en ruinas, hasta que fray Juan Bautista lo compró y por los Padres ha sido destinado á hospedería para los levantinos. Desde hace pocos años sirven sus muros de asiento á un faro.

Al bajar del convento por escarpado sendero que se dirige al noroeste hállase á

los pocos minutos, después de una capilla dedicada á santa Teresa, la cueva de san



Cueva llamada Escuela de los Profetas

Simón Stock, que mide tres pasos á lo largo por dos á lo ancho. En días determinados se celebra el santo sacrificio en un altar colocado en el fondo, y en las cercanías del humilde santuario dedicado á aquel santo general de la Orden que solía pasar allí muchos ratos en oración, encuéntranse vestigios de antiguas paredes, residuos de un reducido convento que, según tradición fué el primitivo. Junto á ellos vense una cisterna y varias cuevas que fueron habitación de anacoretas.

Siguiendo la bajada llégase, atravesando un cementerio musulmán, á la morada de un derviche ó santón, custodio de vasta y antiquísima cueva, llamada Escuela de los profetas y también Sinagoga de Elías, en la que, bajo la inspiración de éste, se dedicaban sus discípulos á la contemplación y al estudio é interpretación de las profecías. «El sitio fué admirablemente elegido, dice de ella M. de Lamartine; de allí la voz del anciano profeta, director y maestro de innumerable generación de profetas, hubo de resonar majestuosa en los ecos de la montaña por él ilustrada con tantos portentos y á la que comunicó su nombre.» En el año de 1635 los musulmanes transformaron la gruta en mezquita consagrada á El-Khadher (el viviente), nombre con que designan á Elías, quien, según sus tradiciones, de acuerdo en esto con la Biblia, fué llevado al cielo sin pasar por el tránsito del sepulcro y allí vive conservando el verdor de la mocedad primera. Tiene diez pasos de longitud por nueve de anchura, y natural en un principio, sería después ensanchada y regularizada por la mano del hombre. Junto á la boca y á la izquierda obsérvase una cavidad de cinco pasos á lo largo por cuatro á lo ancho, donde, según piadosa leyenda, buscó descanso la Sagrada Familia á su regreso de Egipto.

En las paredes de la gruta que parecen cubiertas de una mano de pintura, han escrito sus nombres y la fecha de su visita innumerables peregrinos; algunas de estas inscripciones en lengua griega, hebrea y latina deben datar de gran antigüedad, y en el día son de muy difícil lectura.

Después de haber estado esta cueva por dilatados años en posesión de los religiosos carmelitas, se apoderaron de ella los musulmanes, y, conforme queda dicho, la dedicaron á su culto bajo la invocación de Elías, quien es para ellos, lo mismo que para judíos y cristianos, eximio profeta. El derviche encargado de la custodia del santuario habita junto á él en una casita que ha reemplazado á antigua gruta labrada en la peña.

De las ciudades y aldeas que en otro tiempo se elevaron en las laderas de la sierra quedan abundantes ruinas; las de mayor importancia llevan hoy el nombre de Kharbet-Dubel y ocupan elevada meseta erizada de lentiscos y carrascas. En su espesura yacen los restos de vasta ciudad; al atravesarla tropieza á cada paso el viajero en montones de piedras de diferentes tamaños, y hace pocos años todavía se encontraban allí muchos marmóreos fragmentos. Existe aún la caja de un sarcófago hecha pedazos y unos como rodillos de piedra común, quizás destinados á prensar la aceituna. Por su extensión y situación central ven los autores en estas ruinas las de la ciudad mencionado por Plinio con el nombre de Carmelo, igual al de la sierra, ciudad que era en cierto modo la capital de las poblaciones de la montaña.

Dice el citado geógrafo que aquella ciudad había sido antes conocida con la denominación de Ecbatana, y de ser así quizás á ella se refiera el relato que hace Herodoto de la muerte de Cambises, rey de Persia. Dice el historiador que, consultado por el soberano el famoso oráculo de Butos, fuéle anunciado que acabaría su existencia en Ecbatana, y por ello, creyendo que tal ciudad era la de Ecbatana, capital de Media,

imaginó que su vida y reinado habían de concluir naturalmente al solo impulso de la vejez y de los años. Quiso, sin embargo, el destino, escribe Herodoto, que hallase en Siria la malaventura que creía estarle reservada en Media, pues sucedió que al dejar la tierra de Egipto para volver á Persia atravesó las comarcas de Siria y se detuvo en Ecbatana algunas horas. Allí recibió la nueva de la rebelión promovida por el falso Smerdis; sin dilación dió la orden de marcha hacia Susa, y al montar á caballo, con su propia espada que el movimiento hizo salir de la vaina, hirióse gravemente en un muslo. Obligado por este accidente á permanecer en la población quiso saber su nombre; Ecbatana se llama, le dijeron, y entonces, comprendiendo el sentido del oráculo, desesperó de su curación y dictó sus disposiciones postreras: á los pocos días, en efecto, espiró.

Junto al cabo del Carmelo llaman la atención los restos de otra ciudad también por completo destruída; desígnanse estas ruinas con los nombres de *Kharbet Tell es-Semak* y de *Kharbet Tennameh,* y se extienden al norte, al mediodía y al este de humilde colina que domina dos pequeñas ensenadas en que abunda la pesca, lo cual ha dado al montecillo su nombre de Semak (Peces). En aquel lugar, por el que pasa una senda que lleva al convento, se han verificado grandes excavaciones en busca de materiales de construcción; pero todavía se encuentran en él hermosos sillares, colunas destrozadas y considerables fragmentos de mosaico. Un gran edificio cuyas líneas eran aún perceptibles en el año de 1863 se alzaba en la cumbre del otero.

En el itinerario titulado: *Los Caminos de Jerusalén,* que escribió el rabino Ishak Chelo en el año 1333 de nuestra era, léese el pasaje siguiente:

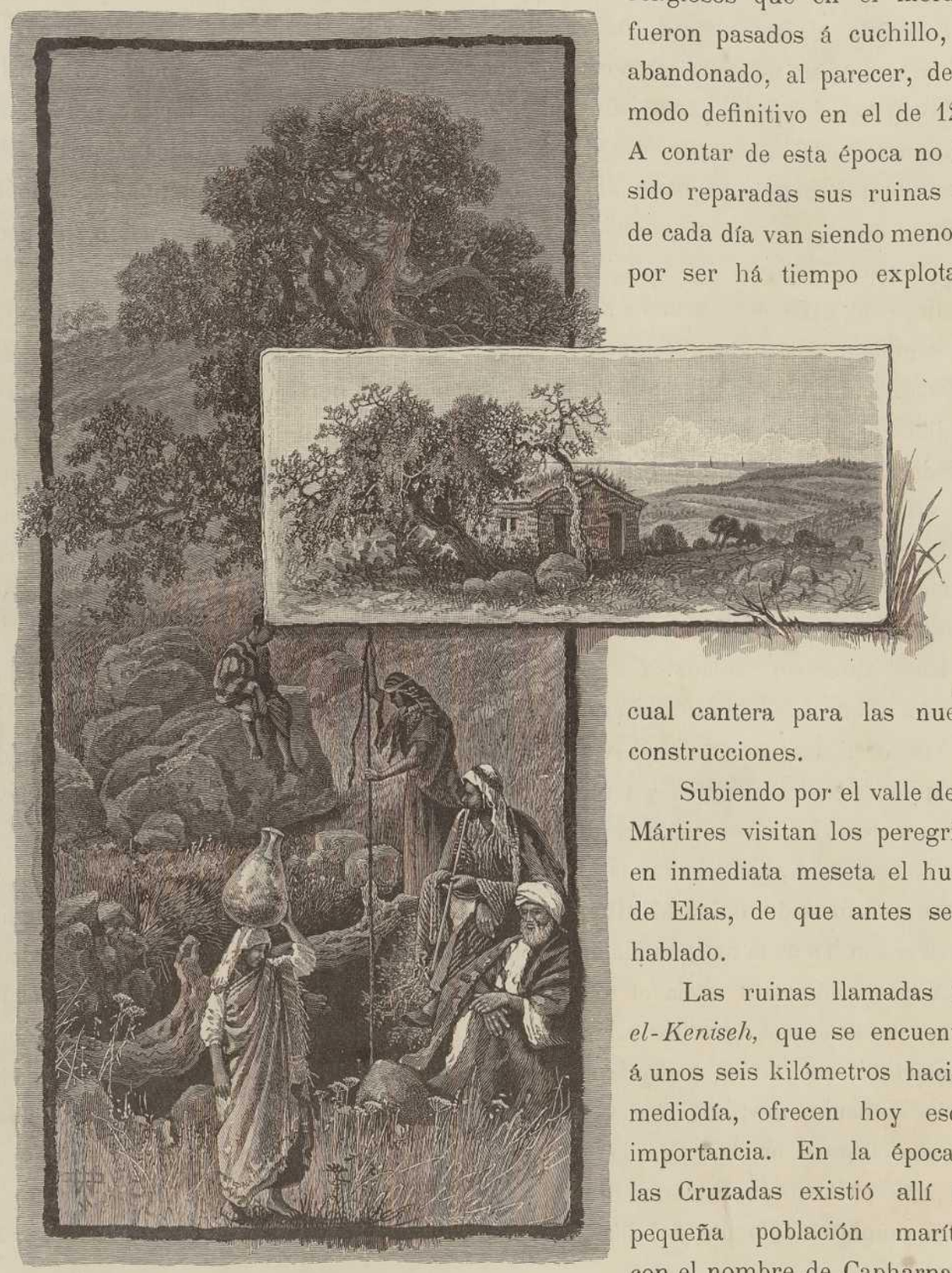
«Desde Kaisarieh (Cesarea) se va por mar á Kalanum, antigua ciudad arruinada; los cimientos de los edificios y templos que en otro tiempo la adornaron, son todavía muy visibles. En el día sólo contiene algunas miserables cabañas. De Kalanum se toma hacia Kaifah, ciudad situada al pié del monte Carmelo.»

En esto fundado, opina M. Guerin, y con él otros autores, que las ruinas que tenemos á la vista son las de la antigua Kalanum, llamada Calamón por el Peregrino de Burdeos.

A tres kilómetros hacia el mediodía un valle sombreado por higueras, granados y olivos es designado por los cristianos con el nombre *de los Mártires,* en memoria del martirio que en él padecieron en el año de 1238 varios religiosos asesinados por los musulmanes; los árabes lo llaman *Ued es-Seiah.* Siguiendo por él hacia mediodía llégase en breve á la Ain es-Seiah, pozo ó fuente que nace debajo de una peña y llena un estanque hundido y labrado entre las rocas. Los cristianos le dan el nombre de fuente de Elías, por ser de tradición que brotó á la voz del gran profeta.

A mayor altura hacia el este y en el propio valle existen vestigios del convento de San Brocardo; de él sólo quedan en pié algunas bóvedas ojivales y dos ó tres paredones; lo demás no conserva piedra sobre piedra, é intrincada maleza ha invadido su solitario recinto.

Fundado primitivamente por san Bertoldo en la segunda mitad del siglo XII, fué este convento regido después por el santo varón cuyo nombre ha conservado. Devastado varias veces por los sarracenos, en especial en el año de 1238 en que casi todos los religiosos que en él moraban fueron pasados á cuchillo, fué abandonado, al parecer, de un modo definitivo en el de 1291. A contar de esta época no han sido reparadas sus ruinas que de cada día van siendo menores, por ser há tiempo explotadas cual cantera para las nuevas construcciones.



FUENTE DE ELÍAS

Subiendo por el valle de los Mártires visitan los peregrinos en inmediata meseta el huerto de Elías, de que antes se ha hablado.

Las ruinas llamadas *Tell el-Keniseh,* que se encuentran á unos seis kilómetros hacia el mediodía, ofrecen hoy escasa importancia. En la época de las Cruzadas existió allí una pequeña población marítima con el nombre de Capharnaum, mencionada por Guillermo de Tiro y otros cronistas, población que no ha de ser confundida con la que tenía igual denominación en las orillas del lago de Tiberíades.

Pero esto nos lleva ya fuera de la sierra, y aquellas hermosas é interesantes costas

han de ir comprendidas en otra región distinta, en la de Palestina, cuya exploración nos toca emprender en los capítulos siguientes. Despidámonos, pues, del Carmelo, de aquel monte predilecto del cielo, según expresión del abad Mislin; nada es á él comparable, dice este autor, ni he sentido jamás en mis largos viajes impresión tan íntima y grata como la que produce el pasar una noche de meditación y recogimiento en la santa montaña, teniendo delante de sí el inmenso mar bañado por la luna. Las horas que allí transcurren dejan huella indeleble en la vida.

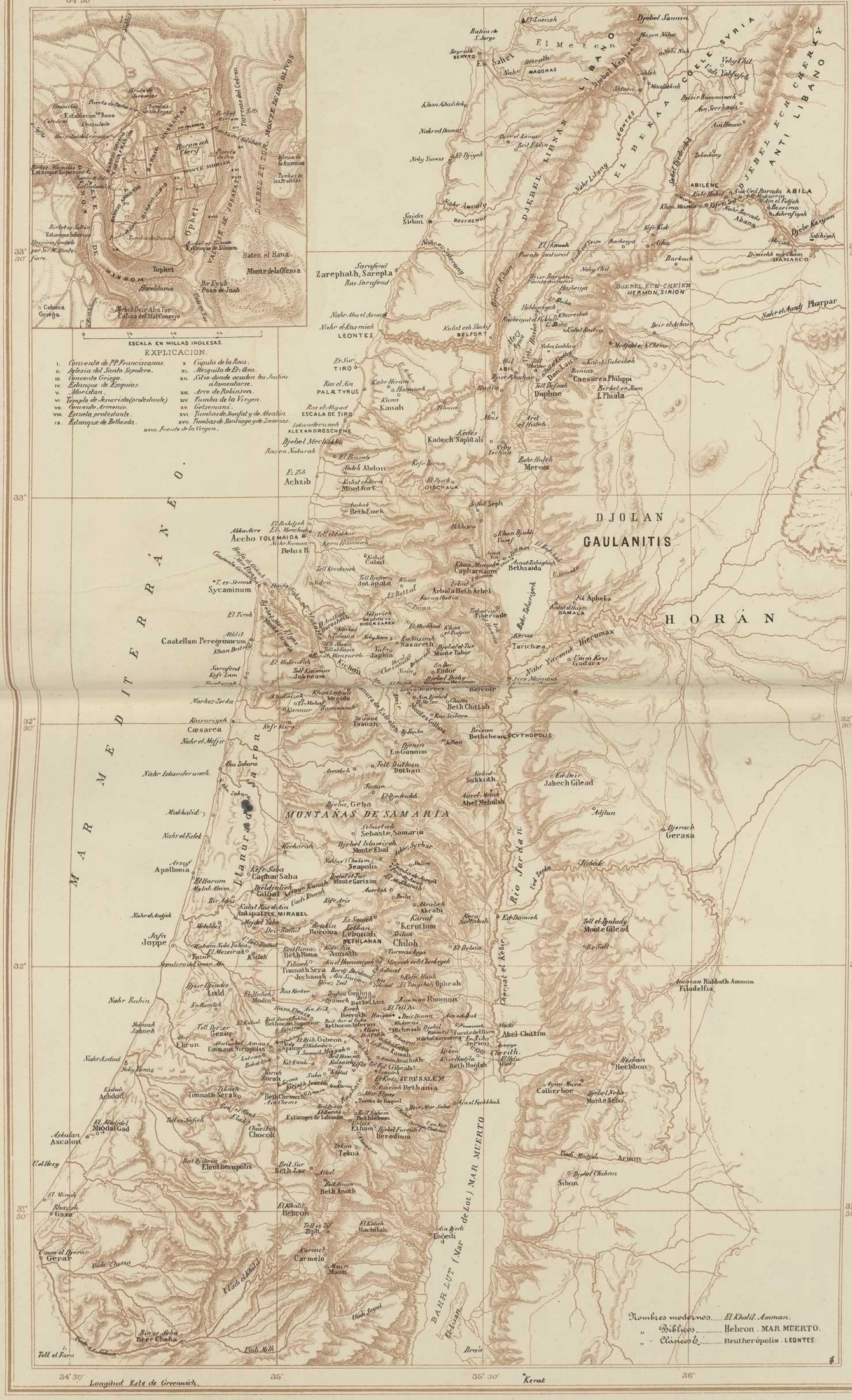
La sierra del Carmelo, aunque despojada, como hemos dicho, de los bosques, viñas y plantíos que en otro tiempo fueron su ornamento, conserva aún hermosos residuos de su pasado esplendor. Frondosos árboles coronan sus cumbres y útiles y odoríferas plantas alfombran todas sus laderas. Con ellas componen los frailes un licor agradable, muy estimado como remedio de varias dolencias.

Para no omitir cosa alguna de cuanto á este monte se refiere mencionaremos la tradición según la cual en una de sus hondonadas Lamech dió muerte á Caín.

Otra tradición más extendida y segura dice que á este monte vino muchas veces desde Nazareth la Virgen Madre de Dios: sea ó no cierto, el nombre de María ha llegado á ser la mayor gloria del Carmelo.

Existe otro monte Carmelo al mediodía de Jerusalén del cual se hace mención en el Libro I de los Reyes: pero el que acabamos de visitar es el más famoso y conocido, y era á veces llamado *Carmelo del mar*.

MAPA DE LA PALESTINA Y DE LA REGION MERIDIONAL DEL LÍBANO.


34° 30'
35°
35° 30'
36°
33° 30'
33°
32° 30'
32°
31° 30'
31°
Jerusalem
Monte Moriah
Monte Sion
Monte de los Olivos
Torrente del Cedron
Valle de Josafat
Valle de Hinnom
Haram ech Cherif
Tophet
Haceldama
Monte de la Ofensa
Bir Eyub
Pozo de Joab
Colonia Griega
Tumba de David
Estanque Superior
Estanque Inferior
Estanque de Siloam
Piscina Probatica
Iglesia de la Ascension
Tumbas de los Profetas
ESCALA EN MILLAS INGLESAS.
EXPLICACION.
I. Convento de PP. Franciscanos.
II. Iglesia del Santo Sepulcro.
III. Convento Griego.
IV. Estanque de Ezequias.
V. Mauristan.
VI. Templo de Jeswerista (protestante)
VII. Convento Armenio.
VIII. Escuela protestante.
IX. Estanque de Bethesda.
X. Cupula de la Roca.
XI. Mezquita de El-Akra.
XII. Silla donde acuden las Judias a lamentarse.
XIII. Arco de Robinson.
XIV. Tumba de la Virgen.
XV. Getsemani.
XVI. Tumbas de Josafat y de Absalon
XVII. Tumbas de Santiago y de Zacarias.
XVIII. Fuente de la Virgen.
Mediterráneo.
Mar Muerto
Llanura de Sarón
Río Jordan
Bahr Lut (Mar de Lot) Mar Muerto
Montañas de Samaria
Djolan
Gaulanitis
Horán
El Meten
Djebel Libanon
Djebel Kenaseh
El Bekaa Coele Syria
Djebel Ech Cherky
Djebel Anti Libanon
Djebel Ech-Cheikh Hermon, Sirion
Leontes
Nahr el Kasmieh
Nahr Litany
Nahr Awaly
Nahr Abu el Asuad
Nahr Hasbany
Nahr el Auaj
Nahr Barada
Abana
Pharpar
Nahr Rubin
Nahr Asdud
Nahr Iskanderuneh
Nahr el Mefsir
Nahr el Falek
Nahr Jabneh
Nahr Jarkon
Nahr Hadera
Nahr Kishon
Nahr Yarmuk
Wadi el Khalil
Wadi Segul
Wadi Cherar
Wadi Arnon
Wadi Zerka
Wadi Jabok
Wadi Melh
Beirut
Sidon
Saida
Tyre
Sarepta
Zarephath
Acco
Ptolemaida
Caesarea
Joppe
Ascalon
Gaza
Askalan
Apollonia
Arsuf
Dor
Achzib
Alma
Tiro
Ras el Ain
Palæ Tyrus
Ras el Abyad
Escala de Tiro
Alexandroschene
Djebel Mechakka
Ras en Nakurah
Kedes
Kadech Naphtali
Merom
Bahr Huleh
Hazor
Kana
Kanah
Caesarea Philippi
Phiala
Daphne
Banias
Abila
Abilene
Hieromax
Yarmuk
Gadara
Umm Keis
Gerasa
Jabok
Jabesh Gilead
Pella
Dium
Damascus
Barkuk
Ain el Fijeh
Ain Fidjeh
Abana
Kefr Kuk
Kefr Hauar
Kefr Sabo
Kefr Aris
Kefr Ana
Kefr Lam
Kefr Kana
Kefr Kenna
Kefr Kasim
Kefr Yasuf
Kefr Ata
Kefr Kud
Kefr Berim
Kefr Kurah
Kefr Saba
Kefr Ana
Kefr Ata
Kefr Kasim
Kefr Yasuf
Kefr Kud
Kefr Berim
Kefr Kurah
Kefr Saba
Kefr Aris
Kefr Ana
Kefr Lam
Kefr Kana
Kefr Kenna
Kefr Kasim
Kefr Yasuf
Kefr Ata

PALESTINA

I

Los Filisteos. — Llanura de San Juan de Arce. — Kharbet el-Mecherfi. — La antigua Akhzib. — Otras ruinas. — Aldeas de aquel llano. — San Juan de Acre. — Su aspecto actual. — Sus murallas. — Su puerto. — Sus monumentos. — Población. — Su historia. — Sus antiguos nombres. — Tolemaida cristiana. — Memorable sitio. — Los primeros encuentros. — Composición del ejército cruzado. — Grandes batallas. — Hambre y peste. — Discordias. — Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto. — Aspecto de los campamentos. — Últimos combates. — Rendición de Tolemaida. — Toma el nombre de San Juan de Acre. — Dominación latina. — Llegan á la ciudad los cruzados de Aragón. — Los sarracenos la sitian. — Horrible catástrofe. — Fin de la dominación latina de Oriente. — Bonaparte delante de San Juan de Acre. — Últimos sucesos.

El nombre de Palestina con frecuencia aplicado á toda la tierra de Canaán, no designa, rigurosamente hablando, sino una de las provincias en que por la generalidad de los autores es aquélla dividida, esto es, el territorio que en las inmediaciones del litoral mediterráneo habitaron los Pelichtim ó Filisteos. La provincia de Judea y el mar lo limitan por oriente y occidente, y Fenicia y Egipto por septentrión y mediodía.

Antes de penetrar en él digamos breves palabras acerca del pueblo famoso con el cual estuvieron los israelitas en incesante guerra sin que alcanzaran jamás á someterlo del todo.

El Delta egipcio, según la opinión más autorizada, fué cuna de los Casluhim, en los que tuvieron origen los Filisteos y los Coftorim; descendientes de Cam por su segundogénito Misraim, unas y otras tribus eran probablemente egipcias y vivirían en lugares entre sí inmediatos, cuando en época que no se sabe se pusieron en movimiento hacia el norte, fueron poco á poco por el desierto adelante, y ya confundidas con el nombre del general de Pelichtim *(emigrados* ó *extranjeros* á creer la etimología generalmente admitida) se establecieron en los llanos que están situados al sudoeste de Canaán, sin duda después de haber ocupado los oasis de la costa más cercanos á Egipto. Fué anterior su emigración á la época de Abraham, ya que al llegar el patriarca á la tierra de Canaán en el año de 1896, antes de la era vulgar, estaban ya instalados en Gerar y en su territorio, donde tenían un soberano llamado Abimelech (padre-rey), título que los de aquella región usaban. Con el tiempo se harían señores

de todo el llano al que dieron su nombre, y llegaron á ser tan poderosos y temidos que, á la salida de Egipto, Moisés, acatando la orden de Dios, no llevó á los israelitas por la tierra de los filisteos con todo y ser el camino más corto, por temor de que al verse hostilizados por este pueblo belicoso decayera su brío y retrocedieran lo andado. La comarca de que se hicieron dueños los filisteos estuvo antes ocupada por un pueblo al cual la Sagrada Escritura da en hebreo el nombre de *Avvim* y en latín de *Hevœi*.

Los pormenores de la invasión filistea y de sus triunfos sucesivos no han llegado hasta nosotros y la historia los ignora por completo; sábese únicamente que á la llegada de los hebreos á la Tierra prometida poseían los filisteos toda la vasta llanura comprendida entre el torrente de Egipto, el Ued el-Arich de nuestros días, al sur, y Ekron al norte. Su nombre, como ribereños del mar que eran, fué por los extranjeros más conocido que el de los pueblos del interior, y extendiéndose fuera de la región por aquellos conquistada aplicóse, conforme hemos dicho, á toda la Tierra de Canaán; la llanura en que se fijaron, llamada Chephelah en la Biblia, es aún conocida por los árabes con el de *Falestín*. En ella encontrarían ciudades y aldeas fundadas antes por los Avvim, á quienes expulsaron, y es probable que se limitaran á engrandecerlas y hermosearlas. Sábese únicamente que dividieron aquel territorio en cinco satrapías, ó sean las de Ekron, Azot, Gath, Ascalón y Gaza, y de ahí la denominación de Pentápolis con que suele ser designado, estando cada una de las satrapías representada por una ciudad principal.

A estas importantes comarcas llegaremos atravesando la extensa y feraz llanura de San Juan de Acre y recorriendo otras famosas ciudades de aquella costa.

Desde las alturas del cabo que lleva el nombre de Ras en-Nakura contémplase extendida al sur la magnífica llanura de San Juan de Acre y alzarse la ciudad como marmóreo promontorio en medio de las azuladas ondas del Mediterráneo.

Forma parte aquel cabo de la sierra de Sarón y se prolonga hasta muy adentro del mar; límite de la Palestina, ha dicho de él M. de Lamartine que es «puerta sublime que da ingreso á una tierra de milagros.» Atraviésalo el famoso camino conocido desde la antigüedad más remota con el nombre de *Escala de los Tirios*.

Limitada al norte por la sierra en que ahora estamos, la llanura de San Juan de Acre acaba por oeste en las arenas de la playa, por mediodía en las cuestas del Carmelo y por oriente en los montes de Galilea. En su mayor longitud alcanza á cuarenta kilómetros para variar en anchura entre siete y doce, y en su extremo sudeste comunica por medio del valle del Nahr el-Mukattah ó el Cisón con los dilatados llanos de Esdrelón. Atraviésanla de este á oeste varias corrientes de agua de más ó menos importancia, y hubo un tiempo en que, con gran esmero cultivada, dió albergue á población muy numerosa. Hoy algunas aldeas situadas en la entrada de los valles son las únicas que benefician aquellos riachuelos; lo que de ellos les sobra se pierde en la arena ó se va derecho al mar, pero aún así, dando testimonio de su feracidad, aquella tierra, en los puntos en que es labrada, recompensa con abundantes cosechas

de trigo, sésamo y algodón los pocos esfuerzos que en ella se emplean, y árboles frutales crecen al pié de las alturas, así como hermosean las inmediaciones de la playa magníficos vergeles y lozanas palmeras. Teatro de heroicos combates, principalmente en los alrededores de San Juan de Acre, ha servido desde los más remotos tiempos hasta los nuestros de campo de batalla á numerosos pueblos, y los surcos

El Cisón, en el desfiladero que lleva de la llanura de Esdrelón á la de San Juan de Acre

de su campiña han sido muchas veces regados con sangre. El viajero que la recorre, llena la memoria de los grandes sucesos allí contenidos, tiene ocasión de evocar á cada paso interesantes recuerdos.

En tres cimas de la sierra en que nos hallamos tuvieron en la Edad Media los caballeros teutónicos otras tantan fortalezas; en los antiguos mapas hállanse indicadas con los siguientes nombres: en el cabo el *castrum Lumberti;* en el extremo oriental el *Iudi,* y entre uno y otro el *mons Fortis.* Los autores árabes de la misma época

llaman á este monte *Karubah*, sin duda á causa de los muchos algarrobos que le dan sombra. A él, en tanto que los Cruzados sitiaban á San Juan de Acre, se retiró Saladino á invernar, reunir refuerzos y hostilizar á los cristianos del llano. El sultán recibía noticias de lo que en la plaza sucedía por medio de palomas mensajeras y de nadadores que atravesaban de noche el bloqueo del puerto.

En menos de media hora bájase al pié del Ras en-Nakura, y lo primero que habrá de ofrecerse á nuestro paso son unas ruinas á las que se da el nombre de *Kharbet el-Mecherfi*. El lugar que allí existió cubría las laderas de un oteruelo plantado hoy de higueras; en la época de las Cruzadas hubo en aquel sitio una casa fuerte dependiente de San Juan de Acre y era llamada Mareschefia. Aquellos restos van siendo menos importantes de cada día, pues las piedras más regulares procedentes de las destruídas viviendas son llevadas á la ciudad y empleadas en diferentes usos. Amenos huertos, en los que se crían excelentes sandías, reciben gran feracidad de inmediata y caudalosa fuente, la Ain el-Mecherfi.

A cuatro kilómetros hacia el sur, atravesando el ued Kerkera, en verano casi siempre seco, y el Nahr Kurein, llamado también Nahr ez-Zib, que jamás se agota, llégase al pueblecillo de igual nombre, cuyas casas, muchas de ellas construídas con materiales antiguos, se extienden por inmediata colina. Es su población de unos quinientos musulmanes, y entre aquéllas sobresalen la mezquita y varios grupos de palmas. Antes de penetrar en la aldea por el lado del nordeste una alberca recoge el caudal de abundante fuente, y dos pequeñas ensenadas servían de puerto á la ciudad.

Porque el lugar de Zib es, en efecto, la antigua ciudad hebrea de Akhzib, en latín Achazib, mencionada en el libro de Josué como perteneciente á la tribu de Aser, la cual, sin embargo, no pudo expulsar de ella á sus primitivos moradores, de orígen cananeo. El historiador Josefo la cita con el nombre griego de Edippon como plaza marítima.

Llámasela en el Talmud Kezib ó Guezib, y á contar desde el regreso del cautiverio era por nordeste confín de Galilea; estaba fortificada y poseía una sinagoga.

Fazael, hermano de Herodes, y el sumo sacerdote Hircano fueron aprisionados por los partos en Edippon; al segundo le cortaron las orejas y el primero estrelló su cabeza contra el muro.

Al mediodía y al este de la aldea que ha sucedido á Akhzib conservando únicamente la sílaba final de su nombre, vense hermosas huertas con cerca de nopales y tamariscos, por encima de las cuales asoman las gallardas copas de frutales y palmas.

Continuemos la marcha hacia el sur por espacio de cuatro kilómetros y llegaremos á Fakhura, otra ciudad de la cual casi ni ruinas quedan. Vense aquí y allí cisternas medio cegadas, y en la ladera meridional de la colina donde vivió la antigua población extienden sus retorcidas raíces añosos aceitunos. Entre ellos se encuentran varias aisladas casitas de moderna fábrica, construídas con los antiguos sillares que allí yacían. Los *fellahs* que en ellas moran cultivan huertos de gran feracidad que son

regados por el Nahr el-Mafchukh, cuyas aguas corren unidas con las del Nahr Djatun; gigantescas vides trepan hasta las últimas ramas de los bellos árboles que los sombrean, y en caprichosos festones dejan colgar sus enormes racimos.

Unos pocos minutos hacia el sur encuéntranse las ruinas llamadas Kharbet-Yanuhieh; son las de otra ciudad ó villa que probablemente llevó en antiguos tiempos el nombre de Yanuhah.

En vez de continuar en línea recta hacia San Juan de Acre dirijámonos al nordeste y á los seis kilómetros nos hallaremos en Kabreh, después de atravesar el lugarcillo de El-Ferdj, rodeado de huertos de frutales, por entre los que corre el Nahr el-Mafchukh, dividido en varios riachuelos á los que dan sombra hermosos sauces. A poca distancia, el pueblo de Et-Tell debe su nombre á la colina en que está situado: á sus piés extiéndese igualmente amena y frondosa huerta, en la que, entre los árboles más apropiados al clima de Palestina, crecen altos chopos y gigantescos nogales, como en Europa.

Magnífica es la situación de Kabreh, y esto y los excelentes manantiales que posee han debido de ser causa de que en este lugar viviera constantemente una población más ó menos considerable. Créese que el nombre de Kabreh fué en la antigüedad el de Gabara; en la época de las Cruzadas se levantó en este punto una casa fuerte que llevaba el de Cabra. Gran número de las actuales casas han sido construídas con materiales, al parecer, antiguos, y de las dos abundantes fuentes que tiene el pueblo, la una es recogida en un pilón semejante al de Ras el-Ain y de él salta en cascada para imprimir movimiento á algunos molinos y regar la huerta. Mana la segunda en una gruta á la que se baja por medio de varios escalones, y alimenta el acueducto que, ora subterráneo, ora á flor de tierra, ora sostenido por medio de arcadas, lleva el agua á San Juan de Acre. Reconstruído por Djezzar-Bajá á fines del siglo último, ha sucedido este acueducto á otro mucho más antiguo del cual se conservan todavía algunas ruinas. Además de estos dos manantiales brota á corta distancia otro de no menor caudal con el nombre de Ain-Djatun; por varios canalizos riega el territorio de Kabreh y le comunica feracidad extraordinaria.

Unos trece kilómetros dista el pueblo de la ciudad de San Juan de Acre é igual es la extensión del acueducto que, por el lado del sudoeste, conduce á la capital las puras y límpidas aguas de una de las fuentes de Kabreh. Sigamos el camino que él nos traza, y sin abandonar sus bordes pasaremos sucesivamente por El-Mezraa, Es-Semirieh y El-Bahdjeh.

El-Mezraa, que cuenta muy escaso número de habitantes, era conocido en la época latina con el nombre de Mezera; pero es probable que date el pueblo de tiempos mucho más remotos á juzgar por las vastas canteras de sus inmediaciones, por varias grutas sepulcrales, cisternas y viviendas labradas en la peña. Atraen igualmente la atención los restos de fuerte fábrica de sillería que fué al parecer castillo de la Edad Media, ó quizás de antigüedad mayor. Junto al lugarejo existe un khan ó parador que se

atribuye á Djezzar-Bajá, cuyo acueducto atraviesa en este punto un valle, sostenido por altas arcadas.

Es-Semirieh, situado en un montecillo, es lugar de cuatrocientos habitantes,

Ruinas de un acueducto en las cercanías de San Juan de Acre

musulmanes todos; las ruinas de antigua fortaleza se utilizan para vivienda de varias familias. Tiénese por la antigua ciudad de Semeron-Meron, mencionada en el libro de Josué y por el *Casale Somelaria Templi* de los Cruzados, donde se celebró solemne asamblea en el año de 1217. Este pueblo, lo propio que el anterior y los demás que se ven diseminados por la llanura, está circundado de magníficos vergeles, donde abundan las naranjas y granadas.

muchos los que amenazan ruina y algunos se han venido al suelo; uno de ellos servía de cárcel pública no hace muchos años.

Atrae de lejos la atención por su elevada cúpula la gran mezquita, llamada de Djezzar-Bajá, por haber sido fundada por este gobernador á fines del siglo último; créese que ocupa el área de la antigua catedral, y está comprendida en vasto recinto rectangular, por cuyos lados corre un claustro ó abovedada galería sostenida por colunas con capiteles distintos, arrebatado todo de entre las ruinas de Tiro y Cesarea; ábrense allí varias estancias destinadas á los empleados de la mezquita y á los peregrinos

Una de las puertas de San Juan de Acre

musulmanes que la visitan, y el patio central, debajo de cuyo suelo existen grandes cisternas, recibe agradable sombra de palmeras, cipreses y otros árboles. Vense entre ellos algunos sepulcros de mármol blanco, siendo los más notables los de Djezzar y Solimán-Bajá. Precede á la mezquita propiamente dicha por el lado de su fachada septentrional, un vestíbulo formado por seis colunas de granito rosado que sostienen cinco arcos exteriores; se pasa de allí á vasta sala cuadrada adornada con lámparas y arañas y rematada en la alta cúpula de que se ha hecho mérito, la cual se apoya en cuatro arcadas de ojiva. Tablas de mármol cubren las paredes interiores y forman el pavimento; el *mihrab* es también de mármoles de variados colores, y el *member* ó púlpito, todo él de mármol blanco, hace gran honor al artífice armenio que talló sus esculturas.

Otras tres mezquitas hay en la ciudad, pero nada en ellas merece especial mención; únicamente sus colunas y las baldosas de su pavimento parecen ser procedentes de edificios más antiguos.

Tiene San Juan de Acre cuatro iglesias cristianas; pertenece una á los griegos cismáticos, y otra á los maronitas; la de los griegos unidos, dedicada á san Andrés, consta de tres naves, descansando la central en pilares formados por tres colunas reunidas; las paredes son de gran espesor con ventanas muy angostas. La iglesia parroquial de los latinos es la más reducida de las cuatro; está bajo la advocación de san Juan Bautista y data, tal como hoy existe, del año de 1737.

El convento que en la ciudad poseen los Padres franciscanos no es anterior al siglo XVII en su actual estado; ocupa uno de los extremos de un edificio llamado el khan franco, porque en él tuvieron sus almacenes los comerciantes europeos. Hoy sirve de morada al cónsul de Francia.

La casa de las Damas de Nazareth, fundada en el año de 1861, contiene una escuela á la que concurren doscientas niñas, y una farmacia; seis religiosas están consagradas á la educación de la infancia y al ejercicio de la caridad para con los enfermos de todos sexos y edades. En las cercanías de su residencia vense vetustos paredones y el arranque de bóvedas que pertenecieron á antigua iglesia, dedicada á san Juan.

Atraviesan la ciudad varios bazares; tiene el uno bóveda de fábrica y parece ser de construcción moderna; están los otros cubiertos con tablas, esteras ó lona. Además del khan franco mencionado existen otros establecimientos semejantes, depósitos de mercancías á la vez que paradores para las caravanas. Álzase el más notable en las inmediaciones del puerto y lleva el nombre de Khan Djezzar-Bajá, por haber sido construído por este gobernador, y también el de Khan el-Aamid ó khan de las Colunas, por estar las galerías que lo rodean sostenidas por colunas en número de diez á lo largo y por ocho á lo ancho; son de granito, y sus fustes monolitos, lo mismo que los capiteles pertenecientes á estilos diversos, fueron arrancados de antiguos monumentos. Es opinión común que construído este khan sobre las ruinas de un convento de Padres dominicos.

Elévase á poca distancia otro khan llamado de Chauardi; como el anterior forma un gran rectángulo con un vasto patio central, y se compone de almacenes y numerosas estancias en las galerías. Han visto en él algunos viajeros el antiguo convento de religiosas de Santa Clara, pero es evidente que su construcción es más moderna y completamente musulmana; es posible sí que haya reemplazado á aquel famoso edificio cristiano.

A pesar de los inconvenientes arriba indicados es quizás San Juan de Acre la ciudad de Levante que más vida y animación respira; tiene gran comercio en granos, y numerosas caravanas acuden á ella de varios puntos del litoral y del interior. Su población no excede en el día de nueve mil habitantes, de ellos mil y seiscientos

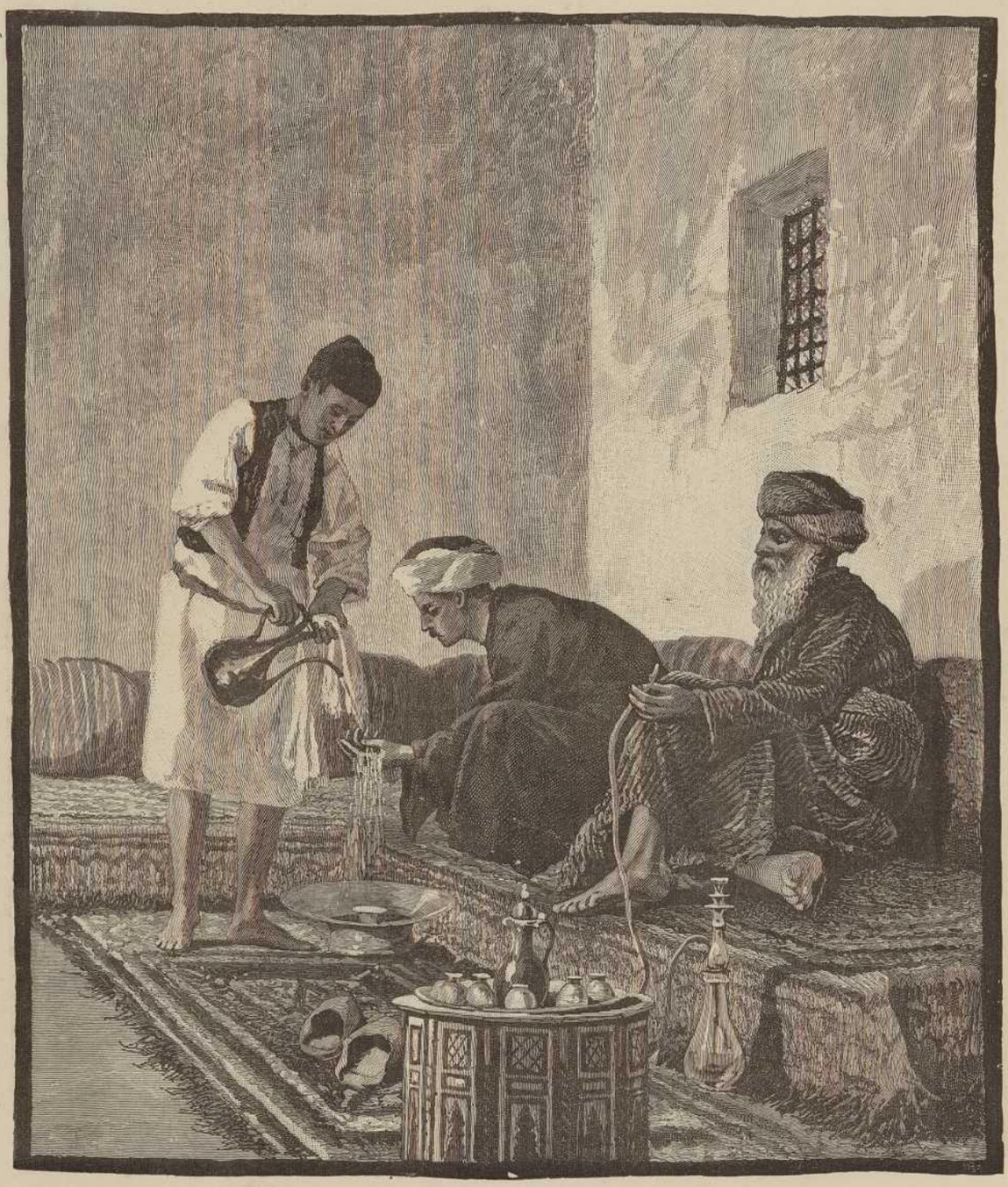
cristianos, cuyo número se descompone de la siguiente manera: ciento y sesenta latinos, quinientos griegos unidos y novecientos y cuarenta griegos cismáticos. Los demás son musulmanes.

En la Edad Media era más extenso el perímetro de la ciudad y su población más

Habitantes musulmanes de San Juan de Acre.—La mujer de un fellah preparando manteca

numerosa, como lo atestigua el gran número de iglesias en aquél construídas. A mediados del siglo XII poseía, en efecto, una iglesia llamada de Santa Cruz, perteneciente al Santo Sepulcro, una catedral metropolitana y varias parroquias, donde se reunían los pisanos, genoveses y venecianos; y cuando en el año de 1187, después de la rota de Hattin, cesó Jerusalén de ser capital del reino latino, la ciudad de San Juan de Acre,

rendida primera al vencedor y recobrada luego por los Cruzados, sirvió de refugio á todas las comunidades religiosas y de ciudadela á las órdenes militares, las que, como antes en la Ciudad santa, se establecieron en ella y levantaron iglesias, conventos, hospicios y otros edificios. Entonces llegó á su apogeo el esplendor y la importancia militar y mercantil de San Juan de Acre, y fué dividido en diez y nueve distritos ó



Habitantes musulmanes de San Juan de Acre.—Abluciones después de la comida

cuarteles, cada uno con su correspondiente iglesia. Aun hoy, saliendo extramuros por el lado del septentrión, pueden observarse grandes excavaciones practicadas para extraer del suelo las piedras que sirvieron de cimientos á antiguas fábricas destruídas, de manera que por aquel lado se extendía la ciudad á mucho mayor espacio que el actual; unos ochocientos metros hay que andar para llegar á los restos de la muralla que fué

en la Edad Media su límite septentrional. Por la parte del este igualmente llegaba á unos cuatrocientos metros más allá que la muralla actual.

Siguiendo en esta dirección, atravesando cementerios, huertos y jardines, llégase á la renombrada colina llamada *Tell el-Frandj* (colina de los Francos) y también *Tell el-Fokhar* (colina del Barro), por sacar de ella los alfareros el barro necesario á su industria; situada á mil y trescientos metros de la población actual, extiéndese de oeste á este por un espacio de seiscientos metros y de trescientos de norte á mediodía; su mayor altura no excede de treinta, y grandes montones de piedras en la meseta de su cumbre son resíduos de antiguas fortificaciones por completo demolidas. En ella se establecieron los Cruzados cuando en el año de 1189 pusieron sitio á la ciudad, dándole los historiadores latinos el nombre de Turón ó Torón, y aún se enseña en su punto culminante el sitio en que estableció Bonaparte sus baterías en 1799.

Por primera vez vemos mencionada esta ciudad en el libro de los Jueces con el nombre hebreo de Accho, idéntico, salvo ligera diferencia, con el de Akka que le dan los árabes; el latino era de Acho á Ace. En el reparto de la Tierra Prometida fué adjudicada á la tribu de Aser, la cual conservó en ella á los antiguos moradores, y aunque más tarde fué á establecerse en su recinto una colonia hebrea, la mayoría de aquéllos permaneció gentílica.

Al ocurrir el sitio de Tiro por Salmanasar, era Accho pertenencia de los Tirios, pues se lee en un pasaje de Menandro, citado por Josefo, que esta ciudad abandonó la causa de la patria y se sometió á los Asirios. Strabon la designa con el nombre de Tolemaida, que debería sin duda á uno de los Ptolomeos de Egipto, quizás á Ptolomeo Soter que de la misma se apoderó, y con él fué primeramente conocida en todas nuestras guerras de Ultramar.

De mucha importancia marítima, tocó á Tolemaida desempeñar gran papel así en las contiendas entre persas y egipcios como después, al reinar los sucesores de Alejandro, acabando por caer bajo la dominación de los reyes de Siria. Entonces fué cuando Alejandro Bala que disputaba aquel trono á Demetrio, para granjearse el auxilio de Jonathas Macabeo le cedió la ciudad de Tolemaida. El hermano de Judas la hizo suya, y con real magnificencia asistió á las bodas que en ella se celebraron entre la hija de Bala y el soberano de Egipto; más tarde el usurpador Tryphon le atrajo á su recinto, y después de apoderarse por traición de su persona hizo pasar á cuchillo los mil judíos que le acompañaban y le asesinó luego junto con sus hijos de tierna edad.

Declarada la ciudad independiente, atacóla sin resultado Alejandro Janneo, quien levantó el cerco al saber que Ptolomeo Lathyro, rey de Chipre, había tomado tierra en Sycaminos á la cabeza de numerosa hueste, conforme antes hemos explicado. Cleopatra, reina de Egipto, la asedió á su vez y la expugnó; Herodes el Grande la embelleció con magníficos edificios, y en la época del emperador Claudio fué elevada á la categoría de colonia romana.

Después de predicar el Evangelio en Macedonia, Grecia y Asia, san Pablo desem-

barcó en Tiro y de allí se dirigió á Tolemaida, desde donde siguió por tierra su camino á Jerusalén. «Concluída nuestra navegación, dícese en los Hechos de los Apóstoles, de Tiro pasamos á Tolemaida, donde habiendo saludado á los hermanos, nos detuvimos un día con ellos.» Sede episcopal ya en los primeros siglos de la Iglesia, sábense por actas de concilios los nombres de varios de sus prelados, hasta que en el año de 638 cayó en poder de los musulmanes. Entonces su antiguo nombre, que se conservara fielmente en el uso vulgar junto al oficial de Tolemaida, tomó la forma arábiga de Akka.

En la época de la primera Cruzada, en el año de 1099, el ejército cristiano se detuvo dos días en las márgenes del Belo, pero no hostilizó á la ciudad; el emir que en ella mandaba, para conjurar el peligro de un asalto, envió á los Cruzados abundantes víveres y prometió, además, franquear las puertas á los veinte días de pisar los cristianos la tierra de Judea si antes no había acudido á su socorro el califa de Egipto, ó así que Jerusalén hubiese sucumbido á sus golpes. A pesar de tal promesa y de la conquista de la Ciudad santa, Akka se negó á rendirse, y esto hizo que Balduino I, que consideraba muy importante su posesión á causa de la seguridad de su puerto, le pusiera sitio en el año de 1103. La llegada de unas naves musulmanas con refuerzos para los sitiados, le movió á retirarse después de cinco semanas de asedio; pero venido que fué el siguiente año lo renovó reforzado á su vez por una escuadra genovesa, y se apoderó de la plaza á los veinte días de combates. Por su posición excelente, por la fortaleza de sus muros y por la justa fama de su puerto, Tolemaida se convirtió á poco en principal baluarte del imperio latino en Palestina; en ella tomaban tierra la mayor parte de peregrinos y cruzados que iban á visitar ó defender los Santos Lugares; genoveses, venecianos y pisanos tenían en su recinto factorías y barrios especiales y propios suyos, y era, en una palabra, floreciente emporio del comercio de Europa y de Asia. Su iglesia fué erigida en sede arzobispal, y en el año de 1148 túvose en ella gran dieta por todos los feudatarios del reino de Jerusalén.

Cuéntase que al regresar Balduino vencedor á Jerusalén supo con dolor que Gervasio, conde de Tiberíades, había sido sorprendido por los sarracenos y llevado cautivo con algunos caballeros á la ciudad de Damasco; una embajada enemiga presentóse al rey para proponerle la libertad de los prisioneros en cambio de Tolemaida con amenaza de que la muerte del conde sería inmediata consecuencia de una negativa. Para rescatarle ofreció el rey considerable suma. «En cuanto á la ciudad que me pedís, les dijo, no os la daría ni por mi hermano, ni por todos los príncipes cristianos.» Al regreso de los enviados, el infeliz Gervasio fué conducido con sus compañeros á una plaza de Damasco, y á flechazos les dieron muerte.

En el año de 1187, después de la funesta jornada de Hattin, Tolemaida abrió sin resistencia sus puertas á las victoriosas armas de Saladino.

Pero apenas habían transcurrido dos años, cuando Europa, consternada por el gran infortunio, se disponía á repararlo por medio de otra Cruzada (que fué la tercera),

nuevo fragor de guerra resonó en la amena llanura de Akka. Guy de Lusiñán acababa de recobrar la libertad después de prolongado cautiverio; seguido de escaso número de fieles caballeros divagó algún tiempo por lo que fuera antes su floreciente reino, hasta que, para realzar su caído trono con acción famosa y para hacer de su bandera punto de reunión para los guerreros que se disponían á dejar las ciudades de Occidente, resolvió acometer el sitio de Tolemaida. Con la dominación musulmana había adquirido la plaza fortaleza aún mayor; grandes obras se habían realizado en sus muros, y las torres del puerto, especialmente la de las Moscas y la llamada *Maldita*, por creerse que en ella se acuñaron las monedas de plata con que pagaron á Judas su traición, eran realmente formidables y dominaban el mar, la ciudad y el llano.

A fines de agosto de 1189, festividad de san Agustín, comenzó el memorable sitio de Tolemaida que había de durar dos años. Nueve mil hombres escasos había reunido el rey bajo sus pendones cuando se presentó á la vista de la ciudad y plantó su tienda en la colina de Turón, mientras que los bajeles de Pisa establecían el bloqueo por mar. Tres días después los cristianos, poseídos de guerrero ardimiento, dieron principio á los combates; sin tomar tiempo para la construcción de ingenios, sin más defensa que la de sus escudos, aplicaron escalas al muro y se lanzaron al asalto. Rechazados una y otra vez, á cada nueva aurora volvían al combate, hasta que la noticia de la proximidad de Saladino, al entibiar su ardor, los mantuvo encerrados en su campamento.

El sultán, en efecto, abandonando las conquistas que en Fenicia realizara, acudía con su ejército en auxilio de la ciudad sitiada y estableció su cuartel general en la eminencia llamada *Tell-Keisan*, que se eleva á la distancia de nueve kilómetros por la parte del sudeste. Su campamento se extendía, por un lado, hasta el río Belo, y por otro hasta la *Mahamería*, ó colina de la Mezquita. Quince días hacía que ambos ejércitos estaban frente á frente, y al príncipe musulmán sonreíale la confianza de anonadar en breve las fuerzas cristianas, muy inferiores á las suyas, cuando de pronto aparecieron en el horizonte numerosas naves. Al divisarlas los cristianos desde las alturas de Turón vacilan y dudan, ya que no aguardaban tan pronto el refuerzo, y lo mismo sucede á los marineros de la escuadra bloqueadora: todos se dan sucesivamente al temor y á la esperanza, hasta que, llegando las naves á toda vela, alcanzan á distinguirse las banderas de la cruz. Inmensa aclamación de gozo resuena en el campamento y en la escuadra cristiana; jefes y soldados corren á la playa, y para abrazar antes á los recién llegados muchos se arrojan al agua; entre ruidosa alegría se desembarcan armas, víveres y municiones, y doce mil guerreros de Frisia y Dinamarca saltan á tierra y plantan sus banderas y tiendas entre la colina de Turón y la ciudad.

La armada danesa compuesta de cincuenta naves, al partir de los mares del Norte, había excitado en las costas de su paso gran entusiasmo y avivado el celo impaciente de los pueblos por marchar en auxilio de la Tierra Santa. Por esto no tardó en seguir de ella en pos otra con gran número de soldados ingleses y flamencos; el arzobispo

de Cantorbery, que predicara en Inglaterra la guerra de la cruz, acaudillaba á los ingleses; los de Flandes eran capitaneados por Santiago de Avesnes, famoso ya por sus altos hechos, que había de coger en Palestina la palma del martirio.

Desde aquel momento hallóse la ciudad estrechamente bloqueada, y las parciales acometidas de los sarracenos no lograban hacer perder á los cristianos un palmo de tierra. Entonces resolvió Saladino empeñar general acción el día 14 de setiembre, que era un viernes, á la hora en que están en oración los pueblos todos del islamismo, y la ocasión para la pelea elegida llevó á su colmo el entusiasmo y ardor de la numerosa hueste musulmana. Atacadas las líneas de los Cruzados fueron en varios puntos rotas á pesar de su encarnizada defensa; las del septentrión, á orillas del mar, hubieron de ser abandonadas, y el sultán victorioso pudo penetrar en la plaza; desde sus altas torres reconoció las posiciones enemigas, y después de avivar con su presencia el esfuerzo de la guarnición y de comunicar las instrucciones necesarias, volvió al Tell-Keisan dejando en la plaza víveres en abundancia y la flor de sus soldados con dos de sus emires más fieles, Hossam-eddin, antiguo compañero de sus triunfos, y Karakuch, cuya prudencia y valor había experimentado en la conquista de Egipto.

No cesaban los cristianos en sus trabajos de ataque; parapetados en obras formidables otra vez bloquearon por completo la ciudad por medio de continuada serie de atrincherados campamentos. Preparativos eran estos que sin duda habían de infundir al sultán graves recelos; pero aún más que esto debía de llenarle de justo temor la vista de las innumerables naves cristianas que, semejantes á dilatado bosque, cubrían toda la ribera desde la playa hasta gran espacio mar adentro; á proporción que alguna se alejaba, llegaban otras y otras cien, llenas todas de guerreros de Occidente. Desembarcaron primeramente cruzados llegados de varias ciudades de Italia, guiados por sus capitanes y obispos; siguiéronles gran número de guerreros procedentes de Champagne y de otras regiones de Francia, y entre sus caudillos se distinguía el obispo de Beauvais, á quien las crónicas comparan por su bélico ardimiento al arzobispo Turpin. Después de los cruzados franceses llegaron los de Alemania á las órdenes del landgrave de Thuringia; Conrado, señor y marqués de Tiro, reunió sus soldados á los del ejército sitiador, y de todas las naciones del mundo cristiano veíanse acudir guerreros para la santa empresa: más de cien mil se hallaron reunidos junto á los muros de Tolemaida cuando los poderosos monarcas Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto, que se habían puesto al frente de la Cruzada, estaban aún ocupados en los preparativos de marcha.

Con la llegada de tan importantes refuerzos el ardor de los Cruzados había vuelto al nivel de los primeros días del sitio; los caballeros cristianos, según expresión de un historiador arábigo, se asemejaban de lejos á serpientes, cubiertos como estaban con sus largas corazas de férreas escamas; á aves carniceras cuando corrían á las armas, tal era el empuje de su acometida, y á indomables leones en el fragor de la pelea. En un consejo aquellos días reunido varios emires propusieron á Saladino la

retirada ante enemigo tan numeroso, decían, como las arenas del mar, más asolador que las tormentas, más impetuoso que los torrentes de aquellas montañas.

Cuarenta días hacía que duraba el sitio, y para los cristianos no había habido ni una sola tregua, hostigados de contínuo, ora por la guarnición, ora por las tropas de Saladino. Para hallar algún reposo resolvieron animosos ofrecer á éste general batalla, y al efecto el día 4 de octubre salieron por el llano hacia la colina de Keisan, cubriendo inmenso espacio sus apretadas filas. Los caballeros y barones de Occidente, haciendo gala de fastuoso y bélico aparato, marchaban á la cabeza de sus soldados. cubiertos todos de lucientes armas; los prelados de Rávena, Pisa, Cantorbery, Besanzon, Nazareth, Montreal, Beauvais, Salisbury, Cambrai, Tolemaida y Belén se habían armado con casco y coraza y capitaneaban á los guerreros de Jesucristo. Ofrecía la hueste cristiana tan pavoroso aspecto y era tal su animoso ardor que en su entusiasmo exclamó un caballero franco: *Permanezca Dios neutral y la victoria es nuestra.* «Palabras inconsideradas y muy reprobables, añade el buen cronista de quien tomamos estas noticias, que al hacer depender la suerte del combate del hombre y no de la Divinidad, parecían no tener presente que el hombre sin Dios es nonada.»

El rey de Jerusalén, delante del cual llevaban cuatro caballeros el libro de los Santos Evangelios, mandaba á los franceses y á los freires hospitalarios; sus líneas se extendían por la derecha hasta el río Belo. Venecianos y lombardos formaban con los tirios el ala izquierda, apoyada en el mar, y marchaban á la voz del marqués Conrado; ocupaban el centro alemanes, pisanos é ingleses, capitaneados por el landgrave de Thuringia; el gran maestre del Temple con sus caballeros y el duque de Gueldres con sus soldados constituían el cuerpo de reserva y habían de acudir adonde arreciase el peligro. Los campamentos quedaban confiados á la custodia de Gerardo de Avesnes y de Godofredo de Lusiñán.

Desplegada la hueste cristiana en orden de batalla salieron los sarracenos de sus atrincheramientos y se prepararon á sostener la acometida. Arqueros y hombres de armas comenzaron el ataque, y desde el primer encuentro el ala izquierda musulmana, mandada por Taki-eddin, sobrino del sultán, se retiró en desorden. Nada resiste al valor de los Cruzados, y á poco ondean sus pendones en la colina de Keisan penetrando el conde de Bar en la tienda de Saladino. Victoriosos los cristianos se extienden por las laderas del montecillo y arrollan por todas partes á los fugitivos musulmanes; fué su terror tan grande que muchos de ellos no pararon hasta Tiberíades. Los esclavos que acompañaban á la hueste sarracena diéronse también á la fuga aumentando la general confusión, tanto que Saladino, que mandaba el centro, sólo pudo conservar á su lado algunas compañías de sus mamelucos.

Completa habría sido aquel día la victoria de los cristianos y anonadado el ejército musulmán no habría quedado á la ciudad más recurso que la rendición si el afán por el botín no les hubiese cegado hasta el punto de olvidar todas las reglas de la militar disciplina. Persiguiendo unos á los fugitivos, ocupados otros en el saqueo del campa-

mento, cuando el ala derecha musulmana, que estaba aún intacta, llegó á entrar en acción y cuando Saladino, al frente de algunos batallones, volvió furioso á la pelea, halláronse dispersos los prinpipales guerreros cristianos y sus diferentes divisiones separadas enteramente unas de otras. A creer las antiguas crónicas, un caballo árabe que se escapó de entre los cristianos para volver á los suyos, fué la principal causa de la confusión primera por haberse creído que tomaban la fuga los que en su persecución salieron. Sea como fuere, la falta de los Cruzados y la pericia de Saladino convirtieron en lastimosa derrota lo que empezara por magnífico triunfo, y con pérdidas enormes los que eran poco antes vencedores fueron arrollados hasta sus campamentos. La milicia del Temple, que hubo de sostener casi todo el peso de los últimos combates, perdió á sus más esforzados caballeros, y su gran maestre, caído prisionero, fué muerto después de la batalla por orden de Saladino.

En los llanos de Tolemaida, hollados durante la pelea por más de doscientos mil guerreros, no se vieron al día siguiente, dice un cronista oriental, sino aves de rapiña y lobos atraídos por la matanza. Si los cristianos no se atrevían á salir de sus trincheras, no eran menores la turbación y el recelo que reinaban en el devastado campamento musulmán. Saladino, que viera á su hueste desbandada y á quien costó muy cara la victoria, enfermó de pena, ó por efecto de las pestilentes exhalaciones de tantos cadáveres; acercábase el invierno, el ejército sentía necesidad de reposo, y en un consejo de emires fué resuelta la momentánea retirada al monte Kharubah, que por oriente limita la llanura. A él trasladó sus tiendas el sultán con una parte del ejército y las demás fueron á invernar á diferentes puntos.

Más libres en sus operaciones los Cruzados y dueños absolutos de la llanura prolongaron sus líneas por toda la serie de colinas que rodean la población. El marqués de Tiro y Montferrato con sus tropas, los venecianos, los pisanos y los Cruzados mandados por el arzobispo de Rávena y el obispo de Pisa acampaban al septentrión y se extendían desde el mar hasta el camino de Damasco; junto al campamento de Conrado plantaron sus tiendas los caballeros de San Juan en un valle que fuera de su pertenencia antes de ser tomada la ciudad por los sarracenos; los genoveses ocupaban un otero al que los escritores contemporáneos dan el nombre de *Musard;* franceses é ingleses, teniendo delante de sí la Torre Maldita, estaban colocados en el centro; flotaban á su lado los pendones de los flamencos, y Guy de Lusiñán con sus caballeros y soldados, con el patriarca y el clero de Jerusalén se hallaba en la colina de Turón que servía como de ciudadela y de cuartel general á la hueste. Los templarios y las compañías de Santiago de Avesnes establecieron sus cuarteles entre aquella eminencia y el Belo, guardando el camino que lleva á Jerusalén; al mediodía de aquel río alzábanse las tiendas de los alemanes, daneses y frisones, los cuales, acaudillados por el landgrave de Thuringia y el duque de Gueldres, ocupaban la playa y protegían el desembarco de los peregrinos.

Esta era entonces la disposición del ejército cristiano delante de Tolemaida y la

que conservó todo el tiempo del sitio; los sitiadores cavaron fosos en las laderas de los montecillos cuyas cumbres ocupaban; alrededor de sus cuarteles elevaron altos muros, y su campamento, dice un historiador árabe, quedó con tal rigor cerrado que en él pudieron penetrar solamente los pájaros, sin contar que los torrentes de los inmediatos montes, al hallar obstruídos para sus aguas los antiguos cauces, habían convertido el llano en inmensa laguna. Y á todo esto los ingenios batían noche y día las murallas de la ciudad, tanto que la guarnición, aun oponiendo tenaz resistencia, comprendía que ésta había de ser inútil á no acudir otra vez en su socorro el ejército auxiliar; así, pues, apenas pasaba día en que palomas llevando billetes debajo de las alas ó buzos que se hundían en el mar desafiando mil peligros, dejasen de advertir al sultán los apuros de Tolemaida.

Así pasaron los meses lluviosos del invierno, y cuando en la primavera del año de 1190 se secaron los ríos y acudieron varios príncipes musulmanes de Mesopotamia y Siria á engrosar con sus soldados la hueste de Saladino, dejó éste el monte Kharubah y, á banderas desplegadas, al son de tambores y añafiles, avanzó por el llano y de nuevo ocupó sus anteriores posiciones á la vista de los cristianos. Desde aquel día no tuvieron éstos uno de reposo, y no cesaron los combates más ó menos importantes entre una y otra hueste; cada vez que Saladino enviaba al ataque sus batallones avisaba por medio de sus tambores á la guarnición para que los secundaran, y lo mismo verificaban los de la plaza á cada nuevo asalto de los cristianos, que incesantemente tenían enemigos al frente y á la espalda. En uno de estos combates, mientras los Cruzados rechazaban á los soldados de Saladino, inflamadas flechas disparadas desde la plaza y botes de fuego griego lanzados por los ingenios, redujeron á pavesas tres inmensas y rodadas torres que para dominar la muralla habían construído, á semejanza de la que dió acceso á Godofredo de Bouillon sobre el adarve de Jerusalén.

Llena estaba casi siempre la bahía de naves procedentes de Europa y de carabelas musulmanas llegadas de los puertos de Siria y Egipto; éstas acudían en auxilio de la plaza sitiada con víveres y armas y aquéllas al de los sitiadores. A lo lejos se entrelazaban y confundían los mástiles donde flotaba el estandarte de la cruz con los que llevaban el de la media luna, y no era raro, sino muy común, que latinos y sarracenos presenciasen desde la playa y desde la ciudad los combates que sostenían sus buques, dependiendo de la victoria ó la derrota, en el campamento ó en la plaza, la abundancia ó la escasez. Ante aquel espectáculo, los guerreros de la cruz y los de Saladino, golpeando sus escudos, revelaban con su gritería su confianza ó su temor, y á veces los dos ejércitos se ponían en movimiento y reñían en el llano, bien para contribuir al triunfo, bien para vengar la derrota de los que en la mar pelearon.

En las acciones que se empeñaban en las márgenes del Belo, al pié de las colinas ó junto á las murallas de Tolemaida, escribe M. Michaud, solían los sarracenos armar celadas á los cristianos, y para hostigarles apelaban á todas las estratagemas de la

guerra; los Cruzados, por el contrario, sólo cifraban su confianza en su valor y en sus aceros.

Malek el-Adel, hermano de Saladino, guía al campamento del sultán numerosas tropas reclutadas en Epipto, pero la alegría que entre los musulmanes causa su llegada es turbada por la noticia de que el emperador de Alemania ha salido de Europa á la cabeza de poderoso ejército y avanza hacia la tierra de Siria. Al encuentro del temible adversario marchan numerosas tropas y varios príncipes dejan los cuarteles del sultán para acudir á la defensa de sus amenazados Estados, al tiempo que se envían embajadas á los soberanos de Africa y Asia y á los reyes musulmanes de España para excitarles á unir los esfuerzos de todos contra los enemigos del Islamismo. Mientras de este modo buscan los sarracenos auxilios y refuerzos, álzase en el campamento cristiano gran clamor pidiendo marchar inmediatamente al combate; en su ardorosa impaciencia temen los Cruzados que los alemanes les arrebaten una parte de la gloria que han de adquirir con la rendición de la ciudad, y la muchedumbre apremia á los caudillos á fin de que, comunicando las órdenes para general batalla, dén al viento los victoriosos pendones de la cruz. En vano los jefes más caracterizados y el clero, que no consideran la ocasión propicia, recorren los cuarteles para calmar con sus palabras aquel imprudente esfuerzo y contener la disciplina; llegada ésta á su colmo el día de la festividad de Santiago, violento motín abre las vallas todas del campamento, é innumerable multitud que los autores arábigos comparan á la que se reunirá en el valle de Josafat en la hora del postrer juicio, inunda el llano, precipítase contra los sarracenos, asalta sus trincheras, penetra hasta el centro de su campo, y en la embriaguez de su triunfo cree haber puesto en fuga á los enemigos todos de Jesucristo. Como la vez pasada, su ciega confianza ocasiona su perdición; al tiempo que dispersos y sin orden entran á saco en las ricas tiendas musulmanas, el enemigo, que fuera por todos lados arrollado, se rehace, y en apretados batallones cae sobre los vencedores, que en pocos instantes pasan á vencidos. Aquellos que más ardientes se mostraban en la obra devastadora del saqueo, pierden la vida entre los despojos de que iban cargados, y perecieron casi sin defensa en las tiendas mismas saqueadas. Así, ó peleando solos y sin orden contra disciplinadas fuerzas, perecieron muchos y nobles guerreros, y en tanto la guarnición de la plaza, en vigorosa salida, invadió los reales cristianos y se llevó cautivos á gran número de mujeres y niños. A favor de las sombras de la noche y de los esfuerzos de los capitanes pudo la hueste regresar al amparo de su campamento. Allí supo el triste fin de Federico Barbaroja y los desastres de su Cruzada en ocasión en que se disponían los dos ejércitos á acometer el uno y á defenderse el otro, y la noticia hizo que se pasara el día sin combate, entregados los sarracenos á gozosa algazara y á expresiones de dolor los cristianos.

Poderosa escuadra de la que desembarcaron numerosos cruzados italianos, franceses é ingleses, acaudillados por el conde Enrique de Champagne, devolvió la esperanza á los afligidos sitiadores. Otra vez se hallaron ser éstos dueños del mar y del llano,

tanto que Saladino, por no creerse seguro en su campamento, se retiró de nuevo al monte Kharubah. Las obras contra la plaza continuaron con gran ardor; montáronse arietes de fuerza portentosa y se construyeron dos enormes torres de madera revestidas de hierro. A favor de esos formidables ingenios dieron los Cruzados varios asaltos á los muros, y muchas veces llegaron á tocar el suspirado adarve.

En tanto los musulmanes de la ciudad soportaban con heróica constancia los prolongados horrores del sitio; los emires Karakuch y Hossam-eddin, vigilantes siempre y acudiendo esforzados á los puntos de mayor peligro, empleando ora la fuerza, ora la astucia, no perdían ocasión de sorprender á los cristianos y de frustrar sus empresas. Además, la guarnición recibía cada día refuerzos y auxilios por mar, así por medio de barquichuelos que, siguiendo los senos de la costa, se deslizaban dentro del puerto á favor de las tinieblas, como por gruesas naves que, salidas de Beritho y tripuladas por musulmanes vestidos á la usanza latina, llevaban izado el pabellón blanco con la cruz roja y burlaban de este modo la vigilancia de los sitiadores.

Para evitarlo y cortar toda clase de comunicación entre la ciudad y el mar, esfuérzase el duque de Austria, aunque en vano, en rendir la torre de las Moscas, principal defensa del puerto y amparo de los buques que en él entraban: el que hasta ella podía llegar, dicen las crónicas, estaba ya salvado. Aquel mismo día los cristianos vieron frustrado el asalto general que dieron á la ciudad, habiendo de acudir á la defensa de su campamento y rechazar la inesperada acometida de las tropas de Saladino.

La llegada de Federico, duque de Suavia, hijo del emperador Federico Barbaroja, al frente de cinco mil hombres, deplorables residuos del gran ejército alemán, fué motivo de nuevos combates. Impaciente el príncipe por acreditar su esfuerzo, ataca las avanzadas enemigas, establecidas entonces en la colina de Aiadhia; mas Saladino, sabedor del ataque, le sale al encuentro con todo su ejército y le rechaza con sensibles pérdidas.

A todo esto la escasez, á la que en breve había de seguir el hambre con todos sus horrores, dejábase ya sentir en los campamentos sitiadores: á proporción que se acercaba el invierno poníase el mar más bravo y borrascoso; las naves no podían acercarse á la costa, y faltaban los artículos más necesarios á la vida. Con las lluvias invernales otra vez se había inundado el llano; los numerosos cadáveres abandonados por caminos y torrenteras, corrompían el ambiente con pútridos miasmas, y á poco se agrega la peste al azote del hambre. Duelo y funerales es lo único que se ve en el campamento cristiano; de doscientos á trescientos peregrinos morían cada día, é ilustres capitanes recibían del contagio el golpe mortal que respetara su vida en los campos de batalla. Federico de Suavia espiró en su tienda víctima de la peste y la miseria, murió Sibila, esposa de Guy de Lusiñán, y también sus dos hijos, y su pérdida fué para los cristianos fecundo semillero de discordias. Su hermana Isabel era la heredera del trono de Jerusalén en su calidad de hija segunda de Amaury, y aunque casada con Honfredo

de Thorón, el marqués de Tiro Conrado, deseoso de reinar en Palestina, quiso hacerla su esposa, alegando la nulidad del primer enlace. Para disponer los ánimos en su favor festejó á la multitud, halagó á los grandes y no escaseó dones y promesas; y en efecto, anulado por un consejo eclesiástico el anterior matrimonio, Isabel dió á Conrado con la mano de esposa sus derechos á la real corona.

Pero no calmó esto la contienda, antes la envenenó más y más, como Guy de Lusiñán persistía en mantenerse en el solio, para los latinos, aunque en lucha con los azotes del hambre, de la peste y de la guerra, no hubo al parecer asunto que más les interesara que las pretensiones de ambos príncipes reales. Conmovidos unos por los infortunios de Guy, seguían fieles á su causa, al paso que no pocos abrazaron la de Conrado cuyo valor admiraban; si la flaqueza de aquél, decían, ha allanado el paso al poderío de Saladino y sólo por la esforzada resolución del segundo se han conservado las pocas ciudades que aún nos quedan, ciña éste la corona, ya que el reino de Jerusalén necesita ante todo de un fuerte brazo que lo reconquiste y lo defienda.

Todo eran disensiones y rencores en el campamento cristiano, y alguna vez llegó á tal punto el furor de los debates que salieron á relucir los aceros y pudo temerse el gran conflicto de una lucha general; los obispos, con repetidos esfuerzos, lograron al fin verles calmados y de uno y otro partido alcanzaron que se sometiese el pleito á la decisión de Ricardo de Inglaterra y Felipe de Francia, cuya llegada se esperaba en breve.

La del monarca francés coincidió con los primeros días de la primavera del año de 1191, y con ella reanimáronse el valor y las esperanzas de los cristianos; instado para dar el asalto á la ciudad sitiada, no quiso con caballeresca hidalguía privar de esta gloria á su compañero de Inglaterra, quien no desembarcó en las costas de Siria hasta el día 8 de junio, después de haberse apoderado á su paso de la isla de Chipre, donde celebró sus bodas con Berenguela de Navarra. Entonces, unidas las numerosas legiones inglesas á las del ejército cristiano, Tolemaida, dicen las crónicas contemporáneas, vió delante de sus muros á cuantos ilustres capitanes y valientes guerreros eran famosos en Europa. Las tiendas de los Cruzados cubrían dilatadísimo espacio y su hueste ofrecía espectáculo por todo extremo imponente: al ver en aquellas playas, á un lado las altivas torres y fuertes murallas de Tolemaida, y enfrente el real cristiano, donde se habían edificado casas, trazado calles y erigido fortificaciones, habríase dicho que eran dos ciudades rivales que ardían en discordias y guerras.

Saladino había pasado el invierno en el monte Kharubah; las fatigas, los combates, la escasez y las enfermedades habían enflaquecido mucho su ejército, y también él sentíase afligido por un mal que sus médicos no acertaban á curar y que muchas veces le había impedido seguir á sus guerreros al campo de batalla. La llegada de los dos poderosos soberanos aumentó sus recelos y temores, y á toda prisa despachó embajadores solicitando el auxilio de los príncipes musulmanes. En todas las mezquitas se alzaron

preces por el triunfo de sus armas; no hubo ciudad sarracena que no armara soldados contra los enemigos de Mahoma, y á poco numerosos refuerzos fueron acudiendo al campamento del sultán, considerado por los suyos como el ángel de la victoria y el hijo predilecto del Profeta.

Ricardo y Felipe mostráronse al principio recíproca amistad, y así como ellos parecían haber olvidado antiguos agravios, también la hueste se presentaba unida y olvidada de las pasadas disensiones. Las obras del sitio eran impulsadas con no vista actividad; construíanse máquinas é ingenios, y no se pasaba día sin hostigar á los sitiados con alarmas y rebatos.

A poco de su llegada enfermaron á un tiempo Felipe y Ricardo, y esta lamentable coincidencia contrarió por un momento los progresos del sitio y devolvió alguna esperanza á los sitiados. Sin embargo, fueron pocos los días en que el rey de Francia permaneció en su tienda; no tardando en montar otra vez á caballo para animar á los combatientes con su presencia, y el de Inglaterra, aunque aquejado de más grave dolencia, hacía que en litera lo llevasen al pie de los combatidos muros. «La impaciencia por pelear, escribe el cronista Gualtero Vinisauf, le devoraba, y causábale aún mayor tormento que la calentura en que su sangre ardía.» Durante su enfermedad recibieron los reyes una embajada de Saladino; á su vez enviáronle ellos mensajeros, y las crónicas, con el espíritu caballeresco de la época, se complacen en referir los presentes y la exquisita cortesía de que fueron acompañadas aquellas negociaciones entre guerreros que se hacían en los campos de batalla una guerra de exterminio. Con frecuencia provocábanse unos á otros á singulares combates; mujeres, armadas con casco y coraza, disputaron á los hombres el premio del valor y fueron halladas entre los muertos en los campos de batalla; famosa se hizo aquella que, transportando con infatigable ardor materiales para cegar el foso, cayó atravesada de un flechazo; al ser socorrida por los suyos que no pudieron impedir su muerte, pidióles que arrojaran al foso su cadáver para contribuir, aún sin vida, al triunfo de Jesucristo. Ni siquiera la infancia permaneció ajena á esta bélica epopeya; numerosos grupos de niños salidos de la ciudad, empeñaban peleas contra los hijos de los cristianos, y los ejércitos las suspendían á veces para celebrar con entusiasmo el denuedo de los tiernos héroes.

Pero no era raro tampoco que los furores de la guerra, que alguna vez lanzaron á los musulmanes á actos de barbarie contra los inermes prisioneros, cediesen su lugar á los placeres de la paz, y así fué como latinos y sarracenos celebraron en la llanura de Tolemaida varios juegos y torneos, á los que se invitaron recíprocamente. Los campeones de ambos bandos, como los héroes de Homero, arengábanse unos á otros desde la liza; el vencedor era llevado en triunfo y el vencido había de ser rescatado como prisionero de guerra. En las militares fiestas que reunían á los dos pueblos enemigos, veíase á los latinos danzar al son de los arábigos instrumentos, lo mismo que á los sarracenos al compás de la música de los juglares.

El campamento de Tolemaida era semejante á una gran ciudad de Europa, y

hasta él habían acompañado á los peregrinos los oficios y las artes mecánicas todas. Hallábanse en él mercados con los infinitos productos de Oriente y Occidente, y la actividad del comercio, los trabajos de la industria se unían por todas partes con la agitación de la guerra y el estruendo de las armas.

Entre los casos de relajación y licencia que, resultado de la vida militar de los peregrinos, se dieron alguna vez en el campamento, con grave escándalo de los buenos cronistas que los relatan, ofreció por lo general este memorable sitio grandes ejemplos de piedad y edificación. No cesaba el clero en sus evangélicas exhortaciones, y constantemente llenaban los fieles las varias iglesias del campamento, las que remataban en esbeltos campanarios de madera. Junto á los soldados cristianos velaba de continuo la caridad para confortar su pobreza, para cuidar á los enfermos y heridos, y allí mismo se formaron varias asociaciones de varones piadosos dedicadas á la asistencia de los moribundos y á la inhumación de los muertos. Un sacerdote inglés mandó construir á sus expensas una capilla consagrada á los difuntos; bendijo á su alrededor un vasto campo, y en él rezó las últimas preces y dió sepultura á miles de peregrinos. Dicen las crónicas que los guerreros alemanes, al tiempo que se hacían notables entre todos por su cristiana y rígida conducta, eran víctimas de grandes privaciones á causa de su pobreza; en su auxilio acudieron cuarenta nobles de Brema y Lubeck, los cuales con las velas de sus naves armaron tiendas para hospedar á los indigentes de su nación y les asistieron en sus enfermedades, ayudados por aquellos compatriotas suyos que ya en Jerusalén se habían ocupado en la misma piadosa tarea. De aquí nació, como antes de ahora se ha dicho, la famosa orden hospitalaria y militar de los Caballeros Teutónicos.

De esta época data también la institución de la Trinidad para el rescate de los cristianos cautivos de los musulmanes.

Tan vasto y concurrido como el campamento latino era el de los sarracenos, y sobre él Ben-Alatir, médico de Bagdad, que asistía á Saladino, nos ha dejado las siguientes noticias: «Hay en el centro dilatada plaza en la que existen ciento y cuarenta puestos de herradores; por este dato júzguese de lo demás á proporción. En una sola cocina he contado veintinueve marmitas, capaz cada una para una oveja entera; del registro que lleva el inspector de los mercados consta que las tiendas de venta son en número de siete mil, y obsérvese que son mucho mayores y están mejor provistas que las de nuestras ciudades. He oído decir que al trasladar el sultán su campo á Kharubah, costó el transporte de su mercancía á un solo vendedor de manteca setenta piezas de oro, y esto que la distancia no es larga. Del grandioso bazar de vestidos nuevos y usados todo cuanto dijese sería poco y quedaría por debajo de la realidad. Contábanse en el campamento más de mil baños, á cargo por lo común de africanos; el agua solía hallarse á muy poca profundidad. Una empalizada cubierta con esteras rodeaba las piscinas; los huertos de las cercanías proporcionaban la leña, y cada baño costaba una moneda de plata.

En este sitio dieron los musulmanes al fuego griego, con gran daño de los sitiadores, una fuerza y actividad que no se conocieran en las guerras anteriores, y durante él inventaron ó perfeccionaron el *zenburek,* arma terrible cuyo empleo prohibieron los papas entre cristianos. Consistía en una flecha de una pulgada de espesor, larga de un codo con cuatro caras y la punta de acero, y de ella dicen las crónicas que atravesaba el cuerpo de dos hombres, que no había coraza que la resistiese y que penetraba hasta en las piedras de las murallas. Los cruzados, por su parte, construyeron máquinas é ingenios que fueron el terror y la admiración de sus enemigos; nada se omitió por unos ni por otros de cuanto podía dar á la guerra carácter más mortífero y cruel, y en el furor que les animaba, dice Michaud, es de extrañar que no se hiciera uso de las flechas emponzoñadas, que se conocían ya en Asia. En un buque musulmán que llevaba á Tolemaida municiones de guerra y que fué apresado por Ricardo á su llegada á Siria, halláronse serpientes y cocodrilos, destinados á sembrar el susto y la muerte entre los sitiadores; de los latinos se cuenta que recibían de Sicilia y empleaban en sus máquinas y hondas unas piedras negruzcas, procedentes de la lava del Etna, que causaban gran estrago en hombres y edificios, siendo comparadas por las crónicas arábigas á los rayos que lanzó el cielo contra los ángeles rebeldes.

La feliz concordia en la hueste cristiana no fué de larga duración: el debatido asunto de la corona de Jurusalén renació en breve, y conforme al compromiso antes contraído pidióse su fallo á los reyes de Inglaterra y Francia; en vez de darlo, no hicieron más que envenenar la contienda, ya que Felipe se declaró por Conrado, y por Guy de Lusiñán, Ricardo. Otra vez, invocando cada partido el nombre de su poderoso valedor, se divide el ejército en dos contrarios bandos: á un lado franceses, alemanes, templarios y genoveses; al opuesto ingleses, pisanos y caballeros de San Juan, hasta que, después de prolongadas disensiones, llegó un día en que los peligros de la hueste, la gloria de la religión y el interés de la Cruzada, ahogando por un momento la voz de las pasiones, movieron á todos á convenir en que Guy de Lusiñán conservase el título de rey durante su vida, sucediéndole en el trono de Jerusalén Conrado y sus descendientes. Estableciόse, además, que al atacar uno de los dos reyes la ciudad velaría el otro por la seguridad del campamento y haría frente al ejército de Saladino, y con estos acuerdos volvió la armonía, y los guerreros cristianos que habían estado á punto de blandir sus armas unos contra otros, no pensaron sino en disputarse la gloria de vencer á los infieles.

Con nuevo ardor fué el asedio proseguido; pero como los musulmanes habían empleado en fortificarse más y más el tiempo que los cristianos perdieran en vanas querellas, al acometer otra vez los sitiadores hallaron inesperada resistencia. La reforzada hueste de Saladino apoyaba de continuo los esfuerzos de los sitiados hostilizando el real de los latinos; el sultán alentaba á los suyos con su presencia, y Malek el-Adel era ejemplo de los emires por su indomable valor. Varias acciones se empeñaron al pie de las alturas en que acampaban los cristianos; dos veces dieron éstos á los

muros general asalto, y otras tantas hubieron de abandonar la pelea para correr á la defensa de sus campamentos, atacados por Saladino.

En uno de estos combates un caballero cristiano defendió casi solo una de las puertas del campamento contra gran número de sarracenos, y los autores arábigos lo comparan á un demonio alentado por todas las furias del Averno. Enorme coraza cubríale casi todo el cuerpo; las piedras, las flechas, las lanzas no podían herirle; cuantos se ponían al alcance de sus golpes recibían la muerte, y sólo él, en medio de los enemigos, erizada de dardos su armadura, parecía ser invulnerable. Para ponerle fuera de combate y vencerle fué preciso arrojar fuego griego sobre su cabeza; entonces, rodeado de llamas, pereció, semejante á las colosales máquinas de los cristianos, dice el cronista Boha-eddin, incendiadas por los musulmanes al pie de los muros de la ciudad sitiada.

A cada nueva aurora redoblaban los latinos sus esfuerzos, y ora rechazaban á los soldados de Saladino, ora asaltaban las murallas de Tolemaida; no había obstáculo ni fatiga capaz de contenerlos, y cuando sus torres y arietes fueron reducidos á pavesas avanzaron por subterráneos caminos hasta minar los cimientos de los muros. Cada día empleaban un nuevo recurso, ingenios nuevos para combatir la plaza, y refiere una crónica oriental que abrieron junto á su campo inmensa trinchera, cuyo parapeto, de elevación prodigiosa, hicieron avanzar poco á poco cual montaña hacia la ciudad; de ella no distaba ya sino la mitad de un tiro de flecha cuando los musulmanes verificaron una salida y se precipitaron contra la enorme mole; armados con espadas, picos y azadones combatieron con los trabajadores que la movían, y únicamente pudieron contenerla cavando á su vez grandes fosos á su paso.

Los franceses dirigían sus ataques contra la Torre Maldita; parte de sus muros se habían desplomado y por aquella brecha pensaban los sitiadores abrirse pronto camino, pues ya la guerra, las enfermedades y la escasez comenzaba á apagar los bríos de sus defensores. Faltaban en la ciudad víveres, municiones y fuego griego; los guerreros, que hasta entonces se mostraran superiores á todas las fatigas, comenzaban á desfallecer, y entre el pueblo no escaseaban las quejas contra Saladino y los emires. En tan apurada situación un emir enviado por el gobernador se presentó en la tienda de Felipe Augusto, y le dijo: «Cuatro años hace que somos dueños de Tolemaida; cuando en ella entraron los musulmanes dejaron á los habitantes en libertad para trasladarse con sus familias al punto que eligieron: vengo, pues, á ofreceros las llaves de la ciudad con las mismas condiciones otorgadas antes á los cristianos.» Reunió el rey de Francia el consejo de soberanos y capitanes, y por su acuerdo contestó que de no rendir los musulmanes la ciudad santa de Jerusalén y cuantas plazas habían ocupado después de la batalla de Tiberíades, no concederían los cruzados salvoconducto á la guarnición ni á los moradores de la ciudad. Airado por semejante negativa se retiró el emir, jurando por Mahoma sepultarse todos entre las ruinas de la plaza. «Nuestros esfuerzos postreros, dijo, serán para los cristianos terribles, y

por cada uno de nosotros que guíe al paraíso el ángel Reduan, el siniestro Malek habrá de precipitar al Infierno á cincuenta de vosotros.»

De regreso á la ciudad el embajador logró comunicar su guerrera indignación á jefes y soldados, y cuando los cristianos dieron de nuevo comienzo á sus asaltos por las murallas medio derruídas, todavía fueron rechazados con un vigor que no esperaban. Pero lo inspiraba la desesperación, y el valor que la desesperación inspira, dice una crónica de la época, es casi siempre pasajero; los musulmanes, en efecto, volvieron á sentir á poco el anterior desaliento; el socorro prometido por Saladino no llegaba, y era evidente que la suerte de la plaza estaba decidida y que nada podía ya salvarla. Varios emires huyeron de noche en una barca para buscar refugio en el campamento del sultán, prefiriendo arrostrar su enojo ó perecer en el mar antes que morir á los golpes de los sitiadores, y esta deserción llevó á su colmo el terror de sus soldados. Mientras que palomas mensajeras y audaces nadadores anunciaban uno tras otro día á Saladino la horrible situación de los cercados, formaron éstos el proyecto de nocturna salida y exponerse á todo para reunirse con las tropas auxiliares; pero llegó el plan á noticia de los sitiadores, y custodiados los pasos por numerosas fuerzas, la salida fué imposible. Desde aquel momento no pensaron más que en capitular á toda costa; así por medio de un soldado lo participaron al sultán, y cuando éste, poseído de dolor, reunió el consejo para intentar un último y supremo esfuerzo, viéronse flotar en las arruinadas torres de Tolemaida los pendones de la cruz.

Era el día 12 de julio del año de 1191; los sitiados habían prometido la devolución del sagrado leño de la Cruz que perdieran los latinos en la batalla de Tiberíades, junto con la de mil y seiscientos prisioneros cristianos, y además la entrega de doscientos mil besantes de oro. En seguridad de lo pactado dieron los musulmanes rehenes y la población de la ciudad hubo de quedar á merced del vencedor hasta su cabal cumplimiento.

Firmada la capitulación por los emires penetraron en la ciudad varios caballeros cristianos para recibir los rehenes y tomar posesión de las torres y fortalezas. La guarnición salió con los honores de la guerra, estando á su paso formada en batalla la hueste vencedora; los reyes hicieron á su cabeza su solemne entrada en la plaza, y el clero, después de purificar las iglesias que habían sido convertidas en mezquitas, dió gracias al Cielo por tan señalada victoria. Los cristianos, expulsados de la ciudad cuatro años antes, recobraron la posesión de sus casas.

Así acabó después de dos años de combates el sitio puesto á Tolemaida por el ejército cruzado, sitio que es sin disputa uno de los acaecimientos más memorables, no sólo en la historia de las guerras santas, sino también en los anales del mundo. No sin razón ha sido comparado al famoso de Troya; iguálalo sí por el entusiasmo de sus guerreros, por los altos hechos de armas y por los infortunios padecidos; pero le es á no dudar superior por la fuerza de los dos ejércitos, por la grandiosidad de las obras de ataque y defensa, y sobre todo, por la importancia y trascendencia de la causa

debatida. Sesenta mil hombres costó á la hueste cristiana; los sarracenos perdieron en él, en número incalculable, la flor de sus soldados.

Por parte de los infieles se faltó á cuanto fuera pactado en la capitulación; Saladino no devolvió la Vera-Cruz, ni pagó los doscientos mil besantes; los cautivos cristianos no recibieron la libertad prometida, y esta insigne mala fe movió á Ricardo á usar, después de las intimaciones correspondientes y transcurrido un mes, de sangrientas represalias: dos mil y quinientos prisioneros fueron acuchillados en la llanura de Acre á la vista del campamento de Saladino.

Cuando esto sucedió, el rey de Inglaterra había quedado como único y superior caudillo del ejército cruzado. A los breves días de tomada la ciudad, Felipe de Francia, ora porque viese con disgusto la altanería del monarca inglés, ora porque le faltase dinero para continuar la guerra, ó bien á causa de los progresos que hiciera su enfermedad, que los tres motivos se alegaron, es lo cierto que anunció su decidido propósito de volverse á sus Estados. Gran aflicción causó la noticia entre los cruzados, y cuenta la crónica de Bromtom que el duque de Borgoña y los barones enviados por Felipe á Ricardo para participarle su resolución no acertaron á proferir una sola palabra, y prorrumpieron en llanto; otro tanto sucedió á los barones ingleses. Con real promesa de no intentar empresa alguna contra los dominios y las provincias de la corona de Inglaterra, Felipe, dejando en la ciudad diez mil franceses á las órdenes del duque de Borgoña, marchó con las restantes fuerzas á Tiro, donde le aguardaban sus naves; al dejar Tolemaida pudo oir las imprecaciones de muchos que le acusaban de abandonar la causa de Jesucristo.

En aquellos días colocan los autores el ruidoso hecho de haber sido por orden de Ricardo arrancada y arrojada al foso la bandera que con sus armas plantó el duque de Austria Leopoldo en una de las torres de la ciudad. Irritados por el agravio disponíanse á castigarlo los caballeros alemanes, pero Leopoldo, disimulando su enojo, logró reducirlos á más pacíficos sentimientos. Conservó viva, sin embargo, la memoria del ultraje, y de él tomó venganza cuando el rey de Inglaterra, á su regreso de Palestina y después de naufragar en las costas del Adriático, llegó sólo y en hábito de peregrino á un lugarejo inmediato á Viena: reconocido, fué llevado en cautiverio al castillo de Durenstein, á orillas del Danubio, y toda Europa estuvo durante más de un año ignorante de su paradero hasta que, descubierto por el trovador Blondel, recobró la libertad.

Los cruzados victoriosos pudieron al fin gozar en Tolemaida de un descanso que no habían conocido desde su llegada á Siria, hasta que á los pocos días los heraldos recorrieron las calles anunciando la próxima marcha de la hueste hacia Jaffa. Dada por Ricardo la señal, cien mil cruzados pasaron el río Belo, y protegidos por la escuadra tomaron su camino por entre el mar y el monte Carmelo. En nuestro viaje por aquellas comarcas habremos de encontrar en muchos puntos huellas de su paso y recuerdos de sus hazañas, como nos ha sucedido ya en Judea, y tendremos ocasión de seguir relatando sus principales hechos.

Un siglo poseyeron los latinos la ciudad de Tolemaida que, conforme queda dicho, llegó entonces al apogeo de su prosperidad. Desde el siguiente año de 1192, al establecerse en ella la orden militar de los caballeros Hospitalarios, comenzó á serle aplicado el nombre que ha acabado por prevalecer sobre todos, esto es, el de San Juan de Acre. Templarios, caballeros de San Juan y Teutónicos tuvieron en ella su principal plaza de guerra y su cuartel general.

En el año de 1219 san Francisco de Asís fundó en San Juan de Acre la primera casa de su Orden en Palestina.

San Luis, libre del cautiverio, llegó á esta ciudad con los tristes restos de sus ejército en 1250; clero y pueblo, que hacían aún rogativas por su libertad, salieron á recibirle en procesión hasta el puerto. Los años que residió en ella, invirtió cuantiosas sumas en aumentar sus fortificaciones.

En el año de 1259, los mogoles, acaudillados por Ketboga, devastaron sus inmediaciones, y á la vista del incendio hubieron de desvanecer las esperanzas que algunos cristianos habían cifrado en el auxilio de aquel pueblo enemigo de los musulmanes. El sultán del Cairo Kutouz avanzó por Siria contra los invasores, y después de renovar sus treguas con los cristianos de San Juan de Acre, venció á los mogoles en los llanos de Tiberíades.

La proclamación de Bibars sobre el cadáver del asesinado Kutouz, á quien se acusaba de ser amigo de los cristianos, expuso otra vez á éstos desde el año de 1260 á todos los estragos de la guerra. El nuevo sultán llegó con numerosa hueste á la vista de San Juan de Acre; todas las poblaciones inmediatas fueron saqueadas; pero la tempestad descargó por aquel entonces en otros puntos, y los moradores de aquella ciudad pudieron gozar aún de algunos años de relativo sosiego.

A su puerto llegaron en el año de 1269 algunas naves de Aragón, en que iban embarcados los Cruzados de este reino y dos hijos naturales del rey don Jaime el Conquistador. El papa Clemente IV no cesaba de llamar á los príncipes cristianos en auxilio de sus hermanos de Oriente; san Luis había anunciado el proyecto de llevar por segunda vez sus armas al territorio de los infieles, y don Jaime, á quien sin duda inspiró la grata memoria de su hija doña Sancha, fallecida en el hospital de San Juan en Jerusalén, mártir de su caridad para con enfermos y peregrinos, quiso también tomar la cruz, confirmándole en esta resolución embajadores del khan de Tartaria, con promesa de ayudarle en la reconquista de la Tierra Santa. Según se desprende de los Comentarios del gran rey, semejante embajada, que ningún monarca de Europa había hasta entonces recibido, halagó justamente el orgullo de don Jaime, quien se encontraba entonces en Toledo, invitado por su yerno don Alfonso X para asistir á la primera misa del infante de Aragón don Sancho, arzobispo electo de aquella ciudad. Sólo ocho días permaneció allí don Jaime deseoso de disponerlo todo para la gran empresa, y el rey de Castilla quiso contribuir á ella con cien mil maravedís de oro y cien caballeros de Santiago al mando de su gran maestre don Pelayo Correa.

La ciudad de Barcelona aprontó ochenta mil sueldos barceloneses, y cincuenta mil la de Mallorca junto con dos naves equipadas. En aquel puerto se reunió la escuadra compuesta de treinta naves gruesas y muchas galeras bien provistas de víveres, municiones y dinero con ochocientos hombres de armas y veinte mil infantes, y se dió á la vela en 4 de setiembre de 1269 con favorable viento.

Sin embargo, á los tres días de navegación, recia tempestad dispersó sus naves, que arribaron adonde pudieron muy averiadas y muchas en la imposibilidad de continuar el viaje; el rey tomó tierra en el puerto de Aguas Muertas, de donde algunos meses después había de partir san Luis para ir á morir á Túnez, y viendo en aquel suceso la expresión de la voluntad divina que se oponía á la realización de la proyectada Cruzada, volvió á su reino. Las naves que, conforme queda dicho, llegaron al puerto de San Juan de Acre, punto de su destino, fueron de gran provecho á aquellos amenazados habitantes, cuyo ánimo levantaron y á quienes abastecieron de víveres.

En 22 de abril del año de 1272 el sultán Bibars celebró con el rey de Jerusalén una tregua por diez años, diez meses, diez días y diez horas, limitada á la llanura de San Juan de Acre y el camino de Nazareth.

En el año de 1289 Laodicea, Trípoli y otras plazas fuertes habían caído en poder de los victoriosos musulmanes, y se acercaba para los latinos de San Juan de Acre la hora funesta de la gran catástrofe. No tardaron, en efecto, en verse amenazados por el sultán del Cairo, pero ya temiese éste el esfuerzo de los cristianos protegidos por sus imponentes fortificaciones, ya juzgase por otros motivos no ser aquella ocasión oportuna para combatirlos, consintió en renovar la tregua por dos años, dos meses, dos días y dos horas.

San Juan de Acre, escribe M. Michaud, era entonces capital de las colinas cristianas y la ciudad más importante de Siria; la mayor parte de los latinos expulsados de las perdidas ciudades de Palestina habían buscado con sus bienes refugio en su recinto, y en él vivían los mercaderes más opulentos del mundo. Así como en habitantes, había aumentado la ciudad en extensión; construídas con piedra de sillería sus casas tenían todas igual altura y remataban por lo común en una azotea ó terrado; hermosas pinturas adornaban las más principales, y eran muchas las que recibían luz por medio de ventanas con cristales, lo cual era en aquel tiempo extraordinario lujo. Toldos de seda ó de telas transparentes resguardaban á los moradores en las plazas y anchas calles de los ardores del sol. En el espacio comprendido en medio de las dos murallas que por oriente cerraban la ciudad se elevaban alcázares y palacios, morada de príncipes y magnates; mercaderes y artesanos vivían en lo interior de la población. Entre los personajes que tenían casa en San Juan de Are contábanse el rey de Jerusalén, los príncipes de Galilea y Antioquía, el lugarteniente del rey de Francia, el rey de Chipre, el duque de Cesarea, los condes de Trípoli y Joppé, los señores de Beyruth, Tiro, Tiberíades, Sidón, y otros, y léese en antigua crónica que estos príncipes y señores se paseaban por las plazas llevando, cual soberanos, coronas de oro

y acompañándoles lujosas comitivas; no pasaba día sin fiestas, espectáculos y torneos, mientras que afluían al puerto los tesoros de Asia y Occidente, mostrando á todas horas animado cuadro de mercantil é industrial actividad.

Los representantes del rey de Nápoles Carlos de Anjou, así como los lugartenientes del rey de Chipre, los franceses, los ingleses, el legado del papa, el patriarca de Jerusalén, el príncipe de Antioquía, las tres órdenes militares, los venecianos, los genoveses, los pisanos, los armenios y los tártaros tenían sus barrios separados, su jurisdicción y sus tribunales independientes unos de otros, y todos con derecho de soberanía. Formaban tales barrios como otras tantas ciudades distintas, y esto, junto con los vicios que acompañaban á tan gran número de extranjeros y con el lujo y la molicie de que daban ejemplo los ricos marchantes, ocasionaba con frecuencia escenas de desorden y sangrientas riñas. Además de las contiendas que nacían, por decirlo así, en el país, no había discordia en Europa y en Italia en especial que no tuviese fuerte eco en San Juan de Acre: la lucha entre güelfos y gibelinos, las rivalidades entre Génova y Venecia hicieron correr por sus calles arroyos de sangre. Cada nación elevaba fortificaciones en su barrio; fortificábanse hasta las iglesias, y esto, más que contra los sarracenos, contra los vecinos y rivales.

Una riña promovida entre cristianos y musulmanes por causa de una mujer dió pretexto al sultán del Cairo para romper la tregua convenida. Sabedor de que no se preparaba en Europa cruzada alguna y de que los socorros que enviarían los reinos de Occidente no habían de exceder de escaso número de aventureros, Kelaun se negó á admitir la satisfacción que le ofrecía la afligida ciudad, y se mostró inflexible en su resolución de combatirla.

Cuando esto anunciaron los embajadores que con aquel objeto pasaron el Cairo, reunióse en San Juan de Acre un gran consejo al que asistieron el patriarca de Jerusalén, los lugartenientes de los reyes de Francia é Inglaterra Juan de Gresli y Oste de Granson, los grandes maestres del Temple y del Hospital, varios magnates y muchos ciudadanos y peregrinos. Explicado por los enviados el resultado de su embajada y referidas las amenazas del sultán, el patriarca tomó la palabra: sus virtudes, sus venerables canas, su celo por la causa cristiana inspiraban confianza y respeto; y al exhortar á cuantos le escuchaban á armarse en defensa de la ciudad recordándoles su obligación de combatir y morir por Jesucristo, al conjurarles para que dando al olvido sus discordias, no tuvieran otros enemigos que los musulmanes, no hubo más que una voz para jurar sumisión y obediencia á los caudillos y para expresar altos y generosos propósitos de ser dignos en un todo de la santa causa que había puesto las armas en sus manos.

A la noticia del peligro llegaron algunos peregrinos de Occidente, escaso número de guerreros de las islas del Mediterráneo, y el rey de Chipre desembarcó á la cabeza de quinientos hombres de armas; con estos auxiliares se elevaron los defensores de la ciudad á novecientos hombres de armas con diez y ocho mil infantes, repartidos en cuatro divisiones: estaba la primera á las órdenes de Gresli y Granson, con los

franceses aquél y éste con los ingleses y picardos; mandaba la segunda el rey de Chipre junto con el gran maestre de la orden Teutónica; acaudillaba la tercera el gran maestre de San Juan, y obedecía la cuarta á los grandes maestres del Temple y de San Lázaro. A un consejo de ocho capitanes se confiaba el gobierno de la ciudad.

A esto los musulmanes se disponían también para la guerra y todo era movimiento y estrépito de armas desde el Nilo hasta el Eufrates. Por haber enfermado al salir del Cairo mandó el sultán que se le adelantaran siete emires, cada uno con cuatro mil jinetes y veinte mil infantes, y á su llegada al llano de San Juan de Acre, huertos, jardines, quintas y lugares quedó todo en pocas horas devastado. La vista de las llamas, la desolada multitud que huía con sus muebles y ganados anunciaron á los moradores de la ciudad la llegada de los sarracenos; contra ellos salieron y empeñaron varios combates; pero transcurrieron días sin que ocurriera suceso notable y decisivo, pues los musulmanes esperaban la llegada del sultán para comenzar formalmente el sitio.

Sin embargo, Kelaun no llegó, pero sí á principios de abril del año de 1281 su hijo Malek el-Achraf, á quien su padre, al espirar á consecuencia de su enfermedad, encargó que no se diese á su cadáver sepultura hasta haber clavado su bandera en las murallas de San Juan de Acre, y con la presencia del nuevo sultán comenzó la construcción de arietes, catapultas y galerías cubiertas. Los cedros del Líbano y los robles de los montes de Naplusa cayeron á los golpes de los sarracenos, y trasladados que fueron al campamento, convirtiéronse en más de trescientas máquinas de guerra dispuestas á batir los muros de la ciudad. El historiador Abulfeda que asistió al asedio, habla de uno de esos ingenios que apenas cien caballos bastaban á poner en movimiento.

Tan formidable aparato sembró la consternación entre los moradores de la ciudad, y el gran maestre del Temple, con pocas esperanzas en el buen suceso de la empresa, reunió á los caudillos para saber su parecer sobre la renovación de la tregua en caso de que el enemigo consintiese en otorgarla. Autorizado por todos, dirigióse á la tienda del sultán, y al pedirle paz pintóle de tal modo las fuerzas con que la ciudad contaba y la resistencia que opondría que Malek el-Achraf, vacilando delante de tantas dificultades, consintió en retirarse con la condición de que le pagase cada habitante un dinero de Venecia. De regreso el gran maestre convocó una asamblea popular en la iglesia de Santa Cruz, y al exponer la condición que ponía el sultán á la tregua manifestó su opinión de conformarse á ella, ya que no veía otro medio para salvar la ciudad. Pero no opinó así la multitud, antes bien, enfurecida, estuvo en poco que no hiciese pagar cara al templario su prudente previsión, aun siendo de todos muy querido por su probada lealtad y acreditado arrojo.

La hueste sitiadora constaba de sesenta mil jinetes y ciento y cuarenta mil infantes, que, relevándose de continuo, no dejaban á los sitiados un instante de reposo; entre las grandes piedras disparadas por las máquinas causando estragos en los edificios, de día y de noche caía en torres y murallas espesa lluvia de flechas y balas. Unidos los habitantes todos por el común peligro y animados de un solo sentimiento, desplegaron

extraordinario ardor en los primeros combates; sostenían los la esperanza de recibir auxilio de Occidente y la de que los enemigos emprenderían la retirada al ver rechazadas sus primeras acometidas; pero á proporción que una y otra salían frustradas, caía su ánimo y se sentían sin fuerzas contra un peligro que no cesaba nunca y que sin cesar renacía. Lleno estaba el puerto de cristianos fugitivos; y este ejemplo acababa de enflaquecer á los que en la plaza quedaban. En una ciudad que contaba cien mil habitantes y que en los primeros días del sitio puso en armas unos veinte mil guerreros, sólo quedaban en sus puestos doce mil soldados.

El día 15 de Mayo dió el sultán la orden de asalto; reunidos en el llano trescientos camellos, cada uno con un tambor, á su horrible estruendo se formaron en batalla las legiones musulmanas y se adelantaron hacia las murallas. Dirigióse su principal esfuerzo contra la torre y puerta de San Antonio, al lado del medio día, defendidas por los batallones del rey de Chipre; á la fuerza del ataque correspondió el vigor de la defensa, y después de pelear durante todo el día la oscuridad obligó á los sarracenos á emprender la retirada.

Pero la misma noche aquel rey, más atento á su seguridad que á su gloria y perdida toda esperanza de salvar la ciudad, se retiró con los suyos con pretexto de descanso y promesa de volver á la siguiente aurora; pero al asomar ésta por Oriente ya el rey de Chipre se hallaba embarcado con todos sus caballeros y tres mil combatientes, acompañándoles en su partida las maldiciones de los indignados latinos.

Al otro dieron los musulmanes nuevo asalto; por algún tiempo defendieron los cristianos las inmediaciones del muro, pero al observar aquéllos que la torre ocupada el día anterior por los chipriotas estaba abandonada é inerme, sintieron crecer su audacia y se aplicaron con mayor ahinco á cegar el foso con piedras y tierra y con los caballos muertos. Refiere una crónica contemporánea que al ejército de los mamelucos seguían algunos centenares de sectarios llamados *chajes,* cuya devoción consistía en padecer toda clase de privaciones y hasta inmolarse por el triunfo del Islam; á éstos los mandó el sultán llenar el foso y á él se arrojaron vivos y uno sobre otro, pudiendo de este modo y por este camino, dice un escritor oriental, llegar la caballería musulmana hasta el pie de la muralla.

Al fin desmoronóse ésta con estruendo y quedó abierta dilatada brecha; en ella se empeñó furiosa pelea en que las milicias del Temple y del Hospital realizaron tales prodigios de valor y esfuerzo que, dejando los muertos á montones, hubieron los musulmanes de retirarse en desorden.

El mismo heroísmo coronado por igual victoria desplegaron los cristianos al siguiente día: cuanto puede realizar el valor guerrero unido á la desesperación vióse en aquellos épicos combates que nos pintan las crónicas contemporáneas con colores casi legendarios. Así se explican los infinitos y extraordinarios relatos que, según los escritores orientales, corrieron de boca en boca entre el vulgo musulmán, el cual llegó á creer que de cada guerrero cristiano que caía exánime renacían otros y otros que se

lanzaban más fuertes y más terribles al campo de batalla. Durante todo el día los asaltos se renovaron sin cesar y siempre con igual furor; al fin de la jornada felicitáronse los sitiados por su triunfo, pero esto no impidió que al nuevo sol la hueste musulmana, cubriendo con sus brillantes haces la llanura desde el mar hasta el pie del Kharubah y del Carmelo, se pusiera en movimiento para probar otra vez la suerte de las armas.

Fué aquél el 18 de Mayo, día funesto para los latinos; el ataque y la defensa fueron aún más recios y obstinados; por cada cristiano que caía, dice una crónica, quedaban sin vida siete egipcios, pero éstos podían rehacer sus pérdidas al paso que las de aquéllos eran irreparables. Contra la torre y puerta de San Antonio dirigían los sitiadores sus esfuerzos y habían llegado ya á la brecha, cuando los templarios y caballeros de San Juan se lanzaron á la atrevida empresa de salir al campo para acometer el campamento enemigo. Su heróico valor se estrelló en el gran número de sus contrarios: el gran maestre del Temple cayó herido en medio de sus caballeros; igual suerte tuvo el de los Hospitalarios, y entonces la derrota se hizo general, y hubo de abandonarse toda esperanza de salvar la ciudad; mil guerreros quedaban apenas para defender la puerta de San Antonio contra toda hueste la musulmana.

Arrollados que fueron, los egipcios se precipitaron cual devastador torrente dentro de la ciudad llevándolo todo á sangre y fuego. No hubo calle que no fuese teatro de horrible matanza; sostenía se un combate por cada fuerte, por cada palacio, en cada plaza, y fueron tantos los muertos que, según expresión de un caballero de San Juan, era de todo punto imposible sentar en el suelo la planta.

Entonces como si irritado el cielo hubiese querido aumentar la desolación y el horror de aquellas lúgubres escenas, desencadenóse violenta tempestad de lluvia, granizo y viento; densas tinieblas ennegrecieron el horizonte, tanto que no llegaba á distinguirse cuál bandera flotaba en las torres, á no ser allí donde el incendio iluminaba el espacio con sus siniestros fulgores sin que nadie cuidase de combatirlo, pues los fieros vencedores sólo pensaban en matar y destruir y en salvarse y huir los infelices vencidos.

Nada respetaron las hordas triunfadoras, y jamás ciudad alguna presa de feroz conquistador había presenciado tanto duelo ni tantos horrores. Las iglesias fueron profanadas é incendiadas, las mujeres ultrajadas y puestas en venta, los infantes pasados á cuchillo. Famosa se hizo entonces la magnánima resolución de las religiosas del convento de Santa Clara que, para librarse de brutales ultrajes, mutilaron horriblemente sus rostros. A todas dieron muerte los enfurecidos egipcios. Grandes grupos de pueblo huían sin saber adónde, y algunos se dirigieron al puerto, que ofrecía en aquellos momentos no menos desolador espectáculo; agitado como estaba el mar no podían las naves acercarse á tierra, y los fugitivos, que no hallaban lanchas que los condujese, habían de arrojarse al agua para llegar nadando hasta ellas. Uno de aquellos grupos arrastraba consigo al patriarca de Jerusalén, que se resistía á separarse de sus ovejas en tan horribles momentos; por fuerza le colocaron en una barca, pero como

el generoso anciano exigió que en ella se admitieran cuantos se presentaron, no imitando las escenas de desgarradora crueldad que á su alrededor ocurrían, zozobró el bote, y Nicolás, el último patriarca de Jerusalén, espiró víctima de su caridad. En esto llegó á galope la caballería musulmana, y nadie pudo ya librarse de caer á sus golpes.

El alcázar del Temple se alzaba como imponente fortaleza en medio de la ciudad, y los caballeros se defendían aún de sus muros, dentro de los cuales había buscado asilo gran número de fugitivos. Muerto el gran maestre, su sucesor, por nombre Gaudini, aceptó la honrosa capitulación que propusiera el sultán á los Templarios, conmovido por su inquebrantable heroísmo, y para su cumplimiento trescientos musulmanes fueron admitidos en la fortaleza; apenas penetraron en ella diéronse á ultrajar á las mujeres allí refugiadas, y por tal indignidad fueron muertos, justo castigo que fué causa de la perdición de todos. Acometidos los cristianos en aquel último reducto, se sostuvieron durante algunos días; al fin, los sarracenos subieron al asalto en el preciso momento en que, minada la alta torre llamada el Gran Maestre, se desplomó con estruendo sobre el edificio y entre las ruinas perecieron todos, vencedores y vencidos.

Perdida Tolemaida, las pocas plazas que quedaban aún á los cristianos en las costas de Siria abrieron sus puertas á los sarracenos; aquellas ciudades que nada habían hecho para socorrer á la capital, considerándose amparadas por sus parciales treguas, vieron sus poblaciones acuchilladas, perseguidas y esclavizadas. El furor musulmán se cebó hasta en las piedras y en la tierra que pisaron los cristianos; sus casas, sus templos, los monumentos de su piedad, de su valor y de su industria, todo hubo de perecer con ellos por el hierro y por el fuego. Los últimos míseros resíduos de las colonias cristianas que tan alto esplendor habían alcanzado, llegaron á las costas de Italia para anunciar el triste fin de la dominación cristiana en Oriente, y al saberse en Europa la gran catástrofe de la opulenta ciudad de San Juan de Acre, el Occidente entero lanzó un grito de dolor; si nadie pensó en empuñar las armas para acudir á su defensa, no hubo en cambio nación ni pueblo que no deplorase aquella pérdida como la de una parte de su propio territorio.

Mandó el sultán que la ciudad fuese destruída y sus murallas arrasadas; pero la destrucción no sería completa ya que los viajeros de los siglos siguientes hacen todavía mención de considerables restos de sus fortificaciones y de sus principales edificios. «Llegué á la ciudad de Tolemaida, que hoy se llama de San Juan de Acre y está á doce millas de Nazareth, escribió en el año de 1626 el *Devoto Peregrino*. Esta fué una de las mayores y más hermosas ciudades que había en aquellos países, mas hoy está toda acabada y destruída. Sólo tiene unas pocas casas, pero vense grandes ruinas de palacios é iglesias, que causa admiración el ver como el tiempo puede haber acabado y consumido tales edificios. Junto al mar se ve aquel famosísimo templo de San Juan, hoy en ruinas. El puerto está destruído. Hay aquí religiosos de mi Padre San Francisco.»

En el año de 1658 el libro del caballero francés D'Arvieux habla también de San

Juan de Acre como dilatado campo de magníficas ruinas, y menciona especialmente las de cinco edificios construídos en la época latina, que son: la iglesia de San Andrés, el arsenal, el convento de los caballeros de San Juan, el palacio de su gran maestre y la iglesia de aquel mismo nombre. El emir Fakhr-eddin erigió allí vasto khan, y consumó la obra de cegar el puerto. A mediados del siglo último, en 1749, el jeque Dhaher el-Amer, dueño de gran parte de Galilea, fijó su residencia en San Juan de Acre, y puede decirse que de entonces data para esta ciudad el principio de su renacimiento. Alzáronse nuevamente del suelo sus murallas y fortificaciones, y el jeque construyó su palacio entre las ruinas del hospital de San Juan. Fué su sucesor en el año de 1775 Ahmed, más conocido con el nombre de Djezzar ó Carnicero á causa de su crueldad, y á él se debió, como hemos dicho, la construcción de la gran mezquita, la del khan que lleva su nombre y la del acueducto que conduce á la ciudad las aguas de Kabreh, así como también las nuevas fortificaciones.

En 20 de Marzo del año 1799 fué acometida la ciudad por los franceses acaudillados por Bonaparte, quien esperaba hacerla suya con facilidad; Djezzar, empero, se había encerrado en ella con guarnición numerosa, y además el almirante inglés Sidney Smith, que cruzaba por aquellas aguas, le proporcionó ingenieros y artilleros, y logró apoderarse de los cañones de batir que á los sitiadores se enviaban desde Alejandría. Aún así, y con artillería insuficiente para el ataque de semejante plaza, Bonaparte dispuso abrir trinchera, y ocho días después intentó, aunque sin resultado, el primer asalto. A otros se lanzó tan infructuosos como éste, pero todos mortíferos, y en tanto continuaban las obras del sitio destacó la división de Kleber hacia el Jordán para disputar el paso del río á la hueste turca que llegaba de Damasco en auxilio de San Juan de Acre. Conforme queda referido, en 16 de Abril fué aquélla deshecha y rota en las llanuras del Thabor por aquel general, socorrido á tiempo por el mismo Bonaparte á la cabeza de la división de Bon, y de regreso al sitio fué éste llevado con creciente ardor. Pero ya la guarnición había recibido poderosos refuerzos, y escasos de municiones, perdida por el fuego, las fatigas y las enfermedades la tercera parte de su reducido ejército, que no excedía de trece mil hombres, los franceses, llegado el día 20 de Mayo, se decidieron por la retirada, emprendiendo de nuevo el camino de Egipto. La suerte de la ciudad decidió, como siempre, de la de Siria entera.

El cruel Djezzar murió en el año de 1804; sucediéronle sucesivamente sus hijos Ismael, Solimán y Abdallah, este último en 1820, y de su gobierno tomó pretexto Mehemet-Alí para su rebelión y para la invasión de Siria. Su hijo Ibrahim, acaudillando numerosa hueste de egipcios, atacó en 27 de noviembre del año de 1831 la ciudad de San Juan de Acre; treinta y cinco mil proyectiles había lanzado sin lograr abrir brecha en sus fuertes muros cuando por Mehemet le fué enviado un ingeniero napolitano, y éste, dando comienzo á operaciones regulares, le hizo dueño de la plaza en algunos meses. El día 27 de Mayo de 1832 fué expugnada y entrada á sangre y fuego.

El tratado firmado en Londres en Julio del año de 1840 entre Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra y la Puerta otomana fué causa de que navíos ingleses, austriacos y turcos se presentasen en la rada de San Juan de Acre para arrancar la ciudad á los musulmanes de Egipto, apoyados por los franceses, y devolverla á los musulmanes de Constantinopla. A principios del otoño de aquel año, cuando apenas en la ciudad se habían borrado las tristes huellas de la última catástrofe, aquellas escuadras la afligieron con horrible bombardeo; la explosión del polvorín, acaecida el día 3 de Noviembre, dió muerte á dos mil egipcios, y los demás, desalentados, se retiraron llegada la noche.

En el año de 1843 empezóse la restauración de murallas y baluartes, pero la ciudad ofrece aún en muchos puntos visibles señales de los estragos que en distintas épocas ha padecido. Varias casas se ven aún derribadas, hanse acumulado ruinas á ruinas, y los escombros han elevado en muchos puntos el suelo de un modo considerable. Así y todo, es San Juan de Acre, como queda dicho, una de las ciudades más agradables de Oriente, y las nuevas construcciones realizadas en diferentes barrios son testimonio de una especie de restauración y prosperidad relativa, efecto del sosiego de que ha disfrutado en el transcurso de estos últimos años.

II

Salida de San Juan de Acre. — El río Belo; invención del vidrio. — Recuerdos de las Cruzadas. — *Districtum ó Via Stricta.* — *Castrum Peregrinorum.* — Athlit. — Grandiosas ruinas. — Tantura. — Ruinas de Dor. —Historia de la ciudad. — El Nahr Zerka. —*Crocodilopolis.*—CESAREA MARÍTIMA. —Su fundación. — Su historia. — Recuerdos evangélicos. — Vespasiano y Tito en Cesarea. — La ciudad en los primeros siglos de la Iglesia. — Cae en poder de los musulmanes. — Recóbrala el rey Balduino I. — Dominaciones sucesivas. — Su destrucción. Sus ruinas.

Por delicioso camino á cuyo borde llegan las olas del mar salgamos de San Juan de Acre y tomemos la dirección del mediodía, siguiendo las sinuosidades de la gran bahía que tiene en los dos extremos de su vasta curva, al uno aquella vistosa ciudad y al otro el convento del Carmelo. Aquí y allí vense colinas de tierra removida que fueron sin duda obra de los hombres: de trincheras y parapetos servirían en su tiempo á tanto conquistador como ha tenido la antigua Tolemaida, y aún hoy no es raro que los labradores levanten con la reja del arado bélicos y enmohecidos instrumentos, en especial balas de cañón procedentes de los últimos sitios.

El límpido y sosegado mar que se extiende á nuestra derecha permanece por lo común desierto; escasas velas le surcan y ni una barca de pescadores anima la soledad de sus riberas. Destrozado maderamen que de cuando en cuando asoma entre la arena, restos de naufragios, atestigua que la playa puede alguna vez ser peligrosa, y en cuanto al camino por tierra no goza de gran reputación de seguridad para los viajeros aislados.

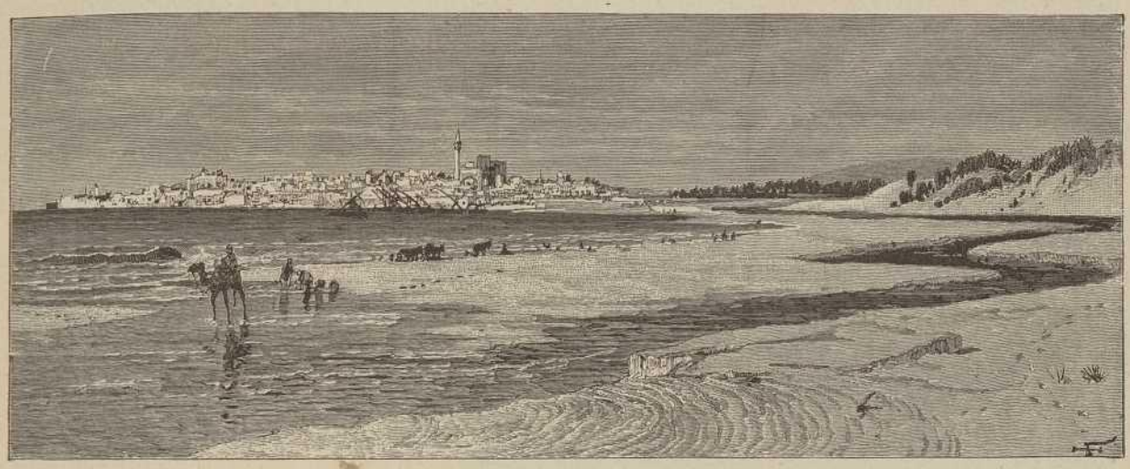
De cuando en cuando hállase al paso uno ú otro árabe llevando al hombro un palo corto terminando en una bola de metal, semejante al rompecabezas de los salvajes: aquella es el arma de los que carecen de escopeta. Visten una túnica ó camisa ligera que les llega á la rodilla, ceñida por medio de un cinturón, dejando al aire sus tostados y nervudos brazos y piernas: la cabeza es lo único que llevan abrigado y resguardado de los rayos del sol, en aquellos climas peligrosos siempre y algunas veces mortíferos.

Al poco tiempo de abandonar la ciudad encuéntrase un riachuelo que se vadea junto á su desembocadura; lleva hoy el nombre de Nahr Nahmin ó Nahman, y es el antiguo Belus ó Belo de Josefo, al que Plinio llama también Pagida. En él, á lo que generalmente se cree, tuvo humilde origen uno de los más admirables inventos humanos, mediante el cual ha podido la ciencia investigar los más recónditos secretos de la naturaleza y llevar sus audaces miradas hasta las impenetrables profundidades del cielo; empleando la arena de sus orillas descubrieron los fenicios la fabricación del vidrio.

«A dos estadíos de la ciudad (Tolemaida), escribió Josefo, corre un riachuelo por nombre Balæus, cerca el cual se eleva el monumento de Memnon; en su cauce

existe en el lugar de unos cien codos de largo, muy digno de admiración; es de figura circular y con profundas excavaciones, pues de él se extrae la arena que sirve para fabricar el vidrio. En su busca llegan á esta costa numerosas naves, mas la mina de donde se saca parece ser inagotable: diríase que los diversos vientos amontonan allí como á propósito una arena que, inútil en otras partes, en aquella mina se transforma en vidrio.»

Este río, cuyo curso no pasa de dos leguas, nace en una charca ó reducido lago al que Plinio da el nombre de Cendevia y en el día tiene el de Basset el-Kardaneh. Rodeado de un círculo de gigantescas cañas, ocupa casi el centro de la llanura de San Juan de Acre; de él sale el Nahr Nahmin; ya en su origen caudaloso, y su corriente da movimiento á un molino. Junto á éste vense las obras inferiores de antiguo puerto y los restos de una torre con saeteras y arcos ojivales que data, al parecer, de la época latina. El nombre de Belus es el de la antigua deidad fenicia Bel ó Baal; el de Pagida



Desembocadura del río Belo; á lo lejos San Juan de Acre

es identificado por algunos autores con el de Figah, dado por los talmudistas á uno de los ríos de Palestina. En este río, cerca del mar, se pesca el molusco, del que extraían los antiguos el precioso tinte que dió á la púrpura de Oriente universal nombradía.

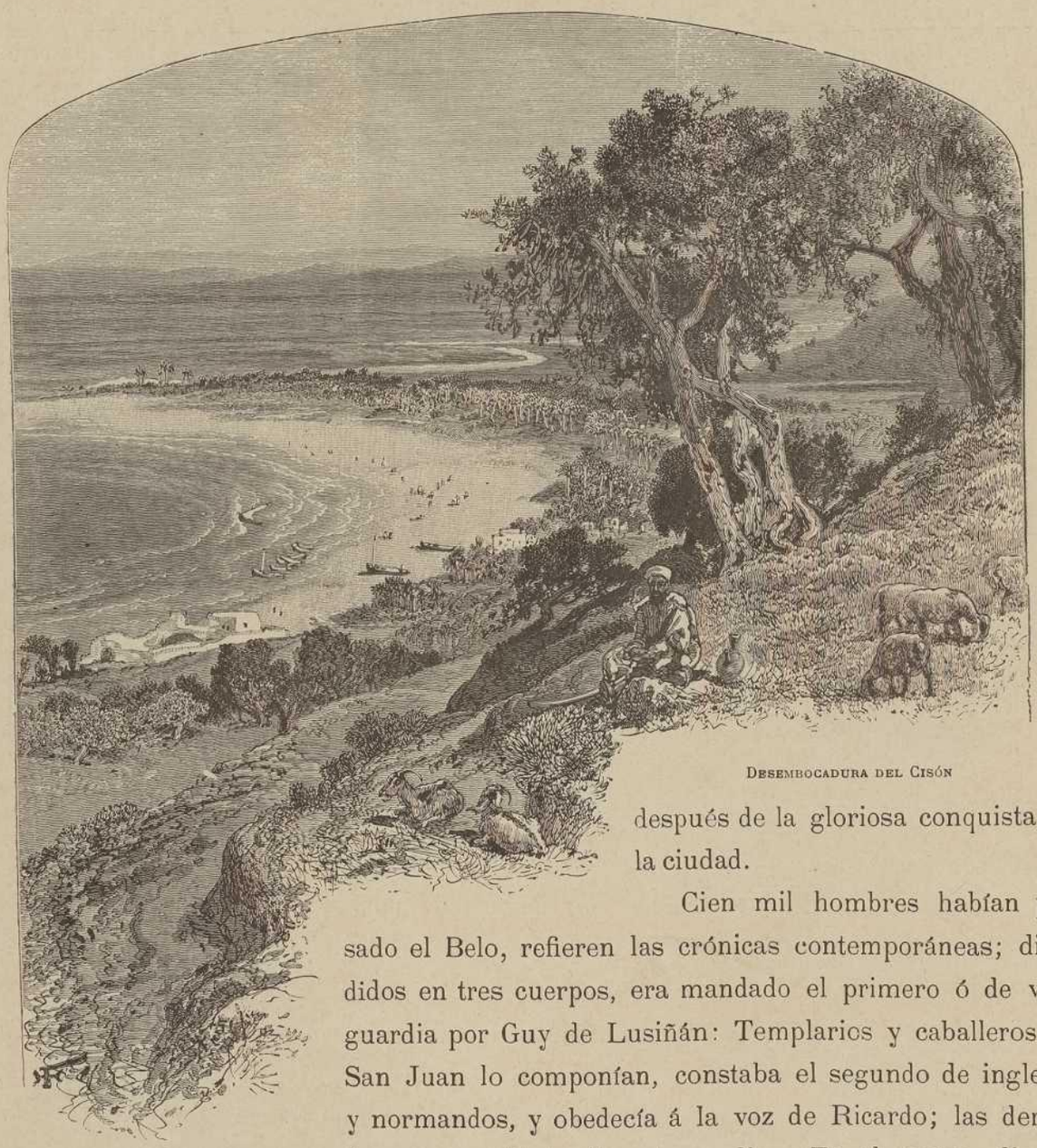
En cuanto al sepulcro ó monumento de Memnon de que nos habla Josefo, ha desaparecido sin dejar vestigio ni rastro; si algún resto del mismo se ha salvado de las injurias del tiempo y de los hombres, estará enterrado entre la arena que se ha ido acumulando en la playa.

Los guías no dejan por lo común de llamar la atención del viajero sobre una de las inmediatas colinas; en ella estableció Bonaparte sus primeras baterías.

La llanura de San Juan de Acre, en que todavía estamos, abunda en caza, en gacelas, liebres y perdices, seguramente como en los tiempos del rey Fulco de Anjou, cuyo triste fin, al regresar por estos llanos vencedor de Paneas, queda referido. De aquella llanura, después de pasar por dilatados arenales, salimos, en fin, cuando, á doce kilómetros del Nahr Nahmin, vadeamos por su desembocadura otro riachuelo

de unos seis metros de anchura: es el Cisón, del que antes de ahora hemos tenido ocasión de hablar.

Algunos kilómetros más, siempre hacia el mediodía, y quedando á nuestra espalda el Carmelo, llegamos al pie de los montes, al Uady ed-Destreh. Estamos en el mismo camino que siguió el ejército cruzado que hemos visto salir de Tolemaida,



Desembocadura del Cisón

después de la gloriosa conquista de la ciudad.

Cien mil hombres habían pasado el Belo, refieren las crónicas contemporáneas; divididos en tres cuerpos, era mandado el primero ó de vanguardia por Guy de Lusiñán: Templarios y caballeros de San Juan lo componían, constaba el segundo de ingleses y normandos, y obedecía á la voz de Ricardo; las demás fuerzas constituían la retaguardia. «En el centro, dice el testigo ocular Boha-eddin, sobresalía una especie de torre rodante, parecida á uno de nuestros alminares; era aquél el estandarte de los cristianos.» En efecto, izada en la torre la bandera de la guerra santa, allí eran llevados los heridos en medio de los combates, y á su alrededor se reconcentraba el ejército en los grandes peligros. La custodia del Estandarte, así era llamada la torre, estaba confiada á los normandos. Avanzaron los Cruzados, como hemos hecho nosotros, por entre el mar y el Carmelo; su marcha fué lenta, pues los musulmanes que ocupaban las alturas los hostigaban

con sus flechas y enviaban contra ellos en todos los pasos difíciles enjambres de caballeros que, cual fantásticos seres, se sustraían siempre por la ligereza de los caballos y la destreza de los jinetes á los golpes de sus adversarios. «Sorprende en verdad la constancia de ese pueblo, dice aquel autor musulmán, que así se expone á las más penosas fatigas sin recibir sueldo y sin reportar de ello ningún beneficio.» Durante el día los rayos del sol abrasaban la atmósfera; llegada que era la noche, nubes de insectos envolvían á los cristianos y les causaban insoportable tortura. Muchos cruzados murieron asfixiados por el cansancio y el calor; sus cuerpos recibían sepultura en el mismo sitio en que espiraran, y sus compañeros proseguían la marcha entonando las preces para los difuntos. Matorrales cuya maleza era á veces más alta que los hombres, charcas y pantanos la entorpecían con frecuencia, y de esta manera hacía el ejército escasamente tres leguas al día; cada noche se armaban las tiendas, y antes que los guerreros se entregasen al descanso los heraldos gritaban tres veces por todo el campamento: *¡Señor, socorred el Santo Sepulcro!* palabras que la hueste repetía alzando los ojos y las manos al cielo. A la siguiente aurora poníase en movimiento á la orden de los jefes el carro que sostenía el estandarte, y los Cruzados emprendían otra vez la marcha, mientras que los sacardotes, con sus cánticos, hacían memoria de los viajes, padecimientos y peligros de Israel al ir á la conquista de la Tierra Prometida. «De esta manera, dice el cronista Vinisauf, llegamos á tres leguas de Kaifa, á un punto llamado *Via Stricta* por lo angosto del camino; abierto entre dos altos muros de roca.»

El Uady ed-Destreh, nombre que es probablemente corrupción del latino *districtum* (estrecho), corre por un cauce que en su última parte parece haber sido abierto por mano del hombre cortando las peñas y eminencias que forman la ribera; en sus inmediaciones y para su defensa alzábase antigua torre cuya base, labrada en la misma peña, medía veintidós pasos á lo largo por diez y ocho á lo ancho. La fábrica que de esta base arrancaba está casi del todo arrasada. Protegíala por el lado del este un foso abierto en la roca, y además la rodeaba un muro del cual sólo quedan escasos vestigios. De oeste á este corre un paso ó desfiladero, que no es más que una cortadura practicada en una serie de peñascosos collados en una extensión de doscientos y cincuenta metros por cuatro á lo más de anchura. A derecha é izquierda existen estrechos pasos laterales que forman como aceras del central, menos angosto. Es obra que data seguramente de remota antigüedad; en algún punto se observan aún en las peñas señales de la impresión que dejaron las ruedas, cuando es lo cierto que desde hace muchos siglos carruajes no han debido pasar por allí. En los extremos oriental y occidental vense también en el peñascoso muro varios agujeros que se corresponden unos con otros, y de esto se ha deducido que antiguamente se cerraba el desfiladero por medio de puertas. *Bab el-Adjel* lo llaman los árabes, y con los nombres de *Via Stricta*, *Augusta Via*, *Districtum* y *Petra Incisa* le conocieron los latinos y los autores de la Edad Media.

Era el angosto paso y las ruinas que en sus inmediaciones existían terror de los viajeros por haberlo elegido en los siglos medios como teatro de sus hazañas numerosas partidas de ladrones; Balduino I, al volver á la ciudad santa por Cesarea, cuando en el año de 1103 levantó el sitio que pusiera á Tolemaida, fué al atravesarlo gravemente herido. Para la protección de los peregrinos y limpiar el país de bandoleros construyeron los Templarios en el año de 1218 imponente fortaleza, designada con los nombres de *Castrum ó Castellum Peregrinorum*, *de Castrum Filii Dei* y de *Lapis Incisus;* la torre mencionada hace poco era como una avanzada del fuerte castillo, al que precedía de unos seiscientos metros.

Han pasado por aquel rincón de tierra tan gran número de transformaciones, hanse acumulado en él tantos pueblos y ruinas que el nivel de su suelo es en el día mucho más alto de lo que fuera en los tiempos antiguos. Hoy el *Castel Pelegrino,* que así se llamó también, promontorio entre dos bahías, no es más que un campo de escombros en el que sobresalen inmensos paredones, campo en el que vive una tribu de árabes que le dan el nombre de Atlith.

Por el lado de tierra las murallas, aunque en varios puntos aportilladas, conservaban no hace muchos años bastante elevación, mostrando la gran solidez de su fábrica. «A nuestra llegada, escribió el abad Mislin en 1848, por las aberturas del muro se asomaron unos veinte individuos de siniestro rostro; el concepto en que la comarca los tiene no puede ser peor, y lo menos que de ellos se cuenta es que roban á los viajeros. Conócese que las cosas han vuelto al estado que tenían antes de la civilizadora obra realizada por la Orden del Temple, y en efecto, imposible parece hallar sitio más pintoresco y más á propósito para tal clase de industria: el único inconveniente que ofrece es ser el camino poco frecuentado... La península que forma allí el terreno no es de gran extensión, y las chozas que en ella existen apenas podrán dar abrigo á unas cincuenta familias. Lo que con preferencia atrae la atención es un lienzo de pared que domina las demás ruinas y que amenaza aplastar cuanto le rodea; residuo es de una vasta iglesia gótica que en breve desaparecerá por completo, pues varios hombres, encaramados como aves de rapiña sobre las agrietadas cornisas, están derribando aquel postrer vestigio de civilización. Torpes hasta en destruir, apenas aciertan á echar abajo los enormes sillares que sus antepasados supieron elevar hasta el cielo. Algunas barcas aguardan en la playa esas piedras incrustadas de molduras y arabescos para trasladarlas á Beyruth ó á San Juan de Acre, donde servirán para las obras del puerto ó de cimiento á una mezquita. Así viajan los monumentos al impulso de la barbarie.

»Alrededor de esas bellas ruinas están amontonados los tugurios más miserables que es posible imaginar; construídos de tapia, más que moradas de seres humanos parecen gazaperas. Niños en pelota, cabras, gallinas, perros salen de aquellas tenebrosas madrigueras y á nuestro paso ladran, balan y chillan; las mujeres, sin más vestido que una larga camisa azul, nos demuestran con claridad, por la expresión de su semblante, que si es virtud de Oriente la hospitalidad, no son en esto orientales los

moradores de Atlith. En las esquinas había grupos de hombres puestos en cuclillas, unos con la escopeta, otros con la pipa en la mano: graníticas cañas de coluna, capiteles, rosetones yacían diseminados en aquel campo de inmundicia.

»Fuera del recinto de aquella aglomeración de chozas que no viene comprendida en ninguna de nuestras clasificaciones geográficas, hállanse una fuente, vestigios de un muelle y ruinas de antiguos muros, de lo cual podría colegirse que la ciudad que aquí existió se extendía más allá de la actual península, muy reducida para contener una población de regular importancia. Además, el *Camino estrecho* y las sepulturas labradas en la peña que se encuentran aún en las inmediaciones, son testimonios del importante papel que la ciudad hubo de representar en su tiempo.»

Veamos ahora la descripción que de estas considerables ruinas ha hecho M. Guerin.

«Al llegar á ellas, dice, encuéntranse ante todo los residuos de un primer recinto defendido por torres, especialmente en los ángulos de nordeste y sudeste.

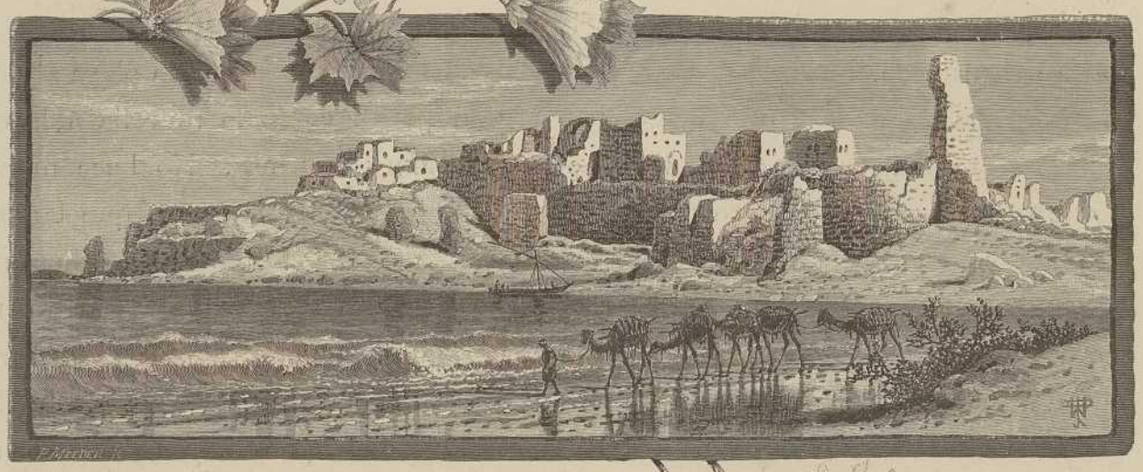
»La del primero, lindante con la bahía septentrional formada por la playa al norte de la península de Atlith, está demolida en gran parte; como la muralla á la cual flanqueaba, fué construída con sillares de dimensiones enormes. No hace muchos años que una puerta, en el día destruída, se abría, junto á la torre, la que tampoco tardará mucho en desaparecer. La del ángulo sudeste se alzaba á unos ochocientos y cincuenta metros al sur de la anterior en un oteruelo de peña, cuya parte inferior fué cortada verticalmente, y estaba rodeada por oriente y mediodía de un foso de trece metros de anchura, todo él abierto en la roca; en la meseta de este otero habíase construído una torre, en el día destruída en sus tres cuartas partes, y desde allí corría de este á oeste otra muralla de trescientos y cincuenta metros, de la que sólo queda la línea inferior, en muchos puntos enterrada en la arena. Por el lado de occidente llevaba esta muralla á un muelle de cuatro metros de anchura, muelle y escollera que divide aquella bahía en dos partes, meridional y septentrional; aquélla está protegida además por un promontorio y varios bancos de roca, y, como la otra, hallábase comprendida en un recinto murado, del cual subsisten algunos vestigios, lo que prueba que la ciudad cuyo perímetro determinan uno y otro recinto, tuvo en un principio mayor extensión que en tiempos posteriores. La arena lo ha invadido todo dejando aún ver aquí y allí algunos restos de edificios.

»En la parte norte se adelanta mar adentro una península peñascosa separando las dos bahías mencionadas; en la antigüedad sirvió de acrópolis á la ciudad á la cual dominaba; en ella construyeron los Templarios su fortaleza; sus imponentes ruinas han sido hace mucho tiempo y son todavía explotadas como cantera, y dentro de algunos años es posible que hayan desaparecido también las que voy someramente á describir.

»Vense al este residuos de un glacis de mampostería precediendo á ancho foso, casi del todo cegado por la arena, que servía de defensa á fuerte muralla flanqueada por tres torres cuadradas; de ella permanecen aún en pié grandes lienzos. Una puerta

situada en el extremo meridional de esta primera línea de fortificación, en un ángulo entrante, da paso al castillo; una vez dentro hállanse las ruinas de dos formidables torres, la una casi arrasada, y conservándose de la otra restos muy notables. Construída ésta con magníficos sillares, almohadillados casi todos y dispuestos con rara perfección, contenía interiormente, en dos altos, dos salones de bóveda ojival, los mismos debieron de existir en la torre del mediodía, unida con la anterior por un lienzo de muralla. En el lado meridional del castillo y del promontorio, permanece aún en buen estado un gran almacén con bóvedas también ojivales; los moradores de Atlith lo destinan á establo.

En otros puntos existen todavía en todo ó en parte almacenes á este semejantes, divididos hoy en varios compartimientos; á lo que se cree



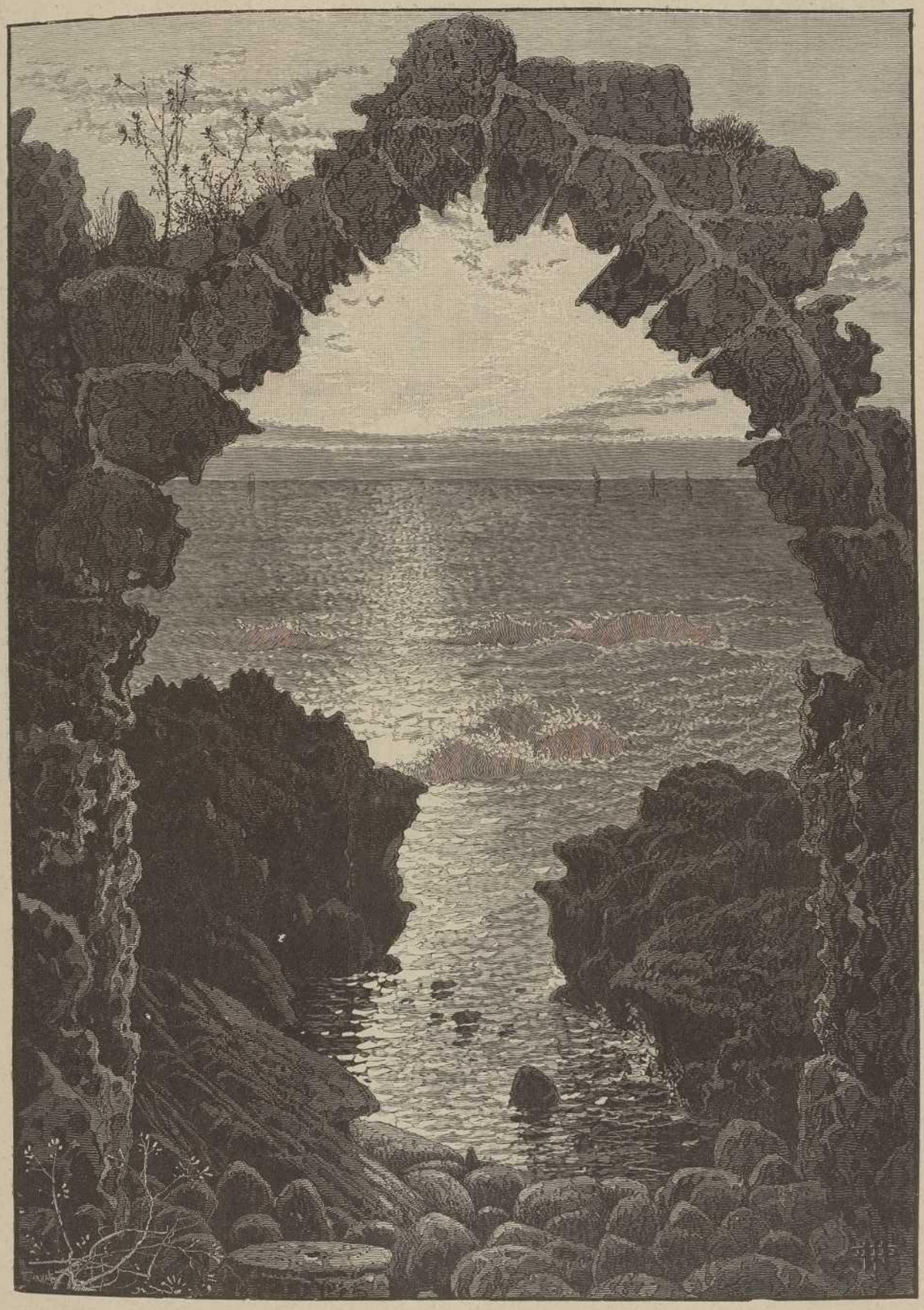
RUINAS DE ATLITH, VISTAS POR EL LADO DEL MEDIODÍA

ocuparían antes todo el piso inferior del castillo. Al pié de esta misma fachada meridional encuéntrase un reducido puerto en forma de semicírculo, dividido en dos secciones por un dique embaldosado; era éste el puerto militar de la fortaleza, comprendido en la parte septentrional de la bahía la que, al otro lado del promontorio, constituía el puerto comercial de la ciudad.»

En la parte occidental de la península alzábase el alcázar de los Templarios, que llegó á ser el principal de su Orden. «En mi segundo viaje á Palestina, á mediados del año de 1854, sigue diciendo M. Guerin, ofrecía aún imponentes ruinas; pero como se eleva junto al mar y son por lo mismo más fáciles el transporte y embarque de la piedra, ha sufrido constantes demoliciones; subsiste, sin embargo, una sala de bella apariencia con paredes de gran espesor, y un notable arco ojival. En sus inmediaciones vense altos montones de escombros, trozos de bóveda y varios paredones, caídos los más y algunos en pié. Los cimientos habían sido encajados en anchas y profundas ranuras abiertas en la peña.

»La muralla que daba frente al norte de la península estaba flanqueada por dos

torres. Finalmente, casi en el centro del castillo, formando un decágono, elevábase la iglesia, de la que en el día poco queda; colunas de granito y fragmentos de



Arco ojival en las ruinas de Atlith

mármoles esculpidos que á su fábrica pertenecieron, vense diseminados por el suelo, aguardando ser á su vez vendidos ó embarcados.

«En medio de estas grandiosas ruinas, dice al terminar M. Guerin, vive en miserables cabañas, húmedas y ruinosas, la población de Atlith; tiene fama de poco hospitalaria, y este lugar, que lo fué un día de refugio para los peregrinos, es hoy el espanto de los viajeros.»

A poco de su construcción, en el año de 1219, el *Castrum Peregrinorum*, que era

Ruinas de Atlith por el lado del oeste

tenido por fuerte avanzado de San Juan de Acre, fué en vano sitiado por Malek-Mohadam. Diez años después quiso ocuparlo el emperador Federico II con sus cruzados alemanes; pero el estado de hostilidad en que con la Santa Sede se hallaba, movió á los Templarios á negarle la entrada, y el emperador hubo de renunciar á su pretensión. Sus fuertes muros fueron el postrer baluarte de los cristianos en Palestina; después de la catástrofe de Tolemaida en 1291, los Templarios se mantuvieron aún en ellos por espacio de diez semanas; abandonados por sus defensores ocupáronlos los egipcios, y Malek el-Achraf dió orden de desmantelarlos. Las murallas que

defienden hoy á San Juan de Acre, proceden en gran parte de aquellas inmensas ruinas.

Créese que en Atlith estuvo situada la fuerte ciudad llamada Magdalel (torre de Dios) en el libro de Josué y señalada en suerte á la tribu de Neftalí; de ella, como de reducida aldea, y de las ruinas que la rodeaban hace mención Eusebio y san Jerónimo, de modo que en los primeros siglos del cristianismo y seguramente de mucho antes ofrecían ya aquellos campos desolado aspecto. Léese en un autor antiguo que Ramón de Tolosa, reinando Balduino I, fué quien realizó las primeras obras para una fortificación que en aquel peligroso punto protegiese á los peregrinos; de todos modos hasta la época dicha (año de 1218) y por iniciativa de la Orden del Temple no se construyó la poderosa fortaleza cuyos restos acabamos de describir. Para ella utilizarían los Templarios los considerables materiales de las arruinadas construcciones, y por el cronista Santiago de Vitry se sabe que al emprender las obras se descubrieron, enterrados en la arena, vetustos y sólidos paredones y gran número de sillares. Brotaron, además, algunas fuentes de agua viva, y fueron halladas muchas monedas «con caracteres extraños y desconocidos,» seguramente fenicios ó hebraicos.

Durante la mayor parte del año la desierta llanura en que estamos se presenta desnuda de vegetación; diríase que han pasado por ella las llamas de un incendio ó nubes de langosta; sólo algunas matas secas y macilentas, quemadas por los vientos del mar, brotan aisladas y solitarias en aquella tierra ardiente y profundamente agrietada. Llegada la primavera vístese de verdor y muestra más risueño aspecto; pero, aunque muy feraz, sólo produce cardos y espinas: nadie la posee, nadie la cultiva, y al atravesarla viénense sin querer á la memoria aquellas fatídicas palabras de Jeremías: «Llanto verteré sobre los montes, y lamentables endechas saldrán de mis labios al mirar lugares antes tan hermosos convertidos en desierto: por ellos ha pasado el fuego y todo ha sido devorado; el hombre no vive allí; no hay quien los posea, y desde las aves del cielo hasta los animales campestres, todo ha pasado, todo ha desaparecido.»

A once kilómetros al sur de Atlith, después de dejar á distancia, en los montes que quedan á nuestra izquierda, las aldeas de Kefr Lam y Hadara, encuéntrase el lugar que ocupó otra ciudad populosa: de ella casi no queda más que la memoria.

Fué la antigua Dor ó Dora; con sus ruinas se ha construído en las cercanías un pueblo de unos mil habitantes, musulmanes todos; su nombre de Tantura puede ser corrupción del primitivo. Viven aquéllos de la agricultura, y sus campos les dan abundante cosecha de trigo y lentejas. Una fuente, situada á igual distancia de la ciudad antigua y del lugar moderno, abastece de agua á la población. Dista tan poco del mar que las fuertes olas mezclan con la suya sus aguas.

La casa más notable del lugar está rodeada de un muro aspillerado construído con sillares antiguos; la fábrica es musulmana y se halla en ruinoso estado, lo mismo que

las dos mezquitas del pueblo. En una de ellas pueden verse varias colunas de granito que proceden sin duda de remota edad.

Junto á la población forma el mar una ensenada de escasa profundidad; al norte de ella estuvo el antiguo puerto de Dora, limitado por dos promontorios que en otro tiempo penetraban á mayor distancia dentro del mar por medio de dos muelles artificiales. El muelle meridional casi no existe; del septentrional quedan como vestigio unos pocos sillares. El promontorio ó cabo del que era continuación estuvo antes

Ruinas de Dor

fortificado, y en su extremo y en el punto culminante vense los restos de elevada torre á la que servía de foso por el lado del oeste la excavación hecha en las peñas que forman la base del promontorio. De ella no queda más que un enorme paredón de carcomida base, que se alza como gigantesca coluna en medio de aquella ciudad sepultada, haciendo temer que á la primera tempestad ha de caer desplomado y desaparecer entre la arena de que se halla circundado. Hierbas y arbustos le forman como un penacho de ramaje, en el que se posan de continuo las aves de rapiña. De la naturaleza de su fábrica y por el arco ojival que en ella queda, se deduce la probabilidad de que date de la época de las Cruzadas; pero á sus piés, en las laderas del promontorio y encima

de rocas trabajadas por la mano del hombre, vense aún fragmentos de muros que acusan mucha mayor antigüedad. Al este, en la misma meseta superior del cabo, descúbrense mutiladas colunas casi enterradas en la arena, y más hacia oriente los vestigios de un foso, hoy cegado en sus tres cuartas partes; á poca distancia yacen en el suelo otros restos de colunas. Al pié de aquella torre, hacia el norte, se distinguen sólidos paredones que formaron al parecer un gran almacén ó depósito, y de él, por medio de algunos escalones formados por piedras enormes, se bajaba á embaldosado muelle.

Siguiendo por la playa en la expresada dirección encuéntrase extenso muro que llega hasta otro muelle también embaldosado; en una de las varias ensenadas que forma allí la costa vense caídas en el suelo unas quince colunas, muchas de las cuales conservan su cuadrada base. En mil y doscientos metros puede calcularse la distancia que hemos recorrido, y esta misma era la extensión á lo largo de la antigua ciudad de Dora; su anchura hacia el interior de la costa era de unos seiscientos y setenta metros. La muralla que la circuía está casi por completo arrasada; el área que ocupó la población ha sido invadida por abrojos y maleza, y no sólo es de todo punto imposible venir en conocimiento de su distribución interior, sino que sus edificios todos, así públicos como privados, han sido totalmente destruídos.

Como á un kilómetro por el lado del oriente, en dilatada serie de colinas paralelas á la costa, se hallan vastas canteras, de las que fueron extraídos los materiales para la construcción de la ciudad. Allí tenía también su necrópolis, y en ella se conservan todavía, aunque vacíos y violados, gran número de sepulcros. Los hay que constan de varias estancias; la puerta que á la primera da ingreso es estrecha y rectangular y suele precederla una especie de reducido vestíbulo.

Algunos islotes se alzan á poca distancia del puerto; las rocas de la ribera se asemejan á las escorias de un volcán y en sus numerosas cavidades se abriga marisco en abundancia. Tienen muchos agujeros que las atraviesan de parte á parte y por ellos, al romper las olas, salta con fuerza el agua como en los surtidores de nuestros jardines.

Al invadir los hebreos la Tierra prometida obedecían la ciudad de Dor ó Dora y su territorio á un rey cananeo que fué vencido por Josué, y correspondieron luego en suerte á la media tribu de Manassé; los antiguos moradores no fueron expulsados y los vencedores se limitaron á hacerlos tributarios. En tiempo de Salomón fué la ciudad gobernada por cierto Ben-Abinadab, uno de los doce prefectos nombrados por el sabio rey para la administración de las provincias de Israel.

Autores se encuentran que hablan de la ciudad de Dor como de una colonia Fenicia, suponiendo que los israelitas no llegaron á poseer nunca la población marítima, y sí únicamente la parte alta, á la que daban el nombre de Nafat Dor. En la inscripción del sarcófago de un rey de Sidón descubierto en el año de 1855, califícase á Dor de *poderosa*, debiendo, á lo que se cree, gran parte de su importancia á la pesca de la púrpura que se verificaba en gran escala en su costa, erizada de escollos.

Dor estuvo sujeta á diferentes y sucesivas dominaciones: en la época de Alejandro pasó del yugo de los persas al de los macedonios, lo mismo que todas las comarcas de Palestina, y luego hubo de atacar como soberanos á los reyes de Egipto, sucesores del héroe. En el año 217 antes de J. C., en la guerra que sostuvo Antíoco el Grande con Ptolomeo Filopator, fué por aquel inútilmente sitiada, debiendo renunciar á su conquista; volvió, sin embargo, transcurrido poco tiempo, á estar bajo la dominación de los reyes de Siria y á ellos permaneció sometida hasta que Deodoto, apellidado Tryfón, se alzó con aquella corona 139 años antes de nuestra era. Antíoco VII salió contra el usurpador á la cabeza de formidable hueste, y Tryfón, vencido, se refugió en la ciudad de Dor, en la que ciento y veinte mil infantes, ocho mil jinetes y gran número de naves le sitiaron por tierra y por mar. Reducido al último extremo, logró evadirse y llegar fugitivo á su patria Apamea, donde fué preso y ajusticiado.

En la intestina contienda que estalló entre los hermanos Antíoco Grypo y Antíoco de Cysico, cierto Zoilo, sin más título que su audacia, llegó á hacer suya la ciudad de Dor; acaecida su muerte, reunióla á sus Estados Alejandro Janneo, rey de los judíos, y éstos la poseían aún cuando Pompeyo en el año 64 antes de J. C. le otorgó existencia independiente, comenzando de entonces la época indicada en sus medallas. Ocho años después, Gabinio, procónsul de Siria, dió principio á su reconstrucción, porque, en efecto, había sufrido grandes quebrantos en las anteriores guerras y aun en tiempo de la dominación judaica.

Refiere el historiador Josefo que en la sinagoga que en la ciudad tenían los israelitas atreviéronse algunos jóvenes romanos á erigir la estatua del emperador Claudio; Agrippa acudió en queja á Petronio, gobernador de la provincia, y éste escribió á los magistrados una notable y enérgica carta con orden de prender á los autores de la profanación y de enviarlos á su tribunal.

En la época de Plinio no era la ciudad de Dor sino sombra de lo que antes fué, y en la de San Jerónimo estaba arruinada y desierta. Santa Paula visitó sus ruinas. Tiempo después sería reconstruída y repoblada, en cuanto fué sede episcopal sufragánea de la metropolitana de Cesarea; uno de sus obispos asistió á un concilio de Constantinopla. Créese que los Cruzados tuvieron en ella ó en sus inmediaciones una fortaleza, á la que daban el nombre de Mirla. En el día, conforme hemos visto, hállase la ciudad de Dora por completo destruída y abandonada, y hacia el mediodía, á pocos minutos de distancia del sitio que ocupó, existe el pueblo de Tantura.

A otros veinte minutos, siempre hacia el sur, encuéntrase el Ued Keradjeh que serpentea por el llano antes de su desagüe en el mar; es llamado tambien Ued Tantura, y probablemente será el Kerseos que menciona Ptlomeo al sur de Dora.

Continuando hacia el mediodía por arenosa llanura llégase, andados seis kilómetros, á orillas del Nahr Zerka (río Azul, nombre que llevan en Palestina varias corrientes de agua), que, como el Keradjeh, ha de vadearse, ya que el puente que antes en aquel punto lo atravesaba, está hace tiempo destruído. En este río el *Crocodilon flumen*

mencionado por Plinio, y los historiadores de las Cruzadas confirmaron el hecho de criarse en sus aguas cocodrilos. Vinisauf, al describir la marcha de la hueste de Ricardo, dice que llegada que fué á las márgenes del río cercano á Cesarea, llamado de los Cocodrilos, dos soldados, al bañarse en sus aguas, perecieron devorados por aquellas fieras. También en el día asimismo lo aseguran los guías; todos ellos afirman que existen pequeños cocodrilos de cinco á seis piés de longitud en el humilde río que tenemos delante, y que conviene tomar precauciones para bañarse en él ó vadearlo. Es de tradición entre los indígenas que en remota época dos pares de cocodrilos fueron trasladados de Egipto á Palestina, y puestos, el uno en el Nahr Zerka, y el segundo en otro río que corre al mediodía de Cesarea; y si bien habrá esto sido ó no verdad ello es que el hecho que de esta manera trata de explicarse, parece ser de realidad incontestable, por más que algunos autores lo ponen en duda.

A nuestra izquierda, remontando el río, quedan varios molinos, de los que están aún en actividad algunos: á orillas del mar vense las ruinas de un castillo de los Cruzados, llamado *el-Melat*, y pasando á la margen opuesta llégase á un arenoso montecillo que por el lado del mar está defendido con grandes rocas y arrecifes. Por entre la maleza asoman ruinas, entre ellas restos de mosaico; sepultado todo en la arena, y esto será sin duda lo único que queda de la ciudad de los Cocodrilos *(Crocodilopolis)*, indicada en esta costa por Strabon y Plinio como destruída y desierta ya en su tiempo.

En las márgenes del Nahr Zerka cruzaron otra vez sus armas en formal encuentro, después de la toma de Tolemaida, Cruzados y musulmanes.

«Acercábase Ricardo á Cesarea, dice la crónica de Juan Bromtom, y junto al río que lleva igual nombre avistó á Saladino que con poderosa hueste ocupaba ambas orillas, dispuesto á contrarrestar la marcha de los cristianos. Comprendió el rey de Inglaterra que soldados y acémilas padecerían gran mortandad aquella misma noche de no poder llegar al agua; vió que la retirada había de ser desastrosa, y sin vacilar y sin pérdida de momento, después de disponer que la hueste se dividiese en escuadrones, dió la orden de atacar al enemigo. La acometida fué tan vigorosa y bien conducida que los musulmanes, rotas sus filas en varios puntos, hubieron de retroceder, y el rey, pasando el río á la cabeza de los suyos, quedó dueño de las dos orillas. Ricardo midió sus armas con Saladino, y herido éste de un bote de lanza pudo á duras penas ser retirado del combate.»

Dejando á la espalda las ruinas, ó por decir mejor el sitio que ocupó Crocodilópolis, vulgarmente conocido hoy con el nombre de Kharbet-Tantur, hallamos á nuestra izquierda los residuos de antiguo acueducto. Es su fábrica romana y se cree que data de la época de Herodes; los arcos que lo sostenían quedan casi sepultados por la arena y únicamente se distingue en algún punto la parte superior del canalizo. Sin embargo, por lo poco que de ellos queda al descubierto, conócese ser obra de magnífica sillería. Remátalos una cornisa y en ésta se abre el canalizo mencionado. Bello adorno había

de ser del camino cuando á lo largo de él alzaba sus arcadas que conducían á Cesarea las aguas del Zerka; hoy el viajero pasa á la altura que tuvieron éstas, y siguiendo la costa llega en cuarenta y cinco minutos al centro de las ruinas de Cesarea, ó sea al más exiguo recinto de la ciudad de los siglos medios.

Para llegar hasta allí ha atravesado fosos y murallas, todavía de imponente aspecto á semejanza de las de una plaza de guerra europea; una vez dentro no se ven más que ruinas. Tan inmensas son que, más bien que obra del hombre, parecen ser resultado de un terremoto: tal es el cuadro de devastación que ofrecen. Lienzos de muralla yacen enteros en tierra; otros han sido arrojados al mar; enormes colunas de granito, mármoles colosales, fragmentos de pórfido, restos de templos y palacios, torres desplomadas, un anfiteatro casi cegado, y en medio de ello beduinos que apacientan sus ganados, todo ello aparece revuelto y confundido en dilatado espacio y produce en el ánimo profunda sensación de pena y horror, al tiempo que es imposible dejar de admirar su grandiosa belleza.

Un fuerte, llamado Torre de Stratón, á lo que se cree por ser éste el nombre del jefe que allí mandaba por Darío cuando Alejandro lo expugnó, ocupó en la antigüedad el lugar en que se levantó después Cesarea. La escasa población que allí vivía componíase de griegos originarios de Siria.

Herodes el Idumeo, apellidado el Grande, que tal nombre merece así por sus crímenes como por sus magníficas construcciones, fué el fundador de la ciudad. Sucedió esto poco después de la decisiva batalla de Accio que dió el imperio á Augusto; Herodes, en un principio partidario de Bruto, fuélo luego de Antonio, quien le hizo tetrarca y después rey de Judea, hasta que, siempre al lado del más fuerte, según expresión de Josefo, voló á Rodas, vencido Antonio, á prestar homenaje al vencedor Octavio. Entonces, en honor de su nuevo ídolo, fundó la ciudad y la llamó Cesarea.

Complácese aquel historiador en describir las inmensas obras que realizó Herodes para embellecer y fortificar su nueva ciudad, y hacer de ella lugar de delicias y de gran comercio. «Observó Herodes, dice, que entre las poblaciones marítimas había una llamada Torre de Stratón que, si bien caída en miserable estado, era muy propia, á causa de su situación excelente, para los vastos y magníficos planes que en su mente concibiera, y no necesitó más para reconstruirla por completo con hermosa piedra blanca y embellecerla con soberbios palacios. Desde Dora hasta Joppé, entre las que se halla esta ciudad situada, estaba la costa desprovista de puertos, hasta el punto de que cuantos buques navegaban por el litoral fenicio dirigiéndose á Egipto veíanse obligados á anclar en alta mar por no exponerse á los embates del Africo, cuyo soplo, aun sin llegar á su mayor fuerza, levanta grandes olas entre los escollos de la costa y embravece el mar á gran distancia. Sin reparar en dispendios, el rey, con generosa esplendidez, triunfó de la naturaleza y construyó un puerto mayor que el del Pireo; y dentro de él varios y profundos anclajes para las naves... Medido el espacio á ello destinado, dispuso que fuesen arrojados al mar, á la profundidad de

veinte brazas, piedras de cincuenta piés de longitud por diez de anchura, y algunas de volumen aún mayor; llenado que hubo el abismo alzó, en una extensión de doscientos piés, un muro ó dique que rodeaba el puerto; flanqueábanlo á regulares intervalos robustas y vistosas torres, dando á la más bella é importante el nombre de Drusia, en honor de Druso, yerno del emperador... A ambos lados de la entrada del puerto, situada al norte, elevábanse tres colosos sobre otras tantas colunas.» En el suntuoso templo, que por estar construído en una altura divisaban los navegantes de muy lejos, pusiéronse soberbias estatuas de Roma y del César. El anfiteatro era notable por su grandiosidad y belleza, y hasta las cloacas, según Josefo, eran obra por todo extremo admirable.

Doce años duraron los trabajos de construcción comenzados á los veinticinco antes de J. C.; en el año 13 se dieron por concluídos, y con solemnes fiestas fué celebrada la dedicación de la nueva ciudad á César Augusto. Y para más acreditar á éste su devoción quiso Herodes que Cesarea perteneciese á la provincia de Siria y dió al puerto el nombre de *Sebaste*, traducción griega de la palabra latina *Augustus;* por esto en varias medallas se lee: *Cesarea inmediata al puerto Sebaste.*

Así fué como la nueva ciudad se distinguió de todas las demás Cesareas, y en particular de la Cesarea de Filipo, que algún tiempo después fundó al pie del monte Paneas el tetrarca hijo de Herodes. Diéronsele también los nombres de Cesarea marítima y de Cesarea de Palestina, y por su magnificencia fué en breve la capital más importante del país, tanto que aún antes de la destrucción de Jerusalén servía ya de residencia á los procuradores romanos de Judea.

En el Nuevo Testamento se hace de esta Cesarea repetida mención. A fines del año 43 de nuestra era, cuando san Pedro hubo alcanzado milagrosamente libertad. Herodes Agrippa, después de disponer el suplicio de los soldados encargados de su custodia, salió de Judea y fué á Cesarea; allí, mientras rodeado de regia pompa hablaba al pueblo, fué herido por el ángel del Señor, dicen los Hechos de los Apóstoles, y comido de gusanos espiró. Acaecida su repentina y misteriosa muerte, los habitantes de la ciudad, sin tener en cuenta sus beneficios y los de su abuelo, que con tanta esplendidez la embelleciera, se entregaron á estruendosa alegría é hicieron objeto de groseros ultrajes las estatuas de sus hijas que aún vivían.

En Cesarea, en el año 39 de la era vulgar, iluminó la luz de la fe al primer gentil en la persona del centurión romano Cornelio, el cual fué bautizado con toda su familia por san Pedro, llegado de Joppé con este objeto. Cornelio sucedió á Zacheo, primer obispo de la ciudad; su casa fué convertida en iglesia, y por un pasaje de las obras de san Jerónimo sabemos que en peregrinación la visitó santa Paula.

El apóstol san Felipe volvió á Cesarea su patria después de bautizar al eunuco de la reina de Etiopía; en la ciudad tenía su casa y en ella vivían sus cuatro hijas, consagradas á Dios con voto de virginidad y dotadas del don de profecía. Santa Paula visitó sus estancias, objeto aún en aquel tiempo de gran veneración.

En el año 58, á su regreso del Asia Menor, san Pablo, después de saludar en Tolemaida á los fieles sus hermanos, se dirigió á Cesarea, hospedándose unos días en la casa de Felipe. Marchó luego á Jerusalén, y á poco, preso y maltratado por los judíos que no podían perdonarle su conversión, fué entregado al tribuno romano, quien, para librarle del furor popular, le envió con fuerte escolta á Cesarea. Dos años permaneció allí encarcelado en el alcázar de Herodes; sometido á varios interrogatorios por Félix, gobernador romano, quien deseaba por este medio congraciarse con los judíos que pedían su muerte, y después por Porcio Festo, su sucesor, que no halló en él cosa que mereciese pena, fué, por último, presentado al rey Agrippa, y con tanta entereza le habló y tales razones adujo en su defensa que el rey acabó por decirle: «—Por poco, Pablo, me persuades á hacerme cristiano.—Pluguiese á Dios, dijo el apóstol, que por poco y por mucho, no tan sólo tú, sino cuantos me oyen, fueseis hechos hoy tales, cual yo soy, excepto estas prisiones.» En el puerto de Cesarea, bajo la custodia de un centurión, fué embarcado el Apóstol de las gentes en unión con otros presos, para ser llevado á Italia á disposición del César, á cuya autoridad apelara.

Ya entonces había sido teatro Cesarea de graves turbulencias promovidas por las rivalidades que existían entre los judíos y los sirios ó griegos en ella establecidos. Pretendían los primeros pertenecerles la supremacía en una ciudad fundada por Herodes, que era judío, y alegaban, por el contrario, en su favor los segundos haber sido los primitivos moradores de la Torre de Stratón, sin que hubiese habido entre ellos ni un solo judío. A tal punto de exaltación llegaron los ánimos, que unos y otros recurrieron á las armas, y el gobernador Félix envió contra ellos tropas, resultando que varios principales judíos fueron muertos y sus casas saqueadas. Llamado el gobernador á Roma, allí se dirigieron también muchos judíos de Cesarea para acusarle ante el emperador; pero, sin lograr en sus gestiones resultado favorable, fué aquél absuelto merced al poderoso influjo que su hermano Pallas ejercía en el ánimo de Nerón. Más afortunados los enviados sirios atrajeron á su causa á Burro mediante dinero, y de este modo alcanzaron un decreto imperial privando á los judíos de Cesarea del derecho de ciudadanía.

Más con esto se encendió la discordia, y transcurridos pocos años, en el de 65, los griegos de Cesarea, favorecidos por el entonces gobernador Floro, dieron muerte á veinte mil judíos; los soldados romanos les ayudaron en la cruel matanza, y hasta se dió el caso de ser por el gobernador condenados á las minas los pocos que de ella se libraron. La noticia del suceso puso en armas á la Palestina entera, y éste fué el comienzo de la terrible guerra que había de concluir con el total exterminio de la nación judaica.

En Cesarea se hallaba Vespasiano cuando en el año 68 supo, á la vez que la muerte de Nerón, la proclamación de Galba, y sin demora dispuso que su hijo Tito, acompañado del rey Agrippa, partiese á Italia para felicitar al nuevo emperador.

Transcurrido apenas un año recibió, también en Cesarea, la noticia de que Vitelio,

elevado al poder supremo, había entrado en Roma con las legiones de Germania; no lo supieron con gusto las de Siria, por él mandadas, y en Cesarea proclamaron emperador á su general, al tiempo que otras tropas lo verificaban en Alejandría.

En esta ciudad se embarcó para tomar tierra en Cesarea su hijo Tito al ir á poner sitio á Jerusalén, y cuando en el año 70 quedó dueño de la infortunada capital, volvió á Cesarea, y en su anfiteatro celebró magníficos juegos en los que perdieron la vida, para solaz de sus crueles vencedores, más de dos mil y quinientos prisioneros.

Vespasiano otorgó á Cesarea las franquicias de colonia romana, y sus ciudadanos quedaron exentos del impuesto de capitación; su hijo Tito eximió de toda clase de tributo el territorio de la ciudad, la que á contar de esta época recibió el nombre de *Colonia prima Flavia*.

Desde los primeros años de la Iglesia existió en Cesarea una comunión cristiana, y de su sede episcopal elevada después á metropolitana, eran sufragáneos todos los obispos de la *Palestina prima*. Un concilio allí reunido en el año 195 decretó que la Pascua se celebrase en domingo, día en que el Salvador triunfó de la muerte. Orígenes, al dejar Alejandría, halló refugio en Cesarea cerca de su prelado Theoctistio, quien, sabedor de sus profundos conocimientos en la Sagrada Escritura, le exhortó á explicarla al pueblo, aunque seglar; al poco tiempo elevóle á la dignidad sacerdotal.

Eusebio, que ha legado á la posteridad preciosos escritos sobre la Tierra Santa, fué obispo de Cesarea, y en esta ciudad padecieron martirio san Pánfilo y otros muchos cristianos en el año de 308, bajo el imperio de Diocleciano.

Contra los fieles de su recinto se alzaron en el año de 548 judíos y samaritanos, y á gran número arrancaron la vida, saciando además su furor con entregar las iglesias al fuego y al saqueo; entre los muertos se contó el gobernador, y en castigo de tantos ultrajes hizo severa justicia el emperador Justiniano por medio de su general Amancio, enviado para ello á Palestina.

Un siglo después, en el año de 638, Abu-Obeida, lugarteniente del califa Omar, atacó á Cesarea. Guarnecíanla cuarenta mil soldados al mando de Constantino, hijo del emperador Heraclio, y á pesar de contar con tan numerosas fuerzas, caído de ánimo y sin atreverse á resistir luego que supo haber abandonado su padre el territorio de Siria, se fugó de la ciudad por mar. Abandonada por su general, Cesarea abrió sus puertas por capitulación á la hueste del califa.

Llegados á Tierra Santa los guerreros de la primera cruzada, el emir que en la ciudad mandaba por el califa de Egipto El-Mostallí-Billah, celebró un tratado con Godofredo de Bouillon, de quien se declaró tributario. A Balduino I, en el año de 1101, correspondió la gloria de hacer suya la importante plaza, auxiliado por una escuadra genovesa recién llegada de Occidente, atacóla por tierra y por mar, y después de quince días de repetidos combates, el impaciente valor de los cristianos, sin aguardar la conclusión de las torres y máquinas de sitio, se lanzó á un asalto general. A la primera luz del alba reciben los soldados de la cruz la absolución de sus pecados, el patriarca,

llevando el leño de la cruz, los exhorta á pelear sin miedo, y dada la señal, precipítanse en los fosos, plantan las escalas y, venciendo desesperada resistencia, invaden torres y murallas. Sus defensores fueron pasados á cuchillo, y el botín, así en prisioneros como en objetos preciosos, llevó la abundancia á la hueste vencedora. De él formó parte, correspondiendo á los genoveses, una copa de esmeralda de figura exágona, de la cual decía la tradición haber servido en la última cena de Nuestro Señor Jesucristo [1]. Balduino dejó en Cesarea numerosa guarnición, y restableció en ella la sede metropolitana.

Durante la dominación latina experimentó la ciudad varias reformas y reconstrucciones, hasta que cesó aquélla en el año de 1187, al presentarse delante de sus muros Saladino, triunfador en Tiberíades y dueño ya de Tolemaida, Naplusa y otras plazas. Recobráronla cuatro años después los cruzados vencedores en Tolemaida, y otra vez la perdieron en 1219, para ocuparla de nuevo cuando los musulmanes hubieron desmantelado sus fortificaciones. Restaurólas san Luis en el año de 1251, empleando en ello sumas y trabajos considerables, y en 1265 el sultán de Egipto Bibars ben-Dokdar se apoderó de la ciudad por sorpresa. «Nadie en el ejército, escribe Makrisi, sabía, al ponerse en marcha después de amenazar á Tolemaida, el objeto de la expedición; fingía el sultán no ocuparse en otro que en la caza, cuando de pronto, un jueves, día 8 de giumadi (26 de febrero) dió la imprevista orden de reunir la hueste delante de Cesarea. Desapercibidos halló á sus moradores, y cuando los musulmanes aquel mismo día escalaron los muros sirviéndose de las picas y de las correas de sus monturas, quedaron dueños en pocos momentos de importantes puntos.» Refugiáronse los cristianos en la ciudadela, que era, sigue diciendo el escritor arábigo, uno de los mejores fuertes de Palestina, y en ella opusieron tenaz resistencia á las redobladas acometidas que, ya con ingenios y máquinas de batir, les daban los sitiadores. El sultán, según dicho cronista, se estableció delante de la fortaleza, en lo alto de una iglesia, desde donde dirigía el ataque, y aquella iglesia sería sin duda la antigua catedral, de la que, conforme luego diremos, existen todavía algunas ruinas; al fin, los sitiados, agotados sus recursos y medios de defensa, rindieron la ciudadela con promesa de conservar la vida. Sin pérdida de momento, ocupada que fué por los vencedores, dió Bibars la orden de destruir la ciudad, y él mismo, al frente de sus emires y de sus soldados, se entregó con afán á la obra devastadora. Asoláronse también las cercanías, dice Makrisi, donde no quedó en pie un árbol, ni una casa, y cuando todo estuvo derribado y destruído púsose el sultán en marcha contra la plaza de Arsuf.

En el año de 1291 Khalil Malek-Achraf hizo aún más completa y total la destrucción de la infortunada ciudad, y ya en la época de Abulfeda, es decir, á principios del siglo XIV, estaba convertida en desierto é inmenso campo de ruinas. Éstas, como las de Atlith, Dora y Arsuf, van desapareciendo poco á poco para ser empleadas en otros

[1] Llevada á Italia, la venerada reliquia forma parte del tesoro de la iglesia de San Lorenzo, en Génova, habiendo sido uno de los objetos cuya devolución se exigió á los franceses en el año de 1815.

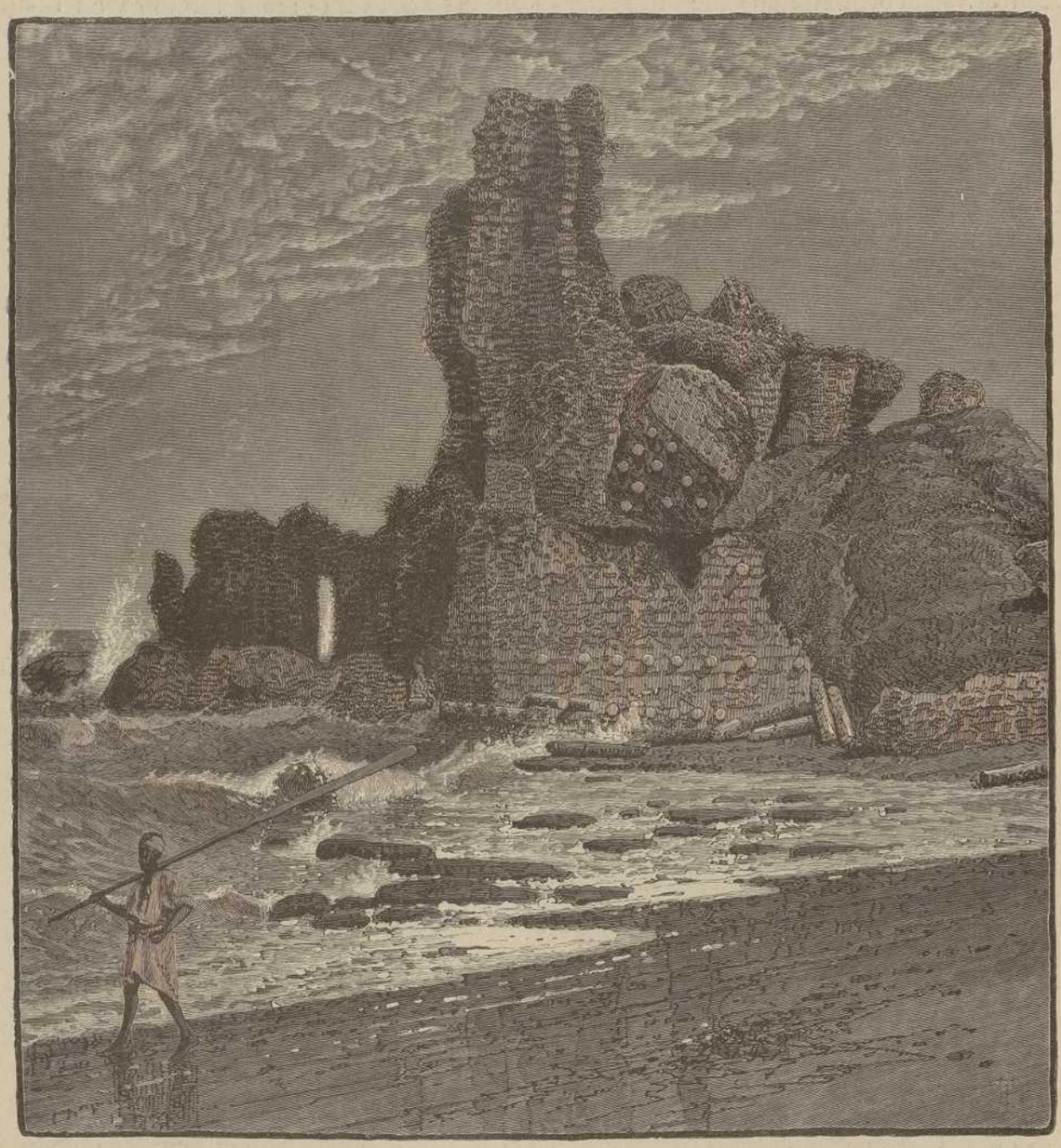
puntos como materiales de construcción, é Ibrahim-Bajá hizo de las de Cesarea gran consumo en las fortificaciones de San Juan de Acre.

Veamos, pues, lo que de ellas queda, comenzando por el recinto murado de la Edad Media, recinto que, reconstruído la última vez por san Luís, encuéntrase casi en el mismo estado en el que lo dejaron en 1265 y 1291 los sultanes Bibars y Khalil el-Achraf. El coronamiento de la muralla y de las torres ha sido demolido y en distintos

Ruinas de una parte del recinto septentrional de Cesarea

puntos se abren dilatadas brechas, pero la configuración general del recinto se conserva, y sin dificultad puede suplir la imaginación lo que falta. Forma por el lado del mar, cuyo contorno sigue, un paralelógramo irregular de quinientos metros de longitud de norte á mediodía por una anchura media de trescientos de levante á poniente. El espesor del muro es de dos metros en su parte superior, y mayor en su base, que forma talud; construído con piedras de regulares dimensiones unidas con rara pulcritud, tenía, á una distancia que varía entre quince y ventisiete metros de una á otra, torres de once metros á lo largo por nueve á lo ancho, con dos pisos y en comunicación todas por

medio de angosto pasadizo abierto en el grueso de la muralla y corriendo á lo largo de las cortinas. De estas torres subsisten diez en el muro oriental, tres en el septentrional y cuatro en el de mediodía; en el lado del mar puede decirse que sólo queda la base de la muralla, al paso que conserva en los otros una altura de seis á nueve metros; fosos de unos quince metros de anchura, con escarpa y contraescarpa, la rodean.



Castillo y puerto de Cesarea

Tres puertas daban ingreso á la ciudad por la parte de tierra, y de ellas sólo la meridional se conserva; otra la ponía en comunicación con el puerto. Peñascosa lengua de tierra entra en el mar hacia el sudeste como unos cuatrocientos metros y separa dos ensenadas; la del sur abríase, en la época de las Cruzadas, frente á un arrabal; la del norte servía de puerto á la ciudad propiamente dicha.

Esta lengua de tierra ó dique natural fué por Herodes prolongada al emprender las grandes obras de que nos ha hablado el historiador Josefo para construir vasto y

seguro puerto que pudiese competir con el del Pireo, sino sobrepujarlo. De las que en ella se realizaron pocas quedan; consérvanse sí vestigios considerables de la fortaleza

Torre y castillo de Cesarea

que los Cruzados allí levantaron y que sucedió, á lo que con verosimilitud se cree, á un castillo musulmán, construído sobre las ruinas de la torre de Druso, la cual á su vez

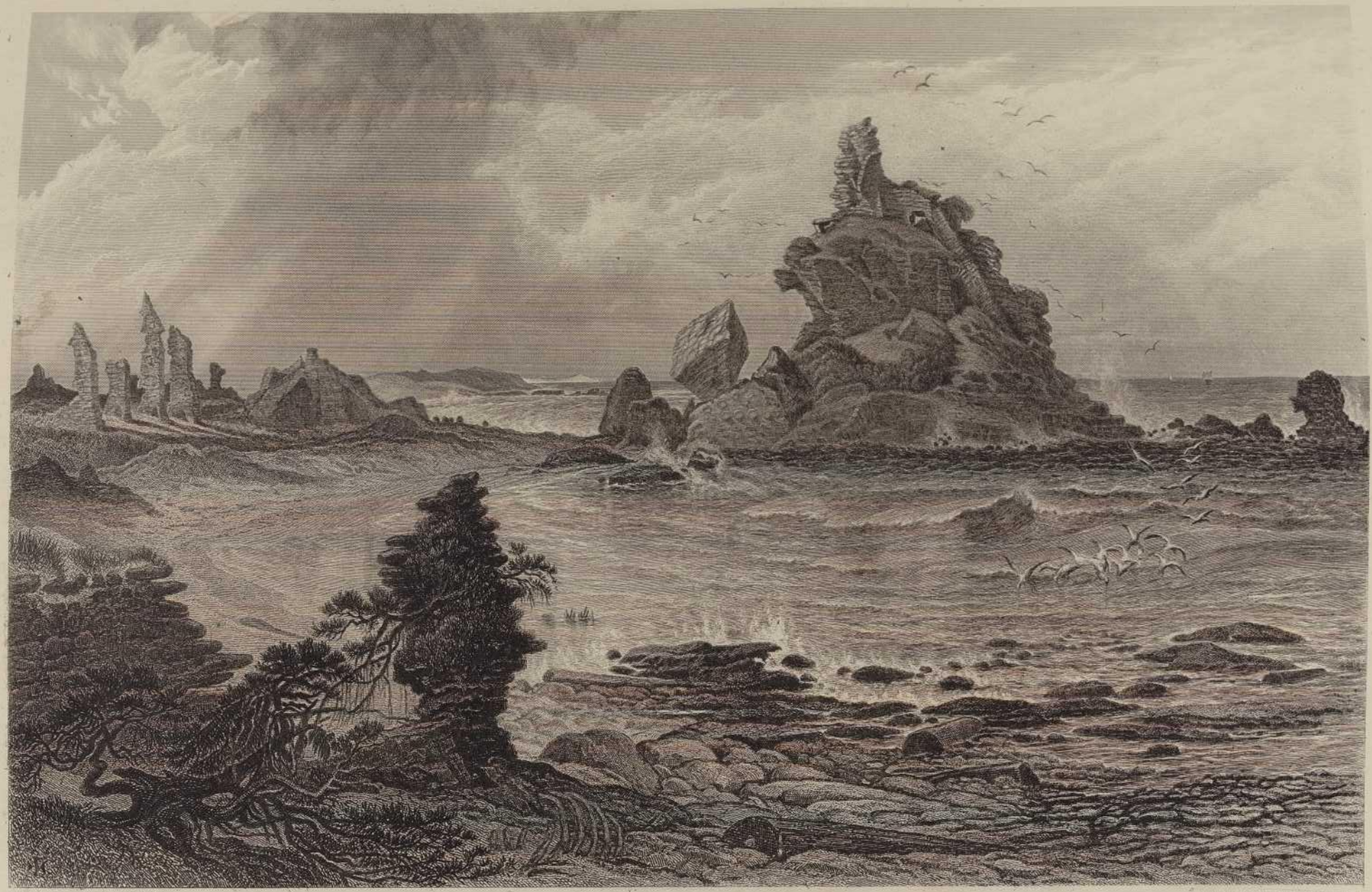
reemplazaría á la más antigua de Straton. Las hiladas inferiores de aquella fortaleza consisten en grandes sillares, almohadillados casi todos; gran número de colunas de mármol y también de granito ceniciento ó rosado fueron empotradas como piezas de sostenimiento en las obras de mampostería, colunas que en la época herodiana serían adorno de templos y palacios. En el año de 1854 y en el de 1863, escribe M. Guerin, pude admirar todavía los residuos de hermoso salón ojival, pero después de la última fecha ha sido casi demolido del todo, y enormes lienzos de pared yacen derribados en el mar. Hacia el oeste y debajo de la fábrica de la Edad Media distínguense las líneas de tres estancias contiguas con pavimento de mosaico, estancias que, según opinión común, datan del tiempo de Herodes. A oriente, el promontorio rematado en la fortaleza expresada, estaba aislado de tierra firme por un foso de veinticinco pasos de anchura por cuyo borde oriental pasaba ancha y hermosa calzada; el foso, que hoy está casi cegado, hacía las veces de verdadero canal por el que se ponían en comunicación las aguas del puerto propiamente dicho con la ensenada meridional.

El segundo dique, ó sea el septentrional, hállase por completo destruído; en el sitio que ocupó vense derribadas y cubiertas por las aguas infinitas colunas de granito. En cuanto á los colosos que adornaban la entrada del puerto habrán sido llevados hace tiempo á otros lugares, ó yacerán en el fondo del mar.

Alrededor de este fondeadero algunas baldosas diseminadas y ocupando aún su lugar propio son los últimos restos del magnífico muelle que servía de paseo público, según se sabe por Josefo. Las arcadas que lo embellecían y eran resguardo para los paseantes han sido arrasadas casi por completo.

Ahora, si por ante la maleza y las altas y espinosas hierbas de que por todos lados está erizado el suelo nos dirigimos á explorar lo interior del murado recinto, á cada instante detendrán nuestros pasos los montones de escombros y de materiales de todas formas procedentes de las casas y edificios destruídos; por esto importa no avanzar sin gran precaución y sin sondear antes el suelo por entre aquella espesura, ya que en él se han hecho muchas excavaciones para extraer, como de una cantera, piedras, mármoles y colunas. Excepto las vastas cloacas que menciona Josefo, todas las demás obras debidas á Herodes es probable que habrán desaparecido hace siglos para ser sustituídas primeramente con fábricas musulmanas en la época de la conquista arábiga, y después con las construcciones y restauraciones del tiempo de las Cruzadas, destruídas éstas á su vez por la guerra y el vandalismo de los hombres. La única ruina de alguna importancia que allí se levanta es la de una iglesia orientada de oeste á este midiendo setenta pasos á lo largo por veintiocho á lo ancho; su fachada occidental estaba apoyada en cuatro contrafuertes que aún subsisten. De sus tres naves, derribadas del todo, sólo quedan confusos montones de escombros; no así de sus tres ábsides semicirculares, cuyas líneas son todavía perfectamente visibles. Debajo de las naves ábrese abovedada cripta que parece ser muy anterior á la iglesia.

Ofrece ésta en su construcción iguales caracteres que la muralla, y por su situación



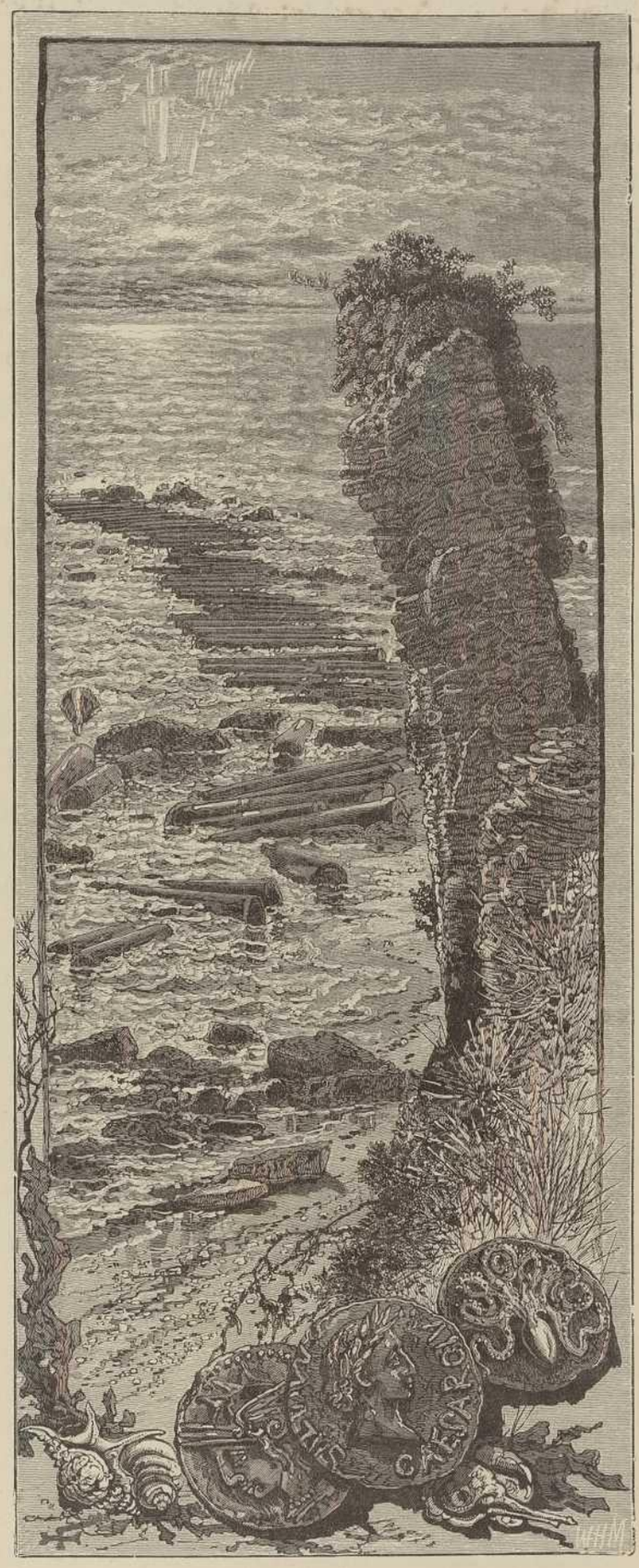
HARRY FENN. PINXT

J. C. ARMYTAGE. SCULPT

CESAREA.

ESPASA Y COMPª EDITORES.

en una eminencia junto al puerto créese que ocupó el lugar donde se alzó el magnífico templo erigido por Herodes en honor de Augusto, en el que se admiraban dos colosales estatuas, de Augusto la una, comparable, dice Josefo, al Júpiter de Olimpia, y la otra, representando á Roma, á la Juno de Argos. Al abrazar Cesarea la religión cristiana es de creer que el templo fuese derribado para ser sustituído con una iglesia, ó quizás transformado y dedicado al nuevo culto, se convirtió en la catedral de la ciudad; en tiempo de la primera Cruzada allí mismo estaría la mezquita principal de Cesarea, donde, al caer la plaza en el año 1101 en poder de Balduino I, pereció gran multitud á filo de espada, y después volvería á ser lo que antes fuera, esto es, una iglesia metropolitana. En sus altos se situó Bibars para dirigir el ataque de la ciudadela.



Columnas derribadas en el puerto de Cesarea

En cuanto á los demás edificios de la Cesarea latina tal como los Cruzados la dejaron, experimentaron después tan completa destrucción que es difícil, sino del todo imposible, describirlos.

Las ruinas que vemos fuera del recinto de la Edad Media pertenecen al de la ciudad romana, la cual, más extensa que aquél, principalmente por el lado de oriente, describía una línea semicircular alrededor del puerto y de las ensenadas inmediatas. Saliendo, pues, de la ciudad de los Cruzados por la puerta meridional que aún subsiste, lo mismo que el piso inferior de las dos torres que la flanqueaban, encontraremos á nuestra izquierda, en la ladera de un montecillo,

residuos de un anfiteatro que fué capaz, según Josefo, para veinte mil espectadores; de su gradería nada existe; una docena de colunas de granito yacen derribadas en el punto donde se supone que estuvo la escena.

Siguiendo hacia el sur queda á la derecha una ensenada y hállase á la izquierda, en una altura, los restos de una torre que perteneció, al parecer, á la línea meridional del recinto antiguo, distante como un kilómetro del de la Edad Media, corriendo por una serie de arenosas colinas en el día cubiertas de lentiscos, cuyas ramas, unidas á la arena acumulada, ocultan por completo la línea de los antiguos muros.

Por oriente han de recorrerse novecientos metros á lo menos para llegar desde la muralla de los Cruzados á las ruinas del recinto herodiano, atravesando varios campos labrados unos y otros erizados de espinosa maleza, por entre la cual no es fácil abrirse camino. Aunque en todas direcciones hállase removido el suelo en busca de materiales antiguos, todavía aquí y allí pueden verse trozos de coluna, cisternas, pozos, fragmentos de mosaico y vestigios de varias casas. Entre todo, lo que con preferencia atrae la atención en medio de un campo es un hermoso obelisco de granito rosáceo; arrancado de su base, que es de la misma piedra y ocupa aún su lugar propio, ha sido cortado y aserrado en diferentes partes, sin duda á fin de transportarlo con más facilidad; y sin embargo, excepto la cúspide que ha desaparecido, parece que á causa de su mole han sido vanos cuantos esfuerzos se han hecho para trasladarlo; allí permanece derribado al suelo, midiendo catorce metros de longitud, que serían quince cuando estuvo entero; en los tres lados que están á la vista, tersos y pulidos, no se lee inscripción ninguna, y no se dice si tiene algunos caracteres ó jeroglíficos el que toca con la tierra. En el mismo campo en que estamos álzanse tres gigantescos mojones ó pilares, también de granito rosado, que han sufrido igualmente la operación de la sierra. Según M. Guerin, es muy posible que nos encontremos en el área de antiguo circo, indicando estos pilares el límite de la *spina* y ocupando su centro el obelisco.

Por la parte del norte, siguiendo las sinuosidades de la costa, distínguense señales de muelles enbaldosados y ruinas de vastos almacenes, de torres, de muros que corrían de una á otra, y de dos acueductos: conducía el uno á la ciudad las aguas del Nahr Zerka y el otro las de Sebbarin. En seguida, á unos ochocientos metros de la muralla de la Edad Media, encuéntrase la línea septentrional del recinto herodiano.

Este es el estado actual de la ciudad cuya triste historia queda bosquejada; los árabes la llaman Kaisarieh.

III

Laguna de Cesarea. — Recuerdos de las Cruzadas. — La selva de Arsuf. — La llanura de Sarón. — El *Nahr el-Falek*. — Victoria de Arsuf. — Los soldados de Bonaparte en estos lugares. — RUINAS DE ARSUF. — Godofredo de Bouillon en el cerco de Arsuf. — Destrucción de la ciudad. — *Kefr Saba*. — La antigua ANTIPATRIS. — Diferentes opiniones acerca de su situación. — *Kalat Ras el Ain*. — El *Nahr el Audjeh*. — JAFFA. — Sus tradiciones. — Andrómeda y Perseo. — El profeta Jonás. — Noticias históricas. — San Pedro en Jaffa. — La ciudad en la época de las Cruzadas. — Ricardo Corazón de León repara sus fortificaciones. — Hazañas de Ricardo en Jaffa. — San Luís. — Bonaparte. — Jaffa en su estado actual. — Su puerto. — El convento latino. — Otros conventos. — Institutos religiosos. — Bazares. — La mezquita. — La casa del curtidor Simón. — Población. — Los vergeles de Jaffa. — Comercio.

Con el alma afligida y llena la mente de melancólicas ideas por las catástrofes que se ven escritas en aquel campo de ruinas, entre las que murmura el viento como plañidera voz de sangre y dolores, sigamos el camino que serpentea á poca distancia de la playa. Tres cuartos de hora habremos andado al sur de Cesarea cuando hallaremos un riachuelo, el *Nahr Akhdar* ó *Kaisarieh*, el cual, antes de su entrada en el mar, forma una laguna en cuyas altas márgenes crecen en abundancia juncos y cañas; sus aguas no corren y parecen muy profundas y como estancadas, y de ahí el nombre de *fluvius Mortuus* que le dieron los escritores cristianos de los siglos medios; llamáronle también aquellas crónicas *Laguna de Cesarea*.

Junto á ella acampó la hueste de la primera Cruzada después que, habiendo dejado el llano de Tolemaida, avanzó por entre el mar y el monte Carmelo, y sucedió que una paloma mortalmente herida por un gavilán, vino á caer espirante en medio de las tiendas cristianas. Recogióla el obispo de Apt y observó que llevaba debajo de sus alas una carta que, escrita por el emir de Tolemaida, el mismo que acababa de celebrar con ellos un tratado, al de Cesarea, decía así:

El Emir de Akka al de Kaisarieh:

»Una raza de perros ha atravesado mi territorio; es un pueblo necio, turbulento é indisciplinado, al cual, por el amor que tienes á tu ley, has de causar por tu mano y por la ajena cuanto daño te sea dable: avísalo asimismo á las demás ciudades y castillos.»

Comunicada en seguida la carta á los caudillos y al ejército, quedó para todos patente, dice Ramón de Agiles, testigo presencial, la protección que del Señor los Cruzados merecían, ya que así permitía que hasta las aves del cielo se pusieran al servicio de su santa empresa.

Noventa y dos años transcurrieron, y Ricardo Corazón de León, en su marcha de Cesarea á Jaffa por la costa, se detuvo en este mismo sitio, en las márgenes del

Río Muerto, y dió á sus tropas dos días de descanso. Los arqueros musulmanes no habían dejado de hostilizar á la hueste desde las inmediatas alturas, y dicen las crónicas que muchos guerreros cristianos mostraron su armadura erizada de flechas.

En estos lugares corrió Balduino I inminente peligro de perder la vida, según refiere el cronista Alberto de Aix.

En los cortos intervalos de paz que tenía el reino de Jerusalén, dice, gustaba Balduino de salir á caza; cierto día que, acompañado de diez caballeros, cazaba en las cercanías de Cesarea, en las inmediaciones de la laguna, llególe la nueva de que sesenta jinetes musulmanes se habían diseminado por la comarca para robar á los cristianos. Aunque armados á la ligera, sin corazas, adargas ni lanzas, Balduino y los suyos no vacilaron en espolear sus caballos y en precipitarse espada en mano en medio de los grupos de sarracenos. Iba el rey á la cabeza, según expresión del cronista, *cædem multiplicans*, multiplicando la muerte, hasta que, durante la pelea, fué herido por una flecha enemiga en aquel punto del cuerpo en que se unen los muslos con los lomos, y bañado en sangre, cayó del caballo. Al verle herido, crecieron la ira y el denuedo de sus compañeros, y después de poner en fuga á los enemigos, lleváronle á Jerusalén, siendo recibidos por el pueblo con universales demostraciones de pena. A los pocos días, merced á los cuidados de entendidos doctores, acaba diciendo Alberto de Aix, todo temor había desaparecido.

Sigamos nuestro camino al sur, y á los nueve kilómetros hallaremos otro riachuelo, que lleva el nombre de *Nahr Abu Zaburah;* sus aguas son ligeramente salobres, y por esto lo llamaron los Cruzados *flumen Salsum*. También en sus orillas acampó el ejército de Ricardo. A poca distancia de su desembocadura, hacia el norte, dos pequeños cabos forman un reducido puerto, y en sus inmediaciones pueden verse residuos de construcciones antiguas.

Más allá del Nahr Abu Zaburah el camino de la playa, ya muy angosto, va estrechándose más cada vez entre el mar por un lado y por el otro una línea de acantiladas peñas, algunas de las que se adelantan hasta dentro del agua; el terreno comienza á elevarse, y el camino, en los puntos en que ha de apartarse de la costa, penetra en aquella quebrada región, al este de la cual se extiende la feraz llanura de Sarón, en parte labrada y cubierta en primavera de doradas espigas, y en parte sombreada por grupos de encinas, diseminados en terreno rojizo y arenoso. Algunas hay que alcanzan la altura de diez metros y más, pero la mayor parte son carrascas que apenas pasan de la de arbustos ordinarios. Varios algarrobos despliegan sobre ellas sus frondosas copas, semejantes de lejos á tiendas de campaña, y allí suelen tener madriguera fieras y forajidos. Esto es lo que queda del famoso bosque cantado por el Tasso y conocido en las crónicas de los siglos medios con el nombre de Selva de Arsuf, por prolongarse entonces hacia el mediodía hasta los alrededores de aquella ciudad.

Los Cruzados de Ricardo, sin cesar hostigados por los sarracenos, atravesaron la

temida selva. «Al dejar las orillas del Río salado, dice el cronista Vinisauf, debía la hueste cristiana pasar por la selva de Arsuf; creíase que el enemigo le pondría fuego; pero los peregrinos, con gran precaución, apretadas las filas y prontos para el combate, la atravesaron sin hallar obstáculo, y fueron á acampar á dilatado llano, junto á un río que tiene por nombre *Rochetailie.*»

En los tiempos primitivos frecuentó esta montañosa comarca una raza gigantesca, la de los Pherezeos y Raphaimitas formidables, pueblos aborígenes de esta parte de la tierra de Canaán.

Sometidos que fueron los cananeos por los israelitas, los hijos de Josef, poco satisfechos con los montes de Efraim que les tocaron en suerte, llevaron sus quejas á Josué, quien les dijo: «Si tan numerosos sois penetrad en la selva y extendeos desmontándola por tierras de los Pherezeos y Raphaimitas. «Y en efecto, hacia el sudeste se prolonga el bosque hasta los montes de Efraim, que en lontananza se divisan á lo largo de la llanura de Sarón. Hoy los beduinos nómadas, con sus ganados, son los únicos que disputan la posesión del selvático lugar á los jabalíes, panteras, hienas, chacales y otras fieras que en gran número lo recorren.

La llanura de Sarón penetra con suaves ondulaciones hasta el territorio de Judea, y por el este limítanla en varios puntos elevados montes; en muchas de sus cumbres puede divisar el viajero los solitarios restos de despobladas ciudades, como al navegar por el Rhin ó el Danubio contempla las ruinas de los siglos medios. En tan dilatado y feraz territorio apenas alcanza la mirada á fijarse en una aldea; manadas de cabras, unos pocos campos de trigo, algunos olivos, y aquí y allí las negras tiendas de los beduinos es el espectáculo que se ofrece al dejar el bosque á la espalda en unos llanos que podrían sustentar una población de trescientas mil almas.

A unas dos horas y media hacia el interior de la llanura y en los valles que á ella conducen subsisten las ruinas de dos castillos de los Cruzados, á los que dan los árabes los nombres de *Kalansaue* y *Kakon*. Sin llegar hasta ellas, los viajeros suelen hacer alto en un pequeño otero donde existen unas pocas chozas de tapia y ramaje sombreadas por inmenso sicomoro, á poca distancia de clara y abundosa fuente. Habítanlas algunas familias de labradores, cuyas mujeres se dan color en el rostro y el pecho. Llámase este lugar Galgal, nombre que llevaba también una ciudad á orillas del Jordán, y sábese que en la época de la conquista hebrea hubo allí un rey que fué vencido por Josué. En tiempo de san Jerónimo no pasaba de ser una miserable aldea, y en el día ni de tal puede calificarse.

En aquella eminencia colocado, en vano es que indague y pregunte el viajero dónde, entre los montones de polvo y escombros que á su alrededor distingue, estuvieron situadas célebres ciudades; nadie sabe lo que fué de la torre de Aphec, de la opulenta Sarón, de Apherima, cedida por Demetrio á Judea, de Helón la sacerdotal, de Baalsalisa, que en tiempo de hambre envió panes á Elíseo: todas han sido destruídas. La amenidad de los campos, la sombra de las selvas, hasta la corriente de los ríos, todo ha

desaparecido; los enemigos devorarán vorazmente esta tierra *(devorabunt Israel toto ore)*, dijo Isaías, y no se olvide que esta tierra es la llanura de Sarón, famosa por su feracidad y belleza. Más de dos mil años van cumplidos desde que aquel profeta, con aquella sublime concisión suya, anunció lo que está hoy sucediendo: *Factus est Saron sicut desertum*, Sarón no es más que un desierto.

Aún así, todavía al llegar los hermosos días de primavera, con su tupida alfombra de hierba y sus colosales espigas y sus grupos de arbolado ofrece el aspecto de inmenso y pintoresco parque, que se extiende desde la base del Carmelo al norte hasta Jaffa

Ruinas de un khan en Umm-Khaled

al mediodía, desde los montes de Judea por oriente hasta el mar por occidente. El nombre de Sarón parece haberse empleado para designar un territorio de feracidad y belleza extraordinaria, y tres son las vegas ó llanos que lo llevaron en la antigua Palestina: la primera en la opuesta orilla del Jordán, en la región de Basán, residencia de la tribu de Gad; la segunda en Galilea, en las cercanías del monte Thabor, y la tercera, la llanura en que ahora estamos, comprendida entre Jaffa, Ramleh y la Cesarea marítima.

Verificada la excursión á Galgal volvamos otra vez á la costa para seguir nuestro camino á Jaffa; por terrenos arenosos, cubiertos de alta maleza y morada de numerosas gacelas, nos dirigimos al pueblo de Umm-Khaled, situado en la ladera oriental de las colinas que se alzan entre el mar y la llanura; en él son notables las ruinas de antiguo khan. Desde allí abarca la vista gran extensión de su inmensidad, sin que

tampoco alcance á divisar más habitaciones que aisladas tiendas de beduinos, entre las que no es raro que se eleven agrupadas las de una tribu toda entera. Al llegar la primavera, avanzan las tribus hacia el norte; al concluir el otoño retroceden hacia el mediodía. Según las estaciones así plantan sus tiendas: en verano, en las alturas y lugares despejados, de donde el árabe observa de lejos lo que en el desierto sucede; en invierno, en los valles ó á orillas del mar, en puntos abrigados, pero siempre, á ser posible, en las inmediaciones de manantiales ó pozos.

Las tiendas de los jeques y de las familias más principales, mayores que las del común de la tribu, suelen tener dos y hasta tres compartimientos; el último, llamado *alcobbah,* está destinado á las mujeres. A éstas, á su labor, son debidas aquellas primitivas viviendas: ellas hilan el pelo de cabra ó de camello, ellas lo tejen y cosen luego la resistente tela, y ellas son, en fin, las que las arman y las que con increible presteza las levantan y las cargan en los camellos al darse la orden de emprender la marcha. Así vivían en el desierto patriarcas é israelitas hace tres mil y quinientos años; así el árabe nómada vive todavía.

Nueve kilómetros de camino hacia el sur por desierta región cuya soledad sólo alteran de cuando en cuando largas recuas de camellos, nos llevarán al *Nahr el-Falek* (río de la Cortadura) que gran parte del año puede pasarse á pié enjuto, como muchos ríos de Palestina. Procedente del este, atraviesa una laguna llamado *Basset el-Falek,* á causa de la cortadura ó paso de cuarenta metros de longitud por veinticuatro de anchura que en tiempo ignorado fué abierto á sus aguas á través del peñascoso cerro de unos veinte metros de altura que por oeste la domina, y que antes le cerraba la salida; ahora, por el paso artificial que les da nombre, río y laguna, que en un principio, no pudiendo desaguar en el Mediterráneo, habían de inundar alguna vez el llano, envían sus sobrantes al mar. De creer es que la zanja destinada á remediar aquel grave inconveniente data de remota antigüedad, esto es, de época en que el país estaba más poblado y mejor cultivado. Juncales y cañaverales gigantescos, entre los que anidan sin ser jamás molestadas por el hombre, innumerables aves, forman en las orillas del lago impenetrable espesura; nenúfares cubren con sus grandes hojas la superficie de las aguas y la esmaltan con sus blancas flores; en aquéllas viven, á lo que se asegura, pequeños cocodrilos como en el Nahr Zerka y el Nahr Kaisarieh, y acuden á beberlas gran número de jabalíes.

Rochetailie llamaron los Cruzados, conforme hemos visto, al Nahr el-Falek, y aquel nombre no es más que traducción del arábigo que aún lleva, y que será seguramente reproducción de otro más antiguo, hebraico ó cananeo, á ser cierto que el canal abierto en la colina para dar paso hasta el mar á las aguas de la laguna y del río, date, en efecto, de tan remota edad. Boha-eddin llama á este último *Nahr el-Kassab* (río de la Caña), y es probable que en la antigüedad llevase en hebreo el nombre de *Nahal Kanah,* del que es traducción el latín *Vallis Arundineti,* como lo es también el arábigo el-Kassab.

Por la Biblia sabemos que su corriente, que desemboca ya en el Mediterráneo, formaba uno de los límites entre la media tribu de Manassé al norte y la de Efraim al sur.

Al mediodía de este río, en el espacio que lo separa de Arsuf, empeñóse la famosa batalla de este nombre, en la que cien mil cristianos combatieron con trescientos mil musulmanes y los rechazaron. Ricardo Corazón de León hizo en ella prodigios de valor, y Saladino, su émulo y rival, á pesar de su habilidad y esfuerzo y sin que le valiera la superioridad numérica de su ejército, no alcanzó á detener la victoriosa marcha de los Cruzados.

Con este objeto había el sultán concentrado allí sus imponentes fuerzas, y la hueste cristiana al levantar su campamento de Rochetailie, el día 7 de setiembre de 1191, las avistó dispuestas á disputarle el paso en decisivo combate. Por orden del rey de Inglaterra se emprendió la marcha, yendo á vanguardia los Templarios; seguíanlos los guerreros de Bretaña y de Anjou, y á éstos los del Poitou, mandados todos por Guy de Lusiñan; ingleses y normandos, formando la cuarta división, escoltaban el gran estandarte; venían luego á retaguardia los caballeros del Hospital, y rodeando á éstos avanzaban con lentitud los arqueros, armado el arco y llevando á la espalda gran carga de flechas y dardos. El conde de Champagne, con sus caballeros, se había acercado á los montes para mejor observar los movimientos del enemigo, y Ricardo y el duque de Borgoña, con escogido escuadrón, corrían, ora al frente, ora á los flancos ó á la retaguardia del ejército. Tan apretados marchaban los batallones, dice el cronista Gualtero Vinisauf, que una piedra que entre ellos hubiese caído habría herido por necesidad á un hombre ó á un caballo. Era la consigna general que nadie abandonara las filas y que se hiciera alto á la primera acometida de los enemigos.

Así avanzaba el ejército, dispuesto á la pelea, cuando á la tercera hora del día vióse venir á gran muchedumbre de sarracenos que, bajando de los montes, se dirigían contra la retaguardia cristiana al tiempo que caía sobre ésta una nube de flechas y llenaba el espacio espantoso clamoreo. Entre aquella multitud de enemigos que se acercaba con la velocidad del viento, podíanse distinguir á todos los pueblos bárbaros de Asia y Africa, á árabes beduinos, á escitas de larga cabellera, á etíopes de gigantescas formas, de negra tez y con el rostro pintarrajado de blanco y encarnado. Detrás se movían apretadas falanjes, llevando en sus lanzas banderolas de todos colores; retemblaba el suelo bajo los cascos de sus caballos, y el estrépito de sus voces, clarines y atabales, dice Vinisauf, habría sofocado el mismo estampido del trueno. En breve sus innumerables escuadrones, según expresión de un cronista musulmán, rodearon al ejército cristiano como á los ojos las pestañas, y sin que detuvieran su impetuosidad las nutridas descargas de arqueros y ballesteros, habían caído contra los caballeros de San Juan blandiendo sus lanzas, mazas y espadas.

En aquellos supremos instantes renovó el rey la orden de permanecer á la defensiva y de no avanzar contra el enemigo hasta que dieran la señal seis trompeteros, dos de

los cuales iban á la cabeza de la hueste, dos en el centro y otros dos á retaguardia. Con impaciencia la aguardaban jefes y soldados, hasta que dos caballeros, llevados por su ardor y el natural afán de la defensa, invocando en su auxilio á san Jorge, se precipitaron contra los agarenos. Su ejemplo es por otros imitado, y en pos de ellos carga el heroico escuadrón del Hospital. El conde de Champagne con su escogida tropa, Santiago de Avesnes con sus flamencos, Roberto de Dreux y su hermano el obispo de Beauvais toman parte en la pelea; pónense en movimiento bretones y angevinos, y en breves momentos la batalla se hace general, extendiéndose la línea de combate desde el mar hasta las montañas. El penacho del rey Ricardo sobresalía siempre donde el peligro se hacía más recio, y la fuga de los enemigos anunciaba su presencia y señalaba su paso. Tan empeñada era la lucha y tan densa la polvareda, que se dieron repetidos casos de caer cristianos á los golpes de sus compañeros. Sembrada estaba la llanura de desgarrados estandartes, de espadas rotas, de armas destrozadas, y veinte carros, dice un testigo ocular, no habrían bastado para transportar los dardos y flechas que cubrían el suelo.

El combate se enciende más y más y se hace á cada instante más sangriento; toda la hueste cristiana estaba ya empeñada en la batalla, y el carro que llevaba el gran estandarte, deshaciendo el camino andado, penetraba adonde con más furor se peleaba. Al fin, ante la impetuosa acometida de los latinos, todo cede: Bohe-eddin refiere que, al separarse del centro del ejército musulmán, puesto en derrota, buscó refugio en el ala izquierda, á la que encontró tambien en fuga; entonces se retiró á los reales de Saladino, y halló á éste rodeado únicamente de diez y siete mamelucos: todos los demás huían. Pero cuando los cristianos, creyéndose victoriosos, comenzaban á cuidar de los heridos y á recoger las armas esparcidas por el campo de batalla, un cuerpo de veinte mil hombres escogidos, reunido y acaudillado por el sultán, entró de nuevo en acción; á su vigoroso empuje cedieron las primeras filas, mas el ejemplo de Ricardo y de sus esforzados caballeros comunicó á todos irresistible denuedo, y los sarracenos fueron rechazados. No se dieron, sin embargo, por vencidos, y en el preciso momento en que el ejército cristiano se ponía en movimiento para seguir su marcha hacia Arsuf, otra vez atacaron la retaguardia con fuerzas considerables y con todo el furor de la desesperación. Ricardo, que por dos veces los había arrollado, vuela al sitio del combate seguido solamente por quince caballeros, repitiendo el grito de guerra: *¡Señor, amparad el Santo Sepulcro!* Los musulmanes quedaron otra vez rotos, deshechos, y su ejército habría experimentando destrucción completa á no haber la selva de Arsuf recogido sus residuos y amparado su desastrosa retirada.

Saladino perdió en la batalla más de ocho mil guerreros y treinta y dos de sus emires, al paso que la victoria sólo costó unos mil hombres á los cristianos. El rey de Inglaterra recibió una ligera herida y con dolor profundo descubrió entre los muertos á uno de sus capitanes más intrépidos y entendidos, al ilustre Santiago de Avesnes. Su cuerpo, acribillado de heridas, fué hallado en medio de los de sus

compañeros y deudos, muertos á su lado; aun despues de perder un brazo y una pierna no cesó de combatir, y al espirar oyósele exclamar: *¡Ricardo, venga mi muerte!* Trasladado á Arsuf, diósele sepultura en la iglesia de la Virgen, cuya Natividad se celebraba aquel día, y todo el ejército asistió con llanto á sus solemnes funerales.

La fama de este hecho de armas, sucedido después de la ruidosa toma de Tolemaida, acabó de sembrar el terror entre los musulmanes de Palestina, y entonces fué cuando Saladino, por la repugnancia de los suyos á encerrarse entre murallas, concibió y realizó el designio de desmantelar las fortificaciones de ciudades y castillos, no contando con fuerzas suficientes para defenderlas.

En contraposición al hermoso espectáculo que nos ofrece aquella hueste de muchos pueblos europeos unida por una misma fe, guiada por un solo estandarte y coronada por gloriosa victoria, recordemos que estas mismas riberas han visto á un ejército francés, después de desastrosa campaña, en retirada ante turcos aliados con ingleses. Diezmados por la guerra y la peste, caídos de ánimo, los soldados de Bonaparte arrojaron su artillería al puerto de Tantura, dejaron á muchos compañeros, víctimas de la fatiga y del hambre, entre las ruinas de Cesarea, y viéronse reducidos á temer al beduino al atravesar azorados el bosque Arsuf hasta llegar al Cairo, donde su general protestó de su afecto á la religión de Mahoma.

Siete kilómetros separan la desembocadura del Nahr el-Falek de las ruinas de Arsuf. La ciudad de la que son triste residuo estuvo rodeada de sólida muralla, flanqueada con torres y construída con piedras de regulares dimensiones; por el lado del mar estaba además protegida por una costa peñascosa y brava de muy difícil acceso, y rodeábala un foso de catorce pasos de anchura; su profundidad no puede precisarse por las tierras y escombros que en gran parte lo han cegado. Del muro de escarpa y contraescarpa quedan todavía unos pocos vestigios en diferentes puntos, y al fortificado recinto, que formaba un arco elíptico, daban ingreso cuatro puertas; de ellas sólo es posible determinar la situación de dos.

Al penetrar en la plaza conócese que no sólo ha sido derribada por completo, sino que de ella se ha hecho uso como de una cantera; borradas casi del todo puede decirse que están las huellas de monumentos y viviendas, y únicamente subsisten, cubiertos de altos arbustos y maleza, los fundamentos de tres ó cuatro edificios, cuyo nombre y destino se ignoran. En el centro de la ciudad, en aislada eminencia, alzábase imponente fortaleza, dominando por un lado el mar y por los demás separada de la población por medio de un barranco natural, que sería sin duda luego profundizado y regularizado por la mano del hombre. Así protegida esta ciudadela, mirando á occidente por la tajada y elevada costa cuyos bordes ocupaba, y en los demás puntos cardinales por aquel foso natural y artificial á la vez, tenía, además, la defensa de una doble muralla, de la que existen aún considerables ruinas. Gigantescas cortinas de extraordinario espesor y formando en cierto modo un solo y compacto cuerpo á causa de la tenacidad del cemento que une una piedra con otra, yacen derribadas en la parte de tierra ó

derrumbadas por las acantiladas peñas al impulso de la zapa ó de temblores de tierra. De las obras interiores destinadas á alojamiento de la guarnición, nada absolutamente queda.

Por oriente comunicaba la fortaleza con la ciudad por medio de una calzada que atravesaba el mencionado foso; por occidente bajábase desde ella al puerto por abovedada escalera, abierta en la escarpada costa: algunos escalones existen todavía. En cuanto al puerto, de dimensiones reducidas y en el día cegado casi del todo, estuvo protegido, al norte y al mediodía, por dos muelles á los que defendían en su extremo torres, cuyos cimientos pueden todavía distinguirse. Al sur de esta rada, que seguramente formó el puerto militar dominado como estaba por la ciudadela, se abre otra ensenada natural que al parecer no tuvo muelles, y que quizás serviría como puerto mercante.

Son estas ruinas designadas por los árabes con el nombre de *Kharbet Arsuf,* nombre que usan igualmente los escritores musulmanes de los siglos medios y que pudo ser el antiguo que llevó la ciudad antes de ser llamada Apollonia. Su historia en la edad antigua no ha llegado hasta nosotros, y únicamente se sabe que fué destruída con anterioridad al gobierno del romano Gabinio en Siria, en cuanto Josefo hace de ella mención entre las ciudades que fueron reconstruídas y repobladas por disposición de aquel procónsul en el año 57 antes de J. C.

En la época de las Cruzadas había perdido su denominación griega de Apollonia, y los cronistas de las santas expediciones á ultramar no la designan sino con los nombres de Arsuf, Arzuffum, Arsur y Asur, formas más ó menos alteradas, según toda apariencia, del primitivo y anterior á la conquista de los Seleucidas, la cual lo variaría á esta población como lo hizo con tantas otras de Siria y Palestina.

Tomada Jerusalén por los Cruzados los moradores de Arsuf entraron en tratos de sumisión con el rey Godofredo, recibiendo en sus muros, como prenda y seguro de lo convenido, al caballero Gerardo de Avesnes. Pero de breve duración fué la concordia, ya que, fiados en los socorros que les prometía el sultán, negáronse á los pocos meses á satisfacer el tributo estipulado. En el año de 1100 presentóse en son de guerra delante de sus muros el rey de Jerusalén, y como persistieran los de la ciudad en su obstinación, comenzó á combatirlos con arietes y torres rodadizas. Varios combates se habían ya sostenido cuando los sitiadores apelaron á inesperado recurso de defensa: ataron á Gerardo de Avesnes al extremo de elevado mástil colocado junto al muro, en el punto más expuesto á los golpes de los sitiadores; al mirarse condenado á muerte tan cierta como poco gloriosa prorrumpió el infeliz caballero en gritos de dolor, y rogó á su amigo Godofredo que le salvara la vida levantando el cerco. Tan doloroso espectáculo, dice el cronista, desgarró el alma del rey de Jerusalén, pero no amenguó su firmeza y resolución, y al hallarse bastante cerca de él para ser oído, exhortóle á merecer, por su resignación, la palma del martirio. «Tu salvación no está en mi mano; si en tu lugar estuviera mi propio hermano Eustaquio, lo mismo que te digo le diría. Muere, pues, ilustre y esforzado caballero, con la entereza de un héroe cristiano, muere por la

causa de tus hermanos y la gloria de Jesucristo.» Estas palabras inspiraron á Gerardo valor para sufrir su triste suerte; encargó á sus antiguos compañeros ofrecer al Santo Sepulcro sus armas y su caballo de batalla, y les pidió que rezasen por la salvación de su alma.

El ejército cristiano se lanzó resuelto al asalto, y rechazado uno y otro día, se renovaron los mortíferos combates. Pero ya la escasez se hacía sentir en su campamento, al paso que en la ciudad, á la que por falta de naves no podía bloquear por mar, abundaban las provisiones, y llegada que fué la estación de invierno y de las lluvias, no quedó á Godofredo más recurso que emprender la retirada. Afligido regresó á Jerusalén, deplorando sus capitanes el inútil sacrificio de su compañero de armas; pero júzguese de su sorpresa y alegría cuando algunos días después vieron llegar, montado en arrogante corcel, al valeroso Gerardo, á quien lloraban muerto. Enternecidos los defensores de Arsuf al ver la firmeza y heroica resignación del caballero cristiano, habíanle desprendido del asta en que le ataron y entregáronle al emir de Ascalón, quien lo envió al rey de Jerusalén. Con amistosos transportes le recibió éste, y en recompensa de sus penas y trabajos dióle el castillo de San Abraham, situado en los montes de Judea, al sudeste de Belén.

Durante este sitio de Arsuf varios emires, bajando de los montes de Naplusa y Samaria, se presentaron á saludar á Godofredo y á ofrecerle regalos, consistentes en higos y racimos de uva secados al sol. El rey de Jerusalén los recibió sentado en el suelo sobre un costal de paja, sin guardias ni aparato, y al manifestarle los musulmanes sorprendidos de que el ilustre príncipe cuya fama llenaba el Oriente estuviese de aquel modo sentado, sin almohadones ni alfombras, díjoles: «¿Qué mejor estrado ni qué mejor descanso para nuestro cuerpo en esta vida que la tierra de la que ha salido y á la que volverá muerto?» Estas palabras que parecen dictadas por el genio oriental, causaron en los emires viva impresión, y admirados de cuanto vieran y oyeran se separaron de Godofredo pidiéndole paz y amistad. «Nunca se creyera en Samaria, dice la crónica arábiga, que existiese tanta llaneza y sabiduría entre los hombres de Occidente.»

Contaba la fama maravillas de la fuerza corporal de Godofredo, y decíase que con un tajo de su cortante espada descabezaba á un camello; deseoso un emir de verlo con sus propios ojos rogó al rey que realizase en su presencia la hazaña, y aquél no tardó en satisfacerle sino lo que tardaron en presentarle uno de los camellos del campamento. Todavía, empero, dudaban los emires de lo que estaban viendo y pensaban si tendría algún hechizo la espada del cristiano; Godofredo empuñó entonces el alfanje del emir, y la cabeza de otro camello rodó por el suelo, proclamando los árabes embelesados, refiere el cronista, que jamás habían visto cosa semejante y que era en verdad digno el príncipe cristiano de ser caudillo de naciones.

Dos años después, en 1102, Balduino I, ayudado por naves genovesas, puso sitio á Arsuf por tierra y por mar, y se hizo dueño de la ciudad; sus moradores la rindieron con facultad de retirarse á Ascalón. Poseyéronla los cristianos hasta el año de 1187

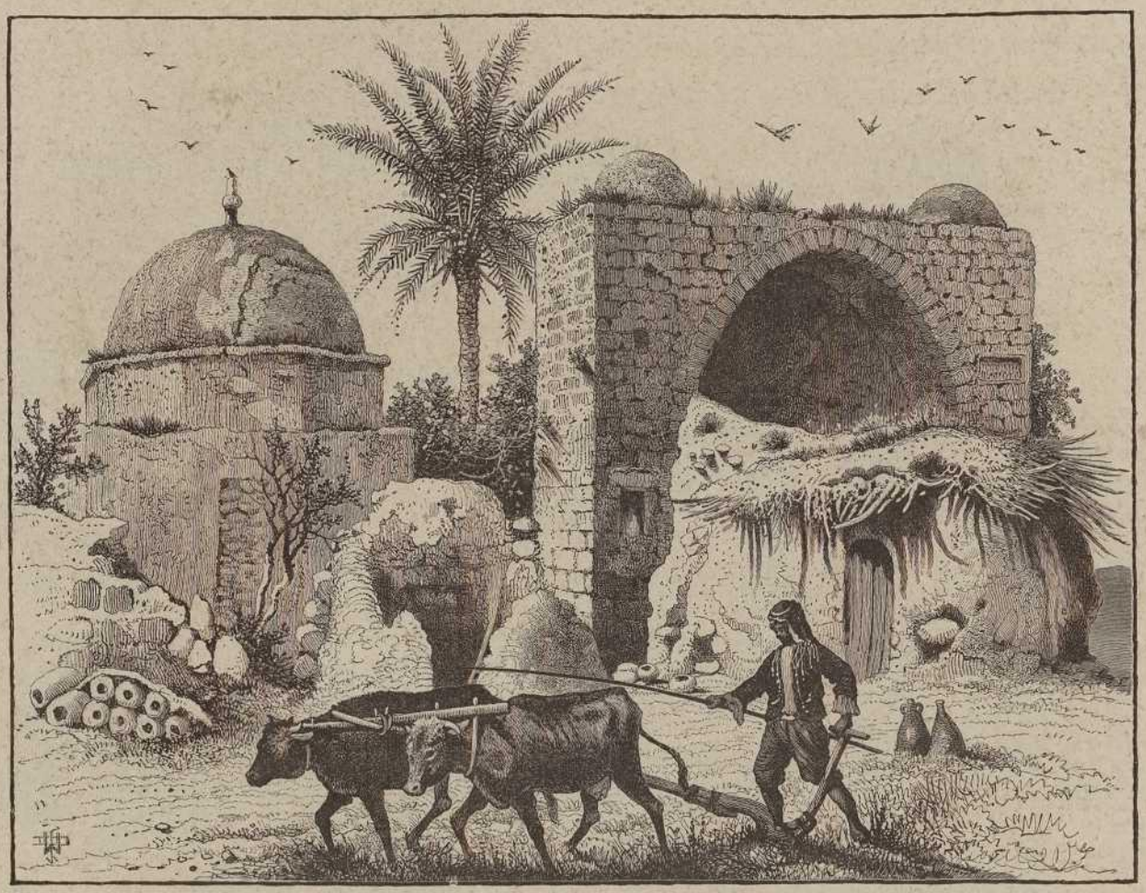
en que cayó en poder de Saladino después de la catástrofe de Tiberíades, y la recobraron en 1191, al llegar delante de sus desmantelados muros la victoriosa hueste de Ricardo de Inglaterra. San Luis, en el año de 1251, restauró sus fortificaciones.

Contra ellas, después de destruir á Cesarea, marchó el sultán Bibars ben-Dokhdar en 1265. Los habitantes se defendieron con todo el brío de la desesperación, y entregaron repetidas veces á las llamas los ingenios de los sitiadores; á las minas del enemigo opusieron contraminas, y encarnizados combates se empeñaron en aquellos subterráneos

Kefr Saba

pasadizos: nada era bastante á disminuir el ardor de los cristianos, ni á fatigar la impaciente actividad de Bibars. «Yo ví al sultán, escribe el cadi Mohi-eddin, avanzar solo, sin séquito, sin más defensa que su escudo; tan pronto se hallaba en las galerías cubiertas como en las trincheras que llevaban al foso; ora se complacía en tomar por blanco de sus flechas las naves cristianas que intentaban acercarse á la orilla, ora, con la ballesta en la mano, se situaba en el parapeto y desde allí hostilizaba á los sitiados. Trescientos disparos hizo un día; un emir, puesto á su espalda, le aprontaba los dardos y piedras, y en vano los cristianos dirigieron contra él innumerables tiros y le arrojaron garfios para hacerle pedazos.» Cuarenta días duró el sitio; al fin, después

de repetidos asaltos, el estandarte mahometano ondeó en las torres de la plaza, y los musulmanes fueron llamados á la oración á las iglesias trocadas en mezquitas. Los mamelucos victoriosos llevároнlo todo á sangre y fuego; gran parte de los habitantes fueron pasados á cuchillo; los demás quedaron en esclavitud, y encadenados hubieron de demoler con sus propias manos sus murallas, sus casas y monumentos. De esta ruina no renació Arsuf jamás, y el geógrafo Abulfeda nos dice que en su tiempo, esto es, á principios del siglo XIV, era lugar deshabitado y desierto.



Ualy de Neby Yanim, en las cercanías de Kefr Saba

A unos diez minutos hacia el sur de las ruinas de Arsuf encuéntrase á orillas del mar el lugarejo que lleva el nombre de Sedi Ali ebn-Aleim, y cuenta una población de quinientos habitantes, musulmanes todos. En el punto culminante de la colina que le sirve de asiento, álzase una mezquita que forma en lo exterior vasto rectángulo y que fué construída, lo propio que muchas casas del pueblo, con materiales extraídos de las ruinas de Arsuf. En lo interior vese abovedado vestíbulo, y cobijado por una cúpula, un sarcófago con los restos de aquel santón ó derviche, cuyo padre es también venerado en Dura, en las montañas de Hebrón. El alminar, de muy antigua apariencia, se alza aislado en medio del patio.

El pueblo de Kefr Saba, situado á oriente y á doce kilómetros del anterior, merece especial atención, si es cierto, como muchos críticos aseguran, que allí estuvo la antigua Antipatris. Consta de ochocientos habitantes; sus viviendas están construídas con

cascajo, y algunas palmeras alzan en sus solitarias y escasas calles su elegante penacho. Es la fábrica de la mezquita de sillares de regulares dimensiones, y son de ver en el *mirhab* dos colunas de mármol de remota edad. Algunos montones de piedra dispuestos en círculo y consagrados á otros tantos santones contienen asimismo antiguos restos, y en especial cañas de coluna. A seiscientos metros del lugar, hacia el sudeste, hállase un ualy dedicado á Neby Yamin (El profeta Benjamín), cuyo sepulcro, ó lo que se supone tal, está cobijado por esbelta cúpula. Los materiales que forman este oratorio proceden de otros edificios más antiguos.

Herodes, el fundador de Cesarea, sentía manía por las grandes construcciones; como en distintos puntos de este viaje hemos tenido ocasión de observar, el interés de su gloria, *studium memoriæ propagandæ ad posteros*, no le dejada reparar en dispendio al fundar ciudades y al levantar monumentos y palacios. De sus obras poco ó nada queda; apenas si de ellas pueden descubrirse vestigios, y de no ser en los libros mencionados hasta su memoria se habría perdido. Así sucede con la ciudad de Antipatris, sobre cuya situación no están acordes los pareceres.

De esta manera explica su fundación el historiador Josefo en sus *Antigüedades judaicas:*

«Celebradas que fueron las fiestas quinquenales, dice, fundó Herodes una nueva ciudad en una llanura llamada Caphar-Saba, para lo cual eligió un sitio conveniente, regadizo y feraz; junto á la ciudad pasaba un río, y rodeábala frondosa y bellísima arboleda. Llamóla Antipatris, del nombre de su padre Antipater.»

En otro pasaje del mismo autor se lee:

«Antioco Dionisio emprendió la marcha hacia Judea á la cabeza de ocho mil infantes y ochocientos caballos, y Alejandro Janneo, para hacerle frente y atajarle el paso, abrió ancho y profundo foso que comenzaba en Caphar-Saba, en el día Antipatris, y se prolongaba hasta el mar de Joppé; luego alzó un muro, flanqueado por torres de madera, en una extensión de ciento y cincuenta estadíos, y esperó á pié firme. Antioco dió á las llamas estas obras, y forzando el paso siguió con sus tropas el camino de Arabia.»

La ciudad de Antipatris hubo de estar situada entre Jerusalén y Cesarea; por los Hechos de los Apóstoles se sabe que en el año 58 de nuestra era san Pablo pasó por ella al ser conducido de la capital al tribunal del gobernador Félix. «Los soldados, de conformidad á la orden recibida, llevaron á Pablo aquella noche á Antipatris, y al día siguiente la gente de á pié se volvió á su guarnición, y Pablo con la de á caballo siguió á Cesarea.»

Con todos estos datos parece, como dice bien el abad Mislin, que habría de ser cosa muy fácil y segura dar con la ciudad de que se trata, ó á lo menos con el sitio que ocupó; sin embargo, ello es que no se encuentra ni una cosa ni otra, pues, según hemos dicho, ni siquiera su situación se sabe de un modo positivo. Tan cierto es que en Palestina hasta las ruinas pasan pronto, *etiam periere ruinæ*.

Un obispo de Antipatris tomó asiento en el concilio de Calcedonia.

La identidad de nombre ha hecho pensar á varios autores que el actual lugar de Kefr Saba es lo que de la misma queda; esta es la opinión de Prokesch, Robinson, el abad Mislin y otros, pero no participa de ella M. Guerin. Fundado en que las doce horas de forzada y penosa marcha que separan á Jerusalén de Kefr Saba con dificultad habrían podido ser recorridas en una noche por los infantes de la escolta de san Pablo; en que, según el Itinerario de Burdeos, es de diez millas la distancia entre Lydda y Antipatris, cuando la que media entre Kefr Saba y Lydda se eleva á diez y siete, y en tercer lugar en que el territorio de Kefr Saba dista mucho de poder ser considerado regadizo, pues el Ued Serakah, único río que en él se encuentra, está seco la mayor parte del año, el expresado escritor se inclina á ver los restos de la antigua Antipatris en la aldea de Medjdel Yaba. «Si tomando por base la distancia de diez millas indicada por el Peregrino de Burdeos entre Lydda y Antipatris, escribe M. Guerin, colocamos esta última ciudad en Medjdel Yaba, á imitación de otros escritores, hallamos á la distancia de tres kilómetros al noroeste del pueblo copiosos manantiales que forman en seguida constante y profundo riachuelo, el *Nahr el-Audjeh*, que sólo es vadeable en ciertos puntos y que desagua en el mar á cinco kilómetros y medio al norte de la ciudad de Jaffa.

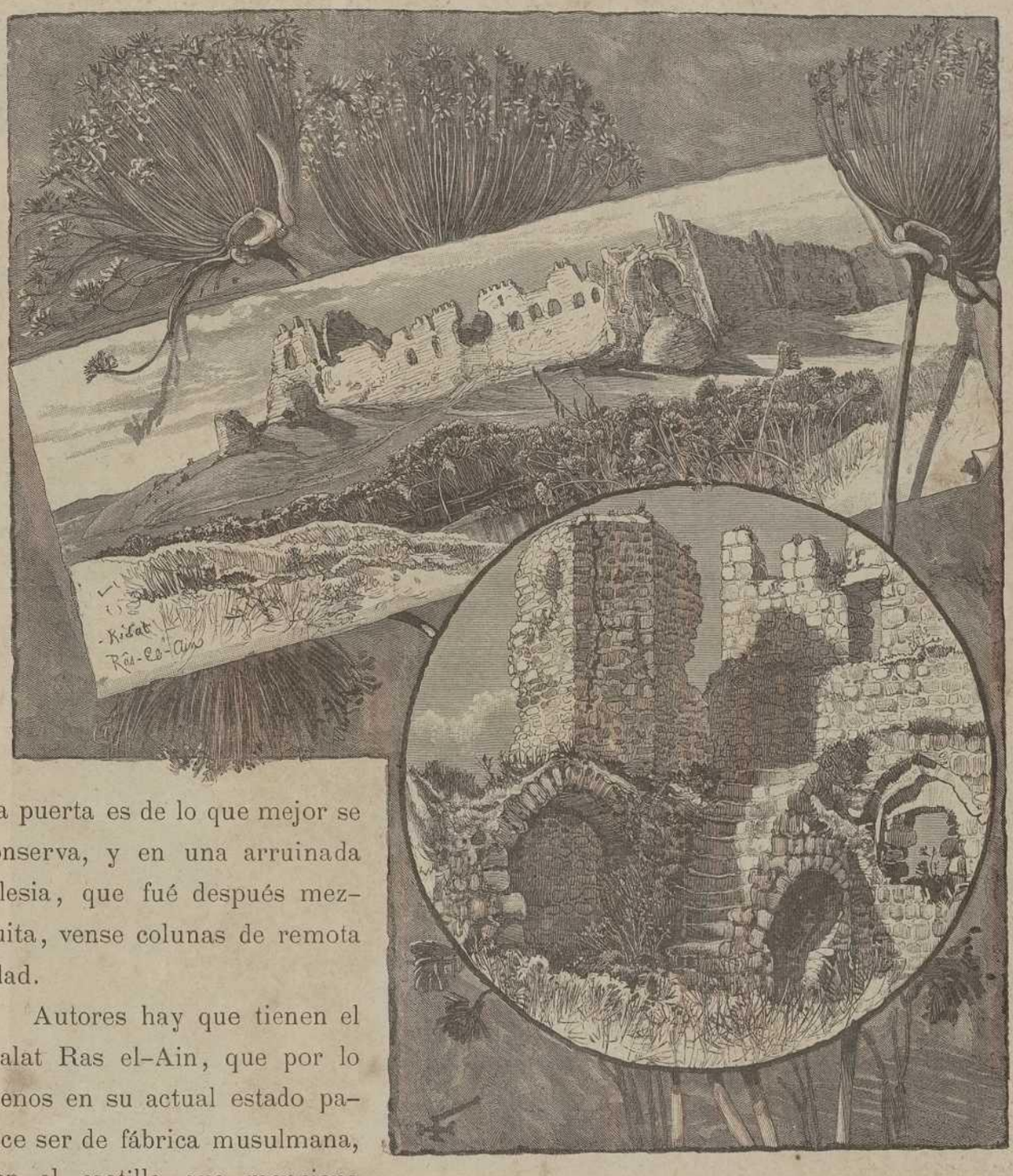
»Además, sigue diciendo el mismo autor, sabemos por Eusebio y san Jerónimo que á seis millas al norte de Antipatris existía en su tiempo una aldea llamada Galgulis, y á cinco millas y media ó seis en números cabales al norte de Medjdel Yaba encuéntrase el lugarejo de Djeldjulieh, que por el nombre, la situación y la distancia corresponde perfectamente al de Galgulis.

»En quinto y último lugar si Kefr Saba, cuando se convirtió en Antipatris, llegó, como se supone, á ser una ciudad de importancia, ha de convenirse en que su antiguo esplendor se ha extinguido por completo. Medjdel Yaba, por el contrario, aunque muy decaída del lugar que en otro tiempo ocuparía, fué, al parecer, plaza fuerte en los siglos medios, y algunos críticos colocan en esta aldea el castillo de Mirabel, mencionado en las crónicas de las Cruzadas.»

Efectivamente, en el pueblo de Medjdel Yaba encuéntranse varios restos que datan, al parecer, de la Edad Media; la casa del jeque se levanta sobre los muros inferiores de antigua fortaleza, y en aquellas inmediaciones existen las ruinas de una iglesia por más de un concepto interesantes.

Pero no queda aún ahí la divergencia de opiniones acerca de la situación que ocuparía la ciudad fundada por Herodes en honor de su padre; autores hay que, atendiendo sobre todo al dato proporcionado por Josefo de estar Antipatris rodeada de un río, y no hallando junto á Kefr Saba y á Medjel Yaba sino torrentes casi siempre secos, la colocan más inmediata al Nahr el-Audjeh, en el montecillo en que existen las ruinas llamadas Kalat Ras el-Ain. Es esta colina ó montecillo en parte natural y en parte artificial, y al parecer estuvo antiguamente del todo rodeada por las lagunas que

en su base forman las fuentes del Nahr el-Audjeh; el recinto murado de su cumbre fué un rectángulo que midió cien pasos á lo largo por noventa y cuatro á lo ancho, flanqueado por torres en los ángulos. En las almenadas murallas se abren dilatadas brechas, y los edificios interiores, en estado de gran deterioro, sirven ahora de establos.



Kalat Ras el-Ain

La puerta es de lo que mejor se conserva, y en una arruinada iglesia, que fué después mezquita, vense colunas de remota edad.

Autores hay que tienen el Kalat Ras el-Ain, que por lo menos en su actual estado parece ser de fábrica musulmana, por el castillo que menciona Guillermo de Tiro con el nombre de Mirabel y que, según antes hemos visto, inclínase M. Guerin á colocar en la aldea de Medjel Yaba.

Resultado de todo es que se ignora por completo la verdadera situación, así de la fortaleza de Mirabel, como de la ciudad de Antipatris, ignorancia que viene ya de lejos, pues vemos que autores bizantinos confunden á esta última con Dora y con Arsuf

varias crónicas de los siglos medios; tampoco por lo visto se tiene cierta noticia de lo que fueron las ruïnas de Kalat Ras el-Ain.

De ellas á Jaffa cuéntanse diez y siete kilómetros en la dirección del sudeste, pasando el camino por el famoso llano de Sarón. En nuestra marcha tendremos ocasión de ver

Fuentes del Nahr el-Audjeh, junto á Kalat Ras el-Ain

grandes hatos de ganado mayor, cosa no muy común en Palestina; en primavera la llanura les proporciona pasto, y agua en abundancia los numerosos pozos existentes al pié del peñascoso muro que se alza como á unos cien pasos de la línea donde, en lecho de finísima y dorada arena, vienen á morir las olas del mar de Siria.

Dos horas antes de llegar á Jaffa es fuerza acercarse á esta playa á fin de pasar el vado del Nahr el-Audjeh, que, después del Jordán, es el río más considerable de esta tierra. Desde sus fuentes de Ras el-Ain va cayendo en diversas cascadas é imprime movimiento á varios molinos; de rápida corriente en las inmediaciones del mar sus aguas, remansadas más arriba por las arenas de la costa, muéstranse quietas como un lago y tienen bastante profundidad. En la época de las lluvias es preciso remontar la corriente largo trecho para hallar el vado. De este río es tributario el torrente de Gaas, mencionado en la Sagrada Escritura como límite entre la tribu de Dan y la media tribu de Manassé, y también entre Samaria y Judea.

A poco que avancemos, vadeado el río, se ofrecerá á nuestros ojos la hermosa vista de Jaffa, la cual, situada en anfiteatro y en rápida pendiente sobre la ladera de una colina cuya cumbre se alza sobre el mar unos setenta metros se muestra de lejos con todo el esplendor de una ciudad oriental. Nada tan propio para dar rienda suelta y exaltar la fantasía como esas antiguas ciudades de Asia, cercadas de torreados muros, embellecidas por verjeles de palmas y naranjos, recostadas en las ondas del mar, inundadas de luz y de fragancia y miradas por el misterioso prisma de los grandes recuerdos; es verdad que á proporción que disminuye la distancia que de ellas nos separa, y al penetrar en su recinto, gran parte de la poesía y de la ilusión se desvanecen, y queda únicamente la realidad de su tristeza y de su decaimiento.

No puede citarse como excepción la ciudad de Jaffa, si bien, por ser el punto en que suelen desembarcar los viajeros de Europa, se ofrece á los peregrinos cristianos con el incomparable atractivo de ser la primera tierra que huellan sus plantas en la que santificó con su presencia Nuestro Señor Jesucristo. Jaffa es, en efecto, la ciudad de los peregrinos; lléguese á Palestina por Egipto, por Grecia ó por Constantinopla, por septentrión ó mediodía, es preciso arribar á Jaffa, punto de parada de naves y caravanas; no hay viajero que deje de detenerse en su recinto.

En Jaffa, como en Jerusalén, se han establecido algunas fondas de veinticinco años á esta parte; antes sólo en los conventos hallaba el viajero albergue y mesa; pero aún ahora una piadosa costumbre impulsa á muchos, á los católicos en especial, á aprovechar la cordial y solícita hospitalidad con que brindan en su convento latino los Padres franciscanos de Tierra Santa. A él nos dirigimos nosotros, y por él daremos comienzo á la descripción de lo más notable que la ciudad encierra, luego que hayamos someramente explicado lo que ha sido de ella hasta nuestros días.

Es Jaffa una de las ciudades más antiguas del mundo, y la poesía y la historia la han ilustrado á porfía; según tradiciones recogidas por Pomponio Mela y Plinio existió ya antes del diluvio; añádese que fué patria de Noé, que en ella se construyó el arca, que allí tuvo sepultura el segundo progenitor del humano linaje, y que Jafet, su hijo, la reedificó, recibiendo de él su nombre. Yapho (belleza, donosura) fué su primitiva denominación hebraica, y de esta proviene la actual de Yafa que le dan los árabes, y la de Jaffa con que la designan los europeos. Los griegos y latinos usaron las de *Joppé* y *Jope*.

Por Strabon se sabe la tradición que indicaba á esta ciudad como lugar del sacrificio de Andrómeda, y Plinio, al reproducirla, dice que en una de las peñas de su ribera podían verse señales de los grillos que sujetaron á la infeliz princesa. Añade que por orden de M. Scauro fué trasladado de esta ciudad á la de Roma el enorme esqueleto del monstruo marino que había de devorarla, esqueleto que, siendo aquél edil, estuvo de manifiesto al público; su longitud era de cuarenta piés. Un pasaje de san Jerónimo expresa que aún en su tiempo se enseñaba en Joppé la roca en que estuvo encadenada Andrómeda antes de ser libertada por Perseo.

Por más seguro ha de tenerse que sería Jaffa, en los antiguos tiempos, una colonia fenicia en territorio de los filisteos, y sus moradores, conforme sabemos por Plinio, veneraban á la diosa Ceto ó Derketo, deidad que, mitad mujer y mitad pez, era adorada igualmente en Ascalón y era conocida también con el nombre de Atagartis.

Yapho ó Joppé fué señalada por Josué á la tribu de Dan, cuyo límite formaba por noroeste, y puerto de Jerusalén, al convertirse esta ciudad, con la entronización de la dinastía de David, en capital de Judea; á Joppé llegaron en balsas, enviados por el rey de Tiro Hiram, los cedros destinados á las obras del templo de Salomón. Al mismo puerto fueron conducidas unos cinco siglos después las maderas, como las otras traídas del Líbano, para la reedificación del templo de Zorobadel.

A Jaffa se dirigió el profeta Jonás, desobediente á la voz del Señor que le mandara predicar penitencia á los moradores de Nínive; para evadir esta orden se embarcó, llegado á aquel puerto, en una nave que hacía rumbo á Tharsis, y en el viaje, precipitado al mar por los marineros á fin de calmar así, según consejo del profeta, desencadenada tormenta, fué tragado por un gran pez, que milagrosamente le arrojó con vida á la orilla después de tres días y tres noches.

Los Macabeos fueron los que definitivamente sometieron la ciudad de Jaffa á la dominación hebrea para experimentar luego las diversas alternativas de la de griegos y romanos; antes había sido expugnada cinco veces por egipcios, asirios y otras naciones enemigas del pueblo de Dios, y con el nombre de Ja-ap-pu consta en la inscripción que conmemora los triunfos de Sennacherib, estando su situación exactamente indicada. Judas Macabeo, para castigar la alevosa muerte de doscientos judíos por aquellos habitantes arrojados al mar, incendió las naves del puerto y ejerció en la ciudad otros rigores. Jonathás y Simón la hicieron otra vez suya, expulsando de sus muros á las tropas de Apolonio; pero los moradores se declararon de nuevo por Demetrio, y esto movió á Simón á volver á ella con numerosas fuerzas y á ocuparla con guarnición. Al mismo Simón fueron debidas grandes obras en el puerto y en las fortificaciones, si bien aquél, á creer á un historiador judío, fué siempre de penoso acceso á causa de los vientos del sudoeste.

Pompeyo declaró Jaffa ciudad libre é incluyóla en la provincia de Siria, mas Cesar la devolvió á los judíos. Marco Antonio la donó á Cleopatra, pero después de la batalla de Accio se apoderó de ella Herodes el Grande, y por Augusto le fué confirmada su

posesión. Señalada como patrimonio á Arquelao al ser constituído etnarca, quedó éste privado de su dominio en el décimo año de su reinado: citado ante Augusto para dar cuenta de su conducta, que había merecido la reprobación de su pueblo, y no acertando á justificarse, fué desterrado á Viena, en tierra de las Galias, y Joppé pasó, junto con la provincia de Siria, bajo el gobierno de un procónsul romano en el año 6 de la era cristiana.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia contáronse en Jaffa muchos discípulos de la nueva doctrina, y en su recinto obró el apóstol san Pedro estupendo milagro. «Vivía en Joppé una mujer cristiana por nombre Tabitha, refiérese en los Hechos de los Apóstoles, mujer cuya vida era tejido de buenas obras y limosnas. Sucedió que en aquellos días enfermó y murió, y su cadáver, después de lavado, fué puesto en el cenáculo. Sabedores aquellos cristianos de que Pedro se hallaba en Lydda, á poca distancia de Joppé, enviaron allí dos hombres para rogarle que sin dilación los visitase. Accedió Pedro al ruego y con ellos vino á Joppé; á su llegada le guiaron al cenáculo donde yacía Tabitha, y los pobres y las viudas se agruparon á su alrededor, mostrándole con llanto las túnicas y ropas de que á la difunta eran deudores. Entonces mandó Pedro que saliesen todos de la estancia, y puesto de rodillas oró. Volviéndose luego hacia el cadáver, dijo: Tabitha, levántate; y la mujer abrió los ojos, y al ver á Pedro se sentó. Alargóle Pedro la mano para ayudarla á levantarse, y llamando á los fieles y á las viudas se la entregó viva. Este milagro se publicó por toda la ciudad, siendo causa de que muchos creyeran en Jesucristo, y así fué como Pedro permaneció varios días en Joppé en casa de un curtidor llamado Simón.»

La santa mujer así resucitada tenía su morada, según tradición viva aún en el país, en uno de los huertos ó verjeles inmediatos á la ciudad por el lado de levante.

En la casa del curtidor se hallaba san Pedro cuando los criados del centurión Cornelio llegaron á pedirle que fuese á Cesarea para instruir á su señor en las verdades de la fe. Poco antes, mientras aquéllos iban su camino y estando ya cerca de la ciudad, dícese en los Hechos de los Apóstoles, «subió Pedro á lo alto de la casa á hacer oración cerca de la hora de sexta, y sintiéndose con hambre, quiso desayunarse. Y sucedió que mientras le preparaban el desayuno tuvo un éxtasis ó exceso de espíritu, en el que vió abierto el firmamento y como un gran lienzo que, sujeto por los cuatro cabos, descendía del cielo á la tierra. Había dentro de él de todos los cuadrúpedos, de todos los reptiles y de todas las aves, y oyó una voz que decía:—Pedro, levántate, mata y come. —No haré tal, Señor, dijo Pedro, porque en mi vida comí manjar impuro.—A lo que replicó la voz:—A lo que Dios ha purificado no le llames impuro.—Y esto se repitió por tres veces y luego el lienzo fué retirado al cielo.»

Por medio de esta visión comprendió el apóstol que Jesucristo había sido el salvador no sólo de los judíos sino también de los gentiles, y que por sus méritos eran todos los hombres llamados al seno de una misma Iglesia, así como había visto juntos á los animales todos puros é impuros.

Al estallar la insurrección de los judíos contra Roma, apoderóse Cestio de Joppé después de cercarla por tierra y por mar; la ciudad fué entregada al pillaje y al incendio y ocho mil y cuatrocientos habitantes perdieron la vida. Reconstruída á poco convirtióse en nidal y refugio de audaces piratas que infestaban las costas de Siria, Palestina y Egipto, hasta que, para atajar sus depredaciones, Vespasiano envió á ella algunas fuerzas que, de noche y sin combate, penetraron en su recinto. Asustados los moradores refugiáronse en las naves fuera del alcance de los tiros enemigos: pero al día siguiente, al asomar el alba, desencadenóse furioso viento del norte que por la inseguridad de aquellos anclajes, hizo que muchos buques se estrellasen en los arrecifes de la costa cuando no zozobraban al chocar unos con otros; así perecieron miserablemente los que en ellos habían buscado un asilo, y cuantos consiguieron ganar la tierra fueron sin misericordia acuchillados. Joppé quedó entonces destruída y arrasada; Vespasiano, á fin de impedir que de nuevo sirviese de refugio á la piratería, estableció en ella un campo atrincherado con guarnición de infantes y jinetes, y con el tiempo renació de sus ruinas hasta llegar á ser en la época de Constantino sede episcopal, de cuyos titulares tenemos noticia por las actas de varios concilios hasta ocurrir la invasión sarracena en el año de 636.

Los Cruzados, en el de 1099, hallaron la plaza abandonada y se limitaron á ocupar la ciudadela; tomada que fué Jerusalén Godofredo de Bouillón dió orden de fortificar á Jaffa con objeto de que pudiese ofrecer seguro asilo á los peregrinos que á su ribera llegaban. Balduino I, en el de 1103, concedió la iglesia de San Pedro allí erigida á los canónigos del Santo Sepulcro y embelleció con muchas obras la ciudad, la cual vió restablecida su sede episcopal y formó en adelante con su territorio opulento condado.

Los Ascalonitas, auxiliados por una escuadra egipcia, la sitiaron por tierra y por mar en el año de 1115, pero en vano; todos sus esfuerzos se estrellaron en el denuedo de los sitiados, y lo mismo sucedió cuando siete años después fué de nuevo combatida por poderoso ejército de egipcios.

Guillermo, marqués de Montferrato, era conde de Jaffa desde el año 1176, y en el de 1187, después de la rota de Tiberíades, fué expugnada la ciudad por Malek el-Adel, hermano de Saladino. Poco tiempo la conservó éste, ya que en 1191 la victoriosa hueste de Ricardo, en su marcha desde Tolemaida, la ocupó sin resistencia: los musulmanes derrotados en Arsuf, la habían evacuado, desmantelando antes sus fortificaciones.

Por disposición del monarca inglés dióse comienzo á las obras de su restauración; el ejército cristiano acampó en aquellas amenísimas huertas, donde, al decir de las crónicas, las ramas de los árboles se doblaban hasta el suelo por el peso de las manzanas, granadas y de toda clase de fruta. La reina Berenguela, la viuda de Guillermo, rey de Sicilia, y otras princesas se reunieron en Jaffa con el soberano de Inglaterra y entonces el espectáculo de espléndida corte, la abundancia de víveres, el goce del descanso y los hermosos días de otoño hicieron olvidar á los Cruzados las pasadas

fatigas y también, según los cronistas, amenguaron su generoso ardor por la conquista de Jerusalén.

En aquellos días, mientras acampaba en Jaffa la hueste cristiana, estuvo Ricardo en gran riesgo de caer en manos de los musulmanes; andando de caza por las cercanías de la ciudad, quedó dormido á la sombra de un árbol, cuando de pronto le despertaron grandes voces de los de su escasa comitiva, y vióse acometido por numeroso escuadrón de sarracenos. Sin tiempo apenas para montar á caballo y ponerse en actitud de defensa, habría sucumbido al gran número de enemigos que del todo le tenían cercado si un caballero de su séquito, al cual dan las crónicas el nombre de Guillermo de Pratelles, no hubiese gritado en lengua musulmana: —*¡ Yo soy el rey! respetad mi vida.* — Al oir estas palabras rodean los infieles al generoso guerrero, le reducen á prisión y le conducen ante Saladino, y el rey de Inglaterra, así salvado por esta caballeresca abnegación, pudo volver á Jaffa, donde el ejército supo con espanto el peligro que corriera su caudillo. Guillermo de Pratelles fué llevado cautivo á Damasco, y cuéntase que Ricardo no creyó pagar con exceso la libertad de su fiel servidor al comprarla á Saladino mediante la entrega de diez emires que en su poder estaban.

En el siguiente año (1192), cuando la indecisión y la discordia mantenían alejado al ejército cruzado de los muros de la Ciudad Santa y habían comenzado entre Ricardo y Saladino las negociaciones de paz, salió el sultán de Jerusalén á la cabeza de considerables fuerzas y se presentó de pronto delante de Jaffa, á la que defendían únicamente tres mil guerreros cristianos. Después de varios asaltos es la ciudad expugnada; los musulmanes no dan cuartel y hacen entre los habitantes bárbara matanza. Ya la ciudadela, donde se refugiara parte de la guarnición, propone capitular, cuando Ricardo, que se había embarcado en Tolemaida, preséntase en la boca del puerto, seguido de algunas naves; saltan los soldados á las lanchas, y el rey es el primero que con agua hasta el pecho llega á la orilla defendida por numerosos sarracenos. Nadá resiste á Ricardo, y seguido de unos pocos penetra en la ciudad, arrolla á los infieles, persíguelos hasta el llano, y planta sus tiendas en el mismo sitio donde algunas horas antes tuvo las suyas Saladino.

Pero, aunque vencedor de sus enemigos, no habían acabado para el rey los peligros de la jornada, ya que, después de reunir sus soldados con la guarnición de la ciudadela, hallóse que contaba apenas dos mil combatientes. Al tercer día de su retirada volvieron los sarracenos, aprovechando la noche, con esperanza de sorprenderla en su campamento; descubiertos los batallones musulmanes por un genovés, quien dió la voz de alarma, despertaron los cristianos y fué tal la prisa y el sobresalto, que, según las crónicas, el rey y muchos capitanes, sin más tiempo que el de vestir la coraza, marcharon á la pelea con las piernas desnudas. Sólo diez caballos se hubieron á las manos en aquellos instantes de confusión, y los cronistas nombran á los nueve guerreros que, montados, seguían al monarca. Rechazada la vanguardia enemiga, pudo aquél aprovechar esta primera ventaja para sacar y formar en batalla todas sus fuerzas, contra las que cayeron

en breve más de siete mil jinetes. Cual férreo muro resistieron los cristianos una y dos acometidas, y al ponerse en movimiento para atacar á su vez á los sarracenos, admirados de tanto esfuerzo, recibió aviso el rey de que el sultán se dirigía de nuevo á Jaffa, que los soldados de las puertas eran pasados á cuchillo, y que la matanza había ya comenzado entre los cristianos. Sin más fuerzas que dos caballeros y un grupo de ballesteros vuela Ricardo á su socorro; dispersa ó mata á cuantos enemigos halla por delante, y libre ya la ciudad de los mamelucos que la amenazaban, vuelve al llano donde la pelea continuaba como nunca encendida. Al llegar á este punto el biógrafo del rey no acierta dice á expresar con palabras la admiración que le causó el espectáculo de que fué testigo: únicamente la vista de Ricardo ponía pavor en los más esforzados pechos; un emir que se distinguía por su elevada estatura y el brillo de sus armas, se atrevió á esperarle á pie firme, y de un golpe rodó al suelo su cabeza con el hombro y el brazo derecho. En lo más recio del combate iban á sucumbir, agobiados por el número, el valeroso conde de Leycester y otros famosos guerreros; pero Ricardo, siempre invencible y siempre invulnerable, salvólos del peligro derribando á la muchedumbre que los rodeaba. Hubo un momento en que se precipitó con tal ardor por entre las filas enemigas que todos los suyos le perdieron de vista; al volver en medio de los Cruzados que le creían muerto, estaba su caballo lleno de sangre y polvo, y el rey, según expresión de un cronista, *erizado de flechas, parecía un acerico cubierto de alfileres.*

Cuentan algunos historiadores que Malek el-Adel, poseído de admiración por el denuedo de Ricardo, le regaló dos hermosos caballos en el mismo campo de batalla, y que cuando Saladino, concluída la pelea, reconvino á sus emires por haber huído ante un hombre solo, fuéle contestado: — «A sus golpes no hay quien resista; su acometida es terrible y mortal su encuentro; su brío es superior á la naturaleza humana.» También los autores cristianos, en la dificultad de explicar humanamente aquella extraordinaria victoria, la atribuyen toda al poder y al favor divino.

En la tregua que fué consecuencia de aquellas negociaciones estipulóse en 1192 que la ciudad de Jaffa, quedaría en poder de los cristianos con toda la costa hasta Tiro; pero algunos años después, en el de 1197, al llegar á las costas de Tierra Santa la cuarta cruzada llamada de los alemanes, cuya conclusión delante del castillo de Thorom hemos referido, Malek el-Adel, sucesor de Saladino, salió de Damasco al frente de considerable hueste, y pasando por Jerusalén se dirigió á poner sitio á la importante plaza de Jaffa, defendida por la numerosa y aguerrida guarnición que en ella dejara Ricardo á su regreso á Occidente.

Al saberse en Tolemaida el peligro de aquella ciudad no escasearon los preparativos de guerra para acudir á su socorro; mas el trágico fin del sucesor de Guy en la corona de Jerusalén, Enrique de Champagne, que cayó de un balcón de su palacio, fué causa de que se pasaran muchos días sin salir á campaña, y durante ellos Jaffa fué rendida por los musulmanes. La guarnición, al intentar una salida, cayó en una emboscada,

y cuantos guerreros se libraron de la muerte quedaron cautivos. Después de esta catástrofe Malek el-Adel entró casi sin resistencia en la ciudad, pasó á cuchillo unos veinte mil cristianos, y desmanteló sus murallas.

A ella se retiraron, llegado el siguiente año, los cruzados alemanes cuando, después del infructuoso asedio de Thoron, separaron sus fuerzas de las que seguían á los barones de Tierra Santa, y su primer cuidado fué la reparación de sus fortificaciones. Delante de ellas se presentó Malek el-Adel provocando á los alemanes á la pelea, y en aquellas cercanías empeñóse campal batalla, en la que perecieron los duques de Austria y de Sajonia con otros esforzados campeones; así y todo quedó la victoria por los alemanes, que á poco tomaron la vuelta á Europa, dejando una guarnición en Jaffa. Celebraba ésta la fiesta de san Martín el día 11 de noviembre de aquel mismo año de 1198, cuando fué sorprendida y acuchillada por los musulmanes, que de este modo quedaron dueños de la ciudad.

Comprendida entre las que debían de estar en poder de los cristianos á tenor del convenio estipulado entre el emperador Federico II y el sultán Malek-Kamel, fué devuelta á los latinos, siendo reparados sus ruinosos muros.

Pero quien gastó sumas enormes en aumentar su fortaleza fué el santo rey Luis, que en el año de 1252, libre del pasado cautiverio, llegó á sus playas. En ella la reina Margarita le hizo padre de una princesa por nombre Blanca. Veinticuatro torres se levantaron para la defensa de los muros, y fueron ensanchados y profundizados los fosos; de las tres puertas que á la ciudad llevaban, la una, junto con un gran lienzo de muralla, fué costeada por el legado pontificio; las otras por el rey. En la ciudadela, donde éste tenía su morada, se hicieron grandes reparaciones, y también en los edificios públicos, debido todo á la esplendidez de Luis, lo mismo que la magnífica iglesia con diez altares para los Padres franciscanos, á cuya subsistencia atendía. «El rey se presentaba con frecuencia entre los operarios y tomaba parte en los trabajos, léese en el relato de Joinville, así para comunicarles celo y actividad, como para ganar las indulgencias.»

Seis años antes, en el de 1246, habían sido teatro aquellos campos de dolorosísimo espectáculo. La victoria de Gaza puso en poder de los karismios gran parte de Palestina, y sus aliados los egipcios tomaron posesión de Jerusalén, de Tiberíades y de las ciudades cedidas á los latinos por el príncipe de Damasco, mientras las hordas karismias devastaban las riberas del Jordán, las cercanías de Ascalón y de Tolemaida y ponían sitio á la plaza de Jaffa. Con ellas llevaban cautivo al infortunado conde de su territorio, á Gualtero de Brienne, hecho prisionero en aquella triste jornada, y esperaban que por su mandato se les abrirían las puertas de la ciudad que le tenía por señor y soberano. El infeliz fué atado á una cruz á la vista de las murallas, y al tiempo que así le mostraban á sus fieles vasallos, llenábanle los karismios de ultrajes y le amenazaban con la muerte en caso de oponer la ciudad la más leve resistencia. Modelo de héroes y de cristianos el buen conde, sin temor á sus verdugos, levantó la voz para exhortar

á soldados y ciudadanos á resistir hasta el último trance. «Vuestro deber, les gritó, es defender una ciudad cristiana; el mío, morir por vosotros y por Jesucristo.»

La ciudad de Jaffa se libró por su valerosa defensa de caer en poder de los karismios, y Gualtero no tardó en recibir el premio de su generoso y heroico ardimiento: enviado al sultán del Cairo pereció á los golpes de furiosa muchedumbre, alcanzando así la palma del martirio como cristiano é imperecedera fama como espejo de caballeros.

En el año de 1267, el sultán Bibars, después de devastar el llano de San Juan de Acre, se alejó de pronto de la atribulada ciudad para caer de improviso sobre la de Jaffa y sorprenderla. Aún así, todavía opusieron sus defensores alguna resistencia; pero vencida que fué, destruyeron los musulmanes todas las obras de San Luís; la ciudadela quedó arrasada, desmantelados los muros y derribados gran número de edificios; al mármol y maderamen que de ellos pudo salvarse, se enviaron por mar al Cairo para ser empleados en la obra de la gran mezquita en aquel tiempo comenzada.

Resultado de tantas calamidades fué quedar la ciudad por dilatados años muy despoblada y como sepultada en sus propias ruinas; en el siglo XVII no pasaba de ser reducida aldea en la cual los peregrinos no hallaban otro abrigo que el de miserables chozas. En el año de 1626 decía de ella el Devoto Peregrino: «En el día de hoy está toda arruinada y el puerto destruído; no se ven en él sino algunos escollos y con dificultad entran en sus aguas los barcos. En la ribera se ven las ruinas de algunas fábricas muy grandes con sus bóvedas, una de las cuales dicen era la casa donde se alojó san Pedro, propia de Simón el Curtidor; en lo alto están dos torres que sirven de guardia á los turcos.»

A mediados de aquel siglo se establecieron entre las ruinas los frailes franciscanos, y transcurridos pocos años comenzó la población á recobrar alguna importancia, siendo construído entonces el muelle actual. En el de 1722 la saquearon los árabes, y en el de 1775 los turcos. Ya en aquel tiempo volvía á estar cercada de muros que permitieron á su guarnición oponer algunos días de resistencia cuando en 1799 la atacó Bonaparte, procedente de Gaza. El día 3 de marzo fué tomada por asalto y entregada al furor de la soldadesca. Víveres y artillería en abundancia, según M. Thiers, se hallaron en la ciudad conquistada; los prisioneros en número de tres ó cuatro mil, con bárbara crueldad, fueron llevados, por orden del general, á un campo inmediato, y allí recibieron muerte fusilados muchos, atravesados otros á bayonetazos. La sangre de las víctimas, dice el historiador Gabourd, cayó sobre el ejército de la sanguinaria república, el cual si al partir para San Juan de Acre dejó en pos de sí miles de destrozados cadáveres, encontró á su regreso la peste. La incubación fué lenta; el azote condensaba sus fuerzas, y al desplegarlas, la hueste quedó diezmada. Llegada la hora de partir, para librar á los infelices apestados de la horrible suerte que les aguardaba, asegúrase (algunos autores lo niegan) que se les propinó opio para abreviarles la vida. Al evacuar la ciudad de Jaffa, después de su infructuosa tentativa contra San Juan de Acre, Bonaparte mandó volar sus fortificaciones.

J.D.WOODWARD. PINXT

J.J.CREW. SCULPT

JAFA, LA ANTIGUA CIUDAD DE JOPPE.

ESPASA Y COMPª EDITORES. BARCELONA

Reparáronlas en un principio los ingleses, y después y más completamente un bajá por nombre Abu-Nabbut; la muralla, almenada en varios puntos, era en casi todos muy débil, pero de muy vistosa y pintoresca perspectiva.

En el año de 1837 destruyó un terremoto parte de la ciudad y causó innumerables víctimas.

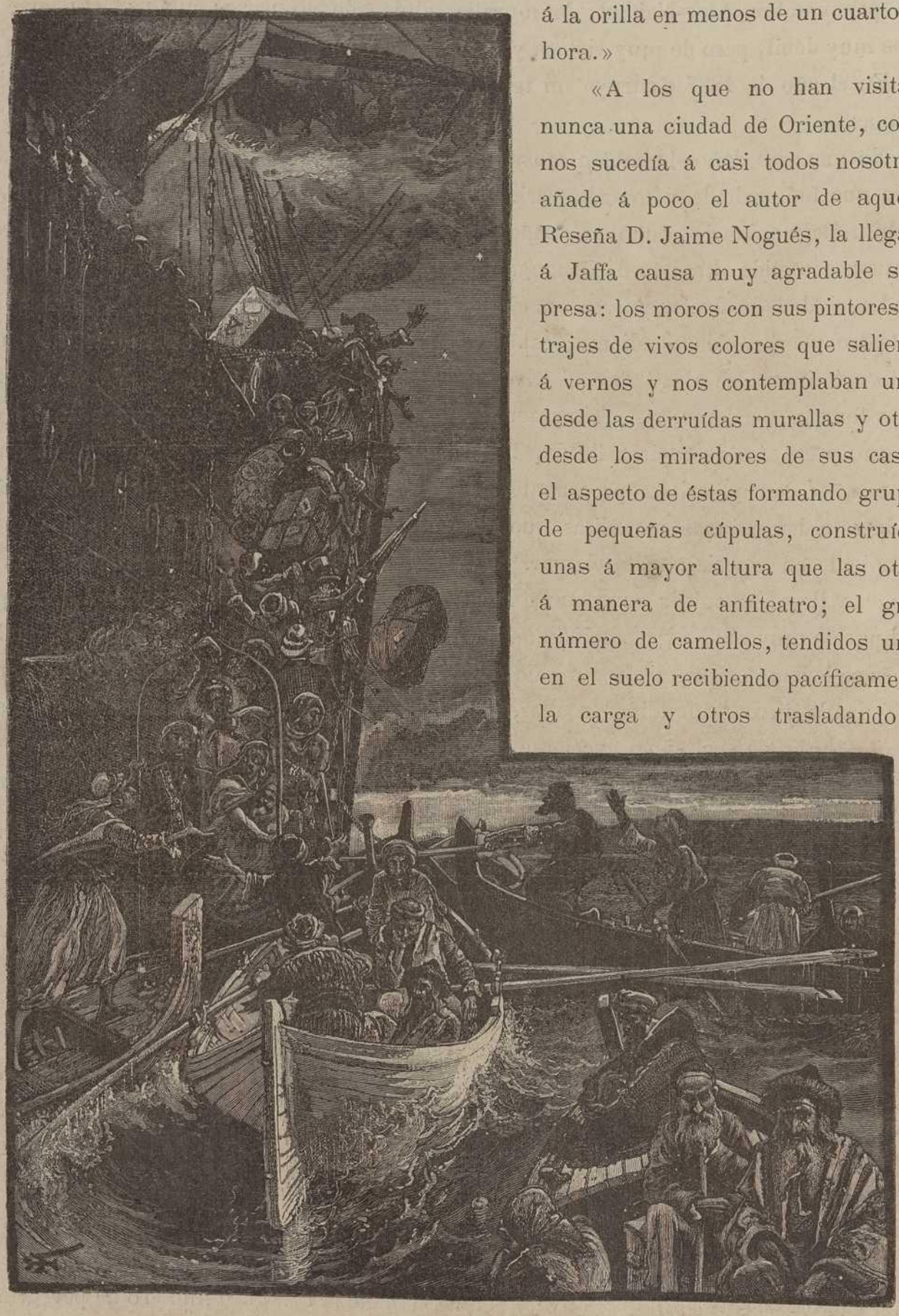
No menores daños le habían causado las civiles discordias á principios de este siglo, en la que fué asaltada y tomada varias veces. Finalmente, al declararse en favor de Ibrahim-Bajá quien la ocupó en el año de 1832, fué expugnada por los ingleses y quedó de nuevo sometida al sultán de Constantinopla.

La ciudad de Jaffa, puerta en cierta manera de la Tierra Santa, edificada en anfiteatro y en rápida pendiente, está situada en las laderas de un montecillo cuyo punto culminante se alza sobre el nivel del mar unos setenta metros. Varias de sus calles forman escaleras, y, pésimamente empedradas, se hacen casi impracticables en invierno y en días de copiosa lluvia. El muelle del puerto ha sido reparado hace unos treinta años con materiales procedentes de las ruinas de Cesarea, y de ellas provienen igualmente las colunas monolitas que en diversos puntos existen. Cuando el viento, el poniente en especial, agita el mar, rompen furiosas las olas en el muro que limita el muelle, y llegan á cubrir de espuma las casas inmediatas, lo cual equivale á decir que es el puerto muy poco seguro. Una línea de arrecifes casi á flor de agua, sobre los cuales quizás se levantó en otro tiempo un dique ó escollera, señala el perímetro del fondeadero, que cuando tuvo profundidad mayor, regular defensa contra los vientos y el oleaje exterior, hubo de ser, si no excelente nunca, mucho mejor que ahora; por medio de dos canalizos comunica con la rada, canalizos angostos y á veces no extensos de peligro, encerrados como están entre peñas en que pueden las lanchas estrellarse cuando la marejada arrecia, y así es que se da en invierno con frecuencia que los vapores que en este punto hacen escala, deben seguir su camino sin tomar ni dejar pasajeros ni mercancías.

«En los nueve días que duró nuestro viaje por mar, dícese en la *Reseña de la peregrinación española de* 1881, habíamos consultado gran número de obras referentes á la Tierra Santa, y en una de ellas se pintaba el desembarco en Jaffa con colores tan negros y llegó á infundirnos temor tan grande, que á no ser la fe que nos animaba á arrostrar los mayores peligros para satisfacer nuestros piadosos deseos, tal vez hubiéramos desistido de nuestro propósito. Según el autor de la obra á que me refiero, los arábes que conducen en sus lanchas á los pasajeros, rezan una especie de letanía durante el trayecto desde el vapor hasta la playa, y al llegar al punto más peligroso del peñascoso canalizo levantan los remos y entregan la embarcación á merced de una ola, añadiendo que hace pocos años naufragó allí una lancha con gran número de peregrinos griegos, sin haberse salvado más que una mujer. Esto no obstante, á nuestra llegada, el aspecto del mar, tranquilo como una balsa de aceite, desvanecía nuestros temores... Poco después de haber anclado nos rodearon algunas lanchas tripuladas por turcos...

En ellas nos embarcamos, y con toda facilidad, pues el mar parecía dormido, llegamos á la orilla en menos de un cuarto de hora.»

«A los que no han visitado nunca una ciudad de Oriente, como nos sucedía á casi todos nosotros, añade á poco el autor de aquella Reseña D. Jaime Nogués, la llegada á Jaffa causa muy agradable sorpresa: los moros con sus pintorescos trajes de vivos colores que salieron á vernos y nos contemplaban unos desde las derruídas murallas y otros desde los miradores de sus casas; el aspecto de éstas formando grupos de pequeñas cúpulas, construídas unas á mayor altura que las otras á manera de anfiteatro; el gran número de camellos, tendidos unos en el suelo recibiendo pacíficamente la carga y otros trasladando á



Desembarco en Jaffa

grandes pasos enormes fardos, y el bullicio y animación que reinan en aquel concurrido muelle, ofrecían para nosotros nuevo é interesante espectáculo.»

El convento latino adonde nos hemos dirigido, *Hospitium latinum PP. Franciscanorum Terræ Sanctæ*, según se lee en la inscripción de la puerta, está situado á corta distancia del muelle y viven en él tres Padres franciscanos y seis legos, españoles é italianos casi todos. El superior lleva el título de Padre vicario; á cargo de un Padre está la parroquia católica.

Vastos y con varios altos, aunque de fábrica sencilla y sin adornos, convento y hospicio, cuya obra fué comenzada en el año de 1654, respiran el grato bienestar de todos los edificios de su clase en Palestina; de sus azoteas, que dominan el mar, gózase de agradable vista. La iglesia, que es templo parroquial, consta de una sola nave de exiguas proporciones en las que apenas puede hallar cabida la actual población latina, y tiene cuatro altares. Está dedicada á san Pedro, y en el altar mayor hállase un cuadro representando la visión del apóstol antes explicada. Nada notable ofrece la iglesia artísticamente hablando; pero los adornos, las flores y los piadosos objetos que la decoran, descubren el esmero y cariño con que cuidan de ella los frailes. Según algunos autores, está edificada en el sitio donde existió la casa del curtidor Simón; sin embargo, conforme hemos de ver luego, no lo dice así la tradición más general y segura.

El convento de los griegos cismáticos es aún más vasto que el latino, desde sus magníficas azoteas extiéndese la vista por el pintoresco panorama de la ciudad, la ribera y el mar. Su iglesia, bajo la advocación de san Jorge, está precedida de un *narthex* ó vestíbulo, como casi todas las de su comunión y divídese interiormente en tres naves, sostenida la central por diez colunas de mármol, cinco á cada lado.

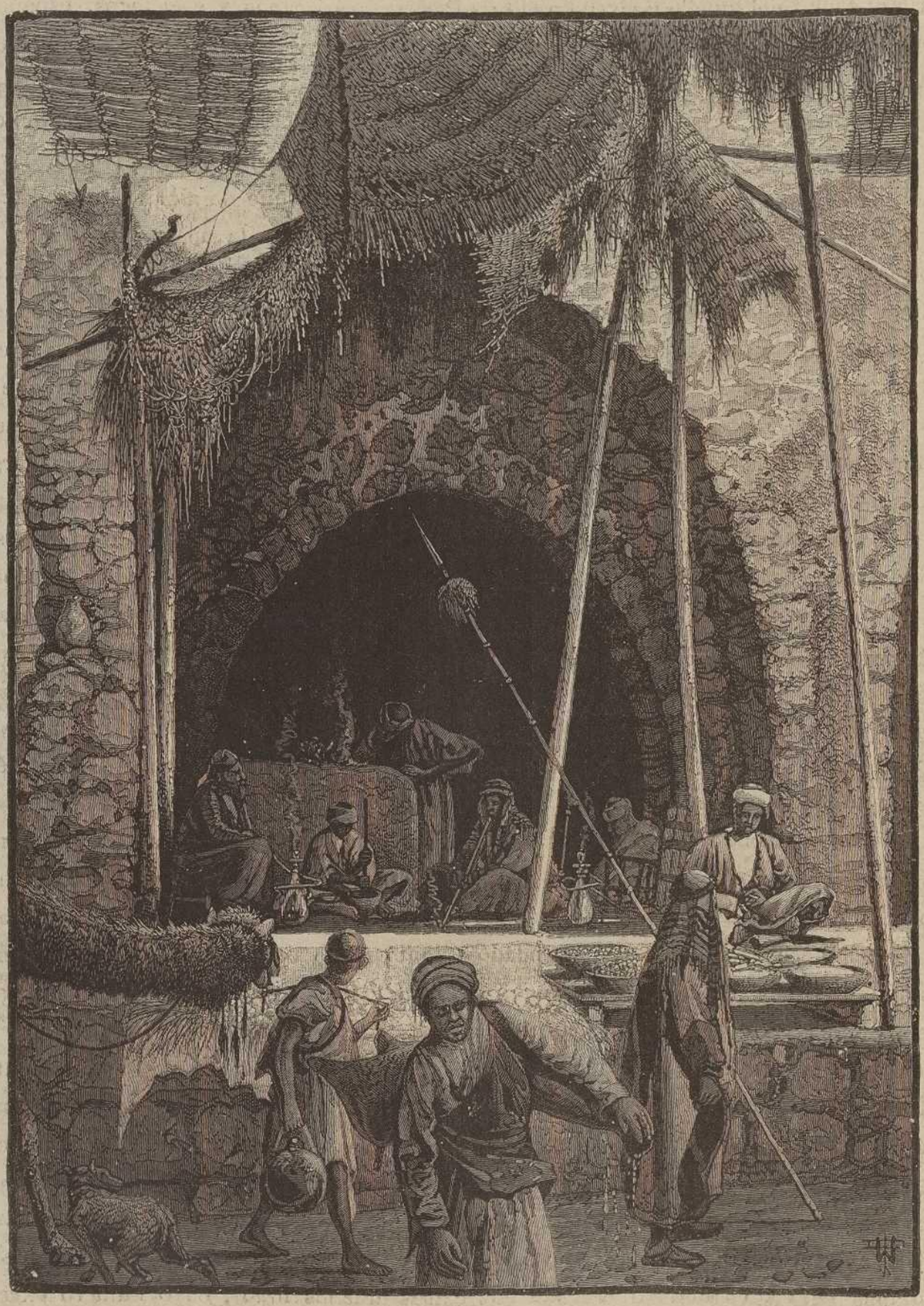
El convento armenio es también de grandes proporciones; varias de sus salas sirvieron de asilo en 1799 á los apestados del ejército francés, y aún se enseña aquélla en que fueron envenenados antes de la evacuación.

En las inmediaciones del convento latino hállase el establecimiento de las Hermanas de San José, que son las primeras monjas que desde la época de las Cruzadas han fundado en Palestina hospitales y escuelas. La superiora, por nombre sor Silvia, habita la ciudad hace largos años, y bondadosa tanto como dotada de singular entereza, muy familiarizada con el idioma arábigo, prodiga á los indígenas, que la tienen en gran veneración, sus cuidados, limosnas y consejos. Varias hermanas francesas, bajo su dirección, regentan la escuela y una farmacia que proporciona á los pobres medicamentos gratuitos; á la escuela concurren unas cincuenta niñas, externas todas, excepto algunas huérfanas y varias negritas. Fuera de la ciudad se ha construído recientemente, merced á la caridad de un opulento comerciante de Lyón por nombre Guinet, un hospital del que cuidan las Hermanas. Son en él notables una capilla de estilo ojival y el claustro.

Establecidos en Jaffa desde abril del año de 1882, los Hermanos de las escuelas cristianas han visto acudir en breve á sus clases muchos niños, cuyo número excede en el día de ciento y treinta, pertenecientes á diferentes comuniones cristianas; hasta los hay de familias musulmanas.

Los bazares ocupan la parte inferior de la ciudad y forman una especie de irregular

y abovedada calle; provistos de los artículos de general consumo, llénalos cada mañana agitada y compacta muchedumbre en la que, especialmente en la época pascual, cuando



Un café en la plaza de Jaffa

allí acuden á millares los peregrinos de Oriente y Occidente, se oyen los más variados idiomas y se ven en pintoresca confusión toda clase de trajes. Difícil es, á veces,

lograr paso por entre las interminables filas de personas, mulos y camellos que en

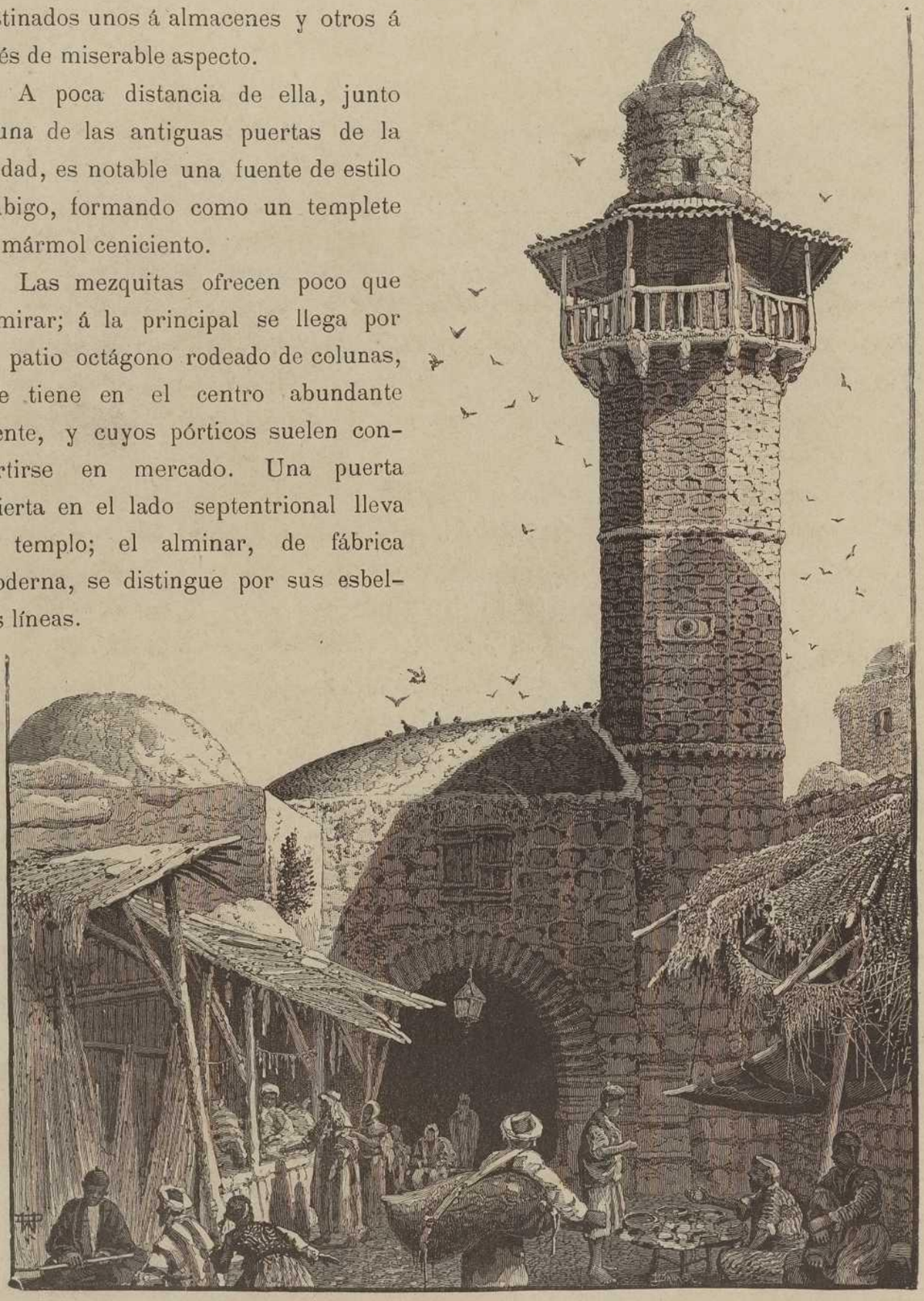
Fuente pública en Jaffa

todas direcciones discurren. El bullicio suele ser aún mayor en la gran plaza que se encuentra al extremo de la calle; en ella se venden naranjas, granadas, caña de azúcar,

dátiles y toda clase de fruta y botijos porosos para conservar fresca el agua, y se prepara también carne asada en puestos ambulantes. Rodean la plaza edificios de un solo alto, destinados unos á almacenes y otros á cafés de miserable aspecto.

A poca distancia de ella, junto á una de las antiguas puertas de la ciudad, es notable una fuente de estilo arábigo, formando como un templete de mármol ceniciento.

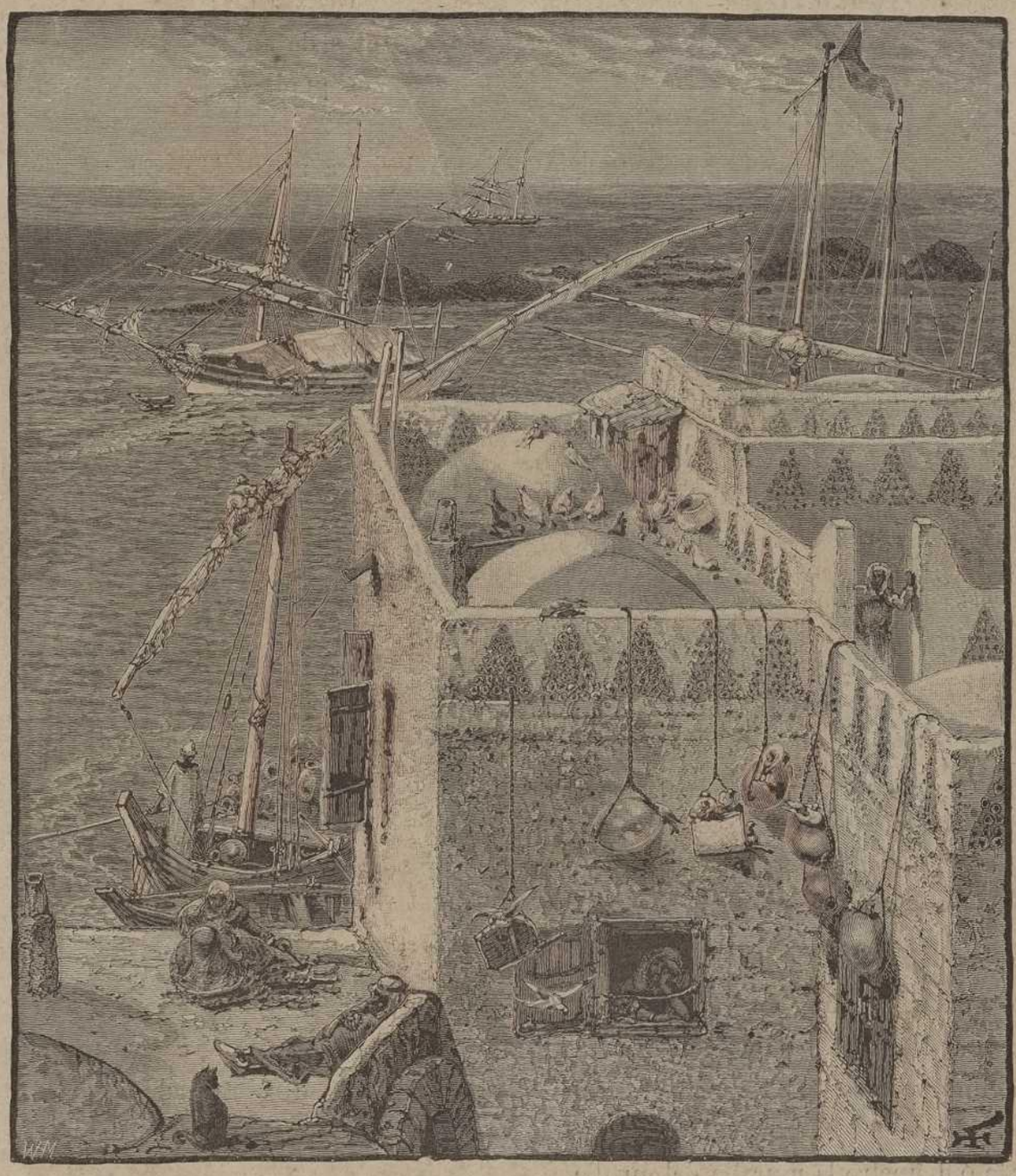
Las mezquitas ofrecen poco que admirar; á la principal se llega por un patio octágono rodeado de colunas, que tiene en el centro abundante fuente, y cuyos pórticos suelen convertirse en mercado. Una puerta abierta en el lado septentrional lleva al templo; el alminar, de fábrica moderna, se distingue por sus esbeltas líneas.



Principal mezquita de Jaffa

Una mezquita hay, sin embargo, que no dejan de visitar los peregrinos cristianos; la tradición dice de ella que ha sustituído al antiguo santuario en que fué convertida

desde los primeros siglos de la Iglesia la casa del curtidor Simón, en la cual, como queda dicho, tuvo morada el príncipe de los Apóstoles. Consiste en un pequeño patio y en abovedada estancia de sólida construcción, que por los árabes es llamada *Djama eth-Thabieh* (mezquita del Baluarte), á causa de estar inmediata á un baluarte, hoy demolido



El puerto de Jaffa, visto desde la casa del curtidor Simón

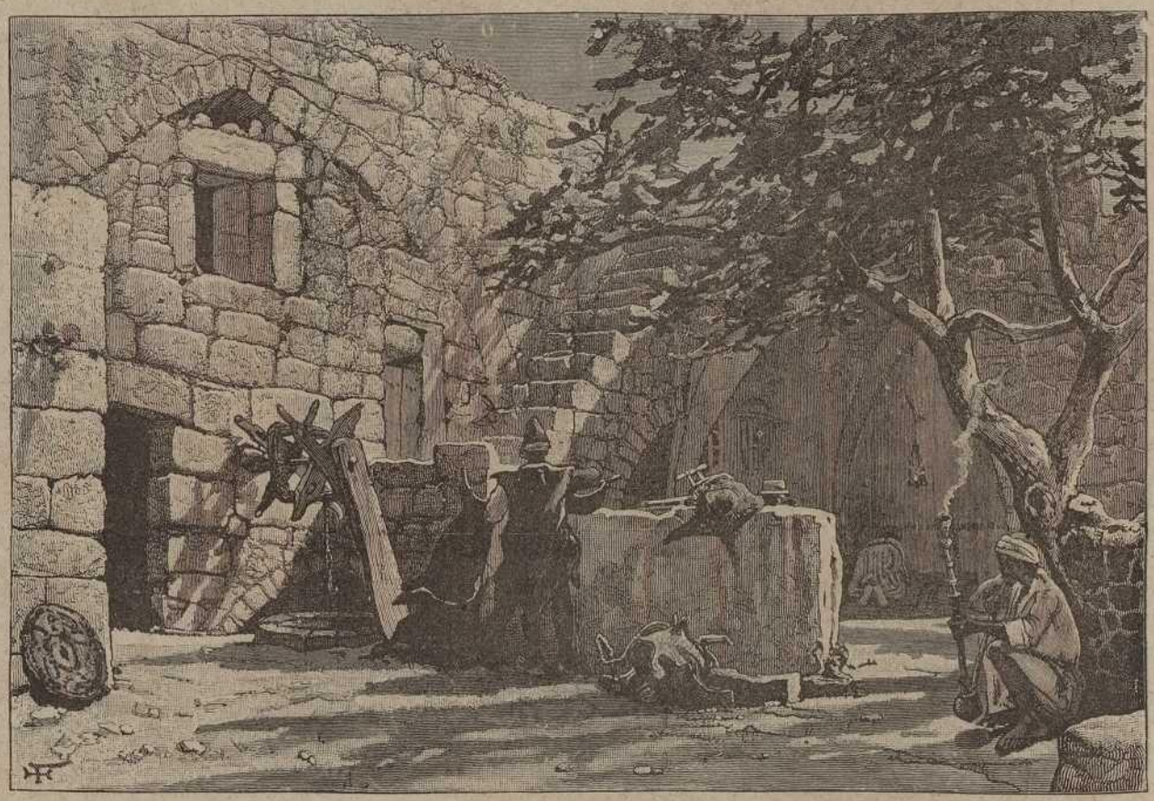
en parte, que por su proximidad á la playa llevaba el nombre de Bordj el-Bahar (baluarte del Mar).

Junto á la ribera sabemos por los Hechos de los Apóstoles que estaba situada la casa de Simón el curtidor, de modo que á esto corresponde exactamente la situación del santuario musulmán. A la iglesia cristiana, dedicada á san Pedro, que en aquel sitio existió, se cree pertenecieron algunas colunas y dos capiteles bizantinos que en recientes

excavaciones ha encontrado allí el capitán Guillemot, el mismo bajo cuya dirección corrieron las obras del hospital de San José.

Todavía ahora existen algunas curtidurías en las inmediaciones de esta mezquita, la cual, lugar venerado por cristianos y musulmanes, domina una pequeña y semicircular ensenada, á la que los indígenas, seguramente á causa de su forma, apellidan Birket el-Kamar (estanque de la Luna). De los cimientos de antigua muralla que en este punto se dirigía hacia el sur, deducen algunos autores que hasta esta ensenada llegó en otro tiempo el recinto de la ciudad.

Inmediato á ella se extiende un barrio de moderna construcción, pues la ciudad



Patio de la casa del curtidor Simón

que se encuentra hoy en vías de prosperar y crecer, ha traspasado en varios puntos la línea de las murallas, que han sido ya en muchos demolidas, sirviendo sus materiales para el nuevo caserío. El murado recinto debido á Abu-Nabbut, flanqueado por baluartes y rodeado de fosos, describía alrededor de la plaza irregular semicírculo, del cual era cuerda ó diámetro la muralla del muelle.

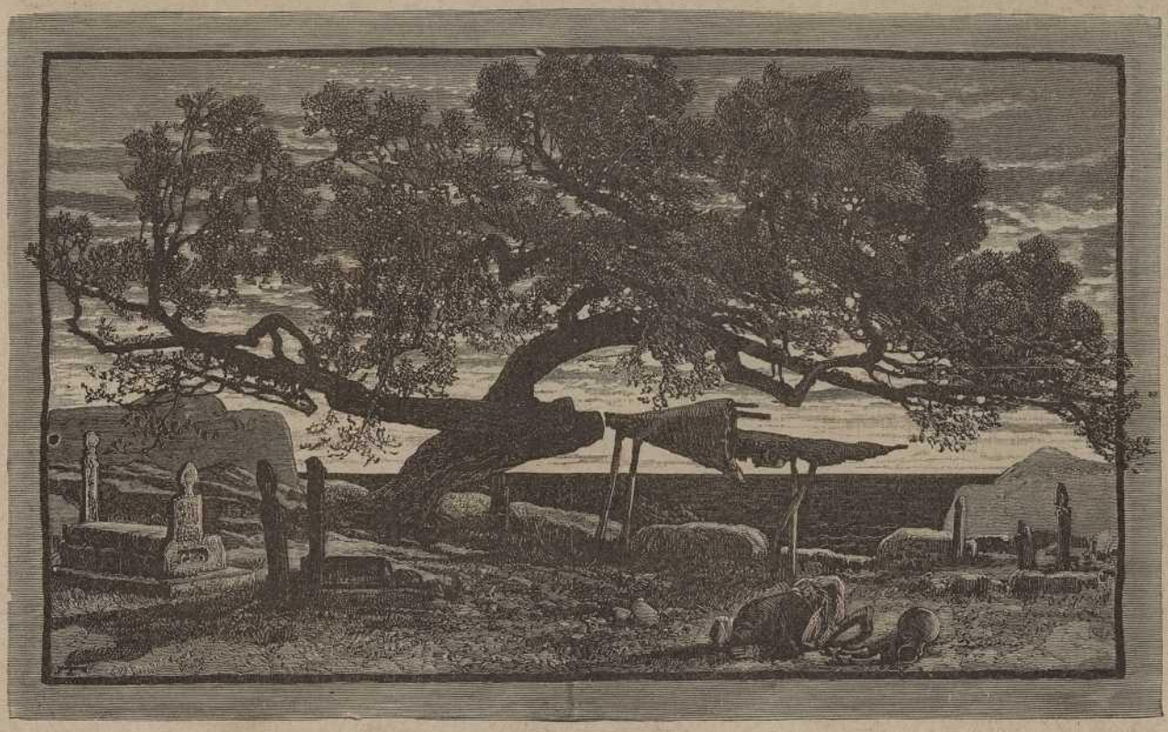
La población actual de Jaffa, con inclusión de la que mora en los huertos inmediatos, asciende á trece mil habitantes, de ellos diez mil musulmanes, trescientos y cincuenta latinos, mil y quinientos griegos cismáticos, setecientos armenios, trescientos griegos unidos ó Melchitas, y algunos israelitas.

En aquel número están también comprendidos los doscientos y cincuenta wurtembergeses, que, como los de Kaifa y pertenecientes á la propia comunión que éstos, formaron en Jaffa una colonia en el año de 1868, reemplazando á unas cuarenta familias

norte-americanas que se habían establecido allí dos años antes. Con el desaseo de las calles interiores ofrecen muy agradable contraste sus lindas casas construídas á la europea entre jardines, respirando comodidad y limpieza.

Al mediodía de la ciudad se eleva la *Cuarentena,* gran edificio construído por Mehemet-Alí en el año de 1835, y ya en ruinoso estado. En sus inmediaciones hay una escuela inglesa para niñas, y más lejos el ualy ó sepulcro de un jeque, por nombre Ibrahim.

Los cementerios de las diferentes comuniones cristianas están situados fuera de la ciudad; el mahometano se encuentra antes de llegar al barrio de la colonia alemana, junto á las chozas de una colonia egipcia, é inmediato á la playa, se compone de tumbas en tierra con inscripciones arábigas en las losas que las cubren. Algunos hay



Cementerio musulmán en Jaffa

que rematan en pirámides truncadas, pero si el sitio es propio para inspirar graves meditaciones, ya que jamás dejan de verse en él musulmanes postrados en oración, no cuenta con ningún monumento notable.

Famosos son los huertos ó verjeles de Jaffa, y ciertamente no desdicen de su celebridad: quien los recorra en estación propicia, puede creerse transportado á los fabulosos jardines de las Hespérides, cantados por los poetas. La tierra arenisca que los forma hácese por medio del constante riego muy adecuada á la vegetación, y divididos en varios compartimientos, según sus distintos propietarios, sepáranlos unos de otros líneas de gigantescos nopales, cuyas hojas, erizadas de púas, constituyen insuperable valla. Hay en todos uno ó varios pozos, de los que otras tantas norias sacan incesantemente gran chorro de agua que distribuída en numerosos canalizos, serpentea por todo el ámbito del huerto. A no ser esto, la tierra se secaría en breve abrasada por los

grandes calores, y en vez de la frondosidad con que se engalana aquella arena transformada en excelente terruño, no tardaría en ser patrimonio de la esterilidad y de la muerte. Es, pues, un verdadero oasis la zona inmediata á Jaffa en una extensión de tres kilómetros, que podría ser mucho mayor mediante un riego y cultivo análogo, en cuanto la llanura de Sarón, aunque compuesta en gran parte de una arena rojiza, es de gran feracidad al fecundarla las lluvias, y nada más fácil que regarla toda, pues á muy pocos palmos de profundidad es seguro encontrar el agua. Que así no suceda

Noria en un huerto de Jaffa

y quede limitado á una faja alrededor de la ciudad el territorio cultivado débese, dice M. Guerin, á distintas causas y en especial á la mala administración del país, á la triste suerte del labrador, que ve disminuir la seguridad de su persona y bienes á proporción que se aleja de las poblaciones, á la nativa indolencia del árabe, y también, no hay que echarlo en olvido, á la maldición terrible que está pesando hace siglos sobre esta región infortunada, donde, según poética expresión de la Sagrada Escritura, corrieron arroyos de leche y miel, y que hoy, en su decadencia y vilipendio, muestra impreso el sello de los divinos castigos.

Sin embargo, añade aquel autor, todavía, para justificar las alabanzas de los

sagrados textos, conserva como dejos y vestigios de su pasada amenidad, y testimonio de ella ofrecen los vergeles de Jaffa con su regalada fragancia, con su vegetación ostentosa; son, no cabe dudarlo, parte, aunque pequeña, de aquella Tierra prometida tal como la Biblia la ha descrito. Odoríferos bosquecillos de limoneros, naranjos y granados confunden, en bello desorden, su follaje, sus flores y frutos, y no es raro ver que un mismo árbol los lleva ya sazonados cuando á la vez brotan en sus ramas flores promesa de otros nuevos; no se han cogido aún los primeros y ya los segundos comienzan á formarse. Los naranjos en especial sorprenden por su frondosidad y por la belleza de su dorado fruto. Con ellos crecen higueras, almendros, melocotoneros, albaricoqueros y moreras, y dominándolos á todos álzanse enormes sicomoros y graciosas palmeras. El plátano y la caña de azúcar se dan allí con gran lozanía, pero sólo en pequeña escala reciben cultivo: coséchanse exquisitas sandías. En los huertos de Jaffa, según la *Reseña de la peregrinación española,* «realiza la naturaleza lo que no podrá imitar nunca el arte, y para dar una idea de la fecundidad de aquel suelo bastará decir que un geranio, planta que en España no se eleva más que á unos tres ó cuatro palmos, es allí un arbusto más alto que un hombre, y que una naranja completamente verde que cogimos era de mayor tamaño que las mayores de nuestra patria cuando están en sazón, y dulce y agradable al paladar.»

Los moradores de Jaffa tienen en sus huertos sitio de agradable esparcimiento, y muchas familias suelen pasar días enteros á la sombra de aquellas arboledas.

Mantiene la ciudad comercio con Egipto, Siria y Constantinopla, y exporta jabón, sésamo, trigo y sobre todo naranjas y toda clase de fruta. A esto y al tránsito anual de peregrinos, debe su actual engrandecimiento. Esto no obstante, si conforme hemos visto, se observa en el muelle, en los bazares y en las calles adyacentes mucha animación, en las demás, tortuosas y sucias, la quietud y la soledad son completas. Las casas, de construcción más sólida que en otras ciudades de aquella costa, tienen todas su pequeña cúpula en el centro de la azotea. Las mujeres que se ven en público van pobremente vestidas con holgadas túnicas blancas y un velo azul, sin mostrar más que los ojos.

Jaffa es residencia de un kaimakam turco, dependiente del bajá de Jerusalén, y por su inmediación á la Ciudad santa, de la que la separan once horas de buena carretera, y por la feracidad de su territorio sólo le falta un puerto de regulares condiciones para adquirir importancia mucho mayor de la que en pocos años ha alcanzado.

IV

Fuente de Abu-Nabbut.—Las raposas de Samsón.—Yazur.—Beit-Dedjah.—Safarieh.—Lydda.—Iglesia de San Jorge.—Historia de la ciudad.—Milagro de san Pedro.—Sarfend.—Ramleh.—Su población.—Convento latino.—Mezquitas.—La Torre de los Cuarenta Mártires.—Cisternas.—Fundación de Ramleh.—Su historia.—Recuerdos de las Cruzadas.—Modin: panteón de los Macabeos.—Sus ruinas.—Karbet-Tibneh.—Sepulcro de Josué.

A unos veinte minutos al este de Jaffa, al extremo de umbroso camino por entre verjeles, hállase elegante fuente que lleva el nombre del bajá Abu-Nabbut, á cuya munificencia fué debida. Su cadáver descansa allí mismo en sepulcro al que adornan varias cúpulas y dan sombra altos cipreses. Extiéndese junto á la fuente una plazoleta con sicomoros que datan de siglos, y en un huerto inmediato estuvo, según tradición, la casa de Tabitha, resucitada por san Pedro. En aquellas cercanías fué descubierta en el año 1874 una antigua necrópolis hebrea.

Por algún tiempo el camino, que tiene la dirección del sudeste, continúa entre frondosos verjeles, cuando de pronto éstos concluyen, y nos hallamos en el desierto y desolado territorio que se extiende hasta Jerusalén y el Jordán. Entramos otra vez en los llanos de Sarón ó Sarona en latín, *Hach-Charon* en hebreo, esmaltados de flores en la estación primaveral; tulipas, lirios, rosas blancas, narcisos y anémonas crecen en ellos espontáneamente y les forman magnífica alfombra. Atraviésalos la carretera de Jerusalén, único punto de la llanura donde, merced á las precauciones en los últimos años adoptadas por la autoridad turca, goza el viajero de seguridad casi completa, y á proporción que por ella se camina vase destacando más y más la azulada línea de los montes de Judea, que cierra el horizonte por la parte de levante. Aquí fué donde Samsón puso fuego á las mieses de los filisteos. «Tomó trescientas raposas, refiere el sagrado texto; juntólas unas con otras por las colas poniendo en medio tizones, y encendidos, las soltó para que discurriesen por todas partes. Entraron aquellos animales por los campos filisteos, é incendiaron así las mieses hacinadas, como las que estaban aún en pié. Tanto corrió la llama que hasta las viñas y olivares quedaron abrasados.»

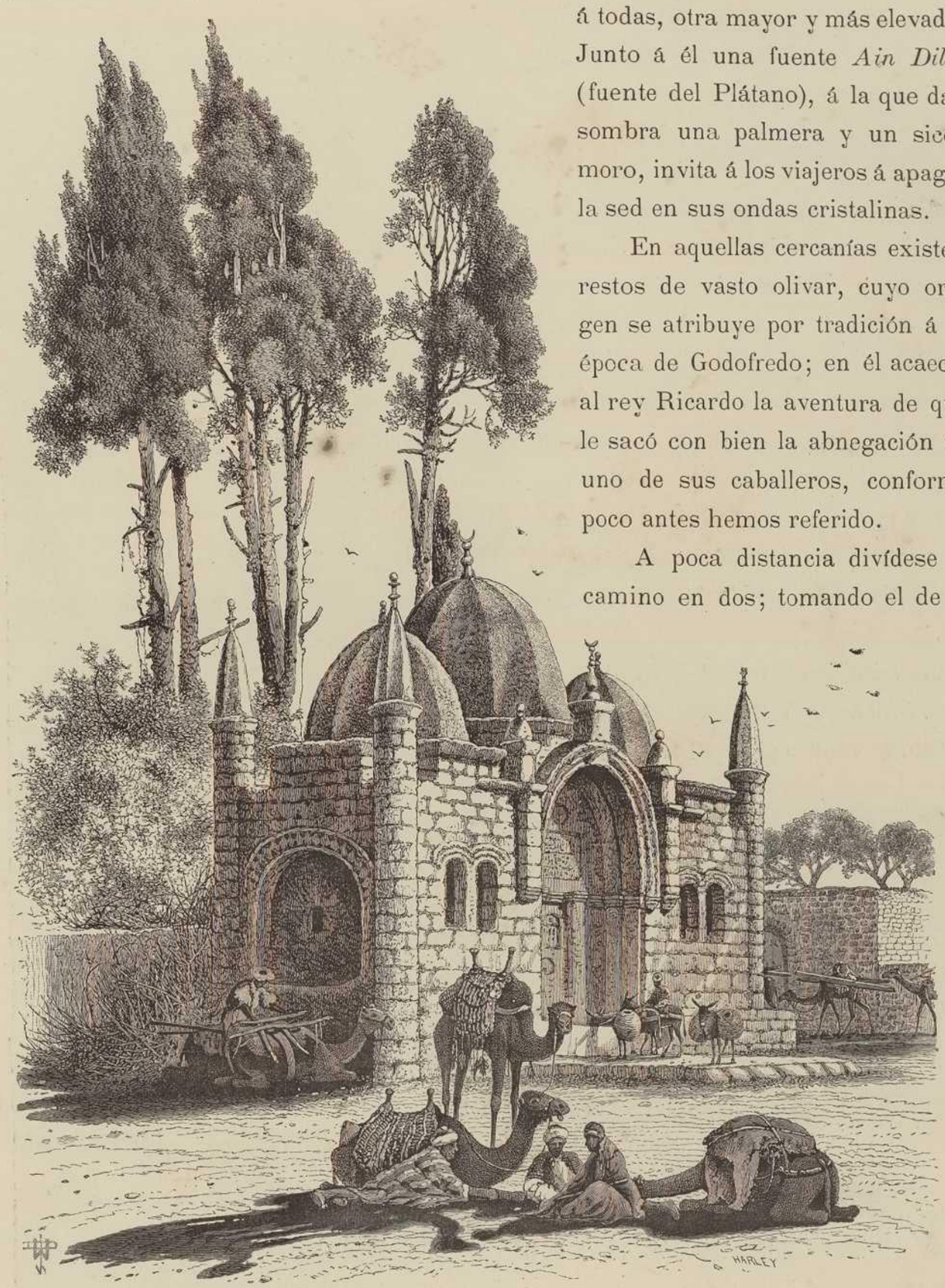
Llégase á poco á la aldea de Yazur, rodeada de huertos con higueras, olivos y aquellas hermosas acacias llamadas por los árabes *seder,* de las que con fundamento se cree ser los árboles designados por la Biblia con el nombre de *chittim,* que sirvieron á Moisés en el desierto para labrar el tabernáculo, el arca de la alianza, la mesa de los panes de proposición, el altar de los holocaustos y el del incienso.

Identifican algunos autores este lugar con la antigua Gazer ó Gezer, cuyo rey fué vencido y muerto por Josué; pero la opinión común cree que esta ciudad estuvo edificada más hacia el sudeste, en la altura llamada Tell Djezer.

A pocos minutos de Yazur encuéntrase un *ualy* musulmán que lleva el nombre del jeque Imam Alí; compónese de doce cupulitas entre las que se alza, dominándolas á todas, otra mayor y más elevada. Junto á él una fuente *Ain Dilb,* (fuente del Plátano), á la que dan sombra una palmera y un sicomoro, invita á los viajeros á apagar la sed en sus ondas cristalinas.

En aquellas cercanías existen restos de vasto olivar, cuyo origen se atribuye por tradición á la época de Godofredo; en él acaeció al rey Ricardo la aventura de que le sacó con bien la abnegación de uno de sus caballeros, conforme poco antes hemos referido.

A poca distancia divídese el camino en dos; tomando el de la



Fuente de Abu-Nabbut

izquierda se deja el real ó carretero y se alarga en media hora la jornada; pero lleva á Lydda, y bien merece la antigua ciudad de san Jorge este pequeño desvío.

Pasemos, pues, por arruinado caserón, donde se alojó Bonaparte, y atravesando

el pueblecillo de Sakîya llegaremos luego al de Beit-Dedjan, situado como el de Yazur en una colina de muy escasa altura. Como las de éste, están sus casas toscamente construídas, y aunque en su recinto no se observa vestigio de cosa antigua, es indudable que data su nombre de remotos tiempos.

En efecto, el arábigo de Beit-Dedjan, sobre todo si se pronuncia á la manera egipcia, esto es, Beit-Degan, es casi idéntico al de Beth-Dagón (Casa de Dagón), que llevan en Palestina varios pueblos donde por los filisteos fueron erigidos santuarios á su principal deidad, apellidada Dagón. Era representado el dios con cabeza y brazos de hombre y cuerpo de pez, y de ahí su denominación, diminutivo de *dag*, que significa pez.

En veinticinco minutos se llega á *Safarieh* en que ven algunos la antigua Sariphæ, sede episcopal en el año

Ualy de Imam Alí

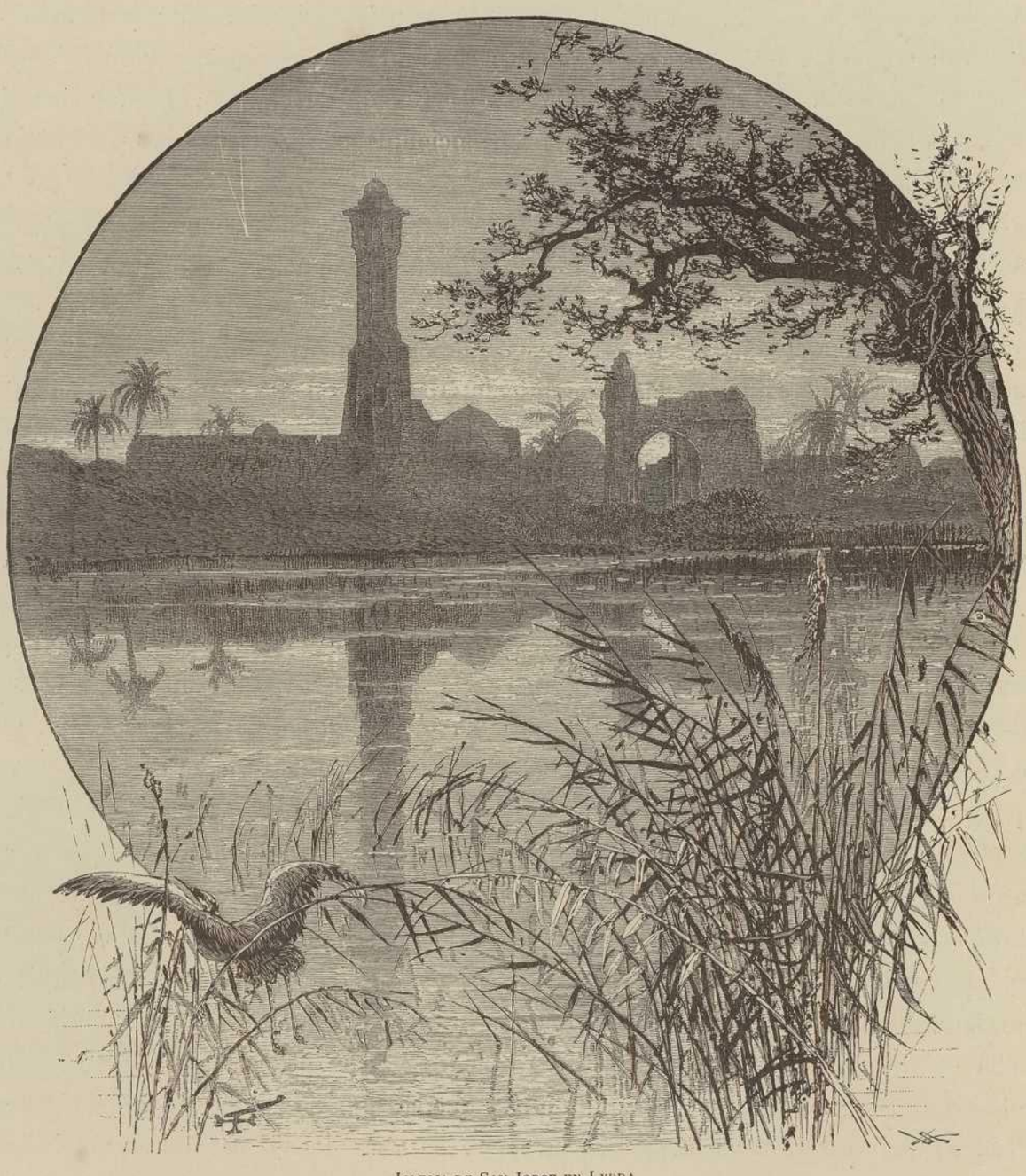
de 536. Diseminadas por la llanura vense distintas aldeas: *Kefr-Ana*, la antigua Ono, de la tribu de Benjamín; *Kefr-Djenis* y *El-Kenisé* (la iglesia), y en la falda de los montecillos *Deir-Tarif*, *Beit-Nebala* y otras de población miserable y escasa.

Una hora más de camino por entre nopales y algunos olivos nos conduce á la

ciudad de Luddo ó Lydda que, conteniendo varias casas arruinadas, dista mucho de contar el número de habitantes que podría suponerse por la gran extensión de su recinto. Esbeltas palmas se alzan en él ondeantes, en grupos ó aisladas y le comunican oriental aspecto; rodéalo magnífica huerta, y los bazares de la ciudad muestran gran provisión de legumbres y fruta. El clima es en ella muy duro en verano, y es este el punto de Palestina donde, sin duda por circunstancias especiales de localidad, se encuentran en mayor número los ciegos y tuertos: una décima parte de su población padece el último achaque, y una vigésima, total privación de la vista. La que en el día cuenta se calcula en cuatro mil musulmanes, ochocientos griegos cismáticos y veinticinco griegos católicos.

Las ruinas de la iglesia de San Jorge, en la parte meridional de la ciudad, son en ella lo más notable y no dejan de atraer justamente la atención de cuantos la visitan. Esta antigua catedral, varias veces destruída y otras tantas reedificada, fué demolida en el año de 1099 al aproximarse la hueste de la primera Cruzada, temerosos los musulmanes de que las gruesas vigas de la techumbre fuesen empleadas por el enemigo en la fabricación de máquinas de guerra; los Cruzados, según las crónicas, hallaron la iglesia completamente arruinada y entre las ruinas magnífico sepulcro. Con la esplendidez que exigía su devoción al santo héroe cristiano á quien estaba dedicada, la reconstruyeron al quedar dueños de Palestina; pero ellos mismos la arrasaron en gran parte en el año de 1191 á fin de impedir que Saladino pudiese convertirla en fortaleza. Se ha dicho por varios autores que Ricardo Corazón de León, en la época en que dominó el territorio, procedió á su reconstrucción; otros lo ponen en duda, y es lo cierto que ya en el siglo xv se habla de las ruinas de la iglesia. Así, cada vez en más deplorable estado, subsistieron hasta hace pocos años, y únicamente de vez en cuando se permitía á los griegos de la ciudad que fuesen á orar sobre la tapiada cripta, en la cual decía la tradición hallarse depositadas las reliquias del santo mártir á que estaba consagrada, hasta que en 1871 el patriarca griego cismático de Jerusalén por nombre Cirilo alcanzó de los turcos, mediante el pago de crecida suma, la exclusiva posesión para sus correligionarios del coro y de dos ábsides, que era cuanto quedaba en pié de la antigua basílica: con ello, restaurándolo, ha formado una reducida iglesia. Era aquélla de grandes proporciones con tres ábsides y tres naves, más alta la central que las laterales, y á juzgar por lo que de ella queda, data su construcción del siglo xii. La cripta, que es quizás de origen bizantino y se abre debajo del santuario, ha sido limpiada de tierras y escombros, y en el día se baja á ella por dos reconstruídas escaleras que llevan al sepulcro de san Jorge, sepulcro de fecha reciente, ó mejor, cenotafio de mármol que tiene esculpida la imagen del santo. También en la puerta, vese á éste en bajo relieve y en la figura tradicional de un caballero armado de punta en blanco vencedor del dragón, de cuyo furor libra á una doncella, representación del alma expuesta á sucumbir víctima del espíritu maligno á no ser poderoso y celestial auxilio. De san Jorge créese que nació en Lydda, que padeció martirio en

Nicodemia imperando Diocleciano á fines del siglo III, y que sus restos fueron llevados á su patria, donde se erigió en su honor la primitiva basílica, atribuída por algunos á Justiniano. San Jorge, ínclito patrón de la caballería cristiana, goza de extraordinaria veneración en todos los países de Oriente, donde son en gran número las capillas, iglesias y conventos que al mismo están dedicados; pero no hay punto en que su santa



Iglesia de San Jorge en Lydda

memoria tenga tantos devotos como en Lydda, que se envanece de ser á la vez su cuna y su sepulcro.

En cuanto al tercer ábside y á la mayor parte de las naves que por el suelo yacían, sábese que ya en el siglo XV se alzaba sobre ellas una mezquita con su alminar, la que subsiste todavía.

Lydda, cuyo origen data de remota antigüedad, es llamada en el Antiguo Testamento

Lod, denominación hebraica idéntica á la arábiga de Ludd, que tiene hoy día. Fundada por el benjaminita Samar, hijo de Elphaad, era todavía habitada por familias de la misma tribu al regreso del cautiverio, y tiempo después, ya con el nombre de Lydda, fué capital de una toparquía.

En el año 37 de la era de Cristo hallábase san Pedro en Lydda, donde vió á un hombre, por nombre Eneas, que, paralítico hacía ocho años, no había podido en todo este tiempo dejar el lecho. «Eneas, le dijo el apóstol, el señor Jesucristo te sana; levántate y hazte la cama.» Y en el momento se levantó, refieren *Los Hechos*, «viendo el prodigio los moradores todos de Lydda y de Sarona, los cuales se convirtieron al Señor.»

Cuarenta y cinco años después de J. C. fué junto con las ciudades de Gophna, Emmaus y Thamna, reducida á la dominación de Casio, hasta que vencido éste por Antonio en la famosa batalla Philippes, recobraron todas su libertad; pero transcurridos algunos años, el procónsul Cestio, en su marcha de Antipatris á Jerusalén, llegó hasta Lydda, cuyos moradores estaban casi todos ausentes, pues habían ido á la Ciudad santa para la celebración de la fiesta de los Tabernáculos. El procónsul mandó dar muerte á cincuenta de los que en la ciudad quedaron, y la entregó á las llamas.

No impidió esta catástrofe que Lydda, renaciendo á poco de sus ruinas, volviese á adquirir gran importancia y llegase á ser famosa por su escuela rabínica. En el año 68 fué ocupada por los soldados de Vespasiano, quien se apoderó de ella al paso, después de haber sometido la toparquía de Thamna.

Reinando Adriano, sofocada del todo la rebelión de Bar-Cokheba y reconstruída Jerusalén con el nombre de Ælia Capitolina, en la época en que, con la extensión y el afianzamiento que alcanzó la dominación romana, se difundió el gentilismo por toda la comarca, Lydda, al igual que otras poblaciones de Palestina, dejó su denominación antigua para tomar la de Diospolis (ciudad de Júpiter), que quedó á su vez abandonada, reapareciendo aquélla, después de la conversión de Constantino. Así lo demuestra la lista de sus obispos y el concilio en su recinto reunido en el año de 415, ante el cual compareció el autor de la herejía pelagiana. Hasta la invasión musulmana que causó en la ciudad gran estrago, subsistió la sede de Lydda, y los Cruzados en el año de 1099 la restablecieron. Saladino, en el de 1191, dió orden de arrasar la ciudad, la cual reedificada después fué otra vez devastada por los mogoles en 1271, sin que haya recobrado jamás su antigua prosperidad á pesar de su favorable situación en el principal camino que siguen las caravanas entre Siria y Egipto.

Los griegos cismáticos de Ludd están bajo la jurisdicción especial de un obispo que si bien titular de Lydda, reside constantemente en Jerusalén.

Por alguno de los senderos transversales que hemos dejado á nuestra derecha podremos volver á la carretera de Ramleh; quedan á un lado antiguos sepulcros hebraicos, y rodeada de cercas formadas por gigantescos nopales, situada en inmediato altillo, la aldea de Sarfend, la cual, aunque de poca apariencia es de gran antigüedad,

tanto, que autores hay que colocan en ella la famosa ciudad filistea de Gath. Esta opinión no es, sin embargo, general, ni es tenida por la de mejor fundamento.

A pocos minutos de una de las varias casillas ó garitas construídas de trecho en trecho en el año de 1860 para seguridad de la carretera de Jaffa á Jerusalén, atraviésase sombrío y desierto sitio que gozó un tiempo de desagradable celebridad y lleva un nombre no menos siniestro: llámanlo *maktalé*, mal paso, por haber sido famosa ladronera y teatro de repetidos crímenes, de los que hoy, por fortuna, apenas memoria se conserva, y por entre floridos verjeles que borran por completo la mala impresión anterior llégase á Ramleh, donde aguarda al peregrino la benévola y siempre grata hospitalidad franciscana.

La ciudad de Ramleh, muy decaída de su pasada importancia, está situada á los diez y ocho kilómetros al sudeste de Jaffa, y contiene escasamente cuatro mil habitantes, de ellos, dos mil y quinientos musulmanes, cuatrocientos griegos cismáticos, otros tantos armenios, cismáticos también, sesenta católicos y unos quince protestantes.

Aquel convento latino que, al igual de los demás de Tierra Santa, es monumento de fraternal abnegación para los viajeros de Occidente, ante quienes está á todas horas abierto, aseméjase, como otros antes descritos, á una verdadera fortaleza. Suelen residir en él dos Padres y algunos legos, entre los cuales es seguro encontrar españoles; uno de ellos tiene abierta escuela á la que concurren gran número de niños. El claustro con altos y robustos arcos ojivales, presenta bello y majestuoso aspecto, y esto que en tres de sus alas están aquéllos tapiados para destinarlos á dormitorios y otras dependencias. Crecen en el patio central frondosos arbustos y plantas trepadoras entre las que anidan las aves. En el vestíbulo representan algunos cuadros los principales sucesos de la vida del Serafin de Asís.

Está la iglesia dedicada á san José de Arimatea, y dice la tradición que ocupa el área de la casa del ilustre decurión que alcanzó permiso de Pilato para tributar al cuerpo del Salvador los honores postreros y sepultarlo en su propio panteón. Por otra tradición, de la cual se hizo intérprete Bonifacio de Ragusa, guardián del monte Sión á mediados del siglo XVI, se sabe formar parte del santuario el taller en que Nicodemus, auxiliar de José de Arimatea en la piadosa tarea, labró el crucifijo que aún hoy se venera en la catedral de Luca. Es la iglesia larga y estrecha; tiene tres altares y en el mayor hay un cuadro que representaba la descensión de la Cruz.

Fundado el convento por el duque de Borgoña Felipe el Bueno en el año de 1420, debió de ser abandonado varias veces á causa del rigor de los tiempos, si bien no perdieron nunca su dominio los Padres franciscanos, los cuales, al mejorar aquéllos y al afluir de nuevo los peregrinos, volvían siempre á la hospitalaria morada. Al visitarla M. de Chateaubriand en el año de 1806, hacía cinco que había sido saqueada y devastada, y al ilustre viajero le fué mostrado el sepulcro de un religioso asesinado en medio de la vandálica escena. «Los frailes, dícese en el *Itinerario de París á Jerusalén*, acaban de alcanzar con gran trabajo, licencia para verificar en el edificio las reparaciones

más urgentes.» La cisterna del convento tiene fama de ser la mejor de la ciudad, y desde las espaciosas azoteas gózase de admirable vista.

Otro establecimiento latino de creación reciente es el de las Hermanas de San José de la Aparición; estas excelentes monjas enseñan niñas y cuidan enfermos, y aunque instaladas hace pocos años, han prestado grandes servicios á la población de Ramleh, que siente por ellas tanta veneración como cariño.

El monasterio y hospicio griego poco notable ofrecen; la capilla está bajo la advocación de San Jorge, lo propio que la del convento armenio. En la época pascual llenan su recinto numerosos peregrinos.

Álzanse en la ciudad varias mezquitas, sin contar los santuarios de ella consagrados á diferentes santones. La principal, ó Djama el-Kebir, es antigua iglesia cristiana, dedicada que estuvo á san Juan; forma un rectángulo de cincuenta metros á lo largo por veinticinco á lo ancho, y perfectamente orientada, como todas las iglesias bizantinas y griegas, contiene tres naves que corresponden á otros tantos ábsides.

La central, de mucha mayor elevación que las laterales, hállase de éstas separada por siete arcos ojivales que se apoyan en pilares cuadrados, á los cuales sirven de adorno tres colunas y dos pilastras con capiteles corintios. Siete estrechas ventanas le dan luz por la parte superior, y aberturas semejantes la comunican á las naves laterales. La gran puerta de la fachada occidental está en el día condenada, y allí mismo se levanta cuadrada torre que, campanario antes, sirve actualmente de alminar.

La puerta que da hoy ingreso al templo se abre en el lado septentrional, y una inscripción grabada encima de ella anuncia que el edificio fué construído en el año 697 de la hégira (1298 de J. C.) por el sultán Ketbogha; contra esto, sin embargo, protestan con irresistible fuerza la forma del monumento y el carácter de su arquitectura, proclamando todo ser aquella hermosa iglesia de la época de las Cruzadas, sucediendo sin duda á otra más antigua, iglesia que aún hoy se encuentra en raro estado de conservación. Es probable sí que en la fecha antes indicada experimentaría reparaciones y modificaciones que no alteraron su forma anterior; entonces, entre otras cosas, sería condenada la puerta occidental y convertida en alminar la torre de las campanas.

Entre las demás mezquitas de la ciudad ha de ser citada, por la esbeltez de su alminar, la que lleva el nombre de Djama Cheikh-Nasran; consiste aquél en una torre octógona, no muy elevada, fabricada con piedras de gran regularidad en su corte, y rasgada por angostas ventanas en forma de saeteras.

Un vasto *seraia* ó alcázar, morada antes de los gobernadores de la ciudad, hállase hoy en ruinoso estado, á lo que se dice, fué magnífico edificio, y en el día, en una de sus desmanteladas salas, tiene el *mutselim* su diván para la administración de justicia. Uno de los ángulos que mejor se conserva ha sido destinado á cárcel.

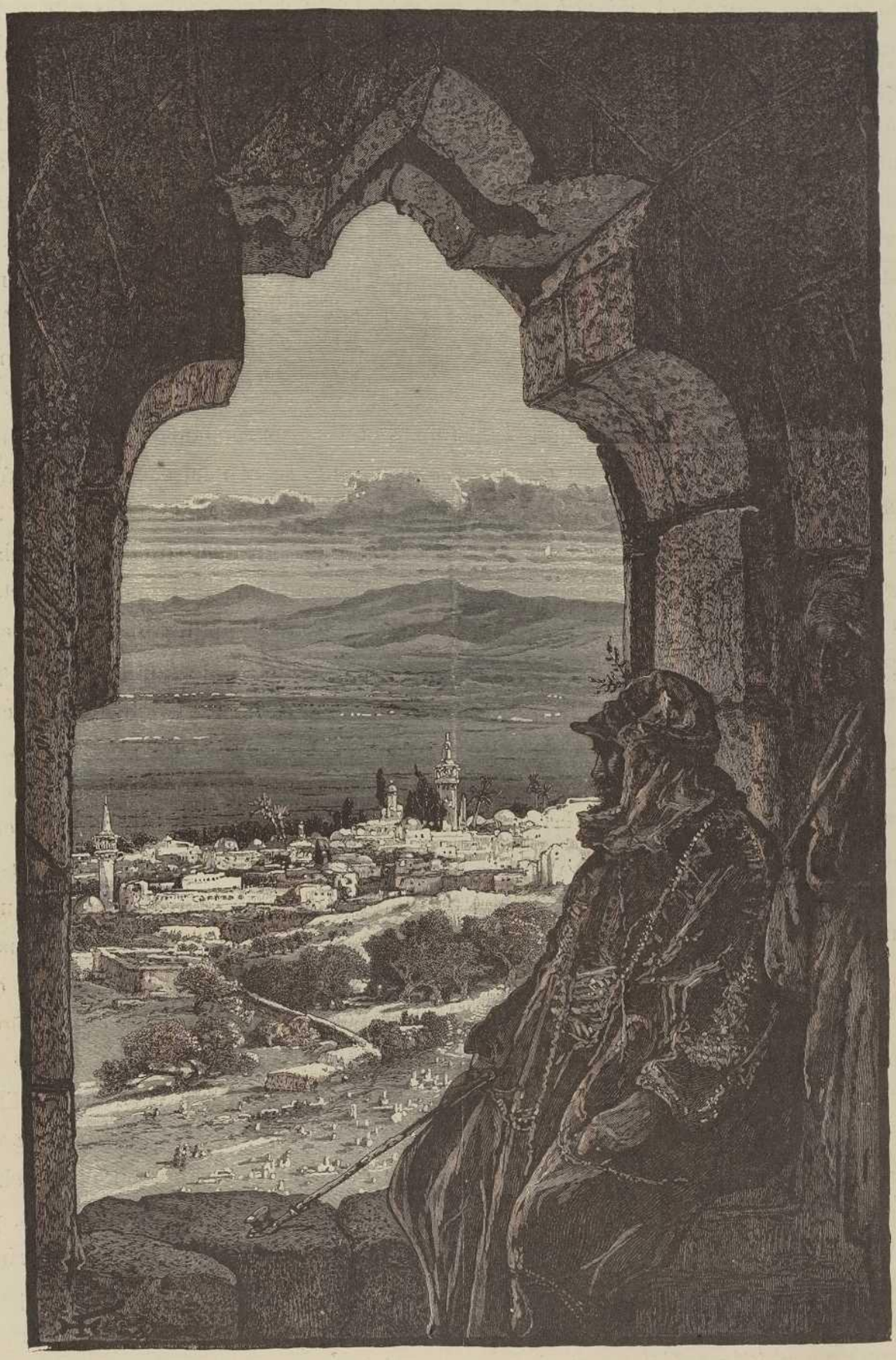
Los bazares no están mal provistos, y varios *khan* que son, á la vez que paradores, depósitos de mercancías, dan abrigo á las numerosas caravanas arábigas que pasan por Ramleh al dirigirse á Jerusalén, á Gaza ó á Damasco.

Almenado muro de la época de las Cruzadas rodeaba á la ciudad no há muchos años; en el día no existe. Doce puertas daban paso á ella, y por las cuatro más principales se tomaba respectivamente el camino de Jaffa, el de Ascalón, el de Jerusalén y el de Naplusa. El sitio en que algunas estuvieron puede aún con facilidad ser conocido.

A unos ocho minutos del perímetro actual de la ciudad, hacia poniente, las ruinas que llevan el nombre de Djama el-Abiadh (la mezquita blanca), merecen muy especial atención. Llégase á ellas por sendero á cuyos lados crecen gigantescos nopales, atravesando antiguo cementerio, y lo primero que atrae las miradas es vetusta torre cuadrangular y aislada llamada de los Cuarenta Mártires, digna de ser admirada por la elegante sencillez de su fábrica. Mide nueve metros por lado, y la puerta ojival, lo mismo que las aberturas de los cinco altos, también en ojiva, son por todo extremo notables. Súbese al piso superior, en el cual ha causado el tiempo gran deterioro, por escalera espiral de ciento y veinte peldaños, y la ascensión, aunque penosa, suele ser recomendada al viajero por el extenso y bello panorama que desde allí se disfruta: vense al oeste Jaffa y la plateada línea del Mediterráneo; dilatados y fértiles llanos al norte y mediodía, y por este, teniendo á los piés Ramleh y más lejos las blancas casas de Lydda, limitan el horizonte las variadas y quebradas cumbres de los montes de Samaria y Judea, bellos y pintorescos en cuanto cabe desde aquel observatorio, sobre todo cuando el sol, al dirigirse al ocaso, los baña con doradas tintas.

Torre de los Cuarenta Mártires en Ramleh

Junto á la torre extiéndese el lado occidental del rectángulo que, midiendo ciento



Vista tomada desde lo alto de la torre de Ramleh

y seis pasos á lo largo por ciento á lo ancho, formó la arruinada mezquita. En el lado meridional dos líneas de arcadas ojivales se mantienen parte en pié y otras yacen

por el suelo, y en el centro de esta especie de nave un nicho ú hornacina señala el punto en que estuvo el *mihrab*. Allí, en esta parte del *haram* ó recinto sagrado, restaurado y embellecido por el sultán Bibars en el año 666 de la hégira (1268 de J. C.), según reza arábiga inscripción, ábrese una cripta muy bien conservada cuyas bóvedas descansan en dos líneas de arcos ojivales. A ella se baja por una escalera de treinta peldaños, y en su recinto, según tradición cristiana, se veneraron las reliquias de aquellos animosos soldados de la legión duodécima en número de cuarenta que, por negarse á sacrificar á los ídolos, fueron expuestos desnudos, por orden de Lysias, en el estanque helado de Sebaste de Armenia; allí recibieron la palma del martirio, y recogidos piadosamente sus restos por los cristianos de la comarca enriqueciéronse con ellos varias iglesias, entre otras las de Constantinopla, Cesarea y Ramleh. En esta ciudad fuéles erigido un templo que, destruído y reedificado varias veces, es el origen de las ruinas que tenemos delante. Los musulmanes, apropiándose y desfigurando la tradición cristiana, creen que en el subterráneo recinto fueron sepultados los cadáveres de cuarenta compañeros de Mahoma, que hallaron la muerte peleando por su fe.

Forma la fachada oriental una sola línea de arcos ojivales, en el centro de la que existe una puerta que miraba á la ciudad, y junto á ellos abríanse extensos subterráneos, cisternas quizás, cuyas bóvedas descansan en dos líneas de arcos sobrepuestos. La mezquita constaba de diez estancias ó salas á cada lado del vasto rectángulo, y aquella puerta del primer recinto que llevaba al patio estaba ricamente trabajada. En el centro del patio pueden verse aún vestigios de una fuente.

De esta iglesia hoy destruída sin que de ella quede otra cosa que la cripta, fué campanario, según la tradición cristiana, la erguida torre que acabamos de describir, construída en la época de las Cruzadas por los caballeros del Temple á cuya custodia estaba, y convertida luego en alminar; pero algunos autores, entre ellos M. Guerin, dudan de que por su construcción pudiese haber sido nunca torre de campanas, y se inclinan á dar entero crédito á la arábiga inscripción que, colocada encima de la puerta, anuncia haber sido levantado el alminar por el sultán Kelaun en el año 718 de la hégira (1318 de J. C.), cuando quizás sólo haya de entenderse haber sido reparado y apropiado al nuevo uso, conforme de Djama el-Kebir y de otros edificios queda dicho.

En cuanto á la Mezquita blanca créese que el califa Soliman-Abd el-Malek, de la familia de los Omeyas, fué su fundador en el año 96 de la hégira (696 de J. C.), ya la construyese de planta, ya se limitase á transformar antigua iglesia y monasterio allí existentes, dedicados á los cuarenta mártires de Sebaste. Ocupado el territorio por los Cruzados sería el edificio convertido de nuevo en templo cristiano, conforme lo acreditan los sepulcros allí descubiertos, y al caer en poder de Saladino fué reparado en el año de 1190 por un magnate de su corte. Recobrado por Ricardo de Inglaterra, el sultán Bibars, al reconquistarlo, lo restauró y adornó, según antes hemos dicho.

Una piadosa tradición ha embellecido aún más aquel sitio ya tan bello, uniendo

á él la memoria del niño Jesús; dice que allí, á la sombra de los nopales, tomó descanso la Sacra Familia en su huída á tierra de Egipto.

A unos diez minutos de Ramleh, hacia el norte, hermosas cisternas forman en medio del campo un cuadrilátero de veintiocho pasos por lado; divididas en seis abovedados compartimientos, uno de ellos se ha hundido y los cinco restantes se apoyan en dos filas de arcos sobrepuestos, recibiendo luz por cuatro aberturas superiores; á ellos puede bajarse por una escalera de veintisiete gradas abierta en el ángulo del nordeste. La tradición atribuye su construcción á santa Helena; los críticos se inclinan á tenerla por obra musulmana de la época de los Omeyas ú Ommiadas.

Al oeste de estas cisternas y á muy poca distancia hállase antiguo estanque que lleva el nombre de Birket Bent-el Kafer (Balsa de la hija del Infiel); destruído y cegado en su mayor parte, formaba un rectángulo de treinta y seis pasos á lo largo por treinta á lo ancho.

Finalmente, á oriente de la ciudad, á la distancia de cinco minutos, existe otro *birket* más vasto todavía, que proporciona aún hoy agua á los habitantes. De figura cuadrada, mide cuarenta y dos metros por lado; llámasele Birket el-Djamus (Estanque del Búfalo), y junto á él suelen acampar las caravanas.

Famosos son por su amenidad los verjeles de Ramleh, no menos que las magníficas avenidas de nopales que guían á la población y los bellos olivares que la rodean. Fértil por todo extremo es esta tierra; como la arenisca de Jaffa, el frecuente riego la convierte en excelente terreno vegetal. En el día es el cultivo menos extenso que antes, según lo demuestra el gran número de pozos abandonados que por la campiña se encuentran: en Ramleh, como en todas las comarcas de Tierra Santa, faltan brazos á la tierra, y á los escasos labradores protección y seguridad.

Es la ciudad pobre y de escaso comercio en jabón y en algodón hilado; su blanco caserío causa, sin embargo, impresión agradable, y es muy templado su clima, más benigno que el de Jerusalén y más sano que el de Jaffa.

Puede pensarse, por lo mismo, que lugar de tanta amenidad y de tan favorables circunstancias hubo de estar habitado y ser punto de numerosa población desde remotos tiempos: los pozos y cisternas que á cada paso se encuentran al recorrer aquellos campos, son nueva confirmación de tal hipótesis. Esto no obstante, no convienen los autores en la época de la fundación de Ramleh: para unos, Ramla ó Ramleh es la antigua Arimatea, patria de José y Nicodemus. Con tal nombre designa san Jerónimo en su *Epitafio de Santa Paula*, á una población inmediata á Diópolis ó Lydda, que no puede ser otra que Ramleh; Eusebio, por su lado, en el *Onamasticon* la llama Arim. Y esto no obstante, á dar fe á los autores arábigos, á Abulfeda, en especial, con quien concuerdan varios escritores cristianos, Ramleh no ha sucedido á ciudad alguna de la antigüedad, sino que fué fundada por Solimán, hijo del califa Abd el-Malek en la primera mitad del siglo VIII, luego de haber devastado la plaza de Lydda. Además, el nombre de Ramleh, equivalente en árabe á *arena* y tomado de la naturaleza

del terreno en que la ciudad se levanta, no tiene, á lo que se cree, la menor analogía con el de Arimatea, en el cual la generalidad de autores ven el sentido de *altura*. Si esto es cierto, si la etimología es fundada, la antigua Arimatea no puede identificarse con la moderna Ramleh, situada no en una eminencia, sino en medio de vasta llanura.

Pero transcribamos ahora lo que acerca de esto escribe M. Guerin.

«El erudito orientalista Barges, dice, me hace observar que el nombre de Arim ó Arima puede derivarse del hebreo Aremah, que equivale á *montón de trigo*. Aremtha en caldeo y Aremotho en sirio significan lo propio; Arameh en lengua arábiga expresa *montón de arena* á la vez que *montón de trigo*, y si los árabes, en la denominación de Ramleh, han adoptado al parecer el primer sentido fijándose principalmente en lo arenisco del terreno, no ha de verse inconveniente en que el nombre hebráico de Arima ó Aremah (montón de trigo) fuese aplicado á una ciudad situada en llano abundante en cereales. Así de Arima, Aremah ó Arimatea se ha formado Arameh para acabar en Ramleh.»

Sea lo que fuere de todo esto, que permanece aún bastante oscuro, es lo cierto que en el siglo IX tenía la ciudad gran importancia por su comercio y gozaba de mucha prosperidad, cuando en el año de 1099 la hueste de la primera Cruzada, después de apoderarse de Lydda, llegó delante de Ramleh, vióla rodeada de fuertes murallas, flanqueadas por numerosas torres. Estaba, sin embargo, desierta, pues sus moradores, aterrorizados por las hazañas del enemigo, la habían á toda prisa abandonado para buscar refugio en las montañas los unos, y en Ascalón los otros. Tres días permanecieron en ella los Cruzados, hasta que emprendieron la marcha hacia Jerusalén, habiendo formado en parte del recinto de la solitaria ciudad un campamento atrincherado, á fin de atender más fácilmente á su defensa. Al poco tiempo Ramleh quedó otra vez repoblada, y por su situación entre la capital y la costa adquirió nueva importancia, tocándole desempeñar gran papel en la epopeya de las guerras santas. Su iglesia pertenecía á la diócesis de Lydda.

Ramleh dió su nombre en el año de 1102 á una acción en que corrió en abundancia la sangre cristiana. Hallábase en Jaffa el rey Balduino I cuando se difundió la noticia de que jinetes sarracenos, salidos de Ascalón, estaban asolando los territorios de Lydda y Ramleh, y sin perder instante llamó á sus caballeros para marchar al enemigo. Varios nobles peregrinos que, cumplido su voto en el Santo Sepulcro, se disponían á embarcarse para Europa, se unen al reducido escuadrón que no pasando de doscientos guerreros, hallóse de pronto en medio de un ejército enemigo compuesto de más de veinte mil hombres. Envueltos por todas partes, sólo aspiran los cristianos á una muerte gloriosa. Esteban, conde de Blois, y el de Borgoña de igual nombre fueron de los primeros de caer sin vida; Harpin, señor de Bourges, fué hecho prisionero junto con Conrado, condestable del Imperio, quien por sus fuerzas de gigante había causado la admiración y el terror de sus contrarios.

Balduino se retiró casí solo del campo de batalla y ocultóse entre las hierbas y

malezas que crecían en las inmediaciones de Ramleh; á ellas pusieron fuego los sarracenos, y con gran trabajo y medio ahogado pudo el rey, á favor de la noche, llegar hasta la ciudad, con lo cual no hizo más que diferir el peligro, ya que la plaza no contaba con recurso alguno para la defensa y los musulmanes vencedores se preparaban á escalar sus muros á la venida del día. La gratitud de un emir, á cuya esposa salvara Balduino la vida, libróle de caer en manos de los sarracenos; por ocultas veredas le acompañó á Asur, en tanto que al asomar el alba penetraban aquéllos en Ramleh y pasaban á cuchillo ó reducían á cautiverio á cuantos cristianos tenían en la ciudad murada, que eran todavía en escaso número.

En el año de 1177 fué Ramleh incendiada por el renegado Ivelin; y en el siguiente experimentó Saladino gran derrota en los llanos que se extienden al mediodía de la ciudad hacia Ascalón. El rey Balduino IV, á la cabeza de trescientos setenta y cinco caballeros y algunos miles de infantes, marchó á atajar las devastaciones de la hueste sarracena diez veces más numerosa, y el día de la fiesta de santa Catalina la atacó con irresistible denuedo. Parecía, dicen las crónicas arábigas, que el ángel exterminador iba delante de los cristianos, así segaban sus aceros vidas musulmanas. «En esta memorable jornada, escribe Guillermo de Tiro, viéronse los brazos de la cruz, que era llevada al frente de la hueste, llegar al cielo y extenderse hasta los confines del horizonte.» Junto al sultán cayeron peleando todos sus mamelucos, *los de la túnica de azafranada seda*, y la rota fué tan completa y desastrosa que los caminos y veredas se hallaron luego cubiertos con las corazas, cascos y férreos borceguíes que arrojaban los fugitivos. El hambre, la sed, el frío de noviembre y las lanzas de los vencedores dieron muerte á muchos en su fuga, y por espacio de cuatro días entraron constantemente por las puertas de Ramleh, guerreros cristianos que volvían de la persecución cargados de botín y custodiando largas cuerdas de cautivos. Saladino huyó al desierto sin escolta, casi solo, montado en un dromedario.

Cuando transcurridos pocos años tomó en Hattin terrible desquite (1187), Ramleh, como tantas otras plazas, se rindió sin resistencia á sus pendones. Evacuóla el sultán en el año de 1191 no pudiendo oponerse á la victoriosa marcha de Ricardo de Inglaterra, pero antes se arrasó su ciudadela. Dos veces entró Ricardo en Ramleh, y aquellos campos fueron teatro de sus legendarios combates; en incesantes correrías contra el enemigo apostado en los montes de Judea, cada día nuevas hazañas difundían á lo lejos el terror de su nombre. «Jámás volvía al campamento, dice Vinisauf, sin ir seguido de muchos prisioneros y sin llevar consigo diez, veinte ó treinta cabezas de musulmanes muertos á sus golpes.» A quien lee la relación de sus proezas parécele tener á la vista aquellas páginas en que cantó la epopeya antigua los altos hechos de sus héroes, y para que nada faltase á la semblanza con los guerreros de fabulosos tiempos, sucedió un día, escribe aquel cronista, que el monarca britano, sin enemigos á quien combatir, midió sus fuerzas con un jabalí más terrible que el de Calidón y le derribó y venció.

En el año de 1204 la ciudad de Ramleh, que en el tratado convenido en 1192 entre Ricardo y Saladino fuera señalada por mitad á los cristianos, les fué cedida por entero y permaneció en su poder hasta que recayó definitivamente bajo el yugo musulmán al ser expugnada por el ejército del sultán Bibars en el año de 1266. Su suerte fué la infeliz de otras muchas poblaciones: á principios del siglo XVI apenas quedaban en Ramleh doce casas habitadas, desde el siguiente comenzó á recobrar alguna importancia, y nuestro *Devoto Peregrino* pudo ya escribir de ella: «Esta ciudad, muy grande antiguamente y de mucho trato, tendrá hoy escasamente mil habitadores.»

Bonaparte, en el año de 1799, estableció en ella su cuartel general; alojóse en el convento latino, donde aún existe la estancia por él ocupada; para hospital se habilitó la iglesia, y varios soldados de aquel ejército allí fallecidos, recibieron tierra en medio de las antiguas sepulturas en que descansan los guerreros de la cruz.

A once kilómetros al sudeste de la ciudad de Lydda han de llamar de un modo especial la atencion del viajero unas ruinas de gran interés religioso é histórico que han permanecido por largo tiempo ignoradas; son las de la antigua Modin, patria famosa de los Macabeos y lugar de su sepulcro, designadas hoy con el nombre de Kharbet el Medieh (ruinas de Medieh). Hasta el año de 1866 fué la ciudad de Modin, para la generalidad de los autores, la aldea de Soba, la cual desde hacía siglos hallábase en posesión de esta usurpada gloria (v. tomo I, pág. 258); viajeros hubo que creyeron encontrarla en los inmediatos lugares de Kasthul los unos y de El-Kubab los otros, y algunos, en fin, la colocaban en el pueblecillo de Latrun; pero en aquella fecha el Reverendo Padre Manuel Forner, religioso franciscano de Tierra Santa, al dirigirse de Jerusalén á Lydda por un camino poco trillado, pasó por el lugarejo de El-Medieh, y fijó su atención en la singular semejanza que este nombre ofrece con el de Modin, del cual difiere únicamente por la terminación, habiendo conservado las dos principales letras formativas. Con fundamento pensó haber dado con el verdadero lugar que fuera cuna y sepulcro de la ilustre estirpe de los Asmoneos, y su opinión, apoyada en poderosos indicios, fué robustecida por el erudito Guerin con nuevas pruebas, por las cuales queda acreditado que las ruinas de El-Medieh corresponden perfectamente por su nombre, lo mismo que por su situación, á los datos que acerca de Modin proporcionan la Biblia, Josefo, Eusebio y san Jerónimo. Y hay más; hasta ahora los autores que veían á Modin en Soba, en El-Kubab ó en otros puntos, habían de limitarse á describir el monumento sepulcral de los Macabeos según las indicaciones que de él nos ha dejado la antigüedad, acabando por decir: «En el día ha desaparecido por completo.» Pues bien, las excavaciones que en el año de 1870 se practicaron en El-Medieh bajo la dirección del expresado Guerin y que continuó cuatro años después M. Clermont-Ganneau, han puesto en evidencia los restos del mausoleo de manera á desvanecer sobre su origen toda clase de incertidumbre.

Constaba el panteón de cuatro salas con siete sepulcros: la primera ú oriental

tenía tres, perpendicular el uno á los otros dos; la segunda uno, lo mismo que la tercera, y la cuarta ú occidental, dos, separados por un tabique que dividía la sala en dos estancias las que comunicaban entre sí por medio de una puertecita. Estaban las cuatro salas comprendidas en un monumento rectangular de veintiocho metros á lo largo por siete á lo ancho; cuatro puertas que abrían al norte en un vestíbulo adornado con colunas, hoy destruído, daban cada una entrada á una sala; las otras fachadas del edificio hubieron de mostrar igualmente rica ornamentación, y en los basamentos que aún existen, formados por grandes piedras en muchas de las que está impresa la devastadora huella del tiempo y de los hombres, pueden verse todavía los pulidos sillares que vienen mencionados en la Biblia y en Josefo.

Corría el año del mundo 3836; Antíoco Epifanes, tirano del pueblo de Israel, había profanado y devastado el templo de Jerusalén; en su recinto sustituyó sus ídolos al altar del Dios verdadero; y el culto de Jehová fué bajo pena de muerte pohibido. Disperso el pueblo, fugitivos muchos, no fueron pocos, sin embargo, los que, vencidos por la miseria de los tiempos y la fuerza de la tentación, abjuraron de su fe, quemaron incienso é hicieron sacrificios á las extranjeras deidades, y entonces fué cuando el anciano Mathathías, de familia sacerdotal y sumo sacerdote según algunos, se retiró á Modin, su patria, con su mujer y sus cinco hijos, por nombres Juan, Simón, Judas, Eleazar y Jonathás. Allí se presentaron los enviados de Antíoco para que sacrificasen y abandonasen la ley de Dios, é indignado Mathathías, hablando en nombre de su familia, dió esta respuesta memorable:—«Aun cuando todas las gentes, apartándose de la religión de sus padres, obedecieran al rey, mis hijos, mis hermanos y yo permaneceríamos fieles á lo que aquélla nos manda, así el Señor nos asista.»—Y encendido en santa ira dió muerte sobre el ara al primer judío que se presentó á sacrificar á los ídolos, y también al regio enviado.

Desde aquel momento no fué posible sino la guerra: huyendo á los montes, seguido de cuantos amaban á Dios y aborrecían la tiranía, dió comienzo, en defensa de la santa causa de Israel, á las épicas hazañas universalmente conocidas con el título de *Historia de los Macabeos*.—«Acordaos de las obras de vuestros padres, y alcanzaréis gloria inmortal,»—decía á aquel puñado de valientes el anciano Mathathías poco antes de espirar en el año 166 anterior á J. C., cuando ya los acosaban las numerosas fuerzas enviadas para sofocar lo que se llamaba su rebelión.

Relatadas quedan varias de las batallas en que alcanzó la justa causa portentosas victorias y también aquélla en que, en tiempo de Antíoco Eupator, sucesor de Epifanes (año 163 antes de J. C.), pereció, víctima de su heroísmo, el joven Eleazar, aplastado por la caída del regio infante al que, después de arrostrar mil peligros diera muerte, deslizándose hasta debajo de su vientre y hundiéndole la espada en el cuerpo. (V. tomo I, pág. 148-154).

Dos años después, en el 161 antes de J. C., el invencible Judas, héroe entre los héroes, el que comunicó á su familia su propio sobrenombre de Macabeo *(hachero)*,

debido á su terrible modo de pelear, espiró en medio de su triunfo al dar cabo á la encarnizada pelea que todo un día sostuviera con algunos centenares de soldados contra un ejército diez veces superior en número, acaudillado por Bacchides, general de Demetrio. La memorable batalla se empeñó junto á un lugar de Judea al que la Vulgata llama Laisa, y famosas son las magnánimas palabras que, al lanzarse á la desigual lucha, dirigió Judas á los ochocientos compañeros que permanecieron á su lado después de la fuga de los demás. Instado para que, retirándose, aguardara para pelear ocasión más propicia, dijo:—«No permita Dios que así obremos y huyamos delante del enemigo si nuestra hora es llegada, muramos valerosamente por nuestros hermanos y no echemos tal borrón á nuestra gloria.»—Al caer sin vida en el campo de batalla, lleváronse su cuerpo sus hermanos Jonathás y Simón y lo enterraron en el sepulcro de sus padres en Modin. Gran duelo hubo en todo el pueblo y por muchos días le lloraron, diciendo entre sollozos:—«¡El fuerte campeón de Israel ya no existe!»—Es en efecto, Judas Macabeo uno de los más acabados é interesantes tipos que la antigüedad nos presenta: dotado de tanta fuerza de alma como de militar talento, tuvo todo el arrojo y denuedo de los grandes capitanes. No fué únicamente el deseo de gloria lo que le lanzó á los combates: más altos impulsos, la religión y la independencia de la patria movieron su corazón y su brazo, y cual correspondía á un héroe cayó y murió con las armas en la mano.

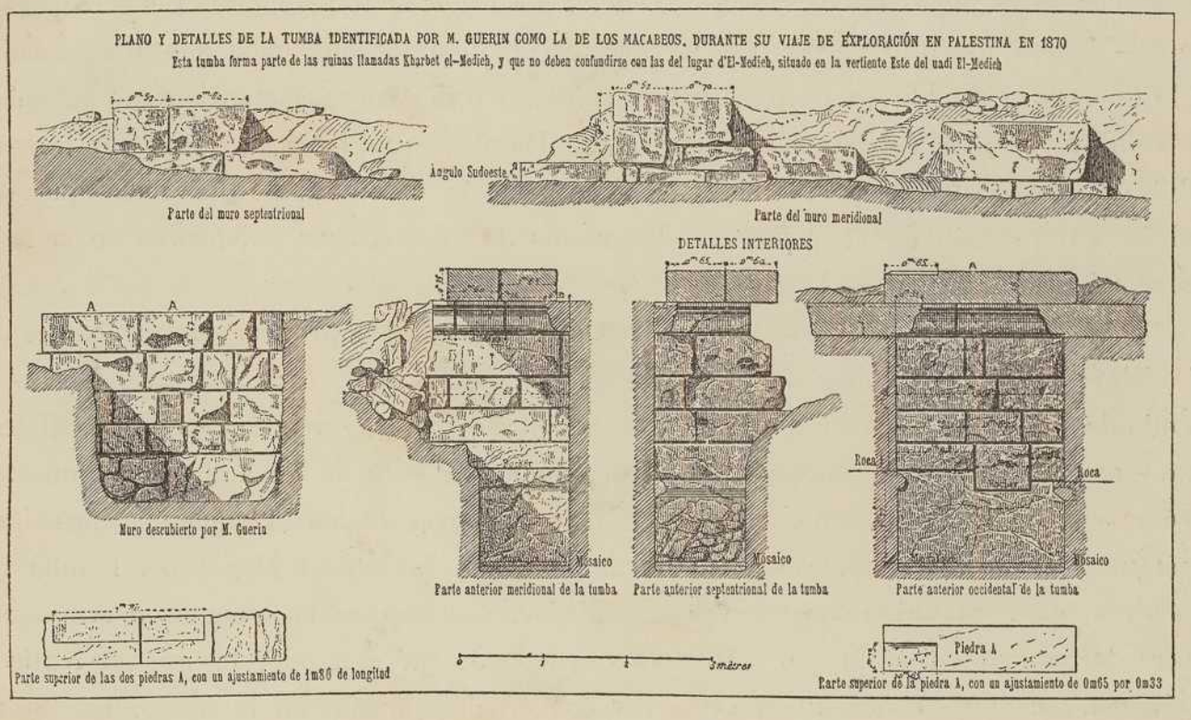
Su hermano Jonathás le sucedió, y uno de sus primeros cuidados, perseguido por Bacchides, fué enviar á su hermano Juan para recabar auxilio de los árabes Nabatheos; en su embajada halló Juan la muerte, asesinado por aquéllos en las inmediaciones de Medaba, y en el año 143 antes de J. C. tuvo Jonathás igual desastrosa suerte después de haber sido reducido á cautiverio por Tryfón en Tolemaida, adonde le atrajera con engañosas promesas. Simón pudo recoger sus restos y darles sepultura en Modin, y por aquel tiempo, cosechando Israel en paz y prosperidad bajo el gobierno de Simón el fruto de los pasados sacrificios y de los ríos de sangre derramada, dió comienzo el último de los Macabeos á las obras del monumental panteón en que habían de yacer reunidos su antecesores y en el cual reservó lugar para su propio cuerpo.

«Edificó Simón sobre el sepulcro de su padre y hermanos, dícese en el Libro I de los Macabeos, elevado edificio que se veía desde muy lejos, con sillares pulidos labrados; siete pirámides alzó en él, una enfrente de otra, en honor de su padre, de su madre y de sus cuatro hermanos, y rodeólo de columnas, y sobre ellas, para perpétua memoria, trofeos de armas y naves esculpidas que podían divisar cuantos navegaban por aquella costa.—Tal es el sepulcro que erigió Simón en Modin, y que aún hoy existe.»

Iguales noticias proporciona Josefo en las *Antigüedades judaicas*. «Simón envió gente á Basca (lugar donde fuera asesinado Jonathás), con encargo de recoger el cadáver de su hermano, y lo sepultó en su patria Modin. En memoria de su padre y sus hermanos erigió luego grandioso monumento de piedra blanca y pulida; para que fuese

visto de muy lejos dióle considerable altura, y lo rodeó de pórticos sostenidos por colunas monolitas, formando un conjunto que llenaba de admiración. Levantó, además, en memoria de sus padres y hermanos, siete pirámides notables por su grandiosidad y belleza, las cuales subsisten todavía.»

Con estos textos á la vista y adoptando el orden cronológico de la muerte sucesiva de los individuos de la familia como el de su sepultura, trata M. Guerin de inquirir por los resíduos de grandioso y fúnebre monumento de El-Medieh el punto que ocupó cada uno de los siete personajes que en él yacían. Compuesto aquél, según se ha dicho, de cuatro salas sepulcrales construídas con piedra de sillería y colocadas paralelamente en dilatado rectángulo, en la primera, que contiene tres nichos abiertos



Panteón de los Macabeos en Modin

en la roca, coloca, en el más oriental, á Mathathías, en los otros dos á su mujer y á su hijo Eleazar, que murieron sucesivamente después de él. De esta sala se conservan importantes restos. En la segunda, que únicamente contenía un sepulcro y la cual está del todo destruída, estuvo sepultado Judas Macabeo. Juan hubo de reposar en la tercera, en nicho hoy arrasado, pero en el cual, en el año de 1870, vió aún M. Guerin varios cubos de mosaico y fragmentos de huesos. La cuarta sala, dividida en dos, contenía probablemente, en la primera, los restos de Jonathás, y en la segunda, la más occidental del monumento, los de su fundador Simón. De los nichos en que yacieron sólo quedan ruinas, y en el lugar que ocuparon recogió M. Guerin en la fecha citada otros dos fragmentos de hueso.

La techumbre de las funerarias salas ha desaparecido en gran parte, y por lo tanto también el monumental remate del panteón; pero en lo que de la misma queda se ha creído descubrir la base de dos de aquellas siete pirámides mencionadas por la Biblia

y por Josefo, y por ella se ha calculado que la altura total del monumento, incluyendo estas pirámides, era de quince codos hebráicos, altura suficiente para que fuese visible de muy lejos, construído como estaba en la cumbre de una eminencia que domina en doscientos y veinte metros el nivel del Mediterráneo. De la meseta en que estaba el panteón situado distínguese claramente Lydda, Ramleh y también Jaffa, con más gran extensión de mar y las blancas velas que de cuando en cuando interrumpen la línea del horizonte, y por lo tanto y por igual manera podían los navegantes, al surcar las aguas de la costa, saludar á su paso el monumento de El-Medieh cuando se alzaba magnífico rodeado de su columnata y rematado en sus enhiestas pirámides. De aquella columnata, destruída sin duda hace siglos, subsistían como resíduos en el año de 1870 unos diez fustes monolitos derribados al suelo; posteriormente los moradores del lugarejo de El-Medieh los transportaron á Lydda, así como antes que ellos sus antepasados, á lo que en el pueblo se cuenta, habían vendido otras colunas semejantes y labrados sillares y vecinos de aquella ciudad ó de Ramleh que los emplearon en nuevas edificaciones. Dentro de pocos años, si la devastación continúa, poco ó nada quedará del famoso panteón donde reposaron los restos de los heroicos defensores de la fe é independencia judaica.

Una cruz dibujada en mosaico, hallada al realizarse las primeras excavaciones en el nicho que se cree haber sido del ilustre Mathathías, vino á ofrecer evidente testimonio de que en la época cristiana fueron aquellos sepulcros venerados por los fieles, tanto más en cuanto se sabe por san Jerónimo que á fines del siglo IV de nuestra era se confundía en la veneración popular la memoria de los Macabeos, y príncipes asmoneos y familia de héroes, con la de los siete hermanos Macabeos, familia de mártires, que, en unión con su valerosa madre, derramaron su sangre en Antioquía entre tormentos en el propio año 166 antes de J. C., reinando el mismo Antíoco Epifanes, por igual causa que puso á los primeros las armas en la mano. En honra de los siete hermanos elevóse en Antioquía una iglesia, y en ella, desde los primeros siglos del cristianismo, fueron sus reliquias objeto de especial culto, de manera que, esto sabido y teniendo en cuenta la confusión de que habla san Jerónimo, no hay que extrañar que el panteón de Modin fuese con el tiempo transformado en una especie de oratorio cristiano.

A tres horas de El- Medieh, siguiendo la dirección del nordeste, hállanse las informes ruinas de otra ciudad situada en los montes de Efraim; conocidas con el nombre de Kharbet-Tibneh, ocupan la cumbre y las laderas de una colina, que por oriente, poniente y norte se alzan sobre profundos y escarpados barrancos, formados por las sinuosidades del Ued-Zerka; por Mediodía, en cambio, bajan suavemente y como por bancales hasta un valle cultivado hoy, pero antes cubierto en parte de casas, y en él se ven todavía un estanque y varias cisternas abiertas en la peña. Crece allí magnífica encina que es sin duda uno de los árboles más bellos y frondosos de Palestina.

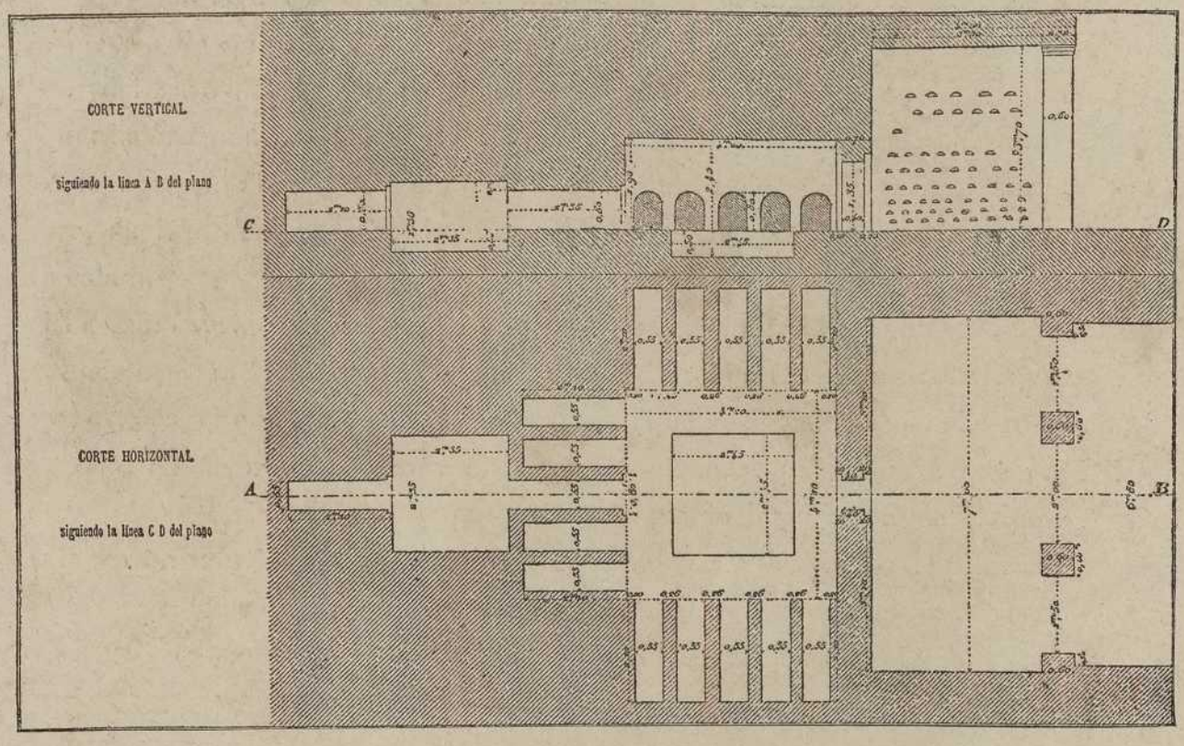
Avanzando un poco hacia el sur llégase al pié de otra colina que se alza en frente

de la anterior; matas y malezas cubren sus peñascosas laderas, y en las septentrionales ábrense, formando como varios pisos, muchas cuevas funerarias, restos de antigua

Encina de Tibneh

necrópolis. Allí, en la aldea de Tibneh, identificada conforme veremos con la antigua ciudad de Timnath-Serah, en funeraria cueva, según tradición de que se hicieron eco Eusebio y san Jerónimo, se veneró, aún en los primeros siglos de la Iglesia, el sepulcro de Josué sucesor de Moisés; perdida luego aquélla, ignorábase dónde estaría el interesante monumento, hasta que en el año de 1863 M. Guerin, después de varios trabajos, descubrió uno que desde un principio tuvo por tal y que en este honor ha sido confirmado en sucesivas exploraciones por varios y

autorizados críticos. Precede al subterráneo lugar un vestíbulo labrado en la peña, cuya fachada estaba sostenida á ambos lados lados por pilastras adheridas á la roca, y en el centro por dos pilastras sueltas, rematadas unas y otras por capiteles muy primitivos, adornados con sencillas molduras. Las dos últimas permanecían aún en pié en el año de 1863; pero algún tiempo después una encina que extiende sus robustas raíces por entre las hendeduras de la roca fué causa de que se derrumbase parte del terreno, arrastrando á la de la derecha en su caída. En las paredes interiores del vestíbulo ábrense en considerable número (pasan de doscientas y ochenta) pequeñas hornacinas cuadradas unas, semicirculares y triangulares otras, dispuestas en ocho



Plano del sepulcro de Josué

líneas paralelas; la capa de hollín que cubre todavía su parte superior indica que por largo tiempo estuvieron destinadas á recibir lamparillas en ciertas festividades conmemorativas. Conócese que sucesivos desprendimientos de tierras han elevado mucho el suelo del vestíbulo, y no es difícil prever que la vigorosa vegetación que lo rodea y en él penetra, acabará por arruinarlo del todo, si á ello no se pone el oportuno remedio.

Por una puerta rectangular, baja y angosta, éntrase en una sala sepulcral, en cuyas paredes laterales y en la del fondo vense quince aberturas, catorce que son nichos ó sepulturas, y la décimaquinta, en el centro de la última, que comunica con otra estancia de reducidas proporciones. Esta, situada en el eje del monumento y en su parte más recóndita é inviolable, estuvo, á lo que parece, destinada al personaje á quien principalmente fué dedicado el vasto sepulcro; en tal caso en la sala anterior tendrían sepultura los individuos de su familia.

Delante del vestíbulo extendíase un patio ó explanación de exíguas dimensiones con pavimento de mosaico, compuesto de prismas rectangulares y del todo semejante á los demás mosaicos primitivos descubiertos en varias antiguas ciudades del país de los filisteos. En el día arrrancados por los viajeros, apenas se encuentra alguno que otro para dar idea de lo que fué aquel solado.

Vestíbulo del sepulcro de Josué

«A la simple vista de este magnífica y funeraria cueva, escribe M. Guerin, al considerar los numerosos huecos del vestíbulo en los que sin duda se encenderían otras tantas lámparas en ciertos días solemnes, imposible de todo punto es dejar de ver en el monumento el sepulcro de ilustre personaje. No es raro, sino más bien frecuente en las necrópolis de Palestina, hallar en lo interior de las estancias sepulcrales pequeñas concavidades al objeto de colocar en ellas lámparas; preciso se hacía iluminar aquellos tenebrosos asilos de la muerte siempre que en ellos se penetraba, ya para

el depósito de otro cadáver, ya para visitar los mortales restos de los que allí reposaban; pero esto no sucedía en los vestíbulos, y menos en aquellos que, como el que nos ocupa, recibían la claridad del día. Los huecos, pues, de sus paredes no podían tener otro objeto que el de una iluminación motivada por lo excepcional del personaje y expresiva de la veneración pública.»

Por el Libro de Josué y por el de los Jueces sábese que la ciudad de Thamnat-Saré, en hebreo Timnath-Serah ó Timnath-Heres, en los montes de Efraim, fué señalada á Josué como su lote personal en el reparto de la Tierra prometida, y que en ella, en la ladera septentrional del monte Gaas, acaecida su muerte, fué enterrado. Los Setenta, que llaman á aquella ciudad Thamnasachar y también Thamnathares, añaden la circunstancia de que con Josué fueron enterrados los cuchillos de piedra que sirvieron después del paso del Jordán para la circuncisión de los hijos de Israel. Esta ciudad, cuyo verdadero nombre fué el de Timnah, pues el apelativo de Serah, Heres ó Sachar no se le agregó, al parecer, sino para distinguirla de otras poblaciones del propio nombre, se identifica por Guerin, Saulcy y otros con la de Tibneh en cuyas ruinas ahora estamos.

El estudio verificado de los planos y dibujos del sepulcral monumento ha establecido que el sistema métrico empleado en su construcción fué el usado antiguamente en Egipto, esto es, el que tenía por base el codo real de siete palmos; de ello se ha deducido nuevo dato en favor de la época al sepulcro señalada, pues consta que en Palestina no se empleó tal sistema hasta que los israelitas lo importaron de Egipto. Además, el hallazgo en aquel sitio verificado en 1870 de varios cuchillos de piedra, ha acabado de desvanecer toda duda, y en el día se tienen por cosas ciertas y averiguadas que las ruinas de Tibneh son en efecto las de la antigua Thimnah y que el subterráneo sepulcro que acabamos de describir es el del glorioso caudillo que realizó la conquista de la Tierra de Canaán.

A unos veinte metros y á la izquierda de esta sepultura entre todas ilustre vense perforadas en la peña tres aberturas en forma de arco que dan entrada á otra cueva funeraria que sirve hoy de vivienda y establo á algunos miserables *fellahs;* adórnanlas groseras molduras que datan seguramente de antigüedad remotísima.

Interesante son también las demás cuevas que en nivel superior á éstas se abren en la colina identificada con el monte Gaas de los Libros santos; pero ninguna puede compararse en grandiosidad y magnificencia con la que dejamos descrita.

V

Aker ó la antigua Ekón.—Yebneh ó Iamnia.—Su historia.—Asdud ó Azot.—Medjdel.—Djura.—Ascalón.—Sus actuales ruinas.—Su historia.—Victoria de Ascalón.—Balduino III rinde la ciudad.—Ascalón cristiana.—Destruccion de la ciudad.—Gaza.—El *Seraia*.—La gran mezquita.—Samsón y los filisteos.—Sacrificio de Samsón.—Población de Gaza.—Su historia.—Recuerdos de las Cruzadas.—Bonaparte en Gaza.—*Kharbet-Dikrin*, para algunos la antigua Gath.—*Tell es-Safieh*.—Saraa, patria de Samsón.—*Kharbet Ain-Chems*.—*Kharbet Tibneh*.—La antigua Yarmuth.—Beit Nettif.

Más allá de Ramleh sigue la carretera por desigual y pedregoso terreno hasta que á las dos horas penetra en el primer desfiladero de los montes de Judea; antes, en aquel reducido espacio que fué territorio de los filisteos y propiedad también en parte de las tribus de Dan y Benjamín, son infinitos los lugares famosos en la historia sagrada que habrían de llamar la atención del viajero. Pero ¿cómo visitarlos todos si la vida entera de un hombre apenas bastaría para remover las cenizas de tantos pueblos extinguidos y evocar cúmulo tan inmenso de recuerdos? Aplicables son aquí, y con fundamento mayor, aquellas palabras que inspiró Italia á M. Poujoulat. «A cada nuevo paso que por esta tierra se da, escribió, siéntese que el horizonte de la inteligencia se ensancha con nuevas ideas y enseñanzas. Los monumentos explican y completan lo que nos dice y representa la memoria, y al esfuerzo de la imaginación las ruinas cobran vida, devuelven los sepulcros sus muertos ilustres y á nuestro alrededor pasan los grandes hombres cuyos nombres sabe y sabrá el mundo. Lo que hasta entonces no fuera más que esplendente quimera de la fantasía, conviértese en realidad aún más magnífica que la ilusión, en realidad viviente que nuestros ojos miran y que con nuestras manos tocamos.»

Y si esto es verdad tratándose de las ruinas de Roma ó de Atenas, júzguese de lo que ha de sentir el alma cristiana cuando aquella voz le dice: por este lugar pasó el Arca, aquí triunfó Josué, allí está su sepulcro; estas peñas oyeron las lamentaciones de los profetas, en esta tierra imprimió la planta el divino Redentor del mundo.

Ya que no sobre todos, sobre los principales y más famosos sitios de la comarca filistea, conforme venimos practicando respecto de las otras de Tierra Santa, daremos aquellas noticias más interesantes.

La aldea de Aker, situada á nueve kilómetros al sudeste de Ramleh, es la antigua Ekron, en latín Accaronn; cuenta ochocientos habitantes, y sus casas pequeñas, que no pasan de unos tres metros de altura, compónense de una sola pieza, y á lo más de dos. Como la de los lugares todos del llano, han sido construídas con ladrillos sin cocer y secados al sol, y su techumbre horizontal presenta ligera convexidad en el centro. No se ha descubierto en el pueblo ruina alguna de mucha ni poca importancia

y de esto ha de deducirse que en la antigua Ekron estuvo construída de tapias como la aldea actual, y por lo tanto que no es de extrañar su desaparición completa, ó bien que, en caso de haber sido sus edificios de piedra, los materiales de construcción, en aquella llanura muy raros, habrán sido ya en tiempos remotos trasladados á otros puntos para nuevas fábricas.

Ekron, la más septentrional de las cinco satrapías filisteas, fué señalada primeramente, en tiempo de Josué, á la tribu de Judá, y pasó después á la de Dan. Sin embargo, en realidad de verdad, ésta lo mismo que aquélla poseyeron la ciudad muy corto tiempo, ya que, conquistada por los hebreos, fué á poco recobrada por los filisteos.

En los postreros tiempos del juez Heli, el Arca de la Alianza, caída en poder de los filisteos, fué por éstos llevada á Azot, á Gath y á Ekron; pero como á su paso causaba espantosas enfermedades, enviáronla á Beth-Chemech, población de Judá que era la más inmediata á Ekron.

Baal-Zebub, en latín Beelzebub (dios de las moscas), era la deidad más venerada y popular de Ekron; según puede suponerse, dada la etimología del nombre, sería probablemente una divinidad tutelar contra las moscas, las que en estas comarcas y en los calores estivales suelen llegar á ser una verdadera plaga.

Ekron hubo de correr la suerte de las otras ciudades de la comarca, y ser repetidas veces tomada y perdida en las prolongadas guerras empeñadas entre israelitas y filisteos. Antes del reinado de David, quien los venció en muchos encuentros, la lucha había dado á éstos numerosas victorias; subyugados al fin por el gran rey, su hijo Salomón dominó todo su territorio hasta Gaza. Rehechos de las pasadas derrotas vemos á los filisteos, aliados con los árabes, lanzarse á correrías por tierras de Judá reinando Joram; contúvolos después Ozías, el cual elevó varias fortalezas en el país enemigo. En tiempo de Achaz hicieron nueva irrupción en el mediodía de Judea, y Ezechías invadió á su vez sus feraces campiñas, yéndoles al alcance hasta Gaza. Asirios, escitas, egipcios y caldeos llevaron también la guerra y la devastación por las poblaciones que tenemos delante.

En la época de Eusebio era Ekron un gran lugar morada de judíos; al concluir las Cruzadas, á lo que sabemos por el P. Burchard, dominico, no pasaba de ser una aldehuela sin importancia, y á contar desde el siglo XIV había caído esta antigua ciudad filistea en tal olvido y oscuridad que, á no ser por el erudito escritor inglés Robinsón que en el año de 1838 la descubrió en la actual aldea de Aker, no sabrían los viajeros modernos adónde dirigirse para hallar, sino sus ruinas, el espacio por ella ocupado.

Siete kilómetros por el lado de occidente separan á Aker del pueblecillo de Yebneh, que se levanta en una loma en la margen opuesta del Nahr Rubín. Sus casas, agrupadas sin orden, son por lo general muy bajas y merecen más bien el nombre de chozas; un reducido patio cercado de pared precede á las de mejor apariencia. El alminar que las domina, cuadrado en su base y poligonal en su segundo cuerpo, cuyo

remate ha desaparecido, ocupa uno de los ángulos de la mezquita que ha reemplazado á una iglesia cristiana, probablemente la antigua capilla del castillo de Ibelim ó Hibelin del tiempo de las Cruzadas. Los cronistas de la época tuvieron este pueblo por la antigua ciudad de Geth ó Gat; pero los autores modernos lo califican de error evidente, fundados en varias razones y sobre todo en que el actual nombre de Yebneh es idéntico al antiguo de Yabneh, en latín Iabnia ó Iamnia, ciudad á la que, sin la celebridad de las cinco satrapías filisteas, tocóle gran papel en la historia del país, como que llegó á competir con Joppé en población é importancia.

Por la Biblia se sabe que ya existía al invadir los hebreos la Tierra prometida, pues de ella se hace mención en el libro de Josué con el nombre de Yabneel, equivalente

YEBNEH, ANTIGUAMENTE YABNEH Ó IAMNIA

en hebreo á *edificada por Dios;* la forma latina es Iebneel. Asignada en un principio á la tribu de Judá, lo propio que la ciudad de Ekron, fué dada después á la de Dan, para volver á caer en breve bajo la dominación filistea. En el año 800 antes de J. C. fué expugnada por Ozías y desmantelada, y en el Libro de los Macabeos se habla varias veces de esta ciudad, mencionada con la forma griega de Iamnia. Al pié de sus muros, corriendo el año 164 antes de la era cristiana, dos capitanes de Judas, que, contrariando sus mandatos y en su ausencia, empeñaron batalla con las tropas de Gorgias, experimentaron sangrienta derrota.

El puerto de Iamnia fué entregado á las llamas por el mismo Judas Macabeo con cuantas naves contenía, y en el año 142 Simón se apoderó de la plaza. Pompeyo despojó de ella á los judíos en el año 63 y la devolvió á sus antiguos moradores, pero de nuevo volvió al dominio hebreo, donada por Augusto al rey Herodes. Éste, á su muerte, la traspasó á su hermana Salomé junto con Azot y Phasael, y la princesa á su vez la legó á Livia, mujer de Augusto.

Numerosa población vivía entonces en Iamnia, y por Strabon sabemos que la ciudad y los pueblecillos inmediatos podían armar cuarenta mil combatientes. Philón, en su relato de la embajada dirigida á Calígula, la califica de una de las ciudades más populosas de Judea, y dice que en su tiempo eran hebreos la mayor parte de sus habitantes. Aun antes de la destrucción de Jerusalén vemos que el gran sanhedrín es trasladado á Iamnia; en su recinto floreció famosa escuela rabínica, cuyos doctores son citados en el Talmud con elogio, y de esta ciudad puede decirse que fué el foco intelectual de la sublevación contra Adriano. En la época de las Cruzadas, de Iamnia quedaban sólo ruinas y el sitio que ocupara llamábase por corrupción Hibelín ó Ibelim; con sus restos Fulco, cuarto rey de Jerusalén, levantó la fortaleza que llevó el propio nombre para atajar el paso á los enemigos procedentes de la parte de Ascalón. El castillo fué arrasado por Saladino, y de su capilla subsisten únicamente los vestigios antes mencionados.

A siete kilómetros al noroeste de la actual aldea de Yebneh y al mediodía de la desembocadura del Nahr Rubín forma uno de los senos de la playa como un puerto natural, rodeado de rocas; allí estuvo situado antiguamente el *Maiumas Iamniæ* ó barrio marítimo de Iamnia, mencionado por Plinio; sus ruinas han desaparecido casi por completo bajo enormes montones de arena.

Siguiendo la marcha hacia el mediodía quedarán á nuestra izquierda en la llanura el pueblo de Katrah, antiguamente Gederah, del cual se hace mención en el Libro de Josué, y luego el de Yazur, la antigua Hazor Hadathah, la Azor Nova de la Vulgata; pasaremos por Barka, en remotos tiempos Bene-Berak, situada á once kilómetros al sur de Yebneh, y andando otros cuatro, inclinándonos al sudoeste, llegaremos á Asdud. A este pueblo nos conducirá agradable camino á cuyos lados se alzan gigantescos nopales, sirviendo á derecha é izquierda de insuperable vallado á frondosos verjeles en los que crecen en pintoresco desorden naranjos, limoneros, granados, olivos é higueras, meciéndose aquí y allí esbeltas palmas sobre su verde ramaje.

La fuerte y poderosa ciudad de Achdod, Azotos en griego, Azot ó Azotus en latín, queda reducido en el día á pequeño y pobre lugar de mil y ochocientos habitantes; muchas de sus casas son de tapia; el menor número son de piedra. Alzanse en la ladera de un collado al que domina por noroeste un montecillo de mayor altura, el cual sería el acrópolis de la ciudad antigua. Entregado ahora al cultivo, está plantado de olivos é higueras y rodéalo una cerca de nopales, valla natural que ha sustituído á fuerte muralla construída con sillares de gran volumen y regularidad.

En los alrededores del pueblo hállanse varios pozos abandonados, remontando casi todos á remota antigüedad; junto á uno de ellos levántase una mezquita, en la cual cobijados por dos cúpulas, se guardan los restos de otros tantos santones, siendo de ver en el patio que la precede bello y antiguo sarcófago en cuya cara principal están esculpidos flores y racimos de uva. También en algunas casas se hallan restos de antiguas fábricas y fragmentos de coluna.

A poca distancia de aquella mezquita vense ruinas de vasto y abandonado *khan* de la Edad Media, distinguiéndose aún sus patios y parte de sus galerías.

Asdud (Azot)

Existía ya la ciudad de Azot al hacer los hebreos irrupción en Palestina, y por Josué fué asignada, con los pueblos y lugares de ella dependientes, á la tribu de Judá,

aun cuando no alcanzó ésta su dominio hasta tiempo después. En los últimos días del juez Heli consiguieron los filisteos contra los israelitas dos señaladas victorias, y conforme otras veces hemos tenido ocasión de decir, hasta el arca santa, que los últimos llevaron de Silo al campamento para encender su esfuerzo y tenerla como paladión sagrado, cayó en poder del enemigo, quien la trasladó á Azot y la depositó en el templo de su dios Dagón.

A la siguiente mañana vieron los filisteos que la estatua de su deidad yacía derribada delante del arca; levantáronla, pero al otro día halláronla otra vez caída con el rostro en tierra y cortados los piés y las manos, que estaban como tirados en el umbral de la puerta. Al mismo tiempo epidémica enfermedad causaba numerosas víctimas en la ciudad, y nubes de ratas infestaron la campiña, plagas que acompañaron al arca cuando, asustados los filisteos, la trasladaron primero á Gath y á Ekron después, hasta que la devolvieron á los israelitas, acompañada de expiatorias ofrendas.

Reinando Salomón, aniquilados los filisteos por las grandes derrotas que les causaran las armas de David, fué subyugada Azot por los judíos; pero tiempo después recobróla aquel pueblo belicoso, prevalido de las guerras civiles que entre los israelitas estallaron á la muerte del sabio rey y al dividirse sus Estados en dos reinos distintos. Ozías la reconquistó y, desmantelando sus murallas, construyó una ciudadela para mantenerla bajo el yugo. En tiempo de Ezechías, en el año 715 antes de J. C., apoderóse de ella, por ser una de las llaves de Egipto, la hueste que Sargón, rey de Asiria, envió al mando de Thartan contra la tierra egipcia, y transcurridos muchos años, en el de 630 antes de nuestra era, la tomó Psammeteco, soberano de Egipto, después de un sitio de veintinueve años, del que dice Herodoto ser el más largo de cuantos en su tiempo se tenía noticia.

En el año 163 antes de J. C. fué conquistada por Judas Macabeo, quien derribó los ídolos y altares de los falsos dioses.

Dominada por Pompeyo, quedó unida á la provincia de Siria, y Gabinio, gobernador romano, la restauró y repobló en el año 55 antes de la era cristiana.

Herodes la legó al morir á su hermana Salomé, junto con otras ciudades.

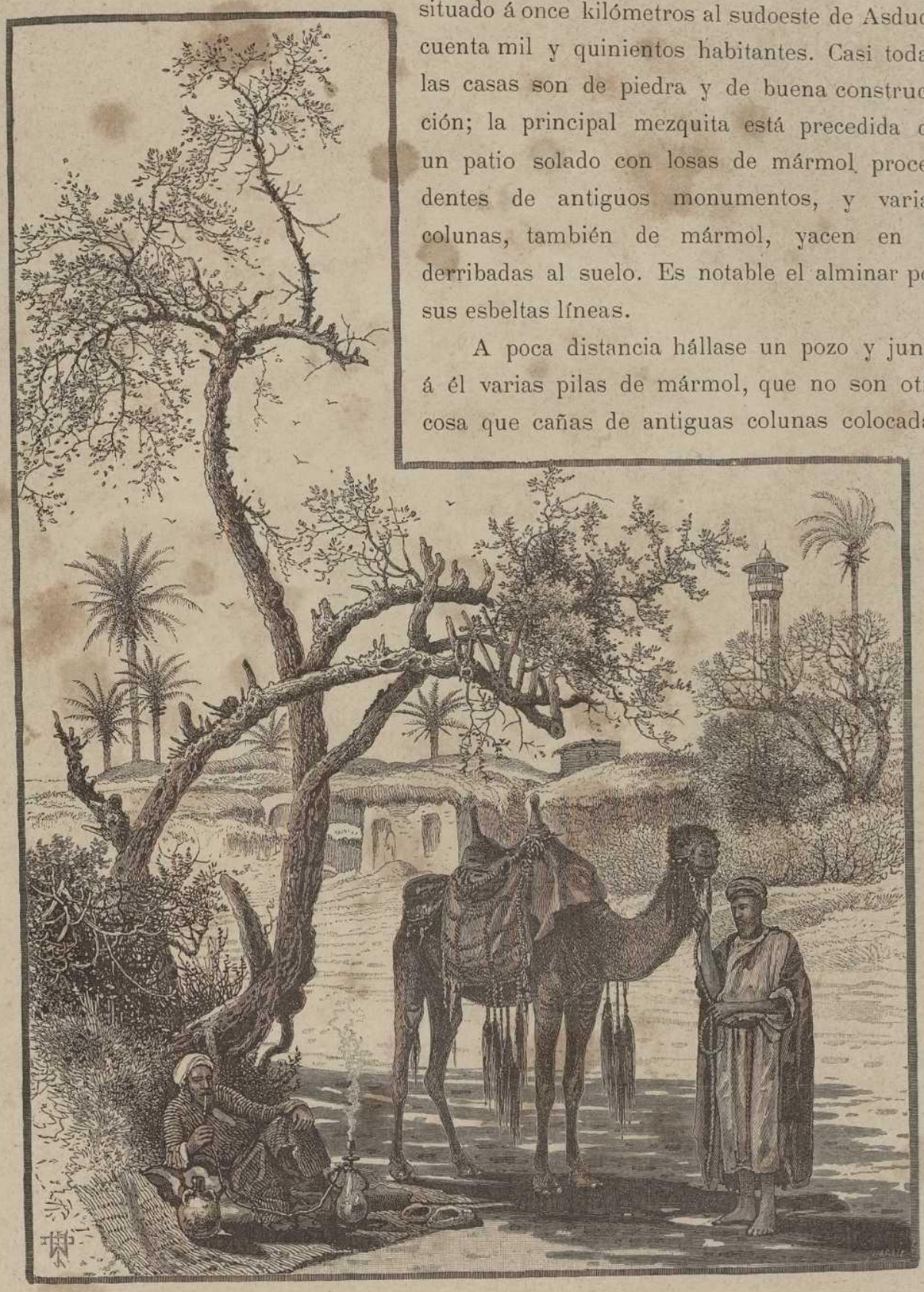
El apóstol San Felipe predicó el Evangelio en Azot, y desde los primeros siglos del cristianismo tuvo la ciudad sede episcopal.

A cuatro kilómetros al oeste de esta ciudad, en la ribera del mar, hubo otra población á la que se daba el nombre de Azot marítima, la que sería como un barrio de aquella, ó su puerto. De él sólo son visibles algunos paredones que asoman entre el movedizo arenal que cubre sus ruinas; de los límites del antiguo puerto es imposible formarse idea á causa del progresivo crecimiento que ha tenido la playa, y defendíalo una fortaleza, de la cual subsisten todavía vestigios.

En la época de los Cruzados no tendría ya la antigua Azot importancia alguna, pues no suena su nombre en ninguno de los grandes sucesos de las guerras santas.

No puede decirse lo propio de Ascalón, cuyas ruinas nos toca visitar después que en el camino nos hayamos detenido un instante en el pueblo de El-Medjdel, que, situado á once kilómetros al sudoeste de Asdud, cuenta mil y quinientos habitantes. Casi todas las casas son de piedra y de buena construcción; la principal mezquita está precedida de un patio solado con losas de mármol procedentes de antiguos monumentos, y varias colunas, también de mármol, yacen en él derribadas al suelo. Es notable el alminar por sus esbeltas líneas.

A poca distancia hállase un pozo y junto á él varias pilas de mármol, que no son otra cosa que cañas de antiguas colunas colocadas



MEDJDEL, ANTIGUAMENTE MIGDAL-GAD

horizontalmente y vaciadas. Tres *ualys* inmediatos contienen igualmente marmóreas colunas, enteras unas y otras hechas pedazos.

Menciónase en el libro de Josué entre las ciudades de la tribu de Judá, una por nombre Magdalgad, en hebreo Migdal-Gad, equivalente á *Torre de la Fortuna,* ó *Torre de la diosa Fortuna,* ya que la palabra *Gad* era, á la vez que nombre común significando *fortuna, buena suerte*, el de una deidad venerada antiguamente en Palestina y Siria como personificación de la fortuna. Ahora bien, si en el nombre de la ciudad citada en la Biblia se prescinde de la última parte, queda casi idéntico al de Medjdel, y de ahí que algunos autores modernos se inclinen á identificar este pueblo con aquella población.

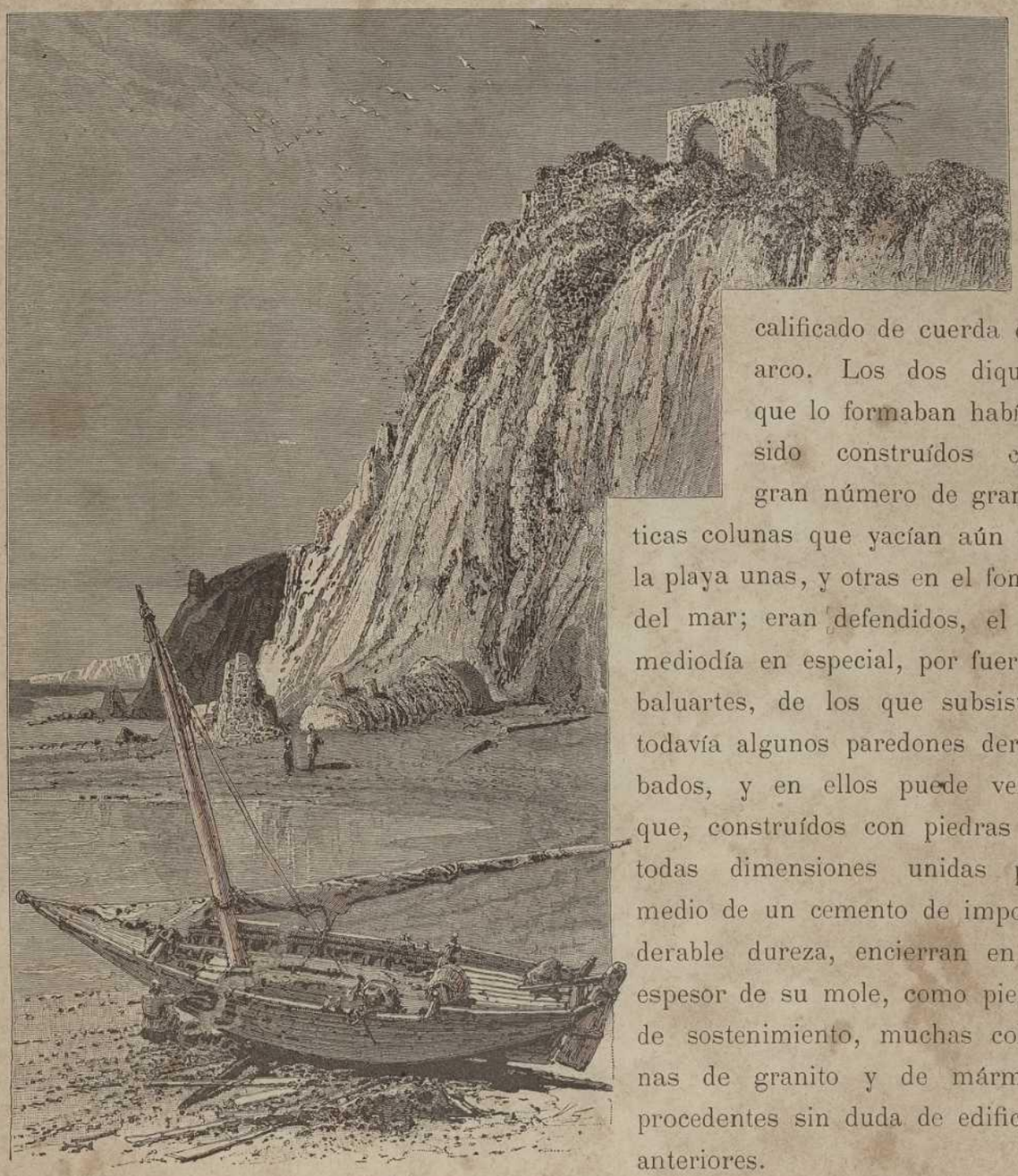
Atravesando por oeste los huertos de El-Medjdel y siguiendo la misma dirección por espacio de una hora llégase á Djura, lugarejo de trescientas almas. En sus casas, por lo general de muy primitiva construcción, se encuentran en abundancia restos antiguos procedentes de las ruinas de Ascalón, como son fustes de coluna, capiteles más ó menos mutilados, tablas de mármol enteras ó en fragmentos, revuelto todo con materiales más groseros. La población, además de sacar provecho de la venta de antigüedades, se dedica al cultivo de extensos y feraces huertos, en los que, merced al espesor de la tierra vegetal que alcanza en muchos puntos á tres metros y al constante riego, crecen hermosos árboles, variadas flores y toda clase de legumbres. Aquella frondosa vegetación que forma agradable contraste con los arenales que la cercan, llega por norte y oriente hasta las murallas de Ascalón, de las que el pueblo dista poco, las vence y atraviesa, por numerosas y dilatadas brechas, y se extiende por lo que fué recinto de la famosa ciudad, cuyas casas todas están arrasadas, los edificios todos destruídos, y que de este modo se encuentra como transformada en espaciosa huerta dividida en muchos compartimientos por medio de vallas de nopales ú otros arbustos espinosos, ó por bajas paredes de cerca. Sicomoros, granados membrillos, limoneros, naranjos, almendros, vides y algunas palmas [1] han invadido el suelo que fué un día asiento de alcázares, pórticos y templos; de ellos poco ó nada queda, habiendo sido llevadas sus ruinas para nuevas obras á diferentes puntos de Palestina y Siria.

Imposible, por lo mismo, sin más datos que el transformado aspecto de estos sitios, es reconstruir mentalmente, no ya la Ascalón primitiva de cananeos y filisteos, ni la engrandecida y hermoseada por Herodes, pero ni tampoco la Ascalón de la Edad Media tal como existió en la época latina. Sin embargo, si esto nó, si no existe medio para representarnos al pormenor sus fortificaciones, calles y edificios, todavía es fácil hoy conocer y apreciar las líneas principales y la configuración general de su recinto, cuando menos en su forma exterior.

En efecto, quien tome por mojones los gigantescos residuos de la muralla del tiempo de las Cruzadas, podrá hacerse cargo de toda la extensión de su perímetro, el cual describía un arco de círculo, cuya cuerda, según expresión gráfica del cronista Guillermo de Tiro, corre al oeste siguiendo la línea de la ribera, y cuya curva se prolonga á oriente por la parte de tierra. El muro que daba frente al mar está en su

[1] Producen aquellas cercanías en estado silvestre las estimadas cebollas escaloñas que los romanos llamaron *Ascalonia*.

mayor parte destruído, excepto en algunos puntos donde en enormes lienzos yace derribado en la playa; alzábase sobre escarpada eminencia que, en parte peña y en parte arena, tiene unos treinta metros de altura en su punto culminante, inclinándose por los lados hasta no contar sino quince. La anchura del puerto no llegaba á la total extensión de este muro; abrazaba sólo tres cuartas partes de lo que ha sido



Ruinas de Ascalón por el lado del sudoeste

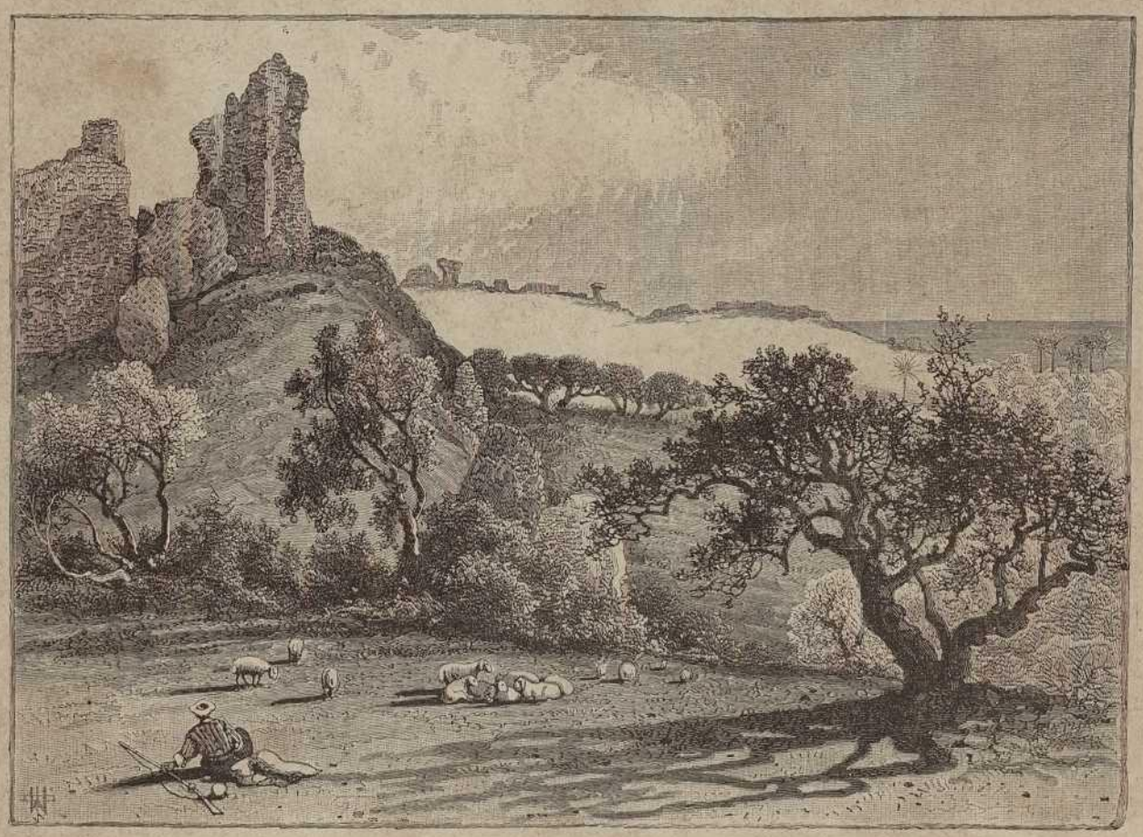
calificado de cuerda del arco. Los dos diques que lo formaban habían sido construídos con gran número de graníticas colunas que yacían aún en la playa unas, y otras en el fondo del mar; eran defendidos, el de mediodía en especial, por fuertes baluartes, de los que subsisten todavía algunos paredones derribados, y en ellos puede verse que, construídos con piedras de todas dimensiones unidas por medio de un cemento de imponderable dureza, encierran en el espesor de su mole, como piezas de sostenimiento, muchas colunas de granito y de mármol, procedentes sin duda de edificios anteriores.

En este muro marítimo abríase una puerta, cuyo sitio se conserva por tradición entre los moradores de Djura; llámanlo Bab el-Bahr (puerta del mar).

En la sección meridional del recinto tuvo por base la muralla una serie de colinas en parte naturales y en parte obra de los hombres; incesantemente invadida por la arena que, amontonada poco á poco por el viento del sur, se eleva ya hasta su

coronamiento, está casi sepultada por las olas, que acabarán por sumergirla por entero. Siguiendo la línea superior del talud formado por la arena, línea que es también la superior de la muralla en su actual altura, hállanse de trecho en trecho las ruinas de varias torres; una gran cortadura indica el punto en que se abrió la puerta del Sur ó de Gaza, mencionada por Guillermo de Tiro.

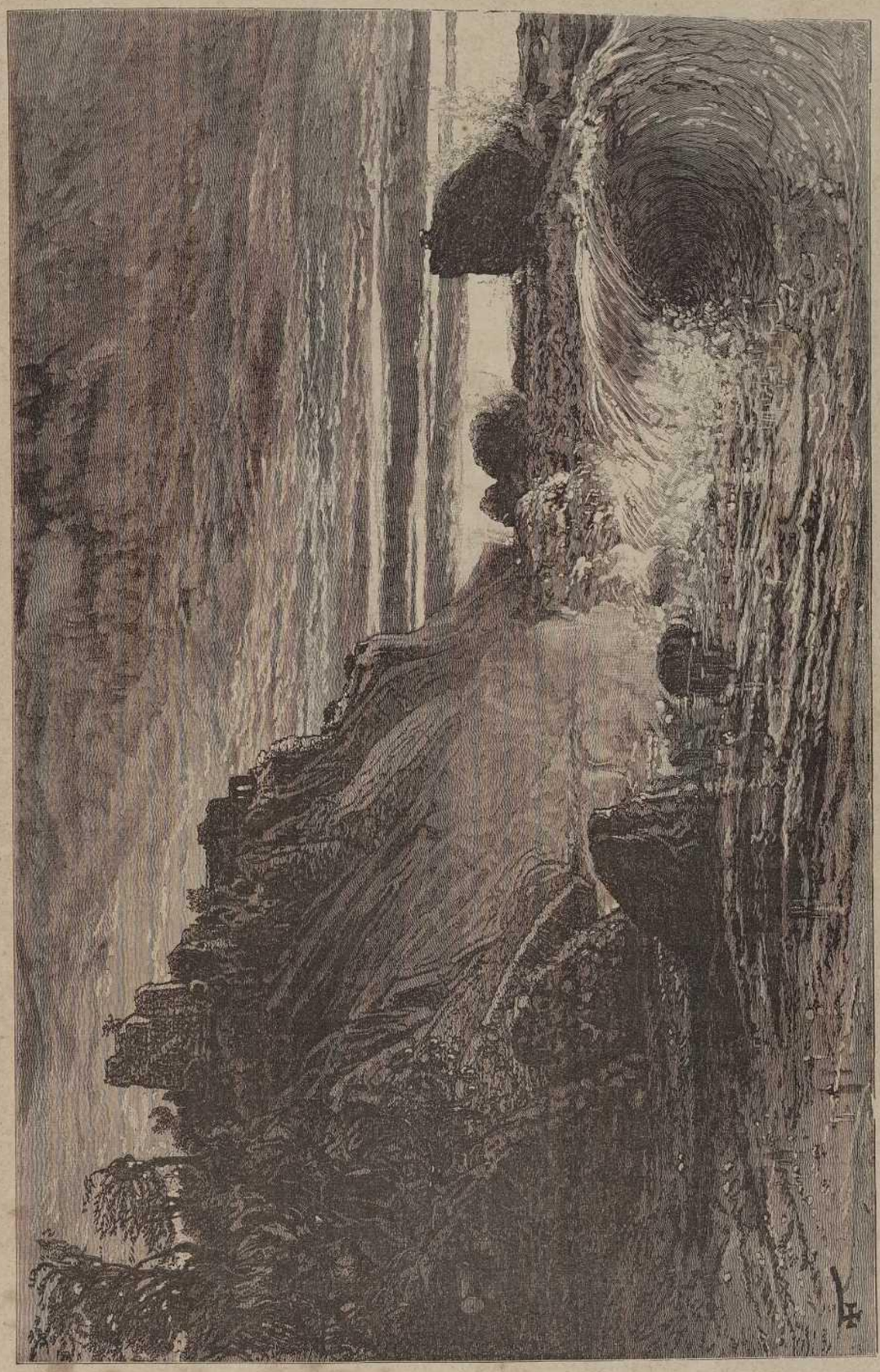
La parte oriental de la muralla fué, al parecer, la más fortificada; como á la anterior, invádela de continuo la arena; pero como las eminencias que le sirven de asiento se alzan á mayor altura sobre el nivel de la llanura, y además las corrientes del vasto arenal, en medio del que se halla situada Ascalón, tienden á tomar la dirección de sur



Ruinas de Ascalón en la parte oriental

á norte con preferencia á la de este á oeste, resulta que el muro sobresale todavía lo bastante para permitir hacer del mismo detenido estudio. Alto de unos diez metros, su espesor pasaba de dos; revestido exteriormente con sillares de regular dimensión, rellénanlo cantos de todos tamaños sumergidos en un baño de argamasa; en muchos puntos atraviesan la mampostería cañas de coluna, unas de mármol y otras de granito rosáceo, colocadas horizontalmente y saliendo de la mole como unos doce ó quince centímetros. En este lado se hallaba la puerta principal, llamada de Jerusalén por ser la que daba salida al camino de la Ciudad Santa; defendíanla á derecha é izquierda dos fuertes torres de las que subsisten aún restos junto á un *ualy* dedicado á cierto Mohamet, al que dan sombra algunos sicomoros, y precedíanla cuerpos avanzados de fortificación hoy apenas perceptibles.

La sección septentrional del recinto es la más difícil de apreciar, ya porque sería objeto de destrucción más completa, ya porque la huerta la ha invadido enteramente;



RUINAS DE ASCALÓN POR EL LADO SEPTENTRIONAL

trepadoras vides, añosas higueras y toda clase de árboles frutales crecen entre lienzos de muralla y torres desplomadas, y si la confusión que esto produce perjudican no poco

las investigaciones del arqueólogo, por lo pintoresco pocos espectáculos habrá que, como éste, más satisfagan las aspiraciones del artista. Por este lado la huerta no tiene solución de continuidad hasta la aldehuela de Djura.

Una muralla avanzada, arrasada ó sepultada en la arena, excepto en dos ó tres puntos que permiten rehacer en parte su perímetro, constituía la primera defensa de la plaza.

Y ahora si, dejando á la espalda la línea de murallas cuyos restos hemos descrito, penetramos en lo que fué recinto de la ciudad y atravesamos huertos y salvamos cercas, y pasamos por entre la espesura que allí han hecho nacer el cultivo y la naturaleza, encuéntranse varias cisternas y vestigios de un teatro, de pórticos y de tres iglesias principales. En el sitio que ocupó una de ellas, plantado hoy de pinos, vense derribadas varias colunas de granito; allí verificó sus grandes excavaciones en el año de 1815, mediante un firmán de las autoridades turcas, la original lady Ester Stanhope, sobrina de Pitt, en busca de imaginado tesoro. Las trincheras bajo su dirección abiertas, eran aún perfectamente visibles en el año de 1854, pero en el día están ya rellenadas. Teniendo á sus órdenes ciento y cincuenta árabes, á quienes prometiera una parte en el hallazgo, y los musicos del bajá de Acre, destinados á excitar con sus tocatas el ardor de los trabajadores, aquella célebre inglesa removió por espacio de quince días el terreno en que se presume estuvo situado el antiguo templo de Venus Astarté. Recios paredones, gran número de colunas y varios fragmentos de mármoles y capiteles volvieron á ver la luz del día, y profundizando más y más las zanjas llegáronse á descubrir tres capas distintas de escombros y otros tantos pavimentos sobrepuestos que indicaban, por su diferente carácter, las tres edades sucesivas del edificio, templo pagano en un principio, iglesia cristiana después y últimamente mezquita; el *mihrab* estaba aún entero. Fué hallada, además, una colosal estatua de mármol blanco representando, al parecer, á un emperador romano, y por pertenecer á la mejor época del arte fué tenida por la de Augusto, erigida por su cortesano Herodes. Faltábanle cabeza y piés; medía el tronco dos metros, y el ropaje era magnífico. Otros restos, interesantes todos, fueron descubiertos, pero aunque los trabajos se llevaron hasta los cimientos del monumento primitivo, ni una sola pieza de oro ni de plata brilló á los ojos de los operarios, de cada vez más desalentados; imaginaron al fin que el soñado tesoro se ocultaba dentro de la estatua y para desengañarlos no tuvo lady Stanhope más recurso que hacerla pedazos.

La ciudad en cuyo recinto ahora estamos, llamada en hebreo Achkelon, en latín Ascalón y en árabe Askulan, fué una de las cinco principales de los filisteos y como el centro del culto tributado á Derketo, deidad marítima, y á su hija Semíramis, la cual, según Diodoro de Sicilia, nació en ella. Aunque comprendida en el territorio de la tribu de Judá, no expresa la Biblia que le fuese asignada en el reparto verificado por Josué; pero, acaecida la muerte del caudillo, cayó en efecto, bajo su dominio. Ascalón es mencionada en el Sagrado Libro con motivo de los extraordinarios sucesos

acaecidos en la vida de Samsón corriendo el año 1137 antes de J. C., y á aquella ciudad se dirigió el portentoso mancebo para dar muerte á treinta filisteos, cuyos vestidos sirvieron de premio á aquellos que acertaron con la resolución del enigma que les propuso el día de sus bodas.

Después de haber tenido sus príncipes propios y de haber tomado gran parte en las empeñadas guerras entre filisteos é israelitas, Ascalón, al igual que las otras ciudades de la Pentápolis, sucumbió al esfuerzo de David, y en tiempo de Salomón pagaba á este príncipe tributo. Recobrada la independencia, fué subyugada por los asirios de Sargón y Sennacherib, conforme lo atestiguan las inscripciones cuneiformes de Khorsabad, para caer luego bajo el yugo de persas y griegos. La discordia que estalló en la familia de los Seleucidas permitió á Ascalón, contando con el protectorado de Roma, constituirse en República y conservar por algún tiempo existencia independiente; en esta ciudad tuvo su cuna Herodes el Grande, y aunque no pertenecía á su reino, embellecióla con termas, fuentes, pórticos y jardines. En la guerra contra Roma, intentaron en vano los judíos alzados dominar en ella, logrando únicamente devastarla con violento incendio, y los escalonitas tomaron del hecho terribles represalias en los hebreos que entre ellos residían, dando muerte á dos mil y quinientos.

Ascalón se mostró siempre muy aficionada á las supersticiones gentílicas, costando no pocos esfuerzos establecer el cristianismo entre sus moradores, y cuando Juliano el Apóstata dió su imperial favor á los paganos y quiso restablecer el abolido culto de los falsos dioses, fué la ciudad teatro de bárbaras y sangrientas escenas en las que perecieron muchos cristianos. Esto no obstante, la religión divina dominó al fin en la ciudad; por la historia eclesiástica sábense los nombres de varios de sus obispos, así como el de un prelado de *Maiumas Ascalonis* ó barrio marítimo de Ascalón, hasta que sería de ella arrancado el cristianismo al ocurrir la conquista arábigo-musulmana. Esta puso sucesivamente á Ascalón en poder de los Omeyas, de los Abassidas y por último de los Fatimitas de Egipto, y éstos dominaban en Palestina al invadirla el ejército de la primera Cruzada. Era aquella ciudad una de las plazas más fuertes de la comarca, y aún tomada Jerusalén por Godofredo en el año de 1099, todavía supo resistir largos años, más de medio siglo, á las fuerzas todas de los cristianos, considerándola los egipcios como el único baluarte que por el lado de Palestina los defendía contra las incesantes conquistas de los Cruzados.

La de la Ciudad santa había llevado la consternación y el desconsuelo á todos los pueblos musulmanes, y cuando el califa de Egipto El-Mostally ben-Illah envió á su visir El-Afdhal con la flor de sus guerreros contra el triunfador Godofredo, de todos ellos acudieron soldados á la hueste que las naves egipcias desembarcaron en los puertos de Palestina. Más de doscientos mil hombres se reunieron así al pie de los muros de Ascalón, dispuestos á emprender la marcha hacia Jerusalén; pero no les dió tiempo Godofredo, ya que al saber por aviso de Tancredo y el conde de Flandes que corrían por el territorio de Naplusa, la llegada del formidable enemigo,

resolvió salir á su encuentro. Por haberse recibido la noticia al caer de la tarde, la orden de salir á campaña se publicó en todos los barrios de Jerusalén á la luz de las antorchas, entre el sonido de los clarines, invitando á los guerreros á reunirse á la siguiente mañana en la iglesia del Santo Sepulcro á fin de disponerse para combatir á los enemigos de Dios y de santificar sus armas por medio de la oración. Era tanta la seguridad de los Cruzados y tanta su confianza en la victoria que, á creer á los cronistas contemporáneos, no causó el pregón ni la más leve agitación en los ánimos y no turbó el reposo de la noche otro sentimiento que la impaciencia por ver llegar el día de nuevas batallas. Al asomar la aurora, entre solemne campaneo, los príncipes y capitanes se encaminaron descalzos á la venerada basílica, adonde les siguieron soldados y pueblo; recibida la comunión fueron á revestir la armadura, y á poco salía el ejército, que no pasaba de veinte mil hombres, por la puerta de Occidente. Godofredo lo acaudillaba, y el nuevo patriarca Arnaldo llevaba delante de él el leño de la Cruz. Las mujeres, los niños, los enfermos y parte del clero permanecieron en Jerusalén, y dirigidos por Pedro el Ermitaño, visitaron en procesión los Santos Lugares, elevando incesantes preces al cielo para alcanzar de su misericordia el último triunfo, dicen las crónicas, de los pendones cristianos y el vencimiento de los enemigos de Jesucristo.

Reunida en Ramleh toda la hueste cristiana dejó á su izquierda los montes de Judea y avanzó hacia el torrente de Ibelim; hizo allí algunos prisioneros, y por ellos supo que los musulmanes continuaban acampados en los llanos de Ascalón. Los cristianos pasaron la noche vigilando y con las armas en la mano, y á la siguiente mañana anunciaron los heraldos la proximidad del combate. Jefes y soldados se agruparon alrededor de sus respectivas banderas; el patriarca de Jerusalén, desde inmediata altura dió la bendición al ejército, que la recibió de rodillas, y alzó el madero de la Vera-Cruz como prenda segura de victoria. En aquel instante rompen en bélicos sones clarines y atambores, y entre aclamaciones y cantos de guerra empréndese la marcha. «Así temíamos á nuestros enemigos, dice el relato de Ramón de Agiles, como si hubiesen sido tímidos cual ciervos é inocentes cual corderos.» «Todos íbamos al encuentro del peligro, escribe Alberto de Aix, lo mismo que á alegre festín.» No era menor la confianza que tenían los egipcios en el buen suceso de su empresa, y más aumentó al saber el escaso ejército que contra ellos venía, al cual, según expresión de un cronista, *in solis sputis submergere credebant.*

El día 12 de agosto del año de 1099 una y otra hueste se hallaron frente á frente en la vasta llanura de Ascalón; la musulmana extendía su línea de batalla en forma de inmensa media luna, y los cristianos, sin pérdida de momento, tomaron las últimas disposiciones para la batalla. Godofredo, con dos mil jinetes y tres mil infantes, se dirigió hacia la ciudad á fin de impedir una salida de la guarnición y de los habitantes durante el combate; Ramón de Tolosa, con los guerreros provenzales, tomó posesiones en la huerta entre el ejército sarraceno y el mar, cubierto de naves egipcias, y las

restantes fuerzas, á la voz de Tancredo y de los duques de Normandía y Flandes, se prepararon á combatir el centro y el ala derecha de los enemigos.

Después de varias descargas de los honderos y ballesteros, la caballería cruzada se lanzó con tan irresistible ímpetu contra los infieles que desde un principio quedaron éstos como aturdidos y desconcertados. Los etíopes, á los que dan los cronistas el nombre de *Azoparts* y que peleaban en primera línea con arco y espada, hincada una rodilla en tierra, fueron rotos y acuchillados; en vano los egipcios, queriendo sacar partido de su gran muchedumbre, movieron sus apretadas legiones é hicieron maniobrar las feroces hordas de sus jinetes para encerrar en un círculo de hierro al puñado de hombres que se atrevía á atacarles; los Cruzados, compensando con la celeridad y el esfuerzo su gran inferioridad numérica, cargaban denodados á aquellas enormes masas de hombres y sembraban á su paso indescriptible desorden. Roberto de Normandía penetró hasta los reales de Afdhal; la espada y el estandarte del gran visir cayeron en poder de los cristianos, y desde aquel momento introdujéronse el desaliento y la dispersión entre los sarracenos; su ejército abandonó el campo de batalla, y en breve sólo se vieron desde él las inmensas nubes de polvo que protegían su fuga.

Numerosos grupos la habían emprendido hacia la playa con la esperanza de hallar refugio en las naves en que habían venido; pero además de que éstas, á la vista del terrible desastre, se habían hecho mar adentro, sobre los fugitivos cayeron las tropas del conde de Tolosa é hicieron en ellos espantosa matanza. Más de tres mil se ahogaron al querer llegar á nado hasta la escuadra. Las tropas más cercanas á Ascalón buscaron asilo en sus fortificaciones; pero fué tanta la apretura, que en la puerta y en los fosos se atropellaron infantes y caballos, siendo los muertos en incalculable número. Cuentan los escritores arábigos que Afdhal, al contemplar desde las torres de Ascalón la rota de su ejército, no pudo contener el llanto, y que en su desesperación blasfemó de Mahoma, que así dejaba en abandono á sus guerreros y discípulos.

Los Cruzados hallaron en el conquistado campamento provisiones y tesoros en abundancia; su gran victoria podía darles el dominio de Ascalón, pero discordes los capitanes acerca de quién había de ser su dueño, Ramón de Tolosa se separó de Godofredo, y éste á su vez hubo de retirarse, contentándose con exigir leve tributo de la aterrorizada ciudad.

La batalla de Ascalón fué la última de la primera cruzada, gloriosa y feliz entre todas. A los pocos días de la triunfal entrada en Jerusalén de la hueste vencedora, depositadas en la iglesia del Santo Sepulcro la espada y la bandera de Afdhal, los príncipes cruzados, cumplido al fin su voto después de cuatro años de peligros y trabajos, anunciaron su resolución de dejar la Ciudad Santa y partir á Occidente. Así lo verificaron entre la tristeza y las lágrimas de los cristianos del naciente reino, en cuya custodia quedaban trescientos caballeros, la prudencia de Godofredo y la espada de Tancredo, decidido á acabar sus días en Asia; los demás se embarcaron

en las costas mediterráneas ó emprendieron el viaje de regreso por Siria y el Asia menor.

Para inaugurar su reinado con una gloriosa empresa Balduino I, al suceder en el año de 1100 á su hermano Godofredo en el trono de Jerusalén, reunió á sus caballeros, y á su cabeza marchó contra la plaza de Ascalón. Pero los musulmanes, aunque dispuestos á la defensa de sus fortificaciones, no lo estaban á salir al campo según habría deseado el rey, y como la estación estaba ya muy avanzada para emprender un sitio en regla, limitóse Balduino á devastar la campiña y dirigió luego su marcha á las montañas de Judea.

En el año de 1115 los ascalonitas atacaron á su vez la plaza de Joppé; la vigorosa defensa de los cristianos les obligó á emprender la retirada.

Transcurridos ocho años, en el de 1123, aprovechando el cautiverio en que estaba Balduino II, reunióse en Ascalón numerosa hueste con el propósito de arrojar á los latinos de Palestina; al saberlo, los cristianos de Jerusalén y otras ciudades del reino, fiados en su esfuerzo y en la protección de Dios, se prepararon para la defensa del conquistado territorio, y tres mil combatientes, acaudillados por el conde de Sidón Eustaquio, nombrado regente del reino, y llevando á la cabeza de la hueste el santo leño de la Cruz, salieron de Jerusalén. No lejos de Ibelín descubrieron al ejército enemigo, empeñada la batalla alcanzaron, á pesar de su corto número, completa victoria que los cronistas califican con razón de portentosa. Los sarracenos que de la muerte ó del cautiverio se libraron volvieron dispersos y confusos á ampararse de los muros de Ascalón, mientras los latinos victoriosos regresaban á Jerusalén cargados de botín.

Con objeto de contener las correrías y depredaciones incesantes de la gente de Ascalón construyeron los cristianos varias fortalezas, entre ellas las de Ibelín, Blanca Guarda, Bersabée, Darun y la ciudadela de Gaza.

Balduino III, en el año de 1153 propúsose subyugar el fuerte baluarte que cerraba á los cristianos el paso hacia la tierra egipcia y arrojar así á los enemigos á la otra parte del desierto; para ello envió mensajeros á las ciudades cristianas llamando á barones y caballeros á la santa empresa, y á poco hallóse reunida escasa, pero decidida hueste en la llanura de Ascalón, dando comienzo al sitio de la formidable plaza. Éralo, en efecto, sobre todo por sus fortificaciones de la parte de tierra, y también por el esfuerzo de sus moradores, todos ellos ejercitados en la ruda profesión de la guerra, sin contar que Egipto, que tan gran interés tenía en la conservación de la ciudad, enviaba á ella cuatro veces al año víveres, armas y soldados.

Al tiempo que la hueste cristiana combatía los muros por la parte del llano, una escuadra de quince galeras de espolón, al mando de Gerardo, conde de Sidón, bloqueaba la rada y secundaba los esfuerzos de aquélla. Gran abundancia reinaba en el campamento cristiano; observábase en él severa disciplina, y se ejercía extrema vigilancia de día y de noche para evitar sorpresas. No era menor entre los sitiados el militar

desvelo; los capitanes no abandonaban las torres y murallas, alentando sin cesar á los soldados, refieren las crónicas contemporáneas que, á fin de que la plaza no pudiese ser sorprendida á favor de las tinieblas, colocáronse en las más altas almenas farolas de cristal «que hacían las noches tan claras como el día.»

Dos meses habían transcurrido desde el comienzo del sitio cuando, próxima la festividad de la Pascua, súpose que en los puertos de Tolemaida y Jaffa habían tomado tierra gran número de peregrinos de Occidente; invitados por el rey, casi todos acudieron al campamento sitiador deseosos de combatir por la causa de Jesucristo, y también las naves que los trajeron pasaron á reforzar la escuadra bloqueadora.

Tales refuerzos, á la vez que robustecieron la fe y constancia de los cristianos, permitieron dar gran impulso á las obras de sitio y á la construcción de ingenios; entre ellos hízose famosa por los estragos que causó en la ciudad, una torre rodadiza de altura inmensa, semejante á movible fortaleza. Los asaltos, los mortíferos combates no cesaban; sitiados y sitiadores no daban muestra de desaliento ni fatiga, y así se pasaron otros tres meses, cuando una armada egipcia de setenta velas entró en el puerto con refuerzos sin que fuesen bastante á detenerlas las galeras cristianas. Con ellos más se encendió el valor de los sitiados, y haciéndose también más furiosas las acometidas de los cristianos y causando de cada día aquella torre mayor daño á la ciudad no valiendo ninguno de los medios empleados hasta entonces contra ella, resolvieron los musulmanes, para destruir la formidable máquina, llenar con leña el espacio comprendido entre ella y la muralla, rociándola antes con aceite, azufre y otras materias inflamables. Sin que los cristianos pudiesen impedirlo, pusiéronle fuego, pero á poco cambió el viento y las llamas de la inmensa hoguera en lugar de envolver la torre, se lanzaron amenazadoras contra el muro y la ciudad. Un día y una noche duró el incendio, y á poco de extinguido, calcinada la muralla, vino al suelo enorme cortina con horrible estruendo. En la brecha peleóse durante todo el día con no visto furor, y convenida aquella noche una tregua para dar sepultura á los muertos, pudieron conocer los sitiados la enormidad de sus pérdidas, mucho mayores que las de los cristianos; entonces, caídos los ánimos al mirar los desplomados muros y desvanecida la esperanza de recibir nuevos auxilios de Egipto, se atrevieron algunos á hablar de capitulación, y un motín popular, imponiéndose á los jefes, nombró diputados para tratar con los sitiadores. A las pocas horas ondeó el estandarte de la cruz en las torres de Ascalón, teniendo la guarnición, lo mismo que los moradores, asegurada la vida y la facultad de dejar la ciudad en los tres primeros días con sus bienes y riquezas; en ella entraron los cristianos en solemne procesión, y consagrada la gran mezquita al apóstol san Pablo, fué erigida la nueva iglesia en sede episcopal. A instancias del obispo de Belén suprimióse ésta al poco tiempo, y Ascalón formó parte de aquella diócesis.

De Ascalón salió el rey Balduino IV al frente de sus caballeros para combatir á la numerosa hueste de Saladino en el año de 1177 y alcanzar la gran victoria en el

capítulo anterior referida, recordando á los cristianos el memorable triunfo que en aquellas cercanías alcanzara años antes Godofredo.

Aquel rey al casar á su hermana Sibila con Guillermo el de la Larga Espada, cedióle en dote la ciudad de Ascalón.

Cuando la victoria de Hattin en el año de 1187 hizo á Saladino dueño de gran parte de Palestina, no quedando á los latinos en el litoral sino las ciudades de Tiro, Trípoli y Ascalón, presentóse el sultán delante de la última creyendo que, como tantas otras, le abriría sus puertas sin combate. No sucedió así: los cristianos de la ciudad le opusieron tenaz resistencia hasta obligarle á emprender un sitio en regla, en el cual corrió en abundancia la sangre de sitiados y sitiadores. Abierta al fin brecha en los combatidos muros, todavía Saladino, admirador del valor desplegado por aquellos moradores, propúsoles paz y capitulación; pero sus embajadores hubieron de volver al campamento sin ser ni siquiera oídos. Entonces el rey de Jerusalén, á quien los sitiadores llevaban cautivo, no vaciló en aconsejar á los cristianos la rendición para no exponer con inconsiderado valor á desastrosa suerte sus mujeres é hijos prolongando una resistencia ya inútil, y desde aquel momento se trató de la capitulación. Los ascalonitas ofrecieron abrir sus puertas si por el sultán les era prometida la conservación de vidas y haciendas y además la libertad del cautivo monarca; Saladino aceptó estas condiciones, si bien tardó todavía un año en romper las cadenas de Guy de Lusiñán, y Ascalón se rindió.

Hacia ella avanzó cinco años después, en el de 1192, la victoriosa hueste de la tercera Cruzada; en Jaffa y en los llanos de Ramleh la hemos dejado, teatro de las épicas hazañas de Ricardo de Inglaterra su caudillo, y cuando el deseo general, despreciando peligros y obstáculos, era emprender con decisión la marcha hacia la Ciudad Santa, sorprendió y entristeció á todos la imprevista resolución acordada en consejo de volver á la ribera del mar y ocupar y reedificar lo que eran ya las ruinas de Ascalón, como ya reconstruyeran las de otras fortalezas. En efecto, Saladino, como hiciera con varias plazas de guerra á cuya defensa no podía atender, había dispuesto la destrucción de aquella ciudad después de consultar á sus emires; el mismo, á lo que se cuenta, trabajó en demoler torres y mezquitas, y se sentó luego derramando lágrimas sobre las ruinas de la *Desposada de Siria (Arusset ech-Cham)*, como llamaban los musulmanes de aquel tiempo, á causa de su belleza, á la ciudad de Ascalón.

Al llegar los Cruzados delante de sus muros halláronla desierta y desmantelada y sin perder instante y rivalizando todos en ardor y celo se ocuparon en ponerla de nuevo en estado de defensa. Grandes y pequeños, sacerdotes y seglares, capitanes y soldados, nadie permaneció inactivo: de mano en mano se pasaban las piedras y los escombros, y Ricardo, ora siendo el primero en el trabajo, ora distribuyendo entre los pobres dinero, era ejemplo y estímulo de todos. Singular espectáculo, escribe M. Michaud, el de aquellos dos ejércitos que tan formidables se mostraron en los campos de batalla y que ahora, sin correr en pos de nuevos combates, se limitaban á

H. FENN. PINXT

A. WILLMORE. SCULPT

VISTA DE LA CIUDAD DE GAZA.

S. PASA Y COMPª EDITORES, BARCELONA.

recorrer un país devastado por sus victorias, el uno para demoler y el otro para reconstruir ciudades y fortalezas. A semejanza de los hebreos al levantar el templo de Jerusalén, dice una crónica contemporánea, empuñaban los Cruzados con una mano la llana, con la otra el acero para rechazar las correrías del enemigo y lanzarse también de vez en cuando á incursiones por el territorio sarraceno.

Sin embargo, transcurrido algún tiempo, dejáronse muchos decir no haber hecho el viaje á Tierra Santa para reedificar á Ascalón sino para reconquistar á Jerusalén, y poco á poco fué el descontento aumentando en la hueste; varios príncipes se retiraron unos á Tiro, á Tolemaida otros; Ricardo hubo de atender á más graves asuntos, y las obras de reconstrucción, ya muy avanzadas, no llegaron á ser concluídas.

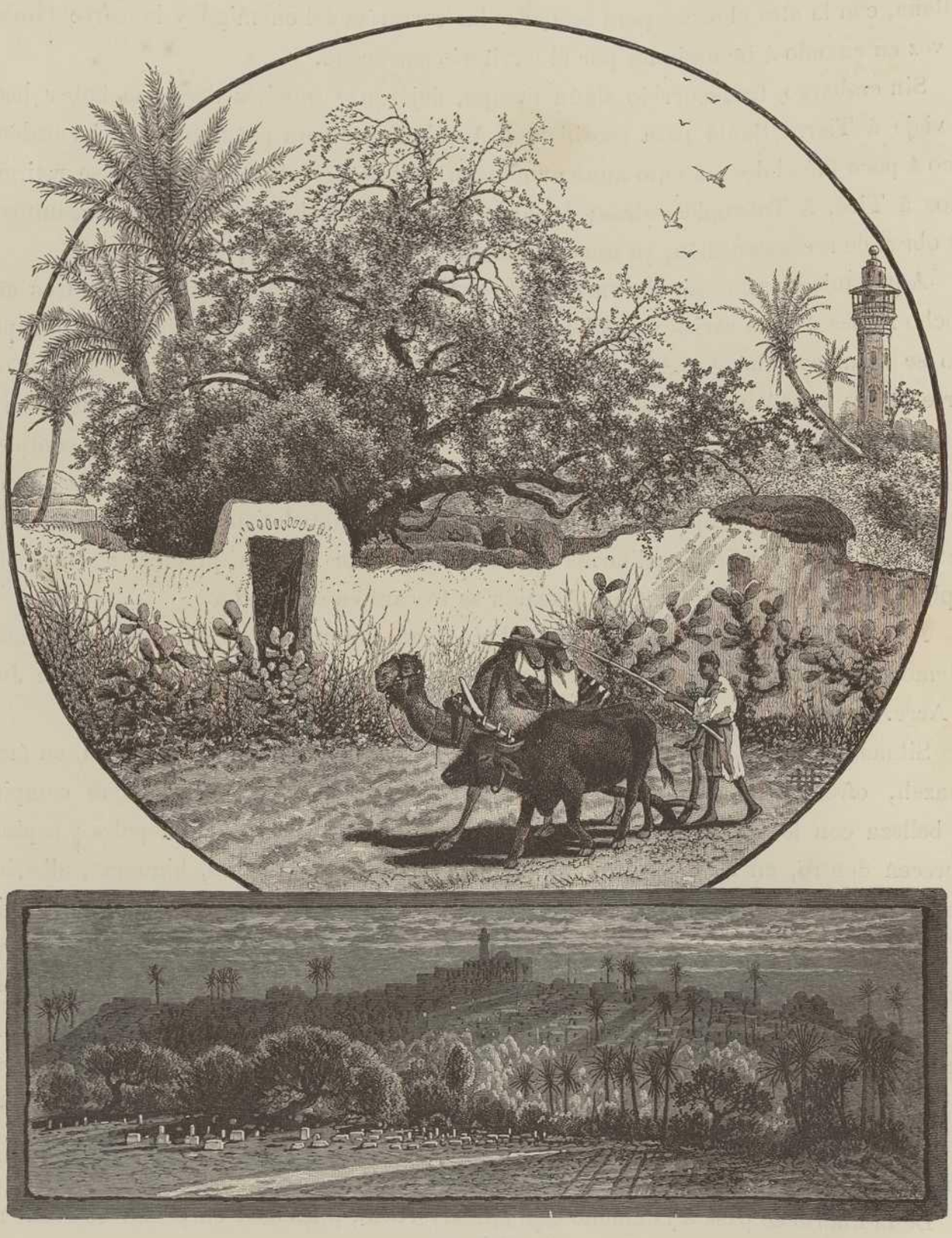
Aquel mismo año estipularon Ricardo y Saladino el tratado ó tregua de tres años y ocho meses de que varias veces hemos hecho mención; en las negociaciones que para ello se siguieron fué Ascalón objeto de empeñada contienda, no cejando una y otra parte en su propósito de poseerla, y para decidirla, convínose en que de nuevo serían destruídas las obras en la ciudad verificadas. No lo serían, sin embargo, por completo, ya que en el año de 1270 el sultán Bibars, por temor de que en ellas se fortificasen otra vez los cristianos, dispuso su demolición. Desde aquel tiempo Ascalón no ha sido reedificada y sus ruinas solitarias traen á la mente aquella predicción del profeta Sophonías: «Gaza será destruída y Ascalón se trocará en desierto.»

A principios de este siglo Djezzar Bajá hizo cargar varias naves con colunas y mármoles de aquellas ruinas, y empleó estos materiales en sus obras de San Juan de Acre.

Situada á veinte kilómetros al sudoeste de Ascalón, la ciudad de Gaza, en árabe Rhazeh, ofrécese rodeada de magníficos olivares y frondosos verjeles que compiten en belleza con los celebrados de Jaffa. Limítanlos fuertes cercas de nopales y espinos, y crecen dentro, en rica variedad, granados, naranjos, limoneros, higueras, albaricoqueros, morales, almendros y manzanos, especie la última muy rara en esta región de Palestina; sobre estos árboles alzan su copa gallardos pinos y añosos sicomoros, cuyas ramas escalan las vides trepadoras, dominándolos á todos con su ondulante penacho altísimas palmeras, de las que puede decirse que constituyen el principal ornamento de la población, pues son varias las casas que las tienen en sus patios y jardines. Es la palma el árbol por excelencia de Egipto, y Gaza, cuyo clima es muy parecido al del Delta egipcio y es toda ella una ciudad semi-egipcia, las posee en abundancia.

De la huerta se pasa á la ciudad casi sin advertirlo, pues está en el día enteramente abierta; antes, cuando se conservaban en pié sus murallas, eran las puertas en número de siete. Cuatro barrios, separados entre sí como otros tantos pueblos distintos, la constituyen; el que lleva el nombre de *Haret et-Daredj*, á causa de los escalones que á él conducen, forma la ciudad superior ó alta, y ocupa una eminencia cuya parte meridional es la única en el día poblada; lo demás está sembrado de escombros, entre

los que sobresalen las ruinas del *Seraia,* alcázar que data de los primeros años del siglo XIII. Es la fachada obra de taracea, de piedra y azulejos, y en el patio se conservan todavía unos calabozos ó jaulas en que eran encerrados los prisioneros; sirvió este



GAZA (RHAZEH)

edificio hasta hace poco de habitación al gobernador; pero hoy, excepto un salón que se conserva en regular estado donde el *mutselim* administra justicia, el resto del palacio está cayéndose en aquellos puntos que no se han venido ya al suelo. Vense á corta distancia los resíduos de una torre, la cual, junto con el área del castillo por ella

flanqueado, llevan ahora el nombre de *Seraia el-Atika;* viajeros hay que atribuyen estas ruinas á la época romana, pero la generalidad de autores las consideran como de la fortaleza que allí levantaron los Cruzados en el año de 1149.

Encuéntranse en el propio barrio algunos bazares abovedados ó *bezestans* y también la gran mezquita ó *Djama el-Kebir,* mezquita que, según tradición hasta de los musulmanes, confirmada por la planta del edificio, fué antes antigua iglesia. Dicen los cristianos del país haber sido esta iglesia, dedicada que estuvo á san Juan Bautista, fundación de Constantino y santa Helena; pero no será su edad tanta, por lo menos en su actual estado, ya que bóvedas y arcos pertenecen al estilo ojival. Forma el monumento un rectángulo de cuarenta pasos á lo largo por veintiséis á lo ancho; contiene tres naves, siendo la central más elevada que las laterales, y á ellas ha sido añadida otra con posterioridad por los musulmanes, quienes, para erigir el alminar, han hecho desaparecer en parte los tres ábsides. Algunos materiales que en la fábrica se observan, evidentemente de remota antigüedad, así como las hermosas colunas de mármol con capiteles corintios que adornan el interior de la iglesia, atribuída generalmente á los Cruzados, es posible que procedan de la basílica que se sabe haber construído en los primeros años del siglo v la emperatriz Eudoxia en el terreno que había ocupado un templo pagano. Es la fachada de agradable aspecto, y encima de la puerta léese en arábiga inscripción el año 677 de la hégira (1279). El patio está solado con losas de mármol.

Gaza posee, además, ocho mezquitas que, si menos notables que la anterior, merecen, sin embargo, ser visitadas, así por los hermosos y antiguos restos que contienen, como por los delicados arabescos, por desgracia muy deteriorados, que las adornan, pertenecientes á la época mejor y más florida de la arquitectura arábiga. En una de ellas tiene sepultura el abuelo de Mahoma, por nombre Hachim, al cual sus excursiones de marchante habían llevado á morir á Gaza; esta mezquita ha sido restaurada en el presente siglo, empleando en las obras muchos de los materiales antiguos.

En esta ciudad y en el barrio en que ahora estamos ocurrieron algunos de los portentosos hechos de la vida de Samsón, juez de Israel.

Llegada que fué la segunda mitad de la época de los Jueces, los filisteos, probablemente reforzados con una nueva inmigración, se rebelaron con mayor fuerza contra la dominación judaica en Palestina; aguerridos soldados y superiores, al parecer, á los israelitas en cuanto á recursos militares, especialmente por sus carros de guerra y su caballería, empezaron por expulsar del territorio á la tribu de Dan; recobraron varias ciudades que convirtieron en formidables plazas, y avanzando de cada vez más llegaron á ser el terror de Israel por espacio de cuarenta años, hasta que al fin Saúl y su sucesor David, venciéndolos y subyugándolos, dejaron definitivamente consolidada, como antes se ha dicho, la dominación del pueblo hebreo. Samsón que vivió en aquella calamitosa época, fué de los que mayores daños causaron á los terribles enemigos;

dotado de prodigiosa fuerza contra la cual no valían celadas ni prisiones, no perdía ocasión de hostigarlos y de tomar venganza, con los destrozos que en ellos hacía, de los grandes agravios recibidos.

Una vez pensaron los filisteos haber logrado lo que con tanto ardor deseaban, esto es, tener en su poder al formidable israelita; supieron que había pasado la noche en Gaza y colocaron centinelas en varios puntos y guardas en la cerrada puerta de la ciudad para sorprenderle á la salida y matarle. «Samsón, dice el sagrado texto, durmió hasta la media noche, y levantándose después tomó las dos hojas de la puerta con sus pilares y cerraduras, y cargándoselas sobre las espaldas llevólas á la cumbre del monte que mira á Hebrón.»

En el Haret ed-Daredj, junto á un *ualy*, muéstrase el hueco de una puerta que es, según tradición cristiana y musulmana, el sitio en que pasó el suceso.

Amó Samsón á una mujer que habitaba en el valle de Sorec y tenía por nombre Dálila; ganada por los príncipes de los filisteos con promesa de crecida suma para que procurase averiguar el secreto de aquella prodigiosa fuerza y el modo de prevalecer contra él y sujetarle, sus ruegos, sus halagos, al principio vanos y sin resultado, acabaron, después de algún tiempo de tenaz insistencia, por rendir el ánimo del enamorado israelita, caído, dice la Biblia, en mortal abatimiento. — «Nunca tocó hierro mi cabeza, la dijo, porque soy nazareo, esto es, consagrado á Dios desde el vientre de mi madre; si fuere rapada mi cabeza, mi fuerza se apartará de mí, y desfalleceré y seré como los otros hombres.» — No necesitó saber más aquella mujer desleal; mientras Samsón dormía sobre sus rodillas con la cabeza reclinada en su seno, cortó las siete trenzas de su cabellera. Apartóle luego de sí con violento despego, gritando: — «¡Ahí están los filisteos!» — Y en efecto, avisados éstos por Dálila rodean al joven héroe, el cual, en vano piensa deshacerse de ellos como en pasadas ocasiones: el espíritu del Señor no está ya con él, escriben los comentaristas cristianos; su fuerza le ha abandonado, y subyugado por los enemigos, cargado de grillos, es llevado á Gaza, donde le arrancan los ojos y le condenan á duro cautiverio. De la cárcel le sacaban alguna vez para diversión del pueblo, y cierto día, cuando después de transcurridos meses comenzaban á renacer sus cabellos, lleváronle al templo de Dagon donde se celebraba gran fiesta, para que *jugase,* dice el sagrado texto, delante del inmenso concurso. Entre él se hallaban todos los príncipes de los filisteos, y sólo desde las galerías tres mil personas miraban las burlas que se hacían al que fuera antes invencible guerrero y era entonces ciego y miserable esclavo. Habían colocado al infeliz entre dos grandes pilares, y dijo al muchacho que le guiaba: — «Déjame que me apoye en una coluna y así descansaré un poco.» — Satisfízole el muchacho, y entonces, elevando al Señor oración fervorosa y haciendo voluntario sacrificio de la propia vida por el bien de su pueblo, asió Samsón los dos pilares, el uno con el brazo derecho y con el izquierdo el otro, sacudiólos con fuerza, á la voz de: — ¡Muera Samsón con los filisteos! — y arrastrando la caída de aquellas colunas la de otras y otras vino á tierra

la techumbre y el edificio entero, matando más enemigos muriendo, dice la Biblia, que había muerto antes con vida.

Todavía muestran los moradores de Gaza el lugar en que, según tradición, se levantó el famoso templo; cúbrenlo escombros y maleza, y entre ella yacen en gran número fustes de graníticas colunas. Don Aquilante Roccheta que visitó el lugar en el año de 1598, vió aún en él grandes paredones derribados.

Casi todas las casas del Haret ed-Daredj son de piedra y de regular fábrica, al paso que las de los otros tres barrios, que pueden considerarse como arrabales del primero, están construídas por lo general de tapia; únicamente son de piedra las mezquitas y los ualys, dedicados á santones, y en unas y en otros abundan los materiales de monumentos más antiguos, ya en colunas de granito, ya en piezas de mármol más

Un pozo en los alrededores de Gaza

ó menos mutiladas. Lo mismo ha de decirse de los vastos cementerios que se extienden alrededor de la ciudad; en todos se hallan preciosos restos de edades remotas.

A pesar de su gran decadencia, la ciudad de Gaza es todavía una de las más pobladas de Palestina; sus habitantes se elevan á unos diez y seis mil, de ellos setecientos cristianos greco-cismáticos, y los demás musulmanes. Como se ha dicho antes, tiene Gaza por sus bazares y otras particularidades cierto aspecto egipcio, y las mujeres van tocadas enteramente á la usanza de Egipto. Su situación intermedia entre este país y el de Siria, á los que sirve como de lazo y unión, ha favorecido desde tiempo inmemorial su comercio y prosperidad, y en el día, por más que ha disminuído mucho el tráfico de caravanas, es todavía su mercado de bastante importancia. El *Khan ez-Zeit* (khan ó parador del Aceite), situado cerca de la principal mezquita, es digno de ser visitado por su grandiosidad y belleza. La abundancia de agua subterránea que se observa en la ciudad y sus alrededores es causa de la rica vegetación de su celebrada huerta.

Ciudad cananea en su origen, Gaza cayó después en poder de los filisteos, quienes hicieron de ella una de sus cinco satrapías; hasta su territorio extendió Josué sus

conquistas, pero en cuanto á la ciudad parece que no pudo tomarla, ó por lo menos conservarla. La tribu de Judá, á la cual fué adjudicada, sólo nominalmente llegó á poseerla, y los príncipes filisteos, conforme se ha dicho, no contentos con recobrar su antiguo territorio, lo aumentaron con nuevas adquisiciones, llegando á ejercer verdadero predominio sobre los israelitas. Transcurridos cuarenta años de opresión, preséntase Samsón como el vengador de su pueblo, y Gaza, teatro de algunos hechos de su vida, lo es también de su último triunfo y de su muerte. En tiempo de Salomón, es decir, en la época en que llegó á su apogeo el poderío judaico, era Gaza por aquella parte frontera de sus estados.

Situada al paso de las grandes expediciones militares emprendidas por los monarcas de Siria, de Egipto y Oriente, estuvo por necesidad expuesta á las calamidades de la guerra y hubo de conocer distintos dominadores. Uno de los faraones, á lo que se cree Nechao II, la subyugó en la época de Jeremías. En su campaña de Egipto Cambises, al atravesar la ciudad, dejó en ella depositados sus tesoros.

Atrevióse Gaza á resistir á Alejandro, quien la atacó en su marcha hacia Egipto; por dos veces herido en los dos meses que duró el sitio, el héroe macedonio mostróse cruel é implacable al expugnarla: todos los hombres fueron pasados á cuchillo, las mujeres y los niños quedaron en cautiverio, y con habitantes de las inmediatas poblaciones fué repoblada la ciudad. A dar crédito al relato de Quinto Curcio, Alejandro, para imitar á Aquiles del cual pretendía ser descendiente, arrastró alrededor de los muros atado á su carro el cadáver del valeroso gobernador Betis (año 332 antes de J. C.). Muerto Alejandro, se apoderó de Gaza Antígono, pero á poco, vencedor Ptolomeo en aquellas cercanías de Demetrio, hijo de Antígono, recobró la Palestina, y á su regreso á Egipto desmanteló y devastó la ciudad. No tardó, empero, en renacer de sus ruinas, y en tiempo de los Macabeos volvía á tener gran importancia como plaza de guerra y de comercio.

En el año 141 antes de J. C., tomóla Simón á fuerza de armas y estableció en ella su residencia. Transcurridos cuarenta y cinco años, en castigo de haberse aliado con los enemigos de los judíos, fué otra vez destruída por Alejandro Janneo, después de un año de sitio y de espantosa matanza. Reconstruída por Gabinio fué dada por Augusto á Herodes, y al morir este príncipe, incorporada de nuevo á la provincia romana de Siria. Gobernando Gessio Floro, los judíos alzados la saquearon en el año 65 de nuestra era.

En ella tardaría poco en introducirse la religión cristiana, si es cierto lo que asegura la tradición respecto á haber sido su primer obispo Philemón, el mismo á quien san Pablo dirigió una epístola. Eusebio y san Jerónimo hablan de Gaza como de ciudad aún en su tiempo de importancia.

Después de una batalla decisiva empeñada entre los generales de Abu-Bekre y el ejército imperial, cayó la ciudad en poder de los musulmanes, deseosos de apoderarse del sepulcro de Hachim; desde entonces hasta la época de las Cruzadas hace de ella

la historia escasa mención, y sólo se sabe que padeció y decayó mucho durante las infinitas guerras que se sostuvieron entre los mahometanos de Egipto y los de Siria, tanto que los Cruzados á su llegada la hallaron desierta.

En el año de 1149, para contener por el mediodía las correrías de los musulmanes de Ascalón, Balduino III reconstruyó una parte de las fortificaciones de Gaza, y estableció en su recinto una ciudadela ó puesto militar, junto al cual renació en breve la ciudad. Fué ésta devastada en el año de 1170 por Saladino, mas no logró rendir la ciudadela, valerosamente defendida por los caballeros del Temple; en ella habían hallado asilo gran número de fugitivos, y cuantos moradores quedaron en la ciudad fueron pasados á cuchillo.

Después de la funesta jornada de Hattín y de haberse rendido Ascalón á Saladino, sometióse Gaza igualmente á sus armas victoriosas. Abrió luego sus puertas á la hueste de Ricardo de Inglaterra, pero á poco volvió á caer bajo la dominación musulmana.

A Tolemaida habían llegado en el año de 1239 los barones franceses y los nobles navarros que tomaron la cruz á la voz del pontífice Gregorio IX. El duque de Bretaña seguido de sus caballeros, llevó la guerra á territorio de Damasco, volviendo al campamento con gran número de camellos, bueyes, caballos y búfalos, arrebatados á los sarracenos, y este feliz comienzo estimuló á los condes de Bar y de Jaffa, al duque de Borgoña y á otros caudillos á salir á su vez á expedición que les enriqueciera con los despojos de los infieles. Eligieron para ello el territorio de Gaza, famoso por sus pastos y por la riqueza de sus moradores; y en vano fué que, al hacerse público su designio, les representasen sus graves peligros los más experimentados capitanes, y hasta que Teobaldo, rey de Navarra y conde de Champagne, nombrado jefe supremo de la Cruzada, les ordenase en nombre de Jesucristo no separarse del ejército y permanecer en el campamento. Aquellos magnates, alegando que el objeto de su viaje á Siria era guerrear con los infieles, partieron con sus hombres de armas. En mal hora lo hicieron: después de andar toda la noche llegaron fatigados al asomar la aurora á las cercanías de Gaza, y esperando á que con la luz del día saliesen los ganados á los prados se establecieron en una especie de desfiladero entre montecillos de arena. Pero ya el gobernador de la ciudad, advertido de la marcha de los cristianos, había difundido la alarma en el país por medio de fogatas en los puntos elevados, y por todos los caminos acudían los sarracenos apercibidos para el combate. El conde de Bar, á la cabeza de sus caballeros, salió á la llanura á fin de reconocer al enemigo que se anunciaba ya con estruendosa gritería, acompañada del sonido de tambores y trompetas, y también á poco con repetidas descargas de los arqueros y honderos que ocupaban las inmediatas alturas. El conde de Jaffa y el duque de Borgoña, comprendiendo la temeridad de la desigual lucha, se retiraron con su gente camino de Ascalón; pero los condes de Bar y de Montfort, desoyendo sus ruegos y obstinados en pelear, avanzaron intrépidos contra el enemigo, que les era diez veces superior en número. Los arqueros cristianos mantuviéronle á distancia mientras les duraron las flechas; pero al concluirse éstas, los

caballeros y hombres de armas que varias veces habían hecho retroceder á la muchedumbre que tenían delante, hubieron de replegarse al desfiladero que les servía como de campamento atrincherado. Simulando una retirada, el gobernador de Gaza atrájoles otra vez al llano al tiempo que las fuerzas que ocupaban las alturas se apoderaban de este campamento, y desde aquel instante, envueltos los cristianos y atacados por todos lados, no pudieron abrigar otra esperanza que la de vender caras sus vidas. Los condes de Bar y de Montfort y otros barones y caballeros opusieron denodada resistencia, mas al fin sucumbieron, extenuados de cansancio y cubiertos de heridas.

La hueste cruzada, con el rey de Navarra á su cabeza, había seguido de lejos el movimiento de sus impacientes compañeros de armas, no queriendo dejarlos solos en la peligrosa aventura; en Ascalón supo el trance de muerte en que se hallaban, y lanzándose los guerreros más decididos por el camino de Gaza, llegaron al sitio del combate, cuando por parte de los cristianos había cesado toda resistencia. Los musulmanes, que se ocupaban en asegurar los prisioneros y en despojar los muertos, sin aguardar al nuevo enemigo que les venía encima emprendieron la retirada con los cautivos y el botín. Para no comprometer la vida de aquéllos opinaron los jefes no seguir en su persecución, y aún pudieron los Cruzados recoger gran número de heridos y trasladarlos á Ascalón. Amaury de Monfort y otros caballeros fueron llevados á la capital de Egipto; en cuanto al conde de Bar, nunca llegó á saberse lo que de él había sido.

Transcurridos cinco años los mismos llanos fueron teatro de nueva y aún más sangrienta catástrofe.

Divididos por la discordia los príncipes de la familia de Saladino, sucedió que, mientras los de Damasco, de Karac y de Emessa proyectaban y realizaban grandes preparativos para la conquista de Egipto, el sultán del Cairo, para hacer frente á la invasión y tomar venganza de los cristianos, á los que acusaba de haber quebrantado los convenios con él estipulados, llamó en su auxilio á las hordas karismias, que vencidas y expulsadas de su país por los tártaros ó mogoles, andaban errantes por las márgenes del Orontes y del Eufrates, matando y devastando, no perdonando en su furor á cristianos ni á musulmanes. Propúsoles el soberano del Cairo abandonarles la tierra de Palestina si por armas la sometían, y aceptada la proposición, enjambres de jinetes con ardiente sed de sangre y botín, acudieron desde Mesopotamia, asolaron á su paso el territorio de Trípoli, el principado de Galilea, y en breve el resplandor del incendio anunció su llegada á los moradores de Jerusalén, ciudad que, como sabemos, desmantelada y cubierta de ruinas había vuelto momentáneamente á poder de los cristianos. Las horribles escenas de matanzas y profanación que en ella se presenciaron no se habían visto, dicen las crónicas, ni aún en medio de las guerras más atroces, ni en aquellos días señalados por la cólera del cielo.

Para rechazar á los karismios y salvar la Palestina de tantos horrores, los grandes maestres de las Ordenes militares, el patriarca de Jerusalén y los barones llamaron á San Juan de Acre á todos los guerreros del reino, y celebraron alianza, ante el común

peligro, con los príncipes musulmanes de Siria, los cuales enviaron á Tolemaida, algunos miles de combatientes. Reunida la lucida hueste fué á acampar á los llanos de Ascalón (año de 1244), mientras que las hordas karismias avanzaban hasta Gaza, donde habían de recibir víveres y refuerzos del soberano de Egipto; los latinos y sus aliados, deseosos de que tuviera cuanto antes término la horrible devastación, siguieron su marcha hasta avistar al enemigo en los mismos arenosos llanos que pocos años antes fueran sepulcro de muchos y esforzados caballeros.

Dividíase el ejército aliado en tres cuerpos: el ala izquierda, en la que estaban los caballeros de San Juan, era mandada por Gualtero de Brienne, conde de Jaffa, cuyo martirio y cristiano heroísmo quedan referidos; las tropas musulmanas, acaudilladas por el príncipe de Emessa, á quien Joinville califica de *uno de los mejores barones del paganismo,* formaban el ala derecha, y ocupaban el centro los Templarios y los magnates de Palestina con sus caballeros y feudatarios.

El día 18 de Octubre trabóse la batalla, que fué de las más obstinadas y sangrientas de que hacen mención los anales de la guerra; comenzó á las primeras luces del alba, se prolongó hasta puesto el sol, y al día siguiente continuó con el mismo furor y con igual empeño, hasta que el príncipe de Emessa, habiendo perdido más de dos mil hombres, abandonó el campo de batalla y emprendió la retirada á Damasco. Desde aquel momento se decidió por los karismios la victoria; los latinos sostuvieron aún por largo tiempo las redobladas acometidas del enemigo, pero, extenuados de fatiga, agobiados por el número, casi todos quedaron muertos en el campo ó en cautiverio: éstos, al llegar al Cairo, acosados por los insolentes clamores de la muchedumbre, vieron clavadas en las almenas de la puerta las cabezas de los cristianos que fueran hechos prisioneros en la anterior batalla de Gaza, horrible trofeo presagio de la suerte que les destinaban sus bárbaros vencedores. Treinta mil guerreros, entre cristianos y musulmanes, perdieron vida ó libertad en la sangrienta batalla. El príncipe de Tiro, el patriarca de Jerusalén y algunos barones se retiraron á Tolemaida, y entre los guerreros que pudieron llegar fugitivos á las ciudades cristianas, contáronse únicamente treinta y tres Templarios, veintiséis Hospitalarios y tres caballeros Teutónicos.

Concluídas las Cruzadas no ofrece la historia de Gaza suceso digno de ser mentado hasta los tiempos modernos. En los últimos días de Febrero del año de 1799 el general Bonaparte derrotó en las inmediaciones de Gaza á Abdallah, que mandaba las tropas de Djezzar, bajá de Acre; los jeques y ulemas se apresuraron á presentar al vencedor las llaves de la ciudad, y la ciudadela no tardó en rendirse. Los franceses la volaron antes de continuar su marcha y acamparon en el Djebel el-Muntar, altura inmediata á Gaza, á la cual domina por completo. Cubierta de losas sepulcrales, vese entre ellas un *ualg* dedicado al santón cuyo nombre lleva la colina.

Al paso que, conforme acabamos de ver, los cuatro principados ó satrapías de Ekron, Azot, Ascalón y Gaza han conservado hasta nuestros días su nombre apenas alterado, el de Gath, por el contrario, ha perdido por completo el suyo, y nadie sabe

con seguridad y certeza dónde fijar la quinta capital de la Pentápolis filistea, la ciudad de esta nación más inmediata á las fronteras de Israel. Para algunos autores, ya lo hemos dicho, Gath es Yebneh; para otros, entre los que se cuenta M. Guerin, la antigua Gath ha de buscarse en las ruinas que llevan por nombre Kharbet-Dikrin y están situadas á unos cuarenta kilómetros al nordeste de la ciudad de Gaza. Raras veces visitadas por los viajeros, son notables, sin embargo, por sus numerosas y bellas cisternas, por sus pozos y silos abiertos en la peña, por vastas galerías subterráneas, algunas de ellas casi intactas, por los vestigios de muchas casas, y finalmente por infinitos sillares de dimensión y trabajo diferente. Cubren una colina erizada de maleza en parte y en parte plantada de olivos, y si á ellas se agregan las cuarenta cisternas que existen en el actual pueblecillo de Dikrin, situado en inmediato cerrillo, y los materiales antiguos que han entrado en la fábrica de sus casas, no puede caber duda, al parecer, de que las dos alturas fueron un día asiento de importante ciudad, que, ateniéndonos á su posición, pudo muy bien ser la de Gath, conforme cree el autor antes indicado.

Fúndase para ello en el siguiente pasaje de Eusebio:

«Geth: en ella permanecieron los Enakim, aunque extranjeros, así como también aquellos filisteos que se libraron del exterminio. Subsiste aún como aldea en el camino de Eleutherópolis á Dióspolis, á cinco millas de la primera.»

San Jerónimo reproduce y admite en un todo el dato de Eusebio, y la situación del actual lugar de Dikrin corresponde perfectamente á él; por esto, aunque aquel nombre arábigo nada tiene que ver con la denominación de Gath ó Geth, M. Guerin y otros geógrafos tienen por cierto haber dado con la antigua ciudad filistea.

Esta, cuyo nombre hebreo era Gath (Lagar) y Geth el latino, existiría ya probablemente al apoderarse los filisteos de la llanura que después llevó su nombre. Allí vivían entre ellos unos gigantes llamados Enakim ó hijos de Enak, residuo de la antigua raza indígena, á la cual arrollaron con su invasión hacia el norte y oriente.

En el reparto de la Tierra prometida tocó Gath á la tribu de Dan; de esta ciudad era natural el gigante Goliath, vencido y muerto por David, y descendería de aquellos hombres de gigantesca estatura á los que Josué no logró exterminar por completo. Cuando tiempo después huyó David á tierra de los filisteos para librarse del furor de Saul, retiróse á la ciudad de Gath, que era entonces gobernada por un rey llamado Achís, hijo de Maoch. Al ceñir la corona de Israel el mismo David se apoderó de Gath; Roboam reedificó sus murallas y la convirtió en plaza fuerte. Más adelante volvería á poder de los filisteos, en cuanto léese en la Biblia que Osías, hijo de Amasías, rey de Judá, estando con ellos en guerra, destruyó los muros de Gath. Desde aquel día no vuelve á hacerse mención de esta ciudad en la Sagrada Escritura, ni en la historia se dice de ella cosa alguna.

A cinco kilómetros al noroeste de Dikrin álzase en delicioso valle la colina llamada *Tell es-Safieh;* de forma oblonga, debe á su suelo calizo y gredoso, blanco y blanquecino

el nombre con que es conocida (colina de la luz, de la blancura). En sus laderas, principalmente hacia el noroeste, se practicaron excavaciones para la extracción de piedra, y las antiguas canteras, hoy convertidas en cuevas, sirven por la noche de establo á numerosos hatos de ganado mayor y menor. La altura del *tell* no pasará de unos ciento y veinte metros sobre el nivel de la llanura, pero como se alza solo y aislado, abrázase desde él muy extenso horizonte. Quien se coloca en su cumbre puede extender la vista por casi toda la antigua Cephalah, desde Ramleh al septentrión hasta Gaza al mediodía; al oeste el Mediterráneo y los montes de Judea al este son los límites y forman como el marco del pintoresco cuadro. Aquella meseta es aún hoy designada

Safieh, antiguamente Mitspeh

con el nombre de *Kalah,* (la Ciudadela), por haber existido en ella un castillo que la ocupaba toda; destruído actualmente, sólo quedan restos de sus líneas inferiores, formadas por grandes sillares que no han sido todavía arrancados del suelo. Con piedras de sus murallas se han construído dos *ualys* musulmanes en los ángulos del norte y del sur. Como á la mitad de la ladera se agrupan un centenar de casas que forman el pueblo, de miserable aspecto.

Es opinión admitida que en Tell es-Safieh ha de verse la antigua Mitspeh de Judá, en latín *Maspha,* mencionada en el libro de Josué entre las ciudades de la Cephalah; el nombre *Mitspeh,* derivado de la raíz *tsapha,* observar, equivale á lugar alto ú observatorio, *specula* en latín, y es, en efecto, esta eminencia atalaya natural, que es de creer fuese aplicada á aquel destino y calificada como tal desde tiempos muy remotos. Blanca-Guarda llamábanla los Cruzados,

traducción fiel del nombre hebraico Mitspeh, y en su actual denominación arábiga, que lo reproduce con ligera alteración de la primera sílaba, parece haberse tenido más en cuenta el aspecto brillante del terreno.

En ella, en el año de 1138 levantó una fortaleza el rey Fulco I; el castillo, flanqueado por cuatro torres, cayó en poder de Saladino en 1191 y fué desmantelado. El rey Ricardo

Saraa, patria de Samsón

lo reconstruyó llegado el siguiente año, y sus alrededores presenciaron varias de las hazañosas aventuras del héroe britano.

Trasladémonos ahora á quince kilómetros al nordeste de Tell es-Safieh, á una aldea que lleva el nombre de Saraa y cuenta unos trescientos habitantes, situada en la cumbre de un cerro en cuyas peñascosas laderas existen muchas cuevas sepulcrales. La fuente que allí mana es llamada Ain-Merdhum.

Saraa es la antigua y hebraica Tsorah, en latín Saraa ó Sarea, ciudad mencionada por primera vez en el libro de Josué entre las de la Cephalah, en unión de Esthaol, y aunque de bastante elevación la colina en que está situado el actual lugarejo de Saraa es aún independiente de la cordillera que forman los montes de Judea. La antigua ciudad á que aquél ha reemplazado conservando fielmente su nombre, fué señalada á la

Uadi Serar

tribu de Dan, y en ella tuvo su cuna Manué, padre de Samsón. Allí mismo nació el ilustre juez de Israel, anunciado á sus padres por un ángel del Señor que predijo su futura grandeza, y allí, en el sepulcro de su familia, situado en el campo que poseía Manué entre Saraa y Esthaol, fué sepultado su cuerpo, recogido por sus parientes después de la catástrofe de Gaza. Transformado en *ualy* musulmán existe aún en el

Ain-Chems, antiguamente Beth-Chemech

Kharbet-Aselin, y lleva, además del nombre de *Ualy Cheikh-Rherib*, el de *Kabr Chamchun* (sepulcro de Samsón); el sarcófago de piedra que el santuario contiene será seguramente apócrifo, pero el edificio que lo encierra es posible que se haya elevado sobre antigua sepultura hebrea, destruída hoy ó enterrada debajo de la fábrica musulmana. De todos modos por su situación corresponde perfectamente con las indicaciones de la Biblia.

Fortificada por Roboam, fué repoblada Saraa al regreso del cautiverio por familias pertenecientes á la tribu de Judá.

Como á dos kilómetros y medio al sudoeste del lugarejo anterior, al opuesto lado del Uadi Serar, hállanse esparcidas por dos inmediatas colinas, labradas en parte y en parte cubiertas de hierbas y maleza, unas ruinas que llevan el nombre de *Kharbet Ain-Chems*. Por el suelo yacen sueltas ó en montones piedras de diferentes tamaños, y vense, además, vestigios de muros y las líneas de varias casas, derribadas sin duda hace siglos. Entre una y otra eminencia se encuentra una mezquita de reducidas proporciones, consagrada á Abu-Mizar.

Son estas ruinas las de la antigua Beth-Chemech, Bethsames en latín, ciudad mencionada en el libro de Josué entre Cheslon y Thamna; su nombre de Beth-Chemech (casa del Sol), en arábigo Ain-Chems (fuente del Sol), indica que en este punto y en remotos tiempos se tributó culto al astro del día. En el mismo libro de Josué dícese que Ir-Chemech, en latín Hirsemes, pertenecía á la tribu de Dan, junto con Saraa y Esthaol, y es opinión común la identidad de ambas poblaciones. Ir-Chemech (ciudad del Sol) sería la denominación primitiva ó cananea, reemplazada después por la hebraica de Beth-Chemech, y es posible que á un tiempo se empleasen una y otra.

El camino que conducía de Ekron á Beth-Chemech fué el que tomaron las vacas uncidas por los filisteos al carro nuevo que conducía el arca del Señor al ser devuelta á los hebreos, y aquellos animales siguieron sin desviarse á derecha ni izquierda hasta los términos de aquella ciudad.

Los bethsamitas estaban segando el trigo en un valle, que es el Serar de nuestros días, y al ver el arca experimentaron inmensa alegría. El carro se paró junto al campo de Josué de Beth-Chemech.

Los bethsamitas, en una piedra de grandes dimensiones allí mismo existente, ofrecieron holocaustos al Señor; y como fijaran en el arca curiosas é indiscretas miradas castigóles Dios con la muerte de muchos.

Beth-Chemech fué dada por Josué á los levitas y sacerdotes; reinando Salomón tuvo por gobernador á cierto Ben-Dekar, y en ella tiempo después, en el año 833 antes de J. C., tuvo Joas, rey de Israel, una entrevista con Amasías, que lo era de Judá, y se apoderó de su persona luego de derrotar á su ejército.

Las ruinas de otra antiquísima ciudad reclaman la atención del viajero á unos cinco kilómetros al sudoeste de Ain-Chems; llevan el nombre de Kharbet-Tibneh, y cubren la ladera de un cerrillo erizado de cardos y lentiscos. De muy lejos data la destrucción de la ciudad de que son escasos y tristes residuos, en cuanto las piedras que de las antiguas fábricas subsisten se ofrecen carcomidas y gastadas por los siglos. De ella puede decirse que ha sido en su mayor parte arrancada del suelo, y con sus restos se ha levantado á alguna distancia el pueblecillo árabe de El-Bridje. Tibneh es la antigua Timnah ó Timnathah, en latín Tamna ó Tamnatha. Según el Génesis, á ella se dirigió Judá, hijo de Jacob, para el esquileo de las ovejas, y allí encontró á su

nuera Thamar; el libro de Josué la menciona como límite septentrional de la tribu de Judá, é importa distinguirla de otra ciudad de igual nombre situada en los montes de Efraim. En aquella en que ahora estamos nació la esposa de Samsón, y en las viñas que la rodeaban fué acometido el prodigioso mancebo por feroz y rugiente león, al que hizo pedazos sin otras armas que sus manos. En el día han desaparecido de aquellos contornos las viñas y también los bosques en que aquella fiera tendría su guarida; lo que allí abunda, como en los tiempos de Samsón, son los chacales, animal que, participando de la naturaleza del lobo y de la zorra, es llamado *schugal* en el texto hebreo de la Sagrada Escritura y *vulpes* en la Vulgata. «Había cerrado la noche, dice el abad Mislin

Tibneh, antiguamente Timnah, patria de la mujer de Samsón

al referir su excursión por estos lugares, y hablando estábamos alrededor del fuego y junto á nuestras tiendas de lo que aquel día habíamos visto y de lo que nos tocaba ver al siguiente, cuando los chacales nos dieron el más inarmónico concierto que en mi vida ha llegado á mis oídos. Aquellos aullidos, saliendo de todas las cavernas, de todas las hendeduras de las peñas, producen de noche y en medio de estas soledades, sensación indescriptible. A estos chacales del desierto compara Ezequiel los falsos profetas: *Quasi vulpes in desertis prophetæ tui, Israel.*

«Ignoro, sigue diciendo el propio Mislin, si eran trescientos los que de aquel modo plañidero despertaban los dormidos ecos; pero cierto estoy de que si otro Samsón se propusiese incendiar todas las mieses del antiguo país filisteo hallaría aún en este valle mayor número de raposas de lo que fuera menester. Así, pues, en una misma jornada he visto por la mañana los campos en que soltó el juez de Israel sus trescientas zorras, y por la noche los descendientes de aquellas zorras han venido á atestiguar con sus lúgubres aullidos que ellos solos han sobrevivido en esta tierra maldita á las infinitas naciones que, según expresión del Salmista, segadas á filo de espada, han sido presa de rapaces lobos: *Tradentur in manus gladii, partes vulpium erunt.*»

LLANURAS DE LOS ANTIGUOS FILISTEOS; UNOS FELLAHS ARANDO

Siete kilómetros separan á Tibneh por el lado del mediodía de la base del Djebel-Yarnuck, cuyas laderas inferiores son campos labrados; más arriba zarzales y toda clase de arbustos espinosos forman casi impenetrable espesura. Elévase la montaña en sucesivos bancales, sostenidos por antiguos muros de apoyo, y el suelo se ve en muchos puntos sembrado de residuos de casas derribadas y de pequeños pedazos de vidriado.

La meseta superior que formaba el acrópolis de la ciudad, cuyos vestigios quedan en el Kharbet-Yarnuck, estaba rodeada de un muro de figura circular, del que son visibles todavía sus fundamentos; abundan en ella las ruinas medio ocultas por abrojos y lentiscos, y desde allí se dominan los inmediatos valles desde una altura, por lo menos, de trescientos metros.

Es el Kharbet-Yarnuck la antigua Yarmuth, en la Vulgata Jarimuth y Jerimoth, citada por primera vez en el libro de Josué con motivo de la alianza de los cinco

reyes amorreos contra los gabaonitas para castigarlos por su defección. El soberano de la ciudad, llamado Pharam, fué vencido en Bethoron y después muerto con los reyes aliados suyos en la llanura de Makkedah.

En otro pasaje del mismo Libro se cita á Yarmuth entre las ciudades pertenecientes á la tribu de Judá; repoblada al regreso del cautiverio, existía aún en tiempo de Eusebio, quien la designa con el nombre de *Yarmokis;* de él han hecho los árabes Yarmuk.

Ualy del jeque Samat

En aquellas cercanías hallábase un *ualy* dedicado á un jeque apellidado Samat.

Siguiendo por la misma dirección el espacio de dos kilómetros llégase á la vega de Beit-Nettif, plantada de viña, higueras y olivos; en la cima del montecillo que en ella se levanta está situado el pueblo del propio nombre, que cuenta unos mil habitantes. Son sus casas de tosca construcción, y en la puerta del *Medhafeh,* ó casa destinada á los extranjeros, vese una gran piedra haciendo las veces de dintel, que perteneció sin duda á antiguo monumento hoy destruído, á juzgar por sus elegantes molduras.

Otras muchas piedras igualmente antiguas existen empotradas en las paredes de

varias casas; dos pozos, algunas cisternas, lo mismo que los silos y las cuevas abiertas en la peña, datarán también de época remota, lo propio que los cimientos de un edificio rectangular construídos con grandes sillares. Beit-Nettif es, para

Chueikeh, antiguamente Socho

muchos autores, la antigua Netophath, perteneciente á la tribu de Judá. De ella fueron naturales dos de los generales ó cautivos del ejército de David, llamados Marai y Holdai.

Notophath hubo de ser ciudad de importancia, pues léese en la Biblia que tuvo bajo su jurisdicción varios pueblos y lugares, uno de los cuales fué señalado para residencia á los levitas.

A escasa distancia de Beit-Nettif extensas ruinas, llamadas *Kharbet ech-Chueikeh*, cubren la ovalada meseta de un collado; vense allí gran número de subterráneos abiertos en la peña sobre los que se elevaron en otro tiempo casas, hoy casi por completo arrasadas; consérvanse muchas cisternas, labradas igualmente en la roca.

Plantas de tabaco crecen entre los escombros, en medio de los cuales se alzan dos *ualys* musulmanes; hállase el uno en ruinas; el otro, en buen estado de conservación, recibe sombra de un soberbio terebinto y de una encina que cuenta la edad por siglos. Está consagrado á Abu-Helal.

Por su nombre y situación es identificado el Kharbet ech-Chueikeh con la antigua ciudad de Socoh, en la Vulgata Socho ó Soccho, mencionada entre las de la Chephalah en el libro de Josué. Dice el de los Reyes que los filisteos, al ocurrir el singular combate de David con Goliath, tenían establecido su campamento entre las ciudades de Socoh y Azeca; los hijos de Israel, por su parte, acaudillados por Saul, ocupaban un monte inmediato, y de sus contrarios los separaba un valle que lleva en el texto hebreo el nombre de Emek-Elah, traducido en la Vulgata, conforme antes hemos visto, por valle del Terebinto.

Pues bien, á la ciudad de Socoh en aquel pasaje mencionado pertenecen las ruinas en que ahora nos hallamos; en cuanto á la de Azeca no ha sido dable descubrir su situación de un modo cierto; pero de todos modos parece esto confirmar la tradición que fija el lugar de aquel combate en el punto del valle por nosotros señalado en tierra de Judea, y refuta la opinión de aquellos que colocan en las inmediaciones de Ain-Karim el teatro de la portentosa victoria. En efecto, además de que, por lo dicho, no había de estar el campamento filisteo á gran distancia de Socoh, del hecho de haber los vencedores perseguido á los fugitivos hasta las puertas de Ekron se deduce naturalmente que la pelea hubo de empeñarse cerca de las fronteras de la Chephalah: desde Ain-Karim semejante persecución se presenta bastante inverosímil.

Tiempo después fué Socoh una de las ciudades fortificadas por Roboam, acontecida que fué la separación de las diez tribus; reinando Achaz volvió á poder de los filisteos. En tiempo de Eusebio y san Jerónimo llamábase Socchoth y formaba como dos distintos lugares ó aldeas, superior el uno y el otro inferior. Vestigios del primero subsisten aún en la meseta de Chueikeh; del segundo, que es probable se extendiese por la ladera ó al pie del mismo collado, nada queda, á no ser algunas grutas abiertas en la roca.

FENICIA

I

Los antiguos fenicios. — La isla de Ruad. — Antaradus ó Tortosa. — Noticias históricas. — Su catedral. — Su castillo. — Carnun. — La torre de Marakiya.—El castillo de El-Merkab.—Los Ansariehs.—Balanea.—La antigua Paltos.—Djebelé.—Laodicea.—Amrit.—Sus antigüedades.—Ruinas de Arka ó Cesarea del Líbano. — *Valy-Beddani.* — Trípoli. — Su historia. — Muerte del conde Ramón de Tolosa.— El conde de Cerdaña.—La ciudad moderna.—Población.—Conventos católicos.— El castillo.—Kalamun.—Enfeh.— Kalat Museiliha.— Botrun.—Djebeil ó la antigua Byblos.—Su historia.—Sus antigüedades.—Sus cercanías.—Nahr Ibraim ó río de Adonis.—Bahía de Djuni.

Aunque las comarcas de antiguo conocidas con el nombre de Fenicia no formaron parte integrante de la Tierra prometida, su situación con ella confinante, las incesantes relaciones que sus moradores sostuvieron con el pueblo hebreo, y sobre todo, la santificación que recibieron con la presencia de Nuestro Señor Jesucristo, son causa de que apenas haya relación de viaje á la Tierra Santa en que no vayan incluídas y de que casi siempre vengan comprendidas en los itinerarios de aquellas piadosas ó científicas expediciones.

Es la Fenicia la famosa región de que fueron Sidón y Tiro las principales ciudades; situada al norte de Palestina siguiendo la costa mediterránea, limitábanla al oeste el mar y por oriente el monte Líbano. Por Fenicia entendían los griegos toda la costa á partir desde Jaffa hacia el septentrión, así como para ellos equivalía siempre *fenicio* á comerciante; pero es la opinión más admitida que la llanura con aquel nombre designada es la que se extiende desde Antaradus ó Tortosa al norte hasta la Escala de Tiro al mediodía, en un espacio de unos doscientos y treinta kilómetros; su mayor anchura entre el mar y las montañas no excede casi nunca de doce, y en varios puntos no la alcanza. Profundas quiebras y barrancos surcan la estrecha faja de tierra y por ellos van al mar las aguas de los montes en corrientes más ó menos caudalosas; los peñascos de sus márgenes se adelantan en varios puntos hasta más lejos de la ribera, y forman cabos que antiguamente, lo mismo que ahora, sirvieron para establecer límites naturales entre el territorio de las ciudades del litoral.

El nombre de fenicios *(puni)* es griego, y fué dado á este pueblo á causa del color rojizo de su cutis; autores hay que lo derivan de *palma,* árbol que sin duda abundó

en estos lugares y que en efecto se ve en antiguas medallas de Tiro y Sidón. Pero la denominación primitiva é indígena de la comarca fué Kenaan, en latín Chanaan, cuya raíz es Kana (bajo), cualidad muy aplicable á la baja región fenicia en contraposición al elevado y montuoso territorio del Líbano, Siria y Palestina.

Los fenicios, como cananeos que eran, descendían de Cham, si bien su lengua ofrecía notables semejanzas y tenía como estrecho parentesco con la de los hebreos, nacidos de Sem. Así lo observaron san Jerónimo y san Agustín, y asimismo lo acreditan las inscripciones fenicias hasta hoy descubiertas, las que se explican perfectamente por medio del hebreo, resultando de ahí que entre los eruditos se agitan respecto de este pueblo problemas etnográficos que no han recibido una solución satisfactoria.

Créese que en los primeros tiempos habían los fenicios extendido sus posesiones hasta Gaza y el interior del territorio, hallándose constituídas sus tribus en estados independientes unos de otros, de los que eran centro las ciudades principales. El de Sidón fué entre todos poderoso y ejerció como la preponderancia hasta que su rival, el de Tiro, se igualó con él y le sobrepujó en comercio y poderío, y á uno y otro, en las dificultades que experimentarían para ensanchar sus establecimientos por la parte de tierra, vémosles diez y seis siglos antes de nuestra era llevar colonias á las más apartadas orillas del Mediterráneo, especialmente cuando las inmigraciones de los filisteos y de los israelitas los empujaron violentamente hacia el norte. Entonces vinieron á España, sacando de su aislamiento á los primitivos españoles y haciéndoles tomar parte en el movimiento político del mundo; entonces tuvo oscuro comienzo, como colonia de Tiro, la capital del vasto imperio africano que dominó en las costas andaluzas y llegó á poner en peligro la existencia de la república que había de ser metrópoli del mundo latino.

De los fenicios se dice haber sido los primeros que, dejando su patria, lanzáronse al mar para mezclarse con todas las razas conocidas y derramarse con pasmosa rapidez hasta las costas más lejanas del Mediterráneo occidental. A todos los pueblos se anticipan, y en los tiempos más remotos, en aquellos siglos que son como los albores de la historia, hallámoslos en la isla de Chipre y en Egipto, en Grecia y en Sicilia, en Africa y en España, y hasta en las playas del Atlántico y del mar del Norte. Su esfera comercial se extiende probablemente desde Sierra Leona y la tierra de Cornuailles al oeste, hasta la costa de Malabar al este. Por sus manos pasan el oro y las perlas de Oriente, la púrpura de Tiro, los esclavos, el marfil, las pieles de león y de pantera del interior de Africa, los aromas de Arabia, el lino de Egipto, la loza y los vinos generosos de Grecia, el cobre de Chipre, la plata de España, el estaño de Inglaterra y el hierro de la isla de Elba. Las grandes naves fenicias, para cuya construcción les proporcionaba el Líbano excelente y abundante madera, llevan á los pueblos todos cuanto puede satisfacer su necesidad ó halagar sus apetitos, y junto con ello los conocimientos y las artes que ellos inventaron, según unos, ó que á su vez recibieron, según otros, de egipcios ó asirios. Merecedor era aquel pueblo de que la historia le

hubiese celebrado al igual que á griegos y romanos; para alcanzarlo faltóle la fuerza de asimilación que distinguió á los dos últimos [1], y así como en su patria vivieron los fenicios sujetos á la política de los asirios hoy, de Egipto mañana, siendo su tierra, aún en los más prósperos tiempos de Tiro y Sidón, manzana de discordia entre las naciones establecidas á orillas del Eufrates y del Nilo, de la misma manera no estaban dispuestos á trocar las pacíficas prácticas del comercio por los cuidados y azares de una política ambiciosa y dominante. Sus colonias son factorías, y toda su tarea, todo su afán es vender mercancías á los indígenas, exportar sus productos y regresar luego á su patria con abundante ganancia. En sus buques de construcción sólida y muy cargados de adornos, llevaban siempre objetos fabricados, en su país, los cuales, aunque por lo común de escaso valor, eran á próposito para tentar á los hombres sencillos y rudos á quienes buscaban á través de los mares; consistían en telas pintadas, en trajes y joyas femeniles, y los cambiaban con los productos naturales, como el oro, la plata y las piedras preciosas. Con preferencia se dirigían á los pueblos hospitalarios y pacíficos á los que seducía la sola vista de los raros productos que les enseñaban, del mismo modo que las bujerías europeas han seducido hasta nuestros días á los salvajes de varias regiones del globo. No es el objeto de los osados navegantes, al ocupar vastos territorios en lejanos climas, consagrarse á los ímprobos trabajos de la colonización; hasta con sus rivales la guerra les repugna, y no la emprenden sino en último extremo, á pesar de que el valor obstinado es uno de los caracteres distintivos de su raza. No aspiraban á la dominación, y como dice la Biblia, vivían «tranquilos y sosegados, no habiendo quien los resistiera, y con grandes riquezas.»

Este pueblo, dado sobre todo á la navegación y al comercio que le proporcionaban gran cultura y á sus armadores y negociantes una opulencia imponderable, fué además autor, ó cuando menos propagador de grandes inventos, y entre ellos del de la escritura por él comunicado á los griegos. También se le atribuye el del vidrio y el de las catapultas y ballestas.

Doctrina religiosa de los fenicios era la personificación panteísta de las fuerzas de la naturaleza, y en especial de aquellos dos principios, masculino y femenino, perculiares de los dogmas orientales. En su forma popular consistía su religión en la adoración del sol, la luna y los planetas, tenidos por seres animados é inteligentes, con gran influjo en los humanos destinos.

Baal y Achtoreth eran las principales deidades del Panteón fenicio: Baal, equivalente á *señor, soberano,* era así llamado en cuanto poder activo y creador; como fuerza destructora era Moloch. A la potencia femenina y pasiva se invocaba con el nombre de Achtoreth, en latín Astarté.

En su forma caldea Baal se convierte en Beel y Bel, que era su nombre babilónico.

[1] Observan los autores que, al paso que los romanos sofocaron, por decirlo así, en España y en las Galias las lenguas indígenas, el íbero y el celta, reemplazándolos casi generalmente por el latín, los berberiscos de Africa hablan aún hoy el idioma propio suyo que usaron en tiempo de la dominación fenicia ó cartaginesa.

Le honraban ofreciéndole incienso y sacrificios de animales y también de víctimas humanas; los sacerdotes danzaban alrededor de sus altares lanzando frenéticas voces é hiriéndose con correas y cuchillos. Baal era considerado como el dios sol, el dios iluminador, el dios fecundante y supremo, y en estos conceptos se le asimilaba ora al Apolo, ora al Adonis y al Júpiter del Panteón greco-romano.

Por la Biblia sabemos que esta deidad era venerada en formas y con epítetos distintos; así, por ejemplo, dícenos que Baal-Berith (señor de la Alianza) recibía adoración en Sichem; que existía en Ekron un templo en honor de Baal-Zebub (dios de las moscas), y que había un Baal-Peor, Beelphegor en la Vulgata, identificado con el Príapo de Occidente, al que se rendía licencioso culto.

Achtoreth tenía por símbolo la luna, y por los griegos fué identificada con Afrodita y por los romanos con Venus. Su culto era igualmente escuela de depravación y desórdenes. De Acherah, otra divinidad fenicia, creen algunos críticos que fué la misma Achtoreth.

Melkart es intermediario entre Baal y el universo; vencedor de los signos del zodíaco, él es quien conduce al sol de su apogeo á su perigeo para mayor bien de la tierra. Era este dios venerado especialmente en Tiro, de donde su culto pasó á su colonia Cartago. Los griegos y romanos identificaron á este dios con Heracles y Hércules.

La tierra de Fenicia participó de la suerte de la región de Siria y cayó bajo la dominación de las grandes monarquías de Asia á las que, lo mismo que á los egipcios, fueron aquellos naturales de mucha utilidad como armadores y marinos. Esto no obstante, y aunque sujetos á extranjero dominio, conservaron por largos siglos su autonomía: á la cabeza de los magnates que formaban la aristocracia, había un rey, cuyo lugar en Tiro y sus colonias ocuparon unos altos magistrados por nombre sufetas, en hebreo *chofetica*, ó sean jueces. El rey era ordinariamente la autoridad suprema y el jefe del ejército, pero el Senado, compuesto por el elemento sacerdotal, y la asamblea popular podían contrariar sus decisiones. El sumo sacerdote gozaba igualmente de gran poderío. Diputados de los tres Estados de Sidón, Tiro y Aradus, colonia sidonia, reunidos en Trípoli constituían además una asamblea común que formaba el gobierno superior en circunstancias críticas y decidía de la paz y la guerra.

Créese que los fenicios adoptaron varios trazos y procedimientos del arte egipcio y del asirio, á juzgar por los sarcófagos y las momias y también por las escasas estatuas que de sus dioses han quedado. De su literatura, de la cual se sabe haber sido rica y abundante, nada subsiste, excepto unos pocos fragmentos traducidos al griego. La escritura fenicia tiene gran analogía con la antigua de los hebreos.

Al pueblo fenicio ó púnico, como tantos otros desaparecido por completo de la escena de la historia, se le representa por lo común como nación dura, altanera, codiciosa y desprovista de verdad y de fe; téngase en cuenta, empero, que quienes así primero lo pintaron fueron sus inexorables vencedores, aquellos romanos que no

pudieron jamás perdonarle haber amenazado muy de cerca su misma existencia nacional. ¡Infeliz del pueblo á cuya historia no queda otro intérprete que aquel á quien venció primero y que llegó á ser después el más fuerte! Nosotros los españoles, por lo poco que se sabe de la prolongada permanencia y de la denominación de los fenecios en España, aún teniendo en cuenta la mayor pesadumbre que adquirió aquélla con la elevación y poderío de la familia de los Barcas en Cartago, podemos asegurar no haber motivo para decir que fuesen un pueblo más cruel, más sanguinario, más codicioso, peor, en una palabra, de lo que eran las demás naciones de la antigüedad, sumidas en toda clase de errores y dadas por consiguiente á mil excesos y tiranías.

Por el septentrión daremos comienzo á la descripción de la costa fenicia, pero antes conviene decir algunas palabras de una isleta situada á tres kilómetros de la ribera.

Civiles discordias fueron causa de que algunos ciudadanos de Sidón, abandonando la ciudad ocho siglos antes de J. C., fundasen un establecimiento ó colonia en una isla de siete estadíos de circunferencia, distante unos veinte de la costa. Diéronle por nombre Arvad, en griego, Arados y Aradus en latín.

Brillante destino fué el de la nueva ciudad, ya que, transcurrido algún tiempo, vésela ocupar importante lugar al lado de Tiro y de Sidón, y en aquel pueblo de audaces marinos y de entendidos comerciantes, los arvadios ó aradianos llegaron á tener fama por su impavidez en el mar y por sus mercantiles empresas. Cubrióse, pues, de casas y edificios el reducido espacio de la isla, y tanto creció la población, que se construían aquéllas con numerosos altos, hasta que, rebosando, se extendió por el continente, y en la inmediata costa fundó, ó cuando menos colonizó, las ciudades de Antaradus, Paltos, Balanea, Carné, Enhydra y Marathus, y subyugó hacia el mediodía la de Simyra.

Stratón se llama el príncipe soberano de Arvad que, sometiéndose á Alejandro Magno, logró conservar por largo tiempo á sus Estados, que llegaron á confinar con el Oronte, una cierta independencia, y á la ciudad su esplendor antiguo, hasta que en la época romana quedó éste eclipsado por el de su colonia Antaradus, pero no tanto que no fuese, al igual que ésta, sede episcopal en los primeros siglos del cristianismo.

Consiste la isla, que lleva hoy el nombre árabigo de Ruad, en peñascoso y ovalado banco de unos ochocientos metros á lo largo por quinientos á lo ancho, sobre el cual se han extendido densas capas de arena. Ceñíalo antes fuerte muro, construído con piedras enormes que sin argamasa descansan unas sobre otras, teniendo por base las mismas peñas de la ribera, cortadas y regularizadas al efecto; de este recinto subsisten aún fragmentos considerables, algunos de nueve y doce metros de altura, y basta verlos para conocer su gran antigüedad; su procedencia fenicia no parece ser dudosa. Por el lado del este, donde se abría el puerto, dividido por un muelle en dos fondeaderos y dando frente á tierra firme, se interrumpía el muro, cerca del cual, así en tierra como en la playa que baña el mar, se ven muchos restos de colunas. Las arenas han cegado gran parte del puerto.

Almenado castillo ocupa el punto culminante de la isla; de fábrica sarracena

descansa sobre fundamentos mucho más antiguos. Tiene varios subterráneos abiertos en la roca.

Los silos y cisternas que se encuentran en varios puntos de la isla datan igualmente de remota época.

La moderna población de Ruad, consistente un unos tres mil habitantes, la mayor parte ocupados en el cabotaje y en la pesca de esponjas, ocupa casi en su totalidad el ámbito de la pequeña isla.

Desde ella se llega en menos de una hora á Antaradus, que fué su colonia, situada en tierra firme. A causa de su posición y dependencia respecto de su metrópoli, recibió aquella denominación, que los árabes, por abreviación y corrupción á la vez, transformaron en Tartus, y los Cruzados en Tortosa. Ptolomeo en el siglo II de nuestra era fué el primero que hizo mención de Antaradus, llegada ya á alto grado de esplendor, y sábese que en el año 346 fué restaurada por el emperador Constancio, recibiendo por ello el nombre de Constancia. En la Edad Media, con el de Tortosa, formó parte del condado de Trípoli, después que, abandonada por sus moradores, fué ocupada en el año de 1099 por Godofredo y el conde de Flandes; cedida luego á los Templarios, convirtiéronla los esforzados caballeros en plaza militar de primer orden con reputación de inexpugnable. En la fuerza de sus muros y con el denuedo de sus defensores se estrelló el poder de Saladino en el año de 1188, y alcanzando la gloria de ser la postrera plaza fuerte perdida en Siria por los cristianos, hasta el de 1291 no cayó en poder de los musulmanes. Antes de transcurrir un siglo, en 1366, volvió por poco tiempo al de los cristianos, que desde Chipre hicieron feliz excursión á las costas de Siria y Fenicia, sufriendo en una y otra ocasión los estragos de la guerra.

Gran parte del área que ocupaba la antigua ciudad está hoy invadida por huertos, y en medio de ellos se alza lo que fué catedral de Nuestra Señora de Tortosa, esbelta nave del siglo XII que mide cuarenta metros á lo largo por veintisiete á lo ancho, y lugar de peregrinación muy frecuentado, á lo que asegura Joinville. La portada, situada á occidente, ostenta rica y elegante ornamentación; pero el edificio, al ser convertido en mezquita, ha sido en algún punto desfigurado.

Las murallas de Tortosa miden unos dos mil pasos de circunferencia, y protégelas ancho foso por la parte del mediodía; al sur del castillo, situado en el ángulo noroeste de la ciudad medioeval, de la que lo separan por oriente una doble muralla y un doble foso, se extiende la población moderna, compuesta á lo más de un centenar de casas en las que viven unos mil mahometaneos y escaso número de familias cristianas.

Esta fortaleza, que data de la época de las Cruzadas, fué construída con grandes y bien cortadas piedras, muchas de las que serían, al parecer, procedentes de más antiguas edificaciones. Mide doscientos pasos de norte á mediodía; el foso exterior tiene doce metros de anchura por tres y medio de profundidad, y diez y nueve por lo ancho el que se abre entre una y otra muralla. Consérvanse del edificio varios patios, estancias y salas de grandioso y señoril aspecto.

Al norte de Tartus, á unos cuantos kilómetros, se encuentra el pueblo de Carnun, la antigua Carné, colonia ó factoría de Arvad, y á una distancia casi igual atraviésase el riachuelo de Marakiya, así llamado del antiguo lugar que existe en sus inmediaciones. Los Cruzados construyeron delante de Marakiya, y en medio del mar, enorme y fuerte torre de siete altos que sólo por una escuadra podía ser atacada, y á esta fortaleza habíase retirado con algunos hombres de armas un caballero á quién las crónicas arábigas llaman unas señor de Telima y otras Bartolomé. Indomable en la guerra, no cesaba de devastar el territorio sarraceno, y cada noche volvía á su castillo cargado de despojos, hasta que en el año de 1284, época calamitosa para los cristianos de Oriente, el sultán Kelaun, que no tenía naves y juzgaba el fuerte inexpugnable, envió un mensaje al conde de Trípoli, diciéndole: «La construcción del castillo á tí se debe; ¡ay de tí! ¡ay de tu capital y de tu pueblo todo si no es cuanto antes demolido!» Esta amenaza causó en el conde tanto más efecto, en cuanto al recibir la carta del sultán habían penetrado ya en su territorio tropas musulmanas, y se apresuró á brindar al señor de Telima en cambio de su torre con considerable territorio; pero ofertas, promesas y hasta ruegos, todo se estrelló ante la firmeza del heroico castellano. Llegó un momento en que un hijo que tenía intervino en la negociación, y se puso en camino á fin de implorar la clemencia del sultán del Cairo; el irritado padre corrió en pos de él, alcanzóle al llegar á la ciudad de Tolemaida, y allí mismo, á la vista del pueblo sorprendido y consternado, le dió muerte con su propia daga. Pero ni esto pudo salvar al temido castillo: los guerreros que le guarnecían lo abandonaron poco á poco, y al quedar desierto y sin defensores fué demolido en el siguiente año para aplacar al airado sultán. ¡Inútil empeño y humillación vana! La ciudad de Trípoli, conforme hemos de ver luego, no se libró con ello de perecer á los golpes de sus enemigos.

Si dejando la costa penetramos unos ocho kilómetros tierra adentro hallaremos el pueblo de El-Merkab (atalaya), y junto á él, en la cúspide de un monte que, cortado á pico por todos lados excepto por el del mediodía, se alza en forma de cono trescientos metros sobre el nivel del mar, veremos fuerte y vasto castillo del que sin duda el lugar ha tomado su nombre. Ancho foso, labrado en la peña, defiende sus muros por aquel lado, y allí se eleva además una torre con paredes de veinticinco palmos y una altura de veinte metros. La fortaleza, á lo que aseguran aquellos naturales, podía servir de refugio á dos mil familias y contener más de mil caballos, y aún en el día son de ver sus vastas caballerizas é interminables cuadras. Ignórase quién levantó este castillo, de gran importancia en la Edad Media; llámanlo las crónicas cristianas *Castrum Merghatum*. «Merkat, dice un escritor arábigo, era como fuerte ciudad colocada en observación en la cumbre de un monte, y sus torres, que sobrepujaban en altura á las de Palmira, sólo eran accesibles para las águilas del Líbano.» Propiedad de los caballeros de San Juan, había resistido á numerosas acometidas de los musulmanes cuando el sultán Kelaun en 1285, acusando á los caballeros de verificar incursiones por tierra de sarracenos, se presentó al pié de sus muros con numerosa hueste en los primeros días

de abril. Los trabajos de mina lograron abrir brecha en la muralla, y por ella se dió el asalto, que una y otra vez fué rechazado por los valerosos defensores; sin embargo, cuando la mina llegó hasta el centro de la plaza hubieron de reconocer la inutilidad de sus esfuerzos, y en los últimos días de mayo los caballeros rindieron la fortaleza, pudiendo retirarse sin ser hostilizados á la ciudad de Trípoli.

Aún hoy el castillo de El-Merkab, morada de varias familias de labradores, por su imponente aspecto y por la fortaleza de sus muros, en varios puntos ruinosos, llama la atención de los viajeros que se deciden á llegar hsta él por caminos que distan mucho de ofrecer seguridad completa. En efecto, hemos entrado en los montes Ansariehs, donde tiene sus viviendas la singular población que lleva este mismo nombre.

Herederos de algunos ritos de los antiguos cananeos, los Ansariehs, de los que habla por primera vez la historia en el siglo x, unen á ellos varias prácticas tomadas de cristianos, musulmanes y judíos. Alí, al que confunden con Allah, es su dios; practican la circuncisión, detestan á todas las demás sectas, usan misteriosos signos y palabras de contraseña y creen en la metempsícosis. En sus oraciones se vuelven hacia el sol poniente, poseen libros religiosos peculiares suyos, y sus mujeres no reciben ninguna clase de instrucción religiosa. Divídense ellos á su vez en cuatro ritos diferentes, y á creer á algunos autores, adoran también al sol y á la luna; á sus ojos cada estrella es el alma de un justo. Son agricultores y ganaderos.

En hora y media se recorre la distancia que separa El-Merkab de la Balanea de Strabon; en la Edad Media llamábanla los musulmanes Bulunvas y los latinos Valania, formando el río inmediato frontera entre el reino de Jerusalén y el principado de Antioquía. Un obispo de los Balaneos asistió al concilio de Nicea, y cuando restablecieron los Cruzados la sede episcopal fijó el prelado su residencia en Merghat á causa de la escasa seguridad que ofrecía la población, á pesar de tener en ella un destacamento los caballeros del Hospital.

La ciudad, que ocupa pintoresca posición en la margen septentrional del río, hállase arruinada y desierta; á oriente son aún perfectamente visibles los fundamentos de antigua iglesia, y más lejos entre los escombros que cubren el suelo, álzanse las ruinas de un fuerte y se distinguen muchos fustes de coluna.

Otras ruinas han de llamar la atención á unas dos horas de distancia siguiendo la costa; tienen el nombre de Kharbet-Belde, y pertenecen á la antigua Paltos de los geógrafos clásicos, colonia de Arvad. Junto á un gran khan se extiende el puerto, protegido antiguamente por considerables obras de fábrica, de las que se ven todavía numerosos vestigios.

En fértil llanura donde se cultiva el tabaco está situado el lugar de Djebelé, en el que habitan casi exclusivamente musulmanes; en la construcción de sus toscas viviendas entraron sillares y otros materiales antiguos, y aún se encuentran muchas destrozadas colunas á lo largo de la costa. El puerto, casi cegado en el día, estaba defendido por diques de enormes piedras, como que alguna de las que aún existen mide hasta tres

metros y medio á lo largo. En sus inmediaciones ábrense varias cuevas sepulcrales, que al parecer sirvieron como capillas cristianas, y siguiendo hacia el norte hállanse los interesantes resíduos de un teatro romano de cuarenta y cinco metros de radio, sobre los cuales han levantado los musulmanes algunas cabañas. Consérvanse las bóvedas que sostenían la gradería, y se distingue perfectamente el lugar de sus diez y siete puertas entre sólidos pilares, habiéndose empleado gran parte de sus materiales en la construcción de unos baños situados junto á una iglesia cristiana, convertida hoy en mezquita.

Existía en Djebelé, la Gabala de los geógrafos antiguos, al ser en el siglo VII conquistada por los sarracenos, una fortaleza construída por los bizantinos. En el año de 969 fué recobrada por los griegos, según refiere el historiador arábigo Yakut, y en el de 1031 cayó otra vez en poder de los musulmanes. Amenazada por los Cruzados en 1099 obtuvieron la paz sus moradores mediante crecido tributo, pero transcurridos diez años la expugnaron los guerreros de la cruz y la poseyeron hasta que en el de 1189 hubo de rendirse á Saladino. Desde entonces su decaimiento ha sido constante hasta convertirse en el miserable lugarejo en que ahora estamos.

Veinte kilómetros de despoblado territorio en cuyos caminos son frecuentes los malos pasos y las acometidas á los viajeros sin escolta por parte de malhechores Ansariehs, nos separan de la Ramitha fenicia, más conocida por el nombre de Laodicea, que le fué dado después de su reconstrucción por Seleuco Nicator, fundador de seis ciudades del mismo modo llamadas en honor de su madre Laodice: la de Fenicia recibió además la denominación de *marítima*. Su ventajosa posición en frente de la isla de Chipre, su excelente puerto, sus fortificaciones y las celebradas viñas de sus cercanías diéronle no poca importancia y riqueza. En la civil contienda que estalló á la muerte de César, Dolabella sostuvo en su recinto largo cerco, y Antonio la declaró después ciudad libre é inmune de toda clase de tributos. Devastada por Pescenio Niguer, rival de Séptimo Severo, éste la restauró y embelleció en el año de 211, y en la época cristiana, sirviendo de puerto á Antioquía, se elevó á alto grado de esplendor. A la llegada de los Cruzados hallábase en poder de los griegos, de modo que á ella pudieron aquéllos dirigirse sin combates en el año de 1198, luego de la gloriosa toma de Antioquía, señalándola como punto de reunión de la hueste en su marcha hacia la Tierra Santa. Tancredo hizo suya la ciudad en 1102, y años después, en el de 1170, cuando formaba ya parte del condado de Trípoli, destruyóla casi del todo horrible terremoto.

A Laodicea llegó en 1148 el rey Luís VII de Francia acaudillando á la segunda Cruzada, predicada por san Bernardo, y desde allí pudo ver en el horizonte la sierra en que pereciera el año anterior, vencida por el hambre y la sed, por la perfidia de los guías y por las incesantes acometidas de los sarracenos, el ejército alemán que seguía al hermano del emperador Conrado. El desastre de Tiberíades puso á Laodicea, como tantas otras ciudades, en poder de Saladino, quien, dando á la guarnición libre

paso para Trípoli, destruyó sus fortificaciones. La gran victoria alcanzada en los llanos de Sidón en el año de 1197 contra la hueste de Malek-el-Adel, devolvió á los cristianos la posesión de Laodicea, lo mismo que la de todas las plazas de la costa de Siria y Fenicia; desde aquel día su puerto rivalizó de nuevo con el de Alejandría, y sus murallas, en especial su castillo ó ciudadela, tuvieron otra vez fama de gran fortaleza. Un terremoto hizo venir al suelo en el año de 1285 aquellas temidas torres, y el sultán Kelaun, que deseaba con ardor su conquista, aprovechó la ocasión para presentarse delante de los cuarteados muros y hacerlos suyos. Desmantelados luego, la ciudad volvió por breve tiempo, en 1366, á poder de los cristianos, quienes, al evacuarla, la entregaron á las llamas.

La moderna Ladikiyé, así la llaman los árabes, ocupando la parte oriental de la ciudad antigua, cuenta una población de seis mil habitantes, de ellos un millar de cristianos greco-cismáticos; es su aspecto pobre y triste, por más que la campiña, sombreada por hermosos olivares, muestra gran feracidad. Situado el puerto á una media hora escasa de la población actual, dábanle forma circular importantes obras, hoy convertidas en ruinas: vastos almacenes, muros, torres, apenas dejan ver en el suelo sus robustos cimientos entre los que aparecen algunas colunas y labrados sillares. Las pequeñas eminencias que se encuentran al mediodía de la ciudad indican probablemente la dirección de la antigua muralla, y al sudeste, donde existe una mezquita obra del siglo presente, se alzó la ciudadela. Allí mismo es de ver el más importante monumento de Laodicea, esto es, una especie de arco triunfal romano debido quizás á Séptimo Severo, en buen estado de conservación. En la parte septentrional de la ciudad son todavía visibles los vestigios de la doble muralla que la defendía, y en sus inmediaciones los de vasta iglesia cristiana.

Aquí, para no apartarnos demasiado de la frontera fenicia, daremos fin á esta excursión hacia el norte, y volviendo sobre lo andado seguiremos la costa con dirección al mediodía.

A nueve kilómetros de Tartus cubren el suelo importantes ruinas entre el Nahr Amrit al septentrión y el Nahr el-Kibleh al sur; pertenecen á la antigua Marathus, llamada hoy Amrit, nombre arábigo que probablemente reproduce el fenicio del cual es Marathus la forma latina. Fundada la ciudad por habitadores de Arved, gozó de gran prosperidad mientras permaneció sumisa á su metrópoli; sábese que al visitarla Alejandro era rica y floreciente; pero en el año 219 antes de J. C. quiso emanciparse de su dominación, y sucumbió más tarde á los golpes de su venganza: en la época de Strabon estaba ya destruída y los Aradianos habían repartido entre sí su territorio.

Pero de él no han borrado los siglos notables restos del esplendor antiguo, restos que atribuyen los críticos al período fenicio, entre los que ocupa gran lugar el edificio llamado por los indígenas El-Maabed (el Templo). Compónese de vasto recinto vaciado en la peña, de cincuenta y cinco metros á lo largo por cuarenta y ocho á lo ancho,

sagrada estancia ó *haram*, que, según hacen creer vestigios de pilares, estuvo antiguamente rodeada de una galería ó pórtico; álzase en el centro enorme cubo de roca, adherido al suelo alfombrado hoy de hierba, sirviendo de base á una especie de naos; de techumbre monolita, y este edículo es considerado como un tabernáculo, análogo al de los hebreos y destinado á contener objetos sagrados. En la cara septentrional del recinto, hoy abierta, se alzaría, cerrándola, la fachada de sillería, y en ella habría la puerta; á uno y otro lado del edificio se conservan señales de escaleras.

En las inmediaciones de El-Maabed vense otras ruinas de templos semejantes y de varios edificios. Más lejos, hacia la derecha, llaman la atención los resíduos de vasto estadio, de ciento veinticinco metros á lo largo por treinta á lo ancho; junto á la arena se levantan diez filas de gradas, cortadas en la roca todas las de la parte septentrional, y de fábrica algunas del opuesto lado. Un anfiteatro limita el estadio por oriente.

Magnífico hubo de ser el mausoleo cuyos restos son llamados por los naturales *Bordj el-Bezzak* (torre del Caracol), y que se ofrecen como enorme cubo de piedra de unos cinco metros de altura, conteniendo dos salas sepulcrales sobrepuestas; es probable que lo rematase una pirámide, y en la fachada son todavía visibles las aberturas en que seguramente se apoyaron las vigas de un vestíbulo. Otros dos mausoleos no menos interesantes vense inmediatos uno á otro; los llaman los indígenas *El-Merhazil* (los palillos), á causa de los cilindros monolitos de muchos palmos de altura en que terminan.

Son de ver igualmente varias cuevas funerarias á las que se baja por pozos rectangulares ó por escaleras labradas en la peña, y además una casa monolita, cuya fachada tiene treinta metros de extensión y seis de altura las paredes. Junto á ella se observan vestigios de mosaico.

Hora y media dista de Amrit el *Kalat-Yamur*, hermoso castillo de la época de las Cruzadas, construído con más antiguos materiales, ya que en una de sus inscripciones se lee el nombre de Constantino.

A diez y nueve kilómetros al sudeste de las ruinas de Amrit encuéntrase el lugarejo de Samrah, la Simyra de los antiguos, de la cual habla Strabon como conquistada por los de Aradus. Fué la antigua patria de los Zemaritas, descendientes de Canaan.

A la distancia de un kilómetro hacia el sur atraviésase por un puente el Nahr el-Kebir, el *Eleuthero* de griegos y romanos; sombrean sus márgenes floridas adelfas, y alimentan su corriente los numerosos arroyuelos que descienden del Djebel Akkar al este y mediodía y de los montes Ansariehs al norte, donde separa á éstos del territorio y de la sierra del Líbano; el valle que le sirve de cauce fué en la antigüedad uno de los principales caminos que llevaban de la costa á Cœlesiria; en la Biblia se le da el nombre de *Puerta de Hamath*.

Siguiendo hacia el mediodía, después de recorrer doce kilómetros y de pasar el Nahr el-Akkar hállanse en la ribera septentrional de otro riachuelo por nombre Nahr el-Arka y á seis kilómetros del mar, las ruinas de Arka, que fué en otros tiempos población importante y una de las más antiguas ciudades fenicias, capital de los Arkitas,

quienes tuvieron origen y nombre en uno de los hijos de Canaan. En Arka se detuvo Tito al marchar de Beryto á Antioquía, consumada que fué la destrucción de Jerusalén, y consta que la ciudad tomó á poco la denominación de *Cæsarea ad Libanum* ó de *Cæsarea Libani*. En su recinto elevábase un templo á Alejandro Magno, y la fiesta anual que en él se celebraba en honra suya gozaba en la antigüedad de gran fama; durante ella y en el mismo templo vino al mundo el que fué después emperador con el nombre de Alejandro Severo.

En la época cristiana fué Arka sede episcopal, y al llegar los Cruzados delante de sus muros después de la toma de Antioquía y otras plazas en el año de 1099, era punto de tal fortaleza que pudo detener por espacio de dos meses la marcha de la hueste sin que ésta lograra su conquista. En el día no pasa de miserable aldea, cerca de la cual se alza un collado cubierto de ruinas y escombros; en su cumbre estaría situado el templo antes citado.

A once kilómetros al sudoeste de Arka otras ruinas que van igualándose más y más con el suelo hállanse en la desembocadura del Nahr el-Bared (Río frío), así llamado á causa de la baja temperatura de sus aguas; conservan aquellos informes restos, bajo el nombre apenas alterado de Ard Arthusi, el de la antigua Orthosia, que en la época de las Cruzadas era aún población de importancia con la denominación de Artesia. En sus inmediaciones, en el llamado *Campo de Sangre*, experimentó gran derrota Roger, príncipe de Antioquía, que en el año de 1119, sin aguardar los auxilios que le llevaban el rey de Jerusalén y los condes de Edesa y Trípoli, atacó con sólo sus fuerzas á los musulmanes, acaudillados por el emir de Alepo.

Otros once kilómetros siguiendo la costa, después de dejar á la izquierda el Djebel Turbull, llevan con ligera desviación al sudoeste al *ualy* llamado Beddani. Aseguran los maronitas de las inmediaciones que este nombre de Beddani es corrupción de *Padovani* y que el actual santuario musulmán ha sucedido á antigua capilla consagrada á san Antonio de Padua. Forma el edificio una rotonda iluminada por varias ventanas, y en su parte central se baja por una escalera á un estanque circular también y situado fuera de la mezquita; hermosos árboles dan sombra á sus bordes, y viven en él gran número de peces tenidos por sagrados y pertenecientes á la especie llamada *Capoeta fratercula*. Objeto de veneración, no sólo se les deja en paz, sino que el derviche encargado del santuario cuida también de alimentarlos con pedazos de pan, siendo reputada tal costumbre como reminiscencia del culto que á los peces tributaron en remota época muchos pueblos de Fenicia y Siria.

Volviendo ahora á la playa de que nos hemos separado para visitar el *ualy*, tómese casi sin desviación la dirección de poniente, y al cabo de media hora de andar junto al mar cuyas olas llegarán á morir á los piés de nuestros caballos mojándolos á menudo con su blanca espuma, vadearemos á poco trecho de su desembocadura el Nahr Abu-Ali, por otro nombre Nahr Kadica. A escasa distancia hállase vetusta torre, abandonada hace tiempo y llamada Bordj Ras-en-Nahr (torre de la Boca del río).

A unos mil y doscientos metros al oeste ofrécese á la vista una segunda torre, batida por las olas. Es su nombre Bordj es-Sbua (torre de los Leones), por los que había esculpidos encima de la puerta y que en el día han desaparecido junto con el sillar que los sustentaba. La puerta, de forma ojival, fué construída con grandes y regulares piedras, blancas y negras alternativamente; empotradas en las paredes en línea horizontal están varios fustes de granito rojo. Tres pisos tuvo antes la torre, y las seis ventanas que quedan mirando á mediodía, son también ligeramente ojivales.

Otras tres torres se elevan, ó por decir mejor, se elevaban de trecho en trecho hacia el oeste, destinadas, como la anterior, á proteger la costa contra las incursiones de los piratas; en el día se hallan en completa ruina y dejan ver muchas de las colunas de granito ceniciento que fueron empotradas en la mampostería como piezas de sostenimiento. Una de ellas por nombre Bordj et-Takiyé, ostenta todavía una puerta de estalactitas; llámase otra Bordj el-Magharibe (torre de los Mogrebinos), y sirve la última de faro.

Cinco minutos después, en medio del delicioso panorama que forman el mar, la costa, el llano y las montañas, llégase á la ciudad de Trípoli.

Antes, empero, hay que atravesar un barrio ó arrabal marítimo al que dan los árabes el nombre de El-Mina (el Puerto) y que ha tenido gran crecimiento en pocos años. Contiene numerosas tiendas y almacenes, un khan, iglesias, mezquitas, un convento de Padres franciscanos, varias escuelas primarias y una población que entre musulmanes, griegos cismáticos y algunos latinos se calcula en siete mil habitantes. En su mayor número son carpinteros de ribera ó pescadores, pues los peces y las esponjas abundan en aquella costa.

Protege el puerto, por el lado del noroeste, prolongada línea de arrecifes, que quizás fueron base de diques destruídos hace mucho tiempo; hacia el norte vense algunos islotes que, desiertos hoy, fueron antiguamente morada de una población de pescadores. En uno de ellos, que lleva el nombre de Billam, subsisten vestigios de casas, cuevas y cisternas.

El nombre de Trípoli ó Trípolis dado á la ciudad por los griegos cuando cubría toda la península inmediata al puerto, de la cual sólo ocupa ahora una parte el arrabal de El-Mina, provenía de su división en tres grandes y distintos barrios que formaban como otras tantas ciudades, fundados cada uno por tres colonias diferentes salidas de Aradus, de Tiro y de Sidón; de uno á otro mediaba el espacio de un estadio, ó sean ciento veinticinco pasos. Es de creer que las tres factorías marítimas, aunque separadas entre sí, estaban contenidas dentro del mismo murado recinto; en cuanto en la península en que estaban situadas no se han descubierto hasta ahora más vestigios que los de una sola y sólida muralla que cerraba la ciudad por oriente. Su antiguo nombre fenicio no ha llegado hasta nosotros, y tiénese por probable que su fundación no sería anterior al año 700 antes de J. C., y ocurriría después de la de Aradus. Por Diodoro de Sicilia se sabe que el comercio la hizo floreciente y que á su puerto acudían naves de muchas

naciones. En la época de los Seleucidas, en el año 162 antes de nuestra era, Demetrio I, hijo de Seleuco IV, residió algún tiempo en Trípoli á su regreso de Roma; Herodes el Grande levantó en ella un gimnasio; los romanos después la embellecieron con magníficos edificios de los cuales nada queda, y á esto se limitan las noticias que de la ciudad se tienen en los antiguos tiempos.

En la época cristiana fué sede episcopal, y restaurada por el emperador Marciano á mediados del siglo v, después de violento temblor de tierra, experimentó en los años siguientes catástrofes semejantes, que otra vez la cubrieron de ruinas é hicieron necesarias nuevas reedificaciones. En el año de 638 cayó en poder de los musulmanes y en el de 1099, vencido en sangrienta batalla el emir que en ella mandaba, obtuvo por medio de un tributo y de ricos presentes que el ejército cruzado continuaría su marcha sin hostilizar la capital y respetando sus huertos y frutales. «Corrían entonces, escribe Michaud copiando á antiguas crónicas, los postreros días de mayo, y los llanos que se extienden entre el mar de Fenicia y las montañas del Líbano se ofrecían con todas las galas de la primavera. Soberbias espigas, ya doradas por los rayos del sol de Siria; numerosos rebaños paciendo por los verdes prados; naranjos, azufaifos y granados cuyos frutos anunciaban la tierra de Promisión; aguas abundantes, campos sombreados por olivos, morales y palmeras, árbol que los Cruzados hallaban por primera vez en su camino, toda la magnificencia, en fin, de una tierra rica y feraz se desplegaba al llegar al territorio de Trípoli á los ojos de un ejército que había atravesado horribles yermos y experimentado las torturas del hambre. El entusiasmo de los guerreros de la cruz más aún se encendía á la vista de aquel Líbano cuya gloria enaltecieran las Sagradas Escrituras, y más de un peregrino buscó con ávidas miradas entre aquellos picachos las águilas y los cedros tan ponderados.»

Refiere el cronista Alberto de Aix que en los huertos que atravesó la hueste sin cometer un solo desmán en respeto de lo tratado, crecía en abundancia una planta no conocida en Europa; la caña de azúcar, de la cual se extraía la sustancia que los naturales llamaban *zucra*. Los Cruzados, añade, habíanla ya encontrado en las cercanías de Albara, de Marrah y de Arka, donde les fuera de gran auxilio en la cruel escasez que experimentaron en aquellos cercos, y á su paso por Trípoli fué la única á la que no pudieron menos de llevar la mano para chupar con avidez su jugo. Opinión general es que esta deliciosa planta, originaria de las Indias y propagada después á las regiones occidentales del Asia, fué transportada por los Cruzados á Europa, donde pudo aclimatarse en España, Italia y Sicilia, y luego por los españoles á América.

El ataque de la importante plaza de Trípoli fué la última empresa del esforzado conde de Tolosa Ramón de Saint-Gilles; en su deseo de conquistarla, prendado de la fertilidad de su campiña y conocedor de su importancia estratégica, invocó el auxilio de cuantos peregrinos llegaban de Occidente, y en el año de 1103 levantó en inmediato collado fuerte castillo desde el cual dió comienzo á las hostilidades, con gran espanto de los habitantes. El infatigable atleta de Cristo, dice la crónica, no pudo coger el fruto

de sus esfuerzos; desde el piso alto de la fortaleza cayó á un patio y de la caída murió, desconsolado por no haber podido clavar el estandarte de la cruz en los muros de la ciudad infiel. Su cadáver, á lo que se asegura, fué sepultado en la fortaleza, designada con el nombre de *mons Peregrinus* ó *Pellegrinus*, por servir de asilo á los peregrinos, y por los musulmanes con el Sandjil (Saint-Gilles).

El conde de Cerdaña Guillermo Ramón había acompañado al de Tolosa á Tierra Santa, y según algunos autores, él fué quien, acaecida aquella muerte, quedó con el mando de la fortaleza de *mons Peregrinus* y quien acaudilló las incursiones por territorio de Trípoli, apoderándose también de la plaza de Arka, antes inútilmente acometida. Beltrán, hijo del conde de Saint-Gilles, imitador de las guerreras virtudes de su padre y continuador de sus empresas, reunió en Provenza nueva hueste de la que formaba parte el hijo del conde de Cerdaña, y á bordo de setenta naves genovesas trasladóla á Palestina en el año de 1108. La ciudad marítima de Biblos fué su primera conquista, y haciendo luego rumbo á Trípoli, hallóse la plaza sitiada por tierra y por mar y combatida por numerosas fuerzas. El rey de Jerusalén acudió al cerco con quinientos caballeros, y su presencia encendió aún más el ardor de los sitiadores; los habitantes que en vano imploraran el socorro de Bagdad y de Damasco, conocieron al fin la inutilidad de su resistencia, y mediante capitulación en 10 de junio de 1109 abrieron las puertas de la ciudad, cuyo floreciente estado se complacen en describir los historiadores cristianos y arábigos. Poseía rica biblioteca que en los días del sitio fué pasto de las llamas, y eran muy celebradas las telas en su recinto fabricadas.

Algunas crónicas hacen aquí mérito de diferencias surgidas entre los condes de Tolosa y Cerdaña, el cual reclamaba el premio de sus anteriores esfuerzos, al paso que aquél entendía reivindicar cuantas tierras poseyó su padre en Fenicia. Alegaba el de Cerdaña que Ramón de Tolosa le hiciera de ellas cesión antes de espirar y además haberlas él defendido con peligro de su vida por espacio de cuatro años. Añádese que el de Cerdaña se alió con Tancredo mientras que Balduino I favorecía la pretensión de Beltrán, litigio que acabó poco antes de la rendición de Trípoli, conviniendo ambas partes en que quedasen para el de Cerdaña la ciudad de Arka y los demás lugares por él ocupados, y para el de Tolosa, Trípoli, Tortosa, Giblet y sus territorios. Erigidos éstos en condado poseyéronla Beltrán y sus sucesores hasta que, extinguidos los condes de la casa de Tolosa, pasó á poder de Bohemundo, príncipe de Antioquía.

Del conde Guillermo Ramón de Cerdaña sábese que murió de un flechazo, y que le sucedió su hijo por nombre también Guillermo.

En el año de 1188 quiso Saladino, para borrar la humillación que sufriera junto á los muros de Tiro, tomar la plaza de Trípoli, pero no fué en esta expedición más afortunado. Sabedor Guillermo, rey de Sicilia, de las catástrofes ocurridas en Tierra Santa, envió refuerzos á los cristianos, y el almirante Margarit, á quien las crónicas por su pericia y sus hazañas, llamaron *soberano del mar y segundo Neptuno*, llegó á las costas de Fenicia con sesenta galeras, trescientos caballeros y quinientos infantes.

Los guerreros sicilianos volaron á la defensa de Trípoli, y teniendo por adalid á un español conocido en la historia de aquellas guerras con el nombre de *caballero de las armas verdes*, el mismo que alcanzara antes gran fama en el sitio de Tiro, obligaron á Saladino á cejar en su empresa. De ello se vengó el sultán llevando los estragos de la guerra á tierra de Antioquía, y reduciendo á Bohemundo á comprar una tregua de ocho meses.

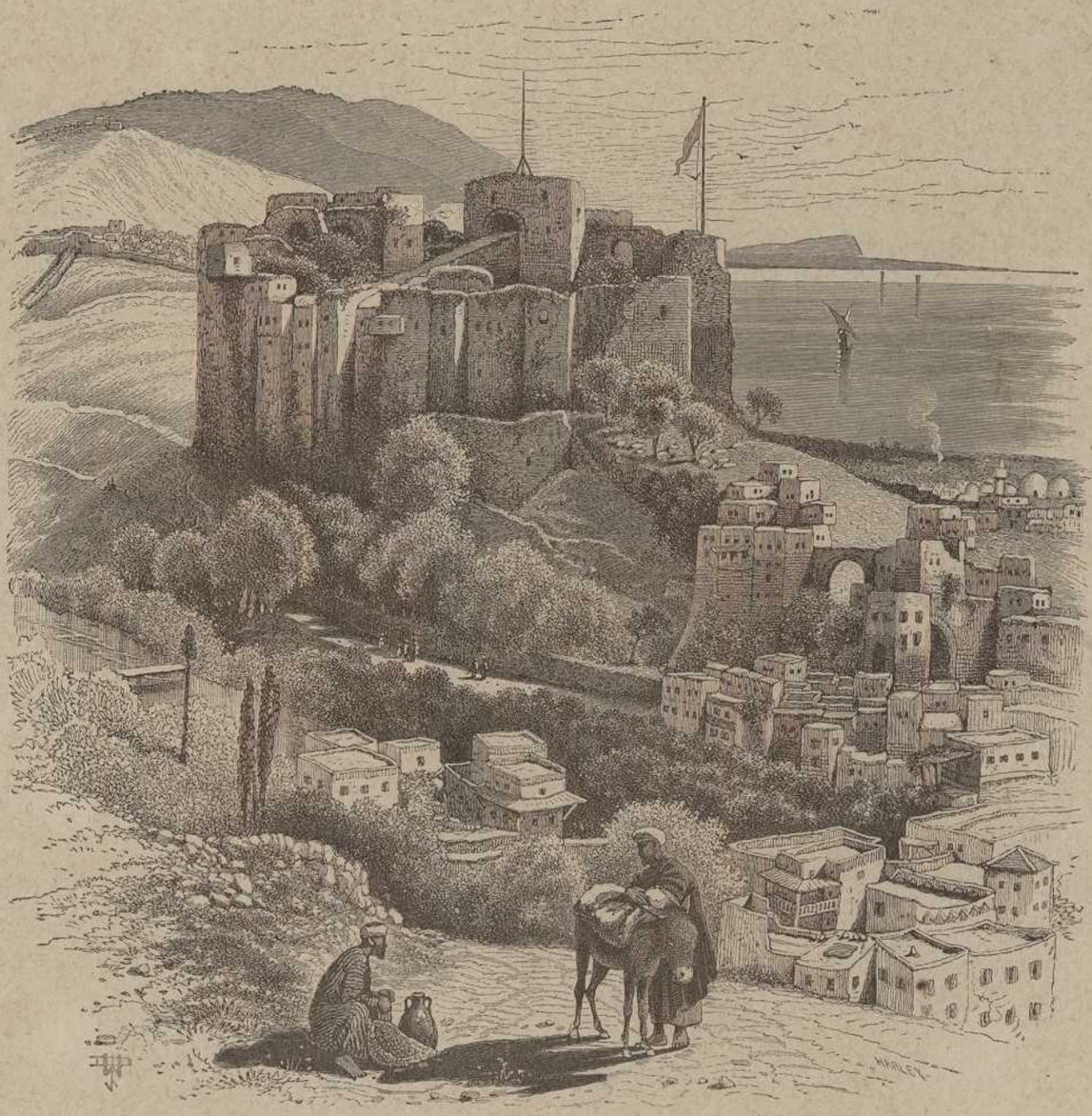
Igual suerte que las armas de Saladino tuvieron las de su hermano Malek el-Adel en el año de 1209 delante de las fuertes y bien defendidas murallas de Trípoli, y tampoco el terrible Bibars pudo plantar en ella sus pendones. Ciento y ochenta años duró en la ciudad la dominación latina, y puede asegurarse que, como sucedió en casi todas las poblaciones de Oriente, dejóla en estado mucho más floreciente y próspero del que la recibiera. El monje Burchard, que la visitó en el año de 1283, dice de ella que tenía numerosa población de latinos, griegos, armenios, marónitas, nestorianos y de otras naciones; á despecho de los terremotos que también en este tiempo la afligieron, eran de ver sus palacios, sus públicos edificios é imponentes fortificaciones; su puerto atraía gran parte del comercio mediterráneo; cuatro mil telares producían las telas de seda y lana que tan estimadas eran en Oriente y Occidente; su campiña, en fin, mostraba tan rico y esmerado cultivo en viñas, arbolado y caña de azúcar que era, dicen las crónicas, un verdadero paraíso.

Esta prosperidad concluyó al acabar el cristiano condado á los golpes del sultán Kelaun, quien, resuelto á apoderarse de la plaza, atacóla con formidable ejército en el año de 1289. A la vista del enemigo cesaron las intestinas discordias que dividían á los ciudadanos y dispusiéronse para tenaz resistencia contra los diez y siete grandes ingenios que batían los muros y los miles de soldados que minaban el suelo y lanzaban incesantemente mortíferas descargas de fuego griego. Grande había sido la mortandad por una y otra parte cuando, á los treinta y cinco días de sitio, el 26 de abril, penetraron los musulmanes en la ciudad á sangre y fuego. Siete mil cristianos perecieron á filo de espada, y las mujeres y los niños fueron reducidos á cautiverio; en vano buscaron muchos asilo contra el sanguinario furor de los mamelucos en la isla de San Nicolás, pues Abulfeda, que la visitó transcurridos pocos días, escribe haberla hallado cubierta de cadáveres. Muchos habitantes que á bordo de las naves del puerto quisieron huir de su patria desolada, fueron arrojados por los vientos á la costa, y allí bárbaramente asesinados. Los auxilios que el Papa y el rey de Chipre enviaron á la combatida ciudad llegaron tarde para impedir la catástrofe.

No contento el sultán con haber visto perecer casi por completo la población de Trípoli, quiso que la ciudad fuese demolida y entregada á las llamas. «Aquellas fuentes de riqueza, dice Michaud, todo lo que podía hacer floreciente la paz y servir para defensa en la guerra, todo cayó á los golpes del hacha y del martillo. Era en esta guerra el principal objeto de la política musulmana destruir cuanto fué obra de los cristianos, borrar en aquellas playas todo vestigio de gran poderío, y hacer desaparecer cuanto

pudiese atraer á los guerreros de Occidente, facilitarles algún día los medios de mantenerse en ellas.»

Ni sombra de lo que fué sería la ciudad en el siglo siguiente, pues sin combate pudieron apoderarse de ella en el año de 1366 los cristianos de Chipre en una excursión á las costas de Fenicia; al abandonarla la pusieron fuego. Aun hoy, por poco que se excave el terreno en que se elevó, es casi seguro dar con sillares ó columnas de mármol



Castillo de Trípoli, fortaleza de la época de las Cruzadas

ó granito que, junto con los vestigios de la fuerte muralla antes mentada, atestiguan la magnificencia de la antigua capital del condado.

La moderna Trípoli, la Trablus de los árabes, se ha levantado á unos tres kilómetros de aquella ciudad hacia el sudeste, y se ha formado y crecido en las inmediaciones del castillo que construyó el conde de Tolosa y que aún subsiste. Desde El-Mina se va á ella por hermosa carretera en la que hay establecido un tranvía; á ambos lados recréase la vista en huertas, muy bien regadas y cultivadas, á las que dan agra-

dable sombra granados, higueras, naranjos, olivos y otros árboles, entre los que se alzan de trecho en trecho esbeltas palmas. Entre ellas abundan las plantaciones de caña de azúcar.

La ciudad de Trípoli ofrece un aspecto más agradable y limpio que la generalidad de las poblaciones musulmanas, del mismo modo que los tripolitanos tienen fama de cultos y elegantes; están empedradas casi todas sus calles, y muchas tienen aceras y algunos pórticos como en Jerusalén, así es que los naturales se complacen en llamarla *la pequeña Damasco*. Numerosas fuentes, así públicas como privadas, proporcionan gran caudal de agua, y aliméntalas un canal que la toma de la Ain-Zgharta. Además el Nahr Kadicha atraviesa la ciudad, y sobre él hay echados dos puentes. Esto no obstante, no tiene Trípoli gran fama de sanidad, y en otoño especialmente son frecuentes las calenturas.

Varios bazares, cubiertos unos con toldos de lona ó estera y formando otros prolongadas galerías con bóveda de mampostería con los tragaluces correspondientes, ofrecen abundante surtido de los artículos necesarios á la vida y también de otros muchos de lujo, sobre todo en sedería y brocado. Diferentes *khans*, algunos muy espaciosos y bien construídos, sirven de depósitos de mercancías.

Entre las mezquitas, que son en número de veinte, pasan algunas por haber sucedido á antiguas iglesias cristianas; de la mayor ó Djama el-Kebir, se dice que ha reemplazado á la catedral de san Juan Bautista, aunque autores hay que lo ponen en duda, viendo en ella una obra puramente musulmana. No parece posible igual incertidumbre acerca de un edificio destinado hoy á baño público; en el dintel de la primera puerta están esculpidas estas palabras: SANCTVS IACOBVS, y en otra interior, debajo de un cordero y de una cruz, se lee: ECCE AGNVS DEI, de manera que sería iglesia consagrada á san Jaime.

El cementerio turco, situado fuera de la ciudad, es de los más característicos y bellos de Oriente; á los magníficos sepulcros que contiene danle sombra hermosos árboles y entre ellos florecen mirtos y arrayanes.

La población de Trípoli, sin incluir la del arrabal marítimo, se calcula en diez y siete mil habitantes, de los que son musulmanes las dos terceras partes; pertenecen los demás á diferentes comuniones cristianas y un centenar son judíos.

La parroquia latina está servida por los Padres franciscanos; concluída hace poco tiempo, ha reemplazado á antigua y ruinosa iglesia y ha sido levantada en gran parte con fondos procedentes de un legado hecho por monseñor Sibour, obispo de Trípoli *in partibus*, hermano y coadjutor del arzobispo de París de igual nombre. Los católicos poseen además en Trípoli un convento de carmelitas, otro de capuchinos y una misión de lazaristas, cerca de la cual se eleva el hermoso establecimiento de las Hermanas de la Caridad, fundado en el año de 1863. Doscientas y cincuenta niñas, pertenecientes á todos los cultos, asisten en invierno á las clases; su número es menor en verano, y en aquella estación recogen además las buenas Hermanas á muchas infelices maronitas

que cuando la nieve arroja á sus padres de la montaña y les obliga á buscar trabajo y asilo en la ciudad, divagan perdidas por las calles, implorando la caridad de los transeuntes. A la botica que sostiene el convento acuden cada mañana en busca de remedio medicinal numerosos enfermos así cristianos como musulmanes, y finalmente,

Convento de los maulauieh ó derviches danzantes, en las cercanías de Trípoli

bajo la dirección de las monjas, aprenden á hilar muchas jóvenes indigentes que de este modo pueden atender honradamente á su subsistencia.

Los griegos cismáticos, que son en número de tres mil, poseen cinco iglesias y algunas escuelas, y una sinagoga los judíos.

Al mediodía de la ciudad álzase en aislado montecillo, que es el *mons Pellegrinus* de la época de las Cruzadas, el vetusto castillo de Ramón de Tolosa; construído con piedras de medianas dimensiones y regularmente cortadas, ofrece imponente aspecto por su gigantesca mole y la elevación de sus fuertes muros, en los que hay empotrados muchos fragmentos de coluna. Transformado en cárcel hace algunos años, se conserva en el lado meridional una bóveda que parece haber sido ábside de una iglesia; desde sus murallas se domina por oriente el ameno valle del Kadicha, y en él, entre bosquecillos de naranjos y limoneros, distínguense el *tekkeh* (convento) de los derviches danzantes ó *Maulauieh*. Cada viernes ejecutan estos monjes sus sagradas danzas.

De algún tiempo á esta parte ha recobrado el comercio de Trípoli cierta actividad, especialmente en seda; los capullos son en gran cantidad exportados á Francia y queda en el país una parte para el consumo de los fabricantes de Trípoli, que los convierten, con la cooperación de diestros operarios, en telas todavía estimadas en mucho. El jabón es otro de los artículos de exportación, así como esponjas, naranjas y otras frutas. El cultivo del tabaco comienza á dar en sus campos excelentes resultados.

Trípoli es capital de un *liva* ó provincia militar dividida en cuatro distritos, y la administra un *mutaserrif* ó gobernador musulmán.

Siguiendo el camino de la playa hacia el sur van dejándose á la espalda otra ruinosa torre, semejante á las que llevamos mencionadas, el templo protestante, una iglesia griega y el convento de los Padres de Tierra Santa, que suele servir de alojamiento á los católicos; en seguida, al salir definitivamente de la ciudad, tuércese al oeste, y al principio por entre olivares que cuentan siglos de existencia y después por estrecho sendero que sigue la ladera de un monte, llégase en hora y media á la aldea musulmana de Kalamun. Situada á orillas del mar y rodeada de magníficas arboledas, cuenta unos ochocientos habitantes y ha sucedido á la antigua Calamos, mencionada por Polybio y Plinio. Las vastas canteras de sus inmediaciones indican la importancia que estos lugares tendrían en antiguos tiempos.

Continuando hacia el sudoeste quedará á nuestra izquierda, en eminencia cubierta de vegetación, el edificio llamado Deir Belment, ó sea el Beaumont de la época de las Cruzadas. Fué entonces una abadía de la orden del Císter, fundada en el año de 1157; es ahora monasterio en poder de griegos cismáticos. En el llano y junto á la playa vese otro monasterio que también les pertenece, y lleva el nombre de Deir en-Natur.

A la distancia de tres kilómetros el lugar de Enfeh presenta numerosos vestigios de la denominación fenicia y algunos también de la ocupación de los Cruzados. El nombre de Enfeh, que en lengua arábiga significa *nariz* y que será probablemente reproducción más ó menos alterada de otro más antiguo, es debido y proviene de considerable y riscoso promontorio que allí se adelanta mar adentro y forma en la costa dos bahías. En ellas se establecerían los fenicios en remota edad, y para ponerlas en comunicación y fortificar al mismo tiempo el promontorio; quisieron abrir en él tres cortaduras por lo

ancho; una sola recibió ejecución cumplida y mide once metros de lado á lado por ciento y diez de longitud.

En el extremo septentrional de la trinchera, cortada toda ella en la roca, de la cual hubieron de extraerse materiales de construcción considerables, vense vestigios de una torre, edificada con piedras enormes.

La segunda cortadura, semejante á la anterior, habrá sido posteriormente rellenada, ó quizás no llegó á término; la tercera, en fin, no está más que indicada. En distintos puntos del promontorio hállanse antiguas excavaciones, como cisternas, sepulcros y reducidos santuarios con hornacinas para estatuas, y de los residuos de colunas aún visibles se ha deducido la existencia de un templo hoy destruído, al paso que los cimientos de murallas y paredones que á alguna distancia se encuentran serán los restos del Castrum Nephin de que hablan las crónicas de las Cruzadas. A esta misma época pertenece la iglesia del actual pueblecillo de Enfeh; construída con piedras de pequeñas dimensiones, pero de gran regularidad, cuenta sólo una nave y un ábside, y excepto una puerta, posteriormente abierta en la fachada occidental, encuéntrase en el propio estado en que los Cruzados la dejaron. La población del lugar no pasa de cuatrocientos griegos cismáticos, labradores y pescadores.

En él, según opinión común entre los críticos, estuvo situada la antigua Trieris, mencionada por Strabon entre Trípoli y el promontorio llamado Theuprosopon; su puerto fué indicado por Scylax. Si es así, ha de verse en Trieris una denominación griega, reemplazada después por la de Nephin y en el día por Enfeh, que son sin duda, conforme queda dicho, derivadas del nombre fenicio que se conservaría entre el pueblo.

A siete kilómetros al sudoeste de Enfeh entra en el mar el ancho y dilatado promontorio de Ras ech-Chakka, el Theuprosopon (la faz de Dios) de los antiguos, que de este modo tradujeron al griego un nombre fenicio que no ha llegado hasta nosotros; en opinión de algunos autores pudo ser Phaniel ó Phanuel, denominación que en Fenicia se encuentra aplicado á varios puntos objetos de veneración religiosa. Aún hoy lo es este promontorio, consagrado en remota edad por tradiciones que se han perdido, y se levantan en él dos monasterios griegos, llamado el uno Deir Saidet en-Nurieh, y el otro, Deir es-Semaan. Según Strabon, hubo allí un fuerte que fué desmantelado por Pompeyo, y en las inmediaciones existió la ciudad de Gigarta ó Gigartus, cuya situación se inclinan algunos á fijar en la actual aldea de Hannuch.

Un terremoto en tiempo de Justiniano removió profundamente el promontorio, y desde entonces el camino inmediato al mar que de ordinario se seguía hízose muy difícil y escabroso; abandonado por lo mismo, suele tomarse, más hacia el este, un sendero que, subiendo y bajando por cuestas de terreno blando y calizo, lleva en poco más de una hora al Kalat Museiliha y á la aldea del propio nombre.

Es el Kalat un castillejo levantado en aislada é inaccesible peña cuyas ondulantes líneas superiores siguen sus murallas; súbese á él por angosta escalera en parte labrada

en la roca y en parte obra de fábrica, y á los treinta escalones hállase una puertecita que sólo da paso á un hombre, encima de la cual corresponde una ladronera ó matacanes que, atravesando los diferentes pisos, permitiría acribillar con toda clase de proyectiles á quien tratase de forzarla. Son las murallas sólidas y fuertes, con numerosas saeteras, y

KALAT MUSEILIHA

compónese el recinto interior de varias salas de reducidas dimensiones cuyas bóvedas son ligeramente ojivales. De las Cruzadas data en opinión de algunos y de época más reciente según otros; pero es lo cierto que por mucho tiempo sirvió de guarida á forajidos drusos y metualis con gran peligro de los viajeros. En el día, con la mayor

seguridad de que éstos gozan, no es más que pintoresca ruina en medio del hermoso valle ó Ued el-Djuz, una de cuyas entradas domina; al valle, por el cual corre un riachuelo atravesado por antiguo puente, le dan agradable sombra muchas higueras, olivos y morales.

Dos kilómetros más lejos, en las cercanías del lugarejo de Keubba, vese en un collado solitaria capilla dedicada á san Salvador. Erigida en la época de las Cruzadas, consiste en una sola nave á la que dan luz ventanas de gran alféizar, hoy en parte condenadas.

A unos veinticinco minutos hállase el lugar de Botrun, de buen aspecto y de construcción mejor que los demás de la comarca. Cabeza del distrito del propio nombre, cuenta una población de dos mil y cuatrocientos habitantes, de ellos, las tres cuartas partes maronitas y los demás griegos cismáticos; tienen fama de buenos trabajadores, y se ocupan en hilar la seda, en labrar la tierra y en la pesca de esponjas. Un acueducto lleva al pueblo el caudal de inmediata fuente.

Los maronitas poseen en él dos iglesias; la más vasta, dedicada á san Esteban, se remonta, al parecer, al tiempo de la dominación latina; la otra es de construcción reciente, lo mismo que la de los griegos. Vense en medio del lugar las ruinas de antiguo castillo, del cual sólo subsisten los sótanos ó subterráneos almacenes; créese que es obra de la Edad Media, aun cuando pertenecen á más remota antigüedad algunos materiales en ella empleados, como son las colunas que estuvieron empotradas transversalmente en el espesor de sus paredes. El puerto es pequeño y accesible sólo para barcos menores, y por la parte del mediodía arranca de él un banco de arrecifes cortado en línea vertical formando como un muro natural y artificial á la vez, de unos ciento y cincuenta metros de extensión por cuatro de altura; en el espacio que media entre él y la muralla que por el lado del mar protegía antes á la ciudad á la que ha sucedido el pueblo actual, habíase abierto ancho foso, y de allí fueron extraídos los materiales que en un principio sirvieron para la fundición de esta factoría marítima. Es de ver igualmente á alguna distancia del puerto enorme peña cuya mole había sido convertida en atalaya. Junto al pueblo existen varias cuevas sepulcrales con sarcófagos antiguos.

Dice el historiador Josefo en sus *Antigüedades judaicas*, tomándolo de Menandro, que Ithobal, rey de Tiro, fundó la ciudad de Botrys en Fenicia; vivió aquel rey en el período que media del año 897 al 865 antes de J. C., de manera que la fundación de Botrys sería anterior á la de Aradus. Cuando Pompeyo se apoderó de ella era uno de los principales refugios de los piratas que infestaban la costa, y en la Edad Media, con el nombre de Butren, perteneció al condado de Trípoli, gozando de gran fama las viñas de sus alrededores. Durante la dominación latina fué sede episcopal. Burchard, en el año de 1283, la menciona como campo de ruinas, y en el de 1598 vióla aún desierta el peregrino don Aquilante Rocchetta, *per essere*, dice, *quel paese molto disfatto, e rovinato da guerre*.

Antes de abandonar el lugar que de sus ruinas se ha formado, conviene ver en

sus cercanías, á pocos minutos de distancia hacia el este, en una aldehuela que lleva el nombre de Mirah ech-Cheikh, los restos de un teatro labrado en la roca, perteneciente sin duda á la ciudad antigua.

A cinco kilómetros al sur de Botrun hállase un puente cuya fábrica se remonta á gran antigüedad; dásele el nombre de Djisr el-Matfun (Puente enterrado), á causa de los altos ribazos del valle que atraviesa, llamado Ued Bechachta.

Otros seis kilómetros nos toca andar siguiendo la playa, que forma de trecho en trecho pequeñas ensenadas; las estribaciones del Líbano que tenemos á la vista van perdiendo la frondosa vegetación que se admira en ellas desde Trípoli, y llegamos al Ued Halueh. A corta distancia veremos una capilla dedicada á san Jorge, que en aquel mismo sitio ha sucedido á un templo erigido á Júpiter, según así se explica en antigua inscripción griega grabada en la piedra del altar. Junto á ella una cueva sepulcral ha sido convertida en oratorio cristiano en honor de santa Sofía y de su hija, y á él se va en peregrinación como remedio de las calenturas intermitentes. Tres sarcófagos contenía la fúnebre estancia, y en uno de ellos estaba sepultado, á creer al epitafio escrito en griego, el cuerpo de aquél que costeó el altar del templo gentílico.

Arruinados paradores ó *khans* divísanse en diferentes puntos del paisaje que se extiende á nuestra vista, y entre ellos, al sudeste y en la cumbre de una colina, el pueblecillo de Amchit, muy rico en antigüedades empotradas en las casas modernas; á lo que se asegura proceden en su mayor parte de Djebeil y Kassuba.

Dos riachuelos que en verano se pasan á pié enjuto, cruzan por nuestro camino; ciérralo, al parecer, un promontorio; pero al llegar junto al mismo vese que la senda, labrada en forma de escalera, sube y baja por sus agrestes laderas. Salvado este obstáculo, en pocos minutos se llega á Djebeil.

La fundación de la fenicia Giblos, en hebreo Gebal, nombre del que es una forma diminutiva el actual de Djebeil, se pierde en la noche de los tiempos históricos, y ha sido por lo mismo considerada esta ciudad como una de las más antiguas del mundo. En ella moraban los Giblios, que menciona ya el libro de Josué.

Los operarios de Gebal que Hiram, rey de Tiro, facilitó á Salomón para la obra del Templo y del palacio, eran excelentes en aparejar las maderas y piedras, nos dice el Libro II de los Reyes, y también sobresalían en calafatear y dirigir las naves. La fábula cuenta de esta ciudad haber sido mansión del rey Cinyras y patria de Adonis, y á este dios y á la Baaltis siria (Afrodita, Venus) estaba consagrado su principal templo. En él se celebraban anualmente las renombradas fiestas adonias con sus misterios é iniciaciones, y de allí se difundió tiempo después este culto á Grecia é Italia. Plutarco habla de un famoso templo en Gebal dedicado á Isis y Osiris; pero es opinión común que no es otro que el de Adonis y Baaltis, ya que estas deidades han de tenerse por idénticas á las que nombra el citado autor.

Alejandro Magno se apoderó de Gebal, á la que ya entonces llamaban los griegos Byblos, nombre que es una sencilla alteración del que los fenicios le dieron; perteneció

luego á los soberanos de Siria, y tiempo después tuvo reyes ó príncipes propios, uno de los cuales parece haber ejercido cruel tiranía. Los piratas eran al mismo tiempo el azote de la población, de uno y otros consta haberla libertado Pompeyo. En la época cristiana fueron sus templos destruídos ó transformados en iglesias y estableciόse en ella sede episcopal, sometida al patriarcado de Antioquía sufragánea del arzobispado de Tiro. A fines del siglo VI Antonio Mártir la vió arruinada y desierta á consecuencia del terremoto que, imperando Justiniano, trastornó toda la costa de Fenicia desde Trípoli á Saida; del desastre se rehizo para caer bajo el yugo de los agarenos, y en el año de 1109 fuéles arrancada, después de varios asaltos, por los Cruzados provenzales y genoveses que, según hemos visto, acaudilló Beltrán, hijo del conde Ramón de Tolosa. En 1188 abrió sus puertas á Saladino, quien al poco tiempo la abandonó después de desmantelar sus fortificaciones, perdiendo tiempo y trabajo, dicen las crónicas, en la tarea de destruir grande y sólida torre que resistió á todos sus esfuerzos. Recobrada por los cristianos y reconstruídos sus muros, consta que el magnate que la gobernaba tomó activa parte en las intestinas contiendas que dividieron en sus últimos años al condado de Trípoli; esto no obstante por Burchard se sabe que en el de 1287 la ciudad de Sibleth (así la llama: otros autores latinos la designan con los nombres de Giblet y Gibeleth) era todavía sede episcopal. Caída Tolemaida en 1291 experimentó la triste suerte de todas las ciudades de aquella costa, y al reconocer el dominio de los vencedores fué poco menos que destruída.

En el siglo XVI, caída en ruinas y dispersos sus habitantes, sólo servía para guarida de forajidos hasta que ha renacido con el nombre arábigo de Djebeil en el lugarejo donde nos hallamos. Su población es muy escasa; calcúlase en seiscientos y treinta habitantes, de ellos quinientos maronitas, un centenar de musulmanes y unos pocos griegos cismáticos.

Aunque desmantelados y en ruinoso estado, consérvanse sus muros todavía lo bastante para apreciar el trapecio irregular que describían en unos mil y doscientos metros de circuito; en algunos puntos subsiste el almenado adarve, lo mismo que las cuadradas torres que lo flanqueaban, si bien desmochadas casi todas; algunas han sido restauradas para servir de morada á dos ó tres familias. En su fábrica no hay que observar sino las destrozadas colunas empotradas en la mampostería. La única puerta que da hoy entrada al pueblo se abre en la cortina oriental de la muralla; la que se abría al norte está condenada. En los fosos, cegados en gran parte, crecen frondosos morales.

Mucho más considerable que la de la Edad Media era la extensión de la ciudad antigua, en la cual se comprendía, por el lado del sur, todo un barrio que quedó después fuera de la fortificación y está convertido hoy en huertos. Al sudeste de la ciudad latina álzase la ciudadela, la cual, aún en su actual ruinoso estado, ofrece hermoso é imponente aspecto. Parte de su murado recinto permanece en pié, así como también varias de las torres que lo defendían, y uno y otras fueron construídos con

materiales procedentes de antiguos monumentos. Los fosos, rellenados hoy de tierra, están invadidos por arbustos y maleza. En el centro elévase el castillo y lo forma magnífica torre rectangular, de veinticinco metros á lo largo por diez y ocho á lo ancho; las hiladas de su basamento son en verdad prodigiosas por lo enorme de sus piedras, sobre todo las angulares, y no hay viajero que no quede asombrado al contemplar obra tan gigantesca: no es maravilla por lo mismo que allí se estrellaran los esfuerzos demoledores de los soldados de Saladino. El mayor número de autores cree la obra muy anterior á la época de las Cruzadas y se inclina á admirar en ella precioso resto de la arquitectura militar de los antiguos Giblios; otros, por el contrario, deducen de su conjunto, aún haciendo caso omiso de sus bóvedas ojivales, que fué el castillo construído por los Cruzados, empleando materiales mucho más antiguos. Abrese la puerta á occidente, angosta y baja, y conduce á una gran sala, cuyo piso es la bóveda de vasta cisterna; por escalera construída en el espesor del muro, súbese al superior, que hoy, habilitado como ha sido para vivienda de un empleado público con su familia, ha experimentado gran transformación y ha recibido nueva techumbre.

El recinto medioeval, aunque menor, como hemos dicho, que el ocupado por la antigua Biblos, dista mucho de estar habitado todo él; sembrado de ruinas en toda su extensión, higueras y morales crecen donde se elevaron iglesias y otros monumentos. Vese en el centro notable templo que fué la catedral de los Cruzados; consagrada á san Juan Bautista, consta de tres naves, antes de mayor longitud que ahora, pues arruinada hace unos cien años la parte occidental del edificio, al ser recientemente restaurado hubo de prescindirse de ella, y esto hace que se presente ancho en demasía si se atiende á su largura. Sus bóvedas son ojivales, recibiendo luz por elegantes ajimeces, y remata en media naranja que descansa en cuatro arcos de ojiva, cada uno con distinta ornamentación. La iglesia pertenece hoy á los maronitas, y desde sus espaciosas azoteas gózase de magnífico punto de vista que domina el mar, la ciudad y sus alrededores. A este edificio está unido en el lado del norte un hermoso baptisterio, y allí era de ver no há muchos años importante sillar que formara parte antiguamente del friso y arquitrave de un templo corintio de la época romana, representándose en él el globo alado con las dos serpientes ó *urœus*, adorno muy usado en los templos egipcios y también en los de la antigua Fenicia. Encuéntrase ahora en el museo del Louvre, en París.

Las otras dos iglesias datan igualmente de la época de las Cruzadas; la una, dedicada á santa Tecla, es notable por sus elegantes cúpulas; la tercera, que lo está á la Santísima Virgen, fué construída en el año 1264, según inscripción esculpida en la puerta.

En una escuela dirigida por un maronita discípulo de los Padres Lazaristas, se enseñan á niños y adultos los primeros elementos de las humanas ciencias.

Abastecía de agua á la ciudad un acueducto cuyos vestigios se descubren aún en diferentes puntos; tomábala en el río Adonis, el Nahr Ibrahim de nuestros días.

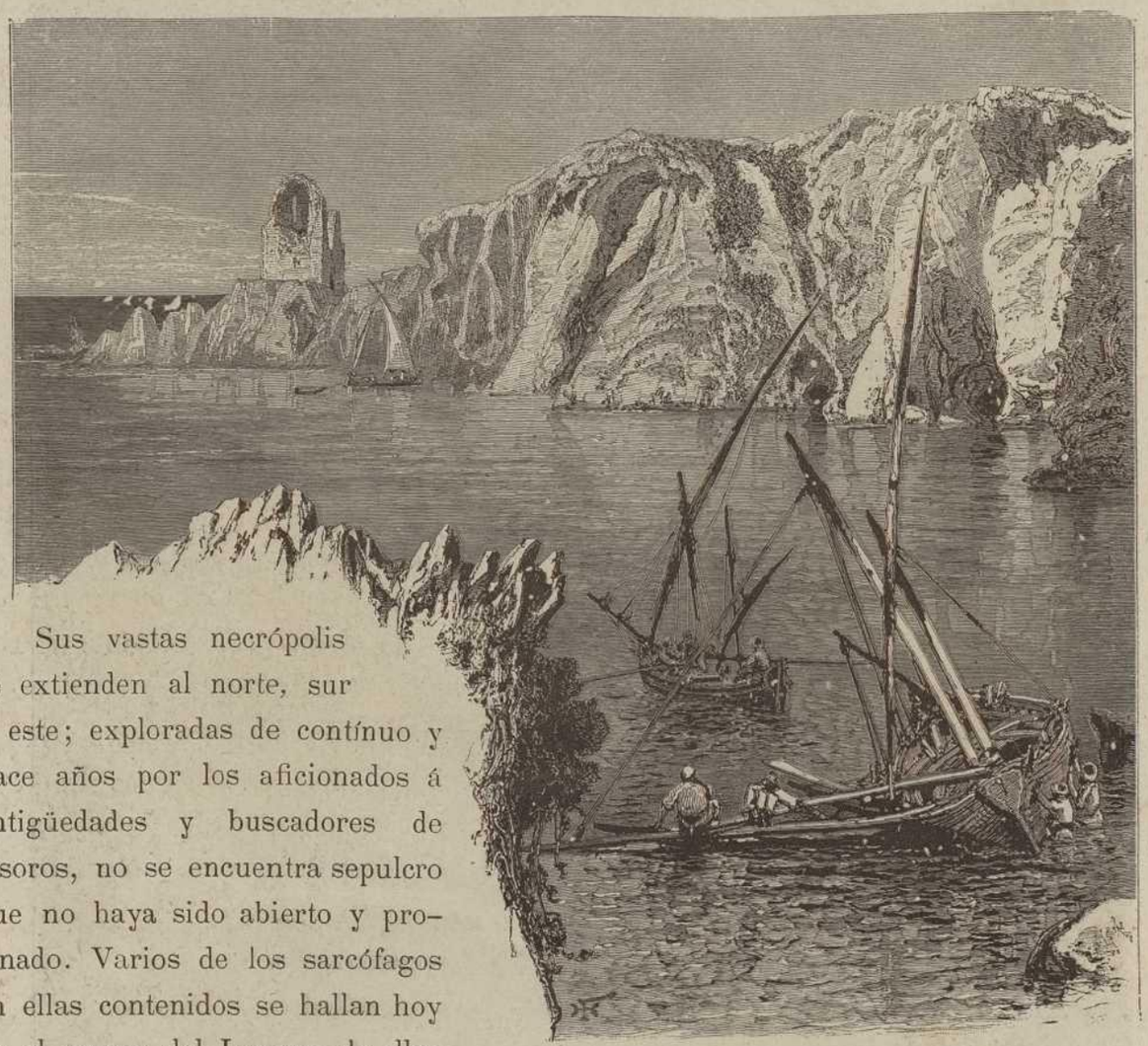
El puerto, limitado por dos puntas que de la costa se adelantan, es de exiguas dimensiones y de forma elíptica; obstruído por la arena hace largo tiempo, sólo puede

Nahr Ibrahim ó Río de Adonis

servir de asilo á embarcaciones pequeñas. Las dos escolleras con que fueron prolongadas las dos puntas de norte y sur, quedan casi del todo destruídas, lo propio que la torre

que defendía la septentrional; en su fábrica habían entrado gran número de graníticas colunas, cuyos fustes pueden verse en el fondo de las aguas.

Colunas á estas parecidas, de granito rosado algunas, pero el de las más cenicientos abundan en las casas del pueblo y en los huertos comprendidos hoy en el primitivo perímetro; proceden todas de Egipto, y son testimonio del considerable número de templos, palacios y pórticos que fueran un día ornamento de la ciudad antigua.



Promontorio inmediato á la desembocadura del río de Adonis

Sus vastas necrópolis se extienden al norte, sur y este; exploradas de contínuo y hace años por los aficionados á antigüedades y buscadores de tesoros, no se encuentra sepulcro que no haya sido abierto y profanado. Varios de los sarcófagos en ellas contenidos se hallan hoy en el museo del Louvre; de ellos y de otros se han copiado las inscripciones, en griego y en latín todas, sin que hasta ahora se haya encontrado una sola en idioma fenicio.

Los alrededores de Djebeil, por lo que abundan en interesantes ruinas, merecen ser visitados. Son de notar de un modo especial la aldea de Belath, cuya iglesia, consagrada á san Elías, está edificada con antiguos materiales y ha sucedido á un templo erigido en honor de Júpiter, según lo atestigua el fragmento de una inscripción griega, y el pueblo de Kassuba, situado en una loma coronada por otro templo que ha sufrido hace unos cuarenta años total destrucción. Al pié de la eminencia, en un barranco que lo separa de otro montecillo, existen gran número de antiquísimos

sepulcros. Igualmente conviene visitar la iglesia del lugar de Habub, levantada en un templo pagano, y la de Eddeh que ocupa también el lugar de otro, á lo que se cree, dedicado á Adonis, pues uno de los sobrenombres del dios, Abobas, se lee en una inscripción griega esculpida en la piedra que fué dintel del santuario; como tantas otras, ha sido esta piedra trasladada al Louvre.

Así, pues, numerosos templos se alzaban así en Byblos como en sus cercanías, y esto explica el carácter sagrado que á la ciudad se atribuía y que consta en sus medallas. Adonis, conforme hemos dicho, era su principal deidad, y á pocos kilómetros

Ruinas de un puente romano en las inmediaciones de la bahía de Djuni

de ella corre el río que fué teñido con la sangre del divino mancebo, yendo de caza por las asperezas del Líbano al ser despedazado por furioso jabalí.

Río de Adonis llamáronle los antiguos y Nahr Ibrahim los modernos, y á él llegamos dejando atrás el lugarejo de Halat y su pequeño puerto. Lo pasaremos por un puente de dos arcos en punto donde saliendo el río de agreste garganta, su límpida corriente, los grupos de árboles y las gigantescas cañas que en ella se retratan, y el majestuoso paisaje que nos rodea, ofrecen por todo extremo delicioso y pintoresco aspecto. El río no corre directamente al mar, y detenido por los peñascos y arrecifes de la ribera serpentea hacia el sur antes de perderse en el abismo. Son sus aguas frescas, claras y abundosas, y cuando en la estación de las grandes lluvias arrastran éstas en su corriente las tierras ribereñas de color rojizo, adquieren un tinte encendido y purpúreo: con ellas fueron lavadas las heridas de Adonis y recuerdo son, decía la fábula, de la sangrienta catástrofe. Entonces, en los postreros días del verano, cuando el apuesto mozo partió para el mundo invisible y descendió al sepulcro, del cual no había de

salir hasta la próxima primavera, comenzaban en Byblos las anuales fiestas que en honor suyo se celebraban, y en las que, durante siete días, era figurada su florida y alegre existencia, su prematuro fin y su vuelta á la luz.

Siguiendo hacia el mediodía hay que atravesar angosto pasadizo abierto en las rocas de pequeño promontorio, junto á un lugar que lleva el nombre de El-Akhibeh, y luego, dejando á la izquierda el pueblo de El-Banar y la copiosa fuente de El-Mahuz, contenida en una especie de pozo vetusto y vasto labrado en la peña al cual se baja por cómoda escalera, llégase á Berdja, aldehuela que tiene reducido puerto. Casi todos sus habitantes son marinos y pescadores. En sus cercanías abundan los sepulcros antiguos, testimonio de que el pueblo ha sucedido á ciudad de mayor importancia, y esto ha movido á varios críticos á ver en él la antigua Palæbyblos, mencionada por Strabon y Plinio. Otros autores, conforme diremos luego, se inclinan á colocarla en Serba.

Al sur de Berdja, formando la ribera septentrional de la bahía de Djuni, avanza mar adentro el último estribo de elevado monte, sin duda el promontorio al que Strabon llama Climax (la Escalera); por su extremo pasa el camino que toma allí la forma de escalera, subiendo y bajando. Es sin disputa obra antiquísima, y los escalones de piedra colocados en aquellos puntos donde faltaba la peña, se encuentran en gran deterioro.

Luego de haber bajado el último, por los restos de antiguo puente romano que atraviesa el Nahr Mamiltein (Río de los dos distritos), y cuyas piedras han tomado el áureo baño que comunica el sol de Oriente á las ruinas que reciben sus rayos á la salida y al ocaso, llégase al gran anfiteatro de montañas que cierra la magnífica bahía de Djuni, comparada á la de Nápoles por su grandiosidad y belleza. De unos tres kilómetros de extensión de norte á sur, es de dos la profundidad del seno que forma en la ribera de poniente á oriente; por este lado domínanla como por escalones graciosas y verdes lomas tras de las que asoman á tramos las cimas de los altos montes por entre velos de niebla, y en ellas, cortando la alfombra de esmeralda de sus ricos plantíos, álzanse gran número de aldeas y monasterios. El pueblo de Djuni, que queda en el fondo meridional de la bahía, tiene un astillero donde se construyen barcos de escaso porte, dos *asuak* ó mercados de importancia en los que se realizan grandes ventas de trigo, cebada y sésamo que llega de las costas de Siria y hasta de la Caramania, y además una manufactura en que se hila la seda.

En esta bahía, á mediados de junio del año de 1840, tomaron tierra austriacos é ingleses, mandados respectivamente por los almirantes Bandiera y Stopford, para dar comienzo á las operaciones contra las fuerzas de Ibrahim-Bajá que, ocupando el monte Líbano, tenían entonces sus avanzadas en el pueblo de Antura.

II

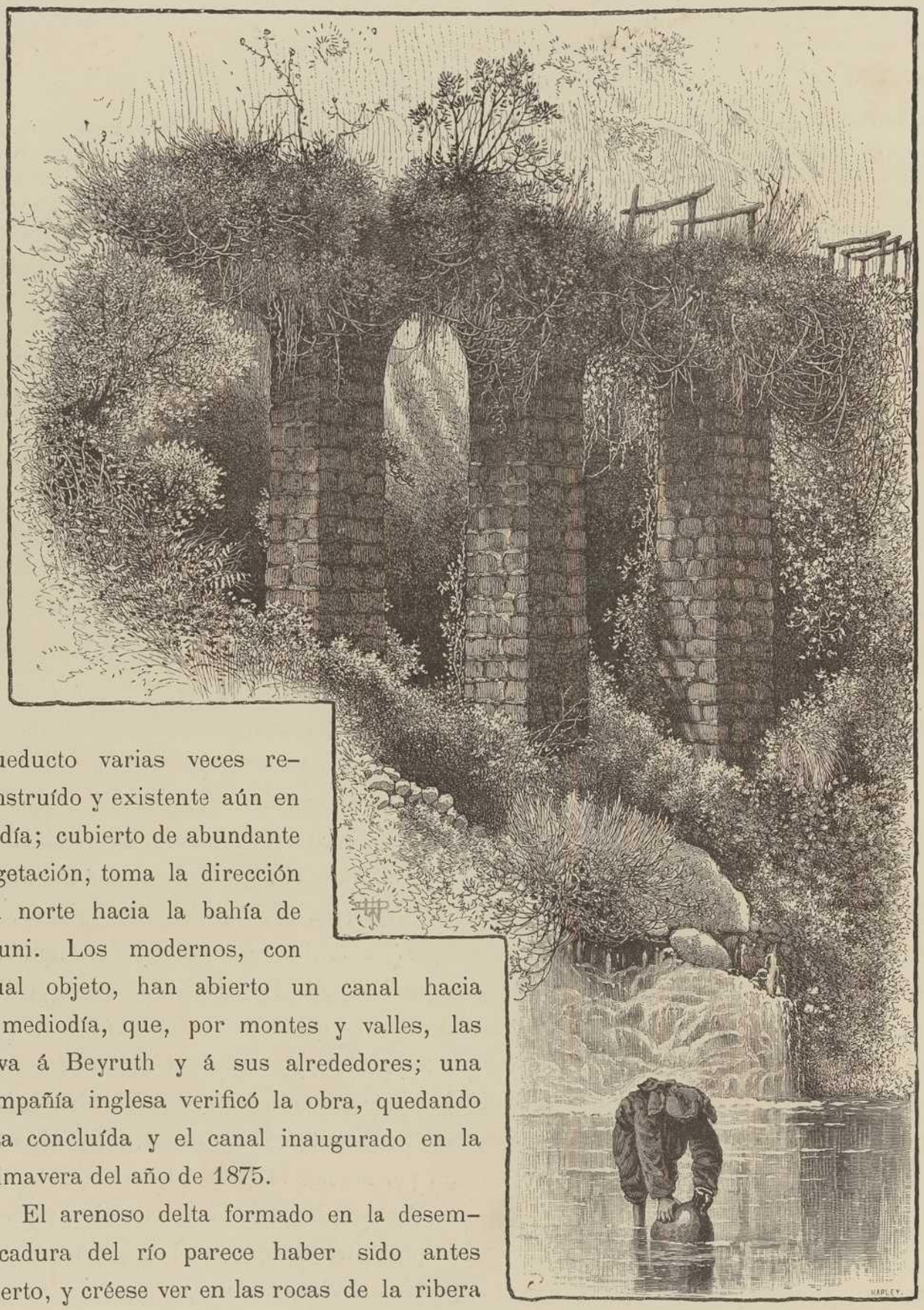
Serba.—Desembocadura del Nahr el-Kelb, el antiguo Lycus.—*Ras Nahr el-Kelb.*—Sus antigüedades.—Recuerdos de las Cruzadas.—San Jorge y el dragón.—Beyruth.—Su posición.—Su historia.—El emir Fakhr-eddin.—Antigüedades de Beyruth.—Antiguas iglesias cristianas.—La ciudad vieja.—La ciudad nueva.—Establecimientos religiosos.—Población.—Los Pinos.—Khan el-Khaldah.—El Nahr Damur.—Khan Neby Yunés.—Saida ó Sidón.—Su historia.—Recuerdos evangélicos.—Sucesos de las Cruzadas.—Últimos acontecimientos.—La ciudad actual.—Su población.—Su puerto.—Sus castillos.—Mezquitas.—El *khan* franco.—Establecimientos católicos.—La necrópolis.

Escalado el promontorio que domina por el sur el lugar de Djuni y su bahía, nos encontraremos junto el pueblo de Serba. En él se veían hace pocos años las ruinas de antiguo templo consagrado á Júpiter Epuranios ó Júpiter celeste, identificado por algunos críticos con la deidad de Byblos, Adonis; pero en el día apenas queda ninguno de los bellos materiales en su fábrica empleados, pues han sido traladados á diferentes puntos. Las casas de la aldea y los plantíos de morales han sucedido á una ciudad antigua de la cual sería aquel templo principal ornamento; cisternas y cuevas sepulcrales es lo único que actualmente subsiste, y es entre las últimas notable la que lleva el nombre de Kabr bint Melek (sepulcro de la hija del rey). Un santuario labrado en la roca y consagrado á san Jorge ha reemplazado en la misma ribera á un oratorio gentílico. Es de tradición que en esta cueva se recogía la fiera á la que dió muerte el santo.

De este pueblo dicen algunos autores que ocupa el lugar de Palæbyblos.

A cuatro kilómetros al mediodía de Serba desemboca en el mar el Nahr-el-Kelb, y es este punto de los más notables de la costa. Nace el famoso río en las montañas del Líbano, en misteriosas é inexploradas cavernas; es el Lycos de los griegos, el Lycus de los romanos, ó el río del Lobo, que los árabes, al traducir este nombre, han convertido en río del Perro. Ignórase el que le dieron los fenicios, pero es posible que la denominación griega de Lycos no fuera más que traducción pura y simple de la voz fenicia. Extiéndese el río de este á oeste por una quebrada del monte Sannin y reunen en un solo lecho las corrientes del Ued de este mismo nombre, del Ued el-Leben y del Nahr es-Salib, pero estas aguas corren raramente hasta el mar, especialmente en los meses de estío, agotadas como quedan por las necesidades del riego. Otra cosa es al llegar el río á aquellas cuevas: de ellas brotan abundantes manantiales, y desde allí precipita su corriente impetuosa y cristalina por entre abruptas y elevadas márgenes, hasta que, después de varios rodeos por angostas cañadas en las que casi ocultan su cauce las agrestes y lozanas espesuras de lo alto, y por algún valle, donde favorecen sus aguas esmerado cultivo, entra en el mar, saliendo de umbrosa y verde barranca inmediata á riscoso promontorio contra el cual rompen las olas, sofocando con su

estruendo el rumor que forma el río entre las peñas que entretienen su curso. Los antiguos, para aprovechar el caudal de sus aguas, desviaron parte de ellas por un



Acueducto inmediato al Nahr el-Kelb

acueducto varias veces reconstruído y existente aún en el día; cubierto de abundante vegetación, toma la dirección del norte hacia la bahía de Djuni. Los modernos, con igual objeto, han abierto un canal hacia el mediodía, que, por montes y valles, las lleva á Beyruth y á sus alrededores; una compañía inglesa verificó la obra, quedando ésta concluída y el canal inaugurado en la primavera del año de 1875.

El arenoso delta formado en la desembocadura del río parece haber sido antes puerto, y créese ver en las rocas de la ribera los huecos que abrió la mano del hombre para la amarradura de las naves. Peñas roídas por las olas á las que hoy no llega con mucho el mar, prueban que las aguas se han retirado ó que la ribera ha subido, y

además de esto es sensible la diferencia de nivel entre las capas del mismo terreno de una á otra orilla. Recuérdase con este motivo que el terremoto del año de 1202 causó grandes y profundos trastornos en toda esta región, quedando destruídas la ciudadela de Baalbek, las murallas de Trípoli y Tolemaida y no pocas poblaciones. Los buques y los peces del mar, dice M. Michaud, fueron lanzados á las costas, y las cumbres del Líbano se entreabrieron y bajaron. Cuando frondosas y dilatadas selvas las cubrían, hubieron de ser más abundantes las aguas del Lycos, y de ello quedan en sus márgenes indestructibles señales.

En verano es el río vadeable á caballo; pero allí mismo, esto es, en el camino que venimos siguiendo, lo atraviesa un puente que sin duda existió en aquel punto desde remota antigüedad, por más que ha experimentado sucesivas reconstrucciones; su última reparación es debida al emir Bechir. En la margen izquierda, en peñascosa superficie pulida al intento, léese larga inscripción arábiga, y aunque sus complicados y borrosos caracteres hacen difícil su lectura, lo que de ella ha podido descifrarse parece atribuir su reconstrucción al sultán Selim I, muerto en el año de 1520.

El promontorio que se encuentra en la desembocadura del río lleva el nombre de Ras Nahr el-Kelb; prolongación de los montes que por mediodía estrechan y dominan su corriente, penetra mar adentro y separa obstruyendo toda comunicación entre ellas, á las comarcas de uno y otro lado, é intercepta por lo mismo el gran camino de Siria que, desde las épocas primitivas y aún ahora, ha pasado siempre por la costa. De muy antiguo, pues, hubo de abrirse en la peña senda ó paso más ó menos fácil y llano, y tiénese por obra de fenicios el camino del cual subsisten muchos vestigios y que corrió á mayor altura que el actual, que es romano y pasa á treinta metros sobre el mar. Por estas vías famosas han desfilado sucesivamente cuantos pueblos han invadido por este lado el territorio de Fenicia, desde los antiguos asirios hasta los franceses modernos; la dificultad de vencer aquel paso en que, cual en otras Termópilas, corto número de intrépidos defensores pueden detener á todo un ejército movió á algunos conquistadores que tal gloria alcanzaron á legar su memoria á la posteridad por medio de esculturas é inscripciones. «¡Humanas vanidades! exclama en este punto de su relato el presbítero Bourassé. Los caracteres cuneiformes y los jeroglíficos en aquellas piedras trazados han sido por espacio de dilatados siglos letra muerta para las generaciones pasadas, y á duras penas, casi borrados como están, alcanzan los sabios de hoy á descifrar alguna palabra.» En confirmación de esto ha de citarse el reciente descubrimiento verificado en las inmediaciones de un molino, en la margen derecha del río y á poca distancia de su desembocadura, de una larga inscripción cuneiforme, cuyos caracteres maltrechos por el tiempo y por los hombres no han podido ser todavía leídos; lo único que hasta ahora se cree haber descifrado en ella es el nombre de Nabucodonosor, varias veces repetido.

En la ribera opuesta, antes de emprender la subida, en los residuos de arruinado puente, hállase la siguiente inscripción latina:

IMP . CAES . M . AVRELIVS
ANTONINVS PIVS FELIX AVGVSTVS
PART . MAX . BRIT . MAX . GER . MAXIMVS
PONTIFEX MAXIMVS
MONTIBVS IMMINENTIBVS
LICO FLVMINI CAESIS VIAM DELATAVIT
PER. . . . . [1]
ANTONINIANAM SVAM

Consta, pues, que el emperador Marco Aurelio Antonino ensanchó *(delatavit* por *dilatavit)* el camino que atravesaba el promontorio, cortando las montañas que dominan el Lyco, y que verificaría la obra por los años 173 ó 174 de nuestra era, según lo hace suponer el epíteto de *Germánico,* el cual le fué aplicado en el de 172 con motivo de su triunfo sobre los marcomanos.

Dejando á la espalda esta inscripción comienza, junto á las peñas que forman la margen izquierda del primitivo sendero, la serie de monumentos erigidos por los antiguos conquistadores asirios y egipcios que por él pasaron.

Son en número de nueve, y consiste el primero en prolongado rectángulo cincelado en la roca, teniendo por adornos una cornisa y laterales molduras. Créese descubrir en él la figura de Ramsés II ó Sesostris y se ha dicho que estaba dedicado á Ftah, divinidad de Memfis. Contiene además la moderna inscripción siguiente, conmemorando la última ocupación francesa:

1860-1861

NAPOLEÓN III
EMPEREUR DES FRANÇAIS

ARMÉE FRANÇAISE

GÉNÉRAL DE BEAUFORT DE HAUTPOUL
COMMANDANT EN CHEF

COLONEL OSMONT
CHÉF D'ÉTAT-MAJOR GÉNÉRAL

GÉNÉRAL DUCROT
COMMANDANT DE L'INFANTERIE

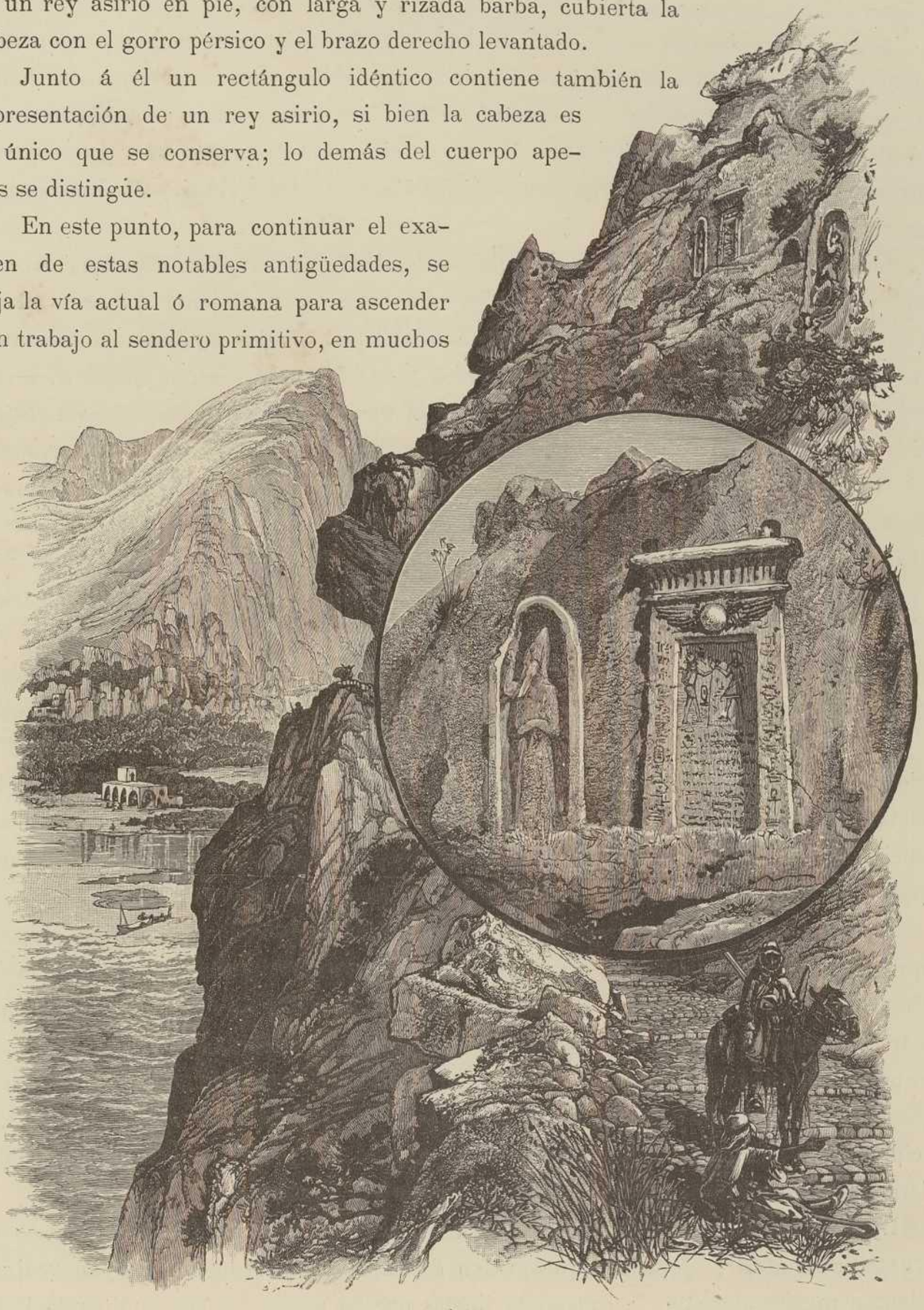
Sigue en tres colunas la lista de los regimientos que tomaron parte en la expedición.

[1] Esta línea, excepto la voz *per*, fué borrada á martillazos, con el fin, á lo que se cree, de condenar al olvido el nombre de la legión que realizó la obra y que sin duda se haría rea de rebelión.

A pocos pasos hacia el mediodía otro paralelógramo rectangular encierra la figura de un rey asirio en pie, con larga y rizada barba, cubierta la cabeza con el gorro pérsico y el brazo derecho levantado.

Junto á él un rectángulo idéntico contiene también la representación de un rey asirio, si bien la cabeza es lo único que se conserva; lo demás del cuerpo apenas se distingue.

En este punto, para continuar el examen de estas notables antigüedades, se deja la vía actual ó romana para ascender con trabajo al sendero primitivo, en muchos



Bajo relieves en el promontorio del Nahr el-Kelb

puntos interceptado por desprendimientos de tierras y piedras, y ya en él hállanse dos cipos asirios igualmente, pero curvos en su parte superior. Los regios personajes

allí representados llevan gorro pérsico y luenga barba; con el brazo derecho levantado, apoyan el izquierdo en el pecho.

El sexto monumento es también un cipo ó gran mojón cuadrangular con cornisa y molduras egipcias; dos personajes están en él esculpidos, pero tan borrados se hallan que por algunos viajeros se ha negado que así fuese; sin embargo, á ciertas horas del día y mediante especiales toques de luz, se alcanza á distinguir su vago contorno. Dícese que una de las figuras representa al dios Ra y la otra á Ramsés II al presentarle una ofrenda.

Subiendo siempre vese otro cipo que, redondeado en su parte superior, sirve de cuadro á un rey asirio, semejante á los anteriores, y finalmente á pocos metros de distancia hállanse, muy inmediato el uno al otro, los dos últimos monumentos. En el primero, de forma cuadrada con cornisa y molduras egipcias, se entrevén, y esto después de detenido examen, dos figuras; de la una cree el sabio egiptólogo Lepsius, quien con gran ahinco ha estudiado las vetustas piedras, representar al dios Ammon y á Ramsés II la otra. El noveno y último cipo, de redondeado remate, contiene la figura de un rey asirio de tamaño natural, con todas las insignias de la realeza; este es el bajo relieve que mejor se ha conservado.

Jeroglíficos ó caracteres cuneiformes, según son los monumentos egipcios ó asirios, los cubrieron en antiguos tiempos, mas hoy tan borrados están que con trabajo se distinguen débiles prestigios. Esto no obstante, afirma Lepsius haber leído en los cipos egipcios el nombre de Ramsés II, que vivió en la segunda mitad del siglo XIV antes de J. C., así como el asiriólogo Layard dice que el de Sennacherib, que invadió la Siria en el año 701 antes de nuestra era, se halla en uno de los cipos asirios; de los demás se supone que conmemoran el paso de otros soberanos de Asiria cuyas invasiones mencionan las Sagradas Escrituras. Esto es cuanto se sabe y probablemente cuanto se sabrá jamás acerca de estas antiquísimas esculturas.

Llaman la atención los agujeros que existen en los ángulos de los tres cipos egipcios y que, al parecer, sirvieron para recibir clavos ó grapas con que sujetaron unas tablas de mármol ó metal; explican los eruditos el hecho diciendo que los asirios, para que los trofeos egipcios quedasen ocultos debajo de los suyos propios, imaginaron el medio de aprovechar sus cipos y colocar en ellos, en tabla sobrepuesta, la figura y las inscripciones de los soberanos de Asiria; tiempo después, la tabla cayó ó fué arrancada, y el cipo egipcio mostró de nuevo la roca primitiva, si bien con el relieve de sus personajes y jeroglíficos considerablemente rebajado, disminuído y confuso.

Dejemos ya el camino fenicio, y volviendo á la vía romana sigamos el paso de abrupto promontorio; las piedras que quedan de la calzada, desunidas hoy y movedizas, reclaman mucha atención, lo mismo en jinetes que en peones, y así caminando hasta el punto superior de la subida veremos á la derecha, en el extremo del cabo, una roca cortada en forma de pedestal. Sobre él estuvo esculpida, á lo que en el país se refiere, la figura de la divinidad Lycus, que diera nombre al río y al promontorio; con la cabeza

hacia el mar, en sus abiertas fauces se introducía el viento, y los misteriosos sonidos que producía eran tenidos por pavorosos oráculos. Para librarse de su funesto influjo, los árabes precipitaron la fiera al mar, y mutilada la escultura en la caída, aún hoy la enseñan al pie de las rocas en estado de informe mole cada vez que la ola se retira. Una leyenda en boga en la comarca cuenta que aquel pedestal sirvió de asiento á un esfinge que, apostado sobre el precipicio, arrojaba sin piedad á él á cuantos viandantes no acertaban con la solución de sus enigmas. M. Guerin se inclina á no ver en el pedestal de que se trata más que la base de una coluna miliar que yace derribada en el camino algo más lejos; de su inscripción latina, por lo desgastada y borrosa, pueden descrifrarse muy pocas palabras. En las laderas inferiores y meridionales del promontorio se han verificado grandes trabajos de excavación, extrayéndose de ellas enormes piedras para diferentes fábricas.

De un kilómetro ó poco más es la extensión de la vía Antonina, llamada por los Cruzados *Desfiladero de Berito*. Tomada Antioquía y después de seguir el mismo camino por nosotros recorrido, pasáronlo sin encontrar obstáculo en el año de 1099, y las crónicas contemporáneas se complacen en celebrar el orden admirable de su marcha. Seguía la hueste la ribera del mar, dicen, donde podía ser fácilmente abastecida por las naves de pisanos y genoveses y por los corsarios flamencos. Gran número de cristianos y piadosos solitarios que moraban en los inmediatos montes, acudían á abrazar á sus hermanos de Occidente, les ofrecían víveres y les indicaban los caminos.

Los portaestandartes marchaban á la cabeza de los peregrinos; venían luego los varios cuerpos de ejército, y en medio de ellos, el clero y los bagajes; una multitnd desarmada cerraba la marcha. Los clarines dejaban oir constantemente su bélico son, y las primeras filas avanzaban con lentitud á fin de que pudiesen seguir todas las banderas. Estableciéronse turnos para la nocturna vela, y cuando el peligro se hacía mayor, redoblábase también la vigilancia y se multiplicaban los centinelas. Las faltas de disciplina eran con severidad castigadas, y á todos se instruía en sus preceptos. Sacerdotes y capitanes exhortaban á los Cruzados á auxiliarse mutuamente y á ser ejemplo de evangélicas virtudes. Todos, dice el cronista Baudry, se mostraban animosos, pacientes, sobrios y caritativos, ó se esforzaban en serlo, añade con encantadora candidez.

Los Cruzados, sigue diciendo la crónica, hubieron de pasar por caminos destruídos por los torrentes y por desfiladeros suspendidos sobre el abismo; mas era tal el terror que su proximidad infundía entre los musulmanes que en ningún punto encontraron enemigos, ni aun en aquel famoso monte por la cual se baja á los llanos de Berito, «donde cien guerreros sarracenos habrían bastado para detener á todas las gentes de la tierra.»

Pero llegado el siguiente año, al dirigirse Balduino I de Jerusalén para recoger la herencia del difunto Godofredo, corrió grave peligro al pasar el desfiladero á la cabeza de setecientos hombres de armas y de igual número de infantes. Los emires de Emessa

y de Damasco, advertidos de la marcha del príncipe por la voz pública ó quizás por la traición, habían ocupado los pasos con numerosas fuerzas; al promontorio llegó la reducida hueste, y apenas hubieron penetrado las avanzadas por el angosto camino, conocióse la inmensidad del peligro al ver coronados de enemigos las alturas en actitud amenazadora. Dada por el rey la orden de alto, allí mismo se plantaron las tiendas esperando tomar una resolución, y Fulco de Chartres, capellán del rey, refiere las perplejidades experimentadas en aquellos críticos momentos. «Aparentábamos valor, dice el buen sacerdote, y es la verdad que sentíamos todos mucha congoja; retroceder era difícil; seguir adelante, más difícil aún rodeándonos el enemigo por todos lados, y ocupadas como estaban las alturas y la ribera. En todo el día no habíamos tomado alimento ni descanso hombres ni acémilas, y de mí, Fulco, he de decir que mil veces á tan delicada situación habría preferido encontrarme en Chartres ó en Orleans.»

En ella pasaron la noche, pero á la siguiente aurora, Balduino fingiendo retirarse, logró atraer al llano el grueso de las fuerzas enemigas, afanosas de correr en su persecución; de pronto les hacen frente los cristianos y con irresistible ímpetu cargan á la muchedumbre que contaba ya con la victoria. La lucha fué terrible, pero corta, y los sarracenos, después de experimentar grandes pérdidas, se dieron á huir unos por las escabrosidades de los montes, otros á las naves que tenían en la costa. Los Cruzados pasaron aquella noche en el campo de batalla, donde procedieron al reparto del botín y de los prisioneros, y al siguiente día atravesaron el desfiladero sin que nadie se atreviese á disputarles el paso.

Desde la base meridional del promontorio cuya bajada emprendemos hasta el Nahr Anthelias median unos cuatro kilómetros, que se andan siguiendo siempre la costa y en muchos puntos por arenoso suelo. El Nahr Anthelias, llamado así á causa de atravesar la aldea de San Elías situada á alguna distancia, riega lozanos plantíos de morales é imprime movimientos á varios molinos; en su desembocadura existe una fábrica de papel, establecida hace poco tiempo.

Al llegar á este punto comienza la costa á formar, por medio de una línea reentrante, la vasta bahía de Beyruth, llamada también de San Jorge, en la que desaguan varios riachuelos, entre ellos el Nahr el-Mut (río de la Muerte), y el camino apartándose del mar, atraviesa por entre elevadas cercas las feraces huertas de los pueblos de Zelka, de Ain-Djebeideh y de Bochrich. Pasamos el Nahr-Beyruth, el Magoras de Plinio, por un puente de siete arcos, cuya construcción ó restauración se atribuye al emir Fakhr-eddin, y á nuestra derecha quedan las ruinas de antiguo y sólido edificio. A él va unida la memoria de san Jorge, en cuanto allí, según tradición del país, libró el santo á la hija del rey y venció y mató al dragón que la amenazaba y era terror de estas comarcas. De Libia y de Capadocia se refiere análoga leyenda. Antigua capilla, transformada en *ualy* por los musulmanes, fué allí consagrada por los cristianos de Beyruth al glorioso paladín.

A poco álzanse á ambos lados del camino las primeras casas de la ciudad, entre

las que abundan los cafés; dos horas hemos puesto del Nahr Anthelias á los arrabales de Beyruth ó Beryto.

Agradable, y más que agradable por todo extremo bellísima, es la situación de esta ciudad fenicia que ocupa, en pequeña eminencia, gran parte del lado meridional de la extensa bahía. Quien desde la rada (que es el mejor punto de observación) contempla los atavíos con que la han favorecido la naturaleza y los hombres, goza en verdad de espléndido espectáculo, y siéntese como sobrecogido de admiración. Elévase la ciudad en anfiteatro dominando la rada cuyas olas van á morir á sus piés, y los grandes edificios, el caserío y las quintas á él inmediatas forman grupos, ó están diseminadas por las laderas de risueñas lomas cubiertas de vegetación frondosa; más lejos otros collados asoman sus más altas cumbres, igualmente cultivadas, y así van escalonándose las alturas, matizadas de puntos blanquecinos que indican otros tantos lugares, aldeas ó monasterios, hasta que cierran el horizonte las imponentes y majestuosas cimas del Líbano, flanqueadas por gigantescas rocas que semejan fantásticos obeliscos, y rodeadas de tenues vapores entre los que brilla la mayor parte del año

Bahía de Beyruth

su tersa y radiante corona de nieve. Con la luz de la aurora cobran vida y animación todas las partes y pormenores del hermoso conjunto, y resaltan de la clara y azulada bóveda entre diáfano ambiente que al parecer acorta las distancias y da relieve á las líneas de los objetos. Al ocaso varía el espectáculo para adquirir, si cabe, sublimidad aún mayor; vístese el cuadro de colores que el pincel no reproduciría jamás; los encendidos arreboles pasan sucesivamente por los tonos y cambiantes más delicados hasta una media tinta violácea, y ésta, perdiendo á cada instante claridad y color, acaba, después de breve crepúsculo, en oscura noche, saliendo á tachonar el firmamento innumerables estrellas con fulgurante centelleo.

Apoyada en estos montes y colinas, en medio de esta vegetación que baja hasta lamer la playa, con el mar bañando sus plantas, Beyruth, según expresión arábiga, se asemeja á «graciosa sultana que blandamente recostada en verdes almohadones, se mira indolente en el cristal de las aguas.»

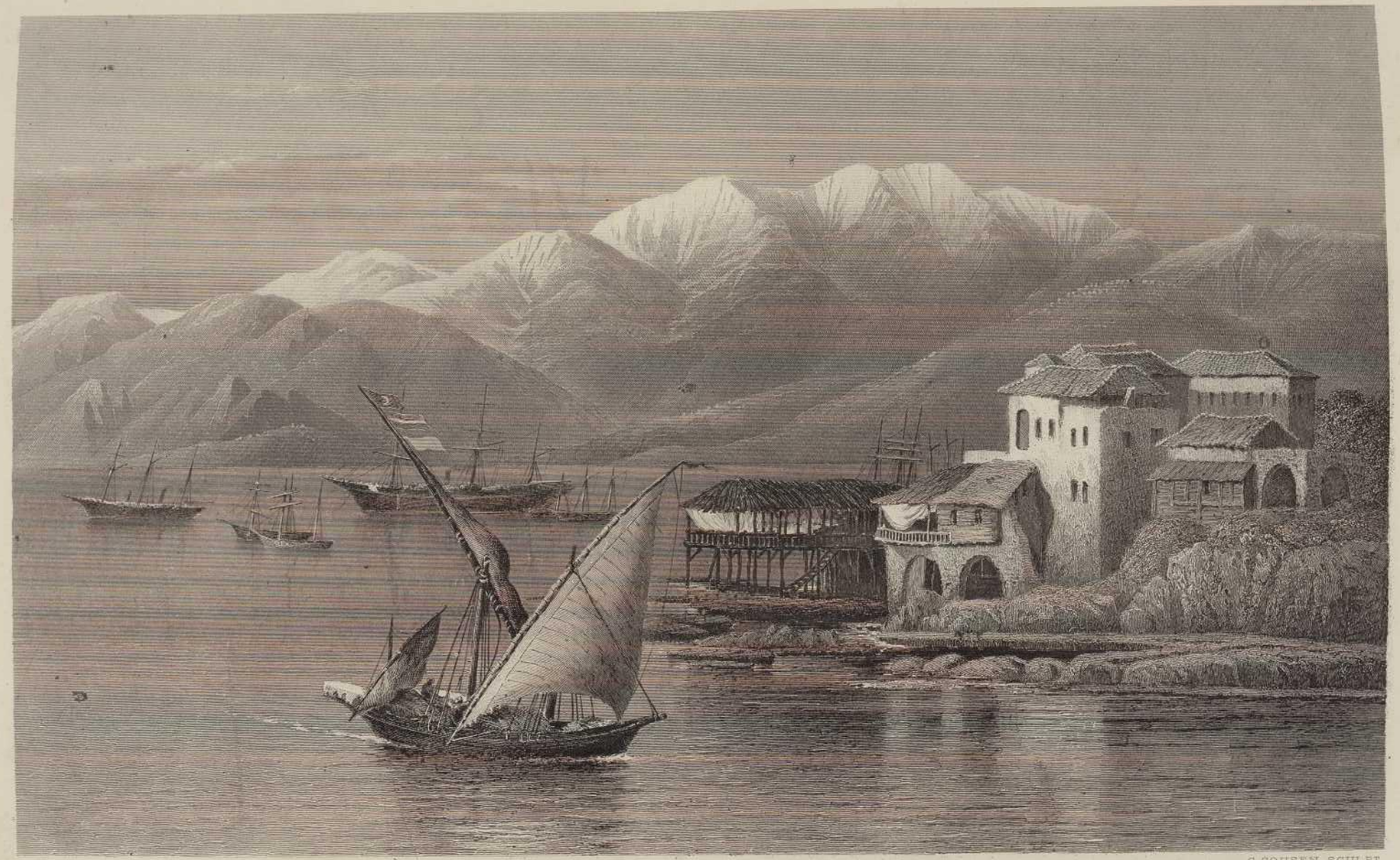
Por desgracia no corresponde la rada á la importancia que tiene hoy la ciudad; aunque sirve de puerto á Damasco y es la mejor y más abrigada del litoral de Siria, ello es que al arreciar el mal tiempo ofrece escasa seguridad á los buques, y muchas veces han de abandonar sus aguas para buscar en la desembocadura del Nahr Beyruth anclaje menos peligroso.

Beyruth es la antigua *Berytos* de los griegos, la *Berytus* de los latinos. De su origen nada positivo se sabe; autores hay que la creen fundada por los Giblitas al mismo tiempo que la ciudad de Byblos; otros por Gerseo, quinto hijo de Canaán, diciendo que en un principio llevó la ciudad el nombre de Geris, y algunos, en fin, la identifican, pero sin fundamento al parecer, con la Beroth de la Vulgata, la que ha de buscarse no en la costa, sino más bien tierra adentro; lo más seguro es, en atención á la importancia de su posición marítima, que fué desde remota edad factoría fenicia, quizás colonia de Sidón. Créese su nombre derivado de la voz hebrea *beeroth (pozo);* mas con razón observa un autor que tal etimología está en contradicción manifiesta con la naturaleza del lugar, donde el agua es mala y escasa, y opina que mejor ha de buscarse en la palabra caldea *beruth (ciprés* y también *pino),* ya que extensos pinares hubo en aquel sitio. Observa en este punto Guerin que quizás exista alguna relación entre el nombre de Beruth y el de Berith, dado en la Biblia á una deidad cananea llamada Baal-Berith, la cual tenía un templo en Sichem.

Sea de esto lo que fuere, la ciudad en que ahora estamos fué mencionada por primera vez con su nombre griego en los fragmentos de Scylax, por los años de 350 antes de J. C.

Saqueada y devastada por Tryfon en el siglo II anterior á nuestra era, cayó después en poder de los romanos, y reconstruída y repoblada por éstos, fué en tiempo de Augusto colonia militar con el nombre de Félix Julia.

Herodes el Grande, sin duda para agradar á su valedor, levantó en ella pórticos, templos y palacios. En su recinto y ante un tribunal de ciento y cincuenta jueces acusó



J. D. WOODWARD, PINXt

C. COUSEN. SCULPt

LA BAHÍA DE BEIRUTH.

ESPASA Y COMPª EDITORES.

á Alejandro y Aristóbulo, hijos que tuviera de Mariamna, y tales cargos fulminó contra ellos, sin que les fuese permitida la defensa, que arrancó una sentencia capital que fué ejecutada en Samaria, siendo ambos príncipes extrangulados por disposición de su bárbaro padre.

Agrippa I construyó en Beryto termas y teatros, y Agrippa II la adornó con estatuas que eran copia de las obras más famosas de los escultores griegos.

En Beryto recibió Vespasiano, luego de ser proclamado emperador por las legiones, numerosas embajadas de felicitación, y allí mismo dió libertad á su prisionero el historiador Flavio Josefo, por haberle vaticinado su futuro encumbramiento. Tomada Jerusalén, detúvose Tito algún tiempo en esta ciudad de la costa para descansar de las fatigas de la campaña, y en ella celebró el cumpleaños de su padre con suntuosos juegos, en los que hallaron la muerte, combatiendo unos contra otros, miles de cautivos para diversión del pueblo.

Dice la tradición que Nuestro Señor Jesucristo llegó hasta una de las puertas de Beryto, donde predicó su celeste doctrina; pero esto dista mucho de estar acreditado. Lo está, sí, que desde los primeros tiempos del cristianismo fué la ciudad sede episcopal dependiente de la jurisdicción del patriarca de Antioquía. Renombradas escuelas florecían en ella, tanto que á las mismas se acudía desde las de Atenas y Alejandría para perfeccionarse en el estudio del derecho y la literatura; por esto la llamó Justiniano ciudad madre y sustentadora de la jurisprudencia. A esta fama se unía la que le daban, junto con su opulencia y sus manufacturas de seda, sus grandes edificios y magníficas plazas cuando en el año de 566 fué destruída por violento terremoto: sus palacios, templos y columnatas quedaron destruídos, y gran número de habitantes perecieron entre las ruinas de sus casas. Aunque sin tardar reconstruída, de su antiguo esplendor poca cosa conservó, á no ser el comercio, para el cual le daba gran ventaja su posición excelente.

En el año de 638 cayó bajo el yugo musulmán, y cuando en el de 1099 pasó á poca distancia de sus muros el ejército cruzado, al que hemos visto seguir la costa de Fenicia encaminándose á Jerusalén, obtuvieron sus moradores, mediante la entrega de provisiones y presentes, que los latinos atravesaran su territorio sin causar en él el menor daño.

Después de la toma de Trípoli, corriendo el año de 1110, Balduino I, rey de Jerusalén, llevó sus armas contra Beryto; defendida la plaza por fuertes murallas, opuso por espacio de dos meses empeñada resistencia á sus ataques. Para batir los muros y las torres que los flanqueaban construyeron los cristianos fortalezas movibles y gran número de ingenios, y por Guillermo de Tiro sabemos que se sirvieron para ello de un bosque de pinos que en las inmediaciones existía. Cuenta el cronista Alberto de Aix que firmada que fué la capitulación, los moradores amontonaron en las plazas todos los tesoros y preciosidades que no pudieron llevar consigo, y les pusieron fuego, lo cual motivó que la entrada de los Cruzados no fuese tan pacífica como se esperaba,

y que fueran pasados á cuchillo gran número de habitantes. Beryto vió entonces restablecida su sede episcopal, siendo sufragánea del metropolitano de Tiro, bajo la jurisdicción del patriarcado de Jerusalén.

Saladino, en el año de 1182, la combatió con poderosas fuerzas por tierra y por mar, pero todo en vano: la fortaleza de sus muros y la decisión de los cristianos triunfaron de todos sus esfuerzos, y el sultán, amenazado por un ejército cruzado que acudía al auxilio, hubo de levantar el cerco después de devastar las huertas de las cercanías. A los cinco años, ocurrida la catástrofe de Hittin, pocos días de sitio le bastaron para que los aterrorizados habitantes rindiesen la ciudad á sus victoriosos pendones. En ella, luego de tomada la de Jerusalén, fué aclamado por soberano de la ciudad de Dios y coronado como sultán del Cairo y Damasco. Desde aquel día las provincias musulmanas de Siria tuviéronla por capital; los corsarios que infestaban los mares llevaban á su puerto los despojos de los cristianos; los guerreros musulmanes guardaban dentro de sus fuertes muros los tesoros ganados en sus bélicas correrías, y en sus mazmorras vivían amontonados cuantos cautivos les diera la guerra en los últimos años.

Esto explica cómo los barones de Palestina, al recibir en el año de 1197 el poderoso refuerzo de la cruzada alemana, consideraron como gloriosa y muy conveniente empresa la reconquista de Beryto, y hacia ella avanzó la hueste cristiana desde San Juan de Acre siguiendo la costa, apoyada por numerosa armada con víveres y municiones de guerra.

Malek-el-Adel, hermano de Saladino, que en medio de las rivalidades y turbulencias á que diera nacimiento la muerte del temido sultán, gobernaba muchos de los territorios por éste conquistados, había desmantelado las fortificaciones de Jaffa y con su ejército avanzaba, camino de Damasco, hasta las montañas del Ante-Líbano; al saber la marcha y el propósito de los cristianos, atravesó los montes que á su izquierda se elevaban y fué acercándose á la ribera del mar. Con grandes precauciones marchaban en contrario sentido uno y otro ejército, y en el llano que riega el Nahr el-Kasmieh, entre Tiro y Sidón se encontraron la noche de san Severino, según relato que hizo del suceso el duque de Sajonia. A la siguiente mañana dan las trompetas la señal del combate, y fórmanse en batalla cristianos y musulmanes: la hueste sarracena, cuyas líneas cubrían dilatado espacio, propúsose envolver á la más reducida de los Cruzados y cortar su comunicación con la costa, y para ello nubes de jinetes se precipitaron contra el frente y los flancos del ejército cristiano.

Los Cruzados, formados en apretadas haces, oponen en todas partes impenetrable muro: á la lluvia de flechas que sobre ellos cae responden con sus lanzas y aceros. Peleós dice M. Michaud, con armas diferentes, pero con igual denuedo, y después de estar por muchas horas indecisa la victoria, decidióse al fin por los cristianos. Las orillas del mar y del río, la falda de los montes quedaron cubiertas de cadáveres; los sarracenos tuvieron la pérdida de muchos emires, y Malek-el-Adel, que mostrara en la jornada la peripecia de un gran capitán, quedó herido en el campo de batalla, debiendo á la fuga su salvación. Sus soldados, dispersos y fugitivos, corrían unos hacia

Jerusalén y seguían los otros en desorden el camino de Damasco, donde la noticia de la sangrienta derrota difundió aflicción y espanto.

Resultado de ella fué que todas las ciudades de la costa de Fenicia volvieron á poder de los cristianos, abandonando los sarracenos á Sidón, Laodicea y Byblos; y cuando el ejército y las naves de la Cruz se presentaron delante de Beryto, la guarnición había evacuado ya la ciudad para refugiarse en la ciudadela. No se defendió en ella mucho tiempo, y perdida por sorpresa una de las torres durante la noche y muertos los principales jefes en una salida, la abandonó á su vez para huir á los inmediatos montes. La ciudad y el castillo, dicen las crónicas, encerraban víveres en cantidad enorme, y con las armas arrojadizas, arcos y máquinas de guerra allí encontrados habrían podido cargarse dos galeones. Rico botín repartiéronse los vencedores, pero sin duda que el tesoro más precioso obtenido con su victoria fué la libertad con ella devuelta á nueve mil cautivos cristianos.

Bajo la dominación cristiana estuvo Beryto hasta el año de 1291 en que Malek-Achraf, con la toma de San Juan de Acre, hizo suyas cuantas plazas poseían aún los cristianos en las costas de Palestina, Fenicia y Siria. La de Beryto abrió con escasa resistencia sus puertas á los musulmanes, y por ellos devastada renació con el tiempo de sus ruinas merced á su situación ventajosa, á la ferocidad de su suelo y á la industria de sus habitantes, que el cultivo de la morera y del comercio de sederías reportaban de antiguo muy pingües ganancias.

En el año de 1598, según la relación de don Aquilante Rochetta, era aún muy triste el aspecto de Beryto y escaso el número de sus habitantes, y en el siglo siguiente, en el año de 1626, escribió ya de ella el *Devoto Peregrino:* «Es Barauth ciudad muy antigua, muy deleytosa y amena; tiene famosos y grandes jardines, y hay en ella religiosos franciscanos.» Debida fué su rápida transformación á haberla elegido por ordinaria residencia en aquel intervalo de tiempo el emir druso Fakhr-eddin, quien, aliado con los venecianos y otros estados de Italia, se alzó contra la dominación turca y logró crearse una soberanía tan blanda y propicia para los cristianos indígenas, como favorable al comercio y á la prosperidad del territorio. En Beyruth, que fué como la corte del inteligente príncipe, levantó vasto palacio, del que subsiste todavía una parte en ruinoso estado; construyó ó restauró otras obras de pública utilidad, y allí, en el año de 1634, tomada la ciudad por los turcos, quedó prisionero: llevado á Constantinopla fué estrangulado por disposición del sultán Amurates IV.

En nuestros días, al hacerse dueño Mehemet-Alí de Palestina y Siria, fué ocupada Beyruth por los soldados egipcios; pero bombardeada en 10 de octubre del año de 1840 por las escuadras turca, austriaca é inglesa, hubieron de evacuarla, y desde entonces no ha dejado de pertenecer al sultán de Constantinopla.

Las horribles escenas de muerte en el Líbano ocurridas en el año de 1860 motivaron la intervención armada de Francia y Beyruth fué cuartel general del ejército expedicionario.

De la antigua Beryto únicamente subsisten algunas destrozadas colunas, unas de mármol y otras de granito, diseminadas en diferentes puntos; vestigios de muelles, muros y almacenes en la costa, así como excavaciones hechas en la peña, que así pudieron ser baños como sótanos de edificios de muy antiguo demolidos, y además fúnebres hipogeos, sarcófagos, intactos algunos y los más mutilados, restos de mosaico y unas quince inscripciones griegas ó latinas, casi todas incompletas. Al abrir los cimientos del vasto edificio levantado por las Hermanas de la Caridad, descubriéronse residuos de grande y antigua fábrica, ornada con colunas y solada con pulidas losas; templo gentílico fué, consagrado á Júpiter, según así resulta, al parecer, de la inscripción grabada en un pedestal allí desenterrado, sobre el que se alza hoy la imagen de San Vicente de Paul. Dice así:

I . O . M . H .
T . PONTIVS . MAXI
MVS . Q . F . PROTO
CTETVS
V . L . A . S .

La primera línea ha de leerse así:

Iovi Optimo, Maximo, Heliopolitano.

Así, pues, á esta deidad, en cumplimiento de un voto, fué erigida una estatua por Tito Poncio Máximo.

A la ciudad de la Edad Media y de la época de las Cruzadas pertenecen dos monumentos transformados en mezquita por la conquista musulmana. Es el uno la antigua catedral de San Juan Bautista, casi intacta todavía, con su campanario cuadrangular y aislado, hoy alminar, su atrio, sus tres naves y otros tantos ábsides, sus pilares formados por haces de columnitas, y sus arcos ojivales; por desgracia los capiteles han sido embadurnados con grosero revoque bajo el que desaparecen todas sus líneas. Créese que esta iglesia fué erigida inmediatamente después de tomada la ciudad por Balduino I y que sucedió á otra más antigua de la época bizantina; de esta última queda una inscripción griega que indica el sitio ocupado por el baptisterio.

De menor importancia el otro monumento, artísticamente hablando, ha perdido por completo en las varias transformaciones que ha tenido, su forma primitiva; sinagoga en un principio, iglesia después, varias veces restaurada, está, hoy, como el anterior, en poder de los musulmanes y convertido en mezquita. La iglesia estuvo bajo la advocación de San Salvador.

Refiérese en las actas del segundo concilio de Nicea que los judíos de Beryto en el año 465 de nuestra era, con motivo de haber hallado en la casa que uno de ellos

adquirió, un crucifijo que por olvido dejó allí el cristiano que la habitara, renovaron contra la sagrada imagen todos los improperios é insultos de la Pasión. Al abrirle de una lanzada el costado, brotaron de la herida ¡oh prodigio! sangre y agua hasta llenar un gran vaso, que los turbados judíos llevaron á su sinagoga. Cuantos enfermos y lisiados pudieron ser rociados con el sagrado licor, quedaron al instante sanos; los

Castillo de Beyruth

judíos entonces abrazaron casi todos la religión cristiana, y su sinagoga, convertida en iglesia, recibió el título de San Salvador, siendo objeto de universal veneración. La tradición añade á este relato que el milagroso crucifijo había sido hecho por manos de Nicodemus, habiendo después pertenecido á Gamaliel, á san Pablo, á Santiago, etc. El aniversario del milagro es celebrado por los cristianos de Beyruth el día 9 de noviembre.

También puede atribuirse á la Edad Media la fortaleza ó castillo que defendía la

ciudad por el lado del puerto; desde el año de 1840 queda reducida á un montón de ruinas acribilladas de balas y bombas.

De la propia época databan buena parte de los almenados muros que hace apenas veinticinco años encerraban á Beyruth dentro de fortificado recinto; una porción del mismo, murallas y torres, pertenecía á antigüedad más remota. En el día casi todas han sido derribadas, y sus materiales se han empleado en la construcción de los nuevos barrios que ha hecho necesarios el aumento de la población; el antiguo círculo de piedra ha sido roto, especialmente por la parte de oriente, y la ciudad ha triplicado en extensión, pues al tiempo que se extiende de cada día más por la ribera del mar, va alzándose de un modo incesante y progresivo por las laderas suavemente inclinadas de los collados que antes la dominaban y que ahora se hallan comprendidos en la vasta área por ella ocupada. Lo que podemos llamar la ciudad vieja consiste en un laberinto de calles y callejuelas por lo común tortuosas, sucias y sombrías; por los bazares y sus inmediaciones circula abigarrada y compacta muchedumbre, en la cual se ven toda clase de trajes y se escuchan cuantas lenguas se hablan en Oriente y no pocas de las de Europa. Atraviésala de cuando en cuando el mulatero del Líbano que con su pequeño turbante, su jaquetilla de damasco de encendido color, con complicados alarames que parecen otros tantos jeroglíficos y las mangas perdidas, arrea pausadamente su ganado con estridentes é incesantes voces, y también el beduino del desierto que, rebozado en su severo traje, guía larga fila de camellos balanceándose en el mayor y más alto entre todos, el cual suele ir adornado con conchas y pechinas del mar Rojo.

Las mujeres de Beyruth, al salir á la calle, velan su rostro con pañizuelo negro ó de color oscuro, al tiempo que envuelven todo el cuerpo en holgado manto blanco, lo cual les da fantástico aspecto. Cuando dejan esas prendas, muestran muy distinto y elegante atavío. De su turbante ó birretina de oro cincelado se escapan en trenzas sus cabellos, adornados con sartas de cequíes, y una chaquetilla bordada, abierta por el pecho, anchos y largos calzones de seda, una faja de vivos colores, y borceguíes rojos ó amarillos completan el traje que más ó menos rico, usan dentro de casa las mujeres de posición acomodada. En Beyrut, lo mismo que en Damasco y en el Líbano; en el desierto lo propio que en varias poblaciones, tienen por costumbre teñirse las uñas de amarillo, y pintarse ligeramente el rostro con toques de varios colores. Las europeas son las únicas que salen á la calle con el rostro descubierto.

Pobre y mezquino aspecto tienen por lo general las tiendas de esos bazares; pero esto no impide que se encuentren en muchos artículos de gran precio, como son, por ejemplo, objetos de seda artísticamente bordados y preciosas filigranas de plata.

Esto en cuanto á la ciudad antigua; de la nueva ha de decirse que el elemento europeo prevalece en ella sobre el oriental, y lo ofusca por completo. Mejor y con más arte edificada, sus anchas calles permiten el paso de carruajes; las casas en vez de alzarse sin orden como en la antigua, están alineadas; muchos tienen deliciosos jardines, y á proporción que nos alejamos de la ciudad vieja, van siendo éstos más extensos

J. PORTAELS, PÍNXT

J. DEMANNEZ, SCULPT

UNA HIJA DEL ORIENTE.

ESPASA Y COMPª EDITORES.

y las casas toman el aspecto de hermosas quintas, entre las que se hallan lozanos plantíos de moreras, cercados por gigantescos nogales.

Los establecimientos religiosos han crecido en Beyruth con gran consuelo de las almas cristianas. La parroquia católica es administrada por frailes capuchinos, los cuales poseen un regular convento; la iglesia, muy pequeña hace pocos años, ha sido reedificada en mayores proporciones. En las cercanías de la aduana se alzan la bella iglesia de los Padres franciscanos de Tierra Santa y su hospitalario convento.

El establecimiento de los Lazaristas se ha engrandecido considerablemente desde el año de 1863, y su capilla, aunque muy vasta, basta apenas para contener á las Hermanas de San Vicente de Paul y al gran número de sus alumnas. La residencia de las Hermanas, á ella contigua, es á la vez casa de huérfanos, colegio para niñas, que entre internas y externas cuenta unas setecientas, hospital donde se acogen anualmente más de seiscientos enfermos, y en fin botica, frecuentada cada día por trescientas personas á lo menos, las cuales, pertenecientes á todas las religiones y ritos, acuden hasta de largas distancias para buscar en las Hermanas medicinas, consejos y cuidados, todo gratuito. No hay que decir, pues, si son queridas y veneradas en Beyruth las heroicas hijas de San Vicente de Paul, y como el hospital por ellas fundado en el año de 1847 se considerara ya insuficiente en atención al enorme crecimiento que la ciudad ha experimentado, los Lazaristas les prestan su ayuda para la edificación de otro más capaz y en situación mejor, cuyas obras comenzaron hace poco tiempo.

La casa de las Damas de Nazareth merece, como las anteriores, llamar la atención de cuantos visitan la ciudad, y aunque de fundación reciente, ha alcanzado ya muy floreciente estado. Edificada en una colina que domina á la población, goza de la admirable vista del mar y del Líbano, y son de admirar la elegancia y grandiosidad de su planta, la belleza de sus dilatadas galerías é inmensas azoteas. En ella, de maestras de capacidad notoria, reciben esmerada educación las hijas de notables familias de Siria y Palestina, en número hoy de ciento y cincuenta.

Las Hermanas de San José que, desde el año de 1848, prestan muy grandes servicios en Palestina, adonde las llamó el patriarca Valerga, poseen también casa en Beyruth, y con las Hermanas de la Caridad y las Damas de Nazareth rivalizan en abnegación para el cuidado de enfermos y la educación cristiana de la infancia.

Pero el establecimiento que á todos supera en magnificencia y recursos es el de los Padres jesuitas. Para contrarrestar con eficacia mayor la influencia protestante que sin cesar aumenta, favorecida como está por Inglaterra, Prusia y los Estados Unidos de América, trasladaron los Padres á Beyruth el colegio que tenían en Ghazir, en el monte Líbano, y en extenso y bien situado solar, con rapidez admirable y dimensiones colosales, han edificado un liceo y un seminario que son realmente modelos. Un jesuita, el R. P. Pailloud, ideó y realizó la traza de los edificios y bajo su dirección, en poco más de un año, se ha levantado gigantesca fábrica cuyo aspecto general, lo mismo

que sus pormenores, por su belleza y por el inteligente acierto que á todo ha presidido, son celebrados por cuantos la visitan. Numerosas colunas, procedentes muchas de ellas de las ruinas de Deir el-Kalah, adornan la capilla, que es una de las iglesias más hermosas de Siria.

Al liceo y seminario se agregará en breve una escuela de medicina, todo reunido y á la vez separado en el mismo recinto, que lleva el nombre de Universidad de San José.

Los Padres poseen además una imprenta, que es sin disputa la mejor que hay en Oriente: bajo la dirección de un maronita, en su oficio muy hábil y entendido, se hacen en ella impresiones en doce distintas lenguas.

Los maronitas poseen en Beyruth varias iglesias, algunas de ellas muy antiguas, y su metropolitano, luego de dar remate á la construcción de un grandioso colegio, ha comenzado la de una catedral.

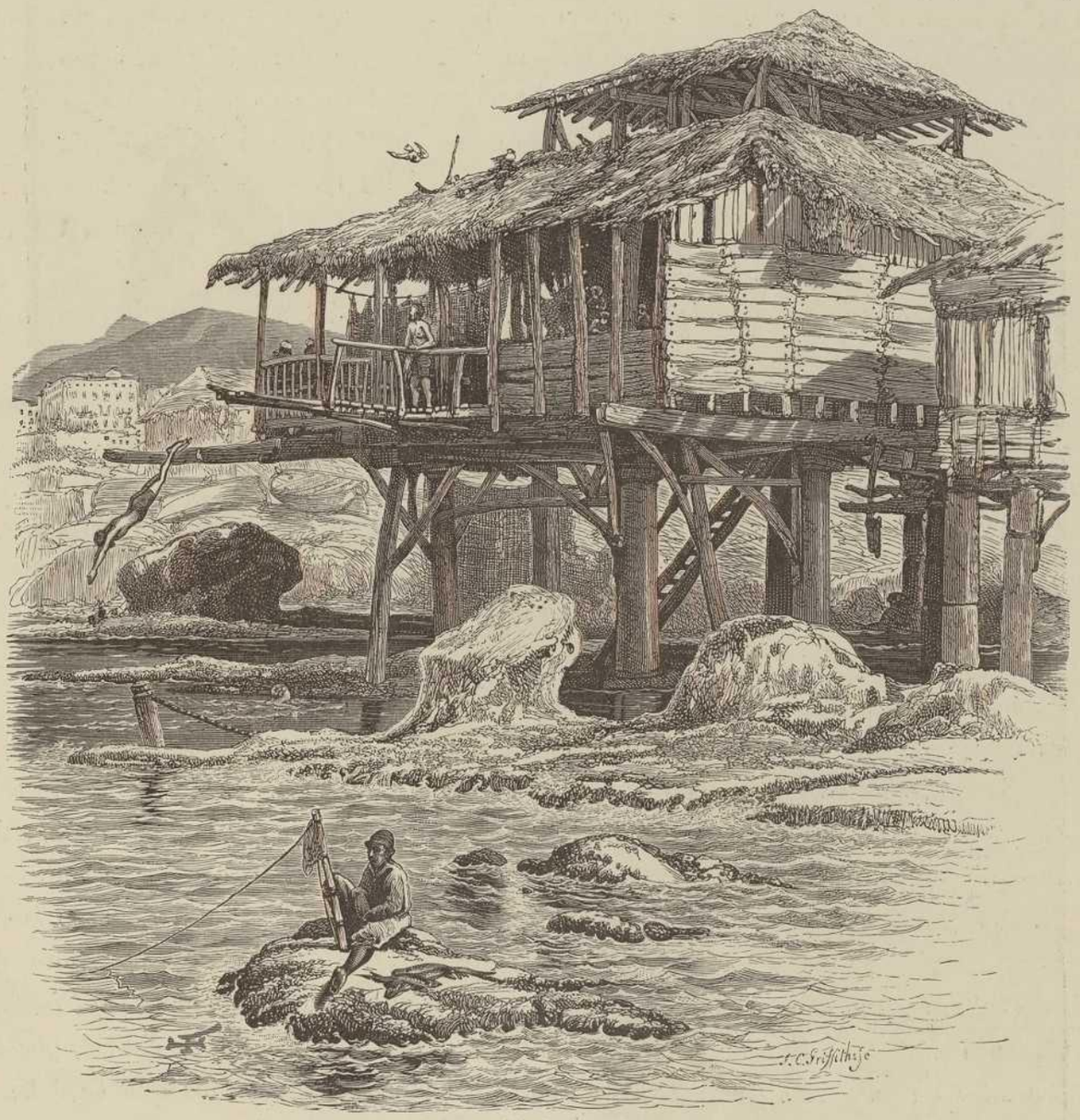
Los griegos, así católicos como cismáticos, tienen igualmente iglesias y escuelas superiores. Las elementales son en gran número en todas las comuniones y pueblos, y una de ellas es mantenida por el gobierno italiano con el nombre de *Scuola reale italiana*.

Por su parte los protestantes, conforme queda dicho, no permanecen inactivos: la misión americana que existe en Beyruth, de algunos años á esta parte, ha fundado recientemente un gran colegio con una escuela de medicina y un observatorio. Los ingleses han creado igualmente escuelas, y los alemanes sufragan los gastos de un hospital y una casa de huérfanos.

Veinte mil habitantes contaba la ciudad antes del año de 1860, y en el día exceden de ochenta mil, de los cuales son musulmanes únicamente veintitrés mil; los demás son maronitas, griegos católicos, griegos cismáticos, armenios unidos y separados, judíos y europeos. Casi todas las naciones de Europa, incluso España, están en Beyruth representadas por cónsules generales. Causa primera de este gran aumento de población fueron las horribles escenas de matanza acaecidas en el Líbano en la fecha indicada, por haber buscado refugio en la ciudad gran número de infelices que pudieron así librarse de la muerte; emprendidas luego notables reformas materiales derribáronse gran parte de las antiguas murallas, y de aquel entonces data, con el constante crecimiento de la población cristiana, el aire europeo que distingue á esta ciudad oriental de cada día más extensa y populosa. «De desear es, sin embargo, observa en este punto M. Guerin, que su no interrumpido engrandecimiento tenga término, y que cese ya de atraer á su recinto, para transformarlos en jornaleros, ganapanes, cocheros, mozos de café ó mancebos de tienda, á los sencillos y honrados montañeses del Líbano, que de este modo pierden poco á poco la integridad de su fe, su ingenuidad nativa y sus patriarcales costumbres.»

Beyruth unida hace pocos años con Damasco por medio de un camino carretero de 112 kilómetros, ha llegado á ser, despues de Esmirna, la plaza mercantil de más importancia en aquella costa y como el centro comercial de Siria. Sus muelles están

atestados de mercancías allí traídas ó de allí llevadas por numerosas caravanas, y sus naturales, que parecen haber heredado algo del genio de los antiguos fenicios, hacen competencia en los negocios con los comerciantes europeos en la ciudad establecidos. El arábigo, el italiano y el francés son los idiomas que generalmente en ella se hablan, y es considerable y sorprendente, tratándose de una ciudad oriental, por lo que

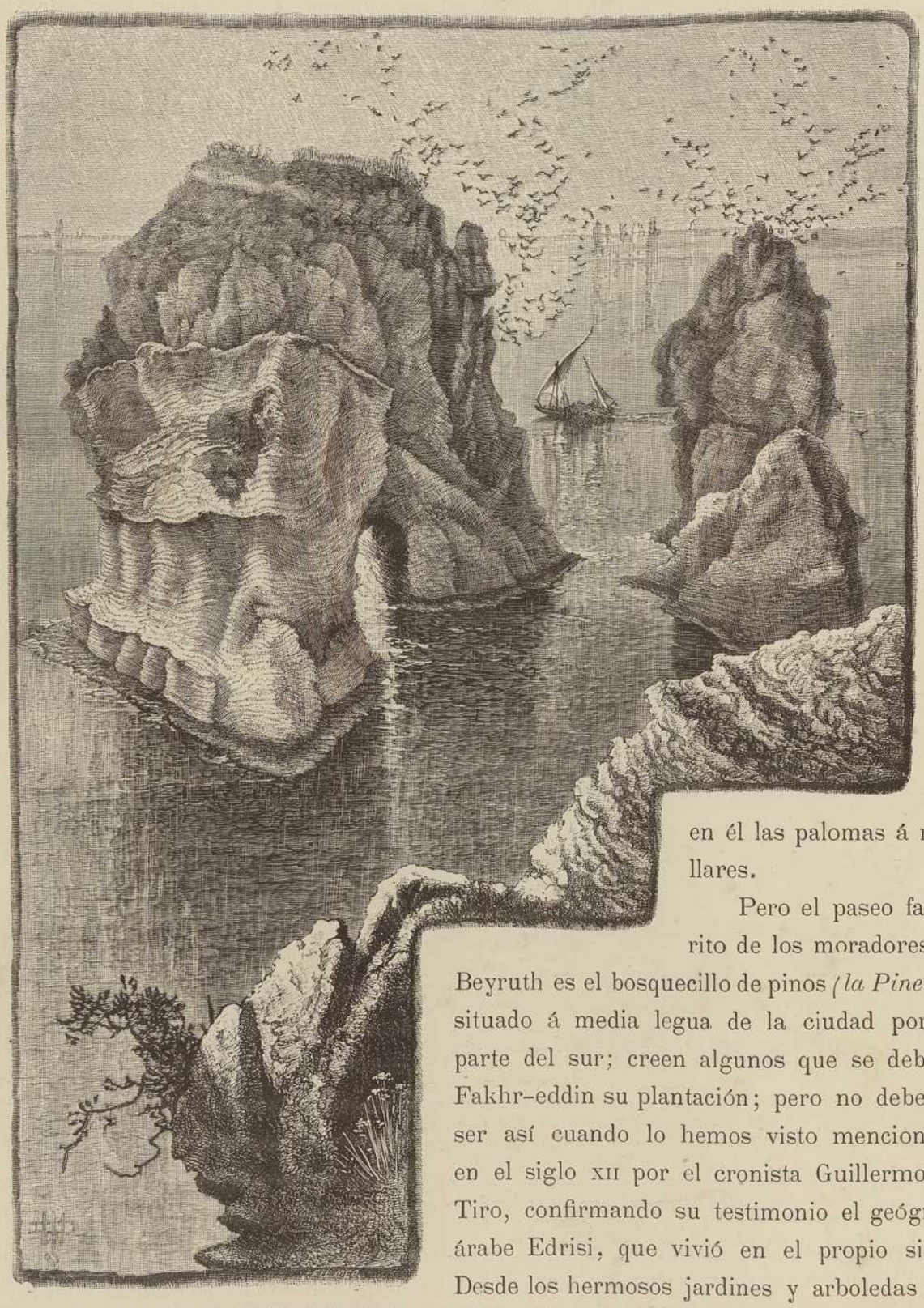


Baño y café en Beyruth

mencionan el hecho casi todos los viajeros, el número de personas que en Beyruth saben leer y escribir.

Ofrece esta ciudad, que por su situación y suave clima trae á la memoria las más ponderadas de Italia, grata residencia á los extranjeros, y por los caminos, ó por mejor decir, paseos de los alrededores, puédese caminar horas y horas entre quintas y jardines, gozando de la agradable vista de las flores, que aún en invierno esmaltan el suelo, y de la sombra de naranjos, limoneros, sicomoros y palmeras. Cerca del mar hállanse los cafés, los baños, y las principales fondas; de allí suele partirse para la expedición

que los guías no dejan de recomendar, á un islote peñascoso desde el cual, trepando á la altura, se disfruta de magnífica vista sobre el mar; es además famoso por anidar



Islote inmediato á Beyruth, llamado de las Palomas

en él las palomas á millares.

Pero el paseo favorito de los moradores de Beyruth es el bosquecillo de pinos *(la Pineta)*, situado á media legua de la ciudad por la parte del sur; creen algunos que se debe á Fakhr-eddin su plantación; pero no debe de ser así cuando lo hemos visto mencionado en el siglo XII por el cronista Guillermo de Tiro, confirmando su testimonio el geógrafo árabe Edrisi, que vivió en el propio siglo. Desde los hermosos jardines y arboledas que allí conducen vense en toda su majestad las gigantescas cumbres del Líbano, prolongándose por un lado hacia Trípoli con una aldea, una iglesia ó un convento en cada uno de sus picos, y por el otro hacia Saida,

cubiertas de verdor y de caseríos, y alzándose sobre brillante y rojizo arenal del que, por avanzar siempre aunque muy lentamente, se teme llegue un día en que invada la feraz llanura y la zona meridional de los jardines con que se envanece la próspera ciudad. Es aquello un desierto verdadero con sus montecillos de arena llevados al impulso del viento, sus oasis, sus falaces perspectivas, su vegetación salina, su abrasado ambiente y hasta con sus beduinos y recuas de camellos; pero es también un desierto en miniatura, ya que en tres horas puede atravesarse de norte á sur y en menos tiempo de este á oeste. De antiguo, pues, como dique al invasor arenal, fué plantado el pinar de que tratamos, antes más extenso que ahora, ya que, según Edrisi, tenía unas doce millas en todos sentidos. En el día por las devastaciones sufridas y por el progresivo crecimiento de Beyruth ha disminuído mucho en extensión; pocos son los corpulentos y añosos pinos que restan de las edades pasadas; pero de vez en cuando precaviendo el peligro, se hacen plantaciones nuevas, y esto es lo que verificaría el emir Fakhr-eddin.

Por este pinar nos toca emprender el camino á nuestra partida de Beyruth; pasaremos el arenal, y siguiendo la costa tendremos á un lado el espectáculo siempre bello del mar, cuyas olas vienen á morir á los piés de los caballos, y al otro el de numerosas aldeas escalonadas en las verdes alturas que cierren el horizonte por oriente. De este modo pasaremos el Ued Rhadir y otros dos arroyuelos, secos en verano, y después de andar quince kilómetros llegaremos al Khan el Khaldah.

Aunque de pobre aspecto conviene detenerse en él por haber existido en aquella playa antigua población, hace siglos destruída; de ella sólo quedan pocas y confusas ruinas, pero son notables varios sepulcros abiertos en la peña, y lo son más todavía los mutilados sarcófagos de diversa forma que en número aún considerable, existen en las inmediaciones del khan hacia el monte, dando testimonio de la importancia del pueblo que allí tuvo morada. Para la generalidad de los autores es el lugar al que se daba en el siglo iv el nombre de *Heldua,* situado, según el Itinerario del Peregrino de Burdeos, entre Beryto y Porphyrion.

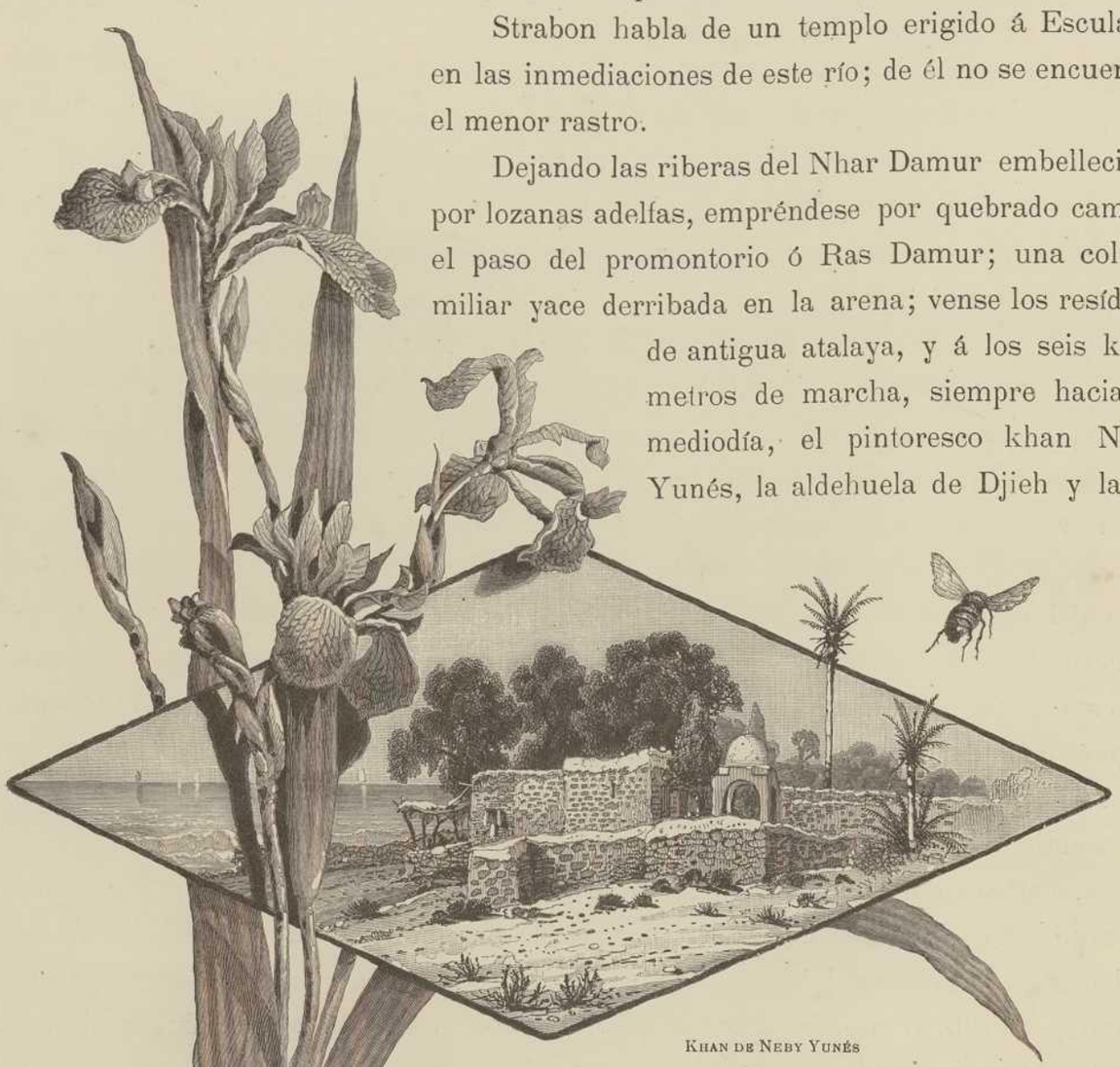
Continuemos la marcha hacia el mediodía por terreno en que los cantos disputan á la arena el ser tormento de los viandantes, y de cuando en cuando pueden verse aún restos de la antigua calzada militar allí construída ó restaurada por los romanos. A la izquierda, andados cuatro kilómetros, queda en la montaña el gran lugar de Maallakah, habitado por maronitas, y después de atravesar vastos plantíos de moreras, pásase, á pocos minutos de la ribera del mar, el Nahr Damur por un puente de hierro construído por Daud-Bajá, al lado de arruinado puente de piedra. Este río, de gran caudal en invierno y peligroso en sus vados, es el Damuras de Polybio y el Tamyras de Strabon, nombre griego este último, al paso que el primero es fenicio y se ha conservado fielmente en la actual denominación arábiga. Damur era llamada una deidad fenicia, y como sucedía con los ríos Belo y Adonis respecto de los dioses de igual nombre, le estaría éste consagrado.

Junto á su desembocadura, en el año 218 antes de J. C., empeñóse la batalla entre

los egipcios, mandados por Ptolomeo IV, y las tropas sirias de Antíoco el Grande; estas alcanzaron victoria y los egipcios hubieron de emprender la retirada hacia Sidón.

Strabon habla de un templo erigido á Esculapio en las inmediaciones de este río; de él no se encuentra el menor rastro.

Dejando las riberas del Nhar Damur embellecidas por lozanas adelfas, empréndese por quebrado camino el paso del promontorio ó Ras Damur; una coluna miliar yace derribada en la arena; vense los resíduos de antigua atalaya, y á los seis kilómetros de marcha, siempre hacia el mediodía, el pintoresco khan Neby Yunés, la aldehuela de Djieh y la de



KHAN DE NEBY YUNÉS

Berdja indican el lugar probable en que estuvo edificada la ciudad de Porphyrion, señalada por Scylax después de la de Beryto; el Itinerario del Peregrino de Burdeos le da el nombre de *Mutatio* (posta) *Porphyrion,* y era así llamada, á los que se cree, por pescarse en sus costas la púrpura.

En la ensenada que en este punto forma el mar es tradición cristiana y musulmana á la vez haber salido Jonás del vientre del gran pez ó ballena donde estuvo como sepultado tres días: en esta playa, por mandato de Dios, el pez *ecomuit Jonam in aridam.* En un *ualy* allí situado veneran los musulmanes la memoria y el sepulcro del profeta, y de ahí el nombre de Neby Yunés dado al khan inmediato al lugarejo de Djieh, en el cual fué exhumado en el año de 1863 hermoso mosaico con una inscripción griega

de la época bizantina, indicando haber servido de pavimento á una iglesia. Los montecillos de arena que se alzan en la playa ocultan antiguas ruinas, y también en Berdja abundan los sepulcros de remota edad.

Prosiguiendo la marcha al mediodía encontramos sucesivamente en nuestro camino por la costa dos establecimientos marítimos, hoy por completo destruídos; de uno de ellos créese ser el arrabal de Platanum, mencionado por Josefo como pertenencia de Sidón. Ofrécense luego á nuestros pasos vastos y lozanos plantíos de higueras y morales que preceden el Nahr el Auleh, el Bostreno de los antiguos. Nacido en la falda del Djebel Baruk, presta el tributo de sus abundantes aguas á la ciudad y á su huerta; en el día no queda más recurso que pasarlo por el vado por haberse desplomado una pila del puente que construyó Fakhr-eddin con los materiales de otro más antiguo.

Desde la puesta orilla, treinta y cinco minutos de marcha nos llevan á Saida, la Sidón famosa, la reina del mar, la madre de Tiro y Cartago, la capital primitiva de Fenicia.

Saida en hebreo *Tsidon,* en latín *Sidon,* fué, después de Tiro, la ciudad más renombrada de estas costas; su nombre significa en hebreo *pesquera,* y abundan, en efecto, los peces en sus aguas, creyéndose que fueron pescadores sus primeros habitantes. Su fundación se atribuye á Sidón, primogénito de Canaán, y á ella, según Justino, fué debida, por medio de sus colonias, la de Tiro. Musulmanes y judíos veneran aún, en medio de la huerta, la memoria de Neby Saidum en un *ualy* que quizás ha sucedido á antiguo santuario. Los judíos le dan el nombre de Sepulcro de Zabulón.

Al llegar los hebreos á la Tierra prometida había de ser Sidón ciudad muy considerable, en cuanto por dos veces es designada en el Libro de Josué con el epíteto de grande [1]. Señalada á la tribu de Aser, no logró ésta subyugar á los moradores, y era tanta su importancia que con el nombre de sidonios se designaba á los fenicios en general.

Eran aquellos celebrados entre todos los pueblos de Oriente por su industria, comercio y opulencia; ponderó Homero su gran habilidad en las artes todas, y calificados de maestros en astronomía, en matemáticas y en navegación, de ellos escribió el poeta que, hombres de corazón armado con triple y férrea coraza, fueron los primeros en lanzarse á arrostrar la inconstancia de las olas y el furor de las tormentas. La tradición los tiene por inventores de la escritura alfabética, y según carta escrita por Salomón á Hiram, rey de Tiro, sobresalían en el arte de tallar y esculpir la madera. De esta misma carta deducen los autores que ya en aquel tiempo, decaída de su primitiva supremacía, era Sidón en cierta manera dependiente de Tiro, si bien conservando una especie de autonomía y príncipes que le eran propios.

Por el mismo Libro de los Reyes, donde se hace relación de aquella carta, sábese

[1] Aunque sobran los motivos para tomarlo, conforme lo hacen la generalidad de los autores, en sentido absoluto, conviene, sin embargo, observar que san Jerónimo, en el *Onomasticon*, entiende el epíteto en sentido relativo, contraponiendo Sidón la grande á otra ciudad de igual nombre, pero de menor importancia.

que, en su vejez y seducido por mujeres extranjeras, Salomón cayó en idolatría y adoró á Astarthé, diosa de los sidonios.

Al pié de los muros de Sidón aparecen sucesivamente casi todos los conquistadores de la antigüedad; al invadir Salmanasar á Fenicia en el año 720 antes de J. C., sometióse á sus armas, y lo mismo que otras ciudades de la costa, separóse de la causa que defendía Tiro. A la dominación asiria sucedió para ella la pérsica, cuyo yugo quiso sacudir reinando Artajerjes III. Tennés, príncipe entonces de los sidonios, alióse con Nectanebo, rey de Egipto, de quien recibió el socorro de cuatro mil mercenarios griegos al mando de Mentor de Rhodas, y con este refuerzo se alzó contra los persas, venciólos y los expulsó de Fenicia. Sin dilación Artajerjes, con poderoso ejército de trescientos mil infantes y treinta mil jinetes, marchó contra los alzados, y al saberlo, envió Mentor con gran secreto á uno de sus oficiales para tratar con el rey de su defección en iguales tratos andaba Tennés, al tiempo que sus súbditos, poseídos de bélico entusiasmo, habían puesto fuego á sus propias naves para privarse así hasta de la esperanza de la fuga y provistos en abundancia de víveres y municiones de guerra, amparados por altas y fuertes murallas y profundos fosos, se tenían por invencibles. Al presentarse delante de la plaza el monarca persa, Tennés halló medio de poner en su poder á seiscientos sidonios principales, los que fueron ejecutados, y de abrirle á poco, de acuerdo con Mentor, una de las puertas de la ciudad. Al verse así vendidos por sus caudillos conocieron los sidonios ser la resistencia imposible, y encerrándose en sus casas con sus mujeres é hijos las entregaron á las llamas; más de cuarenta mil personas perecieron abrasadas, y cuéntase que Artajerjes hizo expiar á Tennés con el último suplicio su horrible traición.

Opina el presbítero Bargés que de este príncipe desleal fué hijo Echmunasar, cuyo sepulcro se ha encontrado en nuestros días; tuvo éste por padre á Tabnith ó Tebnith, nombre fenicio que según el erudito orientalista, convirtieron los griegos en Tennés. Para otros autores, empero, el sepulcro de Echmunasar data de más remota época.

Aunque no con el esplendor antiguo, había renacido Sidón de sus ruinas cuando Alejandro en el año de 342 emprendió el asedio de Tiro, y entonces no sólo abrió sus puertas á los griegos, sino que envió naves y gente en auxilio de la hueste sitiadora. Sin embargo, cuando Tiro sucumbió no olvidaron los sidonios los lazos que con la infortunada ciudad les unían y salvaron á gran número de sus habitantes, ocultándolos á la saña de los vencedores.

Refiere el historiador Quinto Curcio que al entrar en Sidón el héroe macedonio despojó de la corona al príncipe Straton, adicto á la causa de Darío y dió á su lugarteniente Ephestio el encargo de buscar un hombre digno de ser investido con la potestad suprema. Por la voz pública fuéle designado un anciano por nombre Abdolonymo, que, si bien de regia estirpe, veíase reducido á ganar el sustento cultivando un huerto de los alrededores; llevado á presencia de Alejandro, no le deslumbró el

brillo de la corona que le era ofrecida; antes bien, cuéntase que al preguntarle el monarca griego cómo había podido soportar tanta miseria, contestó: «Quiera Dios que tan leve me sea la opulencia á que me veo ensalzado; cuanto he deseado me lo ha dado mi trabajo, y hasta hoy, sin poseer cosa alguna, de nada he carecido.»

Muerto Alejandro se elevaría otra vez la ciudad de Sidón á alto grado de esplendor y poderío, ya que Antíoco III, en guerra con Ptolomeo Philopator, acampó á poca distancia de sus murallas sin atreverse á combatirlas, tan grande era el número de sus defensores.

En la época romana era aún Sidón estado independiente con sus arcontes propios, su senado y popular asamblea. Augusto, á su llegada á Oriente, la despojó de su autonomía, y así como antes había llevado el sobrenombre de *Nauarchis* (nave capitana), tomó en adelante el de *Colonia Augusta*.

Sábese por el Nuevo Testamento que Nuestro Señor Jesucristo visitó la ciudad de Sidón. «Saliendo de los confines de Tiro, dice el evangelista san Marcos, Jesús fué por Sidón al mar de Galilea.» En esta ciudad sucedió, según el común sentir, el milagro de ser devuelta la salud á la hija de la cananea que del Salvador la imploró con expresiones de ardiente adoración.—«Oh mujer, grande es tu fe, le dijo Jesús; hágase contigo como deseas.»—Y desde aquella hora, escribe el evangelista, fué sana su hija.

En opinión de algunos autores el suceso ocurrió en la antigua Sarephta entre las ciudades de Sidón y Tiro.

Al ser llevado preso de Cesarea á Roma, arribó san Pablo á Sidón donde el centurión Julio, que le custodiaba, tratándole con humanidad, dicen los Hechos de los Apóstoles, le permitió visitar á sus amigos, es decir, á los fieles, quienes le proveyeron de lo que necesitaba para su viaje. Y en efecto, sabemos por el Evangelio que en Sidón, lo mismo que en Tiro y en toda la costa, eran muchos los discípulos que habían seguido al Salvador en los últimos años de su vida mortal. Por esto en las épocas de persecución contó esta ciudad gran número de mártires, y entre ellos se cita á Zenobio, sacerdote y médico cuya memoria celebra la iglesia el día 20 de febrero.

Establecido en ella el cristianismo, fué desde los primeros tiempos sede episcopal, y un obispo de Sidón asistió en el año de 325 al concilio de Nicea.

Los musulmanes la conquistaron en el año 637 ó 638.

La hueste de la primera Cruzada, cuya marcha por aquella costa hemos referido, pasó por territorio de Sidón para dirigirse hacia Tolemaida y Jaffa; el gobernador quiso oponerse á su paso, pero sus soldados cediendo al número, y volvieron á buscar amparo en los muros. Los cristianos pasaron casi sin pelear, y dicen las crónicas que si bien su retaguardia fué otra vez molestada por algunas fuerzas salidas de la ciudad, no tomaron de ello pretexto los caudillos para expugnarla, pues nada podía ya distraerlos de su gran empresa.

Coronada ésta por esplendente victoria con la toma de la Ciudad santa, los sidonios

no tuvieron más recurso que comprar la paz á precio de oro, hasta que en el año de 1111 cayó la plaza en poder de los cristianos. De esta manera refiere el suceso una crónica contemporánea:

»Hasta el presente año (1110) la ciudad de Sidón sólo á fuerza de sumisión y presentes se había conservado en poder de los infieles; cada año retardaba la hora de su caída prodigando sus tesoros hasta que llegó el día en que su opulencia no fué bastante para su salvación. De regreso el rey Balduino I de una expedición á la ribera del Eufrates, recibió la noticia de que Sigurd, hijo de Magnus, soberano de Noruega, había desembarcado en Jaffa, acaudillando á diez mil noruegos que habían hecho voto de visitar la Tierra Santa. Balduino se apresuró á salir á su encuentro, y al rogarle que peleasen juntos para la defensa y engrandecimiento del reino de Jesucristo, el príncipe accedió á ello de buen grado, no pidiendo más premio que un fragmento de la verdadera cruz. Los cristianos de Jerusalén contemplaron con tanta sorpresa como gozo la enorme hacha de armas y la elevada estatura de los peregrinos noruegos, y en el consejo á poco reunido por el rey quedó decidido el asedio de Sidón. A su puerto llegaron en son de guerra las naves de Sigurd al tiempo que los guerreros de Balduino y Beltrán, conde de Trípoli, reforzados con muchos peregrinos alemanes é ingleses, plantaban sus tiendas al pié de las murallas. Seis semanas duraron los combates, hasta que el emir y los principales habitantes ofrecieron rendir la ciudad al rey de Jerusalén con tal que se les permitiese evacuarla con lo que pudiesen llevar consigo. Cinco mil sidonios se aprovecharon de lo pactado; los demás permanecieron en la plaza, y ésta fué dada por el rey en feudo al caballero Eustaquio Grenier.»

En el año 1187 abrió Sidón sus puertas á Saladino, quien desmanteló sus fortificaciones. Diez años después, á consecuencia de la gran derrota experimentada por las armas de Malek el-Adel, volvió á poder de los cristianos.

Desmantelada otra vez por los sarracenos en 1249, san Luís en 1252 quiso ponerla en estado de defensa, y para ello envió á la desierta ciudad gran número de operarios protegidos por algunas tropas. Contra ellos cayeron de pronto grandes fuerzas musulmanas obligándolas á encerrarse en el castillo del mar, y cuantos cristianos no pudieron seguirlas fueron pasados á cuchillo. El santo rey al saber en Tiro la horrible catástrofe, púsose inmediatamente en camino, y referida está en otro lugar, con motivo del ataque de Paneas, la caridad cristiana que desplegó en medio de sus barones para con los insepultos cadáveres de los cristianos. En Sidón permaneció largos meses, ocupado en restablecer las fortificaciones; allí recibió la triste nueva del fallecimiento de su madre Blanca de Castilla, y de esta ciudad marchó en abril de 1254 á San Juan de Acre, con la reina y tres hijos que había tenido en Oriente, para embarcarse y volver á Francia con los resíduos del ejército cruzado.

Julián, señor de Sidón vendióla á los Templarios en el año de 1260. Perdida que fué la plaza de San Juan de Acre en el de 1291, aquellos la abandonaron para retirarse á Tortosa, y la ciudad padeció nuevas devastaciones. Abulfeda, que escribió en 1321,

J.D.WOODWARD, PINXT

A.WILLMORE, SCULPT

VISTA DE LA CIUDAD DE SIDON.

ESPASA Y COMPª EDITORES. BARCELONA

habla de ella como de un villorrio sin importancia, dependiente de Damasco y defendido por antiguo castillo.

Don Aquilante Roccheta, en los últimos años del siglo XVI, vió á Sidón, «que por haber sido tantas veces tomada y perdida, devastada y destruída no es más que guarida de ladrones y asesinos en uno de los más hermosos paisajes que es posible imaginar.» Pero no había de tardar en salir de tan miserable estado, ya que á los pocos años, el emir druso Fakhr-eddin levantó allí para su morada un palacio, construyó varios *khans* y otros edificios, y atrajo á su recinto gran número de europeos, venecianos, franceses y de varias naciones, con lo cual refloreció su comercio de la seda y otra vez afluyó á ella considerable riqueza.

Aún después de la desastrosa muerte del emir, en el año de 1634, continuó la ciudad de Saida, que contaba con el decidido apoyo de los cónsules extranjeros, en no interrumpidas relaciones mercantiles con Europa y en especial con Marsella; pero su prosperidad quedó anonadada y su comercio perdido cuando en el año de 1791 Djezar-Bajá expulsó á los francos de su bajalato; trasladando la residencia del gobierno á San Juan de Acre, apresuró aún más la decadencia de Saida, y entonces empezó á ser Beyruth el principal puerto de Damasco.

Otra vez pareció la ciudad rehacerse bajo la transitoria dominación egipcia; el terremoto de 1837 causó en sus edificios gran estrago, y Solimán-Bajá lo reparó en parte y rodeó la plaza de murallas por el lado de tierra.

Por espacio de seis horas fué bombardeada en el año de 1840 por los navíos austríacos é ingleses del archiduque Federico y el comodoro Napier; saltaron luego á tierra las tropas, rompieron las puertas de la plaza y los dos mil y quinientos egipcios que en ella dejara Ibrahim-Bajá, después de escasa resistencia en las calles, huyeron á los inmediatos montes.

En el año de 1860, gran número de cristianos, más de mil y ochocientos, fueron asesinados por drusos y turcos unidos en las casas y huertos de los alrededores, y la llegada de los franceses impidió por suerte otras horribles escenas de sangre é incendio que en la ciudad se preparaban. En el *khan* franco hallaron entonces refugio muchos de los infelices perseguidos.

La actual ciudad de Saida, como la generalidad de los establecimientos fenicios, está situada en un promontorio, teniendo delante una isla. A pesar de su postración, diríase por su aspecto que no ha olvidado su pasada grandeza, tan excelente y admirable es su posición: construída en una eminencia, á orillas del mar, rodeada de amena llanura, tras de la cual alza sus nevadas cumbres el Líbano, se comprende, por los elementos de fuerza y belleza que la cercan, al imperio que ejerció un tiempo en el Mediterráneo.

Deliciosos jardines y vastos huertos la rodean por norte, este y mediodía y hacen de sus alrededores verde y apacible oasis, donde crecen en pintoresca confusión plantas leguminosas, árboles frutales y pintadas flores. Los frutos que allí se cosechan pasan

por los mejores de Siria; las naranjas de aquellos huertos son aún más dulces que las de Jaffa, pero se conservan menos tiempo. Abundan en ellos las moreras adquiriendo extraordinario crecimiento, lo que ha permitido establecer en Saida varios hilanderos de seda, hoy en muy próspero estado; el plátano y la caña de azúcar se crían también con lozanía, y en los plantíos sobresalen el alto tamarindo, la graciosa acacia, el sicomoro robusto y la elegante palma.

La antigua Sidón comprendía, además del recinto de la ciudad actual, parte de estos verjeles hacia el mediodía y oriente, según así resulta de los numerosos residuos de antiguos edificios que á poco que se excave el suelo se descubren.

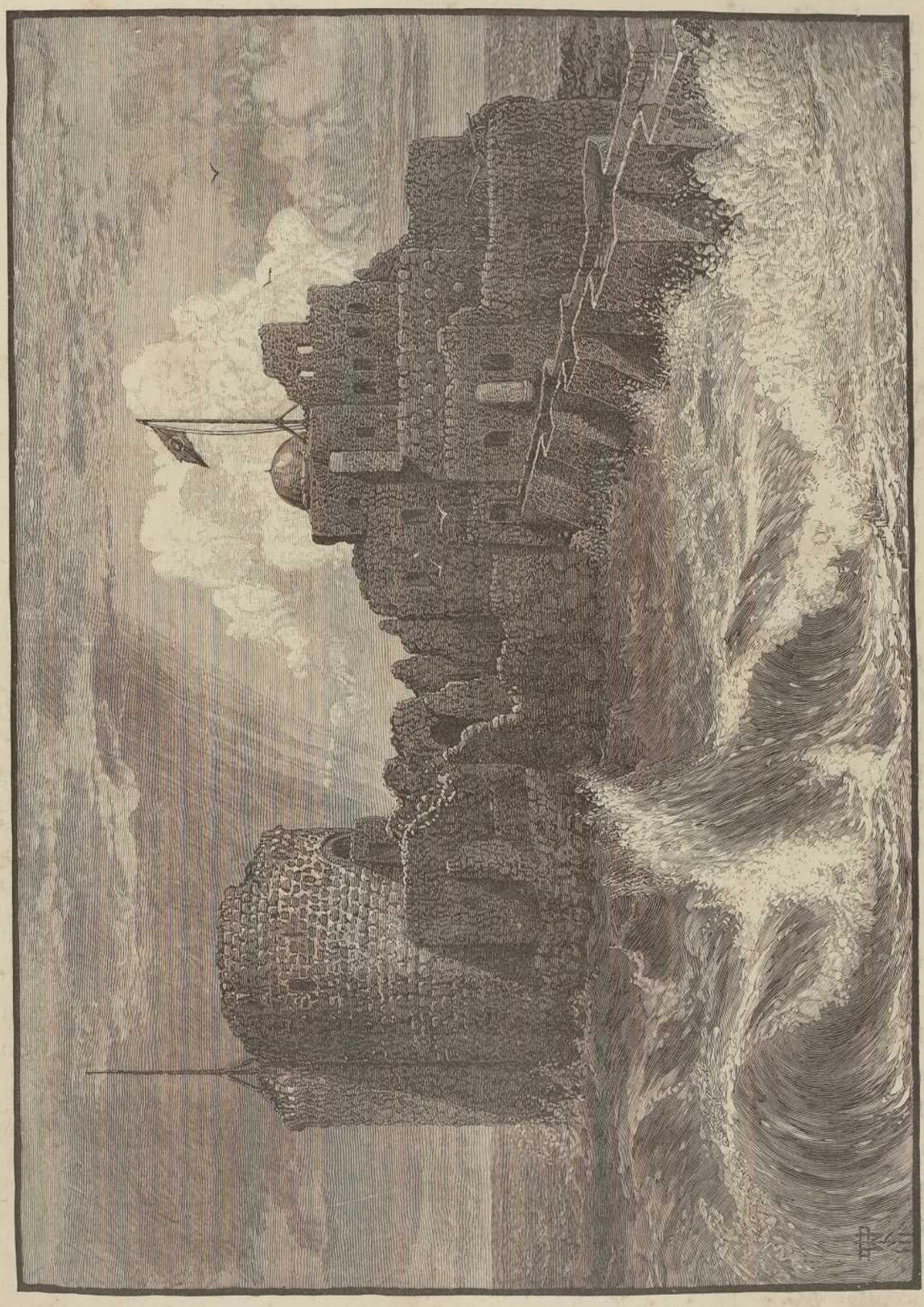
Tal como existe hoy la ciudad y reducida á las escasas dimensiones del actual recinto cuenta unos diez mil habitantes, número que está formado por siete mil y quinientos musulmanes, incluyendo entre ellos á los metualis, quinientos setenta y siete maronitas, setecientos sesenta y cinco griegos unidos ó católicos, ciento y siete griegos cismáticos, ochocientos sesenta y cinco latinos y cuatrocientos judíos.

La ciudad se eleva en anfiteatro y en plano suavemente inclinado alrededor de su puerto, cegado casi del todo por la arena, tanto que hasta los niños lo atraviesan con agua á la cintura. Obra de los hombres puede decirse el principio de su destrucción, ya que Fakhr-eddin, temeroso de verlo atacado por las galeras turcas, obstruyó su entrada echando á pique grandes barcazas llenas de escombros. Un arrecife natural señalaba y protegía su perímetro por norte y oeste contra la violencia de los vientos, y encima de él después de allanadas artificialmente las rocas, se habían ajustado grandes piedras rectangulares, algunas de las cuales subsisten todavía en su pristino lugar. La boca estuvo, al parecer, defendida por dos torres, y créese que se cerraba por medio de una cadena.

Al sur de este fondeadero y comunicando con él por medio de un canal abierto en las rocas y obstruído hoy en su extremo septentrional por modernas construcciones, abríase extensa dársena, resguardada por dos promontorios y encerrada en el recinto de la ciudad antigua, á la que servía como de segundo puerto. Los peñascos que por el este la limitan están cubiertos de densas capas de concha pertenecientes á la especie llamada *murex trunculus,* de las que era extraída la púrpura.

Al nordeste del primer puerto existe un islote que al parecer estuvo en lo antiguo unido á tierra firme por medio de una calzada, sustituída tiempo después por un puente de nueve arcos ojivales. Debajo del agua vense aún enormes piedras que pertenecieron probablemente á la calzada, la que desde la ciudad llevaba á un monumento adornado con colunas, templo, á lo que se cree, consagrado á Melkarth, ó sea el Hércules fenicio. En la Edad Media, en el año 1227 ó 1228, los Cruzados construyeron allí un fuerte compuesto de dos torres unidas por una muralla, fuerte que, habiendo experimentado muchas y sucesivas reparaciones y transformaciones, lleva aún impresas las huellas del bombardeo de 1840 y comienza á caer en ruinas. Llámanle Kalat el-Bahr (Castillo del mar), y las dos torres de que hace mención el cronista Guillermo de Tiro existen

todavía en gran parte; la más importante mide veintisiete metros á lo largo por veintidós á lo ancho. Desprovista de su piso superior, contiene en el inferior dos cisternas



Castillo y puerto de Saida, la antigua Sidón

revestidas de durísimo cemento; piedras de grandes dimensiones, almohadilladas muchas, forman esta base; varias colunas de granito están empotradas horizontalmente en la

mampostería, y todo ello induce á creer que los Cruzados utilizarían para las obras del fuerte los materiales del primitivo templo ó del edificio que á éste hubiese sustituído. La segunda torre se conserva mejor, y como la anterior descansa en hermosos y antiguos sillares.

La muralla que servía de enlace á las torres ha sido reemplazada por obras más modernas, caídas ya en ruinoso estado.

Como á ochocientos metros del islote hacia el norte hállanse otros dos, muy reducido el uno y de mayores proporciones el otro. Obsérvanse en éste vestigios de fábricas, como son un peñascoso muro de muchos metros de extensión, variando su altura entre tres y cuatro; un foso, abierto en la roca, que lo defiende por el lado de poniente, y algunos huecos abiertos en la roca, que pudieron servir de baños ó quizás de salinas. Junto á este islote, aunque es abrigo poco seguro, suelen anclar las escasas embarcaciones que acuden á estas solitarias aguas; algunos buques costaneros que transportan naranjas, arroz y otros frutos y varias barcas pescadoras son lo que allí queda en memoria de las magníficas armadas sidonias que surcaron todos los mares antiguamente conocidos y llegaron á todos los puertos del mundo.

Al sur de la ciudad actual y en el punto culminante de la colina que fué el acrópolis de la ciudad antigua, álzase la ciudadela llamada Kalat el-Mezzeh, conocida entre los cristianos con el nombre de castillo de San Luís, por atribuirse á este monarca su construcción. Excepto esta memoria gloriosa, no ofrece el fuerte cosa que de notar sea; ruinoso todo él, está situado en una eminencia que se eleva cuarenta y cinco metros sobre el puerto meridional. La torre denominada *el Polvorín,* en la que se observan indicios de restauración musulmana, presenta en su base sillares antiguos.

A la misma época de las Cruzadas pertenecen varios almacenes abovedados que han venido hoy á quedar subterráneos, y algunas mezquitas que fueron iglesias. La principal, llamada Djama el-Kebir, estuvo dedicada á san Juan Bautista y perteneció á los caballeros del Hospital; restaurada hace pocos años, apóyase en contrafuertes exteriores, y mide treinta metros á lo largo por diez á lo ancho. Por su lado septentrional precédela un vestíbulo, al que adorna una cúpula y domina el alminar; en el centro brota la fuente de las abluciones entre colunas antiguas cuyos capiteles corintios están hoy afeados por densa capa de cal. La mezquita de Abn-Nakhle fué también antigua iglesia de la Edad Media consagrada á san Miguel.

De época más reciente, y principalmente de la de Fakhr-eddin, datan los baños públicos, diferentes *khans* y algunas casas de vastas proporciones en mejor ó peor estado de conservación. El palacio de aquel emir, situado en la plaza de la principal mezquita, ya no existe; en parte de su área se elevó después el de Solimán-Bajá, que está cayéndose en ruinas.

Entre los *khans* debidos á Fakhr-eddin es el franco el más vasto y que mejor se conserva. Como todos los edificios de su clase tiene la figura rectangular y está rodeado de galerías, pero es éste notable por sus grandes proporciones que permiten tener en él

morada al vice-consulado de Francia, á los Padres franciscanos y á las Hermanas de San José. «Lo que fué un día, dice M. Mislin, centro del comercio francés en Siria, encierra en el día un convento, una iglesia, una escuela, almacenes, un gran patio, jardines, galerías, caballerizas y una fuente; es una fortaleza, un *khan,* un bazar,

Ciudadela de Saida, ó Castillo de San Luis

una ciudad donde se encuentran hombres de todos colores y se oyen todas las lenguas.» En el centro del patio brota abundante surtidor, á cuya pila dan sombra hermosos plátanos, y desde hace algunos años se ha establecido en una de las salas una colección de antigüedades fenicias, descubiertas en excavaciones y adquiridas por el consulado francés.

En el convento franciscano, incluído en el *khan*, viven únicamente dos Padres y un lego; como todos, tiene abiertas sus puertas á los viajeros, y su capilla es parroquia de los latinos.

Las hermanas de San José, en número de nueve, tienen á su cargo una casa de huérfanos, una escuela, á la que concurren ciento y treinta alumnas, y una farmacia, donde acuden diariamente unos cuarenta enfermos.

En el opuesto lado de la ciudad hállase la residencia de los Padres jesuitas; á sus escuelas asisten numerosos discípulos, y además reunen los Padres en periódicas conferencias al clero maronita y greco-unido de aquellas comarcas para tratar y desenvolver en ellas los principales dogmas de la religión.

Los maronitas disponen en Saida de parroquia especial; no así los griegos católicos que poseen con los cismáticos un solo templo, dividido en dos por un tabique.

Rodea á la ciudad una muralla, en la que el tiempo y la incuria han abierto dilatadas brechas. Las casas, en particular las de los europeos, presentan mejor construcción que las de otras muchas poblaciones de Palestina. Los bazares están bien provistos, y un acueducto que toma el agua en el Nahr el-Áuleh, la lleva á la ciudad; algunas de sus obras hechas en la peña viva datan seguramente de remota antigüedad. Mirada la población antigua desde la ciudadela ofrécese como enorme grupo de blancas casas cuyas azoteas parecen un solo y único plano sin solución de continuidad, tan angostas son las calles; las hay cubiertas con bóveda, y las más se resguardan de los rayos del sol con toldos de lona ó estera. En las principales, á las que abren los bazares, obsérvase algún movimiento; las otras están casi desiertas. Un espacio de tres palmos de ancho da paso por el arroyo á las aguas y á las acémilas, que son por lo común asnos y camellos, y junto á las casas corre una acera alta y empedrada.

Hacia el sur y á poca distancia del Ued el-Barrhut que, según se cree, formaba el límite meridional de la ciudad, hallábase situada su necrópolis, ocupando dilatado espacio en el que crecen hoy algunos olivos, y existiendo en su punto culminante una peña cortada y pulida en sus cuatro lados y ahuecada para sepulcral estancia subterránea. Llámanla vulgarmente los indígenas Merharet Tablun, y algunos, rectificando lo que consideran pronunciación viciosa, la designan con el nombre de Merharet-Ablun (gruta de Apolo), sin duda por estar antiguamente dedicada á este dios, ó á deidad fenicia análoga al Apolo de griegos y romanos. Precedida á mediodía de pequeño vestíbulo, hallábase interiormente revestida de una mano de pintura, de la que se conservan pocos vestigios, y á derecha é izquierda se habían abierto grandes y abovedados nichos que contuvieron sarcófagos, en el día destrozados ó desaparecidos. Junto á esta cueva fué descubierto en febrero de 1855 el famoso sepulcro de Echmunasar, rey de Sidón, que se encuentra hoy en París, en el Museo del Louvre; hallado á dos metros de profundidad y con visibles señales de haber sido violado, estuvo al parecer cubierto por un edículo, del cual sólo subsisten los cimientos; es de piedra negra imitando al basalto y de forma egipcia, esto es, semejante á un ataúd de momia; representa, pues,

un cuerpo envuelto en vendas hasta el cuello, no dejando en descubierto sino la cabeza esculpida con abundante y peinada cabellera, barba larga y trenzada y un rico collar por adorno. En vez de jeroglíficos lleva el sarcófago, ocupando casi toda su extensión, una inscripción de veintidós líneas en caracteres fenicios grabados en hueco, que fulmina maldiciones contra quien llegase á tocar el sepulcro. Otra inscripción, de caracteres más regulares y bellos, rodea la cabeza y forma seis líneas y media, reproduciendo parte de la anterior. Una y otra son las que en lengua fenicia posee nuestro siglo en mejor estado de conservación.

Realizado el precioso hallazgo, han hecho los franceses muchas excavaciones alrededor de la Merharet-Ablun con la esperanza de dar con otros enterramientos parecidos, y su resultado ha sido descubrir muchas cuevas funerarias más ó menos importantes, casi todas ellas profanadas y devastadas hace muchos siglos. Unas conservaban su bóveda, otras estaban rellenadas de tierra; las hay á la usanza egipcia, y éstas son tenidas por las más antiguas; tienen algunas carácter greco-romano é inscripciones griegas, y en cuanto á sarcófagos, se han encontrado de mármol y de plomo, si bien ninguno de la belleza é importancia del que dió origen á estas exploraciones.

Quien recorre todo el vasto ámbito que estas necrópolis abrazan en los alrededores de Saida, hallará á los pocos minutos las ruinas de un castillo que fué quizás la *Franche-Garde* de la Edad Media; una cueva situada á corta distancia al sur, que es hoy capilla dedicada á la Santísima Virgen, después de haber sido templo de Astarté; el cementerio musulmán, donde abundan los restos de antiguos edificios, y finalmente el santuario de Neby Yahya en el propio lugar que ocupara un templo fenicio.

De Sidón fué natural Jezabel, la perversa esposa de Achab, rey de Israel, y en tiempos posteriores nacieron en esta ciudad el filósofo Boecio y su hermano Diodoro.

Pero hora es ya de que salgamos de la renombrada metrópoli fenicia, y si al dejarla se siente entristecido y conturbado el ánimo comparando la grandeza pasada con el abatimiento presente, recuérdense las proféticas palabras de Ezequiel y volverá la serenidad al corazón, viendo que castigo ha sido de Dios, siempre en sus juicios santo y justo.

«El Señor vino á mí y me dijo: Hijo del hombre, vuelto el rostro á Sidón, profetiza de ella y en mi nombre le dirás: Contra tí estoy, Sidón, y en tí seré glorificado, y al cumplirse mis juicios sabrás que soy Jehová, tu Señor. En tus calles pondré la peste, ríos de sangre correrán por tus plazas, tus hijos caerán sin vida á impulso del acero, y no serás por más tiempo tropiezo de amargura para la casa de Israel, ni espina que todo lo envenene.»

III

Tell el-Burak.—Ras el-Kanthara.—Ruinas de Sarephta.—El profeta Elías.—Adlun.—Nahr el-Kasmieh.—Leontópolis.—Tiro, en el día Sur.—Su fundación.—Su esplendor.—Es devastada por Nabucodonosor y Alejandro Magno.—Otros sucesos.—Recuerdos evangélicos.—Tiro en poder de los Cruzados.—La sitia Saladina.—El caballero de las armas verdes.—Destrucción de Tiro.—La ciudad actual.—Su puerto.—Ruinas de la catedral.—Población.—El dique de Alejandro.—Tell el Machuk.—Albercas de Ras el-Ain.—Necrópolis.—Sepulcro de Hiram.—El cabo Blanco.—Ain-Scanderuna.—Kharbet-Umm el-Aamid.—Ras en-Nakura.—*Scala Tiryorum.*

Después de atravesar al mediodía de Saida los verjeles que por aquel lado la embellecen y de pasar sucesivamente el Nahr el-Barrhut, el Asclepios de los antiguos, y el Nhar Sanik, en cuyos áridos lechos corre en verano sutil hilo de agua, quedan á nuestra derecha los pueblos de Derb es-Sin, Mahrduchad y Rhazieh. De Saida á Tiro es la distancia de unos veintiocho kilómetros, que se pasan casi todos por la ribera del mar; de la antigua vía romana poco queda, á no ser algunas piedras miliares que hallamos derribadas en nuestro camino, y las caravanas prefieren seguir la orilla del agua, por ser el piso más firme para caballos y camellos, á internarse por el arenal inmediato. Pásase el reducido valle por el que serpentea el Nahr Zaharany (el río Florido), así llamado por las lozanas adelfas y sauzgatillos que crecen en sus márgenes, y llégase al *khan* y Tell el-Burak (colina de los Estanques), juntos á los que brota cristalina fuente.

Es aquel un montecillo de forma cónica muy cercano al mar; sus laderas, en el día cultivadas, están como sembradas de triturados materiales, residuos de fábricas derruídas; en su cima se alzaba una torre, destruída hoy por completo. Al pié del *tell*, mirando al norte, vense los restos de cuatro estanques antiguos, cuyas paredes están formadas con guijarros, cantos rodados y tiestos, trabados con durísima argamasa. El agua de aquella fuente, que era antes recogida en estos depósitos y conducida por medio de un acueducto á la ciudad de Sarephta, se derrama ahora por los labrados campos ó corre en arroyuelos al mar.

Cerca de estos estanques se han construído varias casas modernas con los sillares que allí mismo existían, y por los *fellahs* que las habitan sábese que con frecuencia se desentierran piedras semejantes en la inmediata llanura, donde, á lo que afirman, estuvo situada una ciudad, en el día por completo arrasada. Algunos viajeros, quizás con fundamento, colocan en este sitio la antigua Ornithopolis, identificada por otros, conforme luego veremos, con las ruinas de Adlun.

Continuando nuestro camino hacia el sur, siempre por la costa, hállanse á los tres kilómetros y medio otras ruinas en un punto llamado El-Kanthara, donde hay además un *khan* árabe y varios huertos con higueras, moreras y parras, rodeadas

de cercas de tamariscos. Una fuente quizás derivada del Tell el-Burak vierte sus aguas en un estanque construído con antiguos sillares.

Frente á estos huertos forma el mar un seno ó bahía que está limitada y dominada al mediodía por un pequeño promontorio, llamado Ras el-Khantara, nombre que debe al acueducto, hoy destruído, que por allí conducía las aguas de Tell el-Burak. Cubren su superficie escombros en confusión amontonados, procedentes de antiguas fábricas, y lo rodeaba un muro.

Al sur del Ras el-Khantara describe el mar otra ensenada, y las ruinas se presentan muy abundantes, pero enteramente informes, y en todas partes se han abierto zanjas para arrancar hasta las piedras de los cimientos. Más al sur todavía y á un kilómetro

Sitio donde estuvo Sarephta

de esta segunda ensenada hállase una tercera, alrededor de la cual son aún visibles las líneas y arranques de antiguos edificios.

La antigua ciudad que se elevó en estas playas y en las tres bahías que acabamos de recorrer, podía tener unos ochocientos metros de extensión de norte á sur; sus restos, que pasan desapercibidos para el viajero á quien no se llama la atención sobre ellos, llevan hoy el nombre de Kharbet-Sarfend y son los de la ciudad llamada en la Sagrada Escritura *Sarephta Sidoniorum,* en hebreo Tsarphah y Tsarephath. La arena quizás cubre otras ruinas; de las que hoy se ven cabe decir sin exageración: *etiam periere ruinæ.* De la antigua ciudad nada queda; el país se presenta árido; imponente soledad rodea al viajero, y únicamente algunas gacelas huyen asustadas al paso de las caravanas. A lo lejos, entre dos collados, se divisa el pueblecillo de Sarfend.

La fábula colocó en la playa de Sarephta el rapto de Europa por Júpiter transformado en toro.

Es esta ciudad citada en la Biblia á causa de haber residido en ella el profeta Elías. Retirado éste al torrente de Carith, cuyas aguas bebía y donde por providencia divina le traían el alimento unos cuervos cuando el hambre asolaba las poblaciones de Israel, habló le el Señor, al quedar seco el arroyo por la falta de lluvia, y le dijo:—«Levántate, y véte á Sarephta de los Sidonios, y allí haré que te sustente una mujer viuda.»—Obedeció Elías, y al llegar á la puerta de la ciudad se le dejó ver una mujer viuda que estaba recogiendo leña; llamóla, y le dijo:—«Tengo sed; dame un vaso de agua.»—Por él fué la mujer, y el profeta añadió:—«Tráeme también, yo te lo ruego, un bocado de pan.—¡Pan! respondió ella. Vive el Señor tu Dios que tengo en una orza un poco de harina que puede caber en el puño y unas gotas de aceite en una alcuza; recogiendo estaba unas ramas á fin de cocerlo para mi hijo y para mí, y después morir.—No temas, mujer, y haz como lo has dicho; pero antes de esa harina tráeme un panecillo cocido al rescoldo.»—Obedeció la mujer, fiada en las palabras del profeta, y comieron él, y ella y su hijo, y desde aquel día no faltó harina en la orza, ni menguó el aceite de la alcuza hasta el día en que el Señor envió la lluvia sobre la tierra. Y sucedió que cayendo enfermo el hijo de aquella mujer, murió; Elías, agradecido á la hospitalidad recibida, clamó al Señor, y oída su voz, el alma del niño volvió á entrar en él, y revivió.

Por san Jerónimo sabemos que santa Paula en su piadosa peregrinación vió aún el santuario elevado por los cristianos en el sitio donde encontró el profeta á la viuda de Sarephta; probablemente ocupa hoy aquel lugar el *ualy* que existe más allá de la tercera bahía, dedicado á El-Khadher, nombre con que los musulmanes designan á Elías.

En la época de las Cruzadas la ciudad de Sarephta fué sede episcopal sufragánea del arzobispado de Sidón y consta que entonces se reconstruyó ó restauró la capilla que perpetuaba la memoria del lugar donde habitó Elías.

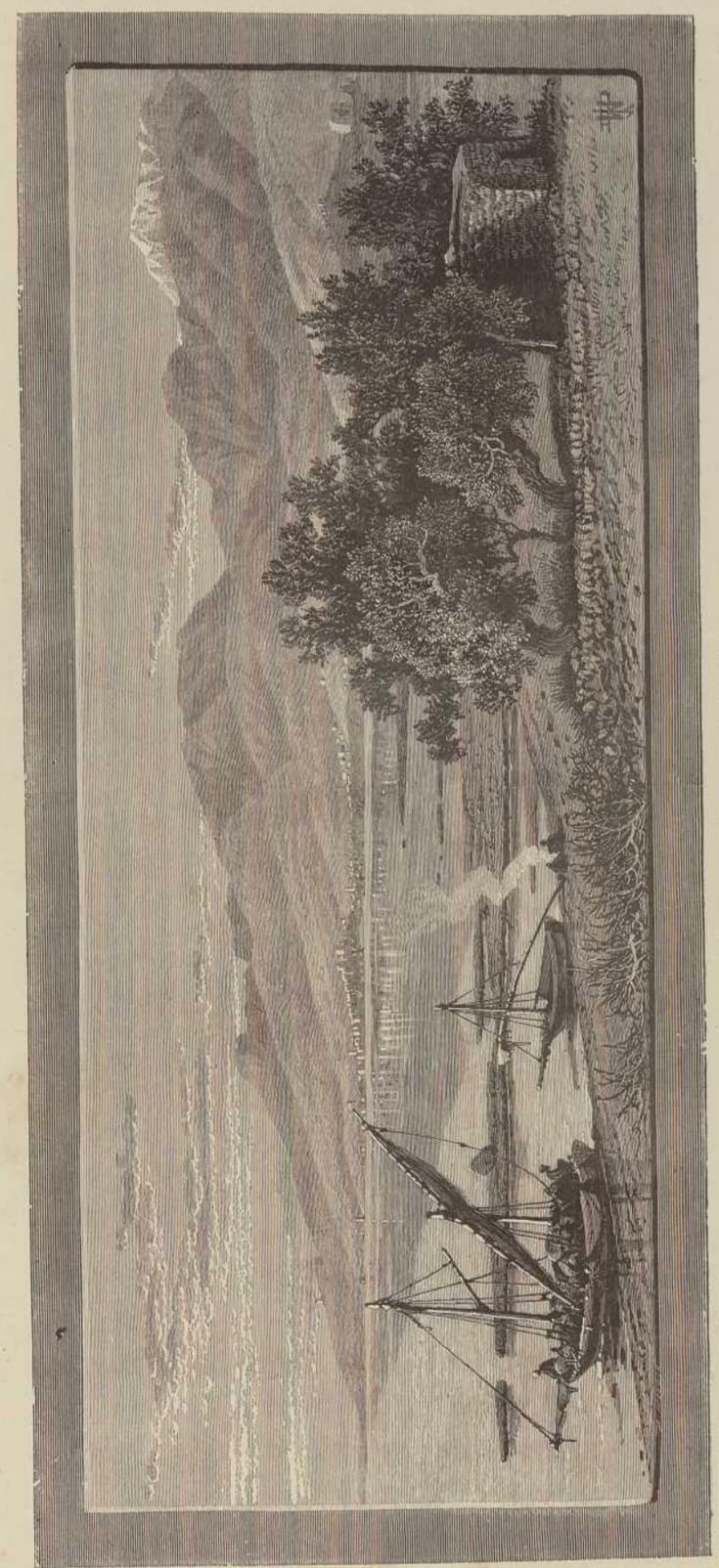
El monje Phocas, por los años de 1185, habla de una fortaleza levantada en Sarephta á orillas del mar y, á lo que se cree, en el montecillo que forma el Ras el-Kanthara.

Transcurrido un siglo, dice Burchard que Sarephta contaba en su tiempo apenas ocho casas, si bien atestiguaban sus ruinas su magnificencia pasada.

Entre las peñas de aquellos contornos ábrense varias cuevas, sepulcros para unos, morada de anacoretas según otros, siendo posible que á ambos usos hayan sido destinadas.

Volvamos ahora el rostro para dirigir una postrer mirada á la hermosa bahía de Sidón, que con algunos pasos más va á desaparecer de nuestra vista al dejar á la espalda el Ras el-Kanthara, y á siete kilómetros al sur del lugar que ocupó Sarephta, después de hallar al otro lado del Nahr Khaizaran un lugarejo que lleva igual nombre que el arroyo, vense las ruinas de Adlun. La ciudad ó villa de que son tristes residuos, formaba en la ribera prolongada calle, cuyas casas están todas arrasadas sin quedar

de ellas otra cosa que informes y triturados escombros, ya que las piedras y otros materiales han sido trasladados á diferentes puntos. Cisternas labradas en la peña y una fuente recogida en pozo de escasa profundidad, surtían de agua á sus moradores, y dos pequeñas ensenadas les servían de puerto.



Bahía de Sidón, vista desde Sarepta

Tenía Adlun su necrópolis en las laderas de peñascosos cerros que se adelantan hasta novecientos metros de la playa, y consistía en numerosas cuevas sepulcrales que después de reducido vestíbulo, solían no contener más que una sola estancia con tres nichos vaciados en la roca. En algunas, el vestíbulo, en vez de hallarse en el mismo plano horizontal de la sala, la domina verticalmente y por él se penetra como por un pozo. En la puerta de algunas fueron grabadas cruces en la época cristiana; en otras, léense fragmentos de inscripciones griegas. Algunos autores han dicho haber hallado en medio de esta necrópolis un cipo egipcio, representando á un conquistador ofreciendo al dios Phtá sus prisioneros; sin embargo, tan borradas están sus líneas que para verlas se necesitan al parecer circunstancias muy especiales de luz, y pocos viajeros han podido conseguirlo.

Es opinión admitida por los críticos que Adlun ha de identificarse con la *Mutatio ad nonum* (ó sea la novena coluna miliar) del Itinerario de Burdeos, ya sea el nombre árabigo de Adlun corrupción

del latino, ya se derive de otro fenicio reproduciéndolo más ó menos fielmente, pues sabida es la tendencia que manifestaron los árabes, al quedar dueños de Palestina y Siria, á hacer revivir las primitivas denominaciones de los lugares en vez de las griegas ó latinas que les impusiera la dominación de Seleucidas y romanos.

Conforme queda dicho, no están acordes los autores al fijar la situación de Ornithopolis, ciudad mencionada por Plinio y Strabón entre las de Sidón y Tiro; mientras unos creen que son sus residuos los de Tell el-Burak, se inclinan otros á tener por tales los de Adlun, y se fundan principalmente en un pequeño monumento aquí

Puente en el Nahr el-Kasmieh

descubierto hace pocos años, y trasladado á París, al Museo del Louvre, representando un pájaro enjaulado. Esta imagen, hallada cerca del punto en que hubo una de las puertas de Adlun, ha sido considerada como alusión y símbolo del nombre dado á la ciudad por griegos y romanos.

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que en la Geografía de Edrisi se hace mención de Adlun; por ella se sabe que en aquel tiempo, á mediados del siglo XII, existía en este punto una fortaleza erigida en la playa.

En la época de las Cruzadas era conocida con el nombre de Señorío de Adelon.

A unos cinco kilómetros al mediodía de Adlun, después de dar una mirada á las ruinas llamadas Kharbet-Abu el-Asuad, hállanse las de antiguo *khan*, y en sus inmediaciones ábrese la famosa cueva de Astarté, notable monumento de su licencioso culto. Inscripciones griegas y fenicias y numerosos emblemas del mismo, entre otros triángulos y palmas, cubren las paredes, y como para lavar las torpezas que presen-

ciarían aquellos lugares, otra cueva inmediata sería elegida tiempo después para morada de penitente anacoreta, á juzgar por las cruces que le adornan.

Apartándonos cada vez más de la costa para cruzar la ondulante llanura que se extiende hasta el pié de la sierra en cuyas laderas vense diseminados lugares y aldeas, nos dirigiremos á pasar el Nahr el-Kasmieh por un puente moderno de dos arcos,

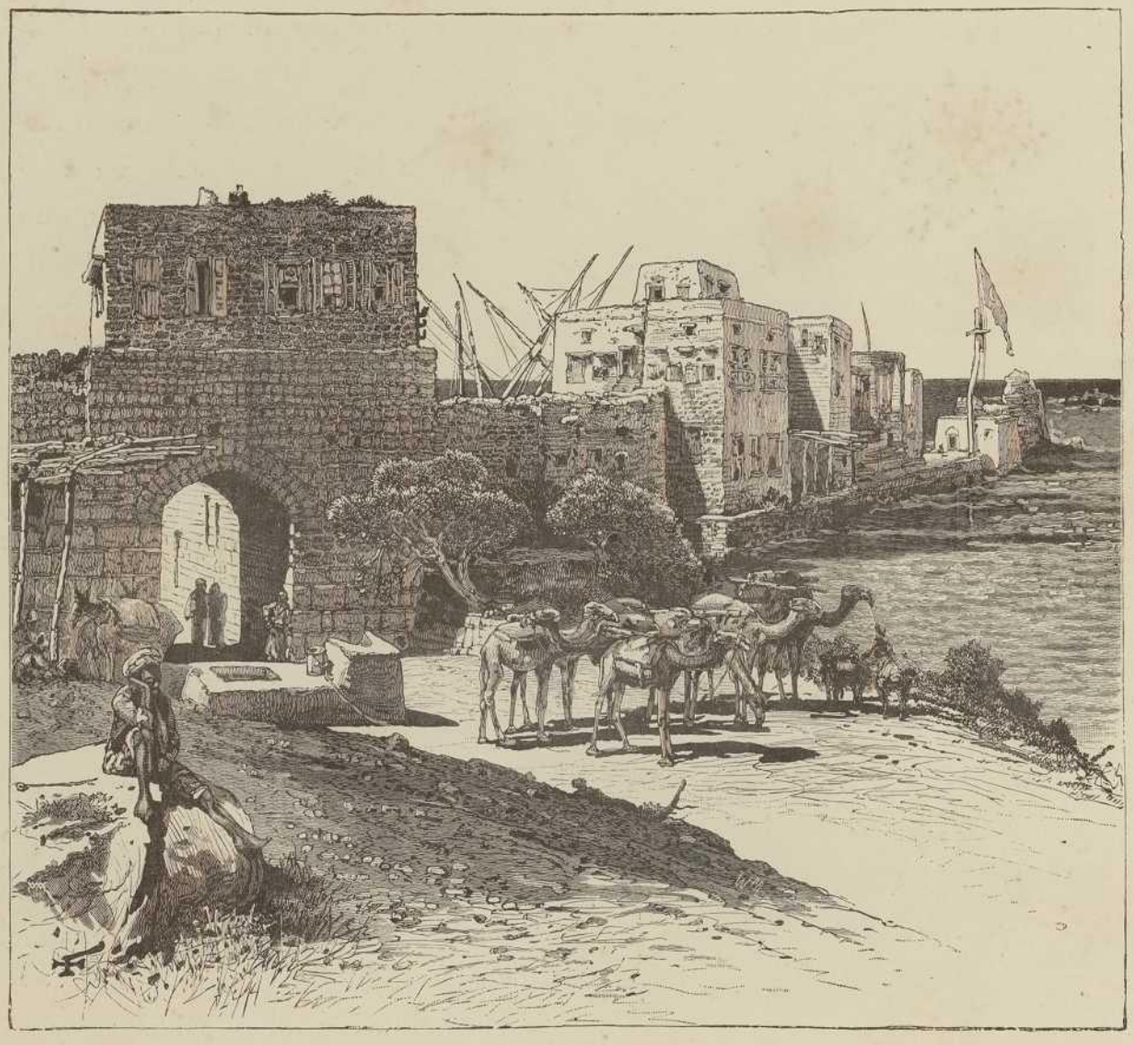
Valle del Nahr el-Kasmieh ó el Leontes, en las inmediaciones de la costa

situado á dos kilómetros de su desembocadura en el mar, en un punto donde el río tiene de anchura unos cuarenta metros. Dan verdor á sus márgenes adelfas, sauzgatillos y otros arbustos, y nacido en las inmediaciones de Baalbek, llega á ser, después del Jordán, el río más caudaloso de Palestina. El angosto valle por el cual desagua en el mar hubo de separar en los antiguos tiempos los territorios de Tiro y Sidón, y quizás débese á esto el nombre de Nahr el-Kasmieh que en la última parte de su curso recibe de los árabes, esto es, río de la Separación; en su zona superior lleva el de Nahr el-Lithany, llamándolo Litheh el geógrafo Abulfeda y Lantheh el libro de Edrisi.

Según opinión generalmente adoptada, es este nombre arábigo corrupción del de Leontes ó río del León que allí señalan los geógrafos antiguos.

Al sur del río y á pocos minutos de su desembocadura las ruinas llamadas Kharbet-Ain ez-Zerka, las del Khan el-Kasmieh y además las de Bordj el-Hahua ocupan, al parecer, el ámbito de lo que sería una misma y única ciudad, que M. Guerin, fundado en un pasaje de Scylax, se inclina á considerar como la de los Leones ó Leontópolis. En Bordj el-Haua estaría situado el acrópolis, y de la necrópolis, que lleva el nombre de Kubur el-Muluc (panteón de los reyes), subsisten varios sarcófagos entre ellos uno colosal y de rica ornamentación.

Pintorescas en extremo son estas ruinas y el paisaje que las rodea; créese que



Puerto de Tiro

en la Edad Media se levantó aquí un fuerte para defensa de los caminos de Sidón y Damasco. En el día es punto de peregrinación para los árabes á causa del *ualy* que entre los escombros se levanta. En opinión de M. Poujoulat aquí tuvo un palacio el emir Fakhr-eddin.

De nuevo se acerca el camino á la playa y andados otros siete kilómetros hacia mediodía, dejando atrás los miserables residuos de lo que serían establecimientos marítimos, hoy destruídos por completo, denominados Kharbet-Seddin el uno y Tell-Abrian el otro, llégase en fin, á las siete horas de haber salido de Sidón y por feraz

llanura donde mana abundante fuente llamada Aida Babuc, á la ciudad que fué un tiempo reina del Mediterráneo y es hoy miserable villorio, á Sur, á la opulenta y poderosa Tiro, de fama inmortal.

Su nombre va unido á todos los grandes recuerdos de la antigüedad; la fábula, la poesía y la historia cuentan de ella portentosos hechos, y su recinto evoca la memoria de Agenor y Dido, de Hiram, Nabucodonosor y Alejandro, de san Luís y Saladino. Herodoto y Virgilio celebraron sus maravillas; los Profetas vaticinaron sus inmensas desventuras; Cádiz en España y Utica y Cartago en Africa le debieron su fundación, y nombrarla vale tanto como decir el más alto punto de esplendor y riqueza á que puede aspirar un pueblo.

La ciudad de Tiro reproduce en su actual nombre arábigo de Sur el primitivo de Tsor que llevó en hebreo y que sería probablemente de origen fenicio. Tura era su forma aramea, convertida por griegos y romanos en *Tyros* y *Tyrus*. Tsor significa *roca,* y pudieron dar lugar á esta denominación así las peñascosas colinas inmediatas á la ciudad de tierra firme, como las rocas de la isla en que estuvo fundada la ciudad marítima.

Porque dos eran las poblaciones que formaban el gran emporio fenicio; la Tiro continental, llamada Palœtyros (antigua Tyros), y la Tiro insular, situada á treinta estadios de aquélla. La fundación de la primera se pierde en la noche de los tiempos históricos, como que se supone obra de Thiras, séptimo hijo de Jafet y nieto de Noé. La de la segunda, por una colonia procedente de Egipto, capitaneada y dirigida por Agenor, data de unos mil y seiscientos años antes de J. C. Según Justino, menos remoto sería el origen de la marítima ciudad, en cuanto la fundó una colonia de sidonios el año anterior á la ruina de Troya; esto lo confirma Isaías al llamarla *hija de Sidón,* y quien de tan exacta manera supo decirnos siglos antes del suceso el fin de la famosa ciudad es regular que supiese su comienzo con igual exactitud. Hácense, empero, concordar ambos datos, diciendo que á la colonia egipcia de Agenor siguió, transcurridos siglos, otra colonia de Sidón, la cual llevaría á cabo una restauración ó engrandecimiento de la ciudad anteriormente fundada, en ruinas quizás ó en decaído estado.

Oscuros son, como todos los orígenes, los primeros tiempos de Tiro; de los sucesores inmediatos de Agenor nada se sabe, aunque la leyenda nos habla del rey Pigmalión, hijo de Belo y hermano de Dido, allí nacida. Esta princesa infeliz, abandonando á Tiro, edificó en Libia la ciudad donde, por amor del troyano Eneas, tuvo el trágico fin que ha cantado Virgilio. En Tiro nació Astarthé; rey de Tiro fué Melkart, y en su recinto asegura la tradición haber tenido principio los peregrinos descubrimientos atribuídos al pueblo fenicio.

Pero esta oscuridad comienza á recibir algunos destellos de luz á contar desde el siglo undécimo antes de J. C. Ya anteriormente había mencionado el libro de Josué «la muy fuerte ciudad de Tiro» como formando frontera con el territorio de la tribu de Aser, y en el Eclesiástico se lee que el juez Samuel quebrantó á los príncipes de

los tirios. Según un pasaje de Eupolemio, citado por Eusebio, Hiram fué vencido por los israelitas en los primeros días de su reinado, viéndose reducido á pagarles tributo, y por el Libro II de los Reyes consta que el mismo príncipe envió años después embajadores á David, y maderas de cedro, y carpinteros y canteros para los muros, los que utilizó el monarca hebreo para las obras de su palacio. Muerto David, deseoso Hiram de continuar con el hijo en las amistosas relaciones que tuviera con el padre, envió otra embajada á Jerusalén para felicitar al nuevo soberano, y por Salomón fuéle pedido que le facilitase operarios que enseñasen á los suyos la corta de cedros en el Líbano para la fábrica del Templo. «Entre Hiram y Salomón, dice el sagrado texto, había paz é hicieron entre sí alianza.»

El historiador Josefo, al explicar las grandes obras realizadas por Hiram para engrandecer y hermosear á Tiro, escribe: «Muerto Abibal, subió al trono su hijo Hiram, el cual ensanchó por medio de diques y terraplenes la parte oriental de la ciudad; á ella unió, además, el templo de Júpiter Olímpico que se levantaba solitario en una isleta, rellenando el espacio intermedio, é hizo al mismo ricas ofrendas de oro.»

Ithobal, llamado por la Biblia Ethaal, que fué uno de los sucesores de Hiram, casó á su hija Jezabel con el rey de Israel Achab. Soberano de Tiro y Sidón le llama Josefo, de modo que en aquella época una y otra ciudad eran regidas por un mismo príncipe.

El propio Josefo, tomándolo de Menandro de Efeso, habla de otro rey de Tiro por nombre Eluleo, el cual comenzó á reinar en el año 786 antes de J. C.

Aquellos tiempos vieron en su apogeo la grandeza y el esplendor de Tiro, y de su opulencia, de su fausto, de sus vicios y abominaciones, así como de los tremendos castigos que la aguardaban, escribieron los Profetas sus inmortales endechas.

Aquel mismo siglo, como anuncio de más horribles calamidades, fué invadido el territorio de Tiro por la hueste de Salmanasar. El rey asirio combatió la ciudad marítima y le puso asedio durante cinco años; mas se cree que no logró hacerla suya á pesar de haber reducido á los de Sidón y Palœtyros á prestarle ayuda y de haber cortado el acueducto que la abastecía de agua, obligando con ello á los habitantes á construir numerosas cisternas.

Transcurridos muchos años, Nabucodonosor la sitió por espacio de trece. Dice san Jerónimo que al ver este expugnador de ciudades la imposibilidad de combatir en debida forma á la de Tiro y de acercar sus máquinas de guerra á las murallas, hizo que sus innumerables tropas llenaran el angosto canal que separaba la isla de la tierra firme. Convertido así en calzada pasaron por ella carros é ingenios, y arruinadas las temidas fortificaciones se apoderó de la ciudad con gran devastación, conforme por Ezequiel é Isaías fuera profetizado.

Esto sucedía 581 antes de J. C., y al retirarse el conquistador triunfante, los tirios, que habían huído en sus naves mar adentro, volvieron á su isla, y su primer cuidado fué destruir la calzada obra de Nabucodonosor.

En el año 332 antes de la era cristiana Alejandro, dueño de toda la costa fenicia,

presentóse delante de Tiro que, habiendo auxiliado á los persas con poderosa armada, le cerró sus puertas. En vano pretextó el macedonio querer rendir culto á Melkart en el famoso templo de la isla; fuéle contestado por los embajadores de la Tiro insular que en la ciudad de tierra firme había otro no menos venerado y más antiguo todavía donde podía cumplir su deseo, y entonces declaró indignado que entraría en la ciudad de grado ó por fuerza, dando comienzo el famoso sitio cuyo fin fué para Tiro espantosa matanza y horrible asolamiento.

A ejemplo del conquistador babilónico, el vencedor de Darío resolvió unir la isla al continente para atacarla luego con mayor facilidad por el este. La extensión del estrecho que separaba á una y otra era de tres estadios según Scylax, de cuatro según Diodoro de Sicilia y Quinto Curcio, y de setecientos pasos, á creer á Plinio; mas los tirios, que sabían ser la isla inaccesible por el lado del oeste, habían levantado grandes fortificaciones en el que miraba á tierra firme, el único que era de fácil acceso; en este punto, pues, la muralla flanqueada de torres que rodeaba la ciudad, tenía la extraordinaria elevación de ciento y cincuenta piés griegos y el proporcionado espesor. Empezó Alejandro por arrasar la ciudad de Palœtyros, á fin de cegar el canal con sus materiales junto con los grandes árboles que le proporcionaba el Líbano, y los templos, los palacios, los muros, los edificios y las casas todas de la antigua Tiro fueron arrojados al mar para servir de camino á los sitiadores de la Tiro insular. Palœtyros era aún ciudad de muy vastas proporciones, y ocupaba, según algunos, desde el Nahr el-Kasmieh al norte hasta el Ras el-Ain al sur, por más que hubiese venido á gran decaimiento desde la pasada devastación asiria. Con sus ruinas construyeron, pues, los macedonios, entre el continente y la isla, un dique ó calzada de sesenta pasos de anchura, y en tanto recibieron el auxilio de una armada chipriota y tambien el de las naves sidonias; con la primera bloquearon el puerto septentrional, llamado de Sidón; con las segundas amenazaron el meridional ó egipcio, uno y otro cerrados por los tirios con sus galeones. Muchos fueron los combates y asaltos durante siete meses de incesantes esfuerzos; frustrada al fin, desde que Alejandro recibiera en su campamento á los embajadores gaditanos, la esperanza que cifraban los sitiados en el socorro de sus colonias de España y Africa, y batidos los muros día y noche por medio de poderosas máquinas, quedó abierta dilatada brecha en la cortina que corría de la calzada al puerto egipcio. Por ella se precipitó Alejandro uno de los primeros, siguiéndole sus soldados cual irresistible torrente, y mientras invadían la ciudad por el sudeste, la armada de Sidón, venciendo cuantos obstáculos se le opusieron, penetraba en el puerto egipcio, y entregaba á las llamas los buques que contenía. Los chipriotas en tanto forzaban igualmente la entrada del puerto sidonio, y al mirarse perdidos, se refugiaron los habitantes en el fuerte santuario de Agenor Baal, donde intentaron aún inútil resistencia.

La población fué pasada á cuchillo, excepto quince mil personas, á las que los sidonios que militaban en el ejército macedonio lograron, movidos por su común origen, sustraer al furor de los vencedores. Júzguese cuánta sería la sangre vertida,

dice el historiador Quinto Curcio, por el hecho de que sólo en la muralla quedaron los cadáveres de seis mil combatientes, mas no aplacada todavía la ira de Alejandro hizo clavar en cruz á lo largo de la costa á unos dos mil hombres, á quienes dejara con vida el cansansio de las tropas.

Desde aquel día cuantos hombres de valer quedaron salvos en la horrenda catástrofe, las familias nobles, las antiguas casas comerciales de Tiro, en su mayor parte emigrados, partieron en busca de paz y sosiego á la ciudad hermana que florecía en Africa, á la que llevaron los nuevos recursos de su inteligencia, de sus tesoros y de las patrias tradiciones. Y esto contribuyó á que, cuando transcurridos algunos años, entraron los fenicios en lucha con los romanos, fuese ya Cartago la gran ciudad de la gente cananea, así como había subido Roma al primer lugar entre todas las del mundo latino.

Pero la de Tiro no quedaría del todo destruída y no tardaría en recobrar una parte del pasado poderío cuando diez y nueve años después, 313 antes de J. C., resistió por espacio de catorce meses al ejército de Antígono, quien, pasado aquel tiempo, la hizo suya.

Sesenta y cuatro años antes de J. C., Tiro, lo mismo que toda la región de Siria, pasó del dominio de los Seleucidas al de los romanos; en tiempo de Plinio eran sus arrabales vastísimos y contendrían campos labrados, verjeles y quintas, en cuanto aquel escritor señala á su perímetro diez y nueve mil pasos, incluso el recinto de la ciudad propiamente dicha, que era únicamente de veintidós estadios. Represéntala, sin embargo, como decaída por completo de su pasado esplendor, y sin más recursos ni industria que los de la pesca del marisco que producía la púrpura, y la de preparar la preciosa tintura. Aun así, todavía pudo enviar varias galeras para defender contra César la causa de Pompeyo y contra Augusto la de Antonio, quien la visitó varias veces en compañía de Cleopatra.

Por Herodes el Grande fueron construídos en Tiro templos, pórticos y otros edificios. En la guerra de Judea mostraron los tirios gran enemiga á los hebreos, y declarada la ciudad colonia romana reconstruyó sus murallas el emperador Adriano. No era entonces ciertamente, á lo que de ella refieren los escritores de la época, la suntuosa ciudad de otros tiempos, pero á su especial y ventajosa situación para el comercio debíase que de nuevo fuese la más poblada de Siria y la más concurrida de extranjeros. En el año 193 de nuestra era fué otra vez devastada por Niger, aspirante al imperio, á causa de haber sido en ella proclamado Severo.

En Tiro estuvo Nuestro Señor Jesucristo, y en el siglo XVI existía aún en las inmediaciones de la puerta de levante, á lo que refiere don Aquilante Rocchetta, una capillita en el punto en que una mujer exclamó al paso del Salvador:—¡Bendita la madre que te llevó en su seno!—Nuestro *Devoto Peregrino* sólo vió allí algunos años después una piedra que señalaba el sitio donde puso Jesús sus sagradas plantas. En el día los vestigios materiales de su divino paso han desaparecido por completo.

San Pablo llegó á Tiro, dirigiéndose á Tolemaida y Jerusalén después de recorrer Macedonia, Grecia y distintas comarcas del Asia Menor. «Arribamos á Tiro, dice el libro de los Hechos, porque la nave había de dejar allí su carga, y como hallásemos en la ciudad discípulos nos detuvimos en ella siete días... Pasados éstos partimos, acompañándonos todos con sus mujeres é hijos hasta fuera de la ciudad; puestos de rodillas en la ribera hicimos oración, nos despedimos, y nosotros entramos en el buque volviéndose ellos á sus casas.»

La iglesia cristiana de Tiro que contó numerosos mártires en la época de las persecuciones, fué después una de las más famosas é importantes de Oriente; de su metropolitano eran sufragáneos catorce obispados, y hasta nosotros han llegado los nombres de ocho de sus arzobispos por las actas de varios concilios. Sábese también que en la ciudad vivió Orígenes, y que en ella vivió y recibió sepultura.

En Tiro fué reunido en el año de 335 el célebre conciliábulo de obispos arrianos en contra del intrépido defensor de la verdad san Atanasio, y llegaron hasta maquinar su muerte.

Siendo califa Omar, en el año de 638, Yezid, hijo de Abu- Sofian, se apoderó de Tiro.

Bajo la dominación musulmana, ya se conservasen las antiguas fortificaciones, ya se les añadiesen otras nuevas, tenía la ciudad fama de ser inexpugnable, y más así se acreditó en el año de 1111, después que el rey de Jerusalén Balduino I la hubo combatido en vano por tierra y por mar por espacio de cuatro meses.

Sin embargo, no había de tardar, al igual que las otras plazas fuertes de Siria, en recibir la ley de los Cruzados triunfadores, y á este glorioso hecho dió motivo el refuerzo que recibieron en el año de 1123 con la llegada de los venecianos.

La poderosa república que de antiguo reportaba cuantiosos beneficios de su tráfico de Oriente y vacilaba en romper provechosas relaciones con los príncipes musulmanes de Asia, había tenido escasa parte en la primera Cruzada y en los sucesos que de ella fueron consecuencia. Aguardaba, escribe Michaud, el resultado de la gran empresa para decidirse y tomar un partido, asociándose entonces sin riesgo á las victorias de los cristianos; no le permitió, sin embargo, esperar más tiempo la emulación que en ella despertaron las ventajas ya obtenidas por sus rivales de Génova y Pisa, y dispuso á su vez formidable expedición contra los infieles. Su armada entró en el puerto de Tolemaida después de haber destruído la escuadra sarracena, procedente de Egipto, y el dux Michaelis, que en persona la mandaba, fué llevado en triunfo á Jerusalén, donde se trató de beneficiar las victorias últimamente alcanzadas acometiendo dificultosa y considerable empresa. En un consejo celebrado en presencia del regente del reino, por estar entonces prisionero en poder del enemigo Balduino II, y del dux recién llegado, propúsose el sitio de la ciudad de Tiro ó el de Ascalón, y como las opiniones se mostrasen divididas, convínose en dejar la decisión á la Providencia. Dos cédulas con el nombre de una y otra plaza fueron colocadas en el altar del Santo Sepulcro,

y entre gran concurso de espectadores, un niño huérfano escogió una; en ella estaba escrito: Tiro:

Pidieron los venecianos, antes de dar principio á la guerra, que les fuese concedida una iglesia, una calle, derecho de horno y un tribunal particular en todas las ciudades de Palestina, junto con otros privilegios en la plaza que iban á combatir, y además la tercera parte de la misma. Tanta era la importancia que se daba á la conquista de Tiro que el regente, el patriarca, el canciller y los barones aceptaron sin vacilar las condiciones de Venecia en un documento que ha conservado la historia.

Llegada la primavera púsose en marcha desde la Ciudad santa el ejército cristiano al tiempo que se hacían á la mar en Tolemaida las naves venecianas, y al llegar á este punto de su relación el historiador del reino de Jerusalén, que fué después arzobispo de Tiro, la interrumpe para descubrir las maravillas de su futura metrópoli. En relato religioso y profano á la vez, invoca sucesivamente el testimonio de Isaías y Virgilio, y después de hablarnos del rey Hiram y del Sepulcro de Orígenes, cita la memoria de Agenor, padre del tebano Cadmo, y los infortunios de Dido. El cronista Guillermo enaltece la industria y el comercio de Tiro, la feracidad de su territorio, su púrpura famosa, aquella arena que se trocaba en transparente vidrio y la sabrosa caña de azúcar, de cuya miel se hablaba entonces con asombro en todas las regiones de Europa. Alzase la ciudad, nos dice, en deliciosa ribera, á la que resguardaban los montes contra las escarchas del norte; como dos brazos, extiende en medio de las olas dos grandes diques ó muelles para formar un puerto donde no tienen acceso las tormentas, y defiéndela por un lado el mar y una doble muralla sobre escarpadas rocas, y por el de tierra triple muro flanqueado por formidables torres, á muy corta distancia una de otra.

El dux de Venecia penetró con su armada en el puerto y cerró de este modo las comunicaciones entre la ciudad y el mar; acaudillaban el ejército de tierra el patriarca de Jerusalén, el regente del reino, y Pons, conde de Trípoli, y sin demora comenzaron las obras de sitio y los combates. Con éxito vario en los primeros días, la discordia que en la plaza se declaró entre los turcos y egipcios que la defendían fué de gran auxilio á los cristianos; sus asaltos, secundados por los estragos de los guerreros ingenios, junto con la escasez de víveres entre la guarnición, estaban á punto de darles la victoria cuando también en sus filas penetraron á su vez la división y los rencores. Lamentándose la acampada hueste de que sólo para ella eran los riesgos y trabajos, llegó un día en que caballeros é infantes permanecieron inmóviles en sus tiendas como lo estaban los venecianos en sus naves, y esto movió al dux á saltar á tierra con sus tripulaciones armadas como para subir al asalto. Desde entonces generosa emulación inflamó el ardor de hombres de armas y marinos para no dejar á los sitiados punto de reposo, y perdida por éstos toda esperanza de ser socorridos, no tuvieron más recurso que rendirse después de cinco meses y medio de sitio. Los Cruzados hicieron su triunfal entrada en la ciudad, al tiempo que, á tenor de lo pactado, la abandonaban, sus habitantes sin ser hostilizados.

Bajo la dominación de príncipes cristianos gozó la ciudad de Tiro de próspera y sosegada existencia; restablecióse la sede arzobispal en la persona de Guillermo; construyerónse iglesias y otros grandes edificios y se levantaron nuevas fortificaciones ante las que, acaecida la rota de Tiberíades, se estrellaron todos los esfuerzos del vencedor Saladino.

Rechazadas sus intimaciones y asaltos al presentarse al pié de sus muros á poco de la sangrienta jornada, resolvió esperar ocasión más propicia para combatirlos, y en efecto, luego que hubo rendido á Ascalón y realizado la conquista de la Ciudad santa, reunió otra vez á fines del mismo año de 1187 sus naves y batallones para expugnar la plaza cuya conquista ardientemente deseaba. Pero los moradores de Tiro habían jurado todos morir antes que entregarse, y aclamando por capitán á Conrado, hijo del marqués de Montferrato, recién llegado de Occidente, desoyeron también esta vez cuantas proposiciones les fueron dirigidas para rendir la ciudad.

El anciano marqués de Montferrato había dejado sus pacíficos estados para peregrinar á Tierra Santa y se halló en la batalla de Hattin; hecho en ella prisionero, aguardaba de su familia en la cárcel de Damasco el crecido rescate que por su libertad le exigían.

En vano fué que Saladino prometiese entregar el prisionero y ofreciese además bienes y tesoros; inútil también su amenaza de colocar al anciano marqués delante de las filas sarracenas para exponerle á los tiros de los sitiados: nada logró vencer la heroica resolución de Conrado y de los habitantes, y los combates se sucedían con creciente furor. Templarios, hospitalarios y cuantos guerreros quedaban en Palestina después del desastre padecido, procuraban penetrar en Tiro para compartir la honra de la esforzada defensa, y entre los cristianos que se distinguían por su denuedo hacen expresa mención las crónicas del español conocido con el nombre de *caballero de las armas verdes*, el mismo del cual hemos hablado en el sitio de Trípoli. Él solo dice la relación de Bernardo el Tesorero, rechazaba y ponía en desorden á los batallones enemigos; varias veces se batió en singular combate é hizo morder el polvo á sus contrarios, llegando á asombrar al mismo Saladino su valor y sus altas proezas.

No había en la ciudad quien no blandiese la espada; hasta los niños eran soldados y las mujeres alentaban á los combatientes con su presencia y sus palabras. En el mar, al pié de los muros se empeñaban sin cesar nuevos combates, y siempre y en todas partes, dice una crónica, volvían á hallar los sarracenos á aquellos héroes cristianos que les hicieran temblar tantas veces.

Perdida al fin la esperanza de expugnar la plaza, levantó Saladino el cerco, y marchó, conforme queda dicho, contra Trípoli.

En el año de 1192, cuando el valeroso Conrado de Montferrato, marqués de Tiro, acababa de ser aclamado rey de Jerusalén, dos ismaelitas, súbditos del famoso Viejo de la Montaña, se precipitaron contra él en una calle de Tiro y le cosieron á puñaladas, Transportado moribundo á la catedral, aun pudo uno de los asesinos que en la misma se había refugiado huyendo del pueblo indignado, volver á caer sobre Conrado y

rematarle. Los dos furiosos sectarios espiraron entre suplicios sin proferir una queja y sin aclarar en lo más mínimo el pavoroso misterio que rodeó su crimen.

Violento terremoto causó horrible estrago en la ciudad en el año de 1202, y gran número de casas vinieron al suelo.

Perdida la plaza de San de Juan Acre en 1291, los habitantes cristianos de Tiro se embarcaron con cuanto pudieron llevar consigo y llegada la noche se hicieron al mar, abandonando la ciudad en que habían ejercido su dominación por espacio de ciento sesenta y siete años. Cuando á la siguiente mañana se presentó á sus puertas la división que contra ella mandaba el sultán Malek el-Achraf, la halló poco menos que desierta, y sin obstáculo pudieron los musulmanes llevar á cabo la obra destructora á que se entregaron en Tiro, al igual que en las demás ciudades cristianas.

Desde entonces puede decirse que yace entre ruinas. Abulfeda, en el siglo XIV, habla de ella como de una ciudad destruída y asolada. El emir Fakhr-eddin, en el XVI, intentó realzarla y devolverle importancia, mas no pudo conseguirlo, y por aquel mismo tiempo pudo escribir don Aquilante Roccheta: «La ciudad de Tiro, tantas veces expugnada y devastada, queda al presente reducida á nonada ó á muy poco; pero al pasar por junto á ella conócese por su posición, por las grandes ruinas que permanecen aún enhiestas y por los escombros que cubren el suelo no ser exagerado el esplendor que las historias le atribuyen.»

A principios del siglo siguiente el Devoto Peregrino, el P. Antonio del Castillo, dice de Tiro: «esta ciudad está acabada;» y el P. Miguel Nau, que la visitó en el año de 1668, sólo encontró allí montones de informes ruinas, entre las que vivían escaso número de labradores.

Hasta 1776 no pasó de ser miserable aldehuela; pero en aquella fecha comenzaron á dirigirse y á establecerse en su recinto los metualis de los inmediatos montes; edificaron casas, construyeron la muralla que hoy las circuye, y comenzó á nacer de las ruinas de la ciudad antigua la moderna Tiro.

Ocupa ésta escasa parte de la península que antes llenaba aquélla por completo; sus murallas están en varios puntos destruídas, y por numerosas brechas puede penetrarse en su recinto sin pasar por la única puerta que á él da acceso por el lado de levante. Las dos terceras partes por lo menos de lo que fué la soberbia Tiro están ahora invadidas por el yermo, por cementerios, por huertos ó informes ruinas, en medio de las cuales los arqueólogos, cuantos andan en busca de tesoros, de colunas y piedras raras practican de continuo excavaciones y zanjas, los unos para investigar los misterios del tiempo pasado, movidos los otros por el deseo de lucrar con su venta. Más que á una población, escribe el abad Mislin, aseméjase la ciudad actual á un cementerio, y sus casas, de muy poca altura, parecen otros tantos sepulcros de piedra ó de tapia. No ha quedado en pié ni un solo monumento; sus dos puertos están casi cegados, y sólo por la línea de algunos arrecifes puede conocerse la que seguían los antiguos diques que defendían sus radas espaciosas; destrozadas colunas vense caídas en

la playa, entre los escombros, y hasta dentro del agua. Mujeres envueltas en mantos como en sudarios cruzan silenciosas las desiertas calles: «En páramo se convertirá la ciudad, dijo Isaías, y sus puertas caerán hechas pedazos.» De vez en cuando, en una esquina, vese á un hombre sentado en el suelo, inmóvil y en actitud meditabunda, justificando aquellas palabras del profeta: «Apenas se hallarán en la comarca algunos hombres, como si algunas pocas aceitunas que quedaron se sacudieren del olivo, y como algunos rebuscos después de la vendimia. Fuera de la ciudad, en la ribera, no se ven sino rocas peladas en las que extienden los pescadores las redes: «En piedra tersa te tornaré, dijo el Señor por boca de Ezequiel, y serás tendedero de redes.» No hay allí ni fosos, ni torres, ni murallas.

Ruinas de Tiro

El comercio de esta ciudad, un día tan vasto y floreciente, es casi nulo en el día, reducido como está á un poco de algodón, tabaco y esponjas y á algunas piedras de molino. Sus marineros, que surcaron todos los mares, no se alejan de los cercanos cabos, y las infinitas naves en que cifró su gloria y llevaban su pabellón hasta las confines del mundo entonces conocidos, están hoy limitadas á corto número de barcos pescadores y de cabotaje. Cumplidas quedan, pues, en Tiro, como en todas partes, las predicciones de los profetas; la ciudad de hoy no es ni la sombra de la que allí existió.

El dique que por norte y levante limita, aunque casi del todo destruído, el puerto septentrional, estaba precedido de otro dique en el día submarino, el cual daba al puerto extensión mayor de la que tuvo después, al quedar circunscrito al actual recinto; en el canal que se forma entre uno y otro, yacen numerosas colunas. Conocido antigua-

mente este puerto con el nombre de sidonio, por dar frente á Sidón, cerrábase por medio de una cadena tendida entre dos torres cuyos arranques son visibles todavía; cegado en gran parte, varias casas y almacenes ocupan, además, por el lado de tierra firme, gran extensión del antiguo fondeadero, de este punto rellenado.

Los islotes situados al norte de este puerto resguardan de los vientos del oeste la vasta rada que lo procede; el más considerable entre ellos llevó en otro tiempo el nombre de *Sepulcro de Rhodope*, y de sus peñas fueron arancadas, al parecer, las grandes moles que se distinguen debajo del agua en los vestigios de un dique que lo unía con otro islote al mediodía, amparando así la rada de más eficaz manera contra los vientos de aquel cuadrante.

A lo largo de las rocas que forman los límites occidentales de la península tiria, rocas que son cubiertas por las olas á poco que éstas se agiten y que únicamente quedan en seco en las horas de perfecta calma, divísanse en el mar y en diferentes puntos los residuos de robusto muro que puede confundirse con un banco submarino, aunque no ha de caber duda de que es obra del trabajo humano. Era su objeto ganar al mar todo el espacio que aquellas rocas ocupan y ensanchar así por este lado el perímetro de la ciudad, formando uno de los muros de que habla Guillermo de Tiro. Del segundo ó más interior apenas quedan ruinas.

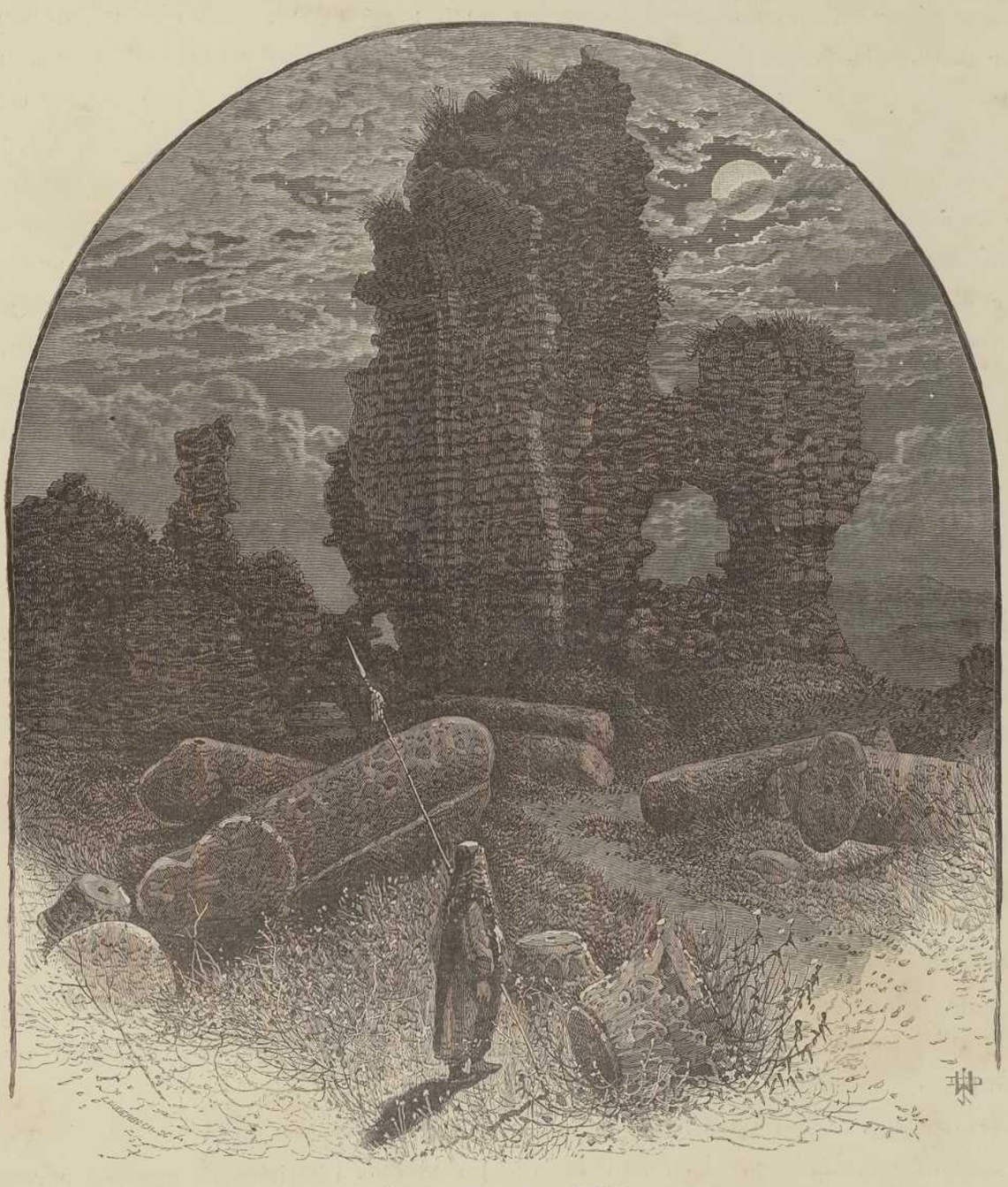
El puerto egipcio, situado al sur de la península, hállase expuesto á la violencia de los vientos meridionales por las grandes brechas abiertas en el dique que lo limitaba en una extensión de quinientos metros; como el sidonio, está invadido en gran parte por la arena. Por medio de una cortadura, llamada aún hoy *Bab el-Mina* (puerta del Puerto), comunicaba con magnífica rada protegida por otra gigantesca escollera de ochocientos metros; sumergida hoy en casi toda su extensión, cúbrenla tres ó cuatro metros de agua, al través de los cuales es posible distinguirla los días de calma.

Además de los dos puertos, septentrional y meridional, y de las dos vastas radas que los preceden, tiene Tiro hacia el oeste diferentes caletas; pero, rodeadas de bajos y escollos, ofrecen escasa seguridad por poco que soplen los vientos.

De las tres murallas paralelas que constituían la defensa de la ciudad por la parte de tierra subsisten aún vestigios más ó menos aparentes, sepultados como están casi todos por montecillos de arena. La línea que éstos trazan indica perfectamente la que seguían las fortificaciones.

Junto al ángulo sudeste de la muralla moderna que, á pesar de contar sólo un siglo y poco más de existencia, cae ya en ruinas, admíranse los residuos de la antigua catedral, edificio construído por el obispo Paulino sobre los restos de anterior basílica, demolida en el año 303 por disposición de Diocleciano. Dada la paz á la Iglesia, se apresuró Paulino á reedificarla, y de ella ha dejado interesante descripción Eusebio de Cesarea que fué el obispo consagrante; calificóla del más hermoso templo de Fenicia, y esta fama no se perdió al ser restaurada por los Cruzados en el siglo XII. Constaba de tres naves y tres ábsides contiguos, flanqueados por torres á las que se subía por escaleras

de espiral; el crucero sobresalía por lo menos cinco metros á uno y otro lado, y formaba con las naves una verdadera cruz. La longitud total del monumento puede calcularse en setenta y cinco metros, y su mayor anchura en los brazos de la cruz en treinta y cinco; de él se conserva únicamente la parte oriental, habiendo quedado empotrados



Ruinas de la catedral de Tiro

sus tres ábsides en la muralla moderna. Esta iglesia, dedicada en un principio á santo Tomás, lo fué, después de su restauración por los Cruzados, á san Marcos y estuvo, á creer á varios autores, bajo el patronato de los venecianos; en el siglo xi mostrábase aún el sepulcro de Orígenes detrás del altar mayor; en ella recibió Amaury la corona de Jerusalén, y el emperador Federico Barbaroja, uno de los jefes de la tercera Cruzada con Ricardo y Felipe Augusto, muerto ahogado al vadear el Selef, en Cilicia, recibió

en sus naves sepultura en el año de 1190, lo propio que dos años después Conrado de Montferrato.

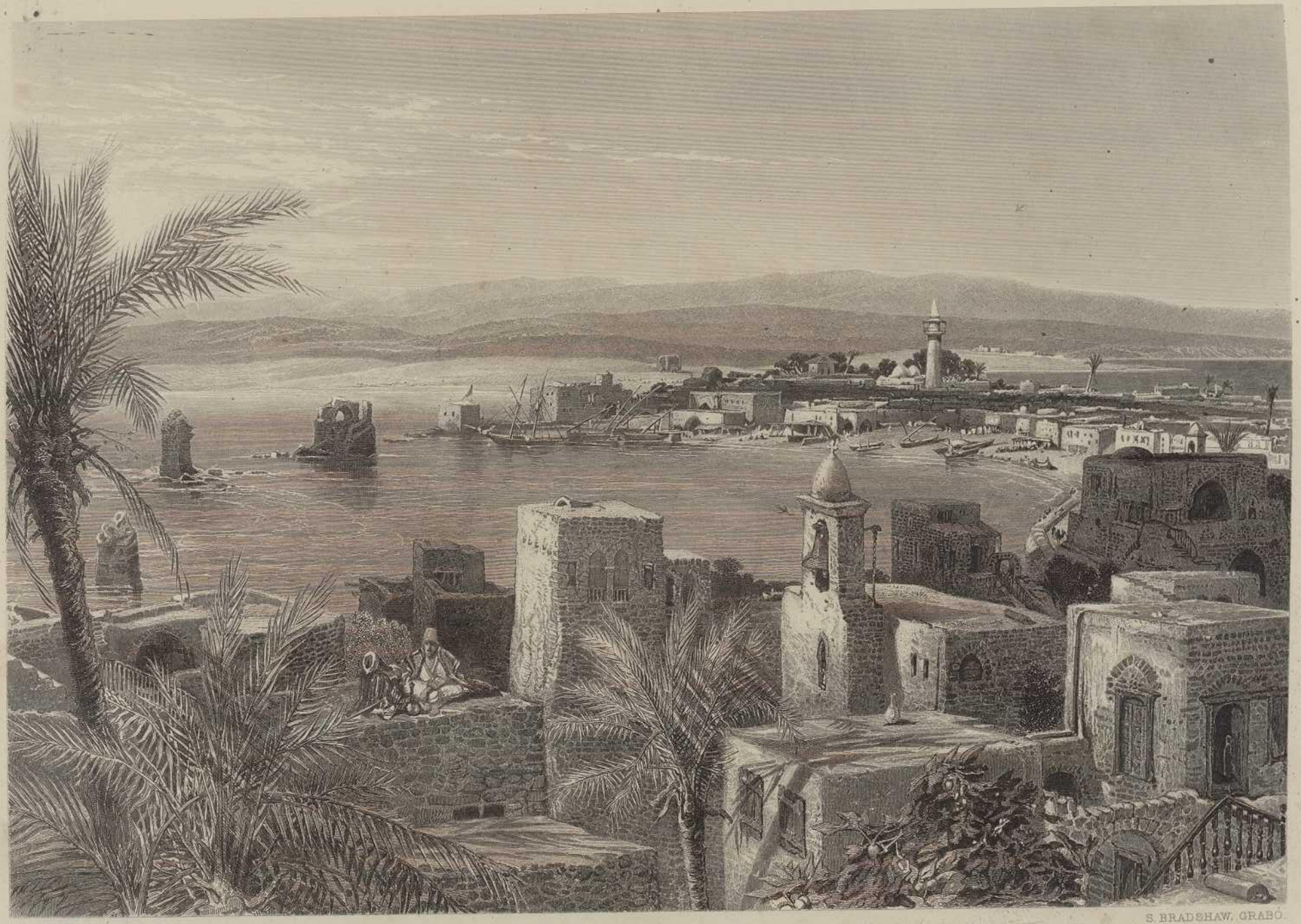
En busca de los restos del emperador verificáronse en la iglesia grandes excavaciones en 1874 por cuenta del gobierno prusiano, y como parte de su área estaba ocupada por miserables casas habitadas por metualis, comenzó el enviado alemán por comprarlas y proceder á su derribo; abrió luego varias zanjas en lo que fueron naves, crucero y ábside, y aun cuando se descubrieron muchos sepulcros, todos ellos rotos y violados de antiguo, en ninguno se hallaron inscripciones ni otros signos que dieran á conocer el que se buscaba, ni tampoco el de Orígenes. A muchos metros de profundidad quedaron de manifiesto los cimientos de una parte de la basílica, consistente en sillares de gran regularidad que databan quizás del edificio primitivo; por el contrario, las hiladas superiores, formadas con piedras de menor volumen, pertenecen sin duda á la restauración del tiempo de las Cruzadas. Debajo de enormes capas de escombros halláronse derribadas soberbias colunas monolitas de granito, las cuales, procedentes á lo que se cree de los antiguos templos y pórticos de la ciudad, fueron coronadas en la época bizantina con bellos capiteles corintios de mármol blanco. Yacen todavía en el suelo, y entre ellas son de notar dos gigantescas pilastras de raro trabajo; adorno fueron quizás del famoso templo de Melkarth, la deidad nacional de Tiro ó del de Júpiter Olímpico, del que hablan igualmente los antiguos autores; pero de todos modos, los dispendios y esfuerzos que supone el transporte de semejantes moles, trabajadas seguramente en Egipto, son evidente testimonio así de la importancia de la ciudad, como de la magnificencia del monumento á que estaban destinadas.

En las inmediaciones de la basílica se han descubierto otros fustes de colunas monolitas que pertenecerían al atrio de que estaba precedida en la época bizantina, y procedían sin sombra de duda de edificios más antiguos. De estos monumentos, templos, palacios, pórticos sólo subsisten residuos dispersos ó enterrados aún; las excavaciones que sin cesar se practican van sacándolos á luz para ser trasladados á otros puntos ó emplearlos en Tiro como materiales de construcción; pero ello es que después de las revoluciones y trastornos sufridos por la ciudad en el curso de los siglos, se ha hecho de todo punto imposible indicar con visos de acierto el sitio en que se levantaron.

De la Tiro fenicia ó greco-romana no quedan más huellas aparentes que los diques de sus puertos, en gran parte sumergidos, las hiladas inferiores de algunas porciones de su primer muro occidental, innumerables colunas de granito, mármol y pórfido diseminadas por varios puntos, estancias labradas en la roca revestidas de durísimo betún, que fueron sepulcros, cisternas ó quizás locales donde se prensaba el *murex trunculus* (la concha purpúrea), mutilados sarcófagos y esparcidos y destrozados restos.

De la Tiro bizantina subsisten algunas paredes inferiores de su catedral y hermosos y corintios capiteles.

A la Tiro musulmana, anterior á las Cruzadas, y á la Tiro cristiana y latina



H. FENN, PINTÓ. S. BRADSHAW, GRABÓ.

TIRO.

ESPASA Y COMPA EDITORES, BARCELONA.

han de ser atribuídos los residuos del dique que limita el puerto septentrional, los de la segunda muralla occidental, los del muro del puerto del sur cuya total demolición se está ahora mismo verificando, y por último, los de la triple muralla oriental, de la que se hallarían á no dudar grandes lienzos si se quitasen las capas de arena que de cada día le van sepultando á mayor profundidad. Por entre ellas asoman todavía tres arruinadas torres, una de las cuales llamada hoy *Bordj el-Merharbeh* (torre de los Occientales), conserva más de la mitad de su robusta mole. A la propia época de las Cruzadas corresponde cuanto existe de las obras superiores de la catedral.

La ciudad actual, en la que causó gran estrago el terremoto de 1837, ofrece miserable aspecto: sus calles son sombrías y sucias, ruinosas sus casas. En el punto más alto de la isla, donde se alzaría el templo de Melkart, construyó un palacio Ibrahim-Bajá; abandonado en el día está cayendo en ruinas. Restos de antiquísimas costumbres son la fiesta de san Mekhlar (Melkart) que se celebra en julio, dándose todo el pueblo á la pesca del *murex* en la costa occidental, donde estuvo aquel templo situado, y los jardincitos de Adonis que se disponen en las casas llegado diciembre.

No excede la población de cuatro mil y doscientas almas, número que se descompone del modo siguiente: setenta latinos, doscientos maronitas, mil y doscientos griegos unidos, doscientos griegos cismáticos, dos mil y quinientos metualis y musulmanes los restantes.

Los padres de Tierra Santa poseen en Tiro un convento fundado hace pocos años, con una escuela para los niños y una iglesia, que sirve de parroquia á los latinos.

Los maronitas tienen una iglesia propia suya, lo mismo que los griegos unidos, los cuales están bajo la jurisdicción de un obispo que la ejerce también sobre los griegos unidos del Líbano. Otra iglesia pertenece á los griegos cismáticos y para los metualis hay en la ciudad una mezquita.

A una escuela de niñas, dirigida por Hermanas indígenas de la orden del Sagrado Corazón, asisten doscientas y cincuenta, católicas, cismáticas y hasta musulmanas ó de la secta metuali.

La misión protestante inglesa ha abierto recientemente otra escuela.

Al salir de la ciudad por oriente pásase por el itsmo artificial que une con el continente la península en que está edificada, itsmo que es el antiguo terraplén ó dique construído por Alejandro, tomando quizás como base un bajío ó arrecife. Mide unos seiscientos y cincuenta metros á lo largo; en cuanto á su anchura, ha aumentado considerablemente y aumenta cada día por la arena que á ambos lados amontona el viento.

Atraviesan el dique los residuos de antiquísimo acueducto que, partiendo de uno de los depósitos de Ras el-Ain, se dirigía al nordeste hacia Tell el-Machuk en una extensión de cuatro mil y quinientos metros, torcía luego al oeste, y llegaba, después de nuevo recorrido de dos mil y ochocientos metros, al extremo occidental de la calzada ó dique de Alejandro, ofreciendo en su última parte monumental aspecto. Magníficas

arcadas, de las que subsistían todavía algunas en el año de 1870, sostenían el canal que proveía de agua á la ciudad, y las enormes estalactitas que de las bóvedas pendían eran seguro testimonio de la gran antigüedad de la obra. En el día aquellos vistosos y elegantes arcos están á punto de desaparecer por completo.

En el cerro llamado Tell el-Machuk situado á la distancia de unos treinta minutos de la ciudad álzanse dos *ualys*, consagrado el uno á Sidi Abu el-Abbas y á Neby Machuk el otro. El nombre del último que equivale á *amado*, induce á creer que el santuario musulmán ha sucedido á un templo de la antigüedad, quizás al de Hércules Astrochiton, mencionado por el poeta Nonno, pues en esta eminencia, centro de la Tiro continental ó Palœtyros, hubo de estar situado el templo continental de Melkart, amante de Astarté, más antiguo aún, según dijeron á Alejandro los embajadores de Tiro, que el de la ciudad insular.

Varias colunas y otros antiguos fragmentos que son poco á poco retirados para emplearlos en construcciones modernas, yacen por el suelo de lo que sin duda fué como acrópolis religioso de Palœtyros; y no sólo las laderas del cerrillo abundan en vestigios de pasados tiempos, sino que se extienden por todos aquellos campos y colinas. «Mientras mi mulatero, escribió el abad Mislin á su salida de Tiro seguía el camino de la playa, yo, á una legua de distancia, me complacía en caminar solo y á pié por entre las vastas ruinas, algunas de las cuales datan de más de mil años antes de J. C. Evocados por la historia, parecíame ver salir de sus tumbas y de la nada á que han venido los dioses y héroes, los monumentos é imperios cuyos residuos forman el polvo que pisaba con religioso respeto. Por un poco de este polvo, decía para mí, ¡cuántas naciones han peleado y vertido la sangre á torrentes! Creíanse fuertes y poderosas, luchaban por altos principios, pensaban fundar grandes cosas... y todo está ahí sepultado entre estos escombros. ¡También hoy, hombres y pueblos se agitan y piensan edificar obras eternas! ¡Ah! ¡quién pudiera, recogiendo un puñado de las elocuentes cenizas que me rodean, colocarlas en sus frentes y decirles con la Iglesia: *Memento, homo, quia pulvis es et in pulvurem reverteris!*»

Al Tell el-Machuk llegaban las aguas del acueducto de Ras el-Ain para desde allí dirigirse al norte por un canal del que todavía existen restos y al oeste hacia la ciudad peninsular por medio de las arcadas de que se ha hecho antes mención. En la falda de la colina penetra el canal en sus últimas pendientes meridionales por subterráneo camino abierto en la peña; más lejos y al salir al llano reaparece, y toma luego la dirección del sudoeste hasta terminar en los depósitos de Ras el-Ain. De este acueducto se habla en la época del sitio de Tiro por Salmanasar; pero como habrá sido tantas veces cortado y reparado, de ahí que si en su parte subterránea ha de ser tenido por obra fenicia, lleva en otras el sello de restauraciones romanas.

Poco antes de llegar á aquellos depósitos hállase una eminencia que, midiendo cuatrocientos metros á lo largo por doscientos á lo ancho, sólo se eleva unos veinte sobre el nivel del mar; hace pocos años llevaba el nombre de Tell-Habieh, pero

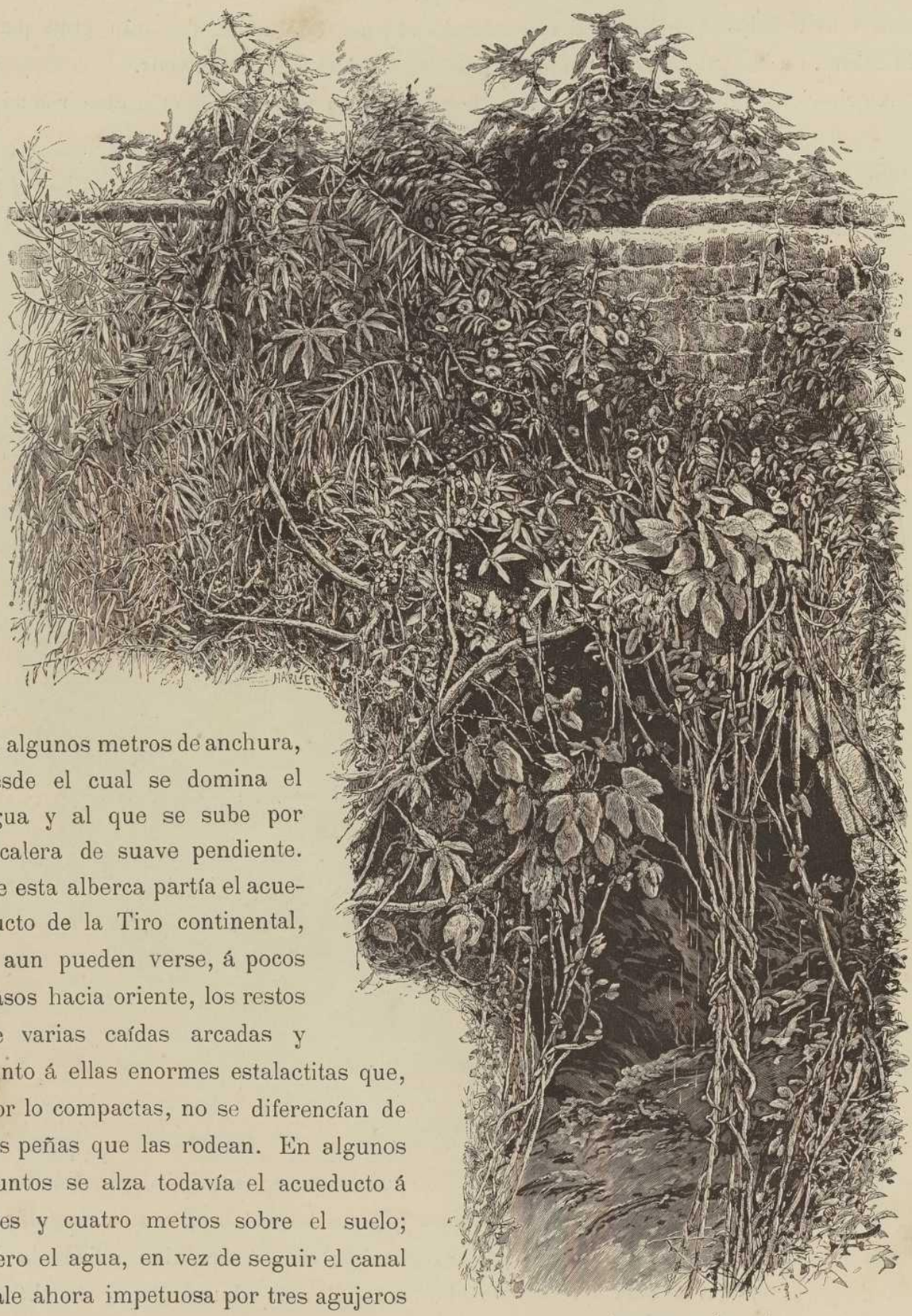
recientemente ha tomado el de Tell-Rechidieh á causa de haberla adquirido Rechid-Bajá, quien la ha convertido en vasto cortijo. Para las obras se ha servido de los antiguos materiales de que estaba sembrado el suelo y que cubren aún gran parte de la colina, en la cual estuvo situado el fortificado acrópolis de Palœtyros.

A ochocientos metros hacia el sur, entre deleitables verjeles, encuéntrase reducida

Albercas de Ras el-Ain

aldea llamada Ras el-Ain, en la cual habitan unas pocas familias de molineros y labradores. Son de ver en ella, y no hay viajero que no las celebre, cuatro magníficas albercas en forma de torres cuadradas ú octagonales; esta última figura tiene la de mayor importancia, ó sea la que recibe el manantial más abundante, y de ahí su nombre de Birket Ras el-Ain (estanque de la Cabeza de la fuente); cada uno de sus lados mide ocho metros y cincuenta centímetros. Las paredes, cuyo espesor excede de tres metros están formadas con guijarros unidos por medio de durísimo cemento,

y cóncavas en su parte interior, ofrecen en la superior una especie de pasadizo circular



Acueducto de Ras el-Ain

de algunos metros de anchura, desde el cual se domina el agua y al que se sube por escalera de suave pendiente. De esta alberca partía el acueducto de la Tiro continental, y aun pueden verse, á pocos pasos hacia oriente, los restos de varias caídas arcadas y junto á ellas enormes estalactitas que, por lo compactas, no se diferencían de las peñas que las rodean. En algunos puntos se alza todavía el acueducto á tres y cuatro metros sobre el suelo; pero el agua, en vez de seguir el canal sale ahora impetuosa por tres agujeros abiertos en otros tantos ángulos de la pared occidental; una de estas corrientes imprime movimiento á un molino, y forman las otras bullidor arroyuelo que sigue por mediodía la línea de la playa por espacio

de setecientos metros, hasta que, logrando penetrar las espesas capas de arena que dificultan su paso, se pierde en el mar.

Como á unos cien metros al sudeste de esta primera alberca hállanse otras dos en comunicación entre sí y muy notables también; arranca de la una el antiguo acueducto que tomaba la dirección del norte hacia El-Machuk; alimenta la segunda un acueducto más moderno, sostenido por arcadas ojivales, el cual riega al mediodía extensos plantíos de morales. El cuarto depósito está situado á poca distancia hacia el norte; todos ellos tienen de tres á cuatro metros de altura.

A borbotones y arrebatadamente brotan y suben los manantiales por los inmensos pozos que estas albercas contienen, y ni en los ardores del verano disminuye su límpido y fresco raudal. Los sondeos hasta ahora practicados, aunque no con instrumentos á propósito para vencer por completo las dificultades que opone la fuerza ascendente de las aguas, han dado una profundidad de doce metros; para algunos viajeros tienen origen en pozos artesianos, y para otros son fuentes naturales procedentes de los inmediatos montes por subterráneos caminos en el día ignorados.

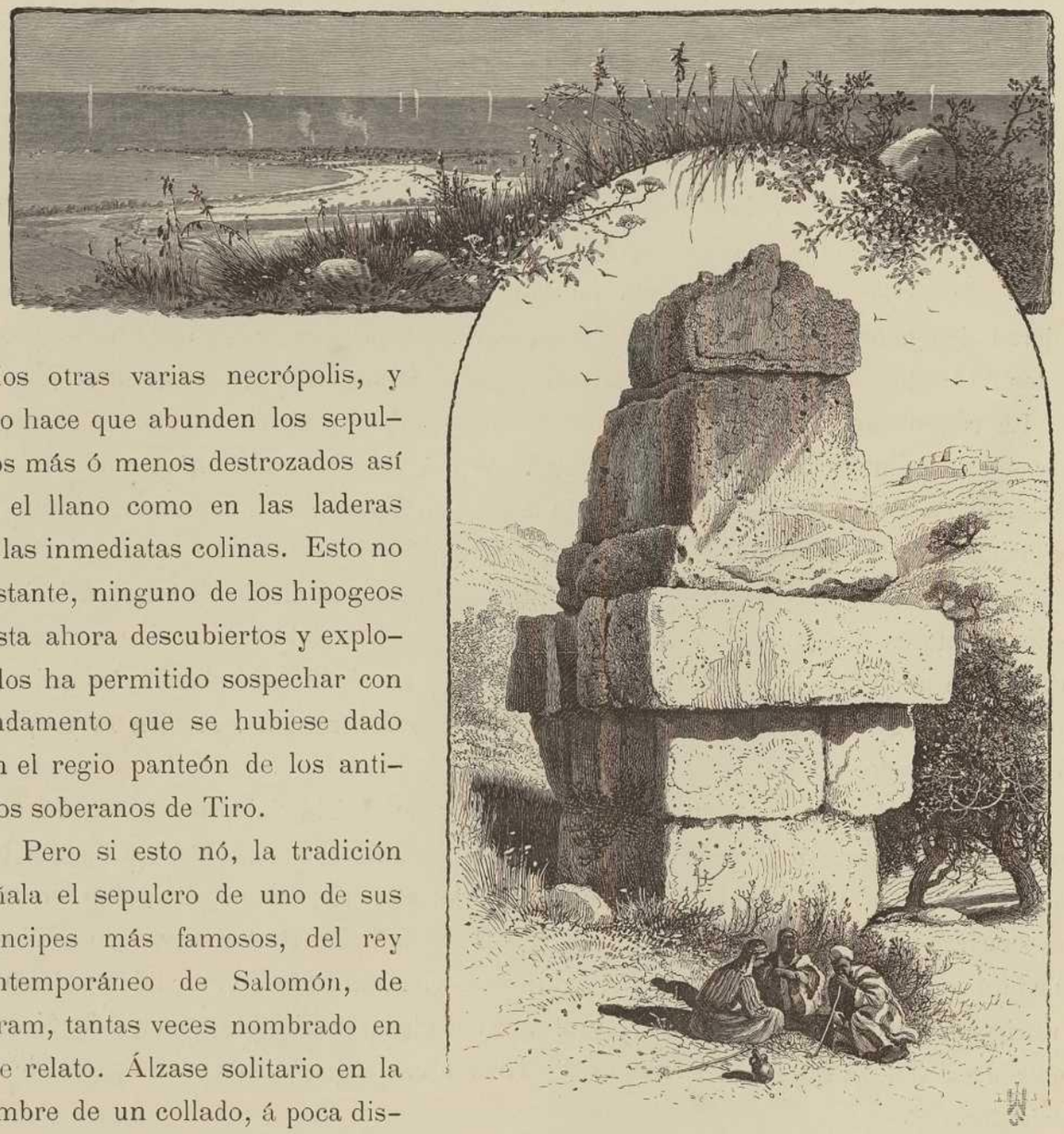
La remota antigüedad de estas albercas que habrán experimentado en diferentes épocas reparaciones sucesivas, es evidente. Atribúyelas la tradición al sabio hijo de David, el cual costeó la obra agradecido á los servicios que le prestara Hiram, rey de Tiro, en la construcción del Templo de Jerusalén; por esto aún llevan el nombre de Pozos de Salomón, y á ellos creen algunos autores que aludió el autor del Cantar de los Cantares cuando habló de la «fuente de verjeles, del pozo de aguas vivas que corren con ímpetu del Líbano.» Atribuyen otros la gigantesca obra á los primeros moradores de Palœtyros, y no falta quien ha dicho ser romana, si bien esta opinión no ha tenido seguidores.

Existían ya estas fuentes en tiempo del rey de Asiria Salmanasar, según antes hemos dicho, y junto á sus aguas bienhechoras plantaron sus tiendas, en épocas bien distante una de otra, Alejandro el héroe macedonio, y el cristiano rey Balduino, en tanto que sus tropas asediaban la ciudad de Tiro. De ellas habla Plutarco, y el poeta Nonno las cantó en entusiastas versos; de tiempo inmemorial han buscado los viajeros descanso y refrigerio en este deleitoso lugar, y asegura piadosa tradición que cuando Nuestro Señor Jesucristo atravesó el territorio de Tiro, tomó allí reposo en compañía de sus discípulos.

Tiro y Palœtyros, ó en otros términos, la ciudad insular y la ciudad continental, tuvieron varias necrópolis, y una de las más importantes hallóse situada á unos diez minutos al este de Tell el-Machuk, en un lugar que lleva hoy el nombre de El-Auatin. Allí, en valles sucesivos con plantíos de higueras ó erizados de abrojos y maleza, vense abiertas en todos sentidos y en terreno calizo y blando innumerables cuevas sepulcrales, de las que por desgracia ni una sola se conserva íntegra; todas han sido profanadas. Las hay de gran capacidad y con varios pisos de *loculi*, rectangulares unos y abovedados otros, destinados á recibir ataúdes, sarcófagos ó quizás solamente los cadáveres; de

muchas sólo quedan ruinas; algunas sirven de establo, y es posible que allí sean pisoteadas por los pastores y por sus hatos de cabras las cenizas de los más ilustres ciudadanos de Tiro.

Además de este inmenso cementerio y de la dilatada línea de sarcófagos que á derecha é izquierda se extendía por el camino que llevaba á El-Machuk, tenían los tirios otras varias necrópolis, y esto hace que abunden los sepulcros más ó menos destrozados así en el llano como en las laderas de las inmediatas colinas. Esto no obstante, ninguno de los hipogeos hasta ahora descubiertos y explorados ha permitido sospechar con fundamento que se hubiese dado con el regio panteón de los antiguos soberanos de Tiro.



Sepulcro de Hiram

Pero si esto nó, la tradición señala el sepulcro de uno de sus príncipes más famosos, del rey contemporáneo de Salomón, de Hiram, tantas veces nombrado en este relato. Álzase solitario en la cumbre de un collado, á poca distancia del pueblecillo de Hanaueh, á nueve kilómetros de la ciudad hacia el sudeste, y lleva el nombre de Kabr Hiram.

Fórmalo en primer lugar una base consistente en una especie de cubo compuesto de piedras de dimensiones colosales, sobre la que otros cuatro sillares, también enormes, constituyen como una segunda base que sobresale de los bordes de aquélla, y descansa encima inmenso sarcófago, cerrado por robusta tapa terminada en triángulo, figurando el todo como irregular pirámide con acroteras en sus ángulos. La altura total del monumento es de seis metros y medio, y tiénese por indudadable su origen

fenicio: en él no hay inscripción que acredite la tradición común, pero, según opina M. de Saulcy, nada se opone á tenerla por verdadera, tanto más, añade, en cuanto las piedras de la base son muy semejantes y análogas por el corte á las salomónicas que existen en el Haram-ech-Cherif de Jerusalén.

Por el lado del mediodía que parece ser el principal del monumento, vense las piedras de la base lisas y pulidas; por el contrario, en el septentrional están únicamente desbastadas. Uno de los ángulos del sarcófago ha sido roto y la tapa se encuentra algo ladeada, lo cual sería obra de los primeros que profanaron el antiguo sepulcro, lo mismo que el agujero que existe en una de las paredes. Desde la base una escalera de quince peldaños conduce á abovedada estancia situada debajo del monumento, quizás destinada igualmente á sepultura; en el día cubre su suelo espesa capa de lodo, allí arrastrado por las lluvias.

A corta distancia un sarcófago destrozado y derribado al suelo, con la tapa medio enterrada algunos pasos más lejos, lleva también por tradición el nombre de Kabr Umm Hairam (sepulcro de la madre de Hiram). Otros sarcófagos más pequeños yacen en fragmentos por aquellas inmediaciones.

Como á trescientos metros del sepulcro de Hiram, en el camino de Tiro, se han descubierto hace pocos años los restos de una iglesia bizantina, al parecer del siglo v, cuyo pavimento de hermoso mosaico ha sido llevado á París.

También al sudeste de Ras el-Ain y á unos tres kilómetros de los pozos, en la aldea de Deir Kanun, vense singulares figuras esculpidas en las rocas, y en las cercanías del pueblo abundan las cuevas sepulcrales.

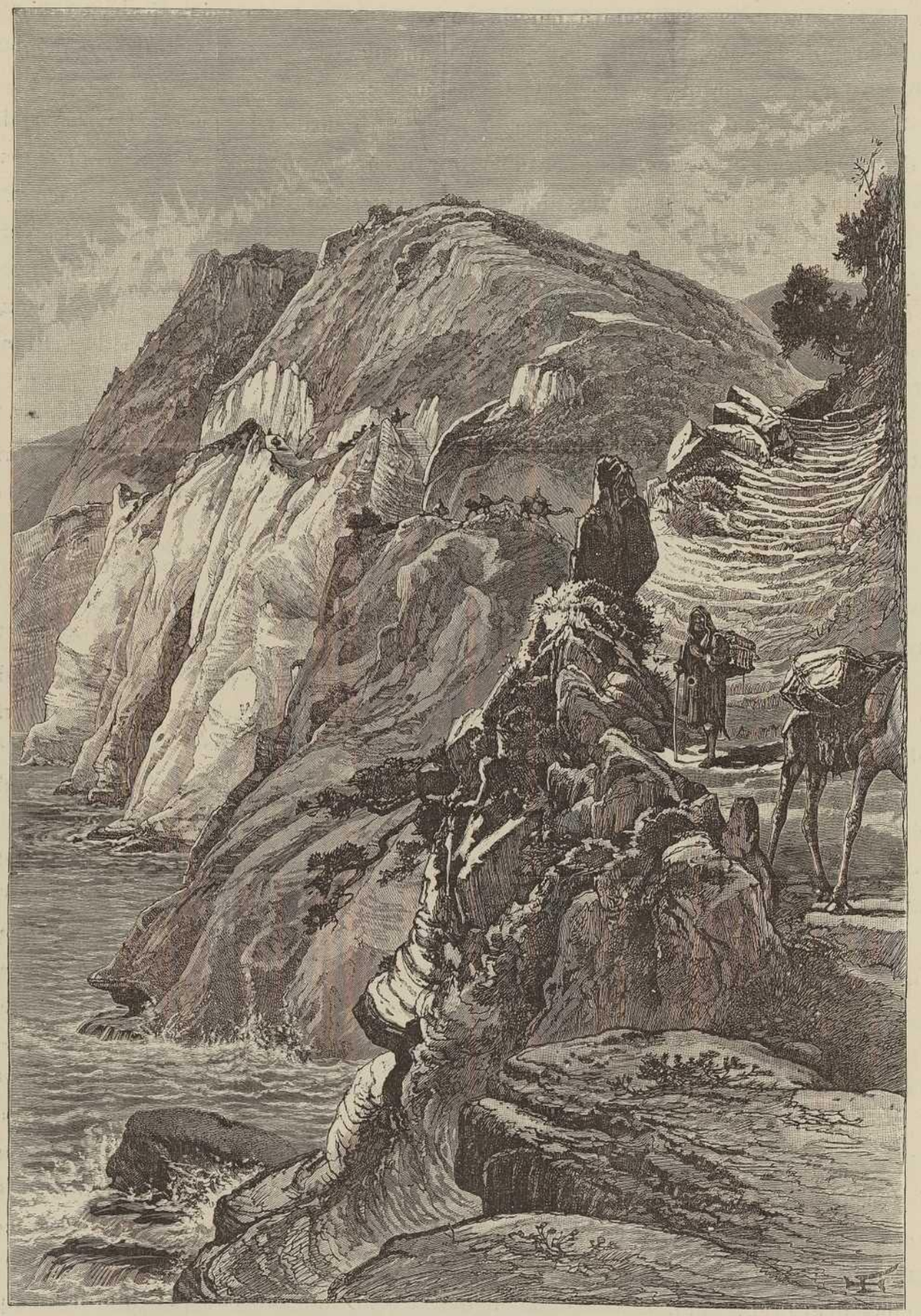
Volviendo ahora hacia la playa, de la cual nos ha apartado esta rápida excursión, dejaremos á la espalda el lugarejo de Beit-Ula, cuyo nombre data sin duda de remota época, y pasando otra vez junto á los pozos de Ras el-Ain, continuaremos nuestro camino hacia el mediodía.

En esta dirección y á cinco kilómetros de Palœtyros, cuya situación viene indicada por aquellos famosos manantiales, hállanse vestigios de población antiquísima formada por ancha y larga calle de casas de las que sólo quedan el área y algunos cimientos. Una reducida ensenada servía de puerto á este establecimiento marítimo, el cual es ahora llamado Kharbet-Medfuneh.

Algo más lejos, los residuos de otro pueblo, por entre los que pasa hace años la reja del arado, vense diseminados por las vertientes y la cumbre de un collado, á cuyo pié forma el mar una resguardada caleta; dáselas el nombre de Kharbet-Hamra.

Delante de nosotros se levanta el cabo Blanco; puede decirse que hemos llegado al centro de las tierras señaladas á la tribu de Aser, y al mirar la inculta llanura y las colinas más áridas aun, acuden á la memoria las bendiciones de que en otros tiempos fueron objeto estos solitarios campos. «Sea bendito Aser y numerosa su posteridad, dijo Moisés en los solemnes instantes que precedieron á su muerte; sea agradable á sus hermanos y bañe en aceite sus piés.» En el día raro es el olivo que crece en esta costa.

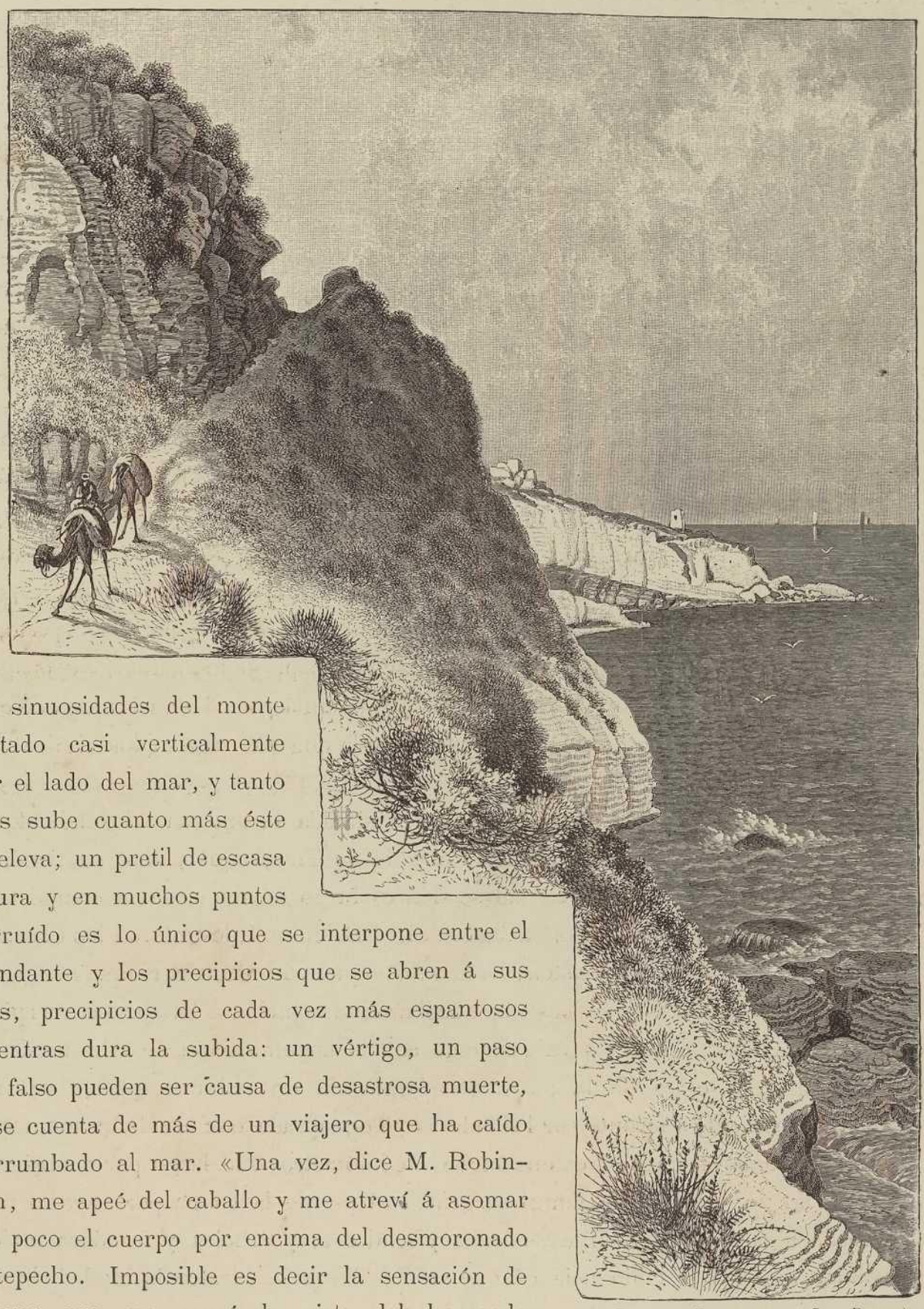
El cabo Blanco, el *Ras el-Abyadh* de los árabes, el *Promontorium Album* de Plinio,



Ras el-Abyadh (cabo Blanco)

así llamado por la blancura de la tierra caliza que lo forma, limita el llano de Tiro. El sendero está abierto en la peña en forma de escalera, y donde aquélla falta se han

colocado peldaños de piedra; de él ha de decirse que es de los peores y más peligrosos que existen en un país muy abundante en malos caminos. Angosto y escarpado, sigue



Punta del Ras el-Abyadh (Cabo Blanco)

las sinuosidades del monte cortado casi verticalmente por el lado del mar, y tanto más sube cuanto más éste se eleva; un pretil de escasa altura y en muchos puntos derruído es lo único que se interpone entre el viandante y los precipicios que se abren á sus piés, precipicios de cada vez más espantosos mientras dura la subida: un vértigo, un paso en falso pueden ser causa de desastrosa muerte, y se cuenta de más de un viajero que ha caído derrumbado al mar. «Una vez, dice M. Robinson, me apeé del caballo y me atreví á asomar un poco el cuerpo por encima del desmoronado antepecho. Imposible es decir la sensación de horror que me causó la vista del horrendo abismo, y esto que estaba aquel día el mar en perfecto sosiego. En invierno, cuando los vientos del oeste agitan el Mediterráneo y le lanzan enfurecido contra la acantilada

costa, llega la espuma de sus olas, á lo que me dicen, hasta la altura en que estamos. Con prisa llevé el cuerpo adentro, y el susto vertiginoso que de mí se apoderara al mirar el despeñadero aún más creció al chocar contra la peña del monte, que desde el punto en que nos hallábamos se alzaba recto y perpendicular á gran elevación, como amenazando desplomarse sobre nuestras cabezas.» De unos sesenta metros es la mayor profundidad de la sima que desde el camino se domina, y excede de ochenta la altura de la montaña. En lo más alto del paso se encuentra el *Khan el-Khamra*, antigua atalaya al parecer, y en él se descansa y desmontan los jinetes, pues la bajada á caballo sería más peligrosa aún que la subida. Dícese que abrió este camino Alejandro Magno; más tiénese por probable que, si bien el conquistador macedónico realizaría en él algunas obras para facilitar la marcha del ejército, existía el paso desde remota antigüedad: en varios puntos, hasta en las peñas más duras de su suelo, son visibles las rodadas, y es seguro que hace siglos no han pasado carruajes por aquel sitio.

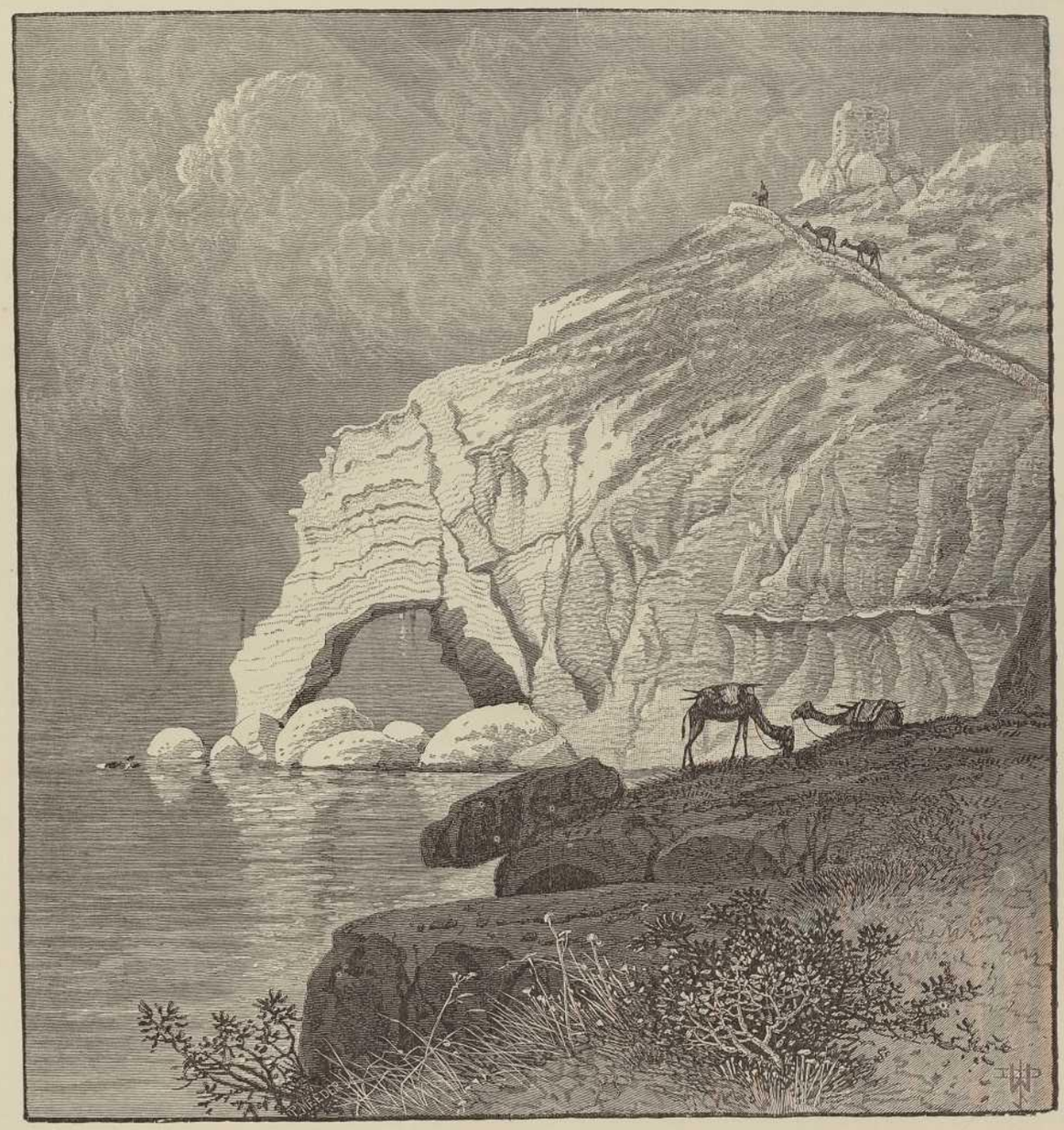
Después de la cuesta abajo, á la distancia de un kilómetro hacia el sur, hállanse unas ruinas que son designadas con el nombre de Kharbet Ain-Scanderuna. El área de la antigua ciudad que en este sitio existió vese cruzada por numerosas zanjas, abiertas con objeto de extraer las piedras de los derruídos edificios; entre los montones de escombros que cubren el suelo encuéntranse destrozadas colunas, y una especie de cúpula cubre aún un estanque circular muy antiguo á juzgar por su aspecto, al que se baja por medio de pocos escalones. Brota en él copioso manantial, cuyas aguas eran llevadas por un canalizo á dos fuentes que manan á poca distancia; una de ellas proveía de agua á una torre de gran fortaleza, de la que sólo restan los cimientos y algunos paredones.

Aquí, á lo que asegura la tradición, estuvo situada la antigua Alexandroskene, ciudad fundada por Alejandro al acometer el sitio de Tiro; aquí plantó su tienda el héroe macedónico, y en la nueva ciudad se detuvo luego de realizada la conquista de la metrópoli fenicia. En el año 1116, cuando la cercó Balduino I, levantaron los Cruzados la fortaleza cuyas ruinas aun subsisten, llamando á aquel punto Scanderium.

A tres kilómetros hacia el sudoeste han de llamar la atención del viajero otras ruinas de mayor importancia; conocidas vulgarmente con la denominación de Kharbet-Umm el-Aamid y situadas cerca de la playa que forma allí un reducido puerto natural, extiéndense de poniente á levante por las laderas y la quebrada cumbre de un montecillo sembrado de escombros en una extensión de un kilómetro á lo largo por ochocientos metros á lo ancho. El Ued el-Hamul serpentea al pié de la colina por angosto valle donde crecen algarrobos, terebintos, adelfas y lentiscos, y árboles y frondosa maleza han invadido también la eminencia en que se elevaba en anfiteatro la ciudad de que son residuos las ruinas que nos rodean. De alguno de aquellos troncos carcomidos se conoce haber muerto á fuerza de años, y esto prueba que los edificios entre cuyos restos arraigaron y vivieron yacen arruinados hace siglos, quizás desde mucho antes de la

época latina, en cuanto no se ha descubierto en este sitio vestigio alguno de la Edad Media. Todo es en él antiquísimo, y en caso de que allí haya habitado una población cristiana ó musulmana, ha de decirse que se ha extinguido sin dejar huella alguna de su paso.

Diferentes edades pueden señalarse á estas ruinas; según M. Guerin, pertenecen



Ras en Nakura (Escala de los Tirios)

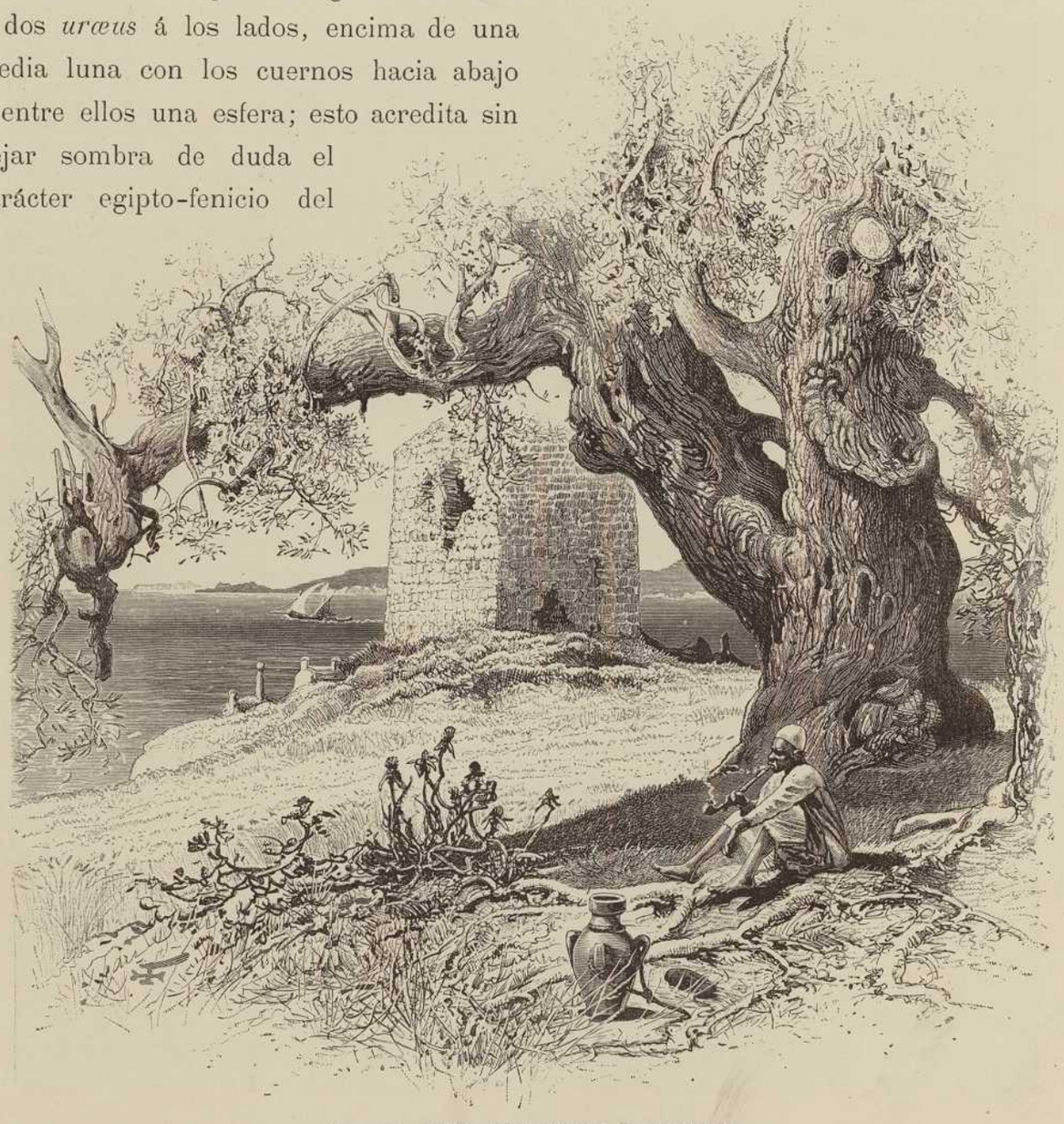
á la muy remota de la fundación de la ciudad los robustos muros de sostenimiento construídos con piedras enormes, de los que existen fragmentos á distintas alturas en las laderas de la colina.

Tres son los edificios cuyas ruinas merecen atención especial.

Es el uno, situado casi en el centro de la ciudad, un monumento egipcio-fenicio, descubierto por el arqueólogo M. de Vogué en el año 1853. La línea de su perímetro es aún perfectamente apreciable, pues quedan en pié varios trozos de las paredes que

lo formaban, lo mismo que las dos jambas de la puerta; el dintel ha desaparecido, pero junto á aquélla yace en el suelo una gran piedra mutilada y con molduras por adorno, en la que está representado un personaje que tiene en la mano un cayado y en la cabeza el gorro egipcio llamado *pschent*.

Dentro del monumento vense una coluna destrozada y restos de enorme sillar el cual está esculpido un globo con alas y dos *urœus* á los lados, encima de una media luna con los cuernos hacia abajo y entre ellos una esfera; esto acredita sin dejar sombra de duda el carácter egipto-fenicio del



Territorio de Tiro, visto desde el Ras en-Nakura

edificio siendo su construcción primitiva anterior á la época en que, con la conquista de Alejandro, comenzó el arte griego á difundirse por Siria y Palestina.

A esta última edad pertenece, á lo que se cree, el monumento que se elevó junto al anterior; aunque de él sólo restan confusos vestigios, las piedras que lo formaron, por su corte y delicada labor, corresponden, al parecer, á la época griega.

También á ésta hay que atribuir las considerables ruinas que en el extremo occidental de ciudad cubren dilatada y artificial planicie. En otro tiempo se elevó allí

grandioso monumento cuyo plan es hoy de todo punto imposible rehacer; adornábanlo colunas monolitas de diámetros distintos con capiteles jónicos en algunas y dóricos en otras, y á estas colunas, que en gran número se conservan todavía en pié, atrayendo de lejos las miradas del viajero, debe aquel sitio su nombre arábigo de Kharbet-Umm el-Aamid (ruinas de la madre de las colunas). ¿Cuál sería el de la ciudad que allí existió? A lo que se ha creído leer en una inscripción fenicia recientemente descubierta, en la época de los Seleucidas llevó el de Laodicea, y en cuanto al primitivo opina M. Guerin, fundado en la posición de las ruinas y en la analogía de su denominación con la de Hamul que lleva el río, que fué Hammon, en latín Hamon, ciudad mencionada en el libro de Josué entre las de la tribu de Aser.

A unos cinco kilómetros hacia el sudoeste avanza un monte mar adentro formando un cabo ó promontorio; del nombre de una cercana aldea es llamado Ras en-Nakura, y es por mediodía frontera de la antigua Fenicia y límite del territorio de Tiro. El sendero que lo atraviesa y data sin sombra de duda de remota antigüedad ha sido ensanchado hace pocos años, y abierto en terreno muy blando y desmenuzable es todo él de brillante blancura. En la meseta ó punto culminante de la subida hállase una torrecilla ó atalaya en ruinoso estado; construída en parte con vetustos sillares, es seguro que habrá sucedido á otra de más antigua edad, pues siendo este el único camino de la costa siempre habrá existido allí un puesto de observación y quizás también de percepciones fiscales para caravanas y viajeros. Desde este sitio, volviendo atrás la vista, puede darse la última mirada á la llanura y á la ciudad de Tiro, que se divisa en lontananza, á una distancia de tres horas.

Atribúyese la abertura del pintoresco sendero que vamos recorriendo á los primitivos moradores del país, y lleva desde remotos tiempos el nombre de *Scala Tyriorum,* Escala de los Tirios, por él hemos descendido no há mucho á los llanos de Palestina.

EL LÍBANO

I

Su descripción general.—Su población.—Los MARONITAS.—Su historia.—Su organización eclesiástica.—Caracteres distintivos del pueblo maronita.—Otros habitantes del Líbano.—Griegos católicos, griegos cismáticos, drusos, metualis, etc.—DISTRITO DE BECHARREH.—Deir Mar-lakub.—Deir Mar Semaan.—El monasterio de San Antonio.—Ehden—Becharreh.—Los CEDROS.—Las cuevas del Nahr-el-Kadicha.

El Líbano, en hebreo *Ha-Lebanon,* en griego *Lybanos,* en latín *Libanus,* y *Lebnan* en la lengua hablada hoy por los árabes, es una gran cordillera que se alza al norte de Palestina; el nombre de *Lebanon,* equivalente á blanco, le sería aplicado ya por la nieve que blanquea sus cumbres la mayor parte del año, ya también por la blancura de sus picachos calizos y pelados, que contrasta con el verdor de las arboledas y plantíos con que se visten sus laderas.

Los sagrados libros señalan el Líbano como límite septentrional del territorio de Israel. «Cuantos lugares pisen vuestros piés, léese en el Deuteronomio, vuestros serán desde el desierto hasta el Líbano, desde el caudaloso Eufrates hasta el mar occidental, y éstas serán vuestras fronteras.»

Dos son las las cordilleras que llevan el nombre de Líbano, es decir, de *monte Blanco;* llaman á la una los árabes *Djebel ech-Cherki* (monte oriental), y asimismo la denominó Josué; en Europa es conocida con el nombre de Ante-Líbano.

Corre de nordeste á sudoeste en una extensión de unos ciento y sesenta kilómetros; tiene principio al septentrión á poca distancia de Riblah, en los confines de la dilatada llanura de Homs, la antigua Emessa, y acaba al mediodía en Banias, ó Cesarea de Filipo, á la que domina con la imponente mole del Djebel ech-Cheikh, ó sea el gran Hermón de los antiguos. Los tres picos de este monte son los puntos culminantes de la cordillera, como que el más alto se eleva dos mil ochocientos y sesenta metros sobre el Mediterráneo; Djebel ech-Chekif, que se alza al nordeste de Bludan, no pasa de dos mil setenta y cinco, es de mil y seis cientos la altura media de lo restante de la sierra. Al llegar los hermosos días de verano suelen las cumbres del Ante-Líbano verse libres de las nieves con que las cubre el invierno; mas el Djebel ech-Cheikh,

conservando por más tiempo su blanco turbante, no lo deja sino dos ó tres meses al año, y aun entonces se mantienen grandes ventisqueros en sus ribazos superiores. Explicadas quedan en otro lugar de este relato así las ruinas del antiguo templo que existen en una de sus cimas, como la incomparable magnificencia del vasto panorama que desde aquellas alturas se descubre; falta únicamente decir que de este famoso monte arrancan hacia levante tres sierras secundarias, formando la más meridional el límite de la llanura de Damasco por el lado del norte y prolongándose luego hasta el desierto de Palmira.

Dos ríos principales nacen en el Ante-Líbano, y son: el Nahr el-Auadj, el Pharphor de la Biblia, y el Nahr-Barada, que es el Abana del sagrado libro. Con población mucho menor que la del Líbano é infinitamente menos cultivados, abundan en estos montes las fieras: los jabalíes son en ellos numerosos, no escasean las panteras y los osos, pero se han extinguido los leones y leopardos que en otros tiempos los infestaron. Manadas de gacelas corren por las estepas de su falda oriental, y vense al subir á las alturas águilas y otras aves carniceras cernerse majestuosamente en los aires ó describrir inmensos círculos alrededor de sus picachos.

La cordillera á ésta paralela, el *Djebel-Lebnan* de los árabes ó sea el Líbano propiamente dicho, corre hacia el oeste en una extensión casi igual, y entre una y otra encierran y dominan en su región septentrional parte del valle del Orontes; en su centro, la Bekaa ó Cœlesiria de los antiguos, y finalmente al sur el Ued-et-Teim, que es como prolongación del gran valle del Jordán.

Son límites naturales del Líbano, por el norte, el valle que desde el Mediterráneo comunica con la llanura de Homs y por el cual serpentea el Nahr el-Kebir, el Eleuthero de griegos y romanos, valle designado en la Sagrada Escritura con el nombre de *Puerta de Hamaih* por su camino que conduce á Hamah, la antigua Hamath de la Biblia, la Epifanía de los tiempos posteriores; y por el sur, el profundo y escarpado cauce del Nahr Litany, el Leontes de los antiguos, conocido al desaguar en el Mediterráneo con la denominación de Nahr el-Kasmieh, ríos y valles que hemos debido atrevesar y nombrar antes de ahora en nuestra expedición por la costa fenicia.

Las principales montañas que forman esta cordillera, descendiendo de norte á mediodía, son: el Djebel Akkar, el Djebel Makmel, el Djebel Minithri, el Djebel Sannin, el Djebel el-Keneiseh, el Djebel Baruk y el Djebel Niha; su altura media varía en entre mil ochocientos y cincuenta y dos mil y cuatrocientos metros. Dos hay, sin embargo, que la tienen mayor, y son el Sannin que alcanza la de dos mil seiscientos y ocho metros según unos, y según otros la de dos mil setecientos cuarenta y tres, y el Makmel que se eleva á tres mil sesenta y tres, ó tres mil ciento sesenta y ocho según los más recientes cálculos. Las cimas de una y otra rara vez pierden su corona de nieve, y en verano sus numerosos ventisqueros proveen de ella á las ciudades de la costa. A cráteres de volcán se asemejan por la forma aquellas quebradas hondonadas; pero en vez de ser receptáculos de fuego, engendradores de lavas,

vapores y llamas, son vastos depósitos en que la nieve se arremolina y acumula, sin que jamás logre el sol derretirla por completo, ni tampoco los hombres agotarla, añadiendo, por el contrario, cada invierno nuevas capas á las anteriores. La cordillera únicamente puede atravesarse por algunos puertos ó gargantas, tan abruptas y en ciertos parajes tan angostas que un grupo de hombres valerosos podrían oponerse y detener á un ejército entero. Las laderas superiores de los montes que la forman rematan en una línea regular en unos puntos y erizada de peñas en otros; más abajo vense cubiertas de robles, enebros, cipreses y pinos, á los que hay que añadir algunos millares de cedros, diseminados aquí y allí en bosquecillos de cuatrocientos ó quinientos, residuos de los antiguos y ponderados bosques de estos árboles, gloria y riqueza del Líbano.

Por el lado del este, donde el terreno, á causa de no pertenecer ya á los maronitas, se ofrece con escaso cultivo, la cordillera queda como interrumpida y cortada, al paso que por oeste va inclinándose gradualmente, arrancando de ella una serie de montañas de menor elevación y de variadas líneas que forman dentro del mar otros tantos cabos ó promontorios, y á las que separan profundas cañadas que sirven de agreste y á veces infranqueable lecho á los torrentes que tienen origen en las pendientes de la gran cordillera. Entre los riachuelos que allí nacen y que después de correr de este á oeste por toda su extensión en cauces ásperos y quebrados van á perderse al Mediterráneo, han de mencionarse como principales el Nahr el-Arka, que antes de su desagüe en el mar atraviesa la comarca de igual nombre; el Nahr el-Berid que tiene junto á su desembocadura las informes ruinas de Artusi, antes Orthosia; el Nahr el-Kadicha, río sagrado para los musulmanes lo mismo que para los maronitas, que tiene sus fuentes en las laderas de una de las más altas cumbres del Líbano, y que después de haber en largo curso mugido y llevado sus alborotadas aguas por estrecho y profundo barranco, cuyas márgenes son inmensos muros de roca, atraviesa la ciudad y huerta de Trípoli y desemboca en el mar á poca distancia del arrabal de El-Mina; el Nahr Ibrahim, ó río de Adonis, que, nacido en cueva inmediata á las ruinas de Afaca, cueva consagrada á Venus, que tenía allí famoso templo, llega al mar á seis kilómetros de la antigua Byblos; el Nahr el-Kelb, ó *flumen Lycus;* el Nahr-Beyruth, ó Magoras de Plinio; el Nahr-Damur, que es el Tamyras de Strabón y el Damuras de Polybio el Nahr el-Auleh, ó el Bostreno de los antiguos; el Nahr ez-Zaharany, que entra en el Mediterráneo entre Sidón y Tiro, y finalmente el Nahr el-Kasmieh ó el Leontes, que tiene origen en el valle de Bekaa, en la base oriental de la cordillera.

El terreno calcáreo que forma la mole principal del Líbano abunda en fósiles y en hierro, mineral que, según sabemos por la Biblia, se encontraba igualmente en los territorios de la tribu de Aser, inmediatos al Líbano. En varios distritos del monte benefícianse diferentes minas de hierro, y en el de Meten, entre los pueblos de Arsun y Kornayl, se descubrieron hace pocos años criaderos de hulla, á cuya explotación dió

comienzo Ibrahim-Bajá. A lo que aseguran los habitantes, la del Líbano, reducida á polvo, tiene virtud especial para la cicatrización de toda clase de heridas.

Chacales, hienas y lobos son, entre las fieras del Líbano, las más numerosas; osos y panteras corren también por aquellos riscos; pero como sucede en el Ante-Líbano, han desaparecido de ellos los leones y leopardos de que habla el *Cantar de los Cantares*.

De estos montes puede decirse que han sido conquistados para el cultivo por medio de afanoso é incesante trabajo, y aun en aquellos puntos donde grandes peñas y dificultades de todo género parecían haber de contrastar los esfuerzos todos del labrador, han acabado éstos por triunfar con resultados verdaderamente maravillosos. Reducidos sembrados de trigo y cebada que son otros tantos campos en miniatura, están sostenidos por artificiales y estrechos terraplenes en alturas de mil y seiscientos metros y aun mayores, entre riscos y precipicios á los que al parecer sólo podían llegar las águilas. Por todos lados infinitos bancales, elevándose en gradería, retienen la tierra que de otro modo sería arrastrada por las lluvias y nieves hasta el pié de las rápidas pendientes, y son también en gran número los canalizos que, tomando el agua en los manantiales superiores, con los cuales se alimentan los ríos antes dichos, la llevan y con ella la fecundidad y la vida á los sitios más agrestes y abruptos.

Numerosos son igualmente los lugares y aldeas; están situados los unos en elevadas cumbres; suspendidos los otros y como en el aire parece que van á despeñarse por las riscosas cuestas y finalmente álzanse otros en el fondo de los valles y en las riberas de los ríos. Muchos monasterios, así de hombres como de mujeres, están diseminados en toda la extensión de la montuosa comarca, y casi todos, excepto muy pocos, ocultos en lo más hondo de escondidas torrenteras, ocupaban puntos culminantes y son visibles de muchas leguas á la redonda. En ciertas horas del día, cuando en todos ellos, escalonados de trecho en trecho, resuena armonioso y solemne campaneo que repiten los prolongados ecos, diríase, escribe M. Guerin, ser la voz majestuosa del Líbano que canta la gloria del Eterno, y duro ha de ser quien no sienta en tal instante aquel religioso arrobamiento que eleva el alma á regiones superiores. Asilos de la oración y del trabajo, son también estos monasterios antemural del patriotismo; sin ellos es probable que las poblaciones católicas del Líbano habrían hace tiempo sucumbido á los esfuerzos del islamismo y perdido, junto con su fe, su hermosa independencia.

Los caminos que unen entre sí á pueblos y monasterios son de lo más agrio y escarpado que puede imaginarse, y consisten en veredas sembradas de guijarros ó cortadas en las peñas en forma de inmensas escaleras, cuyos peldaños desgastados y resbaladizos son de penosa subida y de muy peligrosa bajada, mayormente cuando semejantes á estrecha cornisa siguen por acantiladas laderas los bordes de profundos valles ó de horribles despeñaderos. Para aquellos naturales, acostumbrados desde su más tierna infancia á tales caminos, no tienen éstos malos pasos, y véselos trepar

con la firmeza y agilidad de cabras por las pendientes más ásperas y por los vericuetos más peligrosos; y si se les pregunta cómo no mejoran en su propio provecho las vías de comunicación de un pueblo á otro, responden que las frecuentes acometidas que han debido rechazar y que pueden muy bien repetirse, son la causa de que no puedan renunciar al poderoso elemento de defensa que en sus breñales les ha dado la naturaleza.

La hermosura del Líbano y su feracidad son celebradas en numerosos textos de la Sagrada Escritura. «Como rocío seré, dijo el Señor por boca de Oseas; florecerá como el lirio y arraigará como los árboles del Líbano. Crecerán sus ramas, y su gloria será como la del olivo y su olor como el del Líbano. A su sombra vivirán, reposarán y se extenderán, y la memoria del nombre de Israel será como la fragancia del vino del Líbano.» «Panales de miel destilan tus labios, esposa mía, leemos en el *Cantar de los Cantares;* leche y miel hay debajo de tu lengua, y de tus vestidos se exhala la aroma del Líbano.»

Entre las producciones de esta región ocupan preferente lugar la vid, el olivo, la higuera y los morales. El dorado vino del Líbano conserva la antigua fama con muy justo título adquirida, y el tinto, si está bien preparado, no la merece menos. Los olivos son de gran frondosidad, sobre todo en los valles; los frutales abundan en las cercanías de las poblaciones, pero los morales son por parte de aquellos montañeses objeto de asiduo y preferente cultivo, considerándolos como el árbol más precioso del país. Llegada la primavera sirven sus primeras hojas para la cría de gusano de seda, á la que están dedicadas las mujeres; las ramas entonces cortadas se emplean como combustible; su corteza reemplaza á los mimbres en los usos de la vida rural, y á fines del año se dan al ganado las hojas de la segunda poda.

Crecen además en la montaña el plátano, el sicomoro, el algarrobo y el chopo, y junto á varias de aquellas rústicas iglesias álzanse soberbias encinas, muchas veces seculares, á cuya sombra suelen reunirse en verano los moradores del pueblo, así como dar sus lecciones el maestro de escuela. En las aldeas habitadas por drusos son algunos de estos vetustos y magníficos árboles objeto de idolátricas supersticiones, residuo, á lo que se cree, del antiguo culto de la época cananea.

De los extensos bosques que sabemos por la historia y la tradición haber cubierto las laderas del Líbano, subsisten todavía restos en diferentes puntos de la cordillera; por desgracia vienen á menos de cada día. Sin limitación ni descernimiento sácanse de ellos cuanta leña y madera de construcción se necesitan; conviértense en carbón árboles magníficos, y además á miles pacen por su suelo las cabras, perdiéndose así brotes y renuevos.

Pero tal como es y en su actual estado ofrécese todavía el Líbano en su conjunto y en su aspecto general como una de las zonas montañosas más notables de nuestro globo, y no hay viajero que deje de sentir y admirar su imponente y majestuosa grandeza. Nada hay comparable, dice en este punto M. Guerin, al mágico efecto que de lejos produce la hermosa cordillera al ser iluminada por los rayos del sol poniente:

la nieve que blanquea sus numerosas cumbres muda entonces su planteado brillo por el del oro más resplandeciente; y aun en la estación del estío, derretida aquélla, sus peladas y calcáreas cimas de color blanquecino, se revisten de pronto en tal momento de purpúreo y deslumbrante manto, destacándose fuertemente de la celeste bóveda las grandiosas líneas de su contorno. Con sorprendente relieve muéstrase la magnífica y gigantesca mole, hasta que aquellos tonos vivos y rojizos declinan en otros de mayor delicadeza y de color rosado; conviértese éste en violáceo, de cada vez más oscuro, y cuando se hunde el sol en las aguas del Mediterráneo hállase la falda de los montes ya invadida por la oscuridad y todavía conservan las altivas cumbres luminosos reflejos que también y poco á poco se extinguen, quedando aquéllas, en la grandiosa vaguedad que entre las sombras adquieren, como gigantescos pilares de la inmensa y estrellada bóveda.

La población de la cordillera del Líbano, á lo que permite calcular la imperfección de las estadísticas, es aproximadamente de trescientos y sesenta mil habitantes, y se compone de maronitas, griegos católicos, griegos cismáticos, drusos, metualis, musulmanes, judíos y además de corto número de armenios y europeos.

Los maronitas que forman por sí solos más de la mitad de la población total, pues llegan á doscientas y ochenta mil almas, han tomado origen y nombre de un santo anacoreta llamado Marun que vivió á fines del siglo IV y fundó en las riberas del Orontes un gran monasterio cuyos resíduos existen todavía. Acaecida su muerte, perpetuaron numerosos discípulos su memoria y enseñanza, y del monasterio que fundaron en las cercanías de la ciudad de Apamea procedían los trescientos y cincuenta mártires que en tiempo de los emperadores Severo y Anastasio derramaron su sangre por la pureza de la fe católica, según mención que de ellos hace el Martirologio romano el día 31 de julio.

Tiempo después, á principios del siglo VII, nació Juan Marun en las inmediaciones de Antioquía; estudiante en esta ciudad, se trasladó luego al monasterio de San Marun, situado en las márgenes del Orontes, y tanto se distinguió por su ciencia y piedad que fué elevado al cargo de gobernarlo. Llamado luego á la sede episcopal de Botrun y después á la patriarcal de Antioquía, de él ha de decirse haber sido el verdadero fundador del pueblo y poderío maronita, pues si en calidad de príncipe espiritual extendía su jurisdicción desde el Tauro al septentrión hasta el Carmelo al mediodía, como señor temporal, residente en antiguo monasterio fundado por Teodosio el Grande en recóndito valle del Líbano, derramaba sobre los pueblos que más inmediatos le estaban los beneficios de su buen gobierno. En la fragosidad de las montañas habían buscado asilo durante las angustiosas épocas pasadas fugitivos cuyo número fué creciendo poco á poco con las turbulencias de los tiempos, y que más se aumentó con la fama de la inagotable caridad del patriarca y de sus altas dotes de mando. Por esto cuando el emperador Justiniano II, olvidado de lo que á aquellos súbditos debía, negóse á ampararlos contra las invasiones arábigas y por el contrario pactó su

entrega al implacable enemigo, Juan Marun armó á sus montañeses y con ellos derrotó á los soldados de Justiniano en Amiun, en el distrito de Kura, llegando los *mardaiti* (rebeldes), según así eran llamados, á hacerse temibles á griegos y musulmanes. Entonces los proscritos de todos los países inmediatos, los católicos oprimidos corrieron en gran número á refugiarse en las inaccesibles breñas del Líbano, entre el animoso pueblo que, en memoria del primer Marun, cuya calavera, traída del monasterio del Orontes se conserva en el *Deir Mar-Marun* (monasterio de San Marun), á poca distancia de Batrun, y también en justo agradecimiento á Juan Marun, heredero del nombre y de las virtudes del santo anacoreta, tomó en aquella época la denominación de Maronita.

Conquistada Siria por los árabes, atrincheráronse los maronitas en sus montes, de los que salieron distintas veces para empeñar con los invasores encarnizadas peleas. Siglos de heroicas luchas fueron aquellos para la esforzada nación maronita, cuyo territorio se vió libre de la dominación extranjera, y en la época de la primera Cruzada, cuando, tomada Antioquía, avanzaron los latinos hasta el Líbano, fueron acogidos con entusiasta alborozo por los cristianos de la Montaña. Cuenta Ramón de Agiles, capellán del conde de Tolosa, que los Cruzados, al llegar á las cercanías de Trípoli, fueron festejados como hermanos por unos sirios que en número de sesenta mil tenían su morada en el Líbano; ofreciéronse estos cristianos á servirles de guías, y les indicaron tres caminos para marchar á Jerusalén: por Damasco el primero, fácil y abundante en provisiones; por la Montaña el segundo, seguro, aunque penoso para los caballos y acémilas, y finalmente el tercero por la ribera del mar, que si bien era el más corto, estaba obstruído por desfiladeros donde escaso número de musulmanes podían cerrar el paso á numeroso ejército. «Sin embargo, añadían los montañeses, si en efecto sois, como creemos, el pueblo de que habla nuestro Evangelio de san Pedro como futuro conquistador de Jerusalén, seguiréis, por más que nos parezca inaccesible, el camino de la costa.»

Coronadas por la victoria las armas latinas, formaron parte los maronitas del reino de Jerusalen, y según refieren sus crónicas y aun hoy recuerdan sus descendientes con entusiasmo, cuarenta mil montañeses perdieron la vida peleando en las filas de los ejércitos cruzados.

A creer á Guillermo de Tiro, Santiago de Vitry y Marino Sanuto, inficionó la herejía por dilatados siglos al pueblo maronita, el cual no abjuró hasta el año de 1182 en manos de Amaury, patriarca latino de Antioquía, sus errores monotelitas; los maronitas, empero, rechazan como calumniosa afirmación semejante, y califícanla de invención del analista arábigo Eutichio, al cual sin discernimiento bastante copiaron aquellos y otros autores. Envanécense por el contrario de su adhesión constante é inquebrantable á la fe católica y al Sumo Pontífice Romano, que fué para ellos superior á toda clase de persecuciones, lo mismo que al pernicioso ejemplo de las naciones de Siria, seguidoras de las herejías de Nestorio, de Eutiches y de Arrio. «A san Maron,

que vivió en el siglo IV, se remonta nuestra nacionalidad, escribió un maronita en 1846, y desde entonces hasta hoy nuestra fe católica ha permanecido incólume; jamás hemos abandonado nuestros principios religiosos para abrazar otros, heréticos ó erróneos, como así ha sucedido á los sirios, armenios y griegos cismáticos.»

Más recientemente, en el año de 1871, el actual arzobispo de Beyruth monseñor Debs publicó en árabe sobre esta materia importante obra que el arzobisco de Damasco ha traducido al latín; en ella se establece la ortodoxia primitiva y jamás alterada de la nación maronita, y se prueba que el acto del año de 1182 no fué abjuración de errores que nunca profesara, sino renovación de su secular é inquebrantable adherencia á cuantos dogmas profesa la Iglesia católica y á la supremacía del Pontífice Romano.

Al abandonar los últimos Crnzados los plazas de Siria cayeron los maronitas bajo el yugo musulmán, y desde entonces son infinitos los infortunios que los han afligido; con ellos hubieron de fundirse durante la pasada dominación muchos elementos latinos, y no fueron pocas tampoco las revoluciones interiores que experimentaron y la anarquía que fué su consecuencia, anarquía que los musulmanes procuraban mantener y fomentar, temerosos de que la unión y la concordia les arrancasen el imperio que con tanto trabajo habían adquirido.

A principios del siglo XVII casi toda la Montaña acataba la autoridad del famoso jeque druso Fakhr-eddin, del linaje de Maan, y cuando este príncipe hubo de emigrar á causa de la coalición contra él formada y retirarse á Italia, quedó ejerciendo el poder su hijo por nombre Alí. De regreso á Beyruth, Fakhr-eddin extendió sus conquistas y su dominación, y como, aunque druso, se mostrase muy propicio á los católicos, conforme otra veces hemos tenido ocasión de decir, la época de su mando lo fué de prosperidad para el Líbano. Si ha de darse crédito á su íntimo amigo el P. Roger, abrigaba el propósito de sustraer la tierra de Siria al yugo de los musulmanes inclinándose á abrazar el cristianismo, y sea de esto lo que fuere es lo cierto que su caída ocurrida en el año 1634, fué para los católicos una calamidad grandísima. Su sobrino y sucesor el emir Melhem se les mostró mucho menos favorable, y en 1658 recayó el gobierno de la Montaña en dos hijos del mismo Melhem, jóvenes pródigos y turbulentos que se atrajeron la animadversión de las autoridades turcas, pagando maronitas y drusos con atropellos y desgracias los excesos de ambos príncipes. Entonces fué cuando las maronitas imploraron el auxilio de Luis XIV de Francia, quien en el año de 1659 ordenó á su embajador en Constantinopla dirigir sobre el caso enérgicas reclamaciones á la Sublime Puerta.

En 1662 un jeque maronita perteneciente á la antigua y noble familia de Khazen recibió en París el título de emir y fuéle confiado el consulado francés en Beyruth. El gobierno de la Montaña pasó en el año de 1698 de la familia de los Maan á la de Chehab, drusa como aquélla, y uno de sus individuos por nombre Bechir quedó investido con la superior autoridad en el Líbano. El emir Haidar fué su sucesor; á éste reemplazó su hijo Melhem, y después de otros varios príncipes pertenecientes

á la misma familia y por muerte del emir Jussef, llegó al poder el famoso Bechir, al cual hemos tenido ocasión de nombrar repetidas veces en el curso de este relato.

Nacido en Ghazir en 6 de enero del año de 1767 fué su padre el emir Kassem, el cual abrazó el catolicismo é hizo que un misionero latino administrase á su hijo el sacramento del bautismo. Suponen algunos autores, entre ellos M. de Lamartine, que Bechir fué musulmán para los musulmanes, druso para los drusos, lo mismo que católico para los católicos; pero otros muchos en cambio, tomándolo de lo que han dicho las personas que con más intimidad le trataron, procuran sincerarle de tan negro cargo y afirman resueltamente sus creencias y sentimientos católicos, y así se explica el afecto que sintieron los maronitas por su persona y familia. Elevado á la suprema autoridad en circunstancias muy críticas, debiendo luchar con varios competidores que por dos veces le obligaron á buscar asilo en la corte egipcia de Mehemet-Alí, triunfó al fin de sus enemigos por su habilidad y su arrojo, y se entregó contra ellos á horribles crueldades. A esto siguieron algunos años prósperos y sosegados, y Bechir los aprovechó para emprender las grandiosas obras de su palacio de Beit-eddin, mansión digna en todo de un poderoso príncipe. Era su arquitectura, dice M. Guerin, graciosa y elegante, y como se careciese de agua en los collados donde fué construída, llevároнla allá por medio de artificiales canalizos de la distancia de muchas leguas. En aquel recinto reunió Bechir numerosa y brillante corte; amante y protector de las letras, no faltaban en ella poetas que celebrasen la gloria y las hazañas del soberano, y como al propio tiempo abrió á sus expensas seminarios que remediasen entre el clero los estragos causados en su instrucción por las prolongadas guerras civiles, los católicos y á su cabeza el patriarca, se le mostraban, como hemos dicho, especialmente adictos.

En graves perplejidades y apuros se encontró el emir Bechir cuando Mehemet-Alí en el año de 1832, envió á su hijo Ibrahim para invadir la Siria, que le fuera cedida por el tratado de Kutayé á consecuencia de su victoria de Konieh; si por un lado le ligaban lazos de gratitud al virrey de Egipto, su antiguo huésped y decidido valedor, vacilaba por otro en sacudir abiertamente la autoridad del sultán, su señor soberano; temía igualmente, de mostrarse decidido partidario de Egipto, enajenarse el afecto de sus propios súbditos, á los que Ibrahim agobiaba bajo el peso de enormes tributos, y no podía, en fin entrar en su ánimo la abdicación de toda la independencia y autoridad, como pretendía el vencedor de Konieh. Así, pues, á proporción que las armas egipcias se hicieron más y más hostiles á las franquicias de la Montaña, fué mostrándose el emir más circunspecto y menos solícito en favor de Ibrahim; pero faltóle aliento ó voluntad para hacer suya la causa de sus súbditos cuando en 1840, llevados al colmo los atropellos y despojos, estalló entre todos ellos, maronitas, drusos y metualis, formidable insurrección. Reclamó Ibrahim, en tan grave peligro, el auxilio del emir, y declarado éste por él, logró apartar á los drusos de la causa común, ganando con dádivas á sus más poderosos jeques. Solimán-Bajá, gobernador de San Juan de Acre, penetró entonces en el Líbano á la cabeza de considerables fuerza egipcias, y obligando

á los alzados á retirarse á los montes más inaccesibles, llevólo todo á sangre y fuego, hasta que á poco se presentaron en la costa las escuadras aliadas de turcos, ingleses y austriacos. Sus cañones rindieron varias plazas; los maronitas, á los que proveyeron de armas y municiones, tomaron á su vez la ofensiva, y las tropas de Mehemet-Alí, deshechas en varios encuentros, hubieron de abandonar el Líbano, acabándose también la dominación egipcia en Siria y Palestina. Con ella concluyó igualmente en la Montaña la autoridad de Bechir; dejando por última vez su alcázar de Beit-eddin púsose á disposición del comodoro inglés que mandaba en el puerto de Saidia, y por éste fué entregado á la Sublime Puerta. Conducido á Constantinopla y tratado al principio con consideración y honor, fué después confinado á una provincia de Anatolia, donde, en avanzada edad, acabó sus días.

Las escasas dotes de los jeques nombrados para sucederle hicieron que su separación fuese universalmente deplorada, y que en adelante pudiese recoger la anarquía en la Montaña gran cosecha de victorias y horrores. Los jeques drusos, al verse libres del poder, algunas veces duro y cruel, pero siempre firme y justiciero que contenía sus antiguos impulsos de guerra y latrocinio, diéronse sin rebozo, apoyados por turcos é ingleses, á oprimir á las poblaciones cristianas, y esto produjo en los distritos mixtos sangrientos combates, á los que puso momentáneo término, á instancias de las potencias europeas en el año de 1843, la entronización de dos *kaimakams* ó gobernadores, maronita el uno y druso el otro. Sin embargo, esta división de la autoridad que, al parecer, debía ser causa de satisfacción y tranquilidad para las dos naciones, fuélo únicamente de mayores rivalidades y discordias, hasta que en el año de 1860, envalentonados los drusos con la impunidad que alcanzaban sus tropelías contra los maronitas, aprovecháronse de algunas disensiones entre éstos sobrevenidas y á propósito fomentadas por turcos é ingleses, para caer armados sobre sus adversarios en ocasión en que menos lo esperaban. Según hemos tenido ocasión de explicar antes de ahora, ocurrieron horrorosas escenas de matanza en Deir-el-Kamar, en Zahleh, en Racheya, en Hasbeya y en otros puntos, y á la expedición francesa debieron los maronitas su salvación, sobre todo en los distritos del sur, donde están en mayoría los drusos. En todas partes los soldados turcos desarmaron á los cristianos con pretexto de restablecer el orden, y los entregaron después inermes y sin defensa á sus feroces enemigos. Desde aquella fecha ejerce la autoridad en el Líbano un gobernador general, no nacido en la Montaña; fué el primero Daud-Bajá, católico armenio; reemplazóle en 1868 Franco-Bajá, griego melkita, y á éste sucedió Rustem-Bajá, oriundo de Italia, cuyo poder decenal ha de concluir en breve.

Esta es, en pocas palabras, la compendiada historia de los maronitas; forman su jerarquía eclesiástica un *batrak* ó patriarca, titulado de Antioquía, cuya elección es confirmada por el Sumo Pontífice, y bajo su jurisdicción están nueve arzobispos y obispos diocesanos y seis obispos *in partibus*, que ejercen cargos en el patriarcado ó en los seminarios; mil y quinientos presbíteros seculares que rigen trescientas cincuenta

y seis iglesias, y mil quinientos monjes en sesenta y siete monasterios. Hay, además, quince conventos de monjas con unas trescientas religiosas. Obispos y monjes están obligados al celibato, y á los clérigos seculares no les está prohibido el matrimonio con tal que lo hayan contraído antes de ser ordenados. Desde hace algunos años ha aumentado considerablemente el número de los célibes, y puede decirse que en el día sólo están casados aquellos que cuentan avanzada edad.

En los seminarios han de pasar varios años antes de recibir las órdenes sagradas disponiéndose para sus augustas funciones por medio del estudio y del recogimiento. En sus clases aprenden la lengua siria, que es la litúrgica para la celebración de la misa, pues en la arábiga, que es la común de los fieles, entre los cuales ha caído aquélla en completo desuso, léese únicamente el evangelio. Todos los eclesiásticos visten iguales hábitos, que sólo por el color se distinguen: es azul oscuro el de los clérigos, morado el de los obispos y encarnado el del patriarca. Los monjes usan ropaje negro y capucho en vez del turbante que llevan los demás. A los obispos, lo mismo que al patriarca, se da el tratamiento de Santidad, *Saidna*, y usan todos la cruz y el anillo como los prelados de Occidente.

El clero maronita es por lo general muy pobre, y únicamente son poseedores de algunos bienes el patriarca y determinados monasterios; las últimas guerras de egipcios y drusos les han causado considerables quebrantos.

Los maronitas, cuya educación moral es por completo obra del catolicismo, se distinguen por sus sencillas y patriarcales costumbres; de genio apacible, generosos, hospitalarios y amantes de su independencia y de la fe de sus mayores, forman á la vez un pueblo vigoroso y guerrero para la defensa de aquellos altos intereses. Danse á la agricultura, á la ganadería y á la sericicultura, y algunos pueblos tienen nombre por la fabricación de delicadas telas de seda entremezclada con hilos de oro. En toda la extensión de la Montaña habitan solos en trescientos y setenta lugares ó aldeas, y en unión con drusos ú otros en ciento ochenta y siete, los cuales constituyen lo que llaman los turcos el territorio mixto.

Son los hombres por lo común robustos, de elevada estatura, de enérgico carácter, de fidelidad á toda prueba; gozan las mujeres entre ellos de la libertad cristiana, pero sólo velado el rostro salen á la calle. Las matronas maronitas, aunque en menor número que las drusas y metualis, siguen la moda, que comienza á caer en desuso, de tocarse con el singular prendido que tiene por nombre *tantur*, ó sea *cuerno*, y consiste en un tubo de metal, de cobre, á veces de plata y también dorado y cincelado, largo de unos cincuenta centímetros, ancho de tres ó cuatro en la base y terminado casi en punta. Para ser llevado con gracia ha de inclinarse el *tantur* hacia adelante; la moda antigua exigía que estuviese ladeado; va sujeto á la cabeza por cintas ó correas, y es mantenido en equilibrio por medio de esferas del propio metal que forman contrapeso y que, pendientes de cadenitas, descienden por la espalda hasta la cintura. De su extremo cuelga blanco y sutil velo que, partido en dos á uno y otro lado del

rostro, puede cubrirlo en caso necesario. Autores hay que miran este original atavío, peculiar de las mujeres casadas, como residuo del culto tributado á la Venus egipcia; pero más cierta que este origen pagano es la antigüedad del *tantur* que, entre las joyas y adornos de las mujeres hebreas, era tenido como emblema de riqueza, dignidad y poder. Las doncellas maronitas, lo mismo que las demás de la Montaña, se cubren la cabeza con un birrete bordado de oro ó plata, y usan alrededor una especie de diadema de la cual penden dijes y monedas cubriéndoles el cuello y la espalda, adorno más ó menos rico, según los bienes de la que lo lleva, que constituye á veces la parte más importante de la dote.

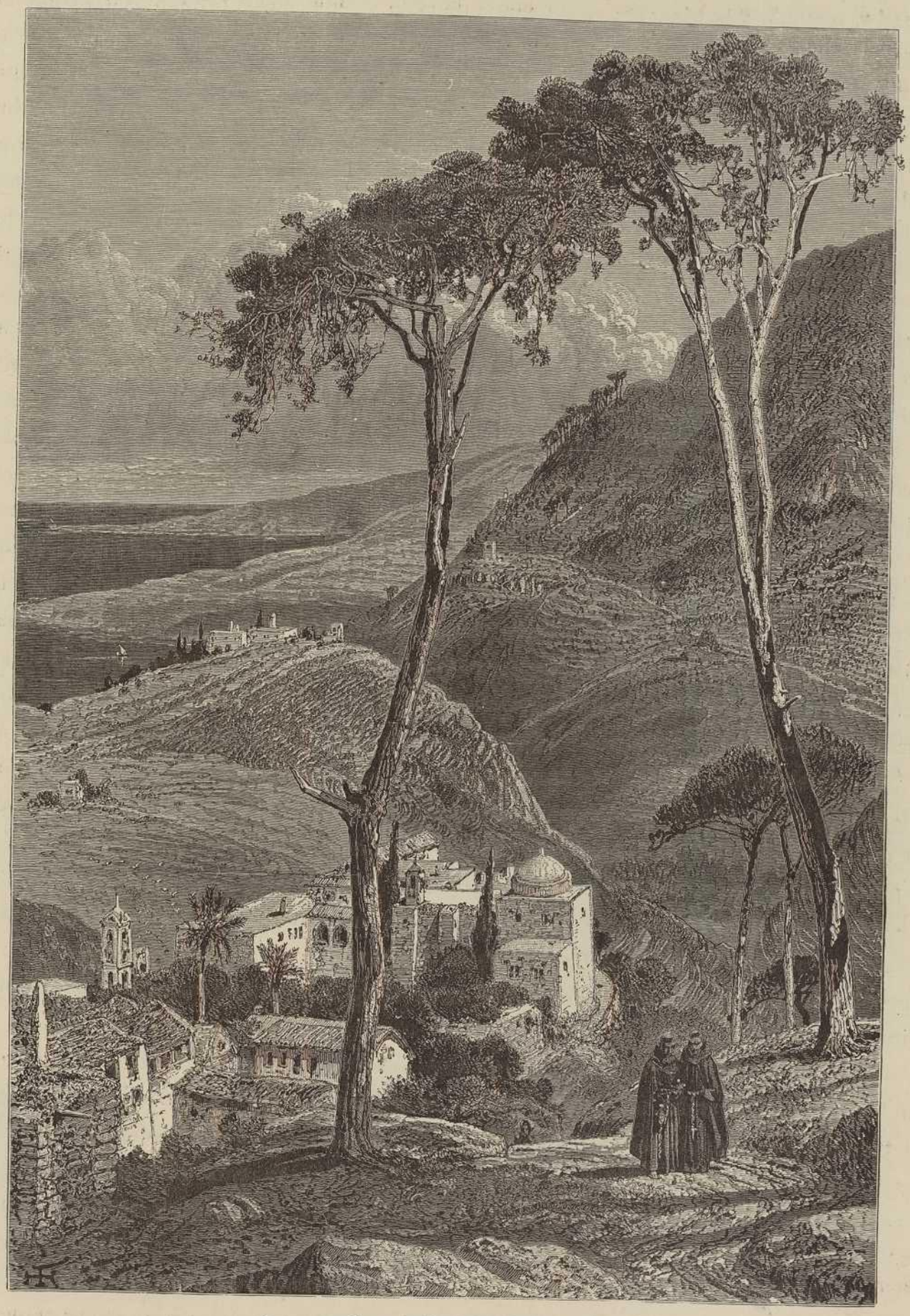
Tal es el pueblo que con amor y paciencia superiores á todo encarecimiento ha logrado convertir en verjeles las breñas del Líbano. «En la gradería que á nuestra vista forman las montañas, escribe M. David, cada grada se presenta poblada y cultivada; aquella mancha oscura en las peladas rocas, es un convento; aquella pared, por encima de la cual corre una línea de esmeralda, es una huerta; aquel grupo de árboles, con arte esmerado dispuesto, es un moreral; aquellas plantas trepadoras que tapizan un desmonte, son parras; aquella línea oscura que desciende hasta el valle, es un olivar; aquella porción de tierra sostenida por robusto muro, es un campo de pan llevar; aquellos surcos en los cuales se refleja el sol, son otros tantos canales; aquellas empalizadas alrededor de verde cercado forman un prado, y todas estas maravillas son obra de un pueblo paciente, laborioso, unido, y para decirlo con una sola palabra, cristiano.

»Unicamente una sociedad cristiana podía salir con bien de tantas dificultades, vencer tantos y sin cesar renacientes obstáculos. Estos campos han debido ser conquistados para el cultivo uno por uno; cada uno de estos árboles ha costado más esfuerzos y sudores que todo un bosque en Europa. Y luego de concluídos los trabajos, ¿quién es capaz de explicar las continuas vigilias, los incesantes afanes que requiere el recoger el grano de las mieses y el fruto de los árboles? Las nieves del invierno, las inundaciones de la primavera, las peñas que se desploman, los torrentes que se desbordan son sucesivas y terribles amenazas, y para conjurarlas preciso ha sido, á fuerza de trabajo y arte, abrir lechos al ímpetu de las aguas, oponer diques á la caída de las rocas; aquí roturar el suelo, allí afianzarlo y sostenerlo, y en todas partes precaverse contra las tormentas y los frecuentes trastornos de la naturaleza.»

Los griegos católicos ó Melkitas que tienen su residencia en el Líbano y en las ciudades de la costa son en número de treinta mil; su lengua es actualmente la arábiga, y llegaron á la Montaña hace siglos huyendo de la persecución de los griegos cismáticos, quienes por todas las regiones de Oriente los oprimieron con infinitas vejaciones y excitaron contra ellos á los conquistadores turcos. Poseen un colegio en Beyrut, muchos monasterios de hombres y mujeres en varios puntos de la cordillera y numerosas escuelas; con los maronitas viven en perfecta armonía, y únicamente alguna diferencia en el rito los separa.

A casi el doble asciende el número de los griegos cismáticos del Líbano; protegidos

especialmente por Rusia, son preferente objeto de predicación para los misioneros



LADERAS DEL LÍBANO.—Aldea maronita con su convento

protestantes de Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, ya que sólo entre ellos, lo mismo que entre los drusos, hacen de vez en cuando algún prosélito.

Los drusos, sobre cuyo origen y creencias hemos dicho antes algunas palabras, llegaron también á la Montaña en demanda de asilo y seguridad á principios del siglo XI, cuando acaecida la desastrosa muerte del califa fatimita El-Hakem, á quien reconocían como encarnación de Dios, empezó la persecución para sus singulares y escandalosas doctrinas. Entonces, en honra de su gran valedor Ed-Darisi, adoptaron su nombre y tomaron el de Dersuz ó Druz, plural de Darasi, y de él procede el de *drusos* que se les da en Europa.[1] Los maronitas, que eran los únicos poseedores de aquellos montes, quisieron en vano rechazar á los nuevos invasores, como hicieran antes con los musulmanes; al fin hubieron de cederles parte su territorio, y esta fué sin duda para ellos una de las mayores calamidades, origen y causa de cuantas después han caído en forma de sangrientas contiendas sobre los moradores del Líbano. Los drusos, que no hace largos años llegaban al número de cien mil, no pasan en el día de sesenta mil, por efecto de los rigores con que los trató el emir Bechir y de las incesantes guerras. En el día y desde la última expedición francesa motivada por las horribles escenas de 1860 en que los drusos fueron los crueles verdugos de los vendidos cristianos, reina la paz en los distritos mixtos de la Montaña.

También el pueblo llamado metuali, originario de Persia, acudió á ella en busca de refugio, y por largo tiempo se dió entre aquellos habitantes á su ordinaria vida de salteadores. En nuestra época es su número escaso en el Líbano, donde llevan muy miserable existencia, pero abundan en el valle del Bekaa y en el distrito de Tiro, siendo objeto de aborrecimiento para cristianos y musulmanes. Su número total no excede de cincuenta y cinco mil.

Muy pocos son igualmente los musulmanes que tienen morada en los lugares del interior de la cordillera, y agregando á ellos unos dos mil judíos, un número menor de armenios y algunos centenares de europeos queda hecha la estadística completa de la población que vive en el territorio del Líbano.

Pero tiempo es ya de que penetremos en las gargantas y cañadas del monte para describir sus principales distritos, y á esta excursión daremos comienzo por el de Becharreh, situado al sudeste de la ciudad de Trípoli y uno de los más considerables é interesantes.

Pasa por él, ora por su frontera, ora atravesándolo, el Nah Kadicha, el *río sagrado* de los maronitas, el Nahr Abu-Alí de los musulmanes. Algunos antiguos peregrinos lo tomaron sin bastante fundamento por el *fons hortorum* mencionado en el *Cantar de los Cantares*. Serpentea el río, antes de su desagüe en el mar, por risueño valle al que dan sombra y verdor higueras, olivos, almendros, naranjos y morales; están sus márgenes unidas por un puente, y en la derecha, distando ocho kilómetros de Trípoli,

[1] Éste, en opinión de los más autorizados autores, fué el verdadero origen del nombre de drusos; es tenido, por el contrario, como falso el de Dreux, que algunos sostienen, apoyados en el hecho más que problemático según el cual unos francos que, al mando de un conde de Dreux, quedaron en una fortaleza de Palestina después de la salida de los Cruzados, se reunieron con estos sectarios y por cierto tiempo los convirtieron al cristianismo, imponiéndoles el nombre de su capitán.

hállase situado el pueblo Zgharta, notable por su vasta iglesia; á él descienden

VALLE DEL NAHR EL-KADICHA
En lontananza el Mediterráneo y el barrio de El-Mina, puerto de Tripoli

llegado el invierno muchos montañeses, arrojados por la nieve de las alturas de Ehden y Becharreh.

Otros lugares y monasterios vense escalonados en las laderas del sinuoso valle; ascendamos por él, y á unos diez y siete kilómetros de Tiro, en la cumbre de alto collado, erizado de peñas y encinas, veremos el Deir Mar-Iakub (monasterio de Santiago). Ordinaria residencia del obispo de Trípoli, desde sus galerías abraza la vista extenso paisaje y pueden seguirse hasta el mar las vueltas y rodeos del río, el cual, á proporción que se aleja de su desembocadura y se acerca á su origen, toma más agreste y pintoresco aspecto, encerrado como está entre abruptas y escarpadas rocas. La jurisdicción de aquel prelado maronita se extiende por el norte hasta Alepo.

El actual monasterio, en el cual se educan cincuenta jóvenes destinados al sacerdocio, ha sido recientemente reconstruído sobre las ruinas de otro más antiguo; al remover la tierra fueron entonces descubiertas dos águilas de piedra, y esto ha hecho suponer que existió allí un templo consagrado á Júpiter.

A seis kilómetros al este del Deir Mar-Iakub existe un convento de religiosas maronitas llamado Deir Mar-Semaan (convento de San Simeón); reconstruído en el año de 1808 con los restos de otro que se caía en ruinas, rodéanlo lozanos plantíos de moreras, y entre ellas elévase un peñasco cortado en sentido vertical por la mano del hombre; forma como enorme coluna, y dícese que fué así labrado en memoria de san Simeón Estilita.

Desde el convento que ocupa la cima de un collado bájase por rápida y resbaladiza pendiente á la aldea de El-Arbi, y atravesándola se llega por camino corto, pero penoso por lo muy quebrado, á la mansión más agreste y austera que sea posible imaginar. Dos peñas paralelas se levantan al paso del viajero como las jambas de una puerta; únelas un arco de piedra sobre el cual se destaca una cruz, y esta es la entrada del gran monasterio de Kossheya, que es el principal de la orden de San Antonio, cuyo número llega en el Líbano á ochenta. Imposible á no verlo es figurarse lo asombroso é imponente de aquel paso ó angosto vestíbulo en el cual unos pocos hombres podrían cerrar el paso á un ejército entero; á un lado levanta el monte su ladera escarpada y erizada de maleza; en el otro muge en profunda hondonada el Nahr Kossheya, que ha dado nombre al monasterio y que, tomando origen en las cercanías de Ehden, lleva al Kadicha el tributo de sus aguas. Por unos tres cuartos de hora nos toca seguir el borde de la hondonada para llegar al monasterio, el cual se ofrece á nuestra vista como nido de águilas suspendido entre el cielo y la tierra. Construído en estrecho rellano, es su forma en extremo irregular por haberse aprovechado todos los senos y cavidades del monte, y para llegar á sus varios pisos hay que subir empinadas escaleras abiertas en la roca y atravesar subterráneos corredores, hasta los que llega constantemente el sordo mugido del torrente que por lo más hondo del barranco se despeña. La iglesia, cuya fachada ha sido recientemente restaurada, está casi toda contenida en una cueva natural, y al salir de ella, en recorrer el sombrío laberinto de pasadizos, galerías, celdas y estancias que adherido al inmenso peñasco forma el monasterio, han de emplearse algunas horas.

Viven en él ochenta monjes, y además de los talleres de carpintería en que trabajan en diferentes labores, hay en la casa una imprenta de libros sirios y arábigos. En las celdas reina extremada sencillez por no decir gran pobreza; por lecho unas tablas y una manta, un cántaro, algunos utensilios indispensables y una cruz forman todo el ajuar de los religiosos, los cuales con legumbres y agua se sustentan.

Desde las superiores galerías abraza la vista todo el valle, admirablemente embellecido por el trabajo monástico; en cuantos puntos de la abrupta y rápida pendiente ha podido ser retenida un poco de tierra, se han formado bancales y se han plantado en ellos morales, vides y legumbres, regados por canalizos que, en distinto nivel, distribuyen por todo el monte las aguas de aquellas fuentes.

Es de tradición que san Antonio vino de Egipto á este desierto para fundar el monasterio, y aun existe á poca distancia de los edificios la cueva en que se cree haber vivido el santo fundador. A ella suelen ser trasladados los infelices que han perdido la razón por creerse que, allí encerrados, la recobran.

Gran número de peregrinos visitan cada año el antiguo monasterio, que ha conservado fielmente, á pesar de sus restauraciones, el sello de los siglos primitivos. En sus alrededores viven en separadas chozas piadosos ermitaños entregados á la oración y al cultivo de sus reducidos huertos. Los pinos que vegetan en las hendeduras de las peñas les proporcionaban sombra en verano y leña en los meses de invierno; límpidas fuentes les brindan con el caudal de sus aguas, y el fruto de los árboles, las legumbres del huerto y las hierbas silvestres constituyen todo su alimento. En mi vida, escribió el presbítero Bourassé al concluir la visita de aquellas ermitas, había dado con hombres tan contentos y dichosos. Grandes cruces de palo, clavadas en los altos picachos, indican el sitio de sus moradas.

Del monasterio de Kossheya á Ehden empléase hora y media, pasando por quebrados senderos en dirección al este.

Está situado el pueblo, ó mejor decir pequeña ciudad, en una meseta que se eleva mil cuatrocientos cuarenta y cinco metros sobre el nivel del mar; cuéntanse en ella seis mil habitantes en la estación de verano pero llegado que es el invierno oblíganles las nevadas á emigrar al llano de Trípoli, dejando la población bajo la custodia de unos pocos, quienes cuidan de limpiar tejados y azoteas de la nieve, que alcanza á veces la altura de cinco metros. Las calles, lo mismo que las casas, tienen poca regularidad, y en varios puntos consérvanse grupos de añosos y gigantescos nogales. Los moradores usan trajes de colores muy vivos, y tienen en el vestir fama de pulcros y elegantes.

Existen en Ehden unas doce iglesias ó capillas, muchas de ellas en ruinoso estado y, al parecer, de gran antigüedad; consérvanse en algunas fragmentos de inscripciones griegas de la época bizantina. Hace muchos años comenzaron las obras y concluyeron en el de 1881, de una vasta iglesia dedicada á san Jorge; ocupa aislada y dominante posición que la hace visible desde muy lejos, y es tenida por una de las mejores del

Líbano, donde por lo general son muy pobres. Ninguna tiene torre, y con sus campanarios de espadaña en cuyo hueco están colocadas una ó dos campanas de reducidas dimensiones. En algunas de Ehden súplenlas unas barras de hierro en las que se golpea á compás con un martillo para anunciar los divinos oficios.

Entre las familias principales de la ciudad ocupa el primer lugar la de Karam, á la que estuvo confiada desde la época de Fakhr-eddin el gobierno del distrito del cual es centro y cabeza la ciudad de Ehden, y aun los habitantes muestran con orgullo las ruinas de la casa de Yusuf-Karam, que fué su caudillo en el año de 1860. Al frente de trescientos hombres armados cayó sobre los drusos y los arrolló hasta que hubo de retirarse al ser acometido por las tropas turcas; éstas dieron á las llamas su palacio, y Yusuf emigró á Italia. En Ehden residen los sobrinos y otros parientes del príncipe. Otro Karam, en el siglo XVII, prisionero después de sostener con los turcos gloriosos combates, espiró en Trípoli en medio de horribles tormentos por negarse á apostatar de la fe católica.

Por algunos críticos es identificado el lugar ó ciudad de Ehden con la de Beth-Ehden, mencionada en este pasaje del profeta Amos:

«Quebrantaré los cerrojos de Damasco, dice el Señor; exterminaré á los moradores de Beikhath-Aven y al que empuña el cetro de Beth-Ehden.»

Otros autores, por el contrario, colocan á la última ciudad en la Cœlesiria, más bien que en la cordillera del Líbano.

Dice la tradición que el sabio rey hijo de David poseyó en Ehden un palacio para su recreo en verano; y en efecto, poco es cuanto se diga para ponderar la regalada estancia que entonces el lugar ofrece á causa de la pureza del ambiente, de su suave temperatura, de sus aguas excelentes y de sus ricos frutos. A esto sin duda ha de atribuirse la opinión que tiene el pueblo, fundado en la igualdad de nombre, de que allí estuvo situado el paraíso de delicias donde puso Dios á nuestros primeros padres. Sin embargo, en los meses de invierno desaparecen aquellos naturales encantos, y conforme se ha dicho, hácese la ciudad inhabitable.

Ehden ha sido patria de algunos orientalistas famosos, y entre ellos de Gabriel Sionita y del obispo Esteban, conocidos ambos por sus eruditas obras publicadas en el siglo XVII. En aquellas inmediaciones llevó por largos años eremítica existencia el conde de Chasteuil, natural de Aix en Provenza; retirado al monasterio de San Sergio continuó en él su austera y estudiosa vida, dado incesantemente á la lectura y meditación de los Sagrados Libros. En el año de 1644 murió en olor de santidad, hallándose en el convento de Carmelitas del Nahr Kadicha, á poca distancia de los Cedros, y todavía enseñan los maronitas la cueva que fué testimonio de las heroicas virtudes del conde, al cual apellidan *el Beato*.

El monasterio de San Sergio, en árabe Mar-Sarkhis, que acabamos de nombrar, está situado á un kilómetro al sudeste de Ehden, al pié de un cerro de donde brota con ímpetu caudalosa fuente que, formando en seguida claro y murmurante arroyuelo,

provee de agua á aquella población y riega los inmediatos campos. En sus bordes convida al descanso la agradable sombra de un bosquecillo de aquellos árboles llamados por los árabes *charbin,* que son una especie de cedros; algunos de ellos cuentan siglos y es admirar la frondosidad de su ramaje.

Por efecto de este riego y también á causa de la laboriosidad de sus moradores ofrecen los alrededores de Ehden, por su excelente cultivo, magnífico aspecto.

Siete kilómetros á lo sumo separan á Ehden de Becharreh; síguese en dirección al sudeste un sendero que sube y baja entre plantíos de morales y campos de trigo, y á los cincuenta minutos de marcha, al llegar á una pequeña eminencia, alcánzase por primera vez á divisar en lontananza el bosque de cedros, que hace el efecto de verdosa alfombra extendida en el monte. Algunos pasos más, y se entra en territorio de Becharreh, regado también por abundantes manantiales que en varios puntos caen en vistosas cascadas y fertilizan un terreno con gran esmero cultivado por el pueblo que lo habita.

Becharreh es importante lugar que contiene cinco mil habitantes, maronitas todos como los de Ehden; una línea de elevados montes lo circunda por la parte del norte; á mediodía el pueblo, construído en anfiteatro, domina á su vez las escarpadas y rápidas pendientes de Nahr el-Kadicha, cuyas márgenes forman los confines de su territorio.

En el centro del pueblo, que era designado en la época de las Cruzadas con el nombre de Buissera, elévase vasta y cuadrada torre, cuya base data sin duda de los siglos medios. En el día, restaurada y modificada, sirve de residencia al *mudir,* ó sea gobernador, como antes sería morada del señor de Buissera. Son las calles irregulares y de pobre aunque de agradable aspecto, excepto una, á la cual dan mayor animación las tiendas que tiene á ambos lados; es llamada el *suk* (mercado), y por ella corre encauzado fresco y límpido arroyuelo.

Entre las iglesias hay algunas de gran antigüedad; la mayor, que es moderna, no carece de grandiosidad y elegancia. Los moradores de Becharreh viven dedicados á la agricultura, á la industria y al comercio, y como los de Ehden, emigran casi todos llegado el invierno á causa de la nieve.

A un kilómetro al este de Becharreh, atravesando un riachuelo que forma allí cerca hermosa cascada, hállase un convento dedicado á san Sergio como el de las inmediaciones de Ehden, y llamado por lo mismo con el propio nombre de Mar-Sarkhis. Arrimado á un monte que alza verticalmente á gran altura su peñascosa mole, que parece ha de desplomarse sobre él y aniquilarle, precédelo reducido rellano donde crecen encinas y nogales y lo circuye angosto camino sombreado por parras y corpulentos chopos. La capilla, dedicada á san Sergio, no tiene de fábrica sino la fachada; lo demás está labrado en la peña.

En este convento, á causa de la rica fuente que mana en sus inmediaciones, suelen detenerse los viajeros que en verano suben á visitar los cedros, hallando cordial

hospitalidad por parte de los religiosos Carmelitas que en él residen, italianos casi todos. Sagrado oasis en aquella estación, hácese inaccesible é inhabitable en invierno, y hasta los frailes vense obligado á retirarse á otros puntos.

Sigamos avanzando hacia oriente, y después que por estrecha senda habremos llegado á lo alto de un monte de un color blanquecino, penetraremos en profundo barranco que de pronto, andados por él algunos pasos, tomará el aspecto de espantosa sima, tan altas y verticales son sus márgenes. Nace allí en caudaloso manantial el Nahr Kadicha que, arrebatado y levantando espuma, se precipita á poco en imponente cascada, despertando con su estrépito los ecos de la montaña; de roca en roca salta y se precipita impetuoso é inagotable hace siglos y siglos, y al estrellarse embravecido contra los peñascosos muros del sombrío abismo, el húmedo y plateado vapor que de sus aguas sube toma á los rayos del sol los más vistosos colores.

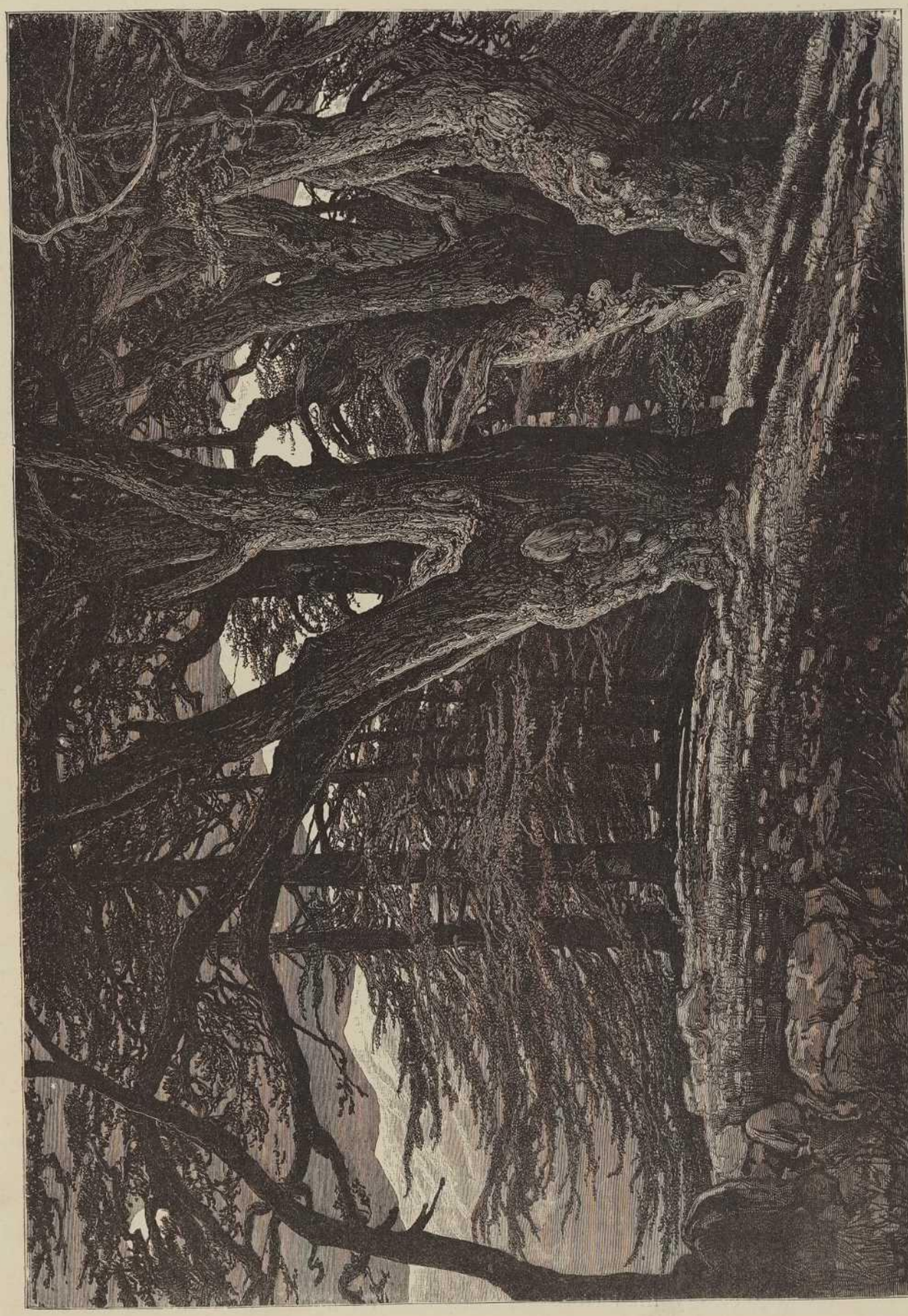
A dos kilómetros de distancia encuéntranse los famosos cedros, residuos de antigua selva reducida en el día á unos cuatrocientos árboles, que ocupan algunas pequeñas eminencias inmediatas entre sí y dominadas á su vez por escarpadas cumbres cubiertas casi siempre de nieve. Para resguardarlos de la indiscreta avidez de los viajeros se ha levantado á su alrededor hace pocos años una cerca de piedra que podrá tener un kilómetro de circunferencia; pero no todos están incluídos en ella, y fuera de su recinto existen otros varios, entre ellos tres ó cuatro por su antigüedad notables.

Situados estos cedros á mil novecientos veinticinco metros sobre el nivel del mar, ocupan por lo mismo el punto extremo y son como el límite del reino vegetal, pudiendo de ellos decirse que crecen y adquieren gigantescas proporciones allí mismo donde muere y acaba toda otra clase de vegetación. Mientras dura el invierno son inaccesibles, y están como encerrados por la naturaleza en el inviolable asilo que allí forman muchos metros de nieve entre la que asoman sus enormes troncos. En verano son objeto de interesantes expediciones, y á la capilla que se levanta en el centro del cercado, servida por un sacerdote maronita y otro latino, capilla que, como el templo de Salomón, tiene de cedro la techumbre, acuden en romería, en día señalado, los pueblos vecinos.

Después de admirar en su conjunto la majestad de aquellos gigantes de la creación y pratriarcas del reino vegetal, augustos restos que llevan impresa en varios puntos la huella del rayo y que han podido librarse hasta ahora de la devastación del tiempo y de los hombres, acerquémonos á interrogar, como tantos viajeros que nos han precedido, á aquellos inmortales testigos de los siglos que fueron; consideremos su corpulento tronco que en algunos se divide en dos ó en tres, cada uno de los cuales sería por sí solo un árbol extraordinario y magnífico; cobijémonos bajo su inmenso ramaje siempre verde, y respiremos su aromática fragancia. Diez son, entre todos, los que por su vetustez y corpulencia atraen en seguida las miradas.

Tiene uno de ellos catorce metros de circunferencia en su base; de ella salen diferentes troncos, que son también enormes. Otro hay que mide diez metros, y son varios los que llegan á nueve. Su altura aproximada es de veinte, y los hay que de un

extremo á otro de sus ramas horizontales pasan de cuarenta y ocho. Esto es cuanto queda hoy de la gloria del Líbano, admirable cumplimiento de aquellas palabras de



Bosque de los cedros, inmediato á Becharreh

Isaías: «Los árboles que se salvarán de la llama serán en número tan escaso que podrán contarse y podrá escribir su número un muchacho.» Hace dos siglos, en tiempo

de Quaresimo, se conservaban todavía veintitrés. Los demás son evidentemente más jóvenes, y aunque varios les igualan en altura, su diámetro no llega ni con mucho al de aquellos gigantes de la selva. En su corteza se leen grabados entre los infinitos nombres de los viajeros que los han visitado, algunos muy conocidos en la historia

Un cedro del bosque de Becharreh

de la religión y de las letras, y de sus entrelazadas ramas, al ser movidas por el aire, exhálanse melancólicos y misteriosos sonidos que en aquellas profundas soledades, impresionado el ánimo por el imponente espectáculo de las altivas cumbres del Makmel, que por oriente se elevan como inmenso anfiteatro, y de las horrendas simas del Narh

el-Kadicha, que se abren al oeste, resuenan en la exaltada fantasía como las quejumbrosas voces de aquellas muertas edades de que fueron contemporáneos estos troncos venerables. Ellos, en efecto, debieron de presenciar los gloriosos tiempos de Tiro, Sidón y Jerusalén, y ver cómo sus compañeros del bosque caían á los golpes de sidonios y giblitas para ser conducidos á la costa por la corriente del Nahr el-Kadicha, á Jaffa después por mar, y finalmente de Jaffa á la santa ciudad, donde fueron empleados por Salomón en la fábrica del Templo y del palacio. Lo mismo sucedió en la época de Zorobabel, al ser reconstruído por los hebreos libertados del cautiverio el sagrado monumento.

Entre aquellos testimonios vivos de las primeras edades históricas y del cumplimiento de las profecías, es grato abrir la Biblia y leer los principales pasajes en que los menciona. Los cedros del Líbano son no sólo venerables por su extraordinaria vetustez, cuyo peso sobrellevan con gran majestad y gallardía, sino en cierta manera sagrados, ya que, según el Salmista, fueron plantados por el mismo Dios.

«Se saciarán los árboles del campo, dice, y los cedros del Líbano que plantó el Señor.»

«Voz del Señor que hace pedazos los cedros del Líbano,» dice en otro salmo el Rey profeta para ponderar el poderío y la fuerza del Eterno.

«Como palma florecerá el justo, añade; como cedro del Líbano se multiplicará.»

La esposa de los Cantares, para expresar la donosura del amado, lo compara á los cedros del Líbano *(electus ut cedri);* en el sublime cuadro que traza de la Sabiduría increada el libro del Eclesiástico, dice haberse elevado como cedro sobre el Líbano *(quasi cedrus exaltata sum in Libano);* y para pintar el gran sacerdote en medio del aparato de los sacrificios, rodeado por los levitas y en todo el brillo de la sagrada pompa, dice el mismo libro que el coro de los hermanos le cerca como planta de cedro en el Líbano *(et circa illum corona fratrum quasi plantatio cedri in monte Libano).*

«Los abetos y los cedros del Líbano se alegran de su ruina, dijo Isaías al ocurrir la muerte del rey babilonio Baltasar; te has dormido y no subirá ya quien nos corte.»

Ezequiel, en magnífico lenguaje, se dirige al rey de Asiria y le dice:

«Mira á Asur; fué como cedro del Líbano gallardo en sus vástagos, extendiendo á lo lejos la sombra de su follaje, sublime en altura, y alzando su copa entre sus ramas frondosas.

»Criáronle las aguas, y lo encubrió el abismo; ríos corrían alrededor de sus raíces y de allí partían en arroyos para regar todos los árboles del bosque.

»Por esto sobrepujó á cuantos allí crecían, y sus ramas se multiplicaron y sus brazos se extendieron á gran distancia, vivificadas por las corrientes aguas.

»En su follaje anidaron todas las aves del cielo; debajo de su espesura criaron todos los brutos de la selva, y á su sombra moraron numerosas gentes...

»Y esto dice el Señor: porque se ensoberbeció con su altura, porque ha ostentado su verde y frondosa copa sobre todos y se ha hinchado de vanidad su corazón.

»Lo entregué á merced del más poderoso entre las gentes, el cual hará de él á su voluntad.

»Por su impiedad le he desechado, y extranjeros, por su crueldad famosos, le cortarán y le derribarán sobre los montes. En todos los valles caerán sus ramas y por todos los barrancos se hallarán sus restos. Los pueblos se retirarán de su sombra y le dejarán en abandono.»

El mismo profeta escribió:

«Esto dice el Señor Dios: tomaré del meollo de un alto cedro y lo plantaré; de lo alto de sus ramas desgajaré un renuevo, y plantado en monte alto y descollado, en la encumbrada montaña de Israel, brotará un pimpollo, y dará fruto, y se hará un gran cedro, á cuya sombra anidarán todas las aves del cielo.»

Y el profeta Zacarías, vaticinando la humillación del Líbano y la desaparición de la famosa selva, reducida á los tristes residuos de hoy, exclamó:

«Abre, Líbano, tus puertas, y devoren las llamas tus cedros.

»Aulla, abeto, porque el cedro ha sido derribado y destruídos quedan los orgullosos de la tierra; aullad, encinas, porque asolado ha sido el bosque de los fuertes.»

Del lugar en que ahora estamos, dice el sabio naturalista Russegger:

«El bosquecillo de los cedros se alza en pedregoso montecillo y se compone de trescientos ó cuatrocientos árboles, que son restos de la selva que probablemente ocuparía todo el valle y que en gran parte descenderán de los más viejos que allí existen. La edad del mayor número será de cuatrocientos á ochocientos años; hay diez de remotísima fecha, y entre ellos siete se distinguen por su enormidad y por su vetusto aspecto. Fijar de un modo preciso la edad de los últimos es difícil sino imposible, en cuanto toda su vida consiste en un pedazo de corteza que con su vigor alimenta todo el árbol; pero tomando en consideración su altura, su circunferencia y la naturaleza pedregosa del terreno, expuesto á los vientos, no tengo por improbable que cuenten sus troncos algunos miles de años.»

Tuvo la antigüedad gran predilección por el cedro, y cada año dejaban los extranjeros en los puertos de Fenicia crecidas sumas y objetos preciosos en cambio de la preciada madera. De cedro eran los mástiles de las naves de Tiro, y con igual materia se labraban las estatuas de los dioses y héroes, lo mismo que diferentes y estimados muebles. Su sabor amargo aleja la polilla, y á esto se debe su incorruptibilidad, tanto que hay ejemplo, dice M. Robinson, de haberse sacado incólume esta madera de la quilla en que fuera empleada hace dos mil años. Con su resina se mojaban los objetos cuya destrucción se deseaba evitar, y á creer el relato del naturalista Plinio, los libros de Numa, hallados intactos en el sepulcro de este rey quinientos años después de su fallecimiento, habían sido empapados en aceite de cedro.

Otros bosquecillos de cedros existen en el Líbano, pero los que crecen en éste, situado en las inmediaciones de Becharreh, son los únicos que llevan en árabe el nombre de *arz,* idéntico al hebreo *erez.* Los demás cedros que se hallan en otros

puntos de la Montaña son llamados unos *charbin* y otros *ebheul,* y constituyen especies distintas.

Y ahora, si emprendemos la subida por el sendero que parte de los cedros y conduce á Ain-Ata serpenteando por la ladera del Makmel, cuya cumbre, la más alta del Líbano, se eleva tres mil sesenta y tres metros sobre el nivel del mar, disfrutaremos de grandioso y admirable panorama. Llegados al punto culminante del camino, allí donde comienza á descender hacia el este por la opuesta vertiente del monte, veremos á un lado, al pie de la subida, los collados en que se alzan los cedros, los cuales á aquellas alturas se ofrecen como humildes matas sirviendo de alfombra á la tierra; más lejos, distínguense las blancas casas de Becharreh, y más lejos aún, las de Ehden. De montaña en montaña, de pueblo en pueblo pueden seguirse con la vista las inmensas sinuosidades del Nahr Kadicha y sus escarpadas y profundas márgenes, con sus aguas espumantes é infinitas cascadas, con sus antiguas grutas de anacoretas abiertas en peñas casi verticales, con numerosos monasterios escalonados junto á su corriente, hasta que allá, en lontananza, limitan el horizonte y rielan á los rayos del sol bajo un cielo esplendente y sin una sola nube, las azuladas ondas del Mediterráneo. Por el opuesto lado abrazan las miradas gran parte de la Bekaa y de la extensa sierra del Ante-Líbano.

Hoy aquellas grutas están desiertas; los fervorosos anacoretas que las habitaron, los piadosos penitentes cuya vida ejemplar dió al río su nombre de santo, han sido dispersados por las guerras y las pasadas catástrofes; aseguran los guías que era tan grande su número que al celebrar cada mañana todos á un tiempo el santo sacrificio, veíase salir del valle y elevarse al cielo densa nube de incienso. En las épocas de guerras é infortunios á ellas se han refugiado los infelices maronitas, pero hasta estas inaccesibles moradas los ha perseguido muchas veces la saña de los turcos. Una muestran de lejos que fué sepultura de numeroso pueblo; como su elevación es extraordinaria construyeron los musulmanes una torre para llegar hasta ella, y á cuantos allí estaban les dieron muerte. Cuentan de otra que hacia su boca dirigieron la corriente de inmediato y caudaloso manantial, ahogando así á todos los infelices que la llenaban. Aún hoy los huesos de aquellos confesores de la fé blanquean en muchos puntos el suelo de las agrestes cuevas.

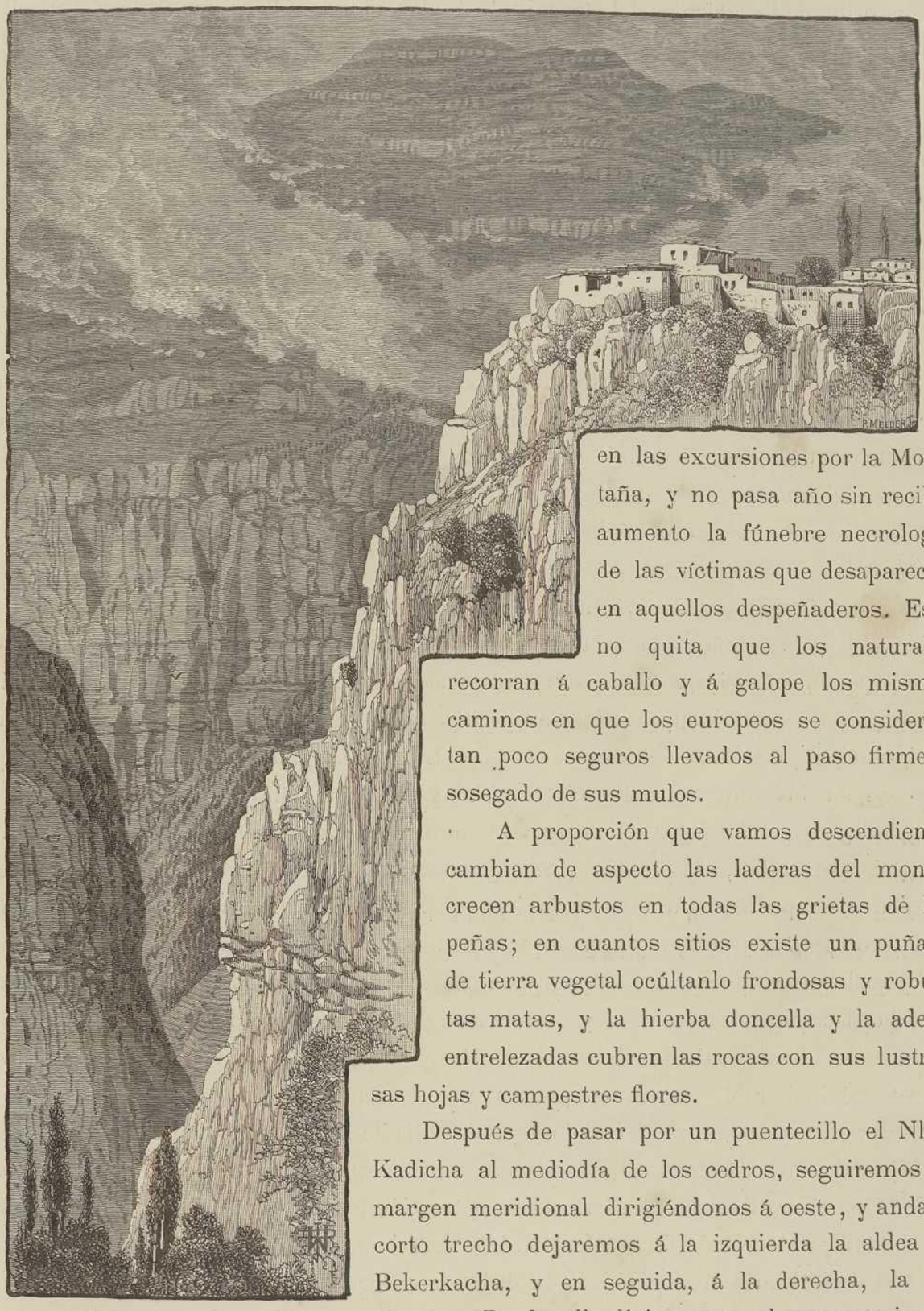
II

Los caminos del Líbano.—Hasrun.—Monasterio de Diman.—El patriarca maronita.—*Deir Kanubin.*—Cueva de Santa Marina.—Distrito de Kura-superior.—Ruinas de Naus y de Bziza.—Distrito de Botrun.—Deir Mar-Marun.—Kefer-Hay.—Semar-Djebeil.—Su castillo.—Duma.—Distrito de Menithri.—Karteba.—Merhaireh.—Akura.—Lago de Yammuneh.—Fuente de los Cuarenta.—La cueva de Afka.—Templo de Venus.—Distrito de Fetueh.—Ruinas de Machnaka.—Rhineh.—Distrito de Kesruan.—Puente natural en el Nahr el-Leben.—Ruinas de Fakra.—Miruba.—Singular espectáculo.—Faitrun.—Reifun.—Adjeitun.—Bzomar.—Los armenios católicos.

Del punto en que ahora estamos en la cima del Makmel es la subida difícil y penosa y no exenta de peligros la bajada. La cumbre del Líbano, lo mismo que la de los Alpes y de los Pirineos, es agria y en extremo quebrada: cierran el paso desgajadas rocas; horribles simas dejan en descubierto hasta las entrañas del monte y por encima de aquella naturaleza revuelta y trastornada extiéndese nevado sudario. Los caballos adelantan con dificultad por sendas con que á veces no aciertan ni los guías mismos; el soplo glacial del viento, el rumor de las cascadas, las voces de los mulateros interrumpen el solemne silencio de aquellas alturas. De imponente grandiosidad es el espectáculo que desde ellas se ofrece á nuestros ojos; la lisa superficie de las rocas, al reflejar la luz, la descompone en los variados colores del prisma, y momentos hay en que parecen sus efectos resultados de magia y de prestigio. A cada revuelta la escena se transforma y nuevas perspectivas y distintos reflejos embelesan al viajero, hasta que, abandonando el sublime observatorio, comienza la bajada por caminos que no tienen igual por lo ásperos en los Alpes ni en los Pirineos. Y así, conforme antes hemos indicado, son casi todos los de la Montaña, de los cuales dice M. de Lamartine: «La vereda que seguimos no llegaba á tener dos piés de anchura; precipicios cuyo fondo no se alcanza la limitaban por uno de los lados; en el otro se alzaba vertical muro de roca. El camino estaba sembrado de piedras movedizas y de guijarros de tal modo bruñidos por las aguas y el paso de caballos y camellos, que con gran cuidado han de buscar estos animales sitio donde poner el pié, y como lo ponen por lo regular siempre en uno mismo, al fin han acabado por labrar en la peña cavidades en las que encaja su casco y que les sirven de punto de apoyo. De cuando en cuando forman el camino altos escalones de dos piés de altura, abiertos en las rocas que lo cierran, y entonces no queda más recurso que escalarlas, ó bien á veces pasar al otro lado por angosta hendedura en ellas practicada.»

Añádese á esto, dice el abad Mislin, que los mulos, acostumbrados á andar por estos caminos, suelen ir aparejados con enormes bastos, y como para no chocar con el peñascoso muro que se levanta á un lado han de mantenerse constantemente en la orilla del precipicio, de ahí que cuando transportan viajeros hállense éstos de continuo

y materialmente como suspendidos en el aire, dependiendo su vida de un paso en falso ó de un resbalón de su cabalgadura. No son raras por lo mismo las desgracias



HASRUN, PUEBLO MARONITA

en las excursiones por la Montaña, y no pasa año sin recibir aumento la fúnebre necrología de las víctimas que desaparecen en aquellos despeñaderos. Esto no quita que los naturales recorran á caballo y á galope los mismos caminos en que los europeos se consideran tan poco seguros llevados al paso firme y sosegado de sus mulos.

A proporción que vamos descendiendo cambian de aspecto las laderas del monte; crecen arbustos en todas las grietas de las peñas; en cuantos sitios existe un puñado de tierra vegetal ocúltanlo frondosas y robustas matas, y la hierba doncella y la adelfa entrelezadas cubren las rocas con sus lustrosas hojas y campestres flores.

Después de pasar por un puentecillo el Nhar Kadicha al mediodía de los cedros, seguiremos su margen meridional dirigiéndonos á oeste, y andado corto trecho dejaremos á la izquierda la aldea de Bekerkacha, y en seguida, á la derecha, la de Bezaun. Desde allí divisaremos el monasterio de San Elíseo; una de las cuevas de las inmediatas peñas fué santificada con la presencia del santo eremita Chasteuil, poco antes nombrado.

Atraviésase luego el pintoresco pueblo de Hasrun, famoso por la hermosura de sus mujeres y la industriosa actividad de sus moradores. Sus casas se alzan en la misma orilla de los abismos del río, y junto á ellas, entre vetustos y gigantescos nogales, vense hermosos plantíos de moreras y vides, regados por abundantes corrientes. Hasrun fué cuna del docto prelado Assemani, célebre orientalista, que á principios del siglo XVIII fué en Roma bibliotecario del Vaticano y presidió en el año de 1736, con el título de legado del pontífice Clemente XII, el sínodo de Lueizeh, en el Líbano, encaminado á la reforma de abusos introducidos entre el clero maronita.

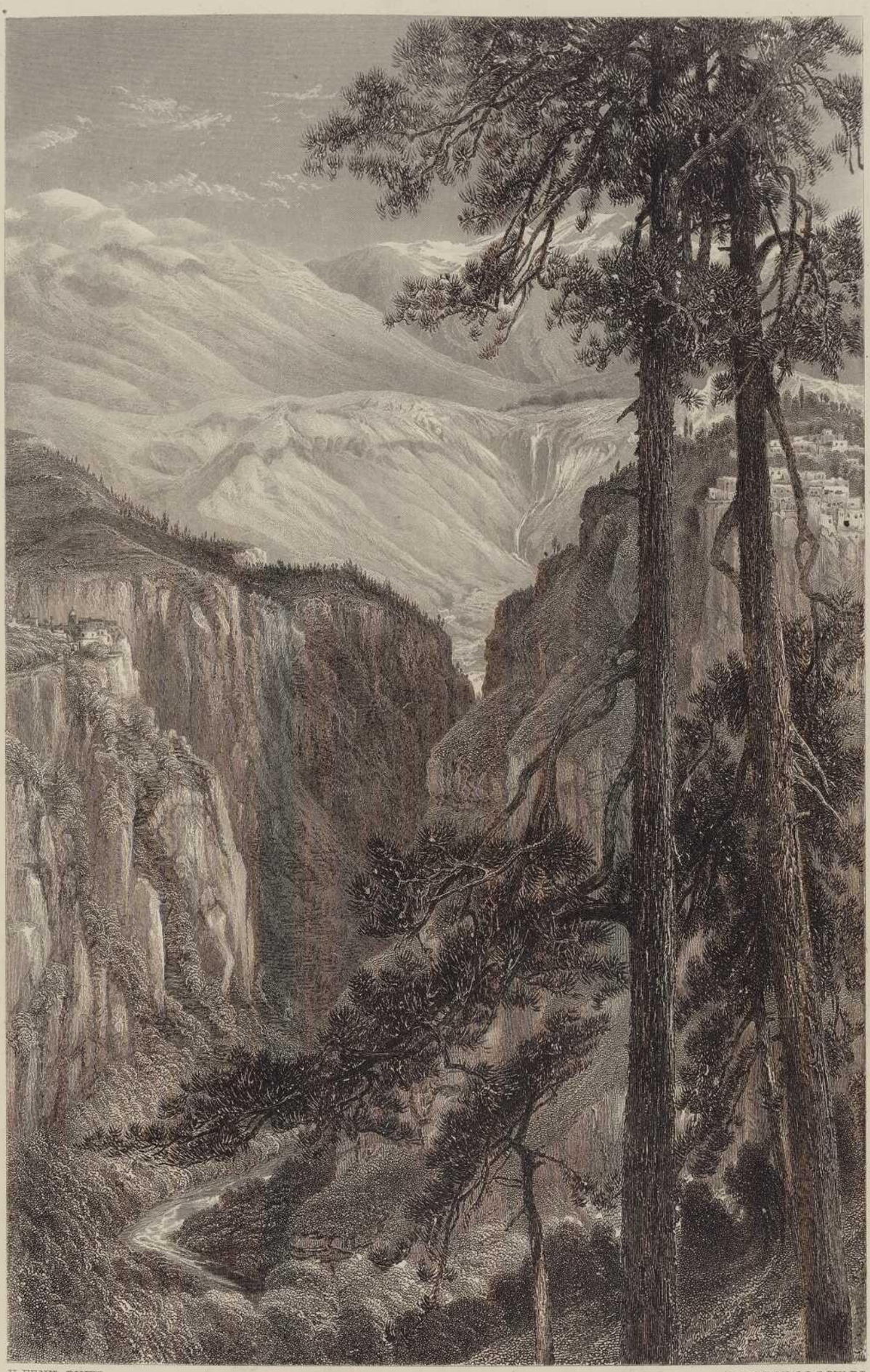
A tres kilómetros al oeste de Hasrun, donde viven todavía varios miembros de la familia del prelado Assemani, está situado el monasterio de Diman, llamado también Bdiman, contracción de Beit-Diman, y residencia del patriarca maronita en los meses de verano. Rodeado de plantíos de moreras, tiene el edificio humilde apariencia, y lo mismo ha de decirse de la parte que ocupan el patriarca, los obispos y demás personas que le acompañan. Todas las salas, sin exceptuar la que sirve de diván, están sencillamente amuebladas y sin lujo de ninguna clase; la biblioteca arábiga y latina es lo mejor del convento.

M. Guerin, que lo visitó hace muy pocos años, escribe del prelado las siguientes noticias:

«Monseñor Pedro Paulo Masaad, así se llama el actual patriarca, es un anciano de sesenta y siete años, de baja estatura, de bondadoso y ascético semblante, y de viva y penetrante mirada. Veintiséis años hace que gobierna espiritualmente á la nación maronita con gran tino y prudencia, y es tenido como el hombre que más enterado y al corriente se halla de los asuntos del Líbano. A causa del trato continuo que tuvo en su juventud con el emir Bechir y de los infinitos sucesos políticos y religiosos en que ha intervenido, sabe comunicar á su conversación, ayudado por su memoria portentosa, un embeleso indescriptible: al escucharle óyese la augusta personificación del pueblo maronita... Varios obispos y dos vicarios muy eruditos vivían en su compañía, y por ellos supe interesantes pormenores relativos al clero. Dijéronme que al fallecer el patriarca se congregan en sínodo los arzobispos y obispos del Líbano para la elección de su sucesor y que el designado por sus votos es propuesto al Papa, para recibir de Su Santidad la confirmación y el palio. De esta manera se conservan robustos é inalterables los lazos que unen con el Sumo Pontífice á la iglesia maronita, que se proclama á sí misma humilde y sumisa hija de la Iglesia romana.»

Hora y media dista de Diman el monasterio llamado por los árabes *Deir Kanubin*, designado en otro tiempo con el nombre de *Cœnobion*. Fundado por Teodosio el Grande y habitual residencia de Juan Marun, fuélo igualmente de todos los patriarcas hasta que los dos últimos han preferido la de Diman; por su antigüedad, por sus grandes recuerdos es de los más renombrados del Líbano; en él se han celebrado varios sínodos, y en su iglesia reciben los patriarcas sepultura.

Aquélla, lo mismo que una parte del monasterio, está labrada en la peña; dedicada



H. FENN. PINXT

S. BRADSHAW. SCULPT

GARGANTA DEL LÍBANO EN KADISHA.

ESPASA Y COMPA EDITORES, BARCELONA.

á la Santísima Virgen adórnanla varios cuadros, regalo de Roma. El número de monjes que allí reside es en el día muy corto, y todo en sus celdas, pobres y sombrías, convida al recogimiento y á la meditación.

La cuesta de unos tres cuartos de hora que desde la margen superior del Nahr Kadicha conduce á la hondonada en que está situado Kanubin, á unos ciento y veinte metros sobre el lecho del río, es notable, aun entre los caminos del Líbano, por lo rápida y penosa. En ella, poco antes de llegar al monasterio, encuéntrase una capillita labrada entre las peñas á la que dan sombra dos copudas encinas. Está dedicada á santa Marina, y de ésta dice la tradición que, entregada á austera penitencia en expiación de una falta que no había cometido, vivió largos años en aquella cueva á la que ha dejado su nombre, y con él la memoria de sus heroicas virtudes.

Deseoso de consagrar á Dios los últimos años de su existencia, su padre, al enviudar, confió su hija por nombre Marina, niña entonces de catorce años, á los cuidados de sus próximos parientes, y se retiró á Kanubin; pero, inferiores sus fuerzas á su gran sacrificio, no logró dominar la pena que por la ausencia de su hija experimentaba, y cayó en profundo abatimiento. A cada nuevo día crecía su aflicción y su llanto hasta que, de ello advertido el abad, le dijo:—¿Qué os pasa, hermano, que tan apenado estáis?—Padre, contestó deshecho en lágrimas, tengo en el mundo un hijo á quien dejé de corta edad, y su recuerdo me atormenta á todas horas.—Si tanto amáis á vuestro hijo, haced que venga y estará con nosotros,—dijo el abad, y prevalido de estas palabras, el padre infeliz corrió en busca de su hija, vistióla con traje varonil y con el nombre de Marino la presentó á los monjes. Admitida en el monasterio vivió al lado de su padre largos años, edificando á todos con fervorosa piedad, y muerto aquél continuó, según recomendación del moribundo, en su ejemplar y santa vida, sin descubrir á nadie, fiada en la protección divina, el secreto de sexo. Sucedió, sin embargo, que una joven de las cercanías, á fin de que no se sospechara del verdadero autor de su vergüenza, acusó á fray Marino de haberla seducido, y la santa fué condenada á pasar penitente vida entre durísimas privaciones en la gruta que es hoy venerada capilla. Sólo con su muerte fueron descubiertos su sexo y su inocencia.

Autores hay que dicen haber sucedido en Egipto y por lo mismo en monasterio distinto del de Kanubin el suceso que someramente queda relatado, pero la tradición del Líbano está unánime en colocarlo en el sitio que fué cuna de la nación maronita.

Dejando ya el monasterio colocado en el centro del pintoresco paisaje de montañas, cuyas verdes laderas hállanse como esmaltadas por numerosos pueblos en los que se destacan las blancas paredes de sus iglesias, y volviendo á las escarpadas alturas del Nar Kadicha, dirijámonos al territorio comprendido entre este río al septentrión y el Nar el-Asfur al mediodía, al distrito que lleva el nombre de Kura Superior para distinguirlo de otro menos elevado y más inmediato al mar, conocido con el de Kura inferior. Existen en él varias poblaciones importantes, tales como

Amiun, Kesba, Kefer-Hazir y otras, pero lo que allí ha de llamar con preferencia la atención del viajero son las considerables ruinas de Naus y las de Bziza.

Hacia occidente y á corta distancia de la aldehuela de Ain-Akrin hállanse en una meseta, desde la cual se disfruta de magnífica vista, los residuos de dos templos; lleva aquel sitio el nombre de Naus, derivado del griego *naos* (templo).

Del atrio que precedía al primero no queda más vestigio que la puerta; fórmanla dos jambas monolitas de dimensión gigantesca; de cuatro metros de altura, adórnanlas hermosas guirnaldas de flores, esculpidas con raro primor. El dintel que las unía ha desaparecido.

A cincuenta y ocho pasos de la puerta yacen las ruinas del templo; orientado de norte á sur medía en esta dirección veinte pasos á lo largo por quince á lo ancho, ó sea de este á oeste. La *cella,* que se conserva aún en parte, está edificada con sillares de gran regularidad, y descansa en un primer cuerpo ornado con elegante cornisa. De la techumbre nada queda; el suelo del recinto interior ha subido algunos palmos, pero aun se distingue en él la abertura de una cripta á la cual conducía una escalera que conserva pocos peldaños. Tres puertas, caídas en el día excepto una jamba de la una, daban ingreso al templo, y precedíalo un vestíbulo ó pórtico sostenido por cuatro colunas cuyas bases han sido arrancadas; las cañas y los capiteles yacen derribados al suelo.

Junto al monumento vense varios recintos más pequeños que fueron quizás dependencias ó accesorios del mismo; con posterioridad se levantaron en ellos casas que también y á su vez han caído en ruinas. Entre ellas hállanse restos de dos capillas, dedicadas que estuvieron á la Santísima Virgen la una y á Santiago la otra. Conócese que fueron construídas toscamente con materiales procedentes del santuario gentílico.

A corta distancia hacia el sudoeste pueden admirarse las ruinas de magnífico *temenos,* ó sagrado recinto, que tiene de norte á sur, ó á lo largo, ciento y veinte pasos por setenta y ocho á lo ancho, ó sea de este á oeste. Levantóse la fachada septentrional con sillares enormes, pues los hay que miden cinco metros y medio á lo largo y setenta centímetros á lo ancho, con un metro de altura; permanecen en pié las jambas de la puerta que se abría en su centro, y el dintel yace destrozado en el suelo. El muro occidental del *temenos* no ofrece la esmerada construcción de la fachada, ni son las piedras de tan colosales dimensiones, si bien pertenece sin duda ninguna á la propia época que aquélla.

Encierra el cercado un templo que, al igual que el anterior, descansa sobre un basamento rematado por una cornisa; precedíalo también un vestíbulo con colunas coronitas, de las que sólo existen mutilados restos. De un busto radiante, esculpido en uno de los sillares, se ha deducido estar dedicado el templo á Baal-Chemec, ó sea Baal-Sol. En los alrededores vense en varios puntos cortadas y excavadas las peñas, y lo serían ora para la extracción de materiales, ora al objeto de abrir sepulturas.

El antiguo nombre de la ciudad á la que pertenecían estos bellos santuarios no

ha llegado hasta nosotros, á no ser que se haya conservado más ó menos alterado en el de la inmediata aldea de Ain-Akrin.

Tres kilómetros distan estas ruinas por el lado del sudoeste de otras no menos interesantes. Atravesado el valle que sirve de lecho al Ued-Asfur, llégase al pueblo de Bziza, nombre que es tenido por contracción de Beit-Aziza, siendo este último de muy antiguo origen, en cuanto vémosle en la Biblia aplicado á un levita, y á pocos minutos encuéntranse en un collado los resíduos de un elegante templo. Precédelo un pórtico adornado con cuatro colunas jónicas, de las cuales subsisten tres todavía; la cuarta yace allí derribada; conócese que la *cella* fué en un principio rectangular, pero al ser en la época cristiana transformada en iglesia, añadiéronle dos ábsides y convirtieron en bóveda lo que era antes techumbre plana. Al entrar obsérvase en la pared lateral del lado derecho una gran concha delicadamente esculpida, y en ella estaría contenida una estatua. Junto á este monumento tienen el cementerio los moradores de Bziza, y tocando al pueblo está una capillita dedicada á san Elías, construída con materiales antiguos.

En el inmediato distrito de Botrun visitan los viajeros con preferencia el monasterio de Juan Marun, situado al mediodía del Ued-el-Djuz, en medio de montañas y hondonadas, erizadas de rocas y de encinas. Restaurado á principios de este siglo es notable por haber sido durante algún tiempo residencia de Juan Marun, quien llevó á él la calavera del primer Marun, el piadoso anacoreta de las riberas del Orontes, y de este modo va unida á él la grata y venerada memoria de los dos gloriosos fundadores de la nacionalidad maronita. Colegio y seminario á la vez, cuenta el monasterio ochenta alumnos y treinta seminaristas.

A poco más de un kilómetro al sudoeste del Deir Mar-Marun hállase en elevada meseta el pueblo de Kefer-Hay; de la antigua ciudad á la cual ha sucedido consérvanse varios sepulcros abiertos en la peña, cisternas y restos de un templo consagrado á Júpiter y construído en el año 158 de la era actual, según así se expresa en un fragmento de inscripción griega que se lee en una piedra por desgracia mutilada.

Andados siete kilómetros hacia el sudoeste atravesando profundos barrancos, subiendo y bajando ásperas cuestas por entre terrenos cultivados, llégase, después de dejar á la espalda tres aldeas, al convento llamado Deir Kfifan. Fundado en el año de 1775, es seminario donde se forman sacerdotes, más que para las parroquias, para los demás monasterios; en su capilla se guarda, en una urna cubierta de cristales, el venerado cuerpo de un monje llamado Namath-Allah, muerto allí en olor de santidad en 1858.

Continuando en igual dirección por espacio de otros seis kilómetros llégase á Semar-Djebeil, aldea que ha sucedido á antigua población de ignorado nombre y de alguna importancia, á juzgar por las cisternas que á cada paso se encuentran. Posee vasta iglesia de cuatro naves dedicada á Mar Nura, que equivale á san Lucio del Breviario romano, y á ella acuden en peregrinación desde muy lejos en busca de remedio

los que padecen de mal de ojos. En su construcción entraron muchos materiales antiguos.

Cerca de ella, en una roca regularizada por mano del hombre y dentro de borrosos adornos que le forman como un marco, léese una inscripción griega por la cual se sabe que Aurelia, esposa de Heracleón, después de haber vivido ciento y diez años, descansa en el sepulcro de su hijo llamado con aquel propio nombre. Fíjase su fallecimiento en el año 553, que, según la era de los Seleucidas, corresponde al 241 de la cristiana.

Pero más que esto ha de llamar la atención en Semar-Djebeil una fortaleza de la Edad Media que, arruinada hace mucho tiempo, sucedió al parecer á otra aún más antigua á juzgar por los fosos abiertos en la roca que por este y sudeste la rodean. El dilatado é irregular cuadrilátero que la forma estaba defendido en los ángulos por torres; en el centro se elevaba otra cuadrada, que, por lo menos en su base, hubo de ser muy anterior á los siglos medios. El magnate que la habitaba podía con la mirada abrazar desde aquella altura inmenso territorio que se extendía de la gran cordillera, á levante, al Mediterráneo, á poniente.

Las canteras al castillo inmediatas fueron en otro tiempo explotadas por los antiguos moradores antes de serlo por los Cruzados.

A aquéllos han de ser atribuídas diferentes figuras toscamente esculpidas en la fachada septentrional de lo que podemos llamar peñascoso basamento del castillo. En un primer medallón de forma cuadrada están representados con líneas apenas visibles dos personajes: de pié el uno y con un brazo levantado, y sentado, al parecer, el otro. En otros medallones, en número de tres, contiénense cinco personajes más pequeños y hoy descabezados, figurando, á lo que se cree, una procesión que se dirige á adorar á los dos mayores del medallón anterior, en los que se ha querido ver á Baal y Baaltis, el Adonis y la Venus de griegos y romanos. Más abajo de estos medallones ábrese en la misma peña un sepulcro con sus *loculi* ó nichos; en el día sirve de establo en verano, y se convierte llegado el invierno en cisterna, invadido como es por las aguas pluviales.

Si nos trasladamos á la comarca central del distrito de Botrun, veremos en una altura la aldea de Ahsia habitada por quinientos maronitas; el punto culminante del montecillo en que se halla situada ocúpalo una gran iglesia dedicada á san Jorge, construída con materiales procedentes de antiguo templo. De éste subsisten aún algunos paredones formados por grandes sillares sobrepuestos sin cemento que los una, una magnífica y destrozada piedra que servía de dintel y algunos fragmentos de coluna esparcidos por el suelo.

Más lejos, hacia el este, álzase en el fondo de un valle y en las laderas que lo limitan la villa de Duma con sus tres mil habitantes, de los cuales pertenecen mil y quinientos á la comunión greco-cismática, y mil y doscientos á lo greco-unida; los demás son maronitas y metualis. Un griego católico, discípulo de los Lazaristas de Antura, dirige en Duma una gran escuela de niños.

El distrito de Menithri está situado al sudeste del anterior; para llegar á él desde Duma comiénzase por atravesar hasta Tartedj, escabroso aunque cultivado territorio; de aquel punto en adelante va haciéndose el sendero, que sigue por entre viñas y plantío de higueras, de cada vez más áspero, hasta que tomando el país aspecto más y más agreste, serpentea el camino por montañas cubiertas de bosque, entre cuyos árboles son varios los que cuentan la edad por siglos, aun cuando los leñadores de continuo lo devastan para el carboneo. La encina es la especie dominante. Enormes peñas de fantástica forma se elevan en varios puntos del monte, y en muchas de ellas (sucediendo lo propio en otras regiones del Líbano) léense inscripciones latinas en las cuales se ve el nombre del emperador Adriano, escrito con todas sus letras ó bien con su monograma, seguido de fórmulas variadas. Créese que aquel emperador, de quien se supone que recorrió el monte Líbano, mandó en memoria de su viaje grabar su nombre en diferentes puntos y con fórmulas distintas, algunas de las cuales no han sido aún interpretadas y aclaradas por los arqueólogos; la más frecuente y usada consiste en AGIVCP, que ha de leerse, según opinión común, de esta manera:

ARBORVM GENERA IV CETERA PRIVATA.

De esto se ha inferido que las inscripciones que ordinariamente se encuentran en las regiones que fueron antiguamente las más selvosas del Líbano han de tenerse por prescripciones ó reglas dictadas por Adriano, haciendo distinción entre las cuatro especies de árboles reservadas al Estado y aquellas que podían ser objeto de la corta particular.

El lugar de Karteba, al cual se llega después de penosa jornada, es de los más importantes del distrito, y su población se eleva á dos mil y quinientos habitantes, maronitas todos. Situado al pié de elevadísimo monte, domina él á su vez las agrestes hondonadas del Nahr Ibrahim; sus casas, construídas por lo común con piedras basálticas, están diseminadas por vastos y lozanos plantíos de morales, y entre ellas se distinguen varias iglesias y un gran monasterio. Las laderas del monte inmediato están plantadas de viña.

A seis kilómetros al nordeste de Karteba hállase la aldea de Merhaireh, construída toda ella con las ruinas de antigua ciudad que llevó el nombre de Janoah. Tiene varias iglesias, y entre ellas la dedicada á san Jorge ha sucedido á un templo gentílico en buen estado de conservación y de elegantes líneas.

Siguiendo nuestro camino hacia el nordeste por la margen occidental de un torrente que es uno de los afluentes superiores del Narh Ibraim, llegaremos, andados siete kilómetros, al pueblo de Akura, arrimado por norte y oriente á altísimas montañas de que se han derrumbado alguna vez grandes aludes sepultando casas y habitantes. Son éstos en número de mil y ochocientos. Las cuevas sepulcrales que existen al salir del pueblo hacia el norte han sido hace tiempo condenadas, y solamente una entre

ellas, la más vasta é interesante, encuéntranse abierta y expedita, habiendo sido convertida en capilla consagrada á los santos Pedro y Pablo; tiene á ambos lados varios nichos funerarios, y en el fondo se alza el altar dedicado á los dos santos apóstoles. Abundosa fuente provee de agua á la población y alimenta un arroyuelo que, por medio de numerosos canalizos, riega extensas viñas y lozanos campos de morales y tabaco, en las cuales alzan sus frondosas copas vetustos nogales.

A seis kilómetros al mediodía de Akura puede verse una de las curiosidades del Líbano: un gran peñasco horizontal de unos veinte pasos á lo largo por cinco á lo ancho que forma como un puente natural sobre una cima en la cual nace un riachuelo que lleva precipitado al Nahr el-Akura el caudal de su corriente.

Por el camino que, partiendo de Akura, asciende hacia levante hasta uno de los puertos del Djebel el-Menithri, han pasado desde remota antigüedad cuantos viajeros procedentes de los llanos de Heliópolis se han dirigido al Líbano central ó á las costas de Fenicia. Comienza la subida en Akura por angosto sendero que, siguiendo la margen de profundo y agreste barranco, consiste en una escalera labrada en la roca y dividida por varios descansos, sin que separe al viajero del abismo casi vertical que se abre junto á él, sino parte de la peñascosa mole en que ha sido cortado el camino. Tan estrecho

Aldea de Merhaibeh en el Ued Akura

es que no admite á dos jinetes de frente, y habiendo andado como media hora

PUENTE NATURAL EN AKURA

léese á mano izquierda, en una roca sin duda allanada al intento esta inscripción:

IMP. DOMITIANI. AVG. S. V. T.

La línea que á ésta sigue hállase borrada por completo, mas la transcrita permite suponer con fundamento que el camino fué abierto ó restaurado por el emperador Domiciano. Dos horas por lo menos dura la subida, y al llegar á despejada meseta empiézanse á ver los picos del Ante-Líbano; atravesando ondulante llano que la forma, emprendamos la bajada por cuestas de cada vez más rápidas,

horribles guijarrales erizados de carrascas y maleza por los que resbalan á cada paso los caballos, y con no poca satisfacción de nuestro molido cuerpo hagamos alto en Yammuneh, reducida aldea compuesta de unas treinta casas, habitadas la mitad por maronitas y las otras por metualis. A un kilómetro hacia el mediodía hállase un lago que tendrá en invierno, cuando las aguas lo llenan, cuatro kilómetros á lo largo por dos á lo ancho; aliméntanlo numerosos manantiales, y el más caudaloso entre todos, conocido con el nombre de Neba el-Arbain (fuente de los Cuarenta), brotaba en profunda gruta hasta que realizadas hace cinco años por los naturales del pueblo obras de gran consideración y cerrada la gruta por abajo y abierta por arriba, ha sido transformada en pozo, por el cual sube el agua en la época del deshielo y de las lluvias y por un canal es llevada á Yammuneh y á los inmediatos campos. Además aun sale del pié de la cueva murmurador arroyuelo que da impulso á un molino antes de perderse en el lago.

Debe su nombre el manantial al hecho de que sus aguas no rebosan jamás de los bordes del pozo que lo contiene antes de la festividad de los cuarenta Mártires de Sebaste, y si ha de darse crédito á los naturales tiene secreta comunicación, al través de toda la mole del Djedel el-Menithri, con la fuente de Afka de la que hablaremos en breve.

La disminución que tienen en verano las fuentes que prestan su tributo al lago y la evaporación que éste experimenta son causa de que en gran parte se seque en los meses del calor; entonces, reducidas aquéllas á hilos de agua, no hacen más que atravesar su superficie verdosa y blanda y van á perderse en pequeña laguna de cuatrocientos pasos de longitud por unos doscientos de latitud. Es en cambio muy profunda en su centro, donde se remolina el agua, y de ahí su nombre de *El-Balua* (remolino). Críanse en ella numerosos peces.

En su extremo noroeste álzase un montecillo que por su aspecto, más que por obra de la naturaleza, podría tomarse por obra de los hombres, además de darle la vuelta un riachuelo que la convierte en una especie de isleta unida á tierra firme por medio de una calzada, está contenido dentro de vasto recinto rectangular que mide ciento veinte pasos á lo largo por ochenta á lo ancho; un muro construído con magníficos sillares, lo formaba y de él subsisten todavía las hiladas inferiores. En el punto culminante del monte, en el día labrado, habíase erigido con piedras enormes un templo hasta el cual se llegaba subiendo gran número de escalones. Viajeros hay que en este santuario pagano, del que restan escasos vestigios, quieren ver el famoso templo de Venus Afaca; pero su opinión no ha prevalecido, y fundada en los antiguos textos y en las ruinas todavía existentes es la general y admitida que este monumento ha de buscarse en el pueblecillo de Afka.

Cuatro horas y media de marcha se requieren para llegar á él desde el lago Yammuneh; síguense en un principio hacia el sudoeste las laderas orientales del Djebel el-Menithri, y luego empieza la subida de oriente á poniente hasta otro puerto paralelo

al anterior y situado á unos doce kilómetros al mediodía del mismo. Escarpada y penosa la cuesta arriba, es la cuesta abajo por todo extremo rápida; antes de bajar por ella detengámonos un instante y quedará en parte compensada la fatiga de la ascensión por el admirable panorama que se ofrecerá á nuestra vista. El Líbano, el Ante-Líbano el llano del Bekaa, y en medio de él las gigantescas ruinas de Baalbek entre las sombras de frondosos oasis, se extenderán delante de nosotros cual inmenso é imponente cuadro. Y aquella ciudad muerta, sus vastos templos sin dioses ni adoradores, aquellas columnatas de mármol y granito sobre las cuales tan gran número de siglos han pasado al contemplarlas desde las alturas del Líbano, bañadas por los postreros rayos del sol poniente, adornadas con la majestad de los recuerdos y la solemnidad del desierto, producen en el alma impresión tan viva como indefinible.

No hay ejemplo de otros montes, ni siquiera los Alpes que cubiertos por un lado con la sombría vegetación de las regiones del norte, muestran en el opuesto las vides, los almendreros y limoneros de la risueña Italia, que, como la sierra del Líbano, ofrezcan en sus dos vertientes, conforme antes se ha indicado, tan notable contraste. Hállanse al occidente una población numerosa, benévola y activa, collados que respiran trabajo y vida en sus campos y caseríos; allí, en cada peña hay una fuente, en cada colina un rebaño, en cada valle un riachuelo; crecen en los altos montes las encinas, los pinos y los cedros y á sus piés se extiende el mar de Siria. Por el contrario, la región oriental es escasamente habitada y de color blanquecino; apenas hay en ella agua, sombra ni cultivo. Vese á las caravanas, como buque á merced de las olas subir y bajar de continuo pequeñas eminencias cual aquéllas frecuentes y estériles, y sólo de cuando en cuando hállanse grupos de matas y carrascas. Algunos beduinos que aparecen un momento para ocultarse luego en las torrenteras, águilas que se pierden en las nubes son los únicos seres animados que encuentra el viajero en aquellos elevadísimos desiertos.

Emprendamos ya la bajada, y atravesando carrascales que se convierten á poco en bosque de magníficos enebros, cuyas robustas raíces y enormes troncos demuestran á la vez el vigor y la vetustez, llegaremos á la cueva de Afka.

Forma ésta una gran cavidad en la falda occidental del Djebel el-Menithri, monte que acabamos de atravesar por dos veces y por dos puertos distintos; y ábrese en gigantesco muro de roca que sube casi verticalmente á considerable altura. Natural en parte y en parte artificial, hubo sin duda de ser agrandada por mano del hombre, proporcionando así los materiales empleados en el templo de Afka; es de cincuenta y seis pasos de profundidad, y su mayor anchura, de veinte; dividido en dos altos, enormes piedras caídas de la bóveda obstruyen en gran parte el suelo del inferior, y termina el superior por angosto pasadizo que penetra muy adentro de las entrañas del monte, y que poco á poco se hace por lo angosto infranqueable. En los meses del estío suele quedar la gruta en seco, pero en los demás del año del pasadizo mentado y de varias hendeduras brota impetuoso un manantial que cae luego con estrépito

en cascada formando en la entrada de la gruta líquido y brillante cortinaje. El riachuelo que desde allí se desliza únese á poco con el procedente de otra cascada del Nahr el-Menithri, y juntos en las inmediaciones de un puentecillo y de un molino, se lanzan espumosos á un estanque ó receptáculo que será quizás natural, si bien regularizado al parecer por el hombre. De este depósito superior pasaban á otro más bajo y luego á un tercero, desde el cual corrían á perderse en el Nhar Ibrahim, despertando antes, con el armonioso rumor de sus precipitadas caídas, todos los ecos de aquellas hondonadas.

Así al mediodía de la gruta como en el terreno que, formando rellano, se extiende encima de ella, vese cubierto el suelo con informe y confusa masa de ruinas: son las del famoso templo de Venus Afaca, al que se cree estuvo unido por el norte otro edificio en forma de torre conteniendo el cenotafio de Adonis, ya que en esta parte del Líbano no solía separarse el culto de una y otra deidad, y menos aún en las riberas del río que llevaba el nombre del gentil mancebo. En la parte oriental, en algunas hiladas inferiores del templo, puede verse todavía la abovedada abertura de un canal y más abajo nace una fuente de gran caudal en invierno. En aquel sitio es objeto de profunda veneración por parte de los metualis de los pueblos de Afka y El-Menithri añosa higuera en cuyas ramas á modo de ofrendas cuelgan ropas ú objetos propios y de uso de aquellas personas queridas por cuya salud sienten temores. Vese, además, en este sitio enorme cubo de piedra de toscas é incorrectas líneas que fué, al parecer, ara en que se ofrecieron víctimas ó incienso.

Sábese por Nicéforo Calixto que en Afaca se tributaba á Venus vergonzoso culto y que el templo á la diosa dedicado fué destruído por disposición de Constantino en el año de 335. Dice Sozomenes que el templo de la Venus de Afaca se alzaba en escondido lugar del Líbano, lo cual se adapta perfectamente á la situación del edificio cuyas ruinas pisamos, derribado por orden de Constantino á causa de las vilezas que en él se cometían, es probable que fuese restaurado en la época de Juliano, en cuanto de un texto de Zózimo se deduce que en su tiempo, es decir, en el siglo v, tenía aún el santuario ministros y adoradores. En el día no queda del mismo piedra sobre piedra y no es posible formarse idea de su disposición general. Lienzos de pared, construídos con sillares de regulares dimensiones, yacen derribados al suelo en una sola pieza, y entre estas ruinas hállanse un altar y varios fustes de coluna de granito rosado de unos cuatro palmos de diámetro. Cómo estas moles de enorme peso pudieron ser trasladadas del Egipto superior, lugar de su origen, hasta Afaca, punto es que, en atención al presente estado de los caminos, no ha sido aclarado todavía.

El nombre de Afaca, por contracción arábiga Afka, equivale á *salida, origen, fuente,* y es muy apropiado al sitio en que estábamos por el abundoso manantial que en él brota. Zósimo sobre un estanque que, según él, estaba inmediato al templo de Afaca, da los siguientes pormenores:

«En un sitio llamado Afaca, dice, entre Heliópolis y Byblos, alzábase un templo

á Venus, cerca del cual se veía una laguna parecida á una piscina, fabricada por el hombre. En el templo y en sus inmediaciones obsérvase, cada vez que en los días señalados se congregan gentes, un gran foco de luz que esparce claridad como si fuese un globo de fuego, portento que ha durado hasta nuestros días. Cuantos allí acudían ofrecían á Venus joyas de oro ó plata y telas preciosas, y para ello las arrojaban al lago; de ser aceptas á la diosa, telas y joyas se hundían en el agua; y si por el contrario, no eran vistas con agrado, los objetos de metal lo propio que las telas se mantenían en la superficie.»

No existiendo en esta región del Líbano más largo que el de Yammuneh han creído varios autores ser éste el mencionado por Zósimo; pero la gran distancia que lo separa de las ruinas del templo de Afka cuando aquél afirma que le estaba inmediato, es, para que tal opinión se acredite, dificultad insuperable. Natural es por lo mismo creer, dice M. Guerin, que la laguna parecida á una piscina fabricada por el hombre, es sencillamente uno de los estanques ó depósitos adonde van á parar las aguas del manantial.

La aldea de Afka, resíduo de la antigua ciudad de Afaca cuyo nombre, con fidelidad ha conservado, hállase situada en inmediata colina, al oeste del templo, y consiste en un grupo de casas de tosca construcción y varias en ruinoso estado. En el centro de un círculo de piedras que es para los metualis que la habitan lugar de oraciones, álzase esbelta coluna de granito rosado que procederá seguramente del templo gentílico. Junto al pueblo recrean la vista frondosos huertos de morales, almendros, nogales y parras; pero la ciudad antigua se extendía hasta el llano y tocaba casi al santuario, rodeado de sagrados bosquecillos. En varios puntos viven todavía vetustos enebros, gigantescos nogales y enormes higueras, testigos quizás de los infames misterios que han dado á estos lugares su vergonzoso renombre.

A la vista de Afka y en la opuesta margen del Nahr Ibrahim está situada la aldea de Menithri; en la época de las Cruzadas elevábase en ella un castillo, morada de un barón que, con el nombre de *señor de Monestres,* era feudatario de los condes de Trípoli. Es probable que la fortaleza no careciese de cierta importancia en cuanto dominaba uno de los pasos entre el Líbano y la Cœlesiria, y en la historia de aquellas guerras háblase de la misma con motivo de la expedición que realizó el conde contra Baalbek en el año de 1176. En el día han desaparecido hasta sus ruinas, y habitan al pueblo algunos centenares de metualis y muy pocas familias cristianas. Desde que, saliendo del territorio maronita, se llega al de los metualis, tiene lugar el viajero de observar la diferente manera con que es recibido en las poblaciones del tránsito; ya no salen como antes á su encuentro para festejarle; los hombres les miran con ceño y desconfianza, y las mujeres velan el rostro á su presencia ó le vuelven las espaldas.

En los agrestes cerros en que ahora estamos puede decirse que nace el Adonis ó Nahr Ibrahim, ya que en ellos recibe el mayor caudal de sus aguas con las que se convierte desde este punto en importante río. Aquellos montes escarpados, aquellos valles pro-

fundos en los que no viven casi otros seres animados que águilas y fieras, son adecuado

Fuente de Afka (Afaka)

teatro para escenas de caza y de sangre, y aquí colocó la leyenda el trágico fin del cazador Adonis, nombre fenicio, equivalente á *señor*. Fruto el mancebo, según la mitología, de la incestuosa unión de Cinyras, rey de Chipre, y de Fenicia, que residía en Byblos, y de su hija Mirra, nacida en el Líbano, llegó á ser de tan portentosa belleza que Venus, de él enamorada, dejó sus palacios de Citerea, de Amathunte y de Pafos para seguirle á las selvas del Líbano, en las que se daba el príncipe al placer de la caza. Fiero jabalí,

lanzado contra él por el celoso Marte, le dió muerte junto á las fuentes del río, cuyas aguas enrojeció su sangre, según antes de ahora hemos indicado. De ahí el grandioso templo á Venus y Adonis elevado en el mismo sitio de la sangrienta catástrofe.

Retrocediendo en nuestro camino seguiremos el que indican los altos y peñascosos muros que forman el barranco por donde lleva el río su alborotada y espumosa corriente, y penetraremos á poco en el distrito de Fetueh, que comprende casi todo su curso de unas diez leguas hasta el mar. Nada, á no verlo, basta á dar una idea de lo pintoresco y selvático del país que atraviesa; en los puntos donde sus márgenes menos abruptas pueden presentarse al cultivo, hállanse pueblos, aldeas ó caseríos, rodeados de viña ó de plantíos de higueras y moreras, dispuestos en sucesivos bancales y regados por las fuentes que brotan en los inmediatos montes, los cuales se elevan á unos mil y doscientos metros sobre el nivel del mar. Erizados en unos puntos de carrascas que se alzan apenas del suelo cúbrense en otros de espesos bosques de pinos, robles y terebintos, que alcanzan dimensiones enormes donde encuentran sus raíces suficiente tierra vegetal en que sustentarse.

Si en Afka, en las ruinas de su templo, hemos hallado asociados los cultos de Venus y Adonis, otro tanto nos sucederá en Machnaka, que se ofrece á nuestra vista en un rellano de elevada montaña. Dos peñas cortadas verticalmente como dos enormes cipos llaman ya de lejos la atención del viajero; en una de ellas, figurando una hornacina adornada con pilastres jónicas y triangular remate, está grabado un personaje en pié con el brazo derecho levantado y el izquierdo arrimado al pecho. A derecha é izquierda, en marcos análogos, pero de dimensiones menores, hállanse dos figuras secundarias en actitud de prestar adoración ó vasallaje al primero.

En frente de este cipo de estilo grandioso aunque algo tosco, álzase otro cuyo cuadro, idéntico al anterior, contiene una figura sentada y en llorosa actitud. A derecha é izquierda hay igualmente representados en cuadros paralelos dos personajes más pequeños y en el día casi del todo borrados, si bien por sus líneas generales puede colegirse que estaban postrados delante del anterior.

A Adonis representaba, á lo que se cree, la primera de aquellas principales figuras, y á Venus la segunda. Uno de los cipos ha sido vaciado interiormente en su parte superior formando un sarcófago, cuya losa, de superficie triangular, yace en tierra á pocos pasos.

Junto al primer monumento álzase en una peña otro cipo, curvo en su parte superior, en cuya cara vense las borrosas líneas de una figura en pié. Una piedra gigantesca de forma prismática que sirvió de tapa á un sarcófago, formado como el anterior en la parte superior del cipo, está caída al pié de la roca, y mide, al igual que la otra dos metros á lo largo y sesenta y cinco centímetros á lo ancho.

Otras rocas de las inmediaciones han sido igualmente convertidas en sepulcros; todos han sido violados, y las losas que los cubrían serían, sin duda llevadas á distintos puntos.

Continuando la subida hállanse á cada paso vestigios de casas destruídas, y subiendo aún más, llégase á una meseta encerrada en cerca rectangular de noventa y cinco metros á lo largo por cincuenta á lo ancho. Construído el muro con hermosos sillares, tenía la entrada á oriente, y de él sólo quedan en algún punto escasas piedras unas sobre otras; fué aquello un *temenos* ó sagrado recinto, cuya parte occidental estaba precedida de un pórtico con columnas corintias monolitas, derribadas hoy entre las breñas, con sus fustes y capiteles á pedazos. En medio del pórtico, sobre un basamento, alzábase un edículo que se cree haber sido altar ó cenotafio consagrado á Adonis.

Desierto está hoy el recinto que reunió en los pasados siglos á los adoradores de la venerada deidad, y plantado todo él de tabaco tiene en sus ángulos una casa de labor levantada en gran parte con materiales procedentes del antiguo monumento. Dase á este sitio el nombre de Machnaka, y también el de Chir el-Meidan (peña de Meidan).

Al mediodía del Nahr Ibrahim y á poca distancia de su margen, existe, en las cercancías de la aldea de Rhineh, otro santuario consagrado igualmente á la memoria de Adonis. Ha sucedido el pueblo á antigua ciudad de alguna importancia cuyas ruinas cubren aún el suelo, y está situado en elevada meseta, á la cual sólo conduce por el lado del sur un sendero abierto en forma de prolongada escalera. La penosa ascensión dura más de tres cuartos de hora por escalones usados y desgastados por los cascos de las caballerías, y á derecha é izquierda se encuentran de trecho en trecho majestuosos robles. Al fin, con gran esfuerzo llégase á la aldea de Rhineh, compuesta de doscientos habitantes, y así el área que ocupa como la colina que la domina están sembradas de antiguos materiales. A corta distancia, en una peña artificialmente pulida, existen vetustas esculturas toscamente trabajadas y semejantes á las de Machnaka; vese á la derecha una figura de mujer desolada, y á la izquierda la de un hombre que con una espada ó dardo lucha con un oso ó jabalí que se precipita á despedazarlo. En la opuesta cara de la roca créese distinguir un personaje en pié y otro derribado al suelo, el cual se toma por representación de Adonis moribundo.

Dice la tradición de la comarca que la figura que con espada en mano lucha con la fiera, es representación del rey Berdjis, y de su esposa, la mujer que está á su lado. Pero Berdjis se llama en arábigo al planeta Júpiter ó Baal; su mujer será por lo mismo Baaltes ó Venus, de modo, dice en este punto M. Guerin, que todo nos lleva y tiende á establecer más y más la tradición antigua. Al pié del cipo se labró en la peña una cueva sepulcral que lleva el nombre de *sepulcro de Adonis*.

El distrito de Kesruan, cuyos límites nos toca atravesar ahora, es de los más poblados y productivos del Líbano, y son sus aguas entre todas celebradas. Brotan de las laderas occidentales del Djebel el-Minithri tres caudalosas é inagotables fuentes, llamadas Neba el-Hadid (fuente del hierro) la más límpida y fresca del país, Neba el-Azal (fuente de miel) y Neba el-Leben (fuente de la leche), nombre que debe á la

creencia de que no la dan los ganados de la comarca si no beben sus aguas, y de

PUENTE NATURAL, LLAMADO DJISR EL-HADJAR

las tres, que riegan extensos plantíos y se precipitan por quebradas gargantas á engrosar el Nhar el-Kelb, es la más importante y digna de atención la última. Surge

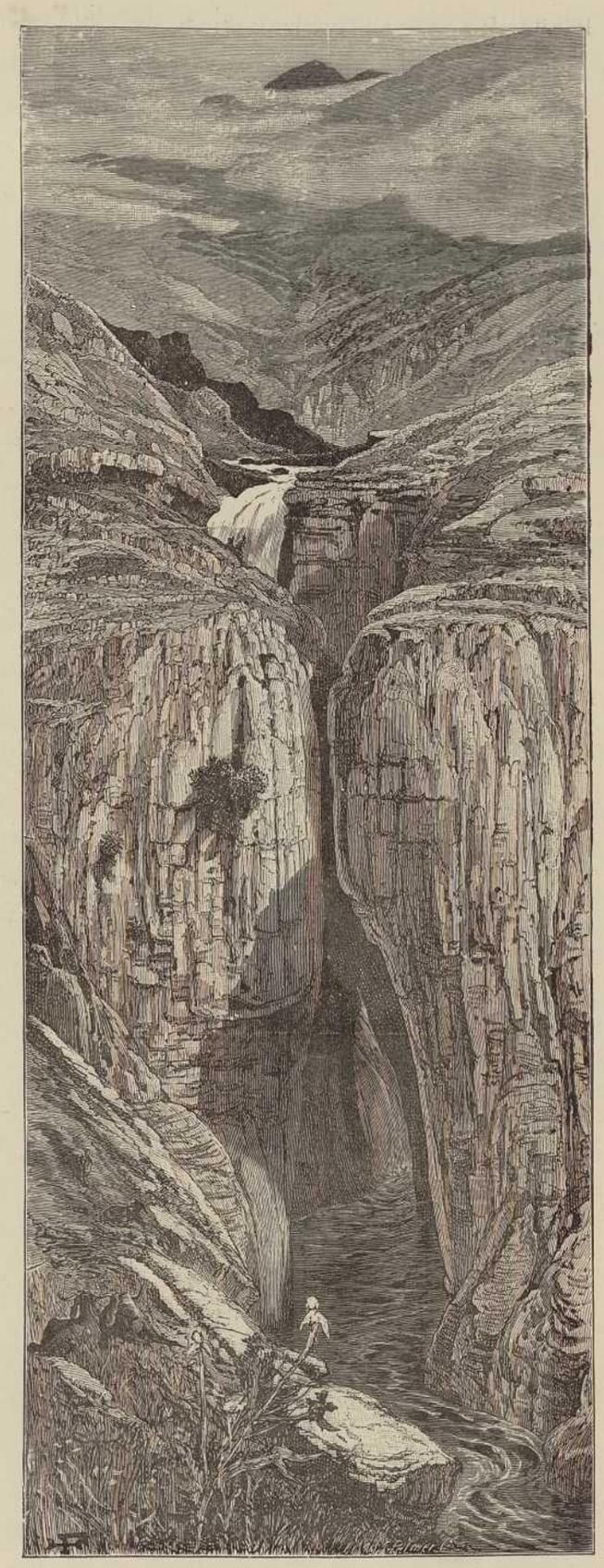
con extraordinario ímpetu de entre enormes rocas que, formando pelado y vertical muro, se alzan en forma de semicírculo á considerable altura, y su caudal es inmediatamente encauzado en artificial lecho que, por medio de canalizos secundarios, lleva á lo lejos la fecundidad y la vida. A corta distancia, hacia poniente, rompe la montaña profundo barranco de escarpadas márgenes que son, sin embargo, cultivadas en diversos puntos, y en él es de ver una de las maravillas del Líbano, ó sea el puente natural llamado Djisr el-Hadjar (puente de la Roca); fórmalo inmenso peñasco de cincuenta y cinco metros á lo largo, treinta á lo ancho y diez de espesor que, extendido casi horizontalmente, domina el fondo á una altura de veinticinco metros por lo menos, apoyándose á cada lado en una como enorme y peñascosa pila, todo de tan regular aspecto que ha habido quien lo ha tomado por obra de hombres. En los meses lluviosos de invierno y primavera, cuando el canal de la fuente de El-Leben no basta á engullir toda el agua que recibe, parte de ella, saltando de roca en roca y formando magníficas cascadas que son admiración de los viajeros, cae más arriba del grandioso puente á la honda torrentera, que toma por lo mismo el nombre de Narh el-Leben.

Veinticinco minutos hacia el oeste distan del puente las ruinas de una ciudad de importancia, llamadas hoy Kalat el-Fakra (castillo de Fakra), y entre ellas sobresalen las de un templo, presentando un rectángulo de treinta y cuatro metros á lo largo por catorce á lo ancho. Los muros, de uno de espesor, están construídos con sillares de gran regularidad, puestos uno encima de otro sin cemento de ninguna clase. Precédelo á oriente un vestíbulo sostenido en seis columnas corintias, hoy destrozadas, que miden quince centímetros de diámetro y descansaban en colosales bases, y el edificio estaba á su vez contenido en vasto cercado igualmente rectangular, cuya parte occidental hubo de ser desmontada en la peña viva; la oriental, que se extendía delante del vestíbulo á más bajo nivel, fué elevada con sillares de mayores dimensiones que los del templo propiamente dicho. En lo exterior, la fachada de esta parte del muro de cerca estaba adornada con pilastras, semejantes á las que se ven en el *haram* de Hebrón y en algunas hiladas aún existentes de la sinagoga de Tell-Hum, la antigua Cafarnaum; interiormente ornábanla columnas, cuyos destrozados fustes yacen por el suelo.

En un campo inmediato subsisten las hiladas inferiores de un edificio cuadrado, destinado, al parecer, á panteón; mide por lado cuatro metros y medio, y formáronlo piedras de enormes dimensiones; entre las existentes las hay que tienen cuatro metros á lo largo, setenta y cinco centímetros á lo ancho y noventa y tres de altura.

A los pocos minutos, hacia el norte, hállase en un montecillo otro monumento en forma de torre cuadrada de diez y seis metros por lado; créese que en un tiempo remató en pirámide, pero su altura actual no excede de siete metros. En una inscripción griega, muy confusa por lo borrada, puesta encima de la puerta, léese el nombre de Claudio, y en otra, que mejor conservada y también griega existe en un ángulo del edificio, se indica que éste fué levantado con las rentas del gran Dios

en el año 335, el cual, si, como se cree, pertenece á la era de los Seleucidas, corresponde al 43 de la cristiana y por lo mismo al reinado del emperador Claudio. Por el gran Dios en la inscripción mencionado entienden los críticos Adonis, y del monumento que sin duda tuvo un uso funerario, como lo prueba la estancia que encierra, ha de decirse que sería sepulcro de algún personaje de cuenta perteneciente á la ciudad cuyas ruinas nos rodean, ó quizás un cenotafio consagrado, como tantos otros, á la memoria de aquella deidad.



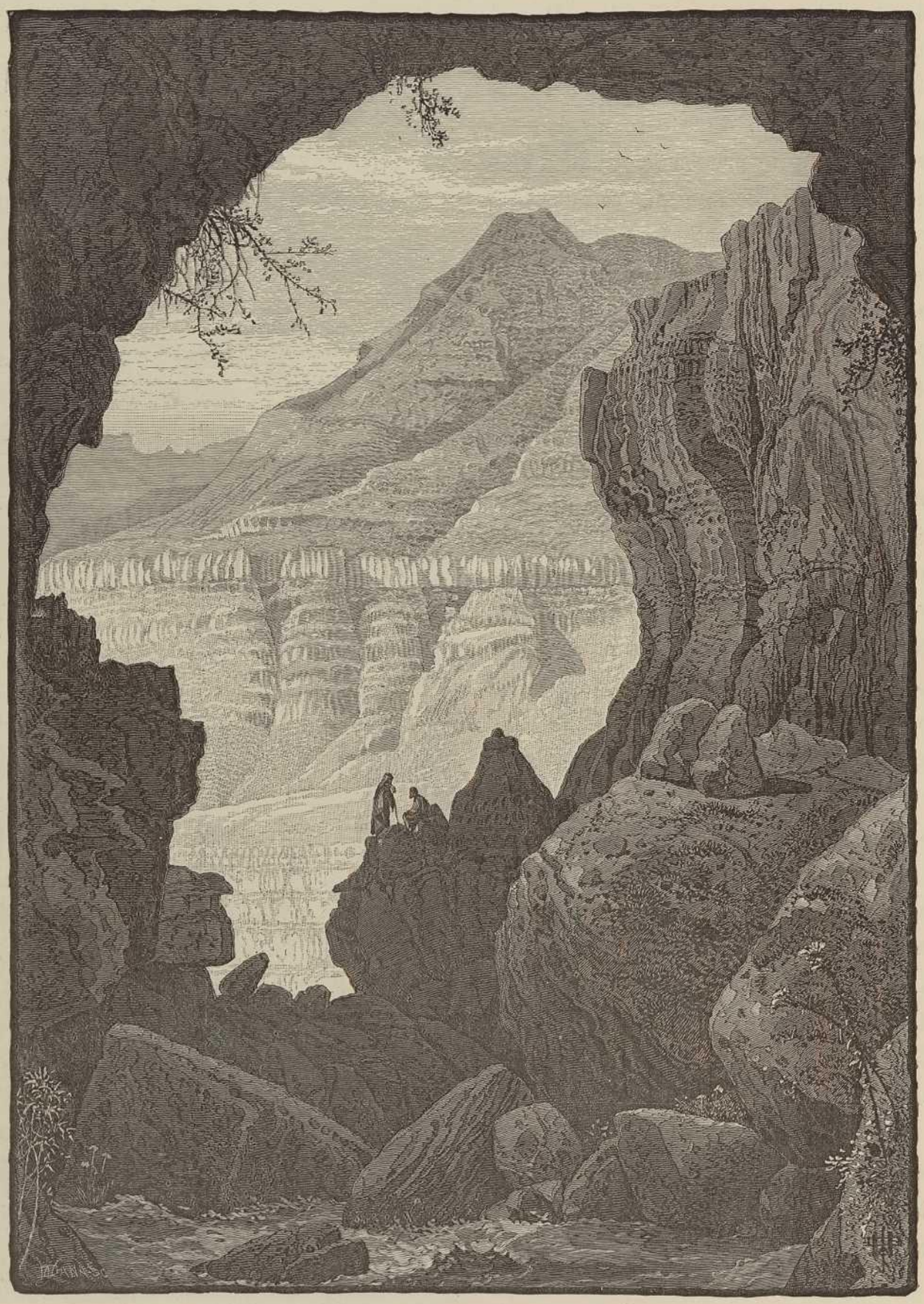
Nair el-Leben

Otros edículos de dimensiones menores, pero construídos con sillares enormes, que en las cercanías existen, fueron sepulcros, á lo que se cree. Más lejos, junto á un barranco cuyas peñascosas márgenes se explotaron como cantera, hállanse otras estancias sepulcrales y varios nichos funerarios, labrados en la roca. El nombre de la ciudad, de cuya importancia en la antigüedad son estos diferentes monumentos testimonio, permanece completamente ignorado.

Si tomamos la dirección de poniente se ofrecerán sucesivamente á nuestro paso, después de atravesar las escarpadas márgenes del Nhar Salib, los pueblos de Miruba y Faitrun. En el primero posee una vasta casa de campo el arzobispo de Baalbek.

La serie de colinas que forman el país que atravesamos están cubiertas de piedras basálticas entre las cuales extienden sus pámpanos las vides, y los peñascos de aquellas interminables gargantas y desfiladeros se presentan con las formas más singulares y fantásticas. «A ser permitido, escribe el abad Mislin, hacer memoria de la fábula en sitios donde tanto

abundan los religiosos recuerdos de la Sagrada Escritura, diría, á la vista de estas peñas peladas, resquebrajadas, fundidas en infinitos moldes por los siglos y las



Vista tomada debajo del puente natural llamado Djisr el-Hadjar

tempestades, que nos rodean los imponentes estragos de la pelea sostenida por los Titanes contra los dioses. Podríase creer también estar visitando las ruinas de inmensa

ciudad, y no parece sino que á nuestro alrededor se levantan magníficos restos de torres, de columnatas y de altísimas murallas; hasta se ven unas como mesas de forma gigantesca y proporcionada á la grandiosidad del admirable cuadro. Lugares hay donde, cual si la naturaleza hubiese querido imitar las obras de los hombres, se admiran lagos, isletas, puentes, cascadas, templetes y pilastras parecidos á los de nuestros jardines en que reunimos mil objetos en reducido espacio, sólo que las aguas del lago, y la espuma de las cascadas, y los arbustos y las fuentes, todo está convertido en piedra.» Y en efecto, peñascos hay que se elevan como sutiles góticas agujas, otros que se presentan como inmensos edificios, y preciso es mirarlos de cerca para convencerse de que no son artificiales fábricas sino obra sorprendente de la naturaleza que labra en ellos hace siglos y siglos por medio de nieves y lluvias.

En esto la tortuosa vereda que vamos siguiendo por entre estos laberintos de piedra y estas gargantas, una en otra escalonadas, hácese tan angosta que apenas cogen en ella dos personas de frente. En estos agrestes sitios cuatro mil maronitas pusieron en completa derrota al ejército de Ibrahim-Bajá, tres veces más numeroso; habían colocado sus turbantes en las puntas de las rocas detrás de aquellos baluartes naturales, y mientras los egipcios dirigían contra ellos su fuego, terribles descargas salieron en todas direcciones. Creyendo estar envueltos por fuerzas superiores, las tropas de Ibrahim se dieron con grandes pérdidas á precipitada fuga.

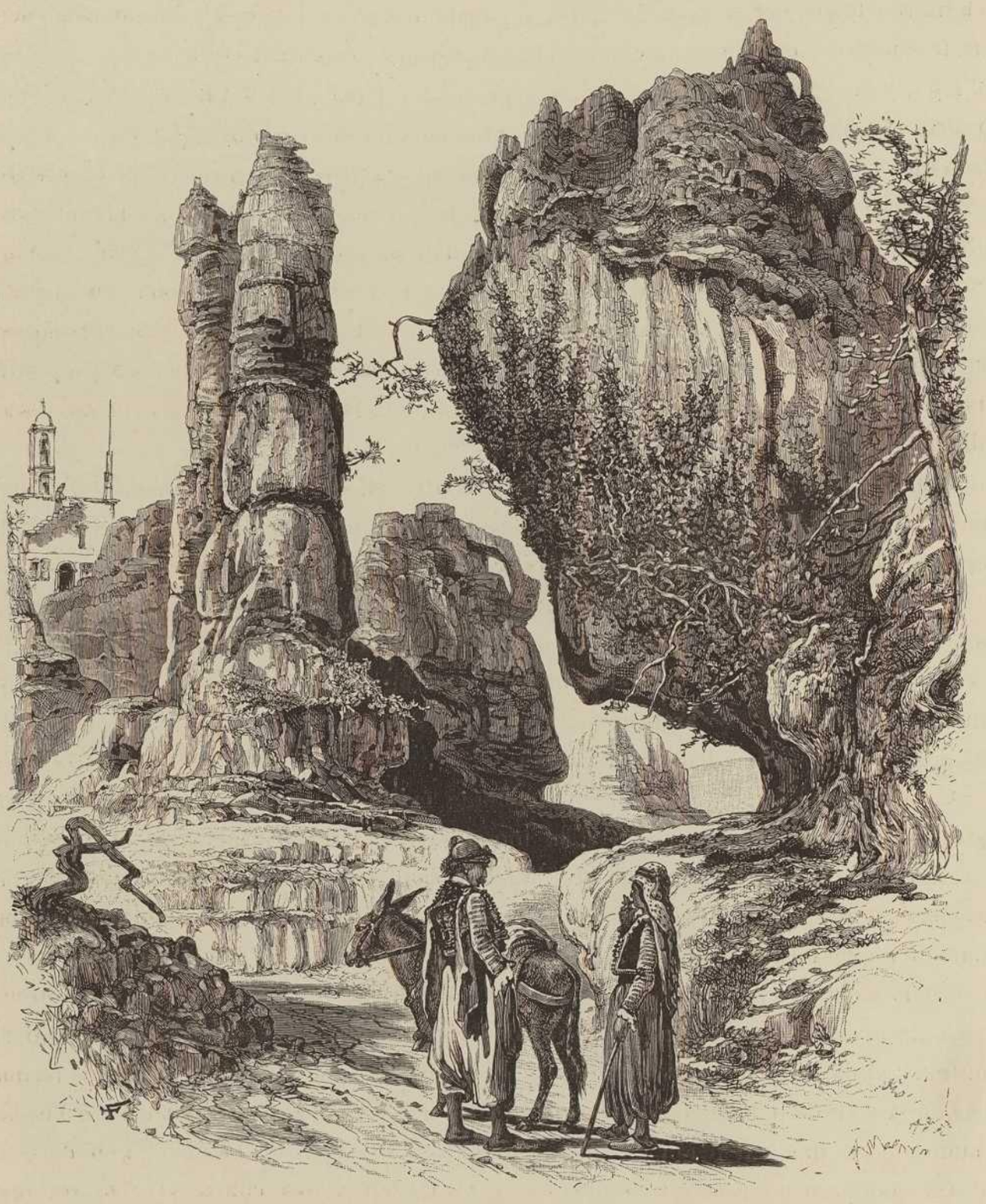
Faitrun ha sucedido á antigua ciudad de la cual quedan muchos sepulcros en las peñas y residuos de un grandioso edificio de cantería. Según tradición del país, la aldea actual conserva íntegro el nombre de antigua deidad fenicia que tuvo aquí templo y adoradores, y lo propio se asegura de Reifun y Adjeltun, pueblecillos situados á poca distancia hacia el sudoeste.

Compónese el de Reifun de unas cincuenta familias maronitas, cuyas casas están diseminadas entre lozanos plantíos de morales. Los lazaristas del colegio de Antura poseen en el pueblo una quinta en la cual suelen pasar los calurosos meses de vacaciones en busca de temperatura más suave. De su posesión es parte pintoresco montecillo que forma sucesivos bancales plantados de pinos; desde su cima gózase de variado y extenso panorama.

A mil y quinientos metros al mediodía de Reifun encuéntrase un seminario maronita; situado en peñascosa eminencia y rodeado de blanquísimas rocas que forman parte de la serie de peñascos de que acabamos de hablar y que se extienden de sudeste á sudoeste en una extensión de doce kilómetros, fué construído en el año de 1713 por un patriarca maronita con destino á albergar en dos edificios separados una comunidad religiosa de varones y otra de mujeres. Así estuvo hasta 1834 en que fué transformado en seminario; en él son mantenidos gratuitamente veinte seminarista, corriendo los gastos á cargo de la misma familia á que pertenecía el fundador primitivo.

Tres kilómetros dista del seminario el pueblo de Adjeltun; el cual, extendiéndose por las laderas de dos colinas, cuenta mil y dos cientos habitantes. Como las de Reifun,

están las casas diseminadas por viñas y dilatados campos de moreras; vense algunas que, después de haber servido de morada á familias principales están ahora abandonadas, conservando únicamente vestigios del pasado esplendor. En las cercanías del pueblo álzanse varias de las singulares peñas de que antes hemos hablado, y por entre ellas



Rocas y seminario de Adjeltun

llégase, en veinticinco minutos, al seminario de Rumieh, que también sucedió en el año de 1817 á dos monasterios, de varones el uno y de mujeres el otro. El punto en que se halla situado estuvo antiguamente ocupado por una población que ha dejado como huellas de su paso varios sepulcros, y además medallas y sillares que se desen-

tierran cada vez que las necesidades de la labranza obligan á remover profundamente el suelo.

A corta distancia hállase la aldea de Cleyat, que no ofrece particularidad notable, así es que, retrocediendo á Reifun, nos dirigiremos al oeste hacia Mar Challata, monasterio fundado en el año de 1628; monjes fueron sus primeros moradores, pero en el día sirve de clausura á una comunidad de monjes de ascética regla.

Poco dista este convento de otro mucho más notable y que por lo mismo atrae con preferencia la atención de los viajeros: tal es el de Bzommar, uno de los más interesantes del Líbano, propiedad de los armenios católicos. Magnífica es la situación del grandioso edificio; colocado en uno de los altos collados de la sierra, que son por lo general tan bellos y pintorescos, puede decirse que los domina á todos, extendiéndose desde él la vista hasta más allá de Beyruth, que se ofrece en risueña perspectiva en medio de su vegetación deleitosa. A miles las casas, diseminadas en montecillos coronadas de pinos, esmaltan toda la línea de la costa; el mar, con las suaves ondulaciones de sus bahías y ensenadas, la limita y forma á lo lejos la del horizonte al confundirse con el azul del cielo.

A proporción que vamos venciendo la subida del monte presenta el monasterio más majestuoso aspecto; con sus arcadas, sus agujas, sus vastas azoteas, sus muros de pulida sillería destacándose del fondo ceniciento de las inmediatas montañas, ofrécese como imponente castillo erigido en alto promontorio. Ya cerca de él, vense discurrir por sus galerías imponentes figuras; son los monjes que, al pasear por el inmenso edificio, dominan los abismos que se abren á sus pies, como su pensamiento se cierne sobre las humanas miserias para templarlas con sus oraciones.

El monasterio debe su nombre al pueblo que le está cercano, y tiene por colonos á todos los moradores del mismo. Fundólo en el año de 1749 el patriarca armenio Abraham Pedro I, y en varias épocas agrandado y embellecido, quedó terminado y en su actual estado en el de 1834. La iglesia data del de 1770; adórnanla varios cuadros de pintores italianos, y tiénese por original del Ghercino la Mater Dolorosa de uno de los altares.

La nación armenia debió á san Gregorio en el año 304 su converción al catolicismo. Años antes, Khosru, rey de Armenia, recibió la muerte de manos del padre de Gregorio, y éste, que era aún muy niño, fué salvado en el exterminio de su familia por el amor de su nodriza, quien le llevó á Cesarea y le educó en la religión cristiana. Tiridates, hijo de Khosru, ocupaba el trono cuando el niño, hecho ya hombre é inflamado de ferviente celo, volvió á la corte anunciando la verdadera fe; dado el rey, lo mismo que todo el pueblo, á las supersticiones de la magia, se resistió por largos años y el apóstol hubo de padecer infinitas persecuciones, hasta que, rendido Tiridates á los impulsos de la gracia, pidió y obtuvo el bautismo. Con Gregorio partió á Roma para prestar acatamiento al papa san Silvestre, y el santo apóstol volvió á Asia investido con la dignidad de patriarca de la nueva Iglesia.

Por espacio de siglo y medio guardaron los armenios pura é inalterada su fe, y conservando á la par la independencia política se elevaron á alto punto de cultura y bienestar. Pero en el año de 453 adoptaron los errores de Eutyches y se negaron á admitir los decretos del concilio de Calcedonia, y desde aquel día, abandonados á sus solas fuerzas, separados de los focos de civilización, fueron fácil presa de todos los devastadores de Oriente, hasta que, afligidos por revoluciones é infortunios de toda clase, cayó su nación bajo el yugo musulmán.

Pero en ella, aun en las más dolorosas vicisitudes, mantúvose una parte fiel y adicta á la fe católica, y la sede patriarcal, establecida en un principio en Vagarsabat, ciudad de la grande Armenia, fué después trasladada á Síside, en la Cilicia. Abraham, valeroso confesor de la fe y arzobispo de Alepo, ocupóla, por designación de los obispos católicos, al ocurrir en el año de 1710 el fallecimiento del patriarca Pedro Bizacco; en 1742 se dirigió á Roma por invitación de Benedicto XIV, de quien recibió el palio, y entonces, como testimonio de afecto á la Iglesia romana, tomó el nombre de Pedro, nombre que han conservado, añadiéndolo al suyo propio, todos sus sucesores.

En ausencia de Abraham fué por los herejes elevado un intruso á la sede de Cilicia, é inútiles los esfuerzos del Papa para que fuese respetado el derecho de su legítimo propietario, el patriarca se estableció en el Líbano, en el monasterio de Crem, fundado algunos años antes por armenios católicos que huían de la persecución, habiendo sido bien acogidos por los maronitas en un territorio que, desde antiguo, parece ser asilo abierto á todos los proscritos.

De allí pasó Abraham Pedro I al monasterio de Bzommar por él fundado, y en el mismo tuvieron morada sus sucesores, que lo fueron: Santiago Pedro II, Miguel Pedro III, Basilio Pedro IV, Gregorio Pedro V, Gregorio Pedro VI, Santiago Pedro VII y Gregorio Pedro VIII. Al fallecer éste en nuestra época, la sede patriarcal de los armenios unidos fué trasladada á Constantinopla, y sabido es el cisma y conocidas son las divisiones que por espacio de algunos años desgarraron el seno de aquella Iglesia. También llegó la discordia al monasterio de Bzommar, pero en el día queda restablecida la paz y los disidentes se han sometido por completo á la autoridad legítima. Su actual superior es un obispo llamado Andrés Alejandrino, camarero del papa León XIII; asistido por otros obispos, por los monjes y profesores, dirige una congregación de misioneros que son enviados á Armenia, Cilicia, Mesopotamia y Egipto, y un seminario donde hallan instrucción gratuita numerosos alumnos.

En las inmediaciones del monasterio enséñanse á los viajeros varias excavaciones sepulcrales y unas cuevas de gran extensión, á las que ha de bajarse por medio de cuerdas.

III

Ghusta.—Seminario de Ain-Uarka.—Maarab.—Aramun.—Ghazir.—Colegio de los Padres Jesuitas.—Harisa.—Deir Bkerki.—Antura.—Primer establecimiento de los Padres Jesuitas en Antura.—Colegio de los Padres Lazaristas.—Zuk-Mikail.—Fuentes del Nahr el-Kelb.—Distrito del Meten.—Djebel-Sannin.—Biskinta.—*Mar Elías.*—Bekfaya.—El-Metein.—Salima.—Falugha.—Ras-el-Meten.—Brummana.—Beit-Meri.—Deir-el-Kalah.—Distrito del Djurd.—Zahleh.—Karak Nuh.—Ferzul.—Ruinas.—Niha.—Kalat el-Hasen.—Chtura.—Kabb-Elías.—Distrito de Arkub.—Ain-Zaalteh.—Los cedros del Djebel-Baruk.—Distrito del Chuf.—Mukhtarah.—Baaklin.—Distrito de Menassif.—Deir-el-Kamar.—Palacio de Beit-Eddin.—Distrito del Gharb.—Deir-Anub.—Chueifat.—Kefer.—Chima.—Distrito del Sahel.—Hadeth.—El sepulcro de Franco Bajá.

De Bzommar nos dirigiremos á Ghazir, y en el áspero camino, hacia el noroeste, hallaremos al paso la villa de Ghusta, que cuenta dos mil habitantes y está edificada en anfiteatro sobre sus elevadas colinas, la una enfrente de la otra. En sus laderas, con gran esmero cultivadas, crecen en regulares bancales parras, olivos y moreras.

Cinco iglesias tiene el pueblo que son otras tantas parroquias; en la de San José léese esta inscripción grabada encima de la puerta:

Ex Ludovici XV, Regis Galliarum, munificentia ædificium hoc erectum est. 1769

La iglesia servía en aquella fecha de capilla á un convento de religiosas francesas bajo la invocación del Sagrado Corazón de Jesús; el convento hace tiempo que permanece desierto y en parte ha caído en ruinas.

A dos kilómetros, al norte de Ghusta, en la pendiente del risueño valle, vese la aldea de Ain-Uarka, y junto á ella el seminario maronita del propio nombre, que datando de principios del siglo, es uno de los más grandes é importantes del Líbano. Rodéanlo bosquecillos de pinos y morales, y en medio de su claustro crecen hermosos cipreses de notable altura. En la iglesia, que es muy bella, domina el gusto italiano, pues varios de los profesores del colegio proceden de la Propaganda. Hay en él cátedras de árabe, sirio, latín é italiano, de lógica, teología moral y otras varias ciencias.

A poca distancia, al norte de Ain-Uarka, ocupa la aldea de Maarab el sitio de antigua población, dominada á levante y poniente por dos altos collados que están frente á frente, descubriéndose en sus cimas restos de cercas rectangulares construídas con enormes y bien cortados sillares. Lleva uno de los recintos el nombre de Kalat el-Maarab y el de Kalat el-Hasen el otro; en el primero quedan aún las hiladas inferiores; del segundo no se conserva piedra sobre piedra, y yacen muchas diseminadas entre la espesura que forman carrascas, lentiscos y terebintos. A lo que se cree son residuos de templos fortificados.

Más al septentrión hállase el pueblo de Delebta, cuyas casas están diseminadas por los plantíos de moreras que cubren en bancales las dos laderas de un valle, regado por abundante manantial; tiene mil y quinientos habitantes, maronitas todos.

Continuando la marcha hacia el norte déjase á la derecha, en inmediata altura, el convento llamado Saidet el-Hakleh y ocupado por monjas. En él murió la famosa Hendieh, de la cual tendremos que hablar más adelante.

Aramun, adonde llegamos en breve, es un pueblo de trescientas y quince casas habitadas por dos mil y ochocientos maronitas, ocupados la mayor parte en el cultivo de moreras y en la cría de gusanos de seda. Disfrútase en él de purísimo ambiente y son muy renombradas sus aguas. El párroco, gracias á los donativos que ha recogido en un viaje á Europa, mantiene una escuela primaria y un colegio.

Hacia el nordeste, á la distancia de dos kilómetros y medio, hállase el monasterio de Mar Abda, al borde de abundoso manantial que vierte sus aguas en el Nahr Ghazir. Fundado en el año de 1570 fué convertido en seminario en el de 1829.

Siguiendo desde este punto hacia el sudoeste las quebradas y sinuosas márgenes del Nahr Ghazir llegaremos, en poco más de una hora de marcha por entre campos y plantíos diversos, á la importante villa ó pequeña ciudad de Ghazir, una de las poblaciones más vastas y alegres del Kesruan. Extiéndese en anfiteatro por las vertientes de un montecillo, plantado todo él de moreras en bancales que descubren esmerado arte y que son regados por numerosos canalizos que parten de inmediata y caudalosa fuente. Tiene la ciudad seis mil habitantes; irregulares casi todas las calles, álzanse las casas en pintoresco desorden, y entre ellas lo que primeramente llama la atención es el grandioso edificio que para colegio levantaron los Padres Jesuitas en el año de 1845, al volver á las tierras de Siria. En el espacio de treinta años, dirigido como estaba por sabios y entendidos profesores, llegó en todas sus clases y dependencias á muy alto punto de perfección y era su floreciente estado famoso en todos los países de Oriente; en él han sino educados los hijos de las principales familias del Líbano y de Siria; pero en el día permanece desierto y abandonado casi todo el año y únicamente sus vastas galerías y espaciosas salas recobran momentánea vida y animación cuando, en la época de vacaciones, llegan á él muchos de los Padres de Beyruth en busca de descanso y de los aires puros del monte. Conforme queda explicado, á aquella ciudad trasladaron los Padres sus enseñanzas en el año de 1875, movidos á ello así por las instancias de muchas familias que á la misma habían sido llevadas en el rápido é inesperado crecimiento por la ciudad experimentado, como por la necesidad de atajar con mayor eficacia los esfuerzos que los protestantes empleaban en ella para llevar á sus escuelas á niños y adultos.

Recientemente un sacerdote maronita por nombre Zauin, discípulo que fué de los Jesuitas, concibió el proyecto de reemplazar en Ghazir á sus antiguos maestros, y con los productos de suscriciones al efecto abiertas en varias ciudades de Francia y Bélgica, ha fundado en el año de 1880, instalándolo en una de las casas más

espaciosas de la población, un colegio en el cual se propone enseñar las humanidades y los principales idiomas.

Existe además en Ghazir un convento de capuchinos; su capilla fué consagrada en el año de 1715 por el patriarca maronita Santiago, pero el convento es anterior á esta fecha. Un Padre y un lego, italianos ambos, son ahora sus únicos moradores, y al primero se debe la creación y dirección de dos escuelas primarias para niños y niñas.

A mil y quinientos metros al mediodía de Ghazir, al opuesto lado de profundo barranco en cuyas vertientes crecen frondosos pinares, elévase en inmediata colina y en el lugar llamado Beit-Kechbu, renombrado por ameno y sano, un convento armenio católico dedicado á san Antonio de Padua. Hermosa es su capilla y desde sus galerías, dominando la bahía de Djuni y la ciudad de Beyruth, gózase de admirable vista, no siendo menos sorprendente la que desde Ghazir se disfruta, comparada por los viajeros á la tan celebrada del golfo de Nápoles.

Dos horas y media de marcha en igual dirección por muy ásperos caminos nos llevarán á otro convento que tiene por nombre Deir Cherfi y ocupa la cima de un collado en el cual crecen morales, higueras, olivos y encinas. Data del año de 1773 y es seminario perteneciente á los sirios católicos; veinticinco seminaristas se educan ahora en él bajo la dirección de cuatro religiosos.

Como á un kilómetro hacia el oeste, separado lo mismo que el anterior de otras habitaciones, encuéntrase un convento dedicado á los santos Pedro y Pablo y llamado de Harisa, nombre equivalente á *seguro, inviolable*, con que era conocido el punto en que fué edificado. Data su fundación del año 1681 y es convento de Padres franciscanos de Tierra Santa, italianos por lo general. Bajo su dependencia está un colegio en el cual los misioneros estudian, al salir de Europa, las lenguas que les son necesarias. El edificio es vasto y de buena construcción; el terreno que lo rodea está en reducida extensión plantado de viña, y en esto consiste toda la propiedad de los frailes, los cuales subsisten de las pocas limosnas que reciben de Europa. El convento de Harisa sirve de refugio en caso de peste ó revolución á los Padres franciscanos de Beyruth.

A corta distancia, en árido cerro levántase aislado el caserón que sirve de residencia veraniega al delegado apostólico. Hasta hace pocos años ejerció el cargo de representar en el Líbano la autoridad de la Santa Sede el arzobispo *in partibus* Padre Vilardell, natural de Cataluña y perteneciente á la Orden franciscana, cuyo hábito vestía. Los viajeros que tuvieron ocasión de visitarlo en la Casa del Viento (así llaman los árabes á aquella vivienda), celebran todos su vasta instrución, su ascética vida, su fervorosa piedad, lo mismo que sus grandes conocimientos sobre las misiones levantinas. A uno de sus predecesores por nombre Losanna debióse la construcción de esta casa.

Bajando siempre y sin abandonar la dirección del sudoeste encuéntrase el gran monasterio llamado Deir Bkerki, destinado ahora para residencia en invierno del

patriarca maronita, quien, conforme hemos dicho, habita en Diman los meses de estío. Construído en el año de 1735 fué en el de 1748 considerablemente engrandecido, y á últimos del siglo anterior era convento de monjas. Viente años vivió en él, llegando á la dignidad de superiora, una mujer cuya historia, referida por Volney, adquirió triste celebridad. Hendieh fué su nombre, y presa, á la vez que de alucinamiento, de muy culpable soberbia, dióse por santa y por inspirada de lo alto y quiso que sus religiosas le tributasen culto; las que á ello se resistieron fueron sometidas á crueles tormentos que causaron á varias la muerte, hasta que, llegada á Roma la noticia de tales delitos, dispuso el Papa que, conducida su autora al convento de la Visitación de Antura, fuese luego trasladada al de Saidet-el-Hakleh, donde viviera en rigurosa penitencia. Allí, según queda dicho, murió arrepentida y contrita en el año de 1802, contando setenta de edad.

En cuanto al convento donde ocurrieron tan escandalosas y trágicas escenas, mandó el Papa que fuese arrasado; las representaciones que para impedirlo le fueron dirigidas lograron que, suspendiendo la orden, consintiera en que se transformara en patriarcado, y desde entonces es morada de los patriarcas maronitas, habiendo experimentado reformas y restauraciones de importancia.

A tres kilómetros al sur de Deir Bkerki está situado el pueblo de Antura, al que se llega por un camino como no existe por lo bueno otro en el Líbano. «Hablábanme hace tiempo de este *magnífico* camino, escribe el abad Mislin, pero hay que tener en cuenta que los buenos maronitas son en este punto tan poco exigentes que todo el que puede ser recorrido sin inminente riesgo de perder la vida, es para ellos una maravilla.» Al delegado apostólico Padre Vilardell débese, por haberla dirigido y pagado, la relativa excelencia de la senda que ahora seguimos por entre hondonadas que ostentan magnífico cultivo.

La aldea de Antura ó de Ain-Tura (Fuente de la altura) compónese de unas treinta casas y debe su nombre al caudaloso manantial que, brotando en inmediato cerro, la atraviesa. En el año de 1656 gobernaba la comarca un magnate maronita por nombre Abunofel, varón de gran talento y de mucha virtud; cierto día los moradores de la costa vieron que á ella habían arrojado los vientos un buque, al que creyeron pirata, y por lo mismo prendieron á la gente que llevaba y la condujeron á presencia de Abunofel. Los náufragos de este modo tratados eran misioneros jesuitas enviados por su general á Saida, pero reservados por la Providencia á otro destino; á su cabeza estada el Padre Lambert, de Marsella, quien, á edad bastante adelantada, había abandonado la excelente posición mercantil que tenía en Saida para vestir la sotana de la Compañía.

Abunofel recibiólos con grandes honras, y procuró que se establecieran en el país, para lo cual les cedió una parte de las tierras que poseía y tomó á su cargo los gastos de construcción de una casa y una capilla; tal fué el origen de la misión de los jesuitas en Antura.

Decir sus grandes trabajos y los inmensos bienes que produjeron entre aquellas poblaciones, así en las del interior de la Montaña como en las de toda la costa, es tarea ajena á la presente obra. Veíaseles partir de Antura para dirigirse á los monasterios y pueblos de los alrededores, y también, sin arredrarles distancias ni dificultades, á Saida, á Alepo, á Damasco, á cuantos puntos podían ser útiles como misioneros, maestros, médicos, confesores ó enfermeros. A pie escalaban aquellas inmensas rocas, y arrostraban los ardores de un sol para los extranjeros mortífero, las calenturas, las enfermedades contagiosas, las tormentas y las nieves; así Dios bendijo la misión, y se extendió á poco á larga distancia logrando los heroicos Padres abundante cosecha.

La persecución que en el siglo XVIII padeció la ínclita Compañía fué causa de quedar extinguida la misión de Antura, como á la vez sucedió con las de India, Persia y Etiopia; pero no quedó la obra abandonada: el pontífice Pío VI confió á los Padres Lazaristas los establecimientos de los Jesuitas en Oriente, y á aquéllos pertenece en el día el que en Antura éstos fundaron.

Pero los hijos de san Ignacio han llegado de nuevo á estas regiones: una tempestad en el mar los arrojó á las costas de Siria hace dos siglos; la tempestad política desencadenada en Europa á mediados del presente los llevó otra vez á ellas; y en Beyruth, en Ghazir y en otros puntos los hemos encontrado compartiendo con los Lazaristas la elevada tarea del magisterio.

El primitivo establecimiento de la Compañía fué por los Lazaristas, sus nuevos poseedores, considerablemente engrandecido en el año de 1834, transformado de un modo definitivo en colegio; el crecido número de alumnos que llenan sus clases ha sido causa de que se le hayan agregado nuevos edificios y las obras habían llegado el año último á punto de conclusión. A doscientos y cincuenta ascienden los internos y son pocos menos los alumnos externos; accediendo á los deseos de muchas familias, proporciónanles los Padres perfecta educación mercantil, y más que de colegio científico puede calificarse el de Antura de escuela de comercio, de manera que los dos importantes establecimientos de Beyruth y Antura, de Jesuitas y Lazaristas se completan mutua y recíprocamente.

A poca distancia del colegio encuéntrase el convento llamado *de la Visitación;* ocupado por religiosas maronitas que han sucedido en él á monjas francesas; sostienen un colegio de niñas, con pensionistas y externas. Su iglesia, con gran esmero cuidada, tiene en el altar mayor un cuadro representando á san Francisco de Sales. Las religiosas rezan en lengua arábiga.

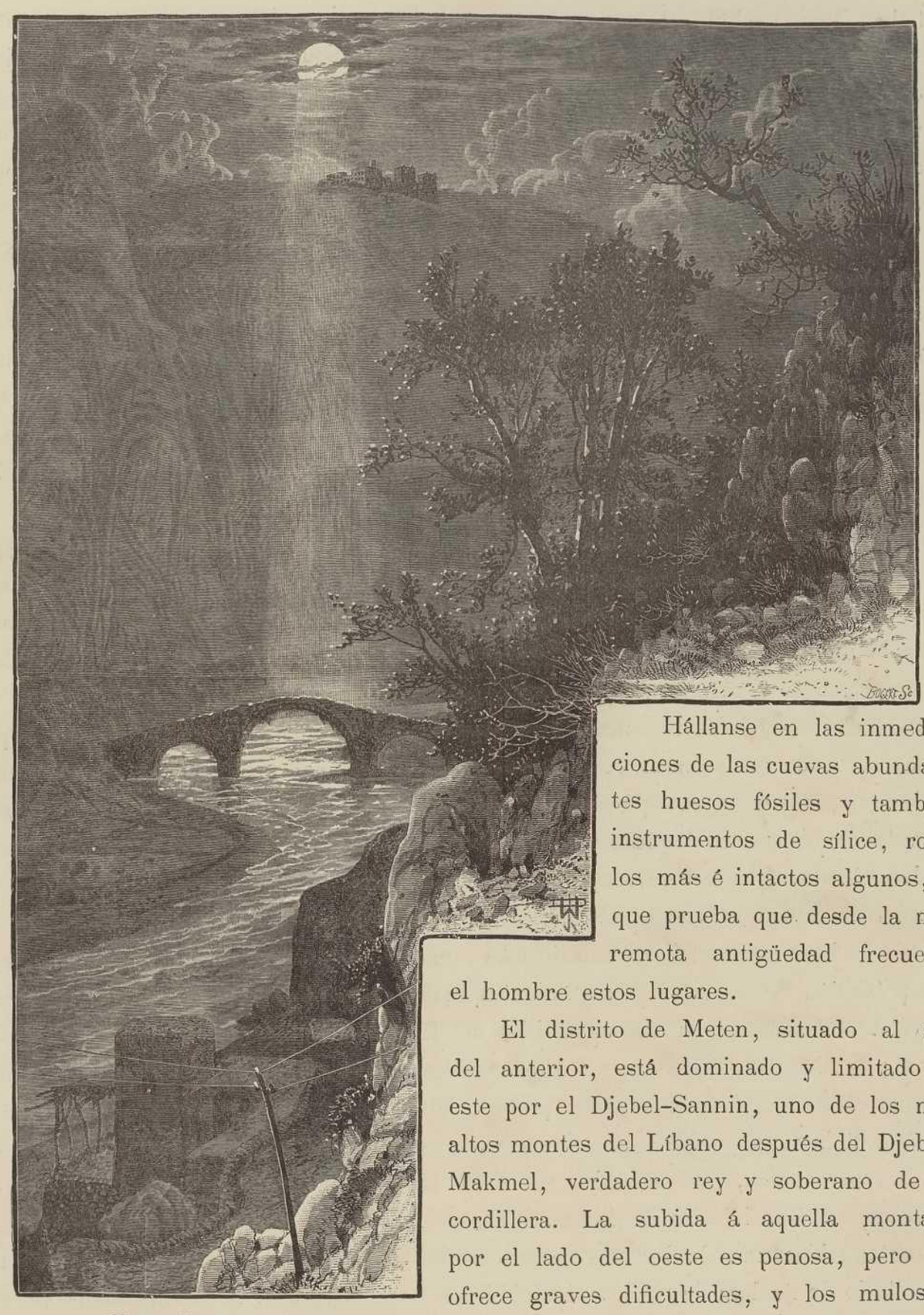
A tres kilómetros al noroeste de Antura encuéntrase el pueblo de Zuk-Mikail, uno de los más industriosos y mercantiles del Kesruan. Consta de dos mil habitantes, de ellos mil y cuatrocientos maronitas y seiscientos griegos cismáticos; casi todas las calles forman escalera, y las casas van elevándose por la ladera de risueña colina, plantada de moreras. En la calle que lleva el nombre de *suk* (mercado) vense tendezuelas en las que se venden distintos objetos bordados de sedas entremezcladas

vistosamente con hilos de plata y oro; en muchos puntos de la población hay telares en continua actividad, y es de notar que los operarios que los mueven, con procedimientos muy sencillos y primitivos, producen telas que encantan por la elegancia del dibujo y lo acertado de sus colores. De las viñas inmediatas se saca el vino más celebrado del Líbano.

En la parte alta del pueblo está situada la casa de las Hermanas de la Caridad, las cuales, además de recoger y amparar á los huérfanos, mantienen un colegio y una escuela para niñas y una botica adonde acuden los pobres en busca de medicinas. La capilla, de reciente construcción, es obra del Padre lazarista que dirige las obras llevadas á cabo en el colegio de Antura. Las hermanas, francesas en su mayor parte, son muy respetadas y queridas por todos los pueblos del contorno.

Entre los sitios notables del Líbano es imposible no mencionar las famosas cuevas en que, á una hora de Antura hacia el mediodía, nace el Nahr el-Kelb ó el Lycus de los antiguos, que en su desembocadura antes hemos atravesado. Son estas cuevas en número de tres, y llevan á ellas, saliendo de Antura, rápidas pendientes cubiertas de pinos; llegados así á lo más hondo del barranco que sirve de lecho al río, encuéntrase, junto á un molino, la boca de la primera. Obstrúyenla enormes peñas por entre las cuales se abre paso con incesante estruendo gran caudal de agua muy límpida y fresca; hermosas estalactitas cuelgan de la bóveda, y una vez fuera de ella hay que seguir por un sendero escabroso y resbaladizo, atravesando el canal que provee al molino, hasta la segunda cueva, poco distante, pero á mayor altura que la anterior. Unos treinta pasos hay que dar por subterráneo camino de cuatro metros á lo ancho y de altura muy varia, pues puntos hay en que es preciso inclinarse profundamente para seguir adelante, y dejando á la derecha angosto ramal que, á lo que se cree, no tiene salida y que será guarida de fieras á juzgar por los roídos huesos que allí suelen encontrarse, alcánzase á la izquierda una abertura por la cual se divisa el río, y luego otra que por su mayor anchura permite distinguirlo mejor. Visitada la segunda cueva súbese hacia el este escarpada cuesta y se llega á la tercera y última, donde gran precaución se necesita para sortear las gigantescas estalactitas que penden de la bóveda; dejando en el centro el río, angosto camino que á cada lado lo dominan á veces desde imponente altura, guía á aquella parte de la cueva en que ha de concluir la excursión por llenarla el agua por completo. Aseguran los naturales que la cueva en que ahora estamos penetra en el monte unos treinta kilómetros; pero es posible que esto sea exageración oriental, en cuanto nadie ha podido sondear jamás las misteriosas profundidades de este paso subterráneo, una de las mayores maravillas del Líbano. Hace algunos años intentaron unos ingenieros ingleses, con infinitos esfuerzos y no poco trabajo, subir por él en una pequeña balsa; pero á la distancia de un kilómetro á lo más encontraron tales obstáculos que hubieron de renunciar á su temeraria empresa. Es costumbre que los viajeros se provean de antorchas para esta expedición, y con ello, á la vez que logran disminuir sus peligros, disfrutan del

mágico espectáculo que producen las luces al reflejarse en las numerosas estalactitas y estalagmitas y en la clara é impetuosa corriente.



NAHR EL-KELB (RÍO DEL PERRO)

Hállanse en las inmediaciones de las cuevas abundantes huesos fósiles y también instrumentos de sílice, rotos los más é intactos algunos, lo que prueba que desde la más remota antigüedad frecuentó el hombre estos lugares.

El distrito de Meten, situado al sur del anterior, está dominado y limitado al este por el Djebel-Sannin, uno de los más altos montes del Líbano después del Djebel-Makmel, verdadero rey y soberano de la cordillera. La subida á aquella montaña por el lado del oeste es penosa, pero no ofrece graves dificultades, y los mulos y también los caballos del país, avezados á tales caminos, pueden llegar hasta la meseta superior.

Esta no es llana é igual, sino que en ella se alzan numerosos cerrillos, rematados

éstos á su vez por enormes peñascos de color blanquecino que descansan horizontalmente uno sobre otro, de modo que, vistos de lejos, parecen ser ruinas de gigantescos edificios. Las hondonadas que separan á aquellas eminencias son otros tantos ventisqueros, y rara vez, ni aun los rayos del sol canicular logran derretir la nieve amontonada en ellos; en invierno, cuando sube á muchos metros la que, cual inmenso manto, cubre los sitios en que estamos y nivela barrancos y cañadas, es el monte inaccesible y segura muerte encontraría quien se arriesgase entonces en sus nevadas veredas.

En esas alturas existen las ruinas de antiguo templo, consistente en vestigios de una cerca rectangular construída con piedras enormes, de las que subsisten únicamente las primeras hiladas. Sepultado en la nieve hubo de quedar el santuario durante ocho ó nueve meses del año, situado como está á dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, y á él, conforme sucedía en otros puntos, subirían en verano los moradores del país para ciertos ritos de su idolatría. Inmenso, incomparable es el panorama que se alcanza desde la cumbre del Sannin cuando, como suele suceder en los días del estío, la bóveda celeste es de inmaculada pureza, sin que una nube ni un celaje enturbien el azul del firmamento, iluminando un sol radiante el maravilloso paisaje. Si nos volvemos á poniente vemos extendida á nuestros pies como vasto mapa en relieve, dotado en todos sus pormenores de movimiento y vida, la región del Líbano desde la montaña central hasta el mar y desde Trípoli hasta Sidón, con sus villas, sus pueblecillos y monasterios, sus vergeles y las grandes ciudades de la costa; en ésta señala sus ondulantes contornos la línea de plata que forman las olas al romper en las rocas de los promontorios, y el mar en lontananza cierra el horizonte, siendo el aire tan puro y diáfano que á una distancia de más de sesenta kilómetros se divisan las velas como puntos blancos y el negro surco que deja algún vapor en el azulado cuadro. Y no es menos imponente el espectáculo que por el opuesto lado se ofrece al extender la vista por gran parte de la Cœlesiria y de la cordillera del Ante-Líbano.

En la base occidental del Sannin está situada la villa de Biskinta, la cual alberga una población de cuatro mil y quinientos maronitas y quinientos griegos cismáticos. En ella, al igual que en varios pueblos del Líbano, están diseminadas las casas sin orden y á distintas alturas por vastos plantíos de morales, higueras y parras, entre los que crecen también grupos de pinos, plátanos y robles. Del monte cuyas peñas dominan á la villa por el lado del norte, brotan muchas fuentes que son origen de infinitos arroyuelos, de los cuales sacan los moradores gran partido para el riego de sus campos. Las iglesias de los maronitas, en número de siete, no encierran cosa alguna notable; una de las dos pertenecientes á los griegos cismáticos contiene un iconastasio de madera de nogal, esculpido con rara habilidad. A la entrada del pueblo existe un convento de monjas maronitas.

Una marcha hacia el oeste penosa y larga, pues dura muchas horas, nos lleva, atravesando la profunda quebrada del Nhar el Kelb, á dos grandes monasterios,

conocidos con el nombre de *Mar Elías* ó san Elías: ocupan los dos, á muy pocos pasos uno de otro, la cumbre de un monte, á la que se llega trepando por una serie de escaleras, separadas por rellanos y toscamente labradas en la peñascosa ladera.

Uno de ellos pertenece á los griegos cismáticos, y cuenta, á lo que aseguran los monjes, seiscientos años de fecha. La iglesia encierra un iconastasio de mucho mérito trabajando en Atenas; los cuadros que la adornan son regalo del emperador de Rusia. En reducida capilla subterránea se conserva el cuerpo de un prelado griego fallecido hace ciento y veinte años, del cual son muy devotas las gentes de su comunión. Los monjes que allí habitan son en número de diez y seis.

En la época de invierno, llega á veces á tener dos metros de altura la nieve que se acumula alrededor del monasterio; en días serenos y claros alcánzanse á ver desde sus miradores las montañas de la isla de Chipre.

El monasterio maronita, inmediato al anterior, es de fundación aún más antigua, y contiene dos iglesias: la una que es de muy exiguas proporciones, tiene el propio origen que la comunidad; la otra, más vasta y elegante, es de construcción reciente. Adórnanla cuadros italianos, algunos de notable mérito. Doce monjes habitan el edificio, el cual sirve á la vez de seminario donde los jóvenes levitas aprenden, junto con teología y filosofía, las lenguas arábiga y siria.

A unos cinco kilómetros hacia occidente álzase en la cima de un collado, entre bancales muy bien cultivados, el importante pueblo de Bekfaya, de unos dos mil y quinientos habitantes, que se descomponen de esta manera: mil y quinientos maronitas, quinientos griegos católicos y otros tantos griegos cismáticos. En él suelen pasar el verano muchas familias de Beyruth. La principal iglesia católica hállase bajo la advocación de Mar Abda ó san Abdón. Junto á ella llama la atención soberbia encina de siete metros de circunferencia en su base; el tronco, vaciado por los siglos, puede dar albergue á siete personas.

En este pueblo tienen los Padres Jesuitas un establecimiento fundado en el año de 1833, el cual es como el centro de sus misiones del Líbano. Dirigen además en él dos escuelas primarias para niños y niñas; esta la primera confiada á dos maestros maronitas, nombrados y retribuídos por la Compañía, y la segunda á las Hermanas del Sagrado Corazón.

También los protestantes tienen en Bekfaya escuela; pero á ella sólo concurren los niños de familias greco-cismáticas.

Una casa más grande y de mejor apariencia que las demás del pueblo lleva el nombre de *seraia* ó palacio, y sirve de morada á dos emires pertenecientes á familia principal entre los drusos, si bien profesan la religión católica. Junto á su casa es de ver la cara anterior de antiguo sarcófago de mármol blanco procedente de Djebeil, la antigua Byblos; están en ella esculpidos con elegancia frutos y flores rodeando cabezas de carnero, un hombre y una mujer colocados frente á frente y otra figura radiante, y en el centro se lee una inscripción griega que traducida dice así:

«Cassia, hija de Lysias Philoxeno, llamada también Claudia, vivió cuarenta y nueve años, prudente y enamorada de su esposo.»

Hacia el noroeste, á poca distancia de Bekfaya, encuéntrase la aldea de Beit-Chebab en laderas de esmerado cultivo; sus habitantes gozan fama de muy industriosos, y además de dedicarse á la fundición de campanas y otros objetos de hierro, son excelentes fabricantes de armas.

Entre los muchos pueblos de este distrito merecen particular mención, además de los nombrados, los de El-Metein y Salima, en la región central; al mediodía los de Falugha y Hammana, y al oeste los de Ras-el-Meten, Brummana y Beit-Meri. La población de El-Metein se compone de drusos, maronitas, griegos católicos y griegos cismáticos; Salima encierra mil y quinientos habitantes, maronitas casi en su totalidad, y posee dos parroquias y un pequeño convento de capuchinos italianos. Un palacio ó *seraia,* en ruinoso estado que muestra aún señales de las devastaciones que experimentó en 1840 y más todavía en 1860, sirve en el día de vivienda parte á una familia de príncipes, que ven perdido su pasado esplendor, y parte á otras particulares.

Falugha cuenta una población de ochocientas almas, y la componen maronitas, griegos cismáticos y algunos drusos. En el centro del pueblo hállase el palacio de los antiguos jeques, cuya construcción data de ciento y cincuenta años; vense en la puerta dos leones toscamente esculpidos, y ahora vive en él una princesa de la familia de Chehab en mísero y triste estado. Un floreciente hilandero de seda da á esta población mucha fama.

Entre Salima y Falugha, en las cercanías de la aldea de Kornayl, encuéntranse unas minas de hulla que quiso explotar Ibraim-Bajá cuando se halló ser dueño del país por los años de 1835, y á este efecto llamó á ingenieros ingleses, los cuales llevaron muy adelante los trabajos. Sin embargo, transcurrido algún tiempo quedaron abandonados á causa principalmente de la suma dificultad del transporte.

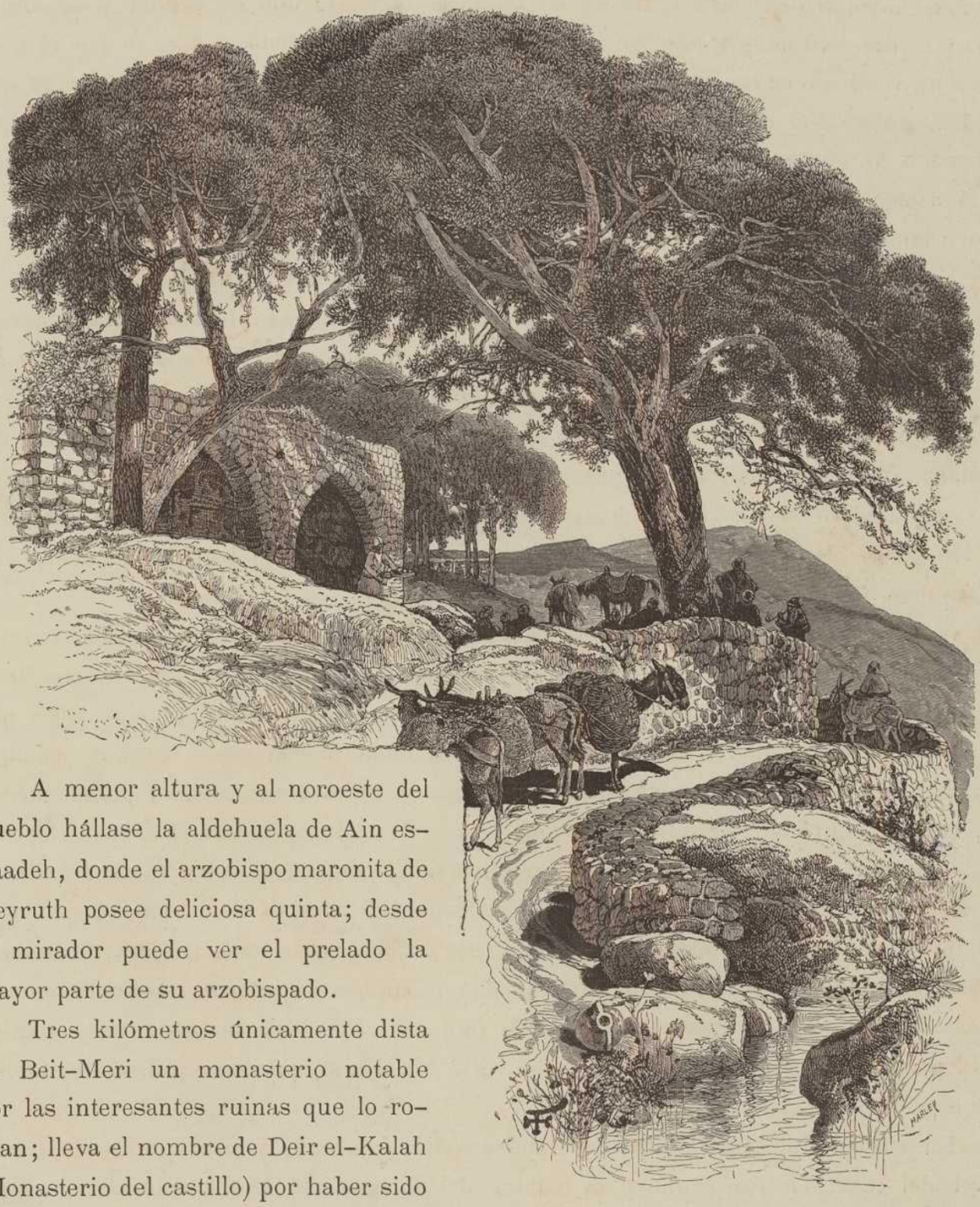
Hammana posee una gran fábrica en que se hila la seda y en su campiña abundan las moreras.

Mil y ochocientas almas viven en el pueblo de Ras-el-Meten, divididas en dos barrios el druso y el cristiano; éste sirve de morada á griegos cismáticos. Entre uno y otro álzase un *seraia,* devastado como tantos otros y en ruinoso estado; en la parte que se conserva en pié vive una familia cristiana de origen druso, cuyo jefe lleva el título de emir. En este pueblo, al igual de lo que sucede en otros, dedícanse á cebar carneros.

Brummana encierra dos mil habitantes entre maronitas y drusos. Veneran éstos una añosa encina que tiene fama en todo el Líbano por su corpulencia, pues no baja de diez metros su circunferencia, y por su frondoso ramaje; rodéala un círculo formado con piedras de gran tamaño, y á su sombra suelen los viajeros detenerse, aprovechando el sabroso café que sirven de inmediato edificio. Tres casas llevan el nombre de *seraia* y pertenecen á otras tantas familias principales.

A dos kilómetros al sudoeste de Brummana está situado en la cima de pintoresca

y aislada colina cuya elevación sobre el mar es de setecientos metros, el agradable y floreciente pueblo de Beit-Meri; su población, compuesta de maronitas, drusos y griegos cismáticos, no pasa de mil y ochocientas almas. En él residen en los meses de verano, el caimacán del distrito y también varias familias de Beyruth.



Un café en el Líbano

A menor altura y al noroeste del pueblo hállase la aldehuela de Ain es-Saadeh, donde el arzobispo maronita de Beyruth posee deliciosa quinta; desde el mirador puede ver el prelado la mayor parte de su arzobispado.

Tres kilómetros únicamente dista de Beit-Meri un monasterio notable por las interesantes ruinas que lo rodean; lleva el nombre de Deir el-Kalah (Monasterio del castillo) por haber sido construído en el área que ocupó antiguo templo cuyas considerables proporciones y colosales piedras hicieron creer que sirvió de fortaleza. El monasterio, fundado hace ciento y diez años, dado á las llamas en el de 1840, de nuevo devastado en el de 1860 y reparado después, sirve en el día de morada á quince monjes maronitas; ocupa la iglesia, que está bajo la advocación de san Juan

Bautista, la parte anterior de la *cella* de un templo que midió treinta y dos metros á lo largo por diez y nueve á lo ancho, y la parte posterior de la misma, arrancadas las magníficas losas que formaban el suelo, está hoy convertida en campo de tabaco. Las hiladas inferiores son las únicas que quedan y compónense de gigantescas piedras, algunas de las cuales tienen cuatro metros de longitud, más de uno de latitud y de altura uno y medio, extraídas al parecer de inmediata cantera. Precedía á la *cella* por el noroeste un vestíbulo cuyas líneas no es fácil establecer con exactitud, aunque se cree que tendría unos ocho metros de extensión; adornábanlo colunas monolitas, de las que subsisten en pié dos, privadas de sus capiteles, y miden cinco metros de circunferencia. A la azotea en que remataba el monumento subíase por una escalera practicada en el grueso de la pared; de ella sólo se ven vestigios.

El templo, situado á seiscientos y setenta metros sobre el nivel del mar, estaba consagrado á Jupiter Baal-Markod, conforme así lo expresan tres antiguas inscripciones allí descubiertas, habiéndose interpretado aquel califivativo como *señor de los juegos y danzas,* y *deidad de los placeres.* Otras inscripciones votivas, así en griego como en latín, mutiladas en su mayor parte, han sido empotradas en las paredes del monasterio ó se encuentran diseminadas por diversos puntos; por ellas se ha venido en conocimiento de que fué el templo objeto de numerosas peregrinaciones de parte de los gentiles y recibió de ellos diferentes dones, siendo, sin sombra de duda, uno de los más importantes santuarios del Líbano.

A poca distancia pueden verse los residuos de otro templo, orientado como el primero hacia el noroeste, consistentes en diez colunas de orden jónico que sostienen hoy un cobertizo destinado á la cría de gusanos de seda. No hace muchos años que en el lugar que ocuparía la ciudad de que sin duda fueron estos templos principal ornamento, abundaban las colunas, los sarcófagos y otras antigüedades; pocas quedan ya, exceptuando las explicadas, y muchas de aquellas colunas fueron llevadas á Beyruth para adornar con ellas la capilla de la universidad católica de los Padres Jesuitas y la del colegio maronita fundado por el arzobispo. El nombre de la ciudad que aquí existió se ignora de todo punto; de ella, á no ser las dos ruinas mencionadas, testimonio de su extinguida magnificencia, sólo quedan montones de informes escombros entre espeso carrascal y en lozanos campos de moreras. Proveíala de agua un canal en gran parte destruído hoy; teniendo origen en la Ain-Harar, pueden seguirse sus huellas por espacio de muchos kilómetros.

La ciudad de Zahleh, situada á novecientos cuarenta y cinco metros sobre el nivel del mar, en los confines orientales del distrito del Djurd, inmediato al del Meten, es, después de Beyruth, la más importante y populosa del Líbano. Elévase en anfiteatro á orillas del Nahr-Barduni, torrente que corta angosto y fértil valle; las casas se escalonan en altos sucesivos, sin orden ni regularidad, y esto hace que no la tengan tampoco sus calles; están construídas por lo común con ladrillos puestos á secar al sol que contienen una mezcla de paja triturada para hacerlos más

compactos; únicamente las iglesias, los monasterios y los principales edificios son de piedra.

Maallakah, que precede á Zahleh por el lado del este y es como un arrabal de la ciudad por más que no depende como ésta del gobernador del Líbano, sino del de Damasco, encierra cuatro mil habitantes, musulmanes casi todos. Tiene una escuela de niñas dirigida por religiosas maronitas del Sagrado Corazón en la misma casa que en el año de 1832 sirvió de residencia á los Padres de la Compañía á su llegada á estos lugares; tiempo después, en 1860, ocurridos los horribles sucesos que tan gran número de víctimas causaron, establecieron los Padres en Maallakah un asilo de huérfanos varones y lo conservaron hasta 1875, época en que enajenaron el establecimiento para instalarse en Zahleh después de reconstruir sobre más vasto plan la casa que en la ciudad poseían desde el año de 1843 y que fuera incendiada por los drusos en 1860. Dos Padres y dos Hermanos sucumbieron entonces á los golpes de los enardecidos bárbaros. Los Jesuitas de Zahleh dan al clero indígena numerosas conferencias, dirigen al mismo tiempo muchas escuelas primarias, á las que concurren ochocientos niños, y finalmente parten de allí en misiones para diferentes puntos del Líbano.

La población de Zahleh es de diez y seis mil almas, cristianas casi todas; los maronitas que forman su mayoría sufrieron grandes pérdidas en 1860 después que por sorpresa quedaron dueños los drusos de la ciudad y concentraron en ella sus fuerzas. También es considerable el número de los griegos católicos los cuales poseen varias parroquias y una catedral, edificio que data de 1861, pues fué incendiada el año anterior la que antes existía; está contenida la actual en vasto recinto que encierra patios, escuelas y habitaciones para el obispo y los canónigos, de gran modestia y sencillez.

Al oeste de la ciudad y en elevado lugar vese un convento griego católico bajo la advocación de san Elías, situado en el punto en que el valle del Barduni se convierte en angosta quebrada por donde salta el torrente, contenido por altos muros de roca; en ellos se abren antiguas grutas sepulcrales y muchas ermitas. Tiene el convento más de cien años de existencia, y su iglesia es todavía de fecha anterior.

Está dividida la ciudad en dos partes ó populosos barrios separados por el Nahr Barduni; comunícanse por medio de un puente, y corre el río no sólo por debajo de sus arcos ó sea por su natural cauce, sino también por numerosos canales de fábrica que, á distintas alturas, riegan huertas y jardines, y proveen con abundancia á todas las necesidades de la vida doméstica. La vid crece y prospera en las vertientes de las montañas que dominan la ciudad por norte, mediodía y poniente, y como por el este el valle del Narh Barduni se prolonga hacia la Bekaa ó Cœlesiria, encuéntrase situada Zahleh en el umbral y uno de los principales pasos que llevan á la magnífica llanura, á treinta y dos kilómetros al sudoeste de Baalbek y á sesenta al noroeste de Damasco.

Si desde Zahleh seguimos hacia el nordeste, á nuestra derecha, luego de pasar por entre una serie de colinas plantadas de viña, quedará el pueblo de Kara-Nuh, cuyos moradores muestran en un santuario musulmán un sepulcro que dicen ser de Noé; como el patriarca, según la tradición arábiga, fué de gigantesca estatura, mide el sarcófago veinte metros de longitud.

Continuando la marcha en la misma dirección llégase en poco más de una hora á la aldea de Ferzul, habitada por novecientos griegos católicos y algunas familias musulmanas. Un riachuelo riega el valle cuyas laderas ocupan las casas, toscamente construídas; cada vez que los trabajos de la labranza obligan á remover el suelo, encuéntranse á poca profundidad antiguos sillares que serán residuos de edificios hace siglos derribados. Algunas piedras con elegantes molduras y varios fustes de coluna, diseminados por aquellos campos, han pertenecido á un templo gentílico del cual nada más subsiste. Llama igualmente la atención antiguo y soberbio sarcófago con hermosas esculturas, entre ellas un busto de mujer, siendo de advertir que, según tradición universalmente admitida, la aldea de Ferzul ha sucedido á la ciudad de Mariamna, tanto que muchos obispos de esta localidad son citados en las actas conciliares con el nombre de *Mariamnenses episcopi.*

A la distancia de veinte minutos al nordeste de la aldea, pasando por abruptas y peligrosas cuestas, encuéntranse numerosas cuevas excavadas en peñascoso monte que fué explotado también como cantera. Sepulturas unas, estuvieron otras, á lo que se cree, consagradas al impuro culto de Baal y Astarté, según así parece resultar de significativo emblema esculpido encima de una puerta; en la época cristiana sirvieron de asilo á anacoretas, quienes trazaron en sus paredes cruces que son visibles todavía, santificando así con sus virtudes y penitente vida los lugares antes mancillados por el vicio y los placeres. Formaron estas grutas una especie de vasto cenobio de singularísimo aspecto, en cuanto muchas de ellas son casi inaccesibles, siendo probable que los cenobitas que las habitaron hubiesen de recurrir á escalas de cuerda para subir y bajar; las hay de grandiosas proporciones que servirían quizás de capillas ó puntos de reunión, y canalizos abiertos en la roca conducían á las ermitas, procedente de inmediato manantial ó de la lluvia recogida en cisternas, el agua que había menester cada una.

No lejos de ellas, en otra cantera, llama la atención una gran piedra de forma rectangular, adherida aún al suelo por la base y desmontada en sus cuatro caras semejante á un cipo ó altar gigantesco. Los habitantes de las cercanías, pensando que el monumento habría sido erigido para indicar á la posteridad la existencia de grandes tesoros, han practicado junto á él excavaciones; su resultado ha sido descubrir cenizas y tizones, lo cual confirma la presunción de que allí se quemaría incienso é inmolarían víctimas. En una de las caras de la inmensa mole vese una hornacina ó nicho de escaso hueco rematado en curva, y dentro de él están esculpidos dos personajes, llamados vulgarmente el *sacerdote* y la *sacerdotisa;* representa el primero á un hombre

de radiante cabeza montado á caballo y con flotante manto en las espaldas; guía con la diestra al bruto y alarga la mano izquierda al fruto de un árbol, que parece ser una palmera. Al otro lado del árbol vese en pié á una mujer cuya cabeza ha sufrido gran mutilación; lleva al pecho la mano izquierda y tiene en la derecha enorme racimo de uvas; Baal-Chemech ó el Dios Sol es, sin duda, el primer personaje, y por lo mismo será el segundo Baaltis ó Astarté; nos hallamos en las inmediaciones de la ciudad de Baalbek ó Heliópolis, y es natural que en estos lugares, conforme sucedía en gran parte de Fenicia, se rindiese culto á las deidades en aquella ciudad adoradas.

A cuatro kilómetros al nordeste de Ferzul existen, junto á la aldehuela de Niha, habitada por metualis y griegos católicos, residuos de magnífico templo cuyo vestíbulo estaba adornado con colunas corintias. La *cella* terminaba en una especie de ábside semicircular y contenía dos criptas paralelas, que comunicaban entre sí por medio de corto pasadizo solado con anchas losas. Eran las piedras del monumento de tamaño colosal; entre las que aun subsisten las hay que miden cuatro metros.

Niha ha sucedido á una ciudad antigua cuyo nombre nadie sabe; el fragmento de una inscripción griega, único que entre las ruinas se ha hallado, no da la menor luz sobre este punto.

Una hora de marcha hacia el noroeste y subiendo siempre nos llevará á otras ruinas aun más interesantes, situadas en un valle á mil doscientos y ochenta metros de altura sobre el nivel del mar y á trescientos treinta y seis sobre el de la llanura. Llámanlas los naturales Kalat el-Hasen (Castillo fuerte), denominación puramente arábiga de la que ni de remota manera puede colegirse la que en otro tiempo tuvieron. Derribados al suelo yacen los restos de numerosas casas, y esto y muchos y bellos sarcófagos nos indican que estamos en el lugar que ocupó ciudad de regular importancia. Pero lo que con preferencia entre todo llama la atención son las ruinas de un templo, junto al cual, en el lado del mediodía, se alzan varios edificios construídos con piedras enormes, descansando unas sobre otras sin betún ni argamasa; serían quizás, en opinión de algunos autores, otros tantos santuarios dependientes del principal, ó bien, á lo que creen otros, habitaciones para los sacerdotes del templo. Tenía éste dos vestíbulos, inferior el uno y superior el otro, y á éste se subía por una escalinata; adornábanlo colunas corintias. Desde él se penetraba por una sola puerta en la *cella*, la cual, colocada sobre un basamento de tres metros, medía veintidós pasos á lo largo por quince á lo ancho. Eran sus muros de extraordinario espesor, y por una escalera en ellos practicada, llegábase á las azoteas en que remataría sin duda el edificio. En lo anterior de la *cella*, dos líneas paralelas de cinco colunas cada una correspondían á otras tantas medias colunas colocadas á lo largo de las paredes longitudinales; las piedras en esta fábrica empleadas son notables, así por su corte, como por sus enormes proporciones.

En época posterior tiénese por seguro que sería rodeado aquel lugar, con objeto

de atender á su defensa, de una muralla levantada tosca y apresuradamente con piedras procedentes de las ruinas, y de ahí el nombre que en el día llevan.

Si regresando ahora á Zahleh avanzamos hacia el mediodía, torciendo luego al sudoeste, encontraremos á nuestro paso los pueblos Hauch-en-Nauar, llamado también Hauch-Ksara, y el de Chtura, habitados por maronitas, griegos cismáticos y algunas familias musulmanas. Los alrededores están cultivados con gran esmero, y forman la cerca de las viñas, á derecha é izquierda del camino, lozanos y silvestres rosales cuyas flores se emplean en la fabricación de la esencia que es en Oriente la más estimada. Los Padres Jesuitas tienen en Chtura una posesión, famosa por el excelente vino que produce.

Tomando hacia poniente para acercarnos á la falda ocidental del Djebel el-Keneiseh, llegaremos en dos horas á Djediteh, pueblo de mil habitantes, maronitas, griegos católicos, griegos cismáticos y musulmanes. En el área de la iglesia, reconstruída recientemente por los católicos, alzóse un templo gentílico del cual quedan algunos sillares diseminados por el pueblo ó empleados en obras posteriores. En cuadrada peana existe una inscripción latina, y por ella se viene en conocimiento de que el templo estaba consagrado á Juno reina, ó cuando menos de que en él y en este pedestal, para la conservación del emperador T. Ælio Adriano Antonio y de sus hijos, se elevó una estatua en honor de la diosa á expensas de los dos hermanos Cayo y Gemelo Bœbio, en cumplimiento de la postrera voluntad de su madre Petilia Lucia.

Dos kilómetros y medio por el lado del mediodía dista del pueblo de Djediteh el de Makseh; entre uno y otro pasa la carretera de Beyruth á Damasco. Veinte minutos más lejos encuéntrase Kabb-Elías, aldea situada en la falda oriental del Djebel-Baruk con una población de ochocientas almas. Entre sus casas sobresalen tres iglesias, greco-católica la una, maronita la segunda y greco-cismática la tercera, y una mezquita de desmochado alminar, de lo cual se dice haber sucedido á un templo cristiano. En la parte alta del pueblo y en la meseta que lo domina muéstranse las ruinas de antiguo castillo del cual sólo quedan los terraplenes, pues los habitantes han sacado de él, como de abundante cantera, cuanta piedra les servía de revestimiento. Componíase de dos fortificados edificios flanqueados por torres y separados por un patio central que cubría dilatada cisterna; créese que fué debida su construcción á un príncipe druso.

Al sur de la aldea, en antiguas y abandonadas canteras, vense varios sepulcros labrados en la peña y también espaciosa cueva, cuya boca está adornada con un frontispicio y dos hornacinas para estatuas. Créese que fué gentílico santuario dedicado á las deidades tutelares de la comarca, esto es, á Baal-Sol y Astarté.

Además de Kabb-Elías (altura de Elías) lleva este lugar el nombre de Kabr-Elías (sepulcros de Elías) ya que es de tradición entre aquellos musulmanes que en inmediato *ualy* se encuentra el sepulcro de aquel Profeta, siendo así que es creencia general entre los seguidores de Mahoma, de acuerdo en esto con la Biblia, que Elías,

sin pasar por la corrupción de la muerte, fué llevado vivo en ígneo carro de la tierra al cielo.

Áspera garganta separa el Djebel el-Keneiseh al norte del Djebel-Baruk al mediodía y por ella se llega al distrito de Arkub; atravesémosla, y dirigiéndonos hacia el sur por escarpado sendero quedará á poco á nuestra derecha el pueblo de Andara, rodeado de frondosos plantíos, y encontraremos más lejos el de Ain-Zaalteh, situado en fértil valle regado por dos fuentes caudalosas. Son sus habitantes maronitas, griegos católicos y drusos; sus huertas abundan en árboles frutales, y las alturas inmediatas están plantadas de pinos.

Andados otros tres kilómetros hacia el mediodía, lo cual significa cuatro horas de marcha por lo menos desde Kabb-Elías, llegaremos á Baruk, pueblo de mil y ochocientas almas entre maronitas, griegos católicos y drusos, situado en dos distintos collados. El barrio cristiano padeció horrible estrago en el año de 1860; gran número de sus moradores cayeron á los golpes de los drusos, y sus dos iglesias, griega la una y maronita la otra, fueron entregadas á las llamas. Algún tiempo después comenzaron á salir de sus ruinas, y en el día está concluyéndose su reconstrucción. Crecen en la huerta higueras, olivos, parras y moreras, y esta vegetación forma contraste con el color ferruginoso ó basáltico de los peñascos que la rodean. A corta distancia hacia el norte nace al pié del Djebel-Baruk, cuyo nombre ha tomado el pueblo, fresco y claro manantial que forma rápido y murmurante riachuelo, ó sea el Nahr-Baruk; canalizado en seguida, lleva en infinitas divisiones la fertilidad á aquellos campos.

La ascensión al Djebel-Baruk, como la de todas las montañas del Líbano, es en extremo penosa; sus laderas, muy rápidas y pendientes, ofrecen escaso é inseguro apoyo á los cascos de las caballerías y á los piés de los peones, y sin embargo, aun están en muchos puntos cultivadas, haciendo evidentes los enormes esfuerzos y fatigas que esto ha menester por parte de aquellos infelices labradores. Empieza la subida en la fuente mencionada, y á la hora y media de trepar en dirección al este llégase á los primeros cedros del bosque de Baruk. Extiéndese éste por entre peñascos en terreno sumamente quebrado, y, á lo que se asegura, cubría antes dilatado espacio; en el día no pasan sus árboles de pocos centenares. Designados por los indígenas con el nombre de *ebheul*, constituyen una especie distinta de los de Becharreh, llamados *arz*, conforme antes hemos dicho, y su altura, lo propio que su circunferencia, son menores; en los más corpulentos no excede ésta de ocho metros en la base, de la cual parten diferentes troncos. De temer es que los actuales residuos del bosque desaparezcan del todo en poco tiempo á no cesar en breve la devastación de que son objeto; nadie piensa en reponer los árboles que se cortan ó que mueren de vetustez, y las cabras voraces no dejan crecer ni un solo renuevo.

Media hora más de fatigosa subida nos llevará á la cumbre, la que está á unos dos mil metros sobre el nivel del mar. Desde ella veremos á nuestros piés panorama casi igual al que contemplamos desde la cima del Sannin, aunque no tan extenso:

á un lado el Ante-Líbano, sombrío y gigantesco muro que se interpone entre el valle feraz de Cœlesiria y las dilatadas estepas del Eufrates; al otro el Líbano, Suiza que es de Oriente, con sus infinitas aldeas, pintorescas todas, su vegetación frondosa y sus caudalosas fuentes que, abriéndose paso por profundos y escarpados barrancos, llevan sus aguas á las costas de la antigua y memorable Fenicia.

Al bajar de la cumbre sigamos hacia el sudoeste el sinuoso curso del Nahr el-Baruk, y en su margen derecha veremos á poco, entre vergeles, la aldea de Freidis, y tres kilómetros más lejos, en la misma orilla, la de Betlun, de aspecto igualmente agradable y risueño. Guíanos nuestro camino á las cercanías del pueblo de Ain-Maaser; en los montes que por oriente lo dominan crecen un millar de cedros de igual especie que los de Baruk; árboles hay allí que cuentan siglos y que alcanzan dimensiones enormes, y aunque no llegan á tener la majestad y nombradía de los venerables patriarcas de Becharreh, son muy dignos de ser visitados.

La aldea de Buthmeh, situada al mediodía, debe su nombre á los terebintos (*bothum* en lengua arábiga) que, junto con añosas encinas, están diseminados por su territorio; son sus habitantes drusos, y sus casas, aisladas unas de otras, se alzan entre plantíos de moreras.

A la distancia de dos kilómetros también al sur hállase el pueblo de Mukhtarah, precedido de viñas y olivares. En él y en vasto palacio reside el príncipe Djemblat que es en la Montaña el principal magnate druso, hijo del famoso jeque de igual nombre que en el año de 1860 tomó activísima parte en las acometidas contra los cristianos. Un acueducto de doce kilómetros conduce á la población el agua del Nahr Baruk, la cual, distribuída luego en varios canalizos, comunica á aquellos campos admirable feracidad.

El *Casal Mactara* de que hablan las crónicas de las Cruzadas tiénese por idéntico al pueblo de Mukhtarah, donde ahora estamos.

Si tomando hacia poniente, atravesamos por un puentecillo el Nahr Baruk que se desliza rápido y murmurador por angosta torrentera, sombreada por encinas y nogales, hallaremos al opuesto lado del puente, en las laderas de un collado, el lugarejo de Djedeideh, habitado por drusos, y seis kilómetros más lejos el pueblo más importante de Baaklin. Situado en una altura, forman su población mil y seiscientos drusos y doscientos maronitas; en el cementerio que por el lado septentrional lo precede pueden verse varios sepulcros de rara elegancia, adornados con preciosos arabescos. En Baaklin habita un jeque muy principal de los Akkels (sabios), nombre con que designan los drusos los iniciados en los misterios de sus doctrinas secretas, y goza éste de gran influjo entre los suyos, siendo tenido como el verdadero patriarca de la nación drusa. A poca distancia del pueblo está situado el *khalueh,* ó sea el edificio, por lo común aislado y separado de toda clase de habitación humana, en que celebran los drusos cada jueves llegada la noche las ceremonias de su culto; consiste el de Baaklin en un salón que tiene el suelo y las paredes cubiertos de esteras; dos lámparas penden del techo,

y en una de las paredes laterales se abren algunos huecos ó nichos en los que se guardan libros.

Hay en Baaklin estación telegráfica.

Saliendo del territorio de Chuf, en que nos encontramos, para penetrar en el de Menassif, llegaremos, andados cuatro kilómetros, á la pequeña ciudad de Deir-el-Kamar, situada á ochocientos y cuarenta metros de altura sobre el nivel del mar, en la falda meridional de un monte cuyos enormes peñascos la amenazan y en medio de huertas, viñas y campos magníficamente cultivados. Es ésta la verdadera capital de los maronitas, y en sus inmediaciones, en el palacio de Beit-eddin, tiene su residencia el gobernador del Líbano. Más de ocho mil almas, entre maronitas y drusos, formaban su población antes del año de 1860; pero en el día no pasan sus habitantes de cuatro mil, casi todos maronitas, que en los meses del calor suelen aumentarse con muchas familias de Beyruth. Las casas se alzan en escalones dominando el valle, y en la plaza del mercado ó *suk*, en la cual es de ver una hermosa fuente de construcción moderna, ábrense numerosas tiendas en las que se venden no sólo los artículos de general consumo, sino también vistosas telas de seda y entre ellas magníficas *abayeh*, nombre que se da á las que, con ricos bordados de oro, sirven para el brillante traje de ceremonia de los jeques drusos.

Forma el *seraia* en medio de la ciudad vasto cuadrilátero de fuertes paredes; en 1860 los soldados turcos allí acuartelados ofrecieron en él asilo á los cristianos de la ciudad que, temerosos de la saña y crueldad de los drusos, lo aceptaron; fiados en las pérfidas promesas de los musulmanes entregáronles sus armas, pues sólo con esta condición les franquearon aquéllos la entrada; pero, al igual de lo sucedido en Racheya y otros puntos, así que la inerme y confusa multitud de hombres, mujeres y niños llenó patios y estancias, los turcos abrieron la puerta á los feroces drusos, y unos y otros, armados de fusiles, sables y pistolas cayeron sobre ella y dieron comienzo á espantosa matanza. Todavía, transcurridos veinticinco años de la horrible escena, son visibles en varios puntos del *seraia* las manchas de la sangre á ríos derramada; mil y doscientas fueron las víctimas allí traidoramente inmoladas.

Las Hermanas de San José poseen en Deir el-Kamar humilde convento en la casa donde antes habían fundado una de sus misiones los Padres Jesuitas; las cuatro religiosas que la habitan, francesas de nación, tienen abierta escuela á trescientas niñas; cuidan además de algunos niños que sus familias les han confiado, y á pesar de la extremada indigencia en que viven aún hallan recursos para dar gratuitamente medicinas y remedios á cuantos enfermos acuden á su inagotable caridad. Todo en su morada descubre escasez, y su capilla, también modesta en extremo, está servida por un sacerdote maronita.

La ciudad no se ha recobrado aún de la catástrofe de 1860, y como la mayor parte del barrio cristiano fué entonces dado á las llamas y destruído y perecieron á impulso del hierro homicida ó de miseria después gran número de maronitas, dista

mucho la población de ostentar el aspecto de prosperidad y esplendor que la hacía antes una de las más agradables del Líbano. Su nombre de Deir el-Kamar (monasterio de la Luna) procede, según unos, de antigua iglesia consagrada á la Santísima Virgen en la que ésta se hallaba representada con la media luna en las plantas; opinan por el contrario otros haber recibido tal denominación de un templo gentílico que allí existió en honor de Diana, deidad identificada con la luna.

Por hermosa carretera que hacia el sudeste atraviesa magníficos plantíos de morales, higueras y olivos, bájase en muy poco tiempo al Nahr Beit-eddin; pasando el río por moderno puente súbese, sin dejar la carretera, peñascoso collado en cuya meseta superior se levanta el palacio de Beit-eddin, obra, como queda dicho, del emir Bechir, y considerado, aun en el estado de abandono y degradación en que se encuentra, como el mejor edificio que existe en la Montaña. Los entusiastas elogios que en otra época se hicieron de él y del emir que lo ideó por europeos y orientales han de parecer hoy algo exagerados; pero aun así es muy digno de especial visita.

Precedido de un gran patio cuadrado, alrededor del cual se establecieron una carcel, un cuartel, un salón con destino á arsenal y una imprenta, contiene el palacio propiamente dicho, á un lado, el harem del emir, y al otro las habitaciones que él ocupaba con sus empleados y servidores. La bien entendida ornamentación morisca de las salas, los surtidores que caen murmurando en riquísimas conchas, los delicados arabescos de puertas y ventanas, las numerosas y esbeltas columnitas que sostienen las galerías superiores, todo ello comunica al gran edificio marcado y deleitoso carácter oriental, al que dan nuevo atractivo bellos jardines, entre cuya arboleda varios cipreses, contemporáneos de los prósperos tiempos del emir, balancean su altanero y melancólico ramaje. Ocúltase en uno de estos jardines aislado pabellón, donde en marmóreo sepulcro reposa una de las mujeres del emir. La capilla, casi despojada de ornamentos, está en el día abandonada, lo propio que los baños, en ruinoso estado, atestiguando su pasada magnificencia preciosos mármoles y elegantes arabescos. Las caballerizas, llenas un tiempo de caballos de gran precio, están hoy vacías, y en todo el ámbito del alcázar respírase, en una palabra, la tristeza que deja el esplendor perdido.

Sólo una parte del vasto edificio ocupa actualmente el gobernador del Líbano, y un centenar de soldados se hallan instalados en el cuartel que lo precede. La aldea inmediata lleva el mismo nombre que el palacio, y su iglesia está bajo la advocación de san Marun. Domínala empinada colina en cuya cumbre se alzan otros dos palacios de menos importancia que el anterior, construídos por el emir Bechir para su madre el uno, y el otro para su hijo.

Un acueducto de once kilómetros lleva á Beit-eddin el abundante caudal de la Ain-Zaalteh; después de regar jardines y huertas cae en cascada, sirviendo de motor á varios molinos, y acaba por perderse en el torrente que corre por el fondo del valle.

Si desde Deir el-Kamar se emprende el descenso por el noroeste en vez del sudeste encuéntrase á los cinco kilómetros de marcha el pueblo de Beheftin; habítanlo drusos y

lo circuyen plantíos de moreras, regados por abundante fuente á la que dan sombra corpulentos nogales. A contar desde este punto la cuesta se hace más y más rápida y tiene forma de prolongada escalera interrumpida por varios rellanos. Llégase en tres cuartos de hora al puente llamado Djisr el-Kadhy, echado sobre un río de profundo lecho entre altas y peñascosas márgenes, río que con el nombre de Narh Damur desagua en el mar, después de recibir el tributo del Narh el-Hamman, continuación del Narh Beit-eddin. Pasado el puente, quedan á la derecha las aldeas de Selfaya y Ain-Trez y á mayor distancia las de Rumhala y Dfun, con población mixta de maronitas y drusos, y por senderos que pasan entre pinares y ferruginosas peñas se llega á Ainab, pueblo de escasa importancia, aunque de situación magnífica, habitado por drusos y un corto número de familias maronitas. Tres kilómetros que han de andarse por dificilísima vereda lo separan del más importante de Deir-Anub, dividido en diferentes barrios. Componen su población maronitas, drusos y griegos cismáticos, y los campos de las cercanías demuestran esmerado cultivo.

Desde este pueblo hasta Beyruth el camino, no echando en olvido que estamos en el Líbano, ha de calificarse de excelente.

A siete kilómetros de Deir-Anub,vense deseminadas por varios collados, á los que separan profundas torrenteras, sombreadas por olivos y moreras, las casas del pueblo de Chueifat, en las que se albergan dos mil habitantes, drusos, griegos cismáticos y muy pocos maronitas. Entre ellas ondula el airoso penacho de altas y añosas palmeras, lo cual comunica al paisaje pintoresco y oriental aspecto.

Kefer-Chima, á la distancia de dos kilómetros, ocupa igualmente las laderas de dos ó tres colinas, en las que crecen moreras y olivos; su población es mixta de maronitas y griegos cismáticos. Las Hermanas de la Caridad de Beyruth tienen abierta en este pueblo una escuela primaria de niñas.

Hacia oriente, á diez minutos escasos de distancia, álzase en la cumbre de un montecillo el monasterio de San Antonio Kerkafe, cuya fundación data de ciento y trece años. Viven en él monjes greco-católicos, é inútil es decir que desde sus vastas galerías abraza la vista espléndido horizonte de mar y de montañas, extendiéndose al pié, cual inmenso plano, toda la ciudad de Beyruth y sus magníficos vergeles.

Atravesando el Ued Rhadir entramos en el distrito del Sahel.

Déjanse á la derecha los pueblos de Sibney y Baabdah y á poco se encuentra el de Hadeth, como aquéllos de cierta importancia, habitado por maronitas y griegos cismáticos.

A una media hora el camino que seguimos desemboca en la carretera de Beyruth á Damasco; en el punto de su intersección se levanta solitario sepulcro, en el que reposan los restos de Franco-Bajá, gobernador del Líbano. Desde allí vese á poca distancia, situado en inmediata altura á doscientos cincuenta y dos metros sobre el nivel del mar, el grandioso edificio ó castillo que sirve de residencia al bajá gobernador y á las oficinas de su administración. Ciento y sesenta soldados de infantería, voluntarios del país, forman su guardia.

El sepulcro de Franco-Bajá dista de Beyruth cincuenta minutos, que se andan por buena carretera abierta entre jardines y bosquecillos de pinos. Los numerosos paseantes que la recorren á pié, á caballo y en coche, indican en seguida al viajero la proximidad de una gran capital.

Y aquí ha de concluir nuestra excursión al Líbano, en la cual, aunque en enumeración rápida, hemos procurado no omitir ninguno de los pueblos y sitios notables de la Montaña. «La cordial acogida que en ella se encuentra, especialmente por parte de los maronitas, dice M. Guerin, la absoluta seguridad de los caminos que, si difíciles y hasta peligrosos por sus circunstancias naturales, no ofrecen ni asomo de riesgo á causa de los habitantes, la espléndida belleza de diversos puntos, el aspecto ora agreste é imponente, ora risueño y pintoresco de valles y montañas, las caudalosas fuentes que por todos lados brotan, la extraordinaria tenacidad con que el labrador sabe sacar partido de aquel terreno abrupto, y también la ventajosa reunión de los climas más diferentes en espacio relativamente pequeño, pero dividido en tres zonas, calurosa en la costa templada en las alturas medias y fría en las cumbres de la gran cordillera, todo ello, agregado á la magnificencia del cielo de Oriente, que por lo menos durante seis meses al año cobija con transparente y azulada bóveda mar, torrentes, valles y montañas, explica el por qué seducen y cautivan las regiones del Líbano á cuantos viajeros las visitan. Además, la idea de que, entre tantos pueblos del imperio otomano como han abjurado de su fe é independencia, el maronita, merced á sus breñas, á su denuedo y á la fuerza de sus creencias religiosas, ha sabido conservar incólume el precioso depósito del cristianismo, ha de aumentar aún más el interés que esta comarca inspira. Y este interés, si el viajero es francés, será aún mayor cuando en cada pueblo habrá recibido de parte de los maronitas evidentes testimonios de afecto y cariño hacia la Francia cristiana, única que en el Líbano conocen desde la gloriosa época de las Cruzadas.»

«Sólo un mes he pasado en el Líbano, ha escrito el abad Mislin, y lo contaré como uno de los más dichosos de mi vida. El me ha enseñado que existe aún un rincón en la tierra donde la religión, como en los primeros tiempos de la Iglesia, es el principio de las acciones todas; allí Dios es todavía Dios, y no han ocupado su lugar los ídolos inventados por la corrupción humana; allí le adoran en todas partes, en los templos, en el seno de las familias y en las plazas públicas, porque se cree que siempre y en todas partes necesitamos de El, y que en todas partes y siempre puede ser nuestro sostén y ayuda. Nadie en el Líbano piensa en dar á la sociedad base más perfecta que el Evangelio, y admitiendo la doctrina de Jesucristo tal cual es, todos la siguen. Si profetas desconocidos se presentan á anunciar principios nuevos, el pueblo en su sencillez los rechaza por no estar conformes con los antiguos, y por que no da en la manía de pensar que una doctrina ha de ser más verdadera cuanto más reciente y oscura. No sacrifica su fe al amor de la novedad, á la codicia ni á la ambición, y ejerce la hospitalidad, la caridad, la justicia como virtudes cristianas y no como inventos de

ahora. Entre los maronitas no son los niños á los siete años portentos para ser luego hombres nulos lo demás de la vida; no se les amamanta con la leche del orgullo para que luego coman el amargo pan del desengaño; en ellos solamente son precoces el temor de Dios y el respeto á los padres, y esto no lo pierden. Cree aún este pueblo que no ha de ser más lícito decirlo todo que hacerlo todo, en cuanto la palabra lleva á la acción y mejor que castigar el mal es prevenirlo. Obedece á los ancianos, á los hombres constituídos en dignidad, porque así lo manda Dios, y no ha admitido todavía que la ingratitud, la presunción y la inexperiencia sean títulos bastantes para gobernar la familia y la sociedad. Respeta á los sacerdotes como ministros del Señor, y no ha descubierto aún el secreto de amar la religión y aborrecer á los que se ocupan en propagarla y extenderla. Con menos biblias que los protestantes, tiene en el corazón los preceptos del Evangelio y los practica. Cree que el orden es el estado normal de la sociedad, y que es gran delito estar de continuo turbándolo. Cree, en fin, otras muchas cosas que en distintos puntos están, al parecer, muy olvidadas, y por ello me siento aficionado á este pueblo sencillo, suave, bueno, creyente... y ¿por qué no decirlo? ilustrado, ya que no son la duda y la negación lo que ilustra y da luz, sino la creencia y la fe. Si sobre estas montañas no hubiesen lucido de continuo los puros rayos de lo alto ¿habría este pueblo, reducido y pobre, podido resistir á la invasión de la barbarie? Los bárbaros han destruído á Tiro, Cesarea, Efeso, Baalbeck, Laodicea y otras muchas ciudades opulentas y sabias; sus ruinas yacen al pie del monte Líbano, al paso que los pobres maronitas, como los hijos de Jacob, se han multiplicado en la esclavitud.»

Chateaubriand, después de pintar el cuadro de otra república cristiana fundada por los misioneros en las selvas del Nuevo Mundo, dijo: «Cuando leo esta historia un solo deseo me asalta y llena el corazón: el de atravesar los mares é ir en busca, lejos de las discordias y revoluciones, de ignorada existencia en las cabañas de esos salvajes y de tranquila tumba bajo las palmas de sus cementerios.» Igual deseo sienten, lo mismo piensan todos los viajeros católicos que recorren el Líbano, y esto basta y sobra para hacer olvidar á sus excelentes moradores los injustificados cargos y amargas censuras que aquellos que no lo son les dirigen.

DAMASCO.—PALMYRA.—BAALBEK

El Nahr-Barada.— El Auadj. — Damasco. — Su situación.— San Pablo en Damasco. — Conquista musulmana. — La ciudad actual. — Sus puertas y murallas.—La calle Recta. - La casa de Judas.—Otros lugares famosos.—La ciudadela.—Población.—Barrio judío. —Barrio cristiano.—La casa de Ananías.— Mezquitas.— La iglesia de San Juan.— Sepulcros de Saladino y Bibars. — Bazares.— Alrededores de Damasco.— La casa de san Juan Damasceno.—Palmyra.—Su aspecto general. - Olvido en que cayeron sus ruinas.—Su descubrimiento.—La gran columnata. — El templo del Sol.— Baalbek ó Heliópolis. - Su actual estado.—Ruinas.—El gran templo.—Las seis columnas.—El templo pequeño.

Muchas veces en las ascensiones que hemos realizado á los montes de Galilea y recientemente á las cumbres del Líbano hemos podido extender la vista por la inmensa llanura de Damasco; tiempo es ya de penetrar en aquel famoso territorio y de visitar, siquiera sea rápidamente, la importante metrópoli que es desde hace siglos su señora y reina.

Hermosa carretera de ciento y doce kilómetros, construída pocos años después de la expedición francesa de 1860, enlaza, por decirlo así, dos mundos, el Occidente y el Oriente, ya que empieza en Beyruth, donde hacen escala los vapores austríacos, franceses y rusos, y acaba en Damasco, que es como una de las principales puertas del Asia. Separada, en efecto, del litoral mediterráneo por doble línea de elevadas montañas, abierta únicamente por el lado del desierto, cuyos umbrales ocupa, la ciudad de Damasco ha permanecido durante largas épocas y hasta hace poco aislada por completo de Europa y en exclusiva y constante comunicación con las tribus nómadas y con las ciudades de Bagdad, de Alepo y de la Meca. La distancia que separa á Beyruth de Damasco recórrenla las diligencias en unas trece horas.

El angosto valle que en el postrer tercio del viaje va siguiendo la carretera, y en cuyas laderas se alcanza á ver la casa donde habitó hasta su muerte el renombrado Abd-el-Kader, devuelto á la libertad por Napoleón III, se abre al fin y se dilata; pero antes hállase como defendido en su extremidad por dos enormes peñascos que, semejantes á fuertes torreones, se levantan verticalmente en la entrada del desfiladero. Atravesado este paso se presenta de pronto á nuestra vista Damasco con sus numerosas cúpulas y esbeltos alminares al extremo de bella avenida de sauces y álamos. A su elevación de seiscientos y noventa metros sobre el nivel del Mediterraneo debe, en la

latitud que ocupa, un clima templado que no conoce ni los intensos fríos, ni los grandes calores, y á esto, y más aun á la abundancia de agua que fertiliza su territorio, ha de atribuirse que abunden aldeas y lugares y crezca la población alrededor de Damasco, vitalidad que contrasta con la decadencia, cuando no destrucción completa, de otras muchas ciudades de Palestina y Siria.

Entre los ríos que riegan aquella feraz campiña, al Barada y Auadj es debida principalmente la magnificencia que la hace famosa entre los pueblos todos de Oriente. Es el Narh-Barada (Río Frío), el Abana de la Biblia, llamado por los griegos *Chrysorrhoas* ó río de las arenas de oro, á causa de la riqueza que por sus márgenes derrama. Tiene su origen, conforme antes hemos dicho, en el Ante-Líbano con el nombre de Nahr-Zebedany, y por el estrecho valle que nos ha dado paso, penetra en la llanura de Damasco, lame la muralla septentrional de la ciudad, y se pierde á unos veinte kilómetros en dos grandes lagos conocidos con los nombres de *Bahret-ech-Charkieh* (lago oriental) el primero, y *Bahret-el-Keblieh* (lago meridional) el segundo. De su cauce se derivan gran número de acequias, y á ellas son debidas las innumerables fuentes públicas y privadas que en plazas, calles y casas se encuentran en la ciudad y sus arrabales.

El Nahr-Auadj (Río Tortuoso), el Pharphar de la Biblia, aunque de menor caudal que el Barada, es como éste inagotable; teniendo sus fuentes en las laderas del Djebel-ech-Cheikh, préstanle tributo varios arroyos, y después de correr á trece kilómetros al mediodía de Damasco, va á morir al Bahret-el-Hidjaneh, lago situado al sudeste de la extensa llanura.

Tal es la región, si favorecida por la naturaleza, no menos cultivada por la industria humana, en que se eleva la ciudad de Damasco, en hebreo *Dammesck*, en latín *Damascus* y mencionada por los escritores arábigos con el nombre de *Dimechk;* en el día danle vulgarmente los indígenas el de *Ech-Cham*, que es el que llevó toda la tierra de Siria, como sucede con el Cairo *(El-Kahira)*, generalmente designado con el de *Maser*, aplicado á todo Egipto.

El origen de Damasco se pierde en los tiempos más remotos de la historia; los sagrados libros hacen repetida mención de su esplendor, y los profetas Isaías y Jeremías vaticinaron sus grandes desventuras.

En el año 34 de la era cristiana estaba comprendida en el reino de Aretas, príncipe árabe súbdito de Roma, y en aquel tiempo vió llegar á su recinto un mancebo por nombre Saulo, natural de Tarso, quien, encarnizado enemigo de la naciente Iglesia de Jesucristo, había de ser después con el nombre de Pablo uno de sus más intrépidos y elocuentes campeones.

En Jerusalén asistió con saña feroz al martirio del santo diácono Esteban, y á sus piés, antes de apedrearle, pusieron sus ropas los testigos falsos que habían de ser los verdugos de la inocente víctima; respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, nos dice el sagrado texto, partió Saulo camino de Damasco

provisto de cartas del príncipe de los sacerdotes para las sinagogas de aquella ciudad, á fin de prender y conducir á Jerusalén á cuantos cristianos allí encontrase, hombres y mujeres. Cerca de Damasco estaba cuando de pronto vióse rodeado de celestes resplandores, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía:—«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?—¿Quién eres, Señor?» preguntó él, y fuéle contestado:—«Yo soy Jesús, á quien tú persigues; dura cosa te es cocear contra el aguijón.—¿Qué quieres que yo haga, Señor?»—dijo Saulo temblando y despavorido, y el Señor le respondió:—«Levántate y entra en la ciudad; allí sabrás lo que te conviene hacer.»—Saulo se levantó del suelo, y aunque tenía abiertos los ojos no veía nada; los hombres que le acompañaban, atónitos de haber oído distintamente la voz sin ver á nadie, tuvieron que llevarle por la mano para meterlo en Damasco. Ya en la ciudad, fué á parar á la casa de cierto Judas, en la calle Recta, y al cabo de tres días de oración, durante los que estuvo ciego y no comió ni bebió, fué visitado por el cristiano Ananías, quien, obediente á sobrenatural visión, se le presentó, y poniendo las manos sobre él, le dijo:—«Saulo, hermano mío, el Señor Jesús que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo.»—Y al instante se cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista y fué bautizado. Poseído de celeste fuego, de perseguidor se convirtió en apóstol, y cuando algún tiempo después volvió á Damasco y con admiración de cuantos le oían predicó en las sinagogas á Jesús Hijo de Dios, confundiendo con sus razones á los judíos de la ciudad, éstos, para deshacerse de semejante adversario, se confabularon para darle muerte. Contando con el favor del gobernador, guardaban las puertas noche y día para que no se les escapase; mas Saulo fué advertido de sus asechanzas, y para burlarlas los discípulos, metido en una espuerta, de noche y por una ventana le descolgaron por el muro, logrando así librarle de sus furiosos enemigos.

La iglesia allí fundada por Ananías tuvo rápido crecimiento, y su sede arzobispal perteneció al patriarcado de Antioquía. En ella penetró en el año de 634 el islamismo triunfante, y corte poco después de la dinastía de los Omeyas, fué capital del vasto imperio que se extendía desde el mar Atlántico, á poniente, hasta las cumbres del Himalaya, á levante. Opulentos y dados al fausto como eran los Beni-Omeyas, la adornaron con espléndidas obras, entre las que ocupó el primer lugar la gran mezquita. Mas en ella, lo mismo que en sus alcázares y otros suntuosos edificios, emplearon las colunas y los materiales de toda clase que arrancaban de más antiguos monumentos, y la ciudad griega, romana y bizantina quedó destruída para transformarse en otra musulmana.

A la dinastía de los Omeyas sucedió en el año de 750 la de los Abbasidas, y ésta trasladó la corte á Bagdad, ejerciendo su poder en Damasco por medio de gobernadores. Entonces, en medio de las horrendas tragedias en que corrió á ríos la sangre de los perseguidos príncipes de la caída dinastía, pudo librarse uno solo, Abderrahman, quien, nacido algunos años antes en el campo de Damasco, pudo fugarse á Africa venciendo

mil azares y peligros, y llegar después á España, donde, ayudado por varios jeques de las tribus damascenas y egipcias establecidas en el territorio de Elvira y Jaen, realizó, con el establecimiento del famoso califato de Córdoba, la grandiosa empresa que de tanta trascendencia fué para los destinos de nuestra patria y del Occidente todo.

En el siglo XII llegaron hasta el pie de las murallas de Damasco las victoriosas armas de los guerreros de la cruz; mogoles y tártaros devastaron la ciudad en los siglos siguientes, hasta que á principios del XVI fué agregada á los vastos dominios de Selim I, sultán de los turcos. Desde entonces no ha cesado de pertenecer al imperio otomano, siendo capital de importante bajalato.

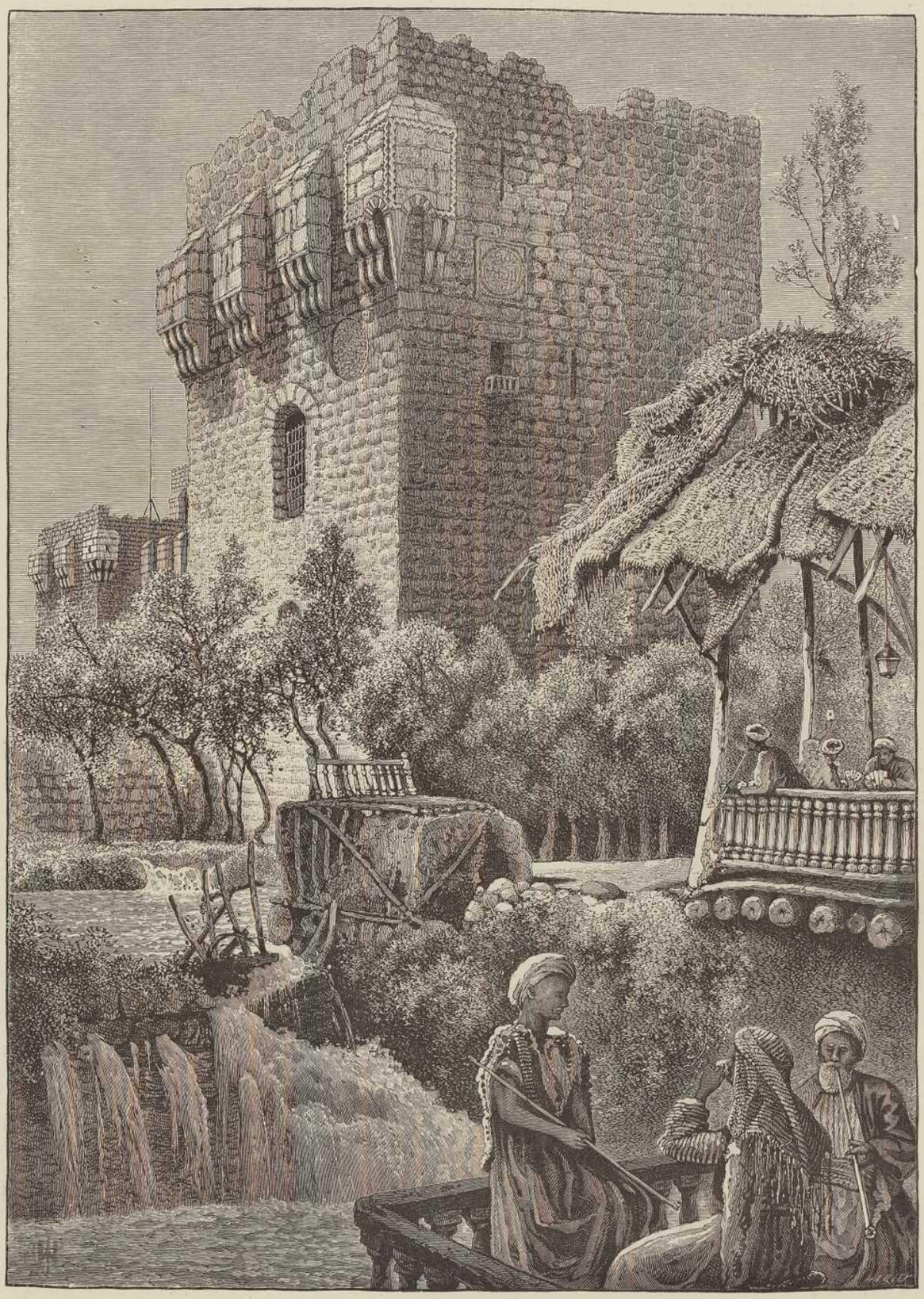
En nuestros días, en 1860, fué teatro de espantosa matanza de cristianos.

La ciudad de Damasco propiamente dicha, comprendida en su antiguo murado recinto que existe aún en gran parte, aunque varias veces restaurado, forma una elipse de mil y setecientos metros á lo largo por ochocientos y cuarenta en su mayor anchura; la muralla que la cierra fué construída en un principio con hermosos sillares, perfectamente ajustados, como lo atestiguan las hiladas inferiores; las superiores, por el contrario, conócense ser resultado de reconstrucciones de distintas y más modernas épocas. Flanqueábanla cuadradas torres distantes entre sí unos treinta metros, y sobre sus bases rectangulares levantaron luego los árabes torres semicirculares con piedras de diferentes tamaños, pero en general de menores dimensiones. Nueve puertas daban entrada á la ciudad, la cual, en cuantos puntos no la protegía el Barada, era defendida por ancho foso, en el día cegado en gran parte, y por un antemuro, casi del todo destruído. Era entre todas notable la llamada hoy *Bab-ech-Cherki* (puerta Oriental), verdadero arco de triunfo y obra romana de monumental carácter. Por ella se entra en larga calle, muy angosta y tortuosa hoy, pero recta y ancha en otro tiempo de treinta metros y adornada con dos hileras de colunas corintias, que hace tiempo han desaparecido, calle para siempre famosa por haber sucedido en ella lo que de san Pablo queda referido. En el área que ocupó la casa de Judas, donde se hospedó el Apóstol de las gentes, se levanta hoy un oratorio musulmán, pues tal transformación ha experimentado la iglesia allí erigida desde los primeros tiempos del cristianismo. No lejos de la puerta un hospital de leprosos, ahora abandonado y ruinoso, ocupa, á creer á la tradición, el propio lugar de la casa de Naaman, cuya curación milagrosa por influjo del profeta Elíseo refieren los sagrados Libros.

En la puerta que debe su nombre de *Bah-Kisan* á un gobernador asimismo llamado, quien la construyó á mediados del siglo VII en sustitución de otra más antigua, álzase la torre llamada de San Jorge, á causa de llevar este nombre uno de los soldados que la guarnecían al acaecer por aquel punto la evasión de san Pablo, por él favorecida ó consentida. Su sepulcro, á lo que se dice, existe á poca distancia en un pequeño oratorio, rodeado de una verja.

Al mediodía de este oratorio encuéntrase un cementerio cristiano, y junto á él se muestra el sitio en que el perseguidor de los cristianos fué derribado al suelo y en

medio de celestes resplandores oyó la voz divina que le dijo: «Saulo, Saulo: ¿por qué me persigues?» De la iglesia erigida por los fieles en el lugar del milagro nada queda



Ciudadela de Damasco

hoy allí, pero á él se dirigen cada año en procesión los cristianos de Damasco el día de la Conversión de san Pablo.

A la izquierda de la puerta llamada *Bab-es-Sehir* (la Pequeña) extiéndese vasto cementerio musulmán, bosque de sepulcros, cubriendo ondulado suelo. En él reposan Fátima, la hija del Profeta, y dos mujeres de éste; la cúpula que cobija su sepultura es de construcción moderna.

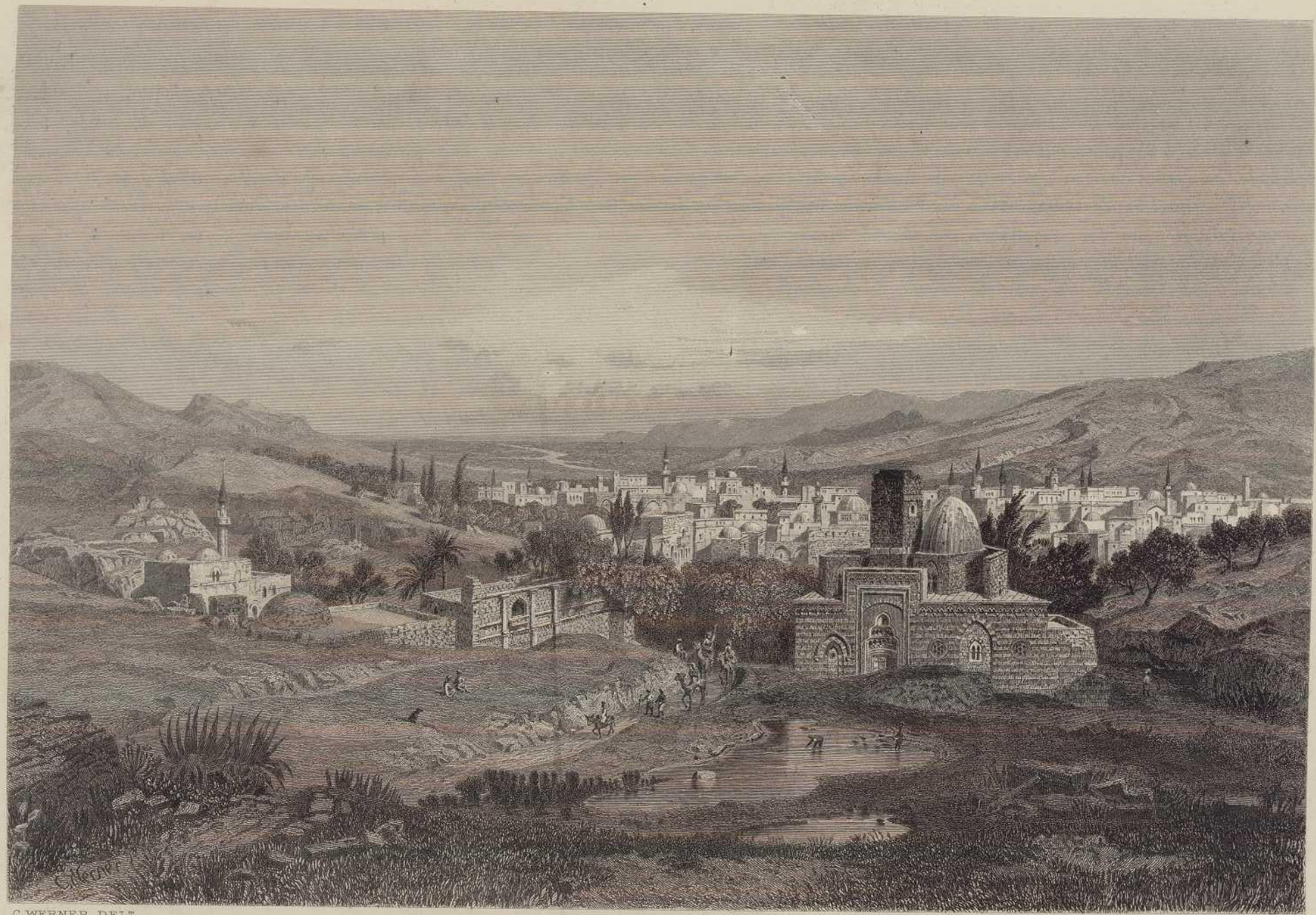
A poca distancia de la Puerta de Hierro *(Bab el-Hadid)*, en el ángulo noroeste del recinto, se levanta la ciudadela *(El-Kasr)*, formando un cuadrilátero irregular que mide de este á oeste doscientos y cincuenta metros, y varía de norte á sur entre este número y el de doscientos. Flanquéanla doce torres cuadradas, está construída con sillares de bella apariencia, y es anterior, á lo que se cree, á la ocupación de los romanos, por lo menos en lo que toca á sus cimientos. Una puerta al oeste y una poterna al este dan entrada en la ciudadela, mas los extranjeros con dificultad la obtienen. Allí se guarda el venerado pabellón que lleva consigo á la Meca la anual caravana de los peregrinos.

Es la población de Damasco de unas ciento y cincuenta mil almas, entre las que alcanzan los cristianos el número de doce mil; seis mil pertenecen á la comunión greco-católica, cinco mil á la greco-cismática, y son los restantes armenios, sirios, maronitas y latinos. Los demás habitantes, excepto seis mil hebreos y algunos centenares de metualis y drusos, profesan la religión mahometana.

La ciudad se divide en barrios que, llegada la noche, quedan completamente incomunicados, cerrándose las puertas ó barreras que los separan. El barrio judío, como en tiempo de los Apóstoles, está situado junto á la calle Recta, y ábrese después el cristiano, ocupando casi toda la parte oriental de la ciudad. En él existe aún y es objeto de la veneración pública la casa de Ananías, del poderoso discípulo de Jesucristo que instruyó y bautizó á san Pablo.

El aspecto de Damasco, como el de casi todas las grandes poblaciones de Oriente, seduce y cautiva desde lejos, pero el encanto se desvanece ó por lo menos disminuye mucho á las pocas horas de penetrar por sus puertas. Son las calles por lo común tortuosas y tan estrechas, que en muchas casi se tocan los balcones ó miradores de los opuestos lados, pudiéndose observar en todas por su desaseo la incuria mahometana. Las casas son bajas, de mala construcción, de pobre aspecto, y más bien que en la capital de una floreciente provincia de Asia podría creer el viajero hallarse en vasto villorrio á no encontrar de trecho en trecho grandiosos edificios, mezquitas, gigantescos muros, altas torres, espléndidos bazares, anchurosas plazas, por las que discurre innumerable concurso.

Hay en Damasco muchas mezquitas, pero algunas en ruinoso estado; sus esbeltos alminares que rasgan el espacio y desde los que la voz de los almuédanos llama varias veces al día los creyentes á la oración, causan á lo lejos muy pintoresco efecto y completan el que producen las armoniosas curvas de sus hermosos cimborios. Es la principal y más notable la que lleva el nombre de *Djama-el-Kebir* (la Gran mezquita) y también de *Djama-el-Umaui* (mezquita de los Omeyas), y ocupa el lugar de antigua



C. WERNER, DELT

J. SADDLER. SCULPT

LOS RIOS DE DAMASCO.

ESPASA Y COMPA EDITORES.

iglesia consagrada á san Juan Bautista. La basílica había sucedido á su vez á antiquísimo templo, dedicado, á lo que se cree, á la deidad Rimmon, que fué tenida por la principal de Damasco. A la izquierda del *mihrab,* en el lugar donde, según se dice, existió la cripta de la antigua basílica, vese un pequeño monumento rematado en dorada cúpula y rodeado de una verja, en el cual es de tradición que se guardan la cabeza de san Juan Bautista y el cuerpo de su padre Zacarías. Cubren el cenotafio ricos tapices, y los musulmanes tienen por él tanta veneración como los cristianos.

En las inmediaciones de la mezquita encuéntrase el sepulcro del famoso Saladino, y á poca distancia el de Melek-ed-Dhaher-Bibars, uno y otro azote que fueron del nombre cristiano, muerto el primero en el año de 1193 y en el de 1277 el segundo.

Más que por las antigüedades y edificios es notable Damasco por el movimiento que reina en sus calles, especialmente en las que forman sus celebrados bazares; por ellas discurre, con tipos, trajes y lenguajes distintos y entre gritería y confusión constante, compacta multitud que puede ser para el extranjero observador objeto de interesante estudio, ya que de ella forman parte desde el agá turco, cubierto de ricas vestiduras y llevando al cinto magníficas armas, hasta los árabes del gran desierto y los de Palmyra, casi sin más vestido que una manta de lana en la que se envuelven á la manera de las antiguas estatuas, sin otra arma que su lanza y montados en soberbios caballos. En los bazares se encuentra, por decirlo así, la vida pública de la ciudad, y allí están repartidos por grupos todos los oficios y todas las industrias.

Son los alrededores de Damasco muy interesantes y tan dignos de ser visitados como la ciudad misma; atravesando, pues, el vasto y populoso arrabal de Meidan, llégase á la casa de san Juan Damasceno. De forma parecida á las demás que la rodean, distínguese de ellas en estar fabricada con hiladas de piedras alternativamente blancas y negras; adórnanla complicados arabescos y remata en cúpula, observándose en algunas de sus partes señales de gran antigüedad. No es un santuario, y sirve de morada á una familia cristiana.

Una excursión de Damasco á Palmyra exige unas cuarenta horas de camino al paso lento y regular de un camello, calculándose la distancia que media entre uno y otro punto en ciento y setenta kilómetros; á caballo pueden, es cierto, recorrerse en menos tiempo, pero en este caso importa hacer mayor provisión de agua, pues en la última parte del viaje hay gran dificultad en encontrarla; de todos modos, se emplean en él cuatro jornadas largas.

No es fácil empresa atravesar el inhospitalario país en que se hallan situadas las célebres ruinas; quien no lleva la conveniente escolta se expone á ser robado y quizás asesinado por los árabes nómadas que se cruzarán con él en el camino. Hasta hace pocos años era, para alcanzar seguridad, el medio más sencillo y eficaz dirigirse en Damasco á uno de los jeques de la tribu de Anazeh, la más poderosa entre cuantas divagan por el vasto territorio que se extiende de las fronteras de Siria á las riberas del Eufrates, y convenir con él en un precio alzado, mediante el cual se obliga á

acompañar al viajero á Palmyra y á dejarlo sano y salvo en el punto que se convenga. La palabra empeñada y el interés que tiene el jeque en no perder con su crédito los beneficios que esta industria le proporciona, han sido siempre suficiente salvaguardia de los viajeros. Pero en el año de 1870 fué adelantado hasta las inmediaciones de Palmyra el cordón militar que desde Alepo cubre los confines del desierto de Siria, y desde entonces con menos dispendio puede obtenerse una escolta de soldados turcos, especialmente en la segunda parte del viaje, que es la de mayor peligro. El mes de abril es el más á propósito para realizarlo.

Comienza á declinar el sol cuando se observa que las montañas que por el lado meridional cierran el solitario valle que nos sirve de camino, se adelantan de pronto hacia las que lo limitan por la parte del norte, no quedando entre ambas sierras sino angosta garganta ó cañada, junto á la que, á derecha é izquierda, se alzan unas como torres; moles semejantes yacen en ruinas por el suelo por el cual hormiguean lagartos y pequeñas culebras, y fueron unas y otras antiguos monumentos funerarios. A poco, en aislado montecillo á la izquierda, veremos un castillo musulmán, y en seguida se presentará á nuestra vista el recinto todo de Palmyra, con sus prolongadas filas de colunas destacándose aún majestuosas sobre el encendido horizonte, con sus numerosos edificios sagrados y profanos, con sus arcos triunfales, con sus arruinados pórticos y sobre todo con su incomparable templo del Sol, que es todavía la ruina más grandiosa que la antigüedad nos ha legado. Alrededor de este admirable conjunto de monumentos que, en estado más ó menos ruinoso, son aún testimonio de un esplendor y magnificencia jamás superados, corre una muralla cuyos numerosos ángulos entrantes y salientes están flanqueados por cuadradas torres; parte del muro sobresale todavía en varios puntos algunos metros del suelo, pero en otros, especialmente en el lado meridional, está destruído ó enterrado entre montones de escombros. Más allá de la muralla, hacia el noroeste y sudoeste, extiéndense vastas necrópolis; al este, á espaldas del templo del Sol, algunas palmas justifican todavía el nombre que llevó la ciudad, y forman como el marco del imponente cuadro altos cerros abruptos ó pelados ó bien la inmensidad del desierto. Cual inmensa evocación mágica ofrécese á los ojos del viajero en aparición repentina en medio de desolados arenales lo más imponente, lo más colosal y también lo más florido que jamás el arte ha producido.

Fundada esta ciudad por Salomón con el nombre de Thadmor ó de las Palmas, fué esplendente corte de la famosa reina Zenobia, que se alzó y luchó en el siglo III de nuestra era contra el poderío de Roma. Caída en poder de los musulmanes, su decaimiento fué de cada año mayor; en el de 1089 un terremoto causó en sus edificios gran estrago, pero su población sería aún bastante numerosa cuando Benjamín de Tudela, en 1172, vió en ella una colonia hebrea de unas cuatro mil almas, tradicional residuo de los colonos israelitas allí llevados por el fundador Salomón. En el día ni restos se encuentran de aquella colonia, y los moradores de la floreciente y populosa ciudad quedan reducidos á unos pocos centenares de árabes de atezado rostro, que

Ben-Hadad que curaría de su enfermedad; pero como al siguiente día, encendido el rey de calentura, pidiera que le pusieran sobre el rostro un paño empapado en agua, Hazael, aplicándoselo con fuerza á la boca, le ahogó y reinó en su lugar.

Fué, en efecto, Hazael gran enemigo del pueblo de Dios; aunque vencido por los asirios en la región del Ante-Líbano, pudo rechazar el ataque que contra Ramath-Galaad dirigieron Joram, rey de Israel, y Ochozías, que lo era de Judá, en el año 884 antes de J. C.; pasando luego el Jordán llevó la devastación á las comarcas de Palestina, se apoderó por fuerza de armas de la ciudad de Gath, y amenazada la de Jerusalén, sólo á precio de enorme rescate, apurando los tesoros del Templo y del regio palacio, logró sustraerse al inminente peligro de ser acometida y expugnada.

A Hazael sucedió su hijo por nombre Ben-Hadad, como el rey á quien aquél destronara; á ejemplo de su padre, el nuevo rey causó á Israel daño indecible, hasta que el rey Joas, hijo de Joachas, le venció en tres distintos encuentros en el año 836 antes de nuestra era, y conquistó cuantas ciudades se habían perdido.

Recobrábase el reino de Israel de la postración pasada, y Jeroboam II llegó á hacer suyas Damasco y Emath; pero efímera sería esta conquista cuando algunos años después, 742 antes de J. C., vemos que el soberano de Damasco llamado Rasín hace alianza con el de Israel Phacee para marchar contra Jerusalén. Combatido por tan poderosos enemigos Achaz, rey de Judá, no halló más recurso que acudir con solemne embajada y con cuanto oro y plata había en el tesoro del Templo y del palacio, á Theglathphalasar, rey de los asirios, rogándole le librara de los príncipes contra su reino coligados; y en efecto, Theglathphalasar invadió la tierra de Siria, venció y dió muerte á Rasin, quien había acudido en defensa de su reino amenazado, se apoderó de Damasco, la devastó, y trasladó sus moradores á Kir (año 740 antes de J. C.). Achaz fué á Damasco en testimonio de agradecimiento á su libertador, y dice el Sagrado Libro que, habiendo visto el altar que allí había, envió al pontífice Urias un modelo de él con orden de levantar uno igual en el templo de Jerusalén.

En la época del mayor lustre y prosperidad de la gran capital fué profetizada su destrucción: «Damasco, dijo Isaías, dejará de ser ciudad y será como montón de piedras de una ruina; perecerán las reliquias de la Siria como la gloria de los hijos de Israel: así lo dice el Señor de los ejércitos.»

«Esto dice el Señor, escribió el profeta Amos; por tres y cuatro maldades de Damasco, no revocaré la sentencia contra ella decretada: fuego enviaré contra la casa de Israel y devorarán las llamas los alcázares de Ben-Hadad. Quebrantaré los cerrojos de Damasco... y el pueblo de Siria será transportado á Kir.»

Años después, Jeremías habló en estos términos de los infortunios y desolación de la ciudad:

«Desmayó Damasco; presa de terror, se dió á la fuga; congoja y dolores la oprimen como á mujer parturienta.

»¡Cuán desamparada ha quedado la ciudad deleitosa, la ciudad de la alegría!»

Esto decía Jeremías 600 años antes de J. C., de modo que en aquella fecha aun permanecía Damasco agobiada bajo el peso de las grandes desgracias que sobre ella cayeran. Con la conquista asiria, en efecto, acabó el gran papel que en su independencia había desempeñado en la política de la antigüedad: concluída era la época de los pequeños reinos que formaron antes la Siria, y comenzaba en la historia la de los grandes imperios. Asirios, babilonios y persas fueron los sucesivos dominadores de Damasco, y como por Strabon se sabe que fué esta ciudad una de las más importantes del imperio pérsico, ha de creerse que poco á poco se había recobrado de su abatimiento y ruina, merced sin duda á las excepcionales ventajas de su situación.

Antes de la batalla de Issos, eligióla Darío para que fuera custodia de su familia y tesoro; reñida la famosa batalla, cayó en poder del vencedor, entrando Parmenion en su fortificado recinto por sorpresa.

Muerto Alejandro y hecho el reparto de sus inmensas conquistas, fué reunida á los estados de los Seleucidas; residieron éstos en Antioquía, pero era Damasco una de sus principales ciudades.

En el año 113 antes de J. C., Antíoco Grypo y su cuñado Antíoco de Cyzico repartieron entre sí el territorio de Siria; recibió el último el de Fenicia y Cœlesiria, y Damasco fué su capital, imperando en ella sucesivamente muchos y efímeros príncipes que se disputaban el solio y procuraban unos á otros derribarse, hasta que al fin la absorbieron los romanos en su vasto imperio. En su recinto, corriendo el año 64 antes de J. C., recibió Pompeyo á los embajadores de los príncipes vecinos, y un año después fué declarada la Siria toda provincia romana, estableciendo los procónsules su ordinaria residencia en Antioquía y raras veces en Damasco.

En esta ciudad visitó el joven Herodes al precónsul Sexto César, obteniendo de él la cesión del territorio llamado Bekaa; y cuando tiempo después ciñó la corona de Palestina, espléndido siempre y ostentoso, construyó en Damasco, á pesar de no pertenecer la ciudad á sus estados, un teatro y un gimnasio.

En el año 34 de la era cristiana estaba comprendida en el reino de Aretas, príncipe árabe súbdito de Roma, y en aquel tiempo vió llegar á su recinto un mancebo por nombre Saulo, natural de Tarso, quien, encarnizado enemigo de la naciente Iglesia de Jesucristo, había de ser después con el nombre de Pablo uno de sus más intrépidos y elocuentes campeones.

En Jerusalén asistió con saña feroz al martirio del santo diácono Esteban, y á sus piés, antes de apedrearle, pusieron sus ropas los testigos falsos que habían de ser los verdugos de la inocente víctima; respirando aún amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, nos dice el sagrado texto, partió Saulo camino de Damasco provisto de cartas del príncipe de los sacerdotes para las sinagogas de aquella ciudad, á fin de prender y conducir á Jerusalén á cuantos cristianos allí encontrase, hombres y mujeres. Cerca de Damasco estaba cuando de pronto vióse rodeado de celestes resplandores, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: —«Saulo, Saulo, ¿por qué

me persigues?—¿Quién eres, Señor?» preguntó él, y fuele contestado:—«Yo soy Jesús, á quien tú persigues; dura cosa te es cocear contra el aguijón.—¿Qué quieres que yo haga, Señor?» —dijo Saulo temblando y despavorido, y el Señor le respondió: —«Levántate y entra en la ciudad; allí sabrás lo que te conviene hacer.» —Saulo se levantó del suelo, y aunque tenía abiertos los ojos no veía nada; los hombres que le acompañaban, atónitos de haber oído distintamente la voz sin ver á nadie, tuvieron que llevarle por la mano para meterlo en Damasco. Ya en la ciudad, fué á parar á la casa de cierto Judas, en la calle Recta, y al cabo de tres días de oración, durante los que estuvo ciego y no comió ni bebió, fué visitado por el cristiano Ananías, quien, obediente á sobrenatural visión, se le presentó, y poniendo las manos sobre él, le dijo:—«Saulo, hermano mío, el Señor Jesús que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo.» —Y al instante se cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista y fué bautizado. Poseído de celeste fuego, de perseguidor se convirtió en apóstol, y cuando algún tiempo después volvió á Damasco y con admiración de cuantos le oían predicó en las sinagogas á Jesús Hijo de Dios, confundiendo con sus razones á los judíos de la ciudad, éstos, para deshacerse de semejante adversario, se confabularon para darle muerte. Contando con el favor del gobernador, guardaban las puertas noche y día para que no se les escapase; mas Saulo fué advertido de sus asechanzas, y para burlarlas los discípulos, metido en una espuerta, de noche y por una ventana le descolgaron por el muro, logrando así librarle de sus furiosos enemigos.

Siglos antes, Rahab en Jericó hizo evadir de igual manera, estando su casa arrimada á la muralla, á los espías israelitas que en ella tenía escondidos.

Considerable debía de ser el número de judíos que en tiempo de san Pablo residían en Damasco, en cuanto por Josefo se sabe que, reinando Nerón, perecieron en el gimnasio diez mil á manos de los habitantes, conjurados contra ellos; y la horrible conjura, añade el historiador, fué meditada y realizada sin que llegaran á saberla las mujeres de Damasco, que en gran número, dice, habían abrazado la religión de Moisés.

La iglesia allí fundada por Ananías tuvo rápido crecimiento, y su sede arzobispal perteneció al patriarcado de Antioquía. El metropolitano de Damasco con siete obispos sufragáneos asistió al concilio de Nicea, y algunos años después, dícese que imperando Teodosio, el principal templo de la ciudad fué transformado en basílica cristiana dedicada á san Juan Bautista. A Justiniano fué debida la construcción de nueva y grandiosa iglesia.

Antemural del imperio bizantino por el lado del desierto, la ciudad de Damasco, á la cual llamaba el emperador Juliano *ojo de Oriente,* hubo de padecer grandes infortunios en las guerras sostenidas contra los persas, hasta que en el año de 634 penetró en ella el islamismo triunfante, sin que desde entonces haya sido jamás recobrada.

Khalid y Abu-Obeidah, generales del califa Abu-Bekr, primer sucesor de Mahoma,

vencen á los ejércitos que vanamente envía Heraclio al auxilio de la asediada ciudad y rechazan cuantas salidas intentan los habitantes, los cuales, después de algunos meses de cerco, solicitan una suspensión de hostilidades. Niégala Khalid, al paso que Abu-Obeidah la otorga, y á éste se rinde la ciudad con promesa de que han de ser respetadas vidas y haciendas y tolerado el culto cristiano, para el que habían de conservarse siete iglesias. Abierta una de las puertas, por ella entró Abu-Obeidah y pacíficamente avanzaba por las calles de Damasco, cuando Khalid se apodera en el opuesto lado de otra puerta débilmente defendida, y adelanta á su vez matando y devastando cuanto se ofrece á su paso. En el centro de la ciudad se encontraron ambos jefes á la cabeza de sus respectivas huestes, y á Abu-Obeidah, más humano que Khalid, costóle no poco trabajo contener el estrago y enfrenar el sanguinario furor de su compañero de armas. Esto fué causa de que se considerase á Damasco como plaza por mitad rendida y por mitad expugnada.

En el año de 661, Moaviah, primer califa de la dinastía de los Omeyas, estableció en Damasco su corte, y en aquella época, llevando á todos lados sus victoriosos pendones, amenazó el islamismo extender sus conquistas á todo el mundo entonces conocido. En Asia quedan subyugadas las más bellas y opulentas comarcas del vasto continente, y es atravesado el Indo y sometido el Indostán; conquistada el Africa, la media luna llega á Europa por España; hundido el reino godo en la funesta rota del Guadalete, pasa los Pirineos y penetra en Francia, en cuyos campos pudo atajar su marcha la vencedora espada de Carlos Martel. Damasco era, pues, capital de un vasto imperio que se extendía desde el mar Atlántico, á poniente, hasta las cumbres del Himalaya, á levante, y opulentos y dados al fausto como eran los Beni-Omeyas, la adornaron con espléndidas obras, entre las que ocupó el primer lugar la gran mezquita. Mas en ella, lo mismo que en sus alcázares y otros suntuosos edificios, emplearon las colunas y los materiales de toda clase que arrancaban de más antiguos monumentos, y la ciudad griega, romana y bizantina quedó destruída para transformarse en otra musulmana.

A la dinastía de los Omeyas sucedió en el año de 750 la de los Abbasidas, y ésta trasladó la corte á Bagdad, ejerciendo su poder en Damasco por medio de gobernadores. Entonces, en medio de las horrendas tragedias en que corrió á ríos la sangre de los perseguidos príncipes de la caída dinastía, pudo librarse uno solo, Abderrahman, quien nacido algunos años antes en el campo de Damasco, pudo fugarse á Africa venciendo mil azares y peligros, y llegar después á España, donde, ayudado por varios jeques de las tribus damascenas y egipcias establecidas en el territorio de Elvira y Jaen, realizó, con el establecimiento del famoso califato de Córdoba, la grandiosa empresa que de tanta trascendencia fué para los destinos de nuestra patria y del Occidente todo.

A fines del siglo IX Damasco y Siria cayeron en poder de Ahmed, que fué el primero de los príncipes Tulunidas de Egipto; pasaron después sucesivamente al de los Ikhchiditas y Fatimitas, los cuales, en el año 1075, fueron vencidos y reemplazados por los Seldjukidas.

A mediados del siglo siguiente, corriendo el año 1148, Damasco fué sitiada por un ejército cristiano. A Tierra Santa habían llegado los guerreros de la segunda cruzada predicada por san Bernardo, y en la militar asamblea de reyes y barones celebrada en Tolemaida fué decidido el ataque de aquella ciudad. Reuniéronse, pues, las tropas en Galilea al comenzar la primavera, y mandadas por Conrado III, emperador de Alemania, Balduino III, rey de Jerusalén, y Luis VII de Francia, avanzaron por Paneas hasta las estribaciones del Ante-Líbano y acamparon junto al pueblo de Dareiya, en los confines de la llanura de Damasco. En aquel tiempo el principado de este nombre, hostigado sin cesar por los latinos y también por los musulmanes de Alepo, quedaba reducido casi á la capital y sus cercanías, y pertenecía á un príncipe por nombre Mudjir-eddin-Anar, que dió pruebas durante el sitio de enérgico y entendido, de astuto y valeroso. Defendían la ciudad por oriente y mediodía altas y fuertes murallas, al paso que por norte y oeste no tenía más reparo que el Barada y sus huertas plantadas de árboles, en las que se habían levantado empalizadas y construído muchas torrecillas para puestos de ballesteros. Por este lado, con la esperanza de encontrar agua y víveres, resolvieron los Cruzados dar comienzo al ataque á pesar de la gran dificultad de la empresa, ya que aquellas huertas, que se extendían hasta el pie del Ante-Líbano ofreciendo el aspecto de frondoso bosque, eran únicamente atravesadas por angostos y sinuosos senderos en los que apenas cabían de frente dos hombres y habían sido además interceptadas por trincheras desde las que podían los sitiados ofender impunemente á los latinos. Emprendió, pues, el ejército su movimiento ofensivo, y aunque mortífera nube de flechas se desprendió de las torres, de las trincheras, de las empalizadas, de las arboledas, de cuantos puntos podían dar refugio á los tiradores, avanzó en orden admirable y con irresistible ardor. Marchaba á la cabeza el rey de Jerusalén seguido de sus barones y de los caballeros del Temple y de San Juan, entre los cuales se hallaba el patriarca llevando el leño de la cruz; á los cristianos de Oriente seguían los cruzados franceses capitaneados por Luis VII, y el emperador de Alemania, con los residuos de sus numerosas legiones, formaba la retaguardia y cuidaba de proteger á todos contra las sorpresas que pudiese maquinar el enemigo. Así, decididos é incontrastables, abriéronse los Cruzados sangriento camino hasta las márgenes del Barada, donde los infieles, arrollados y lanzados de todas sus posiciones, se habían concentrado para tenaz resistencia; y en efecto, en vano se esforzaban los guerreros de Balduino agobiados por el calor, la sed y la fatiga en romper el acerado muro que á su paso se oponía. En aquella situación, imposibilitados los franceses de entrar en combate por la disposición del terreno, el emperador de Alemania, seguidos de unos pocos, pasó á la vanguardia, y cayendo sobre el enemigo en pocos momentos abrió á su alrededor extenso círculo: nada resistía á sus golpes, cuantos contrarios se le ponían delante eran derribados al suelo, cuando un sarraceno de gigantesca estatura y cubierto de relucientes armas, se presentó ante él provocándole á singular batalla. Acepta el reto el emperador cristiano, y ambos ejércitos quedan inmóviles, aguar-

dando anhelantes que uno de los contendientes sea derribado para continuar la lucha. No aguardaron mucho tiempo, pues á poco el guerrero mulsumán perdió la silla: un tajo del emperador había partido su cuerpo en dos mitades, y este prodigio de fuerza y denuedo aumentó el valor de los cristianos y sembró el espanto entre los infieles, tanto que abandonaron á aquellos la posesión del río y corrieron á refugiarse en la ciudad. Y ni aun en ella se consideraron seguros; cuentan los autores orientales que aquellos habitantes se entregaron á públicas expiaciones, expuesto en la gran mezquita el libro del Corán, hasta que, transcurridos algunos días, formaron resolución de abandonar la plaza por las puertas del mediodía llevando consigo sus familias y tesoros. Para detener la marcha de los sitiadores y disponer para su fuga del tiempo necesario tendieron cadenas en las calles que dan á las huertas y amontonaron en ellas toda clase de obstáculos.

Tan ciertos estaban los Cruzados de hacer suya la ciudad de Damasco que ya no se trataba entre los capitanes sino de quién había de recibir en feudo el principado, confianza que fué su perdición. Teodorico de Alsacia, conde de Flandes, obtúvolo del emperador y del monarca francés, y esto, al entibiar el ardor guerrero de los demás pretendientes, fué causa de sumo disgusto para los barones de Oriente. De ahí divisiones y discordias en la hueste, de las cuales supo aprovecharse hábilmente en sus negociaciones el príncipe musulmán hasta dar tiempo á que le llegara el refuerzo de veinte mil kurdos y turcomanos, decididos á defender la ciudad. Los Cruzados, variando el punto de ataque por consejo de los cristianos de Oriente, evacuaron la huerta para establecerse á oriente y mediodía, donde creían poder armar con mayor facilidad sus ingenios de batir; y cuando habían dado algunos infructuosos asaltos y comenzaban á sentir escasez de víveres y agua, supieron que los príncipes de Alepo y de Mosul reunían numerosas fuerzas para acudir en auxilio de la sitiada ciudad. Desalentados entonces y perdida la esperanza de expugnarla, levantaron el cerco, quedando á poco abandonada la empresa de la segunda cruzada, cuyos preparativos habían llenado con su fama Europa y Asia.

Dice una crónica oriental, como circunstancia notable de este sitio, que Ayub, tronco de la dinastía de los Ayubitas, mandaba las tropas de guarnición en Damasco, y que á su lado estaba su hijo Saladino, futuro conquistador de Jerusalén. El primogénito de Ayub fué muerto en una de las salidas, y los habitantes le erigieron un sepulcro de mármol que se veía aún siglos después al pie de los muros de la ciudad.

Transcurridos cinco años, en el de 1153, caía Damasco en poder de Nureddin, quien la embelleció con notables edificios y numerosas fuentes, y aumentó sus fortificaciones. En 1177 fué otra vez amenazada por los latinos; éstos llegaron victoriosos hasta sus cercanías, y de ellas se alejaron cargados de botín y mediante el crecido rescate que les pagó el emir que allí mandaba en nombre de Saladino. Durante el reinado de este califa fué Damasco la base de sus grandes operaciones militares.

En el año de 1260 rindióse sin resistencia á los mogoles capitaneados por Hulaku;

el castillo mantuvo cerradas sus puertas y fué tomado por fuerza de armas. Hulaku otorgó á los cristianos de la ciudad grandes franquicias, pero todas las perdieron al volver á poder de los musulmanes. Al sultán Bibars debióse la reconstrucción de la ciudadela.

Conquistada por Tamerlán en 1401 fué entrada á sangre y fuego por las feroces hordas del conquistador tártaro; los famosos armeros, los forjadores de las ponderadas hojas damasquinas fueron casi todos conducidos en cautiverio á Samarcanda, adonde llevaron el secreto de su oficio. De la horrible catástrofe recobróse poco á poco la ciudad merced á las ventajas de su posición y á la industria de sus moradores.

En ella dominaron los mamelucos de Egipto, y finalmente, en el año de 1516, fué agregada á los vastos dominios de Selim I, sultán de los turcos; desde entonces no ha cesado de pertenecer al imperio otomano, siendo capital de importante bajalato.

En nuestros días, en 1860, fué teatro de espantosa matanza de cristianos; un artículo del tratado celebrado en París en 1856 que limitaba la facultad de intervención de los agentes extranjeros, y el levantamiento de la India contra los ingleses atizaron el fuego del fanatismo musulmán, vivaz en Damasco más que en otras ciudades del imperio. Ahmed, así se llamaba el bajá, nada hizo para contener á los drusos, armados contra los cristianos, sino que, por el contrario, dióles desde el cuartel inmediato á su residencia la señal de la matanza, fraternizando los soldados con el vil populacho en la devastadora empresa. El día 9 de julio comenzaron las horribles escenas, y en breve fué el barrio cristiano, excepto los consulados de Inglaterra y Prusia, inmensa hoguera, donde fueron sus moradores asesinados á miles; ni aun en las casas de los musulmanes pudieron encontrar asilo los infelices cristianos; de ellas fueron arrancados y muertos, y muchos fueron también los religiosos sacrificados al pie mismo del altar, al tiempo que innumerables mujeres, destinadas á cruel cautiverio, eran llevadas á los harenes de los verdugos de sus padres, esposos ó hermanos.

El presbítero Lavigerie, después arzobispo de Argel, que fué á la tierra de Siria y permaneció algún tiempo en Damasco á poco de acaecidos los cruentos sucesos con objeto de repartir entre las víctimas las limosnas de Francia y de Europa, escribió sobre ellos lo siguiente:

«Así que pudimos salir á la calle nos dirigimos, guiados por un trujamán del consulado de Francia, al barrio que fuera antes morada de los cristianos. El espectáculo que se ofreció entonces á mi vista no se borrará jamás de mi memoria: la ciudad cristiana (así puede llamarse, pues formaba una población del todo separada) contaba unos treinta mil habitantes y dos mil casas, con iglesias y conventos, entre éstos los de los Lazaristas, Hermanas de la Caridad y Franciscanos. Pues bien, de estos treinta mil cristianos, habían perecido unos ocho mil, muertos en la ciudad ó asesinados en su fuga; de las casas ni una sola quedaba en pie: todas habían sido destruídas y devastadas de tal manera que no se veía en ninguna ni un solo rincón habitable.

Los moradores de Damasco comenzaron por robar todos los objetos de precio; acudieron luego los de los arrabales; á éstos siguieron los aldeanos de las cercanías, y hasta los beduinos dejaron el desierto para tomar parte en la sangrienta rapiña. Subimos á un alminar levantado, según es costumbre, en medio del barrio cristiano, alminar que había sido por los turcos religiosamente respetado, y desde allí pudimos abrazar en todo su horror aquel cuadro de desolación: como si un terremoto hubiese arrancado de sus cimientos todas aquellas casas y las hubiese lanzado unas contra otras, no se alcanzaban á ver en parte alguna ni residuos de un edificio regular: por completo habían desaparecido bajo informes montones de escombros. Mal digo; uno, uno solo permanecía en pie como testimonio vivo de la ingratitud y del fanatismo de los mahometanos, y era el de las Hermanas de la Caridad, á cuyas puertas con tanta frecuencia llamaran en busca de limosnas, de cuidados y de medicinas. Como los otros, había sido saqueado, y aunque es cierto que no lo derribaron, las señales dejadas por las llamas en todas las aberturas indicaban claramente hasta qué punto habían respetado el domicilio de sus bienhechoras... Al bajar del alminar nos encaminamos al convento franciscano, ó por decir mejor, á sus ruinas. En él se hallaban en aquel durísimo trance ocho religiosos españoles, dignos en verdad por su valor de representar á su católica nación; á los primeros gritos de muerte cerraron los frailes la puerta del convento, desde el cual oían entonar por el populacho un canto de exterminio cuyas estrofas acababan con estas palabras: «Grata cosa es verter sangre cristiana.» En nombre de Abd-el-Kader propusiéronles acompañarlos á la ciudadela ó al palacio del emir; pero á todo se negaron, queriendo ser hasta el fin, según el nombre que llevan en Oriente, los guardianes de su santuario, y sabiendo á lo que, obrando así, se exponían. En efecto, á las pocas horas una horda enfurecida se lanzó contra el convento; como la puerta resistió á todos los esfuerzos pusiéronle fuego, y entre llamas y humo entraron los asesinos. — Haceos turcos, gritaron á los religiosos que los estaban aguardando, y tendréis salva la vida. — Somos cristianos, — dijeron todos á una, y en un instante fueron muertos. En medio del huerto claustral hay un pozo de bastante profundidad; á su boca nos acercamos andando por entre escombros, y en el fondo, cubiertos con sus desgarrados hábitos, vimos los cadáveres de los heroicos mártires.»

En tan horribles circunstancias, mientras el bajá permanecía en inacción completa, Abd-el-Kader, seguido de sus argelinos, se opuso con noble arrojo al ciego furor de sus correligionarios, y logró librar de segura muerte á más de mil y quinientos cristianos, entre los cuales se contaron los Lazaristas, las Hermanas y sus huérfanas en número de doscientas, muchos sacerdotes maronitas, griegos y sirios y algunos cónsules. Estos sucesos motivaron, conforme sabemos, la última expedición francesa á las playas de Siria.

Conocida ya en resumen la historia de la ciudad, cuyos muros tenemos á la vista, andemos la escasa distancia que de ella nos separa, y sigamos la carretera hasta que nos deje en la puerta.

La ciudad de Damasco propiamente dicha, comprendida en su antiguo murado recinto que existe aún en gran parte, aunque varias veces restaurado, forma una elipse de mil y setecientos metros á lo largo por ochocientos y cincuenta en su mayor anchura; la muralla que la cierra fué construída en un principio con hermosos sillares, perfectamente ajustados, como lo atestiguan las hiladas inferiores; las superiores, por el contrario, conócense ser resultado de reconstrucciones de distintas y más modernas épocas. Flanqueábanla cuadradas torres distantes entre sí unos treinta metros, y sobre sus bases rectangulares levantaron luego los árabes torres semicirculares con piedras de diferentes tamaños, pero en general de menores dimensiones, siendo de creer, escribe M. Guerin, que de practicarse catas en la base de la muralla se descubriría, sin gran

Bab-ech-Cherki ó Puerta Oriental, en Damasco

trabajo, todo el recinto primitivo, idéntico seguramente al de hoy, en cuanto Damasco,

que tuvo desde su origen gran importancia, habrá sido siempre reconstruída sobre los mismos fundamentos. De cuatro kilómetros es la extensión de su perímetro, y no pudiendo haber contenido más allá de cien mil habitantes, la ciudad, antes como ahora, hubo de tener arrabales, pues es presumible que su población, en las épocas de su gran esplendor, llegase á doscientas mil almas.

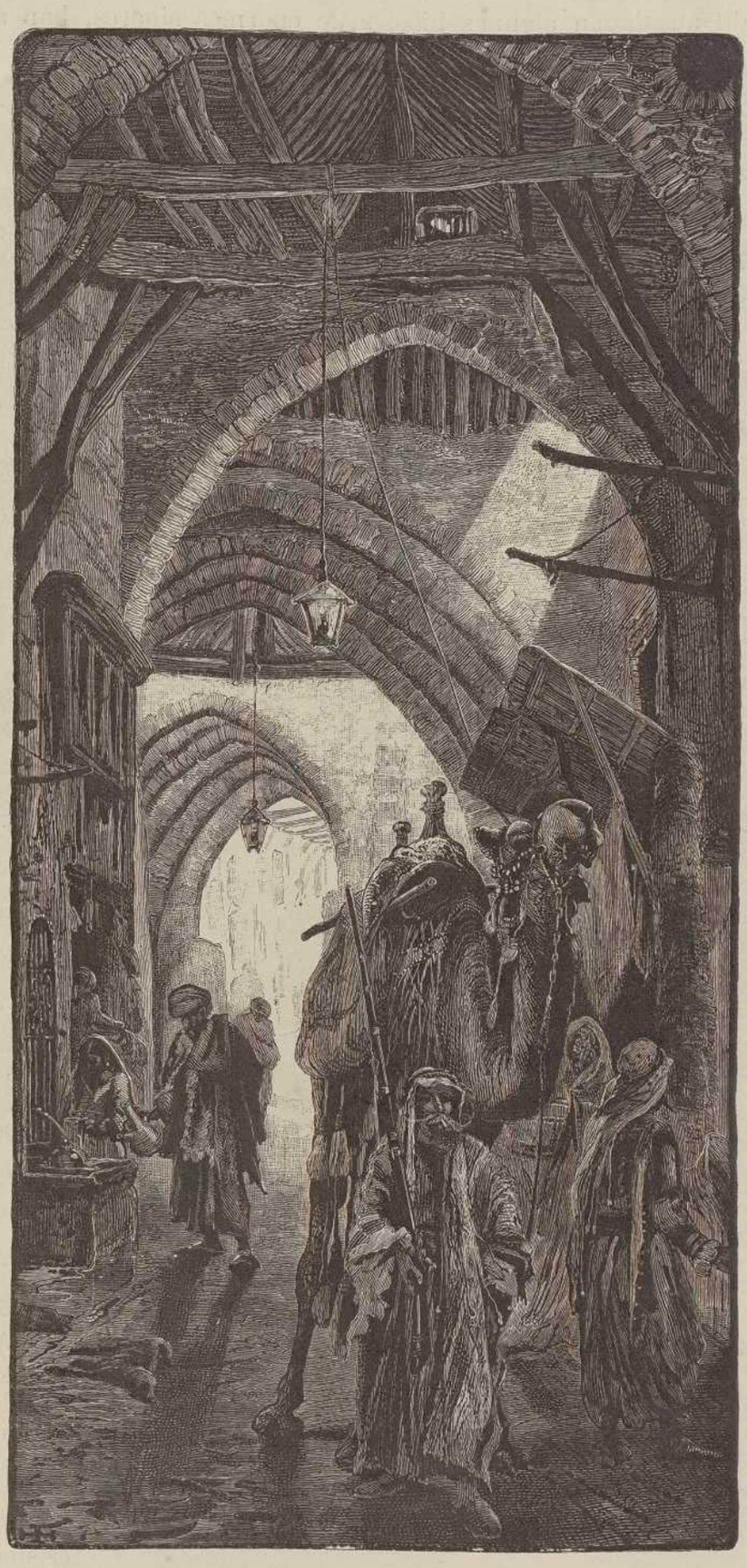
Nueve puertas daban entrada á la ciudad, la cual, en cuantos puntos no la protegía el Barada, era defendida por ancho foso, en el día cegado en gran parte, y por un antemuro casi del todo destruído. Era entre todas notable la llamada hoy *Bab-ech-Cherki* (puerta Oriental), verdadero arco de triunfo y obra romana de monumental carácter; fórmanla tres huecos ó arcadas, una central de nueve metros de ancho por once y medio de altura, y dos laterales de menores dimensiones; la del centro ha sido hace siglos condenada por los musulmanes, lo propio que la meridional, y la del norte es la única abierta y la que sirve en el día. Defiéndela arábiga torre de ruinosas almenas, rematada en alminar, y de ella arranca larga calle, muy angosta hoy, pero ancha en otro tiempo de treinta metros y adornada con dos hileras de colunas corintias que la separaban en tres divisiones correspondientes á las tres aberturas, y se prolongaban hasta la opuesta puerta de Occidente (en el día *Bab-el-Djabiah)* en una extensión de mil quinientos y treinta metros. Las colunas han desaparecido hace tiempo, destrozadas, arrancadas ó enterradas entre escombros, y al excavar el suelo para sentar los cimientos de las actuales casas se han hallado con frecuencia residuos de las mismas y hasta las bases en su propio sitio. Esta calle será para siempre famosa por haber sucedido en ella lo que de san Pablo queda referido. *Derb-el-Mustakim* la llaman los árabes, y enclavada en el barrio judío como en tiempo de los Apóstoles, forma hoy límite y separación entre aquél y el de los cristianos; á causa de las modificaciones que ha tenido dista hoy mucho de merecer el nombre de Recta; es, por el contrario, tortuosa al igual que las otras calles de Damasco, y es imposible abrazarla con la vista y de una vez en toda su extensión. En el área que ocupó la casa de Judas, donde se hospedó el Apóstol de las gentes, se levanta hoy un oratorio musulmán, pues tal transformación ha debido experimentar la iglesia allí erigida desde los primeros tiempos del cristianismo.

Fuera de la puerta Bab-ech-Cherki, á poca distancia hacia el este, vense grandes montones de escombros; las excavaciones en aquel punto practicadas manifestaron haber existido en aquel punto antigua fábrica de la pintada y reluciente loza que fué una de las industrias que dieron nombre á Damasco. No lejos de allí un hospital de leprosos, hoy abandonado y ruinoso, ocupa, á creer la tradición, el propio lugar de la casa de Naaman, quien, en testimonio de gratitud por su curación milagrosa, transformó su morada en asilo para los atacados de la horrible dolencia. La obra actual, por lo menos en lo que está á la vista, es puramente musulmana.

Si desde aquella puerta nos dirigimos hacia el mediodía veremos en un ángulo de la muralla fuerte torre, en cuya construcción entraron varios materiales más

antiguos; fué debida á Malek es-Salih, uno de los últimos Ayubitas, en el año de 1249. Hoy está cayendo en ruinas.

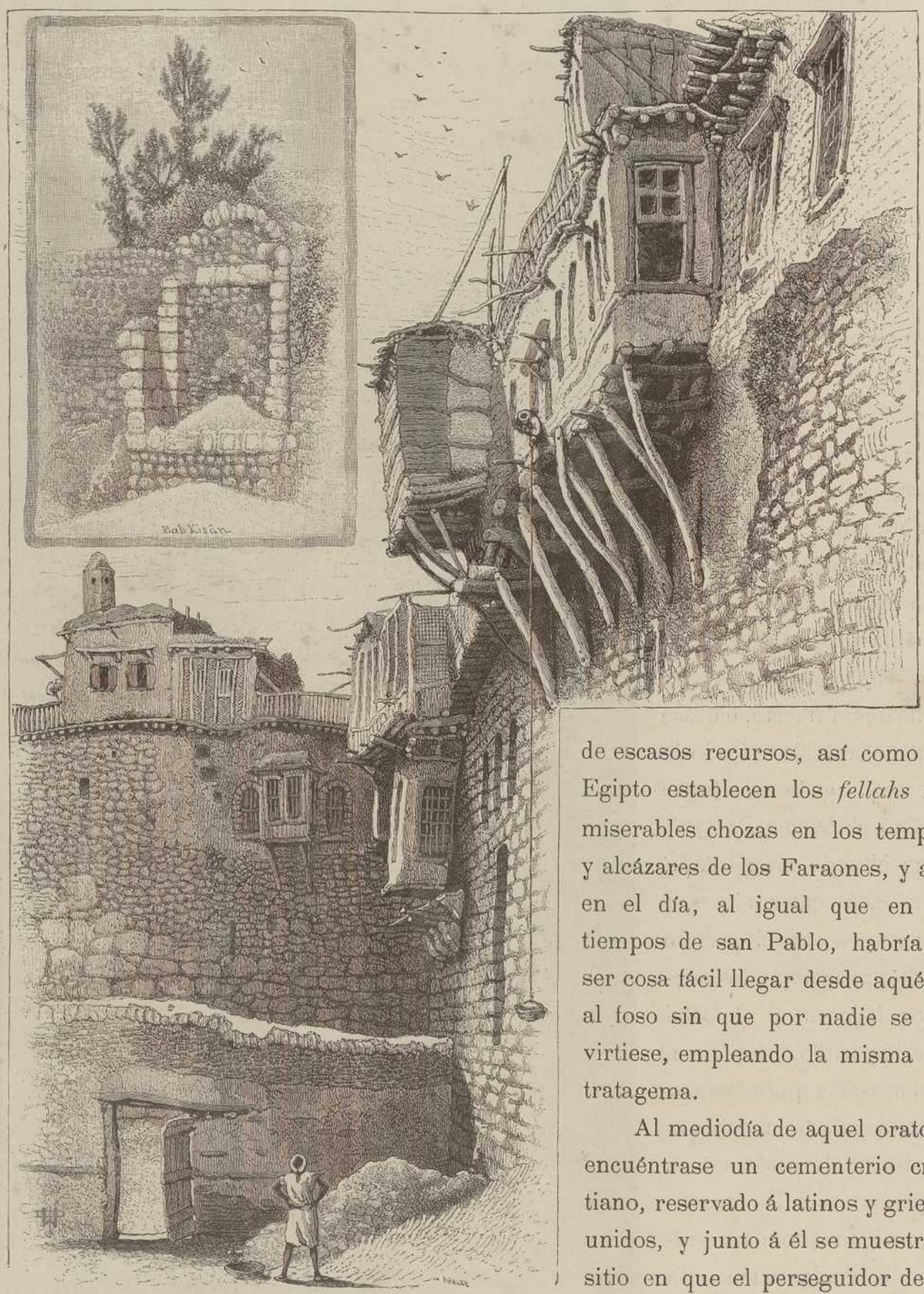
Si tomando ahora hacia oeste andamos unos quinientos pasos llegaremos á una segunda puerta, hoy condenada, que debe su nombre de *Bab-Kisan* á un gobernador asimismo llamado, el cual la construyó á mediados del siglo VII, en sustitución de otra más antigua. La torre inmediata, aunque puramente arábiga, es llamada de San Jorge, á causa de llevar este nombre uno de los soldados que la guarnecían al tiempo de la evasión de san Pablo, por él favorecida ó consentida. En sus cercanías, en medio de un huerto, elévase pequeño oratorio rodeado de una verja, y de este lugar escribió el *Devoto Peregrino* en el siglo XVII: «Aquí dicen está enterrado san Jorge, que era el portero que dió lugar á que los cristianos bajasen al Apóstol por este portillo, y á quien el rey por esto le quitó la vida. A este sepulcro acuden con grandísima devoción así los cristianos como los turcos, y dan algunas vueltas alrededor, sanando muchos de sus enfermedades.»



La calle Recta

Por aquel punto, en efecto, fué bajado el Apóstol metido en una espuerta, y todavía se enseña al viajero

el sitio de la nocturna evasión. En la muralla, muchas veces reparada, cuya antigüedad allí atestiguan algunas hiladas de enormes sillares, han apoyado sus casitas familias



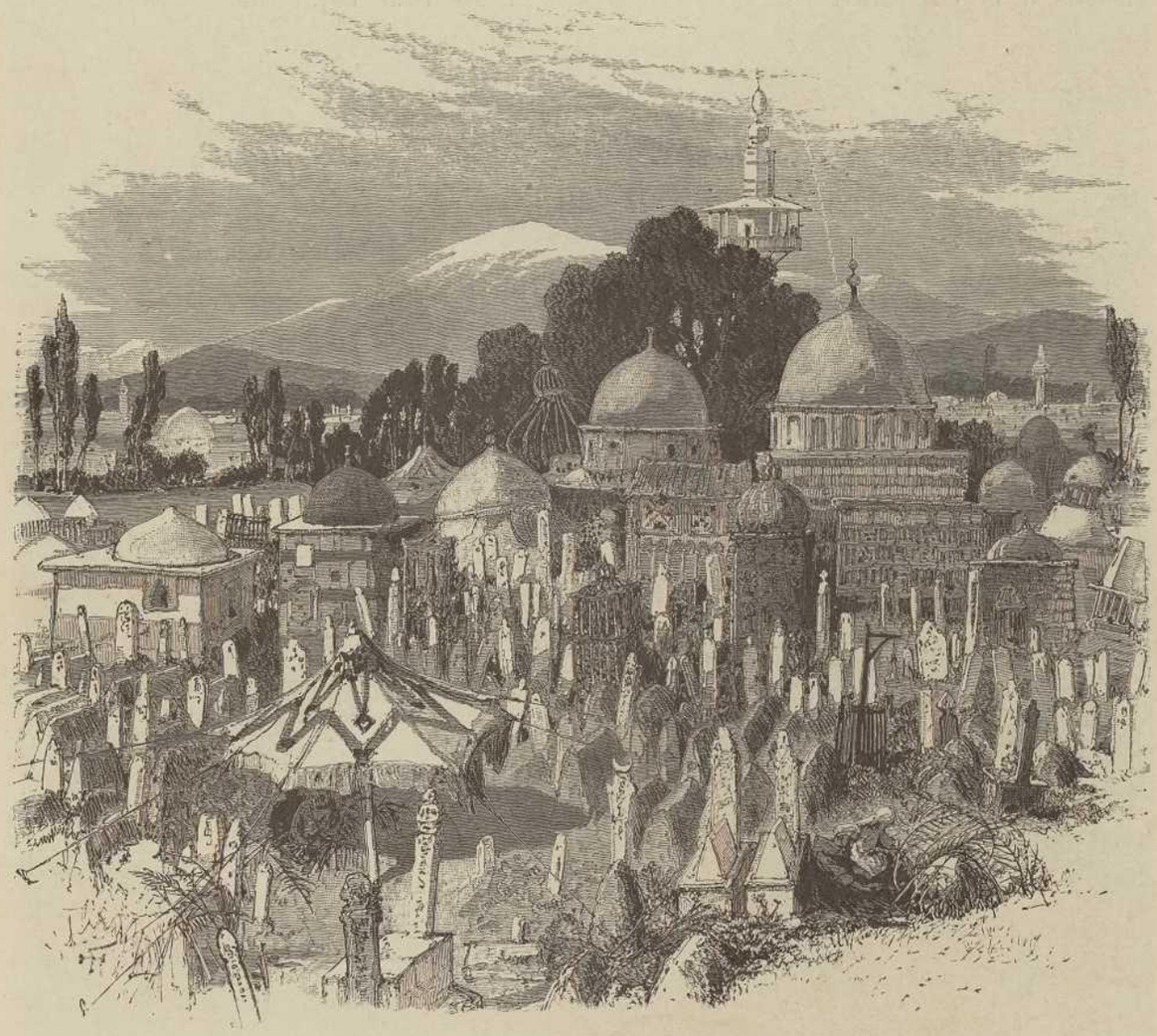
PUERTA BAB-KISAN.—CASAS APOYADAS EN LA MURALLA

de escasos recursos, así como en Egipto establecen los *fellahs* sus miserables chozas en los templos y alcázares de los Faraones, y aun en el día, al igual que en los tiempos de san Pablo, habría de ser cosa fácil llegar desde aquéllas al foso sin que por nadie se advirtiese, empleando la misma estratagema.

Al mediodía de aquel oratorio encuéntrase un cementerio cristiano, reservado á latinos y griegos unidos, y junto á él se muestra el sitio en que el perseguidor de los cristianos fué derribado al suelo y en medio de celestes resplandores oyó una voz divina que le dijo: «Saulo, Saulo ¿por qué me persigues?» De la iglesia erigida por los fieles en el lugar del milagro nada

queda hoy allí, pero á él se dirigen cada año en procesión los cristianos de Damasco el día de la Conversión de san Pablo.

Esta es la tradición común y generalizada; pero existe además otra, á la que se señala antigüedad mayor, que coloca el milagroso suceso en las cercanías del pueblo de Kokab, situado á unos doce kilómetros al sudoeste de Damasco. Existen allí, en el camino más frecuentado que lleva de Jerusalén á dicha ciudad, residuos de un edificio orientado de oeste á este y aun conocido por los naturales con el nombre de *El-Kenisch*



Cementerio musulmán inmediato á la puerta Bab-es-Sehir

(la iglesia), consistentes en el dintel de una puerta y dos trozos de coluna; lo demás ha desaparecido enterrado entre escombros y también oculto por tumbas musulmanas. Este fué, según los autores partidarios de la segunda tradición, el templo de que hablan los antiguos monumentos, y los que así opinan aducen en confirmación el nombre de *Tell Mar Bulos* (colina de San Pablo) que lleva desde tiempo inmemorial la inmediata colina.

Continuando ahora nuestra rápida excursión alrededor del antiguo recinto de Damasco, vense, dejando á la espalda la puerta llamada Bab-Kisan, los residuos de una muralla exterior paralela á la primera ó interior; á Ibraim-Bajá debióse la orden

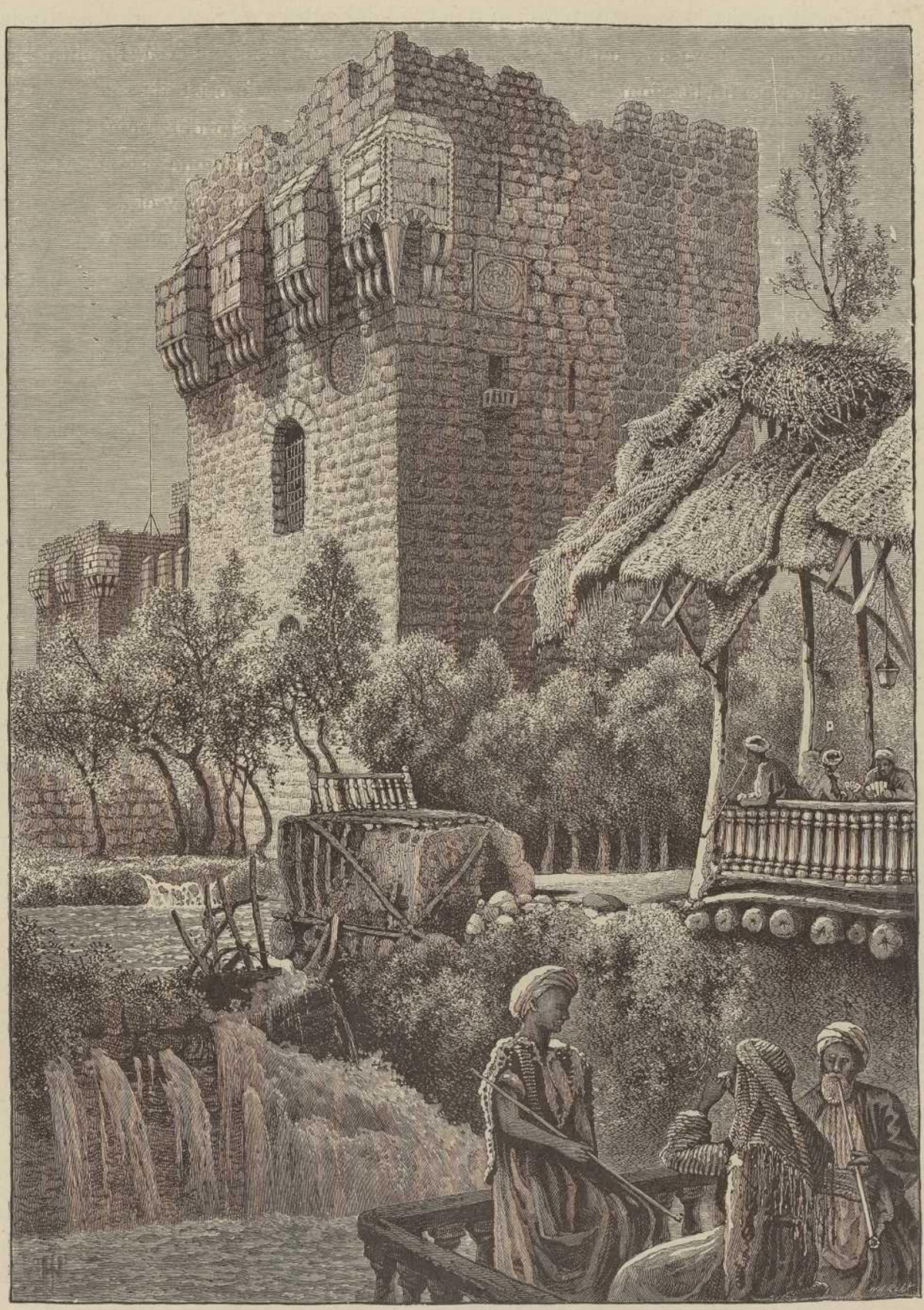
de su derribo. A poco, sin abandonar la cortina meridional, éntrase en inmenso arrabal que se extiende á lo lejos á poniente y mediodía, llevando su principal barrio el nombre de *El-Meidan* (el Hipódromo), y desde este punto la antigua muralla interior desaparece oculta casi toda por las casas que se han levantado junto á sus lienzos y torres; sólo á raros intervalos alcánzase aún á verla, y de este modo se llega á la puerta llamada *Bab-es-Sehir* (la Pequeña). Aquí las dos antiguas murallas se conservan en pié y en ellas se abren dos puertas que, si bien con modificaciones arabescas, denotan ser anteriores á la conquista mahometana. Extiéndese á la izquierda vasto cementerio

Entrada de Damasco por el lado de occidente
A la derecha el Tekieh ú hospicio musulmán de los peregrinos

musulmán, bosque de sepulcros, cubriendo ondulado suelo. En él reposan Fátima, la hija del Profeta, y dos mujeres de éste; la cúpula que cobija su sepultura es de construcción moderna. Lo mismo que á los otros cementerios mahometanos situados alrededor de la ciudad, acuden á éste los viernes muchas mujeres musulmanas envueltas en blanco manto para orar por sus difuntos; llevan todas una ramo de mirto y un vaso de agua, ofrenda que renuevan todas las semanas.

Llegamos luego á la puerta occidental ó *Bab-el-Djabiah,* así llamada por conducir en otro tiempo á inmediata aldea de este nombre; término occidental de la calle Recta, de la cual era la *Bab-ech-Cherki* el principio oriental, componíase, como ésta, de tres arcadas, una central y dos laterales más pequeñas. De ellas sólo queda abierta la del

sur, enclavadas como están las otras en modernas construcciones, y por la inscripción en ella esculpida sábese que Nureddin costeó su reparación.



Ciudadela de Damasco

Grupos de casas ocultan en varios puntos la muralla hasta que se llega á *Bab el-Hadid* (la Puerta de Hierro); en este punto es doble el muro, y por lo tanto son también

dos las aberturas, mostrando gran antigüedad en su parte inferior; la obra superior de las puertas es relativamente moderna.

A nuestra izquierda veremos el *Serai* ó palacio del gobernador, al cual están unidos por el lado oriental vastos cuarteles, cuya construcción es debida á Ibrahim-Bajá. De uno de ellos partió la señal en el año 1860 para la matanza de cristianos.

A poca distancia de la Puerta de Hierro, en el ángulo noroeste del recinto, álzase la ciudadela *(El-Kasr),* formando un cuadrilátero irregular que mide de este á oeste doscientos y cincuenta metros y varía de norte á sur entre este número y el de doscientos. Flanquéanla doce torres cuadradas, está construída con sillares de bella apariencia, y es anterior, á lo que se cree, á la ocupación de los romanos, por lo menos en lo que toca á sus cimientos; aquéllos, los bizantinos luego y los árabes después harían en la fortaleza sucesivas reparaciones y obras nuevas. Abundan en la muralla las inscripciones arábigas, y una de ellas dice haberse construído en el año 580 de la hégira (1219 de la era cristiana). Tiene el foso seis metros de anchura por cuatro y medio de profundidad, y á él puede llevarse el agua del Barada que corre inmediato á su lado septentrional. Una puerta al oeste y una poterna al este dan entrada á la ciudadela, mas los extranjeros con dificultad la obtienen; sépase, empero, que si mirada la fortaleza desde fuera agrada é impone por la elevación y espesor de la muralla y por el guerrero aspecto de sus torres, sucede á esta impresión otra distinta y penosa en quien, una vez dentro, contempla el estado de abandono y ruina en que va cayendo el grandioso edificio. Muchos de los subterráneos almacenes está vacíos, y en lo que lleva el nombre de arsenal sólo se encuentran armas antiguas, roídas de orín, entre ellas gran número de flechas y arcabuces, y algunas mohosas piezas de artillería de remota fecha. Allí se guarda el venerado pabellón que lleva consigo á la Meca la anual caravana de los peregrinos.

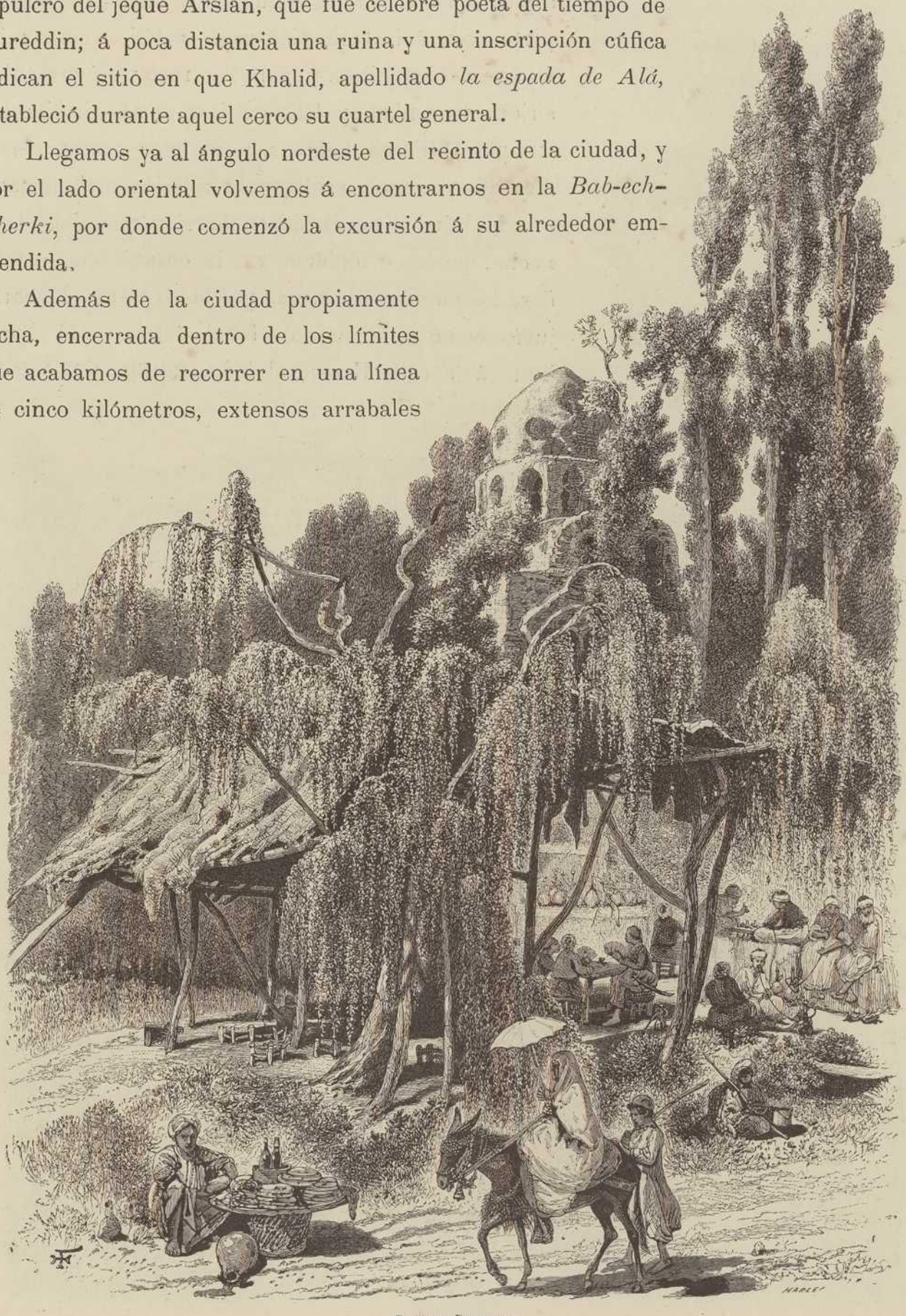
Siguiendo la dirección que nos indica la cortina septentrional del muro encontraremos la puerta llamada *Bab-el-Faradj* y también *Bab-el-Menakhlieh,* en seguida la *Bab-el-Faradis,* designada por algunos con el nombre de *Bab-Amara,* y después la *Bab-es-Selam,* puertas cuyas obras inferiores datan de gran antigüedad; las superiores ó de restauración se atribuyen á Nureddin. Las aguas del Barada lamen en este punto el recinto, y en las umbrosas márgenes del río se han establecido lujosos cafés y amenos y públicos jardines, donde suelen pasar largas horas los moradores de Damasco.

La *Bab-Tuma,* ó puerta de Tomás, que se ofrece después á nuestra vista, debe su nombre á un famoso guerrero cristiano yerno del emperador Heraclio, el cual, en la época del triste asedio del año de 634, supo reanimar con su patriótico denuedo el abatido espíritu de los sitiados. A su esfuerzo fué debida la resistencia opuesta á las legiones musulmanas, y las audaces acometidas que varias veces hicieron á éstas dudar de la victoria. El dintel de la puerta es, en efecto, muy antiguo, por más que la inscripción arábiga que en él se lee y que sin duda ha sido sobrepuesta, menciona el nombre del sultán Kelaun el año 634 de la hégira. De aquí parte el camino que siguen las caravanas de Homs (la antigua Emessa), Palmyra y Bagdad.

Al nordeste de la puerta de Tomás muéstrase, en un cementerio musulmán, el sepulcro del jeque Arslan, que fué célebre poeta del tiempo de Nureddin; á poca distancia una ruina y una inscripción cúfica indican el sitio en que Khalid, apellidado *la espada de Alá*, estableció durante aquel cerco su cuartel general.

Llegamos ya al ángulo nordeste del recinto de la ciudad, y por el lado oriental volvemos á encontrarnos en la *Bab-ech-Cherki*, por donde comenzó la excursión á su alrededor emprendida.

Además de la ciudad propiamente dicha, encerrada dentro de los límites que acabamos de recorrer en una línea de cinco kilómetros, extensos arrabales

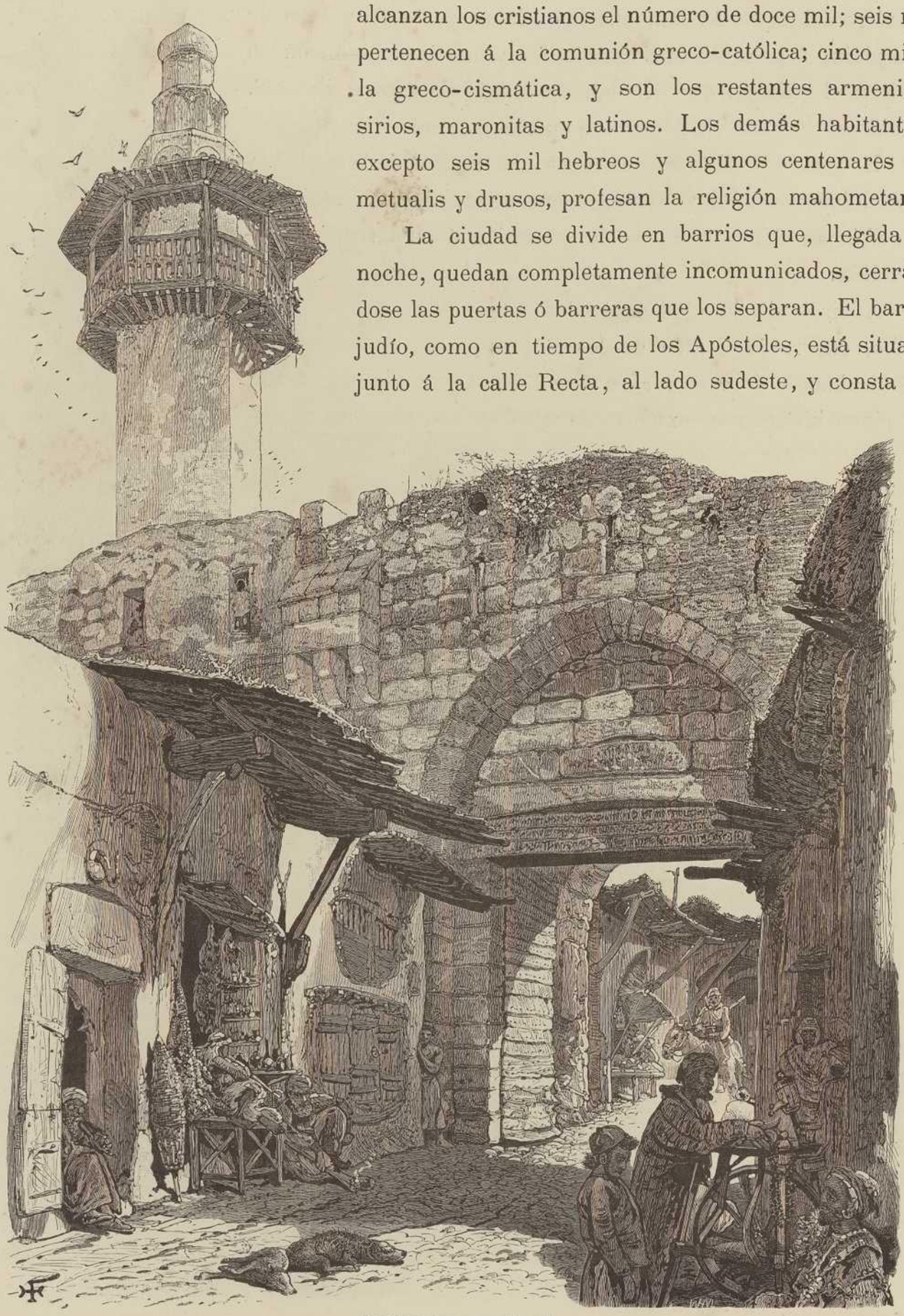


Café en Damasco

mucho más vastos que aquélla rebosan, por decirlo así, de su perímetro y se extienden hasta muy lejos hacia noroeste y sudoeste.

Es la población de Damasco de unas ciento y cincuenta mil almas, entre las que alcanzan los cristianos el número de doce mil; seis mil pertenecen á la comunión greco-católica; cinco mil á la greco-cismática, y son los restantes armenios, sirios, maronitas y latinos. Los demás habitantes, excepto seis mil hebreos y algunos centenares de metualis y drusos, profesan la religión mahometana.

La ciudad se divide en barrios que, llegada la noche, quedan completamente incomunicados, cerrándose las puertas ó barreras que los separan. El barrio judío, como en tiempo de los Apóstoles, está situado junto á la calle Recta, al lado sudeste, y consta de



BAB-TUMA (PUERTA DE TOMÁS)

muchas callejuelas con diez sinagogas y varias escuelas. Muchos de sus moradores, dados al comercio y á la banca, poseen grandes capitales, y sus casas, con exterior

apariencia de pobreza, tienen fama de gran lujo interior y pasan por las mejores de Damasco.

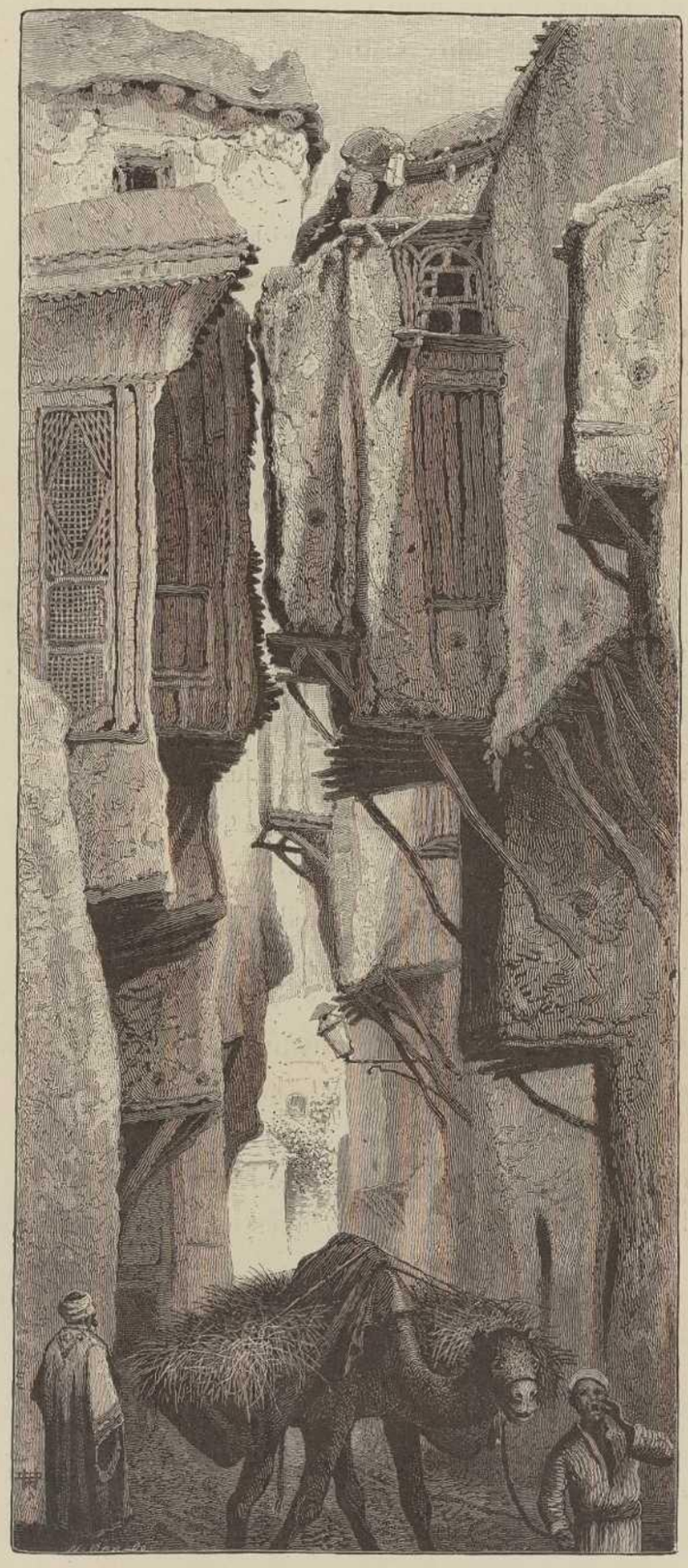
Junto á este barrio se encuentra el cristiano, ocupando casi toda la parte oriental de la ciudad, y en él existían no ha mucho huellas muy visibles aún de los horrores del año de 1860; de aquellas sangrientas ruinas han ido saliendo el nuevo caserío y gran número de iglesias y escuelas, entre las que son notables las de los Padres Lazaristas, Jesuitas y Franciscanos y la de las Hermanas de San Vicente de Paul. El hospital que éstas sostienen, como antes de aquella catástrofe, continúa siendo refugio y consuelo de todas las miserias é infortunios, y cada día se ve concurrido por gran multitud de la ciudad y de los pueblos cercanos, drusos, metualis, kurdos, árabes y beduinos, que van en busca de medicinas, de cuidados y remedios gratuitos. A sus clases concurren doscientas y cincuenta niñas. Armenios, maronitas y sirios tienen también templos propios y establecimientos de beneficencia y enseñanza, lo mismo que los griegos católicos; éstos poseen una catedral de tres naves, espaciosa y elegante, reconstruída sobre los residuos de la antigua, la cual fué teatro en 1860 de espantosas y abominables escenas.

Existe aún en este barrio y es objeto de la veneración pública la casa de Ananías, del piadoso discípulo de Jesucristo que instruyó y bautizó á san Pablo. «Lo primero, dijo el *Devoto Peregrino* al hablar de los santuarios de su tiempo, fuimos á la casa de Ananías, lugar ó cueva que está debajo de tierra, sobre la cual los cristianos labraron una muy grande iglesia: mas hoy está destruída y no ha quedado sino la gruta ó cueva. No sólo los cristianos, sino también los turcos la tienen en gran veneración; éstos, á cuyo cargo está hoy día, conservan en ella muchas lámparas encendidas, y es cosa maravillosa y experimentada entre ellos que, en estando enfermos, van muchos y duermen allí una noche en unas esterillas que hay, y luego á la mañana salen muchos sanos y buenos.» Alzado, en efecto, el terreno inmediato á consecuencia de derribos y sucesivas reconstrucciones, el área de la casa de Ananías se encuentra en nivel mucho más bajo que la calle y hay que bajar á ella por medio de quince escalones. Convertida hace tiempo en capilla, es ahora pertenencia de los cristianos.

Es de tradición que el agua de la fuente que existe junto á este lugar, sirvió á Ananías para el bautizo del convertido Saulo.

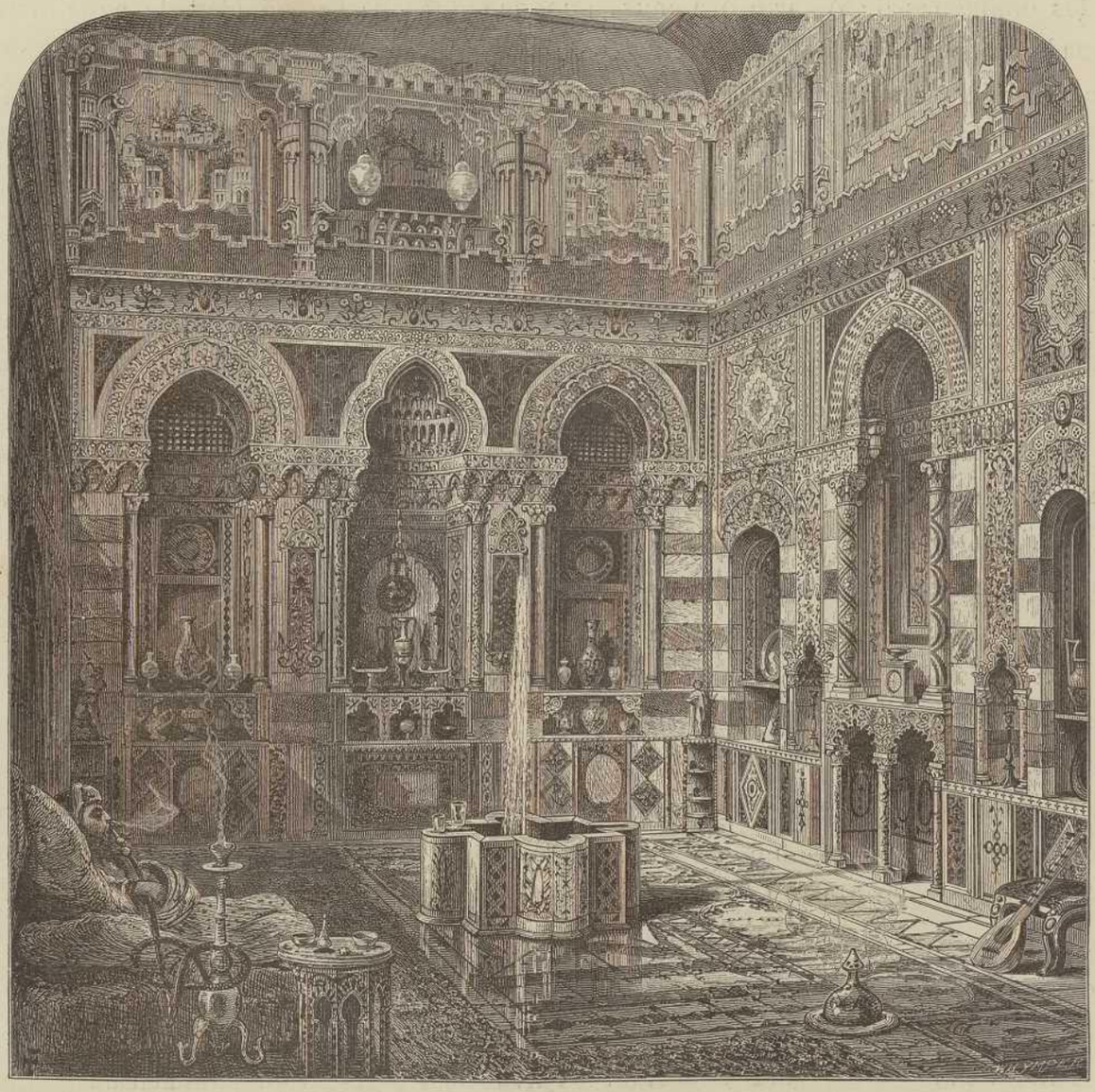
Excepto los dos barrios cristiano y judío, pertenecen á los musulmanes todos los demás de la ciudad; por ella no hace muchos años que no podían transitar los cristianos á caballo, hasta que Ibrahim-Bajá declaró abolida la humillante prohibición. El aspecto de Damasco, como el de casi todas las grandes poblaciones de Oriente, seduce y cautiva desde lejos, pero el encanto se desvanece ó por lo menos disminuye mucho á las pocas horas de penetrar por sus puertas. Son las calles por lo común tortuosas y tan estrechas, que en muchas casi se tocan los balcones ó miradores de los opuestos lados, pudiéndose observar en todas por su desaseo la incuria mahometana. Las casas son bajas, de mala construcción, de pobre aspecto, y más bien que en la capital de una floreciente

provincia de Asia podría creer el viajero hallarse en vasto villorrio á no encontrar de trecho en trecho grandiosos edificios, mezquitas, gigantescos muros, altas torres, espléndidos bazares, anchurosas plazas por las que discurre innumerable concurso. Según arábiga costumbre, nada en la parte exterior de las casas descubre la suntuosidad, la lujosa elegancia con que muchas reunen en su interior todas las maravillas de la opulencia oriental. Vastos patios, marmóreos surtidores, odoríferos grupos de naranjos y limoneros entrelazados con rosas y jazmines, salas con blandas y ricas alfombras y divanes con magníficos almohadones; techumbres artísticamente labradas, raros y pulidos mármoles, esbeltas colunas, elegantes arcos, paredes que recréan la vista con sus dorados y caprichosos arabescos, lámparas y arañas que de noche despiden raudales de luz, jarrones de flores, preciosos muebles, todo dentro de aquellas suntuosas viviendas, por fuera tan modestas por no decir pobres, presenta la imagen de la riqueza y de la esplendidez. No penetran allí los ardores del verano; deliciosa temperatura reina en ellas, junto con el silencio, la poesía y la calma, y realizan, en una palabra, las poéticas maravillas pintadas en las *Mil y una Noches*. Las ventanas son estrechas y altas para que circule el aire libremente, y una ó dos fuentes murmuran en el centro ó en los ángulos de la sala. Y no son sus dueños exclusivamente musulmanes; armenios hay y también varios judíos poseedores de estas regias aulas, que son verdaderos portentos de opulencia y arte.



Una calle de Damasco

Hay en Damasco muchas mezquitas, pero algunas en ruinoso estado; sus esbeltos alminares que rasgan el espacio y desde los que la voz de los almuédanos llama varias veces al día los creyentes á la oración, causan á lo lejos muy pintoresco efecto, y completan el que producen las armoniosas curvas de sus hermosos cimborios. Las hay construídas con piedras alternativamente blancas y negras, calizas aquéllas y basálticas éstas. Las colunas que las adornan, procedentes en gran parte de monumentos más



Salón de una casa de Damasco

antiguos, son de mármol, de piedra del país y también de pórfido, rematando sus fustes monolitos en capiteles bizantinos ó árabes. Las hojas de las puertas ofrecen en muchos de estos edificios finas y delicadas molduras.

Entre ellos es el principal y más notable el que lleva el nombre de *Djama-el-Kebir* (la Gran mezquita), y también de *Djama-el-Umaui* (mezquita de los Omeyas); su entrada estaba hace algún tiempo prohibida á los cristianos bajo pena de muerte, pero desde la guerra de Crimea es posible visitarlo en compañía de un agente del respectivo consulado. Ocupa el lugar de antigua iglesia consagrada á san Juan Bautista, por lo

cual aquellos cristianos lo designan todavía con el nombre de *Mar-Johnna* (San Juan), y la basílica había sucedido á su vez á antiquísimo templo, dedicado, á lo que se cree, á la deidad Rimmon, que fué tenida por la principal de Damasco, según así se desprende de pasajes de la Sagrada Escritura.

Opinan algunos críticos que el nombre de *Rimmon, Remmon* en la Vulgata, procede de la palabra fenicia y hebrea *rimmon,* que significa *granada,* y siendo este fruto uno de los emblemas de Astarté ó Venus, suponen que por la divinidad de aquel modo llamada ha de entenderse esta diosa. Hacen otros derivar tal nombre de la raíz *rum,* alto, y en ello les afirma el constar que en la época greco-romana estuvo el templo consagrado á Júpiter, el más alto entre los dioses. Reconstruído ó restaurado luego por los bizantinos y convertido en iglesia acaecido el triunfo del cristianismo, diósele por patrón el santo Precursor, cuyo cráneo se conservaba y veneraba en precioso relicario, y esto sucedió, según la inscripción descubierta á principios de este siglo en la puerta oriental del gran patio de la mezquita, reinando el hijo de Teodosio, por nombre Arcadio, el cual ciñó la corona en el año de 395.

Catedral de la ciudad fué por largos años la nueva iglesia, restaurada por Justiniano en los primeros años del siglo VII, hasta que al ser aquélla cercada y tomada por las armas musulmanas, en su sagrado recinto sucedió el encuentro que dejamos referido entre Abu-Obeidah, que entraba en son de paz, y Khalid, que llegaba por fuerza de armas, resultando de ahí que la parte oriental de la basílica se consideró expugnada, al paso que se dejó á los cristianos en posesión de la occidental, teniéndola como incluída en la capitulación. Pero no podía ser duradero semejante trato, y el vencedor, como el más fuerte, no tardó en ponerle fin: los cristianos fueron despojados definitivamente de su iglesia; sus altares y oratorios quedaron arrasados, excepto el santuario de san Juan y de su padre Zacarías, y dícese que el califa Abd-el-Melik subió armado con un pico á lo más alto del monumento y derribó la primera piedra con aplauso de la multitud mahometana y gran aflicción de los cristianos. Siguiendo los emires su ejemplo, mil brazos se alzaron á un tiempo y muy poco fué menester para que quedara consumada la obra devastadora. Entonces, para calmar á los irritados cristianos, que eran en la población numerosos, fuéles asegurada la posesión de cuatro iglesias en la ciudad propiamente dicha y la de Santo Tomás en los arrabales, posesión que también hasta aquel día se les había disputado.

Al califa Walid I, hijo y sucesor de Abd-el-Melik, debióse en el año de 705 el comienzo de las obras para levantar en el área de la basílica, parte de cuyas paredes se habían conservado, magnífica mezquita. Doce mil operarios fueron llamados de Constantinopla, y á poco soberbio monumento embelleció la ciudad. Vistosos mosaicos formaban su suelo; en sus paredes, por las cuales extendía una vid sus pámpanos de oro cual espléndido friso, se incrustaron preciosos mármoles hasta muchos metros de altura y en la parte superior veíanse dibujados con pequeños cubos dorados, rojos, verdes, azules y blancos, cuadros que representan todos los países conocidos. La

C. WERNER, PINTÓ. C. BERTRAND, GRABÓ.

UNA CALLE EN DAMASCO.

ESPASA Y COMP.ª, EDITORES, BARCELONA.

planta de la mezquita, como la de las antiguas basílicas, constaba de tres naves, y con la cúpula central, denominada *del águila* á causa de su esbeltez y de su gran elevación, hacían juego otras dos más pequeñas. Cubrían la techumbre láminas de oro; dorados eran también los capiteles de las columnas que con gran dispendio se habían ido á buscar á Egipto y á varias ciudades de Siria; piedras preciosas, entre ellas dos que se decía haber pertenecido á la reina de Sabá, daban incalculable valor al santuario en que se guardaba el Alcorán, deslumbrando con sus fulgores á quien lo miraba, y seiscientas lámparas de oro pendían del techo suspendidas con cadenas de plata. Por esto, concluída que fué tan admirable obra, pudo el califa decir á los entusiasmados moradores de Damasco: «Cuatro maravillas poseíais que al mundo causaban envidia: el aire, el agua, vuestros verjeles y sus frutos; con esta mezquita, á mí me deberéis la quinta.»

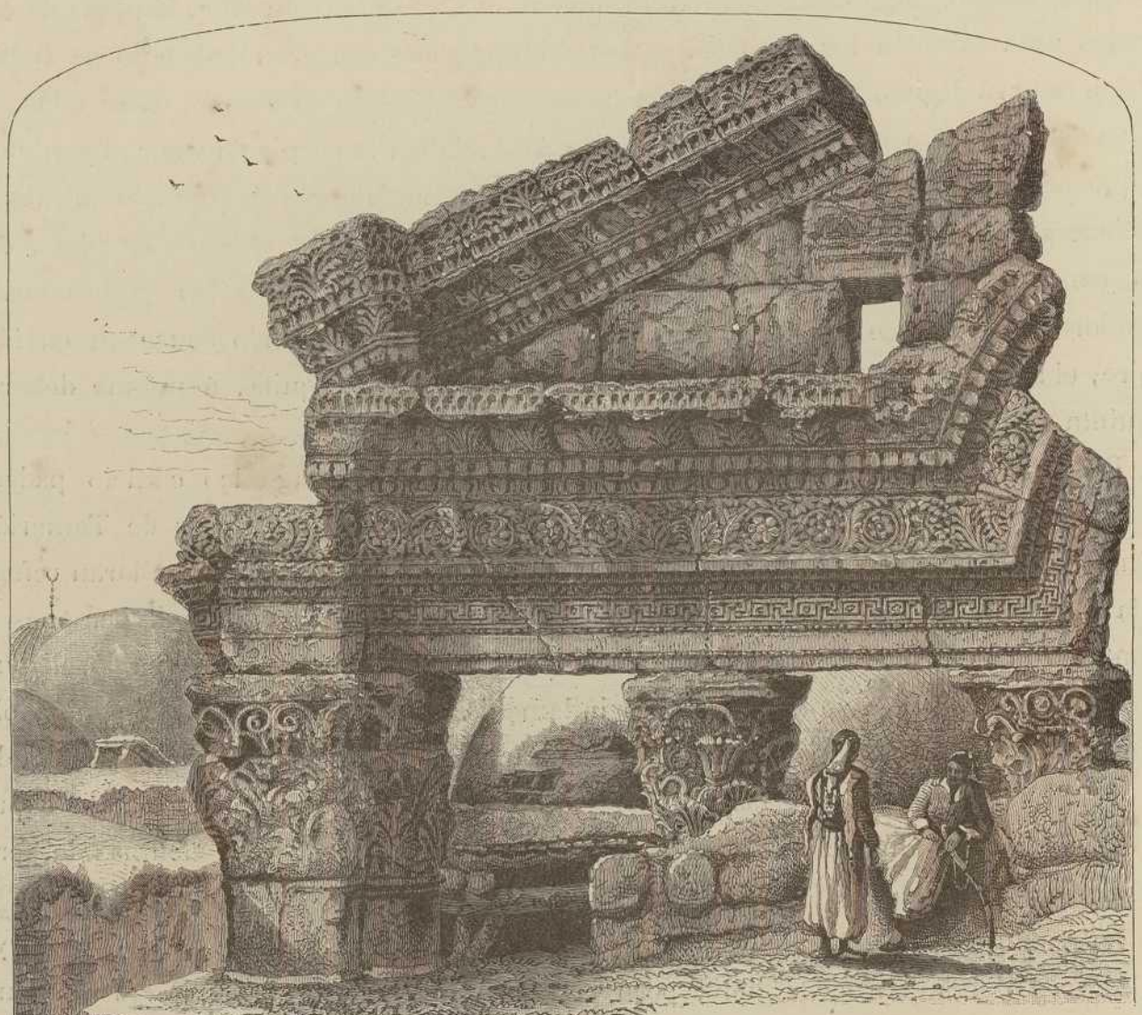
Después de experimentar las injurias del tiempo, el magnífico edificio padeció gran devastación al penetrar en la ciudad en el año de 1401 los tártaros de Tamerlán. Cuéntase que hecha por el conquistador promesa de la vida á cuantos hallaran refugio en la mezquita considerándola como inviolable asilo, más de treinta mil personas se amontonaron dentro de ella, y que entonces, con menosprecio de lo prometido, dispuso el Tártaro que con leña y otras materias inflamables se rodease el templo poniéndoles él fuego con su propia mano. De la infeliz multitud perecieron muchos asfixiados por el humo ó abrasados por las llamas, y para colmo de horror, calcinada la cúpula del Águila por la violencia del fuego se desplomó sobre las tristes víctimas del feroz y bárbaro guerrero.

La restauración del edificio emprendióse sin demora merced al celo religioso y á las dádivas del sultán de Egipto; pero la nueva mezquita, que es la que tenemos delante, quedó, en cuanto á magnificencia, muy inferior á la antigua. Procedamos ya á su descripción, observando lo que en ella permanece de las construcciones anteriores.

Al monumento gentílico pertenecen los residuos de dos grandes arcos ó puertas triunfales que lo precedían á levante y poniente; la primera se ha desplomado hace pocos años; de la segunda subsiste en pie una gran parte. Sus magníficas colunas corintias, su frontispicio de mayor altura que las casas entre las cuales se encuentra incluído y encerrado, la belleza y delicada labor de las molduras son evidente testimonio de la grandiosidad del antiguo edificio á cuyo primer recinto darían acceso aquellas obras monumentales, unidas al templo por doble columnata corintia.

Anterior á la dominación arábiga y residuo de la basílica cristiana es toda ó parte de la fachada meridional, según lo atestiguan hiladas de grandes sillares y la forma de las ventanas, y á la misma época bizantina ha de ser atribuída la elegante inscripción griega grabada en el arco central de una puerta de tres huecos, ricamente esculpida, puerta que, de construcción romana, á lo que se cree, hállase en el día empotrada hasta la mitad en el suelo en uno de los extremos del crucero. La inscripción traducida dice así:

«Tu reino, ¡oh Cristo! comprende los siglos todos, y tu imperio se extiende de generación en generación.»

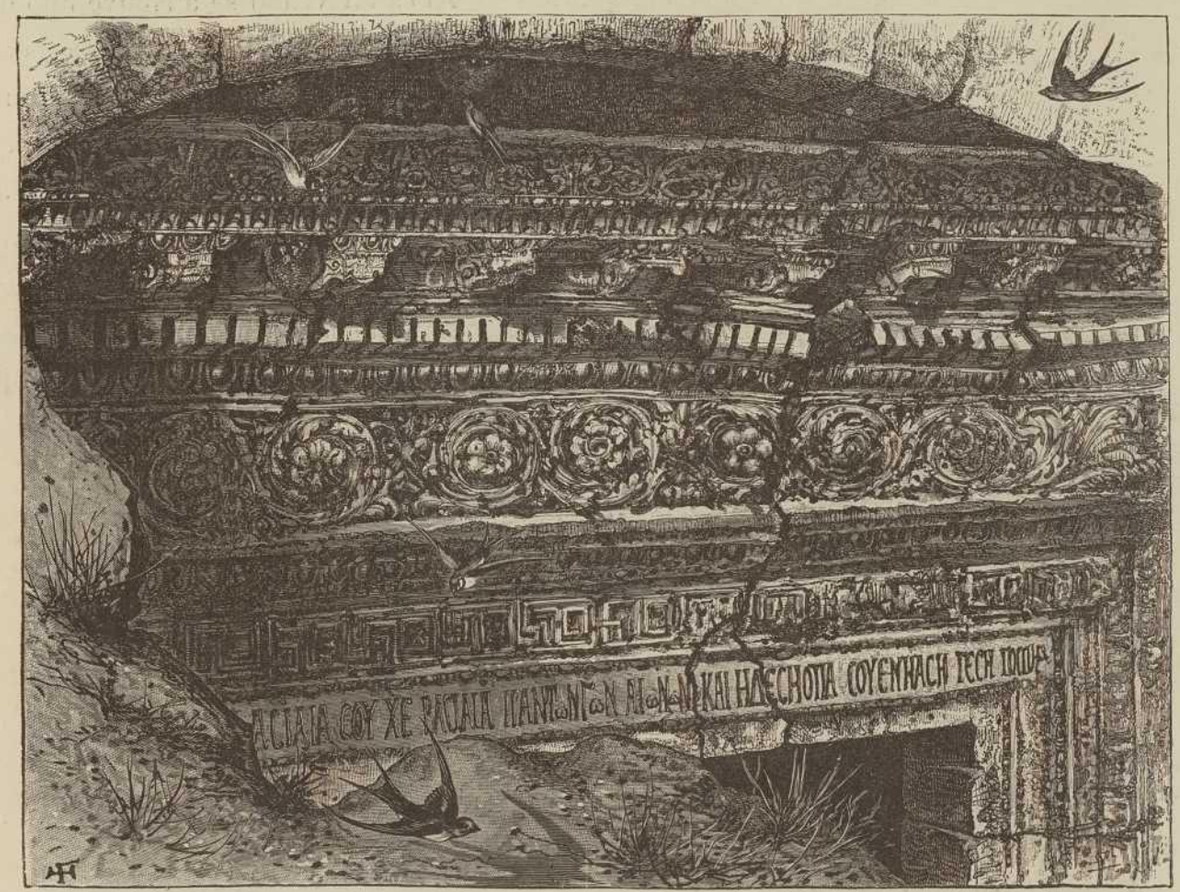


Antiguo arco de triunfo al oeste de la Gran Mezquita

El área en que se levanta la mezquita forma vasto rectángulo de ciento cuarenta y nueve metros de este á oeste por noventa y ocho de norte á mediodía; ocupa el lado septentrional ancho patio ó atrio rodeado en los tres restantes por arcadas de herradura que descansan en graníticas ó marmóreas colunas, cuyos capiteles recuerdan el estilo egipcio; muchas de ellas en el pasado siglo fueron reforzadas con mampostería por temor de que cediesen al peso que sobre ellas gravita. Solado con grandes losas, tiene en el centro una fuente cobijada por una cúpula, sostenida ésta por colunas de mármol, y otra cúpula, apoyada igualmente en colunas corintias, se alza en el lado occidental; lleva el nombre de *Kubbet-el Khazneh* (cúpula del Tesoro), y encierra, á lo que se

asegura, libros antiguos y reliquias musulmanas. Los cristianos no pueden penetrar en ella.

En el lado sur del mismo patio se levanta la mezquita propiamente dicha, que mide ciento treinta y un metro á lo largo de este á oeste por treinta y ocho á lo ancho ó de norte á mediodía. La fachada que da frente al patio está adornada con colunas, muchos de cuyos huecos han sido rellenados con mampostería; dividen el edificio en tres naves dos filas de colunas corintias de siete metros de altura, y la techumbre, que descansa en arcos de herradura, es de madera y está cubierta en lo exterior con

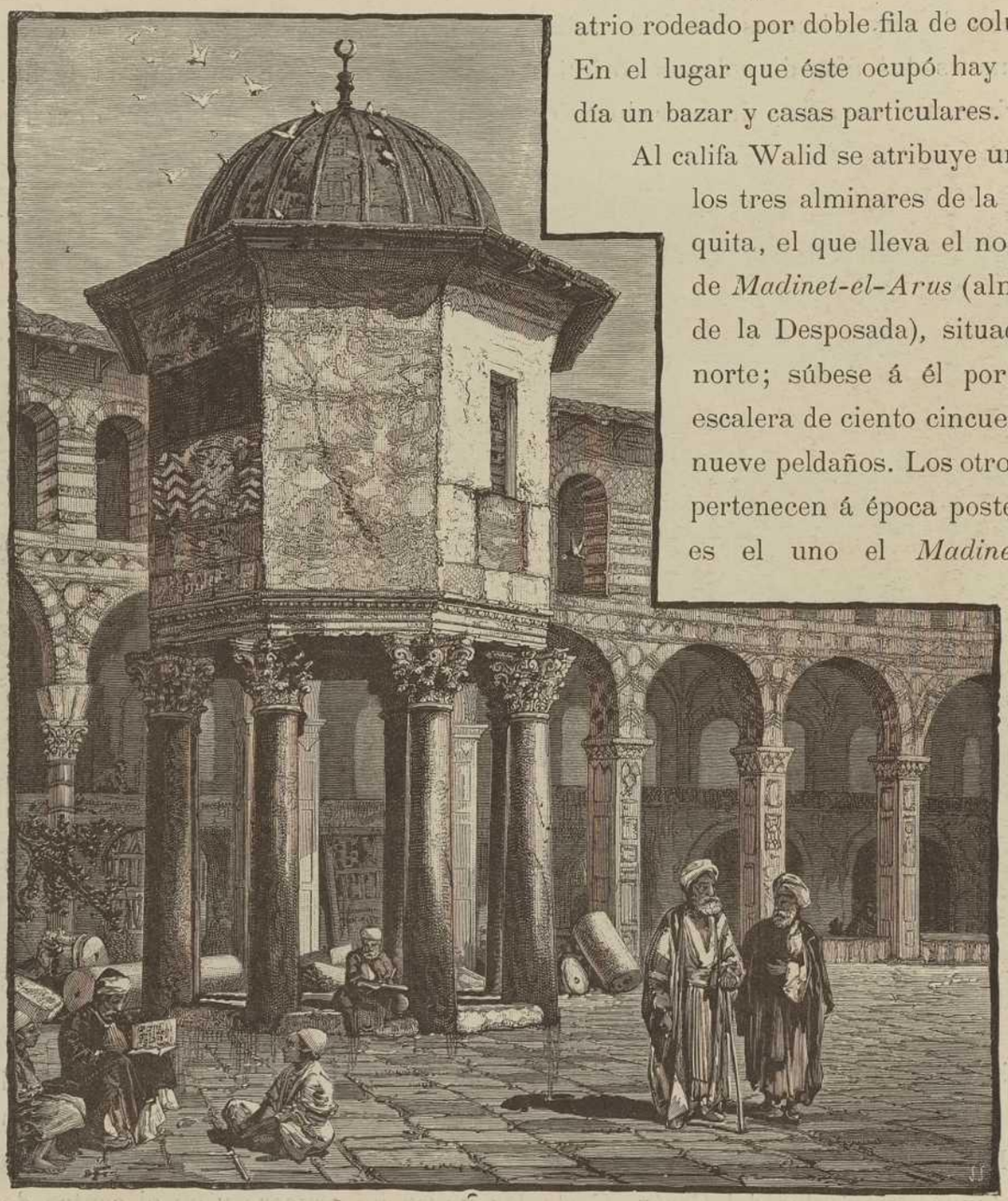


Inscripción greco-bizantina en una puerta antigua de la Gran Mezquita

planchas de plomo; en lo interior cuelgan de ella gran número de lámparas. En la pared occidental léense en grandes caracteres los nombres de los cuatro primeros califas: Abu-Bekr, Omar, Othman y Alí, y en las demás, lo propio que en los capiteles de las colunas, versículos del Corán. Corta las naves un crucero y en el centro de éste el cimborio, de cuarenta y cinco metros de altura por quince en su anchura, descansa en cuatro pilares enormes cuya parte superior hállase revestida de preciosos mármoles. Debajo de él encuéntranse el *mirhab* y el púlpito, es aquél de mármol y éste de madera con elegantes entalladuras. A la izquierda del primero, en el lugar donde, á lo que se dice, existió la cripta de la antigua basílica, vese un pequeño monumento rematado en dorada cúpula y rodeado de una verja, en el cual es de tradición que se guardan la cabeza de san Juan Bautista y el cuerpo de su padre Zacarías. Cubren el cenotafio

ricos tapices, y los musulmanes tienen por él tanta veneración como los cristianos. La puerta principal de la mezquita, junto á la que existen todavía antiguos mosaicos bizantinos, hállase ahora situada al norte; mas por el autor arábigo Ibn-Asaker, sabemos que la de la basílica se abrió, por el contrario, á mediodía: constaba de tres huecos, y delante se extendía un atrio rodeado por doble fila de colunas. En el lugar que éste ocupó hay en el día un bazar y casas particulares.

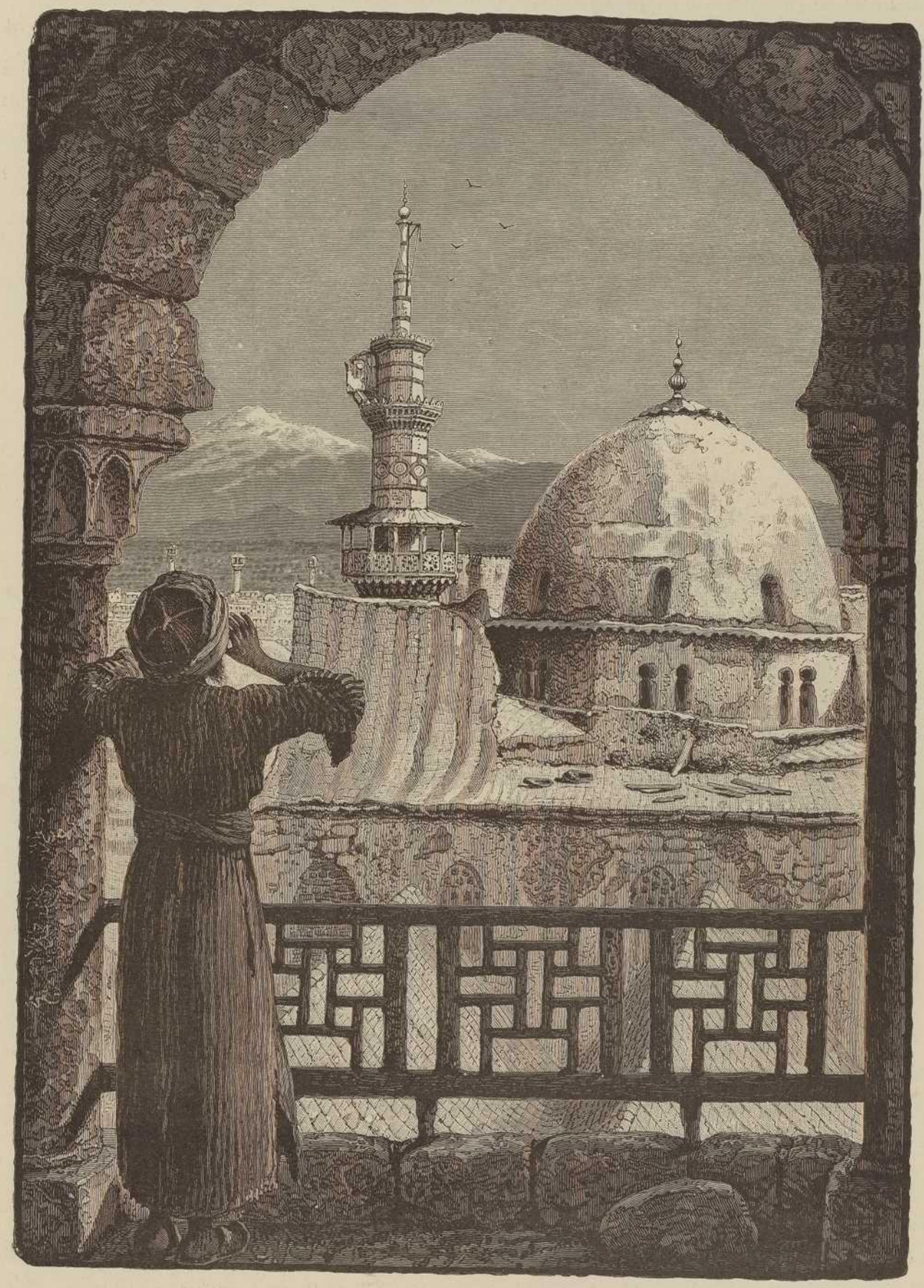
Al califa Walid se atribuye uno de los tres alminares de la mezquita, el que lleva el nombre de *Madinet-el-Arus* (alminar de la Desposada), situado al norte; súbese á él por una escalera de ciento cincuenta y nueve peldaños. Los otros dos pertenecen á época posterior; es el uno el *Madinet-el-*



KUBBET-EL-KHAZNEH (CÚPULA DEL TESORO)

Kharbieh (alminar de occidente) que ha reemplazado á otro más antiguo, destruído por Tamerlán, y que, de forma octágona y con tres galerías sobrepuestas, remata en una esfera y media luna, siendo considerado como hermosa muestra de la arquitectura arábiga; y es el otro el *Madinet-Aissa* (alminar de Jesús), el cual mira á oriente y es de los tres el de mayor elevación. Según tradición musulmana, al descender Jesús para juzgar al mundo se detendrá primeramente en este alminar, y entrará luego en la

mezquita, congregando en ella á los hombres de todas las religiones y de todos los ritos.



ALMUÉDANO ENTONANDO LA ORACIÓN DESDE LA GALERÍA DEL ALMINAR DE AISSA (JESÚS)

Subamos á él, y desde la aérea galería en que á ciertas horas del día el almuédano, cual campana viviente, hace resonar el espacio con sus llamamientos á la oración, abraza

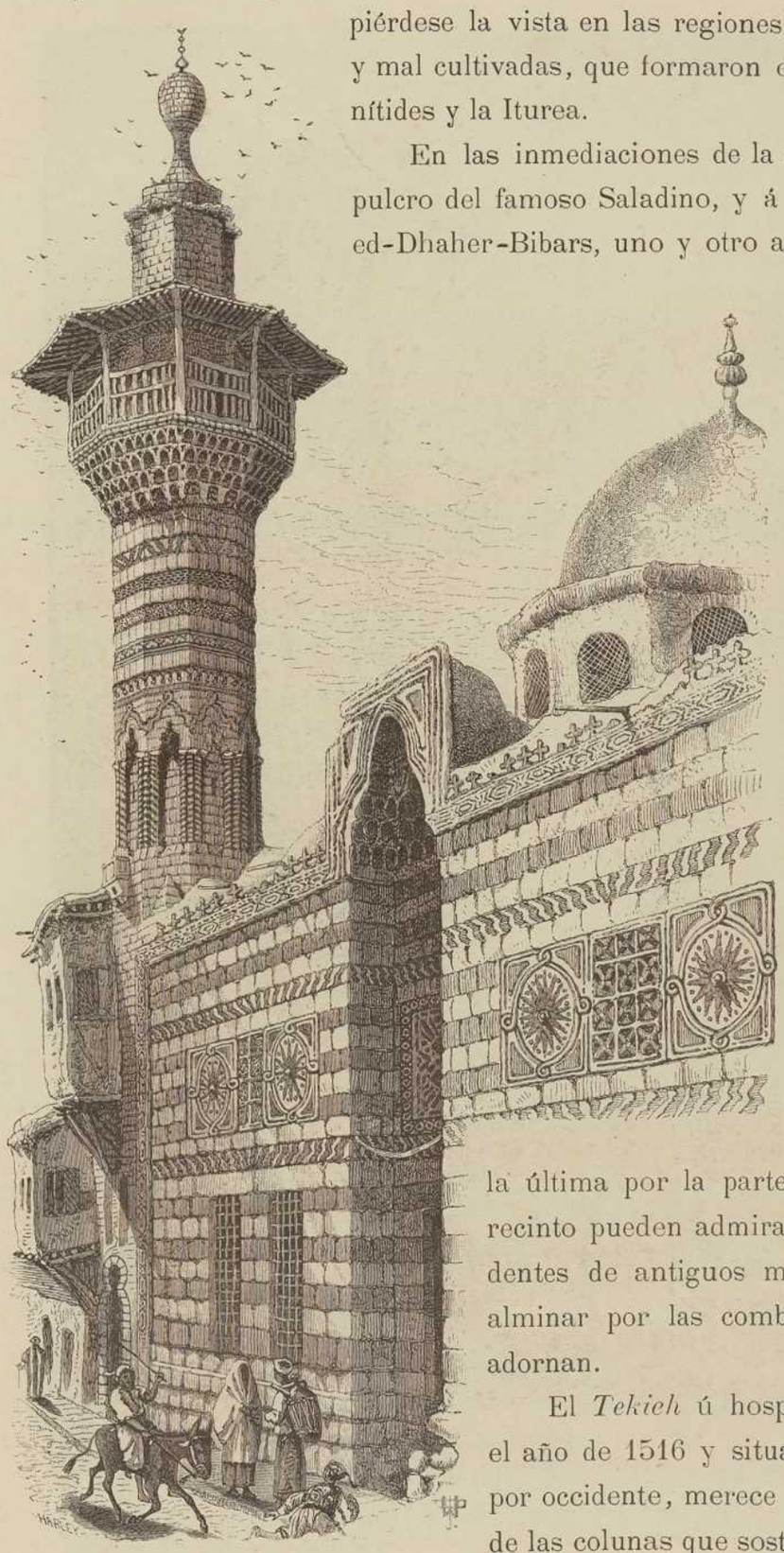
la vista toda la ciudad y sus dilatados arrabales con las cúpulas y torres de sus mezquitas en las que se reflejan los rayos del sol; domínanse igualmente las innumerables azoteas donde, al declinar el día, se complacen las familias en respirar el fresco ambiente de

Sepulcro de Saladino

la tarde, y más lejos vense los floridos verjeles que rodean el caserío cruzados por las infinitas acequias con que los fertiliza el Barada. Pabellones, quintas, aldeas sobresalen entre aquel mar de verdor, y si dejándolo atrás llevamos más adelante la mirada divisaremos las peñascosas laderas que forman los contrafuertes del Ante-Líbano; al oeste cierra el horizonte la imponente mole del Djebel-ech-Cheikh con sus tres cimas

plateadas por la nieve casi todo el año; al este alcánzanse á ver los lagos en que va á morir el Barada después de mil revueltas por la frondosa huerta, y al mediodía, en fin, piérdese la vista en las regiones, hoy escasamente pobladas y mal cultivadas, que formaron en otros tiempos la Trachonítides y la Iturea.

En las inmediaciones de la mezquita encuéntrase el sepulcro del famoso Saladino, y á poca distancia el de Melek-ed-Dhaher-Bibars, uno y otro azote que fueron del nombre cristiano, muerto el primero en el año de 1193 y en el de 1227 el segundo. Hállanse contenidos en edificios de mármol, ornados con gran profusión de mosaicos, inscripciones y arabescos, y obtener en ellos entrada es difícil á los cristianos.

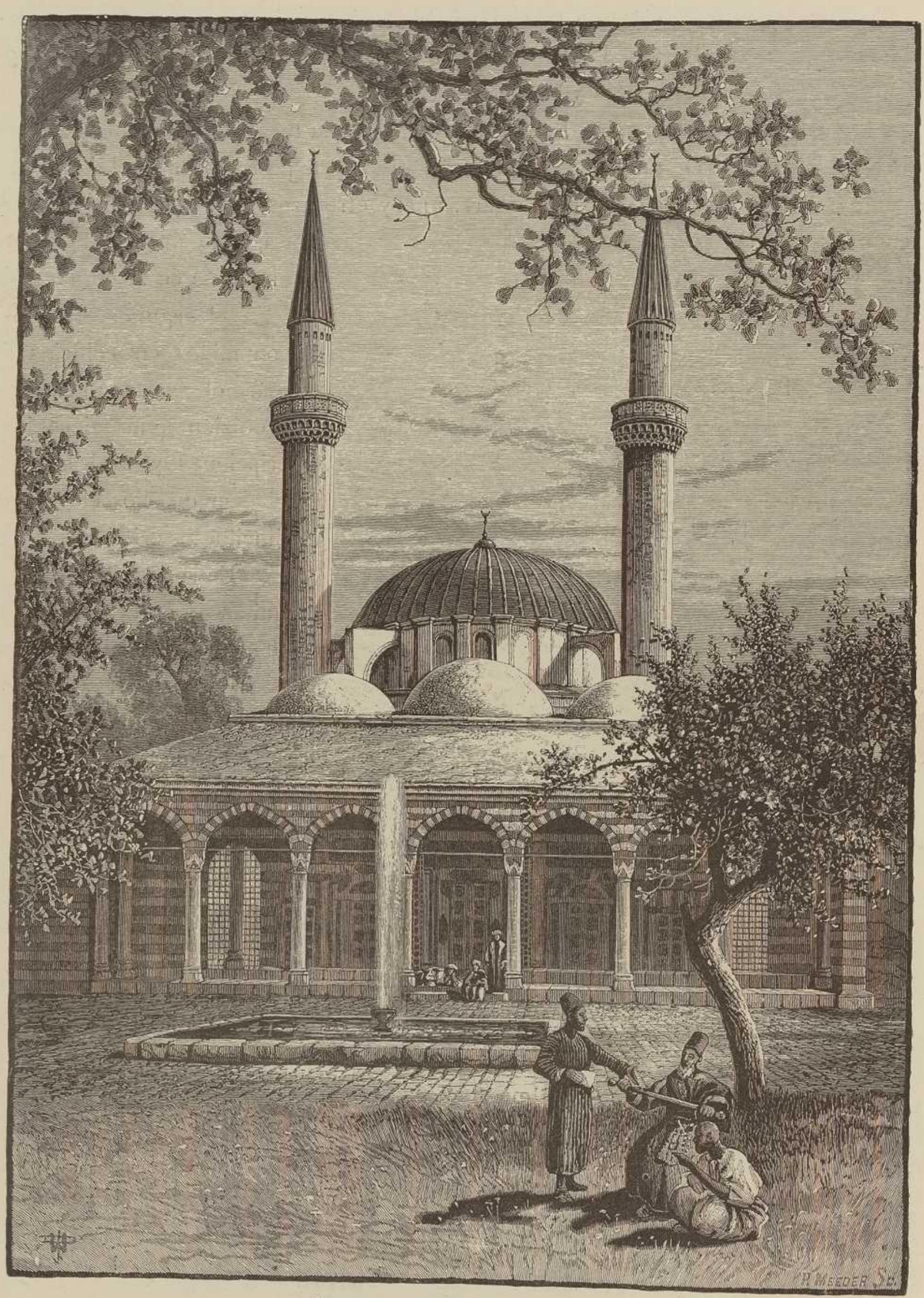


Mezquita Sabunieh

Entre las demás mezquitas importa indicar la llamada Sabunieh, edificada con piedras alternativamente blancas y negras, y también la que lleva el nombre de Senanieh, á causa de haber sido construída por Senan-Bajá, gobernador de Damasco en el año de 1581. Miserables casuchas ocultan la última por la parte exterior; pero dentro de su recinto pueden admirarse hermosas columnas procedentes de antiguos monumentos, y es notable su alminar por las combinaciones de azulejos que lo adornan.

El *Tekieh* ú hospicio, fundado por Selim I en el año de 1516 y situado á la entrada de la ciudad por occidente, merece igualmente una visita á causa de las columnas que sostienen las galerías de su vasto patio y de las que embellecen su mezquita, cuya elegante cúpula está flanqueada por dos esbeltos alminares. Provienen estas columnas de edificios más antiguos y las hay de mármol, de granito y de pórfido.

Sirve el hospicio de ordinario asilo á los peregrinos musulmanes que anualmente se reunen á millares en Damasco, llamada por este motivo la puerta de la peregrinación



Mezquita del hospicio del sultán Selim

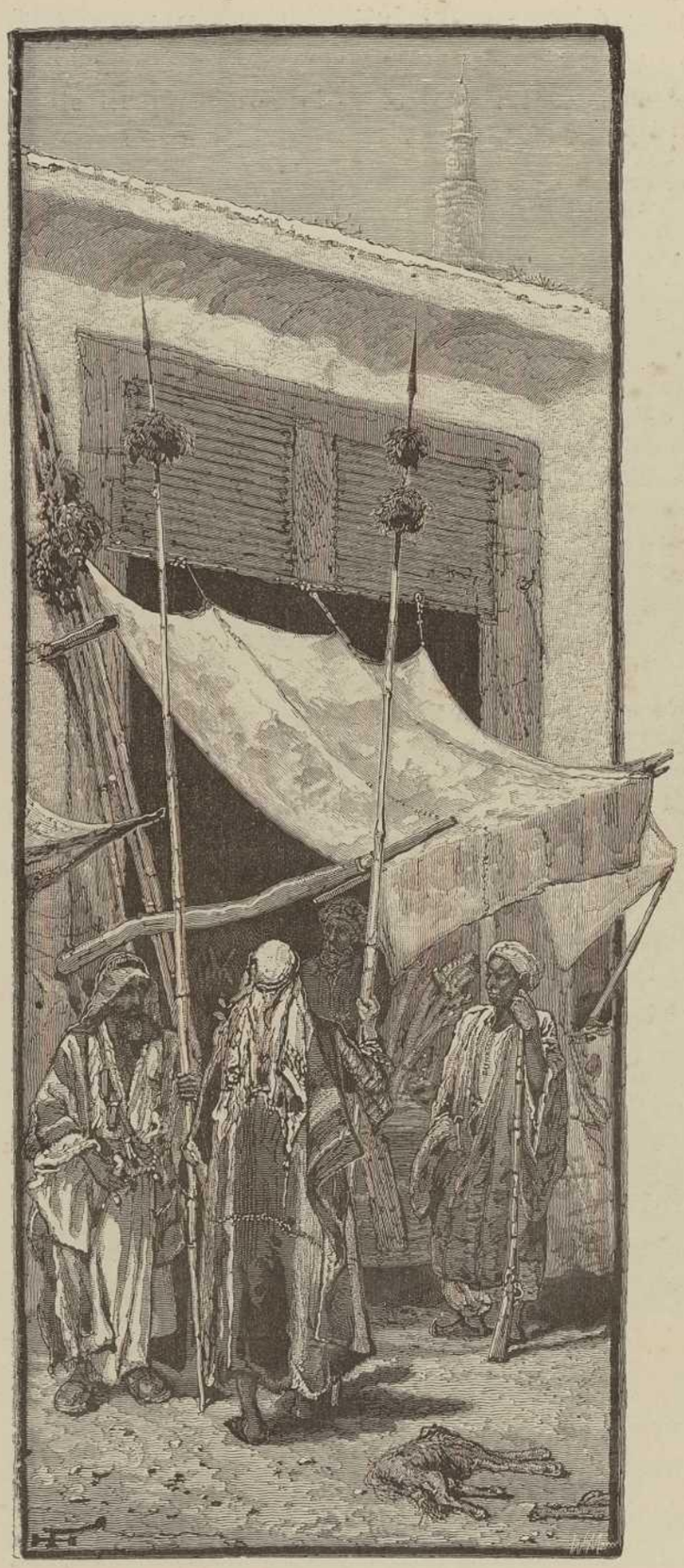
para marchar formando numerosísima caravana á la ciudad santa de la Meca. Es este uno de los espectáculos más interesantes que Damasco ofrece, presentando aquellos días

desusado aspecto de animación, aun mayor que la ordinaria, que es ya mucha para una ciudad oriental. Los vapores que de algunos años acá surcan el mar Rojo y el golfo

Bazar de los plateros en Damasco

Pérsico son causa de que á la ciudad acudan menor número de persas y de moradores del África Septentrional para emprender luego el penoso viaje por tierra de veintisiete días; pero aun así llegan todavía á Damasco muchos circasianos y naturales del Asia Central, los que, junto con los peregrinos de Constantinopla, Palestina y Siria, forman el más abigarrado y pintoresco cuadro que es posible imaginar. La diversidad de los trajes, los innumerables camellos, la variedad de literas y aparejos, la riqueza

de las ofrendas que el sultán envía, los derviches harapientos que acompañan á la interminable caravana, las tropas regulares y los drusos y beduinos que la escoltan, constituyen en Damasco, repetimos, llegado el último mes del año lunar arábigo y los días en que la peregrinación se organiza y pone en marcha, espectáculo extraordinario entre todos. Y cuando la caravana regresa del centro de Arabia diezmada por las privaciones y las enfermedades, exaltada por el recuerdo de los sitios visitados que sólo le hablan de los combates, de las victorias y de las feroces doctrinas del fundador del Islám, atiza á su paso y por todas partes ofrece nuevo combustible al fanatismo mahometano. De ahí que éste se mantenga en Damasco más encendido que en otra ciudad alguna, y que entre los musulmanes damascenos se sienta vivaz todavía un resto de aquel ardor belicoso de los siglos medios.



Beduinos comprando lanzas en el Sur-es-Senanieh

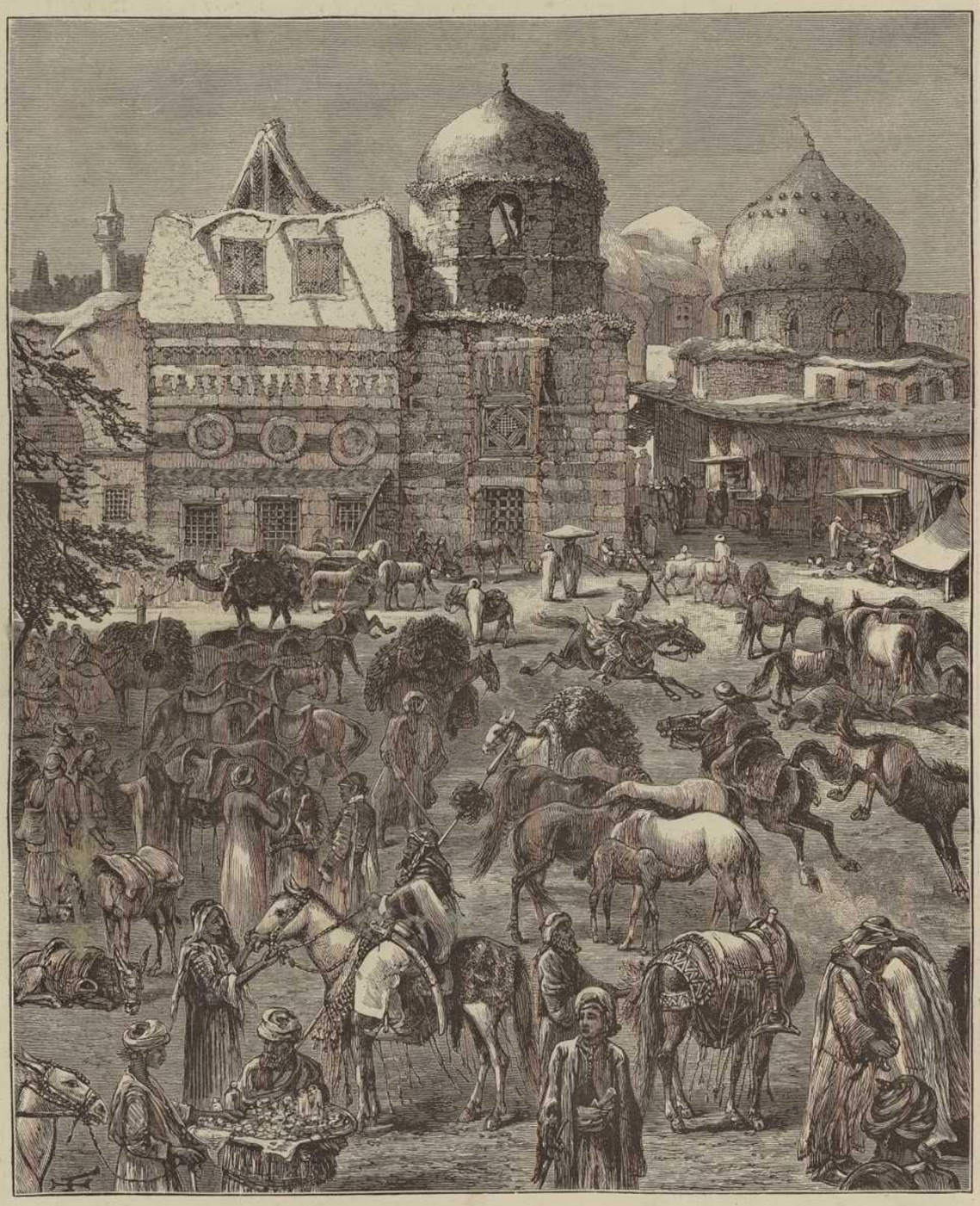
Más que por las antigüedades y edificios es notable Damasco por el movimiento que reina en sus calles, especialmente en las que forman sus celebrados bazares; por ellos discurre, con tipos, trajes y lenguajes distintos y entre gritería y confusión constante, compacta multitud que puede ser para el extranjero observador objeto de interesante estudio, ya que de ella forman parte desde el agá turco, cubierto de ricas vestiduras y llevando al cinto magníficas armas, hasta los árabes del gran desierto y los de Palmyra, casi sin más vestido que una manta de lana en la que se envuelven á la manera de las

antiguas estatuas, sin otra arma que su lanza y montados en soberbios caballos. En los

Bazar de los zapateros en Damasco

bazares se concentra, por decirlo así, la vida pública de la ciudad, y allí están repartidos por grupos todos los oficios y todas las industrias. Diseminados en distintos barrios, nada notable ofrecen en su construcción, exceptuando el *Khan-Asad,* vasto depósito de mercancías cuya puerta está delicadamente tallada y cuyas elegantes cúpulas, en número de nueve, se apoyan en robustos pilares; forman los demás largas líneas de puestos ó reducidas tiendas, en cuyo umbral está sentado el mercader, y hay el bazar de los plateros, el de los armeros, *Suk-es-Senanieh,* muy frecuentado por los beduinos, que dista hoy mucho de ofrecer las excelentes y renombradas hojas damas-

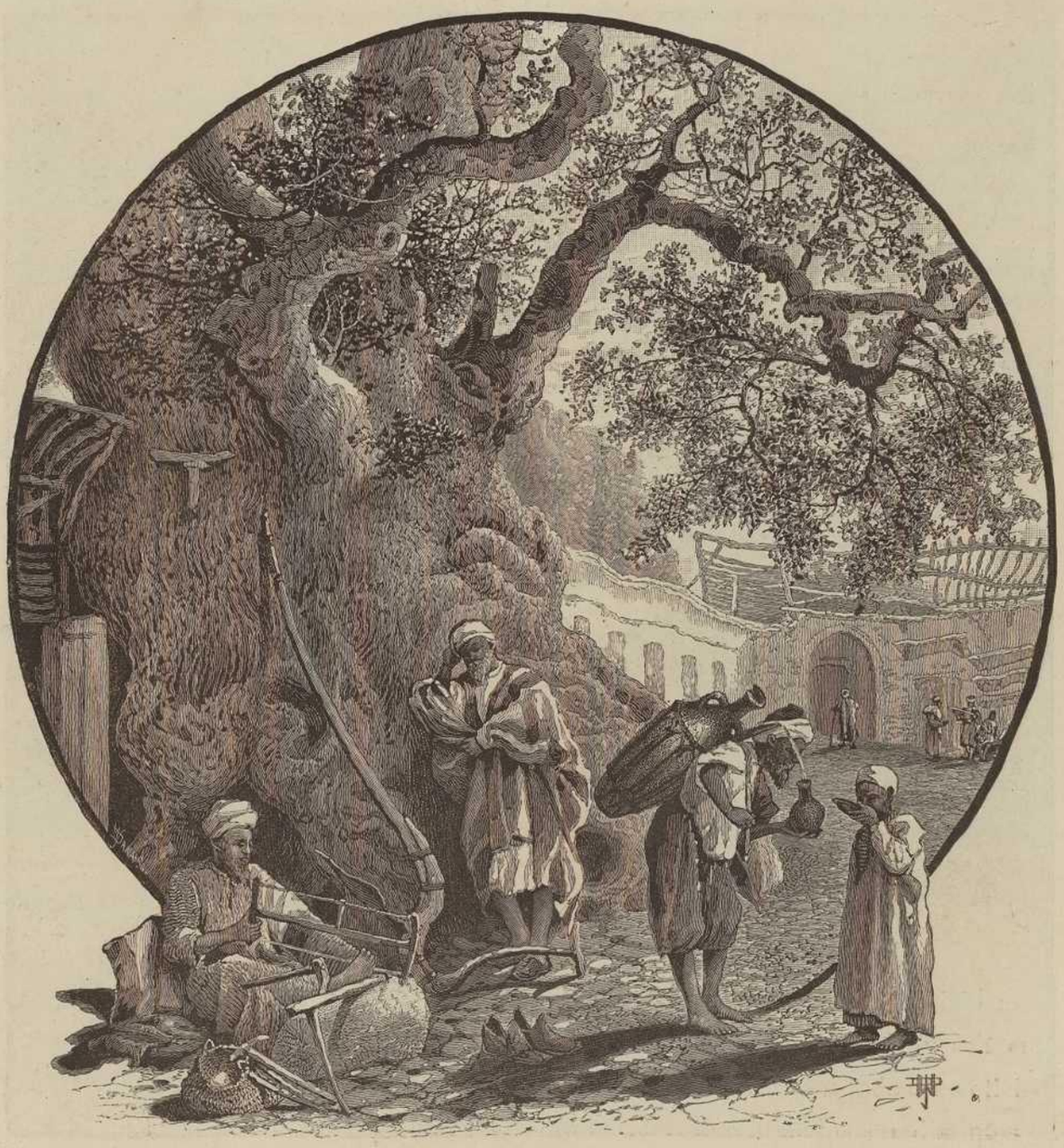
quinas que antiguamente constituían gran parte del comercio de Levante; el de los guarnicioneros y silleros, donde se hacen en cuero delicadas, ricas y características labores; el de los prenderos, el de los caldereros, el de los griegos, donde se venden armas,



Bazar de caballos en Damasco, un día de mercado

trajes, chales, tapices y también objetos antiguos, y el de los zapateros. Es digno de visita especial el largo bazar de ropas, paños y sederías en abovedada calle con los tragaluces correspondientes, por encontrarse en él, más que en los otros, entre muchos artículos de Europa, productos de la industria indígena, y además porque á poca distancia del mismo puede verse, únicamente desde fuera, el mausoleo que encierra los restos del

famoso Nureddin, muerto en Damasco en el año de 1174; la entrada en el panteón está prohibida á los cristianos. Tampoco han de pasar desapercibidos, siendo en ellos interesantes como en todos el proceder primitivo de sus operarios unido á su habilidad y destreza, el bazar de cofres, cajas y arquillas de madera de ciprés con incrustaciones de marfil y nácar, el de pipas y tabaco, el de vianda guisada, por ser algunos de los comestibles



Añoso plátano en Damasco

raros para el europeo, el de los carpinteros y otros varios. Entre todos, por el mayor bullicio que lo distingue y por la soberbia planta de los potros que los beduinos traen del desierto, merece verse el de caballos en día de mercado, cuando aquellos animales, que por la belleza de sus formas, la arrogancia de su porte y el ardor que los inflama parecen imagen viva del corcel de Job, son montados por los compradores y lanzados á galope por la extensa plaza. El bazar de fruta es de lo más abundante y rico que

puede imaginarse, y en sus inmediaciones no dejan de enseñar los guías enorme plátano cuyo tronco mide nueve metros de circunferencia.

Vendedores de refrescos con un gran cántaro á la espalda recorren los bazares y aumentan con sus voces el estruendo que los llena. Son en ellos numerosas las barberías, pequeñas tiendas ó puestos más ó menos lujosos, frecuentados á todas horas

Un puesto de barbero en una calle de Damasco

por parroquianos que se hacen afeitar el cabello. Con las barberías alternan las tiendecillas de los escribientes públicos, que suelen estar concurridas por labradores y por las pintarrajadas mujeres de los beduinos, y abundan igualmente los puestos de fabricantes de sellos, importante oficio en Damasco, pues el sello y no la firma comunica validez á un documento. Existen en los bazares muchos y buenos establecimientos de baños, y también varias escuelas; así sucede en el de los zapateros, en el cual desde

la calle se puede ver á los niños sentados en círculo y recitando á coro los versículos del Corán, escritos en la tablilla que tienen en la mano.

UNA ESCUELA EN EL BAZAR DE LOS ZAPATEROS

La ciudad de Damasco, que fué en otros tiempos foco de instrucción, contando en su recinto á gran número de varones ilustres en todos los ramos del saber, en el día, á pesar de sus numerosas escuelas, ha descendido mucho en la escala de la ciencia, siendo en este concepto su población musulmana muy inferior á la del Cairo; en la

cristiana, las congregaciones religiosas que antes hemos nombrado difunden con muy buen suceso las especulaciones científicas y todos los conocimientos útiles. Asimismo ha sucedido con la antigua fama que representaba á los genízaros de Damasco como los más nobles y esforzados guerreros de Asia. Es la ciudad residencia de un gobernador turco de primera clase (Uali), y de su jurisdicción, que comprende gran parte de Siria hasta las cercanías de Alepo, han sido separados hace poco los territorios de Acre y cuantos componen actualmente el bajalato de Jerusalén. Un serasquier dirige los asuntos militares y es jefe de la guarnición, que por lo común es muy numerosa. Un consejo municipal, del que forman parte algunos cristianos y hebreos, administra la ciudad.

II

Alrededor de Damasco. — La casa de san Juan Damasceno. — Djobar. — Su sinagoga. — Barzé. — Salihiyé. — Tradiciones. — Preliminares de una excursión á Palmyra. — Kuteifé.—Muaddamieh.—Djerud. — Kariatain. — PALMYRA. — Su aspecto general. — Su historia.—Odenatho.—Zenobia.—Triunfo de Aureliano.—Destrucción de Palmyra.—Olvido en que cayeron sus ruinas.—Su descubrimiento.—Su actual estado.—Torres sepulcrales.—El castillo.—Mausoleos.—La gran columnata.—El templo del Sol.—Thadmur.—Meditación sobre aquellas ruinas.

Son los alrededores de Damasco muy interesantes y tan dignos de ser visitados como la ciudad misma; atravesando, pues, el vasto y populoso arrabal de Meidán, lleguemos ante todo á la casa de san Juan Damasceno. De forma parecida á las demás que la rodean, distínguese de ellas en estar fabricada con hiladas de piedras alternativamente blancas y negras; adórnanla complicados arabescos y remata en cúpula, observándose en algunas de sus partes señales de gran antigüedad. No es un santuario, y sirve de morada á una familia cristiana.

Djobar es una aldea que, á una media hora de Damasco, sirve de habitación á musulmanes y á un corto número de familias hebreas, las cuales poseen antigua y renombrada sinagoga á la que concurren los días de fiesta muchos judíos de la ciudad. Junto á la entrada del edificio vese un espacio cercado por una balaustrada, y allí, á lo que dice la tradición, fué ungido el rey Hazael por el santo profeta Elías; una puertecilla á la derecha conduce á reducido aposento subterráneo, donde cuentan que residió el mismo Elías y recibió la comida que por mandato divino le traían los cuervos; cosas, empero, son éstas, dijo ya el *Devoto Peregrino* al dar cuenta de estas tradiciones, que no las tengo por seguras.

Hacia el norte, como á tres kilómetros del anterior, se encuentra el pueblo de Barzé que ha sucedido al de Hoba, donde se detuvo Abraham y cesó en la persecución de aquellos reyes á los que venciera en Dan, en castigo de haber llevado cautivo á su sobrino Lot y usurpado su hacienda cuando devastaron triunfantes las ciudades de Sodoma y Gomorra.

Al oeste, el lugar de Salihiyé, encerrado entre las montañas y la huerta, ocupa el sitio donde dicen que estuvo edificada la antigua Damasco, destruída por Nabucodonosor, y puede ser considerado como un arrabal de la ciudad de hoy, enlazado como está con ella por numerosas quintas y casas de campo; es su población de unos siete mil habitantes, turcos y kurdos casi todos, y fué en otros tiempos celebrado por sus mezquitas, arruinadas en el día. Son de ver, sin embargo, sus residuos, algunos de ellos con rica ornamentación de estalactitas y arabescos. En la que mejor se conserva guárdase el sepulcro de un filósofo arábigo místico y poeta por nombre Ibn-el-Arabi, fallecido en el año de 1240, y á él acuden en peregrinación de los pueblos comarcanos.

Desde el pueblo alcánzase á ver á alguna distancia un monumento rematado en elegante cúpula, santuario musulmán conocido con el nombre de *Kubbet-el-Arbain;* los cristianos aseguran que fué iglesia dedicada á los Cuarenta Mártires; los mahometanos, empero, en cuyo poder está hoy, creen que en ella están enterrados cuarenta profetas de su religión.

El *Kasiyun,* montaña árida y peñascosa en gran parte, que se alza á espaldas de la población, es sagrada para los musulmanes, por creer que en ella alcanzó Abraham conocimiento de la unidad de Dios. Visítanse allí la cueva de San Jorge y la caverna que llora la muerte de Abel; las gotas de agua que filtran por la bóveda son las *lágrimas del monte,* el cual no ha cesado de verterlas desde el primer homicidio cometido en la tierra. Es de tradición entre aquellos árabes que Adam fué criado en el campo de Damasco, viviendo allí mientras permaneció en estado de inocencia, y no hace mucho tiempo que mostraban aún los guías enorme peñasco diciendo ser el sepulcro del asesinado Habil (Abel) y dos piedras como colunas en las que fueron ofrecidos los sacrificios de los dos hermanos.

Destinada la presente obra á hacer memoria de los principales sucesos en la Biblia referidos, conveniente es, llegados ya á Damasco, llevar al lector á una ciudad que, habiendo tenido por fundador á Salomón, pasó por una época de esplendor cual pocas; sombra hoy de lo que fué, Palmyra, si bien hundida en la tumba y soledad del desierto, es bella y majestuosa todavía, y las ruinas de la famosa capital de la reina Zenobia, oasis en medio de dilatado yermo, serán aún por muchos siglos la admiración y el encanto de los viajeros.

Una excursión de Damasco á Palmyra, exige unas cuarenta horas de camino al paso lento y regular de un camello, calculándose la distancia que media entre uno y otro punto en ciento y setenta kilómetros; á caballo pueden, es cierto, recorrerse en menos tiempo, pero en este caso importa hacer mayor provisión de agua, pues en la última parte del viaje hay gran dificultad en encontrarla; de todos modos, se emplean en él cuatro jornadas largas.

No es fácil empresa atravesar el inhospitalario país en que se hallan situadas las célebres ruinas; quien no lleva la conveniente escolta se expone á ser robado y quizás asesinado por los árabes nómadas que se cruzarán con él en el camino. Hasta hace pocos años era, para alcanzar seguridad, el medio más sencillo y eficaz dirigirse en Damasco á uno de los jeques de la tribu de Anazeh, la más poderosa entre cuantas divagan por el vasto territorio que se extiende de las fronteras de Siria á las riberas del Eufrates, y convenir con él en un precio alzado, mediante el cual se obliga á acompañar al viajero á Palmyra y á dejarlo sano y salvo en el punto que se convenga. La palabra empeñada y el interés que tiene el jeque en no perder con su crédito los beneficios que esta industria le proporciona, han sido siempre suficiente salvaguardia de los viajeros. Pero en el año de 1870 fué adelantado hasta las inmediaciones de Palmyra el cordón militar que desde Alepo cubre los confines del desierto de Siria,

y desde entonces con menos dispendio puede obtenerse una escolta de soldados turcos especialmente en la segunda parte del viaje, que es la de mayor peligro. El mes de abril es el más á propósito para realizarlo.

A la salida de Damasco por la puerta de Tomás síguese por entre huertas y olivares la calzada de Alepo, á la que dan sombra magníficos nogales; déjanse atrás las aldeas de Harista y de Duma, quedando á la izquierda las alturas del Ante-Líbano, y atravesada por angosto desfiladero la ladera inferior del Djebel-Tinieh, cesan los árboles de interrumpir la monotonía del camino y hállase el viajero en despoblado. A su vista se extiende dilatado llano limitado al norte por una serie de montañas de color ceniciento y sólo á trechos cultivado. A lo lejos alcánzase á divisar el pueblecillo de Adhra, entre verdes plantíos, y á las seis horas de haber salido de Damasco, después de haber tomado algún descanso en varios *khans,* el mayor de los cuales lleva el nombre de *Khan-el-Asafir* (khan de los gorriones), se encuentra Kuteifé, aldea de cuatrocientos habitantes. Su vasto parador de sillería y su mezquita fueron construídos en el año de 1592 por el gobernador Senan-Bajá para el uso de las caravanas que van de Damasco á Alepo por el camino de Homs y de Hamah, en otro tiempo Epifanía.

Cuarenta y cinco minutos más lejos está situado el lugar de Muaddamieh, en cuyas cercanías existen vestigios de antiguo acueducto construído según el sistema pérsico, esto es, subterráneo y de espacio suficiente para dar paso á un hombre, con pozos á cada quince minutos para su inspección y limpia. Vetusta muralla con restos de torrecillas asoma á trechos por aquellos campos.

Djerud, término de la primera jornada, dista nueve horas y media de Damasco, y pueblo de alguna importancia, pues cuenta unos dos mil habitantes, ha sucedido á la ciudad de Geroda, mencionada en el Itinerario de Antonino. Es cabeza de un pequeño distrito; el agá que lo gobierna tiene á sus órdenes un cuerpo de caballería destinado á contener las irrupciones de los beduinos que acampan por las inmediaciones y que aprovechan cualquiera coyuntura favorable para despojar á los vecinos del pueblo de sus frutos y ganados, empeñándose entre unos y otros frecuentes y sangrientos combates.

A una hora de Djerud hállase el lugarejo de Atny, y al salir de él comiénzase á caminar por triste y desolado desierto, donde no crece siquiera una mata para descanso de la vista en el largo y ancho valle que forman los montecillos de sal que á derecha é izquierda se levantan. Dos paradores en ruinoso estado y sin una gota de agua y unos montones de piedras que son, al parecer, otras ruinas, es lo único que interrumpe la monotonía y fatiga de una marcha de diez horas hasta el fin de la segunda jornada, ó sea hasta Kariatain.

Sirve este pueblo de morada á cristianos de la Iglesia jacobita y á musulmanes, y junto á él brotan caudalosas fuentes, cuyas aguas, distribuídas por medio de canalizos en todas direcciones, han convertido aquel punto en un verdadero oasis en medio de la aridez y soledad que lo rodean.

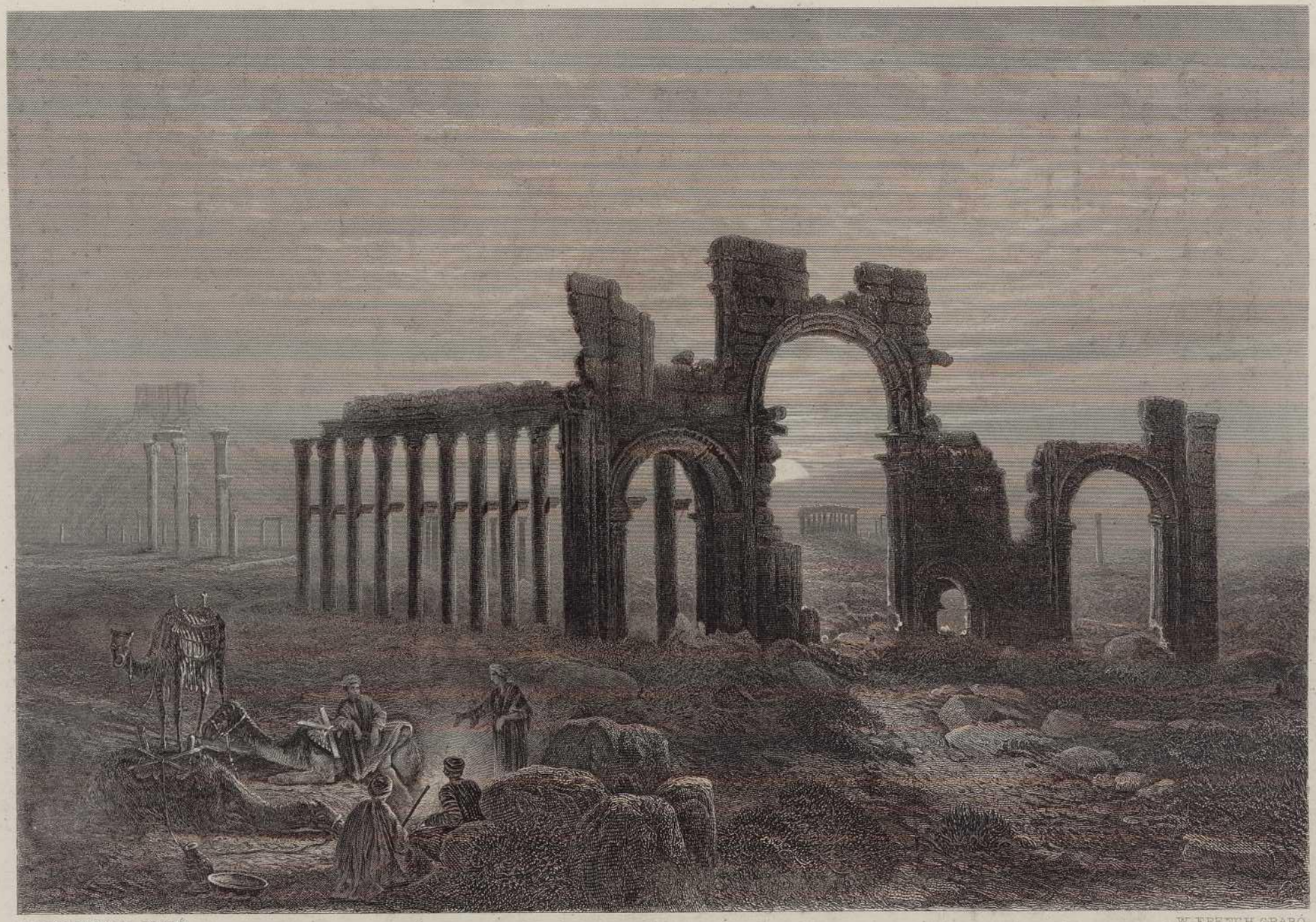
Kariatain debe su nombre (las dos villas) á los dos barrios que lo forman; son sus casas de tosca construcción, pero entre sus materiales obsérvanse fragmentos de hermosos sillares, que proceden sin duda de gran antigüedad. Yacen además por el suelo residuos de colunas que, á lo que se cree, pertenecieron á un templo gentílico, transformado en iglesia llegada que fué la época cristiana. Porque este pueblo es tenido

Beduino del desierto de Palmyra

por la ciudad episcopal de Coradaca, sufragánea de la metrópoli de Damasco, y también, ascendiendo á tiempos más remotos, por la antigua Hazar-Enan (ciudad de las fuentes), mencionada en el Libro de los Números y en la Profecía de Ezequiel, indicando su situación en los confines del territorio damasceno por el lado oriental.

Goza este pueblo de gran consideración entre los beduinos por ser fama que, pasando una noche en él, se ven libres y curados los posesos.

En sus cercanías existe un santuario llamado *Mar Elyan* y también *Mar Ahmed*,



J. D. WOODWARD, PINTÓ. W. FRENCH, GRABÓ.

PALMIRA.

ESPASA Y COMP.ª EDITORES. BARCELONA

venerado por cristianos y musulmanes. Fué en la antigüedad monasterio, pero en el día sólo encierra vetusto sarcófago con los restos de un santón. Algunos capiteles y colunas proceden, sin duda, de época anterior á la invasión musulmana. Las talladas hojas de la puerta del santuario son dignas de ser miradas con detenimiento. A pocos minutos de este edificio, y ya otra vez en los aledaños del desierto, puede verse un cercado dispuesto á la usanza arábiga para la caza de gacelas.

Veinte horas largas de camino nos separan todavía de las ruinas á que nos dirigimos, y como en todo él no ha de hallarse la más pequeña fuente, importa hacer provisión de agua antes de dejar á Kariatain. Desde este lugar en adelante es la escolta indispensable.

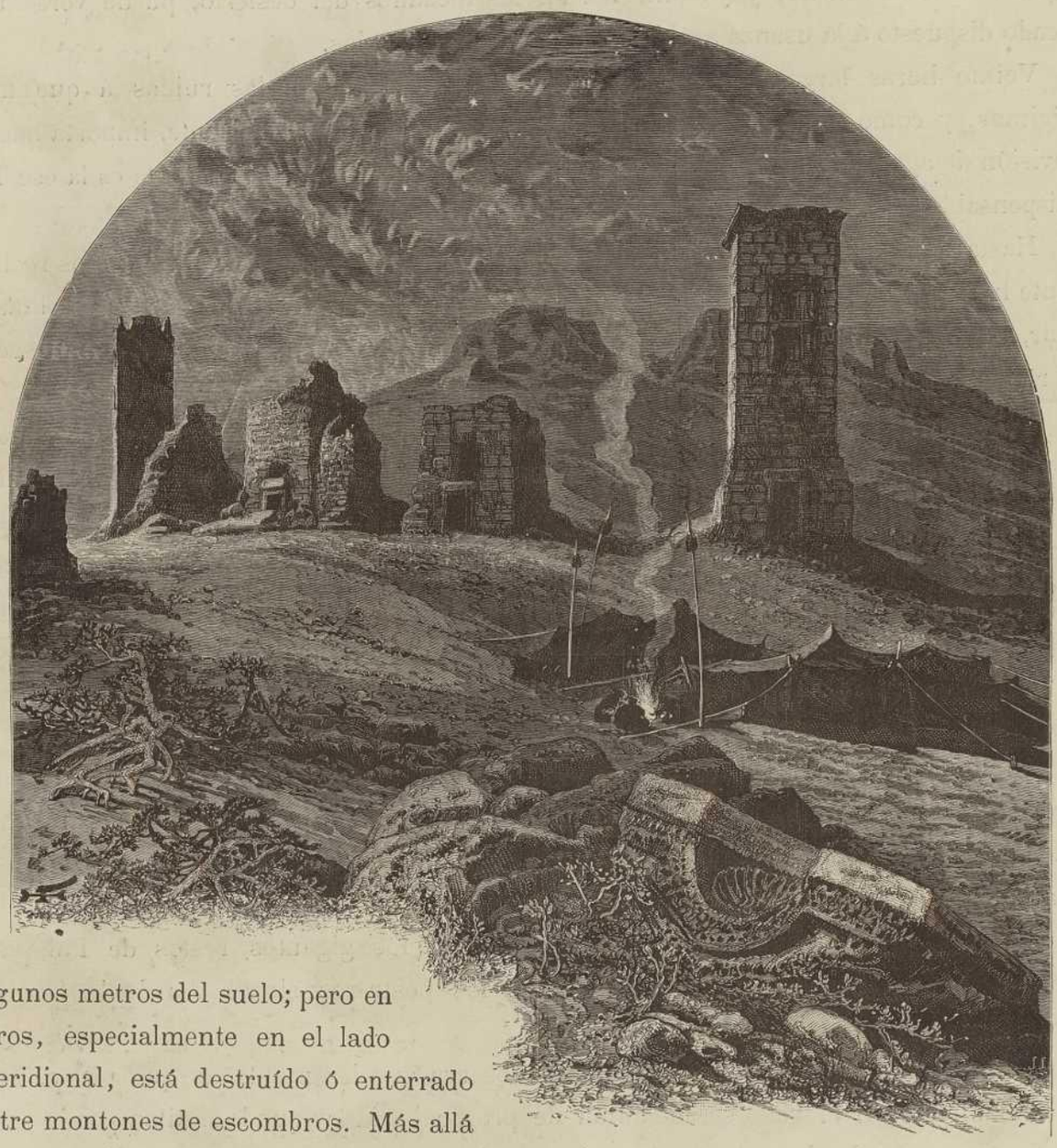
Hasta aquí hemos seguido la dirección del nordeste; de ahora más iremos rectamente hacia el este, continuando el camino por el mismo desierto valle, triste y solitario lugar, cuyo pavoroso silencio nada altera y cuya tierra, árida, resquebrajada y seca, habría de resistir á toda clase de cultivo.

A ocho horas de Kariatain, antigua y arruinada fortaleza, por nombre *Kasr-el-Her*, es el punto donde se pasa la tercera noche al abrigo de la tienda. Quedan aún en pie algunos paredones en los que anidan á bandadas los pájaros, y entre aquéllos álzase maciza y ruinosa torre cuya mole imponente se alcanza á ver á grandísima distancia. Algunos viajeros han creído distinguir vestigios de cruces de Malta en las paredes. A unos cien pasos de estas ruinas existe circular alberca que por desgracia se encuentra en seco hace siglos, destruído como está el acueducto que llevaba á ella el agua de lejana fuente desde las montañas del mediodía.

Asoma al fin la deseada aurora del cuarto y último día de viaje; fáltanos, en verdad, andar una jornada de doce horas por idéntica soledad y entre los mismos ardores de un sol de fuego; pero la idea de que al caer de la tarde hemos de ver al astro que con su calor nos abrasa dorar con sus moribundos rayos las renombradas ruinas, y de que podremos contemplar de cerca los gigantes restos de Palmyra, basta para aminorar y hacer más llevaderos los póstreros sinsabores de la fatigosa excursión.

Comienza á declinar el sol cuando se observa que las montañas que por el lado meridional cierran el valle se adelantan de pronto hacia las que lo limitan por la parte del norte, no quedando entre ambas sierras sino angosta garganta ó cañada, junto á la que, á derecha é izquierda, se alzan unas como torres; moles semejantes yacen en ruinas por el suelo por el cual hormiguen lagartos y pequeñas culebras, y fueron unas y otras antiguos monumentos funerarios. A poco, en aislado montecillo á la izquierda, veremos un castillo musulmán, y en seguida se presentará á nuestra vista el recinto todo de Palmyra, con sus prolongadas filas de colunas destacándose aún majestuosas sobre el encendido horizonte, con sus numerosos edificios sagrados y profanos, con sus arcos triunfales, con sus arruinados pórticos y sobre todo con su incomparable templo del Sol, que es todavía la ruina más grandiosa que la antigüedad

nos ha legado. Alrededor de este admirable conjunto de monumentos que en estado más ó menos ruinoso, son aún testimonio de un esplendor y magnificencia jamás superados, corre una muralla cuyos numerosos ángulos entrantes y salientes están flanqueados por cuadradas torres; parte del muro sobresale todavía en varios puntos



Arruinados sepulcros en forma de torres en las inmediaciones de Palmyra

algunos metros del suelo; pero en otros, especialmente en el lado meridional, está destruído ó enterrado entre montones de escombros. Más allá de la muralla, hacia el noroeste y sudoeste, extiéndense vastas necrópolis; al este, á espaldas del templo del Sol, algunas palmas justifican todavía el nombre que llevó la ciudad, y forman como el marco del imponente cuadro altos cerros abruptos y pelados ó bien la inmensidad del desierto. A su vista no hay viajero que no dé por bien empleados los trabajos y fatigas padecidos para llegar hasta allí y que no se sienta extasiado, con el alma subyugada y absorta en la contemplación de tanta belleza. Cual inmensa evocación mágica ofrécese á sus ojos en aparición repentina en medio de desolado desierto lo más imponente, lo más colosal y también lo más

florido que jamás el arte ha producido. Y la sensación de este espectáculo es tanto

PALMYRA DESDE LA GRAN COLUMNATA.—Castillo musulmán en una altura

más viva y penetrante en cuanto, para gozar de él, se ha debido atravesar una región á la cual ha negado el cielo el beneficio del agua; por todos lados, alrededor de Palmyra,

reinan, con la sequedad, la aridez y la muerte; en el recinto de la ciudad reaparece el benéfico elemento, y con él pudo haber allí vida y dar el hombre esplendente muestra de su ingenio y poderío.

Antes de describir las majestuosas ruinas que tenemos delante, importa que con mirada retrospectiva veamos, aunque sea someramente, lo más interesante y principal de su historia.

Por la Biblia, en el libro III de los Reyes, y en su complemento el de los Paralipómenos, sabemos que Salomón edificó á Palmyra en tierra del desierto; así lo dice la Vulgata, pero el texto hebreo da á la ciudad el nombre de Thadmor, el cual se ha perpetuado fielmente en el de Thadmur (ciudad de las palmas) con que aun hoy la designan los árabes.

El historiador Josefo, en sus *Antigüedades judaicas,* escribió:

«Al penetrar Salomón en el desierto de Siria fundó una gran ciudad, distante dos jornadas de la Siria superior, una del Eufrates y seis de Babilonia, y la causa de haberla edificado á tanta distancia del territorio sirio ya poblado fué no hallarse agua en toda ella, y sí únicamente se encontró en su recinto en pozos y manantiales. Así pues, levantó Salomón la ciudad, la rodeó de fuertes murallas y la llamó Thadamora: este mismo nombre lleva aún entre los sirios; mas los griegos la llaman Palmyra.»

Esto dice la historia, pero es opinión admitida que aun antes de la fundación de la ciudad, esto es, de su embellecimiento y fortificación por el sabio rey, fué aquel sitio, á causa de sus fuentes, conocido y frecuentado, y gozaría de alguna importancia; confírmalo el hecho de las palmas que en él encontró Salomón, origen del nombre de Thadmor, por ser aquéllas árbol que por lo común sólo crece en terrenos habitados, y es probable, por lo tanto, que las caravanas, que con gran anterioridad á Salomón atravesaban la Mesopotamia al dirigirse á Siria, hubiesen establecido allí una factoría mercantil ó una estación de descanso y abastecimiento.

Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el dato histórico de la fundación de Palmyra por el hijo de David como ciudad populosa y rodeada de murallas, se ha venido confirmando por universal y unánime tradición de judíos y árabes, perpetuada al través de los siglos hasta nuestros días.

Propúsose aquel monarca en su empresa atraer á sus estados las caravanas y la riqueza de las Indias, poniendo á Palestina y Siria en más expedita comunicación con Babilonia, las riberas del Eufrates y el golfo Pérsico, y todo induce á tener por cierto que á los pocos años alcanzaría Palmyra alto grado de esplendor comercial; sin embargo, casi ninguna noticia de la Thadmor salomónica, de la Palmyra de griegos y romanos, ha llegado hasta nosotros por lo que toca al período de unos mil años que siguieron á su fundación; únicamente por el historiador Juan de Antioquía se sabe que al dirigirse á poner cerco á Jerusalén se apoderó de ella Nabucodonosor, hasta que, poco antes de comenzar la era cristiana, reaparece su nombre en los autores de la antigüedad, diciéndonos Appiano, en su *Historia de las guerras civiles de Roma,* que

Marco Antonio, en el año 34 antes de J. C., envió su caballería al saqueo de Palmyra, cuyos moradores se habían refugiado con sus bienes y tesoros al otro lado del Eufrates.

En la época de Plinio el Mayor gozaba la ciudad de gran importancia, á lo que escribe este autor, debida á su aislada situación, á la feracidad de su territorio, á las fuentes que regaban su campiña rodeada por todas partes de arenales, y á la habilidad con que había sabido mantener su independencia y conservar una posición neutral y respetada entre los dos grandes imperios rivales de Persia y de Roma.

A poder del último, ó más bien bajo su inmediato protectorado, pasó llegado que fué el siglo II de nuestra era; el emperador Hadriano en el año 130 embellecióla con soberbios monumentos, y á lo que puede inferirse de un pasaje de Esteban de Bizancio la ciudad tomó entonces por algún tiempo el nombre de Hadrianópolis. Esto no obstante, gobernábase, al parecer, según sus propias leyes, y las inscripciones esculpidas en varios edificios públicos atestiguan haber sido construídos á expensas del pueblo y del Senado.

Cuando á principios del siglo III, creciendo más y más en Palmyra el influjo y poderío de Roma, fué declarada colonia romana imperando Caracalla, habían llegado al apogeo su prosperidad y opulencia; el comercio de las Indias, al que servía de vía y de principal depósito, había hecho de ella una de las más ricas y florecientes ciudades del mundo antiguo. Sus ciudadanos, activos y emprendedores, eran famosos por su patriotismo, y recompensa de los grandes servicios que muchos prestaron á su ciudad natal fueron las numerosas estatuas que les erigieron en plazas y columnatas.

Entre todos sobresalía una familia á la cual el emperador Septimio Severo había permitido usar su nombre, familia que ora fuese por opulencia mercantil, ora por militar esfuerzo, ocupaba el primer lugar en aquella ciudad de mercaderes en constante lucha con hordas de foragidos. Cuéntase de un Septimio Odenatho que fué bastante poderoso para inspirar sospechas de meditar un alzamiento contra Roma; caído á los golpes de un asesino, éste, al ser acusado por el hijo ante el emperador, atrevióse á decir: «No te enojes por lo que he hecho ¡oh César! antes bien deplora que no te haya librado del hijo al mismo tiempo que del padre.» Aunque de este modo amenazada, la familia de Odenatho no decayó con su muerte de su grandeza y poderío: el hijo primogénito Septimio Hairan fué senador y príncipe de Palmyra; el segundo, por nombre Odenatho como su padre, tenía, imperando Valeriano, dignidad consular, y por los palmirios, conforme consta en inscripciones, se le daba el título de *Señor nuestro*.

Este Odenatho, al ocurrir la sangrienta rota del ejército de Valeriano en los llanos de Mesopotamia y al quedar el emperador prisionero en poder de los persas, había de ser el vengador de la ultrajada majestad romana. Al saber la gran catástrofe decidió, cesando en sus anteriores vacilaciones, unir su suerte á la de Roma; armó, pues, á sus soldados del desierto, palmirios ó sarracenos, y unido con Balisto, prefecto del pretorio, marchó contra los persas, hizo suya la Mesopotamia y venció al rey Sapor al pie de los muros de Ctesiphon en el año 260. El monarca persa ha de abandonar

en manos del enemigo sus tesoros y hasta sus mujeres; á su antiguo territorio cuyas fronteras repasa, no se lleva más trofeo que la persona del César, cautivo y degradado.

El palmirio Odenatho, después de ser en el duro trance el salvador del imperio, continuó siendo del mismo decidido y fiel campeón, y en recompensa invistióle con la dignidad real un decreto del senado romano. Pero no la disfrutó por mucho tiempo: en Emessa, en el año 267 y entre la algazara de un festín, pereció junto con su hijo Herodes asociado ya al trono, asesinados ambos por un pariente llamado Meonio; los soldados aclamaron al asesino; pero, disgustados de él en breve, á su vez le dieron muerte.

Por fortuna quedó para gobernar al Asia romanizada un monarca más grande que Herodes y más ilustre aun que Odenatho; la viuda de éste y la madrastra de aquél, Zenobia, hizo suyo el poder, y desde aquel momento su nombre y el de Palmyra se enlazan tan estrechamente en la historia que es imposible separarlos. Las virtudes, la energía, la magnanimidad, la rara belleza y la cultivada inteligencia de aquella mujer extraordinaria son ensalzadas y puestas por las nubes por todos los autores de su época, aun por los romanos, que fueron después sus enemigos. Entre sus ascendientes se contaban, á lo que decían sus cortesanos, las tres famosas reinas orientales Dido, Semíramis y Cleopatra, y si esto no es seguro, éralo sin sombra de duda, según uno de sus analistas, que reunía la hermosura de las tres y que á todas era superior en virtud y castidad. «De aguileño semblante *(vultu subaquilo)*, dice Trebelio Polión, había en sus ojos una viveza singular, una especie de inspiración divina al mismo tiempo que un encanto indefinible; por la blancura, sus dientes sólo á perlas podían ser comparados, y su voz, clara y varonil, causaba en quien la oía un efecto inexplicable.» Excepto la hermosura, pocas eran las calidades que de su sexo tenía Zenobia; más que en carro ó en litera gustaba de hacer largas jornadas á caballo; andaba á pie á la cabeza de sus soldados, tomaba parte en sus libaciones, y había acompañado á Odenatho en sus cacerías y campañas, tanto que se le atribuían, no sólo los vastos planes políticos del héroe, sino también sus triunfos militares, encauzando y dirigiendo con su superior ascendiente, lo mismo en el trono y en el campo de batalla que en la morada conyugal, la braveza de aquel guerrero del desierto. A su munificencia jamás desmentida unía se inteligencte parsimonia, y severa como un tirano, clemente como el príncipe más piadoso, dijo el autor antes citado, era mujer y sabía, sin embargo, conservar un tesoro. «Aun hoy no se sabe bien, escribió su vencedor Aureliano, lo que es esta mujer y lo que vale; todavía no son bastante conocidas su prudencia en los consejos, su constancia en los propósitos, su magnanimidad y su justicia. Sin vacilar puede afirmarse que por ella fué Odenatho vencedor de los persas, que por ella arrolló á Sapor hasta los muros de Ctesiphon, y gran servicio prestó la reina á la república romana y gran daño á sus enemigos cuando, para ella ó para sus hijos, se apoderó del solio.»

Tal era la mujer en cuya mente bullía el inmenso proyecto de restaurar bajo su

cetro el asiático imperio, dándole por base la civilización griega y romana, pues aunque nacida y educada en Siria, conocía demasiado las grandezas y maravillas de Occidente para no sentirse con deseos de imitarlas. De ella se cuenta que hablaba con facilidad muchas lenguas y que estaba muy versada en la historia de su patria, en la de Alejandro y en la de Grecia y Roma; á su corte había llamado al famoso Longino, autor del *Tratado de lo Sublime,* para hacerle su secretario y principal consejero, y con él se complacía en leer á Homero y á Platón y en discurrir sobre sus altos pensamientos.

En los primeros tiempos, durante la minoridad de su hijo Vahballath Atenodoro, limitóse á gobernar sabiamente su estado, regente en el nombre y de hecho soberana; mas en breve, al comenzar la realización de sus vastos planes, envió á su general Septimio Zabda en el año 269 á la conquista de Egipto, donde por él fueron vencidas las tropas romanas en los últimos años del emperador Claudio, y transcurridos otros dos, en 271, sacudió abiertamente el yugo de Roma y proclamó Augustos á sus tiernos hijos Hereniano y Timolao, pues Vahballath había fallecido. Desde aquel día no hubo ya disimulo ni vacilación en sus propósitos; reina de Palmyra, soberana del Asia desde el Mediterráneo hasta el Eufrates y de parte del Asia Menor, dueña de Egipto, vióla su pueblo con la púrpura romana junto con la diadema oriental; como los reyes de Persia quiso ser adorada, y servida á la mesa como los emperadores romanos; en la cabeza el casco orlado de púrpura y piedras preciosas, con la griega túnica recogida sobre el hombro dejando desnudo el brazo se presentó á su victorioso ejército, y el Asia toda, dice un autor, después de haber sufrido las ignominias que con Nerones, Caracallas y Heliogábalos le había impuesto la omnipotente Roma, saludaba ahora alborozada á la bella y animosa nieta de Semíramis por reina y señora.

Esplendoroso tanto como efímero reinado: Aureliano, revestido de la púrpura imperial á la muerte de Claudio, aplica sus fuerzas todas á rehacer la quebrantada unidad del imperio; al tiempo que uno de sus generales vencía á Zabda y reconquistaba para Roma el territorio de Egipto, el emperador, á la cabeza de poderosa hueste, atraviesa el Asia Menor é invade la Siria. Junto á los muros de Antioquía encontró por vez primera á la famosa reina, y empeñada la acción llevó lo peor el ejército palmirio, y la ciudad abrió sus puertas á los vencedores. Continuaron éstos avanzando, y en los llanos de Emessa salióles otra vez al encuentro la hueste de Zenobia, compuesta de setenta mil hombres, por la reina y su general Zabbai acaudillados. Al primer encuentro quedó deshecha la caballería romana por los brillantes escuadrones de Palmyra; pero la infantería arrolló á su vez á jinetes é infantes, y la victoria quedó también por las legiones. Zenobia entonces emprendió la retirada á su capital, donde se habían de empeñar los últimos y decisivos combates.

Siguió sus pasos Aureliano, y perdiendo gente por las incesantes y furiosas arremetidas de las tribus árabes, atravesó el desierto y llegó á la vista de Palmyra, preparada hacía tiempo á la defensa. En su recinto había acumulado Zenobia armas y provisiones;

poderosas ballestas é ingenios que lanzaban fuego, defendían las murallas, y la guarnición y los auxiliares sarracenos y armenios estaban poseídos de guerrero ardor, confiando además en el auxilio de Persia, ya que la reina, desde que rompió con Roma, tenía por aliado al sucesor de Sapor. «Búrlanse de mí en Roma, escribía Aureliano, porque guerreo contra una mujer; pero Zenobia no se presenta sola en la demanda; y aun cuando así fuese, habéis de saber que en el campo de batalla no es mujer, sino legión incontrastable... Espero, sin embargo, que la ayuda de los dioses no ha de faltar tampoco esta vez á la república romana.»

Y en efecto, suya fué la victoria: rechazadas con altivez las proposiciones del emperador ofreciendo á Zenobia y á su familia vida y seguridad en el punto que los señalase por residencia un decreto del Senado, comenzaron sin demora las operaciones del cerco y las inmediatas provincias recibieron orden de llevar víveres al vasto arenal que servía de campamento al ejército, hostigado sin cesar por los rebatos de los sitiados. Vigorosa fué la defensa hasta que, coincidiendo con las primeras privaciones de la escasez, súpose en la ciudad la llegada al campo romano de numeroso refuerzo de gente que Probo, general que fué después emperador, traía de Egipto donde venciera á Zabda. Las tropas auxiliares esperadas de Persia fueron en su camino sorprendidas y derrotadas; los sarracenos y armenios de la guarnición, seducidos ó asustados, abandonaron la causa de Zenobia, y agobiada ésta por tantos y reunidos contratiempos, no tuvo más recurso, para librarse de los ultrajes del cautiverio, que dejar la ciudad, como secretamente lo verificó después de celebrar con sus generales el último consejo. Montada en ligero dromedario llegaba ya á la ribera del Eufrates; algunos pasos más y habría atravesado la frontera pérsica, cuando la caballería romana lanzada en su persecución la alcanzó y la llevó prisionera á los piés del emperador. Palmyra no tardó en abrir sus puertas á los sitiadores.

A los pocos días salió de ella Aureliano llevando consigo á su real cautiva, pues quiso reservarla para adorno de su triunfo en Roma, á pesar del clamoreo de los soldados que pedían su muerte; los generales y ministros de la infeliz reina, entre ellos el retórico Longino, fueron condenados y ejecutados, y en la ciudad, respetada por el vencedor, quien se había contentado con los inmensos tesoros de Zenobia, quedó una guarnición de seiscientos arqueros. El cortejo triunfal del emperador á su entrada en Roma, después de haber recorrido de victoria en victoria todo el ámbito del mundo romano, fué renombrado por su magnificencia; abrían la marcha veinte elefantes seguidos de tigres, jirafas y otros animales de Libia y Palestina, y entre innumerable muchedumbre de cautivos, pertenecientes á los pueblos subyugados, venían tres carros regios traídos de Oriente: el de Odenatho, adornado con piedras preciosas, oro y plata; otro, regalo del soberano de Persia á Palmyra, y el último, propio de Zenobia, de incomparable riqueza. A pié llevando al cuello áurea cadena, cargada por su vencedor, para más insultar su desgracia, con todas sus joyas á cuyo peso se rendía, avanzaba, bella é imponente aún y atrayendo en medio de su humillación é infortunio la admira-

ción general, la triste reina cabe al carro triunfal de Aureliano, carro que, conquistado al rey de los godos, era arrastrado por cuatro ciervos domesticados. El pueblo, las corporaciones, el ejército entero, seguían luego con banderas, trofeos y estandartes.

No tuvo Zenobia la trágica suerte de aquellos vencidos que luego de llegar al Capitolio pasaban á las tenebrosas é infectas mazmorras de la cárcel Mamertina, lugar de su suplicio; puesta en libertad, vivió con sus hijos en Tibur con toda la ostentación y magnificencia de las matronas romanas, y su posteridad fué por largos años conocida y respetada en Roma. A fines del siglo IV, según san Jerónimo, existían aún en la ciudad descendientes de Zenobia.

Pero aun antes de haber llegado Aureliano á la tierra de Italia habíase encendido de nuevo en Palmyra el fuego de la guerra. La guarnición romana fué exterminada por los alzados moradores, y un pariente de Zenobia, por nombre Aquileo, proclamado Augusto. No se hizo esperar el escarmiento, que fué tan rápido como terrible: volvió el ejército contra la opulenta ciudad, y al saquearla y desvastarla la anegó en ríos de sangre, no respetando en la general matanza edad, sexo ni condición. De tan gran catástrofe Palmyra no se recobró jamás; aun cuando el mismo Aureliano, queriendo á poco reparar los destrozos por él causados, dispuso la restauración del gran templo del Sol. Veinte años después, reinando Diocleciano, fueron reconstruídas sus murallas, y sede episcopal en la época cristiana se convertirían sin duda sus templos en iglesias. Sábese por Procopio que á Justiniano fueron debidas otras varias reconstrucciones, y se cree que entonces fué disminuído á propósito el recinto de la ciudad, que había sido antes mucho más extenso: perdida la pasada importancia, convenía, para su mejor defensa, estrechar el perímetro de sus murallas.

Caída en poder de los musulmanes, su decaimiento fué de cada año mayor; en el de 1089 un terremoto causó en sus edificios gran estrago, pero su población sería aún bastante numerosa cuando Benjamín de Tudela, en 1172, vió en ella una colonia hebrea de unas cuatro mil almas, tradicional residuo de los colonos israelitas allí llevados por el fundador Salomón. En el día ni restos se encuentran de aquella colonia, y los moradores de la floreciente y populosa ciudad quedan reducidos á unos pocos centenares de árabes de atezado rostro, que viven en humildes chozas levantadas en las ruinas del gran templo que estuvo consagrado al sol. Sucesores de los más opulentos y fastuosos comerciantes del mundo antiguo, cuyas casas eran palacios y cuyos monumentos públicos ostentaban grandiosidad incomparable, viven miserables entre aquellas maravillosas ruinas y hallan sustento en el cultivo de inmediatos y reducidos huertos. Sus mujeres, según la costumbre general de Oriente, llevan velado el rostro y suelen pintarse de rojo la última falange de los dedos y de azul los labios y lucir aretes de metal en la nariz y en las orejas. Las dos fuentes que les proveen de agua y que se reunen formando abundante arroyuelo, distan mucho de ser claras y frescas, y son además ligeramente sulfurosas; á no ser en las épocas equinocciales

rara vez refresca la lluvia aquellos arenales, por los que se desencadenan horribles tempestades de viento.

Por dilatados años fué el nombre de Palmyra un recuerdo histórico y nada más; perdidos los títulos de la pasada grandeza sus ruinas quedaron también como olvidadas en la soledad que las rodea, y apenas llegaban á tener idea de su existencia las naciones de Occidente. Los beduinos de Siria y Mesopotamia eran los únicos que sabían de ellas y ensalzaban su belleza, hasta que en el último tercio del siglo XVII, en el año de 1678, unos comerciantes ingleses establecidos en Alepo quisieron cerciorarse por sí mismos de la veracidad de aquellos relatos extraordinarios y ver las maravillas que de aquel desierto les contaban. Organizaron, pues, una expedición, pero sin lograr su deseo hubieron de regresar á Alepo, asaltados y robados por los árabes; en 1691 reprodujeron su tentativa, y esta vez pudieron llegar á la antigua capital del desierto. La relación de su viaje, publicada en Londres cuatro años después con dibujos de los monumentos, causó en Europa todo el efecto de un verdadero descubrimiento, tanto que halló no pocos incrédulos y contradictores: no acertaba el público á concebir ni á persuadirse de que en lugar tan apartado de la tierra habitable hubiese podido existir una ciudad de la suntuosidad que aquellos dibujos expresaban.

Pero cuando en el año de 1751 Roberto Wood, inglés también, visitó y dibujó, en unión con Dawkins, los admirables monumentos y publicó años después su magnífica obra titulada *Las Ruinas de Palmyra*, las dudas no fueron ya posibles, y cesando toda clase de incertidumbre hubo de convenirse en que nada en Grecia ni en Italia nos dejó la antigüedad que, por lo grandioso, pueda compararse á lo que resta de la ciudad de Zenobia.

En el año de 1785 visitó el francés Volney sus ruinas y de ellas tomó motivo ó pretexto para escribir el libro de perversa doctrina que, traducido á nuestro idioma, fué maestro y comidilla de las primeras generaciones liberales de España [1]. El número de viajeros de todas las naciones que después han llegado sucesivamente á Palmyra, fué en aumento; á los más los movía la natural curiosidad, á algunos sus aficiones y hábitos científicos. Entre los últimos han de citarse el conde de Vogué en 1853, Waddington en 1861, el marino Vignes en 1864 y Bernoville en 1868, cuyas obras dan de los monumentos é inscripciones de Palmyra cabal y perfecta noticia.

Estas inscripciones, según el conde de Vogué, pueden dividirse en cuatro distintas categorías:

1.ª Inscripciones honoríficas: están grabadas en las columnas corintias de las arcadas que se alzaban á ambos lados de las principales calles, ó que adornaron los vestíbulos y pórticos de los templos. En la caña de muchas vese adherida una repisa que sostuvo una estatua ó un busto, y la inscripción indica el nombre y los servicios del personaje merecedor de esta honra.

[1] De él, atento y considerándose quizás obligado como arzobispo que era de Palmyra *in partibus* á que de donde viniera el daño saliera también el remedio, compuso vigorosa impugnación el Ilmo. Sr. D. Félix Amat, abad de San Ildefonso. (Barcelona, 1833).

2.ª Inscripciones funerarias, esculpidas en los suntuosos sepulcros de que estaba rodeada la ciudad antigua.

3.ª Inscripciones religiosas grabadas, casi sin excepción, en pequeños y vistosos altares, utilizados después por los musulmanes para adorno de sus cementerios.

4.ª Leyendas escritas en tablillas y objetos de barro cocido halladas entre las ruinas.

Son estas inscripciones dobles casi todas, esto es, en lengua aramea, muy semejante al sirio moderno, y en lengua griega, y están fechadas por la era de los Seleucidas. La más antigua hasta ahora descubierta pertenece al año 56 (256 antes de J. C.) y no las hay posteriores al 582 (271 de la era cristiana). Sus caracteres son peculiares de Palmyra; pero, lo mismo que la lengua, corresponden al grupo arameo y ofrecen gran analogía con la escritura hebraica llamada cuadrada. Por ellas se ha venido en conocimiento de que en Palmyra se usaba, además del alfabeto oficial y lapidario, otro vulgar, cuyas líneas más cursivas prepararon la formación de los modernos de Siria y Arabia.

Hora es ya de que, penetrando en el imponente campo de ruinas, describamos las principales. Para tener una idea de su aspecto general figurémonos en dilatada llanura un bosque de colunas cuyas bases exceden de la altura de un hombre, y medio ocultos entre ellas muchos edificios, ora un alcázar del cual sólo quedan los paredones y patios, ora un templo, de cuyo peristilo sólo se ven residuos, ora un pórtico, una galería ó un arco triunfal, todo en ruinoso estado; en unos puntos están las colunas agrupadas, si bien la simetría de su combinación está interrumpida por el desplome de muchas; en otros se extienden en rectas y largas hileras, y semejantes á filas de árboles, se prolongan hasta ofrecer á la vista una línea sin solución de continuidad. Y si después de admirar este espectáculo se inclinan los ojos al suelo, contémplase otro no menos sorprendente: por todos lados derribados fustes, enteros unos y destrozados otros; piedras de todos tamaños, rotos capiteles, frisos mutilados, esculturas hechas pedazos, violados sepulcros y altares profanados.

Algunos autores han creído poder distinguir en Palmyra dos clases de ruinas: las unas pertenecientes á tiempos remotísimos, sólo ofrecen informes residuos; las otras, que son los monumentos aun subsistentes, corresponden á siglos más modernos, seguramente á los tres anteriores al imperio de Diocleciano, en los que privó en las construcciones el estilo corintio. Durante ellos, en efecto, llegó á su apogeo el esplendor de Palmyra, cuando, valladar entre romanos y persas, tuvo habilidad suficiente para mantenerse neutral entre los dos colosos y hacer servir á su propia opulencia la riqueza y el fausto de aquellos poderosos imperios.

En el angosto paso (*Ued el-Kobur* ó valle de las tumbas) que por occidente precede á la ciudad y era uno de sus cementerios, hemos indicado la existencia de varias torres funerarias, que son por lo menos en número de ciento: de muchas sólo queda un montón de escombros; otras, de forma cuadrada, permanecen aun en pie.

Una de las mejor conservadas mide nueve metros de lado y veintiseis de altura, y está dividida en cuatro altos; remata la puerta de entrada un elegante frontón en el cual se leen, escritos en idioma palmirio y griego, los nombres de los fundadores del monumento. Decorado interiormente con gran magnificencia, contiene en cada piso una sala sepulcral con diferentes nichos; varios bustos, hoy hechos pedazos, representaron las

Ruinas de un mausoleo en Palmyra

facciones de los difuntos allí enterrados, embalsamados sin duda á la usanza egipcia, conforme puede juzgarse por algunos restos. Sus nombres se expresan en inscripciones aun legibles.

Semejantes á éste son los demás mausoleos que permanecen en pie, y en algunos son de ver sarcófagos é interesantes esculturas. Entre los escombros que cubren el suelo hállanse huesos, residuos de momias y de embreadas mortajas, y destrozados bajo-relieves.

Del castillo arábigo que, situado en inmediata altura, defendía el paso, ha de creerse haber sucedido á otro más antiguo; tal como es hoy no datará probablemente de más allá del siglo XIV. Un foso abierto en la roca lo rodea por todos lados; daba á él entrada un puente levadizo en el día roto, de modo que para penetrar en su recinto, después de bajar al foso, hay que escalar el ruinoso muro y por él llegar á un vasto edificio de planta irregular, en el cual se contienen numerosas salas, largos corredores y cuadras inmensas. Su construcción es atribuída á Tamerlán, á Selim I y también á un príncipe druso.

GRAN COLUMNATA DE PALMYRA, MIRADA DESDE EL ARCO DE TRIUNFO

Al bajar del castillo por el lado del sudeste hállanse, así que se ha entrado en el recinto de la ciudad, los residuos de dos soberbios mausoleos que hubieron de tener el aspecto de verdaderos templos. Del pórtico que al uno precedía se conservan todavía en pié dos colunas, y puede verse en él un sarcófago con magnífica ornamentación. Situado el otro en el extremo occidental de la gran columnata, guarda aún las seis colunas monolitas de su pórtico y parte del frontón, lo mismo que algunas piedras de las paredes interiores, en las que pueden verse las concavidades destinadas para la colocación de sarcófagos.

Hacia poniente atraen la atención las ruinas de grandioso edificio, del cual no se sabe ciertamente si fué templo ó mausoleo; midió su *cella* treinta metros á lo largo, y de su pórtico sólo queda en pié una coluna de las cuatro que lo sostenían. Dos peristilos, también con colunas, le estaban adheridos á derecha é izquierda, y son de

admirar la riqueza y pulcritud de su friso. En una de las piedras del arquitrabe se lee el nombre de Diocleciano.

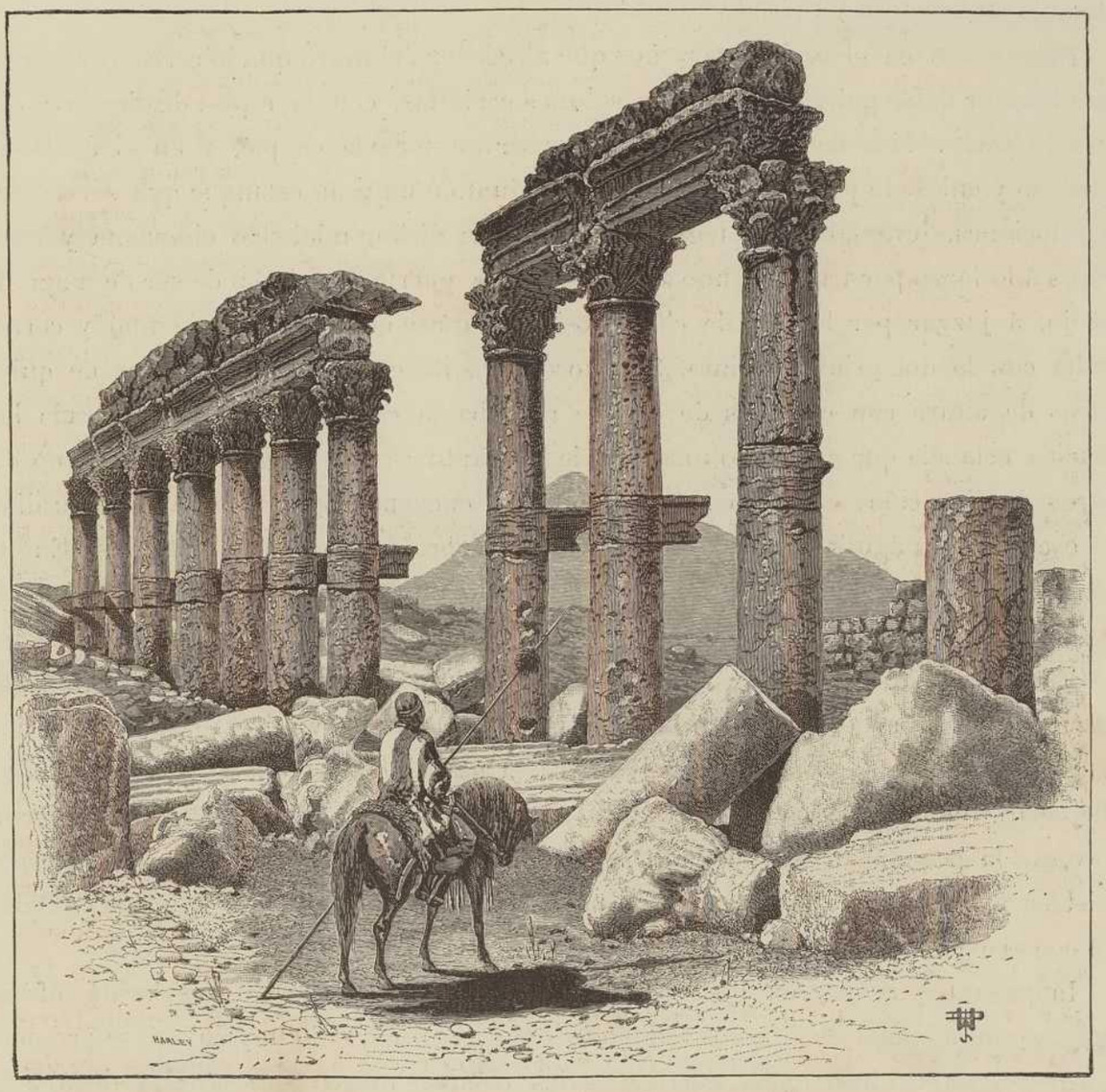
La gran columnata que atravesaba gran parte de la ciudad era tenida por una

Arco de Triunfo en Palmyra

de las maravillas de Palmyra y también del mundo; medía mil doscientos y cincuenta metros de longitud, y consistía en cuatro hileras de colunas que formaban tres calles, una central y dos laterales, muy ancha aquélla y éstas más estrechas. Calcúlase que cuando estaba íntegra hubo de contar más de mil y quinientas colunas, de las cuales están en pié ciento y cincuenta; las otras yacen por el suelo con sus capiteles corintios

hechos pedazos. Era su altura de diez y siete metros, y en todas se ve la repisa de que antes hemos hecho mérito para la colocación de un busto ó una estatua.

A derecha é izquierda eran cortadas estas grandiosas vías por otras calles semejantes, pero de menores proporciones, y por el lado de oriente llevaban á magnífico arco de triunfo con tres huecos ó puertas monumentales, correspondiendo á cada una de las suntuosas columnatas. Adornábanlo hermosas colunas monolitas de granito, uno de



RUINAS DEL TEMPLO DEL SOL EN PALMYRA (PARTE OCCIDENTAL)

cuyos fustes, procedente de Egipto y derribado al suelo, mide más de nueve metros á lo largo por noventa y cinco centímetros de diámetro.

En el barrio más oriental de la ciudad estaba situado el templo del Sol, muy superior en grandiosidad y riqueza á todos los demás de Palmyra, y todavía la ruina más bella é imponente que nos ofrece la tierra de Siria. El famoso monumento en que el arte arquitectónico había apurado sus primores y desplegado toda su magnificencia, alzábase en cuadrado terraplén sostenido por un muro de cantería de doscientos veintiséis metros por lado y veintiuno de altura, quitándole monotonía las graciosas

pilastras que sostienen el friso y la cornisa. De él se conservan grandes lienzos con trece pilastras en todo. Una escalinata de treinta y seis metros de anchura guiaba por el lado de occidente á un vestíbulo sostenido por colunas corintias, y por él se llegaba á monumental puerta de tres huecos con jambas y dinteles ricamente esculpidos; por desgracia esta porción del edificio ha experimentado gran deterioro y ocúltanla en parte toscas construcciones sarracenas, debidas al tiempo en que por los árabes fué convertido el templo en fortaleza y rodeado de un foso.

Penetrando en el recinto veremos que alrededor del muro que lo cerca corría en la parte interior doble galería apoyada en colunas corintias, con la repisa destinada al uso antes indicado. Más de un centenar se conservan todavía en pié, y en el centro del espacioso y enlosado patio ó atrio así formado, junto á un gran estanque que servía para las abluciones, levantábase el templo propiamente dicho, midiendo cincuenta y nueve metros á lo largo por treinta y uno á lo ancho. La puerta, que hubo de ser de magnífico trabajo, á juzgar por lo que de ella subsiste, abríase en la pared occidental y correspondía con la del primer recinto. Suntuoso peristilo con colunas estriadas de quince metros de altura con capiteles de bronce rodeaba la *cella*, la cual tenía á cada lado reducida estancia que era como una especie de santuario; la puerta, que tiene uno diez metros de elevación, es de lo más rico que se encuentra en Palmyra, y en su dintel está esculpida un águila con las alas desplegadas sobre un campo de estrellas. En una de las piedras del ábside septentrional vese trazado un zodíaco con signos iguales á los nuestros.

Entre las ruinas de este edificio, maravilla un tiempo á cuyo embellecimiento contribuyeron las artes todas, han buscado morada los tristes y miserables residuos de la opulenta y numerosa población de Palmyra. Unas cincuenta chozas formando sucias callejuelas y en ellas unos cuantos árabes haraposos es cuanto puede ver el viajero al atravesar la pequeña aldea que, allí establecida, se envanece todavía con el pomposo é histórico nombre de Thadmur. Su reducida mezquita, al igual que aquellas casuchas, está construída con materiales antiguos.

Interesantes ruinas en distintos puntos de aquel campo de desolación ofrecen vestigios aun apreciables de otros templos y otros pórticos; sitio hay en que se presentan informes y en confusa mole, derribadas las colunas unas sobre otras y destrozadas como por violento terremoto. Entre las primeras son de notar las de una iglesia, de la cual permanecen enhiestas seis colunas.

Además del agua de las dos fuentes que dieron origen á la fundación de la gran ciudad en medio del desierto, sus moradores teníanla de mayor claridad y frescura en la que les proporcionó á costa de grandes trabajos lejano manantial, quizá alguno de Kariatain. En el *Ued-el-Kobur* son aún visibles los restos del subterráneo acueducto que la llevaba á Palmyra.

Graves pensamientos, tristeza íntima y profunda asaltan la mente y el corazón ante este sublime espectáculo de grandeza pasada, de humillación presente.—Aquí, repite

para sí una y otra vez el absorto viajero, aquí floreció una ciudad opulenta; aquí estuvo la capital de poderoso imperio. Estos sitios, tan solitarios hoy, fueron animados por bullidoras muchedumbres; por estas calles, ahora desiertas, circuló atareado concurso. Entre estos paredones abismados en sepulcral silencio resonaba de continuo el estruendo de las artes y el bullicio de las fiestas; estos derribados mármoles formaron soberbios palacios; estas columnas mutiladas ornaban la majestad de los templos; estas arcadas á pedazos señalaban las líneas de las vastas plazas. Aquí, llamado por las ceremonias del culto y por las necesidades de la existencia, afluía numeroso pueblo; aquí la industria, madre de comodidades y placeres, atraía los tesoros de todos los climas, y la púrpura de Tiro se cambiaba por el hilo precioso de la Sérica, los blandos tejidos de Cachemira por la preciosa alfombra de Lidia, el ámbar del Báltico por las perlas y los aromas de Arabia, el oro de Ofir por el estaño de Thulé.

Y de la floreciente ciudad queda únicamente el lúgubre esqueleto, de su gran poderío efímero y confuso recuerdo. Soledad de muerte ha sucedido en estos pórticos al agitado gentío, el silencio de las tumbas al animado rumor de los mercados, á la opulencia de la mercantil ciudad miserable pobreza. Los alcázares de los magnates se han convertido en manidas de fieras; lo que fueron templos son cuadras de ganado, é inmundos reptiles infectan los más venerados santuarios!... ¿Cómo se ha desvanecido tanta gloria? ¿Cómo tantos trabajos y esfuerzo tanto han venido á perderse?... ¡Ay! ¡así acaban y perecen las obras de los hombres! ¡así mueren los imperios y las naciones!... ¿Quién sabe si para las riberas del Sena ó del Támesis, en lo que son hoy soberbias metrópolis de la Europa moderna, donde corazón y ojos apenas bastan ahora para el torbellino de placeres y sensaciones que constituyen su faustuosa existencia, quién sabe si andando los siglos ha de llegar un día en que raro y oscuro viajero, cual sucede en Palmyra, se siente en las mudas y esparcidas ruinas del Louvre ó de San Pablo, y llore solitario, como ahora nosotros, sobre las cenizas de extinguidos pueblos y la memoria de su perdida grandeza?

III

Homs ó la antigua Emessa. — Templo del Sol. — El emperador Heliogábalo. — La ciudad actual. — Ribla. — Deir Mar Marun. — Bessima. — Ain-el-Fidjeh. — *Suk-Ude-el-Barada* ó la antigua Abila. — Beludan. — Zebedany. — Surhaya. — Nahr-Jahfufeh. — Neby. — Chith. — Duris. — Baalbek ó Heliópolis. — Su historia. — Su actual estado. — Canteras. — Necrópolis. — Ruinas. — El gran templo. — Las seis colunas. — El templo pequeño. — El templo semicircular.

Cincuenta y tres horas distan de Palmyra las ruinas de Baalbek á las que nos falta conducir á nuestros lectores para tener acabamiento esta visita á la tierra de Siria. En dos jornadas llégase á Homs, la Emath de la Biblia, la Emessa de los griegos, situada en la ribera oriental del Nahr-el-Asi, el Orontes de la antigüedad, y famosa por haber sido cuna del emperador Heliogábalo. En ella tenía renombrado templo el dios Sol ó Baal, llamado en las lenguas orientales Alagabal ó Elagabalo, y consistente en una piedra negra, cónica y de gran dimensión, cubierta de simbólicas imágenes trazadas, á lo que se decía, por divina mano. Era el templo de rara magnificencia, con muy preciosas esculturas, y lo frecuentaban los pueblos todos de Siria; los príncipes vecinos, vasallos de Roma ó de Ctesiphon, lo enriquecían con sus ofrendas, y los romanos, muy dados á extranjeras supersticiones, no eran los últimos en imitarlos y en inclinarse ante la deidad. Entre sus sacerdotes hallábase el joven Vario Avito, sirio de origen por la familia de su madre y emparentado con la de Septimio Severo y Caracalla, y las legiones del campo atrincherado establecido junto á Emessa no hallaron á quien mejor conferir la púrpura imperial, cuando, preponderantes como eran en la política romana, quisieron despojar de ella á Macrino, fatigados de la severa disciplina á que los sujetaba. Esto sucedía en mayo del año 218, y vencidos los escasos parciales que al emperador quedaron, fugitivo éste y al fin asesinado, fué Avito dueño de Oriente y de allí se dirigió á tomar posesión del Occidente, lo cual alcanzó sin dificultad, dado el rebajamiento á que habían venido el Senado y el pueblo, privados ya de toda influencia en los destinos del Imperio. Catorce años contaba el nuevo emperador, educado en Emessa y más asiático que romano, cuando á la cabeza de sus tropas vencedoras de Macrino, llegó á Roma, habiendo llevado por delante su dios Elagabal, del cual no quiso separarse y cuyo nombre tomó, y cuatro duró la fantástica y gigantesca bacanal de su reinado. Pasado este tiempo, en el cual el culto del Dios de Emessa prevaleció y fué como el centro y el lazo con que en universal sincretismo se trató de unir las infinitas supersticiones del Imperio, el joven Avito cayó como había subido: derribóle la soldadesca, y asesinado en brazos de su madre Sohemias, su cuerpo fué arrojado al Tíber.

En los alrededores de Emessa se empeñó la batalla en que Aureliano triunfó de

Zenobia. Después de la conquista arábiga fué la ciudad ocupada por los Cruzados victoriosos en el año 1098, en su marcha de Antioquía á Jerusalén.

La ciudad de Homs, que le ha sucedido, está situada en feraz y agradable llano; son sus casas de buena construcción y sus calles de regular empedrado; habítanla veinte mil almas, entre las que se cuentan muchos cristianos greco-cismáticos. Tiene estación telegráfica; alimenta alguna industria, y á sus mercados acuden todas las tribus de los alrededores. Defiéndela almenado muro de construcción arábiga, protegido á su vez por ancho foso; la ciudadela que la dominaba por el lado del sudeste y que databa de los primeros tiempos de la conquista sarracena, fué volada por Ibrahim-Bajá para castigar la rebelión de sus moradores, y en el día es inmenso montón de ruinas. En las cercanías de la ciudad, hacia poniente, se encuentra antigua torre sepulcral, semejante á las que hemos visto en Palmyra.

A un cuarto de hora al oeste de Homs corre hacia el norte el Nahr el-Asi, y en los confines de aquel valle se extienden los llanos de la Bekaa ó de la Cœlesiria; nuestro camino nos lleva hacia el mediodía, y en ocho horas, después de atravesar varias aldeas musulmanas y de quedar á nuestra espalda el estanque de Homs, conocido en la Edad Media con el nombre de *lago Kadas*, llegaremos al pueblo de Ribla, la Rebla ó la Reblatha de la Sagrada Escritura; en ella acampó el Faraón Nechao en su expedición contra los asirios, y allí redujo á prisión al rey de Jerusalén Joachaz, hijo de Josías. Rebla sirvió por algún tiempo de residencia á Nabucodonosor, mientras sus tropas tenían puesto cerco á la santa ciudad, y en ella estaba cuando le fué presentado el rey Sedecías, á quien mandó sacar los ojos después de haberle hecho testigo del suplicio de sus hijos, y llevó cautivo á Babilonia.

A occidente queda el Kalat el-Hœsn ó Hœsn el-Akrad (fortaleza de los Kurdos), que tuvo gran importancia en la época de las Cruzadas por dominar el camino que lleva á la costa. Conquistado por los latinos á poco de su llegada á Tierra Santa, poseyéronlo los caballeros de San Juan desde el año de 1180 hasta que lo expugnó Bibars en el de 1271. El grandioso edificio se conserva aún en regular estado, y junto á él está situada una pequeña aldea.

Separándose unas tres horas del camino hacia la derecha, puede visitarse interesante y antiquísimo monumento situado en la cumbre de un montecillo, á poca distancia de la aldea de Harmel, y visible por lo mismo desde lejos. Álzase sobre basáltica base de más de un metro de altura que forma como tres escalones, y consta de un sólido rectangular de nueve metros de latitud por siete de altura, separado por una cornisa de un cubo de seis metros por lado, y rematado todo por una pirámide de cuatro y medio, formada con piedras más pequeñas que las de los cuerpos inferiores. Las caras del primero están adornadas con bajo-relieves representando, á lo que se cree, escenas de caza, pues no es fácil á primera vista distinguirlo por su estado de deterioro.

A media hora escasa de este sitio, hacia el sudoeste, en enorme peñasco que se levanta perpendicular sobre el Orontes á noventa metros de altura, vese la vasta caverna

que fué el cenobio donde vivió san Marun, fundador del pueblo maronita, por lo cual

Bessima, aldea en la ribera izquierda del Barada

lleva el nombre de *Deir Mar Marun*. Quinientos pasos más lejos brota caudaloso manantial, considerado como la principal fuente del río.

Para regresar al camino del cual nos hemos separado algunas horas, atraviésase pedregosa y solitaria llanura, y por el pueblecillo llamado Er-Ras ó Ras Baalbek, habitado por griegos católicos con un monasterio en sus inmediaciones, subiendo y bajando cuestas se llega en siete ú ocho horas á la vista de las grandes ruinas de Baalbek.

Mas no es este el itinerario más seguido por los viajeros que las visitan; aun aquellos que, como nosotros, han realizado antes la excursión á Palmyra, consideran menos penoso que este largo viaje regresar á Damasco y emprender desde allí los setenta y cinco kilómetros que separan á esta ciudad de Baalbek, á causa de la mayor comodidad de las paradas. Procederemos, pues, á la descripción de este camino, conforme lo hemos verificado con el más directo entre Palmyra y Baalbek.

A la salida de Damasco síguese hasta Dhummar, con dirección al noroeste, la agradable carretera de Beyruth; déjase luego para tomar á la derecha por entre sucesivas colinas de tierra caliza cuya blancura llega á fatigar los ojos, mientras que por la izquierda serpentean en angosto y profundo valle las rápidas y murmurantes aguas del Nahr-Barada. Alamos y sauces embellecen sus riberas, animadas por pintorescas aldeas, circuídas de frondosas huertas. Cabálgase luego durante una hora por desierta llanura que lleva el nombre de Sahara, guijarrosa y arenisca á un tiempo y desprovista por completo de vegetación; atravesada con dirección al norte, bájase hacia poniente por entre viñas é higuerales, y á las cuatro horas de haber salido de Damasco se llega á Bessima, pueblecillo musulmán situado en lo más hondo de un valle y dominado por escarpadas y peñascosas laderas. En él, merced al riego que proporcionan las aguas del Barada, prosperan hermosos verjeles con muchos árboles frutales, y también algunos campos de trigo.

Una galería subterránea de ochenta centímetros de anchura une el pueblo de Bessima con el de Achrafiyé, distante de él unos veinticinco minutos, y después de varios vestigios de la misma en las inmediaciones del último, se pierden enteramente sus huellas. Créese que son restos de un acueducto por el cual eran llevadas á Damasco las claras aguas de la fuente que vamos á encontrar en breve.

Al noroeste de Bessima, á la media hora de camino siguiendo las sinuosas márgenes del Barada, sombreadas por higueras y nogales, hállase el lugarejo llamado El-Fidjeh, cuyas casas, ó por mejor decir chozas, son morada de musulmanes, y junto á él brota preciosa fuente, la más caudalosa y renombrada de Siria, con la cual pueden únicamente compararse las del Jordán en Tell-el-Khady y en Banias. Con gran ímpetu y estruendo sale de angosta caverna enorme mole de agua, que se precipita luego en espumosa cascada y corre hacia el lecho del Barada. Sobre la cueva, en una especie de plazoleta, natural en una parte y formada por la peña y de fábrica en otra, vense los residuos de antiguo templo que estuvo construído con grandes sillares; dos hornacinas que existen aún en las ruinas del fondo contendrían seguramente estatuas. Al lado de este edificio, pero en nivel más bajo, existió otro cuyos paredones, formados

con piedras enormes, se mantienen todavía en pié. Tres hornacinas destinadas á contener bustos ó estatuas vense en los tres lados de la *cella,* la cual sería como un *nymphæum* que recibiría por dos aberturas parte de las aguas del manantial, las cuales saldrían por la puerta formando cristalina corriente. En medio del santuario, consagrado

Higueras en las márgenes del Barada

sin duda al dios Pan y á las ninfas y desprovisto de bóveda hace siglos, ha arraigado añoso nogal y llénalo en gran parte con la frondosidad de su ramaje.

Es tenida por lo común la Ain-el-Fidjeh como la fuente del Barada; según Edrisi, en su *Geografía,* las aguas que riegan el *Ghutah* ó sea la llanura de Damasco, proceden de un manantial llamado El-Fidjeh que brota, dice, del seno de un monte con estruendo que se oye de muy lejos; Abulfeda afirma igualmente que el origen del río de Damasco está al pié de un templo que lleva por nombre El-Fidjeh, y lo mismo creen y opinan

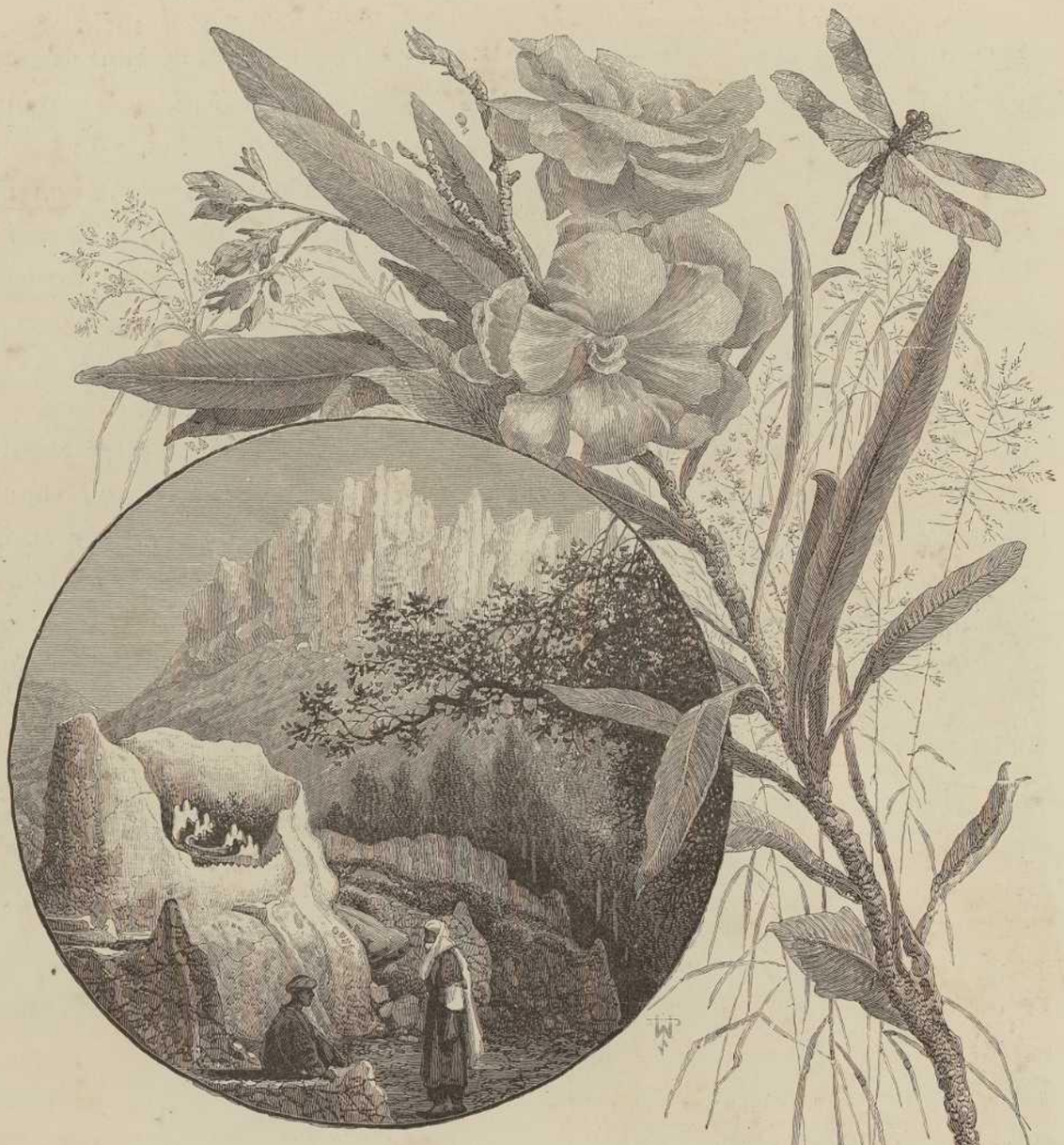
los naturales de aquellas comarcas. Esto no obstante, es lo cierto que, si bien ha de tenerse la Ain-el-Fidjeh como la fuente más considerable y la más digna de ser visitada

Fuente de Ain-Fidjeh.—Ruinas

de cuantas forman el caudal del Barada, no es la única, y tiene el río otras varias en la parte superior de su corriente.

Pintorescos y amenos en grado incomparable son los alrededores de la Ain-el-Fidjeh, y en ellos, á la apacible sombra de los árboles, cuyo frondoso follaje no atraviesan jamás los rayos del sol, junto á las venerables ruinas que han visto desaparecer centenares de generaciones á semejanza del torrente que á sus piés corre y pasa presuroso, suelen los viajeros hacer alto, recreando su descanso el eterno mugir de la cascada que de lejos imita al mar en sus prolongados y melan-

cólicos susurros. Al cesar en la contemplativa meditación que esto produce y al ponerse otra vez en camino, tómese hacia poniente: álzanse á la derecha inmensos y perpendi-

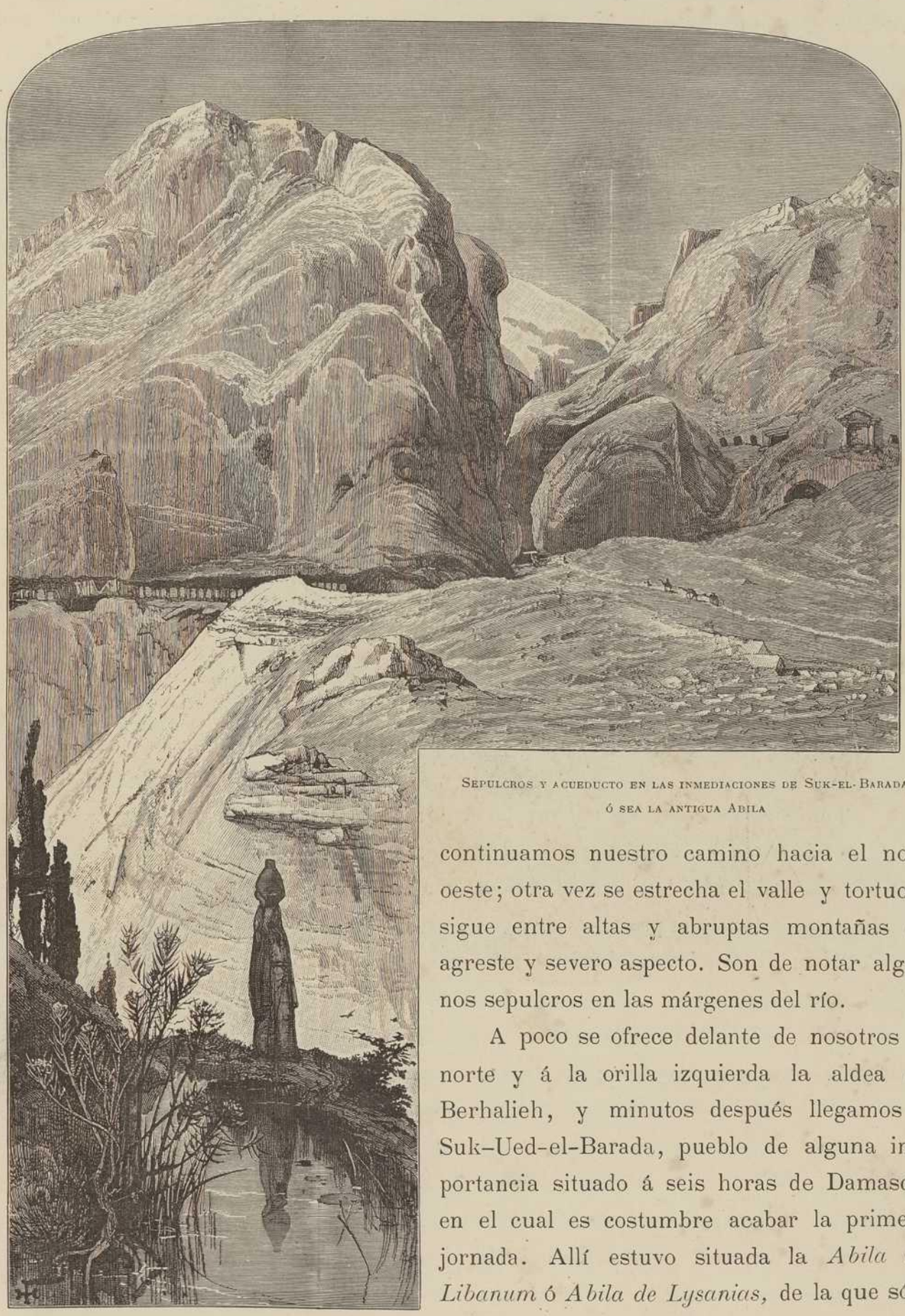


SEPULCROS EN LAS MÁRGENES DEL BARADA

culares muros de roca de trescientos metros de altura, y á la izquierda describe el Barada sus tortuosas revueltas.

Al cuarto de hora la angosta cañada que seguimos va ensanchándose, y á poco atravesamos el pueblecillo de Deir-Mekerrin, habitado en toscas chozas por cuatrocientos musulmanes, y rodeado de agradable huerta. Más lejos, avanzando en la misma dirección, hállanse los lugares de Kefr-ez-Zeit y de Kefr-el-Oamid (aldea de las colunas), nombre que debe á los residuos de antiguo templo consistentes en varios fustes de coluna, algunos capiteles corintios, muchos sillares y fragmentos de un frontón de excelente escultura.

Llegados á este punto nos lleva un puente á la orilla derecha del Barada, y por ella



Sepulcros y acueducto en las inmediaciones de Suk-el-Barada ó sea la antigua Abila

continuamos nuestro camino hacia el nor-oeste; otra vez se estrecha el valle y tortuoso sigue entre altas y abruptas montañas de agreste y severo aspecto. Son de notar algunos sepulcros en las márgenes del río.

A poco se ofrece delante de nosotros al norte y á la orilla izquierda la aldea de Berhalieh, y minutos después llegamos á Suk-Ued-el-Barada, pueblo de alguna importancia situado á seis horas de Damasco, en el cual es costumbre acabar la primera jornada. Allí estuvo situada la *Abila ad Libanum* ó *Abila de Lysanias,* de la que sólo una parte ocupa la población actual, ya que, habiéndose extendido la antigua por una y otra ribera, la de hoy está toda concentrada en la derecha. Vense toscamente empotrados en las actuales casas materiales antiguos

de toda clase; la mezquita ha sucedido á una iglesia cristiana, la que á su vez es probable que sucediera á un templo gentílico, pues del último edificio quedan aún varios sillares, trozos de coluna y un capitel jónico. A cada paso, andando por la huerta, se tropieza con restos antiguos, y los labradores los desentierran de continuo al remover el suelo. Dos acueductos labrados en la peña en una y otra orilla del Barada y subsistentes aun en parte aunque abandonados y sin uso hace siglos, alimentaban las fuentes públicas de la ciudad.

Uno de ellos, el de la margen izquierda, penetra en los escarpados montes que por oeste dominan el valle en que está Abila situada; existen en ellos numerosas cuevas sepulcrales, y por sus laderas de roca pasa antiguo camino abierto en el año 166 ó 167 de la era cristiana, á unos treinta metros de otro inferior y aun más antiguo, interceptado por los desbordamientos del Barada. Mide esta cortadura en la peña viva ciento y ochenta pasos de longitud por siete de anchura, y queda de pronto interrumpida por profunda hondonada; del puente que allí hubo de existir en caso de que el camino siguiera adelante, no restan ni siquiera vestigios, y en un punto de los dos muros laterales de roca que verticalmente se alzan á ambos lados, el uno adherido al monte y dominando el otro el cauce del Barada, vense dos hornacinas superpuestas; contiene la inferior un cipo con una inscripción latina que traducida dice así:

«Por la salud de los augustos emperadores Antonino y Vero, Marco Volusio Máximo, centurión de la legión XVI Flavia Firma, dirigió las obras en cumplimiento de un voto.»

La hornacina superior contendría probablemente un busto ó una estatua.

A la derecha de la primera, léese en una cartela otra inscripción latina; dice:

«El emperador César Marco Aurelio Antonino Augusto el Armenio y el emperador César Lucio Aurelio Vero Augusto el Armenio han restablecido el camino destruído por la fuerza del río, haciendo practicar una cortadura en el monte por Julio Vero, legado y propretor de la provincia de Siria y amigo de Vero, á expensas de los Abilinos.»

A alguna distancia, en el mismo muro de la trinchera, se reproducen iguales inscripciones.

Descendiendo de allí al cauce del acueducto antes mencionado, que sirve como de sendero para rodear por el norte escarpadas y peñascosas vertientes, llégase en breve á vasta necrópolis, compuesta de grutas sepulcrales que se abren á distintas alturas; algunas se han hecho inaccesibles; para llegar á otras subsisten deterioradas escaleras labradas en la peña. Contiene la mayor y más dilatada diez y seis *loculi* ó nichos sepulcrales abiertos en las paredes de roca; todos ellos han sido violados y las losas que los cubrían yacen destrozadas por el suelo. En algunos son aun visibles vestigios de inscripciones griegas.

Poco es lo que de la historia de Abila ha llegado hasta nosotros. Para distinguirla de otras ciudades del propio nombre era llamada *Abila del Líbano* á causa de su situación en la sierra del Ante-Líbano, y más comunmente aun *Abila de Lysanias*,

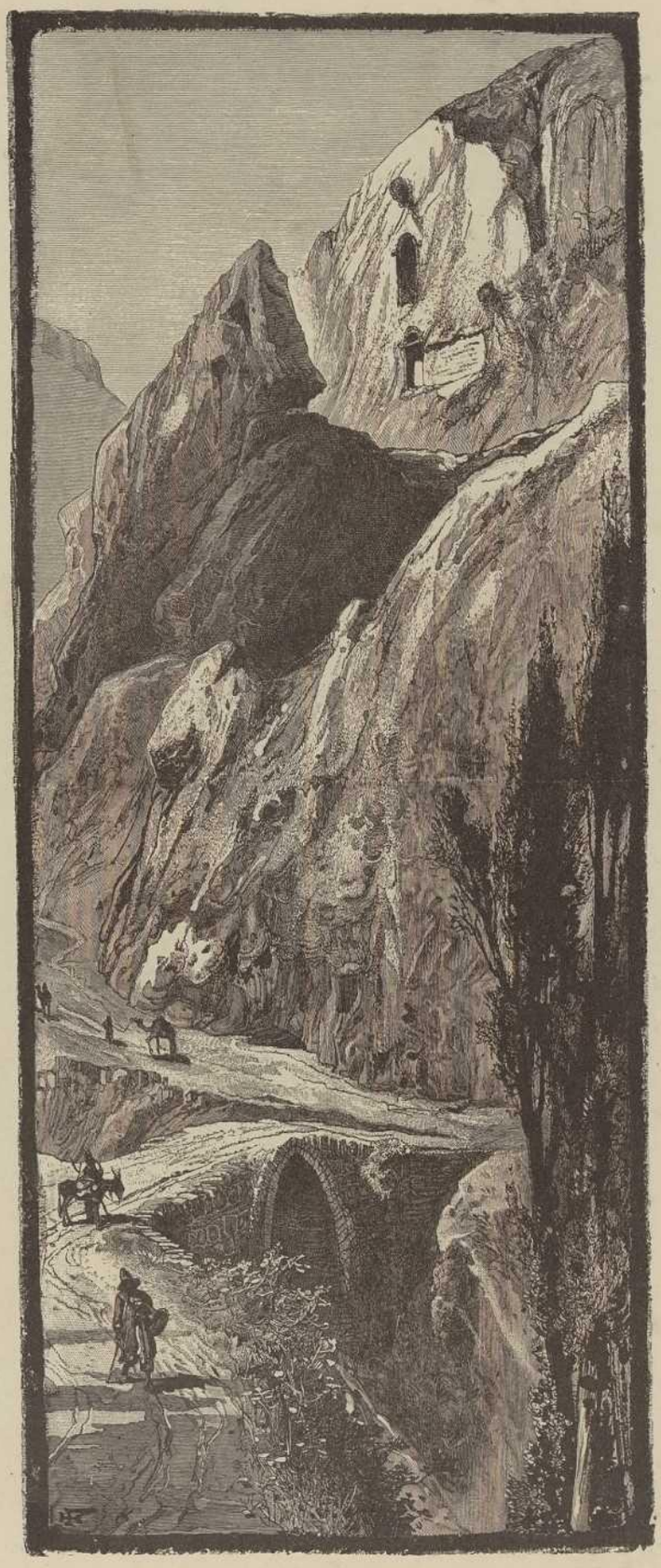
sin duda por haber sido embellecida y engrandecida por un tetrarca así nombrado. Era entonces capital de un distrito llamado Abilina, conforme lo atestiguan estas palabras del evangelista san Lucas:

«En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Philipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Trachonite, y Lysanias tetrarca de Abilina,

»Siendo príncipes de los sacerdotes Annás y Caiphás, vino la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.»

Diez años después, en el 38 de la era cristiana y en el primero del reinado de Calígula, este emperador confirió á Agrippa I la tetrarquía de su tío Philipo y la de Lysanias ó la de Abilina, con el título de rey; por Claudio le fué confirmada la posesión de aquellas provincias, y á la muerte de Agrippa I pasó la Abilina á Agrippa II, ante el cual compareció san Pablo.

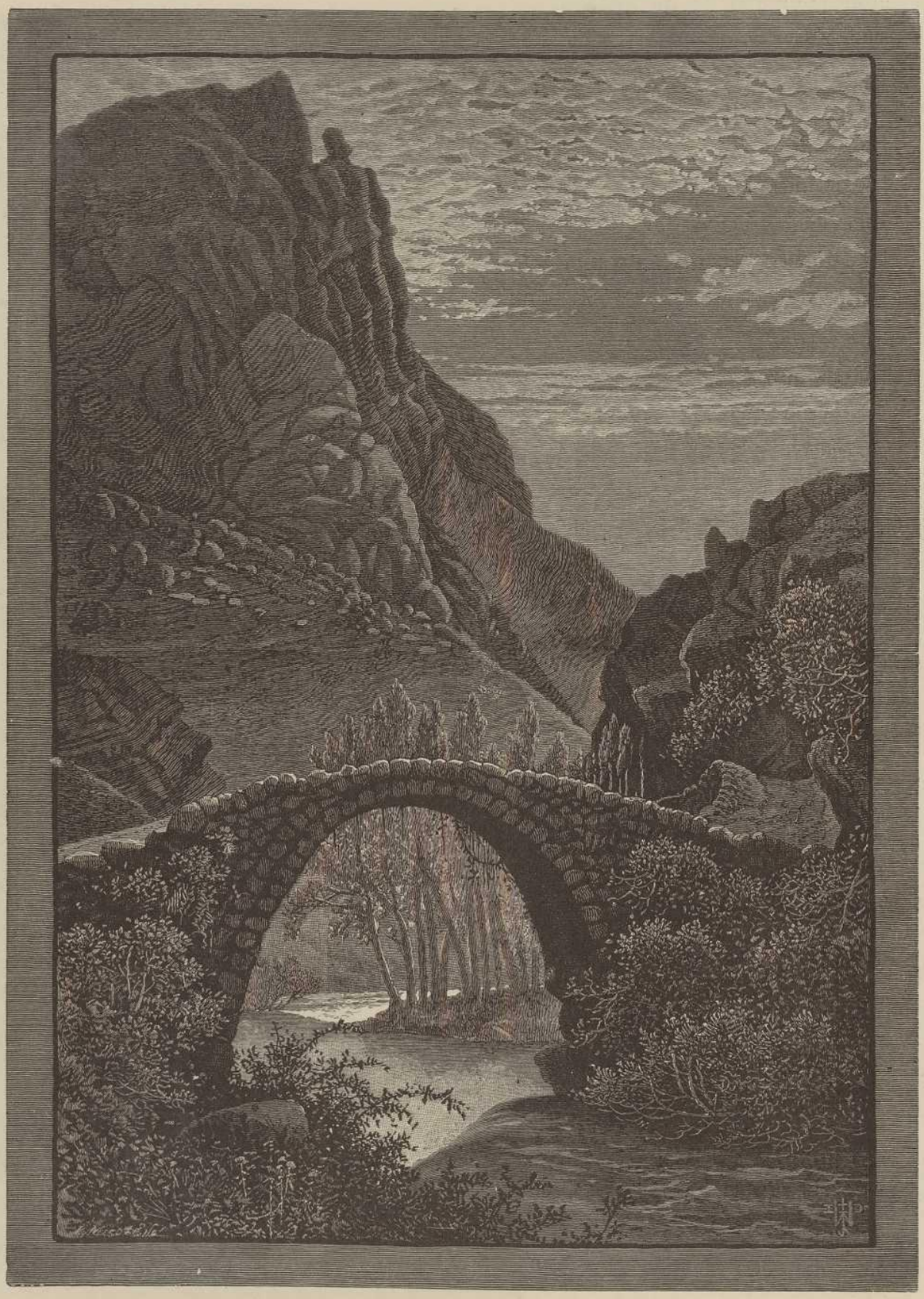
Nada más dice la historia en los años sucesivos acerca de la ciudad de Abila, y únicamente por las dos inscripciones citadas puede venirse en conocimiento de que en la época de los emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero se conservaría en floreciente estado, en cuanto sus moradores pudieron sufragar la obra del camino de que queda hecho mérito, obra que se cree, según se ha dicho, del año 166 ó 167.



Camino é inscripciones latinas en las inmediaciones de Suk-el-Barada

Convertida al cristianismo fué Abilina sede episcopal, y uno de los prelados que la

ocuparon, por nombre Jordano, asistió en el año de 451 al concilio de Calcedonia; un



Puente moderno sobre el Barada, á poca distancia de Abila

obispo de Abila, llamado Alejandro, es mencionado imperando Justino, en el año de 518, y finalmente el nombre de otro fué descubierto en 1851 por M. de Saulcy

en una piedra funeraria que servía de umbral á una casa del pueblo, piedra que habrá sido trasladada á otro punto, pues en él ya no se encuentra.

En el año de 634 fué Abila expugnada y devastada por los sarracenos, y por haber caído en su poder en ocasión de la feria anual que se verificaba junto á un venerado monasterio con gran concurrencia de peregrinos y marchantes, el nombre de *Suk-Ued-el-Barada* (mercado del Ued Barada) hizo olvidar entre los árabes por completo el de Abila, el cual sólo se ha conservado, con ligera alteración, en el que se da á un *ualy* situado en la cumbre de inmediato monte, donde veneran los musulmanes el sepulcro de Neby-Habil. De dimensiones gigantescas, encierra, á lo que dicen sus tradiciones, los restos mortales del justo Abel, allí trasladados y enterrados por su matador Caín. Junto al ualy vense las ruinas de antiguo templo.

Al dejar el pueblo de Suk-Ued-el-Barada se pasa el río por moderno puente de un solo arco, y por la margen izquierda continuaremos remontándolo hacia poniente. El valle, ó por mejor decir la cañada por la cual serpentea el camino, se estrecha de cada vez más entre montañas de agreste aspecto, cuyas faldas fueron en remotos tiempos explotadas como canteras. El Barada levanta espuma y vapor en su alborotada corriente, y forma aquí y allí pintorescas cascadas.

Veinticinco minutos de marcha por áspera y peñascosa cuesta nos separan de la que es entre todas notable y magnífica: todo el caudal del río cae con gran estruendo por sucesivas quiebras y se despeña de lo alto de gigantescas rocas al fondo del valle, donde imprime movimiento á un molino. Ensánchase entonces aquél hasta formar deliciosa vega, limitada á oriente por la sierra del Ante-Líbano y al oeste por el Djebel-Zebedany; modera el río su impetuoso curso, y sosegadas sus ondas, atraviesan y riegan la llanura cubierta en primavera de doradas espigas; forman luego un recodo y corren á esparcirse en un lago de unos trescientos pasos á lo largo por un centenar á lo ancho, lago que, situado al pie de escarpado monte, recoge además una de las fuentes del río que en aquél brota á mil sesenta y seis metros sobre el nivel mediterráneo. Circúyenlo espesos cañaverales, y en primavera lo alfombran los nenúfares con sus blancas flores. A contar de este punto, al Barada sucede el Zebedany, que en cierto modo lo continúa hacia el norte, y nada más deleitoso que el llano que sus aguas riegan con sus campos de trigo, sus preciosas huertas, rodeadas de seto vivo, sus risueñas aldeas y las elevadas montañas que forman á su alrededor como majestuoso marco.

Nuestro camino, que seguía la dirección del noroeste, toma la del norte, y á nuestra derecha quedan las aldeas de Mudhaya y Bukin, de población musulmana, situada una y otra en las laderas de bellas colinas; los huertos que las rodean se extienden por oeste hasta el Nahr-Zebedany, cercados por setos de silvestres rosales de deliciosa fragancia, y en ellos crecen higueras, morales, manzanos, alberchigueros, nogales y parras.

Más lejos vese, igualmente á nuestra derecha, el pueblo de Beludan, situado en inmediato monte á mil cuatrocientos setenta y siete metros de altura; compónese su

población de musulmanes y griegos cismáticos, y la excelencia de su clima en verano, lo mismo que la amenidad de su huerta en que se cultivan toda clase de árboles frutales de Asia y Europa y la nombradía de sus aguas, atraen á él, en los meses del calor, muchas familias de Damasco, deseosas de respirar aires puros y vivificantes y de gozar de la sombra y del sosiego de aquellas arboledas.

Cascada del Barada, en las inmediaciones de Zebedany

A nuestra izquierda, hacia poniente, extiéndese por el valle en medio de verjeles no menos agradables el importante pueblo de Zebedany; dividido en dos barrios principales habítanlos cristianos y musulmanes. Las manzanas de Zebedany gozan de gran fama en Oriente. Junto al pueblo brota debajo de una peña, á la que dan sombra un grupo de árboles, una de las fuentes del Nahr-Zebedany.

A la salida del pueblo síguese hacia el noreste áspero sendero, cortado en varios puntos por arroyuelos procedentes de la Ain-Haur; levántanse á la derecha los picos del Ante-Líbano, cuya altura pasa de dos mil metros sobre el Mediterráneo. La blanca corona de nieve que los platea así que asoma el invierno, no desaparece por completo sino con los calores de la canícula.

Pasamos á pie del lugarejo de Ain-Haur, encaramado en un otero, en las inmediaciones de la fuente así mismo llamada. Límpida ésta y caudalosa, da origen á diferentes riachuelos que, después de ser utilizados para el riego, van á perderse al cauce del Nahr-el-Hasbany.

A los cuatro kilómetros ladeando al norte, hállase el pueblo de Surhaya; cinco horas dista de Abila, y en él, por estar á la mitad del camino entre esta ciudad y Baalbek, es costumbre hacer alto para pasar la noche.

Cuenta Surhaya unos mil habitantes, musulmanes todos, los cuales cultivan los huertos que ocupan casi todo el valle; al oeste del mismo están agrupadas sus viviendas.

Tendrá aquél en este punto unos mil doscientos metros de anchura y está regado por tres manantiales: la Ain-Sardi, la Ain-Mukod y la Ain-Debba, á cuyo benéfico influjo crecen lozanas parras y toda clase de árboles frutales. De las uvas extraen aquellos árabes un jugo que, transformado por medio de la cocción en espeso jarabe, lleva el nombre de *dibs* y puede ser bebido por los musulmanes, á quienes por el Corán está prohibido el uso del vino. A oriente del pueblo existen varios sepulcros abiertos en la peña junto al venerado *ualy* conocido con el nombre de Neby-Ahmed; pertenecieron á la antigua ciudad hace mucho tiempo destruída, cuyos vestigios en inmediata colina son aún muy perceptibles; su nombre se ha perdido en el olvido y lo ha reemplazado la vaga denominación de *Kharabat* (las ruinas).. Lo más visible en ellas es una destrozada coluna votiva de mármol con una inscripción griega de la que se conservan pocos caracteres.

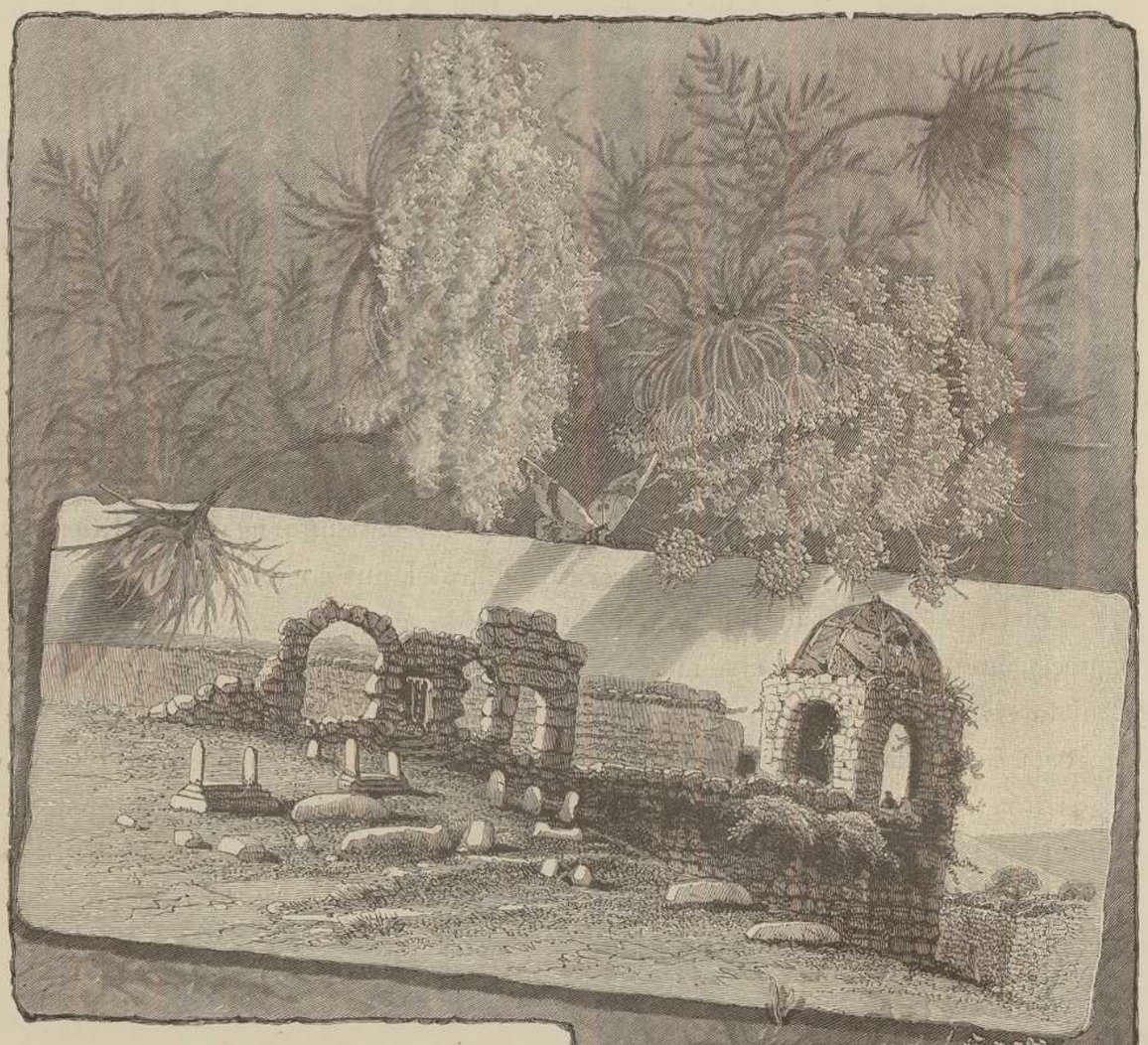
De cinco horas, conforme queda dicho, es también la última jornada que nos llevará á Baalbek, en todo diez y seis horas de viaje á contar desde Damasco. Distancia es ésta que puede á caballo recorrerse en dos días; pero por lo común se emplean en ello tres jornadas.

Al dejar á Surhaya tómase hacia el noroeste por el estrecho y bien cultivado valle, y por un puente romano de cantería y de un solo ojo, llamado *Djisr-er-Rummaneh* (puente de la Granada), sin duda por los plantíos de granados que hubo antiguamente en este sitio, se pasa el Nahr-Yahfufeh, riachuelo que nace en un monte á poca distancia al este, junto á las ruinas de un templo, en la aldea de Marabun. Por entre montañas serpentea en profundo lecho, y corriendo hacia oeste á los llanos de Cœlesiria presta luego al Nahr-el-Litany el tributo de sus aguas á poca distancia de Karak, el pueblo de metualis y griegos católicos, en el cual, según se ha dicho, muestran sus moradores el colosal sepulcro del patriarca Noé, contenido en ruinosa mezqnita construída con hermosos y antiguos sillares.

Siguiendo hacia el norte, aunque ladeando á veces al noroeste, subiendo y bajando cuestas, llegamos á Khureibeh, lugar que fué de alguna importancia, pero en el día habitado únicamente por doscientos metualis.

Al oeste, á tres kilómetros de distancia, álzase en agradable colina la aldea de Neby-Chith, la cual se envanece de poseer el sepulcro de Seth, el tercer hijo de Adam.

Es este sepulcro, como los de Noé y Abel, de dimensiones enormes, por ser creencia general entre los musulmanes haber sido los primeros patriarcas gigantes de tan



Ruinas de la mezquita de Karak

extraordinarias proporciones que á su lado había de quedar pequeño hasta el filisteo Goliath.

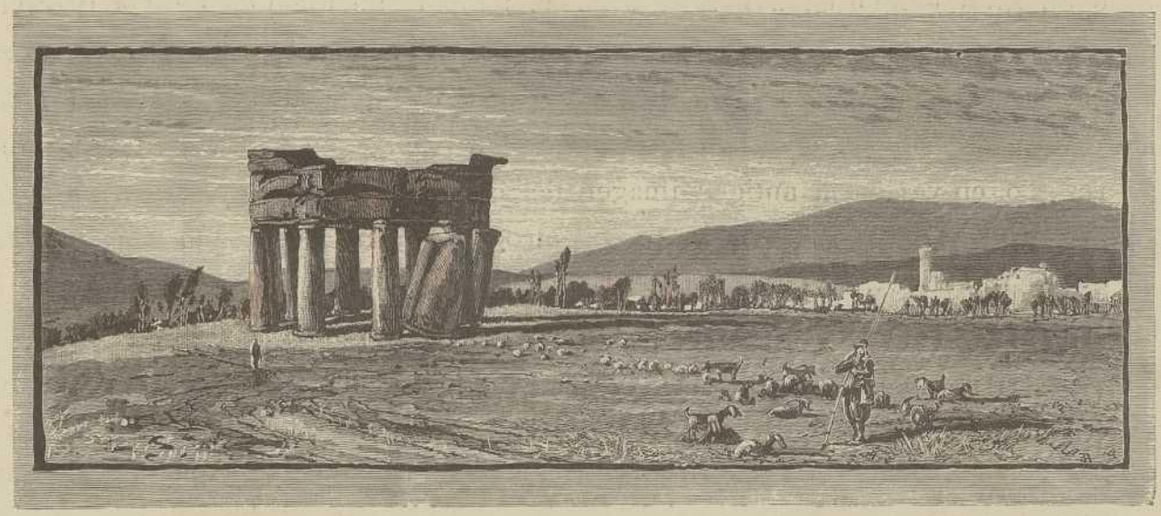
Andados otros seis kilómetros hay que atravesar el gran barranco del Ued-Chabat; seco en verano, corre de oeste á este para llevar en invierno al Nahr-el Litany el caudal de sus aguas.

Tres lugares se ofrecen sucesivamente al paso del viajero: Bereitan, Thaybeh y Ain-Burday; sepáranlos uno de otro pocos kilómetros, y están habitados por griegos, católicos y cismáticos.

Al oeste y á unos veinte minutos del último encontraremos otro pueblo llamado Duris; existe en sus inmediaciones arruinado edificio considerado por muchos autores

como antiguo templo gentílico; otros, empero, ven en él abandonado oratorio musulmán. Consiste en ocho fustes de colunas monolitas arrancadas, á lo que se cree, de los monumentos de Baalbek, sosteniendo pesada cornisa de carácter arábigo.

Ya entonces se habrán ofrecido á nuestra vista las ruinas de la ciudad de Baalbek, situada al pie del Ante-Líbano, en la postrera ondulación de la sierra al acabar en la llanura. Yendo á ella por el lado del mediodía se descubre á la distancia de una hora, detrás de verde cortina de árboles, de cuyo ramaje sobresalen las blancas líneas de cúpulas y alminares. Llégase á aquellos árboles, que son frondosos nogales, y luego, atravesando huertos por tortuosos senderos, nos hallaremos junto á la ciudad y tendremos delante restos de una muralla flanqueada por cuadradas torres que, subiendo hacia la derecha, sigue la mayor altura del terreno y traza el recinto de la ciudad



Ruinas en las inmediaciones de Dubis

antigua; en él échase pie á tierra, y entre los sitios descampados y los escombros en otros esparcidos llaman al instante la atención en el lado izquierdo grandiosas ruinas que, por sus paredones y magníficas colunas, son todavía uno de los monumentos más bellos que ha legado la antigüedad á la admiración de los siglos.

Es de tradición, y también opinión entre los autores acreditada, que la ciudad de Baal-Gad ó Baalath, mencionada en el libro de Josué y en el III de los Reyes, precedió á la de Baalbek. Como Palmyra, fué fundada, ó mejor, si aquello es cierto, restaurada ó reedificada por Salomón, quien poseía allí un palacio, y á creer á Macrobio á ella fué llevado de la Heliópolis de Egipto el culto y la imagen del dios Sol, en todo semejante á la de Osiris. De ahí el nombre de Baalbek ó ciudad de Baal, esto es del Sol, y los griegos, limitándose á traducirlo á su lengua, la llamaron Heliópolis. Intérpretes hay que ven en la llanura de Baalbek el *Bikath-Aven* del profeta Amos, ó *Campo del ídolo* de la Vulgata; en la versión de los Setenta se traducen aquellas palabras del texto hebreo por las de *llano de On* ó de Heliópolis, y en efecto, con la denominación de *On* ó de *Aven* era designada en Palestina la ciudad egipcia de aquel nombre.

Envueltos en sombras los orígenes de Baalbek al igual que los de otras muchas

ciudades de la antigüedad, no es menos oscura é ignorada la importancia que tuvo en los primeros y más remotos tiempos de su fundación; es de presumir, sin embargo, que su situación en el camino de Tiro á Palmyra le dió gran participación en el comercio de las dos opulentas metrópolis. Con la conquista romana se desvanecen las tinieblas que para nuestros ojos la rodean: Pompeyo, al marchar sobre Damasco, atravesó Heliópolis, subyugada ya, lo mismo que la inmediata población de Chalcis; Julio César la erigió en colonia, y reinando Augusto, conforme así lo atestiguan las medallas, llevaba los títulos de *Colonia Julia Augusta Felix Heliopolis. Kenturia prima*, dice una inscripción en letras griegas hallada encima de una puerta, y esto confirma la cita que de Heliópolis se hace entre las ciudades que tenían en aquella época guarnición romana. Tiempo después, en el siglo II de nuestra era, se construyó en la ciudad un gran templo en honor de Júpiter, templo que fué una de las maravillas del mundo, y este dato que proporciona Juan de Antioquía, apellidado Malala, escritor del siglo VII, viene en parte confirmado por las medallas que, acuñadas á los treinta y dos años de acaecida la muerte de Antonino con la efigie de Septimio Severo, ofrecen en el reverso, en vez de la antigua imagen del colono con un buey, la de un templo con un pórtico de diez columnas, junto con otro cuyo peristilo estaba también sostenido por larga columnata con esta leyenda: *Colonia Heliopolis Jovi Optimo Maximo Heliopolitano*. Es posible, sin embargo, que el emperador Antonino Pío no fuese más que restaurador del templo cuya fundación se le atribuye, consagrado antes á Baal-On ó Baal-Sol; mas de todos modos es indudable que los dos templos representados en las medallas son los que vemos en ruinas en el acrópolis de Baalbek y que describiremos en breve. Del mayor, sobre el cual hay dudas de si llegó á cabal conclusión, suponen algunos autores, fundados en una inscripción votiva de Antonino Pío, que fué consagrado á todas las deidades de Heliópolis, y en este caso sería el menor el dedicado al dios Sol.

Por monumentos de la misma época sábese que el ídolo, representado en áurea y magnífica estatua, era en ciertos días paseado triunfalmente por las calles de la ciudad, alcanzando estas fiestas, y las que allí mismo se celebraban en honor de Venus, gran renombre en todas las regiones de Oriente por llegar en ellas la impureza y depravación á los últimos límites. Constantino el Grande acabó con tanta abominación, arrojando de sus templos á aquellos monstruosos Heliogábalos, uno de los cuales, para testimonio de la degradación á que puede bajar la naturaleza humana, se había sentado en el trono de los Césares. Heliópolis fué sede episcopal, y por Eusebio se sabe que el emperador levantó en su recinto una basílica. Con Juliano el Apóstata infestólo de nuevo el paganismo y reabrieron sus puertas los cerrados templos; pero su triunfo fué de corta duración, y por segunda vez quedaron condenados al ascender al imperio el gran Teodosio y restaurada la basílica constantiniana. De ella quedan aún vestigios en el vasto patio cuadrangular que precede al gran templo, y esto confirma el pasaje de la *Crónica pascual* en que se dice haber sido convertido en

J.D.WOODWARD. PINXT

J. SADDLER. SCULPT

BAALBEC Y LA CORDILLERA DEL LÍBANO.

ESPASA Y COMPª EDITORES.

iglesia el famoso santuario de *Balanios trilithon*. En la primera palabra se contienen el nombre semítico de *baal* y el griego de *helios*, con la ligera alteración resultante de mudar, según era frecuente en Siria, la letra L en N; y en cuanto al sobrenombre de *trilithon* ó tres piedras, se explica perfectamente por los tres enormes bloques que en el templo de Heliópolis han llamado en otro tiempo la atención de los viajeros.

Abu-Obeidah, en su marcha de Damasco á Homs, entró por fuerza de armas en Baalbek en el año de 636, los árabes se entregaron al saqueo, pasaron los habitantes á cuchillo y destruyeron muchos edificios. Entonces perdió la ciudad su nombre griego para tomar el de Baalbek, en el cual reviviría más ó menos alterada la dominación primitiva, conservada seguramente entre el pueblo. Entonces también fué transformado su acrópolis en imponente fortaleza musulmana, y para elevar el nivel del dilatado terraplén que servía de asiento á los dos templos, flanquearlo con torres, rodearlo de foso y almenado muro y construir la morada del gobernador del castillo, hubieron de sufrir gran trastorno la superficie y las inmediaciones de aquella meseta ó plaza, sirviéndose los conquistadores en sus nuevas obras de los magníficos materiales que les proporcionaban así los templos y pórticos de la época gentílica, como la iglesia de Constantino y Teodosio.

A mediados del siglo XII dice de Baalbek el geógrafo arábigo Edrisi que está situada en fértil región, en medio de verjeles y viñas; menciona los dos templos de su acrópolis, y se hace eco de la tradición que atribuye á Salomón el de mayores proporciones. Algunos años después, el rabino Benjamín de Tudela manifiesta igualmente que á aquel rey se debieron los gigantescos monumentos de Baalbek, ciudad, escribe, por el sabio monarca fundada con el nombre de Baalath para su esposa, hija de un Faraón de Egipto.

De la plaza de Baalbek se habla repetidas veecs en el relato de las guerras medioevales: en el año 1139 apoderóse el emir Zenghi de la ciudad y del castillo, y en el de 1175 cayeron en poder de Saladino. En el siguiente el esforzado Ramón de Trípoli dió un rebato á la comarca, puso en fuga á las fuerzas sarracenas, y volvió á la costa cargado de botín; un año después y con igual suceso realizó la misma expedición Balduino IV, rey de Jerusalén. Afligida por frecuentes terremotos y más de una vez devastada por diferentes enemigos, la ciudad se mantenía aún en floreciente estado á mediados del siglo XIV; en el año 1400 se rindió á Tamerlán, que á la cabeza de sus hordas tártaras avanzaba desde Homs contra Damasco, y á contar desde esta fecha es raramente mencionada en la historia.

En la época moderna las ruinas de sus monumentos han sido visitadas y descritas por muchos viajeros; en el año de 1751 visitólas el inglés Roberto Wood, quien, con el nombre de *Ruinas de Baalbek*, publicó en Londres en 1757 interesante obra, adornada con excelentes dibujos. Después, el terremoto de 1759, al aumentar la devastación y disminuir el número de colunas aun en pié, las que, de nueve, quedaron reducidas á seis, acabó de despoblar la ciudad, de cinco mil habitantes que contaba en 1751, quedaban

únicamente mil y doscientos al finalizar el siglo, sin industria ni comercio y sin más cultivo que el de algunos campos de algodón y maíz y de sus huertos de sandías.

En los últimos años ha aumentado algo su población y se han construído nuevas casas, siendo aquélla de unas cinco mil almas y estando compuesta de musulmanes,

Mezquita arruinada en Baalbek

metualis, griegos católicos, maronitas y griegos cismáticos. Situada á mil ciento y setenta metros sobre el nivel del mar, apenas ocupa la pequeña ciudad actual una cuarta parte del recinto que llenó la antigua, y existen en ella una iglesia greco-católica, una maronita y otra greco-cismática, construídas todas con materiales antiguos. Lo propio ha de decirse de las casas y también de las mezquitas, las cuales, abandonadas y solitarias, están cayendo en ruinas; dos, entre ellas, son notables por lo vastas y la hermosura de la obra: levantadas en el siglo XIII, según inscripción arábiga existente,

precédelas espacioso patio, y así el vestíbulo como la nave tienen por adorno soberbias colunas arrancadas de templos inmediatos, diferentes todas en diámetro y materia, pues las hay de granito ceniciento, de granito rosado, de piedra calcárea y de pórfido, rematando la mayor parte en capiteles corintios. Son varias las que yacen caídas al suelo con sus capiteles mutilados.

Nace en las inmediaciones de una de las mezquitas, al pié de un collado unido al Ante-Líbano, caudalosa fuente que surtió antiguamente de agua á la ciudad, lo mismo que hoy, siendo recogida en vasto estanque de piedra, al cual conduce espaciosa calzada. En ella se alzó en otro tiempo reducido santuario consagrado, al parecer, á las ninfas; la portada es lo único que queda. Del lado septentrional del estanque parten hacia poniente tres canales que llevan el agua á la ciudad y á la huerta inmediata.

De las murallas que rodearon á Baalbek puede decirse que sólo subsiste una cuarta parte; trazando irregular figura que se extendía principalmente de oeste á este, á un kilómetro de los contrafuertes del Ante-Líbano y en medio del llano de la Bekaa, y confinando por mediodía y poniente con colinas de escasa altura que fueron en remotos tiempos explotadas como canteras antes de ser convertidas en necrópolis, su perímetro total no pasaría de cuatro kilómetros. Por los vestigios más ó menos extensos que de ellas quedan viénese en conocimiento de que, á la distancia de treinta y cinco metros una de otra, flanqueábanlas torres cuadradas; las puertas eran defendidas por dos, una á cada lado. Construídas primitivamente con bien cortados sillares, pero reparadas después en varias épocas y de mala manera, ofrecen reunidos singular confusión materiales de toda clase procedentes de muy distintos edificios: junto á un cipo funerario en el cual se leen aún fragmentos de inscripción griega ó latina, asoman restos de un arquitrabe ó de una cornisa; piedras toscamente cortadas descansan en otras artísticamente esculpidas. En muchos puntos ha desaparecido del todo el revestimiento exterior del muro, no quedando más que la mampostería interior. El espacio encerrado un día en este recinto está hoy en parte entregado al cultivo, y viñas, campos de maíz, huertos y plantíos de árboles frutales han sucedido á las calles, casas y edificios de la mayor parte de la ciudad antigua.

A oeste y sudoeste de Baalbek, en las peñascosas vertientes de varias colinas, existen inmensas canteras abiertas probablemente desde remotísima época, pues es de creer que los primeros fundadores de la ciudad hubieron ya de aprovechar la hermosa y compacta piedra que de las mismas se extrae. Siglos y siglos han pasado y todavía es posible apreciar sobre el terreno el modo entonces en uso para el desbaste y corte de los bloques, aun los hay que, cortados por el pico y desbastados á martillazos, se levantan como gigantescos mojones, y no estando adheridos sino por la base á la mole de piedra del monte, aguardan en vano que concluya la comenzada tarea; aun se ven vestigios de los planos inclinados dispuestos para trasladarlos de la cantera á la ciudad, haciéndolos avanzar lentamente sobre sólidos rodillos por medio de fuertes cables y de miles de brazos. En una de las canteras yace en tierra el famoso bloque que

es asombro de cuantos lo miran; sólo por verlo, dice M. Guerin, puede hacerse un viaje á Baalbek. Llámanlo los árabes *Hadjar-el-Kiblah* (piedra del mediodía, ó piedra hacia la cual se mira al orar); meréceles supersticioso respeto, y son, en efecto, tan extraordinarias sus dimensiones, que á su vista se comprende que á seres sobrehumanos atribuya la leyenda las obras en que tales materiales se emplearon. Mide de longitud veintiún metros por cinco metros y veinte centímetros de latitud y cuatro metros y treinta centímetros de altura. Desprendido casi del todo, está adherido á la peña únicamente por el centro de su cara inferior; las otras tres fueron cortadas y labradas, y de su mole podrían salir tres ó cuatro obeliscos como el famoso de Luksor, erigido hoy en la plaza de la Concordia de París. Calcula M. de Saulcy que será su peso de un millón y quinientos mil kilógramos y que para moverlo se necesitaría la fuerza

Bloque llamado Hadjar-el-Kiblah, en una cantera de Baalbek

simultánea de cuarenta mil hombres. Su destino, á lo que se cree, era rematar las nueve piedras también gigantescas que forman la hilada superior del muro septentrional del acrópolis, correspondiendo á las tres moles del lado occidental; para ello estaban ya indicados otros dos bloques de dimensiones poco menores, y con los tres se habría por aquella parte coronado el muro, pues su longitud total equivale á la línea que forman aquellas nueve piedras. ¿Por qué causa se interrumpió la obra? Sobre esto nada dice la historia, y es probable que no se llegará jamás á descubrir el secreto; lo cierto es que aquellos arquitectos dejaron abandonada en la cantera la maravillosa mole y que allí quedará como reto colosal por aquéllos dirigido á todos los ingenieros futuros.

En los mismos montes que proporcionaron materiales para las obras de la antigua ciudad de Baalbek y de su acrópolis, abriéronse muchas cavernas sepulcrales, habiéndose dado el caso de que lo que sirvió de cantera, pasó á ser después estancia funeraria; el sitio que dejó vacuo la piedra extraída para morada de los vivos, fué luego ocupado por los muertos. De estos sepulcros existen aún muchos, pero todos violados; los cadáveres se depositaban en sarcófagos más ó menos adornados, según la clase del

difunto, ó bien en nichos abiertos en la misma peña. Vense en las paredes huecos destinados á recibir lámparas.

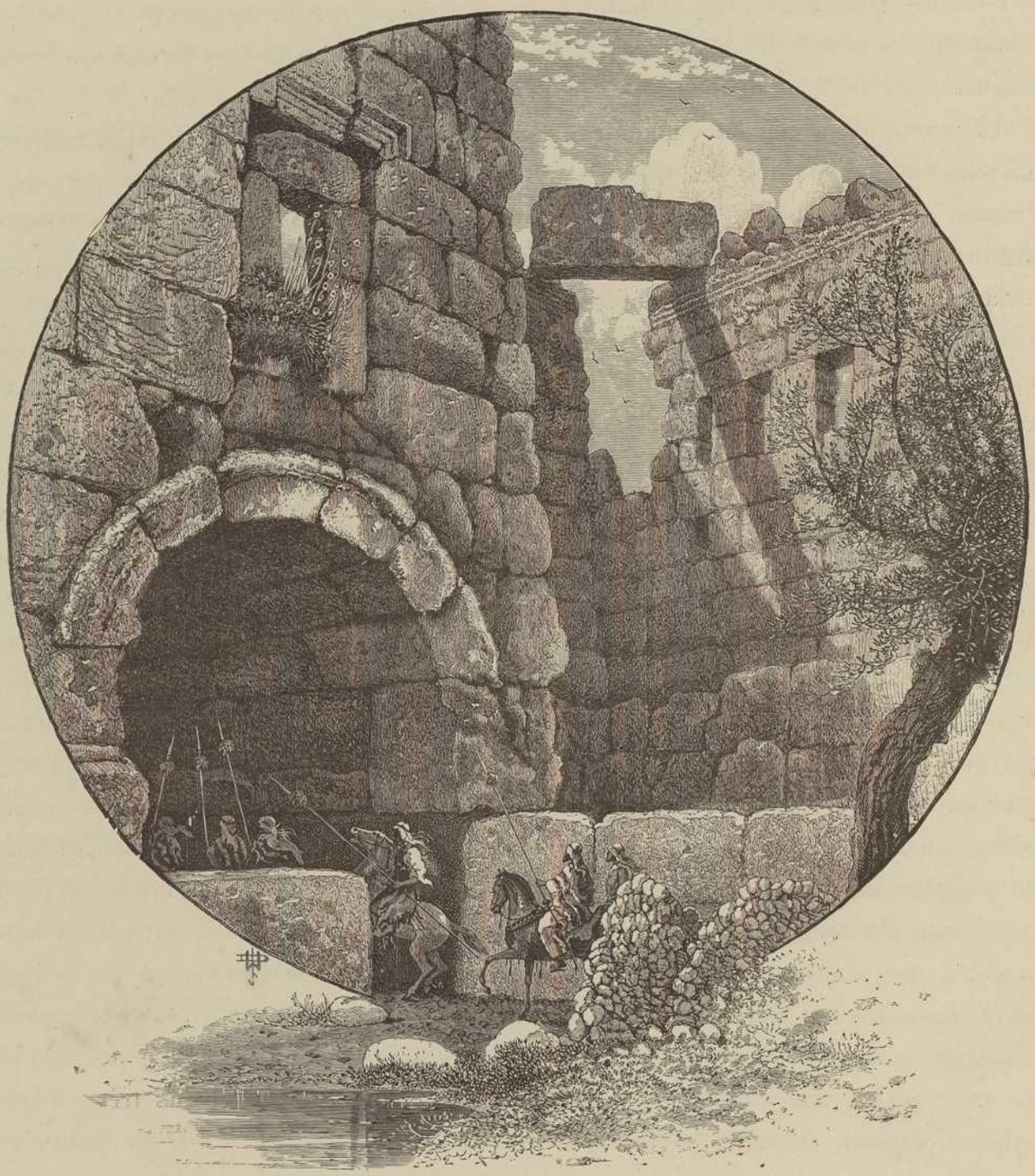
Musulmanes y metualis emplean también estas colinas como lugar de sepultura, y la cima de una de ellas está materialmente cubierta de sepulcros. Abundan en todos los residuos antiguos, y entre los mismos es notable por su elegancia un santuario musulmán en forma de cúpula, construído todo él con hermosos materiales de remotos tiempos.

El acrópolis, donde se encuentran las admirables ruinas que dan fama á la actual Baalbek, álzase, rodeado de huertos, al oeste de la población. Constitúyelo extenso terraplén de quince metros de altura y doscientos cuarenta y cuatro á lo largo por ciento veintiuno en la parte más ancha, montecillo artificial ó basamento gigantesco que proclama por las colosales dimensiones de los materiales que en el muro de sostenimiento se emplearon, sobre todo en las caras septentrional y occidental, la remotísima antigüedad de la obra. A los Antoninos se debieron, conforme queda dicho, los monumentos cuyas ruinas admiramos, pero muy anteriores á ellas serían los primeros fundadores de los edificios á que aquéllos sucedieron; no es probable, en verdad, que la ciudad del Sol hubiese carecido hasta la época romana de templo en honor de la deidad bajo cuyo amparo se hallaba y cuyo nombre había tomado, y cuando esta consideración no bastase allí están las piedras que atestiguan haber precedido de largos siglos otros monumentos á la edad de los Antoninos. Aquellas dos cortinas del muro, dice M. Guerin, han de ser contadas entre las obras más admirables y más laboriosas por hombres realizadas, aun en una época en que era común construir con piedras inmensas. En efecto, vense en la del oeste, encima de ocho enormes bloques que descansan á su vez sobre tres hiladas igualmente gigantescas, las tres enormes piedras tan renombradas. que miden á lo largo diez y nueve metros y medio la una, diez y nueve la otra y diez y ocho y medio la tercera; son sin duda alguna las piedras de construcción mayores que en el mundo se conocen, y midiendo en altura cuatro metros y otro tanto en espesor, están colocadas, como hemos dicho, no á flor de tierra, sino á siete metros del suelo. Los medios que para su transporte y elevación se emplearon, cosa es que probablemente no llegaremos á saber jamás, y se cree que para ello sirvieron los agujeros cuadrangulares que las atraviesan. A estas tres moles de piedra, repetimos, debería el templo el nombre de *trilithon*. Las hiladas sobre ellas colocadas son sin duda obra musulmana; construídas con piedras de diferentes dimensiones y con trozos de coluna y capiteles, rematan en las almenas del adarve.

La cortina septentrional sólo consta de tres hiladas sobre el suelo, formando la tercera nueve piedras que miden cada una nueve metros y medio á lo largo, cuatro á lo alto, y dos metros con ochenta centímetros á lo ancho; supónese que esta parte del muro no llegó á conclusión cabal, y que su remate habría debido de consistir en piedras mayores aun, entre ellas la que hemos visto en la cantera, la más colosal cortada por mano de hombre.

Fenicio es indudablemente este muro lo propio que la parte inferior de la cortina occidental; el resto de la obra es romana, modificada y preparada por los árabes.

A la misma época fenicia atribuyen los autores Saulcy y Guerin la primitiva bóveda de las tres vastas galerías subterráneas, dos longitudinales y una transversal que se



Entrada en los subterráneos del acrópolis de Baalbek

hallan debajo del gran patio cuadrangular de que luego hablaremos y que reciben luz por medio de aberturas practicadas á desiguales distancias; esta bóveda, formada con piedras enormes, fué cubierta por los romanos con otra de hermosos sillares, viéndose en las claves de los arcos bustos é inscripciones latinas. Creen algunos autores que allí se celebraban los nefandos misterios de Baal, y piensan otros que en las vastas galerías se alojaba la muchedumbre que acudía á las renombradas fiestas. Las estancias

laterales de las galerías sirvieron en la Edad Media de cuadras y almacenes, uso que aun hoy tienen algunas, siendo opinión común entre el vulgo que allí encerró Salomón inmensos tesoros que hasta ahora se han sustraído á todas las investigaciones. En el ángulo sudeste del templo una puerta conduce á estas subterráneas galerías.

Una brecha que se escala fácilmente trepando por entre escombros es el ordinario camino que siguen los viajeros para penetrar en el recinto del acrópolis y en el patio principal del templo; saludemos desde él las incomparables ruinas que por todos lados se ofrecen á nuestra admiración, y para mejor describirlas veamos antes la impresión que causaron en el ánimo del renombrado poeta.

«Llegado á lo alto de la brecha, dice en su *Viaje á Oriente* M. de Lamartine, no supe dónde fijar mi vista, tantos y tan preciosos eran los puntos que la reclamaban: portadas de mármol de elevación prodigiosa, ventanas y hornacinas adornadas con admirables esculturas, arcadas de ornamentación exquisita, destrozadas cornisas y mutilados capiteles que, abundantes cual guijarros, yacían á mis piés, bóvedas que se alzaban sobre mi cabeza; á mi alrededor era todo misterio, confusión, desorden, obras maestras del arte, inexplicables portentos; apenas dirigía una mirada de admiración á un lado, llamábala al opuesto una nueva maravilla.

»Y esto que me separaban aún de la segunda escena de ruinas construcciones interiores que me privaban la vista de los dos templos; no había pasado de lo que fueron, al parecer, aposentos sacerdotales ó santuarios especiales con destino á usos ignorados. Atravesé aquellas construcciones monumentales, más adornadas que los muros de circunvalación, y delante de mí se ofreció nuevo campo de ruinas. Mucho más vasto y suntuoso que el primero, presentóseme como extensa meseta de figura cuadrilonga, cuyo nivel quedaba con frecuencia interrumpido por residuos de solados de mayor altura, pertenecientes, á lo que se cree, á templos por completo destruídos, á edificios sin techumbre en los que tendría sus altares el dios Sol, adorado en Baalbek. Corre alrededor de esta meseta una serie de estancias ornadas con nichos ricamente esculpidos, frisos y cornisas de delicadísima labor, por más que en ella se sienta una época de gusto artístico ya rebajado y se vea el sello de la afición á la ornamentación difusa que caracterizó la decadente edad de griegos y romanos. Es cierto, sin embargo, que para quien no haya ejercitado su vista con la contemplación de los puros monumentos de Atenas y Roma aquella impresión pasará como desapercibida, y se sentirá indudablemente fascinado por el esplendor de la forma y la magnificencia del trabajo. El único defecto que á lo que estoy mirando puede serle achacado es exceso de riqueza; la piedra queda como sofocada bajo su propio lujo y las paredes desaparecen entre marmóreas filigranas.

»Pero nada era esto todavía en comparación de lo que ví en seguida. Multiplicando mentalmente las ruinas de los templos de Júpiter Stator en Roma, del Coliseo y del Parthenon, podríase llegar á aproximada idea de esta profusión arquitectural; aun más que esto raya en portento y causa asombro la prodigiosa aglomeración de tantos

monumentos, de tanta magnificencia y trabajo en un solo recinto y pudiendo ser abarcado con una sola mirada, en medio del desierto y en los restos de una ciudad casi ignorada. Apartéme con lentitud de tal espectáculo y me dirigí hacia el mediodía, donde la cabeza de seis gigantescas colunas se alzaba como un faro en un horizonte de ruinas; para llegar hasta allí hube de atravesar por residuos de nuevos muros, atrios, pedestales y rotos capiteles que por todos lados obstruían el espacio que me separaba de aquellas colunas. Al fin me encontré junto á ellas: el hombre no tiene otro lenguaje que el silencio cuando lo que siente excede de la medida ordinaria de sus impresiones, y absorto y mudo quedé yo al contemplar aquellas seis colunas y al medir con la vista su diámetro, su altura y la labor admirable de los arquitrabes y cornisas. Tienen de diámetro siete piés y más de setenta de altura; compónenlas únicamente dos ó tres piezas con tan rara perfección unidas que pueden distinguirse apenas las líneas de juntura; es su materia una piedra amarillenta y ligeramente dorada, que forma como una transición entre la brillantez del mármol y el color mate de la llamada piedra de Tívoli. En aquel momento dábales de lado el sol; aves grandes cual águilas revoloteaban, asustadas por nuestros pasos, alrededor de los capiteles donde tenían sus nidos, y posándose en los acantos de las cornisas, los picoteaban y movían las alas como animados ornamentos de la maravillosa ruina.

»Enfrente, hacia el mediodía y á unos cuarenta pasos, veíase otro templo situado al extremo de la meseta en que me hallaba, monumento que es el mejor conservado y el de mayor magnificencia que hay no sólo en Baalbek, sino en el mundo. Si puestas otra vez en pié una ó dos colunas del peristilo que se han deslizado por los lados del terraplén y apoyan todavía la cabeza en las intactas paredes del templo; si vueltos á su sitio unos pocos enormes artesones caídos del techo; si repuestos en el suyo uno ó dos esculpidos sillares dislocados en la puerta interior, y recompuesto el altar con sus pedazos que yacen en el suelo recobrase su lugar y forma, bien se podría invocar nuevamente á los dioses y reunir allí al pueblo y á los sacerdotes en la seguridad de que hallarían su templo tan cabal, tan perfecto y sin menoscabo como el día en que salió de las manos del arquitecto. No tiene la dimensión de este templo la grandiosidad del que recuerdan las seis colosales colunas; rodéalo un pórtico sostenido por colunas de orden corintio, cada una de las cuales cuentan cinco piés de diámetro y cuarenta y cinco de fuste; tres piezas las componen, y distan una de otra nueve piés, é igual espacio les separa de la pared interior del templo; sobre los capiteles corre magnífico arquitrabe y una cornisa con admirables esculturas. Forman la techumbre del peristilo grandes y cóncavos sillares á manera de artesones, representándose en cada uno la figura de una deidad ó de un héroe; allí está Ganimedes arrebatado por el águila de Júpiter. Algunos han venido al suelo; tomé la medida de uno de ellos, y ví que tenía diez y seis piés por lado y unos cinco de espesor. Así son las tejas de tales monumentos.»

El gran templo que se elevó en el notable terraplén, obra fenicia y romana á la

vez, cuyas ruinas tan justamente excitaron la admiración del poeta, componíase de un pórtico, de un patio hexágono, de otro cuadrangular y de un magnífico peristilo. Para verlo en toda su grandiosidad y examinarlo con el debido orden es mejor llegar á él por el lado de la ciudad, y luego de atravesar los escombros y las chozas que en aquel punto existen, hállase un espacio descampado que fué seguramente una plaza. Desde él por soberbia escalinata, hoy destruída, se subía al pórtico, el cual medía cincuenta metros y ochenta y seis centímetros á lo largo, ó sea de norte á sur, y catorce metros á lo ancho, ó de levante á poniente. Ornábanlo doce columnas corintias cuyas bases todavía se conservan enclavadas en un paredón arábigo: los fustes han desaparecido ó yacen por el suelo; en dos de aquellas bases fueron esculpidas dos inscripciones latinas casi idénticas, de muy difícil lectura, así á causa de la distancia en que están como de lo borroso de los caracteres. Suponíase que se referían á la fundación y consagración del templo por Antonino Pío, pero realizada recientemente por M. de Saulcy la interpretación de la leyenda, se ha visto que decía así:

«*Magnis Diis Heliupoleos* (ó *Heliupolitanis*), *pro salute divi Antonini Pii Felices Augusti et Juliæ Augustæ matris domini nostri, castrorum senatus, patriæ. Capita columnarum duo ærea auro inluminata sua pecunia ex voto.*»

«A los grandes Dioses de Heliópolis, para la salud del divino Antonino Pío, Feliz, Augusto, y de Julia Augusta, madre de nuestro señor, de los campamentos, del senado, de la patria. (Un devoto de los príncipes ha hecho) dorar á sus expensas, en cumplimiento de un voto, los capiteles de bronce de dos colunas.»

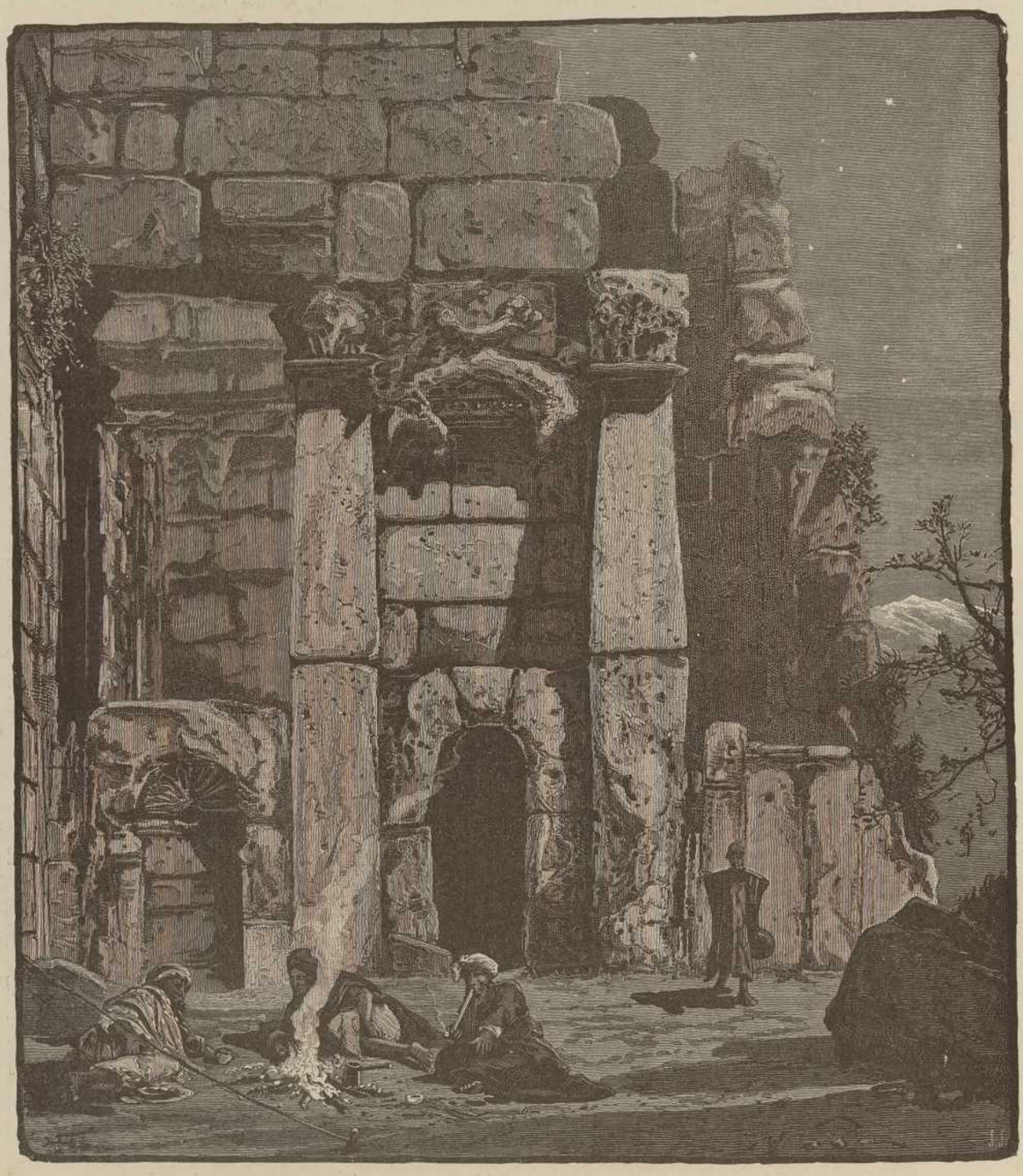
Trátase, por lo tanto, de Antonino Caracalla, hijo de Septimio Severo, y de su madre Julia Domna; como no se hace mención de Geta, muerto por orden de su hermano Caracalla en el año 212 de nuestra era, han de considerarse ambas inscripciones como posteriores á esta fecha y colocarse por lo mismo entre el año de 212 y el de 217, que fué el de la muerte de Caracalla.

El pórtico por aquellas colunas sustentado tenía á derecha é izquierda dos pabellones cuadrados, consistiendo cada uno en una sala cuyas paredes estaban formadas por sillares de tamaño y regularidad notables; decorábanlas una elegante cornisa, pilastras corintias y hornacinas para estatuas. A uno y otro pabellón dieron los árabes mayor altura, y quedaron así transformados en almenadas torres defensivas, con grave alteración de su carácter primitivo.

Desde el pórtico se entraba por una portada de tres aberturas, ancha de siete metros la central y de tres las laterales, en el primer patio de figura hexágona, de unos sesenta metros de profundidad de un ángulo á otro y de setenta y seis de anchura. En sus lados, exceptuando los del oeste, se abrían salas rectangulares ó *exedras*, adornadas con estatuas; cuatro colunas se alzaban delante de cada sala. De este patio ó vestíbulo sólo quedan los cimientos de las paredes y algunas hornacinas en forma de concha.

Abríase en el lado occidental del hexágono monumental portada también de tres huecos, de la cual sólo subsiste el septentrional, y por ella se pasaba á un segundo

patio de figura rectangular y mucho más vasto que el interior, como medía ciento veintidós metros á lo largo, ó sea de este á oeste, por ciento y doce de anchura, ó sea de norte á mediodía. Formaban sus cuatro lados estancias semicirculares y



Ángulo meridional del pórtico del gran templo, en Baalbek

exedras, y en ellas había prodigado la escultura sus más ricos y variados adornos; en elegantes hornacinas rematadas en conchas ó en triangulares frontones poblábanlas numerosas estatuas, pues serían otros tantos santuarios consagrados sin duda á las varias deidades de Heliópolis, y de estas salas existe todavía alguna cuyo estado de conservación permite formar aproximada idea de aquella magnificencia. Columnas monolitas de granito rojo, de las que quedan ejemplares derribados al suelo, sostenían

delante de estas salas y á la altura de su techumbre un cornisamento, cuyo friso presentaba delicadas esculturas de flores y frutos.

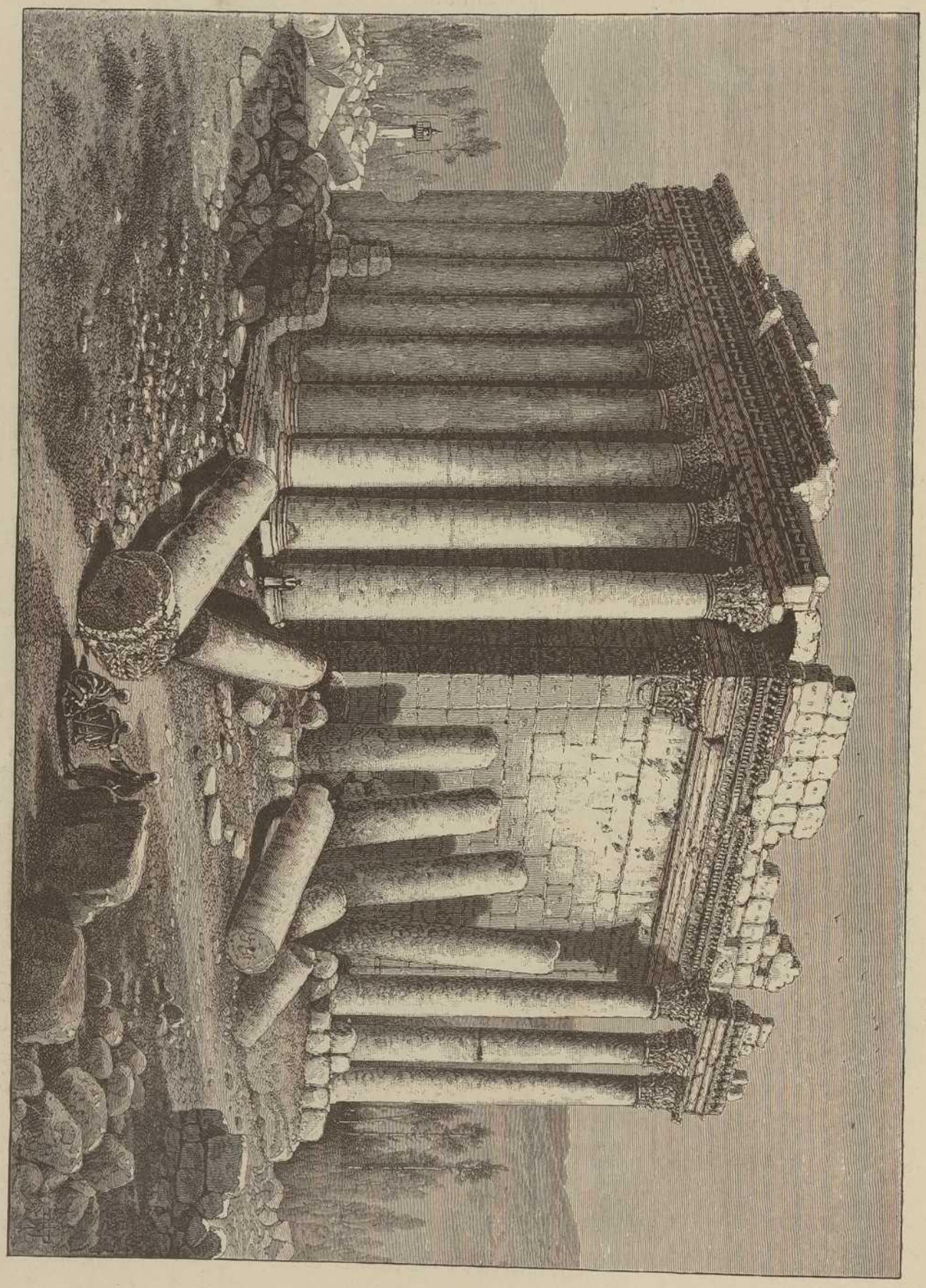
Del gran templo cuyos patios ó vestíbulos hemos atravesado, poca cosa permanece, tanto que ha sido imposible á los varios autores que lo han descrito determinar su primitiva forma. Quizás todo él consistiría en majestuoso peristilo de sesenta y cuatro metros de longitud por cuarenta y tres á lo ancho; de las cincuenta y seis colunas que lo componían, diez en cada extremo y diez y ocho á cada uno de los lados mayores, únicamente quedan en pié seis, pero se conservan en su sitio las bases de otras muchas. Diez y nueve metros miden de altura y más de dos de diámetro, y constan de tres piezas, cortadas y unidas con incomparable perfección; ningún betún las une, y sin embargo, no penetra en sus intersticios ni la hoja de un cuchillo. Sujétalas un eje de hierro, y la codicia, ayu-

Las seis colunas del gran templo de Baalbek

dando á la acción destructora del tiempo, ha derribado muchas para apoderarse del metal.

Que tuviera el templo *cella*, esto es, un recinto ó santuario interior, pónenlo muchos

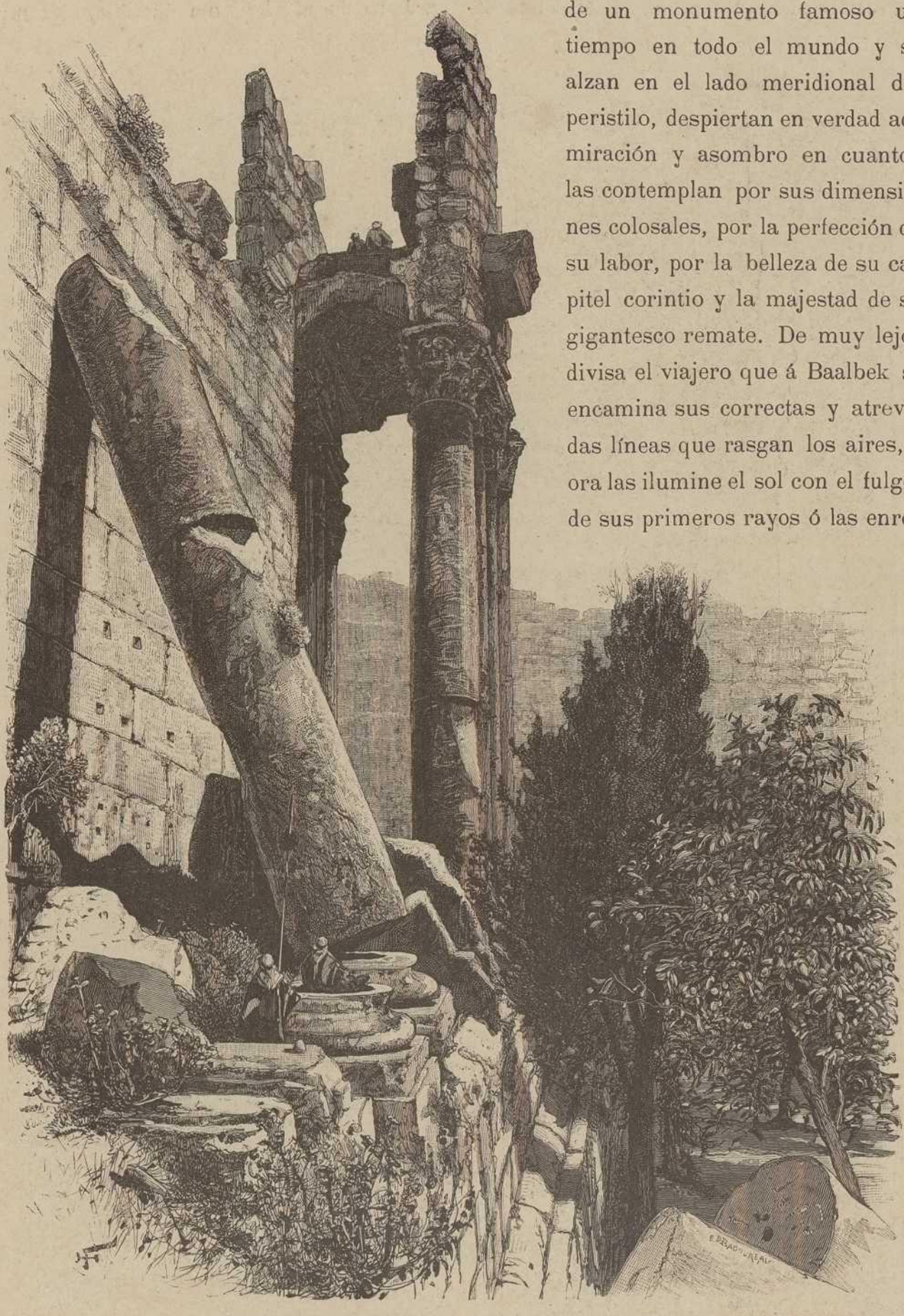
autores en duda, y si la tuvo ha desaparecido hasta su menor vestigio; tampoco se sabe si fué descubierta ó tuvo techo.



FACHADAS SEPTENTRIONAL Y OCCIDENTAL DEL PEQUEÑO TEMPLO DE BAALBEK

En cuanto á las seis columnas de que acaba de hacerse mención, y que, triunfantes hasta ahora de los siglos, de los hombres y de los terremotos, son residuo principal

de un monumento famoso un tiempo en todo el mundo y se alzan en el lado meridional del peristilo, despiertan en verdad admiración y asombro en cuantos las contemplan por sus dimensiones colosales, por la perfección de su labor, por la belleza de su capitel corintio y la majestad de su gigantesco remate. De muy lejos divisa el viajero que á Baalbek se encamina sus correctas y atrevidas líneas que rasgan los aires, y ora las ilumine el sol con el fulgor de sus primeros rayos ó las enro-



Peristilo del pequeño templo de Baalbek por el lado meridional

jezca con los arreboles del ocaso, ora las bañe la luna con su plateada claridad, causa siempre su vista impresión gratísima y profunda.

Junto al gran templo y hacia el mediodía, pero en nivel algo más bajo, el templo pequeño, llamado así sólo por comparación, pues es más vasto que el Parthenon de

Ángulo sudeste del pequeño templo de Baalbek

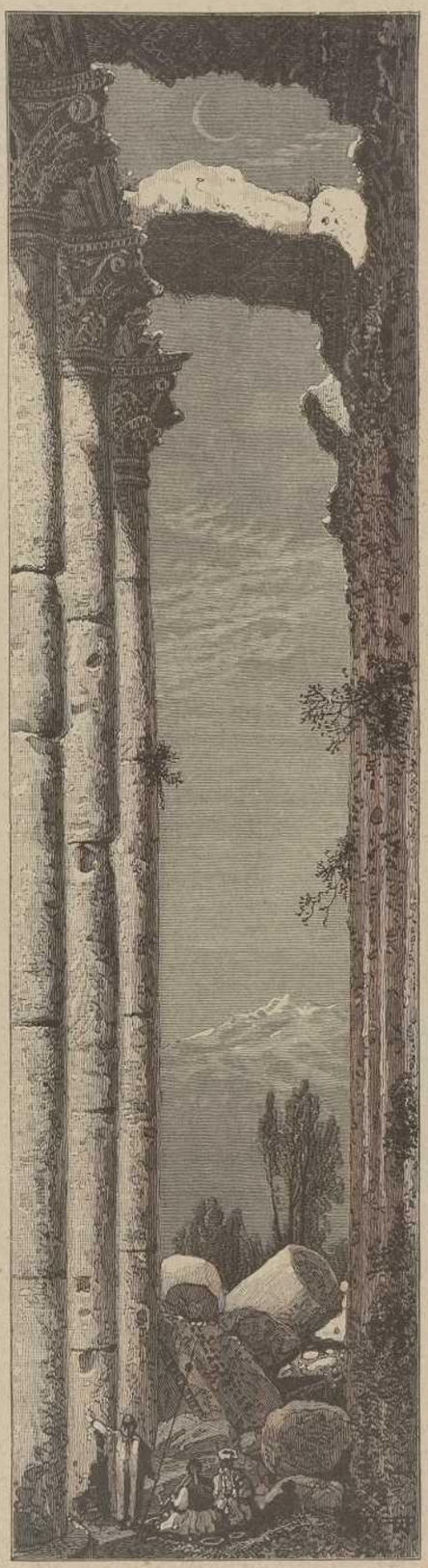
Atenas, ostenta aún, á pesar del estrago y de las mutilaciones que ha padecido, parte de su pasado esplendor. Circuído de hermoso peristilo, mide sesenta y siete

metros y setenta centímetros á lo largo por treinta y cinco metros y setenta centímetros á lo ancho; de las colunas del peristilo, que eran en número de cuarenta y dos, permanecen en pie diez y nueve, conservando sus capiteles corintios; las demás yacen en el terraplén obstruyendo el paso con sus piezas dislocadas, ó han caído rodando al foso plantado de árboles que limita uno de los lados del templo. Las del septentrional se conservan todas; en el meridional sólo cuatro permanecen enhiestas; otra ha quedado en su caída apoyada en la pared exterior del sagrado edificio, mientras espera el primer terremoto que acabará de derribarla al suelo. De las demás quedan las bases.

Éstas únicamente restan en el lado oriental; en el ángulo del sudeste vense aún las dos colunas estriadas que á derecha é izquierda formaban el vestíbulo, y que, como aquéllas, inclusos sus capiteles corintios, tenían de altura catorce metros y veinte centímetros. En el lado occidental existen en pie y enteras sólo tres colunas.

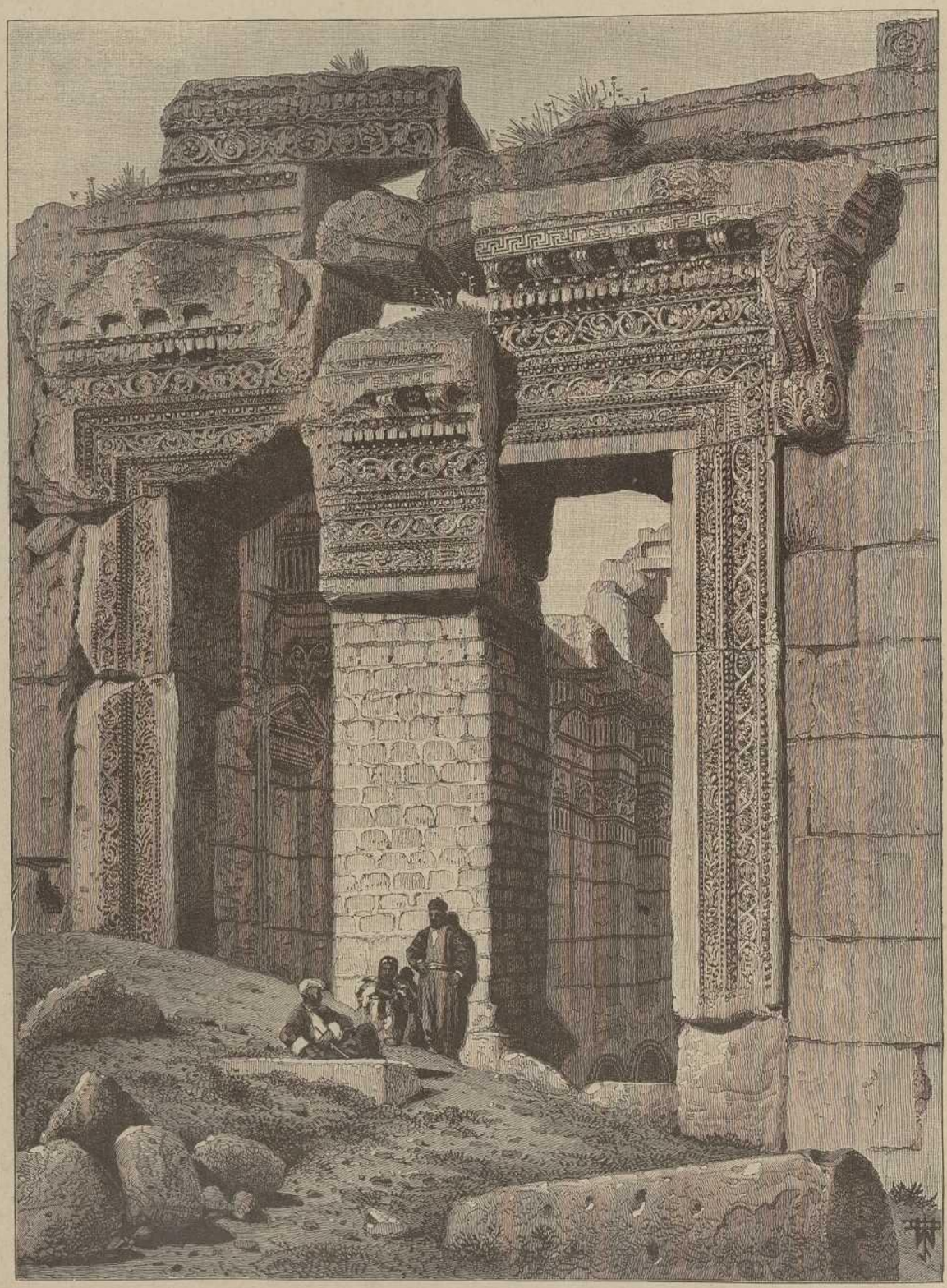
Nada más rico que la ornamentación de la artesonada techumbre de la galería formada por el espacio de tres metros que media entre la columnata y el templo; de ella subsisten todavía extensos fragmentos, y otros no menos considerables se ven caídos y mutilados; en ellos, en artesones hexágonos unos y romboides otros, están representados en relieve testas de emperadores y escenas mitológicas rodeadas de bellas guirnaldas de flores y frutos.

El *pronaos* se halla por completo destruído, lo mismo que la escalinata que á él llevaba por el lado del este. La gran portada, aunque medio oculta entre montones de escombros, se ofrece todavía como preciada joya arquitectónica por la riqueza de su labor verdaderamente extraordinaria. Forman las jambas enormes monolitos, profusamente ornados con pámpanos, guirnaldas, sátiros y genios, y lo mismo ha de decirse del dintel, compuesto de tres piezas con magníficas esculturas; el terremoto de 1759 dislocó la clave central haciéndola bajar setenta centímetros de su posición primitiva al separar las piedras laterales, y



PERISTILO DEL PEQUEÑO TEMPLO DE BAALBEK
Al oeste y en lontananza el Monte Líbano

esto ha sido causa de que para impedir su total caída se construyera hace pocos años tosco pilar de sostenimiento, con lo cual se ha ocultado el cuerpo de la ponderada águila



Portada del pequeño templo en Baalbek

oriental esculpida en la parte inferior, que de este modo ha quedado separada de sus alas extendidas y de las guirnaldas que salían de su pico.

La parte interior de la *cella* corresponde á la magnificencia externa; mide veintisiete metros á lo largo por veintidós y medio á lo ancho, y sus paredes laterales están adornadas con esbeltas hornacinas abovedadas, rematadas en frontones triangulares y separadas una de otra por medio de colunas y pilastras corintias. El santuario propiamente dicho, situado en el extremo occidental de la *cella* y á más alto nivel, contenía la

Templo semicircular en Baalbek

estatua y el altar del ídolo al cual estaba el templo consagrado, y hállanse debajo de él dos abovedadas y subterráneas estancias, misterioso recinto desde el cual se darían oráculos.

Este templo, uno de los más perfectos ejemplares que la antigüedad nos ha legado en Siria, hubo de cerrarse llegada que fué la época de Constantino, ó quizás ser convertido en iglesia cristiana. Por lo que toca al gran templo, como pertenecía probablemente á los conocidos con el nombre de *hyptehreos*, esto es, descubiertos en su parte central por carecer el santuario de techumbre, no pudo ser aplicado al verdadero culto, y

de ahí que dispusiera aquel emperador la construcción en el vasto patio que lo procede de una basílica, que años después concluyó y restauró Teodosio. A ella corresponden las ruinas y escombros que existen en el centro del vasto paralelógramo, y por su examen se viene en conocimiento de que la iglesia constaría de tres naves y de que sus ábsides se adelantaban hasta el extremo oriental del peristilo del gran templo.

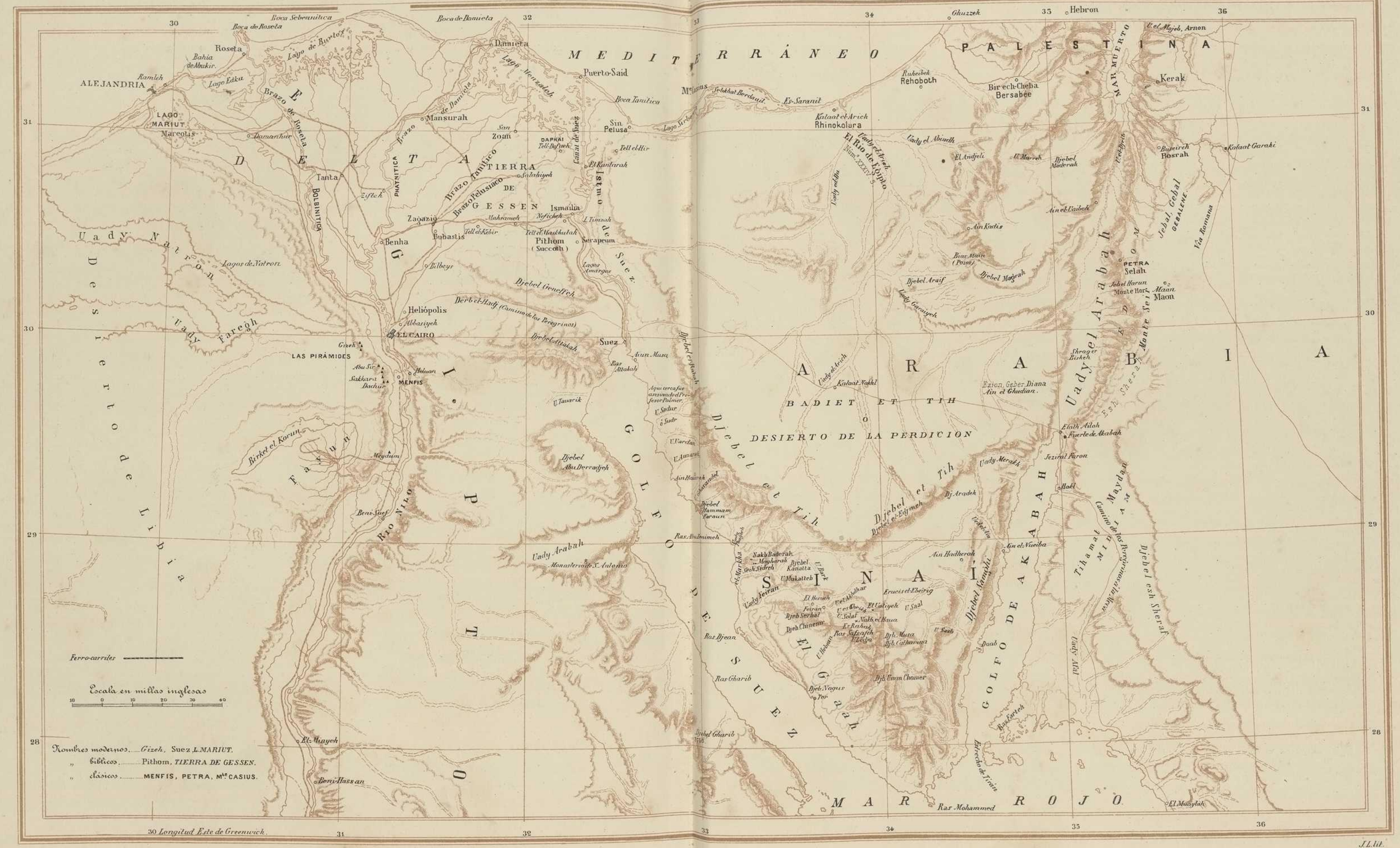
Al descender del acrópolis que los antiguos hicieron tan imponente y bello y que los sarracenos desfiguraron después de tan singular manera al querer transformarlo en ciudadela, se ofrecerá á nuestra vista, á muy corta distancia hacia el sudeste, otro templo, obra también de la época antigua. De dimensiones más exiguas, es de forma semicircular; la *cella,* construída con piedras de gran regularidad y ajuste, contiene seis hornacinas para estatuas, abovedadas unas y las otras con frontón triangular; la bóveda que la cubría se desplomó, y ya no existe. A su alrededor y apoyados en ella irradian como cinco ábsides, cada uno con un pedestal y nicho para un ídolo, y los adornan á derecha é izquierda colunas corintias que forman elegante peristilo, rematado en un cornisamento de rara esbeltez.

En el pasado siglo, este templo, del cual se cree haber estado consagrado á Venus, pertenecía aún á los griegos y era iglesia cristiana bajo la advocación de Santa Bárbara; de ahí las cruces que se observan en las paredes. Posteriormente pasó á ser propiedad de una familia musulmana, y por varios lados está cayendo en ruinas: las jambas monolitas de la puerta permanecen en pie; pero el hermoso dintel por ellas sostenido yace destrozado en tierra, y del vestíbulo apenas quedan residuos.

Hasta los últimos años del mismo siglo alzóse en el ángulo sudoeste de la ciudad magnífica coluna de orden dórico de la cual hacen mención varios autores; derribada por un terremoto, su enorme capitel y varias de las piezas que la componían vense esparcidos por el suelo. Tenía, inclusa la base, la altura de trece metros, y fué erigida sobre subterráneo panteón. Abierto éste hace unos cuarenta años, halláronse en él muchos y notables sarcófagos; uno existe aún casi intacto, y son de admirar los genios y guirnaldas de flores que tiene esculpidos.

Estas son las principales ruinas de la antigua Heliópolis, ruinas que, según describe M. Guerin, á la grandiosidad colosal del conjunto que admira y asombra, unen en los pormenores la riqueza, la gracia y la perfección que agradan y embelesan. Si en aquellos suntuosos edificios el arte de la escultura se mostró pródigo quizás hasta la profusión de sus más raras y exquisitas maravillas, también es verdad que el atrevimiento de los arquitectos subió á un punto á que nadie después ha llegado, y que el acrópolis de Baalbek, con las portentosas piedras de su basamento, obra de gigantes más que de hombres, y con la extraordinaria majestad de los dos templos que lo rematan, no tiene seguramente rival en el universo mundo.

EGIPTO CENTRAL É INFERIOR — PENÍNSULA SINAÍTICA.



Tipolit de Espasa y Cia

J.L. lit.

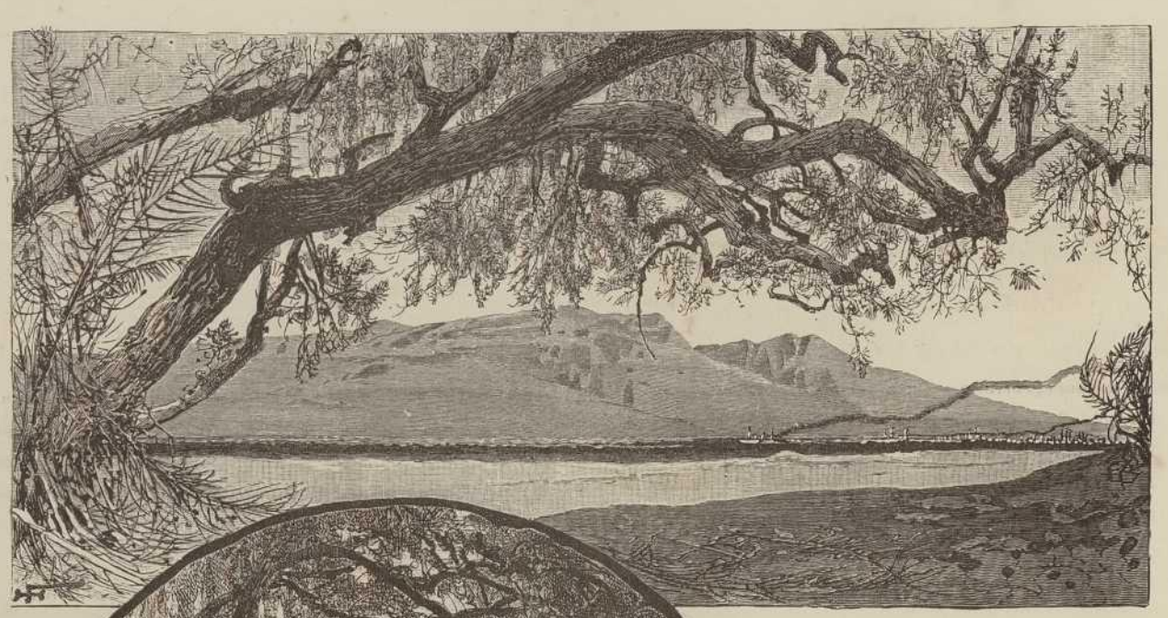
EGIPTO

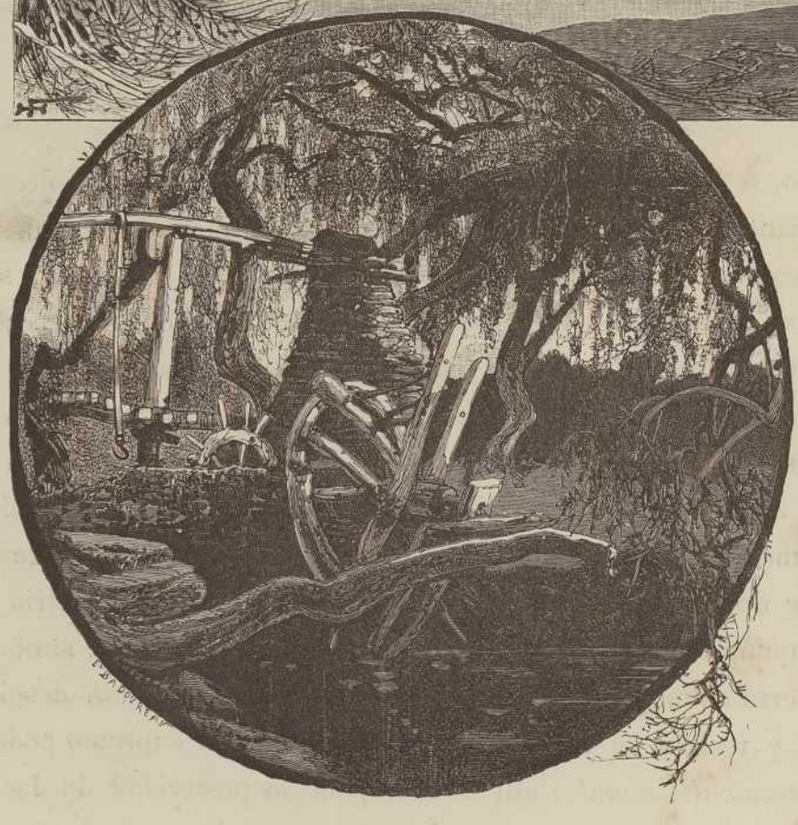
Consideraciones generales. — Suez. — Ismailia. — Puerto-Said. — El canal. — La tierra de Gessen. — El patriarca Jacob y origen del pueblo hebreo. — Su crecimiento y servidumbre. — Su salida de Egipto. — Límites de la tierra de Gessen. — Las ciudades de Ramessés y Phithóm. — Heliópolis. — Sus ruinas. — Matarieh. — Sicomoro de la Sagrada Familia. — El Cairo. — Su aspecto general. — Sus calles y plazas. — *El Khalig*. — Su población. — Bazares. — Mezquitas. — Sepulcros de los mamelucos. — La ciudadela. — La matanza de los mamelucos. — El pozo de Josef. — Mezquita de Mehemet-Alí. — Escuelas musulmanas. — Iglesias y escuelas cristianas. — Escena de costumbres egipcias.

Una excursión á Egipto, á la antigua tierra de Misraim, es casi obligatorio complemento del viaje á Tierra Santa; vestíbulo de Palestina ha sido en el nuestro, y desde él, en pos del pueblo hebreo, hemos penetrado en aquella región de milagros; sus playas nos darán salida para dejar definitivamente el teatro de los bíblicos sucesos. ¡Egipto! misteriosa tierra que en los albores del mundo histórico se nos aparece ya como una sociedad de alta civilización y cultura, con sus reyes, su corte y sus sacerdotes; con sus leyes y ciencias, con sus monumentos arquitectónicos que desafían la corriente de los siglos, con su floreciente comercio, su policía y sus ejércitos; nación un tiempo poderosa que, en medio de dos vastos continentes, se enriqueció á expensas de uno y otro y llegó á ser dominadora de Asia y África. En Egipto, noble patria de Moisés, fué salvado de las aguas el prodigioso niño; en Egipto, dominó Josef, símbolo de Jesucristo, y en aquella tierra colmó de beneficios á sus hermanos que tan despiadados se mostraran con él, y recibió de Faraón, con el ejercicio del supremo poder, el misterioso dictado de *Salvador del mundo;* allí se multiplicó la posteridad de Jacob hasta el punto de formar un gran pueblo, el pueblo de Dios, y allí obró el Señor, para redimirlo, estupendos milagros. Egipto dió asilo á la Sacra Familia al huir de la persecución de Herodes, y en Egipto estableció san Marcos la segunda sede patriarcal de Oriente; sus campos fueron magnífico teatro de las hazañas de san Luis: ¿pueden darse para el erudito y para el cristiano más esplendentes títulos á la gloria y consideración de las gentes?

A Suez, de donde partimos para el viaje á Asia, con el favor de Dios acabado, volveremos, pues, para emprender la corta expedición á Egipto, á cuyos reyes hemos

hallado en incesantes relaciones con los moradores de Palestina, así en paz como en guerra; otra vez veremos el famoso golfo, y en lontananza las palmeras de la Aiun-Musa, y de allí, echando una mirada á la tierra de Gessen, de la cual salieron los israelitas para lanzarse á su peregrinación por la península sinaítica, nos dirigiremos



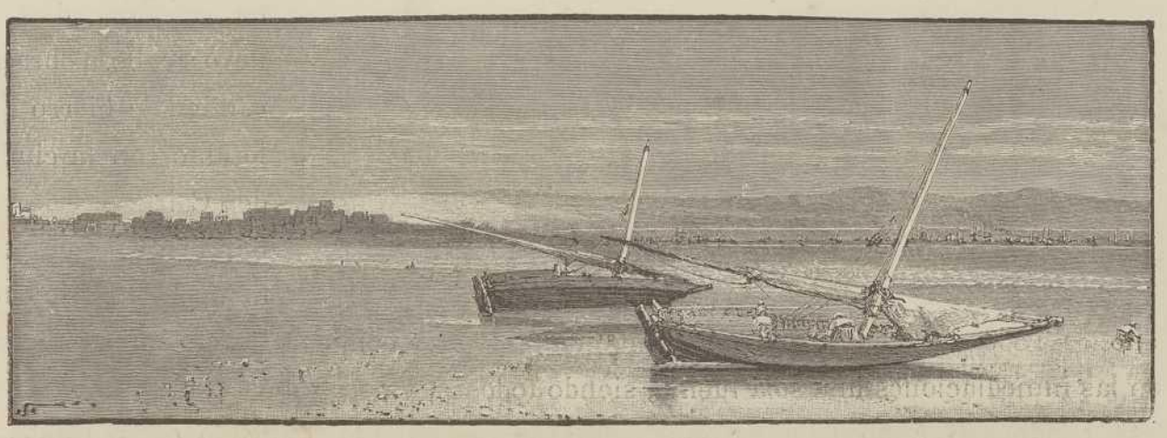


Golfo de Suez.—Un pozo en Aiun-Musa

al Cairo, que con Alejandría comparte ahora la dignidad de capital de Egipto. El área que ocupó Menfis, sus gigantescas pirámides, únicos pero inmensos residuos, además de su Serapeum y numerosas tumbas, de la antiquísima ciudad, atraerán luego nuestros pasos y nuestra admiración; remontando el Nilo, enviaremos un saludo á las incomparables ruinas de Tebas, y pasada la primera catarata, podremos detenernos en la isleta de Philæ que contiene otras no menos sorprendentes. En la Nubia inferior será el gran templo de Ipsambul una de las maravillas que se ofrecerán á nuestro paso; la segunda catarata llamada de Uadi Halfa, donde comienzan los ardorosos desiertos de la Nubia superior, formará el límite de nuestra expedición, y finalmente Alejandría, la ciudad fundada por el gran conquistador macedónico, será la puerta por la cual saldremos de la tierra egipcia, que de este modo habrá sido para nosotros

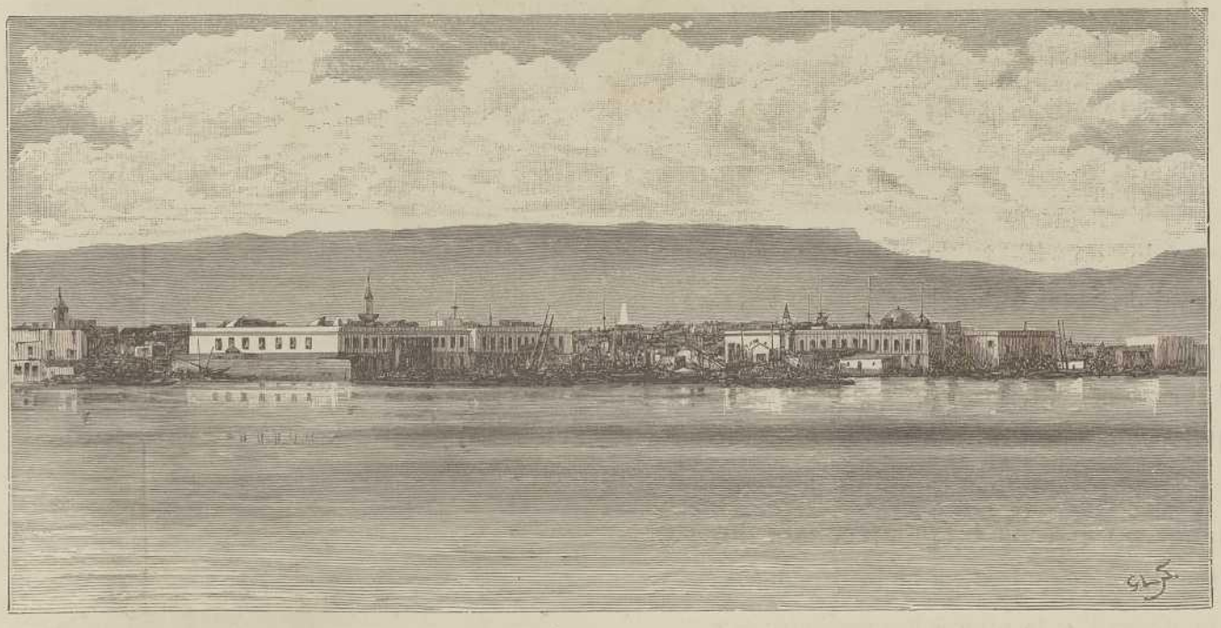
primera y última jornada del viaje, y como atrio y *narthex* á la vez del gran templo de la Tierra Santa.

Suez es una reducida ciudad cuya existencia no data más allá del siglo xv; construída en una especie de península triangular, en el punto septentrional del golfo



Suez

occidental del mar Rojo, reemplazó á las ciudades de Arsinoé y Clysma que, á lo que se cree, hubieron de ocupar aquellas mismas riberas. Y pruébalo, según la generalidad de los autores, la humilde colina que, sembrada de escombros, se alza á poca distancia de la puerta septentrional de la ciudad moderna con el nombre de Tell Kolzim ó Kolzum,



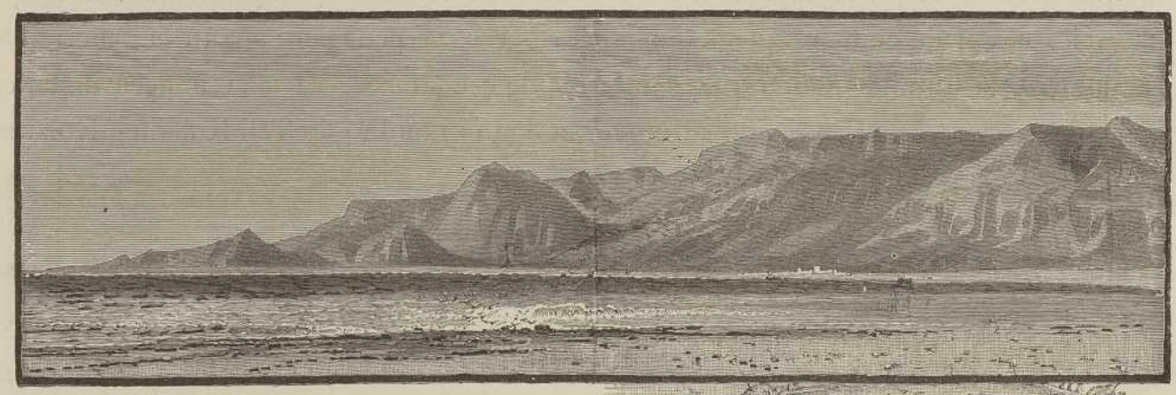
La ciudad de Suez

nombre que es tenido por corrupción del de Clysma, con que era designada la ciudad antigua que en aquel punto dominaba el canal de unión abierto entre el mar Rojo y el brazo oriental del Nilo. Escritores hay, sin embargo, que en vez de esta etimología, ven en aquella palabra arábiga, que significa *destrucción*, una memoria de la catástrofe cerca de allí experimentada por el ejército de Faraón, perseguidor de los israelitas.

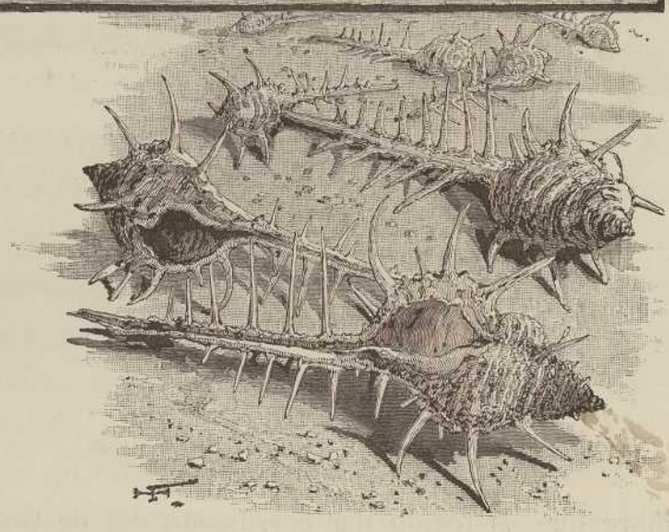
Cerrado aquel canal, Omar lo reabrió nuevamente para ser en breve otra vez cegado,

y en estas alternativas el pueblo, que con el nombre de Suez sucedió á Kolzum, vegetó por largo tiempo en la oscuridad y miseria sin otros habitantes que míseros pescadores. En la época de Selim I y Solimán II adquirió cierta importancia para declinar otra vez más y más, hasta que en nuestros días se llevó á cabo la obra del camino de hierro que lo unió con la ciudad del Cairo; creció entonces mucho en poco tiempo, tanto que en el año de 1860 contaba ya cinco mil habitantes; pero como no existe en su recinto ni en las inmediaciones una sola fuente, siendo todos sus pozos más ó menos salobres, veíase condenado á no adquirir mucho mayor crecimiento, obligado como estaba á recibir diariamente del Cairo por la vía férrea en vagones-cisternas el agua necesaria,

Interior del puerto de Suez



cuando en 1863, la abertura del canal de agua dulce llevóle á raudales la del Nilo y con ella la vida y la prosperidad. A quince mil almas llegó á poco su población.

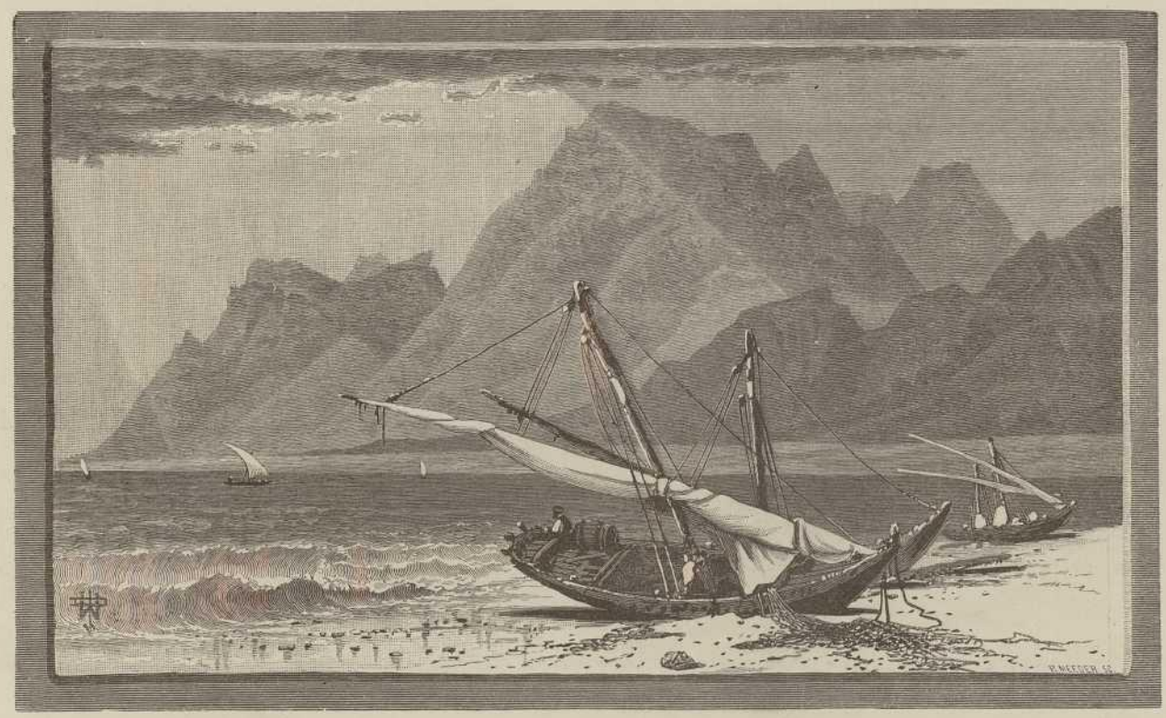


Djebel-Attaka, en el extremo noroeste del mar Rojo

Su excelente puerto puede contener quinientos buques; consta de dos dársenas, destinada la una á los de guerra y la otra á los mercantes, y tres kilómetros de vía férrea lo separan de la ciudad. Hállase ésta dividida en dos grandes barrios: el árabe, de triste y sucio aspecto, con dos pequeñas mezquitas y un bazar, y el europeo, mucho más aseado y mejor construído. Los vastos edificios que sirven de talleres y almacenes á la Compañía peninsular-oriental atraen en seguida la atención del viajero sobre inmediata eminencia, en la que se levanta igualmente el elegante palacio del

jedive. Desde sus azoteas disfrútase de extenso y agradable panorama: abraza la vista la ciudad entera, el puerto y la bahía; sigue el curso de los dos canales, el marítimo y el de agua dulce, que en aquélla desembocan, y contemplan las severas líneas del Djebel-Attaka y el golfo que por oeste lo baña, vasta superficie azul que, al ser herida por los rayos del sol, ora toma plateado y fosforescente brillo, ora adquiere purpurinas y doradas tintas.

Suez, que con la abertura del istmo se ha convertido en el punto de tránsito más natural y directo de Occidente á Oriente, creyóse en un principio destinada á ascender más cada día por la escala del engrandecimiento y la prosperidad; y sin embargo, no



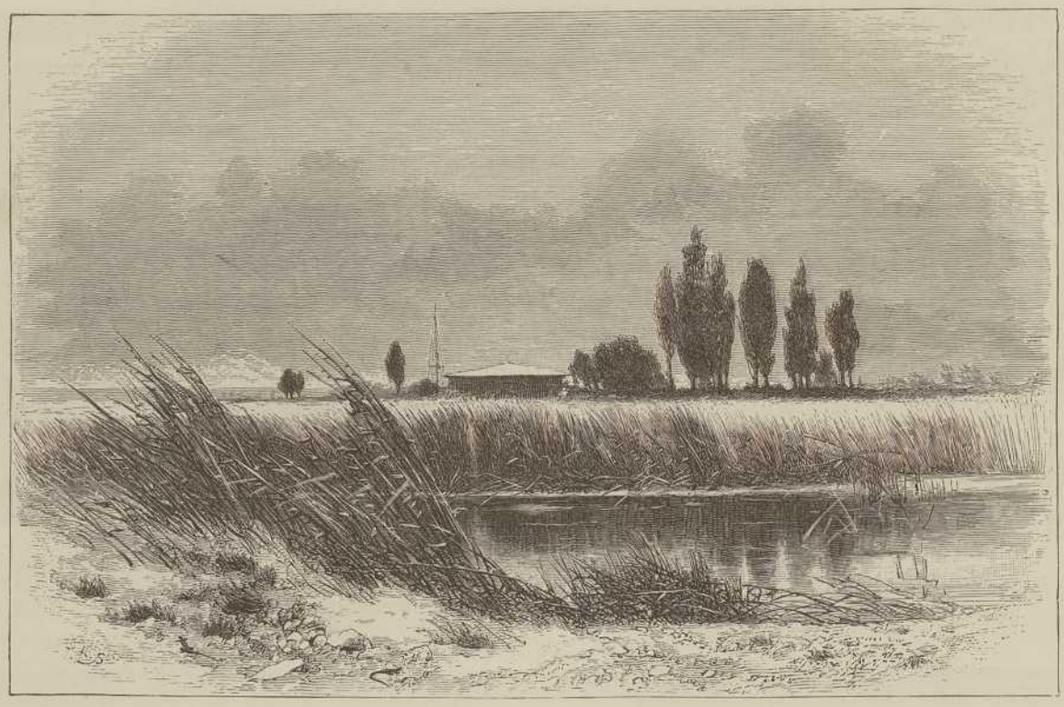
Ras-Attaka

ha sido así. La conclusión de las obras del canal, en vez de provechosa, le ha sido funesta; empezó por perder numerosa población flotante que no supo ya en qué emplear su actividad, y en seguida ha sucedido que los numerosos buques de vela y más aun los de vapor que llegan cada día en opuesta dirección, se limitan á atravesar su bahía sin detenerse en ella más que el tiempo precisamente necesario para el cumplimiento de las formalidades prescritas; resultado, que la ciudad ha quedado sin animación y sin vida, aun en medio de tantas naves como sin cesar desfilan á su vista.

Al tiempo que á causa de las obras del canal tenía Suez gran crecimiento en el extremo del golfo, nacieron de pronto y como por arte de encantamiento otras dos ciudades en el centro del itsmo la una, que fué llamada Ismailia, y en la ribera mediterránea la segunda, la cual recibió el nombre de Puerto-Said.

Ismailia, á la que dió nombre el jedive Ismail, padre del actual virrey, se levanta en la margen derecha del lago Timsah ó de los Cocodrilos, que le sirve de puerto, en lugar que era pocos años hace inhabitable desierto y donde por siglos habían reinado

el silencio y la soledad de la muerte; provista de agua dulce por el canal del Cairo, el terreno arenisco que la sustenta daría, á no ser la escasez de operarios, vegetación muy frondosa, á juzgar por lo que sucede en los puntos cultivados. Robustos chopos, sauces y acacias embellecen el paseo de Mehemet-Alí y las orillas del canal, y es por todo extremo ameno y agradable el jardín público que lleva el nombre de Champollion. Sin embargo, como sucedió en Suez, Ismailia, que mientras duraron las obras fué importante centro donde estuvieron reunidos los diferentes servicios de la Compañía, al concluir aquéllas ha perdido, con buena parte de la población, el movimiento y la vida que antes la animaron. El palacio del virrey que, al ser inaugurado el canal, dió



Marismas entre Suez é Ismailia

albergue á tantos y tan distinguidos huéspedes y fué testigo de las espléndidas funciones cuyo relato embelesó al mundo, hállase ahora casi siempre desierto; solitarios se ven sus jardines, que cada año van perdiendo de su esplendor pasado. El aspecto de la ciudad es hoy triste y poco agradable, y apenas llegará su población á tres mil almas; el barrio árabe es muy pobre, y forma por lo miserable de sus casas gran contraste con el aseo y la elegancia de las que componen el barrio europeo, entre las que se distingue la quinta de M. de Lesseps. La iglesia católica, aunque de gran sencillez y modestia, es notable por la pulcritud que descubre en todos sus pormenores, y lo propio ha de decirse del hospital. Un gran establecimiento hidráulico eleva por medio de una máquina de vapor el agua del canal de agua dulce á la altura necesaria para que llegue á Puerto-Said. En su puerto se han dispuesto presas y exclusas á fin de llevar sus aguas á todas las estaciones del canal marítimo.

Está situada Ismailia á unos setenta y dos kilómetros al noroeste de Suez; para dirigirse á ella se toma el camino de hierro que une á Suez con el Cairo y Alejandría,

ó bien se sigue el canal marítimo, el cual, al dejar atrás la cortadura de Chaluf, las dilatadas lagunas que llevan el nombre de Lagos amargos y la segunda compuerta del Serapeum, atraviesa por el centro el lago Timsah.

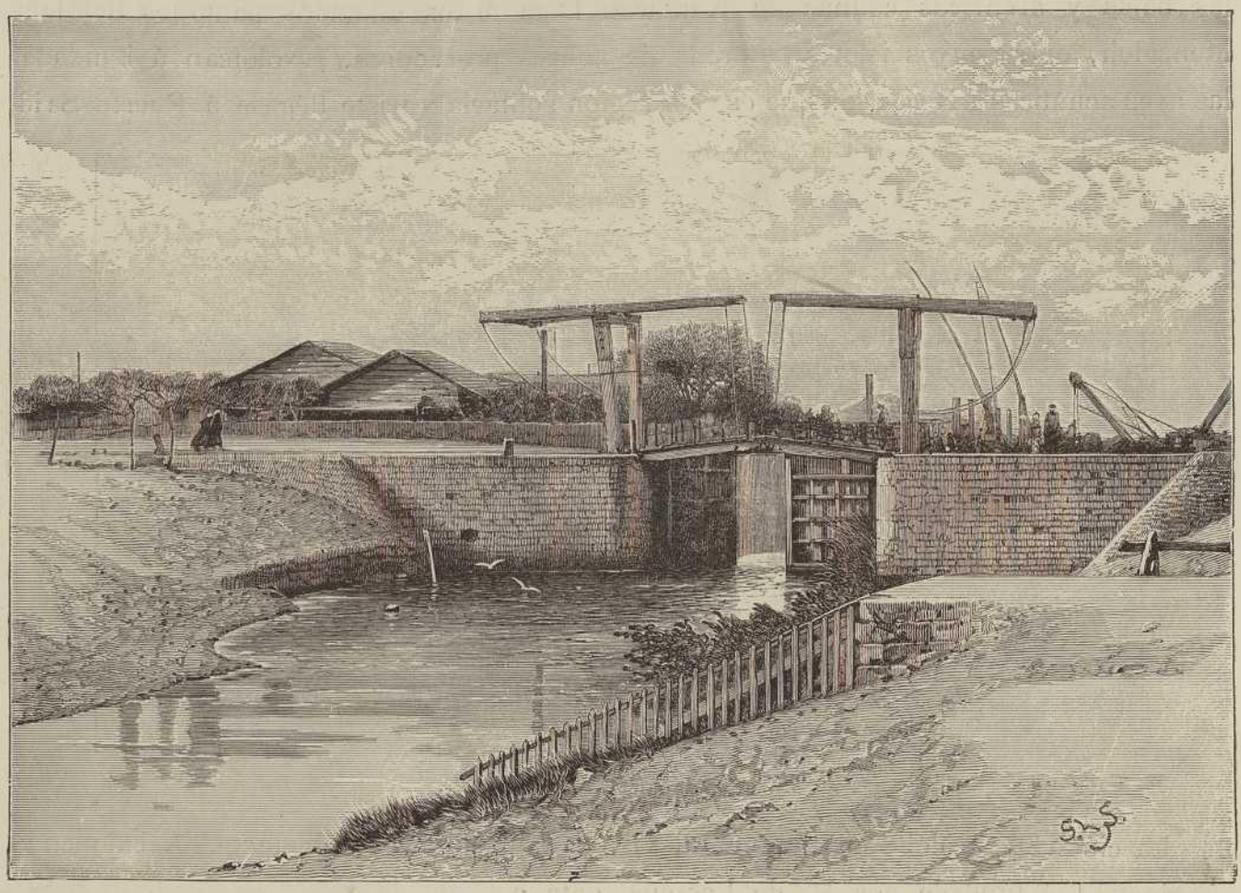
A ochenta kilómetros al norte de Ismailia hállase la segunda ciudad antes nombrada, esto es, Puerto-Said. Al salir del lago Timsah pasa sucesivamente el canal marítimo por la gran cortadura de El-Guisr, que es el punto culminante del istmo, superior al nivel del mar en unos veinte metros, atraviesa el lago Ballah, y por entre las bajas y areniscas colinas de Kantarah llega á los dilatados pantanos del lago Menzaleh, entre cuyos islotes, morada de pobres pescadores, revolotean á bandadas las aves acuáticas. Recorrida que es esta región solitaria y triste llégase á Puerto-Said.

Establecimiento hidráulico en Ismailia

La ciudad, que debe su nombre al virrey Said, hijo de Mehemet-Alí, bajo cuyo virreinato fué fundada por M. de Lesseps, data del año de 1859; el sitio que ocupa fué preferido al de Pelusa, en un principio escogido, á causa de la mayor profundidad de las aguas en aquella costa, y para fundarla hubo necesidad de crearlo todo, hasta el suelo que la sustenta, conquistado sobre el lago Menzaleh, al cual no separaba del mar sino una faja de arena ancha á lo más de ciento y cincuenta metros. En ella hubo de disponerse el espacio conveniente para echar los cimientos de una ciudad marítima destinada á servir de depósito al importante comercio de Europa con Asia, el África oriental y las islas de la Oceanía, y empezándose por formar el puerto con auxilio de potentes máquinas, los trescientos millones de metros cúbicos de tierra por ellas arrancadas sirviéronle de fundamento, al tiempo que á fuerza de trabajo y perseverancia cegábase la parte del lago Menzaleh que habían de ocupar las edificaciones. Dos magníficas escolleras, la occidental de dos mil y quinientos metros y de mil y novecientos la oriental, en cuya prolongación se está todavía trabajando, forman un anchuroso antepuerto; cuatro grandes dársenas componen el puerto, y es de

admirar su excelente faro, que guía á los navegantes desde veinticuatro millas de distancia en alta mar.

Llega la población á diez mil almas, y tiene la ciudad espaciosos muelles, hermosos paseos y desahogadas calles. Abundan en ella los europeos, como son italianos, ingleses, griegos y franceses, entre los que ocupan buen lugar los empleados del canal; pero como es conocida por sus garitos y otros lugares de perdición, tiene fama de reunir en su recinto á mucha gente de mal vivir. La parroquia católica está servida por

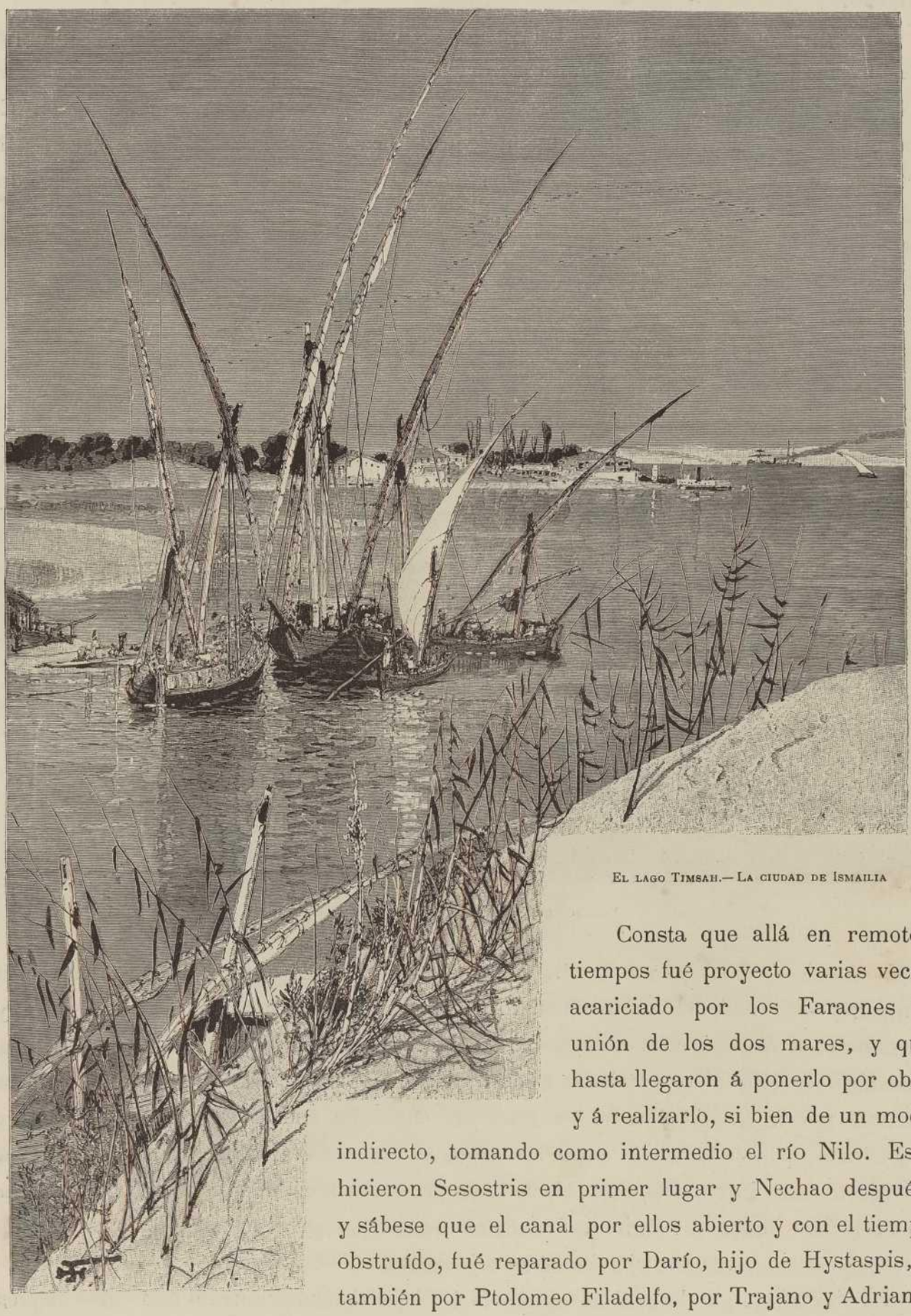


Esclusa en el canal de agua dulce

Padres Franciscanos, y bajo la dirección de las Hermanas del Buen Pastor se hallan un hospital, una botica y una escuela de niñas.

El canal que enlaza á Puerto-Said con Ismailia y Suez y une de este modo los dos mares, tiene cien metros de anchura por ocho ó nueve de profundidad; diez y seis horas, á no ocurrir accidentes extraordinarios, suelen emplearse en la travesía, y encuéntranse de trecho en trecho apartaderos que permiten á los buques cruzarse con toda facilidad. La inauguración del canal, que es sin duda una de las obras más grandiosas del siglo presente, verificóse el día 17 de noviembre del año de 1869, previa invitación dirigida por el jedive Ismail y M. de Lesseps á todos los príncipes de Europa y á gran número de notables personajes. Con asistencia de muchos y entre fiestas de mágico esplendor se realizó el memorable acontecimiento, y recibiendo de él incalculable beneficio la navegación y el comercio halláronse de entonces más casi reunidos

dos mundos separados antes por inmensas distancias y por muchos y peligrosos azares.

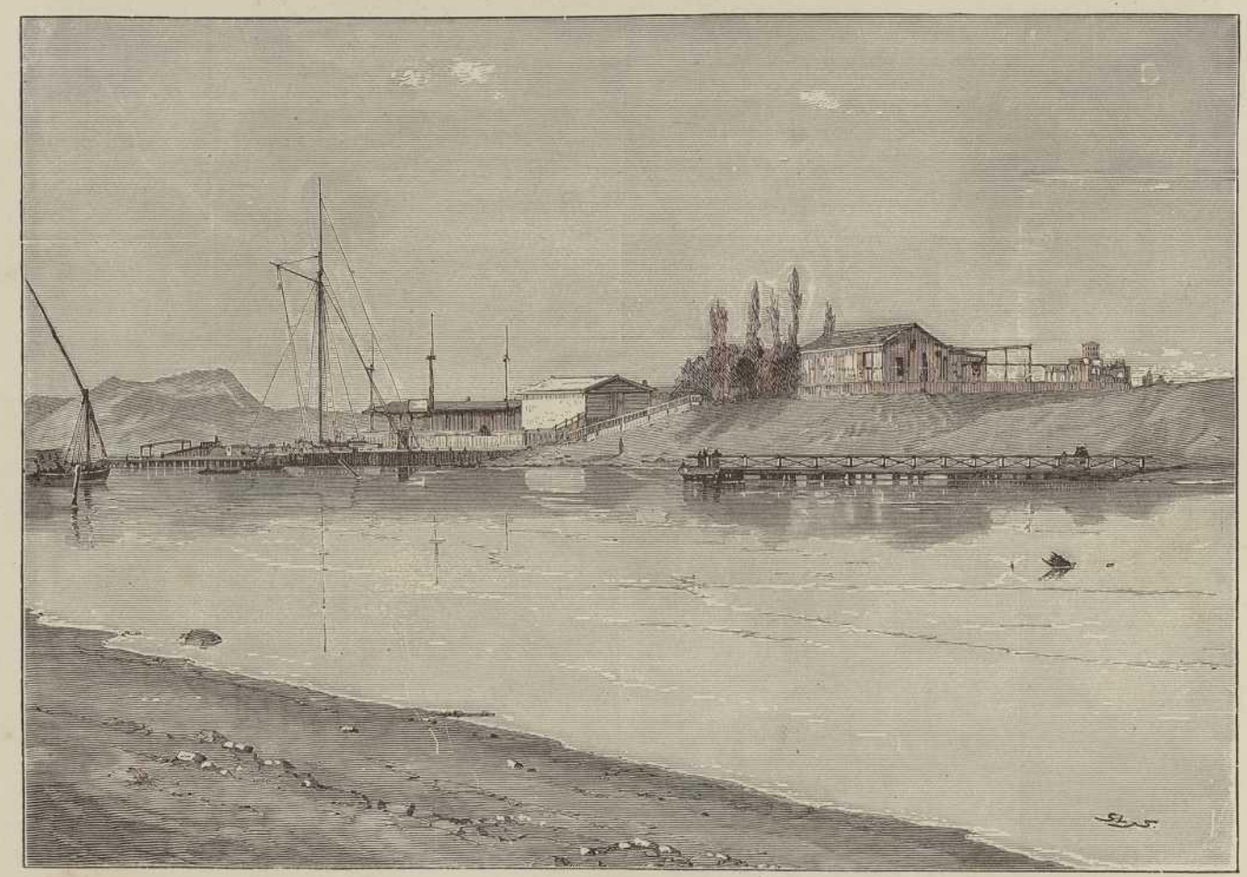


El lago Timsah.—La ciudad de Ismailia

Consta que allá en remotos tiempos fué proyecto varias veces acariciado por los Faraones la unión de los dos mares, y que hasta llegaron á ponerlo por obra y á realizarlo, si bien de un modo indirecto, tomando como intermedio el río Nilo. Esto hicieron Sesostris en primer lugar y Nechao después, y sábese que el canal por ellos abierto y con el tiempo obstruído, fué reparado por Darío, hijo de Hystaspis, y también por Ptolomeo Filadelfo, por Trajano y Adriano. Cegado de nuevo por la arena, Omar, en el año 639 de nuestra era, dispuso su limpia y reparación, asegurando algún autor que modificó en parte su primitivo trazado;

sea como fuere, es lo cierto que en el año 767 estaba el canal inservible y por completo cerrado.

A Napoleón Bonaparte se atribuye en los tiempos modernos la idea de unir por vía directa los dos mares mediante la cortadura del istmo; pero perdido que hubieron á Egipto las armas francesas, tales planes, si existieron, no pasaron adelante. En época posterior ideáronse sucesivamente varios proyectos que tampoco llegaron á la práctica, hasta que en 30 de noviembre de 1854, alcanzado por el emprendedor

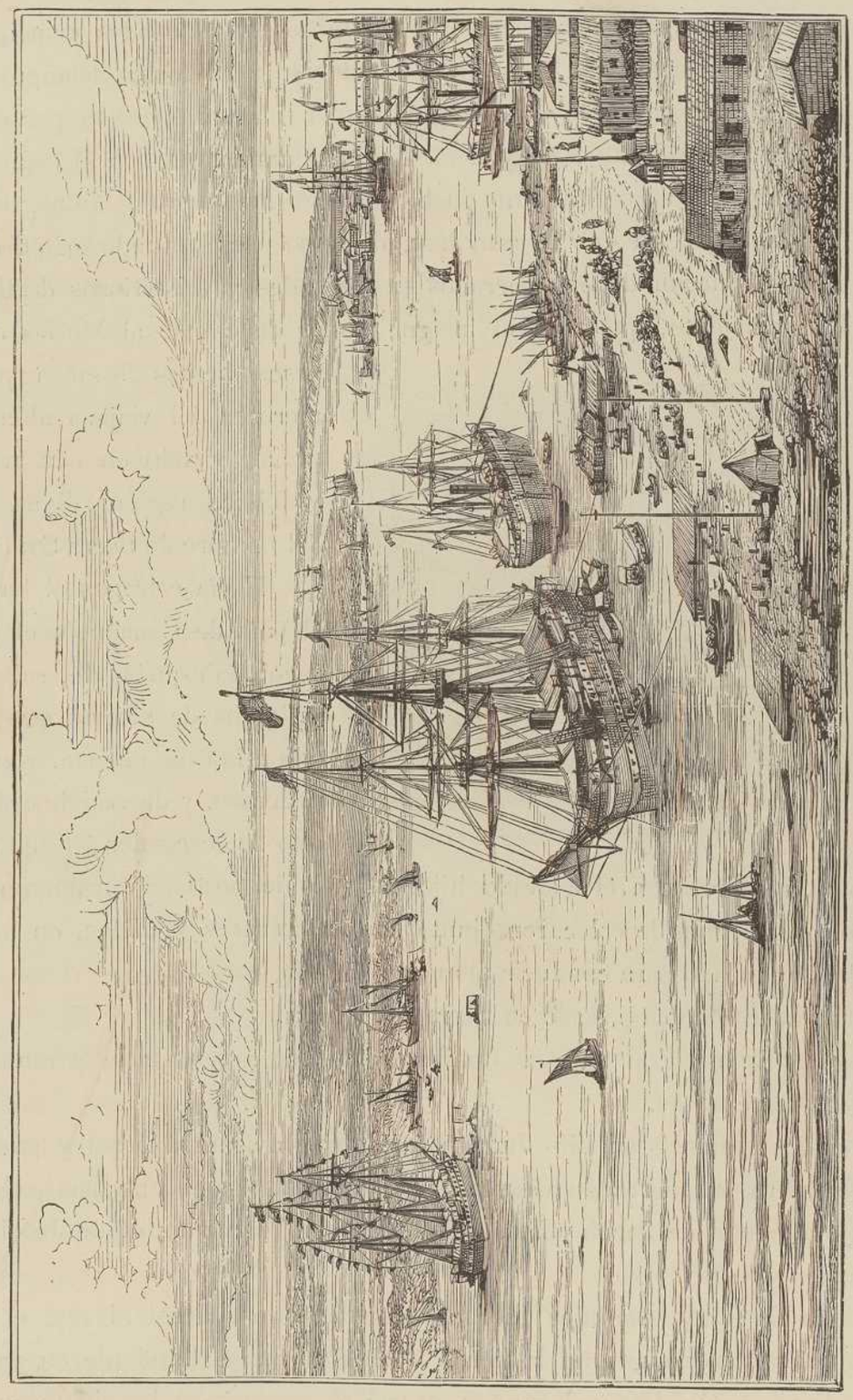


Estación de Kantarah, en el canal de Suez

M. Fernando de Lesseps un firmán del virrey Said, quedó autorizado para formar la Compañía universal del canal marítimo de Suez. Sin dilación y con la diligencia y constancia en él proverbiales dispuso nuevas y minuciosas exploraciones en el istmo, y en abril de 1859 dióse comienzo á los trabajos. No es de este lugar ni de la ocasión presente referir la historia de los mismos, explicada como ha sido tantas veces y vulgarizada, por decirlo así, entre las actuales generaciones; baste recordar que, tan inteligente como infatigable, supo M. de Lesseps, rodeado de ilustres ingenieros, superar los obstáculos todos y reunir los caudales necesarios para sostener por espacio de muchos años un verdadero ejército de trabajadores.

La nueva vía por la cual en el año de 1870 pasaban únicamente uno ó dos buques diarios, ha visto en corto tiempo aumentar el tráfico en proporciones considerables; raro es ahora el día en que no atraviesan el canal seis grandes vapores por lo menos,

siendo muy común que en sus extremos aguarden turno otros tantos. De una sola Compañía se dice que por él ha transportado en el espacio de cinco años setenta mil

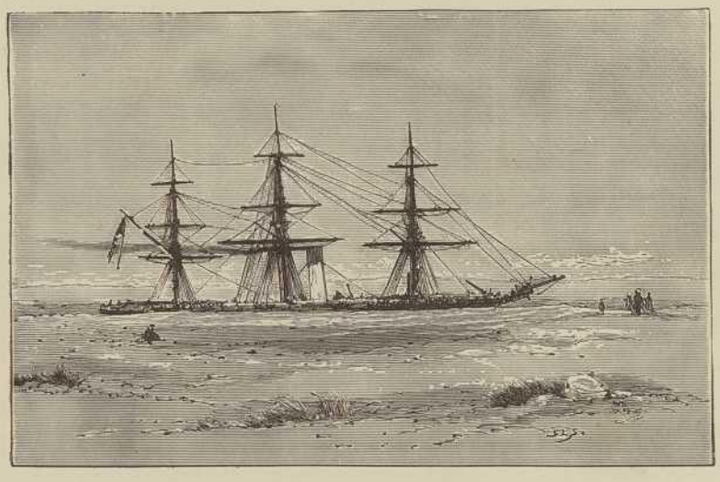


PUERTO-SAID

pasajeros. En el último año, en 1886, atravesaron el canal mil quinientos y diez buques procedentes del Mediterráneo y mil quinientos y noventa viniendo del mar Rojo.

En estos mismos lugares, que ha llenado con el estruendo de sus máquinas la audacia emprendedora del siglo XIX, fueron sosegada cuna de la nación israelita, y en ellos vivie-

ron los descendientes de Jacob y de ellos salieron para dirigirse á la península Sinaítica que, siguiendo sus huellas, hemos recorrido en las primeras jornadas de este viaje. El territorio que el canal de Suez atraviesa, parte fué de la antigua tierra de Gessén ó tierra de Ramsés, así llamada por llevar estos nombres dos ciudades principales allí situadas; á la región oriental del Delta, nombre debido á su forma triangular, llegó con sus hijos y nietos el patriarca Jacob; esta misma tierra fué cedida por el faraón de aquella época al venerable anciano y á su familia, familia que, en el transcurso de cuatro siglos, creció tanto que fué un pueblo de dos millones de almas llamado á gran papel en la historia, sin que ni aun hoy, disperso por el mundo todo desde hace diez y ocho siglos, puedan decirse cerrados sus grandes y misteriosos destinos. La cuna de pueblo semejante, que tuvo el insigne honor de contar al Mesías entre los descendientes de sus reyes, ha de merecer del viajero atención especial, viendo en ella nobilísima y bíblica región, digna en todo del nombre de tierra Santa.



Un vapor en el canal

Hacía estragos el hambre en el país de Canaán, y el patriarca Jacob, después de saber entre deliquios de alegría que Josef, á quien llorara muerto, vivía feliz y poderoso, y de recibir orden de lo alto de descender á Egipto, púsose en camino para reunirse con el adorado hijo. «Partió del pozo del Juramento, dice el bíblico relato, y sus hijos le colocaron, junto con sus nueras y nietos, en los carros que Faraón había enviado para conducir al anciano.

»Y además cuanto había poseído en tierra de Canaán.

»Así llegó á Egipto, con toda su familia, hijos, nietos y toda la parentela..., en número de setenta personas.

»Jacob envió delante á su hijo Judá á fin de que avisara á Josef y pudiese éste salir á su encuentro en tierra de Gessén. Allí, en efecto, se encontraron padre é hijo: Josef se arrojó al cuello de Jacob y lloró.—Ahora moriré contento, díjole Jacob, porque he visto tu rostro y te dejo vivo.»

En seguida Jacob y sus hijos fueron presentados por Josef al rey, el cual les concedió como á pastores que eran la tierra de Gessén, muy abundante en pastos. En ella, después de vivir aún diez y siete años, murió el patriarca á los ciento cuarenta y siete de edad, colmando de bendiciones á sus hijos y en particular á Josef y á los hijos de éste, Efraim y Manasés; embalsamado su cadáver á la usanza egipcia y transcurridos los setenta días de luto por su muerte, Josef, cumplidor de la última voluntad de su padre, partió con sus hermanos y numeroso séquito para darle sepultura en Hebrón.

De regreso á la tierra de Gessén la familia de Jacob tuvo considerable crecimiento; Josef bajó al sepulcro á la edad de ciento y diez años, y su cuerpo, conforme sabemos, fué llevado también años después al país de Canaán; muriendo igualmente sus hermanos los patriarcas, y con estos sucesos y el transcurso de los años la existencia hasta entonces sosegada y feliz del naciente pueblo hebreo trocóse en tribulación y afanes. Otra era la dinastía reinante en Egipto; destronada la real familia asiática que exaltó á Josef y recibió con honras á su parentela, levantóse, según refiere el Exodo, un rey nuevo para quien el ilustre nombre de Josef era desconocido ú odiado, y dijo á los egipcios: «Viendo estáis cuán numeroso es el pueblo de los hijos de Israel; oprimámoslo con arte, no sea caso que se multiplique aún más, y juntándose con nuestros enemigos, nos acometan y nos venzan.» Desde aquel día, en efecto, empleáronse todos los medios para hacerles amarga la vida, reduciéndolos á dura servidumbre; bajo la férula de crueles capataces hubieron de ocuparse en penosísimas tareas, como fueron fabricar ladrillos, abrir y reparar canales, fortificar ciudades, excavar fosos y levantar pirámides. De este modo fueron por ellos construídos los vastos almacenes y las murallas de las plazas de guerra de Phithom y Ramessés; pero sucedió que cuanto más la opresión crecía más aumentaba su número, y en el transcurso de los cuatrocientos y treinta años, según el texto hebreo y la Vulgata, y de los doscientos y quince solamente, según la versión de los Setenta y el historiador Josefo [1], que habitaron en la tierra de Gessén, los sesenta parientes de Jacob se habían multiplicado hasta formar un pueblo de dos millones de almas á lo menos, en cuanto eran en número de seiscientos mil, á la salida de Egipto, los hombres en estado de empuñar las armas.

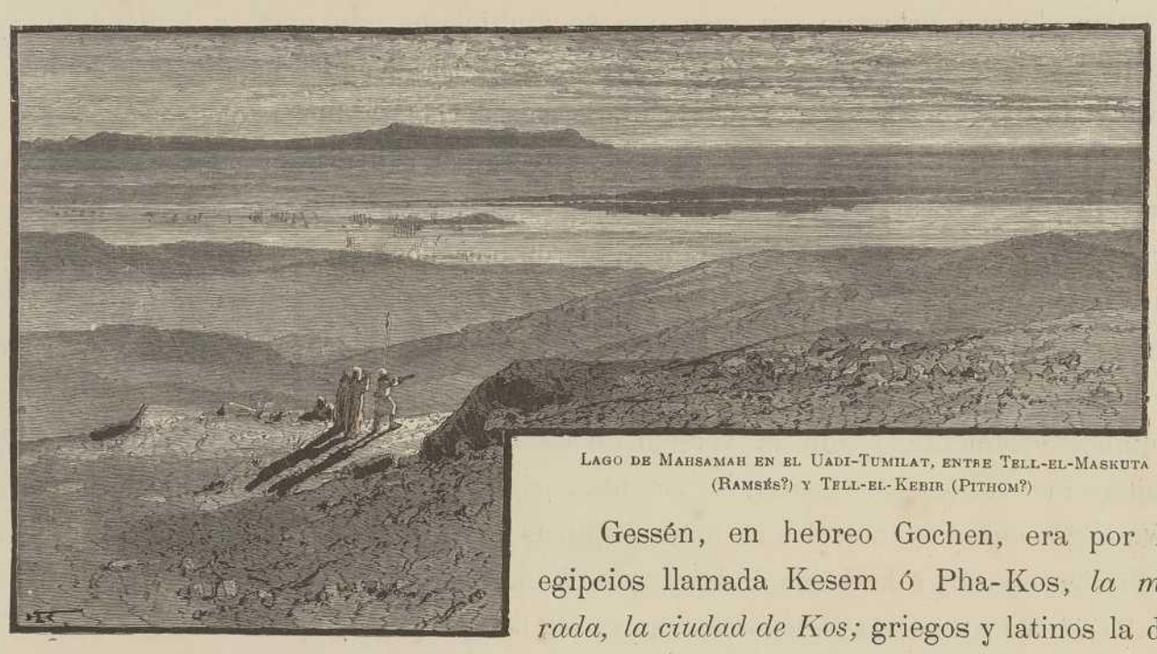
Sabida es la historia de los israelitas en el tiempo que de aquel modo vivieron en la tierra de Gessén; de cada día, para aquellos hombres acostumbrados al pastoreo y á la vida de la libertad, hacíase más pesada la cadena de la servidumbre y más duros los trabajos del campo y de las construcciones, y de cada día también encruelecíase más y más la tiranía que los azotaba; conocidas son la bárbara disposición del rey de arrojar al Nilo cuantos varones nacieran de israelita, la milagrosa salvación de Moisés, su crianza en la corte, su fuga al país de Madián, la misión que del Señor recibe para salvar al pueblo escogido y su vuelta á la tierra de Gessén, lo mismo que los prodigios que realizó en el llano de Tanis, las diez plagas que sobre Egipto vinieron para reducir al rey á dar la libertad á los israelitas, y finalmente la partida de éstos de los alrededores de Ramessés por Soccoth, Etham, Phihahiroth y el mar Rojo.

Aunque no es empresa fácil determinar con precisión los antiguos límites de la tierra de Gessén, todo induce á tener por cierto que llevaba aquel nombre cuanto territorio se extiende al este del brazo más oriental del Nilo, esto es, el Pelusíaco, y por lo mismo que se comprendía con él la totalidad ó la mayor parte cuando menos de la *noma* ó provincia Arábiga. Atravesábala el canal que, abierto por Seti I y reparado después por Ramsés II, comenzaba en Bubaste, al oeste, para terminar en el lago

[1] El número que establece el texto hebreo y que ha adoptado la versión latina, es el generalmente admitido.

Timsah, al este, pasando por el *uadi* Tumilat, el mismo que, reabierto en nuestros días, lleva el agua potable á Ismailia y á toda la línea del canal marítimo. Además de éste, otros canales secundarios darían por norte y mediodía feracidad á aquellos campos fértiles por todo extremo, especialmente en pastos, si bien se cree que nada en este concepto igualaba en la tierra de Gessén al uadi ó valle antes nombrado. Por nordeste llegaba hasta Pelusia y por sudoeste hasta Heliópolis, y de esta ciudad dice el historiador Josefo que fué cedida al patriarca Jacob.

Tres eran las principales ciudades en la tierra de Gessén; en primer lugar la que le diera el nombre, y luego la de Ramsés ó Ramessés y la de Phinthom ó Pithom.



LAGO DE MAHSAMAH EN EL UADI-TUMILAT, ENTRE TELL-EL-MASKUTA (RAMSÉS?) Y TELL-EL-KEBIR (PITHOM?)

Gessén, en hebreo Gochen, era por los egipcios llamada Kesem ó Pha-Kos, *la morada, la ciudad de Kos;* griegos y latinos la designaban con el nombre de Phacusa; es en el día reducida aldea apellidada Tel-Facus. Situada al sudoeste de Salabieh, en la margen derecha del antiguo brazo Pelusíaco, es, junto con algunas confusas é informes ruinas, cuanto queda de la antiquísima capital de la provincia Arábiga.

Ramessés, restaurada ó fortificada por los israelitas, lo mismo que Phithom, hubo seguramente de estar á orillas del canal de Seti I. Fué la antigua Abaris en la que se refugiaron los reyes pastores, haciendo de ella su último baluarte. Ramsés II, al repararla y convertirla en imponente plaza de guerra aledaña al desierto, le dió su nombre, y en las obras de sus fortificaciones perecieron á miles los oprimidos hebreos. Antiquísimo papiro de la época de Moisés, traducido por el egiptólogo Maspero, habla de esta ciudad en los siguientes términos:

«He llegado á Pa-Ramessu, dice el escriba que lo redactó, y la he encontrado en buen estado; es ciudad que por hermosa y agradable no tiene igual. En sus viveros abundan los peces y las aves acuáticas en sus estanques; la hierba alfombra sus prados, y llenan sus trojes en dorados montones el trigo y la cebada... Llegan á su puerto las galeras y le traen diariamente provisiones y riqueza, así como los ribereños del mar le ofrecen en tributo sus anguilas y toda clase de pesca.»

Esta ciudad, engrandecida aún más por Menephtah I, hijo y sucesor de Ramsés II, es identificada por algunos críticos con la de Pelusia, sin tener en cuenta que el nombre egipcio de la última era Pheromi, derivado del terreno pantanoso de sus alrededores, nombre que los hebreos tradujeron por Siu y los griegos por Pelusión. Otros autores confunden á Ramessés con San ó Tanis; pero la opinión más probable y generalizada es la que fija su situación en las ruinas llamadas Tell-el-Maskhuta en el Uadi-Tumilat. Las capas de arena la sumergen casi enteramente, y entre ellas han sido puestas al descubierto una grande estatua de Ramsés II, robustos paredones construídos con anchos ladrillos á los que se daba mayor consistencia por medio de paja triturada, y anchas bóvedas, al parecer, de almacenes, todo lo cual coincide con las noticias que nos proporciona la Sagrada Escritura.

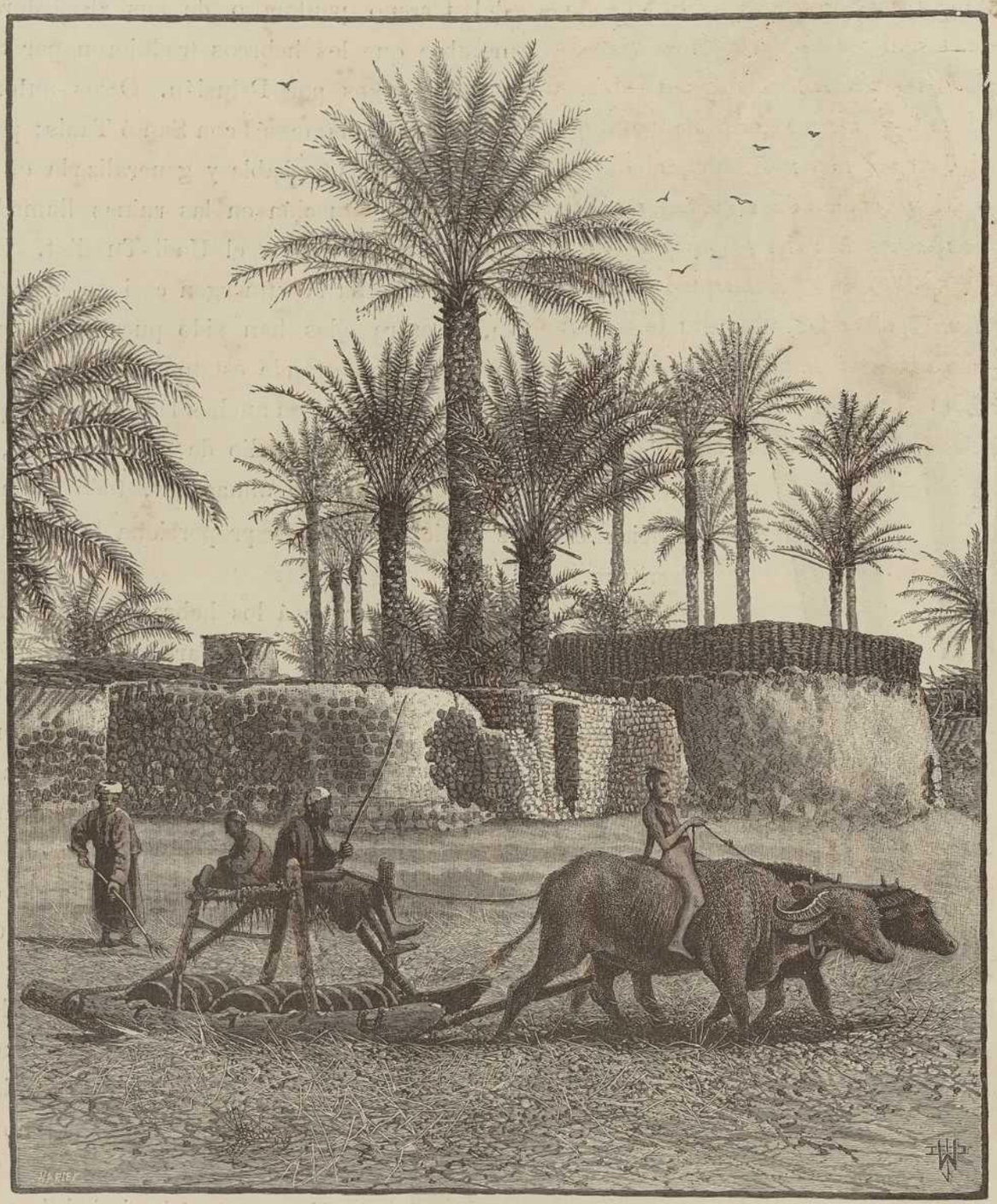
«De hoy más no daréis paja á los hebreos como antes para que hagan los ladrillos, mandó el Faraón á los inspectores de las obras, deseoso de acrecentar su fatiga y endurecer su servidumbre; vayan ellos mismos por ella, pero no por esto les disminuiréis en nada la tarea diaria que tienen impuesta.»

Ladrillal en el territorio de Suez

Como se hacían en tiempo de los Faraones así se fabrican aún en aquella tierra los ladrillos, y al pasar por junto á los ladrillales que abundan en las inmediaciones del canal es imposible no recordar las transcritas palabras del libro del Éxodo.

En cuanto á la ciudad llamada en hebreo Pithom y Phithom en la Vulgata, en cuya fortificación trabajaron también los hebreos, y que era, como la de Ramessés, puesto avanzado y estratégico para defender á Egipto de las frecuentes incursiones de

beduinos cananeos y asirios, hubo de llevar en lengua egipcia el nombre de Pa ó Pi-Tom, *morada del dios solar Tom*. Como aquélla, estaría situada en el Uadi-Tumilat, del cual puede sospecharse si es su nombre derivación del de la ciudad. Con el de Patumos la designa Herodoto, y añade que distaba poco de Bubaste, en el día Tell-

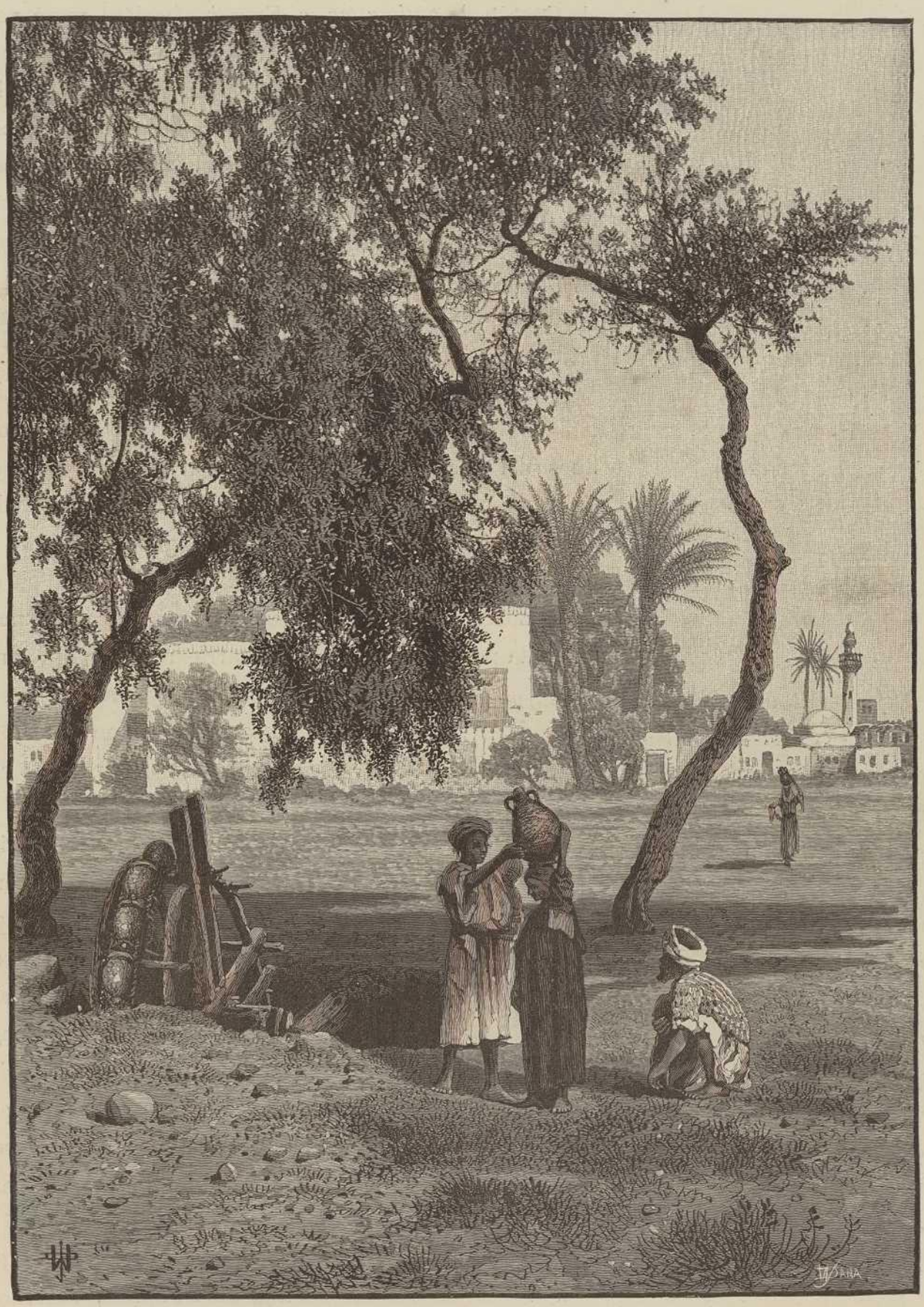


Era para trillar en un pueblo del Delta

Basta, no lejos de Zagazig. La generalidad de los autores fijan su situación en la actual aldea de Tell-el-Kebir; algunos, empero, la colocan más hacia occidente, en Abbaseh.

En las cercanías del pueblo de Tell-el-Kebir se observan visibles señales de extensas remociones de tierra; reciente sepultura tuvieron allí crecido número de

hombres, pues aquel sitio fué teatro de la victoria alcanzada por los ingleses contra el ejército de Arabi en 13 de setiembre de 1883.

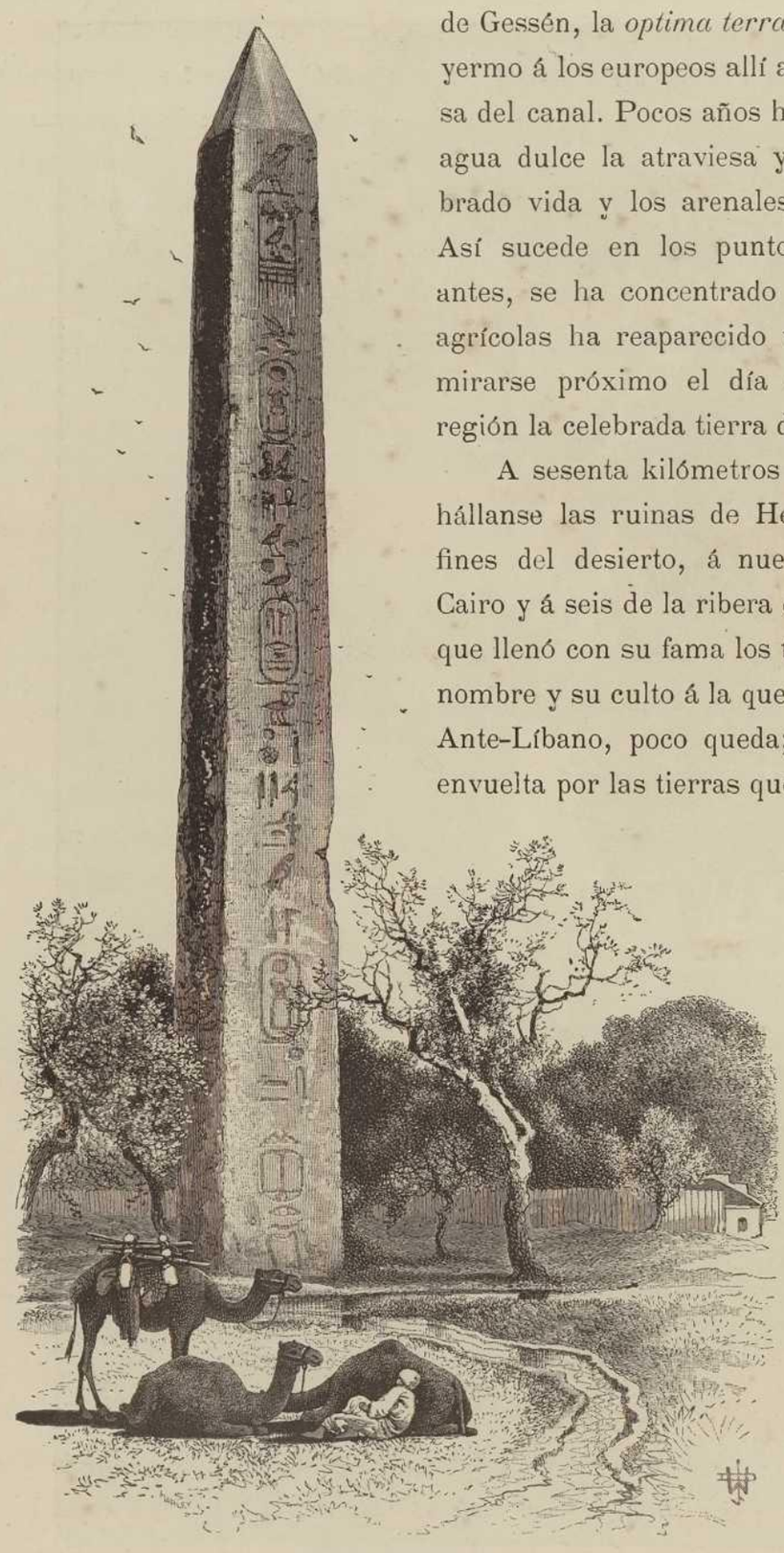


Pozo y noria á la sombra de una acacia, en el Delta

Aquel territorio no había conservado la feracidad tan ponderada que lo hizo un día para la familia de Jacob lugar ameno y deleitoso; perdidas por incuria las obras de

riego y faltando brazos al cultivo, las arenas del desierto y la esterilidad fueron invadiendo poco á poco lo que eran en la antigüedad campos y praderas, y la fértil tierra de Gessén, la *optima terra Ægypti,* ofrecióse como vasto yermo á los europeos allí atraídos por la moderna empresa del canal. Pocos años han transcurrido desde que el de agua dulce la atraviesa y aquellos desiertos han recobrado vida y los arenales truécanse otra vez en oasis. Así sucede en los puntos en que, escasa y dispersa antes, se ha concentrado la población; con los trabajos agrícolas ha reaparecido vegetación abundosa, y ha de mirarse próximo el día en que vuelva á ser aquella región la celebrada tierra de los pastos.

A sesenta kilómetros al mediodía del valle Tumilat hállanse las ruinas de Heliópolis, situadas en los confines del desierto, á nueve kilómetros al nordeste del Cairo y á seis de la ribera derecha del Nilo. De la ciudad que llenó con su fama los tiempos antiguos y que dió su nombre y su culto á la que antes hemos visitado al pié del Ante-Líbano, poco queda; sumida en sepulcral silencio, envuelta por las tierras que han arrastrado los aluviones del Nilo, cuyas aguas no son encauzadas como antes, un solo obelisco permanece enhiesto como para decir al viajero: Aquí fué Heliópolis.



Obelisco de Heliópolis

Desde los primeros tiempos de la monarquía egipcia cítase á Heliópolis, que no llevaba aún este nombre griego sino el egipcio que luego diremos, entre las ciudades más antiguas del reino; por el Génesis se sabe que Josef, hijo de Jacob, casó, por mandato del rey, en el año 1711 antes de J. C., con Aseneth, hija de Putiphar, sacerdote de Heliópolis; no fué debida, por lo mismo, su fundación á los hebreos como sienta Josefo, y únicamente fué por ellos reparada y engrandecida en la época de Ramsés II. Es posible que Tebas y

Memfis sobrepujasen á Heliópolis en la magnificencia de los templos, de las pirámides y de otros edificios; pero sobre todos estaba la última por el esplendor de la ciencia que en ella brillaba y que le formaba como aureola de sabiduría, admirada y reconocida por la antigüedad entera. En ella, en el magnífico y venerado templo del Sol, bajo la dirección de sus sabios sacerdotes, abríanse las célebres escuelas de filosofía, astronomía y moral, á las que es fama que concurrieron los más renombrados varones de aquellos remotos siglos, como Licurgo, Solón, Herodoto, Eudoxio, Platón y otros. En su observatorio tuvo origen el cómputo del tiempo por años solares, y es indudable que Moisés, á quien supone Josefo natural de Heliópolis, pasó en ellas los años de su mocedad y llegó á ser, conforme se lee en la Sagrada Escritura, *eruditus omni sapientia Ægyptiorum*.

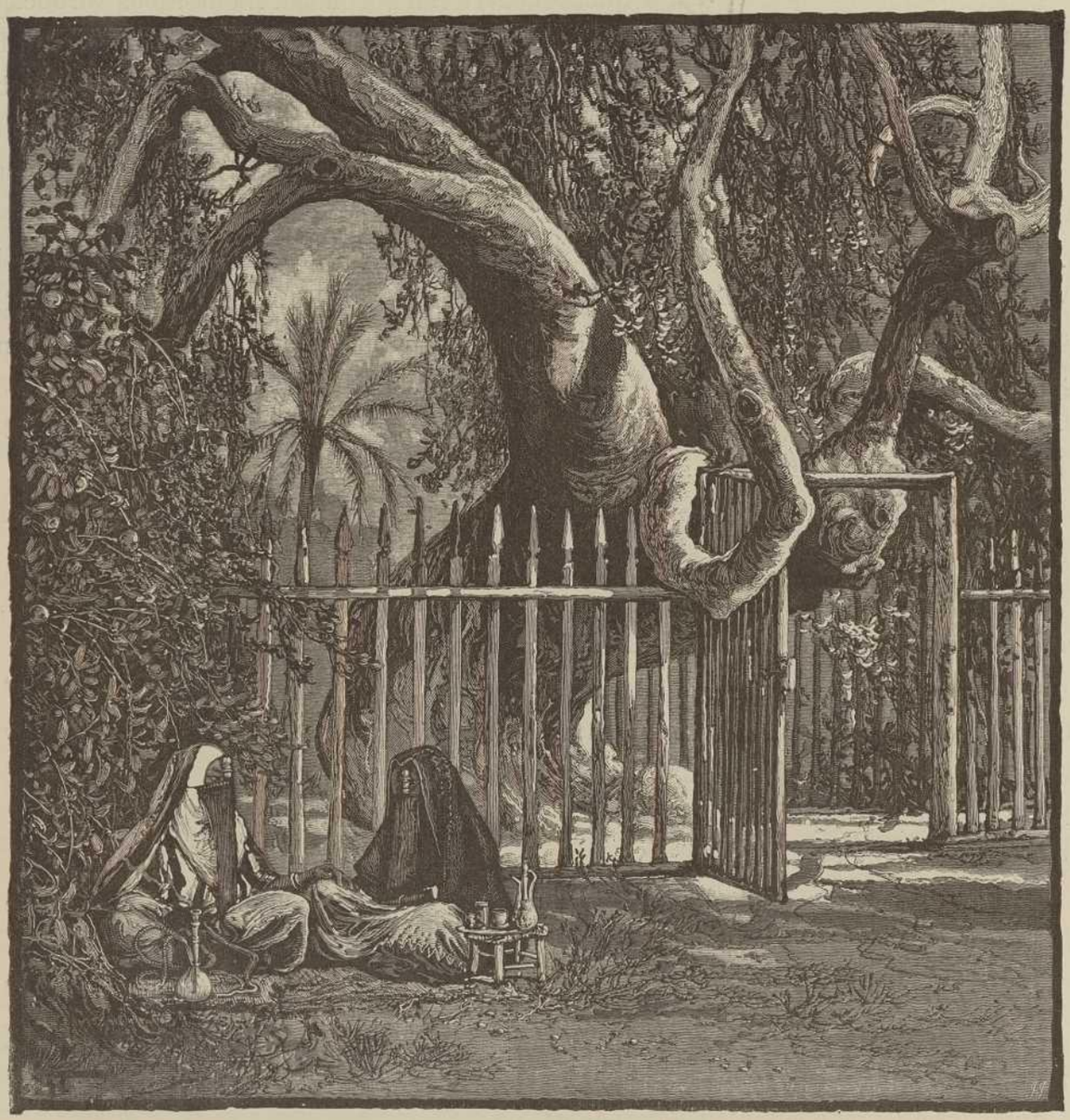
Era el nombre egipcio de esta ciudad An ó Pe-Ra, *morada del Sol;* en la Biblia lleva el de On ó Beth-Chemech, traducción literal de Pe-Ra, como el de Heliópolis, que ha prevalecido, lo es en lengua griega. En su templo era criado con gran veneración el buey Mnevis, símbolo del sol, así como en Memfis, en el santuario del dios Phtah, era honrado el buey Apis con especial culto, y también al de Heliópolis, á lo que creían los egipcios, se dirigía el ave fénix, transcurridos largos siglos de existencia, para exhalar el postrer aliento en pira de mirra é incienso y renacer después de sus cenizas.

Refiere Diodoro de Sicilia que Sesostris, como valladar á las correrías de sirios y árabes, construyó desde Heliópolis hasta Pelusia una muralla de mil y quinientos estadios de longitud. En la época de Augusto visitó Strabon á Heliópolis y halló la ciudad arruinada y despoblada, ofreciendo en su devastado recinto visibles huellas del furor que contra ella desplegara el insensato Cambises; el colegio de sus sacerdotes había perdido sus alumnos y su celebridad, y limitábanse los ministros en el templo del Sol á ejercer las funciones de su culto.

En el siglo IV fué Heliópolis sede episcopal con la denominación de Cheliopolis Matharea; al concilio de Efeso asistió uno de sus prelados, por nombre Marino.

En el día puede decirse que la ciudad y el templo van desapareciendo de la faz de la tierra, y casi sin advertirlo, atravesando por entre algunas esparcidas piedras, hollando un campo de maíz, hállase el viajero al pié del obelisco. Sin embargo, examinando el terreno con atención distínguense todavía dos grandes recintos ó espacios cercados: era el uno el de la ciudad, en el cual abundan los montones de escombros, y el otro el del templo; el muro que los limitaba era de gran espesor, estaba construído con ladrillos sin cocer y daban por él entrada puertas de cantería. Dos obeliscos precedían á cada una de las varias que tenía el famoso templo; de ellos, como se ha dicho, uno solo queda en pié: es un hermoso monolito de granito que tiene veinte metros y setenta y cinco centímetros de altura sobre el pedestal, hoy en gran parte enterrado; los cuatro lados, que miden en la base dos metros de anchura, están cubiertos de jeroglíficos; por sus leyendas, casi idénticas en todos, viénese en cono-

cimiento de haber sido erigido por el rey Osertasen, con motivo de la festividad de una panegiria al objeto de inmortalizar su nombre. El que hacía juego con el existente fué, á lo que se asegura, derribado por los árabes, pensando encontrar en su base escondidos tesoros. Otros dos obeliscos del templo de Heliópolis hallánse en Roma, uno en la plaza del Pueblo y otro en la plaza Antonina, siendo el primero de Sesostris



Sicomoro de la Sagrada Familia en Matarieh

y de Psammético el segundo; otro hay en Constantinopla, en la plaza del Hipódromo, y el mismo origen tienen los dos que, con el nombre de agujas de Cleopatra, ornaban en tiempo de Tiberio una de las puertas del Sebasteion de Alejandría. Entre cuantos se conocen es el que tenemos delante el más antiguo de Egipto, como que data, según autorizada opinión, de la duodécima dinastía. Larga calle de esfinges precedía al templo, pero de ninguno se descubre el menor vestigio, y para exhumar sus restos habría que proceder á profundas excavaciones.

A unos diez minutos hacia el mediodía encuéntrase el tan reducido como renombrado lugar de Matarieh, nombre cuya etimología más probable es la palabra copta *matara*, que significa *sitio propio del sol*. La mayor parte de las casas del pueblo están construídas con piedras procedentes de Heliópolis, muchas de ellas cubiertas de jeroglíficos. En los huertos inmediatos cultivóse el verdadero bálsamo, precioso arbusto que de Judea fué trasladado á este lugar por la reina Cleopatra; pero de dos siglos acá ha desaparecido de Matarieh por completo.

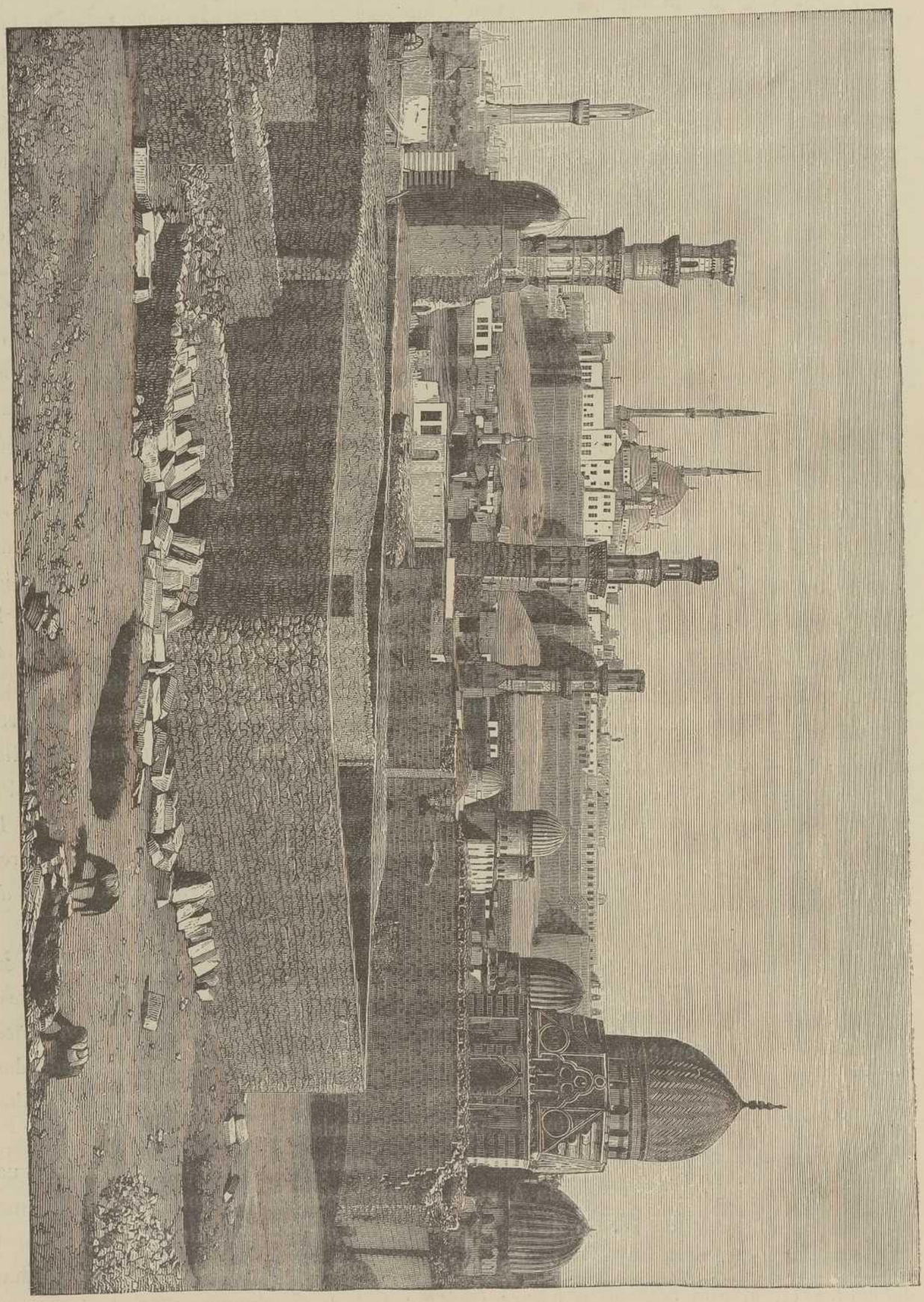
En uno de aquellos huertos venérase el magnífico sicomoro llamado *de la Sagrada Familia*, por ser de tradición, constantemente conservada de siglo en siglo por cristianos y musulmanes, que á la sombra bienhechora del árbol del cual es retoño el existente, descansó la Sacra Familia al refugiarse en Egipto, añadiendo que, en señal de respeto, inclinó el árbol su ramaje delante del divino Niño. El sicomoro actual data del año 1656, época en que se secó el anterior, dejando un retoño del cual éste proviene; seis metros de circunferencia mide en la base, y bajo sus ramas puede hallar abrigo una caravana de cien personas; á pesar de su ya larga existencia de doscientos treinta y un años encanta por su verdor y lozanía, y á él acuden en peregrinación varias veces al año los cristianos de aquellas comarcas. El jedive Ismail, cuando el viaje que hizo á París en el año de 1867, lo regaló á la Emperatriz Eugenia, y desde entonces protégelo una empalizada contra el estrago que en él causaban la indiscreta piedad de los peregrinos y la curiosidad de los viajeros, que no se satisfacía sino grabando sus nombres en la corteza y arrancando de continuo sus ramas.

A pocos pasos vese un pozo con su correspondiente noria, cuyas aguas, salobres en un principio, se hicieron dulces y potables para el uso de la Sagrada Familia. En aquel punto, á lo que aseguran los naturales, estuvo edificada una capilla en los primeros siglos del cristianismo; convertida en santuario musulmán al ocurrir la invasión arábiga, cayó en ruinas, hasta que en el siglo xv fué reedificada por los Padres Franciscanos. De ella no quedan ni vestigios, y únicamente el nombre de *Fuente de María* recuerda el milagroso suceso.

En los llanos que se extienden alrededor de Matarieh y Heliópolis acampó en el año de 1517 el sultán Selim antes de vencer á Toman-bey en la batalla que traspasó á los otomanos el cetro de los mamelucos. Los mismos sitios presenciaron años después la acción empeñada en 19 de marzo de 1800 entre los franceses capitaneados por Kleber y un ejército turco, muy superior en número; esto no obstante, aquellos quedaron victoriosos, y los musulmanes hubieron de apelar á la fuga.

Dos horas dista de la arruinada Heliópolis la ciudad del Cairo, llamada en lengua arábiga *Masr-el-Kahirah* y situada á unos veinte kilómetros al sudeste del extremo actual del Delta y á uno escaso de la ribera derecha del Nilo; su altura sobre el nivel del mar es de catorce. Dueños de Egipto los Fatimitas é investidos con la dignidad de califas en el año 359 de la hégira (969 de J. C.), el primer sultán de la nueva dinastía por el nombre El-Moez se propuso fundar una ciudad que rivalizara con la de

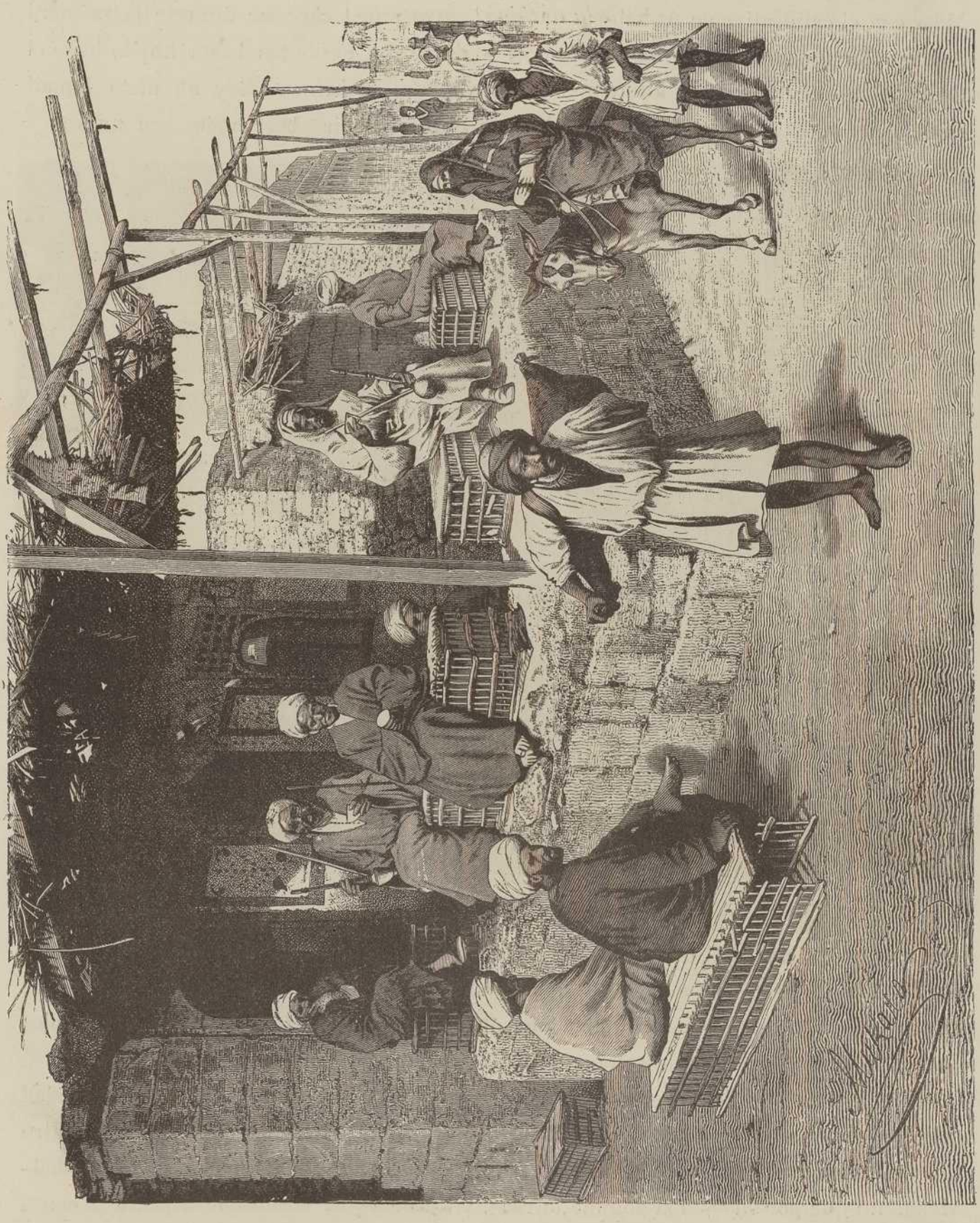
Bagdad, en la que cifraban los Abassidas su gloria; quiso para ello que el horóscopo



VISTA DEL CAIRO DESDE LOS SEPULCROS DE LOS MAMELUCOS

de las estrellas determinase el preciso instante de las primeras edificaciones, y éstas

comenzaron con la aparición del planeta Marte, cuyo nombre arábigo el-Kaber significa *vencedor,* sirviendo para ellas como de cantera las grandiosas ruinas de Heliópolis. Tomó, pues, la nueva ciudad el de Masr el-Kahirah (la Victoriosa), siendo común la



UNA CALLE DEL CAIRO

designación de Misr ó Masr, derivada de Misraim, hijo de Cam, á toda la tierra de Egipto y á su capital; á poco quedó reducido por el uso únicamente á El-Kahirah, y de él hemos hecho los europeos el Cairo. Puede éste contarse como la sexta entre

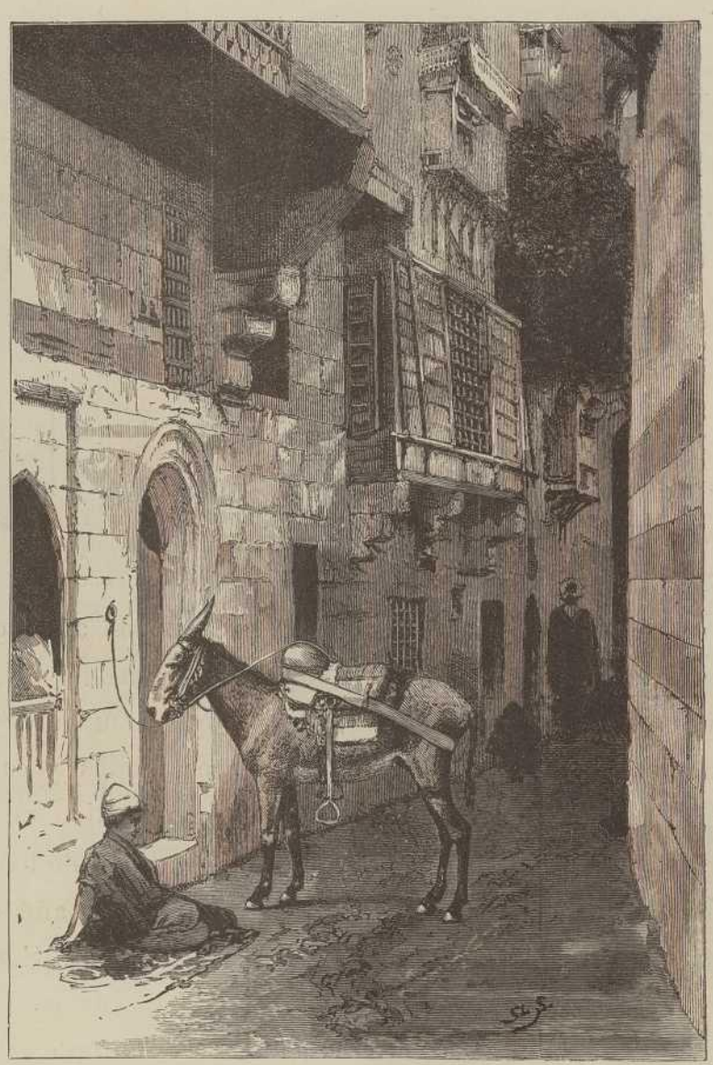
las capitales que ha tenido Egipto: la primera fué Memfis; Tebas la segunda, imperando las dinastías nacionales; la tercera, en la época pérsica, fué la Babilonia egipcia; fuélo Alejandría bajo la dominación griega; Fostat, que ha conservado el apelativo de Masr con el calificativo de Atikah *(la antigua)*, tuvo aquel carácter durante la primera dominación musulmana de los Abassidas, y desde los Fatimitas hasta hoy lo tiene el Cairo. Saladino, Bibars y últimamente los virreyes Mehemet-Alí y su nieto Ismail embellecieron su corte, conforme tendremos ocasión de ir observando, con nuevos y

Esquina de una calle en el Cairo

magníficos edificios. Del último, en especial, ha de ser notada la afición á las grandes obras públicas, junto con su espíritu reformador, pues á ello, á su escaso tino en los gastos y á la enorme deuda pública por él contraída, fueron debidos los invencibles apuros de su hacienda, su destronamiento y la actual ocupación inglesa.

Sin incluir sus dos puertos, Bulak al septentrión y Fostat al mediodía, la ciudad del Cairo, con la figura de un cuadrilátero irregular, no cuenta menos de veinticuatro kilómetros de circunferencia. Edificada al pié y en las últimas estribaciones del Djebel-Mokattam que por sudeste la domina, ofrece, vista de lejos, admirable aspecto á causa del gran número de mezquitas, cuyos cimborios y alminares se destacan sobre radiante y azulado cielo. Al contrario de lo que sucede en Alejandría, donde han prevalecido los elementos europeos, el Cairo conserva aún toda su fisonomía local; el influjo de

la moderna cultura conócese únicamente en algunos edificios, calles y paseos y en el lujo y comodidades de las fondas que albergan á los extranjeros; en todo lo demás es una ciudad oriental con todos sus defectos, pero con toda su original y característica belleza. Hombres y mujeres conservan su primitivo tipo, su traje, y sus costumbres, sus supersticiones con una tenacidad sobre la cual nada ha podido hasta ahora el prolongado trato con los europeos, y todo en el Cairo dice al viajero que se encuentra en el centro y como en el riñón del islamismo.



Calle en el Cairo

Entremos ya en la ciudad, pero no conviene hacerlo sin guía al que por primera vez la visita, ya que en el laberinto de sus calles y callejuelas es muy fácil extraviarse y no dar con el punto que se busca. Son aquéllas por lo general muy angostas, como lo requiere el caluroso clima; y como carecen de empedrado ó lo tienen muy malo es lo común que, llenas de polvo en verano, se conviertan en barrizales llegado el invierno. Las casas son bajas; pocas en número son las que tienen más de dos pisos, y de una acera á otra casi se tocan los *meshrebiyehs* ó balcones con celosías, lo cual es gran defensa contra los ardores del sol. No la tienen los barrios nuevos, en que son las calles más anchas y los edificios de color más blanco, de modo que en verano son poco concurridos, concentrándose todo el movimiento en los antiguos.

Son en todo los barrios del Cairo en número de cincuenta y tres, entre los que se cuentan veinte como principales, y reciben nombre de la diferente nacionalidad de sus habitantes ó de los distintos oficios ó industrias que en ellos se ejercen, y también de los monumentos más importantes que encierran. Forman como islas de casas de mayor ó menor extensión separadas por puertas que, confiadas á especiales guardianes, se cierran llegada la noche, si bien ha de observarse que esta disposición de policía y seguridad se cumple hoy con menos rigor que antes. El barrio franco Haret-el-Frandj, llamado también El-Muski, inmediato á la plaza de Ezbekieh, es uno de los

mejores. Ocho vías principales cruzan la complicada red de calles y callejuelas, tres en sentido longitudinal y cinco en el transversal, y sirven como de puntos de parada y de orientación, tanto ó más que las plazas, algunas de ellas muy espaciosas y magníficas. Entre todas merece ser visitada la citada de Ezbekieh, así llamada del

Mujeres del Cairo

nombre de inmediata mezquita; hace pocos años que nada tenía de notable sino el persistente fango que en ella dejaban los meses de inundación, durante los que había que atravesarla en lancha; pero hoy, circuída de suntuosos edificios en los que se encuentran los consulados y las mejores fondas y cafés, desviadas de allí las acequias, ha sido convertida en hermoso jardín y es el preferido punto de reunión de los francos ó europeos. Allí fué asesinado Kleber, y aún se enseña el árbol á cuyo pié cayó el general sin vida. Son de ver igualmente, por lo espaciosas, las plazas de Rumeileh (de la Arena) y de Karameidan (el Campo negro), situadas una y otra en las inmediaciones de la ciudadela, y la que con el nombre de Birket-el-Fil (Estanque del Elefante), se extiende al mediodía del barrio arábigo, junto al Khalig ó el canal.

Mujer del Cairo

Derivado éste del Nilo más abajo de la isla de Rudah, divide á la ciudad á lo largo en dos partes desiguales; su anchura varía entre cinco y diez metros, y careciendo de muelles, baña el agua las paredes de las casas inmediatas, muchas de las cuales se proveen de ella por medio de norias. Lleva diferentes nombres, é indistintamente es llamado canal del Cairo, canal del Príncipe de los creyentes, en cuanto Amru dispuso por orden de Omar su restauración y limpia á fin de establecer comunicación entre el Nilo y el mar Rojo, ó

D. ROBERTS. R. A. PINXT

E. CHALLIS. SCULPT

LA PUERTA DE KUTB Ó BAB ZUWEYLEH.

ESPASA Y COMPª EDITORES, BARCELONA.

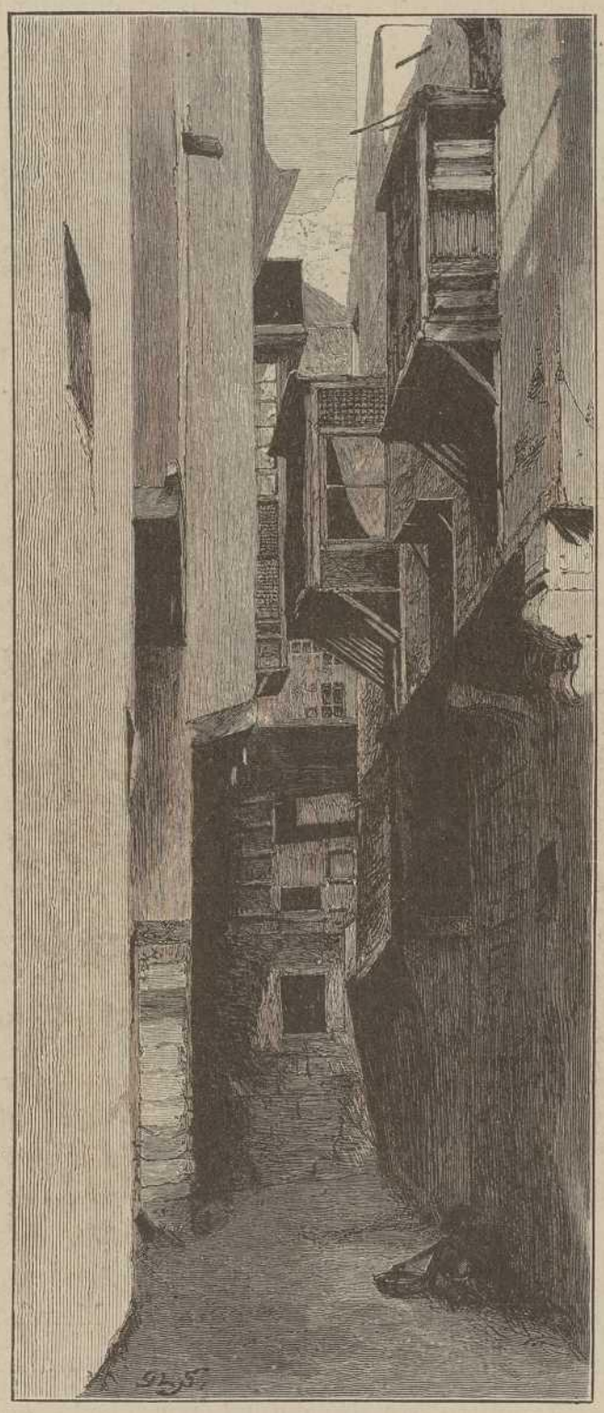
sencillamente El-Khalig, esto es, el canal. La ruptura del dique que cada año, llegada la época de la inundación, da entrada en su cauce á las aguas del Nilo, es acontecimiento muy celebrado y motivo de fiestas y diversiones. Al dar la señal comienzan los trabajos, y á poco penetra en el canal espumante cascada, al tiempo que la ciudadela dispara sus cañones en alegre salva, que rompen las músicas en penetrantes sones y que prorrumpe la inmensa multitud allí reunida, y á la cual se arrojan monedas, en aclamaciones de alborozo. Una vez establecido el nivel entre el río y el canal, recórrenlo empavesadas barcas, y concluye la fiesta, llegada la noche, con un castillo de fuego é iluminación en la ciudad. Una figura de barro, á la que se da el nombre de *Aruseh* (la Desposada), es llevada en procesión y precipitada al río, en memoria, á lo que se dice, de la doncella que en remota edad era en aquella ocasión ofrecida en sacrificio á la deidad fluvial.

Mujer del Cairo

En el año de 1832 quedó abierto en las cercanías de Bulak nuevo canal destinado á regar el territorio de Heliópolis y á llenar el Birket el-Hag (Estanque de los Peregrinos), y á contar de aquella fecha quedó limitado el antiguo á proveer de agua á la ciudad.

Las murallas de mampostería que circuyeron la primitiva población del Cairo, fueron reconstruídas por Saladino con sillería procedente de las ruinas de Heliópolis y Memfis; su perímetro fué entonces considerablemente ensanchado, pero á su vez estas murallas quedaron en parte y hace tiempo enclavadas dentro de la ciudad por efecto del crecimiento que ésta ha experimentado por norte y poniente; por levante y mediodía puede decirse que conserva sus anteriores límites. Setenta y una puertas se abren en el murado recinto, siendo entre todas notables las de Bab en-Nasr y Bab el-Fotuh, á poca distancia ambas de la mezquita de El-Hakem. La Bab en-Nasr (Puerta de la Victoria) data del califa fatimita Mostanser Billah, esto es, del siglo XI de nuestra era; flanqueada por dos torres cuadradas, adórnanla cornisas y molduras

de delicado trabajo. Las torres de la Bab el-Fotuh (puerta de las conquistas), obra de la misma época, son de figura elíptica, y no tienen sus esculturas la perfección de las anteriores. Uno y otro monumento miden veintidós metros de elevación, y léense en ellos inscripciones en caracteres cúficos.

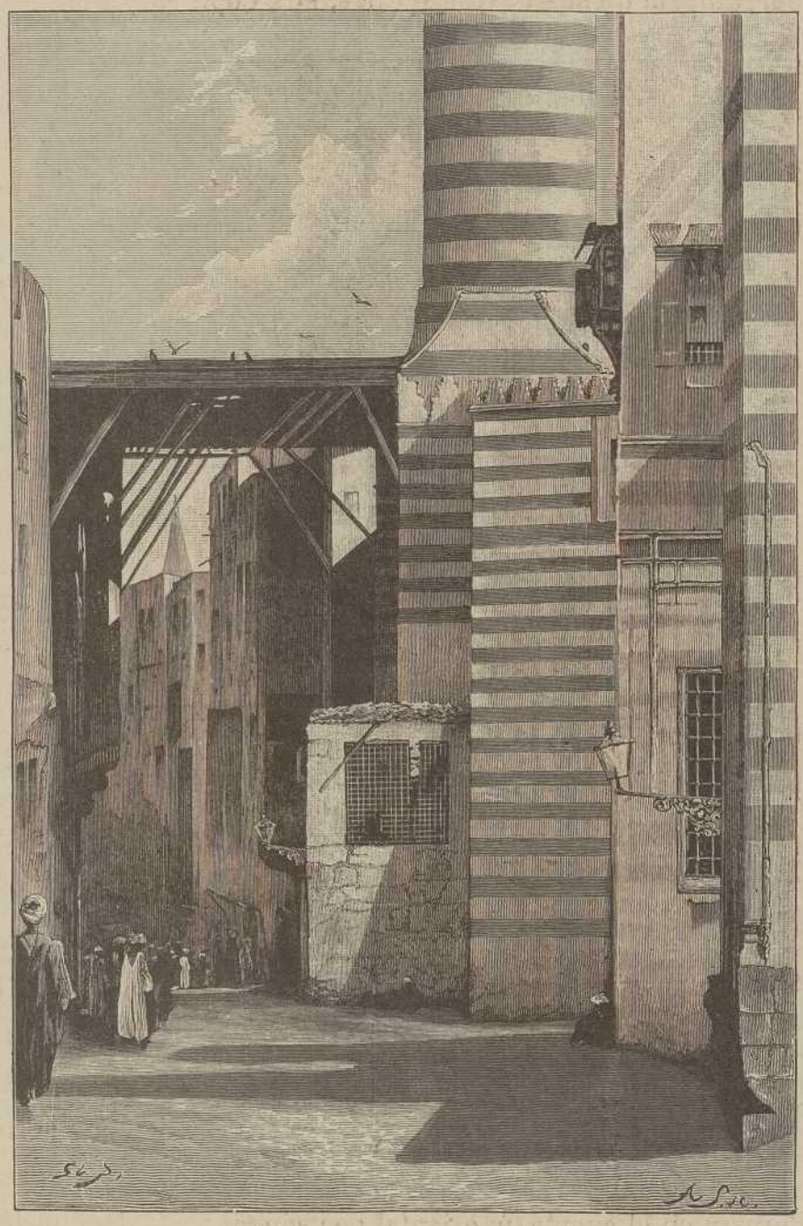


Patio de una casa en el Cairo

El aspecto que ofrecen las calles del centro de la ciudad con su movimiento extraordinario, con la variedad de tipos que forman la abigarrada muchedumbre que las llena, es, bien puede asegurarse, espectáculo único en el mundo. Vense allí semblantes de todos colores; todos los trajes están allí representados, desde los más miserables hasta los más suntuosos; óyese infinita variedad de idiomas, y por entre el gentío, en el que bullen europeos, árabes, armenios, griegos y turcos, pasan montadas en borriquillos de magnífica estampa encopetadas damas envueltas en holgado manto de seda y con el rostro velado. Encuéntranse frailes, sacerdotes, obispos de los varios ritos; sin interrupción hienden las tumultuosas olas de aquel mar agitado y rompen por entre la muchedumbre de hombres, mujeres y niños, ora una larga recua de sosegados camellos con voluminosa carga de verde forraje ó de piedra para las nuevas obras, ora los coches de los cónsules europeos ó de los potentados ingleses, arrastrados por tronco veloz y precedidos del *Sais* ó volante que, á pié y corriendo, aparta á los transeuntes á voces y á golpes de la vara que lleva en la mano, ora, en fin, innumerables jinetes montados en soberbios caballos, en mulos y los más en aquellos jumentillos de graciosa apariencia y de seguro paso que son especiales de Oriente y en particular del Cairo. Aguadores con sus grandes odres á la espalda, mujeres llevando en la cabeza cántaros de agua ó cestas de fruta, aumentan con sus gritos la animación y el bullicio, y este es el espectáculo que por mañana y tarde y en determinados puntos

de la ciudad convida diariamente al viajero amante de la observación y de lo nuevo, á pasar algunas horas de grato entretenimiento.

Quien de la población del Cairo juzgase por la que en esos barrios se acumula y por la que con incesante flujo y reflujo permite apenas la libre circulación, se formaría de su número exagerada idea, y así ha sucedido á no pocos viajeros. A doscientas sesenta mil almas ascendía en el año de 1798, en la época de la ocupación francesa, y llega hoy á trescientas y cincuenta mil. Según la última estadística, son tenidos por súbditos egipcios trescientos treinta y un mil habitantes, y diez y nueve mil por extranjeros. De ellos son musulmanes doscientos y ochenta mil; coptos, quince mil; europeos, diez mil por lo menos, y cuéntanse además unos cuatro mil judíos, y otros tantos griegos y armenios. La ciudad contiene mil trescientos *khans* ó depósitos de mercancías, más de trescientas fuentes públicas y setenta establecimientos de baños.



Una calle extraviada en el Cairo

El movimiento y apiñado gentío de que acabamos de hablar hállase especialmente en las calles de los bazares, que son muchas. Consisten éstos, como los de Damasco, en prolongadas filas de reducidas tiendas ó más bien puestos, en que únicamente caben dos personas, una de ellas el mercader, el cual suele esperar á los compradores sentado y fumando. Están divididos por oficios é industrias y son muchas las tiendas en que, á despecho de su pobre apariencia, hállanse á la venta riquísimos é interesantes objetos, especialmente en joyas, bordados, armas y tapices.

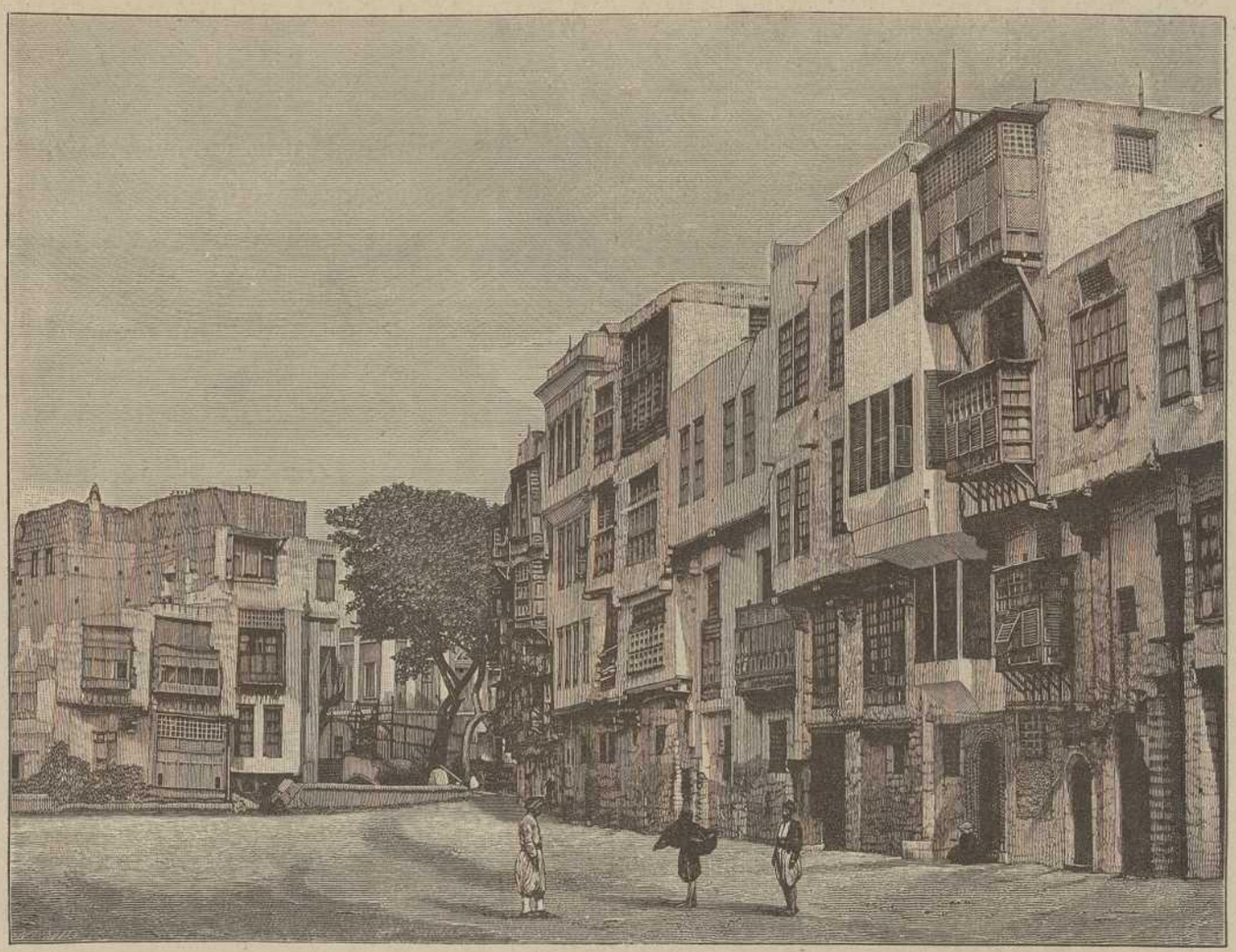
Cuéntanse en la ciudad trescientas y cincuenta mezquitas, las que son llamadas

gama; doscientas y cincuenta por lo menos tienen alminares, desde cuya altura los almuédanos con estentóreas voces llaman á la zalá cinco veces al día, y sus torres hacen muy vistoso el panorama de la ciudad. Hay además infinitas *zauias,* que son reducidos santuarios ú oratorios dedicados á santones; muchas pertenecen á corporaciones religiosas. El estado ruinoso en que se encuentran varias mezquitas, la soledad casi nunca interrumpida de sus naves y patios, sus cúpulas y alminares cuarteados, sus mutiladas esculturas que nadie cuida de reparar, al atestiguar la notoria decadencia de la religión mahometana, han de ser para el viajero cristiano objeto de graves meditaciones.

PORTEROS EN LOS BARRIOS DEL CAIRO

Mezquita de Tulun se llama la más antigua que existe en la ciudad del Cairo, y construyóla Ahmed ben-Tulun, tronco de la dinastía de los Tulunides, en el año 265 de la héjira (879 de J. C.), tomando por modelo, á lo que se asegura, la Kaaba de la Meca, la cual fué, al parecer, el primer templo elevado por los musulmanes y sirvió después de norma á muchos edificios religiosos de las edades sucesivas. Consiste en vasto cuadrilátero con un patio central de noventa metros por lado en el que se encuentra la fuente de las abluciones; rodéanlo pórticos formados, en tres de los cuatro lados, por dos hileras de pilares y en el cuarto ú oriental por cinco, sosteniendo elegantes arcadas ojivales. Las naves que estos últimos separan constituyen la mezquita propiamente dicha; allí están el *mihrab* ó hornacina que indica la dirección de la Meca, el *member* ó púlpito y el *mastabah* ó tribuna para los lectores. En las arcadas del patio léense inscripciones cúficas de exquisita labor. Cuatro alminares se alzaban en otro tiempo en los cuatro ángulos del edificio; de ellos sólo uno queda en pié, al que se sube por una escalera exterior en estado de gran deterioro. Observan los autores que este monumento ofrece sumo interés en la historia de la arquitectura, en cuanto es testimonio de usarse la ojiva en Egipto mucho tiempo antes de su aparición en Europa.

La pequeña eminencia en que está edificado, fué escogida por Ahmed ben-Tulun como punto de residencia para él y sus tropas, y en breve se convirtió aquella especie de campamento en verdadera ciudad á la que su fundador apellidó El-Katayah, nombre que equivale al de *feudo*. Limitaba la nueva población, al nordeste, el cerro en que tiempo después levantó Saladino la actual ciudadela; por sudoeste confinaba con Fosfat, y en poco tiempo adquirió gran esplendor, siendo renombrado el palacio de Tulun por su magnificencia y por la amenidad de sus jardines. No se libró, sin embargo,



La plaza de Ezbekieh en el Cairo á principios de este siglo

de los azares del tiempo y de las revoluciones: la ciudad del Cairo, fundada, conforme queda dicho, por los califas Fatimitas, invadió y encerró en su vasto recinto á la más pequeña que antes allí existiera, de la cual, además de la gran mezquita antes descrita, se encuentran todavía notables ruinas.

La mezquita que sigue en antigüedad á la de Tulun es la llamada Gama el-Azhar ó de las Flores, á causa de los bellos frisos que, imitando hojas y flores, la decoran; la longitud total de su planta es de ciento y cincuenta metros. Djuhar, general del califa Moez, echó sus cimientos en el año 361 de la hégira (971 de J. C.), es decir, en la época de la fundación del Cairo, y la apellidó El Azhar, por alusión sin duda al sobrenombre de Zaharah (florida) que llevaba Fátima, hija del Profeta, hasta la

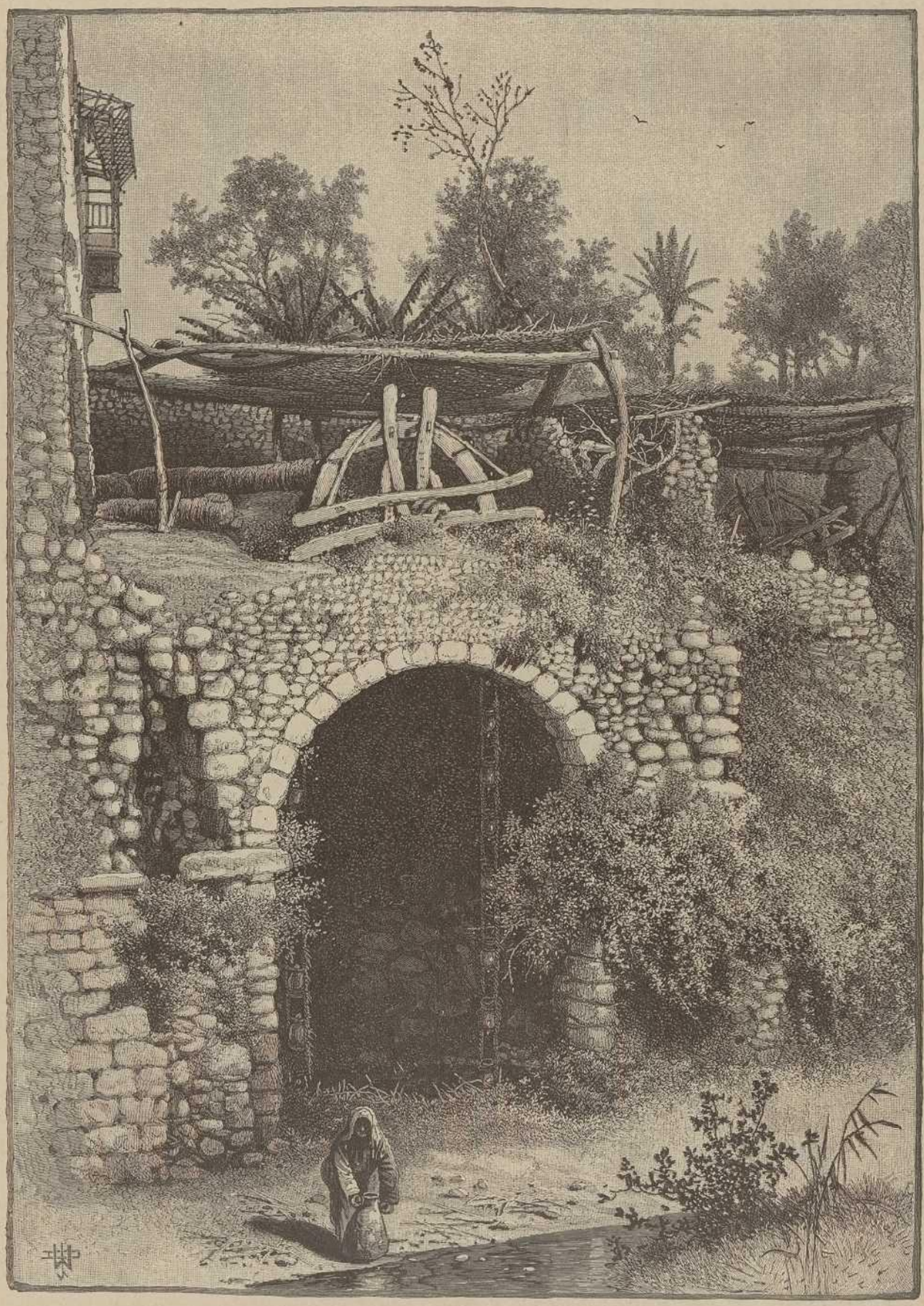
cual hacía El-Moez remontar su linaje, siendo tiempo después y sucesivamente restaurada y embellecida por Bibars, Kait-bey, El-Ghuri, Ismail-bey, y en época más reciente por Said-Bajá. En su fábrica, notable por su difusa ornamentación, fueron empleadas más de cuatrocientas colunas de granito y de pórfido pertenecientes á antiguos edificios faraónicos y á iglesias cristianas. Templo y colegio á la vez, es la universidad del Cairo y escuela famosa entre todas las del islamismo; sus inmensas salas y espaciosos pórticos son frecuentados por miles de estudiantes que allí acuden de todos los puntos de Egipto y también de Persia, Siria, Arabia y hasta de la India, siendo de observar que la universidad hospeda á los profesores y contribuye á la manutención de los alumnos. En ella reciben además alojamiento de día y de noche los musulmanes indigentes que llegan al Cairo; en cuanto á los cristianos érales hasta hace poco muy difícil penetrar en esta mezquita; pero la actual ocupación británica ha suavizado algo esta y otras muchas asperezas que en el trato se observaban.

El Kalihg ó el canal del Cairo

Tampoco es fácil para los *infieles* la entrada en otra mezquita cercana que lleva el nombre de Gama el-Hossanein ó de los dos Hassanes, Hassan y Hossain, hijos ambos de Alí, yerno de Mahoma; en ella se conservan una mano del primero y la calavera del segundo.

La mezquita de El-Hakem, en las inmediaciones de la puerta Bab en-Nasr, conserva fielmente su estilo originario,

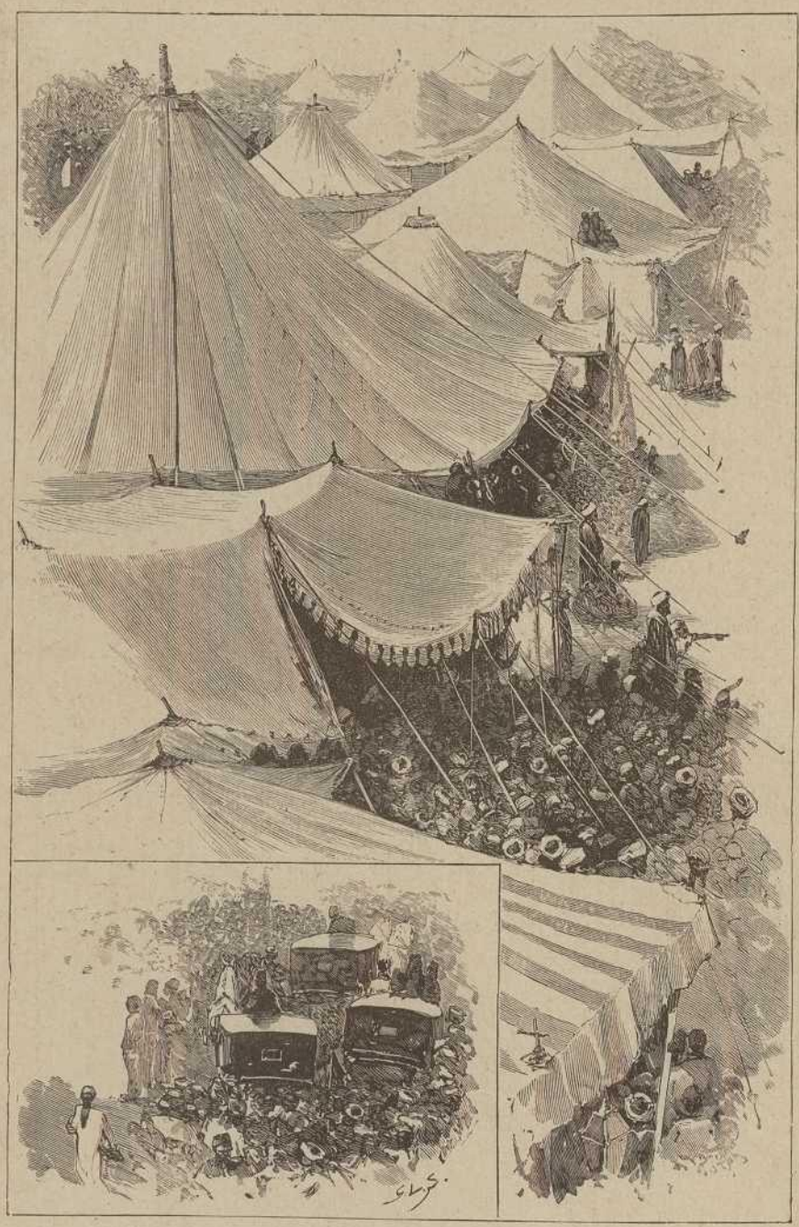
aunque en gran parte arruinada. Es su planta la de las mezquitas primitivas, y rodean



SAKIEH Ó NORIA EN EL CANAL

el patio interior arcadas ojivales sostenidas por esbeltas colunas. Edificóla el sultán El-Hakem de triste recordación, el cual reinó del año 990 al 1021 de nuestra era, y el

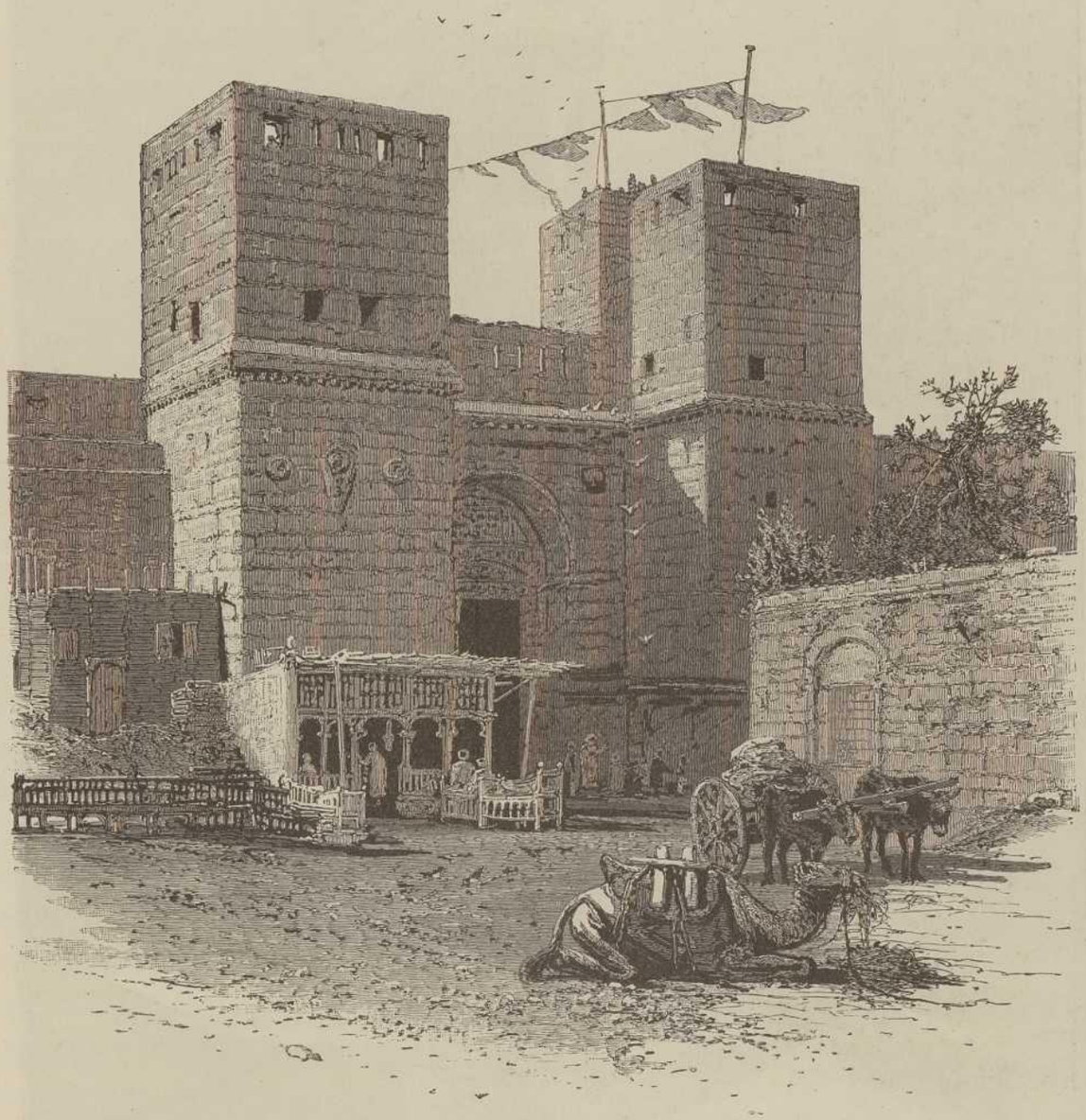
mismo que, famoso por sus horribles furores é insensato orgullo, atribuyóse misión divina y fué, conforme hemos visto, fundador de la religión de los drusos. Restaurada la mezquita por Es-Sale-Ayub, descendiente de Saladino en el año de 1242, sufrió luego gran deterioro por efecto de los terremotos y del abandono en que hace años se la deja. El patio, donde yacen muchos trozos de coluna, y lo que queda del edificio hállanse ocupados por diferentes industrias; condenadas sus primitivas puertas, el viajero, para penetrar en lo que fué mezquita y está hoy en parte destinado á Museo del arte arábigo, vese obligado á pasar por un café y una fábrica de cristal, donde se hacen brazaletes y otros dijes que obtienen gran venta en el Sudán. El ruinoso alminar se apoya en macizo cubo de cantería.



La muchedumbre aguardando en una calle del Cairo a que pase la procesión de la Aruseh

Es de las más imponentes y bellas mezquitas del Cairo la llamada de Hassan, situada en la plaza Er-Rumeileh y tenida por espléndida muestra de la arquitectura mahometana; fundada por el sultán de aquel nombre en el año 758 de la hégira (1356 de J. C.), mide á lo largo más de ciento y cuarenta metros. Su fachada al Suk es-Selah (Mercado de las armas), es de sorprendente efecto, siendo poco cuanto se diga para ponderar el que producen su ancha y abovedada portada, su ornamentación de estalactitas y la esbelta cornisa en que remata. A los cuatro lados del patio central álzanse cuadrados edificios formados por magníficas arcadas, de las que penden á centenares las lámparas. En el sepulcro del fundador, suntuoso, pero muy deteriorado monumento, hállase depositado precioso ejemplar del Corán en admirables caracteres, debidos, á lo que asegura la tradición, á la pluma misma de Hassan. Tres alminares tuvo esta mezquita: uno se desplomó

causando la muerte á varias personas; otro queda desmochado por el tiempo ó quizás sin haber sido concluído, y el tercero, que es el que sirve hoy y es igual al caído, tiene fama de ser el más alto que se conoce. Esta elevación unida á su elegancia y la esbeltez de la cúpula, junto con la magnificencia de los mármoles que adornan las paredes y el pavimento, hacen que sea este edificio, que clama por ser prontamente

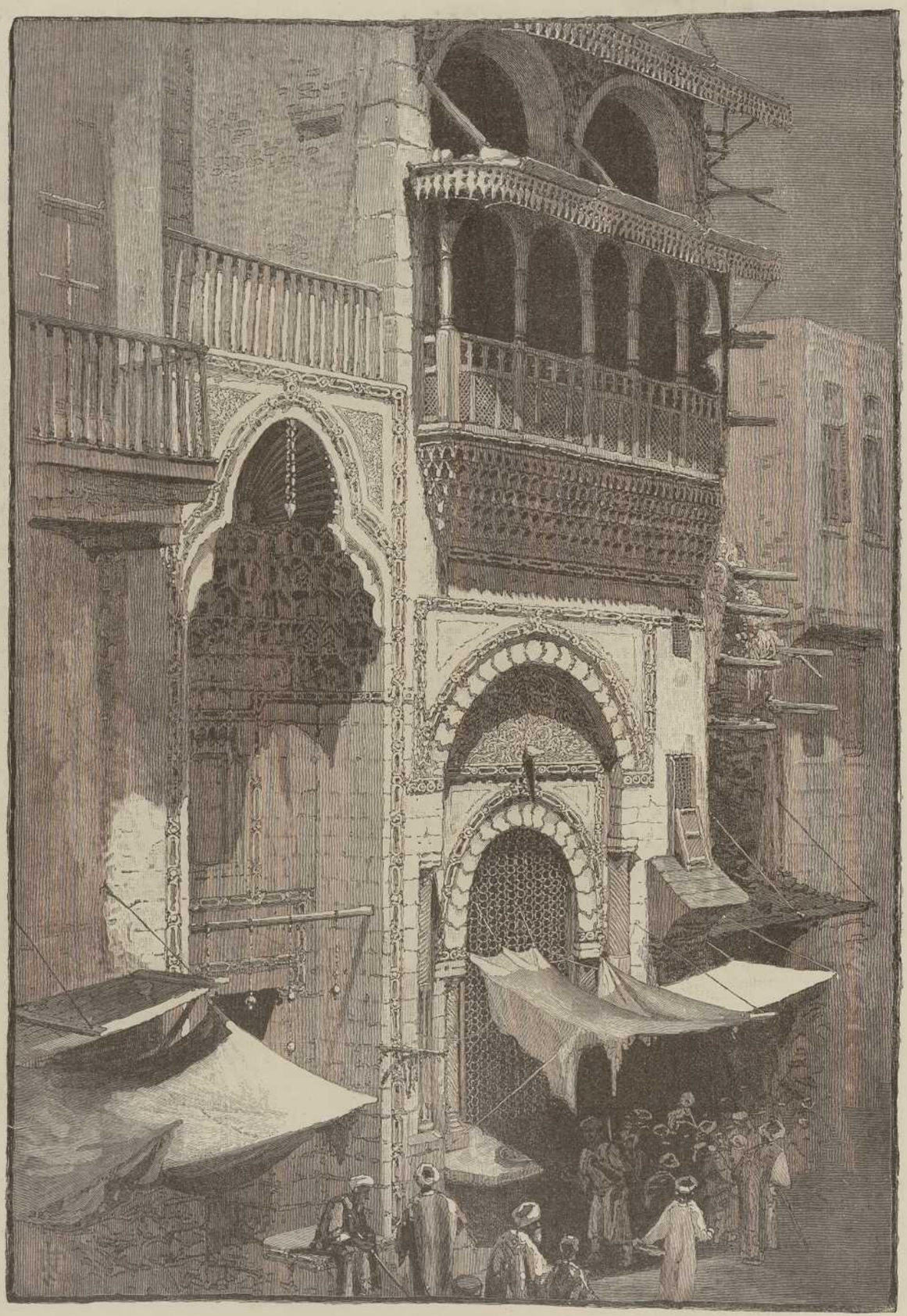


Bab-zn-Nasr (puerta de la Victoria)

reparado, uno de los monumentos más notables del Cairo y aun de todo el imperio otomano.

En el bazar del Khan Khalil se levanta la mezquita de Kelaun, adherida al Moristan ú hospital, fundados una y otro en el año 684 de la hégira (1287 de J. C.) por el sultán que llevó aquel nombre. Cuenta la tradición que estas obras fueron ordenadas en expiación de graves actos de crueldad cometidos contra los moradores del Cairo por haber desobedecido un decreto del soberano. Disposición suya fué igualmente la que,

observada todavía, hace que se coloque diariamente en las azoteas de la mezquita una



UNA FUENTE EN LAS CALLES DEL CAIRO

cantidad de grano para sustento de las aves. El sepulcro del fundador ocupa el centro de hermosa sala ochavada y es objeto de la veneración popular.

La mezquita de El-Ghuri, situada al extremo del bazar del propio nombre, fué el postrer edificio levantado por los sultanes mamelucos; data de los primeros años del siglo XVI, y son de ver los hermosos mármoles que cubren sus paredes interiores.

Los sepulcros de los califas de Egipto ocupaban al área donde se alza actualmente el Khan Khalil, para cuya obra fueron todos derribados y destruídos, excepto el de Es-Saleh-Ayub; los europeos suelen dar impropiamente aquel nombre á los que, situados fuera del recinto murado, al este de la ciudad, pertenecen á los príncipes mamelucos de la dinastía circasiana que reinó desde el año de 1382 de nuestra era hasta la invasión del sultán Selina, en el de 1517. Hállanse generalmente contenidos en mezquitas que están cayéndose en ruinas y que de cada día, por lo abandonadas, más padecen por las injurias del tiempo; importa, sin embargo, visitarlas, pues en casi todas, ora en el conjunto, ora en sus pormenores, descúbrense una originalidad y elegancia especiales. Es el más bello entre estos monumentos funerarios, templos y mausoleos á la vez, el que lleva el nombre de Kait-Bey, sultán que ocupó el décimonono lugar en la lista de aquella dinastía, y al cual debe el Cairo muchos y bellos edificios; no hay viajero que deje de admirarlo y ensalzarlo como obra maestra de la arquitectura sarracena en Oriente, y en efecto, su cúpula cubierta en lo exterior como de una red de artísticos arabescos, y el alminar que lo precede con sus diferentes altos de variadas formas, sus esbeltas aberturas y sus caladas galerías, son acabado modelo de buen gusto y de delicadeza.

Borriquero del Cairo

Otro tanto puede decirse de los dos alminares que, esbeltos y atrevidos, adornan la hermosa mezquita donde se guardan las cenizas del sultán Barkuk, construída en el año 784 de la hégira (1382 de J. C.); rematánla dos cúpulas de excelente efecto, y

Tipos populares del Cairo

han de verse en el santuario tres *mihrabs* y un púlpito todo de piedra cincelada, que son en su género verdaderas obras maestras.

A poca distancia de esta mezquita álzase la de El-Achraf-Barsebai, muerto en el año de 1438; el alminar, que consta de tres altos, cuadrado el uno, octágono el otro

y cilíndrico el último, no llega en esbeltez á los dos anteriores; la cúpula es notable por su elegancia.

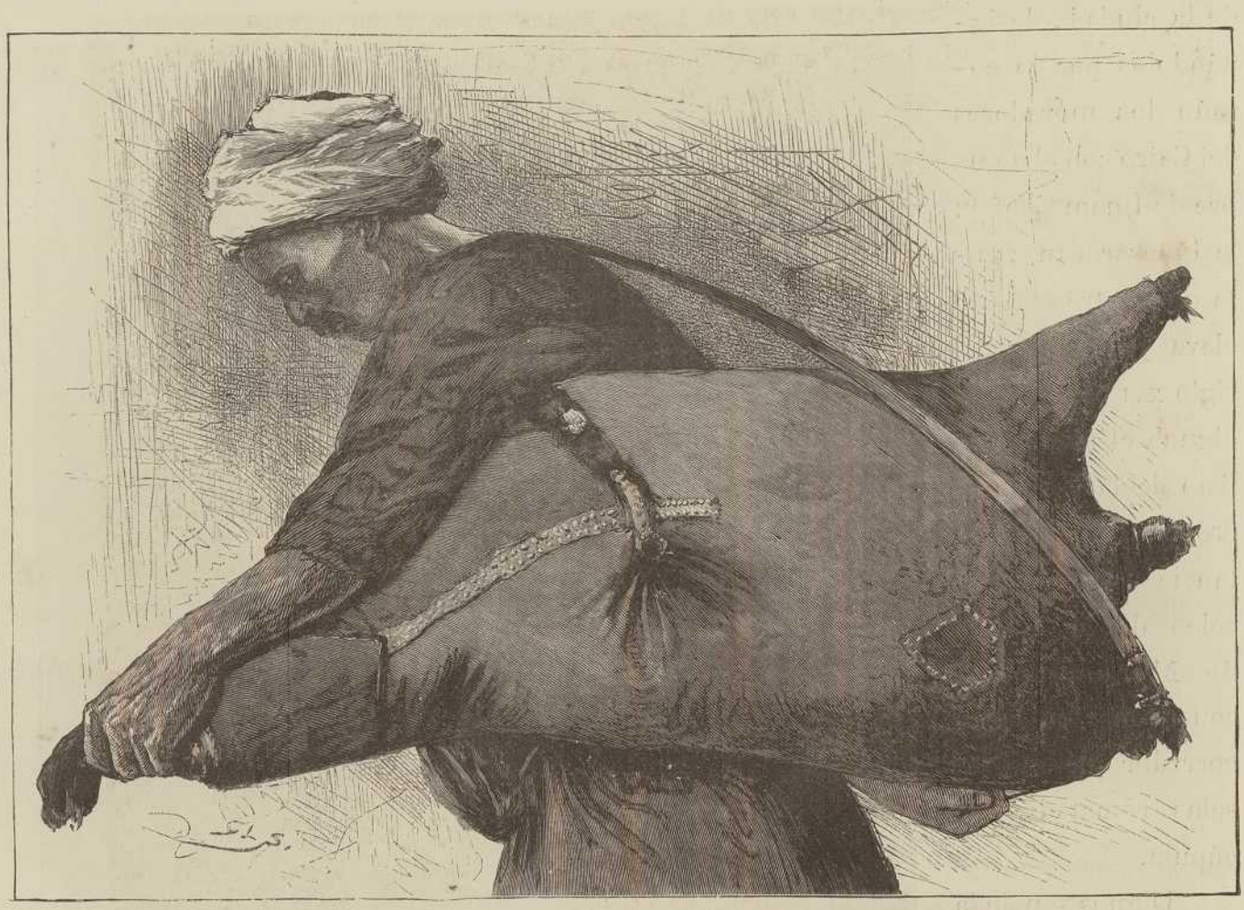
Otros sepulcros, llamados igualmente de los mamelucos, se encuentran al mediodía de la ciudad, designándolos por lo común los moradores del Cairo con el nombre de Imam Chafey; la funeraria mezquita que entre ellos se eleva y que data del siglo XVI es sin duda alguna el mejor edificio de la vasta necrópolis. A poca distancia vese el mausoleo de la familia de Mehemet-Alí, consistente en largo corredor que une dos salas rematadas en cúpula.

SAIS Ó VOLANTE, EN EL CAIRO

Dignos son de la visita de los extranjeros los vastos cementerios musulmanes que, inmediatos á la ciudad, van adquiriendo de cada día mayor extensión; en las anchas calles que forman las sepulturas, ofrecen descanso muchos bancos de piedra, y todos los viernes se ven concurridas por numerosa multitud, que va á depositar ramas de palma en las tumbas ó á cuidar de los jardincitos que las rodean.

El-Kalah ó la ciudadela álzase en peñascoso cerro que domina la ciudad y que es á su vez dominado por el monte Mokattam, del cual lo separa ancho y profundo

barranco; de forma muy irregular, tiene unos tres kilómetros de circunferencia y fué construída en tiempo de Saladino, en el año 562 de la hégira (1166 de J. C.), cuando por aquel príncipe destruído el imperio de los Fatimitas, quiso residir en lugar más



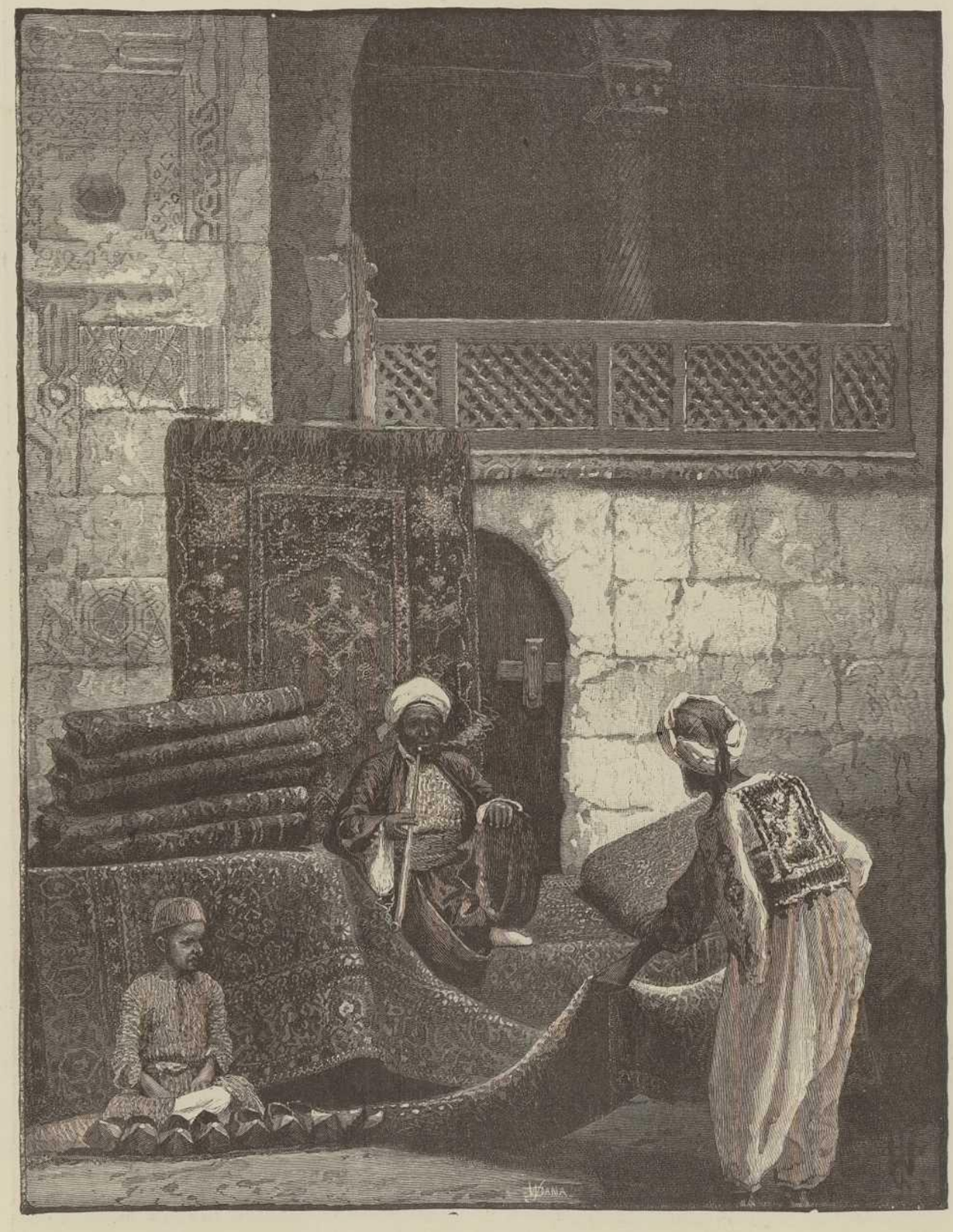
Sakka ó aguador del Cairo

fuerte y seguro que el antiguo palacio de aquellos sultanes dentro del recinto de la ciudad, ordenando para ello al emir Boha-eddin Karabuj levantar en el montecillo indicado un alcázar que fuese una verdadera fortaleza. Saladino, lo mismo que su hijo, sólo momentáneamente vivieron en ella; pero de los sultanes y virreyes que en el gobierno les han sucedido puede decirse que casi no han tenido otra morada. Por el lado del Cairo está el castillo bien defendido por escarpado despeñadero; no así por el de poniente, dominado, como se ha dicho, por el monte Mokattam, en cuyas laderas existen igualmente varias arruinadas mezquitas. Divídese en dos partes: la superior ó de los Genízaros, Sur el-Enkicharieh, y la inferior ó baja llamada Sur el-Azab, la cual consta también de dos recintos ó departamentos.

Armenio en el Cairo

Guían al de los Genízaros tres caminos de gran pendiente abiertos en la peña, uno al oeste, otro al noroeste y el tercero al mediodía, y en este último, estrecho y sinuoso que parte de la puerta Bab el-Azab, ocurrió en 1.° de marzo del año de 1811

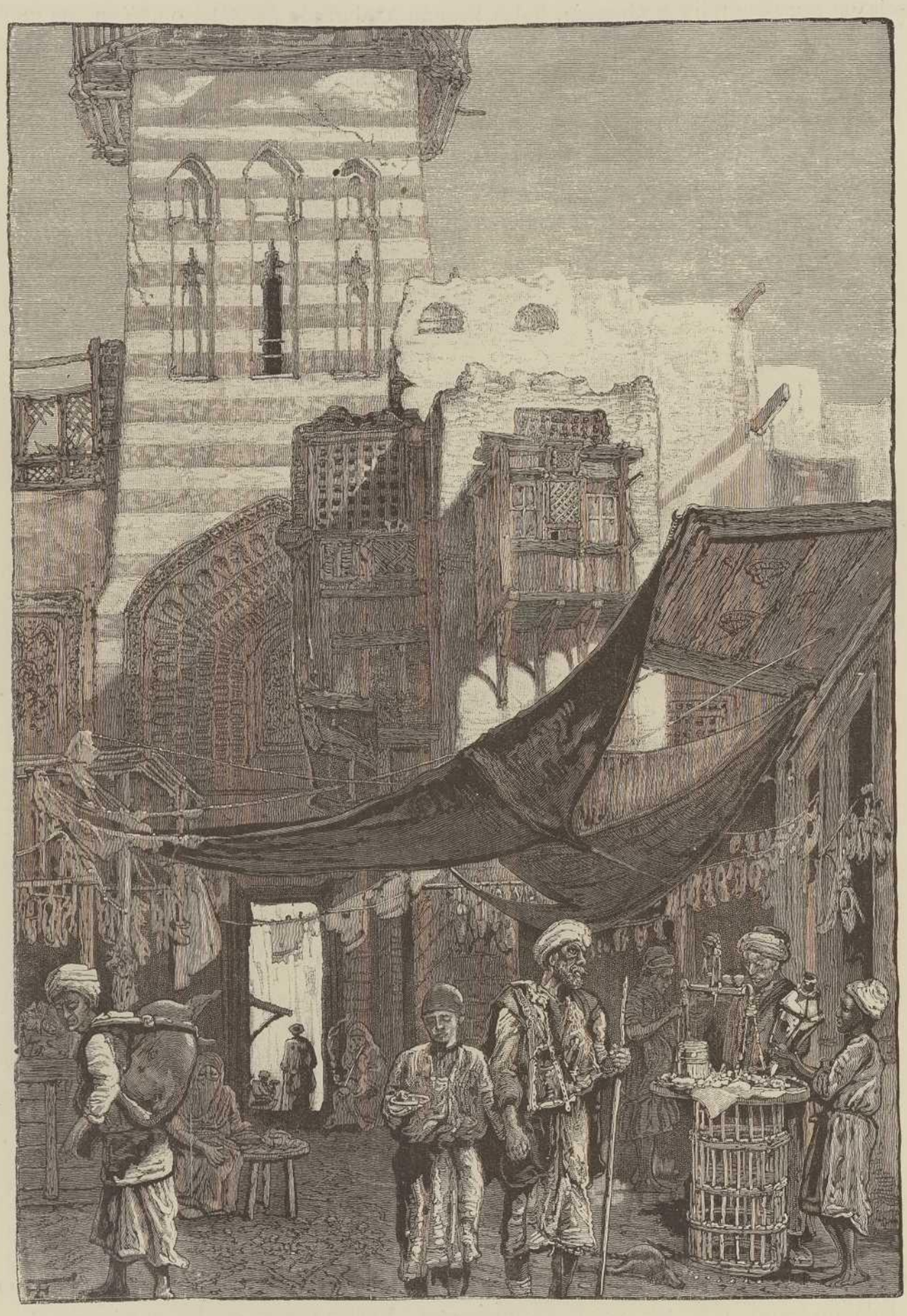
espantosa tragedia. Años hacía que la milicia de los mamelucos, reclutada entre esclavos de Mingrelia y Georgia, había llegado á tal grado de poderío que en sus manos



Bazar de los tapices en el Cairo

estaban la suerte y el gobierno de Egipto: más que el representante del sultán, era el bajá un cautivo de los poderosos guerreros. Varias veces, en los comienzos de su autoridad, había intentado Mehemet-Alí reducirlos por medio del rigor; no habiéndolo logrado, concibió el horrible proyecto de acabar con todos. Para ello invitólos á una

fiesta en su palacio de la ciudadela, á él se dirigieron el día antes dicho sin recelo



Bazar de los zapateros

y vistiendo sus mejores galas; el príncipe los recibió con regia magnificencia y fingida

cordialidad, y al concluir el festín y dada la señal de partir tomaron el sendero há poco mencionado. Una vez todos en él, la puerta que acababan de atravesar se cerró á sus espaldas, y en el mismo instante numerosos soldados albaneses convenientemente apostados rompieron contra ellos nutrido fuego de fusilería, introduciendo en sus filas

Un mercader del Cairo

la muerte y la confusión. La defensa era imposible, y para aquellos animosos soldados de cuyo denuedo habló el mundo, para los que reportaron la victoria en tantos y tan renombrados hechos de armas, llegó la última hora y tuvieron todos oscuro fin sin gloria y casi sin combate. Todos, no; algunos hubo que blandiendo la cimitarra quisieron

escalar las peñas en que se ocultaban sus matadores, y murieron peleando, y de

Bazar de los armeros en el Cairo

uno ó dos se cuenta que lanzando su corcel por encima del parapeto lograron escapar á la tremenda suerte de sus compañeros de armas.

Los fosos de la ciudadela por el lado del Mokattam están abiertos en la peña, y son en número de treinta y dos las sólidas torres que la flanquean. Contiénense en ella la casa de moneda, una imprenta, una fundición de cañones, un arsenal, una fábrica de armas, talleres para el equipo de las tropas, cárceles, oficinas, jardines y otros suntuosos edificios, de modo que se asemeja á otra ciudad que domina á la del Cairo. Provéenla de agua vastas cisternas en número de catorce, un acueducto interior y seis pozos, entre los cuales es notabilísimo el llamado Bir-Yusef, atribuído por la tradición popular al hijo de Jacob y por varios autores á Saladino, quien llevaba igualmente el nombre

de Yusef. Por algunos se tiene como más probable que, obra de los antiguos egipcios, limitóse Saladino á limpiarlo y restaurarlo. De forma cuadrada está abierto en la roca hasta la profundidad de noventa metros, y puede bajarse al fondo por suave y ancha pendiente, tanto que baja y sube por ella una yunta de bueyes. Un espacioso rellano

Un puesto de lámparas y faroles en el Cairo

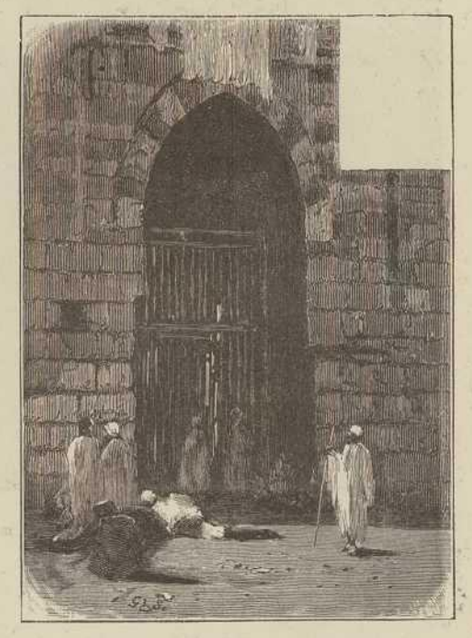
ó descanso lo divide como en dos altos; en el de abajo, una *sakkieh* ó noria movida por bueyes eleva el agua hasta un depósito en aquel rellano dispuesto y de allí la sube hasta la boca del pozo otra poderosa noria, á la que también dan vueltas dos bueyes. La temperatura es en el fondo del pozo de 17 á 18 grados Reaumur, precisamente la misma que por término medio se experimenta en el Cairo.

El palacio ó diván de Josef era obra de Saladino, atribuída igualmente por la tradición al hijo de Jacob; sus ruinas existieron en el recinto de la ciudadela hasta el año de 1829 en que por completo desaparecieron para ceder el lugar á la mezquita de Mehemet-Alí, ostentoso monumento que sorprende, no tanto por el estilo ni por la ejecución no siempre perfecta, como por su grandiosidad y por la profusión y belleza del mármol y alabastro que lo forman. Sus esbeltos alminares, las columnatas de sus pórticos, su gran cimborio y sus pequeñas cúpulas que á gran distancia se destacan sobre el azul del cielo, son de magnífico efecto. El famoso virrey ordenó que en él se le diese sepultura, y en efecto, allí está enterrado junto á la puerta principal.

Arco del triforio en la mezquita de Ben-Tulun, en el Cairo

Detrás de este edificio hállase el palacio del virrey; la magnificencia de algunas de sus salas excede á toda ponderación, y no parece sino que en espléndida competencia se ha querido reunir en ellas todo el fausto oriental con la elegancia y el lujo de Occidente.

Desde la meseta en que están situados ambos monumentos gózase de uno de los panoramas más admirables de Egipto: abraza la vista todo el ámbito de la gran capital, y las numerosas mezquitas, con sus majestuosas cúpulas y elevados alminares, atraen especialmente la atención. A nuestros piés vemos las plazas de Rumeileh y de Karameidan, las mezquitas de Hassan y de Tulun, y el antiguo harén de Abbas-Bajá rodeado de cuarteles para la guarnición; más allá de este primer término extiéndese la ciudad entera, cuyas angostas calles, estrechadas aún por la distancia, se ofrecen como líneas de gigantesco cuadro en cuyo centro se mueve y agita compacto y rumoroso gentío. Alzanse más lejos sus silenciosas y melancólicas necrópolis; vense después Bulak y el Cairo Antiguo, cuyos campos llenos de antiguos escombros atraviesa el gran acueducto que acaba en la ciudadela; corre el Nilo majestuoso por su lecho dilatado, y en último término, á cuatro leguas de distancia, asoman en el horizonte las grandes pirámides de Gizeh, cual montecillos en medio del desierto.



Patio de la mezquita de Ben-Tulun

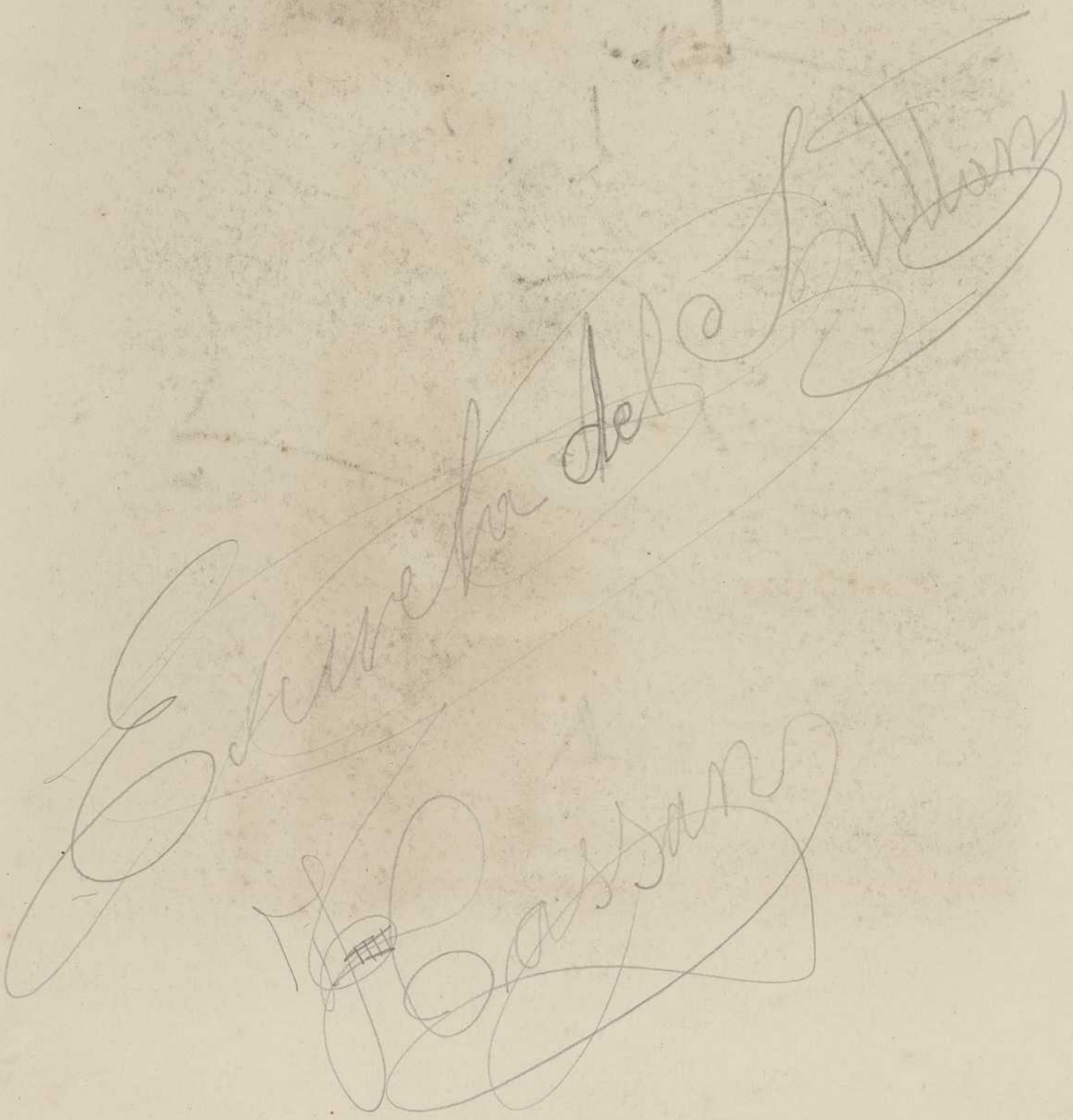
Existen en el Cairo escuelas de derecho y medicina, de artillería y caballería. Las primarias y públicas, que son muy numerosas, están anexas á las mezquitas ó provienen

F. GOODALL, R.A. PINXT

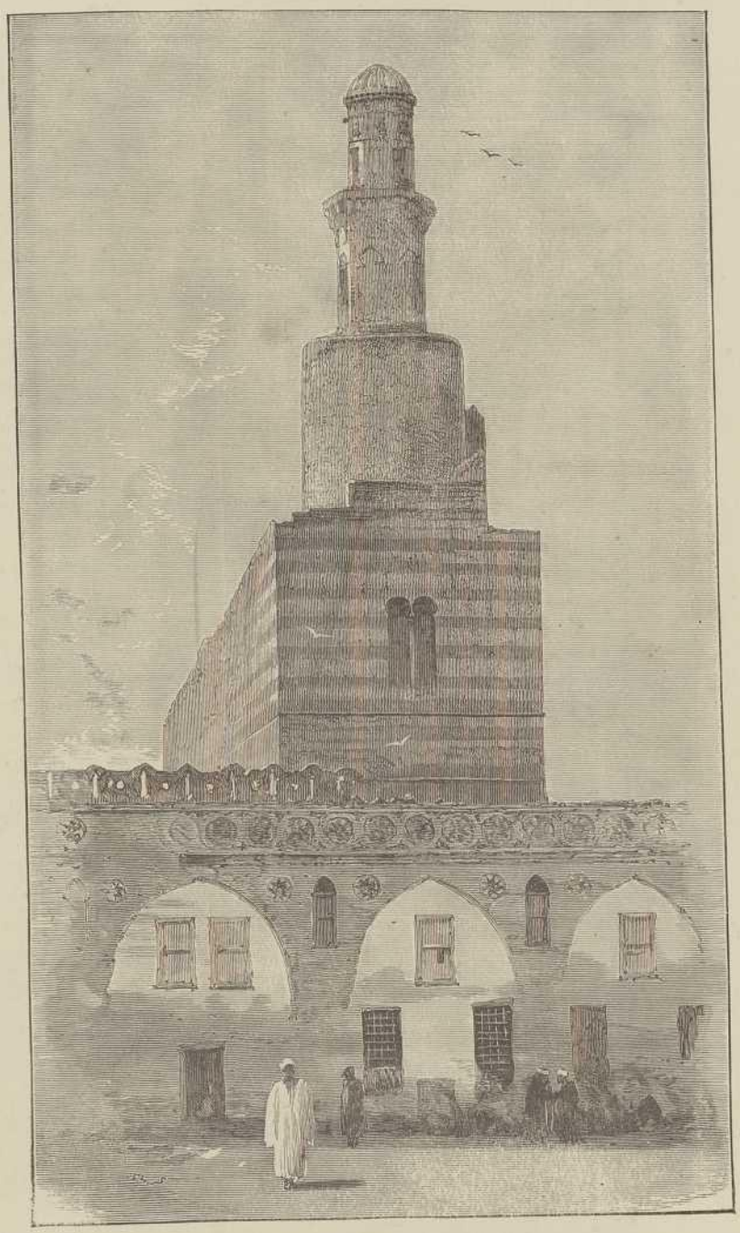
E. GOODALL, SCULPT

LA ESCUELA DEL SULTAN HASSAN.

ESPASA Y COMPª, EDITORES, BARCELONA.



de fundaciones y legados hechos por príncipes ú opulentos ciudadanos particulares, estando muchas situadas junto á las fuentes públicas debidas á los mismos donadores; la enseñanza es en ellas simultánea; los niños aprenden á leer y á escribir á un tiempo, y al escribir las sílabas pronúncianlas en alta voz, ó por mejor decir, las cantan mientras mueven la cabeza de continuo y á compás á uno y otro lado. El maestro, sentado en el suelo y con las piernas cruzadas, al igual que los alumnos, pero dominándolos desde una tarima, tiene en la mano una flexible varilla con que castiga á los revoltosos ó desaplicados. La educación religiosa fundada en el Corán, y la veneración á los padres y ascendientes son las bases de toda instrucción en las escuelas musulmanas del Cairo. Hay también en la ciudad una biblioteca pública.



Alminar de la mezquita de Ben-Tulun

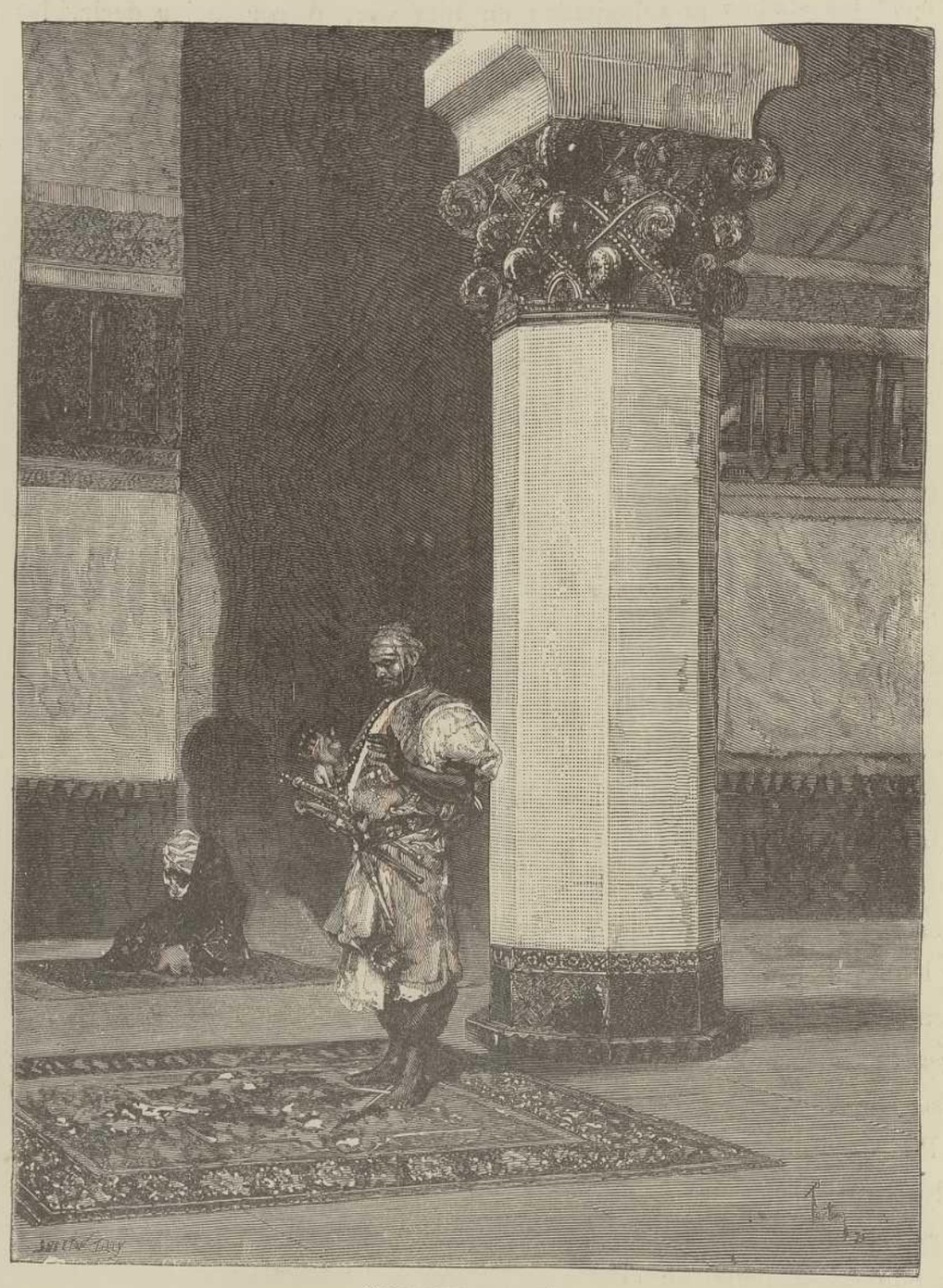
La población cristiana que en tiempos normales suele ser muy respetada, posee en la ciudad unas cuarenta iglesias y capillas y numerosas escuelas. Parroquia de los Latinos, frecuentada igualmente por los coptos católicos, es la iglesia anexa al espacioso convento franciscano de los Padres de Tierra Santa, los cuales son en el Cairo, por lo general, españoles é italianos. Un incendio la destruyó en el año de 1852, y la actual, dedicada á la Asunción de la Virgen y levantada con las limosnas de los fieles y una cantidad con que quiso contribuir el virrey, data del de 1854.

Los coptos católicos tiene una reducida y muy devota iglesia, construída hace pocos años sobre las ruinas de otra más antigua. En el altar mayor se ve un hermoso cuadro representando la huída de la Sacra Familia á Egipto.

De elegante y reciente construcción es la iglesia de los griegos católicos, y en ella

son de ver varios cuadros regalados por el Sumo Pontífice. También los armenios unidos cuentan con un templo propio.

Los coptos separados ó cismáticos abundan, conforme hemos dicho, en el Cairo

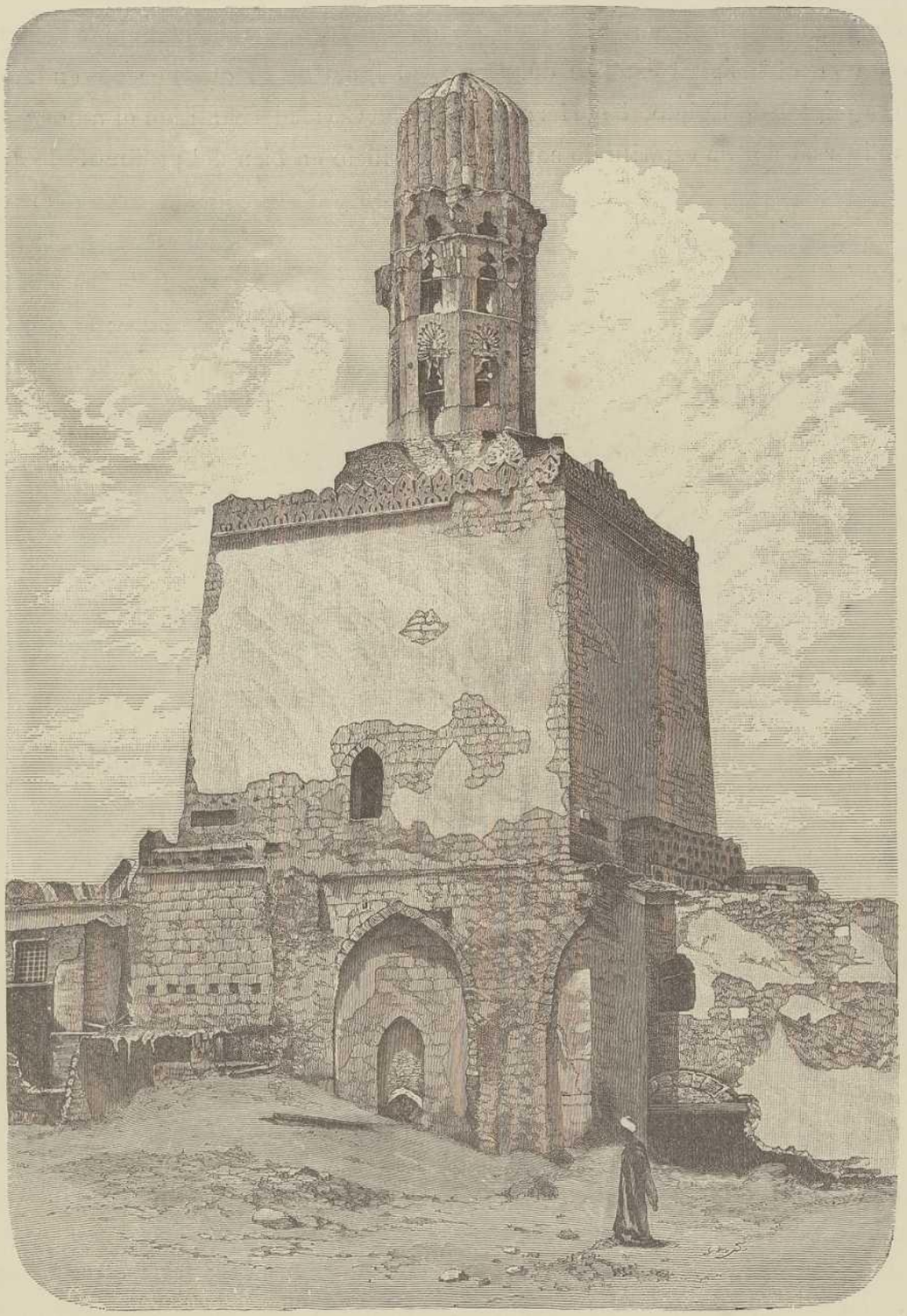


Musulmanes en oración

y poseen unas quince iglesias que están bajo la jurisdicción de un patriarca. Su catedral, vasta basílica de tres naves y de construcción reciente, está dedicada á san Marcos.

También reside en el Cairo un patriarca greco-cismático; su iglesia catedral es notable por la riqueza de los adornos. Un monasterio é iglesia bajo la advocación de santa Catalina, donde habita casi siempre el arzobispo del Sinaí, existen en el centro de la ciudad.

Los protestantes han abierto recientemente algunos templos, y diez sinagogas pertenecen á la comunión israelita, la cual está dividida en Talmudistas y Coraitas.



Alminar de la mezquita de El Hakem

A la cabeza de las escuelas cristianas ha de ser citada por su floreciente estado la de los Hermanos; á sus clases acuden muchos centenares de niños pertenecientes á todos los cultos y á siete ú ocho naciones diferentes, recibiendo todos las lecciones con gran respeto y docilidad.

Las Hermanas francesas del Buen Pastor residen en espacioso convento, y en él dan albergue y educación á numerosas huérfanas; sus clases son además frecuentadas por un centenar de alumnas externas.

Lo mismo practica, aunque en escala más reducida, una comunidad de Clarisas italianas, y en el hospital católico del Cairo, al igual de lo que sucede en Alejandría y en otros puntos de Egipto, las Hermanas de la Caridad se atraen el amor y la veneración universal por su espíritu de constante sacrificio en bien del prójimo.

Objetos preciosos del museo arábigo.— Lámparas

A su vez los Padres Jesuitas, reanudando en Egipto la católica empresa que fué interrumpida por su supresión en el pasado siglo, han dado comienzo á la realización de un proyecto que ha de ser muy fecundo en felices resultados; trátase de la fundación de un colegio copto en una ciudad como el Cairo donde los coptos son muy numerosos y por lo común poco instruídos, y de llevarse el plan adelante es imposible que á los pocos años deje de experimentarse en aquel pueblo el benéfico y levantado influjo de la Compañía.

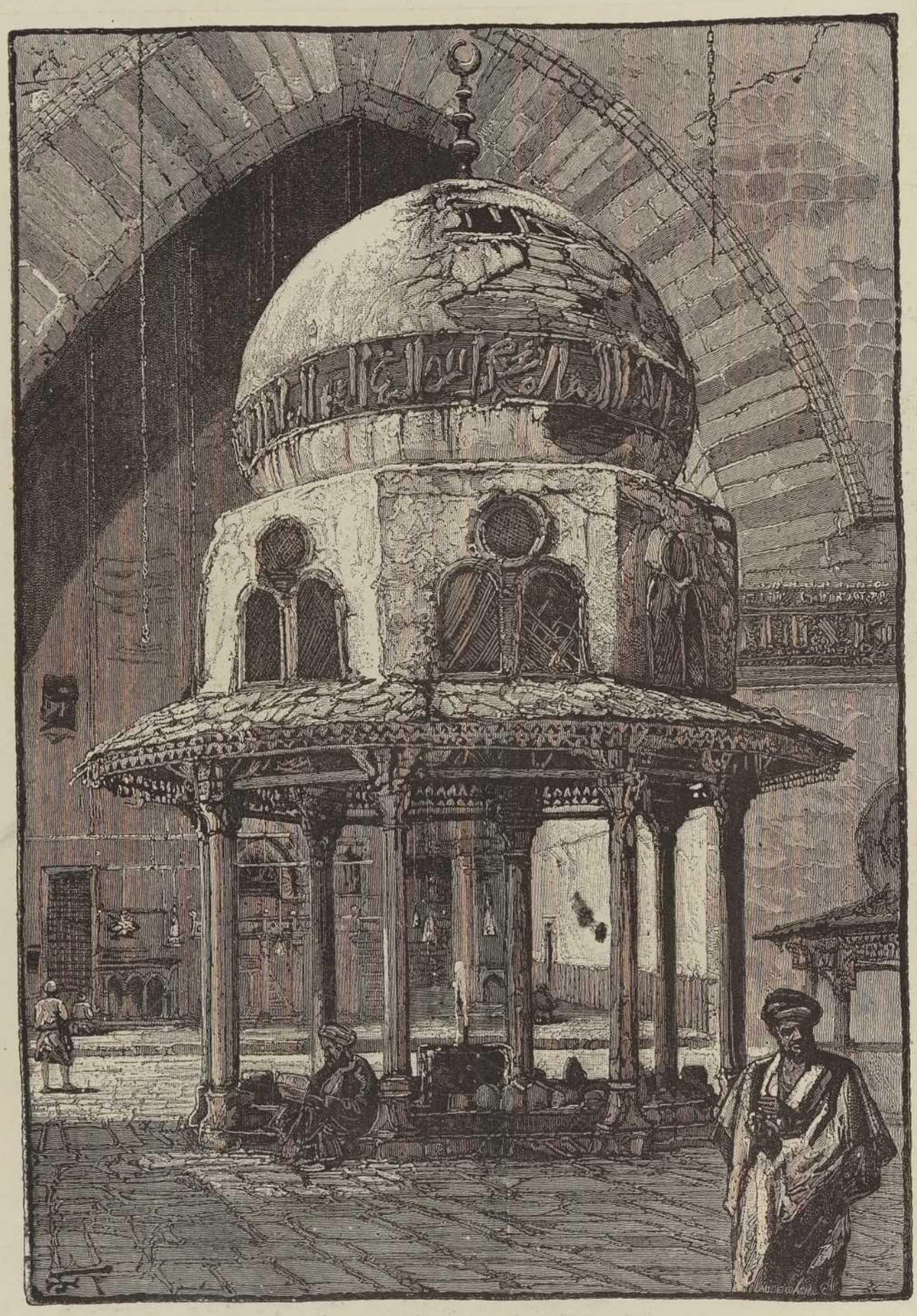
Armenios, coptos, griegos cismáticos, protestantes y hebreos tienen también sus especiales escuelas.

El viajero que desee observar en el Cairo pintoresca y característica escena de

Mezquita del sultán Hassan en el Cairo

costumbres musulmanas, deténgase en la calle en que vea colgantes de una acera á

otra banderolas encarnadas y verdes y lámparas ó faroles de distintos colores. Esta



Fuente para las abluciones en el patio de la mezquita del sultán Hassan

es la señal de que se celebra allí una boda, y si después de haber visto llegar la recua

L. ALMA-TADEMA. R. A. PINXT

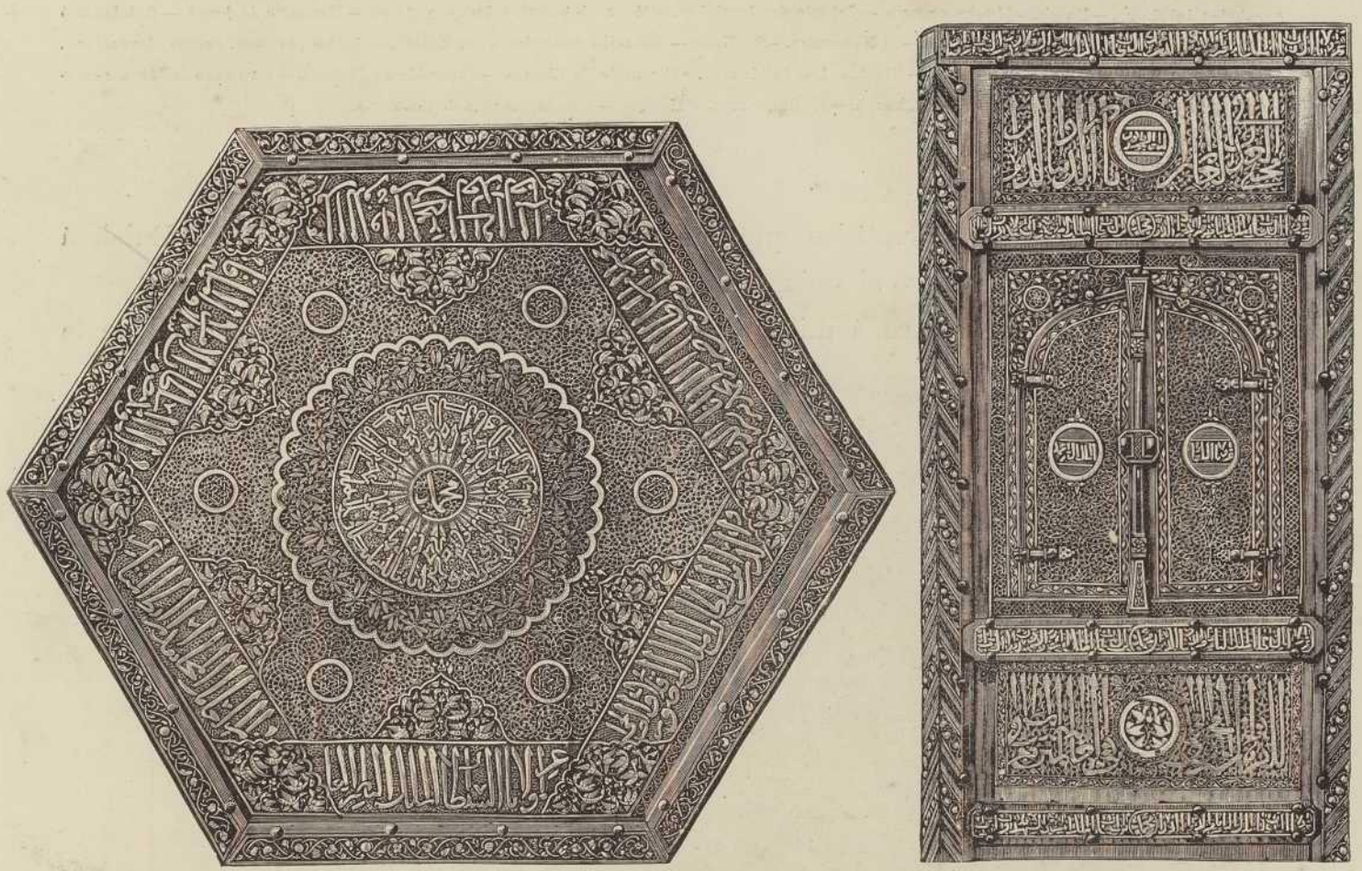
C. W. SHARPE. SCULPT

PASATIEMPOS EN EL ANTIGUO EGIPTO.

ESPASA Y COMPA, EDITORES, BARCELONA

Pasa tiempos en el antiguo Egipto

de camellos que, más ó menos numerosa según la posición de la familia, trae el ajuar de la novia, y la ostentosa procesión de parientes, músicos, almeas y bailarinas que á aquélla acompañan hasta dejarla en poder del esposo, entra en la casa de aquel modo engalanada, presenciará un espectáculo que habrá de retrotraerle á las fiestas



Objetos preciosos del museo arábigo.— Mesa del sultán Kelaun

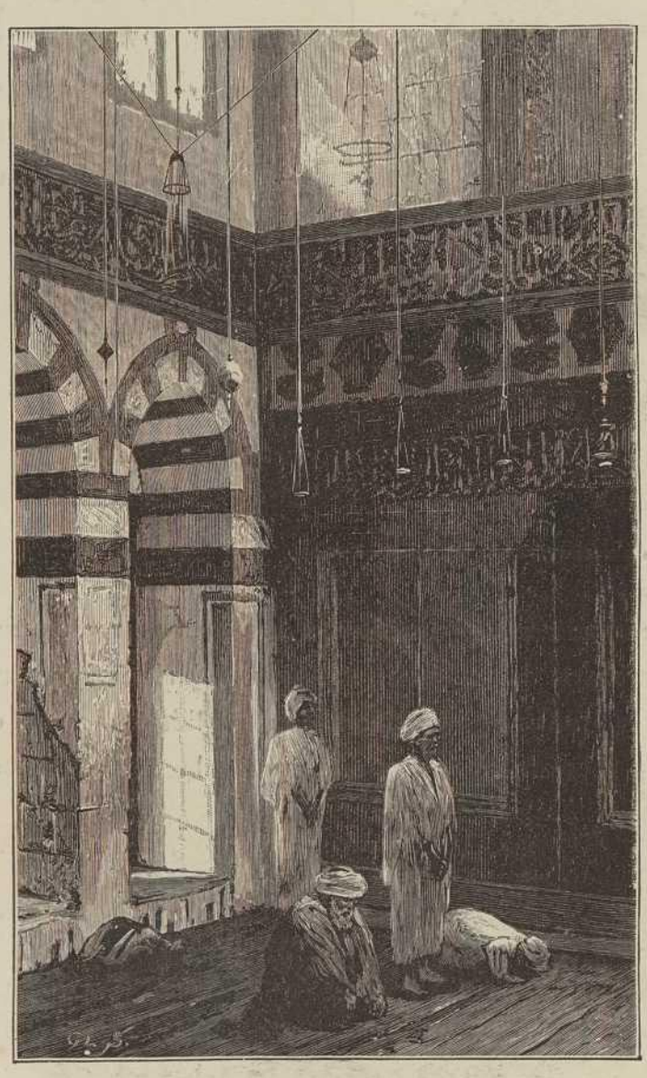
del antiguo Egipto. Allí, después de animado banquete, oirá á las almeas recitar sus cantos, verá los difíciles y graciosos ejercicios de bufones, atletas y bailarinas, y podrá, en una palabra, creerse transportado y haberse convertido en realidad alguno de aquellos singulares cuadros que en sus monumentos nos ha legado la remota época de los Faraones.

II

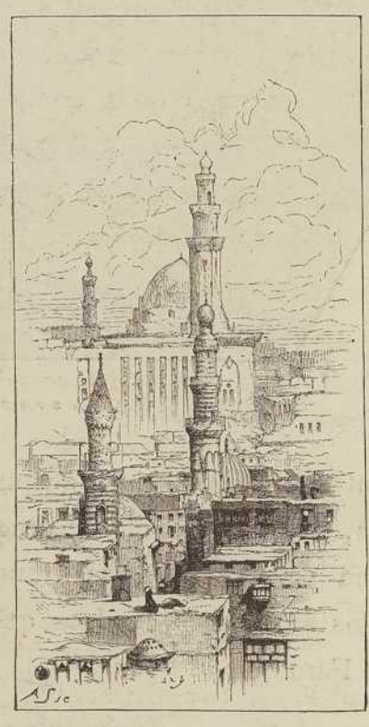
Arrabales del Cairo. — Bulak. — Museo egipcio. — Colegio de derviches. — Masr el-Atikah ó Antiguo Cairo. — Mezquita de Amrú. — Babilonia ó Kasr ech-Chemma. — La isla de Rudah. — El Nilómetro. — El Nilo. — Actuales pobladores de Egipto. — Coptos, árabes, turcos, levantinos, francos. — Moisés salvado en el Nilo. — Gizeh. — Las Pirámides. — Pirámide de Cheops. — Pirámide de Chefren. — Pirámide de Menkeres. — El Esfinge. — Pirámides de Abusir. — Sakkarah. — El Serapeum. — Memfis. — Colosal estatua de Sesostris.

Tiene el Cairo dos arrabales que son otros tantos puertos en el Nilo: Bulak á poniente, y el Antiguo Cairo al sudoeste.

Está situado el primero á mil y doscientos metros del extremo occidental de la ciudad, y llégase á él pasando por deliciosos huertos. Reina en sus calles animación extraordinaria, pues en su puerto se detienen cuantos buques llegan cargados con los productos del Delta ó con mercancías de Europa. Su población, que se calculó en veinticuatro mil almas á principios del siglo, no cuenta hoy sino unas doce mil. En su recinto se encuentran muchos *okels,* ó sean depósitos comerciales, en los que pueden hallar albergue los traficantes, una imprenta turca y árabe, una fábrica de armas, una escuela de artes y oficios y un hospital para locos.



La hora del rezo en la mezquita del sultán Hassan



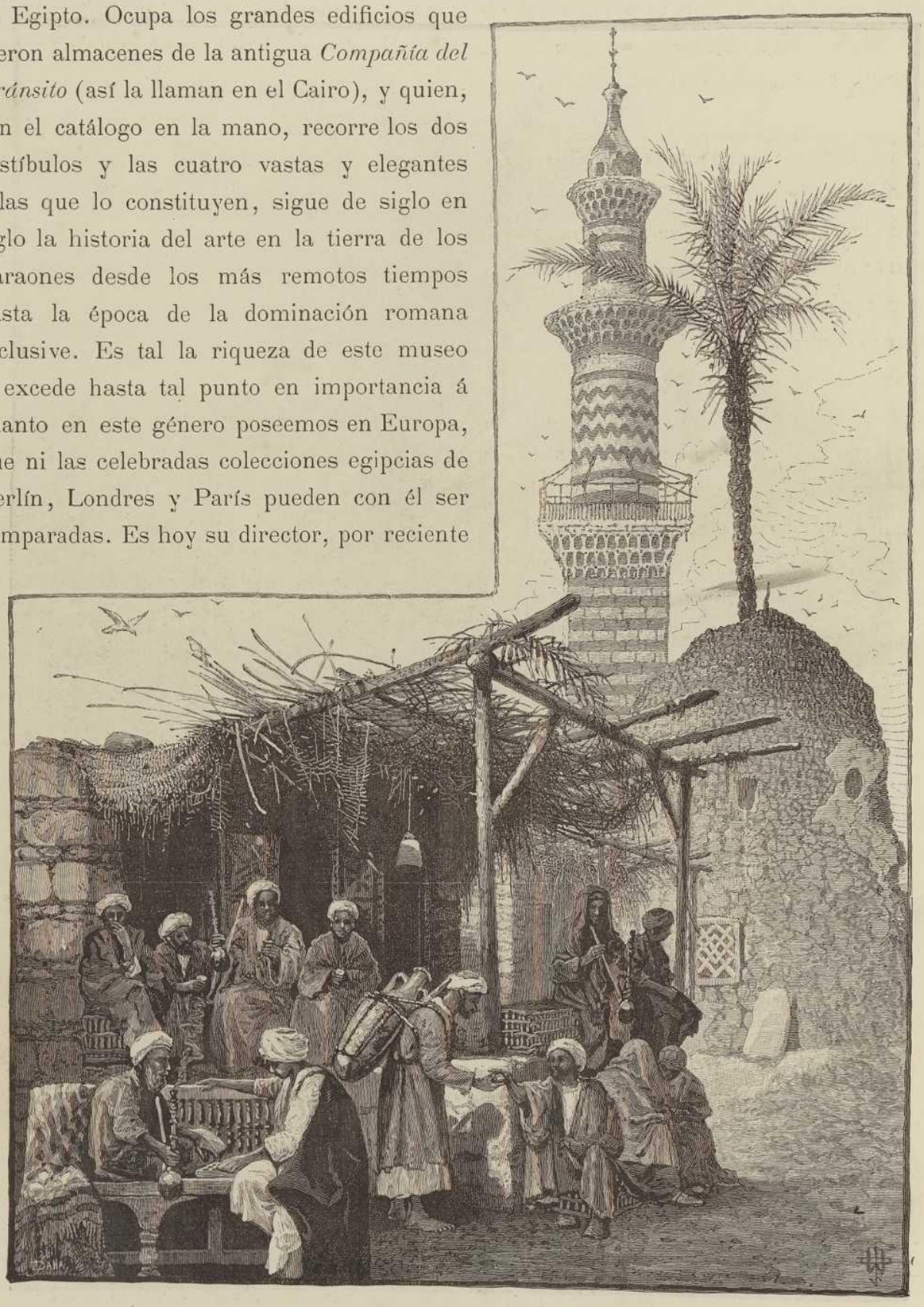
Mezquita del sultán Hassan por el lado del noroeste

En Bulak fundó el francés M. Mariette, con fondos y con la protección de Ismail-

Un huerto en las inmediaciones del Cairo

Bajá, un magnífico museo donde reunió gran número de estatuas, sarcófagos, bajo-relieves, joyas y objetos preciosos por él descubiertos en larga serie de años en las

excavaciones que bajo su dirección se han practicado en las ruinas más importantes de Egipto. Ocupa los grandes edificios que fueron almacenes de la antigua *Compañía del Tránsito* (así la llaman en el Cairo), y quien, con el catálogo en la mano, recorre los dos vestíbulos y las cuatro vastas y elegantes salas que lo constituyen, sigue de siglo en siglo la historia del arte en la tierra de los Faraones desde los más remotos tiempos hasta la época de la dominación romana inclusive. Es tal la riqueza de este museo y excede hasta tal punto en importancia á cuanto en este género poseemos en Europa, que ni las celebradas colecciones egipcias de Berlín, Londres y París pueden con él ser comparadas. Es hoy su director, por reciente

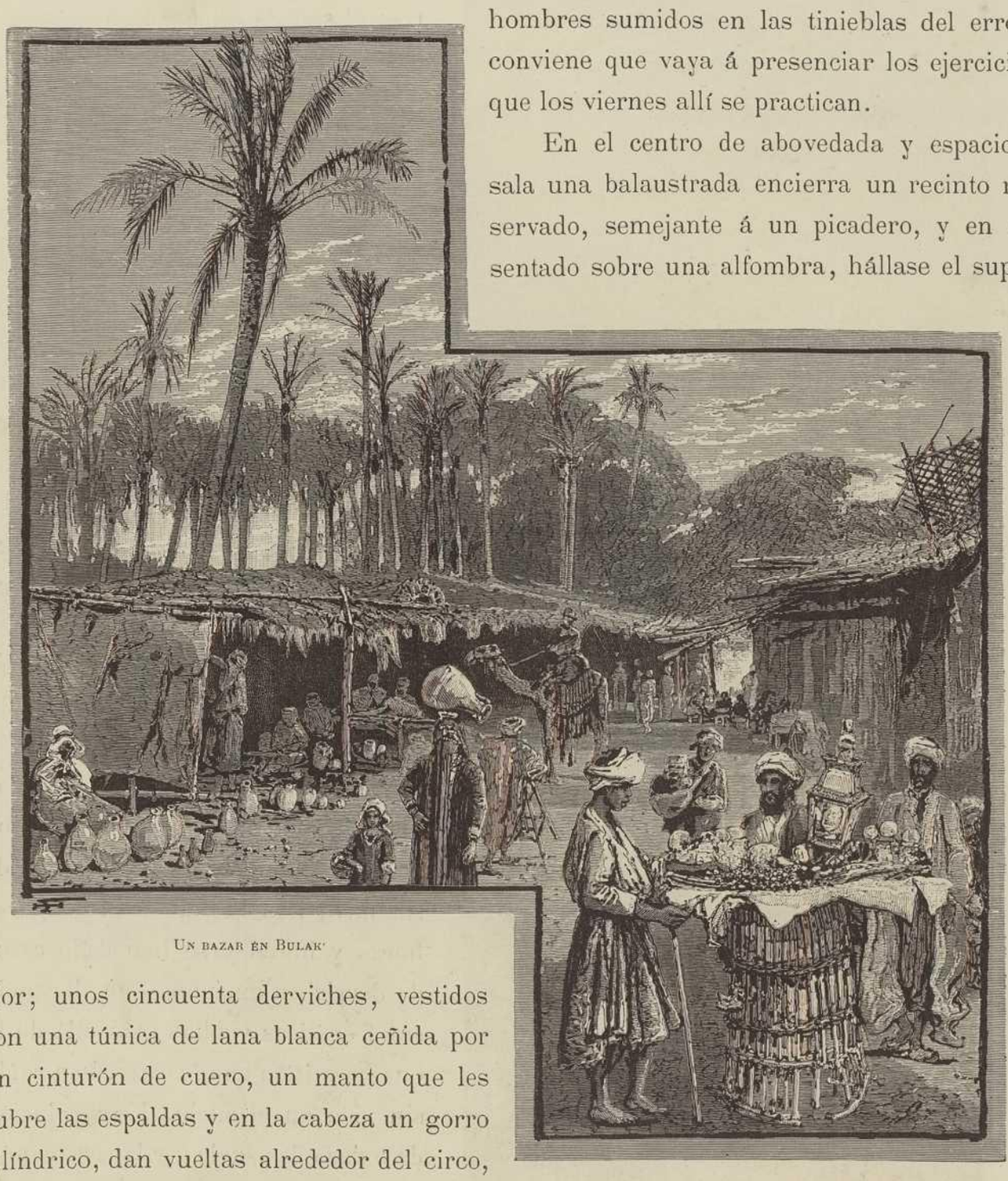


Un café en Bulak

fallecimiento del sabio Mariette, M. Maspero, también francés y muy entendido en antigüedades egipcias.

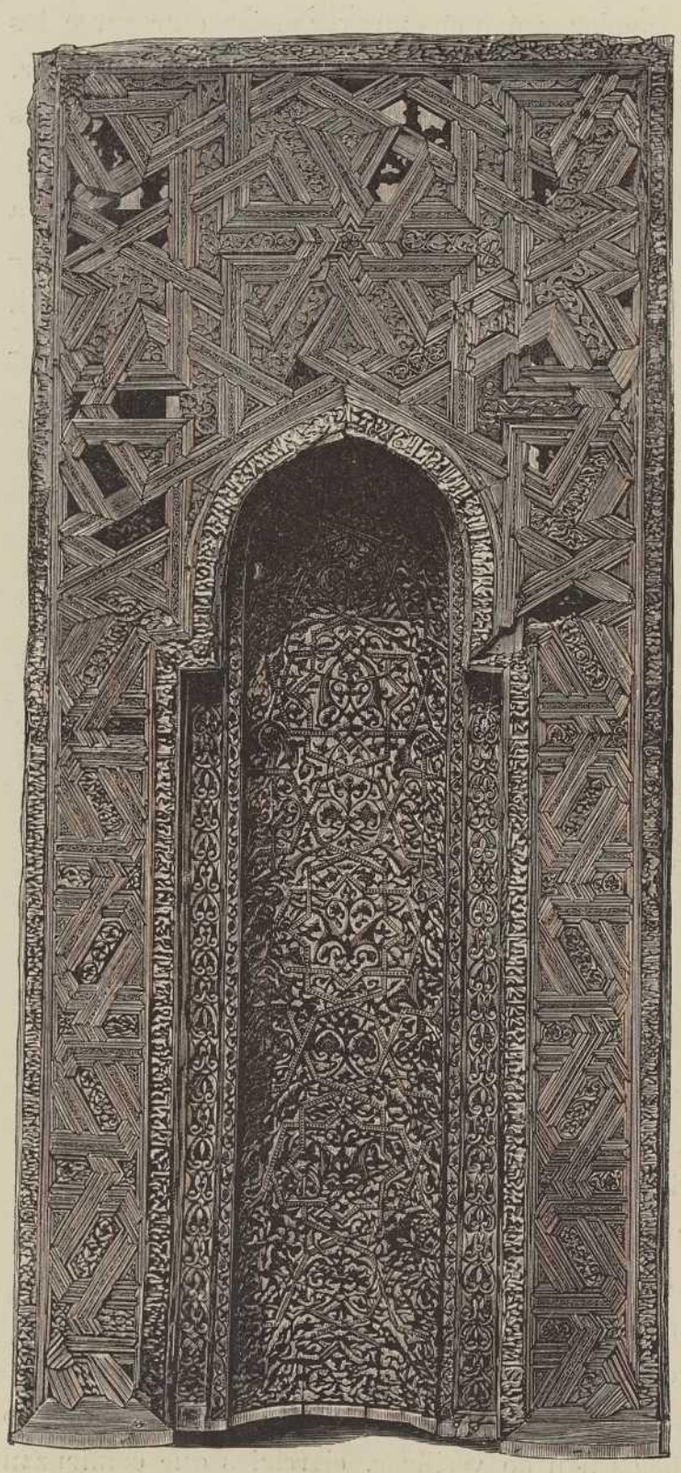
Cuatro kilómetros separan á Bulak del Antiguo Cairo, y en el camino puédense visitar en Kasr el-Ain la escuela de medicina y el hospital militar. A poca distancia se encuentra un famoso colegio de derviches, y quien ignore hasta qué punto, en materia de religión, son capaces de descender y á qué extravagancias entregarse los hombres sumidos en las tinieblas del error, conviene que vaya á presenciar los ejercicios que los viernes allí se practican.

En el centro de abovedada y espaciosa sala una balaustrada encierra un recinto reservado, semejante á un picadero, y en él, sentado sobre una alfombra, hállase el superior; unos cincuenta derviches, vestidos con una túnica de lana blanca ceñida por un cinturón de cuero, un manto que les cubre las espaldas y en la cabeza un gorro cilíndrico, dan vueltas alrededor del circo, hasta que á una señal de aquél se forman delante de él en varias filas. Del mismo superior parte la señal de cuantos ejercicios han de verificar, ejercicios que comienzan moviendo el cuerpo con creciente rapidez ora hacia adelante, ora hacia atrás, y también hacia los lados, acompañando el movimiento con acompasado murmullo, que, poco á poco, se convierte en voces guturales y en alaridos salvajes, entre los que se oye con frecuencia el nombre de Alá. A fuerza de moverse y agitarse va apoderándose de aquellos hombres nervioso temblor; por sus semblantes corre copioso sudor,



Un bazar en Bulak

sáltanles los ojos de sus órbitas, de sus labios brota espuma, adquieren sus miradas expresión sombría y feroz, hasta que, fuera de sí, caen uno después de otro extenuados y como poseídos de epilepsia. Estos son los derviches voceadores.



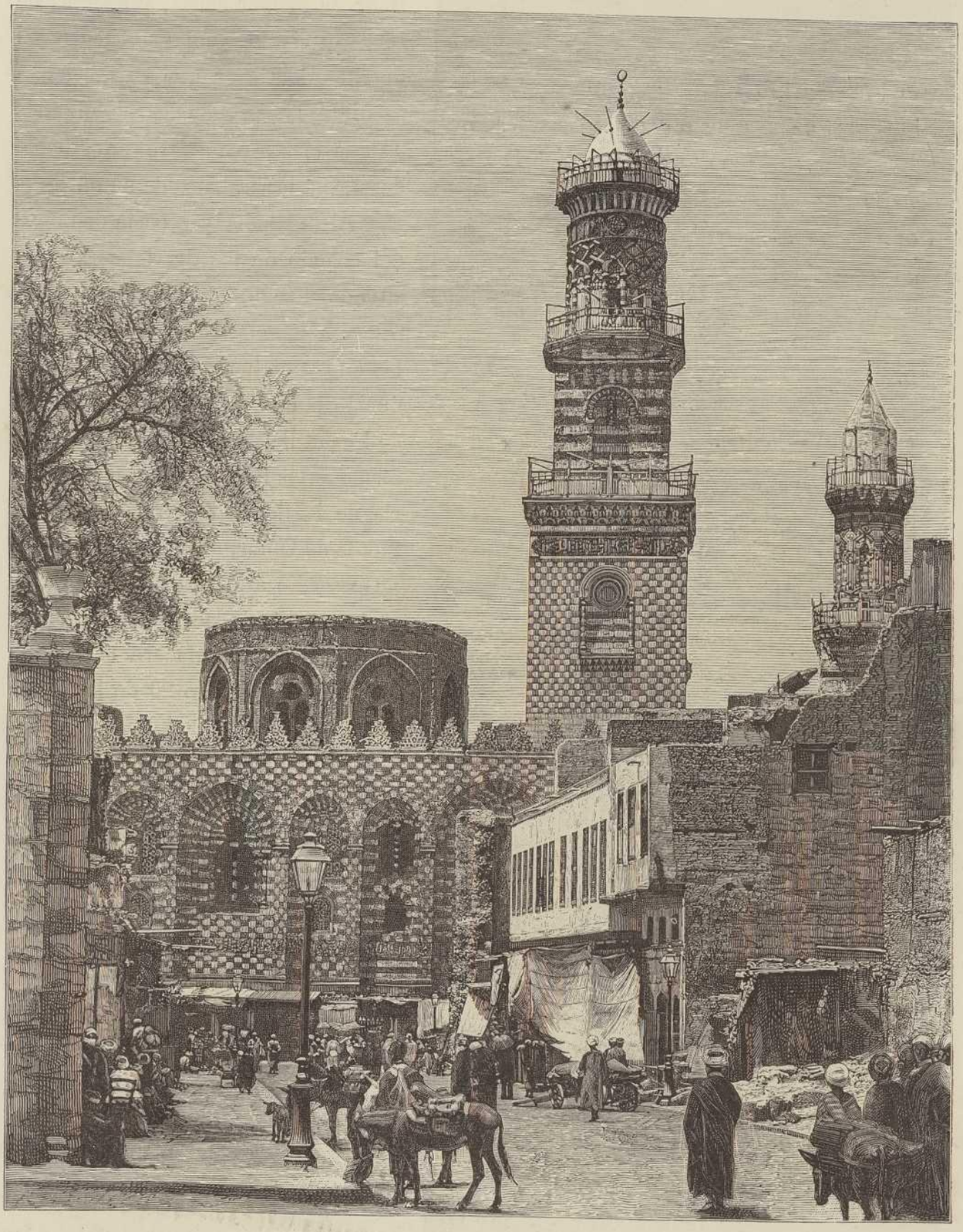
Objetos preciosos del museo arábigo.—Mihrab

Preséntanse luego los volteadores; al son de estruendosa música y de palmadas á compás, otros derviches, después de haber recorrido el circo y tomado entre sí la correspondiente distancia, comienzan á dar vueltas sobre el pié izquierdo sirviéndose del derecho como de una paleta para golpear el suelo y producir el movimiento de rotación con una persistencia y velocidad sorprendentes. Fatíganse los ojos de mirarlos, y su incesante girar que hincha de aire sus holgadas túnicas, acaba por turbar á los espectadores poco habituados á aquel singular espectáculo, hasta que transcurridos unos veinte minutos, los volteadores, convulsos, sin aliento, se detienen al fin rendidos de cansancio.

Estas raras ceremonias, á las que se dá el nombre de *zikr* y que parecen tener á intervalos algo de satánico, han llegado á prolongarse horas y horas y se han dado casos de derviches ancianos que, llevando sus frenéticas vueltas más allá de lo que permitían sus fuerzas, han caído sin vida en el suelo. La conclusión de todas ellas suele ser la escena aún más horrible en que algunos derviches, armados con sables y puñales, se causan profundas incisiones aparentando gran impasibilidad, ó bien acompañando con feroces rugidos el derramamiento de su sangre.

En número de cuatro son las clases de derviches establecidos en Egipto, y se distinguen entre sí por el diferente color de sus banderas y turbantes; las casas donde

en comunidad habitan llevan el nombre de *tekkieh*. Los hay que, sucesores de los antiguos Psylos, poseen el secreto de manosear víboras y ponzoñosas serpientes sin



Mezquita de Kelaun, vista desde el mercado

experimentar daño, y hasta de alimentarse con ellas; otros, para fascinar á la multitud, permanecen durante largas horas en inmovilidad completa, cuando no se entregan á

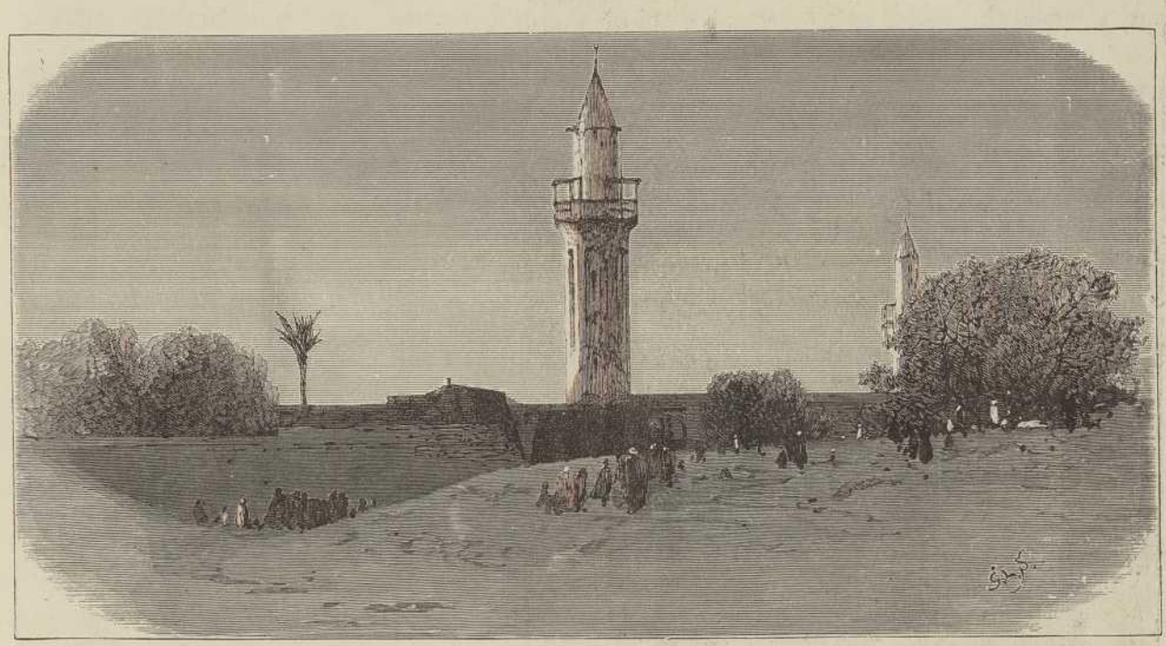
furiosas convulsiones. Del superior general de las cuatro clases de derviches dícese que desciende en línea directa de Abu-Bekr, el primer califa, y además de esta especie de monjes existen otros muchos derviches que se limitan á asistir á las principales ceremonias de sus clases respectivas, volviendo después á los trabajos de su oficio.

Una calle en Masr-el-Atikah

Al mediodía y á corta distancia del colegio de los derviches hállase situado el segundo arrabal del Cairo, ó sea Masr-el-Atikah, nombre que los europeos hemos malamente traducido por el de Antiguo Cairo. El de Fostat llevó en un principio, conforme antes hemos dicho, en memoria de la tienda de Amrú, lugarteniente de Omar, allí plantada cuando puso asedio á la ciudadela de Babilonia, y la ciudad á su alrededor nacida fué la verdadera capital de Egipto desde el año 20 de la hégira (640 de J. C.), fecha de su fundación por Amrú, hasta el 359 también de la hégira (969 de J. C.), época de la conquista del territorio por el califa Moez, príncipe fatimita, quien dió comienzo á la construcción del Cairo. Desde aquel día perdió Fostat gran parte de su esplendor é importancia, y cuando en el año de 1168 Amaury, rey de Jerusalén, invadió el Egipto Inferior y avanzando con su victoriosa hueste hasta la margen derecha del Nilo se apoderó de Bilbeis por fuerza de armas y amenazó desde allí la antigua capital, los egipcios, para impedir que cayera en su poder, la pusieron fuego, durando el incendio por espacio de cincuenta y cuatro días consecutivos; los moradores se

retiraron al Cairo. De tal catástrofe Fostat no se ha rehecho jamás, y en el día su población, compuesta principalmente de coptos, alcanza apenas á tres mil y quinientas almas. Puerto meridional del Cairo suelen ofrecer sus muelles pintoresco y variado aspecto, y por lo común no dejan de visitarlos cuantos viajeros llegan á la capital.

La famosa mezquita que allí existe con el nombre de su fundador Amrú es el templo musulmán más antiguo de Egipto, y dice la tradición que el día en que se destruya ha de ser el último del islamismo. Esto, si influyó probablemente en las varias y costosas reparaciones que en los pasados siglos ha tenido, no es en el nuestro bastante, al parecer, para que se acuda á su restauración, que de cada año se hace más precisa. Mezquita de la Conquista llámanla los historiadores, y enriquecida sucesivamente con



MEZQUITA DE AMRÚ, EN FOSTAT, VISTA POR SU PARTE EXTERIOR

los despojos de otros edificios é iglesias, hasta el siglo x no alcanzó las grandiosas proporciones que ahora tiene; llegado el XII, cuando le habían causado gran quebranto guerras, incendios y terremotos, la restauró y embelleció Saladino. Consiste en vasto rectángulo que por su exterior, ofreciendo únicamente á la vista altas paredes sin el menor adorno, de las que sobresalen dos sencillos alminares, no da idea de la magnificencia que ostenta en su parte interior; pero si en ella penetramos por la sola puerta que queda expedita de las tres que existían en el muro occidental, recibiremos muy grata impresión al ver sus majestuosas columnatas y el carácter imponente de todo el edificio. Espacioso patio casi cuadrado, teniendo en el centro octagonal estanque para las abluciones, está rodeado de pórticos que en los lados septentrional y meridional tienen tres hileras de colunas, una sola en el de poniente, y en el oriental seis, las cuales forman dilatadas naves; en este punto se encuentra el verdadero santuario, y por lo mismo el *mihrab,* indicando la dirección que ha de tomarse al orar, y también el púlpito ó tribuna.

Las colunas del grandioso edificio, contando las ocho que sostienen la cubierta del estanque, son en número de doscientas y treinta, de las cuales yacen varias derribadas al suelo. Monolitas todas proceden de monumentos anteriores; sus capiteles son en su mayoría corintios, y se ve que se han ajustado con más ó menos perfección á los fustes, á los que sirven de remate. Las arcadas por ellos sostenidas son ojivales unas, y otras de medio punto. Conócese que en el lado occidental existieron en algún tiempo varias colunas pareadas; en el día sólo quedan dos, separadas por un espacio de ocho ó diez pulgadas á lo sumo, y es acto de devoción deslizarse entre una y otra.

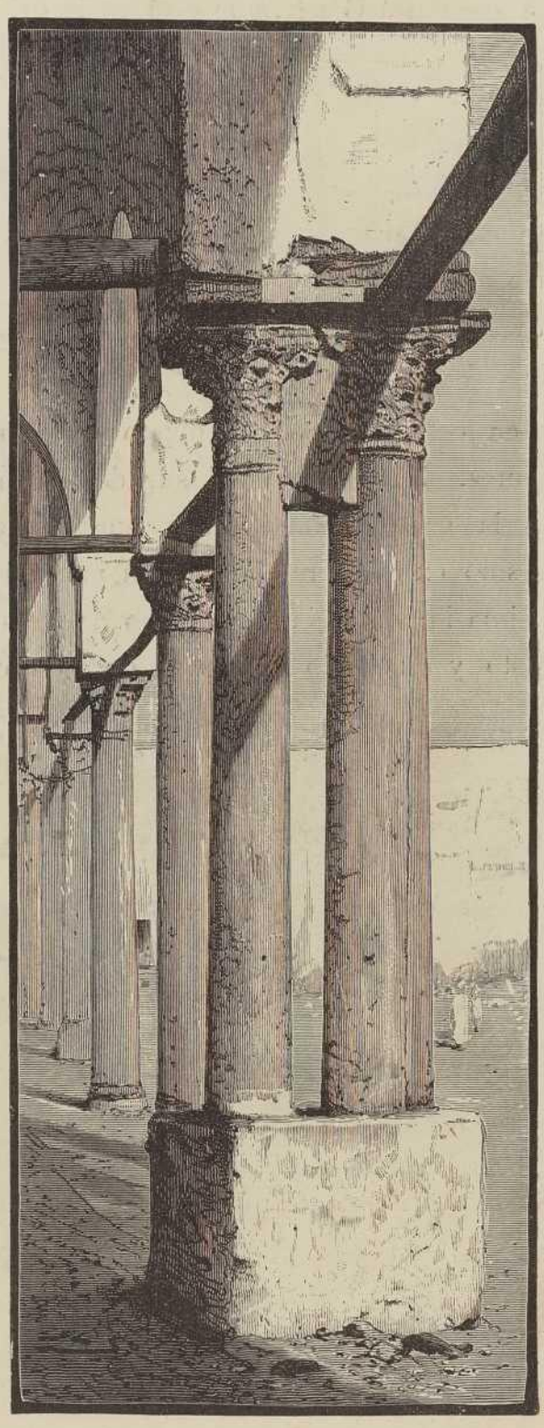
Santuario en la mezquita de Amrú; parte oriental

En el ángulo noroeste del santuario existe un sepulcro que contiene, según unos, los restos del fundador Amrú, ó los de su hijo Abdalah, á lo que aseguran otros.

Encuéntranse en las cercanías de Fostat los cementerios cristianos del Cairo; tienen en ellos recintos separados los católicos latinos, los coptos, los griegos, los ingleses y los norte-americanos.

Formando la parte más oriental del Antiguo Cairo hállanse las ruinas de Babilonia, la ciudadela sitiada por Amrú, llamada hoy por los árabes Kasr ech-Chemma (castillo de la Luz), y también Deir-en-Nazarah á causa de los monasterios cristianos que contiene. El muro que rodea la reducida población que allí habita, es en parte obra romana; pero en otros muchos puntos descubre ser de fecha más moderna por lo

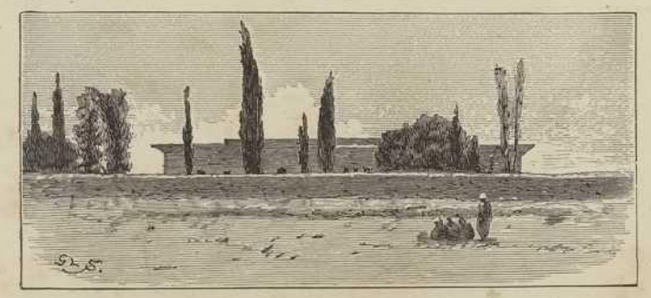
tosco de la fábrica. Una puerta, tan baja que es preciso inclinarse para pasar por ella, da entrada á unas callejuelas extremadamente angostas, donde se alzan seis pequeños monasterios en los que viven monjes coptos y griegos. Uno de ellos, llamado Deir-Babylun, perpetúa con su nombre el de la antigua fortaleza en cuyo recinto está enclavado; otro, llamado de San Sergio, tiene la iglesia consagrada á Sitti-Miriam, y su subterránea capilla es objeto de piadosas peregrinaciones, en cuanto, según tradición muy acreditada en el país, sirvió aquel lugar de albergue á la Santísima Virgen y á su divino Hijo.



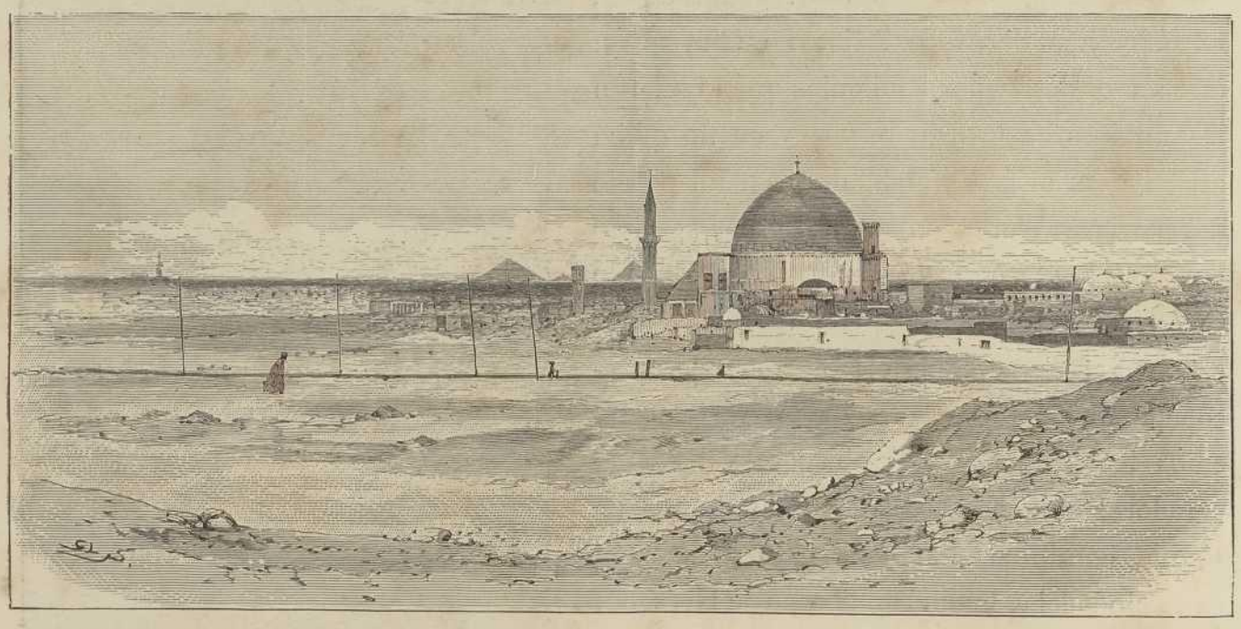
Mezquita de Amrú; parte occidental

La fortaleza de Babilonia, donde los romanos tenían alojada una de las tres legiones encargadas de la custodia de Egipto, defendía á una ciudad fundada, según unos, por los babilonios en la época de la conquista de Semiramis; atribuyen otros autores la fundación de la ciudad á los prisioneros babilonios que trajo Sesostris de regreso de su expedición á tierra de Asia; no falta quien la crea edificada por babilonios que siguieron á Cambises hasta Egipto, y hay en fin quien atribuye su origen, fundándose en un pasaje del patriarca Eutichio de Alejandría que vivió en el siglo IX, á Artejerjes Aso, sobrino de Ciro II y octavo rey de Persia. En la época cristiana fué Babilonia erigida en sede episcopal, constando en las actas de varios concilios las firmas de sus obispos, y los emperadores de Oriente, á ejemplo de los de Roma, continuaron manteniendo guarnición en la ciudadela, la cual en tiempo de Heraclio, invadido Egipto por los musulmanes, fué asediada por Amrú. Siete meses duró el cerco y la vigorosa defensa de los sitiados, hasta que al fin pudieron éstos retirarse á la isla de Rudah, y allí capitularon. En el día son la generalidad de sus habitantes coptos cismáticos, regidos por un patriarca, el cual reside en la iglesia de San Macario. En el extremo nordeste de Masr el-Atikah tiene origen el acueducto que lleva el agua á la ciudadela del Cairo. Construyólo El-Ghuri, que fué uno de los últimos sultanes circasianos.

La isla de Rudah *(Gezireth-er-Rudah)* se extiende en medio del Nilo, delante del Antiguo Cairo, y mide á lo largo tres kilómetros por quinientos y setenta metros en su mayor anchura; antiguamente un puente de treinta barcas la unía á Fostat y otro de sesenta á Gizeh, que está en la orilla opuesta, y aunque fueron uno y otro restablecidos en la época de la ocupación francesa, hoy han desaparecido. Equivale su nombre arábigo á *vergel,* y es en efecto su tierra muy feraz, como lo atestiguan los magníficos jardines que rodean el palacio de Ibrahim-Bajá. En ellos existe un árbol del que se dice haber sido plantado por Fátima, hija de Mahoma, y en este concepto es objeto de gran veneración por parte de las mujeres musulmanas. Por el lado del sur defienden el territorio de la isla recios muros á causa de la gran profundidad y anchura que allí tiene el río, y es de ver en aquel mismo extremo meridional un monumento poco interesante á la vista, pero de grandísima importancia por el uso á que está destinado. En el centro de una cisterna ó vasto y cuadrado pozo que está en comunicación con el Nilo, elévase una coluna



Palacio en la isla de Rudah

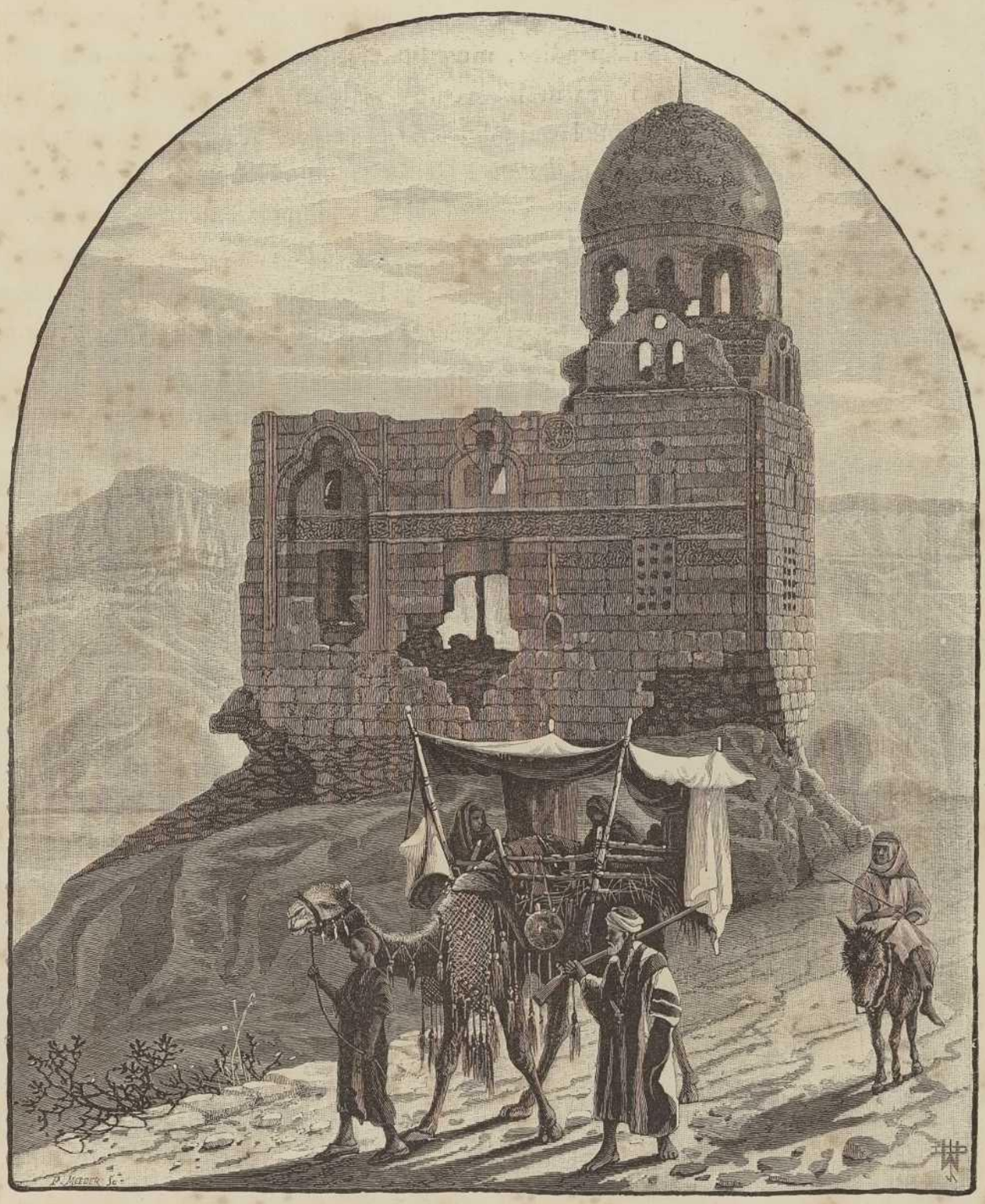


Sepulcros de Imam Chafey, en el Cairo

de mármol blanco, en la cual están señaladas varias divisiones ó codos de cincuenta y un centímetros cada una, subdividiéndose en palmos las diez superiores; es este instrumento el Mekyas ó Nilómetro, y sirve para medir los progresos diarios de la crecida y del descenso del río. Para ser provechosa la crecida ha de señalar el Nilómetro diez y ocho codos; si alcanza á veintidós quedan llenos todos los canales, y es segura abundante cosecha; mas pasando de este límite, en vez de beneficio, pro-

duciría estrago. Desde que se inicia la crecida tres veces al día el empleado que tiene el Nilómetro á su cargo, anuncia al pueblo por medio de pregón el grado á que llegan las aguas.

Del Nilo puede decirse que depende enteramente la existencia física y política de



Un sepulcro de mameluco medio arruinado, en el Cairo

Egipto: él es quien provee á la primera necesidad de los seres orgánicos, el agua, pues en Egipto no hay fuentes, ni apenas pozos, y no se bebe otra agua que la del río, y sólo él, bajo un cielo avaro de lluvia, lleva á todos lados la fecundidad y la vegetación. Atravesando á Egipto en toda su extensión y en un curso de mil cuatro-

cientos y quince kilómetros, forma sobre el territorio una red hidráulica única en el mundo, y en los tres meses que permanece sobre los campos desbordado imprégnalos de una cantidad de agua capaz de sustentarlos durante el resto del año; sin su desbordamiento sólo podría cultivarse, y esto con muchos dispendios, muy limitado espacio. Contrastando con la tierra arenisca, fina y rojiza que es peculiar al Africa, la del valle del Nilo ofrécese con atributos que la hacen completamente distinta: su color negruzco, su índole arcillosa y pegajosa todo anuncia en ella origen extranjero, y en efecto, arrastrada viene á Egipto por el río desde el centro de la Abisinia y el Sudán, regiones donde caen copiosas lluvias en los meses de abril, mayo y junio.

Sepulcros de los mamelucos en el Cairo

Cuando esto sucede en nuestras tierras occidentales y el agua es tanta que se hinchan y desbordan los ríos, es siempre un hecho violento al que acompañan la devastación y el espanto; en pocas horas rompe sus diques la enfurecida corriente é invade las aterradas campiñas; en su impetuoso curso abate los setos, arrastra las mieses, llévase el ganado y arruina la humilde morada del labrador, aumentando si cabe lo terrorífico del cuadro los gritos de angustia de los fugitivos. No sucede así en Egipto, antes bien todo lo contrario: á la inundación se la espera, con ella se cuenta, es vivamente deseada, y por los beneficios que de ella reportan han mirado en todos tiempos los egipcios y aun hoy miran á su río con una especie de veneración y religioso temor.

Cuéntase que los portugueses tuvieron hace siglos la idea de desviarlo y dirigirlo de Etiopia al mar Rojo; de haberse realizado, es seguro que el Egipto feraz no sería más que un páramo tan árido como los desiertos que lo cercan.

Alrededor del solsticio de verano, en 20 de junio sobre poco más ó menos, sin lluvia ni tormenta, sin una nube en el cielo, comienza el río á crecer y sube gradualmente hasta que en los primeros días de octubre vuelve á su normal estado. En un principio pierden poco á poco su transparencia las aguas, y pueden observarse en su nivel ligeras oscilaciones; algunos días después toman un color verdoso, y hácese sensible la crecida; más tarde, pónense rojizas; aumenta la velocidad de su corriente, en la que sobrenadan ramas y hierbas, y todo esto se verifica sin agitación, sin trastorno, llegando un día en que la tierra entera de Egipto, de una á otra cordillera, se halla sumergida, no sobresaliendo en la líquida superficie sino las esféricas copas de los naranjos y los penachos de las palmas, las carreteras y caminos, á los que se da la necesaria elevación, y los pueblos y alquerías construídos con preferencia en terrenos altos ó sobre fuertes estacas. Numerosas barcas surcan aquel ancho mar, y llevan de casa en casa las provisiones necesarias.

UNA ALDEA EGIPCIA

La intensidad de la inundación no es la misma en todo el territorio egipcio, sino que en ella se observa gradual disminución á proporción que el río avanza. Encerrado en un principio dentro de estrecho valle sube y sube; luego de haber pasado el Cairo, como no lo contienen ya las montañas y puede dividirse en infinitas corrientes, sucede por precisión que su caudal pierde en profundidad lo más que en superficie adquiere. Cuando se retira y vuelven las aguas á su natural cauce, basta que el labrador siembre en el limo que en su aluvión ha dejado el sacro río para que sin más trabajo ni fatiga, ayudado por las abundantes nocturnas rociadas, coseche productos para nosotros verdaderamente fabulosos.

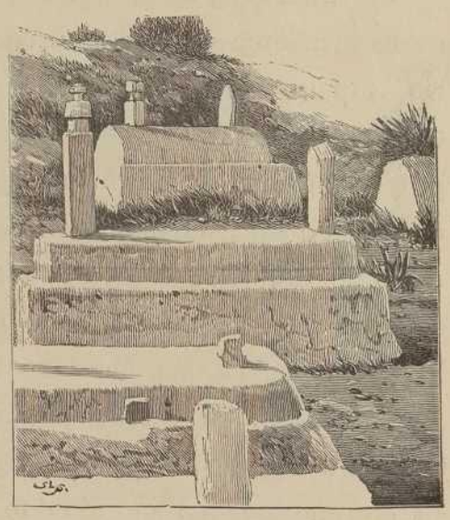
Este singular desbordamiento hace de Egipto un pueblo excepcional también, donde los buenos y malos gobiernos influyen en su prosperidad de más directa manera que en ninguno. Observación es ésta muy exacta que se lee en el *Memorial de Santa*

Helena; el gobierno francés, decía el cautivo emperador, nada puede sobre el agua ni la nieve que caen por ejemplo en las provincias de Beauce ó de Brie, al paso que en Egipto quien es cabeza del poder tiene inmediata influencia en la inundación que hace las veces de lluvia. Y en efecto, de ser buena la administración estarán los canales expeditos y se abrirán los necesarios para que se extiendan las aguas todo lo posible. Al revés, si el gobierno es malo ó débil, que tanto monta, el fango obstruirá los canales, los diques mal conservados no llenarán su objeto, los reglamentos del riego serán violados por los más osados en perjuicio común... En todo lo cual consiste la diferencia que se observa entre la tierra de Egipto gobernada por los Ptolomeos y el propio territorio en decadencia ya en la época romana y arruinado, ó poco menos, bajo el régimen de los turcos.

Barcas en el Nilo á la luz de la luna

La tierra clásica de la sabiduría, de las ciencias y las artes se ha convertido hace tiempo en inmensa alquería explotada por sus dueños de ayer, lo mismo que por los de hoy, con escasa consideración al beneficio de los cultivadores. Y esta observación nos lleva á decir unas pocas palabras para que conozcan nuestros lectores los actuales moradores de Egipto.

Despojados de aquella tierra sus propietarios hace veintitrés siglos, hanse establecido sucesivamente en ella persas, macedonios, romanos, griegos, árabes georgianos y por fin la raza tártara conocida con el nombre de turcos otomanos; en tanta diversidad de pueblos algunos han dejado allí vestigios de su paso, y aun en medio de la confusión que aquélla ha producido puédense todavía distinguir en la población de Egipto tres razas principales, ó sean coptos, árabes y turcos.



Tumbas musulmanas en el Cairo

Los coptos, llamados en árabe *El-Kubt* (nombre que tienen algunos por contracción arábiga del de *eguptios),* descienden, según la historia y la tradición, del pueblo despojado por los árabes, esto es, de la mezcla de egipcios, persas y griegos que en tiempo de los Ptolomeos y del imperio bizantino poseyeron la tierra egipcia. Al acaecer la conquista el mayor número fué absorbido por el elemento arábigo; los menos, empero, perseverando en la fé cristiana y manteniéndose separados de los conquistadores, conservaron como un residuo de la antigua nacionalidad faraónica. Por desgracia, á excepción

de unos pocos que permanecen unidos al catolicismo, profesan los coptos los errores de Eutiches sobre la naturaleza de Nuestro Señor Jesucristo. Como están muy versados en la administración interior de Egipto, á ellos se confiaban hasta hace poco tiempo los empleos inferiores; con el nombre de escribanos, son intendentes y recaudadores de tributos, y por lo mismo poco queridos. Distínguense aún más que por su turbante negro, por los característicos rasgos de su fisonomía.

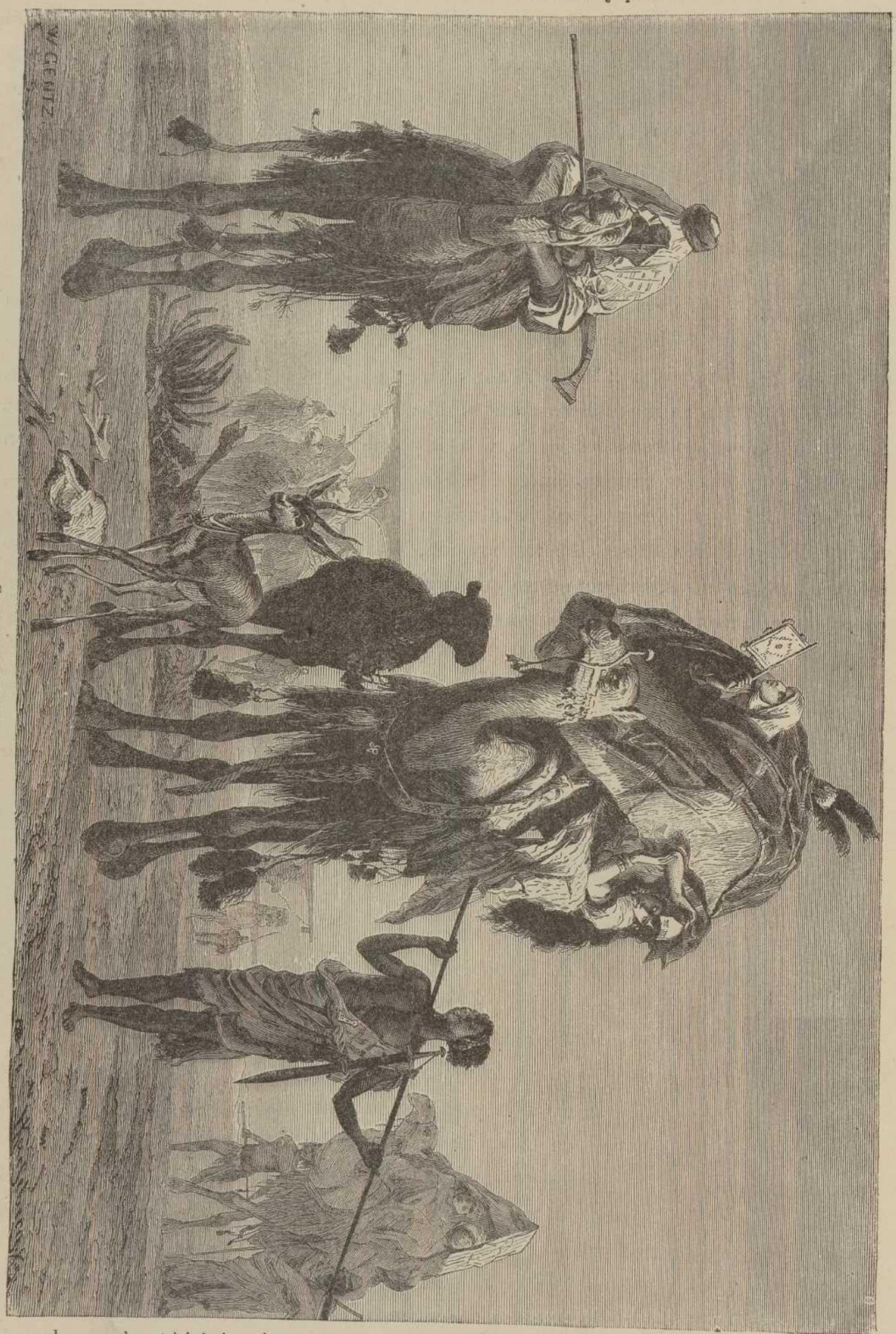
Berberisco

Forman los árabes la más importante y numerosa raza entre la población de Egipto, y á su vez se dividen: 1.° en descendientes de los que en el siglo VII, época de la conquista, acudieron del Hedjaz y de todos los puntos de Arabia á un país justamente alabado por su feracidad; 2.° en africanos ú occidentales, ó sean los que tuvieron origen en los conquistadores musulmanes que expulsaron de la Mauritania á los greco-romanos y que luego, en diversas ocasiones y á las órdenes de distintos caudillos, fueron á reunirse con sus antiguos compatriotas á Egipto; y 3.° y finalmente, en beduinos ú hombres del desierto; entre ellos los hay que, dispersos por familias, habitan en las quiebras de los montes, en cuevas, entre las ruinas y en los lugares solitarios donde brota agua; los demás, reunidos por tribus, acampan en tiendas de escasa altura y de negruzco color, y llevan nómada existencia. Calcúlase que sus tribus pueden presentar en batalla veinte mil jinetes. Entre unos y otros fué tal la muchedumbre de colonos musulmanes que, semejantes á inundación inmensa, se derramaron por todo el valle del Nilo, que el elemento antiguo y nacional de la población quedó, si así puede decirse, cubierto y sumergido. La conquista musulmana, más penetrante, más invasora y eficaz que lo fueron la pérsica, la macedónica, la romana y la bizantina, realizó rápida fusión entre la raza conquistadora y la mayoría de la nación conquistada, fusión tanto más completa en cuanto gran parte de los vencidos adoptaron, por persuasión ó á viva fuerza, la religión de los vencedores. El elemento nuevo, que fué el dominante, impuso, con sus instituciones, sus costumbres y su lengua, y aunque no transformó del todo el tipo egipcio, imprimióle en general algunos bellos rasgos del arábigo.

Beduino

Divídense además los árabes de Egipto en dos categorías; los que habitan en ciudades y los que residen en campos y aldeas, llamados éstos *fellahin* (en singular

fellah); los primeros, al influjo de más cómoda existencia y por su frecuente comercio



FAMILIAS DE BEDUINOS

con esclavas de Abisinia, han perdido algo de su carácter primitivo; los segundos,

por el contrario, lo conservan en toda su pureza. El *fellah*, cuyo nombre, aunque equivalente á labrador, se aplica también á los artesanos de las poblaciones, es por lo común fornido y esbelto, y su color se hace más oscuro á proporción que reside hacia el mediodía, hasta ser en Nubia casi negro.

Los turcos son en Egipto la tercera raza musulmana, y de ellos ha de decirse que son dueños del territorio de nombre más que de hecho. Población esencialmente móvil y transitoria, atraída únicamente por intereses políticos, jamás se mezcla con la indígena, á la que desprecia y de la cual es detestada; confinados en los empleos civiles

Tienda de beduino

y militares, sin influencia ninguna entre el pueblo, los turcos, en número de diez ó doce mil, sólo se encuentran en el Cairo y Alejandría.

A estos moradores de Egipto hay que añadir, para tener completa idea de su población, algunos miles de levantinos, hebreos y francos.

Levantinos se llaman aquellos cristianos de Egipto que no forman parte de la nación copta; pertenecen los unos á familias establecidas desde tiempo inmemorial en el país; los llegados en épocas más ó menos recientes, cuentan entre ellos gran número de sirios, armenios y griegos. En su mayoría están dedicados al comercio y á la banca.

También ejercen el comercio los judíos; éstos habitan, por lo general, en el Cairo, y casi todos son poseedores de gran fortuna.

Con el nombre de francos, finalmente, son designados los europeos que, sin perder su nacionalidad, tienen residencia en Egipto. En los últimos tiempos ha aumentado su número de un modo considerable, y ocupan los primeros puestos en las comisiones de hacienda, en las obras públicas y en la enseñanza científica.

Cerca del lugar en que está situado el Nilómetro, en los juncales de la ribera meridional de la isla de Rudah en que nos encontramos, coloca una tradición el providencial suceso que de tanta trascendencia había de ser en la suerte del mundo; allí un tierno infante fué abandonado y salvado de segura muerte por la hija del Faraón, y aquel infante llegó á ser el libertador del pueblo escogido, el gran Moisés, interesante figura del Salvador de los hombres.

Fellah

Josef había muerto, y la descendencia de Jacob no tenía quien la protegiese; asustado el Faraón por su prodigioso crecimiento, temió que, aumentando aún más en número, pudiesen intentar algo contra la seguridad de Egipto, y entonces mandó que todo varón que naciere fuese echado al río.

«En aquel tiempo, refiere el sagrado Libro, una mujer de la tribu de Leví parió un hijo, y viendo que era hermoso, le tuvo escondido tres meses, hasta que, no pudiendo ya más ocultarle, tomó una cestilla de juncos, la calafateó con betún y pez, puso dentro al niño y lo abandonó en un carrizal de la orilla del río. Una hermana del niño, parada á lo lejos, observaba el paradero del caso.

Natural de Nubia

»Y sucedió que la hija de Faraón descendía para bañarse en el río, acompañándola sus doncellas por la ribera; acertó á ver la cestilla en el carrizal, y enviada una doncella á recogerla, la primera la abrió y al contemplar en ella á un niño que lloraba, se compadeció y dijo: — De los niños de los hebreos es éste.

»Habíase acercado á esto la hermana del niño, y dijo: — ¿Quieres que vaya á llamarte una mujer hebrea que pueda criar al niño? — Anda, — le fué contestado, y fué la doncella y llamó á su madre.

»—Toma ese niño, le dijo la hija de Faraón, y críamelo; yo te daré tu salario.— Tomó la mujer el niño y lo crió, y después que era ya crecido lo entregó á la hija de Faraón. Esta lo adoptó en lugar de hijo, y le puso por nombre Moisés, diciendo: — Porque del agua lo saqué.»

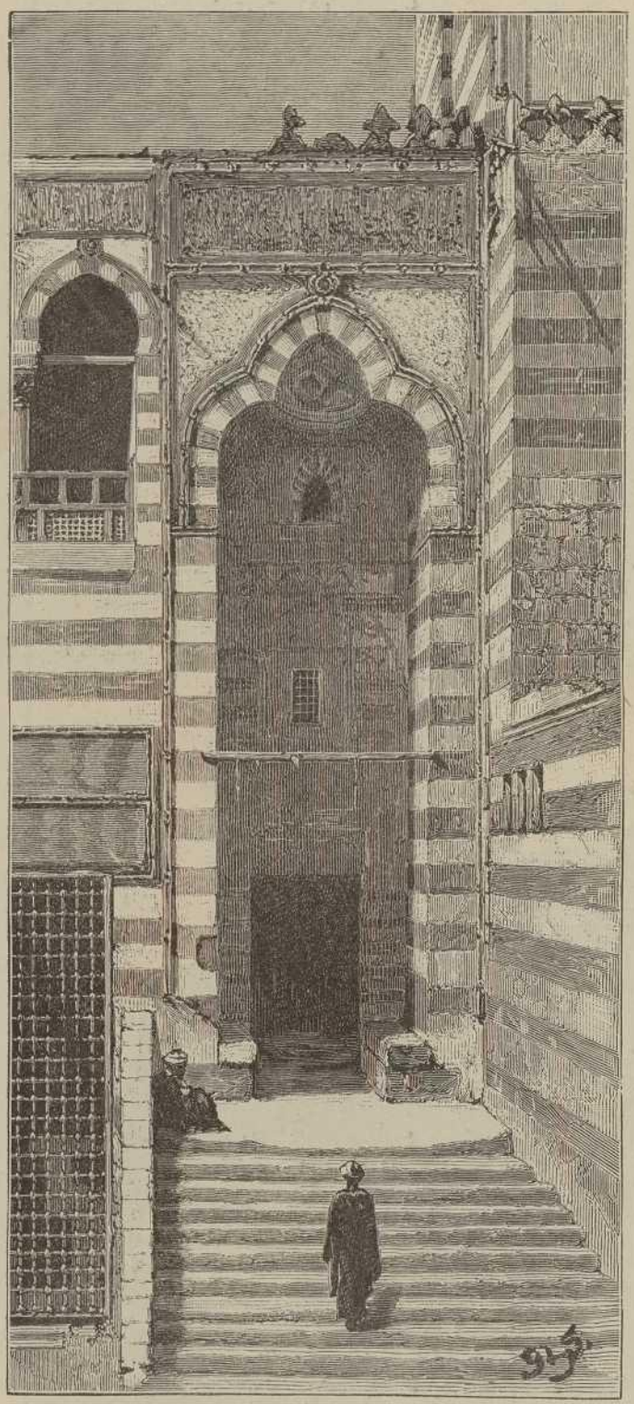
En línea recta á Masr el-Atikah, en la orilla opuesta del Nilo, está situado el

humilde lugarejo de Gizeh, el cual tiene el honor de haber dado su nombre á tres de

Mezquita del sultán Kait-Bey en el Cairo

las principales pirámides, á los monumentos que, después del Nilo, forman la principal

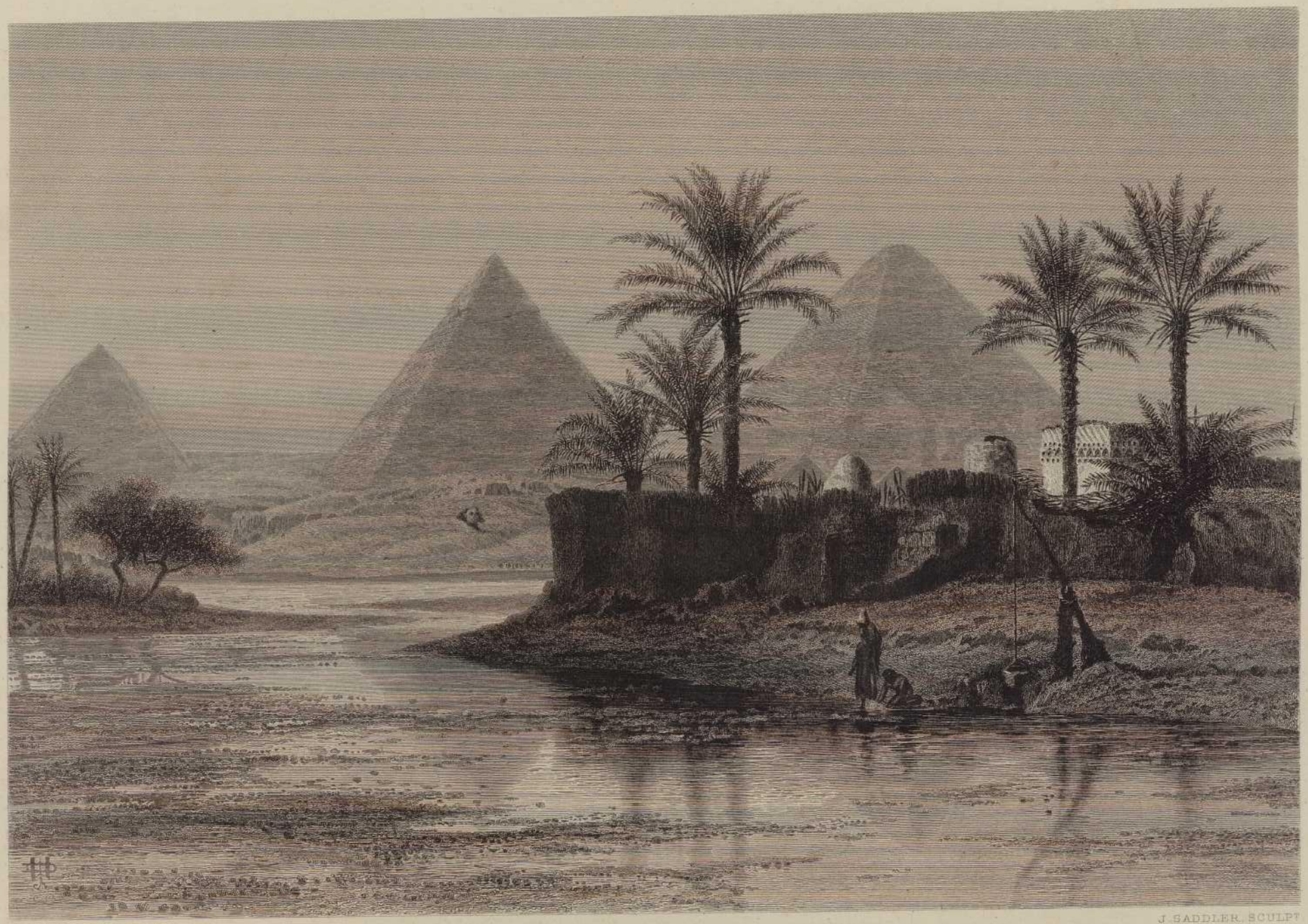
maravilla de Egipto, siendo inmóviles testigos de la sucesión de los siglos. Gizeh fué en pasados tiempos floreciente ciudad, embellecida con muchos palacios que, llevando el nombre de los mamelucos, servían de morada á opulentos mercaderes; en los primeros siglos cristianos fué sede episcopal. Campo hoy de ruinas y escombros, vense en él varias casas de pobre aspecto, miserables bazares y algunos cafés.



Entrada á la mezquita del sultán Kait-Bey

Desde allí hasta el lugar donde se alzan las grandes pirámides se cuentan unos ocho kilómetros; comiénzase por atravesar risueña y bien cultivada llanura por entre campos de trigo y á la sombra de palmeras; varias aldeas la hermosean aún más, hasta que, pasado el canal que lleva por nombre Bahr-Yusuf, queda á la espalda la región de la feracidad y la vida y ofrécese á nuestros ojos la de la esterilidad y la muerte. A la limosa tierra que, luego de retiradas las aguas del río, tan generosa corresponde á la siembra del *fellah,* suceden de pronto la arena y el cascajo; no se alcanza á ver ni un tallo de hierba, y sigue el camino por cuestas que en su superficie amarillenta reflejan con fuerza los rayos del sol. La vista de las pirámides no cesa de alentar al viajero en esta enojosa parte del viaje.

Contra aquellos colosales monumentos nada han podido hasta hoy la fuerza del tiempo, ni tampoco la fuerza de los hombres; los años y los siglos pasan sobre su mole como rocío de la mañana, sin dejar rastro ni huella. Los hombres, es cierto, en su furia devastadora quisieron también destrozarlos; pero en vano: sus esfuerzos sólo lograron descascararlos, y miles de años pasarán y es probable que las generaciones futuras los contemplen como los vemos ahora. Cual artificiales montañas se divisan á diez leguas de distancia; á proporción que el viajero se dirige hacia ellos diríase que van alejándose; pero cuando de su base le separa sólo una hora de camino



J.D.WOODWARD. PINXT

J.SADDLER. SCULPT

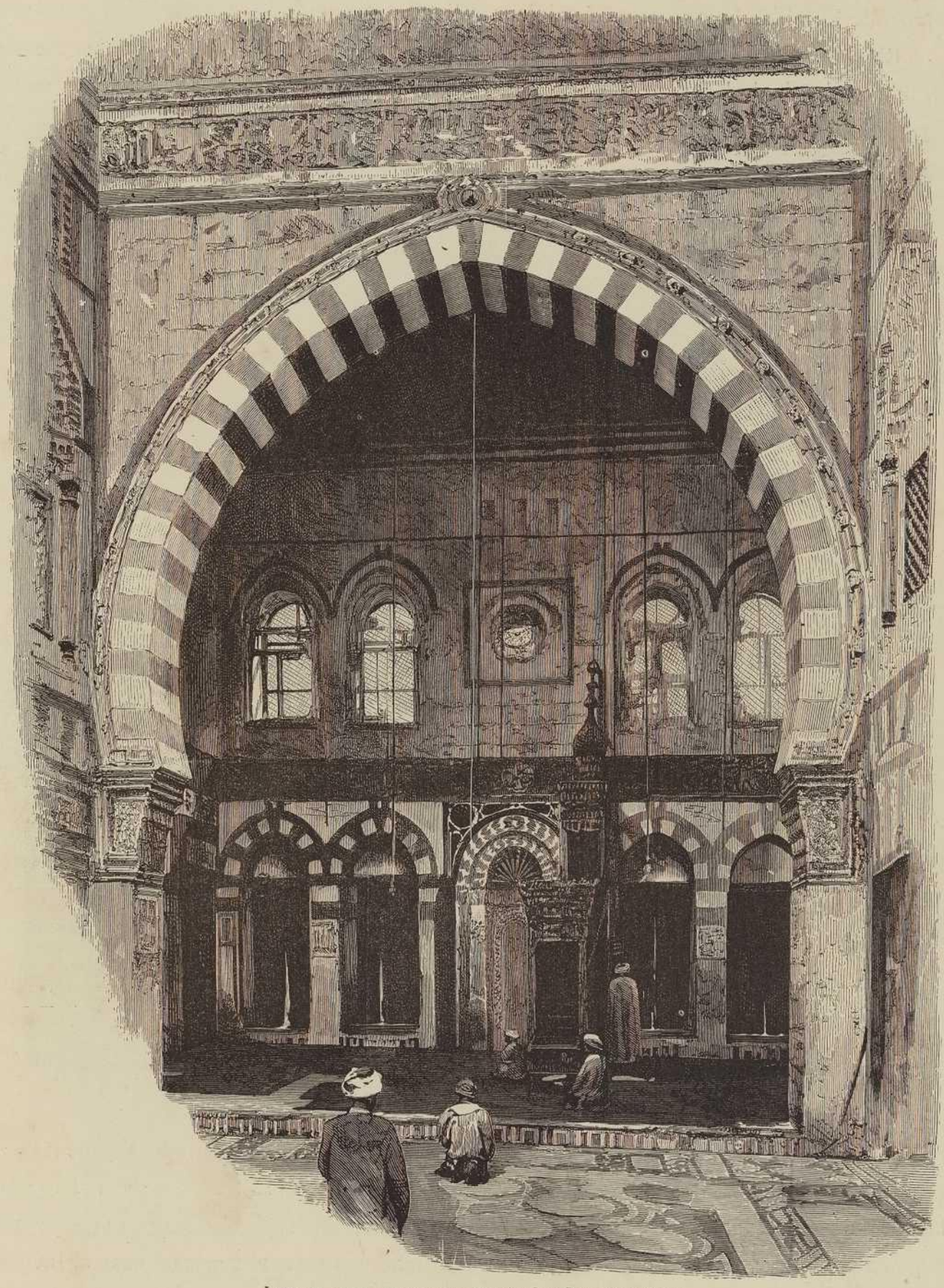
PIRAMIDES DE GIZEH.

ESPASA Y COMPª EDITORES. BARCELONA.

Pyramides de

Gizeh

parécele, tal es su altura é inmensidad, que puede tocarlos alargando la mano. Al fin llega, y todo es poco para expresar las diferentes impresiones que experimenta: la

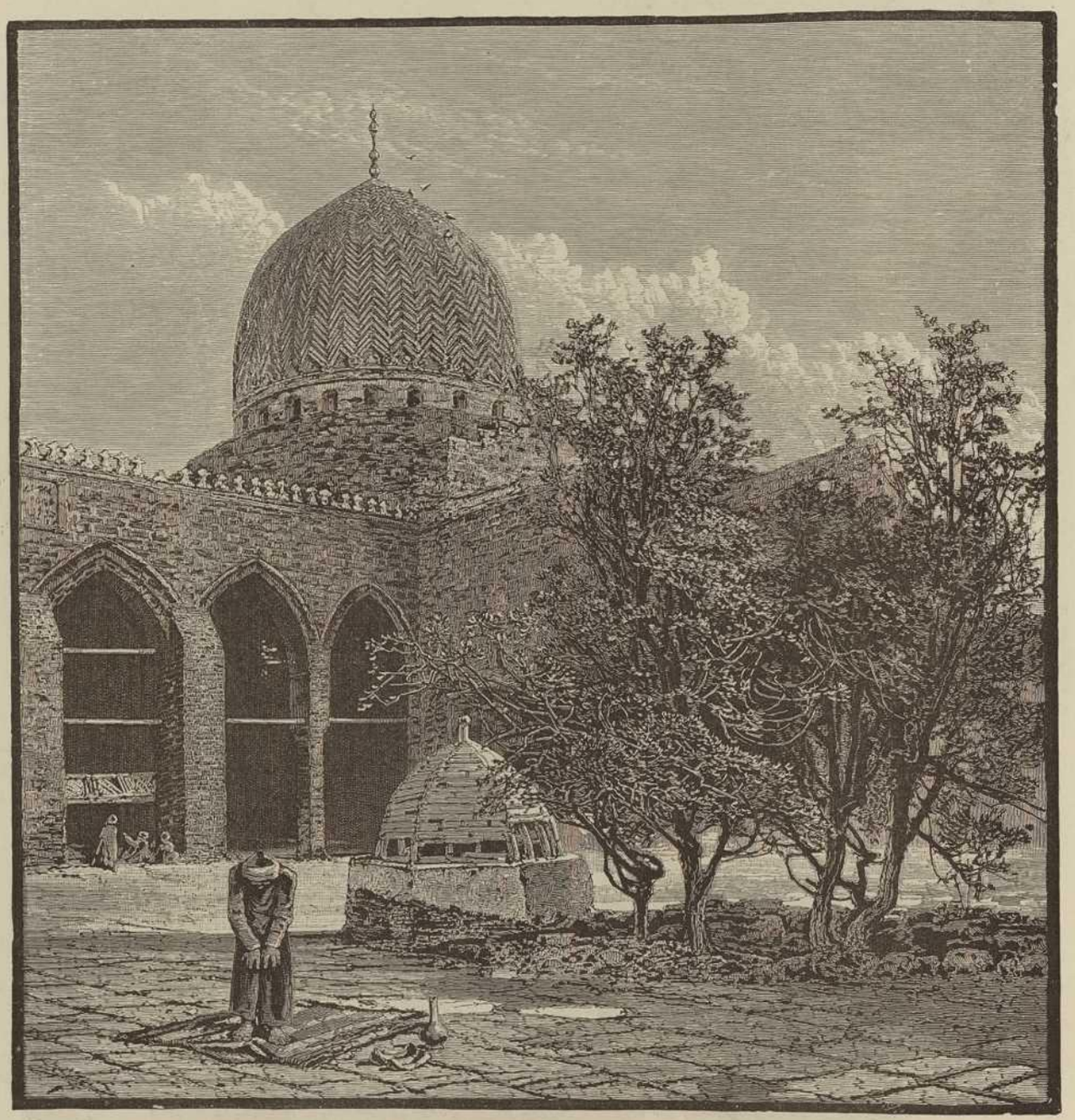


INTERIOR DE LA MEZQUITA DEL SULTÁN KAIT-BEY, EN EL CAIRO

elevación de su cúspide, su dilatada superficie, lo enorme de su base, la memoria de los tiempos de que son perenne testimonio, la idea del trabajo que costaron y la de que

aquellas inmensas moles de piedra obra son del hombre que, pequeño y débil, se arrastra á sus piés, todo contribuye á sobrecoger el ánimo de asombro que raya en terror, de humillación que se confunde con religioso respeto.

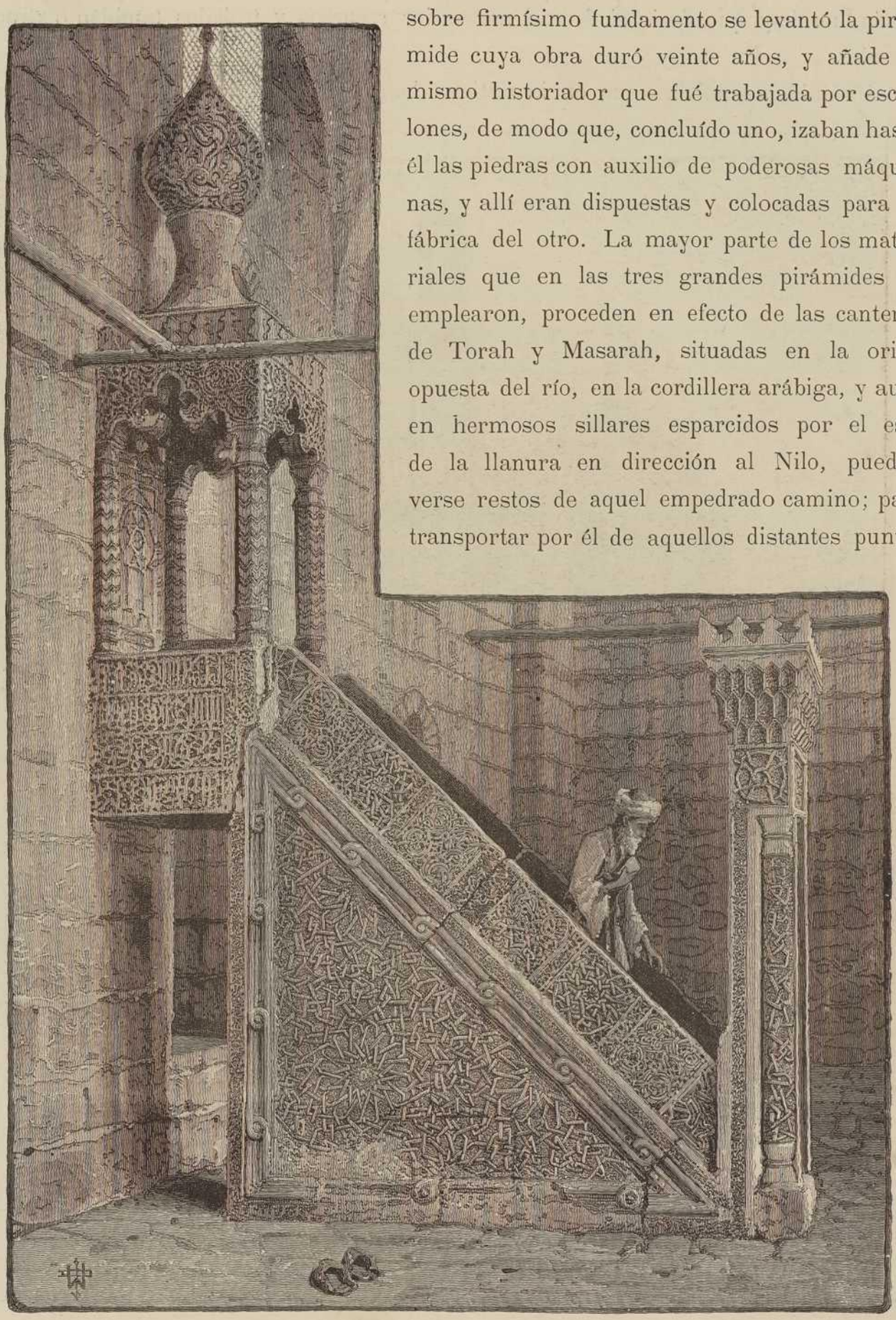
El sitio que ocupan las tres pirámides famosas entre todas forma elíptica meseta en una quebrada de la montaña líbica, meseta que está á unos cuarenta metros sobre



Patio de la mezquita del sultán Barkuk, en el Cairo

el nivel del valle, siendo su extensión de este á oeste de dos kilómetros y de uno y medio la de norte á mediodía. Toda ella un peñascal, los arquitectos que construyeron la primera pirámide, esto es, la de Cheops, que es la mayor, debieron de empezar por explanarlo, conservando, sin embargo, el núcleo suficiente para servir de base al incomparable monumento. De éste refiere Herodoto, de oídas á los sacerdotes de Memfis, que en su construcción se ocuparon cien mil hombres, relevándose cada tres meses; diez años emplearon en abrir y preparar la calzada para el transporte de la piedra;

igual tiempo les llevó el desmonte y explanación del montecillo, sobre el cual, como sobre firmísimo fundamento se levantó la pirámide cuya obra duró veinte años, y añade el mismo historiador que fué trabajada por escalones, de modo que, concluído uno, izaban hasta él las piedras con auxilio de poderosas máquinas, y allí eran dispuestas y colocadas para la fábrica del otro. La mayor parte de los materiales que en las tres grandes pirámides se emplearon, proceden en efecto de las canteras de Torah y Masarah, situadas en la orilla opuesta del río, en la cordillera arábiga, y aun, en hermosos sillares esparcidos por el este de la llanura en dirección al Nilo, pueden verse restos de aquel empedrado camino; para transportar por él de aquellos distantes puntos

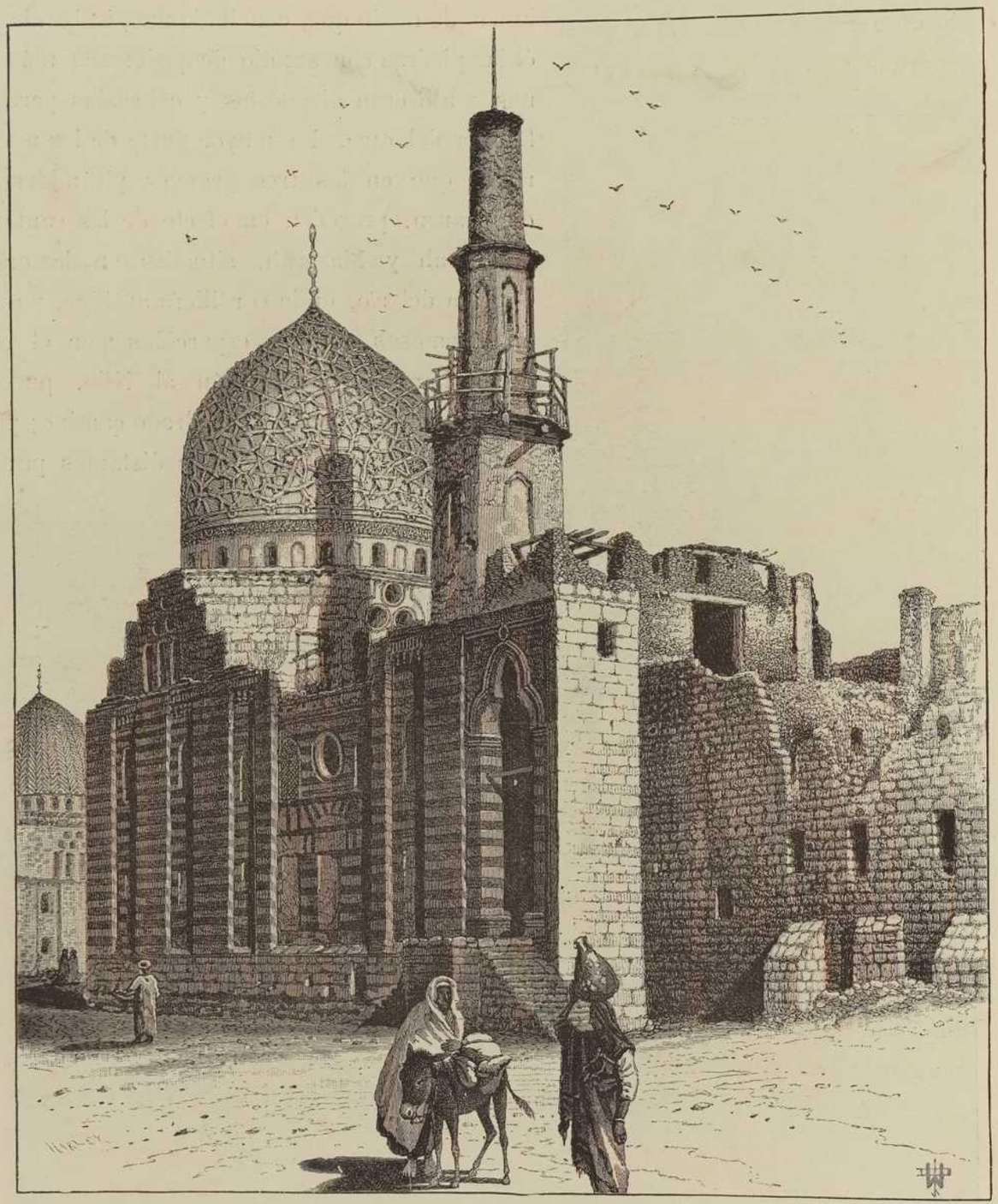


Púlpito de la mezquita del sultán Barkuk

á la eminencia en que habían de ser colocadas piedras de peso y dimensión tan enorme, atravesando las riberas del Nilo inundadas durante muchos meses, lo cual

significa que la calzada hubo de tener progresiva y extraordinaria elevación y resistencia, no hay que decir si fueron necesarios recursos y trabajos también extraordinarios.

Pirámide es palabra que en la antigua lengua egipcia significa, según algunos,

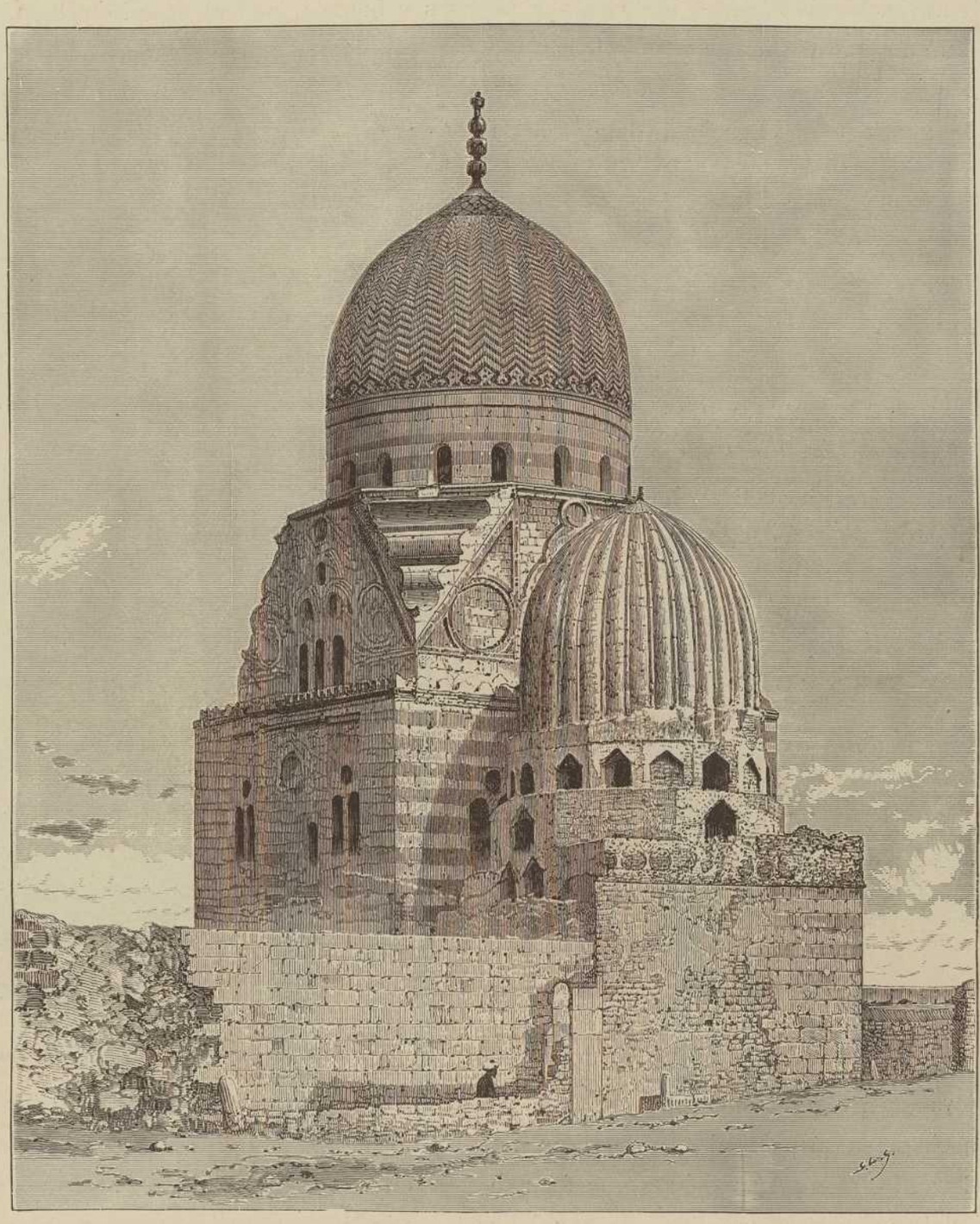


Mezquita del sultán El-Achaf Barsebai, en el Cairo

altura, y según otros *sepulcro,* ya que *pir* ó *bir* equivale á *hoyo,* y *amis* ó *amit* á *cadáver.* Los árabes dan á estos monumentos el nombre de *Harans.* Las tres pirámides que tenemos delante siguen la línea de nordeste á sudoeste; la mayor precede á las otras dos por el lado del norte; la más pequeña es la más meridional. Alrededor de las dos

principales corría un foso abierto en la peña, foso casi del todo cegado por la arena; además, la segunda y tercera estaban circuídas por un muro.

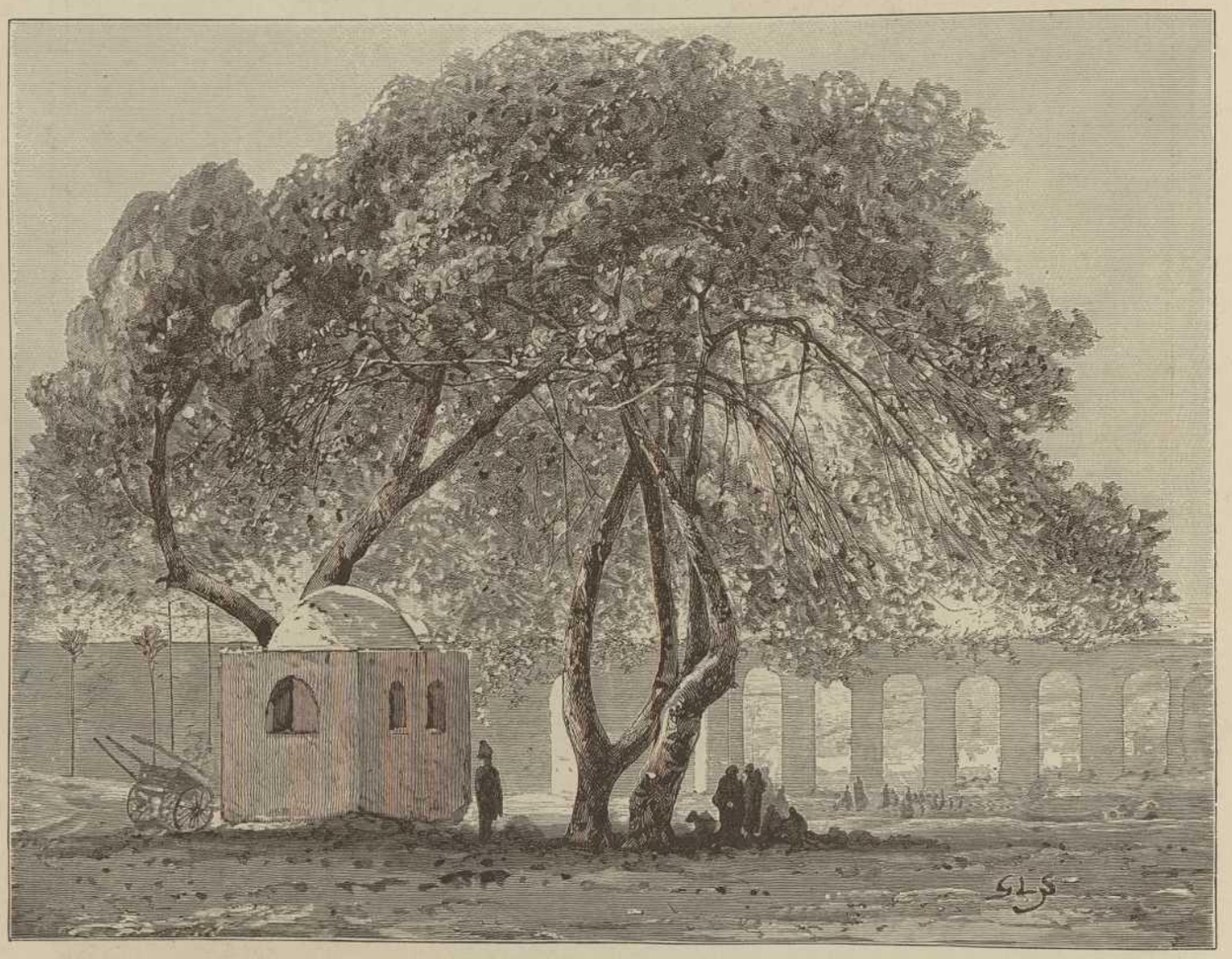
La extática contemplación en que queda el viajero ante aquellas fábricas que son



Mezquita funeraria en el cementerio meridional del Cairo

las más antiguas de los tiempos históricos, suele verse turbada por los árabes que en tumultosa algazara acuden de inmediata aldea, que le brindan con sus servicios y que entre sí se disputan el derecho y la ganancia de servirle de guías. Y sin ellos, en verdad, muy difícil sino imposible sería verificar la ascensión á la gran pirámide, así como arriesgarse después por sus senos tenebrosos. Arrancando el revestimiento,

las piedras que éste cubría forman en efecto verdaderos escalones, pero son tan altos, ó por decir mejor tan gigantescos, que subirlos sería ardua empresa á no ayudar tres ó cuatro árabes ágiles y vigorosos, tirando los unos desde arriba y empujando los otros desde abajo. Media hora de incesantes y penosos esfuerzos, con el auxilio y todo, se emplean en la ascensión, y cuando jadeante y casi sin aliento sube el viajero el postrer escalón encuéntrase en una plazoleta de diez metros por lado, á una altura de ciento treinta y siete sobre el suelo de la base. En otro tiempo contaba algunos metros más



Un sepulcro en las afueras del Cairo

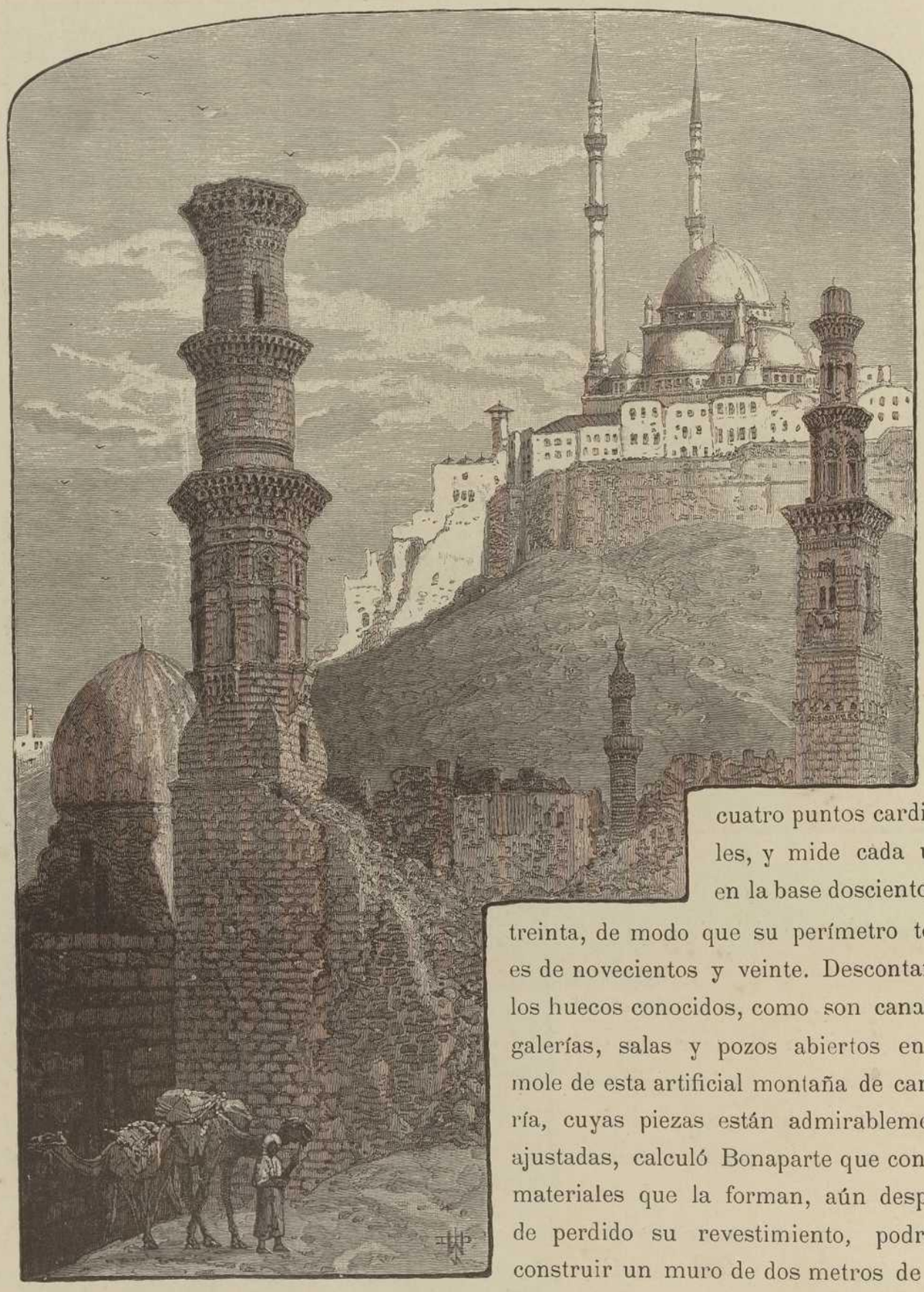
de elevación y algunos menos de espacio, y esto era cuando los califas no habían aún desmochado su cúspide, ni arrancado, para emplearlos en las mezquitas y en las murallas del Cairo, los magníficos sillares que formaban el exterior revestimiento. Admirable y sin igual es el panorama que desde aquel observatorio se descubre: á nuestros piés la dilatada llanura que oculta bajo montecillos de escombros las ruinas de Memfis; aquí las pirámides de Aburoach, de Gizeh, de Abusir, de Sakkarah, de Dachur, de Matanyeh y de Meidum; allá los grandes bosques de palmeras de Mit-Rahineh y de Bedrechein, cuyo verdor contrasta con los arenales que los rodean, y los campos de Embabeh, teatro de la victoria alcanzada por Bonaparte contra Murat-Bey y sus escuadrones de mamelucos; en la opuesta orilla del río, Bulak con el Cairo antiguo y nuevo, cuyos

esbeltos y blancos alminares rasgan el azulado cielo; más lejos el solitario obelisco de Heliópolis, y unido á todo esto el espléndido valle del Nilo que se abre entre las cordilleras paralelas de Arabia y Libia y se pierde en el horizonte. Hermoso cuadro ante el cual quedan cautivos los ojos y la fantasía, y más hermosos y más fascinadores aun los grandes recuerdos que su vista evoca, los ilustres nombres que repiten los ecos de una pirámide á otra desde los Faraones hasta Napoleón.

VISTA DE LA LLANURA DE MEMFIS DESDE LO ALTO DE LA GRAN PIRÁMIDE

La gran pirámide en su estado actual compónese de doscientos y tres escalones que, conforme se ha dicho, le dan sobre el peñasco que la sustenta una altura vertical de ciento treinta y siete metros

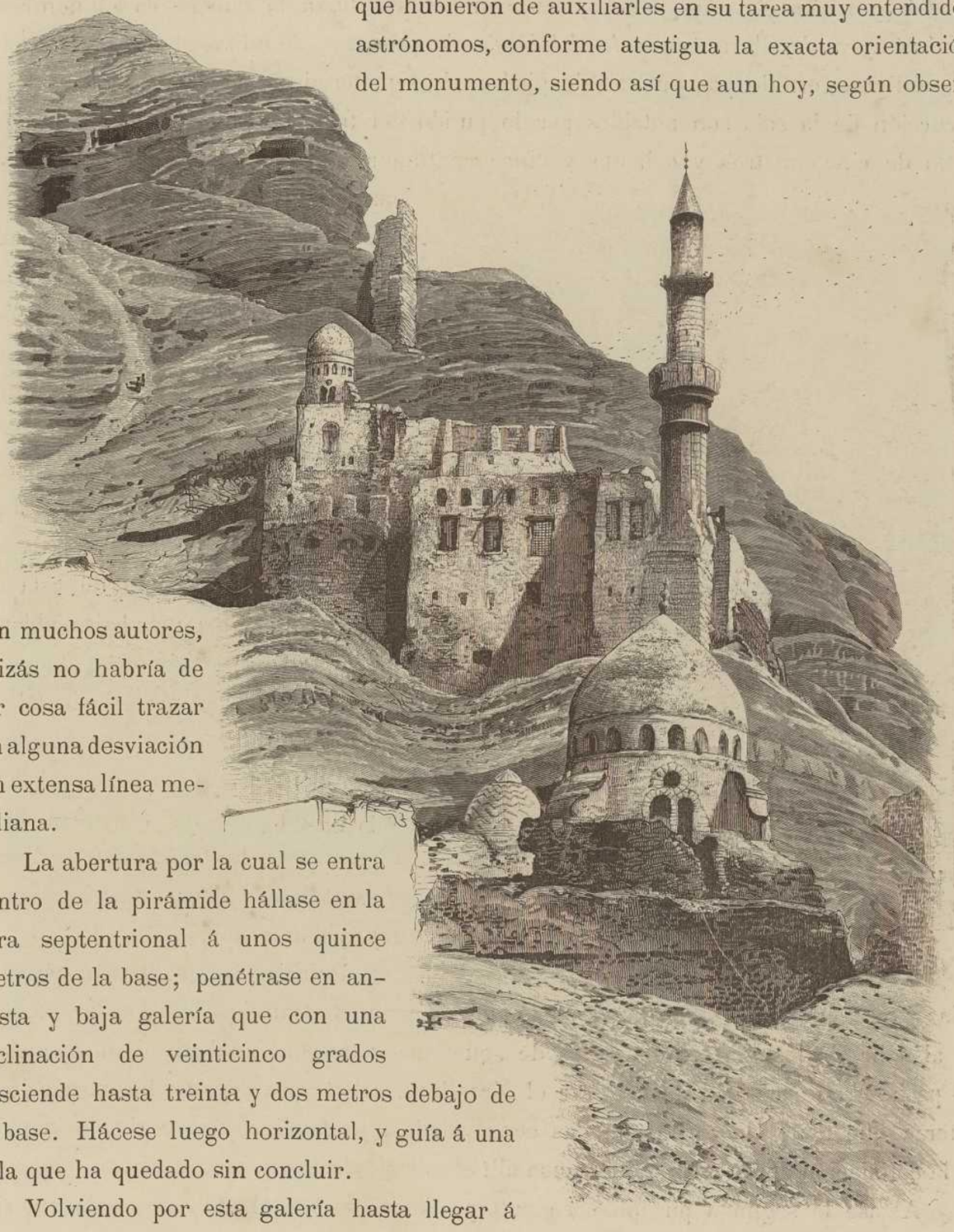
y ciento y ochenta de elevación oblicua; sus cuatro caras están orientadas hacia los



La ciudadela del Cairo
vista desde los sepulcros de los mamelucos

cuatro puntos cardinales, y mide cada una en la base doscientos y treinta, de modo que su perímetro total es de novecientos y veinte. Descontando los huecos conocidos, como son canales, galerías, salas y pozos abiertos en la mole de esta artificial montaña de cantería, cuyas piezas están admirablemente ajustadas, calculó Bonaparte que con los materiales que la forman, aún después de perdido su revestimiento, podríase construir un muro de dos metros de altura por treinta centímetros de espesor que diese la vuelta á todo el territorio de Francia. Medítese aquí otra vez, diremos, en el inmenso trabajo en los colosales esfuerzos que suponen el transporte de tal masa de piedra y el disponerla y ajustarla con

arte perfectísimo hasta convertirla en el gigantesco edificio del cual, en el transcurso de tantos siglos, no ha cedido ni una hilada, ni se ha movido un solo sillar; atiéndase á la consumada habilidad de los arquitectos que realizaron obra semejante, y no se olvide que hubieron de auxiliarles en su tarea muy entendidos astrónomos, conforme atestigua la exacta orientación del monumento, siendo así que aun hoy, según observan muchos autores, quizás no habría de ser cosa fácil trazar sin alguna desviación tan extensa línea meridiana.

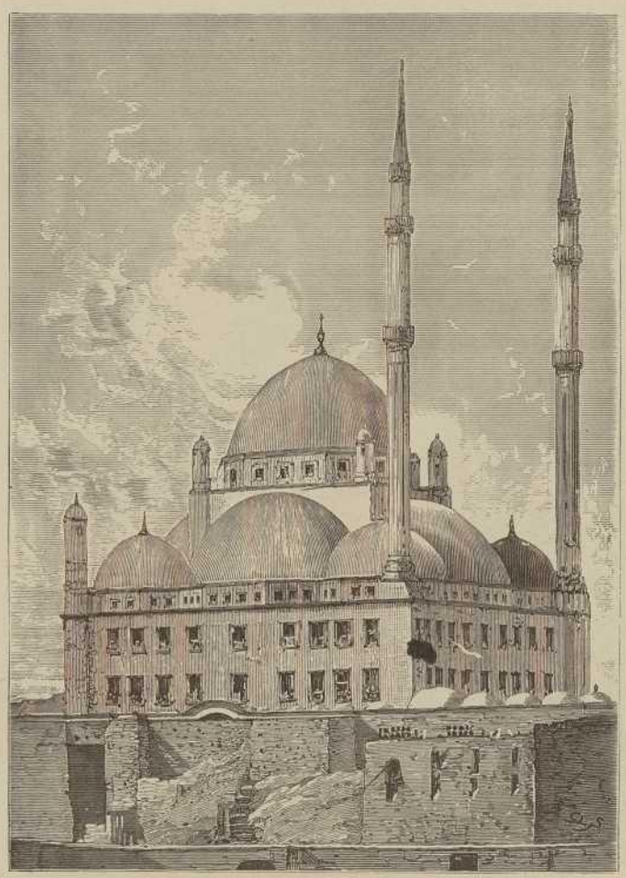


Mezquitas en las laderas del Mokattam

La abertura por la cual se entra dentro de la pirámide hállase en la cara septentrional á unos quince metros de la base; penétrase en angosta y baja galería que con una inclinación de veinticinco grados desciende hasta treinta y dos metros debajo de la base. Hácese luego horizontal, y guía á una sala que ha quedado sin concluir.

Volviendo por esta galería hasta llegar á veinticinco metros de la abertura exterior, tómase un pasadizo ascendente que lleva á una galería horizontal, y por ésta se va á la sala llamada *de la Reina*, sala que se encuentra precisamente en el gran eje vertical de la pirámide, á ciento diez y ocho metros de la plazoleta superior y á veintidós de la base. Cúbrenla hermosos sillares formando bóveda, y no es menos bella la piedra

de sus paredes; vacía actualmente, mide cinco metros y ochenta centímetros á lo largo por cinco metros á lo ancho. Retrocedamos ya al opuesto extremo de la horizontal galería, y continuación del pasadizo ascendente que antes nos ha conducido á ella, preséntase otra elevada y ancha, también ascendente, á la que se da el nombre de *galería grande;* lleva á la *sala del Rey,* sala precedida de un vestíbulo que estaba en lo antiguo cerrado por puertas de piedra. Los materiales que entraron en la construcción de la sala son notables por lo pulido del trabajo y la perfección del ajuste; alta de cinco metros y ochenta y cinco centímetros, mide á lo largo diez metros y cuarenta y cinco centímetros por cinco metros y treinta centímetros á lo ancho. El granítico sarcófago en ella contenido, para el cual fué, al parecer, elevado el colosal monumento, tiene de longitud dos metros y treinta centímetros por un metro de anchura, y es sonoro como una campana; vacío há largo tiempo, sin la momia real allí encerrada, ha perdido también la tapa que lo cubría. Encima de esta sala existen otras cinco más bajas, abiertas, á lo que se cree, sin más objeto que aligerar el enorme peso de la fábrica; en una de ellas se ha encontrado escrito con jeroglíficos el nombre del rey Chufú, del cual no pasan de ser alteraciones los de Sufís y Cheops, y con el último es esta pirámide comunmente conocida.



Mezquita de Mehemet-Alí, en el Cairo

Reina en sus subterráneas estancias y en una especie de profundo pozo que las pone en comunicación un calor excesivo, y al salir de los misteriosos senos de aquel mausoleo sin igual en el mundo, siente el pecho gran necesidad de respirar el aire libre. Obsérvese además la extraordinaria fuerza que tiene el eco en aquellas concavidades: hasta diez veces repite los sonidos, y la detonación de un cachorrillo causa allí el mismo efecto que un cañonazo.

Alzase la segunda pirámide á ciento y ochenta metros al sudoeste de la anterior; casi tan grande como ésta, mide ciento treinta y cinco metros de altura vertical y doscientos y diez en la base de cada una de sus caras. En su parte superior conserva todavía el primitivo revestimiento, lo cual no es obstáculo para que trepen hasta su vértice los árabes de la cercana aldea. El viajero italiano Belzoni, en el año de 1816, fué el primero en descubrir la entrada de este funerario monumento, y entonces por

un escrito arábigo hallado en lo interior adquirióse noticia de que el sultán El-Aziz Othmán, en el año de 1200, había entrado en la pirámide y después de violar el sarcófago de granito en ella contenido, había mandado tapiar la puerta. Hállase ésta situada, al igual que en la de Cheops, en la cara septentrional, pero á flor de tierra, ó sea en la línea de la base, y sus galerías y salas están todas excavadas en la peña

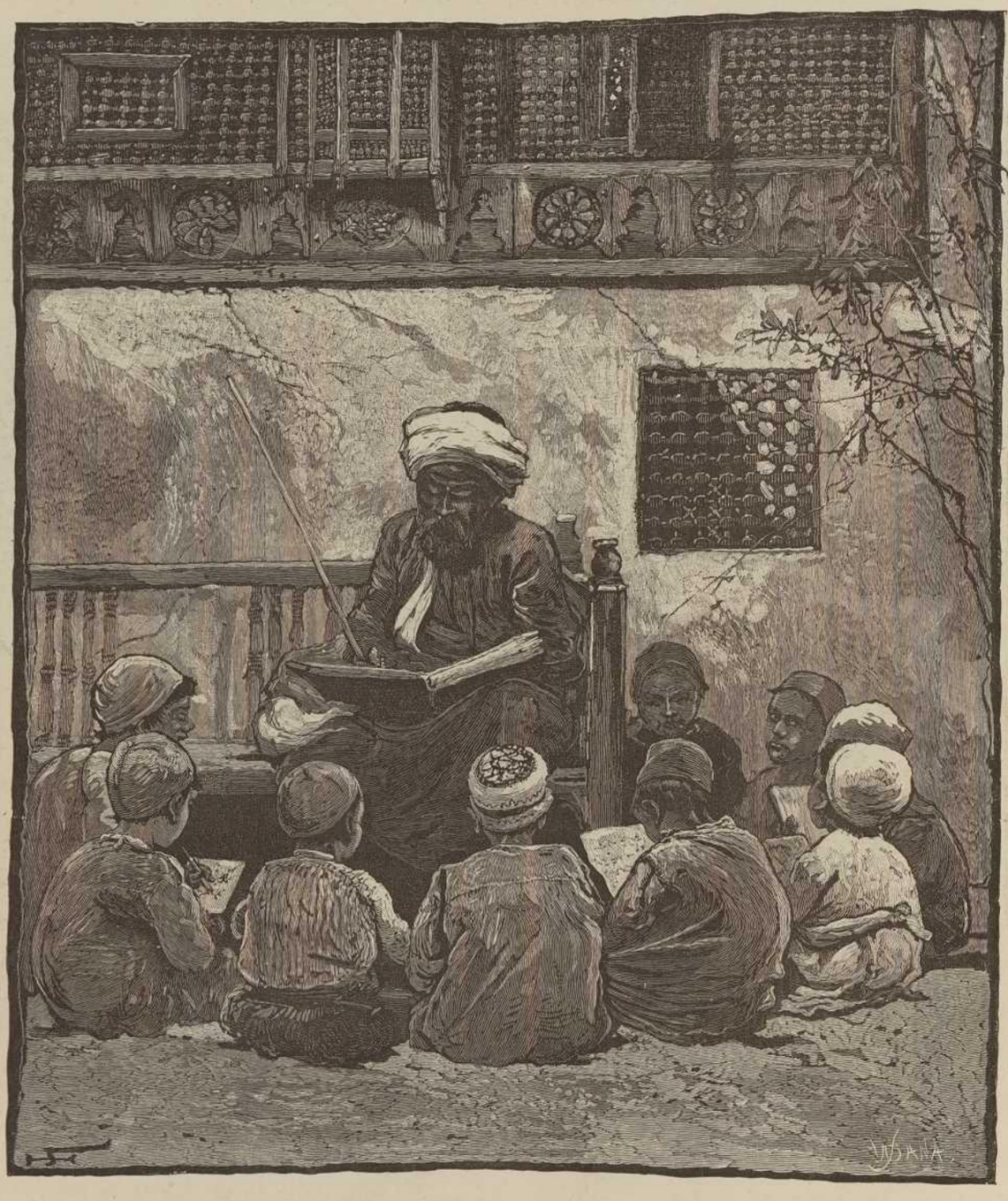
Vista del Cairo, del Nilo y de las Pirámides desde la altura de la ciudadela

viva del monte; en la sala central, de dimensiones casi iguales á las de la sala del Rey en la pirámide anterior, vese el violado sarcófago, del cual falta igualmente la tapa.

Sábese por Herodoto que el rey Chefren construyó el monumento; el nombre de este soberano no ha sido descubierto en la misma pirámide, como sucedió con el de Cheops ó Chufú, pero se ha leído en uno de los inmediatos sepulcros, acompañado de la representación de una pirámide.

La más pequeña de las tres, situada igualmente á ciento y ochenta metros al sudoeste de la segunda, alcanza apenas á ser como una tercera parte de la primera;

afirma Herodoto y atestíguanlo los residuos existentes, que tuvo un revestimiento de granito. Abierta en la época de los califas y cerrada de nuevo después, no fué explorada hasta el año de 1837, en que penetró en ella el coronel inglés Wyse y descubrió en una de sus salas el ataud con la momia del rey Menkeres, que fué su cons-



Escuela primaria en el Cairo

tructor; Herodoto le llama Mycerino. Momia y ataud se encuentran ahora en el Museo Británico de Londres; el sarcófago de piedra en que estuvieran encerrados cayó al mar en la travesía.

Los monarcas que construyeron las dos primeras pirámides, de los cuales dicen los autores de la antigüedad haberse hecho odiosos á sus súbditos á causa de los

sacrificios que les impusieron para la gigantesca obra, quizás, según expresión de Bossuet, no llegaron á gozar de su sepulcro; lo cierto es que sus restos han desaparecido.

Otras tres pirámides más pequeñas se alzan cual satélites junto á las mayores que quedan descritas, y es probable que sirvieran de panteón á príncipes de la familia real; excepto una, la más inmediata al esfinge, que conserva casi íntegro su revestimiento, preséntanse las otras dos en estado de gran deterioro.

Cortejo de bodas en el Cairo

Mucho se ha discurrido acerca de estos portentosos monumentos erigidos quizás tres mil y quinientos años antes de Jesucristo, y no son pocas las suposiciones á que han dado lugar su origen y destino. Así, por ejemplo, á dar crédito á una tradición copta, un rey por nombre Surid que supo en sueños cien años antes del diluvio la gran catástrofe que iba á experimentar el mundo, construyó las pirámides para depositar en ellas sus tesoros, los restos de sus antepasados y los libros que contenían toda la ciencia humana. A principios de la Edad Media, por creerlas del todo huecas, eran tenidas por los trojes que dispusiera Josef en previsión de la carestía; más modernamente se ha dicho haberse erigido como dique á los arenales del desierto líbico, y además se ha querido ver en ellas monumentos astronómicos, asegurando que hicieron las veces de colosales gnomos para determinar los solsticios, los equinoccios y por con-

secuencia la duración del año solar. No falta quien ha sostenido que la gran pirámide era además un monumento metrológico destinado á servir de contraste para toda clase de medidas, pero es lo cierto que los antiguos siempre y unánimemente tuvieron las pirámides por sepulcros, y que si bien es posible que obedeciese su orientación á una idea astronómica, no puede caber duda en que fueron erigidas para contener las regias momias, conforme lo prueba haberse hallado en todas sarcófagos. Y la causa de estar construídas en el punto donde existen, observa el padre Dalfi, no fué otra que la ley ó costumbre egipcia de situar las necrópolis al occidente de la población para significar el ocaso de las almas de la presente vida á la otra.

MÚSICOS QUE ACOMPAÑAN EL CANTO DE LAS ALMEAS

Escritores ha habido y hay aún á quienes aquel destino funerario aflige, y no conciben como para cosa tan pequeña como es un cadáver pudo hacerse tan gran monumento; con enojo ó lástima mira cierta filosofía la gigantesca obra de los Faraones, y esto motivó, ya á principios de este siglo, estas bellas consideraciones del vizconde de Chateaubriand:

«Algo más que una mole de piedra y un sarcófago ha de verse en la pirámide de Cheops; mausoleo semejante no lo elevó el hombre obedeciendo á la idea de su anonadamiento, sino antes bien al instinto de su inmortalidad; aquel sepulcro, más que señalar el fin de la existencia de un día, es el mojón que indica el comienzo de una vida sin fin, es como una puerta perpetua edificada en los confines de la eternidad...

»Quisiérase hoy que tuviesen todos los monumentos una utilidad física, sin pensar que existe para los pueblos una utilidad moral de categoría muy superior, hacia la cual tendían las legislaciones antiguas. ¿Habrá quién pueda sostener no ser una gran lección la vista de un sepulcro? Pues si algo y mucho enseña, ¿por qué tomar á mal que quisiera un rey perpetuar esta enseñanza? Parte esencial de la gloria de una sociedad humana son los grandes monumentos, y á menos de sostener ser igual para una nación dejar ó no dejar nombre en la historia, es de todo punto imposible condenar unos edificios que llevan la memoria de un pueblo más allá de su propia existencia y hácenle vivir contemporáneo de las generaciones que acuden á establecerse en sus campos incultos y desiertos. ¿Qué importa, siendo así, que sean esos edificios anfiteatros ó sepulcros? En la tierra de un pueblo muerto todo son sepulcros, y cuando el hombre desaparece, los monumentos de su vida son aún más vanos que los de su muerte; su mausoleo es por lo menos de utilidad á sus cenizas; pero sus palacios ¿qué conservan de sus placeres?

»Sabido es, rigurosamente hablando, que con un hoyo nos basta y que en seis piés de tierra coge el hombre más grande del mundo; á Dios puede adorarse al pié de un árbol lo mismo que debajo de la cúpula de San Pedro; así se puede vivir en una choza como en el alcázar del Louvre, y este modo de raciocinar no tiene más vicio que el de confundir las ideas y las cosas. Un pueblo no es más dichoso cuando vive en la ignorancia de las artes que cuando deja admirables testimonios de su genio... En poesía y en filosofía puede un pueblo semibárbaro disfrutar de los bienes todos, mas la historia implacable le someterá siempre á iguales calamidades que á los demás hombres... En cuanto á mí, lejos de tener por insensato al monarca que construyó la gran pirámide, mírolo por el contrario como á un rey de levantado ánimo; la idea de vencer al tiempo por medio de una tumba, de reducir á generaciones, leyes, costumbres y edades á estrellarse al pié de un sepulcro, no pudo nacer en vulgar corazón, y si orgullo fué, ha de reconocerse que fué también grandiosa altivez. Vanidades que, como la de la gran pirámide, duran hace tres ó cuatro mil años, ha de convenirse en que algo representan en el mundo.»

Merecen igualmente ser conocidas las palabras que han inspirado las pirámides al egiptólogo Augusto Mariette: «Las sepulturas egipcias, dice, tienen el secreto de su grandeza en las creencias que proclaman. Importa que en un día dado esté pronto el cuerpo á recibir el alma que otra vez vendrá á animarlo, y así es como esas momias que con tan indiscreta curiosidad perseguimos aguardan una segunda existencia que no estará sujeta al dolor como la primera, y que no tendrá fin. Las hermosas sepulturas que admiramos en los llanos de Tebas y de Sakkarah, no fueron debidas á la soberbia de quien las erigió: más alto pensamiento inspiró su construcción. Cuanto más enormes son los materiales, mayor es la seguridad de que las promesas de la religión serán cumplidas, y en este sentido no son las pirámides monumentos de la vana ostentación de los príncipes, sino testimonios gigantescos de un dogma consolador.»

Hacia el este, á quinientos metros de la segunda pirámide álzase en medio del arenal la enorme y enigmática figura del Esfinge, el padre del terror *(Abu'l hul)*, como le llaman los árabes, ofreciendo aún en el rostro y en los adornos de la cabeza irrecusables vestigios de la pintura de que estuvieron cubiertos hace miles de años. Figura un león con cabeza, al parecer, de mujer, y son sus dimensiones colosales, como que mide cincuenta y siete metros desde el extremo de sus garras hasta el arranque de la cola, y nueve de la barba á la frente. El semblante, aunque mutilado, pues le falta parte de la nariz, pertenece más que al tipo negro, al puro egipcio, y está en actitud como de quien observa y escucha. Esculpido en el propio sitio que ocupa, está formado por enorme peñasco, y cuando en el año de 1817 el viajero italiano Caviglia desmontó el terreno inmediato, descubrió entre las garras del esfinge un templete monolito, un león y tres cartelas, en una de las cuales estaba representado el rey Thutmés IV ofreciendo incienso y libaciones al coloso divinizado. Invadida de nuevo

por la arena la parte inferior del monumento, exhumóla otra vez M. Mariette en el año de 1852, y por una inscripción entonces descubierta vínose en conocimiento de ser el coloso representación de la deidad Har-em-Khu, el Harmachis de los griegos, ó sea el sol naciente. En el día vuelve á estar enterrado hasta los hombros, y templo

El esfinge

é inscripciones, todo ha desaparecido bajo enormes capas de arena. Vese en la cabeza del monstruo cuadrada abertura semejante á un pozo de más de un metro de profundidad; de ella se creía haber servido de escondrijo á los encargados de proferir los oráculos sagrados; sin embargo, M. Mariette observó en la piedra señales idénticas á las que deja en el brocal de un pozo el continuo rozamiento de la cuerda, y de ello

E.J.POYNTER. R.A. PINXT

F. JOUBERT. SCULPT

LA HORA DE LA COMIDA DE LAS IBIS SAGRADAS EN EL TEMPLO DE KARNAK.

ESPASA Y COMPª EDITORES, BARCELONA.

dedujo que anualmente, en ciertas festividades, se izaría hasta la cabeza de Harmachis, como religioso adorno, alado disco, afianzado luego por medio de una espiga en aquel agujero.

A la distancia de doscientos pasos descubrió el mismo egiptólogo los residuos de hermoso monumento de granito y alabastro, por él considerado como el templo del propio esfinge, al cual le unía una calle ó camino sagrado *(dromos)*. La línea recta en toda su severa pureza constituye el único ornamento de un edificio, cuya antigüedad, según M. de Saulcy, excede á no dudar á cuantos monumentos existen actualmente en el mundo. En él, en una de las salas laterales, fué descubierta una preciosa estatua de Chefren y fragmentos de otras, representando al mismo rey fundador de la segunda pirámide; esto hace pensar que de él puede datar la construcción del templo, pero M. de Saulcy lo cree anterior á aquel reinado.

A once kilómetros de las grandes pirámides de Gizeh por el lado del sudeste, á poniente del pueblo de Abusir, que ocupa, á lo que se cree, el sitio de uno de los extensos barrios de Memfis y que conserva en el nombre vestigios del de Osiris, vense cuatro pirámides arruinadas; de su revestimiento de cantería casi nada queda, y mide la mayor cincuenta metros de altura por ciento y diez en la base.

Al mediodía, á la distancia de un kilómetro, hállase lo que vulgarmente se llama el *Pozo de las aves,* y consiste en varias aberturas que dan entrada á dilatadas y subterráneas galerías, en las que existen en vasijas con regularidad colocadas infinitas momias de ibis, ave sagrada para los antiguos egipcios, y también de gatos, de serpientes y otros reptiles. Singular espectáculo que otra vez acredita los desvaríos en que han caído los pueblos, aun los más sabios y cultos, como el egipcio, antes de recibir la luz de la revelación, y que no es el único; en Sakkarah visitaremos la necrópolis de los bueyes Apis, y en distintos puntos de Egipto existen catacumbas de cocodrilos, chacales y de diferentes animales embalsamados con gran esmero.

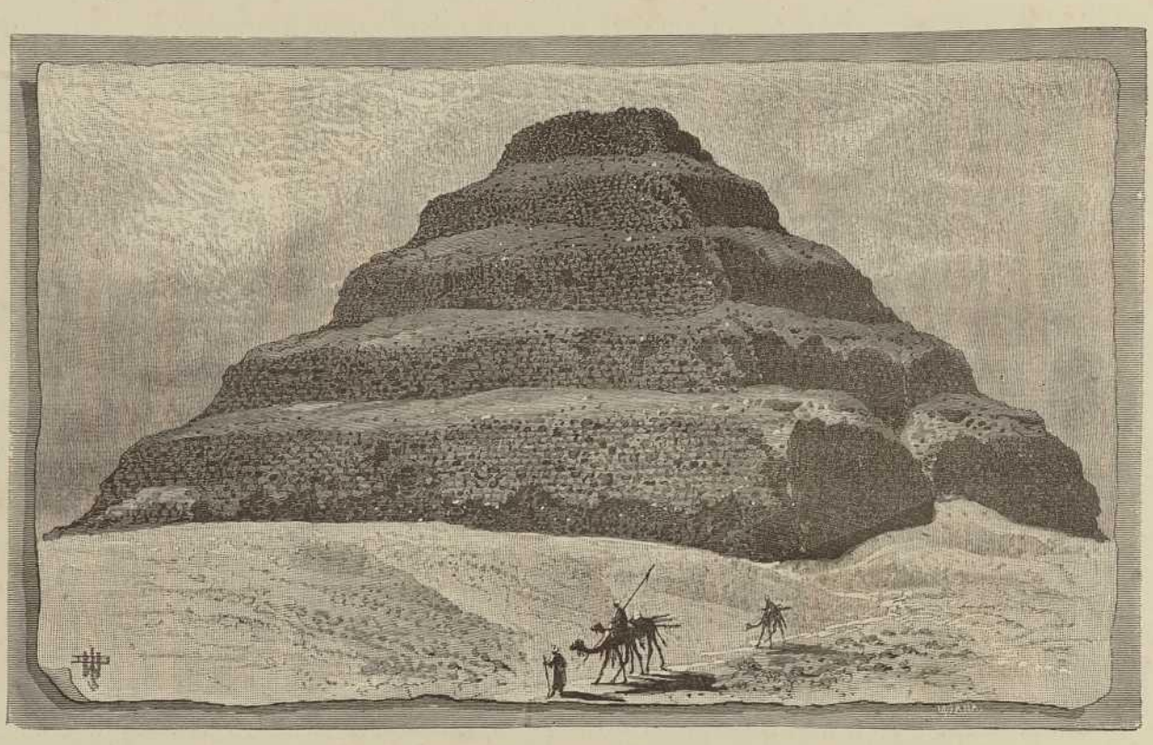
Nueve son las pirámides más inmediatas á Sakkarah y Dachur; la mayor llamada por los árabes Haram el-Kebireh (la Gran pirámide), compónese de ciento y cincuenta y dos hiladas y mide unos cien metros de altura; su base es de doscientos. Muy deteriorada en su parte inferior, conserva en la superior su revestimiento.

Lleva otra de esas pirámides el nombre de *Mastabat Faraun* (trono de Faraón), debido á la tradición según la cual allí administraron justicia los antiguos reyes, ó quizás, á lo que algunos piensan, á haber sido como el pedestal de una gran estatua del soberano. Los pisos ó gigantescos escalones que la forman son otras tantas pirámides truncadas cada una de las cuales mide trece metros de altura.

Nos encontramos en medio de la necrópolis de Memfis, y por todos lados se alzan á nuestro alrededor pirámides; fueron todas, según M. de Saulcy, tumbas reales, y son en número de sesenta y siete. Pasa el camino junto á la de Sesurenra, rey de la quinta dinastía ó elefantina, que reinó unos tres mil y quinientos años antes de la era cristiana, y conviene que el viajero se detenga á contemplarla, en cuanto por ella

se viene en conocimiento de la manera como eran edificadas estas enormes fábricas. En efecto, por su estado de ruina descúbrese que se empezaba por construir una pequeña pirámide que servía de núcleo y que sobre ella iban aplicándose sucesivas capas de piedra. Algunos de estos monumentos, aunque todos en el conjunto de forma piramidal, varían en la disposición de sus líneas, como hemos visto en el de Mastabat.

Atravesando la aldea de Sakkarah, en cuyo nombre se conserva memoria del culto de Phtah-Sokaris, la gran deidad de Menfis, llégase á poco á la línea de arena que forma los confines del desierto. Hasta allí llegaba la dilatada necrópolis, y no es raro encontrar por el suelo huesos humanos y embreadas telas de momias, atestiguando el



Pirámide de Mastabat Faraun, en Sakkarah

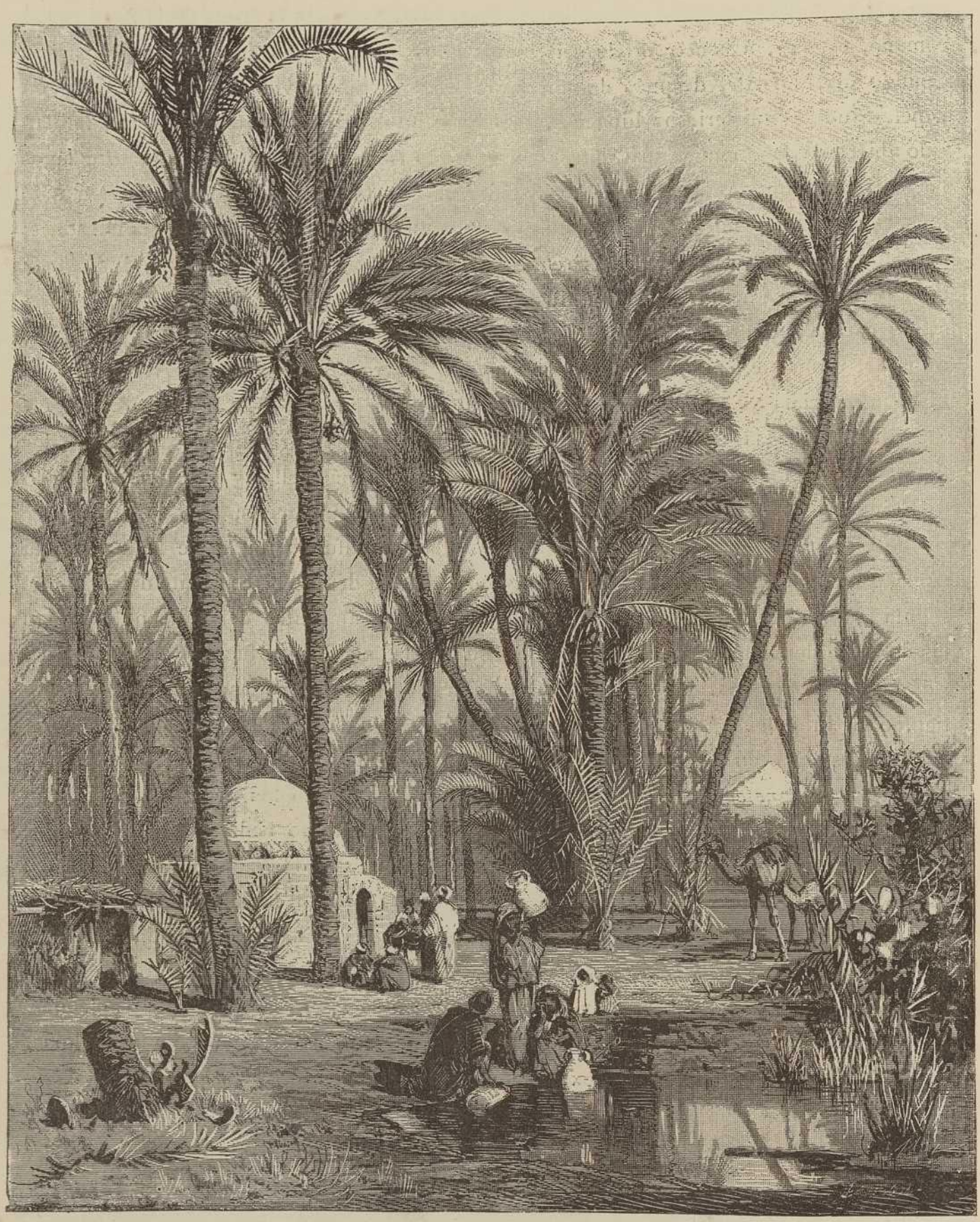
vandálico afán con que los cazadores de antigüedades han explorado aquellos campos de la muerte. Varios sepulcros por demás notables, á causa de sus ricas esculturas y pertenecientes á particulares, salieron á luz en las excavaciones practicadas bajo la dirección de M. Mariette; pero nada tan interesante como el descubrimiento que éste realizó en el año de 1851 de las ruinas del Serapeum ó templo consagrado á los Apis y debajo de sus restos el de las inmensas catacumbas donde, acaecida su muerte, eran depositadas sus momias, encerrada cada una en especial sarcófago de dimensiones gigantescas, como que mide su cavidad cuatro metros á lo largo por dos metros y treinta centímetros de altura. La arena ha enterrado otra vez la prolongada calle de esfinges que precedía al Serapeum, y que por algún tiempo, mientras duraron las excavaciones, había reaparecido á la superficie. En aquel templo venerábase al sagrado animal después de muerto y convertido en Osar-Api ú Osiris-Apis, nombres de los que hicieron los griegos Serapis; y en cuanto á las catacumbas que guardaban las momias de tan singulares deidades compónense de dos vastos subterráneos: uno de ellos,

el de mayor antigüedad, queda hoy cerrado para el público á causa de los desprendimientos de tierras en él acaecidos; en el otro, que es el más moderno, pues fué inaugurado reinando Psammético I, tuvieron sepultura los Apis hasta la época de la dominación romana, esto es, á contar desde seiscientos años antes de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando M. Mariette, después de tan largos siglos transcurridos, fué el primero en penetrar en los misteriosos hipogeos, pudo ver que casi todas las sepulturas habían sido abiertas y las momias sustraídas, conservando las pesadas tapas de los sarcófagos la posición en que las dejaron los devastadores. Los ídolos de Egipto no habían sido más respetados en sus venerados sepulcros que en sus pirámides los temidos Faraones; pero aunque vacíos de los sagrados restos que contuvieron, cada sarcófago, incrustada en cartelas que se hallan hoy en el Museo del Louvre, contenía una inscripción expresando con la fecha de la muerte del animal, el año á que correspondía del príncipe reinante, y con estos preciosos datos han podido ser rectificados muchos relatos de la historia egipcia.

Memfis, de la cual era el Serapeum muy principal ornamento, fué desde los tiempos más remotos de la historia, una de las ciudades más bellas y populosas, no sólo de Egipto, sino del mundo. Refiere Herodoto que la fundó Menés, esto es, el primer rey de la tierra de Misraim, de modo que su origen se confunde con el de la monarquía egipcia. Antes de proceder á su construcción, Menés, desvió la corriente del Nilo que seguía la línea de las montañas de Libia, y llevándola al centro del valle que forman las dos cordilleras que lo dominan, fundó su capital en lo que fuera antes cauce del río, después de rellenarlo y explanarlo. Para librarla de inundaciones y proveer al mismo tiempo á su defensa levantó robusto dique á la distancia de cien estadios, y abrió además dos lagos en sus inmediaciones, el uno al norte y á poniente el otro. Llamó á la ciudad *Mennefer*, nombre que significa *buen sitio* y que los griegos convirtieron en Memfis, y en efecto, la situación de la nueva capital no podía haber sido mejor elegida, ya que, al mediodía del vértice del Delta, ocupaba el punto más angosto del valle y era como la clave del Egipto central y del Egipto superior. Por Diodoro de Sicilia sabemos que su perímetro era de ciento y cincuenta estadios, lo que equivale á veintisiete kilómetros y setecientos y cincuenta metros; abundaban en ella los templos, los palacios y jardines, y su población, en la época de su mayor esplendor, después de la decadencia de Tebas, llegaría por lo menos á quinientas mil almas. De todo ello son testimonio sus extensas y majestuosas necrópolis: capital cuyos soberanos podían erigir para sí panteones como las pirámides y donde los ciudadanos poseían sepulturas de tan rara magnificencia como muchas de las descubiertas hubo de ser sin duda alguna, rica en grado sumo, poderoso y animado centro de población y vida.

Entre sus templos ocupaba el primer lugar y era el más antiguo y notable el del dios Phtah, ó sea el fuego primordial, equivalente al Hefestos griego y al Vulcano de Roma; diferentes reyes lo engrandecieron y embellecieron á porfía, y el gran Sesostris

lo adornó con seis colosos: los dos mayores le representaban á él y á su esposa; los otros cuatro, á sus hijos.

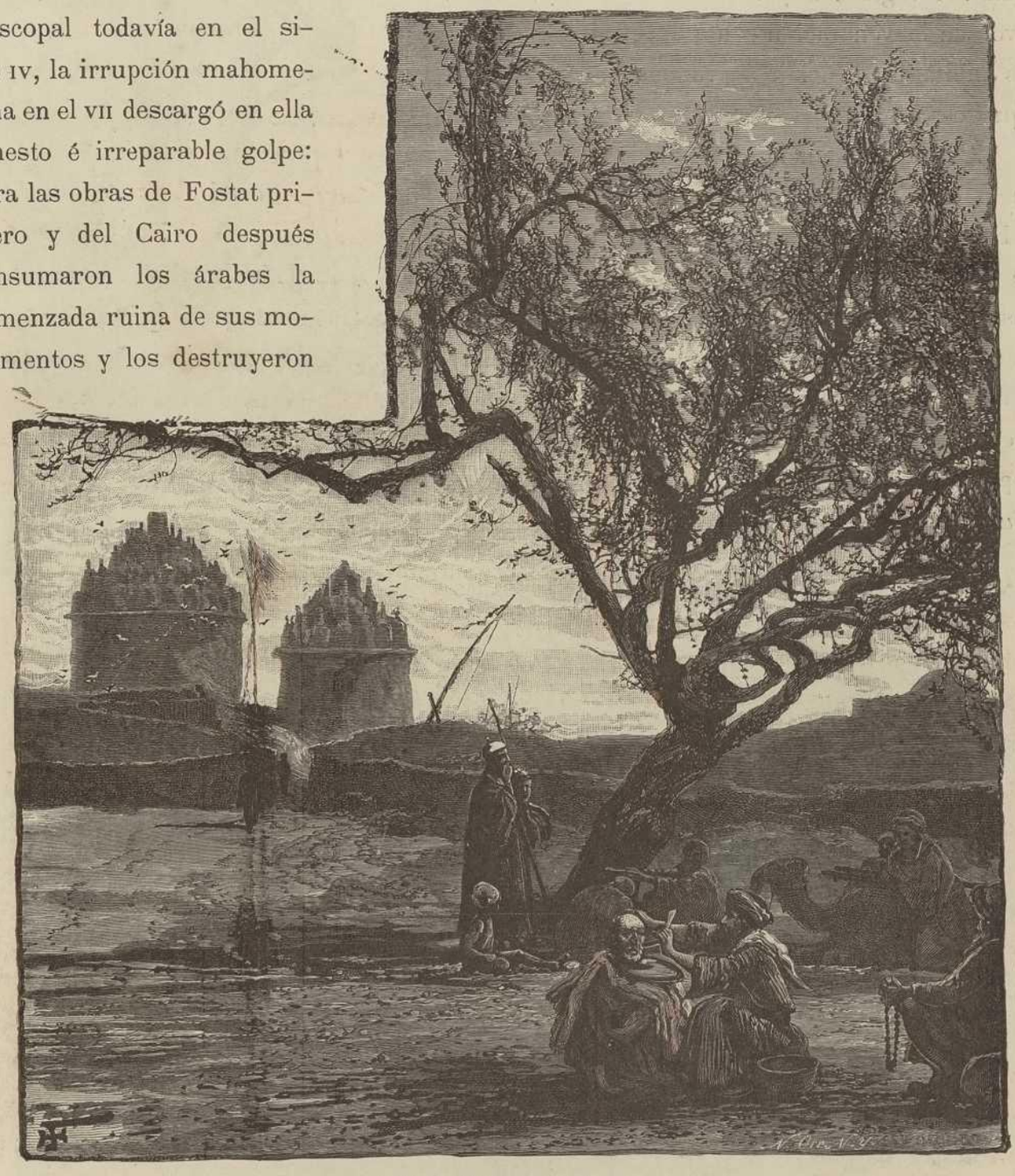


Bosque de palmeras en el sitio que ocupó la ciudad de Menfis

Junto á este templo alzábase otro santuario en forma de peristilo; en él era adorado en vida el buey Apis hasta que, muerto, pasaba á ocupar su sepulcro

en el Serapeum. Era igualmente famoso en Memfis un gran templo consagrado á Isis.

Con la fundación de Alejandría por Alejandro Magno comenzó para Memfis la época de su decadencia; sede episcopal todavía en el siglo IV, la irrupción mahometana en el VII descargó en ella funesto é irreparable golpe: para las obras de Fostat primero y del Cairo después consumaron los árabes la comenzada ruina de sus monumentos y los destruyeron

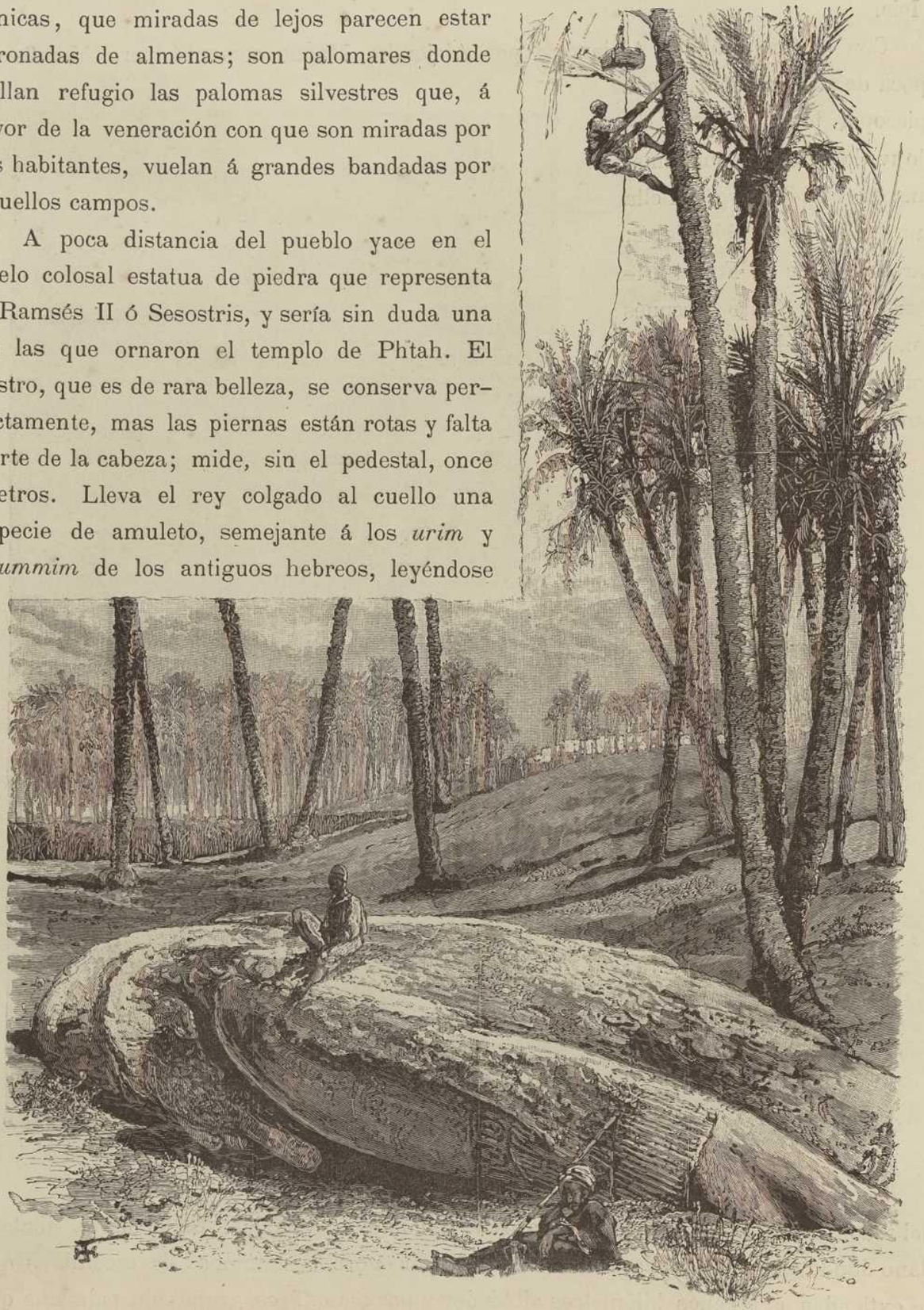


ALDEA DE MIT-RAHINEH EN MEMFIS

del todo á fin de transportarlos á pedazos á sus nuevas capitales. En el día el dilatado llano donde estuvo asentada, hállase invadido por enormes montones de escombros que se extienden á muchos kilómetros alrededor y por magníficos grupos de palmeras que han echado raíces en el suelo que antes cubrieran templos, alcázares y caserío; roto hace siglos el dique con que era el Nilo contenido, sus aguas lo inundan cada año y lo convierten en extensa laguna. La aldea de Mit-Rahineh ocupa, á lo que se cree,

lo que fué punto central de Memfis; entre sus chozas de tapia sobresalen unas torres cónicas, que miradas de lejos parecen estar coronadas de almenas; son palomares donde hallan refugio las palomas silvestres que, á favor de la veneración con que son miradas por los habitantes, vuelan á grandes bandadas por aquellos campos.

A poca distancia del pueblo yace en el suelo colosal estatua de piedra que representa á Ramsés II ó Sesostris, y sería sin duda una de las que ornaron el templo de Phtah. El rostro, que es de rara belleza, se conserva perfectamente, mas las piernas están rotas y falta parte de la cabeza; mide, sin el pedestal, once metros. Lleva el rey colgado al cuello una especie de amuleto, semejante á los *urim* y *thummim* de los antiguos hebreos, leyéndose



Colosal estatua de Ramsés II, derribada al suelo en el sitio que fué Memfis

en él el regio prenombre entre las imágenes de Phtah y de Pacht, y tiene un rollo en la mano. Junto á él está representada una de sus hijas, la cual apenas le llega

á la rodilla. Aunque cedido el coloso al Museo Británico, las dificultades del transporte consérvanlo hace años en el mismo sitio donde el Nilo lo tiene varios meses sumergido.

A este estado ha venido una de las más famosas ciudades que ha tenido el mundo: sus monumentos sagrados y profanos han desaparecido sin que de ellos quede literalmente piedra sobre piedra. Sus residuos dispersados sirvieron para el ornamento de otros templos y de otros palacios, ó quizás yacen sepultados entre tierra y escombros, pues á la anual inundación del Nilo hace competencia la del desierto, que más y más avanza sus oleadas de arena y con ellas va llenando el primitivo recinto. Sus sepulcros, y en especial sus pirámides, es lo único que permanece en pié, como altivo y hasta hoy victorioso reto dirigido al tiempo y á los hombres.

III

Viaje por el Nilo. — Afroditópolis. — Pirámide de Meidum. — Benisuef. — Monasterios de San Antonio Abad y San Pablo, primer ermitaño. — Minieh. — Cuevas sepulcrales de Beni-Hassan. — La antigua Antinoé. — Hermópolis Magna. — Tell el-Amarna. — Manfalut. — Siut. — La antigua Anteópolis. — Akhmin. — Girgeh. — Ruinas de Abydos. — Keneh. — Ruinas de Denderah. — Tebas: — Luksor. — Karnak. — Sus admirables ruinas. — El *Rameseon*. — Los colosos de Memnón. — Ruinas de Medinet-Abu. — *Biban el-Moluk*.

Desde Bulak, punto de embarco para el Egipto superior, cuéntanse por el río mil trescientos y tres kilómetros hasta la segunda catarata. De algunos años á esta parte pueden ahorrarse varias horas de navegación siguiendo el ferro-carril del Cairo á Siut; mas para la generalidad es preferible tomar desde un principio la vía fluvial, ya que en ella se disfruta de la comodidad del viaje por agua sin ninguno de los disgustos de una travesía por mar. Además, es tan delicioso el valle del Nilo, cuyo bello panorama únicamente desde el río puede contemplarse en todo su esplendor, que para no perder del mismo ni una hora este camino suele ser generalmente preferido.

Barquero del Nilo

Porque no sólo por los beneficios generales antes relatados es el Nilo el embeleso de la tierra egipcia, sino que por sus encantadoras riberas viajan en los meses de invierno numerosas familias del país y del extranjero; á unas mueve el deseo de agradable esparcimiento; á otras el impulso de los grandes recuerdos, y éstas remontan el río hasta la primera ó la segunda catarata, para visitar sucesivamente las principales ruinas de las extinguidas edades. Muchos son también los pobres enfermos que acuden al Nilo en busca de ambiente más templado y de alivio á su dolencia; los tísicos llegan al Cairo á fines de setiembre; allí se instalan hasta los últimos días de octubre en que suben por el río á Saksa; en este punto permanecen hasta concluído abril, y no son pocos los que obtienen curación completa, ó por lo menos una mejoría que alarga los días de su existencia.

Dos medios se ofrecen para realizar el viaje: puede hacerse en los vaporcillos que cada veinte días parten de Bulak y que, para mayor comodidad del pasajero, no viajan de noche y hacen escala á la ida en los puntos más celebrados, ó tomando por cuenta propia un *dahabieh*, ó sea un lanchón con dos velas latinas, una á proa y otra á popa, con vasta cámara y los camarotes correspondientes. Empleando el primer medio se hace la excursión de ida y vuelta en veinte días y cuesta unos cuatro mil reales;

con el segundo, en la precisión de avanzar á la sirga cuando las velas se hacen inútiles por no soplar el viento ó ser contrario, es más larga y costosa, pero tiene la ventaja de que el viajero puede detenerse siempre y todo el tiempo que quiere en una ú otra orilla. Quien adopte el último importa que vaya acompañado de un trujimán ó intérprete.

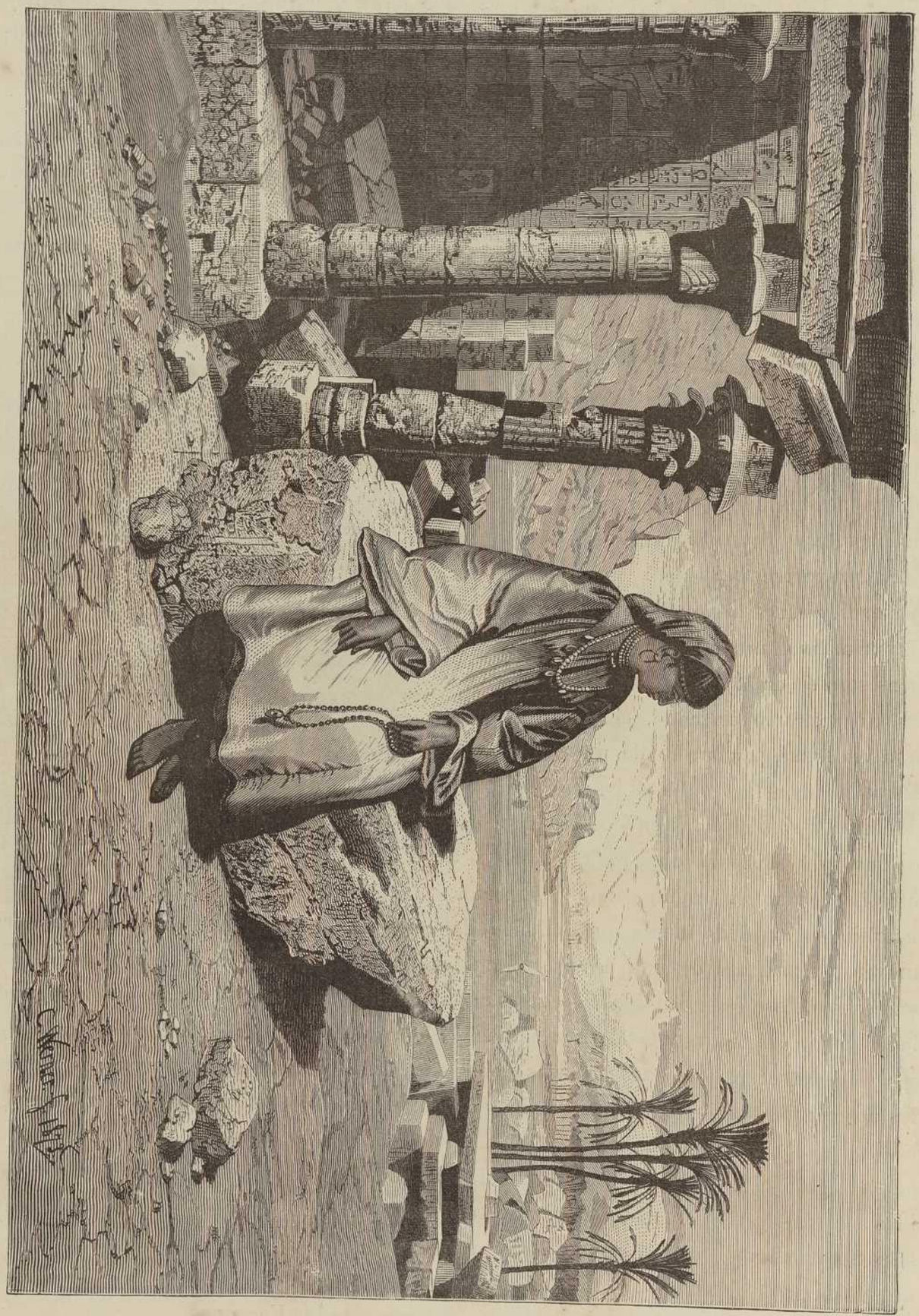
Grandioso é incomparable es, en efecto, el valle del Nilo, y quien una vez lo ha recorrido no cesa de ponderar la singular pureza de su ambiente, la portentosa feracidad de su suelo, la imponente majestad del río y la belleza de los innumerables edificios con que lo exornaron los Faraones, los Ptolomeos y los Césares romanos, excitando aún sus ruinas el asombro de quien las contempla. Animado y pintoresco es el espectáculo que en ambas orillas se ofrece: á los ojos del viajero van desfilando los lugares y aldeas, algunas con sus palomares en forma de cuadradas torres; á la ribera acuden los campesinos de los alrededores, ya para abrevar sus búfalos, ya para proveerse de agua, en cántaros las mujeres, y empleando para ello los hombres el primitivo mecanismo llamado *shaduf*, consistente en larga pértiga que sostiene en un extremo un cubo, el cual asciende, una vez lleno, por medio de un contrapeso. Para llevar así el agua á las tierras altas pónense varios *shadufs* en combinación escalonada, y de un cubo pasa á otro y á otro hasta verterla en un canalizo superior.

TRUJIMÁN

El cielo en aquellos meses que, si bien llamados de invierno, son una constante primavera, muéstrase de una pureza y limpidez incomparables, y á la salida del sol y á su ocaso vístese de encendidos arreboles cuya magnificencia jamás olvida quien una vez la ha visto. De los montes de Arabia nace el astro cada mañana esplendente y radiante, y al desaparecer, á la tarde, detrás de la sierra de Libia, tiñe de purpúreos colores las dos cordilleras que cierran el valle, al tiempo que sus últimos rayos se reflejan en las ondas como en transparente espejo. Las noches, ya las alumbre el claro resplandor de la luna, ya las deje en vaga oscuridad el centelleo de miles de estrellas, son por lo sosegadas y majestuosas de un encanto indescriptible, sin que turbe su imponente silencio otro rumor que el de las aguas y las quejumbrosas cantinelas de los marineros nubios de nuestro buque, acompañadas por los melancólicos sones del *rek* y el *dharabukah*, instrumentos que es posible daten del tiempo de los Faraones.

A cincuenta y dos kilómetros al mediodía de Bulak, después de haber otra vez

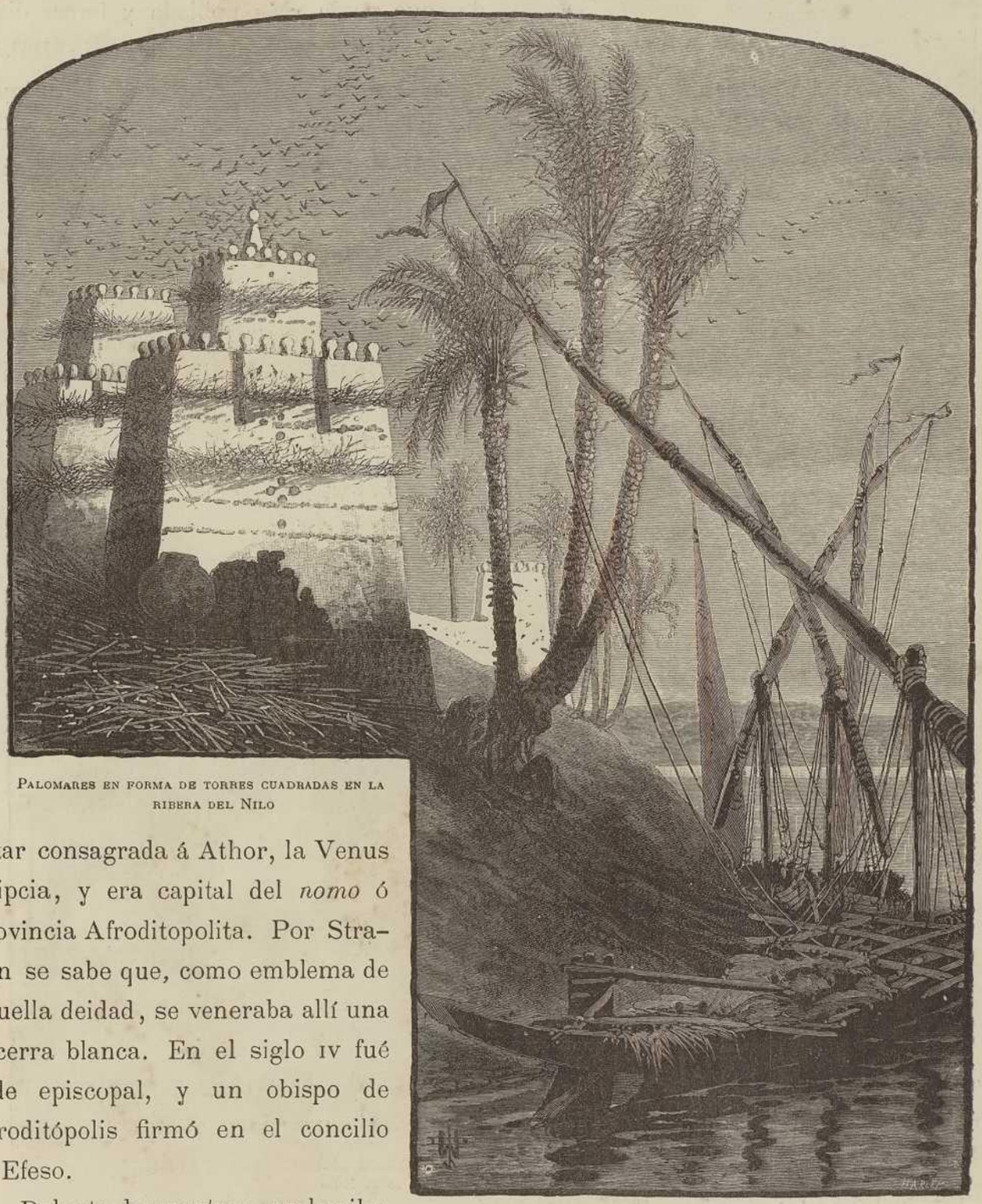
saludado en nuestro camino las grandes pirámides de Gizeh, las de Abusir, Sakkarah



A ORILLAS DEL NILO

y Dachur, lo mismo que los lugarejos de Bedrechein y Mit-Rahineh, que ocupan una

pequeña parte del recinto de lo que fué Memfis; pasado igualmente el pueblo de El-Mekandeh, el cual, por su nombre y situación, corresponde, al parecer, á la antigua ciudad de Acantho, famosa por su templo á Osiris, encuéntrase en la margen derecha el lugar llamado Atfieh. Afroditópolis ó ciudad de Afrodita fué antes su nombre por



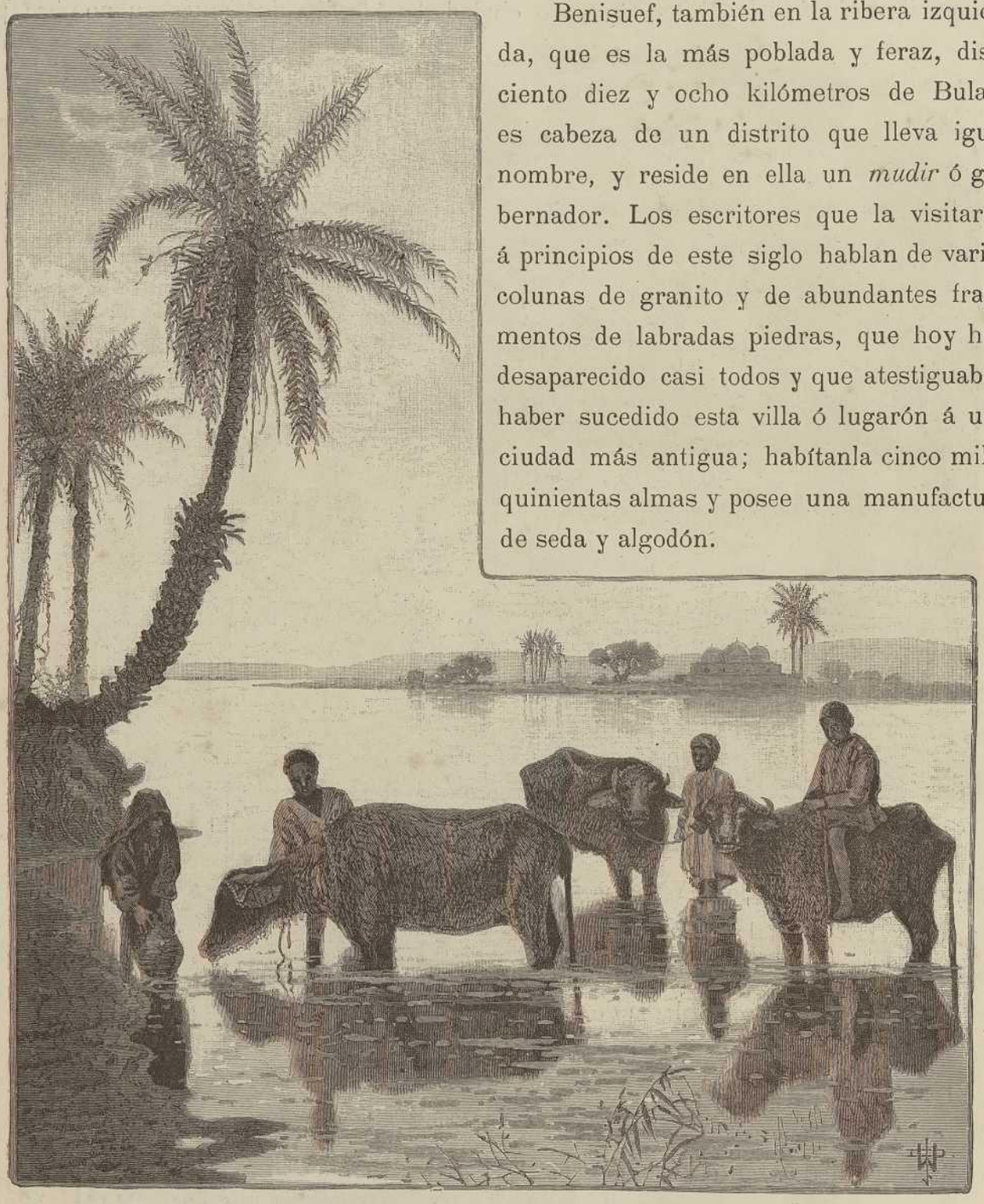
PALOMARES EN FORMA DE TORRES CUADRADAS EN LA RIBERA DEL NILO

estar consagrada á Athor, la Venus egipcia, y era capital del *nomo* ó provincia Afroditopolita. Por Strabon se sabe que, como emblema de aquella deidad, se veneraba allí una becerra blanca. En el siglo IV fué sede episcopal, y un obispo de Afroditópolis firmó en el concilio de Efeso.

Delante de nosotros, en la ribera occidental, al sudoeste de Rekkah el-Kebir y en las cercanías del pueblo de Meidum se eleva la pirámide de este mismo nombre. Desígnanla los árabes con el de Haram el-Keddab ó sea la falsa pirámide, por diferenciarse en la forma de la generalidad de los monumentos de su género, y producir el efecto de dos pirámides truncadas puestas una encima de otra.

Siguen en la orilla izquierda varios pueblos, entre ellos Kafr-el-Ayat, Rigeh y Sol; desde el punto en que ahora estamos divísanse al este varios picos del Mokattam que se alzan á las nubes como enormes conos truncados.

Benisuef, también en la ribera izquierda, que es la más poblada y feraz, dista ciento diez y ocho kilómetros de Bulak, es cabeza de un distrito que lleva igual nombre, y reside en ella un *mudir* ó gobernador. Los escritores que la visitaron á principios de este siglo hablan de varias colunas de granito y de abundantes fragmentos de labradas piedras, que hoy han desaparecido casi todos y que atestiguaban haber sucedido esta villa ó lugarón á una ciudad más antigua; habítanla cinco mil y quinientas almas y posee una manufactura de seda y algodón.



Fellahin abrevando sus búfalos en el Nilo

En Benisuef desembarcan los peregrinos que desean visitar el Deir-mar-Antonio, esto es el monasterio de San Antonio abad, y el Deir-mar-Bolos, ó de San Pablo, primer ermitaño de la Tebaida. En la inmediata aldea de Byad se toman los camellos para la excursión, la cual necesita tres ó cuatro jornadas y además una carta ó permiso del patriarca copto residente en el Cairo, sin la cual no admiten á

nadie en aquellos cenobios. Está situado el primero ó de San Antonio en una de las

SHADUF Ó INSTRUMENTO PARA SACAR AGUA DEL NILO

laderas del monte Kolzum, y á pocas horas se alza el de San Pablo, teniendo uno y otro el aspecto de verdaderas fortalezas; monjes coptos cismáticos llevan en ellos austera

existencia, y guardan con gran veneración las grutas en que los dos ilustres solitarios pasaron la suya penitente y milagrosa. El de San Antonio, que es á la vez seminario, posee abundante biblioteca con libros y manuscritos de gran antigüedad.

A una hora de Benisuef, siguiendo el fluvial viaje, alcánzase á ver la aldea de Isment, y á alguna mayor distancia al oeste hállase la de Om-el-Kunan, tenida por la renombrada Heracleópolis ó la Heraclea Magna, cuna de dos dinastías faraónicas. En la época cristiana fué sede episcopal. En sus cercanías está la cueva en que pasó angélica existencia el santo abad Pafnuzio.

Campesinos en la ribera del Nilo

Van presentándose sucesivamente en las riberas á mayor ó menor distancia del río y son más ó menos notables: la aldea de Abu-Girg en medio de feraces campos y de interesantes ruinas; la de Masharat, rodeada de palmeras; el Gebel-el-Aitir ó Monte de los pájaros, que se adelanta hasta formar en la margen izquierda acantilado muro de roca, con aquel nombre conocido á causa de las innumerables bandadas de palomas, tórtolas y de toda clase de aves que allí anidan y junto á él revolotean. En uno de sus picachos existe un monasterio copto consagrado á la Santísima Virgen, en el cual, con gran concurso de los pueblos ribereños, se celebra renombrada fiesta el día 15 de agosto. Los pobres monjes que en él moran no cuentan con más recurso

que el de la limosna, y no es raro, cuando surca el río una embarcación de europeos, ver que un hombre se acerca á ella nadando para pedirla en nombre de aquellos cenobitas.

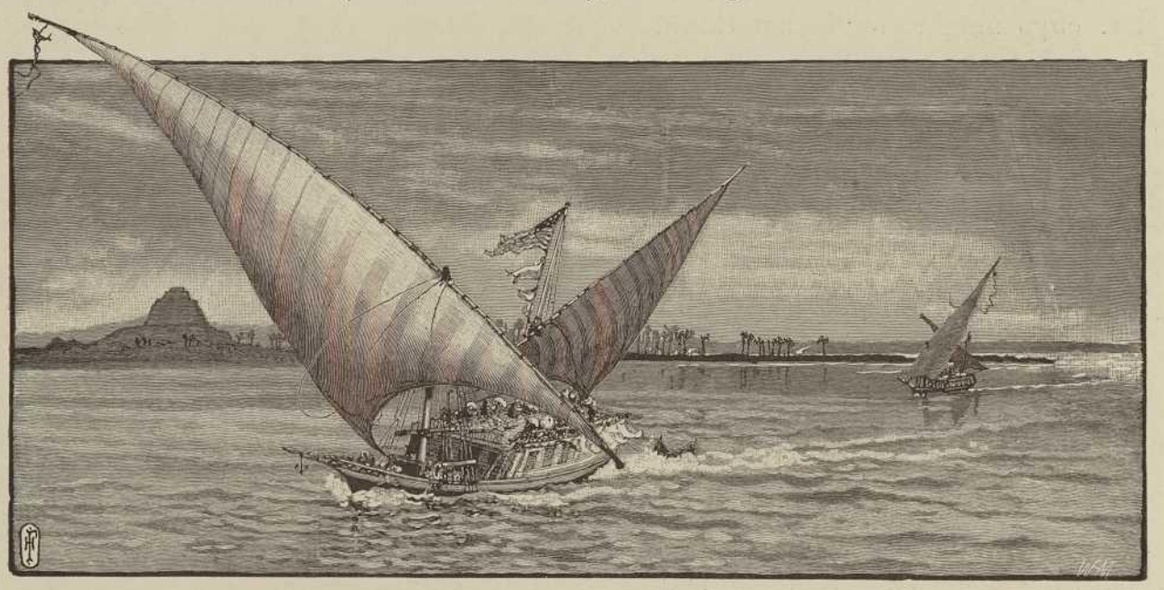
En la misma orilla izquierda, á ciento treinta y seis kilómetros de Benisuef, álzase la importante villa de Minieh con una población de veinte mil almas; los coptos cismáticos, cuyo número pasa de mil, poseen una iglesia dedicada á san Jorge. Los musulmanes tienen en gran veneración un *ualy*, donde está sepultado un santón. De la ciudad antigua, cuyo nombre fué Menat-Chufú, subsisten numerosos vestigios, en especial colunas de mármol y de granito, que son adorno de las mezquitas de hoy. Es Minieh capital de provincia, y por lo mismo residencia de un gobernador, el cual habita en vistoso y cómodo palacio construído por Mehemet-Alí. Las casas son por lo común de pobre aspecto, á pesar de que los moradores, á causa del provecho que reportan del cultivo de la caña y de la fabricación del azúcar, tiene fama de gente acomodada.

Mujeres que van al Nilo por agua

A proporción que se avanza hacia el mediodía va siendo más oscuro el color de los naturales, y esto puede observarse aún más en el pueblo de Beni-Hassan, en la margen derecha, pueblo que, distante del anterior veintitrés kilómetros, es muy digno de ser visitado por las cuevas sepulcrales de muy justa fama que en sus cercanías existen. Abiertas en las laderas de la sierra arábiga y notables casi todas por la elegancia de sus formas, datan, según los jeroglíficos que así lo atestiguan, de los primeros reyes de la dinastía duodécima. La fachada de algunas está exornada con hermosas colunas poligonales de diez y seis lados que podrían tomarse como modelo de las colunas dóricas de Grecia, y delicadas pinturas cubren las paredes interiores,

ofreciendo en una serie de cuadros representación acabada de cuanto constituía la vida pública y privada, los trabajos y placeres de las distintas clases de la antigua sociedad egipcia: no hay que decir, por lo mismo, si son interesantes. Las dos estancias funerarias que más han de atraer la atención son las de Ameni-Amenemhat y Numhotep, poderosos personajes en la época de aquella dinastía, y á su memoria están consagradas largas inscripciones dando cuenta de los principales sucesos de su vida.

A la distancia de dos kilómetros, siempre hacia el mediodía, encuéntranse un gran hipogeo de gatos que fué exornado por Alejandro Ægos, hijo de Alejandro Magno, y á pocos centenares de pasos la magnífica gruta que, designada por los naturales con el nombre de Estabel-Antar (establo de Antar), es el Speos Artemidos ó cueva de Diana



Pirámide de Meidum

de los antiguos. Un pórtico sostenido por doble columnata precede al templete, labrado en la peña y decorado con bellos bajo-relieves que conservan aún vestigios de pintura. Data de Thutmés III, soberano de la dinastía décimoctava, al cual se representa ofreciendo un sacrificio á la diosa Pacht, deidad con cabeza de leona, correspondiente á la Artemis griega y á la Diana romana.

Avanzando hacia el mediodía no tarda en atravesarse en Sakiet el-Musah la línea que separa el Egipto central del superior, y diez kilómetros más lejos ocupa el pueblecillo de Cheikh-Abaddeh, en la margen derecha, escasa parte del recinto que llenó la gran ciudad de Antinoé. A principios de este siglo existían aún imponentes residuos de su pasada magnificencia; en el día han desaparecido por completo. Esta ciudad enteramente romana fué fundada por el emperador Adriano cerca de las ruinas de la antigua Besa, donde era adorada una deidad egipcia así llamada. Compañero de Adriano en el viaje á Egipto fué su favorito Antinoo, y al perecer éste ahogado en el Nilo, el emperador, desconsolado, quiso fundar una ciudad junto al punto de la catástrofe y llamóla, del nombre del mancebo, Antinoé. Tiempo después la engrandeció y embelleció

Alejandro Severo, y por san Jerónimo y otros autores sábese que en su recinto tenía Antinoo un templo y que en él se le rendía culto.

Fué Antinoé en el siglo IV sede episcopal, y en las actas del primer concilio de Nicea, reunido en el año 325, firmó un obispo de aquella ciudad. Escritos del propio siglo dicen haber sido Antinoé plantel de cristianos y que en los alrededores vivían en varios monasterios más de dos mil cenobitas, consagrados á la penitencia y al trabajo.

Casi enfrente de esta población, en la margen opuesta y á corta distancia tierra adentro, floreció en antiguos tiempos la ciudad de Hermópolis Magna, de la cual sólo queda inmenso campo de escombros. A principios de este siglo podían admirarse aún allí las ruinas de un templo, cuyo pórtico se mantenía todavía en pié; por desgracia de su piedra calcárea se hizo cal, y nada de él existe. Estaba consagrada al dios Thoth (Hermes), y por esto dieron los griegos á la ciudad el nombre de Hermópolis; Un se llamaba en egipcio y Chmun en lengua copta; al pueblecillo que la ha sucedido nombran los árabes Achmunein. En el cementerio de la antigua ciudad hállanse muchas momias de ibis y de monos cinocéfalos, animales que eran los emblemas de Thoth, ó sea del Mercurio egipcio.

El Nilo en Kafr-el-Ayat

En la época cristiana fué Hermópolis sede episcopal, y en sus alrededores florecieron gran número de monasterios, siendo entre todos famosos el de san Teodoro, discípulo de san Pacomio, y entre aquellos anacoretas los santos Apolo y Onofre en el siglo IV.

A poca distancia puede verse incrustada en las peñas labrada piedra en que se representa al rey Amenhotep ó Amenofis IV, de quien se refiere haber querido sustituir el culto del dios Aten (el disco radiante del sol) al de Ammon, divinidad de Tebas. El rey, en unión con su esposa, está en actitud de adorar al dios Sol-Aten, el cual irradia sobre ellos y sobre dos hijas que los acompañan cuatro rayos que rematan en otras tantas manos abiertas, como en disposición de repartir beneficios y recibir ofrendas.

Análogas figuras pueden verse en las renombradas cuevas de Tell el-Amarna, las cuales, algo más lejos hacia el mediodía, son, en la margen derecha, restos de la antigua necrópolis de Psinaula, ciudad de la cual quedan muy pocos residuos, y que, al parecer, tuvo extensión considerable.

A poco trecho, junto á la aldea de Derut el-Cherif, arranca del Nilo el Bahr Yusef, ó sea canal de Josef, el cual lleva á la provincia de Phajum el gran caudal de

agua que hace de aquel territorio uno de los mejor regados y más productivos de Egipto. Atribúyelo la tradición al hijo de Jacob. A nuestra izquierda asoma de cuando en cuando, según la disposición del terreno, la sierra del Mokattan, y desde el río puédense contemplar las laderas que, cual gigantescos panales, muestran infinitas cavidades. Allí vivió en los primeros siglos del cristianismo una población de anacoretas; aquellas grutas fueron testimonio de portentos de abnegación, de santidad y penitencia.

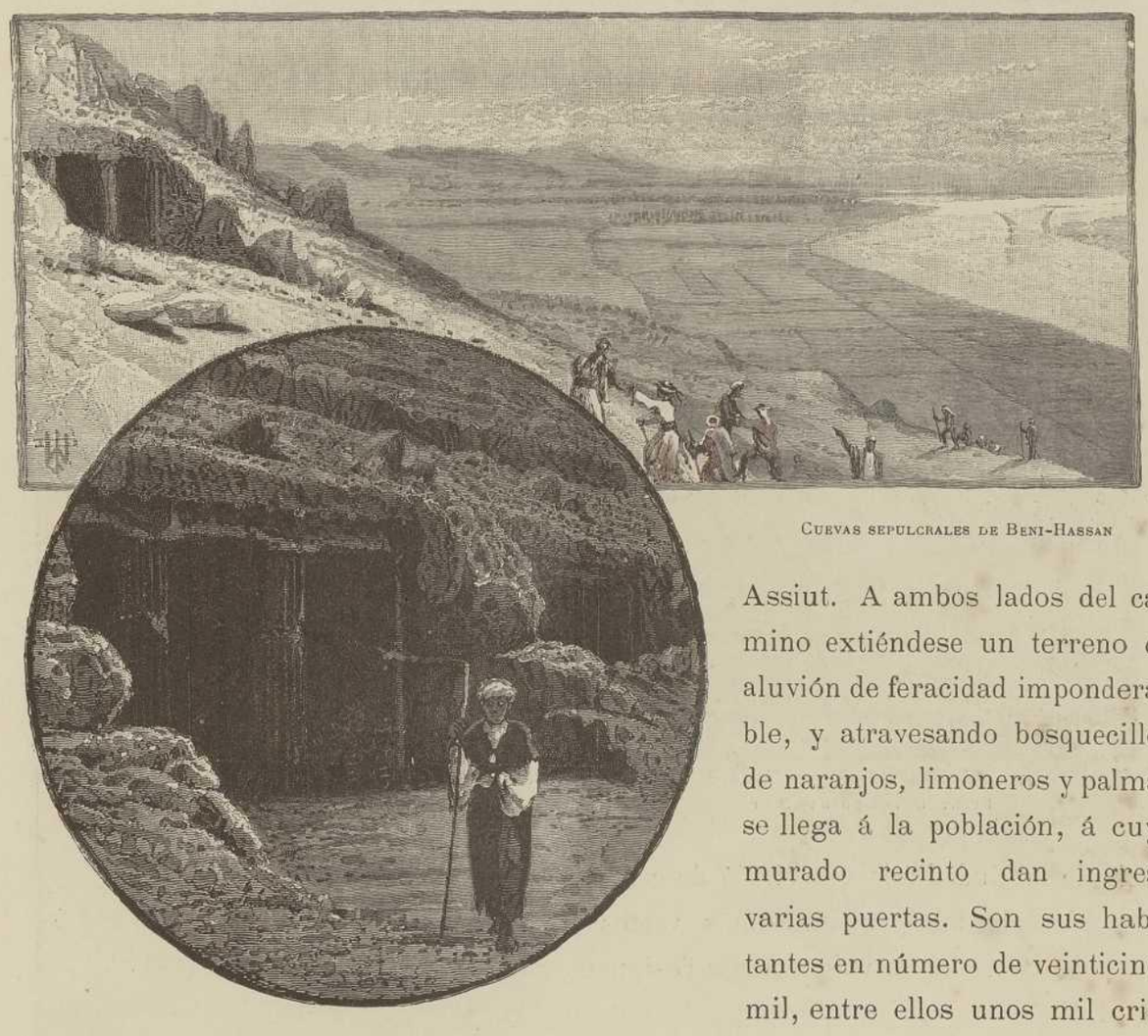
Sepulcro de un santón musulmán en Minieh

Poco antes de llegar á Manfalut suelen visitarse en las cercanías del pueblo de Moabdeh otras cuevas abiertas en la peña; estuvieron destinadas á sepultura de cocodrilos, y todavía existen en ella gran número de aquellos animales embalsamados, amontonados con orden y envueltos en cintas y vendas.

Manfalut, en la orilla izquierda, sirve de residencia á un *nazir* ó gobernador; créese que ha sucedido á importante ciudad egipcia, lo mismo que su nombre moderno al antiguo de Manbalot, palabra copta que significa, según M. Champollion, *pollino cerril*. La casa del gobernador es de bella apariencia, y tiene la villa tres mezquitas con esbeltos alminares y un bazar, estando rodeada de frondosa y agradable huerta. Viven

en Manfalut gran número de coptos cismáticos, y á poca distancia existe un monasterio con monjes de su nación.

Otros cuarenta y dos kilómetros hacia el mediodía, los que unidos á los que hemos recorrido suman cuatrocientos y siete desde Bulak, nos llevan á El-Hamrah, aldea situada en la misma orilla izquierda, y á los veinte minutos del río, siguiendo hacia el oeste una calzada que se eleva sobre el nivel de las mayores inundaciones y á la que dan sombra sicomoros y acacias, se encuentra la importante ciudad de Siut, llamada también

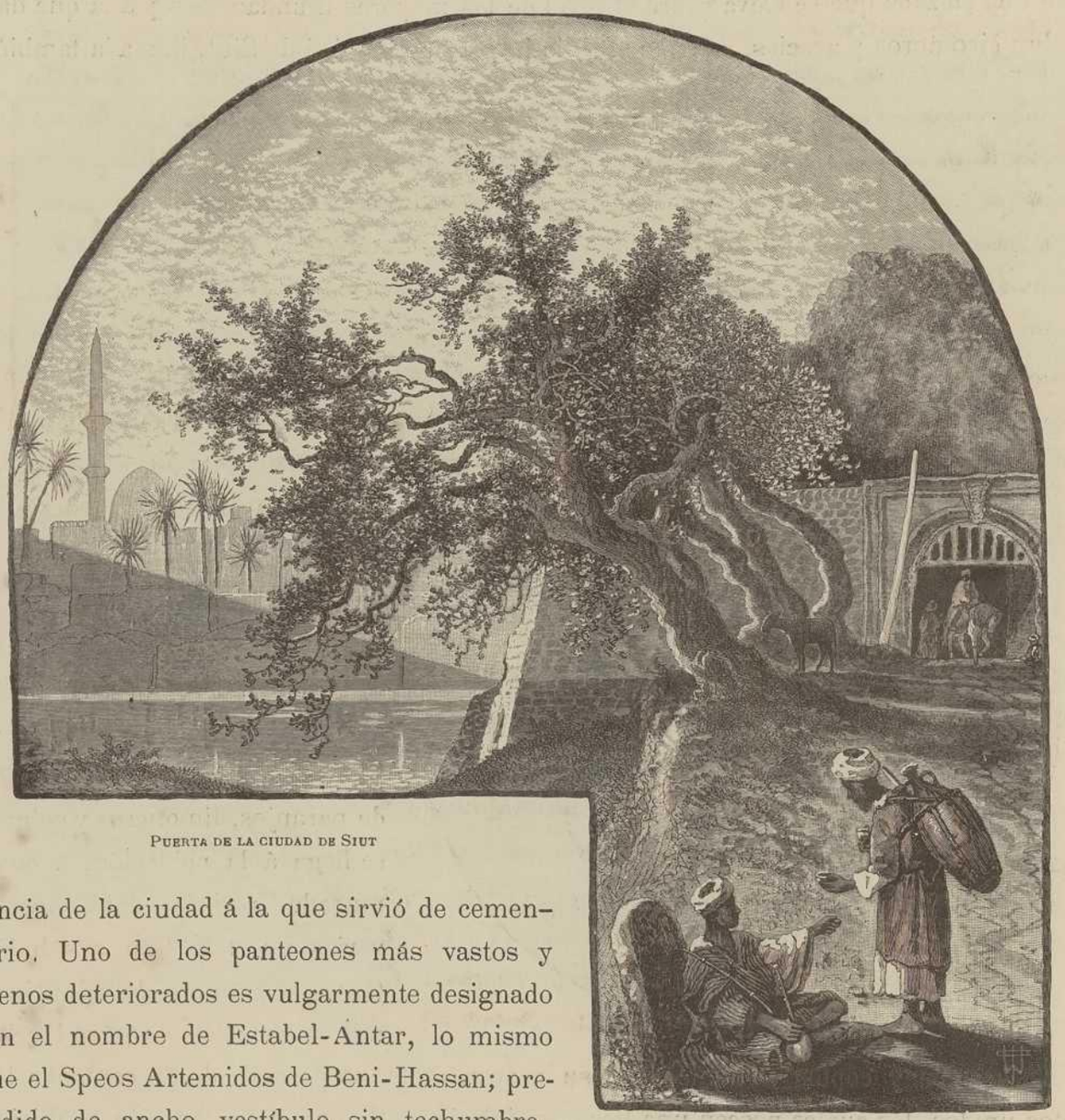


Cuevas sepulcrales de Beni-Hassan

Assiut. A ambos lados del camino extiéndese un terreno de aluvión de feracidad imponderable, y atravesando bosquecillos de naranjos, limoneros y palmas se llega á la población, á cuyo murado recinto dan ingreso varias puertas. Son sus habitantes en número de veinticinco mil, entre ellos unos mil cristianos, griegos y coptos cismáticos en su mayor parte, no pasando de un centenar los coptos unidos, los cuales poseen una hermosa iglesia, en la que oficia también la misión franciscana que tienen en Siut los Padres del Cairo. Cinco mezquitas dominan con sus alminares las casas de la ciudad, que por lo general no cuentan más que un piso; tienen muchas un patio central adornado con magníficas palmeras. Son las calles estrechas y carecen de empedrado; sus bazares, cubiertos con bóveda ó toldos, tienen fama de estar bien provistos. El palacio del gobernador se alza junto á un canal, y para construirlo consumó Ibrahim-Bajá la ruina de antiguo templo á fin de aprovechar sus materiales.

Siut ha sucedido á la antigua Lycópolis, la *ciudad de los Lobos,* ó quizás de los chacales, ya que éstos son en Egipto mucho más comunes que aquéllos. A unos ó á

otros rendía culto la ciudad, la cual estaba consagrada á Anubis, deidad con cabeza de lobo; esto no obstante, su nombre primitivo fué, como ahora, Siut, y así en jeroglíficos se ha encontrado escrito en una cueva de la antigua necrópolis. Abierta ésta en las laderas de la cordillera líbica, atestigua con su extensión y con la belleza de sus monumentos funerarios, hoy casi todos violados y muchos destruídos, la impor-



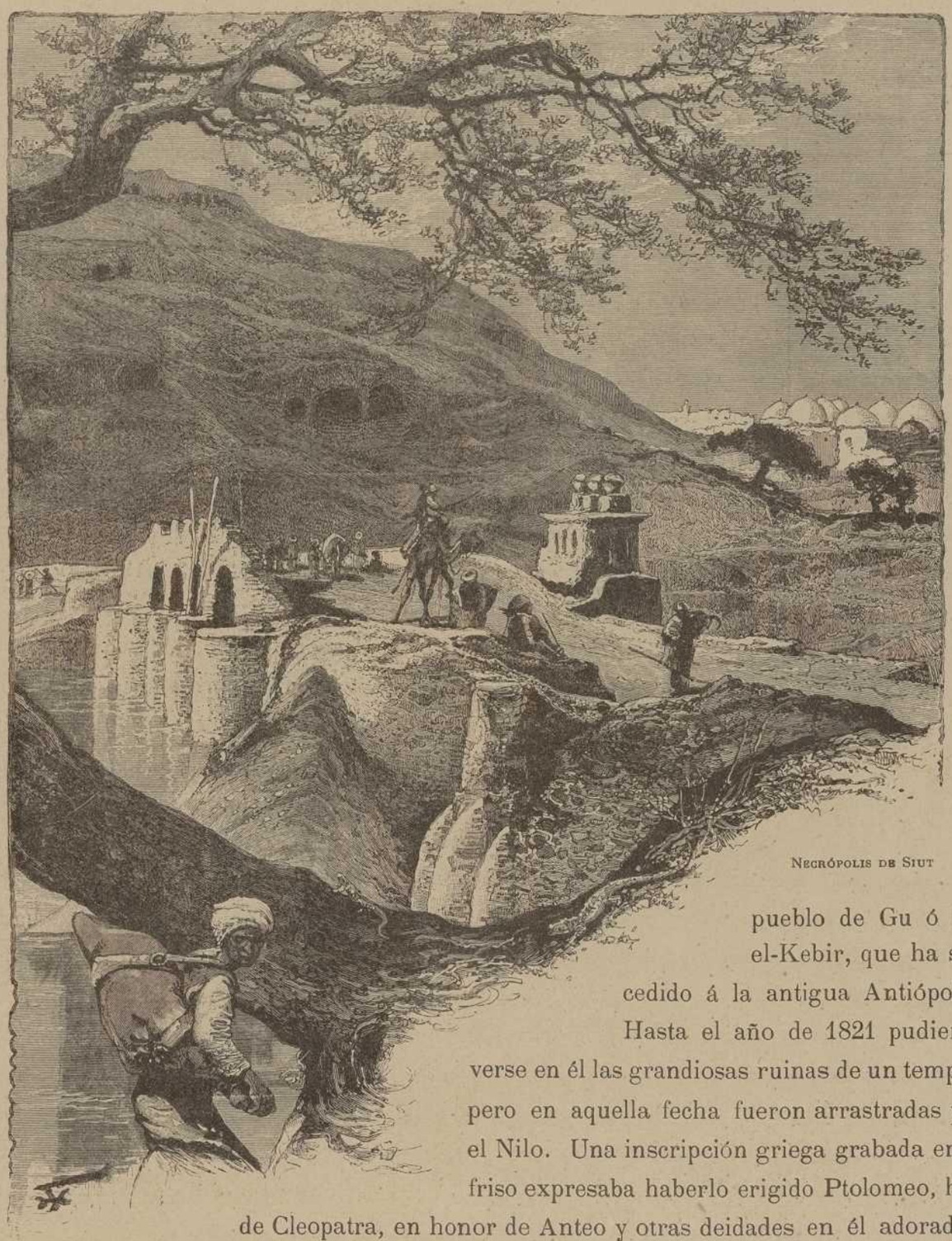
PUERTA DE LA CIUDAD DE SIUT

tancia de la ciudad á la que sirvió de cementerio. Uno de los panteones más vastos y menos deteriorados es vulgarmente designado con el nombre de Estabel-Antar, lo mismo que el Speos Artemidos de Beni-Hassan; precedido de ancho vestíbulo sin techumbre, compónese de varias estancias cubiertas de borrosas pinturas é inscripciones; por una de éstas puédese venir en conocimiento de ser aquélla la tumba del príncipe Hapi-Tefa, gobernador en la época de la dinastía décimotercera de la provincia que tenía á Lycópolis por capital. El cementerio musulmán está situado al septentrión de la antigua necrópolis; dirige á él hermosa calle de acacias y sicomoros, en cuyas inmediaciones existen algunos pozos destinados para momias de chacales, y desde lejos vense destacar de la negruzca tierra las blanqueadas cúpulas de los sepulcros.

Fué Licópolis en la época cristiana sede episcopal, y en ella se sentó á principios

del siglo IV el heresiarca Melezio. En el día tienen en Siut punto de parada las caravanas del Sudán, de Libia y de Siria.

A la distancia de sesenta kilómetros hacia el sur hállase en la margen derecha el



NECRÓPOLIS DE SIUT

pueblo de Gu ó Ku el-Kebir, que ha sucedido á la antigua Antiópolis. Hasta el año de 1821 pudieron verse en él las grandiosas ruinas de un templo; pero en aquella fecha fueron arrastradas por el Nilo. Una inscripción griega grabada en el friso expresaba haberlo erigido Ptolomeo, hijo de Cleopatra, en honor de Anteo y otras deidades en él adoradas.

En las cercanías de esta ciudad colocaba la fábula el combate entre Horo y Tifon y el vencimiento del último, el cual fué transformado en cocodrilo. También las tradiciones griegas, copiando quizás la más antigua egipcia, decían haber ocurrido allí la lucha de Hércules con Anteo.

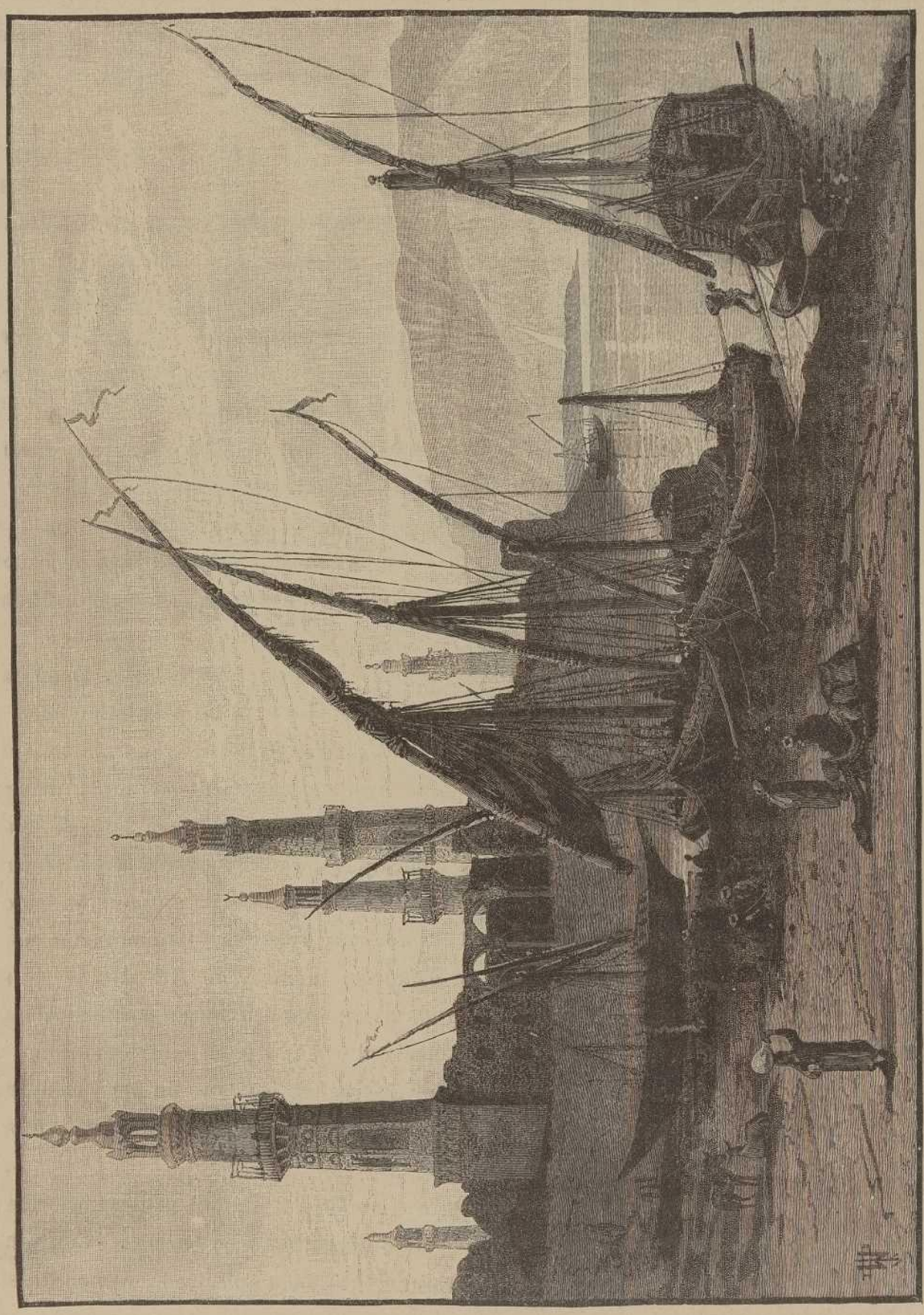
Por las actas del concilio de Efeso sábese que la ciudad de Anteo era en el siglo v sede episcopal.

Pasada la isla Tatha ó Tahatta, formada por un brazo del Nilo, en la que tienen una misión de setecientas almas los Padres Franciscanos del Cairo con una iglesia y un hospicio, regido todo por un religioso en unión con dos sacerdotes coptos, llégase á Akhmin, también en la orilla derecha, villa que ha sucedido á la ciudad de Kemnis ó Panópolis, de la cual dice la tradición haber sido la primera de Egipto, como fundada por Cam, hijo de Noé. De ella, según la fábula, fué natural Danao, el que oprimido por su hermano Misraim, huyó á Grecia. En su recinto, gran foco de sabiduría, floreció y tomó nombre, dicen antiguos autores, la ciencia que busca y explora la ciencia de los cuerpos y trata de su composición y descomposición, la *kemia, kimia* ó *alkimia;* pero sea de todo esto lo que fuere es positivo que Kemnis ó Panópolis fué en remotos tiempos una de las ciudades más considerables de la Tebaida, y renombrada entre todas por el gran templo que tenía consagrado al dios Pan y á la diosa Thriphis. Por Herodoto se sabe haber sido Kemnis capital de uno de los *nomos* donde tenían residencia los *hermotybios,* ó sean cuerpos de milicia organizados por Sesostris. Fué en la época cristiana ilustre por la piedad de sus moradores y por los grandes monasterios en su recinto establecidos, y esta importancia conservóla aún después de la conquista arábiga. El historiador Edrisi cita sus monumentos como los más notables de la tierra egipcia; y si de ellos poco ó nada queda, empleados como han sido sus destrozados materiales en la fábrica de las mezquitas y hasta convertidos en muelas de molino, todavía, á pesar de las persecuciones y catástrofes padecidas, está el cristianismo representado en Akhmin y los dos mil coptos cismáticos que en el pueblo viven poseen dos antiguas iglesias, dedicada la una á san Sotero y á san Miguel la otra, y dos monasterios, residiendo además entre ellos un obispo eutiquiano. Los coptos católicos son en la villa en número de cuatrocientos y de un centenar en inmediata aldea, y tienen su iglesia en un pequeño convento de Padres Franciscanos. La población musulmana llega á seis mil almas.

Girgeh, situada en la orilla izquierda á veintinueve kilómetros al mediodía de Akhmin, fué en otro tiempo capital del Egipto superior, pero en el día la sobrepuja Siut en importancia y movimiento. A lo que se cree, no ha sucedido á población ninguna de la antigüedad; antes al contrario, su nombre, que es el de San Jorge, bajo cuya advocación se halla el monasterio copto allí existente, parece indicar ser de fundación cristiana. Contiene doce mil habitantes y entre ellos mil coptos cismáticos y unos trescientos católicos. Encuéntranse diseminados por la ciudad restos de antiguas iglesias en mezquitas y en casas; de la capilla católica, á la cual está unida una escuela elemental, cuida un fraile Franciscano y dos sacerdotes coptos.

Desde Girgeh puede emprenderse una excursión á las ruinas de Abydos, distante unas tres horas y media tierra adentro en dirección al sudoeste. Los guías muestran á lo lejos los campos que en el año de 1799 fueron teatro de la victoria de los franceses mandados por el general Dessaix contra los mamelucos.

Abydos, en copto Abot y según los jeroglíficos Abu y también Abudud, sucedió en remota edad á la ciudad de Thinis, cuna que fué de Menés, primer rey de la



VISTA DE GIRGEH

monarquía faraónica, y sepulcro de Osiris, gran deidad de la nación egipcia. Destruída á su vez hace siglos, no ofrece á los ojos del viajero, exceptuando su necrópolis y las

ruinas de dos templos, construído por Seti I el uno y el otro por su hijo Ramsés II, sino montones de destrozados ó pulverizados ladrillos, escombros de toda clase y vastos arenales que en su avance lento, pero incesante y progresivo, han invadido gran parte del espacio que ocupaba. También habían casi sepultado á aquellos dos monumentos, cuando el egiptólogo Mariette emprendió la obra de exhumarlos en el año de 1858.

Es la fábrica del primero de hermosa cantería, y de asperón las colunas que lo adornan, lo mismo que las jambas, dinteles y arquitrabes de las puertas. Compónese de dos patios precedidos de un vestíbulo, de dos salas hipostilas la una inmediata á la otra, y de varios santuarios, consagrados á Horo el primero, á Isis el segundo, á Osiris el tercero, á Ammón el cuarto, á Harmachis el quinto, á Phtah el sexto y el séptimo al rey que fundó el monumento; en el último represéntase en bellas esculturas la apoteosis de Seti I. En una galería que pone el templo en comunicación con otros edificios que de él dependían descubrió el referido Mariette la famosa tabla llamada de Abydos, en la cual se ve á Seti ofreciendo presentes á setenta y seis reyes antecesores suyos, leyéndose á la cabeza de la lista el nombre de Menés, y no hay que decir la capital importancia que hubo de darse al descubrimiento en el terreno de la historia.

Del segundo templo, erigido por Ramsés II, son escasas las ruinas; de la necrópolis se han sacado gran número de lápidas funerarias que se ven hoy en el museo de Bulak. Algunas se remontan á la sexta dinastía.

Otras ruinas, también de grandísima importancia, aguardan al viajero en Denderah; para visitarlas, después de abordar en Keneh ó sea la antigua Cœnópolis, ciudad de buen aspecto y con varias casas á la europea, con una población de trece mil almas, entre ellas un centenar de católicos con un misionero Franciscano, situada en la margen oriental á seiscientos cincuenta y ocho kilómetros de Bulak, en un brazo del Nilo, suele tomarse una barca que en poco más de media hora lleva á la opuesta orilla y deja en la miserable aldea de Denderah. Este nombre dan igualmente á la antigua y famosa ciudad los egipcios de hoy, mas los griegos la llamaron Tentyris, denominación compuesta probablemente de las palabras *Tei-n Athor* (residencia de Athor); el recinto que ocupó y que puede calcularse en mil y setecientos metros á lo largo por ochocientos á lo ancho, se encuentra á pocos kilómetros hacia el oeste, y en él, entre montones de escombros, una cerca de ladrillo corre alrededor de tres templos aun en pié y casi íntegros, desenterrados también no hace muchos años por M. Mariette, y son el de Athor ó principal, el Tifonio ó Mammisi y el templo de Isis.

«El viajero que ha recorrido todo el Delta y además el Egipto central, escribe el presbítero italiano Teodoro Delfi, si no ha llegado á Denderah y no ha visto sus hermosos templos haga cuenta que no ha visto en arquitectura nada que pueda compararseles por el buen gusto y elegancia.»

Al templo de Athor precede un pronaos ó pórtico en cuya fachada se lee la siguiente inscripción en lengua griega:

«Para la conservación de Tiberio César, nuevo Augusto, hijo del dios Augusto, siendo prefecto Publio Avilio Flacco, epistrategio Aulo Fulvio Crispo y estrategio Serapio Trycambo, los habitantes de la metrópoli y del *nomo* han levantado este pronaos á Afrodita, altísima deidad, y á los demás dioses adorados en este templo, el año vigésimo primero de Tiberio César, el 21 de Athjr.»

Veinticuatro colunas en seis filas de cuatro cada una lo sostienen; sus capiteles, rematados en un dado de forma cúbica, tienen por adorno en las cuatro caras la testa de Athor con orejas de vaca, animal que le estaba consagrado. Bajo-relieves y jeroglíficos cubren por completo las paredes; en el techo está pintado un zodíaco.

Templo de Athor, en Denderah

Pasando del pórtico al templo propiamente dicho encuéntrase, ante todo, espaciosa sala ornada con seis colunas, teniendo á derecha é izquierda tres estancias laterales; síguela otra sala en cuya techumbre se abren cuatro tragaluces, y luego otra que sirve como de vestíbulo al santuario. Aislado éste, las galerías que lo rodean dan entrada á catorce piezas de diferente grandor, las cuales, lo mismo que todas las del templo, están cubiertas de innumerables esculturas y jeroglíficos relativos casi todos á la deidad allí venerada y á las ceremonias de su culto.

En el espesor de las paredes y de los cimientos habíanse abierto doce ó más criptas, en gran parte obstruídas hoy por tierra y escombros; su entrada la conocían únicamente los sacerdotes, y eran como lugares secretos y recónditos donde se guardaban los objetos sagrados y preciosos, sirviendo además para las misteriosas iniciaciones.

Dos anchas escaleras que arrancan de las salas, llevan á la azotea superior y á ambos lados de ella hállanse otras estancias consagradas á Osiris, conforme lo atestiguan las inscripciones y bajo-relieves que cubren sus paredes. En el techo de uno de estos

aposentos veíase esculpido el famoso zodíaco planisferio depositado hoy en la biblioteca de París, que, muy semejante al del pórtico, comienza como éste por el signo de Leo. Atribuyéndole antigüedad remotísima, no fueron pocos los argumentos que en él se fundaron á la raíz de su descubrimiento contra la cronología de Moisés; y todo para venir á parar, luego de ser el monumento del todo explorado y conocido, á que data únicamente del siglo primero de la era cristiana. En efecto, el templo actual, habiendo sucedido á más antiguo santuario, fué erigido por Ptolomeo XI; de época más reciente aún, conforme hemos visto, es el pórtico, como que se levantó en tiempo de Tiberio, y las criptas y las estancias de la azotea pertenecen á la época de Ptolomeo XIII, según así lo rezan los lápidas en ellas descubiertas. El monumento, á contar desde la entrada del pórtico, tiene de fondo más de cien metros; el del templo propiamente dicho no pasa de treinta y cuatro.

Es el Mammisi un pequeño edificio medio enterrado aún en la arena, y consiste en varias y reducidas estancias y en un santuario, rodeado todo, excepto la fachada, de un peristilo de veintidós colunas. En sus capiteles se representa al monstruo Tifon ó espíritu maléfico, y creyendo que al mismo estaría el templo dedicado, hásele dado por la generalidad de los autores que de él han tratado el nombre de Tifonio; sin embargo, algunos, entre ellos Champollion, fundados en que sus esculturas todas se refieren al nacimiento del hijo de Athor, lo han calificado de Mammisi, esto es, de templo consagrado al alumbramiento de la diosa, en el cual vería la luz la tercera persona de la tríade adorada en el templo inmediato.

El de Isis, situado á pocos metros del de Athor, tuvo, como el Tifonio ó Mammisi, á Augusto por fundador; compónese únicamente de dos piezas, de una galería y un santuario en que se ven diferentes representaciones de la diosa Isis.

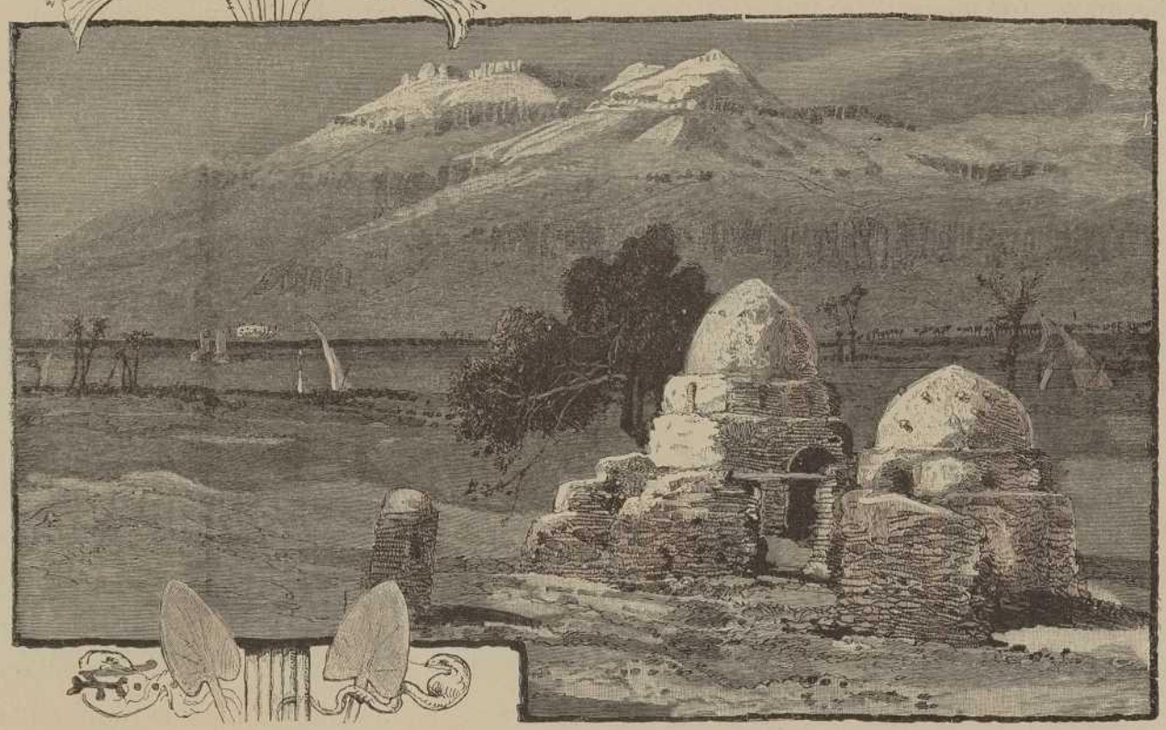
Denderah ó Tentyris fué obispado en el siglo IV, según así se desprende de las actas de algunos concilios y de las referencias que al mismo hacen las historias de los santos solitarios de la Tebaida. Sábese que san Atanasio visitó á Tentyris, y que en su recinto ordenó de sacerdote á san Pacomio.

Keneh, adonde se ha de regresar para seguir el viaje, es la última ciudad del Egipto central, comenzando luego el Said ó Egipto superior; dista de Tebas sesenta y ocho kilómetros, y en el espacio que á una de otra separa merece ser mencionada en primer lugar la aldea de Koft, que es la antigua ciudad de Coptos, convertida por los Ptolomeos en gran depósito del comercio de Indias por medio del camino que desde ella abrieron hasta Berenice, en el mar Rojo, atravesando montes y desiertos. Las tropas de Diocleciano, para castigar una rebelión de sus moradores, le causaron gran estrago y devastación en el año 282, y restaurada y embellecida después por Justiniano fué llamada Justiniápolis. Como tantas otras ciudades de aquella región fué la de Coptos ilustre en los fastos cristianos de los primeros siglos, siendo en gran número las iglesias y los monasterios que en su recinto florecieron.

En la misma ribera derecha ú oriental hállase el pueblecillo de Kus ó Gus, el cual

ha sucedido á la rica y mercantil *Apollinopolis parva;* más lejos, Sanhur, en otro tiempo Senhor, donde existen residuos de un templo de la época romana; después, Medamut, en cuyas cercanías pueden visitarse las ruinas de otro templo erigido en tiempo de la dinastía décimoctava, pero engrandecido y restaurado por los Ptolomeos y los emperadores romanos, y se llega últimamente á la vista del lugar en que existió la famosa Tebas.

La gran ciudad cantada por Homero, la de las cien puertas, por cada una de las cuales podían salir doscientos guerreros con sus caballos y carros, no es más, hace ya largos siglos, que pálida sombra de sí misma. La opulencia de sus ciudadanos, tan ponderada por el poeta griego, la riqueza acumulada en sus magní-



La llanura de Tebas vista desde Karnak

ficas moradas han desaparecido junto con los alcázares y casas; hasta su antiguo nombre ha perdido, y entre los indígenas sólo es ahora conocida por el de las aldeas que llevan miserable existencia en el vasto recinto que llenó con su gloria. Sin embargo, es tanto todavía el esplendor y tanta la imponente majestad de sus ruinas, los residuos de sus templos ofrecen tan gigantescas y á la vez tan armoniosas proporciones, son tan notables los sepulcros de sus antiguos reyes, que de continuo remontan el río para contemplarlos de cerca gran número de viajeros, atraídos por la fama de su gloria extinguida y de las maravillas que aún ostenta, por más que, exánime y muerta, haya sido su cadáver mutilado y hecho pedazos por los siglos y los hombres. Sabios y artistas buscan en el estudio de sus arruinados monumentos ejemplo y enseñanza, y desde que Champollión dió á los egiptólogos la clave de la escritura jeroglífica, esfuérzanse todos

en descifrar las innumerables inscripciones con que están cubiertas las paredes de sus sagrados y funerarios edificios. Tebas es un gran libro abierto que no ha sido leído del todo, ni siquiera hojeado por completo; el día en que esto se haya hecho, sin duda que se adquirirán nuevos é interesantes datos sobre la historia de Egipto, á la par que obtendrá confirmación nueva, conforme ha sucedido con los descubrimientos todos, la rigurosa exactitud de los Sagrados Libros.

Tebas, en jeroglíficos *Ap* ó *Ape*, y con el artículo femenino *Tape*, nombre que equivale á *cabeza* ó *capital*, del cual hicieron los griegos el vulgar entre nosotros, fué también por ellos llamada *Deospolis Magna*, denominación que corresponde á la de Amunei ó *morada de Amun* ó *Amon*, que era el Júpiter del Panteón egipcio y el dios bajo cuyo amparo estaba especialmente la ciudad. Fundada sin duda en los primitivos tiempos de la monarquía egipcia, y embellecida y engrandecida por muchos soberanos, fué devastada é incendiada por Cambises en el año 527 antes de J. C. Siglos después, en el año 82 antes de nuestra era, por negarse á reconocer la usurpación de Ptolomeo Latyro, fué por este príncipe expugnada al cabo de tres años de sitio, y pasada á sangre y fuego expió cruelmente su fidelidad á Alejandro, hermano del usurpador. Ciento y cuarenta estadios, ó sean veintiséis kilómetros tenía de circunferencia, á creer al historiador Diodoro de Sicilia, y su recinto contuvo en la época de su esplendor más de un millón de habitantes. Pero desde aquella catástrofe, y aun desde antes, fué aquél menor de cada día, ya que tiempo hacía que la corte había sido trasladada del Egipto meridional al del norte y que otras capitales, la de Alejandría en especial, que fué la última, atrajeran á ellas el comercio, la opulencia, la industria y la población. Tanto fué así, que en la época de Strabón había cesado Tebas de formar una gran ciudad para constituir como varios lugares ó barrios separados y distintos, unos en la orilla oriental, en la cual floreció la ciudad propiamente dicha, y otros en la occidental, donde se hallaban los sepulcros y el barrio de los Memnonia. Pero aun así conservó por su antigua fama y por sus grandiosos edificios mucha influencia en la comarca, y cuenta la historia que varias veces se levantó contra la dominación romana, habiendo tomado en el siglo III de nuestra era parte muy principal en la sublevación que fué sofocada por el emperador Diocleciano con ríos de sangre y horribles estragos. Innumerables fueron los cristianos que en las épocas de persecución alcanzaron en Tebas la palma del martirio, y de la ciudad y de su territorio eran nativos la mayor parte de los héroes que al mando de Mauricio formaban la ilustre legión tebea que en la Galia trasalpina dieron su vida por la fe de Jesucristo. Como otras muchas ciudades egipcias fué la de Tebas, ya en el siglo IV, sede episcopal.

A los grandes lugares ó barrios de los últimos años de la época romana han sucedido míseros pueblecillos, morada de los tristes sucesores de la antigua y opulenta metrópoli, de cuya gran extensión y magnificencia son testimonio sus inmensas ruinas.

Son estos pueblos ó aldeas en número de cuatro; en la orilla derecha Luksor

J. D. WOODWARD. PINXT

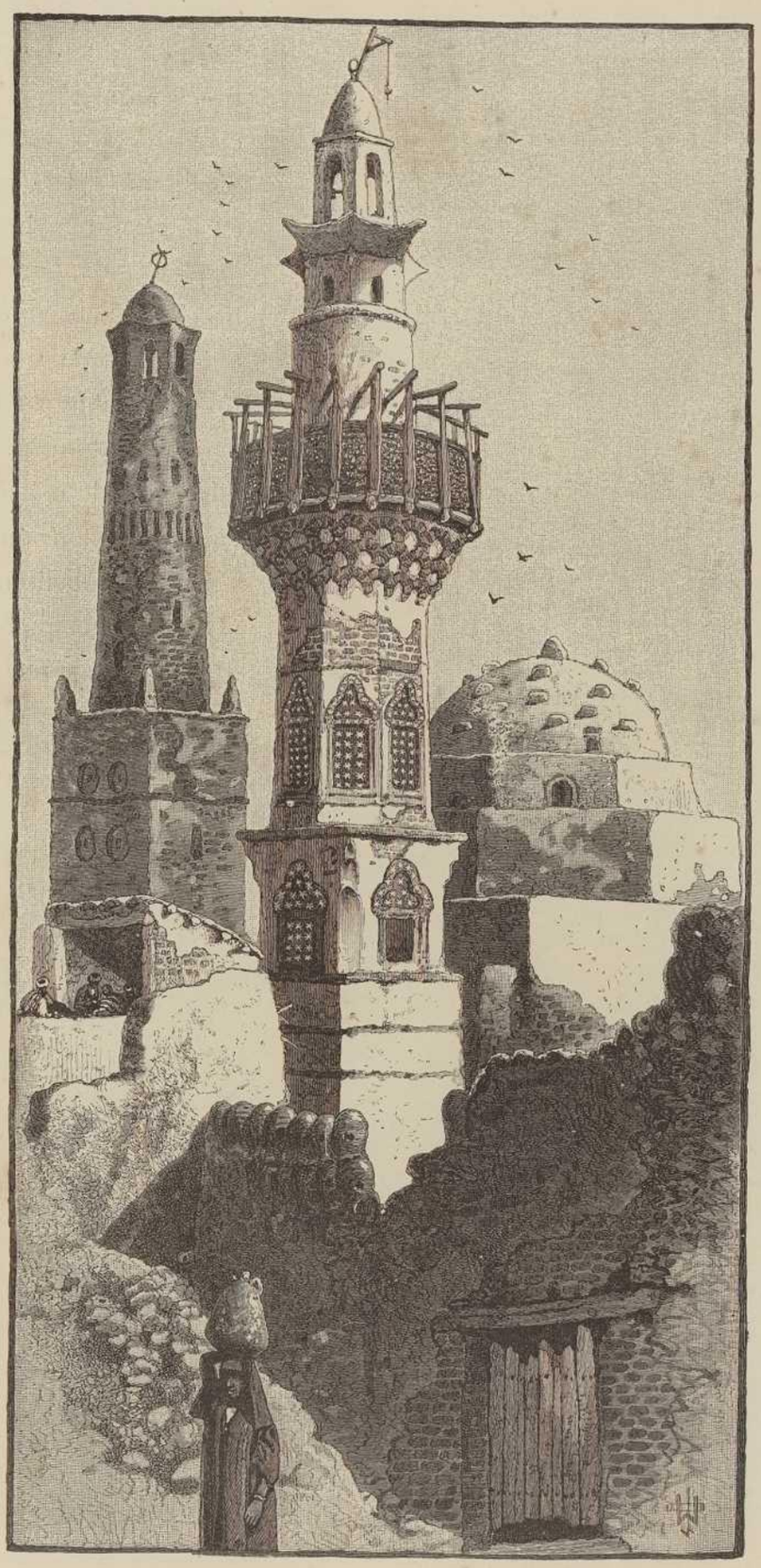
J. GODFREY. SCULPT

MONUMENTOS DE LUQSOR.

ESPASA Y COMP.ª EDITORES, BARCELONA.

al sur y Karnak al norte; en la izquierda Kurnah y Medinet-Abu. Comencemos nuestra excursión por el de Luksor, en el cual suelen los viajeros tomar tierra.

Luksor, cuyo nombre parece ser derivación de una palabra copta equivalente á *alcázar* ó *templo,* ocupaba la parte sudeste de la antigua capital con espacioso templo y con los regios palacios del Faraón. En el día está situado en montecillo de escombros que se alza pocos metros sobre el nivel de la llanura y que medirá unos setenta kilómetros á lo largo por cincuenta á lo ancho. Colosales colunas, robustas paredes, arquitrabes y frontones atraen la atención á proporción que á él nos acercamos; y á estos imponentes residuos han adherido los fellahs sus míseras viviendas de tapia, produciendo el efecto de las oscuras y fangosas excrecencias que se crían en el tronco y en las ramas de robusta planta. Entre las ruinas han abierto callejuelas, han construído una mezquita, y se ha levantado la casa del gobernador, un cuartelillo para un corto destacamento, el correo y los consulados de Francia é Inglaterra. Lo primero que se ofrece á la vista yendo de norte á mediodía es soberbia portada ó pyloneo de sesenta metros, compuesto de dos moles piramidales



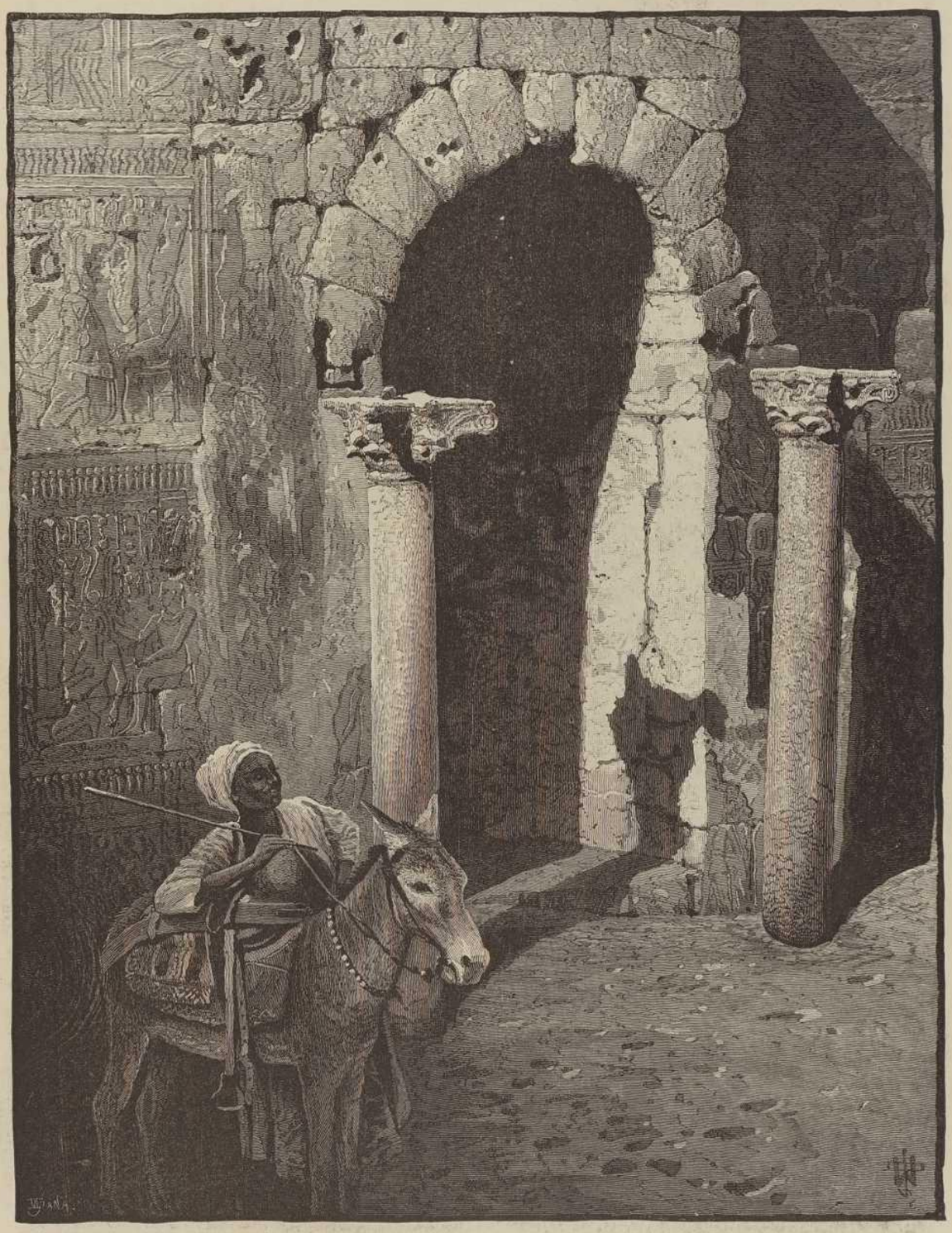
La mezquita de Luksor

de veintitrés metros de altura entre las que se abría un hueco rematado por elegante cornisa, en gran parte destruída. A uno y otro lado, en la parte exterior, se alzaron dos obeliscos monolitos de granito rosáceo, uno de los cuales, el de la derecha, de veintidós metros y ochenta y tres centímetros de altura, hállase en París desde el año de 1836, siendo adorno de la plaza de la Concordia, su compañero permanece en su antiguo sitio, y más alto que el anterior, mide veinticinco metros con tres centímetros. Ambos tienen escrito en sus cuatro caras los nombres y prenombres de Ramsés II, é igualmente están cubiertas de jeroglíficos en toda su extensión las paredes de la portada. Entre los obeliscos y la puerta dos colosales estatuas de aquel soberano, que, sentadas en regio trono, parecen ser los custodios del monumento, miden trece metros de altura, y

Obelisco de Luksor

poco menos otras dos que, medio enterradas á poca distancia, se encuentran hoy cobijadas por las casas modernas que ocultan en parte la vista del pyloneo.

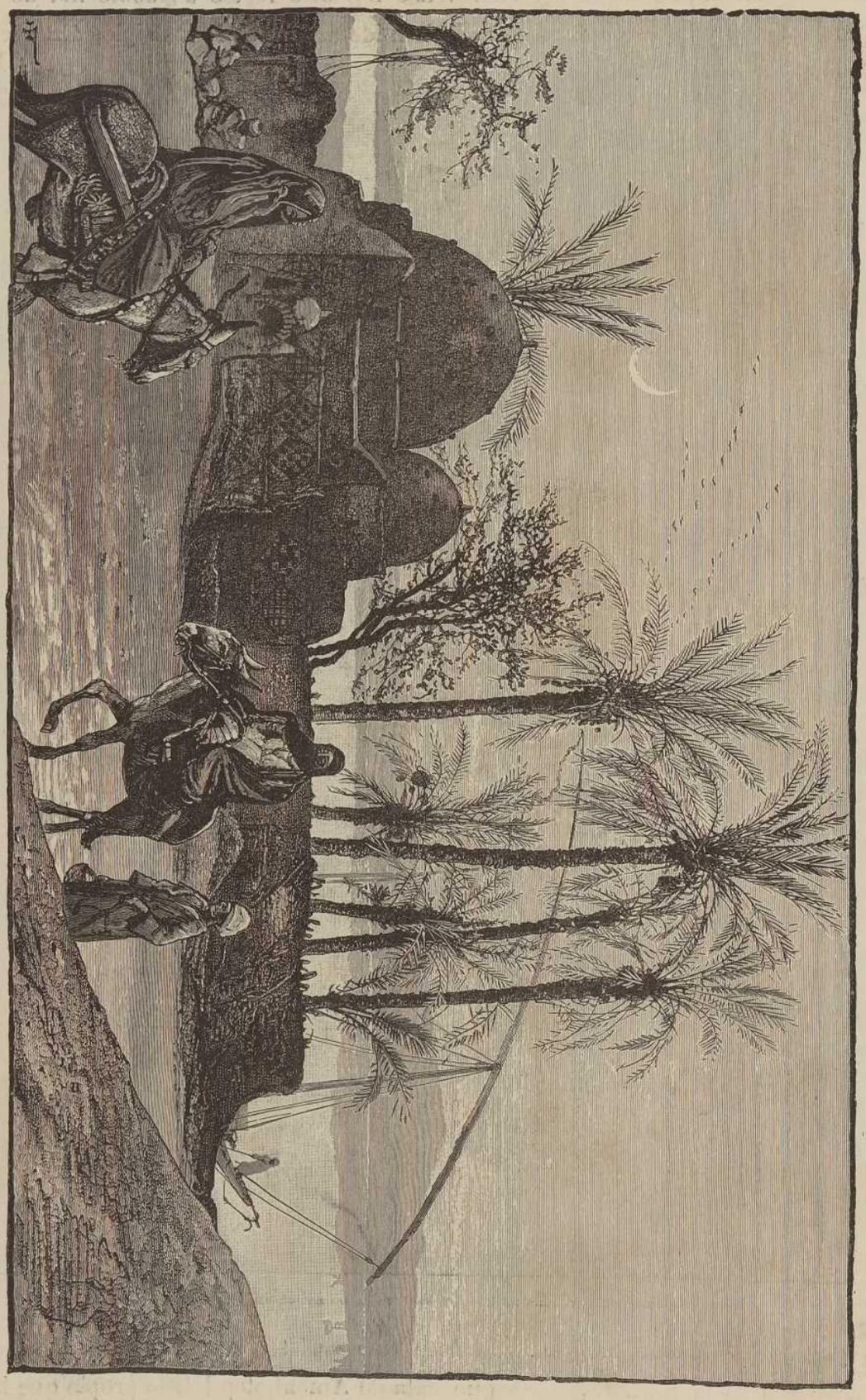
Atravesado éste, llégase á un patio de cincuenta y dos metros á lo largo por cincuenta de ancho, alrededor del cual vense notables restos de doble fila de colunas, y entre la tierra y los escombros que allí han ido acumulando los siglos álzanse la mez-



Hornacina en antiguo templo de Luksor, transformado en iglesia en la época cristiana

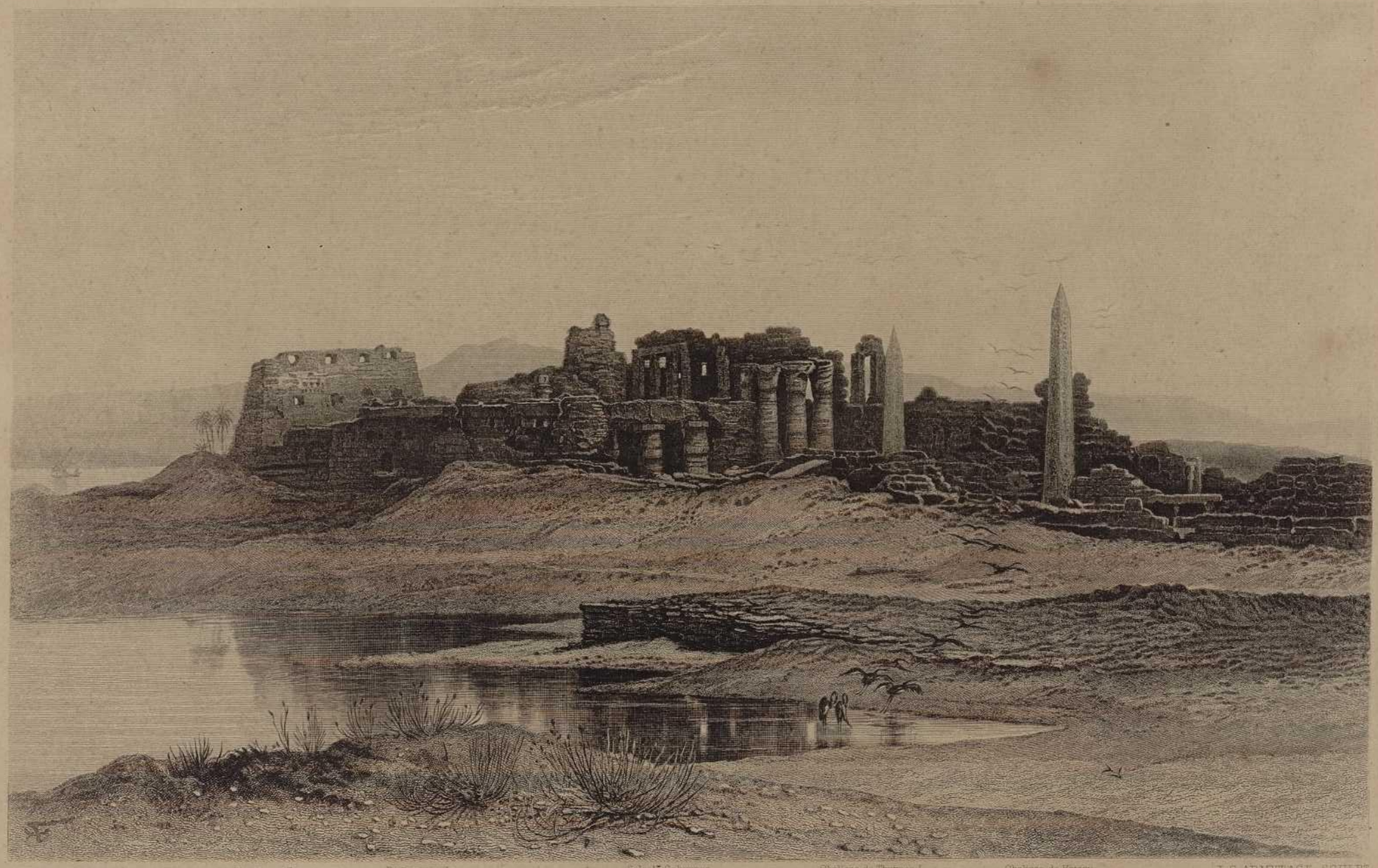
quita y muchas chozas arábigas. Conduce este peristilo á una segunda portada más antigua aún que la primera, como que data de Amenhotep III, lo propio que las construcciones que la siguen, y éstas consisten en hermosa galería de catorce colunas en dos hileras, que lleva á otro pyloneo, hoy demolido; por él se entraba en un atrio que tiene

á derecha é izquierda doble fila de columnas formando peristilo, y por el lado del medio-



El Nilo visto desde Luksor

día limítalo un pórtico sostenido por treinta y dos columnas. Siguiendo hacia el mediodía hállase una sala en la cual existe circular hornacina y pinturas cristianas que son indicio



EL GRAN TEMPLO DE KARNAK.

ESPASA Y COMPª EDITORES. BARCELONA.

de haber sido transformada en iglesia al establecerse el cristianismo en Tebas; á continuación otras salas adornadas con colunas rodean el santuario, el cual fué consagrado á Ammon-Ra, señor de los dioses, por Amenhotep III, destruído después por Cambises, y reedificado por Alejandro Ægos.

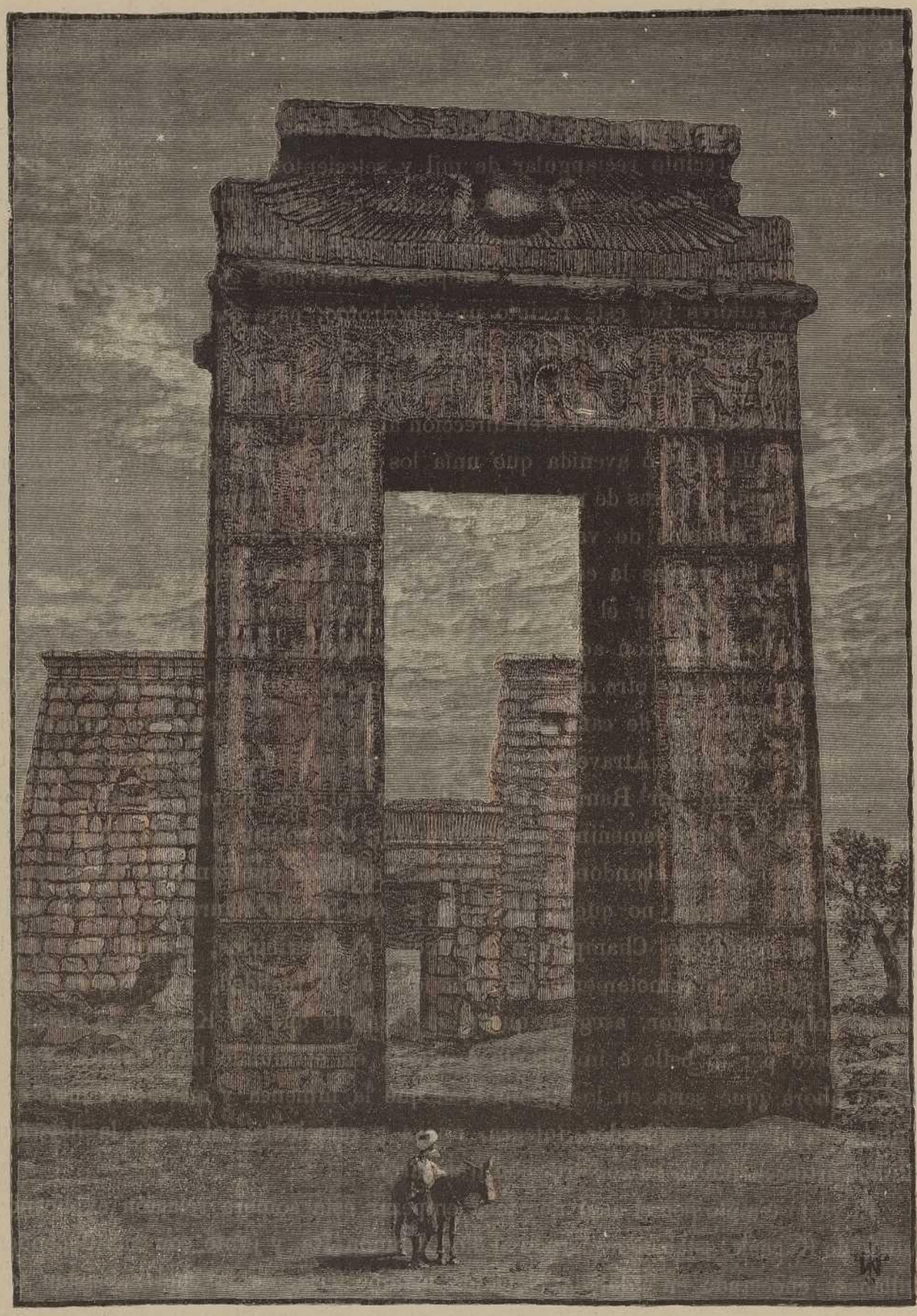
A la distancia de tres mil y quinientos metros hacia el sur y á dos kilómetros del río existe un gran recinto rectangular de mil y setecientos metros á lo largo por mil y cincuenta á lo ancho. Sus muros, construídos de tapia, tenían por lo menos veinte metros de altura, y en el día únicamente sobresalen del suelo tres ó cuatro, habiendo puntos en que han desaparecido por completo, enterrados entre el barro del Nilo. Para algunos autores fué este recinto un hipódromo; para otros un campo militar, y hay finalmente quien mira en él artificial laguna.

De Luksor á Karnak y á las admirables ruinas que este lugar hacen famoso, la distancia es de unos dos kilómetros en dirección al nordeste; encuéntranse por el camino, que es la antigua calle ó avenida que unía los alcázares y templos de Luksor con los de Karnak, grandes piedras de mármol y varias bases de coluna, atrayendo sobre todo la atención los residuos de varios esfinges con cuerpo de león y cabeza de mujer, teniendo entre sus garras la estatua de Amenhotep III. De muchas se conserva aún lo bastante para apreciar el grandioso efecto que hubo de producir la larga calle adornada á ambos lados con aquellas gigantescas figuras, cuyo número no bajaría de seiscientas; y á ella sigue otra de trescientos metros de extensión, también con esfinges, pero éstas con cabezas de carnero, por la cual se llega á la soberbia portada erigida por Ptolomeo Evergetes. Atravesémosla; y una tercera calle de esfinges nos conducirá al templo levantado por Ramsés III en honor del dios Khons, el cual, junto con Ammón-Ra y la deidad femenina por nombre Mut, componían la tríada tebana.

El aspecto de los abandonados y ruinosos edificios que tenemos delante, por su grandiosidad y belleza, no queda atrás de lo que puede figurarse la más exaltada fantasía; el egiptólogo Champollión renuncia á describirlos, porque sus palabras, dice, no podrían ni remotamente dar una idea de la realidad, y el viajero Ampère, francés como el anterior, asegura que el espectáculo que en Karnak se ofreció á su vista superó por lo bello é imponente á cuanto en el mundo había visto. Y si esto sucede ahora ¿qué sería en los tiempos en que la inmensa y marmórea mole se presentaba en todo su esplendor, íntegra, nueva y reluciente, tal como la dejarían los últimos artífices que en su construcción trabajaron?

El vasto templo por el cual nos toca empezar esta somera relación explicando las ruinas de Karnak, estaba consagrado al dios Ammón-Ra, y junto con sus dependencias hallábase encerrado en dilatada cerca de mampostería, de la cual subsisten todavía enteros los lados septentrional y oriental; de los de poniente y mediodía sólo quedan escasos residuos. La entrada principal de este recinto, cuyo perímetro medía unos dos mil y trescientos metros, miraba al oeste, esto es, al Nilo, del cual la separaba la distancia de un kilómetro, existiendo además otras puertas, monumentales todas.

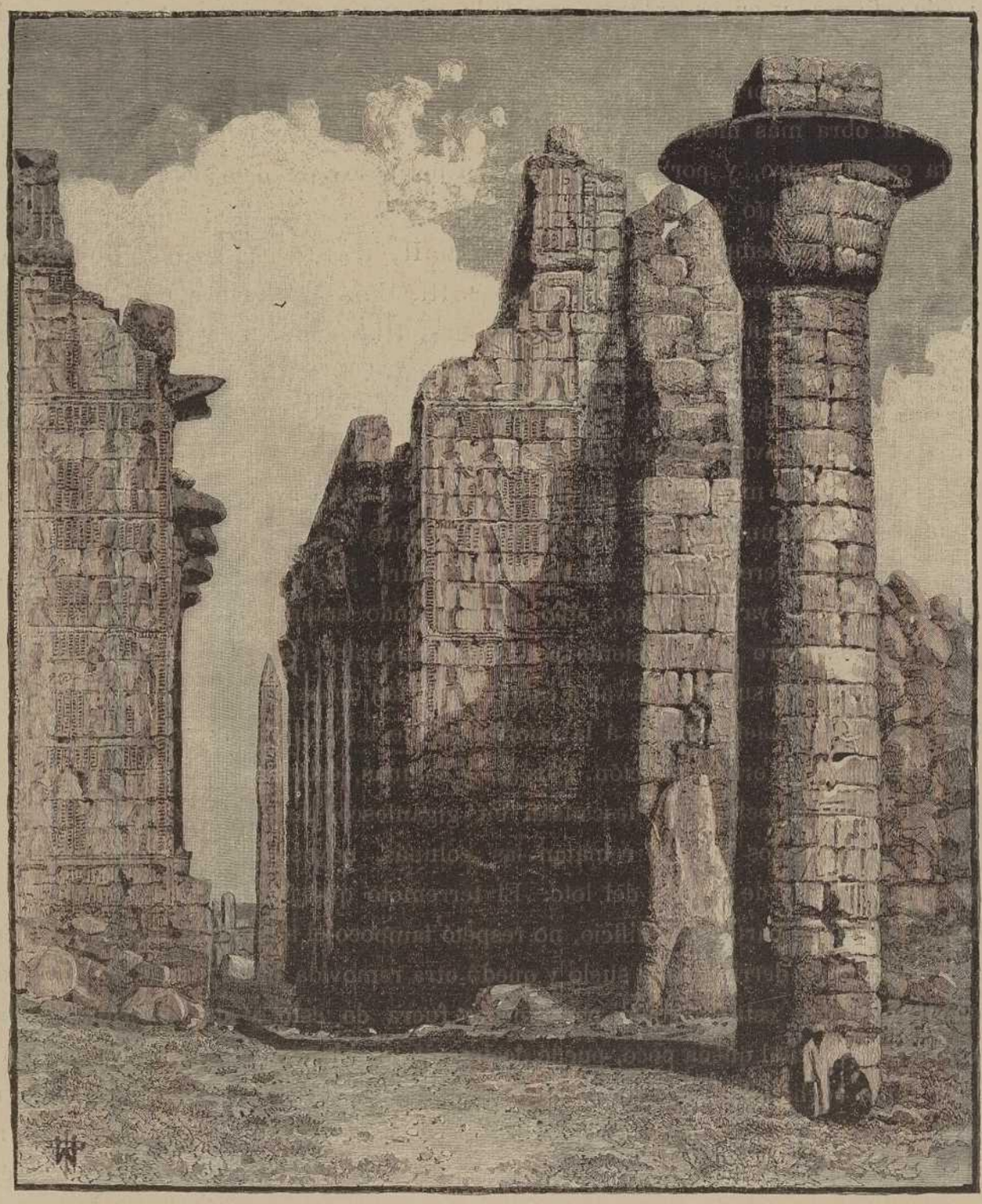
El templo, que se extiende de oeste á este, tiene trescientos sesenta y cinco metros



Portada de Ptolomeo Evergetes, en Karnak

de largo por ciento y trece en su mayor anchura. Comenzada la obra por el rey Usortesen de la dinastía duodécima, continuada ó reparada por Thutmés I, Thutmés II,

Thutmés III, Amenhotep II, Thutmés IV y Amenhotep III de la décimoctava, engrandecida y embellecida con nuevos bajo-relieves por Ramsés I, Seti I, Ramsés II y Meneftah I, de la décimonona, experimentó otras restauraciones y nuevos embelle-



Entrada occidental de la sala hypostyla ó de las columnas, en Karnak

cimientos por parte de los soberanos de las sucesivas dinastías; á ellos contribuyeron también los Ptolomeos, y esta sola enumeración de los monarcas que en tan prolongado transcurso de tiempo cifraron su gloria en perfeccionar y adornar la fábrica del maravilloso edificio y en esculpir en él sus nombres y hazañosos hechos, claro testimonio es de la extraordinaria importancia de un monumento en el cual diríase que quisieron

reunir cuantos portentos pudo crear el numen de sus arquitectos y escultores, de sus pintores y tallistas.

Precedía á la entrada principal, como á la de todos los templos egipcios, una calle de esfinges, y en su extremo se alza la primera portada ó pyloneo, obra grandiosa que mide ciento y trece metros á lo largo, cuarenta y cuatro á lo alto y quince de espesor; tiene su origen en la época de los Ptolomeos, y á pesar de ser en el edificio la obra más moderna es de las que mayor deterioro han sufrido. Abrese la puerta en el centro, y por ella se entra en hermoso patio de ochenta y cuatro metros á lo largo por ciento y trece á lo ancho, adornado con colunas; en su recinto existen las ruinas de un templo construído por Seti II, y enfrente las de otro templo de mayores proporciones, fundado por Ramsés III. Una segunda portada, hoy en ruinoso estado, lleva, pasando por magnífico vestíbulo, á la famosa sala llamada del trono y también hypostyla ó de las colunas, la cual, según expresiones del prebístero Dafi, deja mudos y atónitos de asombro á cuantos la contemplan y que bien podría pasar, dice, por la octava maravilla cuando no por la primera. Construída por Seti I, mide á lo ancho ciento y dos metros por cincuenta y tres de fondo, y está sostenida por ciento treinta y cuatro colunas, de las cuales las del centro, en número de doce, tienen diez metros de circunferencia por veintitrés de altura. Esta obra, escribe Guerin, no reconoce rival no ya en Egipto, sino en el mundo entero, y al mirarla es imposible dominar el asombro que se siente por el atrevimiento y la habilidad de los arquitectos que construyeron y supieron llevar á cabo fábrica tan colosal. La majestad del conjunto excede á toda ponderación, y á la enormidad de los materiales empleados únese un lujo nunca visto de ornamentación. Paredes y colunas, está todo cuajado de esculturas; los sillares de la techumbre descansan en gigantescos arquitrabes que á su vez se apoyan en los dados en que rematan las colunas, cuyos capiteles, diferentes todos, imitan las formas de la flor del loto. El terremoto que fué causa del estrago que se observa en varias partes del edificio, no respetó tampoco el admirable salón; tres colunas cayeron entonces derribadas al suelo y quedó otra removida hasta hallar el apoyo de la inmediata, y en esta posición permanece; fuera de esto y del deterioro de la techumbre, de la cual queda poco, puede decirse de la sala que se encuentra casi intacta y tal como se hallaba hace por lo menos tres mil años. Y si admirable por dentro, no es menos digna de ser estudiada por la parte exterior, ya que cubren sus paredes pinturas de gran interés histórico, representando hechos heroicos de Seti I, Ramsés II, Meneftah y Sesak.

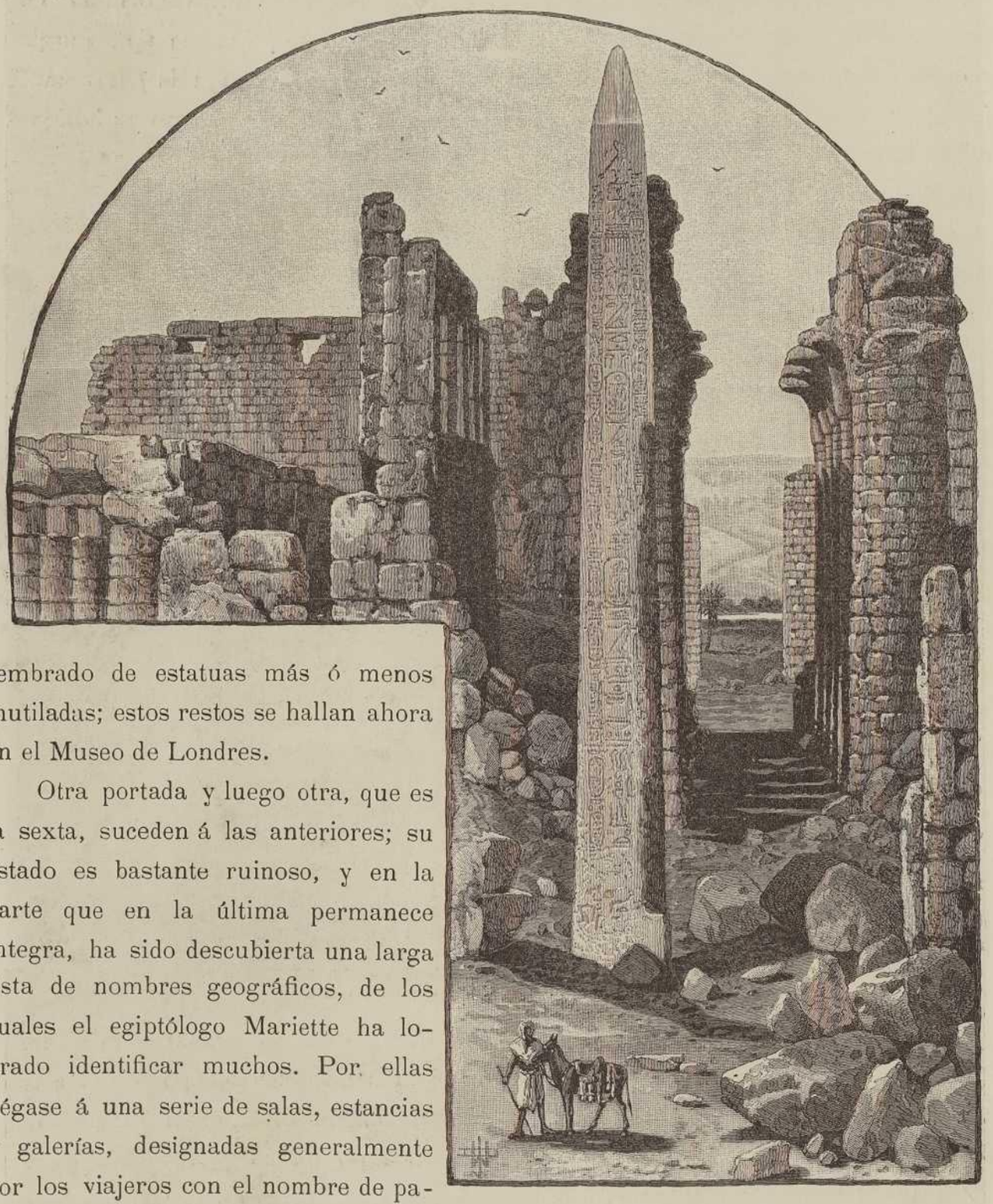
El lado oriental de esta sala está formado por otro pyloneo ó portada, medio derruída en el día, por la cual se pasa á un sitio descubierto ó patio, que es como lugar intermedio entre la sala de las colunas y la inmediata llamada de las cariátides. Alzábanse en él á derecha é izquierda dos obeliscos de veintitrés metros de altura; uno de ellos yace en el suelo hecho pedazos; el otro permanece en pié. Por los restos de una cuarta portada, que estuvo igualmente precedida de dos obeliscos, de los cuales

sólo uno, que figura entre los mayores monolitos conocidos, pues mide treinta metros,

Sala de las colunas, en Karnak

se conserva enhiesto, se llega á la sala de las cariátides, así llamada por estar sostenida por veinticuatro pilastras con otras tantas de aquellas estatuas de gigantesco tamaño;

de ellas sólo subsisten catorce, pero aun así forma todavía el conjunto más imponente que puede imaginarse. En el obelisco se lee el nombre de la reina regente Hatasu, de la dinastía décimoctava, y no hace muchos años que el suelo de esta sala veíase



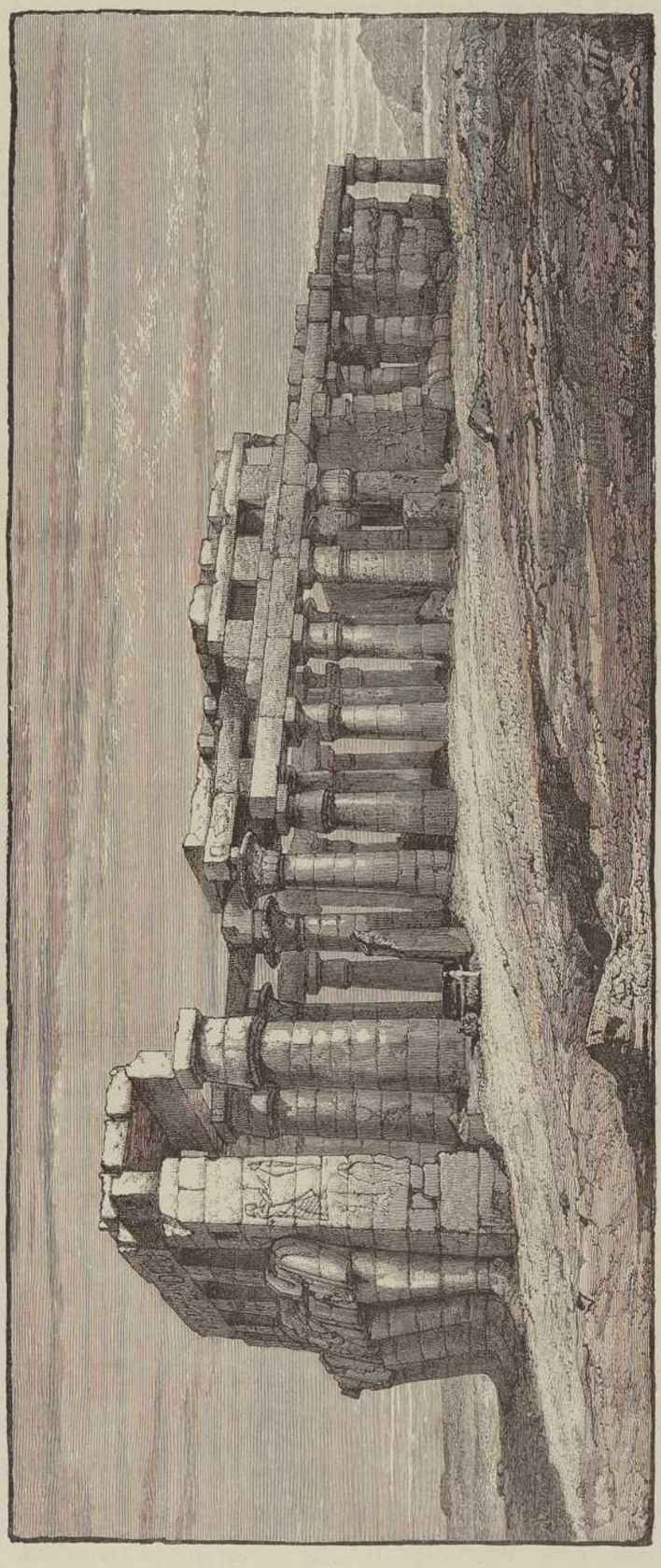
Un obelisco en Karnak

sembrado de estatuas más ó menos mutiladas; estos restos se hallan ahora en el Museo de Londres.

Otra portada y luego otra, que es la sexta, suceden á las anteriores; su estado es bastante ruinoso, y en la parte que en la última permanece íntegra, ha sido descubierta una larga lista de nombres geográficos, de los cuales el egiptólogo Mariette ha logrado identificar muchos. Por ellas llégase á una serie de salas, estancias y galerías, designadas generalmente por los viajeros con el nombre de palacio de granito; de una de estas salas se creyó durante mucho tiempo que había sido la *cella* ó santuario del templo; pero M. Mariette ha creído haberlo descubierto en otras ruinas situadas hacia oriente, en el extremo de un gran patio en el cual existen fragmentos de colunas poligonales en los que está esculpido el nombre de Usortesen, fundador del templo.

En la parte oriental del monumento encuéntrase el edificio conocido con el nombre

de palacio de Thutmés III; contiene gran número de estancias y aposentos, muy deteriorados casi todos, y un vasto salón cuya techumbre, arruinada hoy estaba sostenida por cincuenta colunas. En el patio que lo precede existen dos enormes pedestales de otras tantas estatuas colosales ú obeliscos.

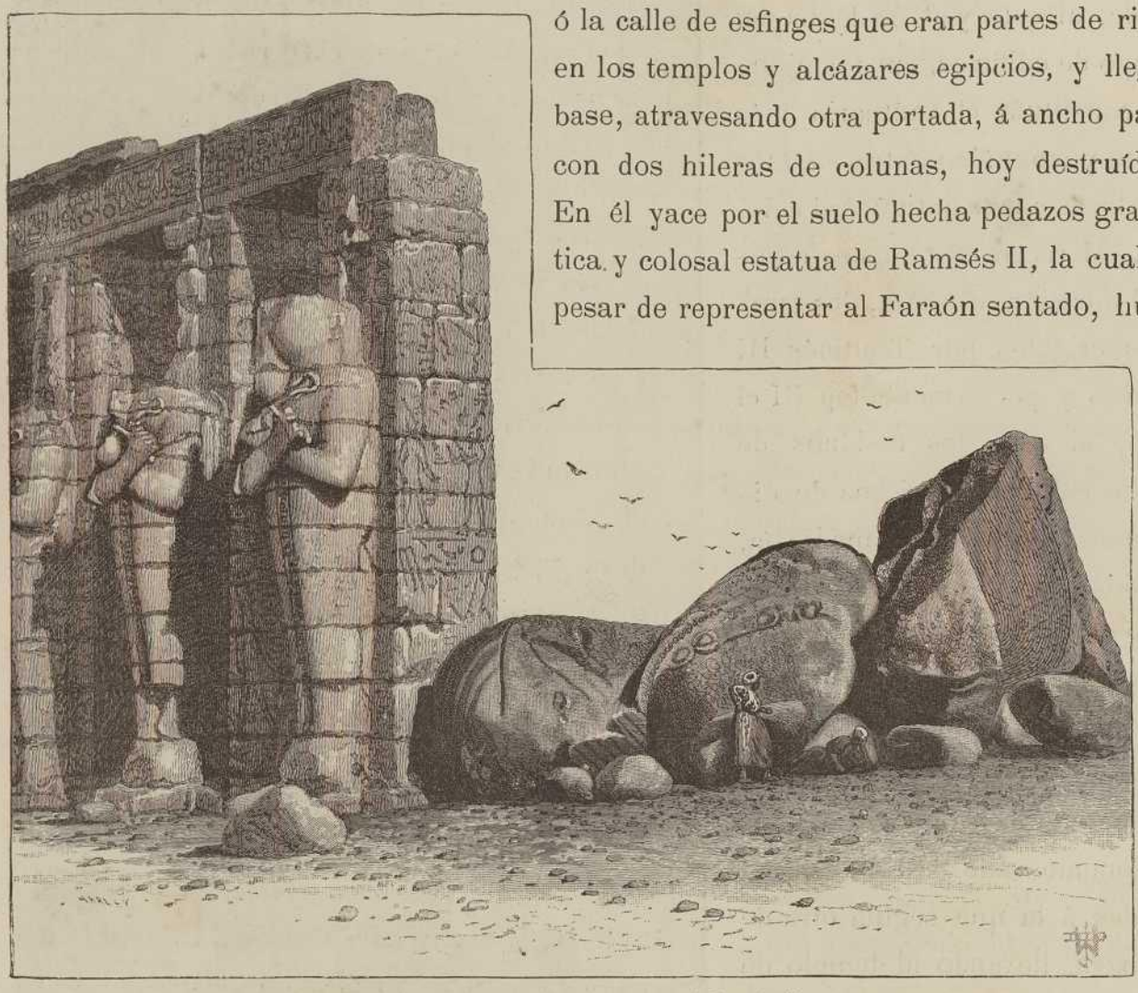


El Ramesseon

Otros templos se alzaban al norte, al este y al mediodía del grupo de edificios, cuyo conjunto constituía el santuario más vasto y magnífico entre cuantos nos ha legado la antigüedad egipcia. Merecen entre todos especial mención, al norte, dos templos erigidos por Thutmés III el uno y por Amenhotep III el otro; al este, los residuos de varios edificios religiosos de diferentes épocas, y al mediodía, en fin, en las inmediaciones del sitio que ocupó un estanque destinado, al parecer, para las ceremonias del culto, una serie de cuatro soberbios pyloneos ó portadas que interrumpen á trechos imponente calle de estatuas colosales á la que seguía otra de esfinges, llevando al templo de la diosa Mut, segunda persona de la tríade tebana.

Trasladándonos ahora á la margen izquierda del río veremos hacia el norte, enfrente del pueblecillo de Karnak, el de Kurnah, y en sus cercanías las ruinas de un edificio que lleva igual nombre. Fué como una especie de templo funerario consagrado á la vez á la memoria de Ramsés I y Seti I por sus respectivos hijos; ornado con un pórtico sostenido por diez colunas, precedíanlo dos majestuosos pyloneos,

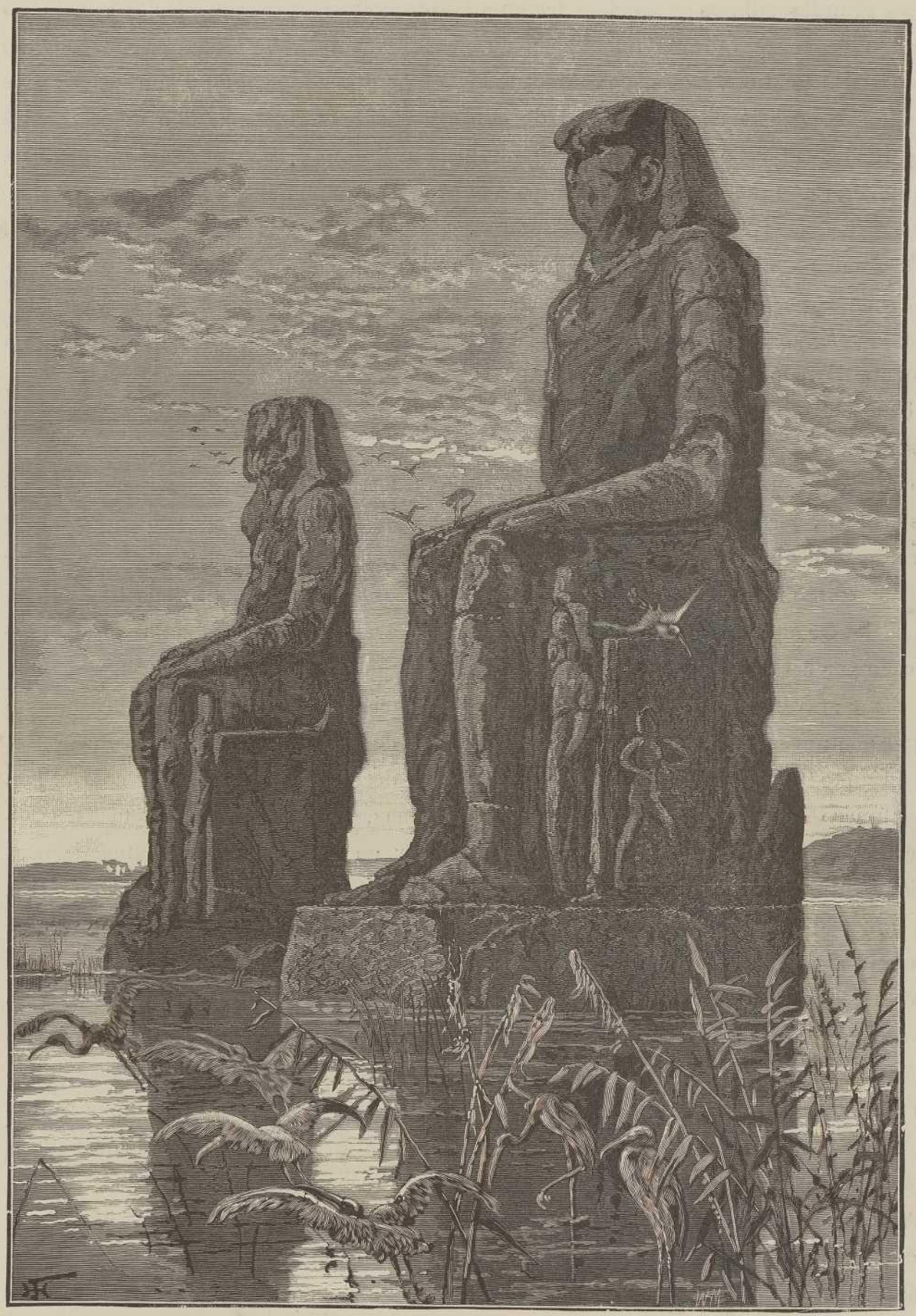
A corta distancia hacia el sudoeste álzanse en la llanura las ruinas de otro templo funerario, más vasto é importante que el anterior, y monumental cenotafio erigido por Ramsés II á su propia memoria. Es opinión común de los autores que en él ha de verse el edificio descrito por Diodoro con la denominación de sepulcro de Osymandias; por algunos, sin embargo, es impugnada, y sea de esto lo que fuere es lo cierto que el *Rameseon* (tal nombre se da generalmente al magnífico monumento) ocupaba en su longitud un espacio de ciento y setenta metros. Precedíanlo el pyloneo y el *dromos* ó la calle de esfinges que eran partes de rigor en los templos y alcázares egipcios, y llegábase, atravesando otra portada, á ancho patio con dos hileras de colunas, hoy destruídas. En él yace por el suelo hecha pedazos granítica y colosal estatua de Ramsés II, la cual, á pesar de representar al Faraón sentado, hubo



Restos del coloso que representaba á Ramsés II

de medir doce metros de altura; conócese que estuvo colocada á la izquierda de otra portada que del patio conducía á majestuoso peristilo de cincuenta metros á lo largo por casi otro tanto á lo ancho. A derecha é izquierda sostenía el pórtico doble hileras de colunas, y en los otros dos lados, pilastras con cariátides ó con gigantescas figuras de Ramsés con los atributos de Osiris. Un nuevo pyloneo pone en comunicación el peristilo con hermoso salón cuya techumbre pintada de azul y salpicada de estrellas descansaba en cuarenta y ocho colunas formando ocho hileras; de ellas se conservan treinta, y en las paredes son aún muy perceptibles las pinturas y bajo relieves que representan las principales batallas y victorias del gran soberano. Pásase desde allí á otra sala más pequeña, adornada con ocho colunas y luego á otra designada en las inscripciones de la puerta con el nombre de *sala de los libros*.

Esto es cuanto queda del famoso monumento; de los demás edificios que lo formaron



Los colosos de Memnón

poco ó nada permanece; quizás á ellos han de atribuirse los escombros que se observan á poca distancia.

Hacia el mediodía, en Kum el-Hettan (el cerrillo), encuéntranse esparcidos numerosos y grandes sillares y muchos fragmentos de colunas y esfinges; elevóse allí un gran templo consagrado á la memoria de Amenhotep III y precedido de larga calle con colosales estatuas. Dos se conservan todavía en su primitivo sitio, y son los famosos monolitos conocidos con el nombre de colosos de Memnón, cada uno de los cuales tiene, incluso el pedestal, unos veinte metros de altura, y representan uno y otro á Amenhotep III sentado y en actitud reposada, con las manos apoyadas en las rodillas. Su nombre se lee en las caras del pedestal escrito en jeroglíficos de dimensión enorme, y de este modo quedan por completo justificadas las palabras que el historiador Pausanias atribuye á los tebanos de su época, afirmando no ser aquellos colosos imagen del Memnón griego, sino representación de uno de sus reyes. Las de la madre y la esposa del mismo Faraón están primorosamente esculpidas en el trono de ambos colosos.

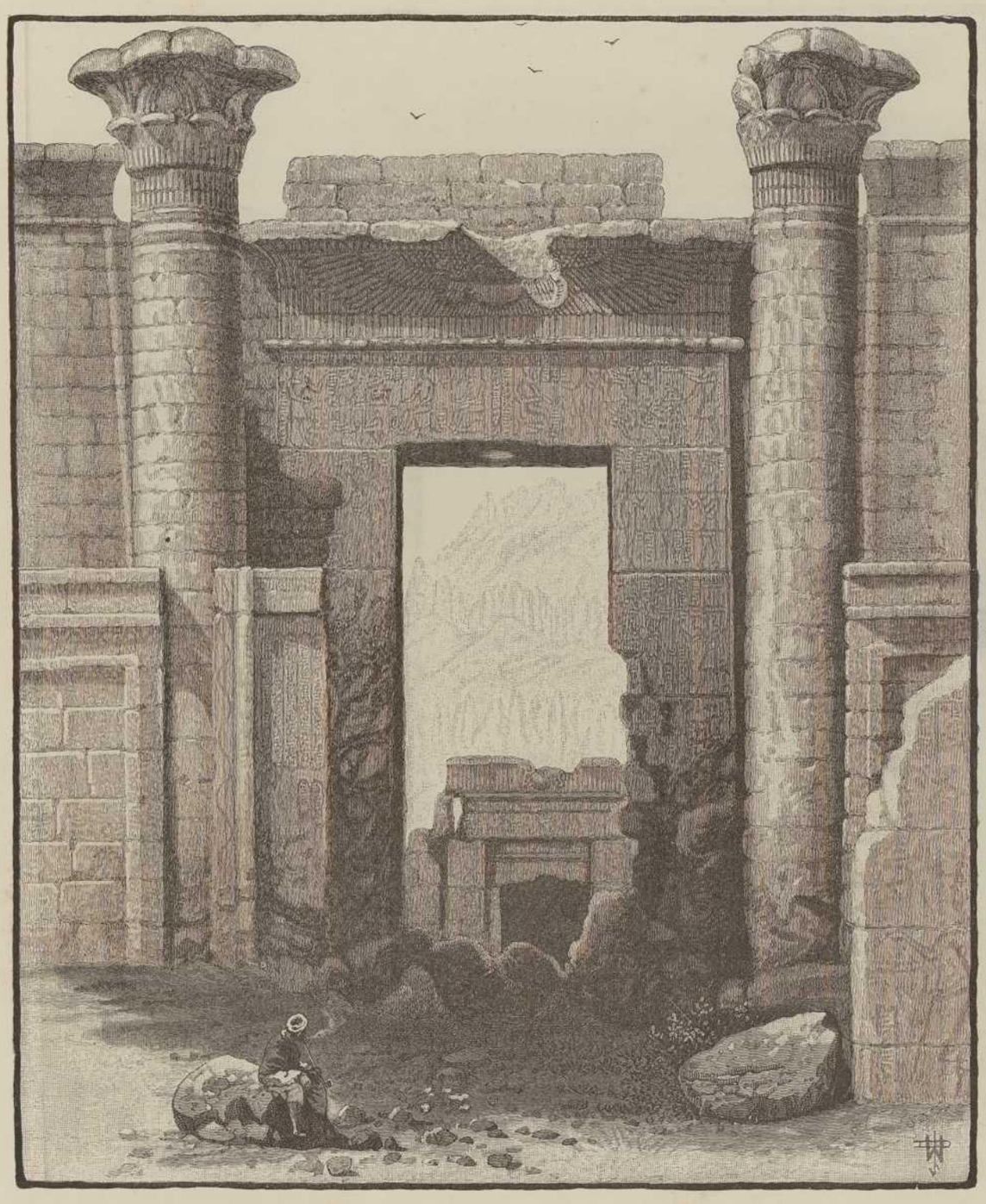
Uno y otro han venido hoy á gran deterioro; el del sur tiene borrado por completo el rostro; del que se alza al septentrión se cuenta que, roto por Cambises, según una tradición, ó según otros por un rayo ó por el terremoto ocurrido veintisiete años antes de J. C., permaneció su parte superior en el suelo durante largo tiempo sin ser reparado. Strabón que visitó á Tebas corriendo el año 30 de la era cristiana, dice haber visto los dos monolitos, íntegro el uno y el otro destrozado en parte, con sus fragmentos en el suelo. De aquel percance data, en opinión de varios autores, el fenómeno acústico calificado por los antiguos de maravilla; aquella estatua, llamada de Memnón, saludaba cada día con vagos y armoniosos sonidos la aparición de su madre la Aurora, y de ahí que adquiriese tal celebridad que de Grecia y de Roma emprendiesen muchos el viaje á Egipto únicamente para oir hablar, así se decía, al extraordinario coloso. En gran número son las inscripciones griegas y latinas, pertenecientes casi todas á los primeros años de nuestra era, que en las piernas y en los piés de la estatua dejaron los viajeros, asegurando haber sido testigos del hecho. *Memnonem loquentum audivi,* dicen muchas, expresando además la firma y fecha, y esto sucedió, al parecer, hasta que en el año 222, siendo emperador Septimio Severo, fué restaurado el coloso tal como hoy le vemos, y desde entonces cesó enteramente el fenómeno. Explícanlo los modernos autores por la acción del sol sobre la piedra, y en apoyo de ello cita el sabio alemán Humboldt el hecho de que en las inmediaciones del Orinoco, al pasar junto á ciertas peñas graníticas, óyese distintamente á la salida del sol extraño rumor semejante á los sones de musical instrumento, rumor que no es más que la vibración sonora ocasionada por la repentina transición de la temperatura nocturna á la del día.

A sudoeste y á la distancia de ochocientos metros de los colosos de Memnón se encuentra el pueblecillo de Medinet-Abu y junto al mismo notables ruinas de edades pasadas. Compónense de dos templos y de otro edificio conocido con el nombre de Pabellón regio, ocupando una extensión de doscientos y noventa metros.

El primer templo, construído por Thutmés III, está precedido de dos pyloneos ó portadas de época posterior en las que se leen los nombres de Tahraka, Nectanebo II

y Ptolomeo Lathyro. Por la segunda se entra en un patio adornado con colunas y se pasa luego al santuario consagrado al dios Ammón y circuído de varias pequeñas piezas.

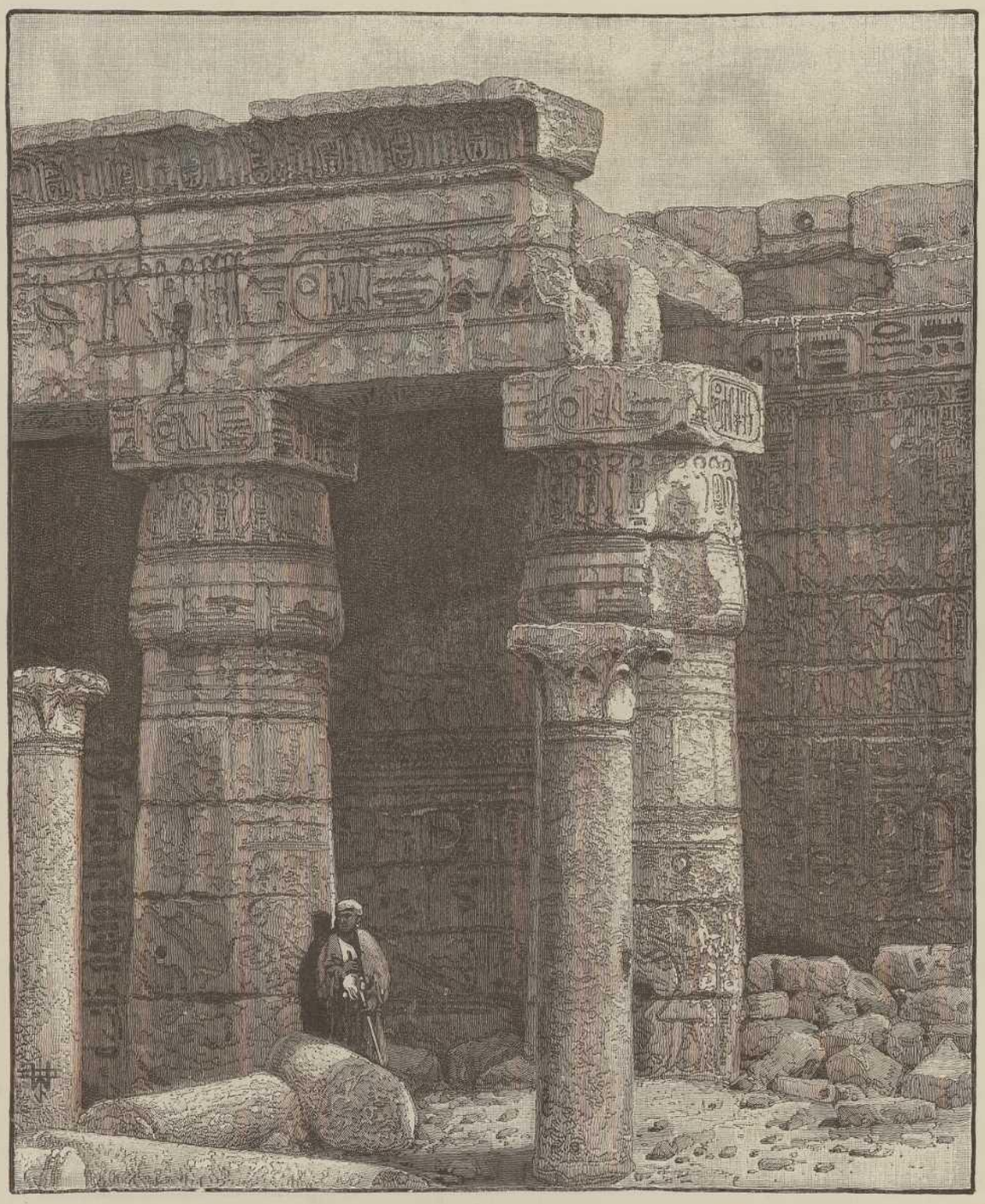
El segundo templo, obra de Ramsés III, es de más vastas proporciones y está,



Portada del templo de Thutmés III, de Medinet-Abu

como el anterior, dedicado al dios Ammón; la primera portada conduce á un patio ó vestíbulo cuyos dos lados se hallan adornados con pórticos sostenidos por colunas los de la derecha y los de la izquierda por pilastras, teniendo adheridas colosales estatuas que representan á Ramsés III con los atributos de Osiris. Otro pyloneo separa este patio de otro mayor, al que rodea un peristilo formado por colunas y pilastras con

cariátides, que es tenido por una de las maravillas de Egipto; adórnanlo, en efecto, magníficos bajo-relieves que reproducen las guerreras empresas del rey conquistador, y su entrada triunfal en la metrópoli de Tebas, y con ellos y con las inscripciones



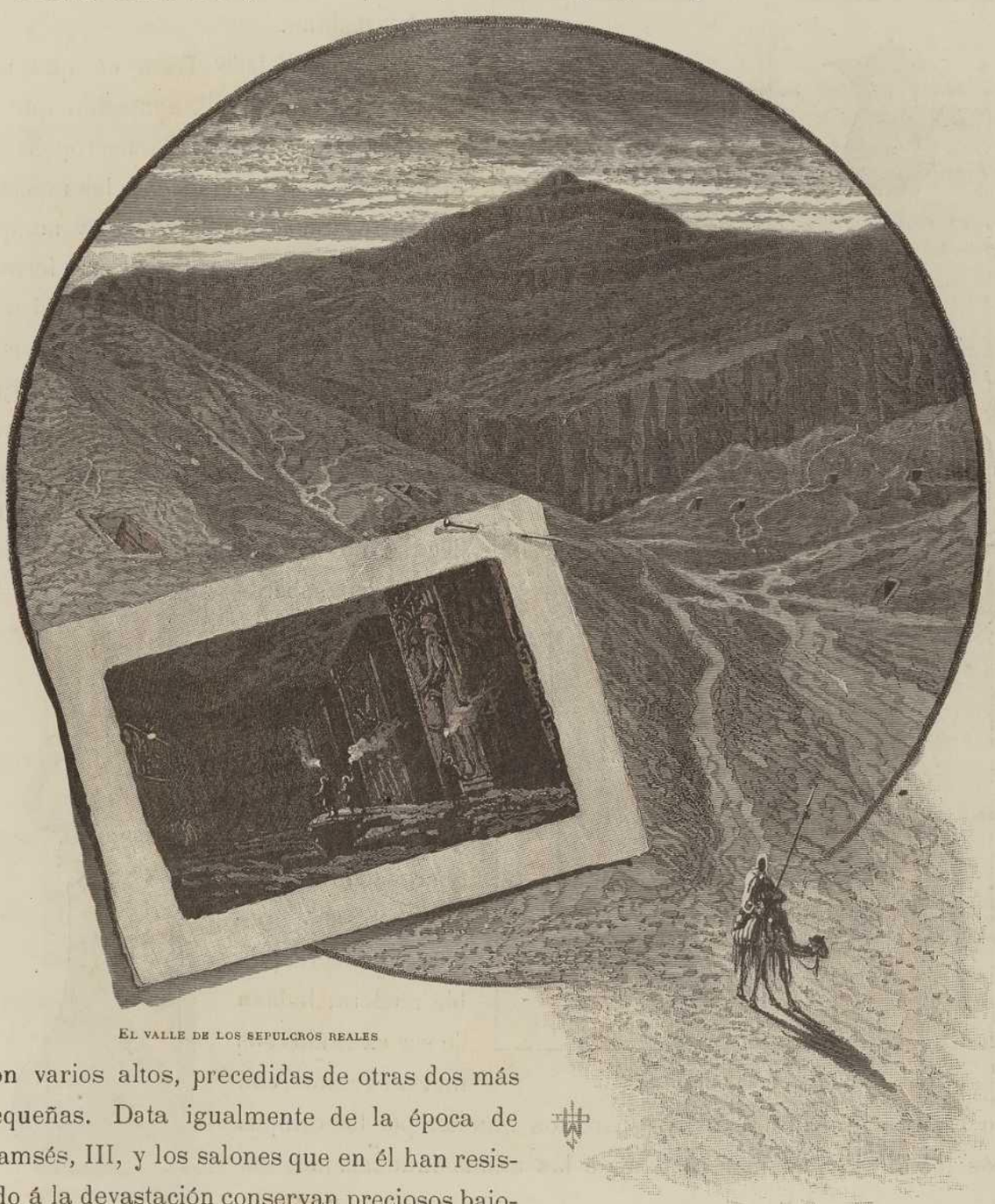
Patio del templo de Ramsés III, en Medinet-Abu

jeroglíficas que los explican, no son pocas ni de escaso valor las noticias que ha adquirido la historia sobre aquella interesante época.

Esto era lo único que del templo podía visitarse hasta el año de 1858, pues las otras piezas que lo formaron estaban invadidas por tierras y escombros y también por las chozas de los aldeanos, hasta que, derribadas éstas en los años sucesivos y limpiado

el terreno bajo la dirección de M. Mariette, son hoy accesibles para los viajeros. Consisten en tres salas y en varias estancias laterales; adornan la primera veinticuatro colunas, y ocho cada una de las otras dos, la última de las cuales es tenida por el santuario.

Álzase entre uno y otro templo el pabellón regio y compónelo dos torres cuadradas



El valle de los sepulcros reales

con varios altos, precedidas de otras dos más pequeñas. Data igualmente de la época de Ramsés, III, y los salones que en él han resistido á la devastación conservan preciosos bajorelieves y pinturas, representando unos las guerreras proezas del monarca, y otros, escenas de su vida familiar y doméstica.

Si desde Medinet-Abu se toma el camino hacia la sierra líbica hállanse á corta distancia las ruinas de esbelto y hermoso templete que lleva el nombre de Deir el-Medineh; obra de los Ptolomeos, únense en él con feliz maridaje la gracia del arte griego con la solemnidad del egipcio. Deir el Bahari, situado al noroeste, es otro templo

arruinado erigido á la diosa Athor por la reina regente Hatasu; notables esculturas cubren sus paredes, y el Museo de Bulak se ha enriquecido con muchos y preciosos objetos en él descubiertos. Como indica el nombre de *deir*, serían uno y otro transformados en iglesias ó monasterios en la época cristiana.

Objetos conservados en el Museo de Bulak

En el dilatado llano en que nos encontramos y en el montecillo que lo domina, estuvo situada la necrópolis de la antigua Tebas, ciudad de los muertos tan vasta como la de los vivos, y aunque son en gran número y de distintas formas los sepulcros que allí todavía subsisten, puede decirse que todos han sido abiertos y violados, pues hace siglos y siglos que los exploran los árabes ávidos de hacerse con momias, amuletos y joyas que luego venden por dinero. Y lo propio ha de decirse de las catacumbas reales: los poderosos soberanos de Tebas labraron en vano sus sepulcros en las entrañas del monte; de allí, rotos los graníticos sarcófagos y dados al fuego los ataúdes de preciosa é incorruptible madera, habían de ser extraídos sus mortales restos, con tanto esmero embalsamados, y esparcidos muchos por los campos quizás los llevaría al mar alguna de las anuas inundaciones del Nilo.

Nargilé ó pipa de agua, en el Museo de Bulak

Al norte del pueblo de Kurnah serpentea hacia poniente larga cañada formada por altos y peñascosos cerros; divídese luego en dos, aún más angostas, y por ellas, como por otras tantas puertas, penétrase en un valle en cuyas laderas se abren los hipogeos que recibieron un día los cadáveres de aquellos monarcas. Por esto tienen aquellas quebradas el nombre de *Biban el-Moluk ó puertas de los Reyes.*

Entre las galerías subterráneas á aquel uso destinadas es notable la que sirvió de sepulcro á Setí I, y consiste en una serie de escaleras, galerías y salas en cuyas paredes, cubiertas de pinturas, se representan el juicio del alma en la otra vida y los pasos en que es su virtud aquilatada. Mide esta excavación desde la boca ciento cuarenta y cinco metros.

Ha de ser también mencionada la tumba de Ramsés III, llamada *de los arpistas*, á causa de que en una de las salas, entre las pinturas que las decoran, vense á dos músicos pulsando el arpa. Las de Memnon ó Ramsés II, de Meneftah, de Ramsés IV y de Ramsés VII, Faraones de las dinastías XVIII, XIX y XX de los tiempos bíblicos, ofrecen igualmente mucho interés á causa de su grandiosidad y de sus pintadas esculturas, muchas de ellas en perfecto estado de conservación. Agricultura, artes, trajes, mueblaje, armas, ceremonias, de lo más elevado de la vida pública á lo más humilde de la existencia doméstica en el antiguo Egipto, todo viene representado en aquellas pinturas, cuyos colores muestran aún maravillosa viveza.

Mayor devastación que los hipogeos de los reyes han padecido los que dieron sepultura á las reinas. Situados á mil y doscientos metros al oeste de las ruinas de Medinet-Abu, las hogueras que encienden los pastores que en aquellos subterráneos con sus rebaños se refugian han deteriorado cuando no destruído todas las pinturas. Entre las tumbas que suelen visitarse en el valle inmediato al cerro llamado El-Assusif, cuéntase la de Petamunof, sacerdote en la corte del rey Harmhabi, de la dinastía décimoctava; por sus vastas proporciones, pues tiene de profundidad doscientos y setenta metros, y por las esculturas y pinturas de sus numerosas salas es sin disputa una de las más interesantes.

A la vista de tanta magnificencia en el seno de la muerte invaden la mente muy graves reflexiones, y con el escritor Michaud han de verse en estos sepulcros devastados, en estas imponentes catacumbas otros tantos testimonios de la natural aspiración del alma á la inmortalidad: la doctrina de una vida más allá de la tumba fué, no cabe dudarlo, á quien visita estos regios monumentos, la base y esencia de las religiones del antiguo Egipto.

IV

Erment ó la antigua Hermonthis. — Esneh. — El Kab. - Edfú. — Djebel-Silsileh. — Kum-Ombú. — Assuan, llamada Syena por griegos y latinos. — La isla Elefantina. — La primera catarata. — La isla de Philæ. — Sus ruinas. — La isla de Bigheh. — La Nubia inferior. — Abu-Simbel ó Ipsambul. — Sus templos.—La segunda catarata. — Regreso á Bulak. — Del Cairo á Alejandría. — Bena-el-Assal. — Tantah. — Mahallet-el-Kebir. — Samanhud. — MANSURAH. — Recuerdos de las Cruzadas. — Cautiverio de san Luis. — DAMIETA. — Conquístanla los Cruzados. — La ciudad actual. — Kefr-Zayat. — Damanhur. — Excursión á Rosetta. — Abukir. — Canope. — Rosetta. — Las bocas del Nilo. — Sus fuentes. — El lago Mareotis. — ALEJANDRÍA. — Su historia. — La biblioteca de Alejandría. — El Serapeum y Teodosio el Grande. — El Faro. — Los puertos de Alejandría. — La ciudad actual. — Su población. — Las agujas de Cleopatra. — La columna de Pompeyo. — Establecimientos cristianos.—Fin de la peregrinación á TIERRA SANTA.

Embarcados otra vez para seguir remontando el Nilo, poco á poco iremos dejando atrás la vasta llanura donde estuvo asentada la famosa Tebas; sus pyloneos y obeliscos muestran por algún tiempo en el espacio sus moles enormes y sus esbeltas líneas, y se divisan todavía á lo lejos cuando á los quince kilómetros de marcha se encuentra en la ribera occidental Erment, ó la antigua Hermonthis. El templo que desde remota edad allí existía consagrado á una tríade especial de la comarca, fué restaurado por Cleopatra, y las piedras con inscripciones y las destrozadas colunas que se hallan entre el río y la actual aldea créese que á él pertenecieron. En la época cristiana fué convertido en iglesia.

En la opuesta ribera y á unos tres kilómetros del río hállase el pueblecillo de Taud, en otro tiempo Tuphium. Más lejos veremos el de Asfun, ocupando el lugar en que estuvo la ciudad de Asphinis, y recorridos desde Tebas cuarenta y dos kilómetros nos encontraremos en Esneh, población que merece algunas horas de parada.

Situada en la margen izquierda, cuenta unos siete mil habitantes, en los textos jeroglíficos se le da el nombre de Sni, y con el de Latópolis, por adorarse en ella un pez llamado *latos* la conocieron griegos y romanos. Knuphis ó Kneph era la deidad principal de la ciudad, y todavía, en las inmediaciones del bazar, pueden admirarse las ruinas de magnífico pórtico, exhumado en el año de 1842, parte que fué de un templo á aquel dios consagrado y sepultado bajo montones de escombros. En la techumbre del pórtico, que descansa en veinticuatro colunas de cinco metros de circunferencia con gran profusión de esculturas, vese pintado un zodíaco del cual en un principio se creyó ser anterior á la fundación de Tebas; después, empero, ha demostrado Champollion que ha de buscarse su origen en la época romana, lo propio que el del templo, el cual ha sucedido á otro de antigüedad mucho mayor, como que fué fundado por Thutmés III.

Al que hoy existe, medio enterrado aún, se entra, no sin dificultades, por una portada de treinta y tres metros de altura, y seis hileras de enormes colunas, cubiertas

de figuras é inscripciones como las del pórtico, lo dividen en siete naves; cinco metros de ancho mide la central, y por ella, atravesando otra portada, se pasaba á la *cella* ó santuario, que en el día, desembarazado de escombros, sirve de almacén.

La antigua Latópolis, que padeciera gran estrago al castigar Diocleciano la sublevación de aquellas comarcas, fué sede episcopal en el siglo IV, y dice la tradición que á santa Helena debió la ciudad la construcción de una iglesia y de un monasterio, á fin de reunir en decorosa sepultura los restos de los numerosos mártires que en las anteriores persecuciones dieron la vida por la fe de Jesucristo y yacían enterrados por la campiña. Aun hoy al mediodía de Esneh existe un monasterio de monjes coptos eutiquianos, objeto de devotas peregrinaciones, por creerse de él que ha sucedido y ocupa el mismo lugar que el fundado por la santa madre de Constantino.

De Latópolis eran oriundos san Pacomio y su discípulo san Teodoro, y ante el concilio allí reunido en el año 347 hubo de comparecer el primero para explicar los milagrosos hechos que se le atribuían. En la ciudad se refugiaron, al ocurrir la invasión musulmana, muchos moradores de Tebas y de otros lugares inmediatos, y horrible matanza ensangrentó su recinto al ser expugnado por los árabes triunfantes.

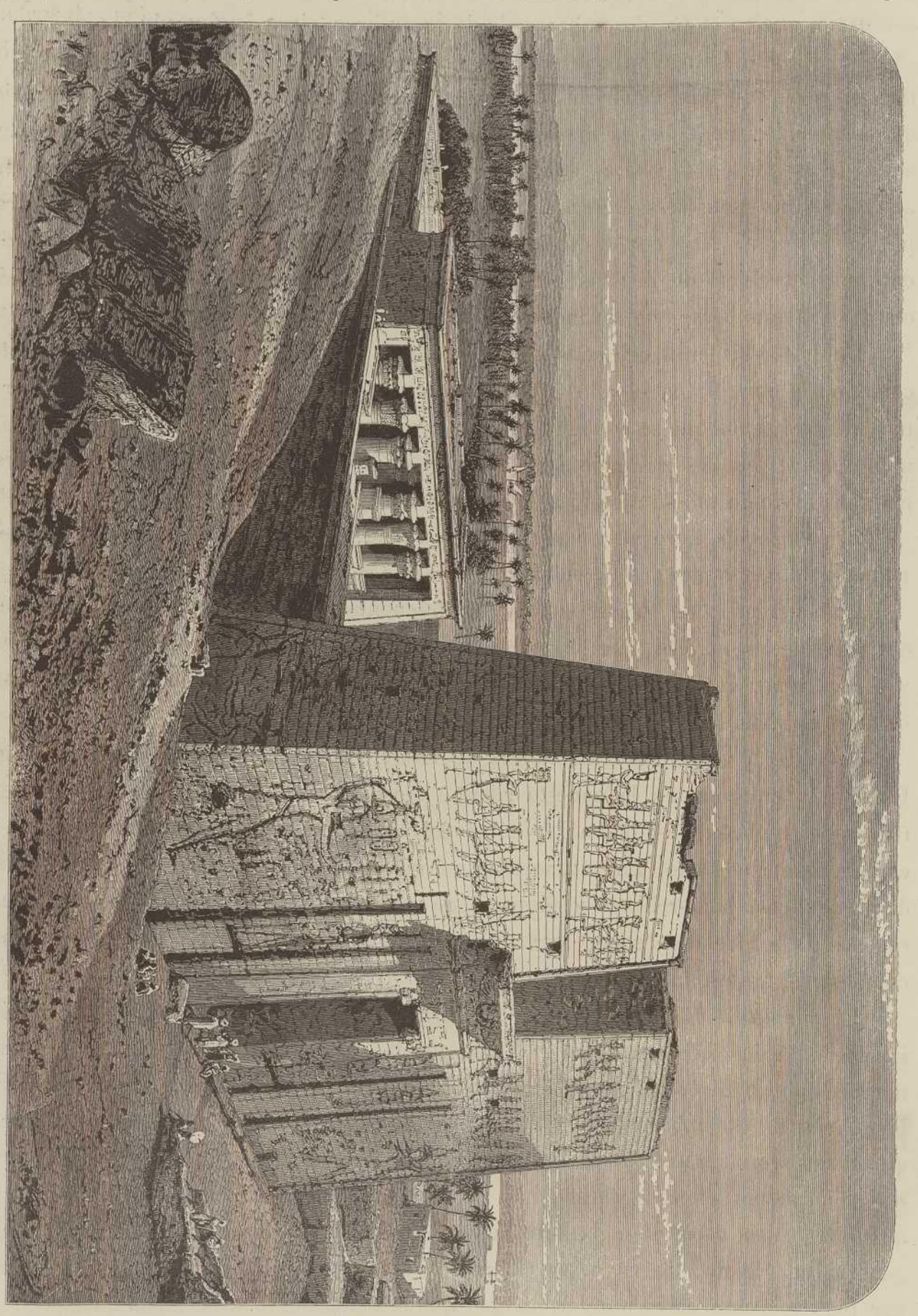
A una media hora al noroeste de la ciudad, en medio del campo, hállanse las ruinas de otro templo; de él quedan en pié varias colunas.

Los mercados de Esneh suelen ser frecuentados por las tribus arábigas de los oasis del desierto líbico, que llevan á ellos dátiles, arroz, natrón, añil, lana y camellos, y también por los beduinos moradores de la región que se extiende por la margen oriental del Nilo hasta el mar Rojo.

El-Kab, á veintinueve kilómetros de Esneh en la orilla derecha, ha sucedido á Elethya, y enfrente, en la opuesta ribera, vense en la aldea de Kum el-Ahmar las ruinas de Hieracónpolis, ó sea la ciudad del gavilán, ave consagrada á Horo, en ella especialmente adorado. Las numerosas cuevas sepulcrales de Elethya están cubiertas de jeroglíficos, bajo-relieves y pinturas de gran interés histórico, pues representan escenas de la vida doméstica, como los trabajos de la vendimia y de la siega, danzas campestres, fiestas, juegos y funerales.

El pueblo de Edfú, digno igualmente de particular mención, álzase en la ribera izquierda, á dos kilómetros del río y á veinte al mediodía de El-Kab. *Deb* era su nombre egipcio, *Atbo* en lengua copta, y los griegos le dieron el de *Apolinópolis Magna*. Una línea de escombros sirve todavía para dar á conocer el perímetro de las murallas que encerraron á la antigua ciudad y poder así apreciar la importancia de su recinto; hoy, en pobres chozas y casuchas, vive escasa población dedicada casi toda á la alfarería, y en especial á la fabricación de aquellas jarras llamadas *ballas* de uso general en Egipto, de cuyo barro arcilloso se provee en inmediato monte. Notable por todo extremo es el antiguo templo que allí subsiste todavía; hasta hace pocos años tierra y escombros lo llenaban y toscas viviendas se habían adherido á sus paredes, sobresaliendo apenas entre aquel campo de ruinas é inundaciones el remate de su

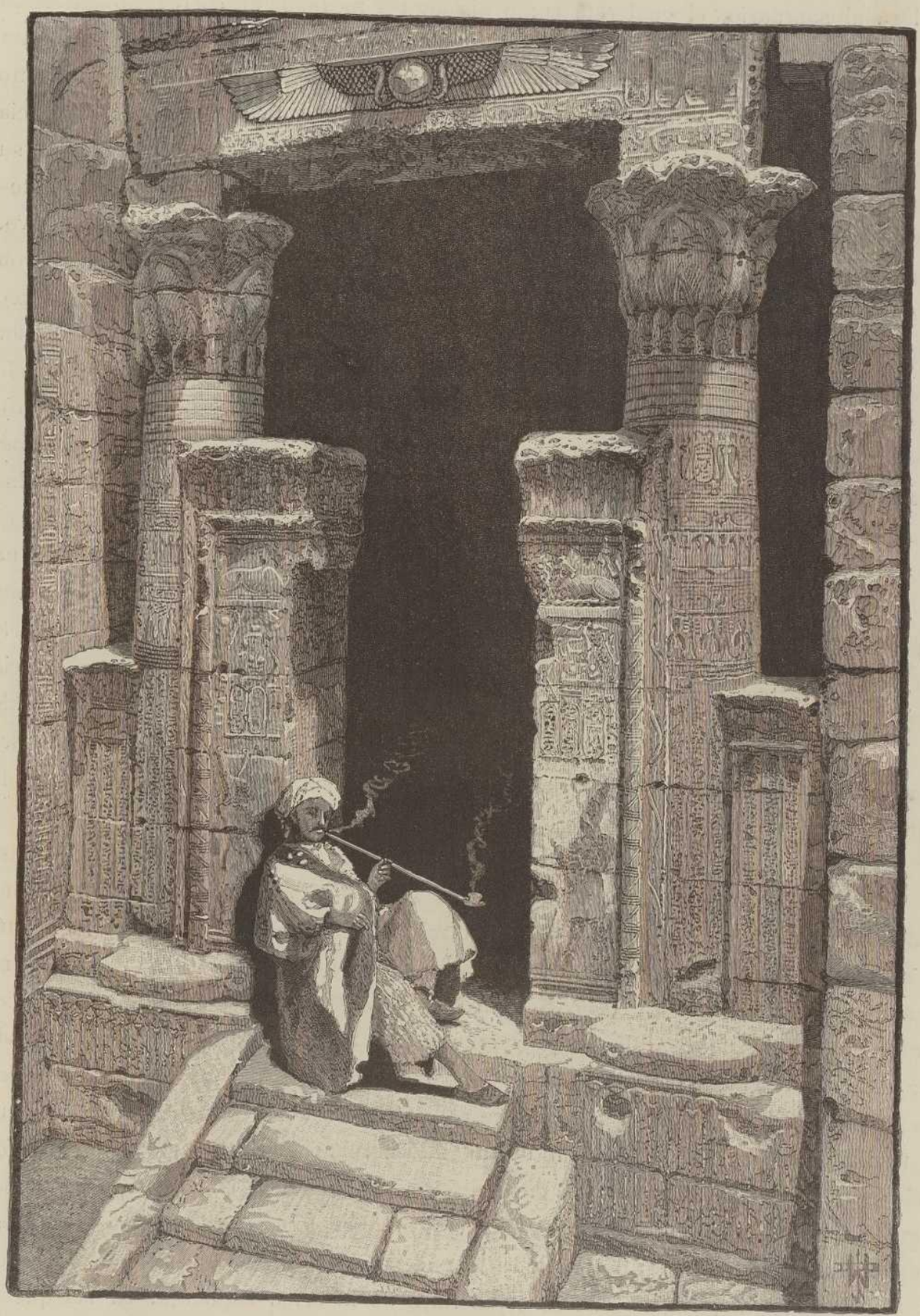
colosal portada. En 1860, bajo la dirección de M. Mariette, empezaron las obras de limpia y desmonte, y á poco reapareció tal como existiera dos mil años atrás el templo



Templo de Edfú

que es, según aquel autor, uno de los más vastos y mejor conservados de Egipto. Tiene de extensión total ciento treinta y siete metros, y está precedido de gigantesco

pyloneo; su puerta central da entrada á un patio, en cuyos tres lados se alza magnífico



Puerta de una estancia monolita del templo de Edfú

pórtico sostenido por treinta y dos columnas de variados capiteles, representando la flor del loto, la del papiro y también palmas. Entrase luego en una primera sala, y de

ésta se pasa á otra, decoradas las dos con doce robustas colunas; por dos vestíbulos se llega al santuario, el cual está como aislado por medio de un corredor ó galería de dos metros de anchura, y en ella se abren diez salas, consagradas cada una á distinta deidad. Hermosas pinturas cubren las paredes, representando actos del culto, como ofrendas y sacrificios. A la derecha y adherida al monumento es de ver una estancia ó templete monolito, labrado en la peña, de cinco metros de altura por dos en su base, cinco escalones llevan á su magnífica puerta, y es la estancia tanto más interesante en cuanto, á lo que reza la inscripción de aquélla, data del monumento primitivo. Pertenece el actual á la época de los Ptolomeos, mas para su construcción hubieron sin duda de aprovecharse los materiales y la disposición de otro mucho más antiguo de que aquella sala formaba parte, y hasta en los bajo-relieves que lo adornan, así por la ejecución como por los asuntos representados, es evidente que se quiso imitar en todo el estilo faraónico. Estaba dedicado á la tríada formada por los dioses Har-Hut (Horo), Athor y su hijo Harpekhroti, y por ser Horo el primero y más principal, los griegos, á causa de la asimilación que establecían entre él y su Apolo, llamaron á la ciudad Apolinópolis.

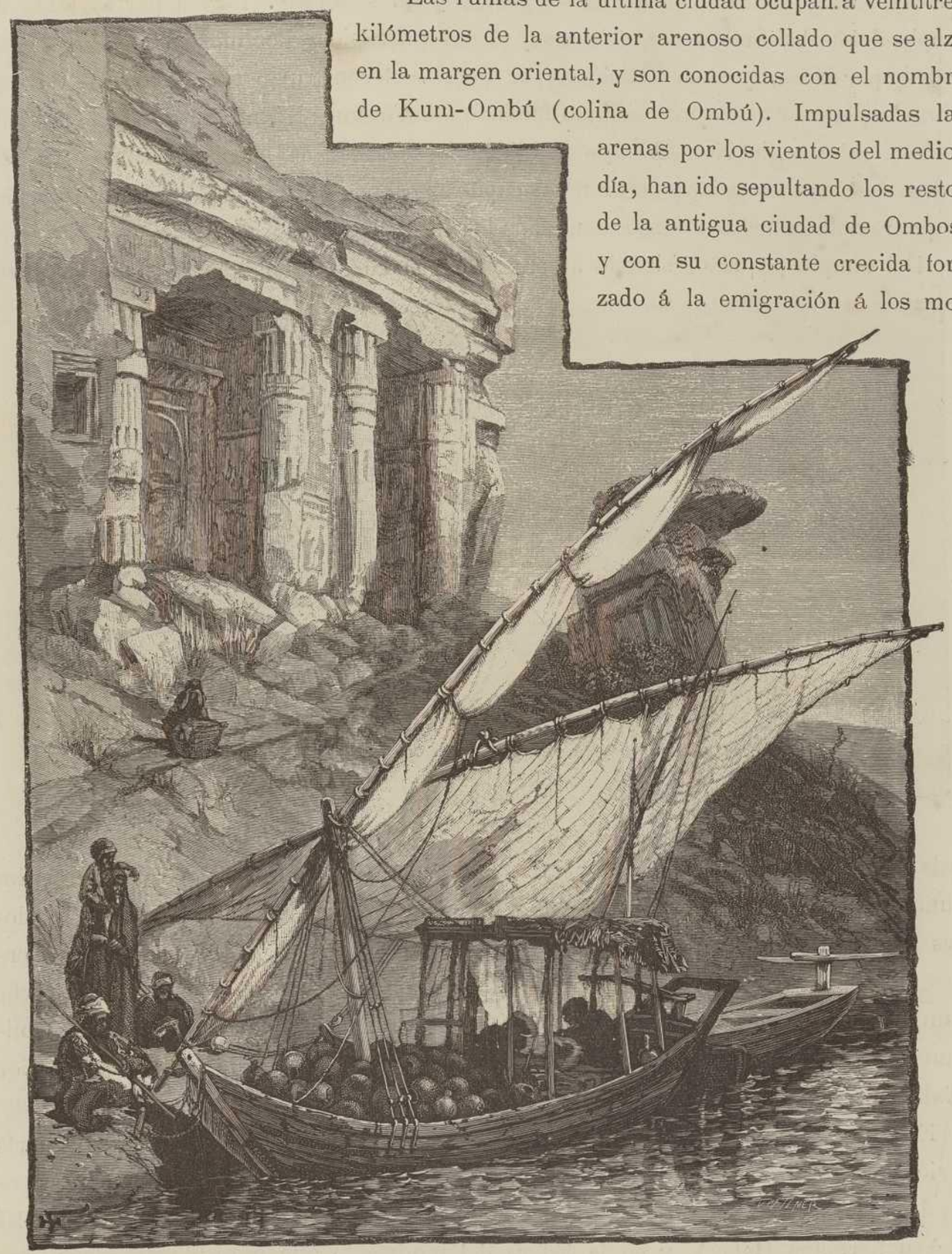
A ciento y ochenta metros al sudoeste de este templo está situado otro, ó sea un *mammisi*, de más reducidas proporciones, medio derruído en el día; es de forma rectangular, y se compone, ó por mejor decir, se componía de dos salas y de una galería con colunas que lo circuía por los cuatro lados y hacía de él lo que se llama un edificio *periptereo*. Como el anterior, data de la época de los Ptolomeos, y fué construído en conmemoración del nacimiento de Evergetes II, el cual se ve en sus paredes representado participando de los obsequios que tributan los dioses al recién nacido Harpekhroti.

A diez y nueve kilómetros al sur de Edfú, en la margen derecha, descúbrense las ruinas de la antigua Thmuis, en copto *Phitom* ó *Tum*, y avanzando otros veintidós, los montes que se alzan á uno y otro lado, la sierra líbica y la de Mokattam se aproximan una á otra hasta no dejar al río por entre ellas sino un paso que no lega á quinientos metros. Djebel-Silsileh ó *montes de la Cadena* son llamados, por ser de tradición que en este punto y en remotos tiempos quedaba el Nilo cerrado por una cadena, cuyos extremos se sujetaban en los opuestos promontorios. Opina sin embargo Champollion que la denominación arábiga de Silsileh, lo mismo que la tradición de la cadena, derivan del antiguo nombre de Silsilis, en copto *Sjolsjel*, dado á una ciudad de la cual se encuentran vestigios en la ribera oriental. Ambos montes fueron en la antigüedad explotados como canteras, y profundas cortaduras y dilatadas galerías los cruzan en todos sentidos; pero, más que esto, han de atraer la atención del viajero las cuevas sepulcrales de la orilla izquierda, en las que se encuentra en materia de esculturas con color, en opinión de M. Mariette, lo mejor y más acabado que ha producido el cincel egipcio.

Sebek, representado con cabeza de cocodrilo, era la principal deidad de Silsilis.

lo mismo que de Ombos, y es de notar que en estas riberas abundan aquellos temibles animales.

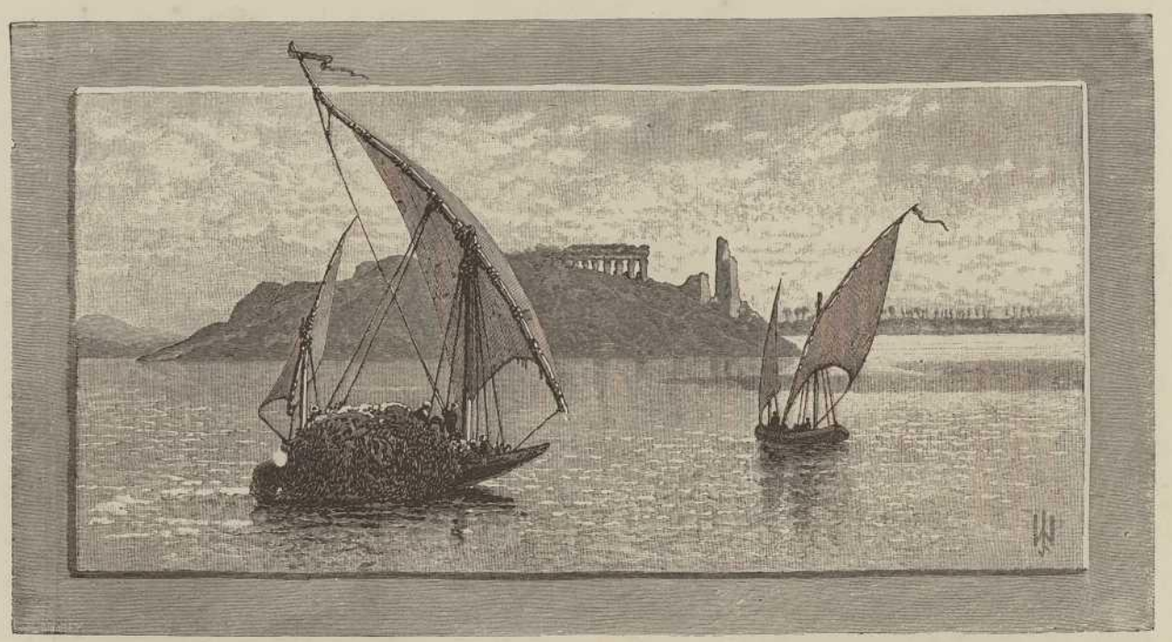
Las ruinas de la última ciudad ocupan á veintitrés kilómetros de la anterior arenoso collado que se alza en la margen oriental, y son conocidas con el nombre de Kum-Ombú (colina de Ombú). Impulsadas las arenas por los vientos del mediodía, han ido sepultando los restos de la antigua ciudad de Ombos, y con su constante crecida forzado á la emigración á los moradores de la arábiga aldea que la reemplazara, amenazada además por el Nilo, que no cesa en su rápida corriente de socavar la base del montecillo que le servía de asiento. Como remate del mismo, causando á quien las mira de lejos muy pintoresco efecto,



Hipogeos de Djebel es-Silsileh

quedan únicamente las ruinas de dos templos, muy vasto el uno y más pequeño el otro, ofreciendo el primero la particularidad de estar dividido por lo ancho en dos partes distintas, teniendo cada una su pórtico y su santuario. Forma por lo tanto un templo doble dedicado á dos deidales y á dos principios diferentes, al de luz, representado por Horo, y al de tinieblas, por Sebek. Reconstruído por Ptolomeo Epifanes sobre la planta de otro más antiguo fundado por Thutmés III, no fué el edificio acabado hasta el reinado de Neos-Dionysos. Miden las colunas de los pórticos más de seis metros de circunferencia, y decoran sus capiteles palmas y flores de loto. En la cornisa en que remata la fachada vense esculpidos hermosos bajo-relieves.

Del templo pequeño, situado al noroeste y á cuarenta metros del anterior, poco



Vista de Kum-Ombú

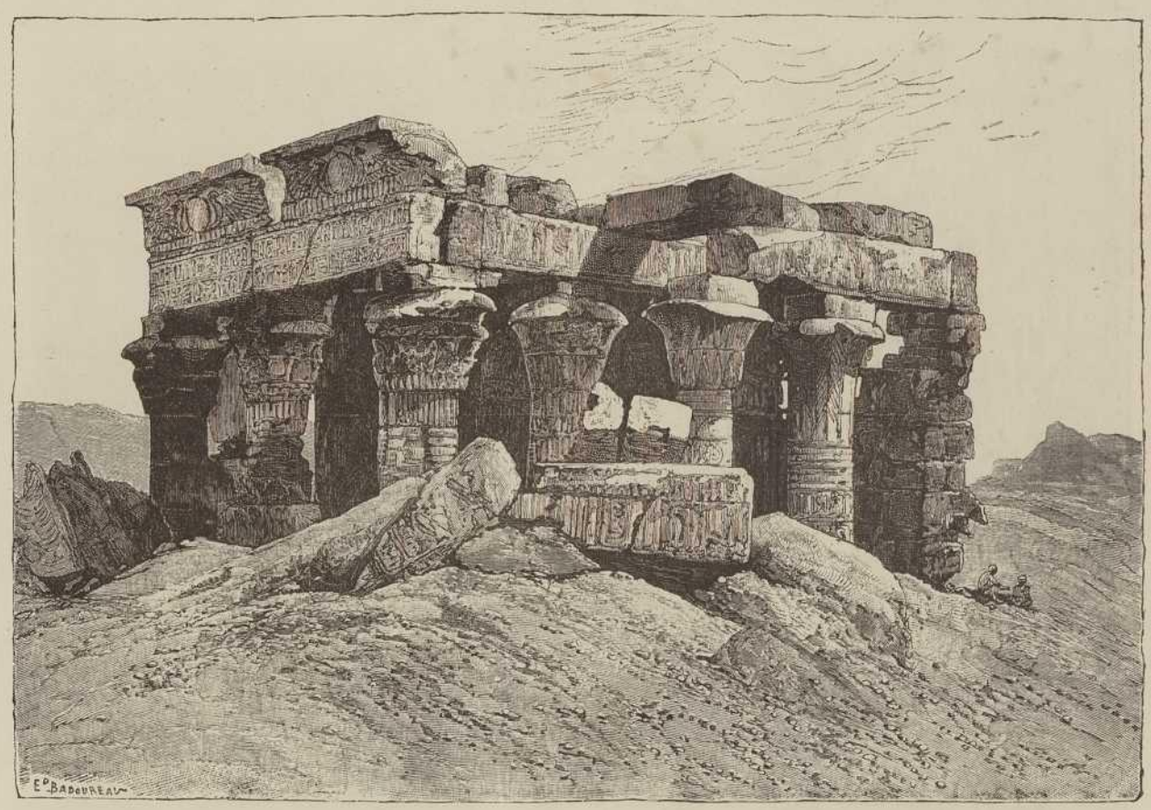
queda, caídas sus ruinas en el río y arrastradas por la corriente. Por las destrozadas colunas que aun subsisten conócese que hubo de componerse de un pórtico, de dos salas oblongas y de un santuario con dos estancias laterales. Comenzado por Evergetes II; concluyólo Sotero II, y á la vista de algunas de sus esculturas sospecha Champollion que fuese un *mammisi*, esto es, un templo secundario destinado á conmemorar el nacimiento de la tercera persona de la tríada á que en aquella región se daba culto.

Estaban los dos templos circuídos por extensa pared de mampostería, cuya parte inferior ocultan grandes montones de arena. En el lado oriental elévase magnífica portada de cantería, dedicada á Sebek, en la que se leen los nombres del rey Thutmés III y de su hermana Hatasú, y en la ladera del montecillo que mira al sudoeste existen vestigios de otra mayor todavía.

A los cuarenta y dos kilómetros de Kum-Ombú, en territorio muy feraz, se encuentra la ciudad de Suan ó Assuan (si á su nombre copto se agrega el artículo), que fué llamada Syena por griegos y romanos. Fijaron su situación los antiguos astrónomos

de Alejandría precisamente debajo del trópico de Cáncer, y fundábanlo en que, llegado el solsticio de verano, entraban los rayos del sol verticales hasta el fondo de los pozos; pero cálculos posteriores corrigieron esta opinión, estableciendo la situación de Assuan quince minutos y cincuenta segundos más hacia el norte, diferencia que llega hoy á veintidós minutos á consecuencia de la variable oblicuidad de la eclíptica.

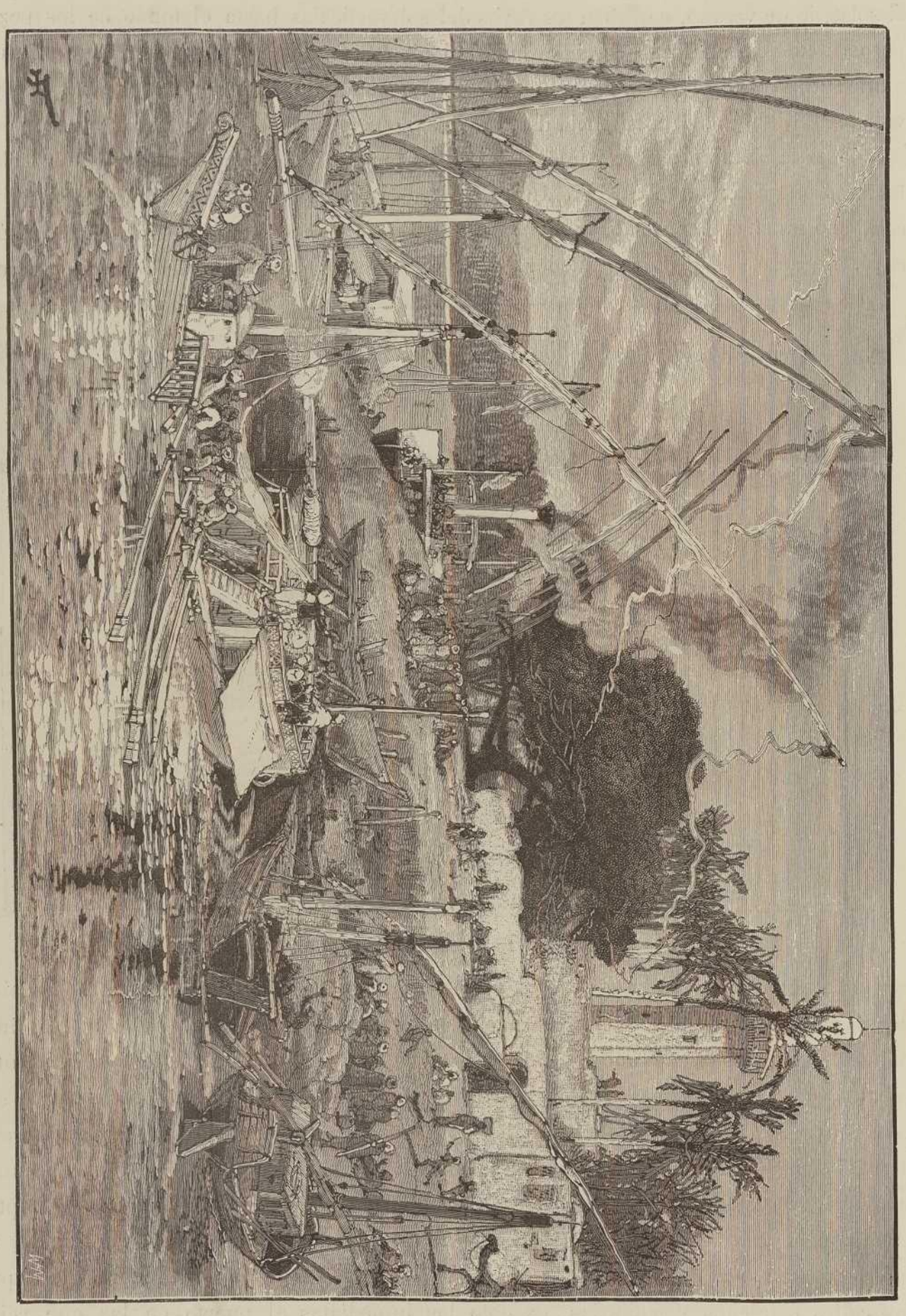
Bajo la dominación romana, Syena, límite entre Egipto y Etiopía, fué una plaza fuerte fronteriza; en ella vivió Juvenal desterrado por Domiciano, y en su recinto compuso muchas de sus sátiras. Sede episcopal desde los primeros años del cristianismo, cayó, llegado el siglo VII, en poder de los musulmanes, y en el año 806 horrorosa peste



TEMPLO DE KUM-OMBÚ

causó la muerte de las tres cuartas partes de su población. Poco á poco se recobró del pasado desastre y volvieron para ella los días de prosperidad, hasta que á fines del siglo XII viósela de nuevo despoblada y pobre á consecuencia de los incesantes rebatos que le daban así los Barabra de la Nubia inferior, como los beduinos de sus cercanías. Dueño de Egipto el sultán Selim puso en ella guarnición turca en el año de 1517, lo cual le devolvió parte de la importancia perdida, y en el día cuenta unos tres mil habitantes, turcos, albaneses, barabra, fellahs y un corto número de coptos eutiquianos. La ciudad actual se levanta al este del lugar que ocupó la antigua, y no pasa en extensión de ochocientos metros. Las casas son por lo general de tapia; las calles estrechas y solitarias, excepto las inmediatas al puerto en las que reina bastante animación y donde en pequeñas tiendas ó puestos se ven amontonadas las diferentes producciones del Sudán. Domínalas el alminar de una mezquita que se

dice haber sucedido á otra fundada por Amrú, general de Omar. Recientemente han



ASSUAN, LA SYENA DE GRIEGOS Y ROMANOS

sido descubiertos los residuos de un templo perteneciente á la época de los Ptolomeos.

Protege el puerto un banco de rocas que forma como natural escollera, y embellecen

la parte septentrional de la ciudad floridos vergeles y dilatados bosques de palmas. Levántanse en la del sur escarpados montes en cuya base existen gran número de sepulcros arábigos, datando algunos de los primeros años de la hégira, y allí mismo empiezan en las peñascosas laderas, para prolongarse en una extensión de más de seis kilómetros, grandes cortaduras que son las inmensas canteras de granito de las que extrajeron los antiguos egipcios sus colosos, sus obeliscos y sus templos monolitos. Alfombrado está el suelo de graníticos fragmentos de varios colores, y consta que las piedras eran desprendidas de la mole del monte por medio de cuñas de madera clavadas en ranuras que luego se llenaban de agua, para que, de ella impregnadas, produjesen al dilatarse la rotura de la peña. Todavía pueden observarse en muchos puntos vestigios de este procedimiento, así como se encuentran derribadas al suelo varias de aquellas piedras gigantescas cortadas ya y en estado de ser llevadas al destino que tendrían señalado. Hasta se ve un obelisco, casi del todo labrado, que sin duda por la raja que se descubriría en su punta, fué abandonado, y allí aguarda por siglos y siglos que acaben de separarlo de la peña á la que está adherido únicamente por una de sus caras. La piedra granítica ó los mármoles de Syena fueron famosos en la edad antigua por su dureza y consistencia y por la gran variedad que ofrecían, desde el color amarillo más pálido hasta el negro más subido.

Junto á Assuan, en la parte de occidente, álzase en medio del río la isla Elefantina, á la cual su vegetación frondosa, sus magníficas palmeras, sus vergeles y sus huertas han dado el nombre de Geziret ez-Zaher *(isla florida),* aun cuando es vulgarmente conocida con el de Geziret-Assuan *(isla de Assuan);* en cuanto al antiguo egipcio de Abis, que significa *elefante,* y al de Elefantina con que la designaron griegos y romanos, se han perdido por completo y únicamente son sabidos por los hombres eruditos. De forma oblonga, mide la isla mil y cuatrocientos metros de norte á mediodía por cuatrocientos en su mayor anchura de este ó oeste. Por Herodoto se sabe que, reinando Psammético, había numerosa guarnición en la isla Elefantina por ser al sur la clave del territorio y defenderlo contra los etíopes; viviendo el mismo historiador tenían en ella los persas un puerto militar, y tiempo después, en la época de la dominación romana y en la del Bajo Imperio, estuvo allí destacada una cohorte.

La ciudad, de la cual dice Strabon que encerraba un templo á Khnuphis, hallóse situada en la parte meridional de la isla, sin que de ella queden otra cosa que informes montones de escombros en un perímetro de ochocientos metros. Hace unos veinte años se conservaba aún enhiesta una hermosa portada de granito que dió ingreso á un monumento del todo destruído; á poca distancia existió un templete construído por Amenhotep III y consagrado al dios Khnuphis, adorado especialmente en las cercanías de las cataratas como patrono y supremo árbitro que era de las inundaciones del Nilo. Los viajeros que lo vieron dicen de él ser modelo de sencillez y buen gusto; pero en el año de 1822 fué derruído por mandato de Mahomet-Bey, gobernador de Assuan, el cual, con los materiales del mismo, edificó en la ciudad su casa.

El nilómetro de que habla Strabon fué también destruído por el mismo bey, por lo menos en su parte superior. La sala que lo contenía estaba ornada con jeroglíficos y bajo-relieves; la escalera, compuesta de unos cincuenta peldaños que á ella conducía,

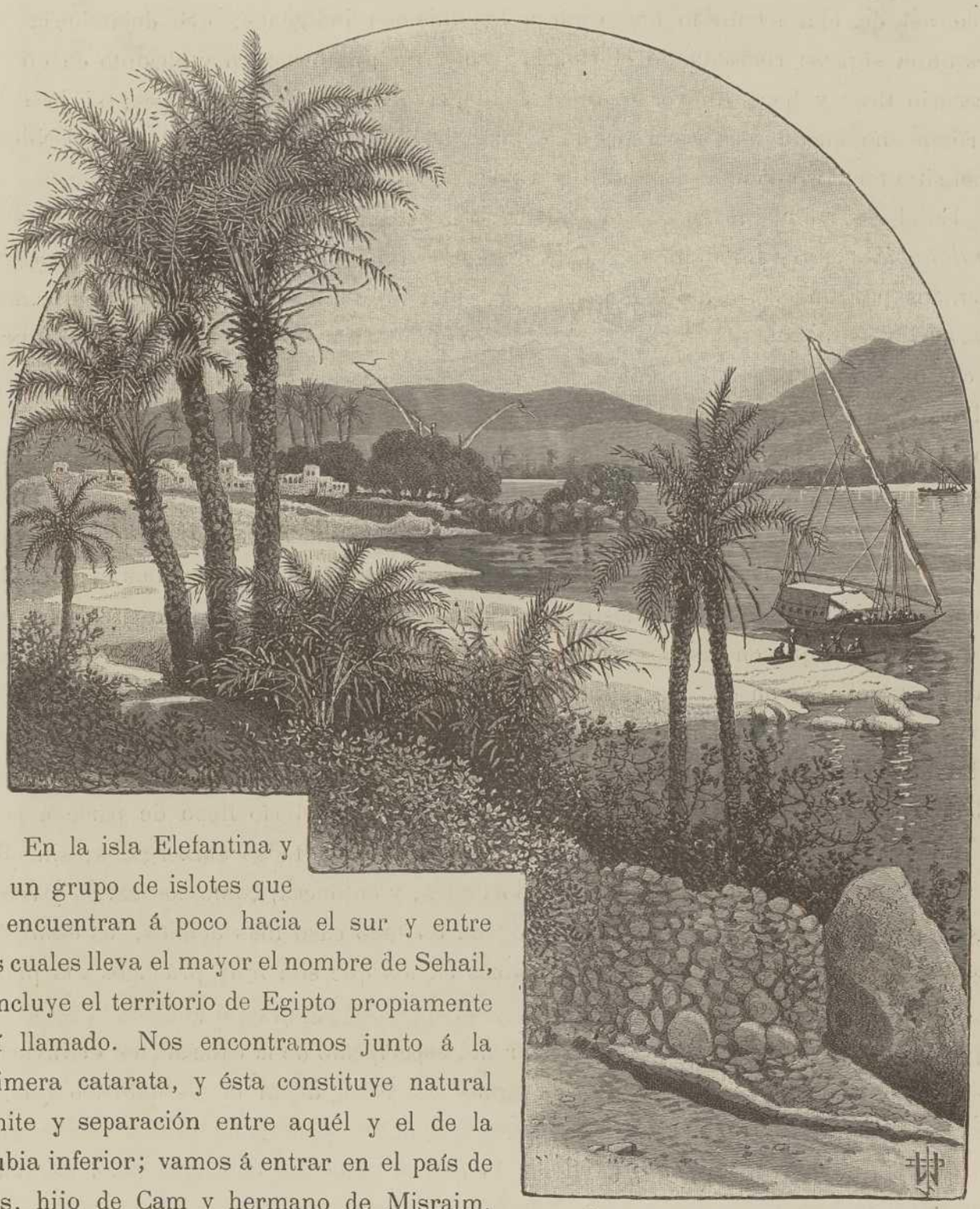
Isla Elefantina

permanece afortunadamente casi intacta, y en las paredes se observan todavía vestigios de las escalas graduadas que servían para medir la crecida del río.

Hermosos muelles de cantería protegían y protegen aún en varios puntos la isla contra la violencia de las aguas y se elevan sobre el ordinario nivel de éstas unos quince metros. Observa Guerin la particularidad de ser el muro cóncavo por el lado

del río y convexo por el de la isla, de modo que pueden ser considerados como contrafuertes para resistir al empuje horizontal de las tierras.

Los actuales moradores de la isla, reducidos á pocos centenares de árabes beduinos, habitan en dos miserables lugarejos, situados el uno al norte y el otro al mediodía.



Vista tomada desde el extremo septentrional de la isla Elefantina

En la isla Elefantina y en un grupo de islotes que se encuentran á poco hacia el sur y entre los cuales lleva el mayor el nombre de Sehail, concluye el territorio de Egipto propiamente así llamado. Nos encontramos junto á la primera catarata, y ésta constituye natural límite y separación entre aquél y el de la Nubia inferior; vamos á entrar en el país de Cus, hijo de Cam y hermano de Misraim, en la antigua Etiopía, en los dominios de la reina de Sabá, la afortunada princesa que fué testigo de la magnificencia y sabiduría de Salomón, y de la reina de Candace, convertida á la fe cristiana por su ministro, quien, conforme queda referido, recibió el bautismo de manos del apóstol san Felipe. Dejando atrás la religión de los ictiófagos, nombre dado por los antiguos á los moradores de

Assuan por sustentarse principalmente de pesca, teniendo á nuestra izquierda la de los trogloditas y á nuestra derecha la misteriosa tierra de los Garamantas, nos acercamos á lo que tuvo la antigüedad por los postreros confines del mundo conocido.

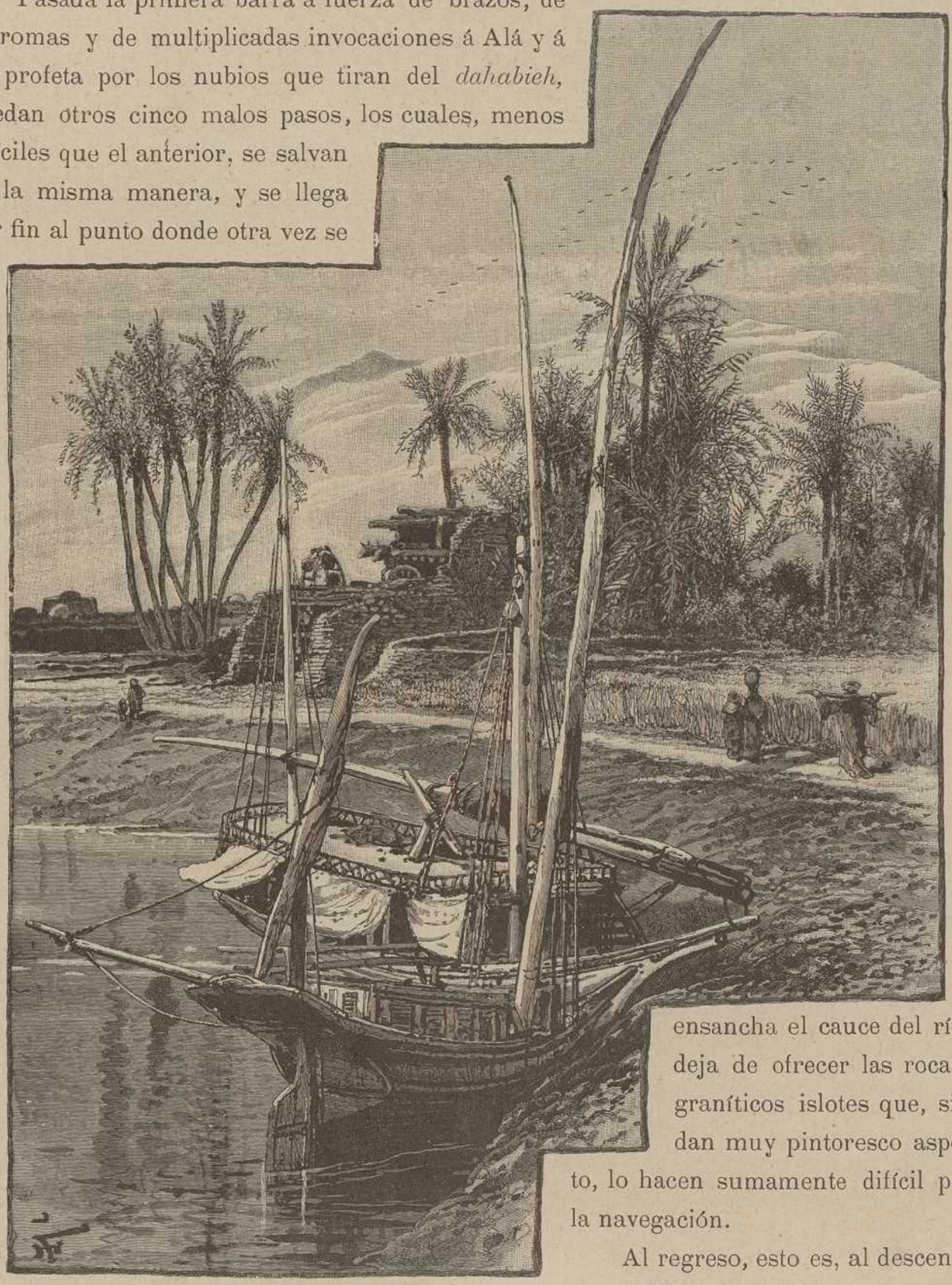
Herodoto, que visitó á Syena y la isla Elefantina, pero no llegó hasta la catarata, habla así de ella según lo que oiría á los mismos indígenas: «Si dejando la isla Elefantina síguese remontando el río, llégase á un punto áspero y abrupto en que es necesario tirar y hacer mover la nave á fuerza de brazos ó de bueyes; si la sirga se rompe no queda más recurso que dejarse ir al hilo de la corriente. Es el Nilo en aquel sitio tortuoso como el Meandro, y á poco se halla una isla, etc.»

En efecto, asimismo sucede aún ahora: á los seis kilómetros al mediodía de Assuan los *dahabiehs* que remontan el río se encuentran de pronto, al menguar las aguas, detenidos por una serie de saltos, bajos y remolinos; allí está lo que se llama primera catarata, y para pasarla hay que recurrir, según la importancia del buque, al auxilio de ciento ó doscientos nubios, los cuales, caminando por entre las peñas de la orilla, lo llevan penosamente á la sirga. Dirigidos por sus jeques respectivos, que los animan con la voz y hasta con golpes, divídense por lo general en dos cuadrillas y verifican sus movimientos á compás, á fin de dar unidad y por lo tanto mayor eficacia á sus comunes esfuerzos. La primera barra ó bajo es de todas la más peligrosa, y el río en este punto, al caer en la sima con todo el peso y el ímpetu de sus aguas espumantes, ofrece muy imponente y grandioso espectáculo. A larga distancia se oye el estruendo de su corriente, que en las horas silenciosas de la noche resuena como el de alborotado mar al estrellarse en peñascosa costa, y nada puede darse más pintoresco que el aspecto de las colosales rocas que, en varias y caprichosas formas, se alzan en el lecho del río y en sus márgenes como otras tantas barreras para separar el Nilo egipcio del de Nubia. Llegada la crecida de las aguas, cuando el río llena de parte á parte el valle que le sirve de cauce, quedan estas rocas casi todas sumergidas, sin otras excepciones que las de los islotes más importantes, y entonces, como los saltos y remolinos que antes producían ya no existen, ó son en todo caso más débiles, los *dahabiehs* pueden pasar á la vela por ciertos canalizos en los que son muy prácticos los pilotos de Assuan.

Así, pues, el mejor tiempo para gozar del espectáculo de la catarata es el invierno, durante el cual, bajas como están las aguas del Nilo, dejan en descubierto muchos bajíos y peñas que obstruyen su curso hasta que al fin superan aquéllas y vencen todos los obstáculos con fuerza irresistible. A lo que se cree, las cataratas del Nilo, por lo que de ellas han dicho los antiguos, fueron en remotos tiempos más considerables de lo que son ahora; el fondo del río ha debido elevarse por efecto de los sedimentos acumulados de edad en edad, y es posible además que la fuerza de la corriente haya, con el transcurso de siglos, desgastado y consumido la parte más blanda de las peñas que se le oponían, quedando únicamente las actuales negruzcas y ferruginosas rocas, de extrañas y fantásticas figuras. En el día, cuando el Nilo lleva menor caudal

y son, por lo tanto, mayores los saltos, el de más elevación no excede de dos metros, lo cual dista mucho de lo que acerca de ellos escribieron los antiguos.

Pasada la primera barra á fuerza de brazos, de maromas y de multiplicadas invocaciones á Alá y á su profeta por los nubios que tiran del *dahabieh*, quedan otros cinco malos pasos, los cuales, menos difíciles que el anterior, se salvan de la misma manera, y se llega por fin al punto donde otra vez se ensancha el cauce del río y deja de ofrecer las rocas y graníticos islotes que, si le dan muy pintoresco aspecto, lo hacen sumamente difícil para la navegación.



MAHATTA, ALDEA POCO DISTANTE DE LA PRIMERA CATARATA

Al regreso, esto es, al descender por el Nilo, es el viaje menos lento y trabajoso; en cambio presenta mucho mayor peligro. En vez de la sirga y de los hombres que tiren del buque, hay que fiarse á la habilidad del timonel y á la destreza de los remeros para evitar los repetidos

escollos y no estrellarse en los muros de roca que forman los angostos y tortuosos canalizos. Algunos hay en que es tan estrecho el paso y la corriente tan impetuosa y rápida que no suelen los marineros penetrar en ellos sin dirigir antes una plegaria al santón que es tenido por patrón de las cataratas y que yace bajo funeraria cúpula en inmediato montecillo. Las tajadas márgenes del río resuenan con las notas del singular y animado canto con que los remeros alientan su esfuerzo para vencer los malos pasos y sacar incólume el esquife de entre las graníticas y puntiagudas rocas en medio de las que, empujado por irresistible corriente, se desliza con rapidez vertiginosa.

Así, pues, largo tiempo, á veces dos días, y muchos hombres son menester para remontar la primera catarata, sobre todo si trae el río poco agua, pues son entonces los

Un grupo de palmeras, en Chellal

saltos más numerosos y elevados; por el contrario, en el descenso bastan dos horas y aun menos para ir de Philæ á Assuan, siendo de doce kilómetros la distancia entre uno y otro punto, de ellos seis ocupados por los escollos. En este sitio llega la anchura del río á mil y doscientos metros, y los buques lo suben, como hemos dicho, á la sirga arrimados á la margen derecha, y lo bajan al remo siguiendo la orilla izquierda. Los nubios de Chellal, de Mahattah y de otros pueblos inmediatos tienen de tiempo inmemorial el monopolio de este paso y de cuantos medios son necesarios á la ida y á la vuelta; hay que tratar, pues, con su jeque, el cual suele exigir unos cuarenta duros por cada barco que se presenta.

Sin embargo, son muchos los viajeros que, para evitar las molestias de la subida y las vivas emociones de la bajada, realizan la excursión por tierra desde Assuán. Refiere Strabon en su viaje á Philæ que, tomando un carro ó coche en Syena, fué siguiendo la margen del Nilo por extenso llano é hizo así cien estadios de camino; pues bien, el mismo que recorrió en carruaje el geógrafo griego puede hoy andarse á caballo,

H. FENN. PINXT.

C. COUSEN. SCULPT.

PHILÆ.

ESPASA Y COMPª EDITORES, BARCELONA.

y pasando por la gran vía que siguen las caravanas de Nubia, de Abisinia y del centro de África, llegar hasta Chellal, que es el mejor punto para contemplar la catarata.

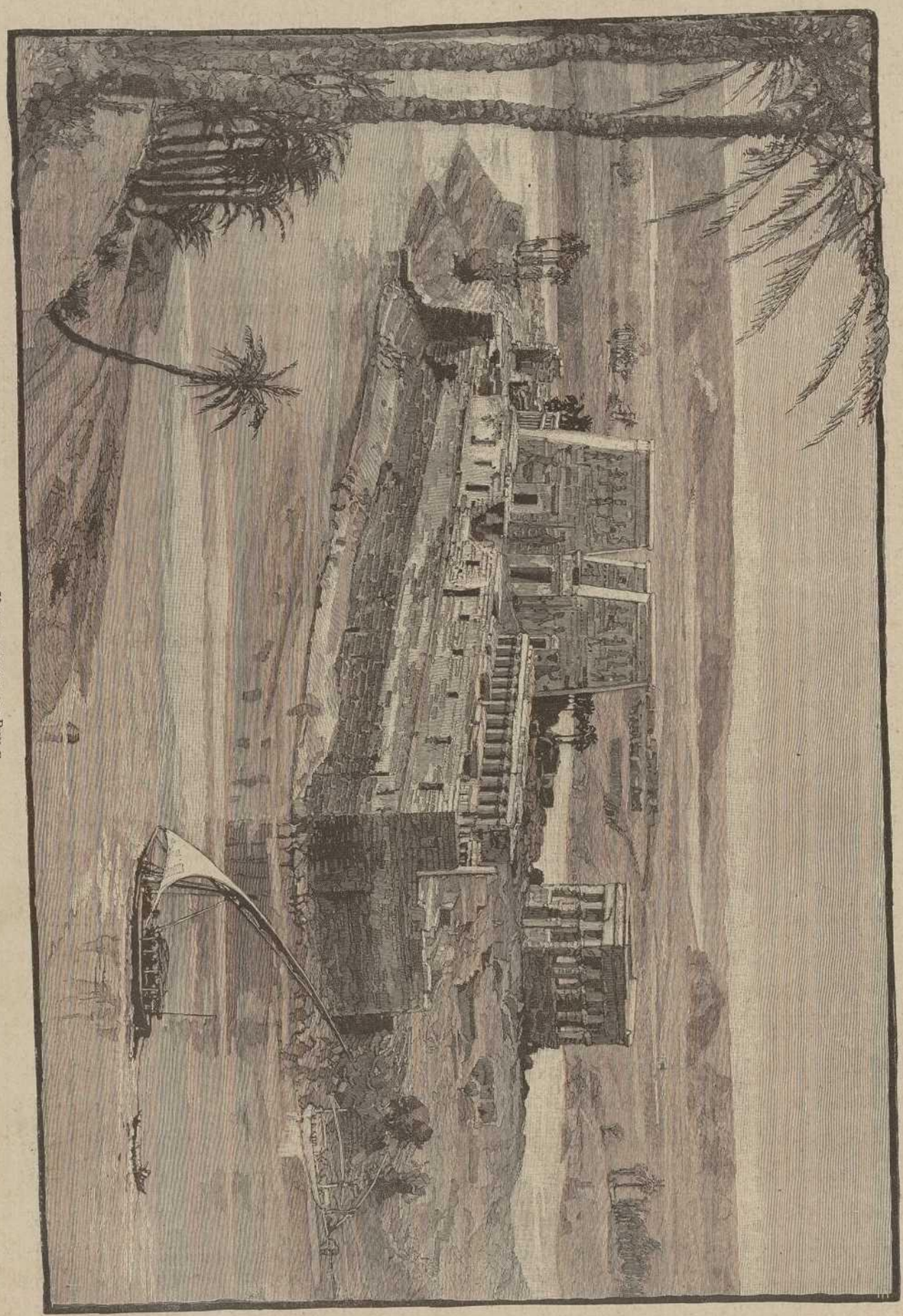
Animado y alegre por todo extremo es aquel pueblo rodeado de vergeles y bosquecillos de palmas y punto intermedio entre Alejandría y Kartum, en la Abisinia superior; en su puerto se hace el transbordo de cuantos frutos y mercancías llegan en encontrada dirección de Egipto y del Sudán, para pasar los unos á las lanchas que los llevarán más allá de las cataratas, y los otros á los *dahabiehs* ó grandes barcazas que los conducirán al Cairo. Existe en Chellal una casa de misión católica de agradable y desahogado aspecto.

Pasada la catarata, á corta distancia hacia el mediodía, vese una isla llamada por los árabes Geziret el-Birbeh (isla del Templo); su nombre egipcio fué Ilak ó Philak (la frontera), y de él los griegos hicieron

La isla de Philæ vista desde el Nilo

Philæ, con el que es aún conocida por los europeos. Cuatrocientos metros mide á lo largo, ó sea de norte á sur, por ciento y cuarenta en su mayor anchura de oeste á este; su perímetro, que es de novecientos y cincuenta, estuvo rodeado de robusto muro de cantería, del cual se conservan grandes residuos, y desierta é inhabitada hoy á pesar de la feracidad de su suelo, muestra al maravillado viajero que llega á sus playas admirables ruinas, entre las que balancean sus copas magníficas palmeras. Miraron los egipcios á Philak como la isla santa por excelencia, y por lo mismo fueron en gran número los templos en su recinto erigidos, estando en ella tan arraigado el paganismo que, á juzgar por una inscripción entre las ruinas descubierta que data del año 453 de nuestra era, aun entonces se mantenía allí el culto de Isis y Osiris. Esto no obstante, sábese que durante la cruel persecución de Diocleciano refugiáronse en la isla, desde donde era fácil la fuga á las montañas de Nubia, gran número de cristianos, y consta también que á últimos del siglo IV era Philæ sede episcopal y que en su recinto existían dos iglesias, dedicada la una al arcángel san Miguel y á san Atanasio la otra.

Autores hay que, por las cruces que han visto en varios puntos de las ruinas del



VISTA GENERAL DE PHILÆ.

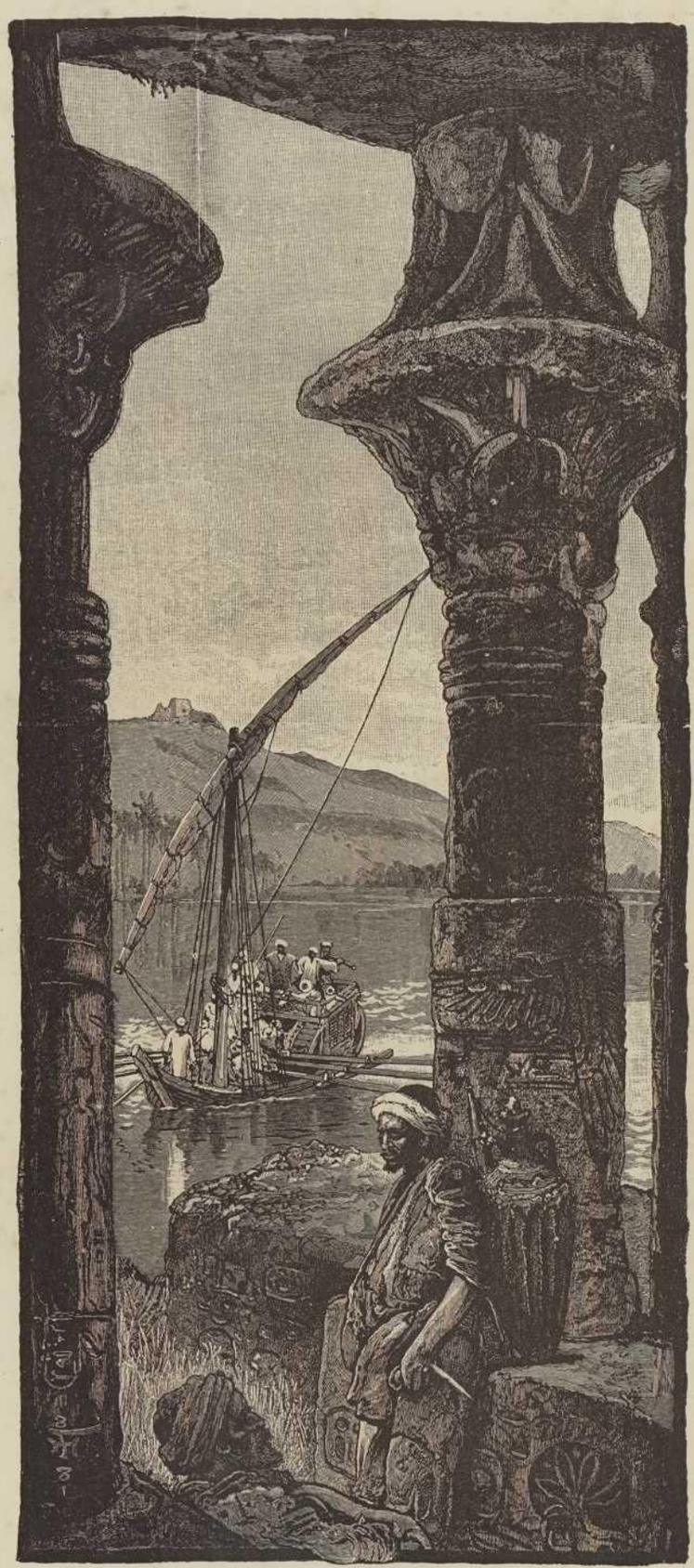
gentílico templo, creen que también éste sería tiempo después consagrado al culto cristiano.

En el extremo sudoeste de la isla encuéntrase el monumento más antiguo que en ella existe, consistente en un templete fundado por Nectanebo; precedíanlo dos obeliscos,

Edificio hypteneo en Philæ

de los cuales sólo uno queda en pié, y estaba consagrado á la diosa Isis. Las catorce colunas que lo adornan rematan en elegantes capiteles.

A pocos pasos hacia el norte era adorada la misma deidad en templo mucho más vasto, al que servían de vestíbulos dos extensas columnatas, formando espaciosas galerías y siguiendo la una la orilla del río hacia poniente, y mirando la otra á levante, en figura de ángulo con el vértice hacia el templo. Levántase allí una gran portada, ornada con delicadas esculturas; varias estancias se contienen en las dos moles que la forman, y de lo alto de las azoteas en que terminan descúbrese toda la isla, la inmediata de Bigheh al oeste y ambas riberas del río. Las dos ranuras verticales que se ven á uno y otro lado de la puerta central, estaban destinadas á recibir mástiles en los que se izaban flámulas en las grandes festividades.



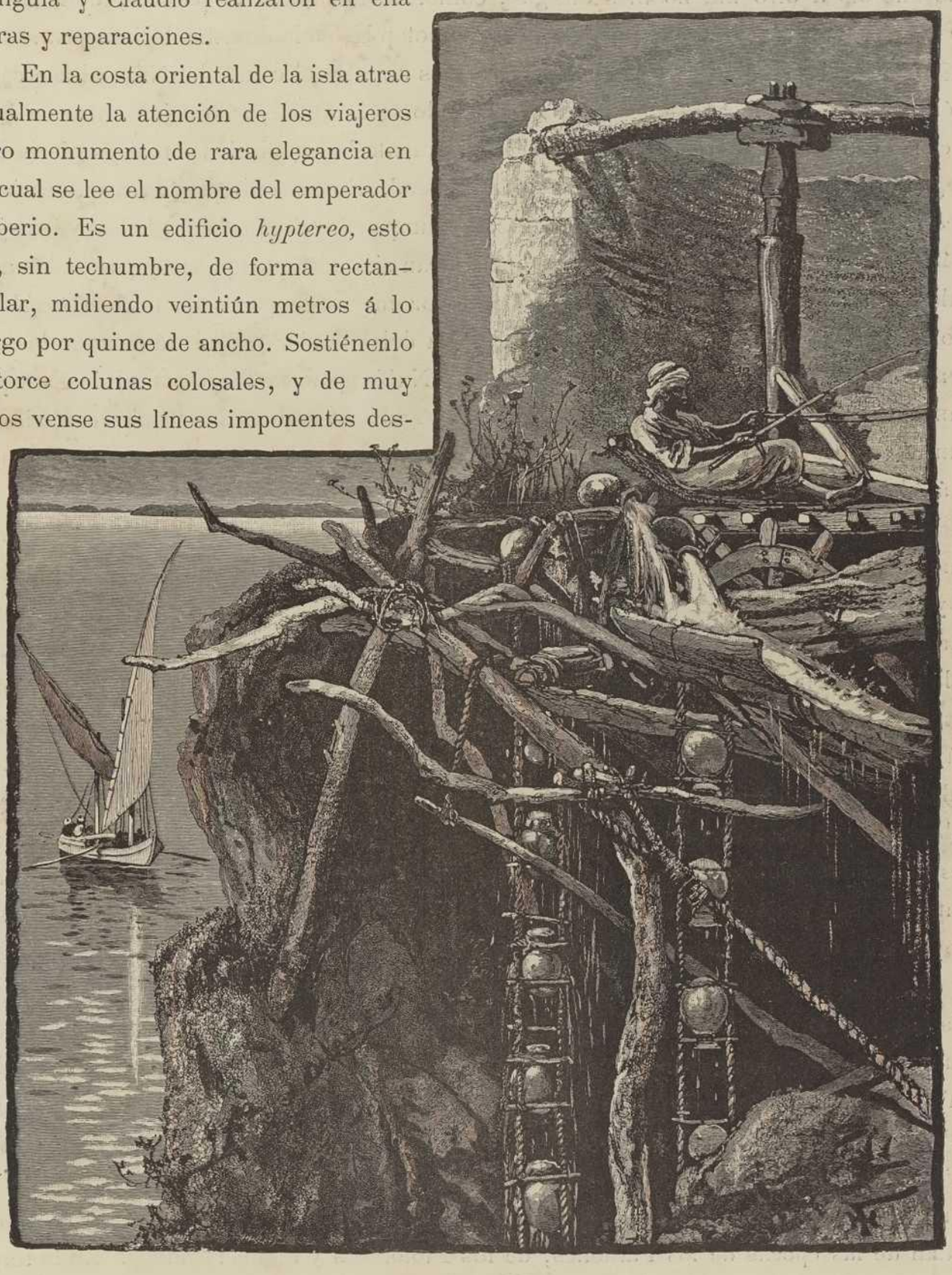
Vista del Nilo al sur de Philæ

Sigue á esta portada un patio, limitado por un reducido templo ó *mammisi* á la izquierda, y á la derecha por un pórtico apoyado en diez soberbias colunas, con el cual comunican diferentes salas. Una segunda portada ó pyloneo, menos importante que el anterior, lleva á otros dos pórticos sucesivos, con inmensas colunas pintadas, y en seguida se entra en el templo propiamente dicho, formado por varias salas y estancias. En el fondo se encuentra el santuario donde se veneraba el sepulcro de Osiris, y por allí se baja á espaciosa cripta.

Distintos soberanos cooperaron á la grandiosa fábrica de este templo y de sus

dependencias; inaugurada por Ptolomeo Filadelfo, llevóla á término Ptolomeo Evergetes entre los años 247 y 222 antes de J. C. También los emperadores romanos Tiberio, Calígula y Claudio realizaron en ella obras y reparaciones.

En la costa oriental de la isla atrae igualmente la atención de los viajeros otro monumento de rara elegancia en el cual se lee el nombre del emperador Tiberio. Es un edificio *hyptereo,* esto es, sin techumbre, de forma rectangular, midiendo veintiún metros á lo largo por quince de ancho. Sostiénenlo catorce colunas colosales, y de muy lejos vense sus líneas imponentes des-



Una noria en Nubia

tacarse sobre un cielo siempre sereno sin que jamás lo enturbien nubes ni celajes.

Al oeste de esta isla levanta la de Bigheh sus enormes y graníticos peñascos; dábanle los egipcios el nombre de Senem, y los griegos el de Abaton (inaccesible), por

ser de antiguo considerada como lugar sagrado. Vense en ella las ruinas de un templo consagrado á Athor, y aunque su fábrica sólo data de la época de los Ptolomeos, créese que sucedió á otro mucho más antiguo, conforme lo indica, al parecer, una estatua de granito en la que se lee el nombre de Amenhotep II, de la dinastía décimoctava.

Al mediodía de Philæ y Bigheh hácese más angosto el cauce del Nilo; al acercarse á él los graníticos montes que á uno y otro lado se levantan, sólo dejan entre su base y el río estrecha faja de tierra, á la cual únicamente la inundación anual y el incesante riego después pueden comunicar alguna fecundidad. Crecen en ella palmeras, acacias y sicomoros, y allí cultivan los nubios reducidos campos de trigo, cebada, habas y lentejas; más allá de esta ribera laborable no se encuentran sino abruptas peñas y profundos arenales. Bajas las aguas riégase aquel suelo por medio de pozos de noria ó *sahkiehs* movidos por bueyes, juzgándose de la riqueza del labrador por el número de las que tiene en movimiento; igualmente se usa en Nubia para sacar agua el instrumento llamado *shaduf,* de que antes hemos hablado. Agobiados aquellos naturales con tributos aun más crecidos que los *fellahs* de Egipto, son muchos los que emigran cada año para ir á Alejandría ó al Cairo en busca de existencia menos afanosa.

Entre la primera y la segunda catarata media una distancia de trescientos y cincuenta kilómetros, largo y estrecho valle en el cual vive una población que no excede hoy de cuarenta mil almas y que se divide en tres razas diferentes: los kenus ó barabra, los árabes, y finalmente los nubios; éstos hablan una lengua muy semejante á la de los primeros y con ellos se les confunde con frecuencia. Unos y otros moran diseminados á derecha é izquierda del río, en aldeas más ó menos importantes, cuyo número no pasará de cuarenta; son sus moradas cabañas de tierra y la religión de todos es la musulmana. Su color es un medio entre el de ébano de los etíopes y el cobrizo de los pueblos del Said, y sus cabellos largos y crespos y la finura de su tez los acercan más á los europeos que á los negros. La región donde habitan comprendíase antiguamente en la denominación de Kuch; Etiopia la llamaron griegos y romanos, y hoy es más conocida con el nombre de Nubia inferior ó baja.

Numerosas son las ruinas de templos y otros edificios que se ofrecen al paso del viajero, dando testimonio del antiguo estado de cultura y prosperidad hace siglos extinguido; así, por ejemplo, en Debud (Tabot), Kerdaseh, Uadi-Tafah (Taphis), Kalabeheh (Tarmis ó Talmis) y Dandur, lo mismo que en Gerf-Hossain (Tutzis), en Dakkeh (Pselchis), en Uadi-Sebua (Pa-Amón, *morada de Ammón),* en Amada, en Derr (Pe-Ra, *ciudad del sol),* capital de la Nubia inferior, en Ibrim (Primis Parva) y en otros varios puntos hállanse residuos, muy notables á veces, de antiguas fábricas que datan de las épocas de los Faraones, de los Ptolomeos y de los romanos. En la imposibilidad de describirlas todas para no dar á esta obra extensión desmedida, y limitándonos á indicarlas, seguiremos remontando el río hasta el lugar de Abu-Simbel, llamado también Ipsambul, donde existen dos antiguos templos que tienen justificada fama de ser las excavaciones monumentales más portentosas que los hombres han realizado.

Uno de ellos estuvo consagrado á Athor, la Venus egipcia, la cual, representada en el santuario en forma de becerra, que era su ordinario emblema, lleva el título de reina de Abochek (Aboccis), antiguo nombre de Abu-Simbel. La fachada que da frente al río está adornada con seis colosos de unos diez metros, cortados y labrados en la peña, lo mismo que el monumento todo. Representan á Ramsés II y á su mujer Nofert-Ari, acompañados de sus cuatro hijos, dos varones y otras tantas hembras. Hermosa portada conduce á una sala ó *pronaos* sostenida por seis pilastras rematadas en una cabeza de Athor; de allí se pasa á una especie de vestíbulo transversal que tiene en cada extremo una salita ó guía al santuario ó *adytum*, donde una becerra esculpida en la peña, de la cual sobresale, recibía adoración como sagrada imagen de la diosa. La profundidad total de esta magnífica excavación, embellecida á porfía por escultores y pintores, es de unos treinta metros.

Gran templo de Abu-Simbel

Como á sesenta pasos hacia el sur ábrese otra más vasta todavía en la ladera de inmediato y peñascoso otero. Su fachada que mide cuarenta metros de altura por otros tantos á lo largo, es de grandioso é imponente aspecto: forman la cornisa veintidós cinocéfalos puestos en fila, y debajo hay cuatro estatuas colosales, dos á cada lado de la puerta, representando á Ramsés II sentado en el trono. Veinte metros de elevación tiene cada una, y á pesar de su gigantesca magnitud son notables por la perfección y pulcritud de todas sus líneas y la exacta proporción de sus partes; el rostro, sobre todo, es de sorprendente belleza. Uno de los colosos está hoy descabezado, y á lo que se desprende de una inscripción griega allí existente, data la mutilación de tiempos muy antiguos. Vasta hornacina con la estatua en relieve de Ammon-Ra, deidad del templo y protectora especial de la comarca, adorna la parte superior de la puerta, y atravesada ésta se encuentra un salón sostenido por ocho pilastras á las que están adheridos otros tantos colosos de ocho metros de altura, que son representación del propio rey Ramsés II y que causan en quien los mira impresión profunda por la muda majestad de sus

facciones, y el carácter grave y religioso que respiran. Pásase de esta sala á otra de menores dimensiones, sostenida únicamente por cuatro pilastras, la cual por medio de tres puertas comunica con una especie de vestíbulo, y éste á su vez conduce al santuario, cuyas cuatro estatuas, sentadas y en relieve, son las de Horo, Ammon, Phtah y Ramsés. A cada lado del santuario hay una sala, y la profundidad total de la excavación desde la primera puerta hasta el fondo de aquél excede de sesenta metros. Cuantas piezas la componen están decoradas con no interrumpida serie de jeroglíficos y esculturas coloridas que representan las principales conquistas de Ramsés II y también ofrendas y sacrificios religiosos, y si por su perfección es de alabar la habilidad de quien las esculpió, no admiran menos la viveza y estabilidad de sus colores.

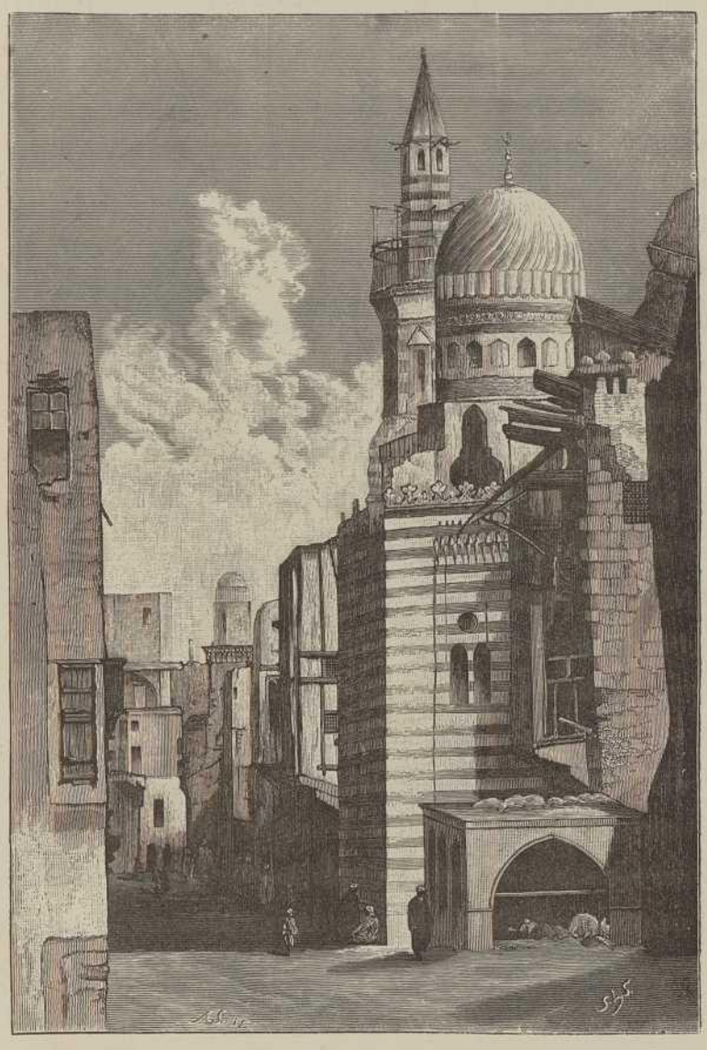
Casi en frente de Abu-Simbel, en la ribera derecha, se encuentra la aldea de Feraig, y en ella arruinado templete, también labrado en la peña, obra de la dinastía décimoctava; como otros muchos de Egipto y Etiopia, fué transformado en iglesia en la época cristiana. En los pueblos de Addeh, de Farras y de Serra, situados al mediodía, vense sucesivamente otros residuos de templos y varios hipogeos, hasta que al fin se llega á Uadi-Halfa, lugarejo de miserable apariencia, también en la orilla derecha; magníficas palmeras dan sombra á las pobres chozas de sus habitantes.

A la distancia de once kilómetros hacia el sur hállase la segunda catarata, y para llegar hasta ella hay que atravesar en pequeño esquife una especie de archipiélago sembrado de graníticos islotes que dividen y obstruyen la corriente del Nilo, el cual muge y corre alborotado entre ellos, formando diferentes brazos. Suele dejarse el bote al pie del escarpado montecillo que se levanta junto á la orilla izquierda; por quebrado sendero se sube á la cima, y desde aquel elevado observatorio, que lleva el nombre de Abusir, abraza el viajero uno de los más agrestes y majestuosos horizontes que se presentan en el valle del Nilo, tan rico en admirables perspectivas. A su alrededor extiéndense hasta perderse de vista interminables arenales, esto es, el desierto, y únicamente á lo largo del río alcanza á ver estrecha franja de tierra susceptible de cultivo. A sus pies aseméjase el Nilo á un pequeño mar erizado de escollos de muy variadas y fantásticas formas; como pirámides, obeliscos ó colosales conos se presentan unos; tomaríanse los otros por cilíndricas torres, y los hay, en fin, que cual bancos se prolongan. Rojos unos como el pórfido, otros, que son los más, aparecen negruzcos como el basalto, y forman infinitos islotes, por entre los que serpentea el río, ó mejor se remolina. Seis saltos ó cascadas son las que principalmente llaman la atención y llenan con su estruendo todos los ecos de la comarca; la espuma y el vapor que levantan brillan con mil colores á los rayos del sol, y es su vista hermosísimo espectáculo que compensa con exceso el cansancio producido por la subida de Abusir. Estamos en el límite meridional de la Nubia inferior; más allá, donde se cuentan otras cuatro cataratas, se dilatan las abrasadas soledades de la Nubia superior, y por lo mismo, descendiendo de nuestro observatorio, tócanos desandar el camino andado y

volver á nuestro *dahabieh* que en poco tiempo nos conducirá á Bulak, punto de partida que ha sido en la presente excursión.

Seis horas emplean los trenes del ferrocarril en recorrer la distancia que media entre el Cairo y Alejandría. Cuarenta y un francos en 1.ª clase, veintisiete en 2.ª y diez y medio en 3.ª son los precios del pasaje.

Las pirámides del Gizeh muestran todavía en el horizonte su imponente mole cuando empieza el tren á disminuir su velocidad para detenerse en breve en la estación de Bena-el-Assal. Allí estuvo situada la antigua Athrybis, y el *tell* ó eminencia que la sustentaba se presenta como enorme montón de escombros. Forman el pueblo actual varias casas de miserable aspecto, entre las que descuella el macizo alcázar de Abbas-Bajá.



Mezquita del Cairo en una calle extraviada

En poco más de una hora se llega á Tantah, opulenta ciudad que es centro del comercio del Delta, á cuyas ferias y mercados acuden representantes de las grandes casas mercantiles de Alejandría, Marsella, Trieste, Londres y de otros puntos de Europa y Asia. Es de ver en ella hermosa y marmórea mezquita de figura octagonal, en la cual se venera el sepulcro de un santón. Los Padres Franciscanos tienen en la ciudad una pequeña iglesia y una escuela.

Un ramal de ciento veinticinco kilómetros de vía férrea conduce desde Tantah á Mansurah y á Damieta, lugares para siempre famosos por las proezas de los caballeros cristianos en las guerras de las Cruzadas y por la heroicidad del santo rey Luis en la triste suerte que en ellas le cupo.

Excursión es ésta que, grata para cuantos aman las glorias de la caballeresca cristiandad en que vivieron nuestros mayores, facilita además la exploración de uno de los brazos más interesantes del Nilo.

Mahallet-el-Khebir, capital de la provincia del Delta que lleva el nombre de Gharbieh, es la primera estación que al emprenderla se ofrece. Su población, que pasa

de diez y ocho mil almas, se dedica á la industria y es la ciudad centro de activo comercio. Los católicos, que no exceden de pocos centenares, tienen una capilla y una escuela, asistidas ambas por un religioso franciscano.

Samanhud, á cincuenta y nueve kilómetros de Alejandría, que es punto de partida del ferrocarril, es la antigua Sebbenito, patria que fué del sacerdote Manetón, autor de una historia de Egipto por los años de 240 antes de J. C., y sede episcopal en el siglo v de nuestra era. El *nomo* ó provincia de Sebbenito, dividida antiguamente en superior é inferior, daba su nombre á una de las siete famosas bocas del Nilo, llamada por lo mismo Sebbenítica. El lugar de Samanhud, conocido hoy por la loza que expide al Cairo, goza de admirable posición por lo amena y pintoresca, y es visible á larga distancia por los esbeltos alminares que dominan su caserío. En sus alrededores existen varias ruinas, entre ellas las de antiquísimo templo de Isis.

Trece kilómetros dista de Samanhud la ciudad de Mansurah, la cual no data de la antigüedad egipcia, sino únicamente del siglo XIII, en la época de las Cruzadas. Corría el año 1221, y dueños de Damieta los guerreros de la cruz, el sultán del Cairo, retirado con sus tropas al punto donde se separaban los dos brazos orientales del Nilo, veía llegar incesantemente bajo sus pendones nuevos príncipes y soldados musulmanes. En tanto reunía sus fuerzas, para lo cual le dió tiempo la inacción en que permanecían los cristianos, dispuso la construcción de un palacio en el centro del campamento y lo rodeó de murallas; junto á ellas se levantaron casas, baños y bazares, y en breve el real quedó convertido en una ciudad llamada Mansurah *(Victoriosa)*, nombre que por desgracia quedó al poco tiempo justificado.

La hueste cristiana púsose al fin en movimiento, y á pesar del dictamen del rey de Jerusalén Juan de Brienne y de otros barones y caballeros, decidióse marchar contra el Cairo. Sus naves cubrían el río y protegían la marcha del ejército, el cual, sin empeñar ni una acción, pudo avanzar hasta el punto donde el canal de Aschmun se deriva del Nilo; en el opuesto lado se alza Mansurah.

El soberano de Damasco, los príncipes de Alepo y Emesa y gran número de emires habían acudido en auxilio de Egipto, donde reinaba universal terror; cuantos tesoros, armas y provisiones pudieron reunirse fueron dirigidos á Mansurah, é igual camino tomaban todos los hombres en estado de pelear. Resonaban las márgenes del Nilo con el estruendo de atabales y clarines, y á ambos lados del canal, hasta donde podía alcanzar la vista, extendíase apiñado bosque de lanzas y banderas. El ejército cruzado, con ciega confianza en la victoria, pasó más de tres semanas en presencia del enemigo sin salir de sus reales, y esto fué su perdición. Había comenzado el mes de agosto, y el río, que iba aumentando en caudal y en corriente, desbordóse de pronto y turbó con sus aguas el imprudente sosiego de los soldados cristianos. Al presentarse en el Nilo la armada musulmana quedaron cortadas las comunicaciones entre Damieta y el campamento de los Cruzados; varias naves cristianas se perdieron, y de entonces, soltadas por orden del sultán las exclusas, quedó el ejército sin víveres y expuesto, en

en medio de la inundación creciente, á toda clase de peligros y azares. Resuelta la retirada y emprendida la marcha, vióse hostigado sin cesar por la caballería musulmana, hasta que, sin poder seguir adelante, sitiado por las aguas y por el enemigo, hubo de comprar con la cesión de la ciudad de Damieta el libre paso para volver á Palestina.

Puerta de una mezquita, en el Cairo

Transcurridos algunos años otra lucida hueste de Cruzados, procedente también de Damieta, llegó á los mismos sitios, precedida como aquéllos de la fama de sus triunfos y con igual confianza en la victoria. Acaudillábala el santo rey de Francia Luis IX, y en tanto que el sultán del Cairo Malek-Saleh-Nedjmeddin, hijo de Malek-Kamel, el vencedor de Juan de Brienne, concentraba sus fuerzas en Mansurah y en sus alrededores y no se daba reposo en reparar los muros y las torres de la ciudad, aquel ejército, compuesto de sesenta mil combatientes, entre los que se contaban más de veinte mil caballeros, acampó á mediados de diciembre de 1249 en las orillas del canal de Aschmun y plantó sus tiendas en los mismos sitios donde flotaron los pendones del rey de Jerusalén.

Sin dilación comenzaron los trabajos para el paso del canal, interrumpidos á

cada momento por la fuerza de las aguas y por los rebatos del enemigo, capitaneado por el emir Fakreddin, sucesor que fué por escaso período de tiempo del doliente Nedjmeddin; descubrióse por último un vado después de un mes de incesantes esfuerzos, y por él pasó la vanguardia, compuesta de los caballeros del Temple y de San Juan y de los cruzados ingleses, llevando todos por jefe al conde de Artois, de la familia real de Francia. Allí murió, atravesado á lanzadas, el emir Fakreddin que á la cabeza de algunos jinetes quiso resistir á los cristianos, y siendo su muerte para los suyos como señal de completa derrota, diéronse todos á la dispersión y á la fuga. Los Cruzados, llevados por irresistible ardor, llegaron hasta Mansurah arrollándolo todo, penetraron en su abandonado recinto y persiguieron á los espantados musulmanes por el camino del Cairo; pero del inmenso peligro y general desorden brotó para los infieles la salvación en la persona de aquel Bibars, que tan funesto había de ser después á las armas cristianas y que, poniéndose entonces á la cabeza de algunos valerosos soldados, hizo pagar muy cara al conde de Artois la imprudencia que cometiera no esperando para el ataque al grueso del ejército. Al tiempo que acuchilla á los guerreros que andan dispersos por las estrechas calles de Mansurah y hace en ellos horrible carnicería, los mamelucos, ya rehechos, caen sobre cuantos caballeros, atravesado el vado, se adelantan sin precaución por lo que consideran como conquistado territorio, y únicamente la presencia del rey Luis, marchando al frente de la caballería, puede impedir la dispersión y la total derrota. Empeñóse entonces furiosa lucha; los actos de valor en ella realizados llenan muchas páginas de la interesante crónica que escribió el señor de Joinville, uno de los combatientes, y hasta el rey hubo de cerrar contra el enemigo y precipitarse á lo más recio de la pelea; al fin los musulmanes, arrollados en toda la línea, se retiraron vencidos detrás de los muros de la ciudad, y su campamento y máquinas de guerra quedaron en poder de los

Un vigilante nocturno, en el Cairo

cristianos. Esta fué la batalla de Mansurah, la cual, si bien gloriosa para los cristianos, les arrebató muchos y renombrados guerreros, entre ellos el conde de Artois, hermano de Luis, y el gran maestre de San Juan, y comunicó nuevos bríos á las antes caídas esperanzas de los musulmanes.

Al día siguiente, echado un puente sobre el Aschmun, pudo pasar el canal la infantería mandada por el duque de Borgoña, y toda la hueste se encontró entonces reunida.

«Llegado el primer viernes de cuaresma nuestro campo ha sido atacado por innumerables fuerzas sarracenas; el Señor amparó á los suyos y los infieles han sido rechazados con gran pérdida.» Con estas lacónicas y sencillas palabras dió parte el rey Luis á su gobierno de Francia de la nueva batalla á que se lanzaron á los pocos días de la anterior los envalentonados musulmanes; en ella, como en la primera, fué para los cristianos la gloria, para los sarracenos el provecho, pues además de tener aquéllos lamentables pérdidas en gente, quedaron casi sin caballos. Desde aquel día, viendo ya irrealizable el propósito de llegar al Cairo, se pensó en la retirada á Damieta, que era aún posible y fácil; sin embargo, creyóse vergonzoso huir, ó aparentarlo cuando menos, delante de enemigos siempre vencidos, y la resolución de defender lo conquistado fué la adoptada en consejo.

A poco, empero, la peste con todos sus horrores invade el campamento cristiano, y es bello en verdad é infunde en el alma, junto con profundo sentimiento de piedad, el más alto de la admiración, ver la suave y dulce paciencia con que los valerosos guerreros de la cruz sufrieron la terrible prueba. No se dió el caso de abandonar la bandera de la Cruzada ni un solo caballero, y no llegó á oirse en el ejército ni una queja sediciosa ó sacrílega; sin duda, dicen las crónicas, el ejemplo del santo rey alentó el ánimo de los Cruzados y los libró de caer en la desesperación. En efecto, vivamente afligido por los infortunios de la hueste, nada omitía Luis para conjurarlos ó disminuirlos; cuidaba á los enfermos, prodigábales consuelos, y los preparaba para una buena muerte. En vano era que le rogasen no exponerse á peligros mucho más fieros que los del campo de batalla: nada podía hacer mella en su generoso esfuerzo, ni contener el impulso de su caridad, mirando como estricto deber, asimismo decía, exponer sus días por aquellos que sin cesar exponían por él la vida.

A tanta desolación añadiéronse luego la escasez y el hambre. Encerrados los sarracenos en Mansurah dejaban que por ellos combatiesen las enfermedades, mas para interceptar al mismo tiempo toda comunicación entre Damieta y el campamento cristiano, ocuparon el Nilo con numerosos barcos, y lograron así sorprender y destruir la flotilla que lo proveía. En tan dolorosa situación retrocedió el extenuado ejército á la opuesta orilla del Aschmun como primer paso de la retirada, la cual comenzó definitivamente el día 5 de Abril del año 1250. Los enfermos, los heridos y las mujeres fueron embarcados y tomaron el camino del río, escoltándolos desde

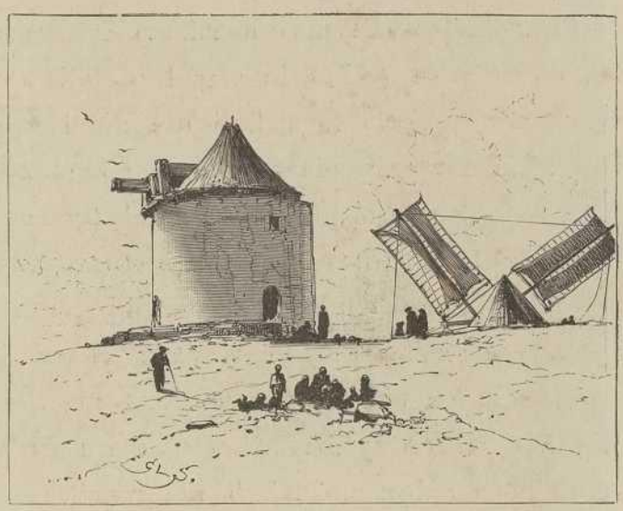
la ribera los arqueros; los barones y sus tropas con el rey á retaguardia, rompieron la marcha cuando ya el enemigo, avisado del hecho, cubría el llano con sus rápidos

Bazar de los tapices en el Cairo

escuadrones, y empeñaba por todos lados la lucha. Al tiempo que, contrariadas por el viento é impulsadas hacia Mansurah, caían casi todas las naves cristianas en poder de los infieles, la retaguardia de la hueste, alentada por el denuedo de Luis, realizaba

inútiles y legendarias proezas para contener la creciente furia de los perseguidores; llegado el rey á la aldea de Minieh, entráronle en una casa donde todos creimos, dice Joinville, *qu'il allait passer le pas de la mort,* tanta era su fatiga y la pena que le devoraba. Todavía Felipe de Monfort, Gualtero de Chatillon y otros guerreros sostuvieron por algunas horas más el combate; pero depuestas al fin las armas por cuantos quedaban con vida, un emir penetró en Minieh é hizo prisionero al rey, sujetándole, sin respeto por su majestad ni por su inmenso infortunio, con grillos y esposas. El oriflama, las banderas, los bagajes, todo cayó en poder de los sarracenos, cuyos alfanjes no permanecían en tanto inactivos y derramaban á torrentes la sangre cristiana: á treinta mil llegaron los cristianos que en aquellos días perecieron, muertos en el campo de batalla, ahogados en el Nilo, ó acuchillados después de rendidos.

Al día siguiente el rey de Francia fué conducido por el río á Mansurah, en tanto que por la ribera oriental marchaba el ejército musulmán, llevando en medio de sus filas y en largas cuerdas á los prisioneros; gran concurrencia de pueblo salió á contemplar aquél para los vencedores alegre espectáculo. Luis fué encerrado en la casa que perteneciera á Fakreddin, y en vasto recinto rodeado de fuertes paredes quedaron amontonados los prisioneros. En su gran desventura no se oyó al rey ni una queja; resignado y puesta en Dios su confianza, mostró en aquellos tristes días los altos quilates de sus cristianas virtudes y fué en todo dechado y prototipo de reyes y de caballeros, llegando á ser la admiración hasta de sus enemigos. «Dueños sois de mi cuerpo, les decía al negarse á sus injustas exigencias; pero nada podéis sobre mi voluntad.» A su cargo quiso tomar el rescate de todos los prisioneros sin distinción, y por fin quedó pactada por el suyo la cesión de la plaza de Damieta y por el de aquellos la entrega de ochocientos mil besantes de oro.

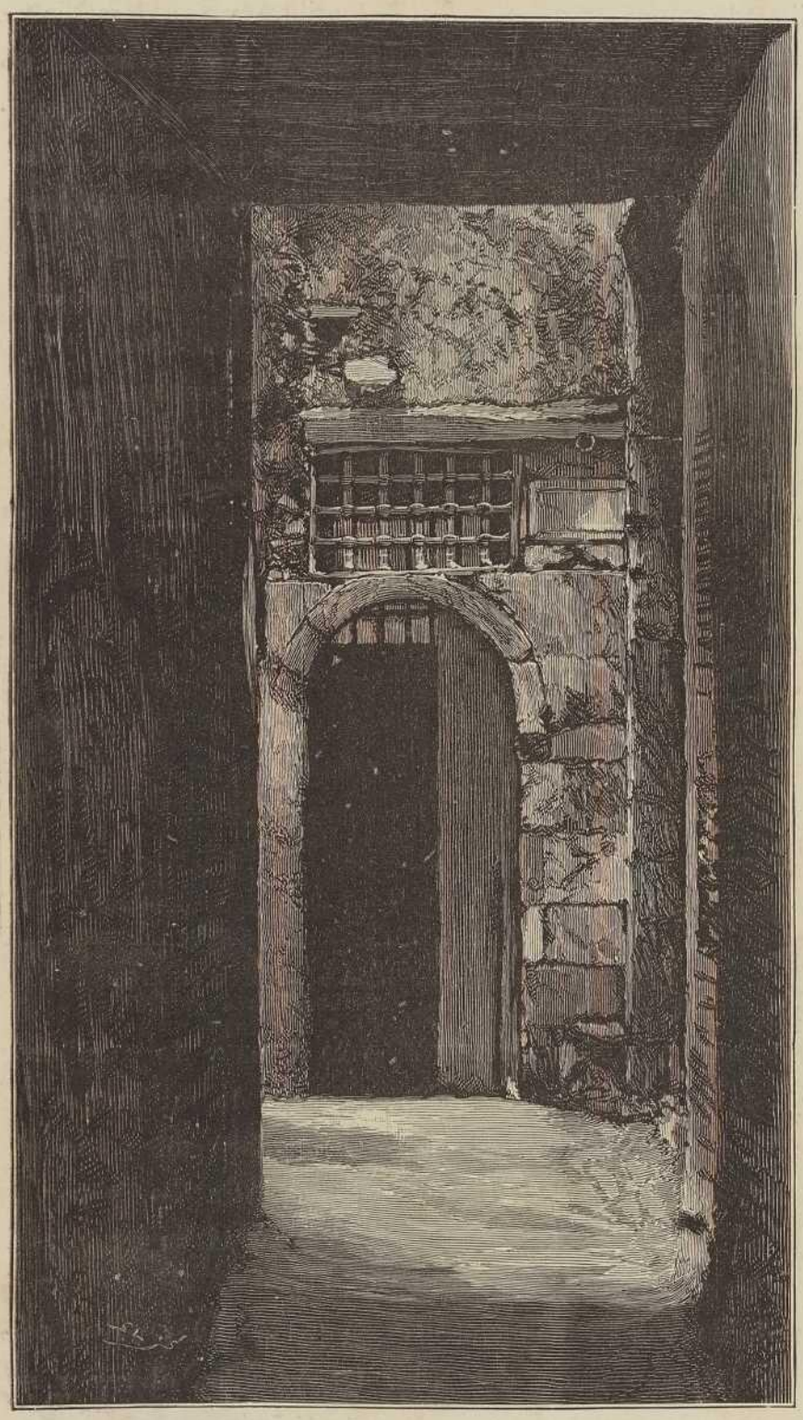


Molinos de viento en la campiña del Cairo

Llegado el día de realizar lo convenido dispusiéronse cuatro grandes naves para transportar los prisioneros á la desembocadura del Nilo. Desde ellas, el rey y sus barones pudieron ver el triste fin del postrer descendiente de Saladino, destronado y muerto por los turbulentos mamelucos. Una galera genovesa recogió á Luis y á los residuos de su hueste, y le condujo á Tolemaida, adonde le hemos visto llegar á mediados de mayo del año de 1250.

En la actual ciudad de Mansurah, notable por sus manufacturas de algodón, tienen una residencia los Padres Franciscanos, con iglesia y escuela, desde el año de 1855. Todavía existe y se enseña en un extremo de la población la casa que sirvió de cárcel

al santo rey, y el murado recinto donde estuvieron encerrados los otros prisioneros, cuyo número se hace ascender á diez mil. En las cercanías de la ciudad muéstranse gualmente los campos en que acamparon Juan de Brienne y Luis IX, así como el punto por donde pasó el canal de Aschmun el ejército cristiano.

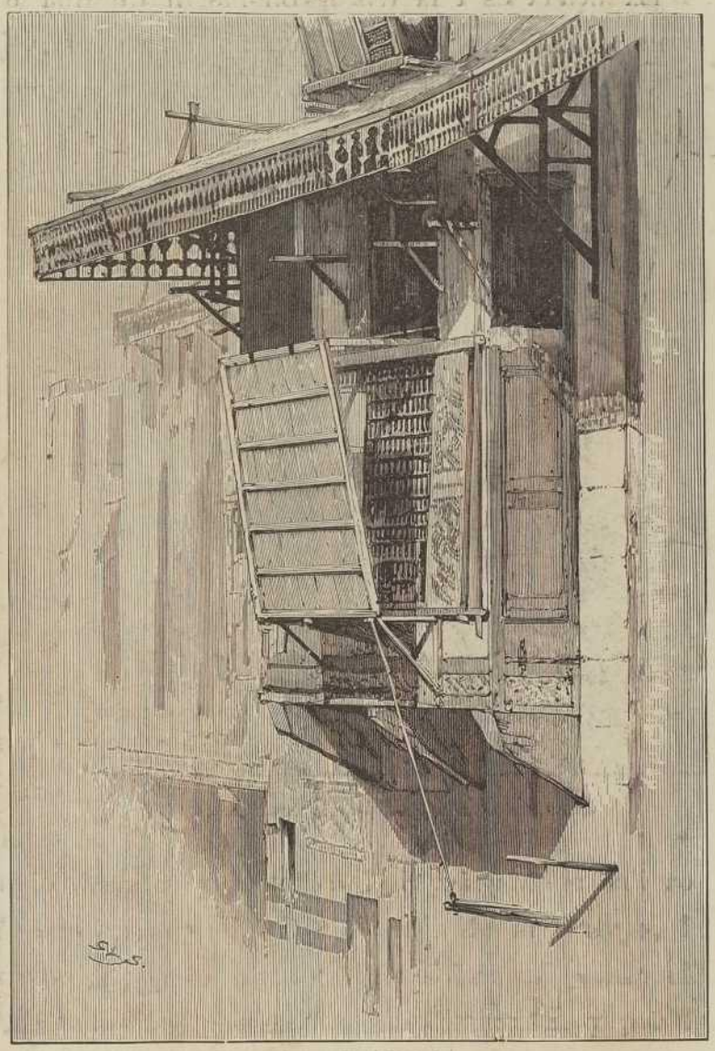


Puerta de una de las antiguas casas del Cairo

Cincuenta y tres kilómetros dista de Mansurah la ciudad de Damieta, la cual, sucesora de la antigua Thamiatis, fué una de las más importantes de Egipto. Rival en remotos tiempos de Tanés y Pelusía, conservaba aún gran parte de su pasado esplendor en la época del reino cristiano de Jerusalén; su territorio producía toda clase de frutos; embellecíanla bosquecillos de palmeras, naranjos y sicomoros, y un brazo del Nilo llevaba hasta ella los productos de Siria, del Asia Menor y de las islas del Archipiélago. Baluarte de la tierra egipcia, defendíanla triples murallas y profundos fosos, y robusto torreón construído en medio del río, el cual estaba cerrado en aquel punto con cadenas, protegíala por el lado del mar. Veinte mil soldados escogidos formaban su guarnición, y en caso necesario podían sus moradores poner sobre las armas cuarenta mil hombres.

Atacada infructuosamente por el rey de Jerusalén Amaury en la guerrera excursión que hizo á Egipto en el año de 1170, de nuevo, en el de 1218, volvió á ver delante de sus muros numerosa hueste cristiana acaudillada por Juan de Brienne y Leopoldo de Austria, la cual pudo tomar tierra sin combate y plantar sus tiendas

en el arenoso llano que se extendía entre la ciudad y el mar. La torre del Nilo quedó en poder de los Cruzados después de mortífera lucha, y desde aquel momento fué posible formalizar el ataque contra el recinto de la plaza. Diez y siete meses duró el sitio, y durante este tiempo no cesaron las fatigas, las privaciones, los combates con sucesos diferentes, pues era tan valerosa la defensa como obstinado el ataque. Malek-Kamel, sultán del Cairo, había acudido en auxilio de los cercados; sus tropas, junto con las de la guarnición, daban continuos rebatos al campamento sitiador, el cual ocupaba ambas márgenes del Nilo, y á él llegó entonces san Francisco de Asis, cuya fama de extraordinaria piedad llenaba el mundo cristiano, marchando después, al impulso de su ardiente celo, al real de los musulmanes para enseñarles la religión verdadera.



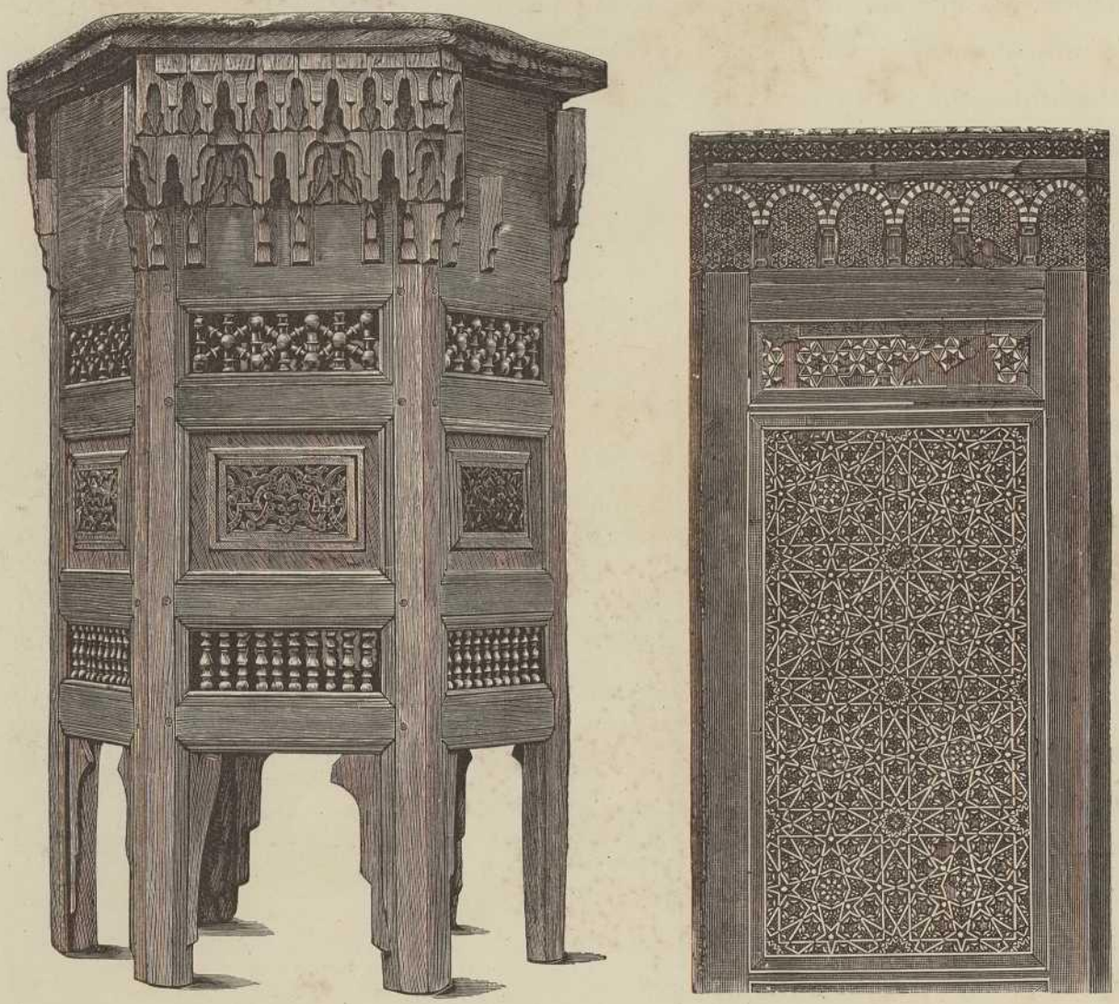
Meshrebiyeh (mirador) de una casa del Cairo

Llegados los primeros días de noviembre del año de 1219, rechazado y disperso el ejército del sultán, todo en el campo cristiano estaba dispuesto para decisivo combate; recorríanlo los heraldos voceando: *En nombre de Dios y de santa María daremos el asalto á Damieta, y con la ayuda del Señor la tomaremos.* A lo cual respondían los Cruzados: *Cúmplase la voluntad de Dios.* Entrada ya la noche dióse la señal, en ocasión en que se había desencadenado furioso vendabal, cuyos estruendosos mujidos lo dominaban todo, y así fué que sin ser sentidos pudieron los sitiadores llegar hasta al pié del muro y trepar algunos hasta el adarve, donde acuchillaron á los centinelas. De este modo se hicieron dueños de una torre; dos puertas, rotas á hachazos y consumidas por las llamas, dieron paso á gran número de caballeros, y las fortificaciones de Damieta quedaron en poder de los cristianos. A la siguiente mañana, al penetrar éstos en la ciudad, quedaron sobrecogidos de horror; en plazas, calles, casas y mezquitas yacían á centenares los cadáveres: hombres y mujeres, viejos y niños, todos habían sido víctimas del hambre y de las enfermedades, sin contar los que hallaron la muerte en los combates; de setenta

mil habitantes que contaba la ciudad al comenzar el cerco, quedaban sólo tres mil que se arrastraban cual sombras entre las solitarias ruinas.

Damieta fué agregada al reino de Jerusalén y su famosa mezquita, vasto edificio de seis naves sostenidas por ciento y cincuenta colunas de mármol, rematado en soberbia cúpula que sobresalía entre todos los de la ciudad, quedó convertida en iglesia consagrada á la Santísima Virgen.

Explicada está la triste conclusión de una campaña con tan buenos auspicios



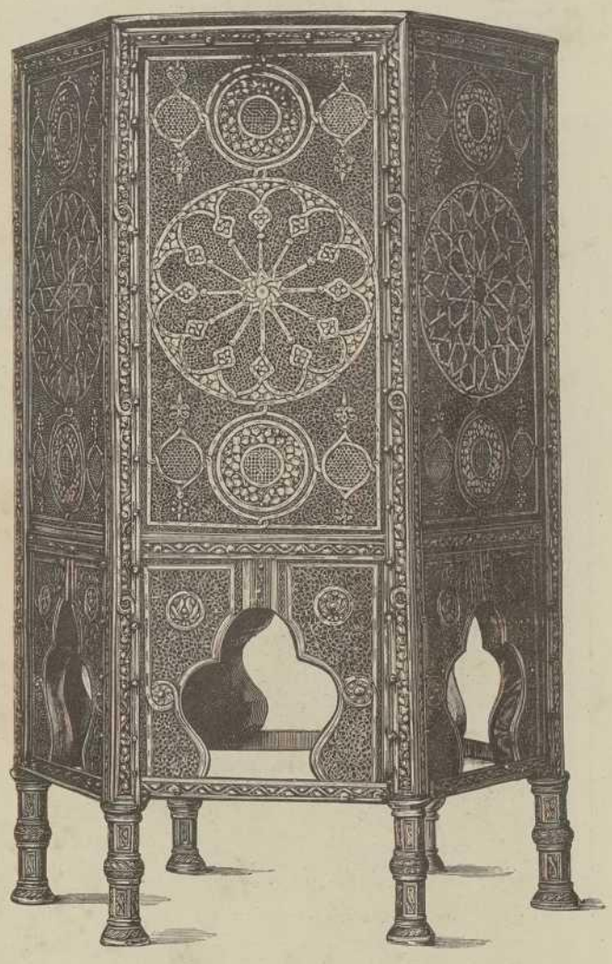
Objetos preciosos del Museo arábigo del Cairo.—Arquimesas del siglo XIV

comenzada: cuando los enviados de la hueste cristiana llegaron á la ciudad y anunciaron el desastre experimentado, su relato arrancó lágrimas de indignación á los guerreros que habían quedado para su custodia y al gran número de Cruzados recién llegados de Occidente. Italianos y alemanes negábanse á entregar la plaza, pero al fin hasta los más ardientes se rindieron á las instancias de los embajadores, y volvió Damieta á poder de los musulmanes.

Suerte análoga le cupo en la cruzada de san Luis cuyo desenlace llevamos referido. Aumentadas fueron sus fortificaciones; proveyósela de víveres y pertrechos así que llegó á noticia de Nedjmeddin la llegada de la armada cristiana á la isla de Chipre, suponiendo que contra ella habían de dirigirse las primeras hostilidades, y numerosos

bajeles ocupaban la boca del Nilo, mientras que un ejército, acaudillado por el emir Fakreddin, acampó en la orilla del mar, en los mismos sitios donde treinta años antes tomaran tierra las legiones de Juan de Brienne.

Nada, empero, bastó á contener el ímpetu de los guerreros cruzados: la escuadra cristiana en los primeros días de junio del año de 1249, avanzó formada en batalla en número de mil y quinientas naves, hasta echar anclas á poca distancia de la costa; la hueste entonces descendió á las lanchas, y entre nubes de flechas y las descargas de los ingenios mahometanos tomó tierra, em-



Objetos preciosos del Museo arábigo del Cairo.— Arquimesa del siglo XIV

Una casa hebrea en el Cairo

peñándose general batalla. Luis, dando ejemplo de resolución, se arrojó cubierto con la armadura al mar, y con el agua al pecho llegó á la playa y se arrodilló en acción de gracias. Las naves sarracenas son dispersadas ó echadas á pique, y las tropas de Fakreddin se retiran vencidas y en desorden, dejando tendidos en el campo á gran número de sus emires.

Espantosa confusión reinó aquella noche en Damieta; los fugitivos de la batalla habían atravesado la ciudad sembrando á su paso el terror, y así la guarnición como la mayor parte de los moradores la abandonaron en pos de los últimos batallones de Fakreddin. Pero antes, aconsejados por feroz instinto, mataron á gran número de cristianos que en la población vivían y la prendieron

fuego por diferentes puntos, alumbrando los torbellinos de llamas que de los edificios se alzaban el campamento establecido por los vencedores en el mismo lugar de su victoria. Al asomar la aurora fueron exploradores á reconocer la plaza; halláronla desierta, y la hueste cristiana tomó de ella posesión. Atajados que fueron los estragos del incendio, el rey de Francia con el legado pontificio y el patriarca de Jerusalén, seguidos de gran multitud de eclesiásticos y barones, entraron procesionalmente en Damieta, descubierta la cabeza

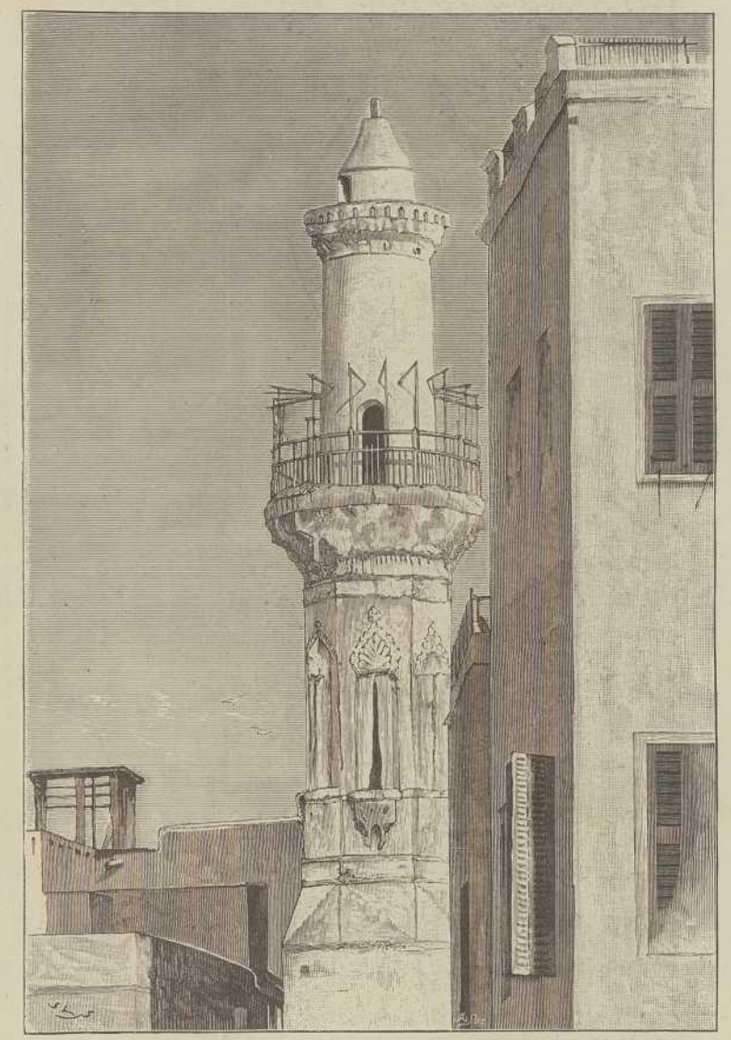
Ventana de una mezquita en el Cairo

Una casa europea en el Cairo

y descalzos, entonando el *Te-Deum*. Cincuenta y tres cautivos cristianos fueron hallados aún con vida en las mazmorras, y presentados al rey.

La gran mezquita volvió á ser iglesia lo mismo que las demás de la ciudad, dotándolas Luis con ricos presentes y suntuosos ornamentos. Las casas y tierras fueron repartidas entre las órdenes del Temple y de San Juan, los caballeros Teutónicos y los barones y señores de ultramar, obteniendo también los frailes de San Francisco y de la Trinidad dotaciones en la conquistada plaza, cuya custodia fué confiada á quinientos caballeros, ya que el rey quiso que el ejército continuase acampado en ambas márgenes del Nilo. Cuando transcurridos algunos meses emprendió de nuevo la marcha hacia Mansurah, quedóse en

Damieta la reina Margarita, la cual, al recibirse las primeras y confusas noticias de la gran catástrofe, se hallaba en vísperas de parto. Confirmada que fué la triste nueva, su imaginación se exaltó hasta tal punto y padeció tales accidentes y convulsiones, ora representándose la inmolación de su marido, ora pensando que llegaban los sarracenos á las puertas, que se creyó iba á rendir el alma. Servíale de escudero un caballero de más de ochenta años, el cual no la dejaba de día ni de noche, y refiere Joinville que la infeliz princesa, á los pocos instantes de rendirse al sueño, se despertaba con gran sobresalto imaginando, dice, que el aposento estaba lleno de sarracenos *pour l'occir;* el anciano escudero que la tenía cogida una mano mientras dormía, se la apretaba y le decía: «Con vos estoy, señora, no tengáis miedo.» Cerraba entonces los ojos, pero en breve se despertaba otra vez y volvía á sus angustias y gemidos. Cierto día mandó salir de la estancia á todos excepto á su escudero, y puesta ante él de rodillas, le dijo: «Prometedme, señor caballero, que me otorgaréis la merced que voy á pediros.» Prometióle él con juramento, y Margarita continuó: «Pues bien, por la fe que acabáis de jurarme, os ordeno que si los sarracenos expugnan la ciudad me cortéis la cabeza antes que puedan apoderarse de mí.—Prometo cumplir vuestro mandato, contestó el escudero, tanto más en cuanto asimismo lo tenía yo pensado.» Al día siguiente la reina dió á luz un hijo á quien pusieron los nombres de Juan y Tristán, en memoria de las punzantes tristezas que rodearon su cuna.

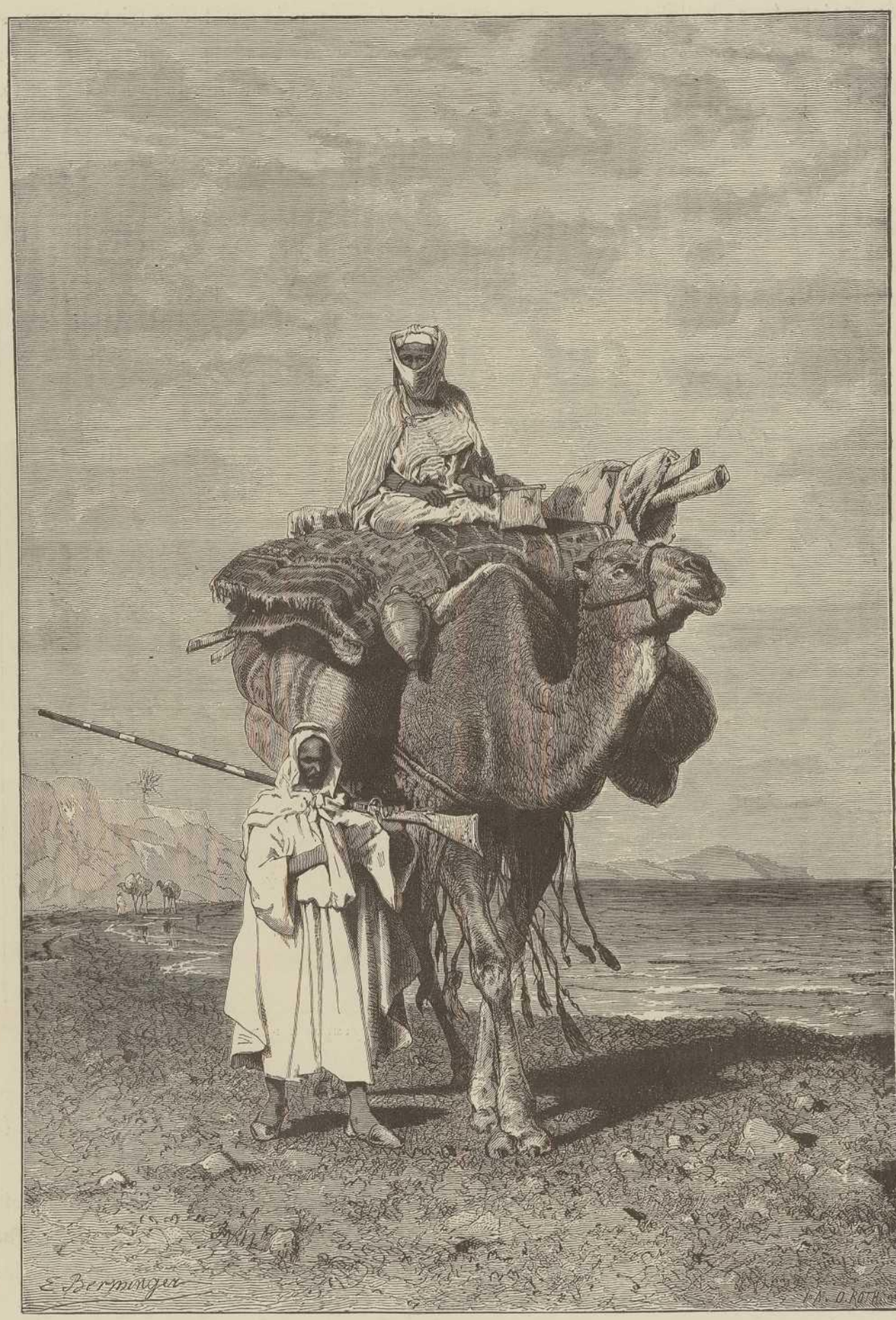


Un alminar moderno en el Cairo

Después de su triunfo de Minieh quisieron los musulmanes apoderarse de Damieta por sorpresa, y para ello se presentaron al pie de los muros con las armas y banderas de los vencidos; descubierta su estratajema, la firme actitud de la guarnición les impuso, y se alejaron de la ciudad.

No sin lágrimas y gritos de dolor consintieron los cristianos en evacuarla en cumplimiento de lo pactado por Luis; la reina Margarita, convaleciente apenas, fué

llevada á una galera genovesa, acompañándola las duquesas de Anjou y de Poitiers



Una familia arábiga en viaje

y la viuda del infortunado conde de Artois. Aquella misma noche, que era la del 6 de

mayo del año de 1250, el gobernador Oliverio de Thermes, el duque de Borgoña, el legado pontificio y los francos todos, excepto los enfermos, se embarcaron en los buques del Nilo. A la siguiente aurora ondearon los pendones musulmanes en las torres y murallas, al tiempo que por las puertas penetró enfurecida soldadesca que, cual en plaza tomada por asalto, se entregó á toda clase de excesos, acuchillando á los enfermos, saqueando las casas y dando á las llamas cuantos bienes habían sido declarados en el convenio propiedades de los cristianos.

Alminar de una mezquita sepulcral, en el Cairo

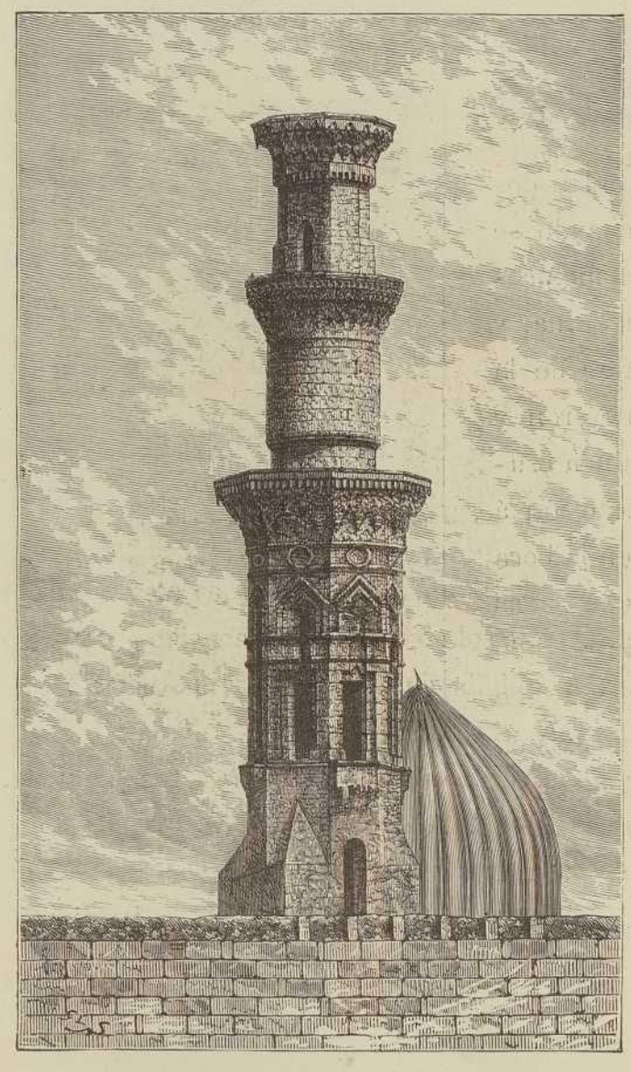
De la antigua Damieta nada queda: á los dos años de haber salido san Luis de Egipto, cuando se hallaba aún en Palestina, concibieron los mamelucos Baharitas temores de una nueva invasión latina, y para que el enemigo no pudiese apoderarse de la ciudad y hacerse fuerte en ella, la destruyeron y arrasaron. Tiempo después, cuando la segunda cruzada del santo rey puso de nuevo en conmoción á Oriente, fueron lanzadas inmensas rocas en la boca del Nilo á fin de impedir el paso á las armadas cristianas, de modo que el río ha quedado cerrado por aquella parte á las grandes embarcaciones. Como única memoria del tiempo de las Cruzadas existen las ruinas de antigua fortaleza en los alrededores de inmediata aldea, por nombre Lesbeth.

La actual ciudad de Damieta, edificada á pocos kilómetros de la que floreció en la edad antigua y media, no tiene otra importancia que la de su huerta, por todo extremo feraz y abundosa

Cercanías de la vía férrea á la luz de la luna

en regalados frutos. En su recinto han establecido recientemente los Padres Franciscanos una capilla bajo la advocación de san Luis, y una escuela.

De regreso á la estación de Tantah y otra vez en el tren de la línea general, empléanse treinta minutos en llegar á Kefr-Zayat, punto equidistante de Alejandría y del Cairo. Por magnífico puente de hierro de doce ojos se pasa el brazo occidental del Nilo, llamado antiguamente Canópico y conocido ahora con la designación de Roseta; poco á poco el país, de fértil que se ha ofrecido constantemente á nuestros ojos, y animado por numerosos campesinos ocupados en manejo del *shaduf* y por manadas de búfalos paciendo á los que asusta el estruendoso paso del tren, se transforma en arenosa llanura, monótona y triste, indicándonos que van quedando á nuestra espalda los campos regados por el Nilo. A uno y otro lado de la vía y á mayor ó menor distancia divísase de vez en cuando miserable aldea, y de sus chozas de tapia vense salir alguna mujer haraposa, niños completamente desnudos ó el pobre *fellah* que se encamina á su trabajo. A veces aparece á lo lejos población más importante con sus casas de piedra y antiguas fortificaciones, dominado todo por las cúpulas y alminares de sus mezquitas, y así se presenta á nuestro paso, á los setenta y cinco minutos de dejar á Kefr-Zayat, la villa de Damanhur, de unos diez mil habitantes, musulmanes, coptos cismáticos y escaso número de católicos. Un fraile franciscano cuida en el pueblo de una capilla y una escuela.



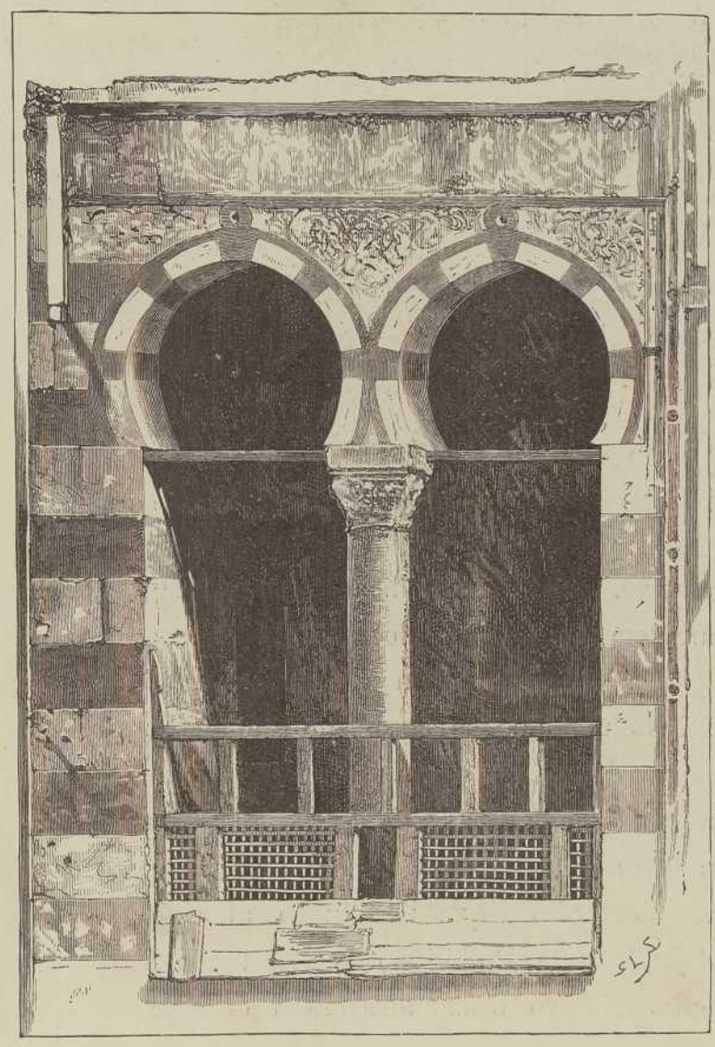
Mezquita sepulcral, en el Cairo

Damanhur, como lo indica su nombre, ha sucedido á la ciudad de Horo, llamada por los antiguos *Hermópolis parva,* y fué en el siglo v sede episcopal.

Pocos minutos de marcha llevan el tren á la estación de Kefr-Daovar, lugarejo de miserable aspecto, tenido por la antigua Taovah; en ella ha de apearse el viajero que desee verificar á caballo una excursión á Roseta, distante unas doce horas, á no ser que prefiera hacerla por mar desde Alejandría.

Abukir, antiguo campo romano, es el primer lugar de importancia que encontramos en nuestro camino, á unas cuatro horas de marcha. Tiene puerto en el Mediterráneo, y en él alcanzó el almirante Nelson en el año de 1798 señalada victoria contra la armada

francesa. Un año después, el general Bonaparte, á la cabeza de seis mil hombres, derrotó en aquellos campos á un ejército de diez y ocho mil. Allí mismo, sepultada en parte por el mar y en parte por la arena de la playa, encuéntrase la antigua ciudad de Canope, así llamada del nombre del piloto que fué de Menelao, en ella fallecido; por san Epifanio se sabe que en su tiempo mostrábase todavía el monumento que decían ser su sepulcro. Era renombrada esta ciudad por su templo de Serapis, adonde acudían de todos lados enfermos en busca de la salud, y en el que se celebraban fiestas famosas por su lubricidad. En sus alfarerías se fabricaban los vasos llamados canópeos, donde se conservaban embalsamadas las entrañas. Célebre en los primeros siglos del cristianismo fué el cenobio de Canope, el cual tuvo por abad á san Arsenio, y sucedió á aquel templo de Serapis, destruído por orden del emperador Teodosio.

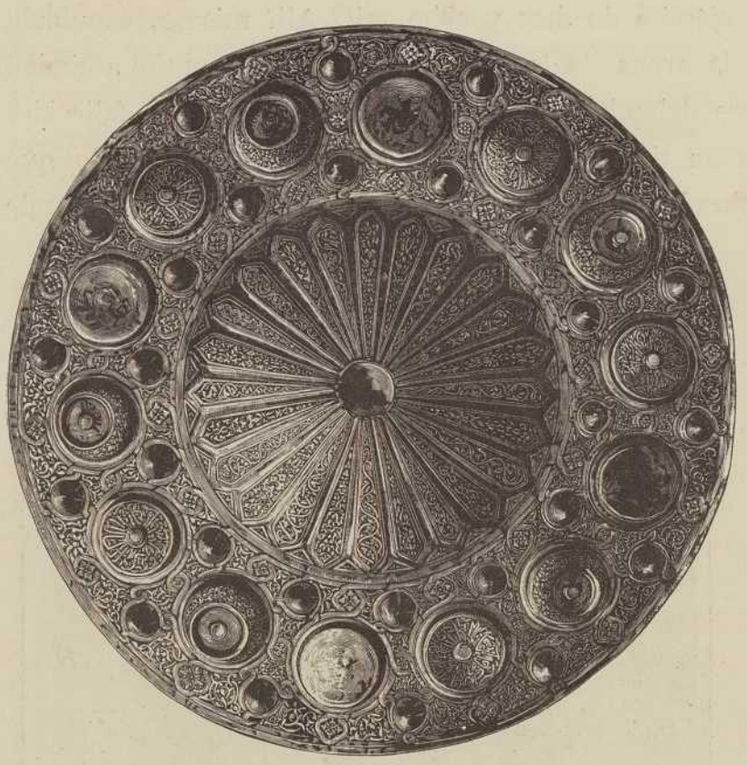


Ventana en la escuela de la mezquita de Kait-Bey, en el Cairo

Atravesado el alveo hoy seco de lo que fué uno de los brazos del Nilo, llégase á la ciudad de Roseta, llamada por los árabes Raschid por atribuir su fundación al famoso califa Araun-el-Raschid, y situada en la margen izquierda del brazo occidental de aquel río, cuyo antiguo nombre de Bolbotino se trocó definitivamente en el de brazo de Roseta. Ameno por todo extremo es el territorio que la circunda, vasto y deleitoso oasis en medio de abrasados arenales; odoríferas acacias, esbeltas palmeras, copudos sicomoros dan agradable sombra á fértiles campos y floridos prados por los que corren abundantes y cristalinas fuentes. Por esto es lugar de esparcimiento y recreo para las familias ricas de Alejandría, las que suelen pasar en las deliciosas quintas que aquí y allí se levantan los meses más calurosos del verano.

La población de Roseta asciende á diez y ocho mil habitantes, turcos en su mayor parte y algunos centenares de católicos. Tienen éstos una iglesia franciscana bajo la advocación de la Sagrada Familia; á ella está unida una escuela de niños. Son las

casas vastas y de construcción moderna, y lo mismo ha de decirse de las mezquitas, algunas de las cuales merecen verse por su elegancia y riqueza.

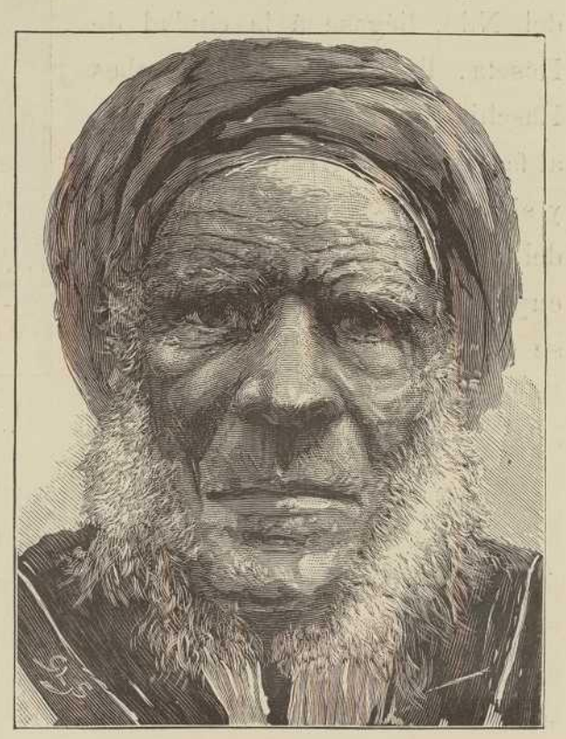


Museo Árabigo del Cairo.—Pie de una lámpara

Al mediodía y á poca distancia de la ciudad actual ha de existir enterrada en la arena la que la antigüedad llamó Bolbitina; un mutilado torreón es lo único que de ella sobresale.

En Roseta fué hallada, en las excavaciones practicadas por los ingenieros del ejército francés, la famosa piedra que sirvió de clave á Champollión para penetrar en los misteriosos arcanos de la escritura jeroglífica. Encuéntrase en el museo de Londres, y tiene esculpido en tres escrituras, esto es, jeroglífica ó monumental, demótica ó vulgar, y finalmente en lengua y caracteres griegos, un decreto de los sacerdotes de Egipto en honor de Ptolomeo Epifanes.

En Roseta, según queda dicho, tiene el Nilo una de sus bocas, muy temidas por los navegantes á causa del movimiento que causan en las arenas sus aguas. Siete fueron en la antigüedad, á saber: la de Canope, ó más occidental, que desaguaba al este de Alejandría; la Bolbitina ó de Roseta; la Sabbenítica, cuyo brazo atravesaba el lago de Burlos; la Falnítica, que es la actual de Damieta, la Mendesia, la Tanítica y la Pelusíaca. En el día quedan reducidas á dos, que corresponden á dos grandes brazos: la de Roseta, que es la accidental, y la de Damieta ú oriental.



Jeque de aldea

Esto en cuanto á la desembocadura del Nilo en el mar; por lo que toca á sus fuentes ú orígenes fueron por largos siglos ignorados, y el misterio que los envolvía dió lugar á conjeturas y á las fábulas más singulares. En su exploración se ocuparon muchos soberanos: de Sesostris, Cambises, Alejandro,

Julio César y Nerón se cuenta que enviaron expediciones para su descubrimiento sin positivo resultado; la verificada en tiempo de Ptolomeo Filadelfo fijó por primera vez el nacimiento del caudaloso río en los montes llamados de la Luna ó Djebel-el-Kamar, y la ciencia moderna, desde las exploraciones llevadas á cabo en el año de 1846, ha adoptado definitivamente esta misma opinión.

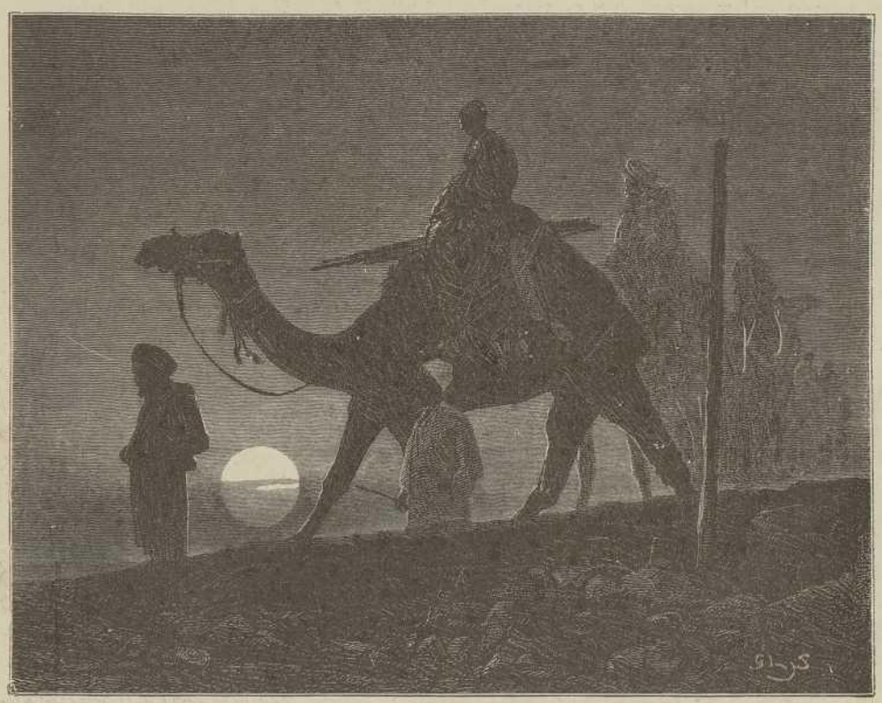
A poco de dejar el tren la estación de Kefr-Daovar, llega al Birket Maryut, en la antigüedad lago Mareotis, cuyas márgenes sigue por espacio de algunos minutos y lo atraviesa luego por una calzada construída en medio de aquellas turbias aguas.

La hora del rezo

Hubo un tiempo en que claras, dulces y abundantes, criábanse en ellas numerosos peces; cuando disminuían dejaban en seco feraces terrenos que eran cultivados por los moradores de las inmediatas aldeas, cuyo número se hace ascender á ciento y cincuenta; pero desde el año de 1801 todo esto ha desaparecido. Cuando los ingleses desembarcaron en Egipto tomándolo como uno de los campos de batalla en su lucha con Napoleón, rompieron los diques que contenían el Mediterráneo, é introdujeron en el lago las aguas salobres del mar, convirtiéndolo en infecto pantano y sumergiendo de un golpe todas las poblaciones ribereñas. Después, especialmente en época de Mehemet-Alí, se han formado vastos proyectos para volverlo á su primitivo estado; pero hasta ahora ninguno se ha realizado.

A la salida de las turbias lagunas que han sucedido al claro y celebrado lago muéstrase á nuestros ojos la eminencia en que se alzaba el célebre Serapeum; algunos minutos más, y llegamos á la ciudad que, rival de Menfis y de Tebas, teatro de las estruendosas orgías de Antonio y Cleopatra, contó un millón de habitantes y fué santuario de las Musas y famosa escuela de filosofía.

Por su situación fuera del Delta y por la naturaleza de su suelo pertenece Alejandría más bien á África que á Egipto, al cual está unida únicamente por medio del canal; sus alrededores son vastos y blanquecinos arenales, que contrastan con el territorio negruzco y feraz que, comenzando en Roseta, es distintivo de la región egipcia. En el lugar que ocupó la antigua Rachotis, puerto de mar de alguna importancia, en la faja de



Empleados en la línea telegráfica de la Compañía del Canal

tierra que separaba el lago Mareotis del Mediterráneo, Alejando Magno en el año 333 antes de la era vulgar fundó la ciudad que tomó su glorioso nombre. El mismo rey trazó su planta; cuéntase que para señalarla en el terreno valióse, á falta de otro recurso, de la harina que cada soldado llevaba consigo para su alimento, y á Dinocrates, el gran ingeniero al cual se debió la reedificación del templo de Diana en Efeso, incendiado por Erostrato, fué confiada su ejecución. De la inmensa plaza que formaba como el centro de la ciudad partían dos largas calles de veinte metros de anchura para terminar en los dos magníficos puertos, en el mar el uno y comunicando con el lago el otro, para la entrada éste, para la salida aquél, de manera que desde muy lejos se disfrutaba de la vista del agua y de las naves. Había en la ciudad profusión de fuentes, de acueductos y cisternas, de baños, teatros y circos, de templos y palacios, de cuanto, en fin, puede contribuir á la magnificencia y al regalo. Por el Nilo, el mar Rojo y el Mediterráneo recibía con facilidad los productos de los países todos; bajo su imperio estaba toda

aquella costa en la que no había otro puerto desde el promontorio líbico hasta Joppé (Jafa), y esto explica su prosperidad y el rápido crecimiento de su población. Acaecida la muerte del conquistador erigióse á Alejandría en capital del Egipto, y por espacio de tres siglos, triunfando por ella la influencia helénica en el Egipto faraónico espirante, fué residencia de los Ptolomeos Lágidas. Su Museo, situado en la parte oriental de la ciudad, en el barrio llamado Bruchion, sirvió de modelo á cuantas academias se formaron después, y Ptolomeo Sotero, hermano natural de Alejandro, al ofrecer en el

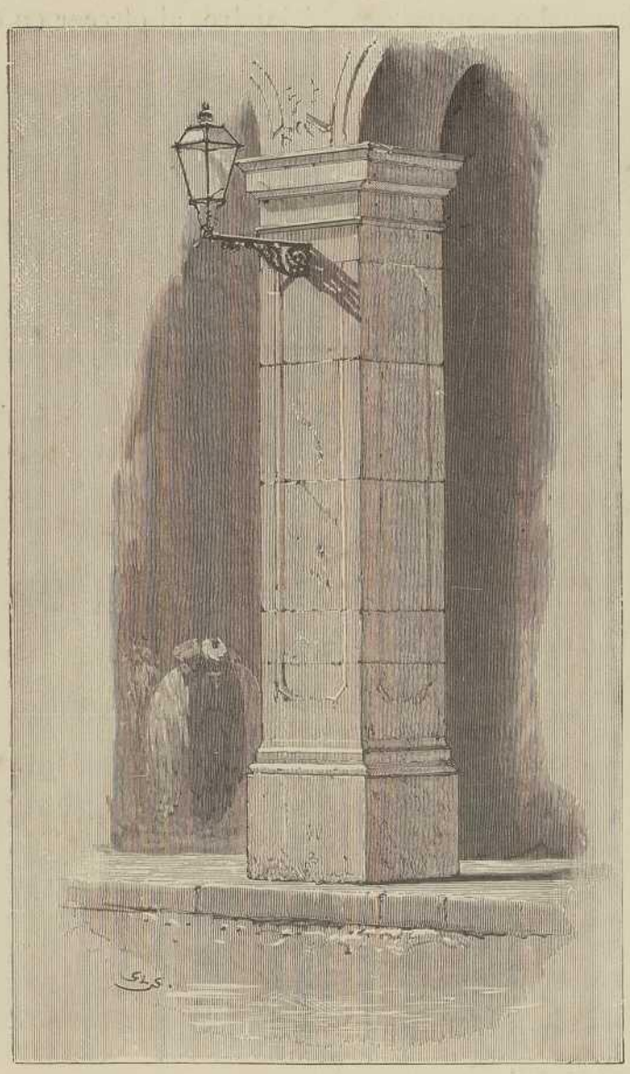
El lago Mareotis

espléndida hospitalidad á los sabios de todo el mundo, reunió en su recinto numerosa biblioteca que tuvo gran aumento en tiempo de sus sucesores, llegando á contar, según opinión de algunos autores, cuatrocientos mil volúmenes, y al decir de otros, setecientos mil. Entre ellos estaba el Pentateuto, traducido á la lengua griega en la época de Ptolomeo Filadelfo por los setenta y dos intérpretes, cuya obra es conocida con el nombre de Versión de los Setenta.

Al impulso de los furores de la guerra, hubo de desaparecer el suntuoso edificio y los tesoros literarios en él encerrados: en el año 47 antes de Jesucristo obstináronse los alejandrinos en no reconocer al romano Julio César por tutor del niño Ptolomeo, y rotas las hostilidades, las llamas del incendio, que empezó en el puerto, se comunicaron

á las casas inmediatas y de ellas al regio alcázar y á la biblioteca, de la cual nada se salvó. En reparación de tan gran pérdida, Marco Antonio, que dominó á poco en Egipto, hizo presente á la hermosa reina Cleopatra de doscientos mil volúmenes ó rollos, parte del botín logrado en Pérgamo, y con ellos se formó la biblioteca del Serapeum en reemplazo de la del Bruchion, con la cual, sin embargo, no llegó jamás á igualarse.

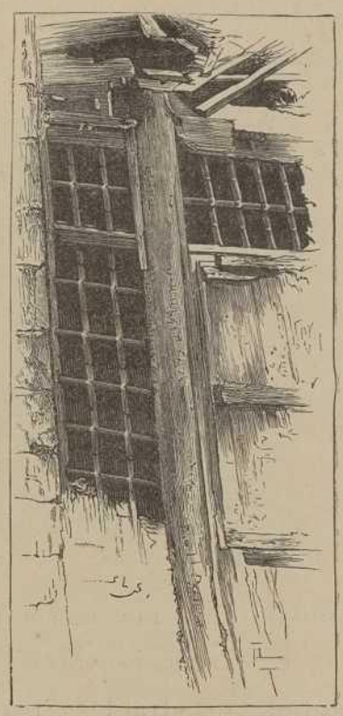
Extinguido con Cleopatra, 30 años antes de la era vulgar, el real linaje de los Lágidas, comenzó para Alejandría la época de decaimiento en medio de las horribles catástrofes que sobre ella cayeron con la dominación romana, ocasionadas por las guerras y las intestinas discordias. Sin embargo, era todavía la segunda, sino la primera ciudad del universo, cuando san Marcos estableció en ella su sede patriarcal en el año 60 de la era cristiana; su población se elevaba aún entonces á setecientas mil almas; á su puerto acudían, atraídos por el cebo del comercio, bactrianos, escitas, persas é indios, y á pesar de los monstruosos errores que esos hombres llevaban consigo desde tan diversos y lejanos países, Alejandría recibió con gran entusiasmo la divina luz del Evangelio. En su recinto tuvo origen y de él tomó nombre la escuela filosófica con que la religión naciente combatió á los doctores de la idolatría, y la memoria de Clemente, de Orígenes y de otras lumbreras de la celeste doctrina es, aún en medio de algunos errores, la admiración de los sabios. Hasta hubo una mujer, casi una niña, la princesa que lleva el nombre augusto de santa Catalina, que dió testimonio en medio de imponente asamblea de los prodigios que en el desenvolvimiento de la razón y de la inteligencia pueden realizar la ciencia y la fe cristiana. Y fueron tales los esplendores de aquel foco de luz, que al poco tiempo era sin disputa Alejandría la más famosa y la que tenía el primer lugar entre las iglesias patriarcales de Oriente, habiéndola ocupado el gran Atanasio, terror que fué en el siglo IV de la extendida herejía de Arrio.



Una arcada de la moderna plaza de Ezbechieh, en el Cairo

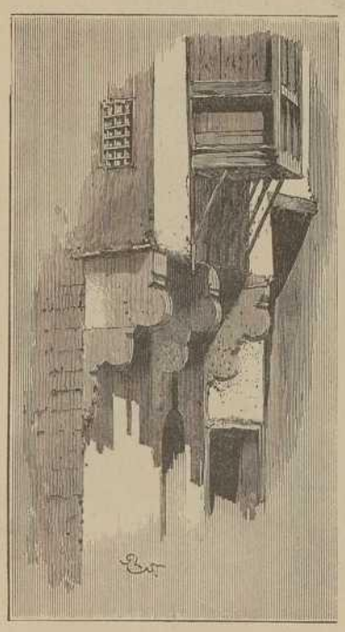
El último tercio corría de aquel siglo cuando el gran Teodosio, el católico soberano que se impuso la elevada misión de establecer en la sociedad romana la unidad

de la fe religiosa, ciñó la diadema imperial de Oriente, y á su poderosa iniciativa se debió la desaparición en aquellas regiones de todos los templos de la caduca idolatría. Español de nación fué el monarca que otorgó al mundo entonces conocido tan inmenso beneficio, conservado en Europa hasta el siglo XVI, y justo es que, ligada como está su civilizadora empresa con la historia de la capital egipcia, digamos acerca de él algunas palabras.



RUINOSA BUHARDILLA, EN EL CAIRO

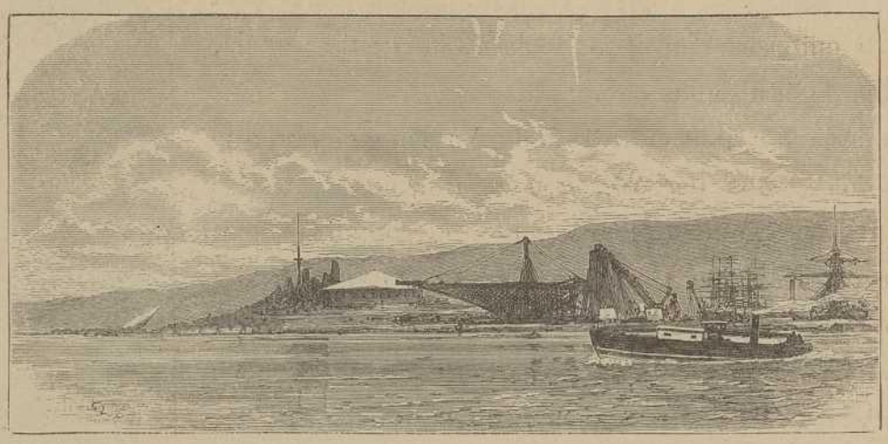
Después de la horrible catástrofe de Andrinópolis en que á manos de los godos pereció, con la flor de las tropas romanas de Asia, el emperador Valente, el bueno y débil Graciano que imperaba en Occidente, se ocupó sin pérdida de momento en buscarle sucesor, y su elección se fijó en el duque Teodosio, hijo del afamado general cuyos grandes servicios en África tan mal premiara el difunto Valentiniano. A contar desde el trágico fin del padre, sacrificado al odio de sus rivales, el noble mancebo, tomando resignado su parte en la desgracia que envolvió á la familia toda, vivía en España apartado por completo de los públicos negocios, ocupando sus ocios en la dirección del cultivo de la vasta hacienda que poseía en Galicia, cuidando de la educación de sus hijos en la infancia, y siendo, en unión con su esposa Flaccila, por la cual sentía entrañable cariño, modelo y ejemplo de todas las virtudes cristianas.



VENTANA DE UNA CASA DEL CAIRO

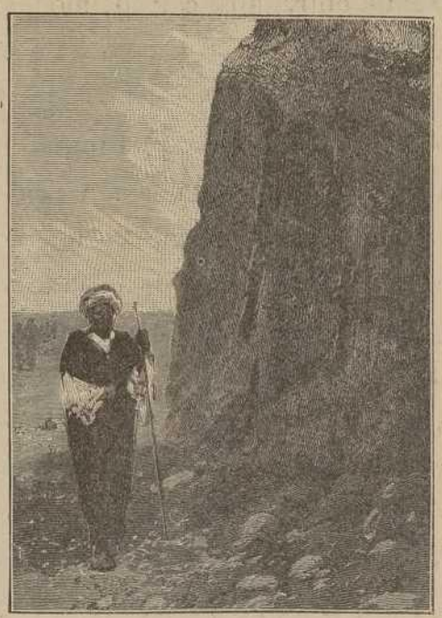
Sin acordarse del pasado agravio, á la voz del soberano dejó Teodosio familia y sosiego, y se apresuró á tomar el mando de la desmoralizada hueste, siendo á poco, á principios del año 379, proclamado Augusto por el mismo Graciano. Entre uno y otro, mozos ambos y de edad casi igual, dice Paulo Orosio y también otros autores contemporáneos, existía notable semblanza que les impelía, á pesar de su recíproco disgusto, á unirse y á quererse: eran los dos muy honrados y buenos cristianos, y amantes ambos del bien de la patria romana, consideraban que la mejor manera de afianzarla era el acatamiento y la sumisión á las divinas leyes de la Iglesia. El establecimiento de lo que se llama en lenguaje moderno la soberanía social de Jesucristo, fué para Graciano y Teodosio, como lo ha sido después para todos los grandes monarcas, el objeto á que debía tender toda ciencia de gobierno; salvar el imperio defendiendo la fe, á esta empresa se consagraron los dos y especialmente el último con decidida voluntad que mereció las bendiciones del cielo.

Excepto esta identidad de ideas, sigue diciendo Paulo Orosio, todo en ellos era distinto y diferente con gran ventaja por parte de Teodosio; hasta su rostro y figura se prestaban á comparación poco favorable para el emperador de Occidente. Uno y otro guardaban aún la lozanía de la mocedad; pero al paso que las facciones de Graciano



Draga empleada en las obras del Canal

sólo atraían por cierta belleza afeminada y por su agradable regularidad, mostraban las de Teodosio varonil hermosura; su expresión arrogante, majestuosa frente, su mirada penetrante y firme inspiraban involuntario respeto. Descendiente decía ser de Trajano, y en realidad, excepto su barba menos poblada y sus ojos no tan rasgados, era el nuevo Augusto vivo retrato de aquel emperador tal como estatuas y medallas lo habían vulgarizado entre el pueblo. Al gobierno, junto con aquella su entereza y religioso fervor que constituyen siempre en los reyes alta concepción política, llevaba un juicio sano y recto, un conocimiento exacto de las cosas, el don de gentes para cautivar á los hombres, y el arte aún más raro de imponerles gustosa obediencia.

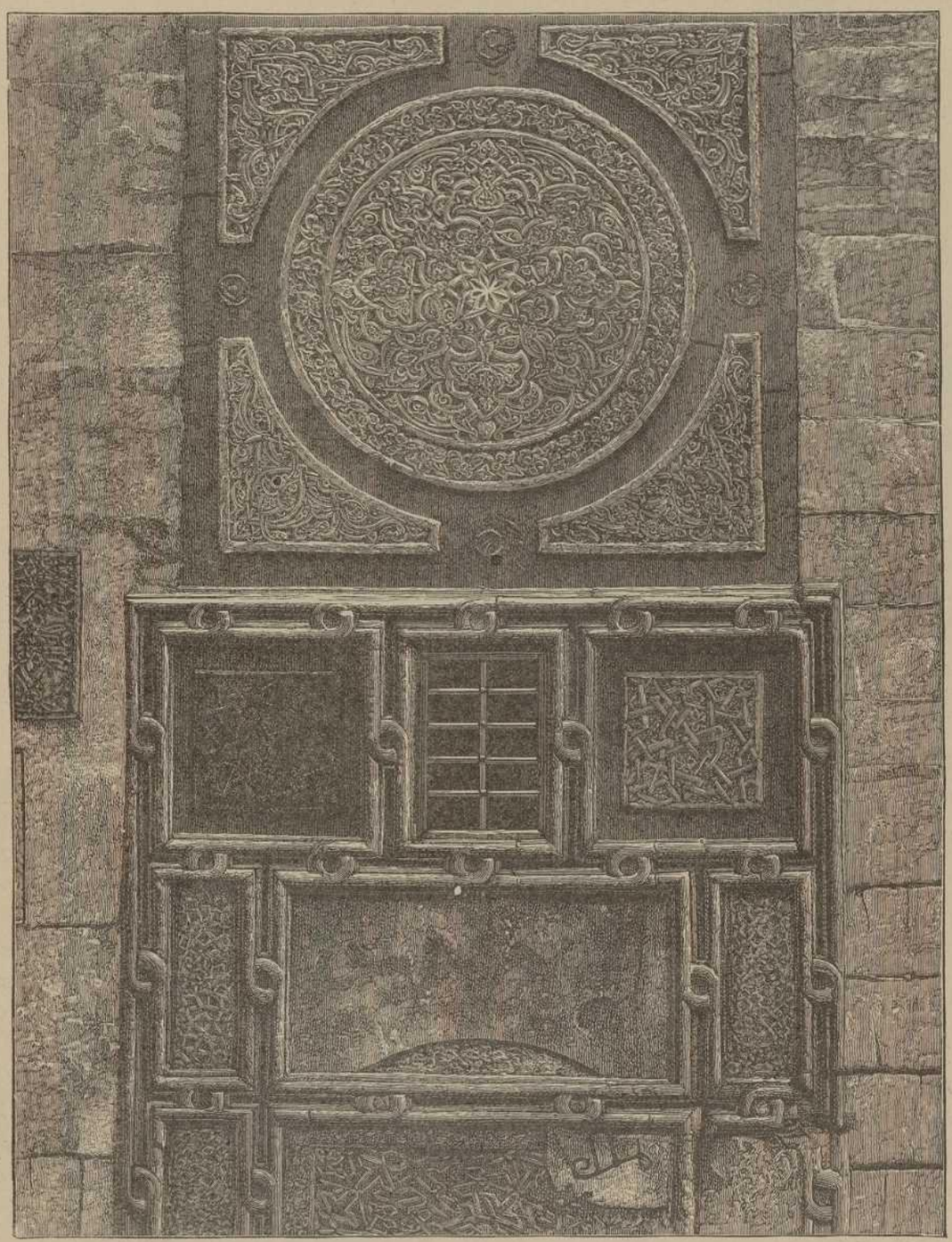


Gran peñasco en las inmediaciones del Cairo

Borriquero del Cairo

Al separarse á poco los dos emperadores, el de Occidente por Aquilea y Milán regresó á las Galias, pero el recién coronado para las regiones de Oriente no mostró igual diligencia para tomar posesión de su capital. De ella le separaba el extenso territorio cubierto por la inundación bárbara, y á sus puertas no habría podido llegar sin dar largo rodeo que le habría alejado mucho del teatro de la guerra. Había comprendido, además, así por el estado de desmoralización de las tropas romanas como por la índole del enemigo que tenía delante, la clase

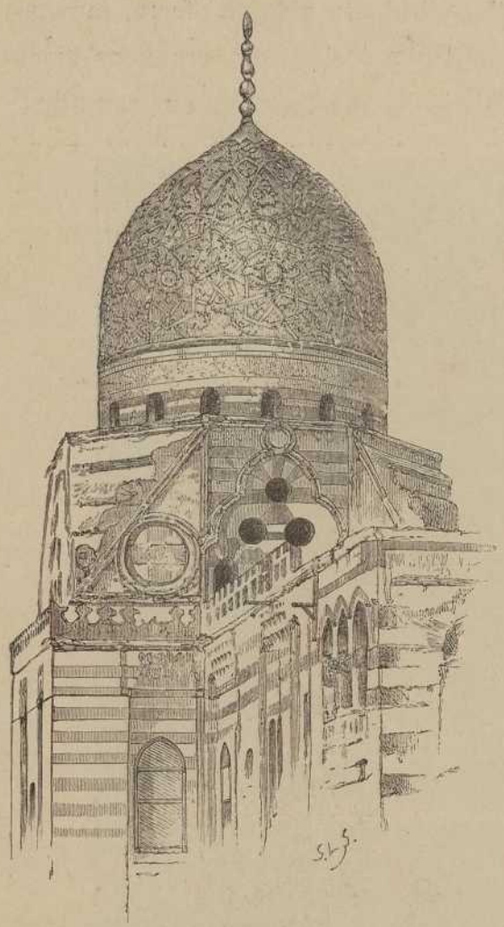
de operaciones que la necesidad le imponía; querer en aquellos momentos tomar pronto y cabal desquite del desastre de Andrinópolis parecióle, y hubiera sido en efecto, lamentable yerro, pues á la primera amenaza de próxima batalla los godos, entonces diseminados y dispersos, habríanse agrupado de nuevo bajo los pendones de sus caudillos.



Una puerta de la mezquita de Kait-Bey, en el Cairo

Convenía, por el contrario, por sensibles que fuesen los males que padecían las provincias subyugadas, dejar á los vencedores abandonarse por algún tiempo á la embriaguez de la victoria; sin estrépito, poco á poco, había que restablecer la disciplina en el menguado y desconcertado ejército, devolver el valor antiguo á las abatidas legiones por

medio de combates parciales y afortunados, y caer por sorpresa ora contra una, ora contra otra de las aisladas tribus, obligándolas así, de grado ó por fuerza, á someterse; y como este plan sólo podía llegar á buen suceso con el tiempo y la constancia y exigía de quien lo adoptase una atención y vigilancia infatigables y por lo tanto su continua presencia, estableció Teodosio su residencia, ó por decir mejor su campamento, en las fronteras mismas de Tracia, en la plaza fuerte de Tesalónica. Los frutos de la prudente actividad del César español no se hicieron esperar; en seis meses, sin haber empeñado batalla ni alcanzado victoria señalada, las legiones romanas estaban otra vez en pié de guerra y una serie de ventajas, obtenidas en repetidas acciones y encuentros bien preparados, habíanles devuelto el militar denuedo y la confianza en sus capitanes. En cuanto á la multitud goda se desvanecía lo mismo que se derrite la nieve á los rayos del sol: ora vencidas en campal pelea, ora sorprendidas y desarmadas cuando no ganadas por dinero ó cesiones de territorio, ó empeñando entre sí sangrientas riñas por codicia de lo por otra adquirido, las tribus, dice un autor contemporáneo, iban desprendiéndose de su principal núcleo como los eslabones de rota cadena. Cuarenta mil hombres, con sus mujeres é hijos, hicieron pública sumisión al imperio y se ofrecieron á servir en las legiones; para alejarlos del teatro de sus anteriores triunfos y tenerlos más seguros, dispuso Teodosio que fuesen dirigidos á tierra de Egipto, y algunos llegaron á la ciudad de Alejandría.

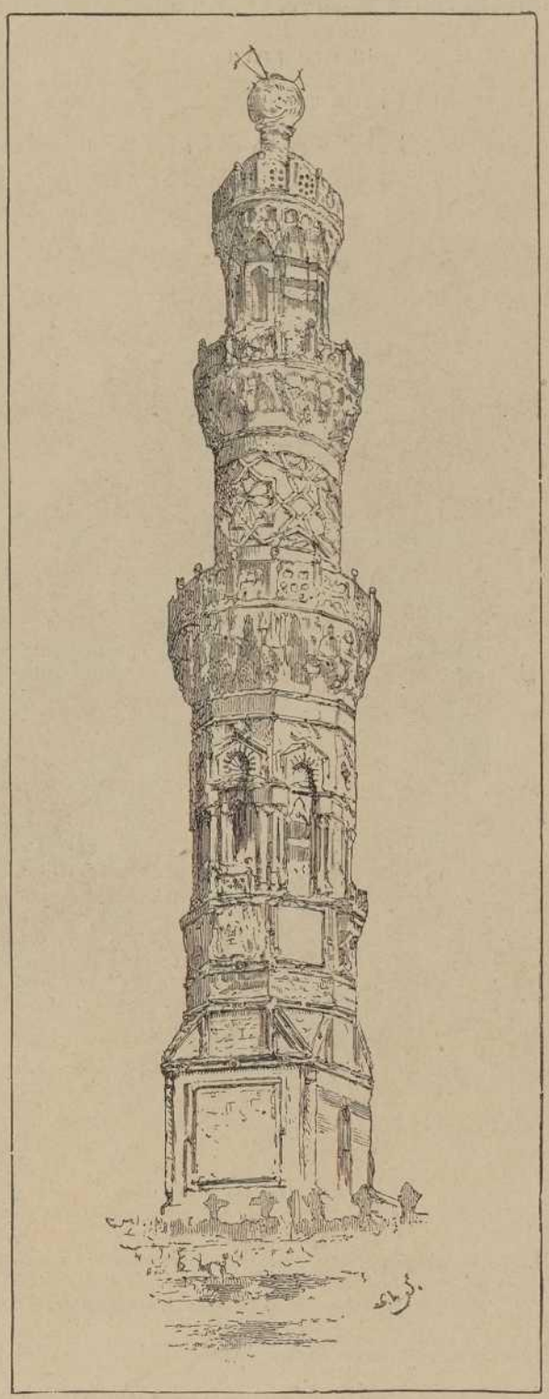


Cúpula de la mezquita de Kait-Bey, en el Cairo

Teodosio pasó aún en Tesalónica el invierno del año 380, y durante él padeció fuertes calenturas, resultado de los rudos trabajos de la campaña. Más violenta que peligrosa la dolencia, en ella vió, sin embargo, Teodosio providencial aviso, y á pesar de la costumbre que tenían los magnates de la época, contra la cual protestaron con

Casa rústica en las inmediaciones del Cairo

elocuencia san Jerónimo y san Ambrosio, de no recibir el bautismo hasta la hora de la muerte, quiso Teodosio que ya entonces le fuese administrado. Llamó á su lado á Ascolio, prelado de la ciudad, y después de cerciorarse de que jamás, directa ni indirectamente, había participado el obispo de los errores arrianos, recibió de sus manos con piadosa alegría el sacramento de la regeneración. Emperador y obispo tuvieron con esta ocasión dilatadas é interesantes conferencias en las que examinaron el estado del mundo y en especial de las vastas provincias orientales, afligidas, de un lado, por la herejía, que arrancaba ó disputaba las almas á la fe verdadera, y de otro, por la idolatría, que quería mantenerlas en la ceguedad antigua. Un grito unánime, irresistible, pedía contra las divisiones religiosas, á las que se atribuían los infortunios del imperio, enérgicos remedios, y en Teodosio labró profundamente desde entonces, si es que antes no la abrigó con igual entereza, la convicción de que al ceñir la corona había contraído la responsabilidad de libertar á las almas de errores viejos y nuevos, lo mismo que al territorio de la invasión que sufría. Es más; creyó que obligaciones eran estas que no podían cumplirse aislada y separadamente, sino que dependían la una de la otra, y desde aquel día aplicó á la realización de la primera la misma resolución é inteligencia con que llevaba tan adelantada la segunda.



Alminar de la mezquita de Kait-Bey, en el Cairo

A la herejía dirigió sus primeros tiros; mas para dejar á sus súbditos extraviados espacio para volver espontáneamente al buen camino y á su propia autoridad el tiempo de más afirmarse, consideró aún del caso proceder con gran detenimiento y limitarse á proclamar su resolución favorable á la fe verdadera, dejando para más adelante los medios que habrían de domeñar las resistencias que pudiesen presentarse. Sin entrar en definiciones dogmáticas de la fe católica que, impropias del cesáreo trono, sin duda habrían sido como otras anteriores tergiversadas y capciosamente interpretadas, y dando, por el contrario, testimonio de su misión y humildad al

propio tiempo que de sus cualidades dominantes, que eran buen sentido y práctico juicio para enterarse á fondo de las cosas, el emperador designó la verdadera doctrina de manera á no dejar á nadie perplejo: la que profesaban el pontífice de Roma y el obispo de Alejandría, el vicario de Jesucristo y el sucesor que á sí propio se designara Atanasio, esta era para Teodosio la única admisible y esta la sola que había de profesarse en el imperio.

En 28 de febrero del año 380 fué promulgado el siguiente edicto:

Un tendero de Alejandría

«Es nuestra voluntad que cuantos pueblos nos están sometidos conserven la religión, tal como el divino apóstol Pedro la enseñó á los romanos y tal como hoy, según es notorio, la profesan el pontífice Dámaso y el obispo Pedro de Alejandría, varones de apostólica santidad, de manera que, de conformidad con la disciplina de los apóstoles y la doctrina evangélica, creamos todos en la divinidad única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, unidos en igual majestad y en trinidad santísima. Ordenamos que los seguidores de esta ley son los únicos que pueden tomar el nombre de cristianos católicos, y que los insensatos que de la misma se aparten lleven el infamante de herejes; prohibimos designar sus reuniones con el nombre de Iglesia, y abandonándolos por ahora á la divina justicia, nos reservamos acordar respecto de ellos aquellas disposiciones que nos sugiera la inspiración celeste.»

Al tiempo que así se proclamaba cristiano quiso Teodosio afirmar con hechos sus palabras, y una serie de leyes dictadas por espíritu de sabiduría y justicia demostraron al mundo que la caridad vivía en su alma en inseparable consorcio con la fe verdadera. Como en los días de la cuaresma había recibido el bautismo, mandó, en memoria de este beneficio, que anualmente durante la santa cuarentena se suspendiesen las causas criminales y tuviesen remisión todas las penas corporales. «En cuanto á los que se hallan presos en las cárceles, decía otra ley, mandamos que no se omita diligencia alguna para apresurar la libertad del inocente, y que no se cometa la injusticia de prolongar la prisión del reo, lo cual agravaría su pena. Los carceleros y demás

agentes de la justicia que se permitan vejaciones y violencias para con los infelices presos, serán castigados con penas muy graves, y los administradores de las cárceles que no presenten mensualmente un estado detallado y exacto de los presos, de su edad, de la naturaleza de su delito y de la duración de la pena á que cada uno viene condenado, habrán de pagar á nuestro tesoro la multa de veinte libras de oro. El juez que por negligencia prolongue una causa pagará sin remisión la multa de diez libras de oro.» Contra los delatores, para atajar el vicio de la delación que corroía á la sociedad antigua, renovó y agravó el emperador las disposiciones de sus predecesores; redujo á la mitad como máximo en los casos comunes y á las cinco sextas partes en los delitos de lesa majestad la porción de bienes confiscados que habían de pertenecer al Tesoro; lo restante se adjudicó á la familia del culpado, para que, dice el emperador, puedan los hijos suceder á sus padres en todo, excepto en la culpa. A los acusados se les dió un plazo para poner en orden sus asuntos antes de ser arrancados á sus *mœstos penates*, y en todas las leyes, en fin, interesante monumento de la época, siéntese palpitar aquel espíritu cristiano que ablanda y enaltece el poder y suaviza la pena.

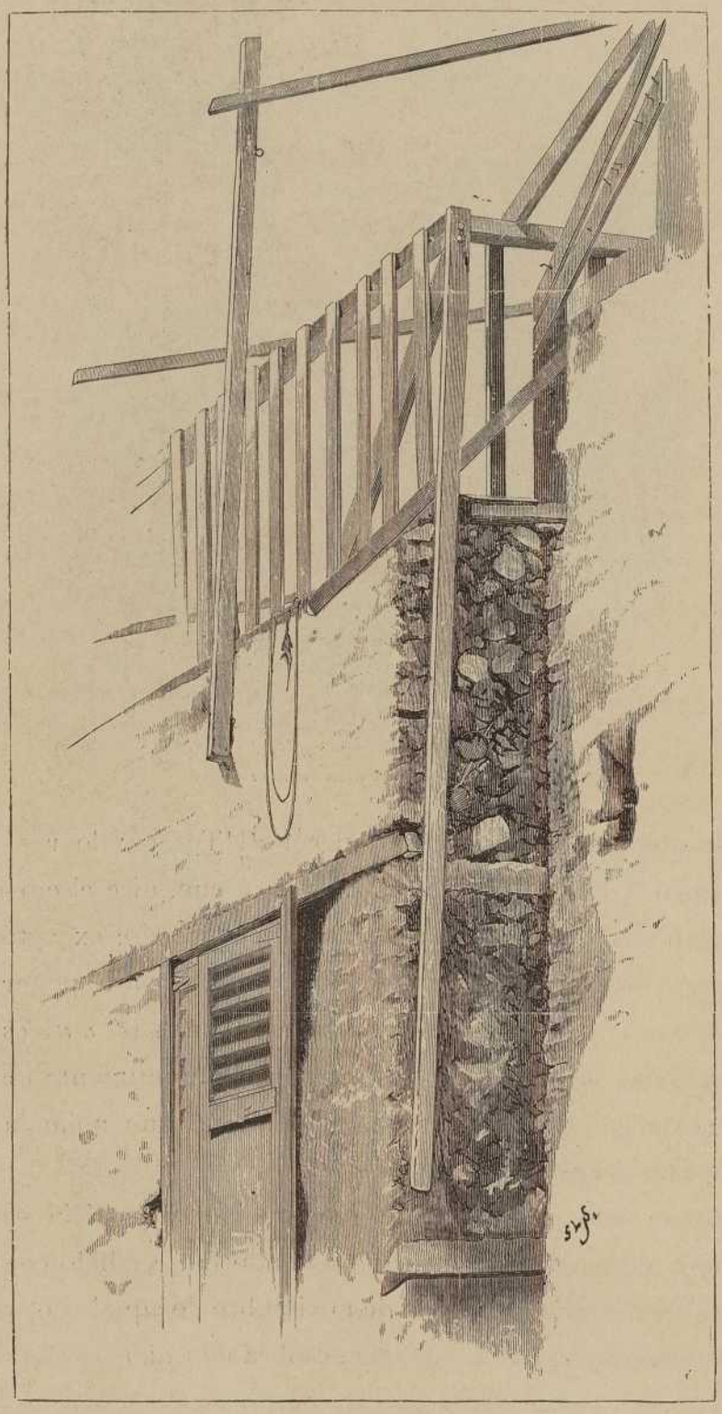
Puerta de una casa en Alejandría

Una ventana en Alejandría (barrio turco)

Precedido de este programa de moderación y justicia se dirigió el nuevo emperador á su capital donde fué recibido con gran entusiasmo en los últimos días de noviembre de aquel año, y desde ella acometió la segunda parte de su obra de unidad y pacificación. Todos sus esfuerzos se encaminaron desde aquel momento á la ruina total del gentilismo, á expulsar del orden político la religión antigua y á cerrar sus templos que, con gran daño de las conciencias cristianas y del público sosiego, permanecían abiertos en crecido número junto á las iglesias del Dios verdadero.

Obsérvese que el paganismo en el siglo IV, aunque destruído en las esferas más inteligentes é ilustradas de la sociedad, subsistía como en estado

latente, pero vivaz y vigoroso, en la masa inerte de las poblaciones rurales y entre la plebe de las ciudades; no se olvide que infinitos lazos le mantenían unido con el edificio político del imperio, que sus falsos dioses eran los lares del imperial palacio, y por lo mismo que si fué posible velarlos, mutilarlos, dejar que los consumiera el polvo del olvido, no había de ser cosa tan fácil derribar sus altares, por temor de que se conmoviera aquél en sus mismos fundamentos. De ahí que fuese la empresa obra ardua y grandiosa, y á ella se aplicó Teodosio con el buen tino y la resolución que le eran propios.



Piso superior de una casa de Alejandría

Comenzó, á imitación de lo que practicara Graciano en Occidente, por declarar penable la apostasía, ya que, sometidos antes voluntariamente los apóstatas á las leyes de la Iglesia, era justo que se les obligase á su observancia. La pena consistió en su inhabilitación para testar y recibir por medio de testamento.

Otro golpe más fuerte y decisivo sucedió inmediatamente al primero, y consistió en la absoluta prohibición de toda clase de sacrificios en los templos que permanecían abiertos aún al público culto. En decretos anteriores de Constancio y Valente imponíanse ya severas penas á cuantos practicasen la ciencia aruspicina, que tuviera antes la categoría de un secreto de Estado y fuera como una de las piedras angulares de la constitución romana, y es indudable que entre las prácticas del arte augural ocupaba el primer lugar el examen que hacía el sacerdote de las humeantes entrañas de las inmoladas víctimas. Imposible que hubiese sacrificio digno de este nombre sin esta indagación solemne, rodeada por la política, á la vez que por la poesía, de todo su prestigio: era

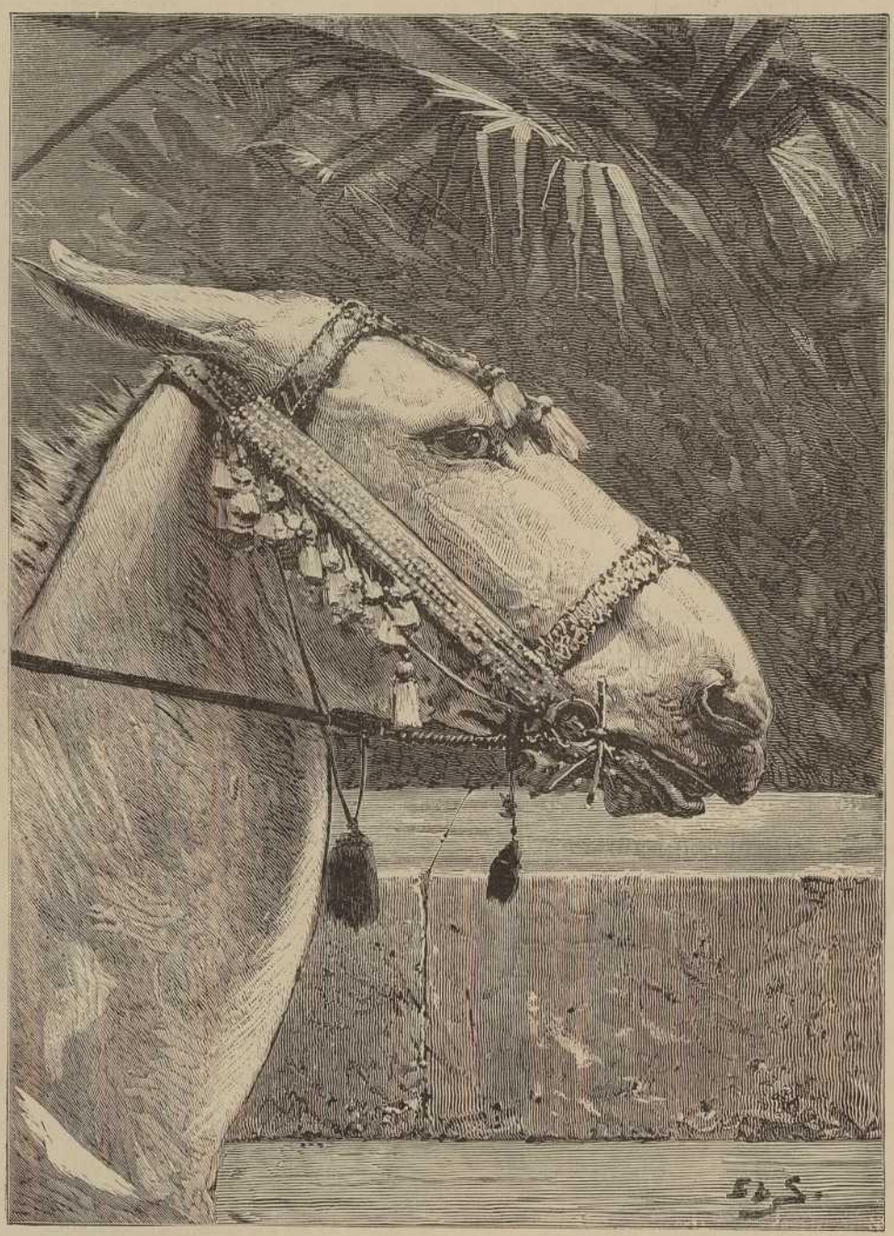
en la ceremonia el momento más interesante y deseado aquel en que la multitud, en su supersticiosa sencillez, se acercaba al pié del altar y creía hallar en él respuesta apropiada á sus deseos, esperanzas y temores, momento que era como el suspirado lance teatral que forma el desenlace del drama. El holocausto, á ir desprovisto del oráculo, quedaba sin significado, perdía todo su interés, y así era que la costumbre no se avenía á separarlos uno de otro: ¿Cómo habría de impedirse, por mucha que la vigilancia fuese, que al sacar el sacerdote la ensangrentada cuchilla del abierto vientre del animal, dirigiese á él furtiva mirada y leyese en las palpitantes entrañas un secreto que luego circulaba en voz baja entre todos los concurrentes? La sospecha, pues, de adivinación ilegal era aplicable á todos los gentílicos sacrificios, y dada la dificultad de impedirla se consideró lo mejor suprimir de una vez y para siempre la ocasión del delito. Dos leyes sucesivas de Teodosio decretaron la prohibición absoluta, la supresión radical de los sacrificios, no como homenaje á los dioses, dice el emperador que avanzaba en su camino con precaución, pero resueltamente, sino por el carácter adivinatorio que las costumbres les dieran.

Ventana de una casa del Cairo (piso superior)

Era evidente que el círculo legal iba estrechándose más y más alrededor del desacreditado culto; la tierra que pisaban las caducas deidades del gentilismo temblaba cada vez más y no había de tardar en hundirse del todo. Así sucedió cuando de los principios legales se pasó á su aplicación.

Cynegio, prefecto del pretorio, recibió encargo de llevar esta ley á ejecución, á cual fin hubo de recorrer una á una las provincias de Oriente, siendo el término de su viaje la de Egipto y su capital Alejandría. Aunque armado por la ley con el derecho de pronunciar fallos de muerte, no llegó á dictar ni uno solo; indulgente para con las personas, mostróse inexorable con los monumentos: los templos, santuarios

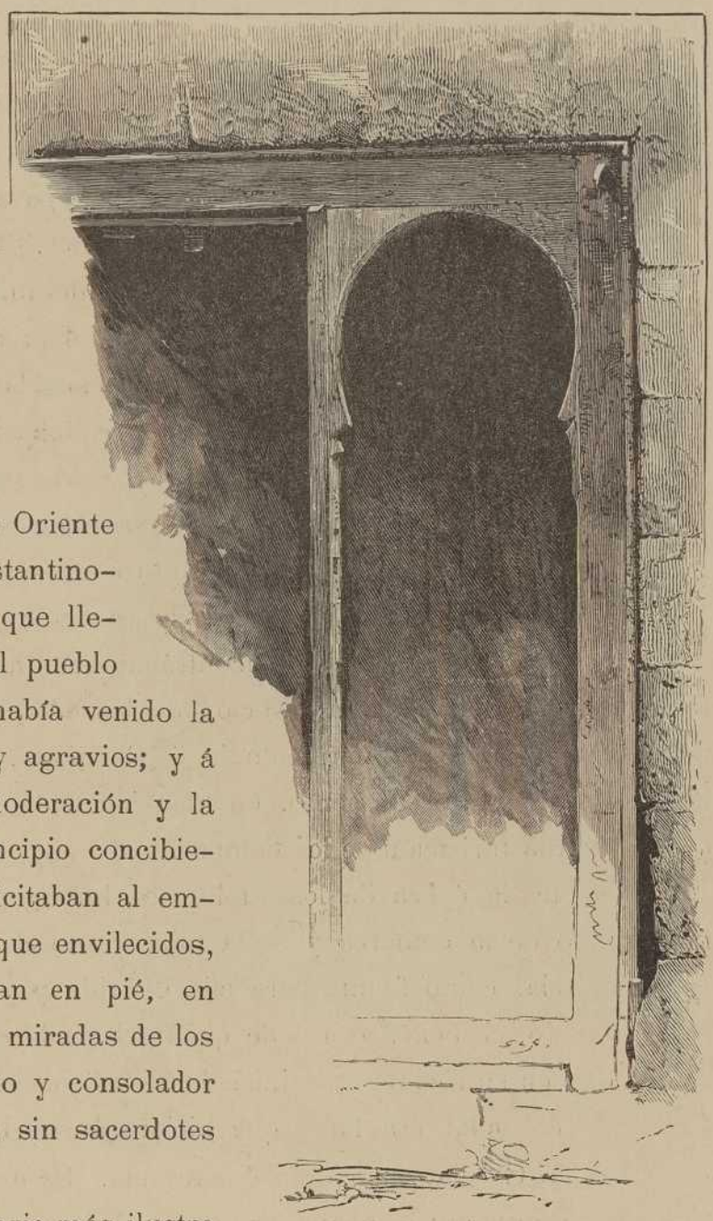
y otros lugares consagrados al culto, donde fuera desobedecido el soberano mandato, y en casi todos así había sucedido, quedaron condenados á dejar de ser. Arrancados y destruídos los emblemas religiosos, fueron sus puertas tapiadas, y al paso que varios, al ser convertidos en iglesias, conforme antes hemos visto, se libraron de la destrucción, otros muchos se arruinaron en soledad y abandono, ó cayeron



Montura usada en el Cairo y en Alejandría

derribados al impulso del pueblo cristiano, entre el cual se introdujeron turbas ávidas de desorden y botín, produciéndose tristes escenas de devastación y ruina. El infecto cadáver del paganismo, escribe un autor moderno, yacía exánime en tierra, y atraía á los buitres desde lejos. Muchos obispos, entre ellos san Agustín, emplearon grandes esfuerzos para calmar el ardor de los cristianos contra los monumentos y poner freno á su irreflexivo celo, habiéndonos conservado la historia la respuesta dada por Teodosio á la consulta que por el prefecto de Edessa le fué dirigida con

motivo del magnífico templo de aquella ciudad. Soberbio edificio, eran sus naves artísticos y preciosos museos, y en sus pórticos solían pasear los ciudadanos, teniéndolos por punto de esparcimiento y comercio, y para su conservación escribió el emperador lo siguiente: «No me opongo á que el templo de esa ciudad, lugar de frecuentes reuniones y asambleas, en el cual me dicen que existen muchas y notables estatuas de cuyo mérito puede hacerse gran aprecio sin que por ello sea reconocida su divinidad, permanezca abierto y se hagan en él ofrendas y plegarias. Vuestra experiencia cuidará, sin embargo, de que por nadie ni por ningún concepto se alimente la infundada idea de ser en sus altares lícito el uso de los sacrificios.»



Arcada interior en la mezquita del sultán Hassán en el Cairo

Tres años de profunda paz y tan sosegados y prósperos como no habían conocido otros las regiones de Oriente desde la muerte del fundador de Constantinopla, siguieron á estas disposiciones, que llenaron de alegría y reconocimiento al pueblo fiel. De todos los males pasados había venido la reparación; íbanse olvidando culpas y agravios; y á la agitación primera sucedían la moderación y la calma; hasta los gentiles, que al principio concibieron por su seguridad gran temor, felicitaban al emperador por su clemencia, al paso que envilecidos, mutilados los templos que quedaban en pié, en todos ellos las curiosas ó indiferentes miradas de los transeuntes podían ver el instructivo y consolador espectáculo de sus altares solitarios, sin sacerdotes ni adoradores.

En todos, no: uno solo, el santuario más ilustre de aquella parte del mundo y casi puede decirse del universo todo, continuó concurrido y conservó con ostentación el ejercicio del antiguo culto. En efecto, pregonaba, con verdad, la fama que en la tierra habitable no había lugar que dejase de conocer y celebrar la antigua é incomparable mansión del gran dios del Nilo, el Serapeion de Alejandría, que se elevaba en el centro de la ciudad sobre una loma, obra de los hombres, á la que se subía por una escalinata de cien peldaños y que por lo mismo dominaba gran extensión de territorio. En ninguno de los templos de Oriente se había desplegado tanta grandiosidad y tanto fausto: una serie de espaciosos patios

separado por majestuosos edificios residencia de gran número de sacerdotes, guardianes y empleados, y luego cuatro galerías paralelas precedían el elevado terraplén donde se alzaba el templo aislado y sostenido por soberbias columnas de mármol. En su decoración, así interior como exterior, había desplegado el Oriente toda su proverbial magnificencia: una triple plancha de cobre, de plata y de oro cubría de arriba abajo sus paredes, y en el centro, extendiendo de un extremo á otro sus gigantescos brazos, veíase el ídolo, compuesto de materias preciosas y deslumbrante de joyas y pedrería. Una espantosa imagen del monstruo Cerbero yacía á sus piés y apoyaba una de sus cabezas en la mano derecha del dios. Tenía éste el rostro vuelto á oriente, y en la pared del mismo lado habíase abierto imperceptible rendija, de manera que en determinado día del año llegase hasta sus labios el primer rayo del sol naciente, como para recibir así el beso de la aurora. Debajo del terrado ó mirador, inmediato al templo, extendíanse vastos subterráneos siempre iluminados, que comunicaban entre sí y también con la ciudad por muchos secretos pasadizos; y finalmente en los edificios laterales encontrábanse reunidos cuantos tesoros y objetos artísticos ofreciera á la deidad la devoción de las edades pasadas, y también los doscientos mil volúmenes, regalo de Antonio á Cleopatra, cuyo número no es probable que hubiese tenido gran aumento, en atención á la decadencia en que la ciudad había entrado y á la turbación de los tiempos.

Fuente en la mezquita del sultán Hassán, en el Cairo

Durante la época de los Ptolomeos la sagrada colina, visible á gran distancia, fué orgullo de la comarca y se la miró como el alma de la tierra egipcia, como fuente para ella de vida y poder. Allí era invocado el benéfico río de quien el pueblo recibía el sustento, y en su recinto eran iniciados los fieles en el culto simbólico del cual era fama que hiciera á sus hierofantes maestros de Grecia y doctores del mundo. Pero, reinando Teodosio y aun antes, abandonado por el favor y el público respeto, el Serapeum, venerado por muy pocos, aferrados á las antiguas prácticas, había pasado á ser para el mayor número de ciudadanos convertidos á la fe cristiana, objeto de supersticioso terror cuando no de malquerencia y odio. Arraigada superstición lo amparaba y defendía aún; pero á sus piés bullían la aversión é impaciencia de los cristianos triunfantes y formaban como permanente asedio alrededor de la última y soberbia ciudadela de la idolatría.

Un tipo tomado del natural en Alejandría

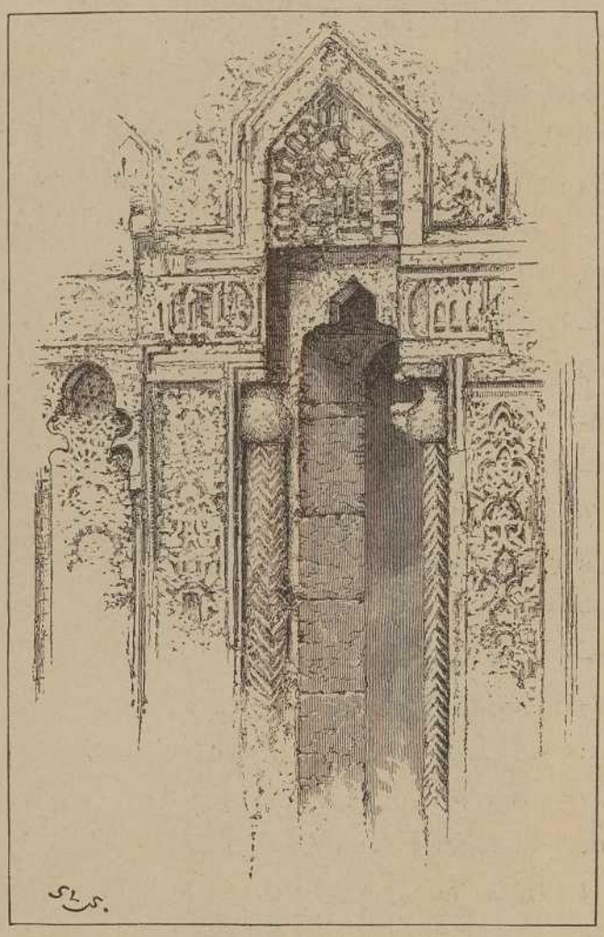
Situación tan anómala no podía prolongarse por mucho tiempo; era imposible que

una ciudad cristiana se conformase con verse dominada y en cierto modo coronada por el símbolo de un culto detestado, y no era posible tampoco que más ó menos tarde dejase de arrojar lejos de sí aquel signo de ignominia. En estas circunstancias los gentiles que contenía aún Alejandría, á consecuencia de prolongadas riñas con otros ciudadanos, tomaron el Serapeum como lugar de asilo y cuartel general, retirándose á él llegada la noche para preparar sus acometidas y atropellos del día siguiente. Ardía en el recinto de la ciudad la guerra civil, y un filósofo por nombre Olimpio era el jefe de los paganos, á los que animaba con elocuencia tribunicia y acaudillaba con indomable valor. Después de cada combate y de cada rebato contra la gente pacífica, los sediciosos volvían á su ciudadela llevando consigo sus heridos, el botín y los prisioneros, y no tardaron en propalarse los más horribles relatos acerca de las torturas á que eran sometidos en aquel impenetrable asilo los cautivos cristianos.

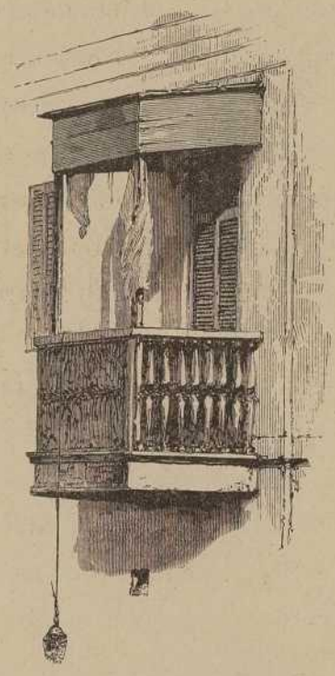
Puerta interior de una mezquita conservada en el Museo del Cairo

¿Qué hacían en tanto los magistrados imperiales, el prefecto Evagro y el general, que tenía por nombre Romano? Perplejos é indecisos comprendían la necesidad de reprimir cuanto antes aquel gran desorden y á ello los empujaba el público clamor. Pero violar el temido Serapeion, emplear la fuerza contra el templo del dios sustentador de Egipto, era acto de audacia al cual se resistían, recordando que ni aún Cynegio, el ardiente ejecutor de los decretos de Teodosio, se había atrevido á profanación semejante. En tal aprieto resolvieron los magistrados apelar á los medios pacíficos; sin armas ni escolta se adelantaron hasta la puerta del templo para representar á los sediciosos la gravedad de su delito y excitarlos á someterse de buen grado: tímida conducta que no era la más apropiada para hacer declinar los bríos de los amotinados. Las palabras de los oradores oficiales fueron en efecto recibidas con burlas y silbidos, hasta que ahogó por completo su voz insolente clamoreo.—«Lástima nos inspiráis, dijeron cuando al fin se retiraron confusos y turbados, pues sin dilación daremos parte al emperador de lo que pasa y de temer es que caiga sobre vuestras cabezas

toda la severidad de las leyes.» No dejó esto de producir algún efecto entre los sublevados, y Olimpio, al observarlo, les dirigió fogosa arenga, que nos han conservado los relatos contemporáneos. «Nada temáis, les dijo al concluir; ¿pensáis acaso que nuestros dioses, si han dejado profanar sus templos y destrozar sus estatuas, han cesado por esto de existir y de ser poderosos? Templos y estatuas no son más que materia sujeta á destruirse y perderse; pero la virtud que las animaba se ha refugiado en el cielo, y no deja desde allí de protegernos.» Partieron los correos para Milán, donde se hallaba el emperador, el cual era ya á la sazón soberano de Oriente y Occidente, y en la espera de la imperial respuesta estableciόse entre los bandos una especie de tregua; uno y otro



Nicho de una mezquita del Cairo

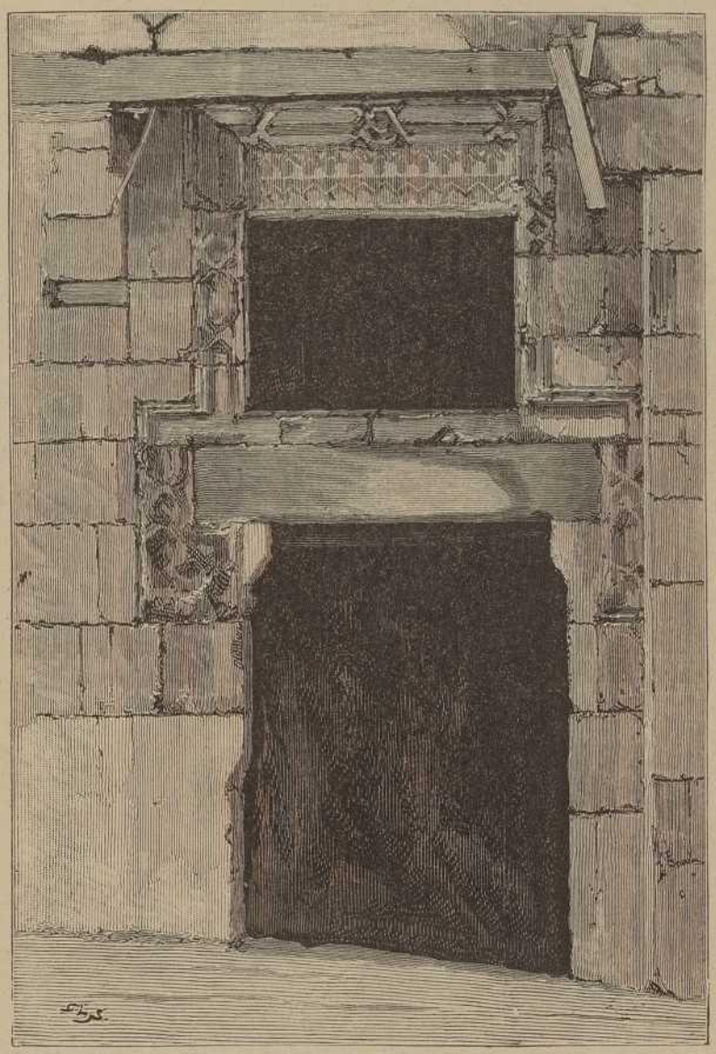


Balcón de una casa turca en Alejandría

conservaron sus respectivas posiciones, y en la ciudad reinó durante algunos días solemne, pero amenazador y siniestro reposo.

Una gran capital presa de la sedición y declarados los gentiles en abierta rebelión motivos suficientes eran en verdad para desasosegar al emperador; esto no obstante, recibió Teodosio la grave noticia sin turbarse y con paciencia, que así era propio de su levantado ánimo, y también porque Alejandría, renombrada por el espíritu turbulento de sus moradores, no era la primera vez que presenciaba los combates de enemigas facciones. Sin mostrar, pues, gran enojo contras las personas de los sediciosos quiso sí castigar severamente la sedición, y en su comunicación á los magistrados les decía: «Los cristianos que en la lucha han perecido, alcanzado han la gloria del martirio y no han menester ser vengados. Usad de indulgencia para con sus matadores

á fin de enseñar prácticamente á estos desventurados la mansedumbre de nuestra religión y por el camino del agradecimiento guiar sus almas á la fe. Otorgo, pues, mi perdón á cuantos se sometan; los que resistan sean tratados con todo rigor, y es mi voluntad que el templo que ha dado favor á la detestable rebelión sea sin miramiento alguno derribado.» Del cumplimiento de aquélla quedaban encargados los magistrados con el obispo de la ciudad, por nombre Teófilo.



Puerta de una casa antigua en Alejandría

Sabedores los gentiles del imperial decreto y caído el ánimo de su anterior arrogancia, pocas horas les bastaron para dejar desierto el Serapeion y buscar asilo en la ciudad ó en los puertos huyendo de la acción de las autoridades. Hasta por Olimpio fuera abandonado ya desde la víspera: el fogoso tribuno se había embarcado en una nave que hizo rumbo á Italia, y refieren las historias de la época que al ser preguntado por la causa de su precipitada fuga decía haber oído en medio del silencio de la noche, estando todas las puertas cerradas y dentro del santuario mismo del ídolo, una voz maravillosa que entonaba el Aleluya.

Sin resistencia, pues, y con gritos de alegría, llevando á la cabeza el obispo

Teófilo, penetró en el antes venerado recinto la multitud cristiana; pero al llegar al santuario detúvose como contenida por invisible poder: antiquísima tradición decía que quien llevare su audacia hasta tocar con las manos la tremenda imagen vería abrirse la tierra debajo de sus piés ó desplomarse el cielo sobre su cabeza, y nadie se atrevía á ser el primero en poner á prueba la verdad de la predicción. Por fin, un soldado, á quien el obispo reprendió por su supersticioso temor, descargó, apelando á todo su denuedo, fuerte hachazo en el semblante del coloso; por un instante reinó entre el innumerable gentío aterrador silencio y pavoroso asombro; oyóse luego inmenso grito de gozo al ver que tierra y cielo permanecían firmes, y entonces el soldado, levantando otra vez el arma, dirigió nuevo golpe á la estatua, la cual vaciló sobre su base y rodó con estrépito al suelo. En la caída quedó destrozada la cabeza, y de ella, por haberse convertido en ratonera, se escaparon azorados un enjambre de ratones. Saludóles universal carcajada y todos entonces se empujaron y precipitaron sobre la derribada estatua para romperla y mutilarla; el torso fué retirado para servir de pábulo á las llamas en solemne función del anfiteatro, y la multitud se cebó en los objetos del aborrecido culto, entre otras en una imagen del sol llevada en ígneo carro que era sostenido en el aire por medio de la atracción de poderoso imán.

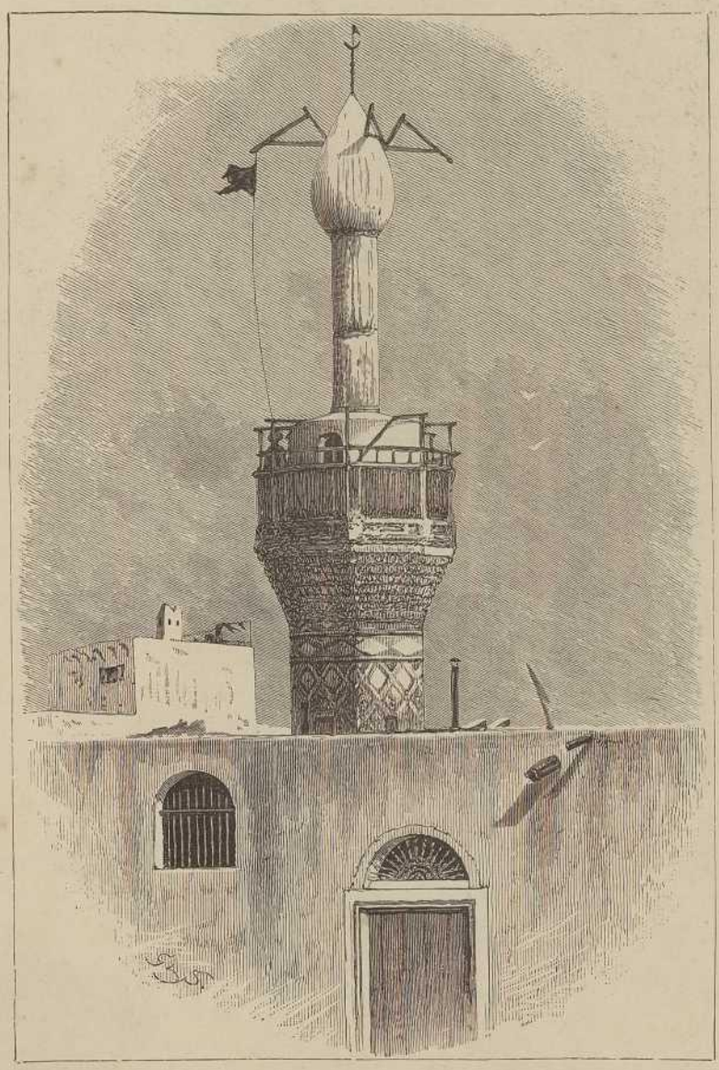
Objetos de cobre conservados en el Museo del Cairo

Destruído el ídolo, comenzó de un modo regular y ordenado el derribo del templo propiamente dicho; no quedó de él piedra sobre piedra, ni se conservó objeto alguno, á no ser los que el obispo consideró propios para demostrar al pueblo los engaños, la crueldad ó la torpeza de las ceremonias allí verificadas; todo lo demás fué vendido ó fundido, y su producto, por orden de Teodosio, distribuído á los pobres. En el área que ocupó el templo dispúsose la construcción de una iglesia en que se guardasen las sagradas reliquias de san Juan Bautista, transportadas de Palestina á Egipto en tiempo de la persecución de Juliano.

Vasija antigua de barro conservada en el Museo del Cairo

Los grandiosos edificios que rodeaban el templo fueron respetados y se mantuvieron en pié, pues de ellos se hace mención en instrumentos del siglo siguiente [1].

De Alejandría se comunicó el movimiento á todos los ámbitos de Egipto, y no hubo ciudad ni pueblo que, contaminado aún por la presencia de un templo pagano, no borrase con su destrucción ó convirtiéndolo en iglesia aquel postrer residuo de la vilipendiada idolatría. Entonces fué cuando al santuario de Canope, de que antes hemos hablado, sustituyeron un monasterio y una iglesia consagrada á los santos mártires. En los escritos contemporáneos, al referir este triunfo de la religión cristiana, se lee que entre el vulgo corrió muy válida la voz de que en los sillares extraídos de los cimientos del Serapeum, esparcidos entonces por el suelo, más de uno llevaba el signo misterioso de la cruz; añadíase que por el propio Serapis había sido anunciado á uno de los sacerdotes que á su culto sucedería el de un dios más poderoso, y finalmente, probando cuán profundamente estos sucesos habían labrado en la imaginación popular, aseguróse que hasta el Nilo tomó parte en la gloria de Jesucristo, en cuanto nunca fueron sus aguas tan benéficas como sucedió en los meses que siguieron á la destrucción del famoso templo; la sagrada medida que servía para determinar su nivel llegó á un punto casi sin ejemplo de memoria humana. Así se explica como en Alejandría y en Egipto todo fueron en gran número las conversiones, y se comprende que Teodosio, al recibir á cada correo los nombres de ilustres ciudadanos convertidos á la fe verdadera, exclamase en el fervor de su piedad agradecida: «Gracias te sean dadas, oh Jesús, Salvador mío, que me has permitido extirpar tan inveterado error sin que por ello la gran ciudad haya debido padecer el menor quebranto.»



Un alminar de Alejandría

[1] Testimonio es éste que demuestra ser infundada la opinión de aquellos autores que, para justificar á los árabes del cargo que generalmente se les hace por la pérdida de la biblioteca, acusan á los cristianos de haberla destruído junto con los edificios que la contenían.

Acontecían estos sucesos en el año de 389, y apenas eran transcurridos otros dos cuando nuevas leyes, de cada vez más decisivas contra el gentilismo y la herejía, fueron causa de la completa desaparición de los templos y santuarios paganos, ya que prohibieron hasta atravesar sus umbrales, y consumaron decididamente la obra gloriosa de poner por remate de la imperial diadema la cruz de Jesucristo.

Mujer egipcia ataviada á la europea

Borriquero de Alejandría

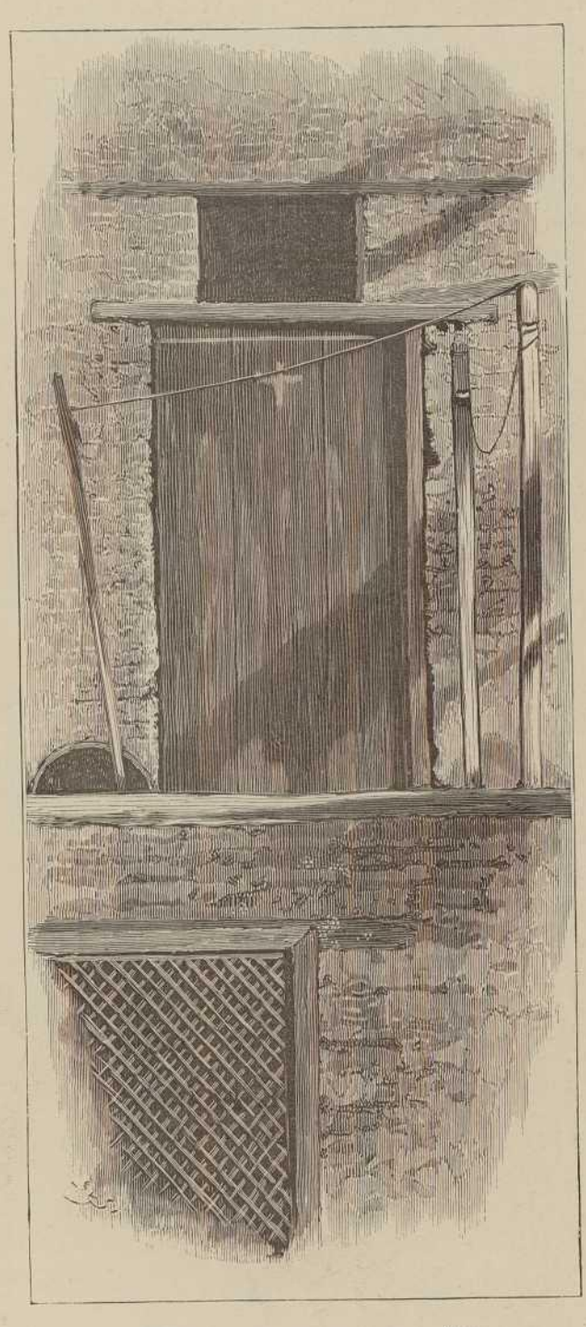
Hemos dicho que los edificios que rodeaban el renombrado templo de la capital egipcia vienen mencionados en documentos del siglo siguiente al que ocurrió el derribo del santuario de Serapis; y en efecto, vemos que en el año de 452, imperando Marciano, una sedición popular ensangrentó de nuevo las calles de Alejandría. Arrolladas las tropas, se hicieron fuertes en los edificios del Serapeum, y para acabar con ellas los sediciosos

Tipos de mendigos de Alejandría

les pusieron fuego. En tiempo de Justiniano la ciudad fué expugnada por Narsés; imperando Heraclio fué tomada y devastada por los persas, y así, de catástrofe en catástrofe, llegó para ella el año de 641 y con él la conquista musulmana. Al referirla dijeron dos escritores árabes del siglo XIII haber sido entonces destruída la famosa biblioteca, y que al interesarse cerca de Amrú para su conservación Juan el Gramático, el general pidió instrucciones al califa Omar, por quien le fué contestado:

«Si lo que esos libros contienen está conforme con el Corán, han de considerarse como inútiles; como peligrosos si enseñan otras cosas, y por lo tanto que se quemen es lo mejor.» Asimismo se efectuó, según aquellos autores, y añaden que, distribuídos los libros entre los baños públicos de la ciudad, cuyo número ascendía á cuatro mil, estuvieron sirviendo de combustible por espacio de seis meses.

La decadencia de Alejandría fué incesante y creciente desde el día de la conquista. Su población quedó reducida á pocos miles de habitantes; monumentos, palacios y edificios públicos, no siendo mantenidos ni reparados, se arruinaron y desaparecieron en gran número, y como desastroso remate fué tomada con escasa resistencia en el año de 1366 por los Cruzados que seguían al rey de Chipre en su excursión por aquellas costas. No pudiendo conservarla la devastaron é incendiaron, y añadiéndose ruinas á ruinas, ofreció durante siglos su recinto el espectáculo de la desolación. «La mayor parte de las casas, escribió don Aquilante Rocchetta al visitarla en los últimos años del siglo XVI, están agrupadas junto á la puerta de la marina, y allí se ven varias tiendas y hosterías donde pueden alojarse los cristianos; una sola calle se conserva de levante á poniente; todo lo demás está arruinado.»



Puerta de una casa copta, en el Cairo

Volney, en el siglo anterior al nuestro, habla en estos términos de la antigua capital:

«Pocos lugares producen en el extranjero la penetrante sensación que al poner el pié en la playa le causa la vista de Alejandría de Egipto. El nombre de la ciudad que perpetúa el genio de un hombre verdaderamente extraordinario; el nombre del territorio, ligado con tan altos hechos y elevadas consideraciones; el aspecto de aquellos lugares que ofrecen tan pintoresca perspectiva; esas palmeras que se alzan cual gigantescos quitasoles; esas casas que, por rematar en azotea, parecen desprovistas de techumbre; las sutiles flechas de los alminares que sostienen una balaustrada en el aire, todo advierte al viajero

que se encuentra en mundo distinto del que hasta aquel día ha conocido. Entra en la población, y una multitud de objetos extraños y singulares le asaltan por todos lados: á sus oídos llega un lenguaje de sonidos bárbaros y de acento gutural y áspero; sus ojos no pueden acostumbrarse á aquellos trajes raros, ni á aquellos semblantes de singular carácter. En vez de nuestros rostros afeitados, de nuestras cabezas cabe-

Piloto hereditario en el puerto de Alejandría

lludas, de nuestros sombreros, de nuestros vestidos cortos y angostos, ve con asombro semblantes cobrizos con largas y espesas barbas; una pieza de tela va arrollada alrededor del cráneo afeitado; holgada vestimenta cae desde el cuello hasta los piés, velando el cuerpo más bien que vistiéndolo, y largas pipas y gruesos rosarios son sus indispensables aditamentos. Con sorpresa contempla las interminables recuas de camellos llevando odres de agua; aquellos borriquillos con silla y con freno que trasladan

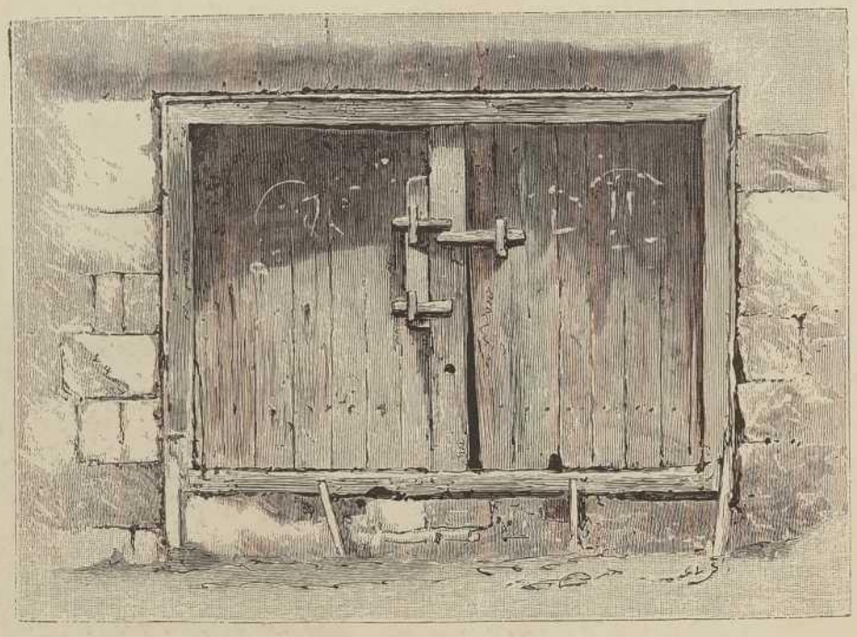
velozmente de un punto á otro á sus jinetes calzados con babuchas; la inmunda multitud de perros errantes por las calles, y aquellos ambulantes fantasmas, que no otra cosa parecen las mujeres, envueltas en el manto sin mostrar más que los ojos. En medio de esta confusión, sólo los sentidos obran, quedando la reflexión anulada, y únicamente después de reposar en el suspirado alojamiento es cuando el viajero, ya más sosegado, se representa esas calles estrechas y sin empedrado, esas casas bajas con persianas que defienden sus raras aberturas, ese pueblo escuálido y negruzco que anda descalzo, sin más vestido que una camisa azul, ceñida con una correa ó un pañuelo rojo.

PUERTA DE UNA CASA ARÁBIGA
CON LA CARACTERÍSTICA CERRADURA DE MADERA

»Otro espectáculo que en breve atrae su atención son las dilatadas ruinas que se extienden tierra adentro. En nuestras regiones son las ruinas objeto raro y curioso; apenas, en sitios apartados, encuéntrase añoso castillejo cuyo ruinoso estado anuncia más bien el abandono del dueño que la miseria del lugar; lo contrario sucede en Alejandría: apenas se deja á la espalda la ciudad nueva quedan absortos los ojos en vastísimo campo de escombros y ruinas. Por espacio de dos horas ha de andarse por entre doble línea de residuos de paredes y torres que formaban el recinto de la antigua Alejandría; cubierto está el suelo de las piedras que de ellas se han desmoronado, de bóvedas desplomadas, de almenas destrozadas, y de este modo se sigue un camino interrumpido por excavaciones, por antiguos fustes de coluna, por tumbas modernas, por palmeras y nopales, cuyos únicos moradores son lobos, gavilanes y buhos. Acostumbrados los naturales á semejante espectáculo lo ven impasibles y serenos; pero el extranjero, en quien las memorias que despierta se exaltan por efecto de lo extraordinario del caso, experimenta vivísima emoción y se entrega á reflexiones cuya melancolía aflige el corazón tanto como su grandiosidad levanta el ánimo.

»En su estado moderno es Alejandría punto de depósito de considerable comercio,

siendo puerta de cuantos artículos salen de Egipto para tomar la vía del Mediterráneo. Hállanse de continuo en su puerto naves de Marsella, Liorna, Venecia, Ragusa y de los Estados del Gran Señor; pero en invierno no deja de ser el anclaje peli-



Otra puerta de una casa arábiga, en Alejandría

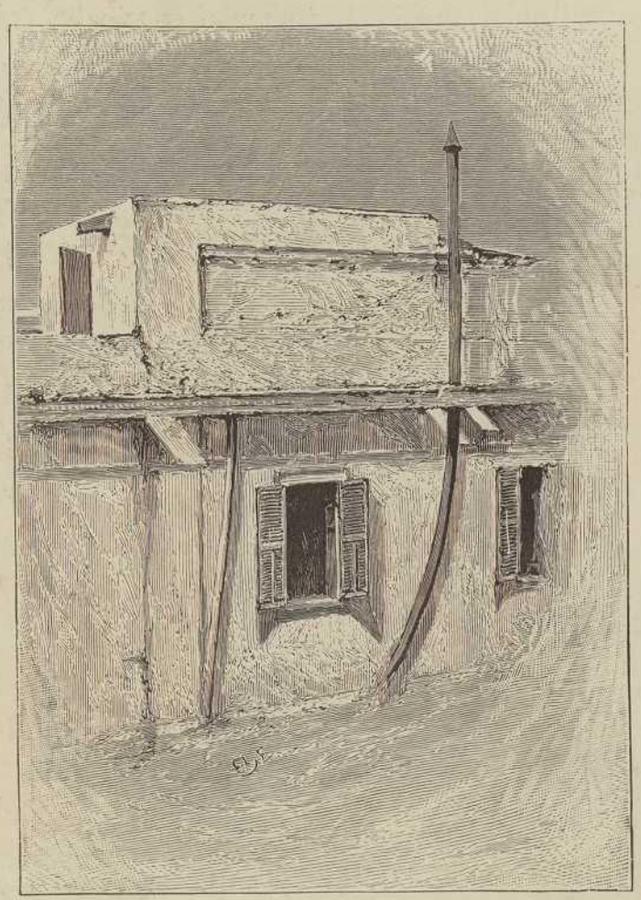
groso. El puerto nuevo, el único en que pueden penetrar los extranjeros, quedará en breve cegado por la arena, y su escaso fondo ha ocasionado ya sensibles percances; menos expuesto á accidentes el puerto viejo, al que se entra siguiendo la lengua de tierra llamada cabo de los Higos (Ras et-Tin), sólo es accesible para las embarcaciones musulmanas.

Silla de montar usada en Alejandría y el Cairo

»Considerada como plaza de guerra Alejandría carece de importancia; no existe en ella obra alguna de fortificación, y ni siquiera merece tal nombre el Faro, á pesar de su elevado torreón... Una fragata de Malta ó de Rusia bastaría para reducir en poco tiempo la ciudad á pavesas; mas su conquista de nada podría servirle, en cuanto es imposible establecerse en su recinto. Alejandría carece de agua en su propio territorio, y ha de adquirirla del Nilo mediante un *kalidj*, ó sea canal de doce leguas que se la proporciona anualmente en la época de la inundación. Entonces se llenan las cisternas, y esta provisión ha de durar hasta el año

siguiente. Cerrado el canal, los habitantes no tendrían más recurso que emigrar ó morirse de sed.»

No presentaría la ciudad mucho mejor aspecto cuando el vizconde de Chateaubriand la visitó á principios de este siglo. «Tanto como me había dejado Egipto satisfecho, escribe, parecióme Alejandría el lugar más triste y desolado de la tierra. Desde la azotea de la casa donde vivía el cónsul, casa que fué mi alojamiento, no alcanzaba á ver sino un mar solitario y bravo que rompía en costas más bravas aún, unos puertos casi vacíos y el desierto líbico que se perdía en el horizonte del mediodía y parecía ser continuación de la plana y amarillenta superficie de las aguas: habríase dicho que era todo un mismo mar, rumoroso y movedizo en una parte, y en la otra silencioso é inmóvil. A derecha é izquierda las ruinas de la nueva Alejandría mezclándose con las ruinas de la antigua; un árabe que, jinete sobre un asno, galopaba por entre los escombros; varios perros macilentos devorando en la playa esqueletos de camello; los pabellones de los cónsules europeos flotando sobre sus moradas y desplegando entre sepulcros colores enemigos, tal era el espectáculo que á mis ojos se ofrecía.»



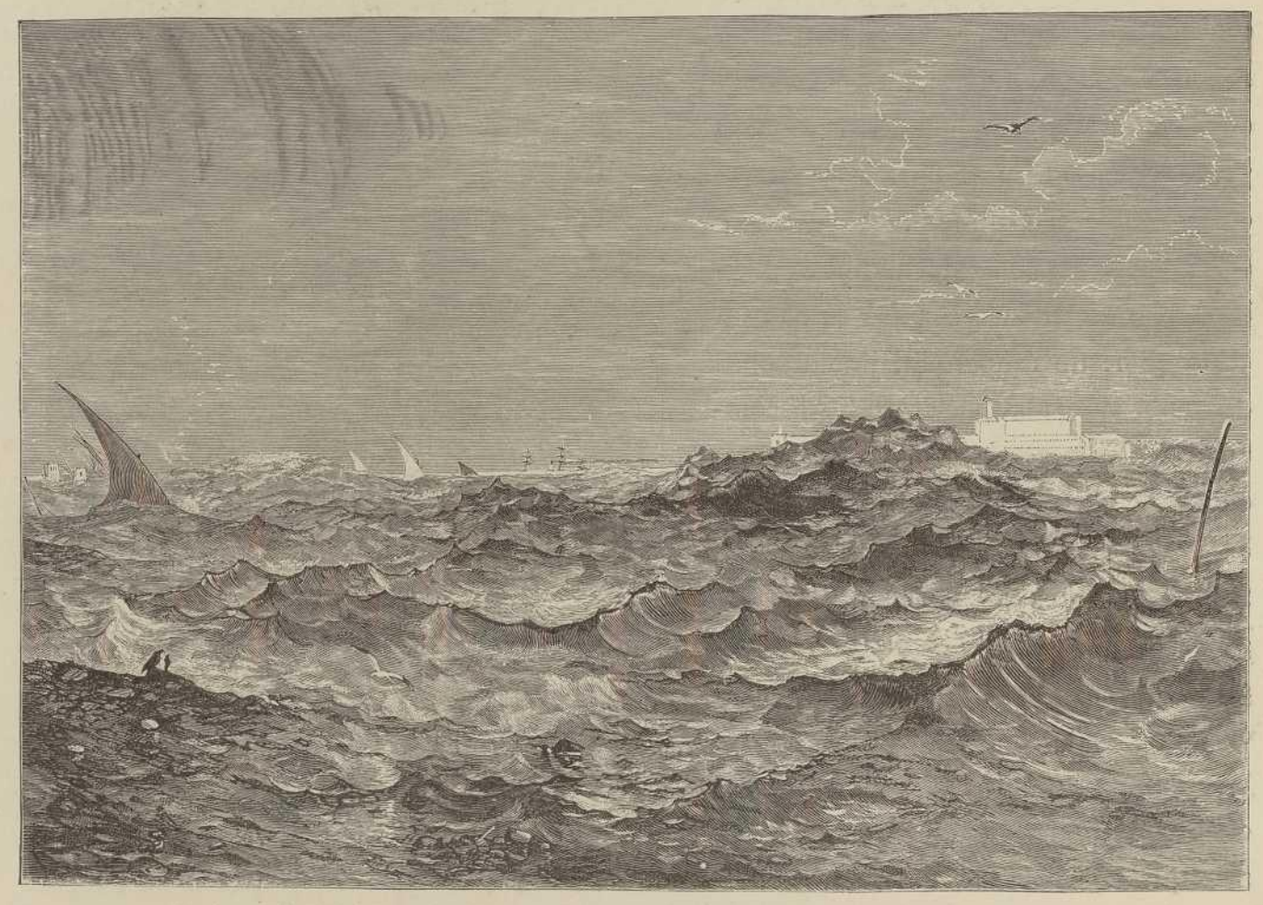
Piso superior y remate de una casa en Alejandría

Manifestado queda cuán distinto y cuánto más agradable y vistoso es el que presenta en el día la populosa ciudad.

A poca distancia del continente y de la ciudad de Alejandro alzábase en el mar una isleta por nombre Pharos, donde colocó Homero la residencia de Proteo y en la cual fué detenido por algún tiempo el peregrino Menelao al regresar á las playas helénicas después de la catástrofe de Troya [1]. La isla en época de Ptolomeo Sotero distaba de la ciudad siete estadios, y fué elegida para asiento de un fanal que iluminase el mar y sirviese de guía á los navegantes. El arquitecto Sostrato

[1] Al decir Homero que la isla de Pharos distaba de una de las bocas del río tanto espacio cuanto puede recorrer en un día una nave con viento en popa, esto es, 540 estadios según la opinión más generalizada, ó sea medio grado, no aplicó esta distancia á la ribera de enfrente y más inmediata, donde después estuvo Alejandría, sino á *la tierra de Egipto*, al *río Nilo*, ó lo que es lo mismo, á la costa de Roseta y al lugar donde estaba situada la ciudad que dió nombre á la boca Bolbitina, ciudad muy frecuentada por los griegos. Así lo establecen varios autores, y con ello no hay necesidad, para explicar la proximidad del Faro á Alejandría, de recurrir, conforme hacen otros, á suposiciones sobre el crecimiento del Delta y del continente, hecho que deja siempre en pié el problema de cómo la playa, que apenas ha ganado media legua de Alejandro acá, pudo ganar once en el menor tiempo transcurrido desde Homero hasta el gran conquistador.

de Gnido recibió el encargo de realizar la obra reinando Ptolomeo Filadelfo, y con tal acierto lo cumplió y tanta grandiosidad puso en ella que fué tenida por una de las siete maravillas del mundo, y comunicó el nombre que de la isla tomara á todas las demás que para los mismos fines han alzado las sucesivas generaciones. Consistía en una torre de mármol rodeada de galerías, las que, sostenidas por columnas, formaban diferentes altos; cuatrocientos piés tenía de altura y doce años necesitó su construcción; llegada la noche encendíase en su remate una gran luz, la cual, por medio de inmenso espejo de pulido acero, llevaba sus rayos hasta gran



ALEJANDRÍA VISTA DESDE EL MAR

distancia mar adentro, y en el espejo se reflejaba además la imagen de las naves cuando á simple vista no eran todavía perceptibles. Existía aún el monumento bajo el gobierno de los califas; pero en el siglo XV, al ocurrir la invasión turca, fué destruído, y en su lugar se levantó la mezquina torre cuadrada que ahora existe. Del propio Ptolomeo data la calzada que unió la isla al continente, formando una de las escolleras del puerto del este llamada Heptastadion, y es digno de saberse que allí, en medio del sosiego de Pharos, fué comenzada y llevada á cabo la versión de los Setenta.

Conforme queda dicho, tuvo Alejandría dos puertos: el más vasto, situado al este, y otro más reducido al oeste. Llamóse el último puerto viejo por oposición

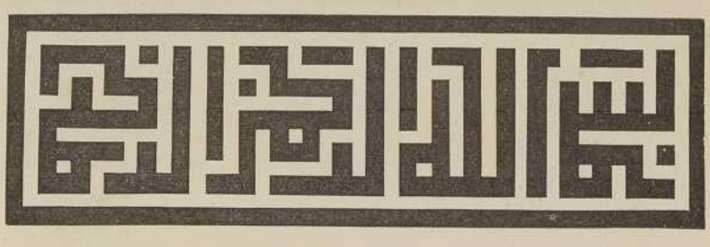
al otro más moderno, como obra de los Ptolomeos, y también puerto Eunostos ó del Buen Regreso, porque de Grecia y de Italia se llegaba á él con viento occidental ó de popa. Podía cerrarse, y sus aguas por medio de un canal comunicaban con el lago Mareotis. En el día puede decirse que no tiene la ciudad otro puerto.

En lo que fué calzada y escollera en la época de los Ptolomeos y que con el

Alejandría vista del palacio de Meks

tiempo ha venido á ser, con la acumulación de arena, extenso llano, está edificada hoy la ciudad turca; en parte de lo que perteneció á la Alejandría antigua se levanta el barrio cristiano.

La Alejandría de hoy no es la triste y arruinada ciudad de los siglos al presente anteriores; en pocos años ha experimentado gran transformación, inaugurada por



Inscripción cúfica geométrica en una mezquita del Cairo

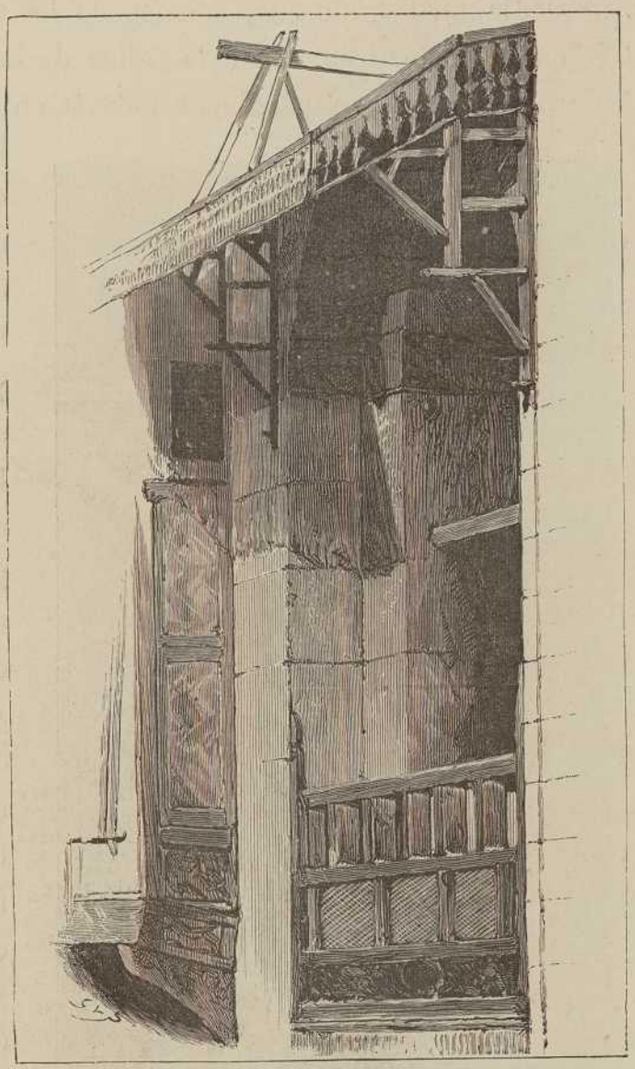
la poderosa iniciativa de Mehemet-Alí. El viajero que á ella llega por mar conoce al instante, por el movimiento y la animación de su puerto, la importancia de aquel centro de población, y por entre un verdadero bosque de mástiles empavesados con los colores de todas las naciones, distingue el Faro, grandes edificios, elegantes casas, cúpulas y alminares. La lancha que habrá de conducirle á tierra salvando la barra del puerto, será guiada por un piloto perteneciente al gremio que de padres

á hijos goza de semejante privilegio desde tiempo inmemorial; á su desembarco, lo mismo que en la estación del ferrocarril, hallará carruajes para conducirle á excelentes fondas, y á su paso podrá ver el hoy abandonado palacio de Meks, obra que dejó sin concluir el virrey Said, muy aficionado á las construcciones europeas, y después el del jedife, edificio que lleva el nombre de Ras et-Tin, obra igualmente de europeos

Palacio de Meks

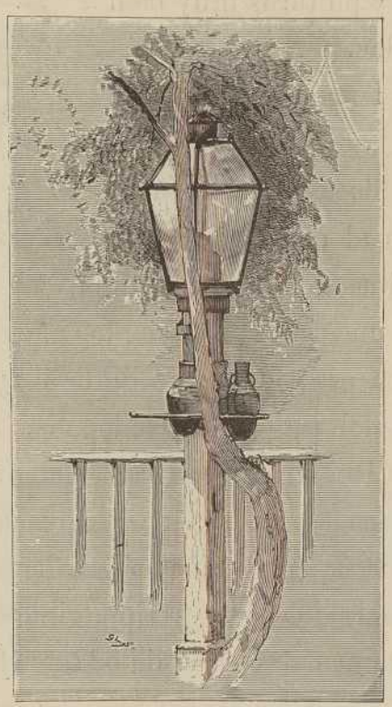
en tiempo de Mehemet-Alí. Europeo es también el aspecto general de la ciudad; su caserío, sus calles rectas y anchas, su vasta y regular plaza donde se hallan las casas de los cónsules y de opulentos comerciantes, sus numerosas tiendas francesas, inglesas é italianas la despojan de todo oriental carácter. Puerto griego en su principio, conserva todavía el sello de su origen; no se crea, sin embargo, que no existen barrios donde prevalece el elemento de la tierra; bazares hay en puntos extraviados que son puramente orientales; pero la impresión dominante que Alejandría produce es la

de una capital de Occidente, de suerte que el viajero podría olvidar que está pisando la tierra de Cheops y de Ramsés, de Saladino y de los mamelucos, á no tropezar de vez en cuando con una mujer completamente velada ó un *fellah* vestido con el característico traje azul, á no divisar aquí y allí el *fez* encarnado y el turbante blanco.



Un balcón en Alejandría (barrio arábigo)

La población de Alejandría se calcula ser de ciento y cuatro mil habitantes, de ellos unos treinta mil pertenecientes á la nación franca, europeos y levantinos; su guarnición es numerosa, y con los marinos del puerto y sus familias forman una población flotante de sesenta mil almas. Escasos son en la ciudad los antiguos monumentos cristianos: una cruz, que se alza en uno de los puntos más céntricos, indica el lugar, antes inmediato al mar, donde fué decapitado san Marcos, y en la iglesia de Santa Catalina existe un trozo de marmórea pilastra que sirvió, según algunos autores, de tajo para suplicio del obispo, y es, según otros, uno de los dos cepos en que se sostenía la rueda en que fué la virgen martirizada. En la aduana son de ver, empotradas en las paredes, varias colunas de la iglesia patriarcal de san Atanasio; convertida ésta en mezquita, se conservó hasta la ocupación francesa á últimos del siglo anterior; entonces la destruyó un incendio, y algunas de sus colunas fueron destinadas por los virreyes á la obra del edificio expresado. A la misma clase de cristianas y antiquísimas memorias pertenece un panteón descubierto en el año de 1859 en las excavaciones practicadas al oeste de la ciudad. Consiste en una sala ó capilla cuadrada en cuyas paredes vense pintadas las



Primera reforma introducida por los europeos en la antigua Alejandría

confusas, pero aún perceptibles imágenes de la Santísima Virgen, san José y san Felipe, y junto á ella la funeraria estancia con treinta y dos nichos para otros tantos cadáveres.

De la ciudad antigua, además de los escombros que en dilatada extensión de terreno se encuentran aún á la salida de la nueva, sólo quedan la eminencia del Serapeum, algunos recios paredones todavía en pié y vestigios de torreones, unas pocas lápidas é inscripciones, los dos obeliscos ó agujas de Cleopatra, y la columna llamada de Pompeyo; todo lo demás, monumentos, edificios, libros y tesoros de toda clase lo han devorado el tiempo y la barbarie, ó yace sepultado en el suelo. No há muchos años, en las excavaciones practicadas para la abertura del canal de Mahmudieh, grandiosa obra de Mehemet-Alí que une á Alejandría con el Cairo siendo en longitud de setenta y ocho kilómetros, se encontraron á pocos metros de profundidad varias habitaciones de la ciudad antigua, con mosaicos y pinturas muy bien conservadas.

Una puerta en el barrio europeo

Tipos de beduinos

Las famosas agujas de Cleopatra son dos antiguos obeliscos de granito rosáceo atribuídos al rey Tuthmés III de la dinastía decimoséptima, el cual, reinando unos mil y seiscientos años antes de nuestra era, los erigió junto al *pyloneo* ó portada del templo de Heliópolis. En la época de Cleopatra fueron trasladados á Alejandría para ornar una de las puertas del templo por aquella reina erigido en honor del hijo que de César tuvo, por nombre Cesarión, templo que, convertido en iglesia con el nombre de Al-Kaisarie ó Cesárea, fué pasto de las llamas en el año de 922. Sólo uno de los obeliscos queda en pié, enclavado en una especie de taller dependiente del tramvía ó ferrocarril que de Alejandría lleva en menos de una hora al inmediato pueblo de Ramleh, donde se han descubierto recientemente residuos de antiguos edificios, y cuenta veintiún metros de altura; estuvieron sus cuatro caras cubiertas de

jeroglíficos, pero en el día son apenas visibles, tan borrados y confusos están, excepto los del lado que da frente al mar. Junto á él yace otro casi del todo enterrado entre escombros y partido en tres ó cuatro pedazos. Mehemet-Alí los regaló ambos á Inglaterra, pero esta nación no ha emprendido todavía la costosa obra de su traslación. De las inmediaciones de la aguja, en un fortín llamado la Torre romana, por ser residuo de la fortificación de aquella época, parte el muro que cierra el recinto de la ciudad musulmana, y que, corriendo hacia el sudeste el espacio de unos cuatrocientos metros, se inclina luego directamente á levante y se extiende unos mil y cien metros hasta los baluartes de la puerta dicha de Roseta.

Aguja de Cleopatra

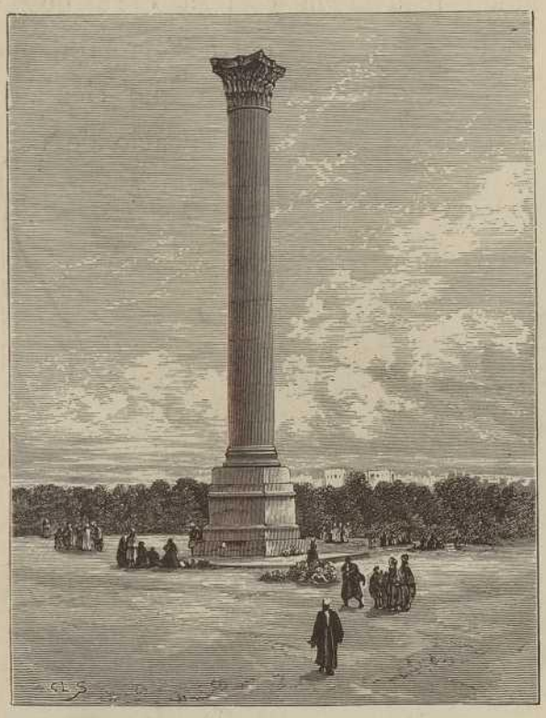
La coluna llamada malamente de Pompeyo causa en verdad, por su gran altura y esbeltez, respeto y admiración; faraónica en su fuste y en la base, su capitel corintio atestigua origen menos antiguo; su altura total es de treinta metros por nueve de circunferencia, y se cree, por el hueco circular que existe en su parte superior, que estaría destinada á sostener una estatua. Situada á poca distancia del Serapeum, se supone si pudo ser una de las muchas que adornaron las inmediaciones del magnífico edificio. En las cartelas del pedestal es imposible hoy leer inscripción alguna, tan borradas se hallan todas las letras; pero el vizconde de Chateaubriand pudo aún, á principios del siglo, supliendo y completando alguna palabra, descifrar una que, en caracteres griegos lapidarios, decía así:

«Al sapientísimo emperador, protector de Alejandría, Diocleciano Augusto, Polión, prefecto de Egipto.»

De esto se ha deducido que, empleando materiales antiguos, fué erigido el monumento á aquel emperador con motivo de su triunfo sobre el rebelde Aquileo, ó quizás también por haber socorrido con liberalidad á los ciudadanos de Alejandría en la horrible carestía que en su reinado padecieron, correspondiendo por lo mismo á los últimos años

del siglo III ó primeros del IV. La equivocada lectura de algún nombre es posible que en los siglos medios originase la denominación vulgar con que es todavía designada.

Partiendo de la hermosa plaza de los Cónsules, donde están situadas las principales fondas, hállanse al oeste, en ancha y larga calle, formada por suntuosas y bellas casas de opulentos europeos y levantinos, la iglesia y el convento de los Padres Lazaristas, y á poca distancia la casa donde las Hermanas de San Vicente de Paul tienen abiertas escuelas que son un verdadero apostolado por concurrir á ellas niñas de todos los cultos; amparan además y sustentan á huérfanos y expósitos, tienen abierta una botica para la distribución gratuita de medicinas á los enfermos pobres, y cuidan del espacioso hospital que recientemente ha sido levantado merced á los esfuerzos de los Padres de San Francisco. Tienen éstos su convento en lo que fué centro de la ciudad antigua y es hoy uno de los extremos de la moderna, en grandes y elegantes edificios, uno de los cuales ocupan los Hermanos de la Doctrina con sus numerosos alumnos; las hermosas palmeras del huerto son muy celebradas por los extranjeros, y la vasta iglesia, capaz para cinco mil personas, con fachada á elegante plaza triangular, que se halla iluminada de noche con faroles de gas como todas las calles de la ciudad europea, data del año de 1850; está dedicada á santa Catalina y sirve de catedral al obispo y delegado apostólico en Egipto, el cual habita en inmediato palacio de bella apariencia, pudiendo comunicarse por el huerto con el convento y el templo. Hasta hace poco ha sido éste la única parroquia de la población latina; en el año 1867 el virrey, al mismo tiempo que donó á los maronitas el terreno para levantar su iglesia, cedió al obispo católico otro muy espacioso inmediato al mar, y en él comenzaron las obras de un nuevo templo parroquial.

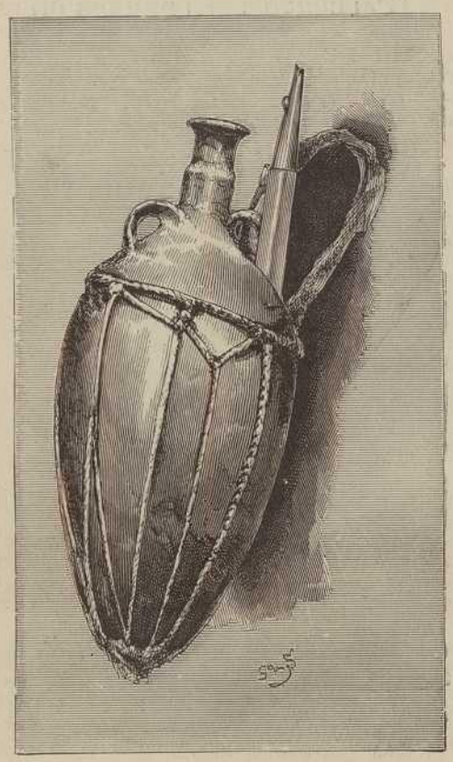


COLUMNA DE POMPEYO

MEDIO DE LOCOMOCIÓN USADO EN EL CAIRO Y ALEJANDRÍA

Además poseen en la ciudad escuelas é iglesias ó capillas los griegos católicos, los maronitas, los anglicanos y los griegos cismáticos; en la de los últimos es de ver antiguo pórtico sostenido por colunas de granito, cuya obra no costó más trabajo que el de su exhumación, creyéndose que perteneció, según algunos autores, á un palacio de los Ptolomeos, y

según otros, á la famosa biblioteca incendiada por las tropas de Julio César. Tiene la antigua y ordinaria forma de las basílicas cristianas, esto es, la de una cruz griega. En su fachada, desprovista de adornos, álzanse á los lados dos torres rematadas en cúpula y en ellas están las campanas, cuyo uso tolera de antiguo la autoridad egipcia. Dos hileras de colunas dividen su interior en tres naves, con esbelto cimborio en la del centro. En la iglesia copta de San Marcos se conserva el sepulcro del Evangelista; en él estuvo encerrado el venerable cuerpo hasta que en el año 822 se apoderaron de él los venecianos para llevarlo á su ciudad, y en el día guarda aún la calavera, á lo que aseguran los coptos. Consta de tres naves y es pequeña y muy oscura; en ella están separados los hombres de las mujeres, y cuelgan del techo muchas cuerdas con lámparas de vidrio, teniendo como contrapeso huevos de avestruz. Hasta el siglo x fué esta iglesia la patriarcal copta; pero fundada entonces la ciudad del Cairo, á ella trasladó su residencia el patriarca, no viniendo á Alejandría sino para tomar posesión de su cargo. La iglesia de Santa Catalina, erigida, á lo que se cree, en el lugar donde padeció martirio la heroica doncella, pertenece á los griegos cismáticos, cuyo patriarca reside también en el Cairo.



Cerámica egipcia

Cerámica egipcia

Hállase en Alejandría otro pequeño santuario, igualmente frecuentado por cristianos y musulmanes, y consiste en reducida capilla adjunta á un convento de monjas coptas melkitas, ó sea católicas, dedicada á san Teodoro, el cual es llamado por los musulmanes *Emir Todros*. Más que el nombre de iglesia merece el de sala, en cuanto no hay en ella altar ni imagen; únicamente encima de la puerta vese pintada una cruz griega, y á su alrededor léese *Jesús* en caracteres arábigos; en una hornacina y envuelto en paño de tisú de oro se guarda un brazo de aquel santo, y todos los miércoles es ofrecida la sagrada reliquia á la adoración pública.

Mozo de cordel en Alejandría

Los griegos cismáticos poseen otra iglesia y un monasterio de varones en las afueras, puestos bajo la advocación del abad san Sabas.

Partiendo del ángulo nordeste de la gran plaza de los Cónsules en dirección al puerto nuevo y el mar, dejando á la espalda los obeliscos de Cleopatra, vese á la derecha la ciudad turca, y al llegar á sus calles sucias y estrechas y á sus casuchas, construídas de tapia casi todas, después de haber contemplado las deliciosas vías y suntuosos edificios de la moderna y europea Alejandría, experiméntase sensación penosa y melancólica. Por el polvo ó el lodo se revuelcan enjambres de chiquillos completamente desnudos, pues no suelen cubrir sus carnes hasta los nueve ó diez años, y entre ellos corren perros, borricos y carneros. En varias calles existen antiguos pozos en comunicación con vastos subterráneos, que fueron en otro tiempo acueductos que proveían de agua á la ciudad. La actual arábiga tiene de norte á mediodía mil y cuatrocientos metros de extensión, y mide por lo mismo ciento más que el Heptastadion, cuya longitud de siete estadios corresponde á mil y trescientos; á seiscientos alcanza apenas la anchura de la población.

Silla de dromedario

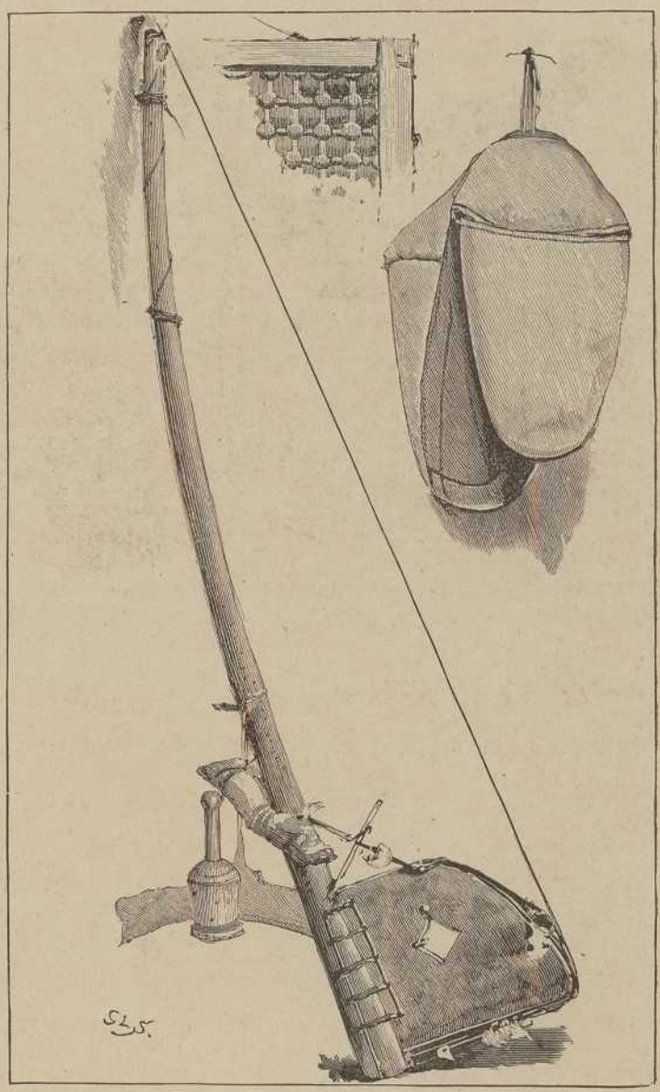
De la ciudad turca, pasando por las inmediaciones del fuerte Napoleón, llamado también Caffarelli, del nombre de uno de sus generales, pasando por montecillos de tierra y cascajo que cubren la parte occidental de la antigua metrópoli, famosos lugares en que estuvieron situados el gimnasio, el *dicasterium,* ó sea el tribunal de Justicia, el *Panium* ó templo de Neptuno, el renombrado mercado y aquellos once grandes edificios de que habla Strabon destinados al embalsamamiento de cadáveres y poco distantes de la necrópolis, llégase á lo que fué el famoso barrio Bruchion de la Alejandría de los Ptolomeos. El sitio donde se levantaron los regios alcázares, donde existieron el renombrado Museo y la rica biblioteca, el hipódromo y otros monumentos que dieron eterna fama á la capital egipcia, está hoy convertido en dilatado arenal paralelo al mar, de más de un kilómetro de extensión.

Suez

Aún hoy, entre las palmeras que allí crecen, se encuentran á la vista vestigios de la grandeza pasada, y de las excavaciones en varios puntos practicadas han brotado trozos de coluna y paredones que á veces obligan á rodeos al viajero que explora aquel campo de ruinas.

Junto á él encuéntrase el cementerio católico, y más lejos vense blanquear, esparcidas á poca altura del suelo, las pequeñas cúpulas de las tumbas musulmanas.

En la misma dirección y á pocos kilómetros hállase el campo romano ó de César, extenso cuadrilátero cercado un día de murallas y fosos y defendido por torres. De todo ello se conservan residuos, y allí fueron derrotadas las últimas fuerzas del ejército de Antonio.



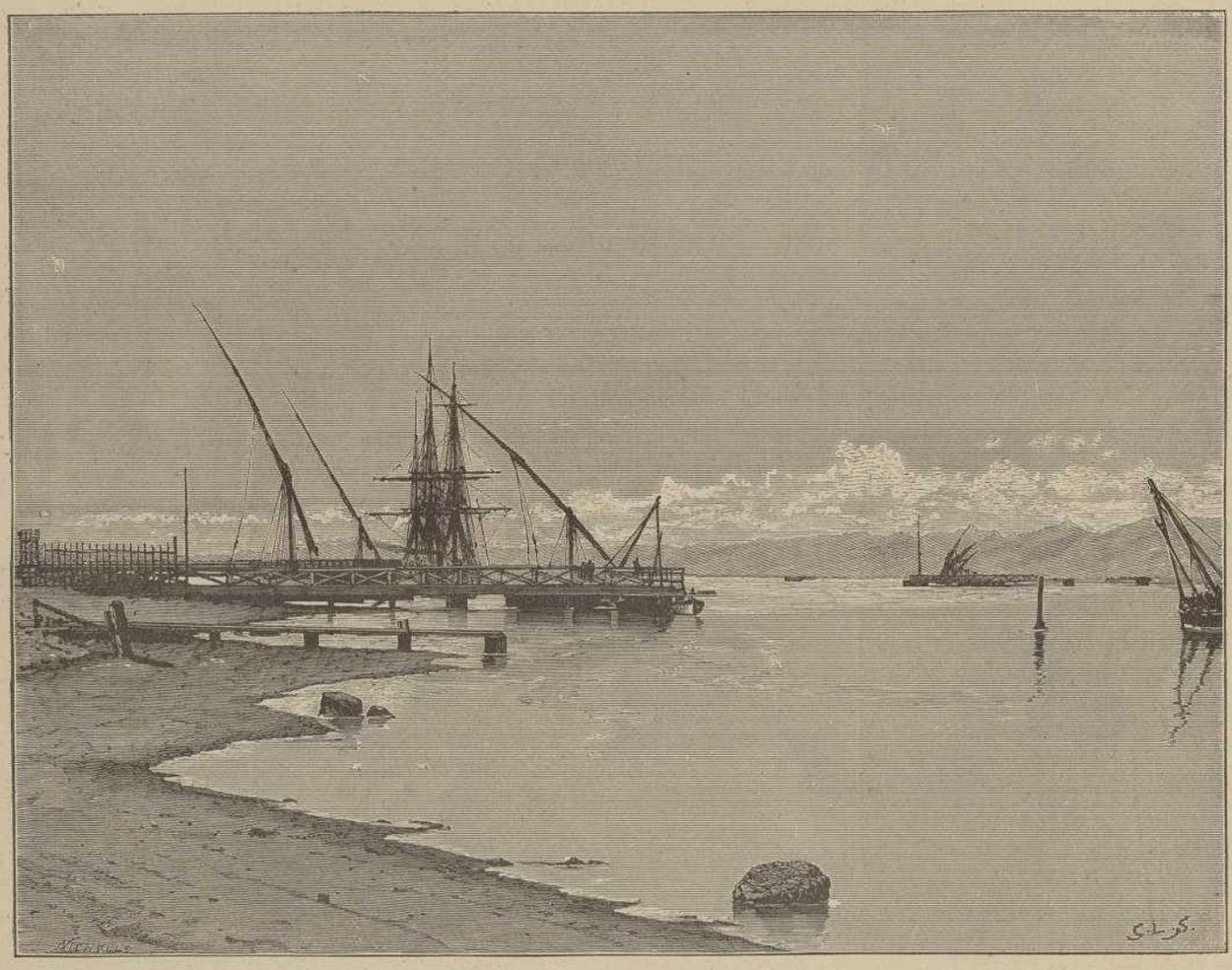
Instrumento egipcio para la carda del algodón

A una hora escasa de la ciudad en dirección á poniente existen las llamadas Catacumbas, pues ley invariable en Egipto, como en otros pueblos de la antigüedad era que la mansión de los difuntos, que no otra cosa eran aquellos subterráneos, estuviese siempre situada al ocaso, equiparando el término de la vida con la puesta del sol, y de ahí que con un solo y mismo jeroglífico fuesen indicadas la mística morada de los muertos y la región de occidente. Para visitar las catacumbas es preciso bajar á ellas atado á una cuerda é ir provisto de antorchas ó faroles; pero exceptuando la primera sala abovedada y circular, á la que da ingreso soberbia portada de orden dórico, y alguna de las estancias laterales, las demás, en ruinoso estado, no ofrecen particularidad notable.

Lo mismo ha de decirse de otros subterráneos que se abren á pocos minutos de las catacumbas y son conocidos con el hombre de Baños de Cleopatra. La opinión más generalizada es que fueron igualmente sepulcros ó estancias mortuorias; las aguas del mar los han invadido hoy en parte.

Es renombrada Alejandría por su cielo azul y claro; la aurora y el ocaso van en él acompañados de luz y de colores realmente espléndidos, y á la diáfana claridad de sus noches de luna no puede la de las nuestras serle comparada. Con la grata impresión que

esto produce deja el viajero el suelo de Alejandría, y así lo habremos de experimentar nosotros al abandonarlo ahora. Para regresar á Europa puédese aprovechar alguno de los numerosos buques austriacos, franceses ó ingleses que en aquel puerto tocan para dirigirse á Malta, Mesina y Marsella, ó bien, si se cree preferible, aguardar en Puerto-Said el paso del correo español á cargo de la compañía trasatlántica, cuyos excelentes vapores vienen de allí directamente á Barcelona, costando en ellos el pasaje setenta



Canal de Suez, estación llamada *El Puente*

duros en 1.ª clase, sesenta en 2.ª y treinta en 3.ª, con rebajas proporcionales de 30 á 50 y 60 por 100 cuando excede de uno el número de los que se toman.

Concluída queda, con el favor del cielo esta larga peregrinación nuestra, en la que han sido explorados cuantos lugares han de avivar la devoción del cristiano y de llamar principalmente la atención del sabio y del artista. La religión y la historia nos han ofrecido á porfía, ora las más ricas tintas de su paleta, ora los más poéticos y grandiosos hechos de sus epopeyas para pintar con vivísimos colores unos horizontes antes claros y brillantes y hoy, muchas veces tristes y apagados, y animar con todo el prestigio de lo más alto y sublime regiones florecientes un día y ahora devastadas, yermas y solitarias, convertidas en inmensos campos de ruinas. Por lo mismo, el adiós

que demos á la ciudad fundada por el gran conquistador macedónico habrá de ir acompañado de vehementes impulsos de cariño y veneración, ya que será á la vez despedida del hermoso cielo de Oriente y de las tierras entre todas ilustres que además de haber sido teatro de los primeros y más grandes sucesos de la vida del humano linaje, recibieron las huellas del redentor y salvador del hombre y de la sociedad, del divino Jesús.

FIN DE LA TIERRA SANTA

ÍNDICE DE MATERIAS

GALILEA ALTA

I

Pág.

Kharbet-Akbara.— Safed.—Su población.—Su castillo.—Su mercado.—Su historia.—Recuerdos de las Cruzadas.—Ain-Zeitun.—Meirun.—Ruinas.—El-Djich.—Yarun.—Kefr-Beram.—Los Metualis.—Tibnin.—Episodio de las Cruzadas.—Kedech de Neftalí.—Sus ruinas.—La antigua Hazor.—El lago Huleh.—El papiro.—El castillo de Hunin. 1

II

Nahr-el-Hasbany.—*Tell-el-Khady*, ó la antigua ciudad de Dan.—Nahr-Leddan.—*Teil-Defna*.—Banias.—Ruinas de Paneas ó Cesarea de Filipo.—Gruta del Dios Pan.—Historia de la ciudad.—Recuerdos de las Cruzadas.—*Kalat-Banias*.—Ain-Hazur.—*Birket-er-Ram* ó lago Phiala.—Ain-Kenia.—El Gran Hermón.—Magnífico panorama.—Ruinas.—Racheyat-el-Kokar.—Hebbarieh.—Ain-Djerfa.—Hasbeya.—Horrible matanza de cristianos.—Su población actual.—Ued-et-Teim.—Los Drusos.—Kalat ech-Chekif.—Ain-Hercha.—Racheya.—*Birket-Aiha*.—Rakhleh.—Deir-el-Achair. 27

III

Otra vez el río Cisón.—Kaifa.—Su aspecto en 1848.—Un padre carmelita.—Población.—Historia.—El monte Carmelo.—El convento.—Gruta de Elías.—La montaña.—Recuerdos bíblicos.—El-Maharka.—*Tell-el-Kasis*.—Primeros anacoretas.—Fundación de la orden carmelitana.—Devastación del convento é iglesia del Carmelo.—Fray Juan Bautista de Frascati.—Quinta de Abdallah.—Cueva de San Simón Stock.—Cueva de la Escuela de los Profetas.—Ruinas.—Convento de San Brocardo.—Tradiciones. 63

PALESTINA

I

Los Filisteos.—Llanura de San Juan de Acre.—Kharbet el-Mecherfi.—La antigua Akhizb.—Otras ruinas.—Aldeas de aquel llano.—San Juan de Acre.—Su aspecto actual.—Sus murallas.—Su puerto.—Sus monumentos.—Población.—Su historia.—Sus antiguos nombres.—Tolemaida cristiana.—Memorable sitio.—Los primeros

Pág.

encuentros.— Composición del ejército cruzado.— Grandes batallas.— Hambre y peste.— Discordias.— Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto. — Aspecto de los campamentos. — Últimos combates — Rendición de Tolemaida. — Toma el nombre de San Juan de Acre. — Dominación latina.— Llegan á la ciudad los cruzados de Aragón.—Los sarracenos la sitian.— Horrible catástrofe.— Fin de la dominación latina en Oriente.— Bonaparte delante de San Juan de Acre.— Ultimos sucesos. 85

II

Salida de San Juan de Acre.— El río Belo; invención del vidrio.— Recuerdos de las Cruzadas.— *Districtum* ó *Via Stricta*.— *Castrum Peregrinorum*.— Athlit.— Grandiosas ruinas.— Tantura. — Ruinas de Dor.— Historia de la ciudad. — El Nahr Zerka. — *Crocodilopolis*. — CESAREA MARÍTIMA.— Su fundación.— Su historia.— Recuerdos evangélicos.— Vespasiano y Tito en Cesarea.—La ciudad en los primeros siglos de la Iglesia.— Cae en poder de los musulmanes.—Recóbrala el rey Balduino I.— Dominaciones sucesivas.— Su destrucción.— Sus ruinas.. . 122

III

Laguna de Cesarea.— Recuerdos de las Cruzadas.—La selva de Arsuf.—La llanura de Sarón.— El *Nahr el-Falek*.— Victoria de Arsuf.— Los soldados de Bonaparte en estos lugares.— RUINAS DE ARSUF.— Godofredo de Bouillon en el cerco de Arsuf.— Destrucción de la ciudad.— *Kefr Saba*.— La antigua ANTIPATRIS.— Diferentes opiniones acerca de su situación.— *Kalat Ras el-Ain*.— El *Nahr el Audjeh*.— JAFFA.— Sus tradiciones.— Andrómeda y Perseo.—El profeta Jonás.— Noticias históricas.— San Pedro en Jaffa.—La ciudad en la época de las Cruzadas. —Ricardo Corazón de León repara sus fortificaciones.— Hazañas de Ricardo en Jaffa.— San Luis.— Bonaparte. —Jaffa en su estado actual.—Su puerto.—El convento latino.— Otros conventos.— Institutos religiosos.— Bazares.—La mezquita.—La casa del curtidor Simón.— Población.—Los vergeles de Jaffa.—Comercio.. . . 147

IV

Fuente de Abu-Nabbut.—Las raposas de Samsón.—Yazur.—Beit-Dedjan.—Safarieh.—LYDDA.—Iglesia de San Jorge. —Historia de la ciudad.— Milagro de san Pedro.— Sarfend.— RAMLEH.— Su población.— Convento latino.— Mezquitas.—La Torre de los Cuarenta Mártires.—Cisternas.—Fundación de Ramleh.—Su historia.—Recuerdos de las Cruzadas. — MODIN: PANTEÓN DE LOS MACABEOS. — Sus ruinas. — Karbet. — Tibneh. — SEPULCRO DE JOSUÉ. 182

V

Aker ó la antigua EKÓN.— Yebneh ó Iamnia.— Su historia.— Asdud ó AZOT.— Medjdel.— Djura.— ASCALÓN — Sus actuales ruinas.— Su historia.—Victoria de Ascalón.— Balduino III rinde la ciudad.— Ascalón cristiana.— Destrucción de la ciudad.— GAZA.—El *Seraia*.—La gran mezquita.— Samsón y las filisteos.— Sacrificio de Samsón.— Población de Gaza.— Su historia.— Recuerdos de las Cruzadas.— Bonaparte en Gaza.— *Kharbet-Dikrin*, para algunos la antigua GATH.— *Tell es-Safieh*.— Saraa; patria de Samsón.— *Kharbet Ain-Chems*.— *Kharbet Tibneh*.—La antigua Yarmuth.—Beit-Nettif. 205

FENICIA

I

Los antiguos fenicios.— La isla de Ruad.—Antaradus ó TORTOSA.—Noticias históricas.— Su catedral.— Su castillo. —Carnun.— La torre de Marakiya.—El castillo de El-Merkab.— Los Ansariehs.—Balanea.—La antigua Paltos. —Djebelé.— LAODICEA.—Amrit.—Sus antigüedades.—Ruinas de Arka ó Cesarea del Líbano.—*Ualy-Beddani*. —TRÍPOLI.—Su historia.—Muerte del conde Ramón de Tolosa.— El conde de Cerdaña.—La ciudad moderna.— Población.— Conventos católicos.— El castillo.— Kalamun.— Enfeh. — Kalat Museiliha.— Botrun.— DJEBEIL ó la antigua BYBLOS.—Su historia — Sus antigüedades.— Sus cercanías.—Nahr Ibrahim ó río de Adonis.— Bahía de Djuni.. 243

II

Pág.

Serba.— Desembocadura del Nahr el-Kelb, el antiguo Lycus.— *Ras Nahr el-Kelb.*— Sus antigüedades.— Recuerdos de las Cruzadas.— San Jorge y el dragón.— BEYRUTH.— Su posición.— Su historia.— El emir Fakhr-eddin.— Antigüedades de Beyruth.— Antiguas iglesias cristianas.— La ciudad vieja.— La ciudad nueva.— Establecimientos religiosos.— Población.— Los Pinos.— Khan el-Khaldah.— El Nahr Damur.— Khan Neby Yunés.— SAIDA ó SIDÓN.— Su historia.— Recuerdos evangélicos.— Sucesos de las Cruzadas.— Ultimos acontecimientos.—La ciudad actual.— Su población.— Su puerto.— Sus castillos.— Mezquitas.— El *khan* franco.— Establecimientos católicos.— La necrópolis. 273

III

Tell el-Burak.— Ras el-Kanthara.— Ruinas de Sarephta.— El profeta Elías.— Adlun.— Nahr el-Kasmieh.— Leontópolis.— TIRO, en el día SUR.— Su fundación.— Su esplendor.— Es devastada por Nabucodonosor y Alejandro Magno.— Otros sucesos.— Recuerdos evangélicos.— Tiro en poder de los Cruzados.— La sitia Saladino.— El caballero de las armas verdes.— Destrucción de Tiro.— La ciudad actual.— Su puerto.—Ruinas de la catedral.—Población.—El dique de Alejandro.— Tell el Machuk.— Albercas de Ras el-Ain.— Necrópolis.— Sepulcro de Hiram.—El cabo Blanco.—Ain-Scanderuna.—Kharbet-Umm el-Aamid.—Ras en-Nakura.—*Scala Tiryorum.* . 306

EL LÍBANO

I

Su descripción general.— Su población.— LOS MARONITAS.— Su historia.— Su organización eclesiástica.— Caracteres distintivos del pueblo maronita.— Otros habitantes del Líbano.— Griegos católicos, griegos cismáticos, drusos, metualis, etc.— DISTRITO DE BECHARREH.— Deir Mar-Iakub.— Deir Mar-Semaan.— El monasterio de San Antonio.—Ehden.—Becharreh.—LOS CEDROS.—Las cuevas del Nahr-el-Kadicha. 339

II

Los caminos del Líbano.— Hasrun.— Monasterio de Diman.— El patriarca maronita.— *Deir Kanubin.*— Cueva de Santa Marina.— DISTRITO DE KURA-SUPERIOR.— Ruinas de Naus y de Bziza.— DISTRITO DE BOTRUN.— Deir Mar-Marun.— Kefer-Hay.— Semar-Djebeil.— Su castillo.— Duma.— DISTRITO DE MENITHRI.— Karteba.— Merhaireh.—Akura.—Lago de Yammuneh.—Fuente de los Cuarenta.—La cueva de Afka.— Templo de Venus.—DISTRITO DE FETUEH.— Ruinas de Machnaka.— Rhineh.— DISTRITO DE KESRUAN.— Puente natural en el Nahr el-Leben.— Ruinas de Fakra.— Miruba.— Singular espectáculo.— Faitrun.— Reifun.— Adjeltun.— Bzommar.— Los armenios católicos.. 364

III

Ghusta.— Seminario de Ain-Uarka.— Maarab.— Aramun.— GHAZIR.— Colegio de los Padres Jesuitas.— Harisa.— Deir Bkerki.— Antura.— Primer establecimiento de los Padres Jesuitas en Antura.— Colegio de los Padres Lazaristas.— Zuk-Mikail.— Fuentes del Nahr el-Kelb.— DISTRITO DEL METEN.— Djebel-Sannin.— Biskinta.— *Mar Elías.*— Bekfaya.— El-Metein — Salima.— Falugha.— Ras-el-Meten.— Brummana.— Beit-Meri.— Deir el-Kalah.— DISTRITO DEL DJURD.— ZAHLEH.— Karak Nuh.— Ferzul.—Ruinas —Niha.—Kalat el-Hasen.—Chtura.—Kabb-Elías.— DISTRITO DE ARKUB.— Ain-Zaalteh.— Los cedros del Djebel-Baruk.— DISTRITO DEL CHUF.— Mukhtarah.— Baaklin.— DISTRITO DE MENASSIF.— DEIR-EL-KAMAR.— Palacio de Beit-eddin.— DISTRITO DEL GHARB.— Deir-Anub.— Chueifat.— Kefer.— Chima.— DISTRITO DEL SAHEL — Hadeth.— El sepulcro de Franco Bajá.. 399

DAMASCO.—PALMYRA.—BAALBEK

I

Pág.

Meithelun. — Dimas — El Nahr-Barada. — DAMASCO.— Su situación.— El Auadj.— Historia de la ciudad.— San Pablo en Damasco.— Conquista musulmana.— Los Cruzados ponen sitio á la ciudad.— Matanza de cristianos en 1860.— Descripción de la ciudad actual.— Sus puertas y murallas.— La calle Recta.— La casa de Judas.— La casa de Naaman.— Otros lugares famosos.— La ciudadela.— Población.— Barrio judío.— Barrio cristiano.— La casa de Ananías.— Calles y casas.— Mezquitas.— La iglesia de San Juan.—Sepulcros de Saladino y Bibars. —El *Tekieh*.—La peregrinación á la Meca.—Bazares.—Gobierno de la ciudad. 413

II

Alrededores de Damasco.— La casa de san Juan Damasceno.— Djobar.— Su sinagoga.— Barzé.— Salihiyé.— Tradiciones.— Preliminares de una excursión á Palmyra.— Kuteifé.— Muaddamieb — Djerud.— Kariatain.— PALMYRA.— Su aspecto general.— Su historia.— Odenatho.— Zenobia.— Triunfo de Aureliano.— Destrucción de Palmyra.—Olvido en que cayeron sus ruinas — Su descubrimiento.— Su actual estado.— Torres sepulcrales.— El castillo.— Mausoleos.— La gran columnata.— El templo del Sol.— Thadmur.— Meditación sobre aquellas ruinas. 459

III

HOMS ó la antigua EMESSA — Templo del Sol.— El emperador Heliogábalo.— La ciudad actual.— Ribla.— Deir Mar Marun.— Bessima.— Ain-el-Fidjeh.— *Suk-Ued-el-Barada* ó la antigua Abila.— Beludan.— Zebedany.— Surhaya. —Nahr-Jahfufeh.— Neby.— Chith.— Duris.— BAALBEK ó HELIÓPOLIS.— Su historia.— Su actual estado.—Canteras.— Necrópolis.— Ruinas.— El gran templo.— Las seis colunas.— El templo pequeño.— El templo semicircular. 480

EGIPTO

I

Consideraciones generales.— SUEZ.— Ismailia.— Puerto-Said.— El canal.— LA TIERRA DE GESSÉN. — El patriarca Jacob y origen del pueblo hebreo.—Su crecimiento y servidumbre.—Su salida de Egipto.—Límites de la tierra de Gessén.— Las ciudades de Ramessés y Phithom.— Heliópolis.— Sus ruinas.— Matarieh.— Sicomoro de la Sagrada Familia. — EL CAIRO. — Su aspecto general. — Sus calles y plazas. — *El Khalig*. — Su población.— Bazares.—Mezquitas.—Sepulcros de los mamelucos.—La ciudadela.—La matanza de los mamelucos.— El pozo de Josef.— Mezquita de Mehemet-Alí.— Escuelas musulmanas.— Iglesia y escuelas cristianas — Escena de costumbres egipcias.. 515

II

Arrabales del Cairo.—Bulak.—Museo egipcio.—Colegio de derviches.—Masr el-Atikah ó Antiguo Cairo.—Mezquita de Amrú.— Babilonia ó Kasr ech-Chemm.— La isla de Rudah.—El Nilómetro.—EL NILO.—Actuales pobladores de Egipto.— Coptos, árabes, turcos, levantinos, francos.— Moisés salvado en el Nilo.— Gizeh.—LAS PIRÁMIDES. Pirámide de Cheops — Pirámide de Chefren.— Pirámide de Menkeres.— El Esfinge.— Pirámides de Abusir.— Sakkarah.—EL SERAPEUM.—MEMFIS.— Colosal estatua de Sesostris.. 568

III

Pág.

Viaje por el Nilo.—Afroditópolis.—Pirámide de Meidum.— Benisuef.—Monasterios de San Antonio Abad y San Pablo, primer ermitaño.—Minieh.—Cuevas sepulcrales de Beni-Hassán.—La antigua Antinoé.— Hermópolis Magna.—Tell el-Amarna.—Manfalut.—Siut.—La antigua Anteópolis.—Akhmin.—Girgeh.— Ruinas de Abydos.—Keneh.—Ruinas de Denderah.—TEBAS.—Luksor.—Karnak.—Sus admirables ruinas.— El *Rameseon*. —Los colosos de Memnón.—Ruinas de Medinet-Abu.—*Biban el-Moluk*. 612

IV

Erment ó la antigua Hermonthis.—Esneh.— El Kab.—Edfú.—Djebel-Silsileh.—Kum-Ombú.—Assuan, llamada Syena por griegos y latinos.—La isla Elefantina.—La primera catarata.— La isla de Philæ.—Sus ruinas.— La isla de Bigheh.—La Nubia inferior.— Abu-Simbel ó Ipsambul.—Sus templos.—La segunda catarata.— Regreso á Bulak.—Del Cairo á Alejandría —Bena-el-Assat.— Tantah.— Mahallet-el-Kebir.—Samanhud.— MANSURAH.—Recuerdos de las Cruzadas.—Cautiverio de san Luis.—DAMIETA.— Conquístanla los Cruzados. —La ciudad actual—Kefr-Zayat.—Damanhur.— Excursión á Rosetta.—Abukir.—Canope.—Rosetta.—Las bocas del Nilo.—Sus fuentes.—El lago Mareotis.— ALEJANDRÍA.—Su historia.—La biblioteca de Alejandría.— El Serapeum y Teodosio el Grande.—El Faro.—Los puertos de Alejandría.—La ciudad actual.—Su población. —Las agujas de Cleopatra.—La columna de Pompeyo.— Establecimientos cristianos.—Fin de la peregrinación á TIERRA SANTA. 652

ÍNDICE

DE LAS LAMINAS EN ACERO

TOMO SEGUNDO

	Pág.
Vista de la ciudad de Cesarea de Filipo.	36
El monte Hermon.	44
La trilla del trigo en Galilea	62
Monte Carmelo.	70
Mapa de la Palestina y de la región meridional del Líbano.	84
Cesarea.	144
Jafa, la antigua ciudad de Joppé.	170
Vista de la ciudad de Gaza.	222
La bahía de Beyrut.	282
Una hija del Oriente.	288
Vista de la ciudad de Sidón.	298
Tiro.	324
Garganta del Líbano en Kadisha.	366
Los ríos de Damasco.	418
Una calle en Damasco.	442
Palmira.	463
Baalbek y la cordillera del Líbano.	496
Mapa del Egipto central é inferior.—Península sinaítica.	514
La puerta de Kutb ó Bab-Zuweyleh, en el Cairo.	540
La escuela del sultán Hassán.	560
Pasatiempos en el antiguo Egipto.	566
Pirámides de Gizeh.	588
La hora de la comida de las ibis sagradas en el templo de Karnak.	604
Monumentos de Luksor.	632
El gran templo de Karnak.	636
Philæ.	666

LA TIERRA SANTA

TOMO II

9892